EDWARD GIBBON

HISTORIA DE LA DECADENCIA Y CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO

TOMO II



Este segundo tomo (años 312 a 582) describe las herejías religiosas ocurridas bajo los reinados de Juliano, Joviano y Graciano, la partición del Imperio entre los hijos de Diocleciano y las invasiones bárbaras.



Edward Gibbon

HISTORIA DE LA DECADENCIA Y CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO II

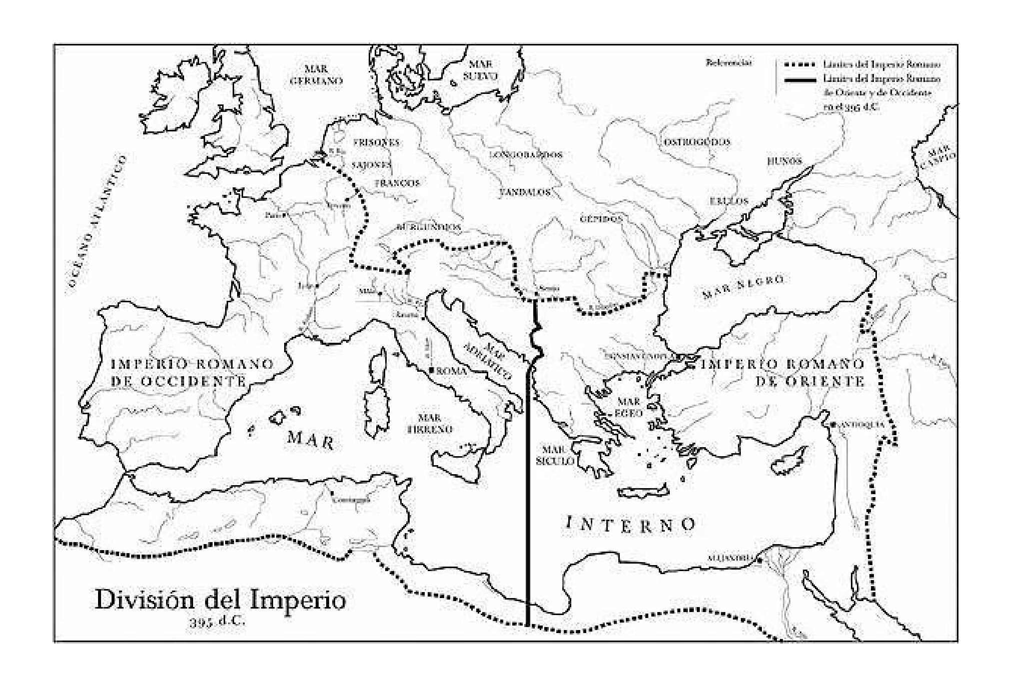
ePub r1.2
liete 09.05.14

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*
Edward Gibbon, 1776
Traducción: José Mor Fuentes, 1842
Notas bibliográficas y mapas: Ana Leonor Romero
Editor digital: liete
Primer editor: Macphist
Editor colaborador: Pepotem2
ePub base r1.1
Edición digital: epublibre (EPL), 2014
Conversión (pdf): FS, 2018






MAR GERMANO
MAR SUEVO
Referencias
Límites del Imperio Romano
Límites del Imperio Romano de Oriente y de Occidente en el 395 d.C.
OCÉANO ATLÁNTICO
FRISONES
SAJONES
FRANCOS
LONGOBARDOS
VANDALOS
BURGUNDIOS
OSTROGODOS
HUNOS
HERULOS
GÉPIDOS
MAR CASPIO
MAR NEGRO
IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE
IMPERIO ROMANO DE ORIENTE
MAR ADRIÁTICO
ROMA
MAR TIRRENO
MAR EGEO
MAR SICULO
ANTIOQUIA
ALEJANDRÍA
MAR
INTERNO
División del Imperio
395 d.C.

EL TRIUNFO DEL CRISTIANISMO Y LA DIVISIÓN DEL IMPERIO

Nota bibliográfica

En estos capítulos Gibbon se refiere a la sucesión de los emperadores entre Constantino y Teodosio. Es posible observar aquí el proceso sufrido por el Imperio entre el establecimiento del cristianismo como religión oficial y su unificación (ambos llevados a cabo por Constantino), por un lado, y la prohibición de las prácticas paganas, por el otro, que junto con la división administrativa del Imperio dispone Teodosio. Gibbon lo analiza a través de la personalidad y el comportamiento de los distintos emperadores, entre los que destaca Juliano, llamado el Apóstata por haber restaurado las prácticas paganas, de quien destaca su tolerancia y su vuelta a los valores helénicos. Por otro lado, pone su mirada en las migraciones y movimientos de los pueblos vecinos al Imperio Romano y el modo como éstos afectan a la cultura romana.

La historiografía moderna ha considerado este siglo dentro de la caracterización más amplia de lo que se ha llamado la Antigüedad Tardía, un período en el que encuentra diversos rasgos singulares y específicos y en el que se han identificado distintos procesos. Uno de los aspectos que concentran la atención historiográfica, tanto con referencia al siglo IV *d. C. como al siglo* V *(véase «Hunos, godos, germanos. Las invasiones del siglo* V*», p. 297, es la transformación de las estructuras socioeconómicas que conforman lo que, de manera más global, se ha llamado la transición del esclavismo al*

feudalismo. Las migraciones internas primero y las invasiones después dieron a esta estructura social nuevas características. Otro de los aspectos particularmente considerados es el afianzamiento de las instituciones eclesiásticas y la manera como éstas se incorporan al cuadro de las instituciones del Imperio.

Visión general del Bajo Imperio: *M. Rostovtzeff*, Historia social y económica del Imperio Romano, *Madrid, Espasa-Calpe, 1962. L. Homo*, L'Empire Romain, le Gouvernement du Monde, la Défense du Monde, l'Exploitation du Monde, *París, 1925. P. Garnsey y R. Saller*, El Imperio Romano. Economía, sociedad y cultura, *Barcelona, Crítica, 1991. C. Wells*, El Imperio Romano, *Madrid, Taurus, 1986. F. Millar*, The Emperor in the Roman World (31 B.C. - A.D. 337), *Londres, 1977. L. Harmand*, L'Occident Romain (31 av. J.C. à 325 ap J.C.), *París, 1970. S. Mazzarino*, L'Impero Romano *(3 vols.), Bari, 1976. Ch. G. Starr*, The Roman Empire 27 B.C.- A.D. 476. A Study in Survival, *Oxford, 1982. F. Millar*, El Imperio Romano y sus pueblos limítrofes. El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, *Historia Universal Siglo XXI, tomo IV, Madrid, 1975. F. Altheim*, Historia de Roma, *3 vols., México, 1961. A. H. M. Jones*, The Later Roman Empire. An Administrative, Economic and Social Survey. *Oxford 1973. A.A.V.V.*, The Late Empire, *Cambridge, 1956. A. H. M. Jones, J. R. Martindale, J. Morris*, The Prosography of the Later Roman Empire 260-395, *Cambridge, 1971. A. Cameron y P. Garnsey*, The Cambridge Ancient History, vol. XII. The Late Empire, A. D. 337-425., *Cambridge University Press, 1998. F. G. Maier*, Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglo III-VIII, *Historia Universal Siglo XXI, tomo V, México, 1968*.

Visión del período: *J. Archi (ed.)*, Istituzioni Giuridiche e Realità Politiche nel Tardo Impero (III-V sec. d. C.). *Milán,*

1976. R. R. Macmullen, Corruption and Decline of Rome, *New Haven, 1988. S. Mazzarino*, Antico, Tardoantico ed Era Costantiniana. *Bari, 1974. A. Chastagnol*, L'Evolution Politique, Social et Économique du Monde Romain (284-363), *París, 1982. P. Brown*, The Making of Late Antiquity, *Harvard, 1978. P. Brown*, El mundo antiguo tardío, *Madrid, Taurus, 1989. A. Chastagnol*, Le Bas-Empire. *París, 1981. G. Dragon*, Naissance d'une Capitale: Constantinople et ses Institutions de 330 à 451, *París, 1974. P. Athanassiadi*, Julian: An Intellectual Biography, *Londres, Oxford, 1992*.

Sobre el Senado: *M. T. W. Arnheim*, The Senatorial Aristocracy in the Later Roman Empire, *Oxford, 1972. R. Talabert*, The Senate of Imperial Rome, *Princeton, 1984. A. Alföldi*, A Conflict of Ideas in the Late Roman Empire: The Clash Between the Senate and Valentinian I, *Oxford, 1952*.

Enfoque social y económico: *H. Boulvert*, Domestique et Fonctionnaire sous le Haut-Empire Romain, *París, 1974. P. Garnsey*, Social Status and Roman Privilege in the Roman Empire, *Oxford, 1970. R. P. Duncan-Jones*, Structure and Scale in the Roman Economy, *Cambridge, 1990. A. Marcone*, Il Colonato Tardoantico nella Storiografia Moderna (da Fustel de Coulanges ai Nostri Giorni), *1998*.

La transformación religiosa: *R. R. Macmullen*, Paganism in the Roman Empire, *New Haven, 1981. R. R. Macmullen*, Christianizing the Roman Empire (100-400 A. D.), *New Haven, 1984. A. Momigliano (ed.)*, El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV, *Madrid, Alianza, 1989. R. Teja*, Organización económica y social de Capadocia en el siglo IV, según los padres Capadocios, *Salamanca, 1974. N. Q. King*, The Emperor Theodosius and the Establishment of Christianity, *Londres, 1961*.

Cultura y sociedad: *F. Altheim*, Visión de la tarde y de la mañana de la Antigüedad a la Edad Media, *Buenos Aires, 1965. Georges Duby y Michell Perrot (dirs.)*, Historia de las mujeres. La Antigüedad, *Madrid, Taurus, 1991, tomo I. Philippe Ariès y Georges Duby*, Historia de la vida privada, *2 tomos, Madrid, Taurus, 1988. J. W. Binns (ed.)*, Latin Literature of the fourth Century, *Londres, 1974*.

XXI

PERSECUCIÓN DE LA HEREJÍA - CISMA DE LOS DONATISTAS - CONTROVERSIA ARRIANA - DESQUICIAMIENTO DE LA IGLESIA Y DEL ESTADO BAJO CONSTANTINO Y SUS HIJOS - TOLERANCIA AL PAGANISMO

El aplauso agradecido del clero consagró la memoria de un príncipe que consintió sus pasiones y acrecentó sus intereses. Constantino les dio seguridad, riqueza, honores y venganza; y el mantenimiento de la fe ortodoxa fue considerado como el deber más sagrado e importante del magistrado civil. El edicto de Milán, la gran cédula de la tolerancia, había confirmado a todo individuo del mundo romano el privilegio de elegir y profesar su propia religión. Pero este inestimable privilegio pronto fue violado: con el conocimiento de la verdad el emperador asimiló las máximas de la persecución, y las sectas que discrepaban de la Iglesia católica fueron acosadas y oprimidas por el triunfo del cristianismo. Constantino creyó fácilmente que los herejes, a quienes suponía contrarios a *sus* opiniones u opuestos a *sus* mandatos, eran culpables de la obstinación más absurda y criminal, y que la aplicación oportuna de un moderado rigor podía salvar a esos infelices del peligro de una condena eterna. Se excluyó de inmediato a los ministros y maestros de las diversas congregaciones de cualquier participación en las recompensas e inmunidades que el emperador había otorgado tan liberalmente al clero ortodoxo. Pero como los sectarios aún podían existir bajo la deshonra imperial, la conquista de Oriente

fue acompañada por un edicto que anunciaba su total destrucción.[1] Tras un preámbulo lleno de pasión y censura, Constantino prohíbe absolutamente las asambleas de los herejes y confisca sus propiedades públicas para el uso de la renta o de la Iglesia católica. Las sectas contra las cuales la severidad imperial fue directa parecen haber sido la de Paulo Samosata; la de los montanistas de Frigia, que mantenían una entusiasta sucesión de profecías; los novacianos, que rechazaban duramente la eficacia temporal del arrepentimiento; los marcionitas y valentinianos, bajo cuyas banderas predominantes se habían ido reuniendo imperceptiblemente los varios gnósticos de Asia y de Egipto; y quizá los maniqueos, que acababan de importar de Persia una teología más ingeniosa que combinaba la oriental y la cristiana.[2] El proyecto de eliminar el nombre, o al menos de restringir los progresos, de aquellos odiosos herejes fue ejecutado con vigor y eficacia. Algunas disposiciones penales fueron copiadas de los edictos de Diocleciano, y este método de conversión mereció el aplauso de los mismos obispos que habían sentido la mano de la opresión y habían suplicado por los derechos de la humanidad. Dos circunstancias irrelevantes pueden servir, sin embargo, para probar que el ánimo de Constantino no estaba enteramente corrompido por el espíritu del celo y la intolerancia. Antes de condenar a los maniqueos y a sus sectas allegadas, resolvió hacer una cuidadosa investigación sobre la naturaleza de sus principios religiosos. Como si desconfiara de la imparcialidad de sus consejeros eclesiásticos, dio este delicado encargo a un magistrado civil, cuya sabiduría y moderación le merecían justo aprecio, pero cuya venalidad probablemente ignoraba.[3] El emperador pronto se convenció de que había proscrito muy apresuradamente la fe ortodoxa y la moralidad ejemplar de los novacianos, quienes disentían de la

Iglesia en algunos artículos de disciplina que tal vez no eran esenciales para la salvación. Por un edicto particular los eximió de las penas generales de la ley,[4] les permitió construir una iglesia en Constantinopla, respetó los milagros de sus santos, convidó a su obispo, Acesio, al concilio de Nicea y ridiculizó amistosamente los estrictos principios de su secta con una broma familiar que, de boca de un soberano, debió de recibirse con agasajo y gratitud.[5]

Las quejas y acusaciones mutuas que atacaron el trono de Constantino, tan pronto como la muerte de Majencio sometió África a sus armas victoriosas, mal podían edificar a un prosélito imperfecto (312 d. C.). Se enteró con sorpresa de que las provincias de aquel extenso país, desde los confines de Cirene hasta las columnas de Hércules, estaban trastornadas por las discordias religiosas.[6] El origen de la división derivaba de una doble elección en la iglesia de Cartago, la segunda en jerarquía y opulencia de los tronos eclesiásticos de Occidente. Ceciliano y Mayorino eran los primados rivales de África, y la muerte del segundo pronto hizo lugar a Donato, quien, por su mayor capacidad y sus aparentes virtudes, era el soporte más firme de su partido. La ventaja que Ceciliano podía reclamar por la anterioridad de su ordenación fue destruida por el ilegal, o al menos indecente, apresuramiento con que se ejecutó, sin esperar la llegada de los obispos de Numidia. La autoridad de aquellos obispos, que en número de setenta condenaron a Ceciliano y consagraron a Mayorino, se debilita por la infamia de algunos de sus caracteres personales y por las intrigas femeninas, los acuerdos sacrílegos y los tumultuosos procesos que se imputan a este concilio numídico.[7] Los obispos de las facciones contendientes mantenían, con el mismo ardor y obstinación, que sus adversarios se habían degradado, o al menos

deshonrado, por el odioso crimen de entregar las Sagradas Escrituras a los funcionarios de Diocleciano. Tanto de sus mutuas acusaciones como de la historia de esta oscura transacción puede inferirse con justicia que la última persecución había resentido el entusiasmo, sin reformar las costumbres, de los cristianos de África. Aquella Iglesia dividida era incapaz de proporcionar un jurado imparcial; la controversia fue juzgada solemnemente en cinco tribunales sucesivos nombrados por el emperador, y todo el proceso, desde la primera apelación hasta la sentencia final, duró más de tres años. Una rigurosa investigación llevada a cabo por el vicario pretoriano y el procónsul de África, el informe de dos visitadores episcopales enviados a Cartago, los decretos de los concilios de Roma y de Arles, y el juicio supremo del mismo Constantino en su consistorio sagrado, todo fue favorable a la causa de Ceciliano, quien quedó unánimemente reconocido por las autoridades civiles y eclesiásticas como el verdadero y legítimo primado de África. Se atribuyeron los honores y bienes de la Iglesia a sus obispos subordinados, y no fue fácil satisfacer a Constantino imponiendo la pena de exilio a los principales líderes de la facción donatista. Como su causa se examinó con atención, tal vez fue determinada con justicia. Quizás no era infundada su queja de que las habilidades insidiosas de su privado Osio habían abusado de la credulidad del emperador. La influencia de la mentira y la corrupción puede haber conseguido la condena del inocente o agravado la pena del culpable. Sin embargo, tal acto de injusticia, si zanjó una contienda incómoda, puede contarse entre los daños pasajeros de un régimen despótico, que ni se sienten ni se recuerdan en la posteridad.

Pero este incidente, tan insignificante que apenas merece un

lugar en la historia, produjo un memorable cisma (315 d. C.) que afectó a las provincias de África durante más de tres siglos y se extinguió sólo con el propio cristianismo. El celo inflexible de libertad y fanatismo animaba a los donatistas a negar su obediencia a los usurpadores, cuya elección discutían y cuya potestad espiritual rechazaban. Excluidos de la comunión civil y religiosa con el resto de la humanidad, la excomulgaban audazmente por haber abrazado la impía causa de Ceciliano y de los traidores que lo consagraron. Afirmaban con seguridad y casi con euforia que se había interrumpido la sucesión apostólica, que todos los obispos de Europa y Asia estaban infectados con la culpa y el cisma, y que las prerrogativas de la Iglesia católica estaban confinadas sólo a la parte elegida de los creyentes africanos, que habían conservado la integridad de su fe y su disciplina. Corroboraban tan rígida teoría con la conducta más despiadada. Toda vez que recibían a un convertido, aun de las lejanas provincias del Oriente, repetían cuidadosamente los sagrados ritos del bautismo[8] y la ordenación, por cuanto rechazaban la validez de los que habían recibido de manos de los herejes o cismáticos. Obispos, vírgenes y hasta niños inocentes tenían que someterse a una penitencia pública antes de que se los admitiera en la comunión de los donatistas. Si tomaban posesión de una iglesia que había sido usada por sus adversarios católicos, purificaban el profanado edificio con el mismo ahínco que hubiera requerido un templo de ídolos. Lavaban el pavimento, raspaban las paredes, quemaban el altar —que solía ser de madera—, fundían las alhajas consagradas, arrojaban la santa eucaristía a los perros, y todas las circunstancias de ignominia que pudieran provocar y perpetuar la animosidad de las facciones religiosas.[9] No obstante esta aversión irreconciliable, ambos partidos, que estaban mezclados y

separados en todas las ciudades de África, tenían el mismo idioma y costumbres, el mismo celo y enseñanza, la misma fe y adoración. Proscritos por el poder civil y eclesiástico del Imperio, los donatistas aún mantenían en algunas provincias, particularmente en Numidia, su superioridad numérica; y cuatrocientos obispos reconocían la jurisdicción de su primado. Pero el espíritu invencible de la secta se alimentaba a veces de sus propios órganos, y el regazo de su Iglesia cismática se desgarró en divisiones intestinas. La cuarta parte de los obispos donatistas seguían las banderas independientes de los maximianistas. La senda angosta y solitaria que sus primeros líderes habían marcado seguía desviándose de la sociedad general de la humanidad. Hasta la secta casi invisible de los rogacianos afirmaba, sin sonrojarse, que cuando Cristo viniera a juzgar el mundo hallaría su verdadera religión preservada sólo en unas cuantas aldeas desconocidas de la Mauritania Cesárea.[10]

El cisma de los donatistas quedó confinado a África, pero fue más extendido el daño de la controversia trinitaria, que penetró sucesivamente en todos los ámbitos del mundo cristiano. El primero fue una contienda accidental, ocasionada por un abuso de libertad; el segundo era una discusión importante y misteriosa, derivada del abuso de la filosofía. Desde el tiempo de Constantino hasta el de Clodoveo y Teodorico, los intereses temporales de romanos y de bárbaros estaban estrechamente ligados a las contiendas teológicas del arrianismo. El historiador, por lo tanto, puede permitirse descorrer respetuosamente el velo del santuario y deducir el desarrollo de la razón y la fe, del error y el apasionamiento, desde la escuela de Platón hasta la decadencia y caída del Imperio.

La inteligencia de Platón, formada por sus propias

meditaciones o por el conocimiento tradicional de los sacerdotes egipcios,[11] se aventuró a explorar la naturaleza misteriosa de la Divinidad. Cuando elevó su mente a la sublime contemplación del primer ser que existió por sí mismo, causa imprescindible del universo, el sabio ateniense fue incapaz de concebir *cómo* la simple unidad de su esencia podía abarcar la infinita variedad de ideas distintas y sucesivas que componen el modelo del mundo intelectual; *cómo* un Ser puramente incorpóreo podía ejecutar aquel modelo perfecto y moldear con mano plástica el caos tosco e independiente. La vana esperanza de librarse de esas dificultades, que siempre agobiarán los débiles poderes de la mente humana, indujo a Platón a considerar la naturaleza divina bajo una triple modificación: la causa primera, la razón o el *logos* y el alma o espíritu del universo. A veces su fantasía poética fijaba y animaba esas abstracciones metafísicas: los tres principios *árquicos* u originales se representaban en el sistema platónico como tres dioses unidos mutuamente por una generación misteriosa e inefable; y el *logos*, particularmente, se consideraba bajo el carácter más accesible de Hijo de un Padre Eterno, y Creador y Gobernador del mundo. Tales parecen haber sido las doctrinas secretas que se murmuraban cautelosamente en los jardines de la Academia, y que, según los discípulos más modernos de Platón, no terminaban de entenderse sino con un estudio muy asiduo de treinta años.[12]

Las armas de los macedonios difundieron por Asia y Egipto el idioma y el conocimiento griegos, y el sistema teológico de Platón se enseñó, con menos reserva y tal vez con mejoras, en la reconocida escuela de Alejandría.[13] Los ptolomeos invitaron a una numerosa colonia de judíos a establecerse en su nueva capital.[14] Mientras la mayor parte de la nación practicaba sus ceremonias legales y se dedicaba a las ocupaciones lucrativas del

comercio, unos cuantos hebreos de espíritu más liberal consagraban sus vidas a la contemplación religiosa y filosófica.[15] Cultivaron con diligencia y abrazaron con ardor el sistema teológico del sabio ateniense. Pero su orgullo nacional se hubiera avergonzado con la justa confesión de su primitiva pobreza, y remarcaban con descaro, como herencia sagrada de sus antepasados, el oro y las joyas que últimamente habían robado a sus maestros egipcios. Un siglo antes del nacimiento de Cristo, los judíos de Alejandría produjeron un tratado filosófico que revela claramente el estilo y los conceptos de la escuela de Platón, y que fue recibido unánimemente como una reliquia valiosa y genuina de la sabiduría inspirada de Salomón.[16] Una unión similar de la fe mosaica y la filosofía griega distingue el trabajo de Filón, que fue compuesto, en su mayor parte, bajo el reinado de Augusto.[17] El alma material del universo[18] podía ofender la religiosidad de los hebreos, pero aplicaron el concepto de *logos* al Jehová de Moisés y de los patriarcas; y el Hijo de Dios habitó la tierra bajo una apariencia visible e incluso humana, para desempeñar esos oficios familiares que parecen incompatibles con la naturaleza y los atributos de la Causa Universal.[19]

La elocuencia de Platón, el nombre de Salomón, la autoridad de la escuela de Alejandría y el consentimiento de judíos y griegos eran insuficientes para establecer la verdad de una doctrina misteriosa, que podía agradar pero no satisfacer a la racionalidad (97 d. C.). Sólo un profeta o apóstol inspirado por la Divinidad puede ejercer un dominio lícito sobre la fe de la humanidad; y la teología de Platón se hubiera confundido para siempre con las visiones filosóficas de la Academia, del Pórtico y del Liceo, si el nombre y los atributos divinos del *logos* no hubieran sido confirmados por la pluma celestial del último

y más sublime de los evangelistas.[20] La revelación cristiana, que se consumó bajo el reinado de Nerva, mostró al mundo el asombroso secreto de que el *logos*, que estaba desde el principio con Dios y era Dios, que lo hizo todo y para quien todo fue hecho, se encarnó en la persona de Jesús de Nazaret, que nació de una virgen y padeció la muerte en la cruz. Además del proyecto general de establecer las bases perpetuas de la honra divina de Cristo, los escritores eclesiásticos más antiguos y respetables atribuyen al teólogo evangélico la intención particular de refutar dos herejías opuestas que trastornaron la paz de la Iglesia primitiva.[21]

I) La fe de los ebionitas,[22] y quizá de los nazarenos,[23] era tosca e incompleta. Reverenciaban a Jesús como el mayor de los profetas, dotado de virtud y poderío sobrenatural. Atribuían a su persona y a su futuro imperio todas las predicciones de los oráculos hebreos relativas al reino espiritual y eterno del prometido Mesías.[24] Algunos podían admitir que había nacido de una virgen, pero todos rechazaban obstinadamente la existencia anterior y las perfecciones divinas del *logos* o Hijo de Dios, que tan claramente se definen en el Evangelio de san Juan. Cerca de medio siglo después, los ebionitas, cuyos errores menciona Justino Mártir con menos severidad de la que parecen merecer,[25] eran una parte insignificante del cristianismo.

II) Los gnósticos, que se conocían por el sobrenombre de *docetes*, se desviaban al extremo opuesto, y mientras afirmaban la naturaleza divina de Cristo, consideraban falsa su parte humana. Educados en la escuela de Platón, acostumbrados al concepto sublime del *logos*, concibieron rápidamente que el brillante *Eon*, o *Emanación* de la Divinidad, podía asumir la forma externa y la apariencia visible de un mortal,[26] pero pretendían vanamente que las imperfecciones de la materia son incompatibles con la

pureza de una sustancia celeste. Mientras la sangre de Cristo todavía humeaba en el monte Calvario, los docetes concibieron la impía y extravagante hipótesis de que, en vez de salir de las entrañas de una virgen,[27] había descendido a las orillas del Jordán en una forma ya perfectamente adulta, que se había impuesto sobre los sentidos de sus enemigos y sus discípulos, y que los ministros de Pilatos habían desperdiciado su ira impotente sobre un fantasma etéreo que *pareció* morir en la cruz y resucitar a los tres días.[28]

La autorización divina otorgada por el apóstol al principio fundamental de la teología platónica estimuló a los prosélitos eruditos del segundo y el tercer siglos a admirar y estudiar los escritos del sabio ateniense, que así había anticipado maravillosamente uno de los descubrimientos más asombrosos de la revelación cristiana. El respetado nombre de Platón fue usado por los ortodoxos[29] y abusado por los herejes[30] como el apoyo común de la verdad y el error: se empleó la autoridad de sus hábiles comentadores y la ciencia de los dialécticos para justificar las remotas consecuencias de sus opiniones y para abastecer el discreto silencio de los escritores inspirados. En las escuelas filosóficas y cristianas de Alejandría se trataban las mismas sutiles y profundas cuestiones concernientes a la naturaleza, la generación, la diferencia y la igualdad de las tres personas divinas de la misteriosa *Tríada* o Trinidad.[31] Una ávida curiosidad los urgía a explorar los secretos del abismo, y el orgullo de los profesores y de sus discípulos se satisfacía con la ciencia de las palabras. Pero el teólogo cristiano más perspicaz, el gran Atanasio, confesó candorosamente[32] que cada vez que forzaba su entendimiento para meditar sobre la divinidad del *logos*, sus penosos y vanos esfuerzos retrocedían sobre sí mismos, que cuanto más recapacitaba, menos entendía, y que cuanto más

escribía, menos acertaba a expresar sus conceptos. A cada paso de la investigación estamos obligados a palpar y reconocer la desproporción ilimitada entre la medida del objeto y la capacidad de la mente humana. Podemos intentar abstraer las nociones de tiempo, espacio y materia, tan estrechamente unidas a todas las percepciones de nuestro conocimiento empírico; pero tan pronto como procuramos razonar sobre la sustancia infinita y sobre la generación espiritual, tan pronto como deducimos cualquier conclusión positiva de una idea negativa, nos envolvemos en la oscuridad, la perplejidad y las inevitables contradicciones. Como estas dificultades surgen de la naturaleza del objeto, abruman con el mismo insuperable peso al polemista filósofo y al teólogo; pero debemos observar dos circunstancias esenciales y peculiares que distinguen las doctrinas de la Iglesia católica de las opiniones de la escuela platónica.

I) Una sociedad selecta de filósofos, hombres de una educación liberal y una disposición curiosa, podía meditar en silencio y discutir con moderación, en los jardines de Atenas o la biblioteca de Alejandría, las cuestiones recónditas de la ciencia metafísica. Las altas especulaciones, que ni convencían al entendimiento ni agitaban las pasiones de los mismos platónicos, eran desatendidas por los ociosos, por los atareados, e incluso por la parte estudiosa de la humanidad.[33] Pero una vez que el *logos* fue revelado como el objeto sagrado de la fe, la esperanza y el culto religioso de los cristianos, una creciente multitud adhirió al misterioso sistema en todas las provincias del mundo romano. Las personas que por su edad, sexo u ocupación eran las menos calificadas para juzgar, las menos ejercitadas en los hábitos del razonamiento abstracto, aspiraban a considerar la economía de la Naturaleza Divina; y

Tertuliano[34] se jacta de que un artesano cristiano podía contestar fácilmente cuestiones que hubieran confundido al más sabio de los griegos. En un tema tan fuera de nuestro alcance, la diferencia entre la comprensión humana más alta y la más baja puede calcularse, en realidad, como infinitamente pequeña; y el grado de debilidad tal vez puede medirse por el grado de obstinación y confianza dogmática. Estas especulaciones, en lugar de ser tratadas como un entretenimiento para el tiempo libre, se convirtieron en el asunto más serio para la vida presente y en la preparación más útil para la futura. Una teología en la que era necesario creer, de la que era impío dudar, y que podía ser peligroso, e incluso fatal, confundir, se convirtió en el tema central de la meditación privada y del discurso popular. La fría indiferencia de la filosofía se inflamó con el espíritu ferviente de la devoción, e incluso las metáforas del lenguaje común sugerían los falaces prejuicios de los sentidos y la experiencia. Los cristianos, que aborrecían la ruda e impura generación de la mitología griega,[35] se inclinaban a argüir la analogía familiar de las relaciones paterna y filial. El carácter de *Hijo* parecía implicar la subordinación perpetua al autor voluntario de su existencia;[36] pero como se supone necesariamente que el acto de la generación, en su sentido más espiritual y abstracto, transmite las propiedades de una naturaleza común,[37] no se atrevían a circunscribir los poderes y la duración del Hijo de un Padre eterno y omnipotente. Ochenta años después de la muerte de Cristo, los cristianos de Bitinia declararon ante el tribunal de Plinio que lo invocaban como un Dios; y las diversas sectas que toman el nombre de sus discípulos[38] han perpetuado sus honores divinos en todas las edades y países. Su entrañable reverencia a la memoria de Cristo y el horror ante el culto profano de cualquier ser creado los hubieran llevado a afirmar la

divinidad igual y absoluta del *logos*, si su rápido ascenso hacia el trono de los cielos no se hubiera reprimido ante el temor de violar la unidad y supremacía única del gran Padre de Cristo y del universo. La incertidumbre y la fluctuación que estas tendencias opuestas producían en el ánimo de los cristianos pueden observarse en los escritos de los teólogos que florecieron después de la edad apostólica y antes del origen de la controversia arriana. Tanto los católicos como los herejes reclaman su voto con igual confianza; y los críticos más inquisitivos confiesan con justicia que, si tuvieron la buena suerte de poseer la verdad católica, expresaron sus conceptos en un lenguaje inexacto, descuidado y a veces contradictorio.[39]

II) La primera circunstancia que diferenciaba a los cristianos de los platónicos era la devoción de los individuos: la segunda era la autoridad de la Iglesia. Los alumnos de esa filosofía afirmaban los derechos de la libertad intelectual, y su respeto a las opiniones de sus maestros era un tributo liberal y voluntario que ofrecían a la razón superior. Pero los cristianos constituían una sociedad numerosa y disciplinada, y sus leyes y magistrados ejercían una estricta jurisdicción sobre la mentalidad de los fieles. Los actos de fe y las confesiones gradualmente confinaban los extravíos de la imaginación,[40] la libertad de los juicios privados se sometía a la sabiduría pública de los sínodos, la autoridad de un teólogo estaba determinada por su rango eclesiástico y los sucesores episcopales de los apóstoles aplicaban las censuras de la Iglesia a cuantos se desviaban de la creencia ortodoxa. Pero en épocas de controversias religiosas todo acto opresivo renueva la fuerza elástica del entendimiento, y, a veces, motivos secretos de ambición o avaricia estimulaban el celo y la obstinación de los rebeldes espirituales. Un argumento metafísico se convertía en la causa o el pretexto para contiendas

políticas; las sutilezas platónicas se usaban como insignias de facciones populares, y la distancia que separaba a sus respectivos dogmas se alargaba o magnificaba con la aspereza de la discusión. Mientras las oscuras herejías de Praxeas y de Sabelio se empeñaban en confundir al *Padre* con el *Hijo*,[41] cabía disculpa en el partido ortodoxo si se adherían más estricta y seriamente a la *distinción* que a la *igualdad* de las personas divinas. Pero tan pronto como el calor de la controversia se calmó y los progresos de los sabelianos ya no fueron un objeto de terror para las Iglesias de Roma, África o Egipto, la corriente de la opinión teológica comenzó a fluir, con un movimiento suave pero firme, hacia el extremo contrario, y los doctores más ortodoxos se permitían el uso de términos y definiciones que habían censurado en boca de los sectarios.[42] Después de que el edicto de tolerancia les devolvió la paz y el ocio a los cristianos, la controversia trinitaria revivió en el antiguo sitio del platonismo: la erudita, la opulenta, la tumultuosa ciudad de Alejandría; y la llama de la discordia religiosa se extendió rápidamente de las escuelas al clero, al pueblo, a las provincias y al Oriente. La oscura cuestión de la eternidad del *logos* se trató en conferencias eclesiásticas y sermones populares; y las opiniones heterodoxas de Arrio[43] pronto se hicieron públicas por su propio celo y el de sus adversarios. Sus enemigos más implacables reconocieron la sabiduría y la vida intachable de aquel eminente presbítero que, en una elección anterior, había declinado, tal vez generosamente, sus pretensiones al trono episcopal.[44] Su competidor Alejandro asumió el cargo de su juez. La importante causa se discutió ante él; y, si al principio pareció dudar, finalmente pronunció su sentencia definitiva como una regla absoluta de fe.[45] El denodado presbítero, a quien se suponía resistente a la autoridad de su airado obispo,

fue separado de la comunión de la Iglesia. Pero el aplauso de un numeroso sector sostuvo el orgullo de Arrio. Contaba entre sus seguidores inmediatos con dos obispos de Egipto, siete presbíteros, doce diáconos y (lo que parece casi increíble) setecientas vírgenes. Una gran mayoría de los obispos de Asia parecían apoyar o favorecer su causa; y sus disposiciones eran conducidas por Eusebio de Cesárea, el más erudito de los prelados cristianos, y por Eusebio de Nicomedia, que había adquirido la reputación de estadista sin desmerecer la de santo. Los sínodos de Palestina y Bitinia se oponían a los de Egipto. La disputa teológica atrajo la atención del príncipe y del pueblo; y la decisión, después de seis años,[46] fue remitida a la autoridad suprema del concilio general de Nicea.

Cuando los misterios de la fe cristiana se expusieron peligrosamente al debate público, pudo observarse que el entendimiento humano era capaz de concebir tres sistemas distintos, aunque imperfectos, concernientes a la naturaleza de la Divina Trinidad, y se resolvió que ninguno de ellos, en sentido puro y absoluto, estaba exento de herejía y error.[47]

I) Según la primera hipótesis, sostenida por Arrio y sus discípulos, el *logos* era una producción dependiente y espontánea, creada de la nada por la voluntad del Padre. El Hijo, por quien se habían creado todas las cosas,[48] había sido engendrado con anterioridad a todos los mundos, y el período astronómico más largo podía compararse con un solo momento fugaz por lo extenso de su duración; pero esta duración no era infinita,[49] y había existido un tiempo anterior a la generación inefable del *logos*. El Padre Todopoderoso transmitió su grandioso espíritu a su único Hijo, y le imprimió el brillo de su gloria. Imagen visible de la perfección invisible, vio a una distancia incalculable bajo sus pies los tronos de los arcángeles

más resplandecientes; pero relució sólo con luz refleja, y como los hijos de los emperadores romanos, investidos con los títulos de César y Augusto,[50] gobernó el universo en acuerdo a la voluntad de su Padre y Monarca.

II) En la segunda hipótesis, el *logos* poseía todas las perfecciones inherentes e incomunicables que la religión y la filosofía asignan al Dios Supremo. Tres entendimientos o sustancias diversas e infinitas, tres entidades idénticas y coeternas, componían la Esencia Divina;[51] y hubiera implicado una contradicción que cualquiera de ellas no existiera o que cesara de existir en algún tiempo.[52] Los partidarios de un sistema que parecía establecer tres divinidades independientes intentaban preservar la unidad de la Causa Primera, tan evidente en el plan y el orden del mundo, con la armonía constante de su administración y el acuerdo esencial de su voluntad. Puede descubrirse una vaga semejanza de esta unidad de acción en las sociedades de los hombres e incluso de los animales. Las causas que alteran su armonía proceden sólo de la imperfección y desigualdad de sus facultades; pero la omnipotencia, guiada por la infinita sabiduría y bondad, no puede fallar al elegir los mismos medios para el logro de los mismos fines.

III) Tres seres que, por la necesidad derivada de su existencia, poseen todos los atributos divinos en un grado perfecto, que son eternos en duración, infinitos en espacio, íntimamente presentes uno en otro y en todo el universo, se imponen irresistiblemente a la mente atónita como uno y el mismo Ser,[53] que en la economía de la gracia, tanto como en la de la naturaleza, puede manifestarse bajo formas diferentes, y considerarse bajo diferentes aspectos. En esta hipótesis, una Trinidad efectiva y sustancial se refina como una trinidad de

nombres y modificaciones abstractas que sólo subsiste en la mente que la concibe. El *logos* ya no es una persona, sino un atributo, y sólo en sentido figurado puede aplicarse el epíteto de Hijo a la razón eterna que estaba con Dios desde el principio y por *la cual*, no por *quien*, todas las cosas fueron hechas. La encarnación del *logos* se reduce a una mera inspiración de la Sabiduría Divina, que llenaba el alma y dirigía todas las acciones del hombre Jesús. Así, después de girar por el círculo teológico, nos sorprendemos de que el sabeliano termine donde el ebionita había empezado, y de que el inasequible misterio que excita nuestra adoración eluda nuestra investigación.[54]

Si a los obispos del concilio de Nicea[55] se les había permitido seguir los dictados imparciales de su conciencia, mal podían Arrio y sus seguidores halagarse con la esperanza de obtener la mayoría de votos en favor de una hipótesis tan directamente adversa a las dos opiniones más populares del mundo católico. Los arrianos percibieron pronto su peligrosa situación, y prudentemente asumieron aquellas virtudes modestas que, en la furia de las controversias civiles y religiosas, rara vez se practican, ni aun se elogian, sino por el partido más débil. Recomendaban el ejercicio de la moderación y la caridad cristiana, insistían en la naturaleza inexplicable de la controversia; rechazaban el uso de cualquier término o definición que no se hallara en las Escrituras, y complacían a sus adversarios, con muy generosas concesiones, sin renunciar a la integridad de sus propios principios. La facción victoriosa recibía todas sus propuestas con altanera sospecha, y buscaba ansiosamente alguna marca de distinción inconciliable cuyo rechazo pudiera envolver a los arrianos en la culpa y las consecuencias de la herejía. Se leyó públicamente y se rasgó con ignominia una carta en la cual su patrono, Eusebio de

Nicomedia, confesaba ingenuamente que la admisión de *homoousion*, o consustancial, una palabra ya familiar entre los platónicos, era incompatible con los principios de su sistema teológico. Los obispos, que dictaban las resoluciones del sínodo, aprovecharon con entusiasmo esa oportunidad favorable, y, según la viva expresión de Ambrosio,[56] usaron la espada que la herejía misma había desenvainado para cortar la cabeza del odioso monstruo. El concilio de Nicea estableció la consustancialidad del Padre y el Hijo, y ésta fue recibida unánimemente como artículo fundamental de la fe cristiana por el consentimiento de las Iglesias griega, latina, oriental y protestante. Pero si la misma palabra no hubiese servido para estigmatizar a los herejes y para unir a los católicos, hubiese sido inadecuada al propósito de la mayoría, por la cual se incluyó en el credo ortodoxo. Esta mayoría se dividía en dos partidos que se distinguían por una tendencia contraria hacia las opiniones de los triteístas y de los sabelianos. Pero como esos extremos opuestos parecían derribar los fundamentos de la religión natural o de la revelada, acordaron mutuamente puntualizar el rigor de sus principios, y negar las consecuencias, justas pero peligrosas, que pudieran impulsar sus antagonistas. El interés de la causa común los inclinaba a juntarse y encubrir sus diferencias; su animosidad se suavizó con la recomendación conciliadora de la tolerancia y sus contiendas se suspendieron con el uso del misterioso *homoousion*, que cada partido era libre de interpretar según su dogma particular. El sentido sabeliano, que cerca de medio siglo antes había obligado al concilio de Antioquía[57] a prohibir este famoso término, sedujo a aquellos teólogos que abrigaban un afecto parcial y reservado por la Trinidad nominal. Pero los santos más vigentes del tiempo arriano, el intrépido Atanasio, el erudito Gregorio Nacianceno y

los otros pilares de la Iglesia que sostenían con habilidad y éxito la doctrina nicena, parecían considerar el concepto de *sustancia* como si fuera sinónimo de *naturaleza*, y se arriesgaban a ilustrar su significado afirmando que tres hombres, como pertenecen a la misma especie general, son consustanciales u *homoousios* entre sí.[58] Esta igualdad pura y marcada se atenuaba, por un lado, por la conexión interna y la penetración espiritual que une indisolublemente a las personas divinas,[59] y, por otro, por la preeminencia del Padre, que se reconocía en tanto fuera compatible con la independencia del Hijo.[60] Entre estos límites, el balón casi invisible y trémulo de la ortodoxia podía vibrar con confianza. A cada lado, más allá de este terreno consagrado, los herejes y los demonios acechaban emboscados para sorprender y devorar al infeliz vagabundo. Pero como el grado del odio teológico depende más del espíritu de la guerra que de la importancia de la controversia, los herejes que degradaban a la persona del Hijo eran tratados con mayor severidad que aquellos que la aniquilaban. Atanasio consumió su vida en la oposición irreconciliable con la *locura* impía de los arrianos,[61] pero defendió durante más de veinte años el sabelianismo de Marcelo de Ancira, y cuando finalmente fue obligado a retractarse de esa vinculación, siguió mencionando con una ambigua sonrisa los leves errores de su respetable amigo.[62]

La autoridad de un concilio general, al que los mismos arrianos fueron obligados a someterse, inscribió en las banderas del partido ortodoxo los misteriosos caracteres de la palabra *homoousion*, que contribuyó esencialmente, a pesar de algunas oscuras contiendas y peleas nocturnas, para conservar y perpetuar la uniformidad de la fe, o al menos del lenguaje. Los consustancialistas, que con su triunfo habían merecido y

obtenido el título de católicos, presumían de la sencillez y firmeza de su credo e insultaban las variaciones repetidas de sus adversarios, que carecían de una norma cierta para su fe. La sinceridad o astucia de los líderes arrianos, el temor a las leyes o al pueblo, su reverencia por Cristo, su odio a Atanasio, todas las causas, humanas y divinas, que influencian y perturban los dictámenes de una facción teológica, introdujeron entre los sectarios un espíritu de discordia e inconstancia que en el curso de unos pocos años originó dieciocho modelos de religión diferentes[63] y vengó la dignidad violada de la Iglesia. El celoso Hilario,[64] quien por la peculiar dificultad de su situación era inclinado a atenuar más que a agravar los errores del clero oriental, declara que en la gran extensión de las diez provincias de Asia a las que fue desterrado podían encontrarse muy pocos prelados que hubieran conservado el conocimiento del verdadero Dios.[65] La opresión que había sentido, los desórdenes de los que fue espectador y víctima calmaron por un corto intervalo las pasiones airadas de su ánimo; y en el siguiente pasaje, del cual voy a transcribir algunas líneas, el obispo de Poitiers se desvía imprudentemente hacia el estilo de un filósofo cristiano: «Es algo», dice Hilario, «igualmente deplorable y peligroso que haya tantos credos como opiniones entre los hombres, tantas doctrinas como inclinaciones, y tantas fuentes de blasfemia como errores entre nosotros; porque hacemos credos arbitrariamente y los explicamos como arbitrarios. El *homoousion* es desechado, recibido y explicado por sínodos sucesivos. La semejanza parcial o total del Padre y el Hijo es un tema de discusión en estos tiempos infelices. Cada año, más aún, cada luna, hacemos nuevos credos para describir misterios invisibles. Nos arrepentimos de lo hecho, defendemos a los arrepentidos y censuramos a los que defendíamos. Condenamos

la doctrina de otros en nosotros mismos o la nuestra en la de otros, y, destrozándonos recíprocamente, hemos sido la causa de nuestra mutua ruina».[66]

No puede esperarse, y tal vez no podría soportarse, que siga abultando esta digresión teológica con el examen minucioso de los dieciocho credos, cuyos autores, en su mayor parte, negaban el nombre odioso de su padre Arrio. Es muy entretenido delinear la forma y trazar la vegetación de una planta singular, pero el tedioso detalle de hojas sin flores y de ramas sin fruto pronto agota la paciencia y decepciona la curiosidad del laborioso estudiante. Una cuestión, que surgió gradualmente de la controversia arriana, puede, sin embargo, informarse, en tanto sirvió para originar y distinguir las tres sectas que estaban unidas sólo por su aversión común al *homoousion* del sínodo niceno.

I) Si se les preguntaba si el Hijo era *como* el Padre, contestaban resueltamente por la negativa los herejes que adherían a los principios de Arrio, o en realidad a los de la filosofía, que parecía establecer una diferencia infinita entre el Creador y la más excelente de sus criaturas. Ecio,[67] a quien el celo de sus adversarios otorgó el sobrenombre de Ateo, sostenía esta obvia consecuencia. Su inquietud y su espíritu anhelante lo impulsaron a probar casi todas las profesiones de la vida humana. Fue sucesivamente esclavo, o al menos labrador, calderero ambulante, orfebre, médico, maestro, teólogo, y por fin apóstol de una nueva Iglesia que fue difundida por la capacidad de su alumno Eunomio.[68] Armado con textos de las Escrituras y con silogismos capciosos de la lógica de Aristóteles, el sutil Ecio había ganado fama polemista invencible, a quien era imposible silenciar o convencer. Tales talentos captaron la amistad de los obispos arrianos, hasta que se vieron forzados a renunciar, e incluso a perseguir, a un aliado peligroso que, por la

precisión de sus razonamientos, había perjudicado su causa en la opinión popular y ofendido la religiosidad de sus seguidores más devotos.

II) La omnipotencia del Creador sugería una solución vistosa y reverente de la *semejanza* del Padre y el Hijo; y la fe podía humildemente aceptar lo que la razón no parecía negar: que el Dios Supremo podía comunicar sus perfecciones infinitas y crear un ser parecido únicamente a sí mismo.[69] Estos arrianos estaban poderosamente apoyados por el peso y el talento de sus líderes, que habían sucedido a los eusebianos y que ocupaban los principales tronos de Oriente. Aborrecían, quizá con alguna afectación, la impiedad de Ecio; declaraban creer, sin reserva o según las Escrituras, que el Hijo se diferenciaba de todas las *otras* criaturas y sólo era semejante al Padre. Pero negaban que fuese de sustancia idéntica o similar, justificando a veces audazmente su desacuerdo, y a veces objetando el uso de la palabra «sustancia», que parece implicar una noción suficiente, o al menos distinta, de la naturaleza de la Divinidad.

III) La secta que afirmaba la doctrina de la sustancia semejante era la más numerosa, al menos en las provincias de Asia; y cuando los líderes de ambos partidos se juntaron en el concilio de Seleucia,[70] *su* opinión hubiera prevalecido por una mayoría de ciento cinco a cuarenta y tres obispos. La palabra griega que se eligió para expresar esta misteriosa semejanza se aproxima tanto al símbolo ortodoxo, que los profanos de todos los tiempos se han burlado de la furiosa contienda originada por la diferencia de un simple diptongo entre *homoousios* y *homoiousios*. Como suele suceder que los sonidos y los caracteres próximos entre sí representan accidentalmente las ideas más opuestas, la observación sería ridícula en sí misma, si fuera posible marcar una distinción real y sensible entre la doctrina de

los semiarrianos, como impropiamente se los llamaba, y la de los mismos católicos. El obispo de Poitiers, que en su destierro frigio intentaba sabiamente una coalición de partidos, procura demostrar que con una interpretación fiel y piadosa[71] el *homoiousion* puede reducirse a un sentido consustancial. Confiesa, no obstante, que la palabra tiene un aspecto oscuro y sospechoso; y, como si la oscuridad congeniase con las disputas teológicas, los semiarrianos que avanzaron hasta las puertas de la iglesia la asaltaron con la furia más implacable.

Las provincias de Egipto y Asia, que cultivaban las costumbres y el idioma griegos, se habían embebido profundamente en el veneno de la controversia arriana. La familiaridad con el estudio del sistema platónico, una disposición vanidosa y confrontadora y un idioma copioso y maleable suministraban al clero y pueblo de Oriente una inagotable corriente de palabras y distinciones; y en medio de sus feroces contiendas olvidaban fácilmente la duda que recomienda la filosofía y la sumisión que impone la religión. Los occidentales eran de un espíritu menos inquisitivo, sus pasiones no se conmovían tanto por objetos invisibles, su entendimiento se ejercitaba menos en los hábitos de la discusión, y tal era la feliz ignorancia de la Iglesia galicana que Hilario mismo, más de 30 años después del primer concilio general, todavía desconocía el credo niceno.[72] Los latinos habían recibido los rayos del conocimiento divino a través del oscuro y dudoso medio de una traducción. La miseria y rudeza de su lengua nativa no siempre era capaz de proporcionar los equivalentes justos para los términos griegos, para las palabras técnicas de la filosofía platónica,[73] que habían sido consagradas, por el Evangelio o por la Iglesia, para expresar los misterios de la fe cristiana; y un defecto verbal podía introducir en la teología latina una larga

serie de errores o confusiones.[74] Pero como las provincias occidentales tuvieron la suerte de derivar su religión de una fuente ortodoxa, preservaron con firmeza la doctrina que habían aceptado con docilidad; y cuando la peste arriana se aproximó a sus fronteras, el cuidado paternal del pontífice romano les suministró la protección oportuna del *homoousion*. Sus opiniones y su temperamento se manifestaron en el memorable sínodo de Rímini, cuyo número sobrepasó al concilio de Nicea, ya que estaba compuesto por más de cuatrocientos obispos de Italia, África, España, Galia, Britania e Iliria. Desde los primeros debates se vio que sólo ochenta prelados adherían al partido de Arrio, aunque aparentaban condenar su nombre y su memoria. Pero esta desventaja se compensaba con la ventaja de su destreza, su experiencia y su disciplina; y esta minoría era liderada por Valente y Ursacio, dos obispos ilirios que habían gastado sus vidas en las intrigas de las cortes y los concilios, y que habían sido entrenados bajo la bandera eusebiana en las guerras religiosas de Oriente. Con sus argumentos y negociados, avergonzaron, confundieron y finalmente engañaron la honesta simplicidad de los obispos latinos, que se dejaron arrebatar de sus manos el baluarte de la fe más por el fraude y la insistencia que por la violencia abierta. El concilio de Rímini no fue autorizado a separarse hasta que sus miembros firmaron imprudentemente un credo engañoso en el cual se incluyeron, en lugar del *homoousion*, algunas expresiones susceptibles de un sentido herético. Fue en esta ocasión cuando, según Jerónimo, el mundo se sorprendió de verse arriano.[75] Pero apenas los obispos de las provincias latinas regresaron a sus respectivas diócesis, descubrieron su error y se arrepintieron de su debilidad. Se rechazó con desprecio y aborrecimiento la ignominiosa capitulación, y el estandarte del *homoousion*, que

había sido estremecido pero no derribado, se enarboló con mayor firmeza en todas las iglesias de Occidente.[76]

Tal fue el nacimiento y progreso, y tales las revoluciones naturales de aquellas contiendas teológicas que perturbaron la paz del cristianismo bajo los reinados de Constantino y de sus hijos. Pero como aquellos príncipes se atrevían a extender su despotismo sobre la fe, tanto como sobre las vidas y las posesiones de sus súbditos, el peso de su voto a veces inclinaba la balanza eclesiástica, y las prerrogativas del Rey de los Cielos se acomodaban, se cambiaban o se modificaban en el gabinete de un monarca terrestre.

El desafortunado espíritu de discordia que se extendió por las provincias de Oriente interrumpió el triunfo de Constantino; pero el emperador continuó por algún tiempo mirando con fría y despreocupada indiferencia el objeto de la disputa (324 d. C.). Como si ignorara la dificultad de aplacar las disputas de los teólogos, envió a las partes contendientes, Alejandro y Arrio, una carta moderadora[77] que debe atribuirse con más fundamento al sentido iletrado de un soldado y un estadista que al dictamen de alguno de sus consejeros episcopales. Atribuye el origen de toda la controversia a una cuestión sutil e insignificante sobre un punto incomprensible de la ley, que el obispo preguntó neciamente y que el presbítero resolvió con imprudencia. Lamenta que el pueblo cristiano, que tiene un mismo Dios, una misma religión y un mismo culto, deba dividirse por distinciones tan mínimas; y recomienda seriamente al clero de Alejandría el ejemplo de los filósofos griegos, que podían sostener sus argumentos sin perder su temple y afirmaban su libertad sin violar su amistad. La indiferencia y el menosprecio del soberano podrían haber sido, tal vez, el método más efectivo para silenciar la disputa si la corriente popular

hubiera sido menos rápida e impetuosa, y si Constantino mismo, en medio de la facción y el fanatismo, hubiera podido conservar la calma de su ánimo. Pero sus ministros eclesiásticos pronto consiguieron seducir la imparcialidad del magistrado y despertar el entusiasmo del prosélito. Se irritó por los agravios infligidos a sus estatuas (325 d. C.), se alarmó por la propagación real o imaginada del daño y terminó con la esperanza de paz y tolerancia desde el momento en que reunió a trescientos obispos entre las paredes del mismo palacio. La presencia del monarca aumentó la importancia del debate, su atención multiplicó los argumentos y expuso su persona con una intrepidez tranquila que animaba el valor de los combatientes. No obstante el elogio que ha merecido la elocuencia y sagacidad de Constantino,[78] un general romano cuya religión todavía puede ser dudosa y cuyo entendimiento no había sido instruido por el estudio o por la inspiración, tenía una calificación mediocre para discutir, en lengua griega, una cuestión metafísica o un artículo de fe. Pero el crédito de su predilecto Osio, que parece haber presidido el concilio de Nicea, pudo disponer al emperador en favor del partido ortodoxo, y una insinuación oportuna acerca de que el mismo Eusebio de Nicomedia, que ahora protegía a los herejes, había auxiliado últimamente al tirano,[79] podía exasperarlo contra sus adversarios. Constantino ratificó el credo niceno, y su firme declaración de que cuantos se resistieran al juicio divino del sínodo debían prepararse para un exilio inmediato aniquiló los rumores de una débil oposición que, de diecisiete, fue casi instantáneamente reducida a dos obispos disidentes. Eusebio de Cesárea rindió un consentimiento reacio y ambiguo al *homoousion*,[80] y la conducta vacilante de Nicomediano Eusebio sólo le sirvió para dilatar por unos tres meses su desgracia y su

exilio.[81] El impío Arrio fue desterrado a una lejana provincia de Iliria, él y sus discípulos fueron marcados por ley con el odioso nombre de porfirianos, sus escritos fueron condenados al fuego y se pronunció la pena capital contra aquellos en cuyo poder fueran hallados. El emperador ya se había imbuido del espíritu de la controversia, y el estilo enojado y sarcástico de sus edictos estaba ideado para inspirar en sus súbditos el odio que él había concebido contra los enemigos de Cristo.[82]

Pero como si la conducta del emperador hubiese sido guiada por la pasión en lugar de por los principios, transcurrieron tres años escasos desde el concilio de Nicea antes de que descubriera algún síntoma de misericordia, e incluso de indulgencia, hacia la secta proscrita, que fue protegida secretamente por su querida hermana. Se retiraron los destierros; y Eusebio, que gradualmente recobró su influencia en el ánimo de Constantino, fue reintegrado al trono episcopal, del cual había sido degradado afrentosamente. Toda la corte trató al mismo Arrio con el respeto debido a un hombre inocente y agobiado. El concilio de Jerusalén aprobó su fe; y el emperador parecía impaciente por reparar su injusticia con un mando absoluto para que fuera admitido solemnemente a la comunión en la catedral de Constantinopla. Arrio murió el mismo día que había sido fijado para su triunfo; y las circunstancias extrañas y horrorosas de su muerte pueden motivar la sospecha de que los santos ortodoxos contribuyeron de una manera más eficaz que con sus plegarias para liberar a la Iglesia de su enemigo más formidable.[83] Los tres líderes principales de los católicos, Atanasio de Alejandría, Eustacio de Antioquía y Paulo de Constantinopla, fueron depuestos por varias acusaciones mediante la sentencia de numerosos concilios, y luego desterrados a provincias remotas por el primer emperador cristiano, quien recibió del obispo

arriano de Nicomedia, en los últimos momentos de su vida, los ritos del bautismo. El gobierno eclesiástico de Constantino no puede justificarse con el reproche de liviandad y debilidad. Pero el crédulo monarca, inexperto en las estrategias de la guerra teológica, pudo haber sido engañado por las discretas y atractivas declaraciones de los herejes, cuyas opiniones nunca terminó de entender; y mientras protegía a Arrio y perseguía a Atanasio, seguía considerando al concilio de Nicea como el baluarte de la fe cristiana y la gloria particular de su reinado.[84]

Los hijos de Constantino debían catequizarse desde la niñez, pero imitaron en la dilación de su bautismo el ejemplo de su padre. Como él, se atrevieron a emitir juicio sobre misterios en los que nunca habían sido iniciados regularmente,[85] y el destino de la controversia trinitaria dependió, en buena medida, de las opiniones de Constancio, que heredó las provincias de Oriente y se posesionó de todo el Imperio. El presbítero u obispo arriano, que había escondido para su provecho el testamento del emperador difunto, utilizó la afortunada ocasión que lo introducía en la familiaridad de un príncipe cuyos consejos públicos estaban siempre influenciados por sus privados domésticos. Los eunucos y esclavos difundieron el veneno espiritual por el palacio, las acompañantes contagiaron la peligrosa infección a la guardia, y la emperatriz, al confiado esposo.[86] La parcialidad que Constancio siempre manifestó hacia la facción eusebiana fue fortaleciéndose imperceptiblemente con la diestra dirección de sus líderes; y su victoria sobre el tirano Majencio aumentó su inclinación, tanto como su habilidad, para emplear las armas del poder en la causa del arrianismo. Cuando los dos ejércitos estaban combatiendo en las llanuras de Mursa y la suerte de ambos rivales dependía del trance de la guerra, el hijo de Constantino pasó esos

momentos angustiosos en una iglesia de los mártires, bajo las murallas de la ciudad. Su animador espiritual, Valente, obispo arriano de la diócesis, empleó las estrategias más astutas para obtener la información inmediata que le asegurara su favor o bien su fuga. Una cadena secreta de mensajeros rápidos y leales le informaba las vicisitudes de la batalla; y mientras los cortesanos permanecían trémulos alrededor del asustado monarca, Valente le aseguró que las legiones galas se estaban debilitando, e insinuó con serenidad que el glorioso acontecimiento le había sido revelado por un ángel. El emperador, agradecido, atribuyó su triunfo a los méritos y la mediación del obispo de Mursa, cuya fe había merecido la aprobación pública y milagrosa del cielo.[87] Los arrianos, que consideraron como propia la victoria de Constancio, antepusieron su gloria a la de su padre.[88] Cirilo, obispo de Jerusalén, inmediatamente compuso la descripción de una cruz celeste rodeada con un espléndido arco iris que, en la festividad de Pentecostés, cerca de la tercera hora del día, había aparecido sobre el Monte de los Olivos para la edificación de los peregrinos devotos y el pueblo de la Ciudad Santa.[89] El tamaño del meteoro creció gradualmente; y el historiador arriano se ha aventurado a afirmar que fue evidente para los dos ejércitos en las llanuras de Panonia, y que el tirano, deliberadamente representado como un idólatra, huyó ante el auspicioso signo del cristianismo ortodoxo.[90]

Las opiniones de un extranjero sensato, que ha considerado imparcialmente el desarrollo de la discordia civil o eclesiástica, es siempre digna de nuestra atención; y un corto pasaje de Amiano, que sirvió en los ejércitos de Constancio y estudió su carácter, tiene quizá mayor valor que varias páginas de invectivas teológicas. «Él confundía», dice el moderado historiador, «la

religión cristiana, que es en sí misma llana y simple, con las tonterías de la superstición. En vez de reconciliar a los bandos con el peso de su autoridad, fomentaba y propagaba, con disputas verbales, las diferencias que su vana curiosidad había excitado. Las carreteras estaban atestadas de tropas de obispos galopando desde todos lados hacia las asambleas, que llamaban sínodos; y mientras se esmeraban por reducir toda la secta a sus opiniones particulares, el establecimiento público de las postas estaba casi en ruinas por sus repetidos y apresurados viajes».[91] Nuestro conocimiento más profundo de las transacciones eclesiásticas en el reinado de Constancio suministraría un amplio comentario en este destacado pasaje, que justifica el recelo lógico de Atanasio acerca de que la actividad impaciente del clero, que vagaba por el Imperio en busca de la verdadera fe, provocaría el desprecio y la risa del mundo no creyente.[92] Tan pronto como el emperador se liberó de los terrores de la guerra civil, dedicó el ocio de sus cuarteles de invierno en Arles, Milán, Sirmio y Constantinopla al recreo o al afán de la controversia: la espada del magistrado, e incluso la del tirano, se desenvainó para imponer las razones del teólogo; y como se opuso a la fe ortodoxa de Nicea, es evidente que su incapacidad e ignorancia eran iguales a su presunción.[93] Los eunucos, las mujeres y los obispos, que gobernaban el vano y débil entendimiento del emperador, le inspiraron una insuperable aversión al *homoousion*, pero su tímida conciencia se alarmó con la impiedad de Ecio. La culpa de este ateo se agravó con el sospechoso favor del infeliz Galo; e incluso la muerte de los ministros imperiales que habían sido masacrados en Antioquía se atribuyó a las sugerencias de ese peligroso sofista. El horror a los extremos opuestos impulsó ciegamente el ánimo de Constancio, que no podía moderarse mediante la razón ni fijarse

por la fe, a cada lado de ese abismo oscuro y vacío; aceptaba y condenaba alternadamente las opiniones de las facciones arriana y semiarriana,[94] y sucesivamente desterraba y convocaba a sus líderes. En las temporadas de funciones o de negocios públicos, empleaba días enteros, e incluso las noches, en seleccionar las palabras y pesar las sílabas que componían sus fluctuantes credos. El tema de sus meditaciones lo perseguía y ocupaba aun mientras dormía; los sueños incoherentes del emperador fueron recibidos como visiones celestiales, y él aceptó con complacencia el alto título de obispo de obispos por parte de aquellos eclesiásticos que olvidaron el interés de su orden para satisfacer sus pasiones. El plan de establecer una doctrina uniforme, que lo había llevado a convocar tantos sínodos en Galia, Italia, Iliria y Asia, se frustró repetidamente por su propia liviandad, por las divisiones de los arrianos y por la resistencia de los católicos; y resolvió, como último y decisivo esfuerzo, dictar imperiosamente los decretos de un concilio general. El terremoto que destruyó Nicomedia, la dificultad de encontrar un sitio conveniente y quizás algún motivo secreto de política produjeron una alteración en la convocatoria. Se les ordenó a los obispos de Oriente que se encontraran en Seleucia, Isauria; mientras que los de Occidente sostuvieron sus deliberaciones en Rímini, en la costa del Adriático; y en vez de dos o tres diputados por cada provincia, se dispuso que marchara todo el cuerpo episcopal. El concilio oriental, tras haber consumido cuatro días en debates feroces e inservibles, se separó sin una conclusión definitiva. El concilio de Occidente se prolongó por siete meses. Se le encargó a Tauro, el prefecto del pretorio, que no despidiese a los prelados hasta que todos se unieran en la misma opinión; y sus esfuerzos fueron apoyados con el poder de desterrar a quince de los más rebeldes y con la promesa del

consulado si lograba una hazaña tan difícil. Sus ruegos y amenazas, la autoridad del soberano, las sofisterías de Valente y de Ursacio, el rigor del hambre y del frío, y la pesada tristeza de un exilio desesperanzado, finalmente, consiguieron el consentimiento reacio de los obispos de Rímini. Los diputados de Occidente y Oriente se presentaron en el palacio de Constantinopla, y el emperador tuvo la satisfacción de imponer al mundo una profesión de fe que establecía la *semejanza*, sin expresar la *consustancialidad*, del Hijo de Dios.[95] Pero el triunfo del arrianismo había sido precedido por la remoción del clero ortodoxo, al cual era imposible intimidar o corromper; y el reinado de Constancio fue deshonrado con la persecución injusta e infructuosa del gran Atanasio.

Rara vez tenemos la oportunidad de observar, en la vida activa o en la especulativa, qué efecto puede producir, o qué obstáculos puede superar, la fuerza de un solo ánimo cuando se aplica inflexiblemente a perseguir un solo objeto. El nombre inmortal de Atanasio[96] nunca será separado de la doctrina católica de la Trinidad, a cuya defensa consagró cada momento y cada facultad de su existencia. Educado en la familia de Alejandro, enfrentó vigorosamente los progresos tempranos de la herejía arriana: desempeñó con el anciano prelado las importantes funciones de secretario; y los padres del concilio niceno observaron con sorpresa y respeto las virtudes incipientes del joven diácono. En épocas de peligro público, los sordos reclamos de la edad y la jerarquía suelen marginarse; y antes de los cinco meses desde su regreso de Nicea, el diácono Atanasio fue promovido al trono arzobispal de Egipto. Ocupó ese eminente lugar más de cuarenta y seis años, y dedicó su larga administración a un perpetuo combate contra los poderes del arrianismo. Atanasio fue expulsado cinco veces de su trono, pasó

veinte años en el exilio o fugitivo, y casi todas las provincias del Imperio Romano presenciaron sucesivamente su mérito y sus padecimientos a causa del *homoousion*, que él consideraba su único placer y ocupación, el deber y la gloria de su vida. En medio de la tormenta de su persecución, el arzobispo de Alejandría fue paciente en sus tareas, celoso de su renombre y despreocupado de su seguridad; y, aunque su ánimo fue empañado con el contagio del fanatismo, Atanasio mostró una superioridad de carácter y de habilidades que lo calificaban, mucho más que los hijos envilecidos de Constantino, para el gobierno de una gran monarquía. Su erudición no era tan profunda ni tan amplia como la de Eusebio de Cesárea, y su ruda elocuencia no podía compararse con la pulida oratoria de Gregorio o de Basilio, pero cuando el primado de Egipto era llamado a justificar sus opiniones o su conducta, su manera espontánea de hablar o de escribir era clara, concluyente y persuasiva. Siempre ha sido reverenciado en la escuela ortodoxa como uno de los maestros más precisos de la teología cristiana, y se supone que tenía conocimientos sobre dos ciencias profanas, menos adaptadas al carácter episcopal: la jurisprudencia[97] y la adivinación.[98] Algunas conjeturas acertadas sobre eventos futuros, que cualquier analista imparcial atribuiría a la experiencia y al buen criterio de Atanasio, eran atribuidas por sus amigos a la inspiración divina e imputadas por sus enemigos a la magia infernal.

Pero como Atanasio estaba continuamente batallando contra los prejuicios y las pasiones de toda clase de hombres, desde el fraile hasta el emperador, su ciencia primera y principal fue el conocimiento de la naturaleza humana. Conservó una mirada puntual y continua en una escena que estaba cambiando incesantemente; y nunca fracasó en aprovechar esos momentos

decisivos que son pasado irrecuperable antes de que los perciba el ojo común. El arzobispo de Alejandría era capaz de distinguir hasta qué punto podía mandar audazmente y cuándo debía insinuar con habilidad, hasta qué punto podía pelear poderosamente y cuándo debía evitar la persecución; y cuando dirigió los rayos de la Iglesia contra la herejía y la rebelión, pudo asumir, en el regazo de su propio partido, el temperamento flexible y compasivo de un líder prudente. La elección de Atanasio no escapó al reproche de irregularidad y precipitación,[99] pero la corrección de su conducta concilió el afecto del clero con el del pueblo. Los alejandrinos estaban preparados para levantarse en armas en defensa de un pastor tan elocuente y generoso. En sus conflictos siempre recibió el apoyo, o al menos el consuelo, del cariño leal de su clero; y los cien obispos de Egipto adhirieron, con firme entusiasmo, a la causa de Atanasio. Con la modesta postura que el orgullo y la política podían aparentar, realizó frecuentemente visitas episcopales a sus provincias, desde la boca del Nilo hasta los confines de Etiopía, conversando familiarmente con lo más bajo del populacho y saludando con humildad a los santos y ermitaños del desierto.[100] Tampoco fue solamente en las juntas eclesiásticas, entre hombres cuya educación y costumbres eran similares a las suyas propias, que Atanasio exhibió la supremacía de su genio. Actuó con tranquila y respetuosa firmeza en las cortes de los príncipes; y en los diversos giros de su suerte próspera y adversa nunca perdió la confianza de sus amigos ni la estima de sus enemigos.

En su juventud, el primado de Egipto resistió al gran Constantino, que había expresado repetidamente su voluntad de que Arrio fuera reincorporado a la comunión católica.[101] El emperador respetaba, y podía olvidar, esta resolución inflexible; y la facción que consideraba a Atanasio como su enemigo más

formidable (330 d. C.) fue obligada a disimular su odio y a preparar silenciosamente un ataque indirecto y distante. Fomentaban rumores y sospechas, retrataban al arzobispo como un tirano orgulloso y opresor, y lo acusaban con descaro de violar el acuerdo que había sido ratificado en el concilio niceno con los seguidores cismáticos de Melecio.[102] Atanasio había desaprobado abiertamente aquella paz afrentosa, y el emperador estaba propenso a creer que había abusado de su poder eclesiástico y civil para perseguir a unos odiosos sectarios; que había cometido el sacrilegio de estrellar un cáliz en una de sus iglesias de Mareotis; que había azotado o encarcelado a seis de sus obispos; y que Arsenio, séptimo obispo del mismo partido, había sido muerto o al menos mutilado por la mano cruel del primado.[103] Estos cargos, que afectaban su honor y su vida, fueron referidos por Constantino a su hermano Dalmacio, el censor, residente en Antioquía; se convocó sucesivamente a los sínodos de Cesárea y de Tiro, y se les encargó a los obispos del Oriente que juzgaran la causa de Atanasio antes de proceder a consagrar la nueva iglesia de la Resurrección en Jerusalén. El primado podía estar seguro de su inocencia; pero era consciente de que el mismo espíritu implacable que había dictado la acusación conduciría el procedimiento y pronunciaría la sentencia. Recusó con sensatez el tribunal de sus enemigos, rechazó la citación del sínodo de Cesárea y, tras una larga y habilidosa demora, obedeció al mandato perentorio del emperador, que lo amenazó con castigar su desobediencia criminal si no comparecía ante el concilio de Tiro.[104] Antes de zarpar de Alejandría, a la cabeza de cincuenta prelados egipcios, Atanasio aseguró sabiamente la alianza con los melecianos; y Arsenio mismo (335 d. C.), su supuesta víctima y su amigo secreto, iba oculto en su comitiva. Eusebio de Cesárea condujo

el sínodo de Tiro con más pasión y menos destreza de las que prometían su saber y su experiencia; su facción numerosa repitió los nombres de homicida y tirano, y sus clamores aumentaban con el aparente sufrimiento de Atanasio, que estaba esperando el momento decisivo para presentar a Arsenio vivo e ileso en medio de la asamblea. La naturaleza de los otros cargos no admitía una réplica tan clara y satisfactoria, pero el arzobispo fue capaz de probar que en la aldea donde se lo acusaba del destrozo del cáliz consagrado no existía en realidad ni iglesia, ni altar, ni cáliz. Los arrianos, que habían determinado secretamente la culpa y la condena de su enemigo, intentaron, sin embargo, disfrazar su injusticia imitando las formalidades judiciales: el sínodo nombró una comisión episcopal de seis delegados para recolectar evidencia en el sitio; y esta disposición, a la que se opusieron vigorosamente los obispos egipcios, ocasionó nuevos episodios de violencia y perjurios.[105] Cuando los diputados volvieron de Alejandría, la mayoría del concilio pronunció la sentencia final de degradación y exilio contra el primado de Egipto. El decreto, expresado en el lenguaje más cruel de la malicia y la venganza, se comunicó al emperador y a la Iglesia católica; e inmediatamente los obispos volvieron a asumir un aspecto apacible y devoto, como en su peregrinación sagrada al sepulcro de Cristo.[106]

Pero la injusticia de estos jueces eclesiásticos no fue avalada por la sumisión y ni siquiera por la presencia de Atanasio, quien resolvió intentar un experimento osado y peligroso si el trono era inaccesible a la voz de la verdad: antes de que se pronunciase la sentencia final en Tiro, el audaz primado se arrojó a un barco que estaba por llevar su carga a la ciudad imperial. El pedido de una audiencia formal podía haber sido rechazado o eludido; pero Atanasio ocultó su llegada esperando el momento en que

Constantino regresara de una villa cercana, y encontró atrevidamente a su enojado soberano cuando pasaba a caballo por la calle principal de Constantinopla. Una aparición tan extraña provocó su sorpresa e indignación, y les ordenó a los guardias que apartaran al inoportuno demandante; pero su resentimiento fue aplacado por un involuntario respeto, y el orgulloso espíritu del emperador se conmovió con el coraje y la elocuencia de ese obispo que imploraba su justicia y despertaba su conciencia.[107] Constantino escuchó las quejas de Atanasio con atención imparcial e incluso amable; los miembros del sínodo de Tiro fueron citados a justificar sus procedimientos; y los ardides de la facción eusebiana se hubieran frustrado si no agravaran la culpa del primado con la hábil suposición de una ofensa imperdonable: un plan criminal para interceptar y detener el envío de trigo de Alejandría, que abastecía a la nueva capital.[108] El emperador se convenció de que la paz de Egipto se aseguraría con la ausencia de un líder popular; pero rehusó llenar la vacante del trono arzobispal, y la sentencia que pronunció tras una larga incertidumbre fue la de un receloso ostracismo más que la de un ignominioso exilio. Atanasio pasó cerca de veintiocho meses en la lejana provincia de la Galia, pero en la hospitalaria corte de Tréveris. La muerte del emperador cambió el rostro de los asuntos públicos, y, en medio de la indulgencia general de un nuevo reinado, el primado fue devuelto a su país (338 d. C.) por un honorable edicto del joven Constantino que expresaba un profundo sentido de la inocencia y el mérito de su venerable huésped.[109]

Con la muerte de ese príncipe, Atanasio quedó expuesto a una segunda persecución (341 d. C.), y el débil Constancio, soberano de Oriente, pronto se convirtió en el cómplice secreto de los eusebianos. Noventa obispos de esa secta o facción se

reunieron en Antioquía bajo el engañoso pretexto de la consagración de su catedral. Fraguaron un credo ambiguo, levemente teñido con los colores del semiarrianismo, y veinticinco cánones, que todavía regulan la disciplina de los griegos ortodoxos.[110] Se decidió, con alguna apariencia de equidad, que un obispo depuesto por un sínodo no podía reasumir sus funciones episcopales hasta quedar absuelto por el fallo de otro sínodo igual; la ley se aplicó inmediatamente al caso de Atanasio; el concilio de Antioquía decretó, o más bien revalidó, su deposición: un extranjero llamado Gregorio se sentó en su trono, y Filagrio,[111] prefecto de Egipto, estuvo encargado de apoyar al nuevo primado con el poder civil y militar de la provincia. Acosado por la conspiración de los prelados asiáticos, Atanasio se retiró de Alejandría y pasó tres años[112] como desterrado y suplicante en los umbrales sagrados del Vaticano.[113] Se dedicó a estudiar la lengua latina y pronto se calificó para negociar con el clero occidental; su amable adulación convenció y manejó al arrogante Julio: el pontífice romano fue persuadido de considerar su apelación como de interés particular para la sede apostólica; y se declaró unánimemente su inocencia en un concilio de cincuenta obispos de Italia. Finalizados los tres años el primado fue llamado a la corte de Milán por el emperador Constante, que, en la indulgencia de placeres ilegítimos, todavía profesaba un vivo miramiento a la fe ortodoxa. La influencia del oro[114] promovió la causa de la verdad y la justicia, y los ministros aconsejaron a Constante que convocara una asamblea eclesiástica que pudiera actuar como representante de la Iglesia católica (346 d. C.). Noventa y cuatro obispos de Occidente y setenta y seis de Oriente se encontraron en Sárdica, en el límite de los dos imperios, pero en los dominios del protector de Atanasio. Sus debates pronto degeneraron en altercados hostiles;

los asiáticos, temiendo por su seguridad personal, se retiraron a Filipópolis, en Tracia; y los sínodos lanzaron recíprocamente rayos espirituales contra sus rivales, a los que acusaban piadosamente como los enemigos del verdadero Dios. Se publicaron y ratificaron los decretos en sus respectivas provincias; y Atanasio, reverenciado como santo en Occidente, se mostraba como un criminal aborrecido en Oriente.[115] El concilio de Sárdica revela los primeros síntomas de la discordia y el cisma entre las Iglesias griega y latina, que fueron separadas por la diferencia accidental de la fe y la distinción permanente del idioma.

Durante su segundo destierro en Occidente, Atanasio fue admitido frecuentemente a la presencia imperial —en Capua, Lodi, Milán, Verona, Padua, Aquileia y Tréveris—. El obispo de la diócesis asistía usualmente a estas entrevistas; el maestro de oficios se paraba ante el velo o cortina del aposento sagrado; y la moderación constante del primado puede verificarse con aquellos testigos respetables, a cuya evidencia apela solemnemente.[116] El tono afable y respetuoso que correspondía a un súbdito y a un obispo, indudablemente, sugería prudencia. En esas conferencias familiares con el soberano de Occidente, Atanasio pudo lamentar el error de Constancio, pero señalaba valerosamente la culpa de sus eunucos y prelados arrianos, deploraba la angustia y peligro de la Iglesia católica, y animaba a Constante para que emulara el entusiasmo y la gloria de su padre. El emperador declaró su resolución de emplear la tropa y tesoros de Europa en la causa ortodoxa; y notificó a su hermano Constancio, mediante una epístola concisa y terminante, de que, a menos que consintiera en restablecer inmediatamente a Atanasio, él mismo, con una escuadra y un ejército sentaría al arzobispo en el trono de Alejandría.[117] Pero esta guerra

religiosa, tan horrible a la naturaleza, se previno con la avenencia oportuna de Constancio; y el emperador de Oriente condescendió a solicitar la reconciliación con un súbdito al que había injuriado. Atanasio esperó con decoroso orgullo hasta haber recibido tres cartas consecutivas con las más fuertes garantías de protección, favor y aprecio de su soberano, quien lo invitaba a reasumir su asiento episcopal, añadiendo la humillante precaución de comprometer a sus ministros principales para atestiguar la sinceridad de sus intenciones. Las manifestó en términos más públicos con las órdenes estrictas que fueron enviadas a Egipto para llamar a los allegados de Atanasio, restituirles sus privilegios, proclamar su inocencia y borrar de los registros públicos los procedimientos ilegales que habían sido realizados durante el dominio de la facción eusebiana. Una vez conseguidas todas las satisfacciones y seguridades que la justicia o incluso la delicadeza pueden requerir, el primado viajó lentamente por las provincias de Tracia, Asia y Siria, encontrando a cada paso el abyecto homenaje de los obispos orientales, que excitaban su desprecio sin engañar su perspicacia.[118] En Antioquía vio al emperador Constancio; sufrió con modesta firmeza los abrazos y protestas de su señor, y eludió la propuesta de otorgar una sola iglesia a los arrianos en Alejandría, reclamando una tolerancia similar hacia su propio partido en las otras ciudades del Imperio, una respuesta que pudo haber parecido justa y moderada en boca de un príncipe independiente. La entrada del arzobispo en su capital fue una procesión triunfal; la ausencia y la persecución le habían ganado la simpatía de los alejandrinos; su autoridad, que ejerció con rigor, se estableció más firmemente, y su fama se extendió desde Etiopía hasta Britania, por todo el ámbito del mundo cristiano.[119]

Pero el súbdito que ha reducido a su príncipe a la necesidad de disimular no puede esperar un perdón auténtico y duradero; y el trágico destino de Constante (351 d. C.) pronto despojó a Atanasio de un protector desprendido y poderoso. La guerra civil entre el asesino y el único hermano vivo de Constante, que asoló al Imperio por más de tres años, le aseguró a la Iglesia católica un intervalo de reposo; y ambos partidos contendientes estaban deseosos de lograr la amistad de un obispo que, por el peso de su autoridad personal, podía decidir las fluctuantes resoluciones de una provincia importante. Dio audiencia a los embajadores del tirano, con quien se lo acusó luego de mantener correspondencia secreta;[120] y el emperador Constancio aseguró repetidamente a su queridísimo padre, el muy reverendo Atanasio, que, a pesar de los maliciosos rumores que fomentaban sus enemigos comunes, así como el trono, había heredado los sentimientos de su difunto hermano.[121] El agradecimiento y la humanidad debían disponer al primado de Egipto a deplorar el prematuro destino de Constante y a aborrecer la culpa de Majencio; pero como entendió claramente que los temores de Constancio eran su única protección, pudo tal vez disminuir un tanto el fervor de sus plegarias por el éxito de la justa causa. La ruina de Atanasio ya no fue ideada por la oscura malicia de unos cuantos obispos fanáticos o enojados, quienes aprovechaban la autoridad de un monarca crédulo. Él mismo declaró su resolución, tanto tiempo contenida, de vengar sus injurias personales;[122] y el primer invierno después de su victoria, que pasó en Arles, lo empleó contra un enemigo más odioso para él que el vencido tirano de la Galia.

Si el emperador hubiera decretado caprichosamente la muerte del ciudadano más eminente y virtuoso de la república, la cruel orden hubiera sido ejecutada sin dudar por los ministros

inclinados a la violencia abierta y a la engañosa injusticia. La cautela, pausa y torpeza con que procedió para condenar y castigar a un obispo tan popular revelaron al mundo que los privilegios de la Iglesia habían restablecido un sentido de orden y libertad en el gobierno romano. La sentencia pronunciada en el sínodo de Tiro y firmada por la gran mayoría de los obispos orientales nunca se había revocado expresamente; y como Atanasio había sido antes degradado de su dignidad episcopal por el juicio de sus hermanos, todo acto posterior podía considerarse como irregular e incluso como criminal. Pero la memoria del apoyo firme y eficaz que el primado de Egipto había recibido de la Iglesia occidental movió a Constancio a suspender la ejecución de la sentencia hasta obtener el acuerdo de los obispos latinos. Pasaron dos años de negociaciones eclesiásticas; y la importante causa entre el emperador y uno de sus súbditos se debatió seriamente primero en el sínodo de Arles y después (353-355 d. C.) en el gran concilio de Milán,[123] compuesto por más de trescientos obispos cuya integridad fue gradualmente socavada por los argumentos de los arrianos, las mañas de los eunucos y las solicitudes apremiantes de un príncipe que saciaba su venganza a costa de su dignidad, y exhibía sus propias pasiones mientras influía en las del clero. La corrupción, el síntoma infalible de libertad constitucional, se practicó exitosamente; se ofrecieron y aceptaron honores, regalos e inmunidades como el precio de un voto episcopal;[124] y la condena del primado alejandrino se mostró astutamente como la única medida que podía restaurar la paz y la unión en la Iglesia católica. Sin embargo, los amigos de Atanasio no faltaron a su líder o a su causa. Con una valentía que la santidad de su carácter hacía menos peligrosa, sostuvieron en debate público y en conferencia privada con el emperador la eterna obligación de

la religión y la justicia. Declararon que ni la esperanza de su favor ni el temor a su desagrado los convencerían de unirse en la condena de un hermano ausente, inocente y respetable.[125] Afirmaban, con evidente razón, que los decretos ilegales y obsoletos del concilio de Tiro habían sido tácitamente abolidos hacía tiempo por los edictos imperiales, el restablecimiento honorífico del arzobispo de Alejandría y el silencio o la rectificación de sus adversarios más ardientes. Alegaban que su inocencia había sido testificada unánimemente por los obispos de Egipto y reconocida en los concilios de Roma y Sárdica[126] por el juicio imparcial de la Iglesia latina. Deploraban la dura situación de Atanasio, quien, después de disfrutar tantos años de su silla, su reputación y su aparente confianza con el soberano, estaba llamado otra vez a refutar las acusaciones más infundadas y extravagantes. Su lenguaje era convincente y su conducta honrada; pero en esta larga y obstinada contienda, que fijó los ojos de todo el Imperio sobre un solo obispo, las facciones eclesiásticas estaban dispuestas a sacrificar la verdad y la justicia al fin más interesante de defender o derribar al intrépido campeón de la fe nicena. Los arrianos todavía pensaron que era prudente disfrazar bajo un lenguaje ambiguo sus opiniones o intenciones reales; pero los obispos ortodoxos, que contaban con el favor del pueblo y con los decretos de un concilio general, insistían en toda ocasión, y particularmente en Milán, en que sus adversarios debían librarse de la sospecha de herejía antes de atreverse a condenar la conducta del gran Atanasio.[127]

Pero la voz de la razón (si la razón estaba en efecto del lado de Atanasio) fue silenciada por el clamor de una mayoría facciosa o venal (355 d. C.); y los concilios de Arles y de Milán no se disolvieron hasta que el arzobispo de Alejandría fue solemnemente condenado y depuesto por el fallo tanto de la

Iglesia oriental como de la occidental. Los obispos que se habían opuesto fueron obligados a firmar la sentencia y a unirse en religiosa comunión con los líderes sospechosos del partido contrario. Los mensajeros del Estado remitieron un formulario de consentimiento a los obispos ausentes; y cuantos rehusaron someter su opinión particular a la sabiduría pública e inspirada de los concilios de Arles y Milán fueron inmediatamente desterrados por el emperador, que fingía ejecutar los decretos de la Iglesia católica. Entre los prelados que encabezaban la honrosa lista de confesores y desterrados, merecen distinguirse particularmente Liberio de Roma, Osio de Córdoba, Paulino de Tréveris, Dionisio de Milán, Eusebio de Vercela, Lucifer de Cagliari e Hilario de Poitiers. El eminente puesto de Liberio, que gobernaba la capital del Imperio; el mérito personal y la dilatada experiencia del venerable Osio, reverenciado como el predilecto de Constantino el Grande y padre de la fe nicena, ubicaban a estos prelados al frente de la Iglesia latina; y su ejemplo, tanto de sumisión como de resistencia, probablemente sería imitado por la multitud episcopal. Pero los repetidos intentos del emperador para seducir o intimidar a los obispos de Roma y Córdoba fueron por algún tiempo infructuosos. El español se declaró dispuesto a padecer bajo Constancio, como había padecido sesenta años antes bajo su abuelo Maximiano. El romano declaró en presencia de su soberano la inocencia de Atanasio y su propia independencia. Cuando fue desterrado a Berta, en Tracia, devolvió una suma cuantiosa que se le había ofrecido para su comodidad en el viaje, e insultó a la corte de Milán con el altanero comentario de que el emperador y sus eunucos podrían necesitar ese oro para pagar a sus soldados y a sus obispos.[128] Finalmente, la resolución de Liberio y de Osio se doblegó con las penalidades del destierro y la reclusión. El

pontífice romano compró su regreso con ciertas anuencias criminales, y luego expió su culpa con oportuno arrepentimiento. Se emplearon la persuasión y la violencia para conseguir la firma renuente del decrépito obispo de Córdoba, cuya fuerza estaba quebrantada y cuyas facultades estaban tal vez afectadas por el peso de sus cien años; y el triunfo insolente de los arrianos provocó que varios ortodoxos trataran con inhumana severidad la reputación, o más bien la memoria, de un anciano desafortunado con quien el propio cristianismo estaba profundamente en deuda por sus servicios anteriores.[129]

La caída de Liberio y Osio le dio más brillo a la firmeza de aquellos obispos que todavía adherían, con fidelidad inamovible, a la causa de Atanasio y de la verdad religiosa. La malicia ingeniosa de sus enemigos los privó del beneficio del consuelo y los consejos mutuos, separando a aquellos ilustres desterrados en provincias distantes y seleccionando cuidadosamente los lugares más inhóspitos del gran Imperio.[130] Pero pronto comprobaron que los desiertos de Libia y las regiones más salvajes de Capadocia eran menos inhóspitos que aquellas ciudades en las que un obispo arriano podía saciar, sin limitaciones, el exquisito rencor del odio teológico.[131] Su consuelo derivaba de su conciencia de rectitud e independencia, de los agasajos, las visitas, las cartas y la generosa caridad de sus adherentes,[132] y de la satisfacción que pronto tuvieron al observar las divisiones internas de los adversarios de la fe nicena. Tal era el bonito y caprichoso gusto del emperador Constancio, y tan fácilmente se ofendía con la menor desviación de su imaginaria norma de verdad cristiana, que perseguía con el mismo celo a quienes defendían la *consustancialidad*, a quienes afirmaban la *sustancia similar* y a cuantos negaban la *semejanza* del Hijo de Dios. Podían encontrarse tres obispos, degradados y

desterrados por opiniones diversas, en el mismo lugar de exilio; y, según la diferencia de sus temperamentos, podían compadecer o insultar el ciego entusiasmo de sus antagonistas, cuyos sufrimientos presentes nunca se compensarían con la felicidad futura.

La desgracia y el exilio de los obispos ortodoxos de Occidente estaban planificados como escalones preparatorios para la ruina del mismo Atanasio.[133] Pasaron veintiséis meses durante los cuales la corte imperial trabajó en secreto e insidiosamente para removerlo de Alejandría y para retirarle el subsidio que abastecía su popular generosidad. Pero cuando el primado de Egipto, desamparado y proscrito por la Iglesia latina, quedó destituido de toda ayuda externa, Constancio envió a dos de sus secretarios con el encargo verbal de anunciarle y ejecutar la orden de su destierro. Como todo el partido declaraba públicamente la justicia de la sentencia, el único motivo que pudo limitar a Constancio para dar a sus mensajeros la sanción escrita del mandato debe atribuirse a sus dudas en cuanto al éxito y a un reconocimiento del peligro al que podía exponer la segunda ciudad y la provincia más fértil del Imperio, si el pueblo insistía en su resolución de defender, por la fuerza de las armas, la inocencia de su padre espiritual. Una cautela tan extrema le proporcionó a Atanasio un especioso pretexto para discutir respetuosamente la verdad de una orden que no podía reconciliar ni con la equidad ni con declaraciones anteriores de su benévolo señor. Los poderes civiles de Egipto se hallaron inhabilitados para persuadir o forzar al primado a abdicar del trono episcopal, y se vieron obligados a cerrar un trato con los líderes populares de Alejandría por el cual se estipuló la suspensión de todos los procedimientos y hostilidades hasta que se averiguara claramente la voluntad del emperador. Esta

aparente moderación engañó a los católicos con una seguridad falsa y fatal, mientras las legiones del Alto Egipto y de Libia avanzaban, con órdenes secretas y apresurada marcha, para sitiar, o más bien sorprender, a una capital habituada a la sedición e inflamada por el celo religioso.[134] La situación de Alejandría, entre el mar y el lago Mareotis, facilitaba la aproximación y el desembarco de las tropas, que se internaron en el corazón de la ciudad antes de que se pudiera tomar cualquier medida eficaz, cerrando las puertas u ocupando los puntos principales para la defensa. A la medianoche, veintitrés días después de firmado el tratado, Siriano, duque de Egipto, a la cabeza de cinco mil soldados, armado y preparado para el asalto, cercó inesperadamente la iglesia de San Teonas, donde el arzobispo, con parte de su clero y pueblo, estaban cumpliendo con sus devociones nocturnas. Las puertas del sagrado edificio cedieron ante la impetuosidad del ataque, que fue acompañado con todas las horrorosas circunstancias del tumulto y el derramamiento de sangre; pero como los cadáveres y trozos de armas dejaron al día siguiente una evidencia innegable en posesión de los católicos, el intento de Siriano debe considerarse como un avance exitoso más que como una conquista absoluta. Las demás iglesias de la ciudad fueron profanadas con atrocidades similares, y al menos durante cuatro meses Alejandría estuvo expuesta a los agravios de un ejército licencioso estimulado por los eclesiásticos de una facción hostil. Mataron a muchos feligreses que pueden merecer el nombre de mártires, puesto que sus muertes no fueron ni merecidas ni vengadas; trataron con cruel ignominia a obispos y presbíteros; desnudaron, azotaron y violaron a las vírgenes consagradas; saquearon las casas de los ciudadanos opulentos, y bajo la máscara del celo religioso gratificaron la lujuria, la avaricia y los

resentimientos privados con impunidad e incluso con jactancia. Los paganos de Alejandría, que aún eran un partido numeroso y descontento, fueron fácilmente persuadidos de abandonar a un obispo a quien temían y estimaban. La esperanza de algún favor particular y el temor a quedar envueltos en los castigos generales de la rebelión los movieron a prometer su apoyo al sucesor de Atanasio, el famoso Jorge de Capadocia. El usurpador, después de recibir la consagración por parte de un sínodo arriano, fue ubicado en el trono arzobispal por las armas de Sebastián, que había sido nombrado conde de Egipto para la ejecución de tan importante designio. Tanto en el uso como en la adquisición de su poder, el tirano Jorge ignoró las leyes de la religión, la justicia y la humanidad; y las mismas escenas de violencia y escándalo que se habían exhibido en la capital se repitieron en más de noventa ciudades episcopales de Egipto. Alentado por el éxito, Constancio se aventuró a aprobar la conducta de sus ministros. En una carta pública y apasionada, el emperador celebra la liberación de Alejandría de manos de un tirano popular que engañaba a sus ciegos prosélitos con la magia de su elocuencia; se explaya en las virtudes y religiosidad del muy reverendo Jorge, arzobispo electo; y aspira, como patrono y benefactor de la ciudad, a sobrepasar la fama del mismo Alejandro. Pero declara solemnemente su inalterable resolución de perseguir a fuego y sangre a los adherentes sediciosos del malvado Atanasio, quien al huir de la justicia había confesado su culpa y evitado la muerte ignominiosa que merecía.[135]

En efecto, Atanasio escapó a los peligros más inminentes, y las aventuras de ese hombre extraordinario merecen y atraen nuestra atención. En la noche memorable en que la tropa de Siriano sitió la iglesia de San Teonas, el arzobispo, sentado en su trono, esperó con dignidad valiente y serena el avance de la

muerte. Mientras los gritos furiosos y los llantos de terror interrumpían las devociones públicas, él animaba a su temerosa congregación a expresar su confianza religiosa cantando uno de los salmos de David que celebra el triunfo del Dios de Israel sobre el tirano arrogante e impío del Egipto. Finalmente derribaron las puertas: una nube de flechas se descargó sobre el pueblo; los soldados, esgrimiendo sus espadas, irrumpieron en el santuario, y sus armaduras reflejaban con terribles destellos las sagradas luminarias que ardían en torno del altar.[136] Atanasio incluso rechazó las piadosas atenciones de monjes y presbíteros afectos a su persona, y se negó noblemente a dejar su lugar episcopal hasta haber puesto a salvo al último de la congregación. El tumulto y la oscuridad de la noche favorecían la retirada del arzobispo; y aunque estuvo oprimido por el oleaje de una multitud agitada, aunque cayó al suelo y perdió el sentido y la movilidad, recobró no obstante su firme coraje y eludió la ansiosa búsqueda de los soldados, que sabían, por sus guías arrianos, que la cabeza de Atanasio sería el presente más grato para el emperador. Desde aquel momento, el primado de Egipto desapareció a los ojos de sus enemigos, y permaneció más de seis años oculto en una impenetrable oscuridad.[137]

El poder despótico de su implacable enemigo abarcaba todo el ámbito del mundo romano; y el exasperado monarca se empeñó, por medio de una carta muy urgente a los príncipes cristianos de Etiopía, en excluir a Atanasio de las regiones más remotas y aisladas de la tierra. Condes, prefectos, tribunos, ejércitos enteros se emplearon sucesivamente en la persecución de un obispo fugitivo; los edictos imperiales alentaban la vigilancia de los poderes civiles y militares; se prometieron generosas recompensas a quien presentara a Atanasio vivo o muerto, y se pronunciaron los castigos más severos contra

quienes osaran proteger al enemigo público.[138] Pero los desiertos de Tebaida estaban entonces poblados por salvajes, aunque sumisos, fanáticos, que anteponían los mandatos de su abad a las leyes de su soberano. Los numerosos discípulos de Antonio y Pacomio recibieron al primado fugitivo como a su padre; admiraban la paciencia y humildad con que se avenía a sus más austeras instituciones, recogían cada palabra que caía de sus labios como la genuina efusión de una sabiduría inspirada; y se convencieron de que sus plegarias, sus ayunos y sus vigilias eran menos meritorios que el celo que expresaban y los peligros que enfrentaban en defensa de la verdad y la inocencia.[139] Los monasterios de Egipto estaban situados en lugares solitarios y desolados, en las cumbres de las montañas o en las islas del Nilo, y el cuerno sagrado o trompeta de Tabene era la señal conocida que convocaba a miles de monjes robustos y decididos que en su mayoría habían sido campesinos del país vecino. Cuando una fuerza militar irresistible invadía sus oscuros refugios, ofrecían silenciosamente su cuello al verdugo, afirmando su índole nacional, según la cual las torturas nunca podían arrancar de un egipcio la confesión de un secreto que no estaba dispuesto a revelar.[140] El arzobispo de Alejandría, a cuya seguridad consagraron con entusiasmo sus vidas, se mezcló entre una multitud uniforme y bien disciplinada; y cuando se aproximaba el peligro, sus oficiosas manos lo trasladaban rápidamente de un escondite a otro, hasta llegar a los temibles desiertos que el temperamento tenebroso de la superstición había poblado con demonios y monstruos salvajes. Atanasio pasó la mayor parte de su retiro, que sólo finalizó con la vida de Constancio, en compañía de los monjes, que le servían lealmente de guardias, secretarios y mensajeros; pero la importancia de mantener una comunicación más cercana con el partido católico lo impulsó,

cuando la persecución se redujo, a salir del desierto, internarse en Alejandría y confiar su persona a la discreción de amigos y allegados. Sus diversas aventuras podrían haber dado tema para una novela muy interesante. Una vez se ocultó en una cisterna sin agua, de donde se fue poco antes de ser traicionado por una esclava;[141] y otra vez se escondió en un asilo aún más extraordinario: la casa de una virgen de sólo veinte años, celebrada en toda la ciudad por su exquisita belleza. A medianoche, según ella relató muchos años después, se sorprendió al ver aparecer al arzobispo casi desnudo, quien, avanzando con pasos apresurados, le suplicó la protección que una visión celeste le había ordenado buscar bajo su techo hospitalario. La piadosa muchacha aceptó y preservó la sagrada prenda que se entregaba a su prudencia y valor. Sin comunicarle el secreto a nadie, llevó inmediatamente a Atanasio a su más sagrado aposento y se ocupó de su seguridad con la ternura de un amigo y la asiduidad de un sirviente. Mientras duró el peligro, lo abasteció regularmente de libros y provisiones, le lavó los pies, manejó su correspondencia y hábilmente ocultó a los ojos recelosos este trato solitario y familiar entre un santo cuyo carácter requería una castidad sin mancha y una mujer cuyo atractivo podía excitar las emociones más peligrosas.[142] Durante los seis años de persecución y exilio, Atanasio repitió sus visitas a su hermosa y leal compañera; y su declaración formal de que vio los concilios de Rímini y Seleucia[143] nos fuerza a creer que estuvo presente en secreto en el lugar y el momento en que se convocaron. La ventaja de negociar personalmente con los amigos y de observar y fomentar las divisiones de los enemigos pueden justificar en un estadista prudente un proyecto tan audaz y peligroso: y Alejandría estaba conectada por el comercio y la navegación con todos los puertos del Mediterráneo. Desde

las profundidades de su inaccesible retiro, el valeroso primado libraba una guerra incesante y ofensiva contra el protector de los arrianos; y sus escritos oportunos, que circulaban con diligencia y se estudiaban con entusiasmo, contribuyeron a unir y robustecer el partido ortodoxo. En sus apologías públicas, que dirigía al mismo emperador, elogiaba a veces afectadamente la moderación, mientras que al mismo tiempo, en secretas y vehementes invectivas, mostraba a Constancio como un príncipe débil y malvado, verdugo de su familia, tirano de la república y anticristo de la Iglesia. En la cima de su prosperidad, el monarca victorioso que había castigado la temeridad de Galo y sofocado la rebelión de Silvano, que había tomado la diadema de la cabeza de Vetranio y vencido en el campo a las legiones de Majencio, recibió de una mano invisible una herida que no pudo curar ni vengar; y el hijo de Constantino fue el primer príncipe cristiano que experimentó la fuerza de aquellos principios que, en la causa de la religión, podían resistir el uso más violento del poder civil.[144]

La persecución de Atanasio y de tantos obispos respetables, que padecían por la verdad de sus opiniones, o al menos por la integridad de su conciencia, era un justo motivo de indignación y descontento para todos los cristianos, excepto para aquellos que estaban ciegamente entregados a la facción arriana. El pueblo lamentaba la pérdida de sus leales pastores, a cuyo destierro seguía usualmente la intrusión de un extraño[145] en la silla episcopal, y clamaba contra la violación del derecho de nombramiento y porque estaba condenado a obedecer a un usurpador mercenario, desconocido, y cuyos principios eran sospechosos. Los católicos podían probar al mundo que no estaban involucrados en la culpa y herejía de sus gobernantes eclesiásticos declarando públicamente su desacuerdo o

separándose totalmente de su comunión. El primero de estos métodos se concibió en Antioquía, y fue practicado con tal éxito que pronto se difundió por todo el mundo cristiano. La doxología, o himno sagrado, que celebra la gloria de la Trinidad, admite una inflexión muy sutil, pero sustancial; y la esencia de un credo ortodoxo o herético puede expresarse por la diferencia entre una partícula disyuntiva o copulativa. Flaviano y Diodoro, dos laicos devotos y activos que eran afectos a la fe nicena, introdujeron en los oficios públicos responsos alternados y una salmodia más regular.[146] Bajo su dirección, una muchedumbre de monjes salió del desierto vecino, bandas de cantores disciplinados se instalaron en la catedral de Antioquía para cantar triunfalmente y con todas las voces del coro la Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo;[147] y los católicos insultaron, con la pureza de su doctrina, al prelado arriano que había usurpado el trono del venerable Eustacio. El mismo celo que inspiraba sus canciones dio lugar a que los miembros más escrupulosos del partido ortodoxo formaran asambleas separadas gobernadas por los presbíteros, hasta que la muerte del obispo desterrado permitió la elección y consagración de un nuevo pastor episcopal.[148] Las revoluciones de la corte multiplicaron el número de aspirantes; y la misma ciudad a menudo se disputaba, bajo el reinado de Constancio, entre dos, tres e incluso cuatro obispos que ejercían su jurisdicción espiritual sobre sus respectivos seguidores, y perdían y recobraban alternativamente las posesiones temporales de la Iglesia. Los abusos del cristianismo introdujeron nuevas causas para la tiranía y la sedición en el gobierno romano; los lazos de la sociedad civil se desgarraron por la furia de las facciones religiosas; y el oscuro ciudadano, que podía contemplar con tranquilidad el ascenso y caída de emperadores sucesivos,

suponía y experimentaba que su propia vida y su fortuna estaban conectadas con los intereses de un eclesiástico popular. El ejemplo de las dos capitales, Roma y Constantinopla, puede servir para ilustrar el estado del Imperio y la disposición de los hombres bajo el reinado de los hijos de Constantino.

I) Mientras el pontífice romano conservó su puesto y sus principios, estuvo protegido por el cálido afecto de un gran pueblo, y pudo rechazar con menosprecio las plegarias, amenazas y ofrendas de un príncipe hereje. Cuando los eunucos resolvieron secretamente el exilio de Liberio, el temor bien fundado a un tumulto los obligó a las mayores precauciones en la ejecución de su sentencia. Se cercó la capital y ordenaron al prefecto apoderarse de la persona del obispo por ardid o por la viva fuerza. Se cumplió la orden, y Liberio fue rápidamente conducido, con dificultad y a medianoche, fuera del alcance del pueblo romano, antes de que la consternación se transformase en cólera. Tan pronto como se conoció su destierro a Tracia, se convocó a una asamblea general, y el clero de Roma se comprometió, por un juramento público y solemne, a nunca desamparar a su obispo y nunca reconocer al usurpador Félix, que, por influencia de los eunucos, había sido elegido y consagrado irregularmente entre los muros de un palacio profano. Dos años después, su piadosa tenacidad se mantenía entera e inamovible; y cuando Constancio visitó Roma, fue asaltado por los inoportunos requerimientos de un pueblo que había preservado, como el último remanente de su antigua libertad, el derecho a tratar a su soberano con familiar insolencia. Las esposas de muchos senadores y de los ciudadanos más honorables, después de presionar a sus maridos para que intercediesen en favor de Liberio, acordaron intentar una gestión que en sus manos sería menos peligrosa y que podía

tener mayor éxito. El emperador recibió con cortesía a estas delegadas, cuya riqueza y dignidad exhibían en la magnificencia de sus vestidos y ornamentos; admiró su inflexible resolución de seguir a su amado pastor hasta las regiones más distantes de la tierra, y consintió que ambos obispos, Liberio y Félix, gobernaran en paz sus congregaciones respectivas. Pero las ideas de tolerancia eran tan repugnantes a la práctica, e incluso a los sentimientos, de la época, que cuando la respuesta de Constancio se leyó públicamente en el circo de Roma, se rechazó tan razonable convenio con menosprecio y escarnio. La ansiosa vehemencia que animaba a los espectadores en el momento decisivo de una carrera de caballos se dirigió entonces a un objeto diferente, y el circo retumbó con la aclamación de miles que exclamaron repetidamente: «¡Un Dios, un Cristo, un obispo!». El celo del pueblo romano en la causa de Liberio no se limitó sólo a las palabras, y la peligrosa y sangrienta sedición que provocaron poco después de la partida de Constancio determinó al príncipe a aceptar el rendimiento del pontífice desterrado y restaurarlo al dominio único de la capital. Después de alguna resistencia infructuosa, su rival fue echado de la ciudad con el permiso del emperador y por la prepotencia de la facción opuesta; los allegados a Félix fueron inhumanamente asesinados en las calles, en los lugares públicos, en los baños e incluso en las iglesias; y el aspecto de Roma, al regreso de un obispo cristiano, renovaba la horrible imagen de las matanzas de Mario y las proscripciones de Sila.[149]

II) No obstante el rápido incremento de los cristianos bajo el reinado de la familia Flavia, Roma, Alejandría y las demás grandes ciudades del Imperio aún tenían una facción fuerte y poderosa de infieles que envidiaban la prosperidad y ridiculizaban, incluso en sus teatros, las contiendas teológicas de

la Iglesia. Sólo Constantinopla disfrutaba las ventajas de haber nacido y haberse educado en el regazo de la fe. La capital de Oriente nunca había sido contaminada con el culto a los ídolos, y todo el pueblo estaba profundamente imbuido de las opiniones, virtudes y pasiones que distinguían a los cristianos de esa era del resto de la humanidad. Después de la muerte de Alejandro, Paulo y Macedonio se disputaron el trono episcopal. Ambos merecían el eminente puesto al que aspiraban por su entusiasmo y sus capacidades; y si la moralidad de Macedonio era menos censurable, su competidor tenía la ventaja de una elección anterior y una doctrina más ortodoxa. Su firme adhesión al credo niceno, que le dio a Paulo un lugar en el calendario entre los santos y los mártires, lo expuso al resentimiento de los arrianos. En catorce años fue derribado cinco veces de su trono, al cual fue restablecido más frecuentemente por la violencia del pueblo que por la autorización del príncipe; y el poder de Macedonio sólo podía asegurarse con la muerte de su competidor. El desafortunado Paulo fue llevado a rastras y encadenado desde los arenosos desiertos de Mesopotamia hasta los lugares más desolados del monte Tauro,[150] lo confinaron en un calabozo oscuro y estrecho, lo dejaron seis días sin alimento y finalmente fue ahorcado por orden de Filipo, uno de los principales ministros del emperador Constancio.[151] La primera sangre que manchó la nueva capital fue derramada en esta contienda eclesiástica, y muchas personas de ambos bandos murieron en la obstinada y furiosa revuelta del pueblo. La comisión de imponer la sentencia de destierro contra Paulo fue encargada a Hermógenes; maestre general de la caballería, pero la ejecución fue fatal para él mismo. Los católicos se levantaron en defensa de su obispo; ardió el palacio de Hermógenes, el primer oficial militar del

Imperio fue arrastrado de los talones por las calles de Constantinopla, y, una vez muerto, su exánime cuerpo fue expuesto a insultos gratuitos.[152] La suerte de Hermógenes le sirvió a Filipo, prefecto del pretorio, para actuar con más precaución en una ocasión similar. En términos más suaves y honorables le pidió a Paulo que lo acompañara a los baños de Zeuxipo, que se comunicaban secretamente con el palacio y el mar. Un bajel preparado al pie de la escalera del jardín levantó velas inmediatamente; y mientras el pueblo todavía estaba ignorante del sacrilegio ideado, su obispo ya navegaba hacia Tesalónica. Pronto contemplaron; con sorpresa e indignación, las puertas del palacio abiertas de par en par y al usurpador Macedonio sentado junto al prefecto en un grandioso carruaje, escoltado por guardias que esgrimían sus espadas. La procesión militar avanzó hacia la catedral, arrianos y católicos se abalanzaron con impaciencia para ocupar ese importante puesto, y tres mil ciento cincuenta personas perdieron sus vidas en la confusión del tumulto. Macedonio, que fue apoyado por una fuerza regular, obtuvo una victoria decisiva, pero los clamores y la sedición trastornaron su reinado, y las causas que parecían menos vinculadas al objeto de la disputa fueron suficientes para encender y alimentar la llama de la discordia civil. Como la capilla donde había sido depositado el cuerpo del gran Constantino estaba en una condición ruinosa, el obispo trasladó esos venerables restos a la iglesia de San Acacio. Todo el partido que adhería a la doctrina del *homoousion* consideró esta medida, prudente e incluso piadosa, como una terrible profanación. Las facciones volaron inmediatamente a las armas, usaron el terreno consagrado como campo de batalla, y un historiador eclesiástico ha observado como un hecho real, no como una figura retórica, que el pozo frontero de la iglesia se desbordó con arroyos de

sangre que llenaron el pórtico y los patios contiguos. El escritor que atribuyera estos tumultos únicamente a un principio religioso revelaría un conocimiento muy imperfecto de la naturaleza humana; sin embargo, es necesario confesar que el motivo que desvía la sinceridad del celo, y el pretexto que encubre la perversión de las pasiones, suprime el remordimiento que, en otra causa, hubiera sobrevenido al enfurecimiento de los cristianos de Constantinopla.[153]

La disposición cruel y arbitraria de Constancio, que no siempre se originaba en las provocaciones de la culpa o la resistencia, se irritó fundadamente con los tumultos de su capital y con la conducta criminal de un bando que combatía la autoridad y la religión de su soberano. Los castigos habituales de muerte, exilio y confiscación se imponían con un rigor parcial, y los griegos todavía reverencian la sagrada memoria de dos clérigos, un lector y un subdiácono, acusados del asesinato de Hermógenes, y degollados a las puertas de Constantinopla. Por un edicto de Constancio contra los católicos, que no se ha considerado digno de un lugar en el Código Teodosiano, quienes rehusaron la comunicación con los obispos arrianos, y en particular con Macedonio, fueron privados de las inmunidades eclesiásticas y de los derechos de cristianos, fueron obligados a renunciar a la posesión de sus iglesias y se les prohibió estrictamente celebrar sus asambleas entre los muros de la ciudad. La ejecución de esta ley injusta en las provincias de Tracia y Asia Menor se encargó al celo de Macedonio; los poderes civiles y militares tenían la directiva de obedecer a sus mandatos; y las crueldades cometidas por este tirano semiarriano en apoyo del *homoiousion* excedieron su comisión y deshonraron el reinado de Constancio. Se suministraban los sacramentos de la Iglesia a las víctimas reacias que negaban la vocación de

Macedonio y aborrecían sus principios. Se conferían los ritos del bautismo a mujeres y niños, quienes, para tal propósito, habían sido arrancados de los brazos de amigos y parientes; las bocas de quienes comulgaban se mantenían abiertas con un dispositivo de madera, mientras les empujaban el pan consagrado a la fuerza por la garganta; quemaban los pechos de delicadas vírgenes con cáscaras de huevo calientes o se los prensaban cruelmente entre tablas cortantes y pesadas.[154] Los novacianos de Constantinopla y los países cercanos, por su firme apego al estandarte del *homoousion*, merecían confundirse con los mismos católicos. Macedonio fue informado de que un extenso distrito de Paflagonia estaba casi enteramente habitado por esos sectarios. Resolvió convertirlos o exterminarlos, y como en esta ocasión desconfiaba de una misión eclesiástica, comandó un cuerpo de cuatro mil legionarios para marchar contra los rebeldes y para reducir el territorio de Mantinia[155] a su dominio espiritual. Los campesinos novacianos, animados por la desesperación y el enfurecimiento religioso, enfrentaron audazmente a los invasores de su país, y aunque muchos paflagonios murieron, las legiones romanas fueron vencidas por una muchedumbre desordenada y armada solamente con guadañas y hachas; y, fuera de algunos que huyeron con deshonor, cuatro mil soldados yacieron muertos sobre el campo de batalla. El sucesor de Constancio expresó, de manera concisa pero viva, algunas de las calamidades teológicas que afectaron al Imperio, más especialmente a Oriente, en el reinado de un príncipe esclavo de sus pasiones y de las de sus eunucos. «Muchos fueron encarcelados, perseguidos y conducidos al exilio. Tropas enteras de aquellos que llaman herejes fueron aniquiladas, particularmente en Cyzicus y en Samosata. En Paflagonia, Bitinia, Galacia y otras varias provincias, pueblos y aldeas

quedaron asolados y totalmente destruidos.»[156]

Mientras las llamas de la controversia arriana consumían las entrañas del Imperio, las provincias africanas estaban plagadas de sus enemigos peculiares, los fanáticos salvajes, que bajo el nombre de circumceliones eran la fuerza y el escándalo del bando donatista.[157] La ejecución rigurosa de las leyes de Constantino había provocado descontento y resistencia; los extenuantes esfuerzos de su hijo Constante para restablecer la unidad de la Iglesia, exasperó los mutuos sentimientos de odio que habían ocasionado la separación; y los métodos violentos y corruptos que emplearon los dos comisionados imperiales, Pablo y Macario, mostraron a los cismáticos un fuerte contraste entre las máximas de los apóstoles y la conducta de sus supuestos sucesores.[158] Los campesinos que habitaban las aldeas de Numidia y Mauritania eran de una raza feroz, mal reducida a la autoridad de las leyes romanas y a medio convertir a la fe cristiana, pero actuaron con un entusiasmo ciego y furioso en la causa de sus maestros donatistas. Aguantaron indignadamente el destierro de sus obispos, la demolición de sus iglesias y la interrupción de sus asambleas secretas. A veces contrarrestaban la violencia de los oficiales de justicia, usualmente apoyados por una guardia militar, con una violencia igual; y la sangre de algunos eclesiásticos populares, derramada en la contienda, enardeció a sus rudos seguidores con un ansioso deseo de vengar la muerte de aquellos santos mártires. Los perseguidores solían provocar su suerte con su propia crueldad y furia, y la culpa de un tumulto accidental llevó a los criminales a la desesperación y la rebeldía. Los campesinos donatistas salieron de sus aldeas y se juntaron en grandes bandas en el límite del desierto de Getulia, y rápidamente cambiaron sus hábitos de trabajo por una vida de ocio y rapiña, consagrada en nombre de la religión y débilmente

condenada por los doctores de la secta. Los líderes de los circumceliones asumieron el título de capitanes de los santos; como estaban mal provistos de espadas y lanzas, su arma principal era un garrote enorme y pesado al que llamaban «israelita», y el conocido grito de «Alabado sea Dios», que usaban como señal de guerra, aterraba a las provincias indefensas de África. Primero encubrían su depredación con la excusa de la necesidad; pero pronto excedieron la medida de la subsistencia: satisfaciendo sin control su desenfreno y avaricia, incendiaban las aldeas que habían saqueado y tiranizaban el campo abierto. Cesaron la agricultura y la administración de justicia; y como los circumceliones aparentaban restablecer la igualdad primitiva de la humanidad y reformar los abusos de la sociedad civil, les daban un asilo seguro a los esclavos y deudores, que se congregaban por multitudes bajo su sagrado estandarte. Cuando no tenían resistencia se conformaban usualmente con el robo; pero la menor oposición provocaba actos de violencia y asesinatos; y algunos sacerdotes católicos, que habían señalado imprudentemente su celo, fueron torturados por los fanáticos con el salvajismo más refinado y antojadizo. El vigor de los circumceliones no se ejercía únicamente contra sus enemigos indefensos; combatieron, y a veces vencieron, a las tropas de la provincia, y en la sangrienta acción de Bagai atacaron en campo raso, aunque con infructuoso valor, a una guardia avanzada de la caballería imperial. Los prisioneros donatistas recibían, y tal vez merecían, el mismo trato que se les hubiera dado a las fieras del desierto. Los cautivos morían, sin una queja, por la espada, el hacha o el fuego; y las represalias se multiplicaban sin proporción, agravando los horrores de la rebelión y eliminando toda esperanza de un perdón mutuo. A comienzos de este siglo [XVIII]

el ejemplo de los circumceliones ha sido renovado en la persecución, la osadía, los crímenes y el enfurecimiento de los camisardos; y si los fanáticos de Languedoc sobrepasaron a los de Numidia en sus logros militares, los africanos mantuvieron su bravía independencia con más resolución y perseverancia.[159]

Tales desórdenes son efectos naturales de la tiranía religiosa; pero la ira de los donatistas se inflamó con un ardor extraordinario, y si efectivamente prevaleció entre ellos en un grado tan extravagante, seguramente no puede equipararse a ningún país ni a ninguna época. Muchos de estos fanáticos estaban poseídos por el horror a la vida y el deseo de martirio, y apenas consideraban por qué medios o a manos de quién perecían, si su conducta estaba santificada por la intención de consagrarse a la gloria de la verdadera fe y a la esperanza de la felicidad eterna.[160] A veces interrumpían bruscamente los festivales y profanaban los templos del paganismo con la intención de excitar el ardor de los idólatras y que éstos vengaran el honor insultado de sus dioses. Otras veces asaltaban las cortes de justicia y obligaban a los asustados jueces a que ordenaran su inmediata ejecución. Solían parar a los viajeros en las carreteras y los obligaban a darles el golpe del martirio, con la promesa de una recompensa si consentían y con la amenaza de una muerte instantánea si rehusaban concederles tan extraño favor. Cuando carecían de cualquier otro recurso, anunciaban el día en que, en presencia de amigos y hermanos, se arrojarían de un despeñadero, y se exhibían muchos precipicios que habían adquirido fama por el número de suicidios religiosos. En los actos de estos fanáticos desesperados, admirados por un partido como mártires de Dios y aborrecidos por el otro como víctimas de Satanás, un filósofo imparcial puede descubrir la influencia y el mayor abuso de ese espíritu inflexible que proviene

originalmente del carácter y los principios de la nación judía.

La narración sencilla de las desavenencias internas que alteraron la paz y deshonraron el triunfo de la Iglesia corrobora la observación de un historiador pagano, y justifica las quejas de un obispo venerable. Amiano se convenció, por su experiencia, de que la hostilidad de los cristianos entre sí sobrepasaba la furia de las bestias salvajes contra el hombre;[161] y Gregorio Nacianceno se lamenta, más patéticamente, de que la discordia convirtió al reino de los cielos en la imagen del caos, de una tempestad nocturna, del infierno mismo.[162] Los escritores feroces y parciales de aquella época, atribuyéndose *todas* las virtudes e imputando *todas* las culpas a sus adversarios, han retratado la batalla de los ángeles y los demonios. Nuestra calma razón rechazará tan puros y perfectos monstruos del vicio o la santidad, y atribuirá una medida igual, o al menos sin distinciones, de bien y de mal a las sectas opuestas, que asumían y otorgaban el nombre de ortodoxos y heréticos. Habían sido educados en la misma religión y en la misma sociedad civil. Sus esperanzas y temores en cuanto a la vida presente o a la futura estaban balanceados en la misma proporción. De cada lado, el error podía ser inocente; la fe, sincera; la práctica, meritoria o corrupta. Sus pasiones eran excitadas por objetos similares; y podían alternativamente abusar del favor de la corte o del pueblo. Las opiniones metafísicas de los atanasistas y de los arrianos no influían en su carácter moral, y los impulsaba por igual el espíritu intolerante que había sido extraído de las máximas puras y simples del Evangelio.

Un escritor moderno, que con justa confianza encabezó su propia historia con los epítetos honoríficos de política y filosófica,[163] acusa la tímida prudencia de Montesquieu, por omitir, entre las causas de la decadencia del Imperio, una ley de

Constantino por la cual el ejercicio del culto pagano fue absolutamente suprimido, destituyendo a una parte considerable de sus súbditos de sacerdotes, templos y de cualquier religión pública. La preocupación del historiador filosófico por los derechos de la humanidad lo indujo a aceptar el ambiguo testimonio de aquellos eclesiásticos que atribuyeron ligeramente a su héroe favorito el *mérito* de una persecución general.[164] En vez de alegar esta ley imaginaria, que debería brillar al frente de los códigos imperiales, podemos seguramente acudir a la carta original que Constantino dirigió a los seguidores de la religión antigua, en un tiempo en que ya no ocultaba su conversión ni temía rivales para el trono. Invita y exhorta en términos urgentes a los súbditos del Imperio Romano a imitar el ejemplo de su señor; pero declara que cuantos se nieguen a abrir sus ojos a la luz celestial pueden disfrutar de sus templos y de sus dioses imaginarios. El mismo emperador contradice formalmente la información de que se vedaban las ceremonias del paganismo, cuando señala sabiamente, como el principio de su moderación, la fuerza invencible de la costumbre, del prejuicio y de la superstición.[165] Sin violar la santidad de su promesa, sin alarmar los temores de los paganos, el hábil monarca avanzó, con lentos y cautelosos pasos, para socavar la estructura irregular y decadente del politeísmo. Los actos parciales de severidad que disponía ocasionalmente, aunque secretamente eran alentados por su fervor cristiano, se cubrían con el pretexto de la justicia y el bien público; y mientras Constantino planeaba destruir los fundamentos de la antigua religión, aparentaba reformar sus abusos. Siguiendo el ejemplo de sus antecesores más sabios, condenó, bajo las penas más rigurosas, las artes ocultas e impías de la adivinación, que alentaban vanas esperanzas y a veces intentos criminales en quienes estaban descontentos con su

condición presente. Se les impuso un afrentoso silencio a los oráculos, que habían sido condenados públicamente por fraude y falsedad; se suprimieron los sacerdotes afeminados del Nilo, y Constantino desempeñó los deberes de un censor romano cuando dio órdenes de demoler varios templos de Fenicia, en los cuales se practicaba devotamente todo género de prostitución a la luz del día y en honor a Venus.[166] La ciudad imperial de Constantinopla se levantó, en alguna medida, a expensas y con los despojos de los templos opulentos de Grecia y Asia; confiscaron sus propiedades sagradas; transportaron las estatuas de dioses con irreverencia, entre un pueblo que los consideraba objetos, no de adoración, sino de curiosidad; el oro y la plata volvieron a circular, y tanto magistrados como obispos y eunucos aprovecharon la oportunidad para satisfacer, a un tiempo, su ardor, su avaricia y su resentimiento. Pero esta devastación se limitaba a una pequeña parte del mundo romano, y las provincias estaban acostumbradas desde hacía tiempo a soportar la misma rapiña sacrílega, por la tiranía de príncipes y procónsules que no podían ser sospechosos de ningún intento de subvertir la religión establecida.[167]

Los hijos de Constantino siguieron las huellas de su padre con más entusiasmo y menos discreción. Los pretextos para el saqueo y la opresión se fueron multiplicando;[168] se trató con indulgencia cada comportamiento ilegal de los cristianos; toda duda se resolvía en contra del paganismo, y la demolición de los templos se celebraba como uno de los acontecimientos más auspiciosos del reinado de Constante y Constancio.[169] El nombre de Constancio encabeza una ley concisa que hubiera podido suplir la necesidad de cualquier prohibición futura: «Es nuestra voluntad que en todos los lugares y en todas la ciudades se cierren los templos de inmediato y se custodien

cuidadosamente para que nadie pueda ofenderlos. Es igualmente nuestra voluntad que todos los súbditos se abstengan de sacrificios. A quien sea culpable de semejante acto, hágasele sentir la espada de la venganza y, después de su ejecución, confísquense sus propiedades en beneficio público. Imponemos iguales penas a todo gobernador de provincia que se niegue a castigar a los criminales».[170] Pero existen las más fuertes razones para creer que este formidable edicto se extendió sin publicarse o se publicó sin cumplirse. La evidencia de los hechos y los monumentos de bronce y mármol que todavía existen continúan probando el ejercicio público del culto pagano durante todo el reinado de los hijos de Constantino. Tanto en Oriente como en Occidente, tanto en ciudades como en el campo, muchos templos fueron respetados, o al menos perdonados; y la multitud devota siguió disfrutando el lujo de sacrificios, las festividades y las procesiones, con el permiso o la connivencia del gobierno civil. Cuatro años después de la fecha supuesta de aquel edicto sangriento, Constancio visitó los templos de Roma; y un orador pagano recomienda la decencia de su comportamiento como un ejemplo digno de la imitación de los futuros príncipes. «Aquel emperador», dice Símaco, «toleró los privilegios de las vírgenes vestales de permanecer intactas; otorgó las dignidades sacerdotales a nobles romanos, garantizó las asignaciones acostumbradas para costear los ritos y sacrificios públicos; y, aunque abrazó una religión diferente, nunca intentó privar al Imperio del culto sagrado de la antigüedad».[171] El Senado todavía se atrevía a consagrar, por solemnes decretos, la memoria divina de sus soberanos; y el mismo Constancio quedó asociado, después de muerto, a aquellos dioses a los que había renunciado y a quienes había insultado durante su vida. El título, las insignias, las

prerrogativas del *Pontífice Soberano*, que habían sido instituidos por Numa y asumidos por Augusto, fueron aceptados sin reparo por siete emperadores cristianos, que fueron investidos con una autoridad más absoluta sobre la religión que habían abandonado que sobre la que profesaban.[172]

Las desavenencias del cristianismo dilataron la ruina de la religión pagana;[173] y la guerra sagrada contra los infieles fue menos vigorosa en manos de príncipes y obispos, preocupados más directamente por la culpa y el peligro de la rebelión doméstica. El exterminio de la *idolatría*[174] podía haber sido justificado por los principios establecidos de la intolerancia; pero las sectas opuestas, que reinaban alternadamente en la corte imperial, eran mutuamente temerosas de ofender, y tal vez de exasperar, el ánimo de una facción poderosa, aunque en decadencia. Todos los motivos de autoridad y de moda, de interés y de razón, militaban entonces del lado del cristianismo, pero pasaron dos o tres generaciones antes de que su influencia victoriosa se sintiera universalmente. La religión que desde mucho antes y hasta mucho después se había establecido en el Imperio Romano todavía era reverenciada por mucha gente, menos afecta, por cierto, a las opiniones especulativas que a las antiguas costumbres. Los honores en el Estado y en el ejército se repartían de manera indiferenciada entre todos los súbditos de Constantino y de Constancio; y una considerable porción del conocimiento, las riquezas y la valentía estaban todavía al servicio del politeísmo. La superstición del senador y del campesino, del poeta y del filósofo, derivaba de causas muy distintas, pero mostraban la misma devoción en los templos de los dioses. El triunfo insultante de una secta proscrita provocaba gradualmente su celo, y su esperanza revivía con la fundada confianza de que el presunto heredero del Imperio, un héroe

joven y valiente que había liberado la Galia de las armas de los bárbaros, había abrazado secretamente la religión de sus ancestros.

XXII

LAS LEGIONES DE GALIA DECLARAN EMPERADOR A JULIANO - SU MARCHA Y ÉXITO - MUERTE DE CONSTANCIO - ADMINISTRACIÓN CIVIL DE JULIANO

Mientras los romanos languidecían bajo la cruel tiranía de los obispos y los eunucos, las plegarias de Juliano resonaban por todos los ámbitos del imperio con embeleso, excepto en el palacio de Constancio. Los bárbaros de Germania habían experimentado las armas del joven César y aún les temían; sus soldados lo vitoreaban y el pueblo disfrutaba las dichas de su reinado; mas los privados, que se habían opuesto a su nombramiento, se sentían ofendidos por sus virtudes y fundadamente consideraban al amigo del pueblo como enemigo de la corte. Mientras fuera dudosa la fama de Juliano, los bufones, maestros de la sátira, probaron la eficacia de su arte, sumamente certera en otras ocasiones. Descubrieron que su sencillez no estaba exenta de afectación, y así, para ridiculizar su vestimenta y su persona de guerrero afilosofado, lo llamaron salvaje melenudo y mono investido con la púrpura; tildaban la sencillez de sus oficios de ficciones muy estudiadas de un griego locuaz, de un soldado teórico que se había dedicado al arte de la guerra en las alamedas de la Academia.[175] La voz de la victoria acalló los despropósitos de la locura maliciosa; no se podía retratar como objeto de desprecio al vencedor de los francos y alamanes, y hasta el mismo monarca codiciaba torpemente el prestigio que había alcanzado su lugarteniente gracias a su

propia labor. En las cartas ceñidas de laurel que, según costumbre antigua, se enviaban a las provincias, se omitió el nombre de Juliano. «Constancio había tomado personalmente sus disposiciones; *él* había sobresalido en valor en las primeras filas; *su* desempeño militar había afianzado la victoria, y en el mismo campo de batalla *le* habían presentado al rey cautivo de los bárbaros», de quien se hallaba a más de cuarenta jornadas de distancia en ese momento.[176] Sin embargo, una patraña tan descabellada no alcanzó a engañar la credulidad pública ni a satisfacer la vanagloria del mismo emperador. Secretamente consciente de que las loas y el favoritismo de los romanos se inclinaban por Juliano, prestaba oídos a la ponzoña de artificiosos calumniadores que encubrían sus malvadas intenciones con apariencias de verdad y candor.[177] En lugar de disminuir el mérito de Juliano, reconocían y engrandecían su fama popular, su desempeño sobresaliente y sus importantes servicios; pero entre líneas insinuaban que las virtudes del César podrían convertirse en peligrosos crímenes si la muchedumbre veleidosa anteponía sus deseos a sus obligaciones; o si, como general de un ejército triunfador, se tentara con la esperanza de revancha y con la grandeza independiente. Los temores personales de Constancio eran interpretados por sus palaciegos como afán laudable por el bien público; pero en privado, y quizás dentro de su pecho, ocultaba bajo la denominación menos odiosa de miedo la envidia y el encono que profesaba secretamente a las virtudes inimitables de Juliano.

El sosiego aparente de Galia y el peligro inminente de las provincias orientales ofrecían un amplio pretexto para el plan mañosamente ideado por los ministros imperiales. Acordaron desarmar al César, arrebatarle aquella tropa leal que lo custodiaba, y valerse, para la guerra lejana contra el monarca

persa, de aquellos veteranos robustos que habían vencido, en las orillas del Rin, a los pueblos más bravos de Germania (abril de 360 d. C.). Mientras Juliano, en sus cuarteles de invierno en París, se ocupaba afanosamente en la administración del poder, que en sus manos venía a ser el ejercicio de la virtud, quedó atónito con la llegada de un tribuno y un notario, portadores, de parte del emperador, de órdenes positivas, que tenían encargo de ejecutar y que se le mandaba cumplir. Constancio expresaba su voluntad de que cuatro legiones enteras —los celtas, los petulantes, los hérulos y los bátavos— se separasen de las tropas de Juliano, a cuyas órdenes se habían granjeado su fama y disciplina, que se seleccionasen de cada uno de los demás cuerpos trescientos jóvenes sobresalientes, y que esta crecida división, el nervio del ejército galo, emprendiese el viaje con premura, para que llegase rápidamente a las fronteras de Persia, antes del comienzo de la campaña.[178] El César previó y lamentó las consecuencias de la infausta orden, pues la mayoría de los auxiliares, que eran voluntarios, habían pactado que nunca se los obligara a atravesar los Alpes; y la fe pública de Roma, como también el honor personal de Juliano, estaban comprometidos en el cumplimiento de esta condición. Semejante acto de alevosía y autoritarismo destruía la confianza y acarreaba el resentimiento de los mercenarios de Germania, que consideraban la verdad como su virtud más noble y la libertad como el más apreciable de todos sus bienes. Los legionarios se alistaron con el goce del título de romanos y sus privilegios para la defensa general del imperio; pero aquella tropa mercenaria oía con indiferencia los nombres ya anticuados de república y de Roma. Afectos por nacimiento y costumbre al clima y a los hábitos de Galia, estaban prendados de Juliano; menospreciaban, si no aborrecían, al emperador, y temían la

pesada marcha, las saetas persas y los abrasadores desiertos del Asia. Demandaban como suyo el país que habían rescatado y excusaban su menguado denuedo alegando su obligación fundamental y sagrada de defender a sus familias y amigos. Surgieron los temores de los galos ante el conocimiento de un riesgo inminente e inevitable; pues, en cuanto las provincias carecieran de su resguardo militar, los germanos iban a quebrantar el tratado que les había impuesto el miedo; y a pesar del valor y desempeño de Juliano, el caudillo de un ejército en nombre del cual se achacarían las calamidades públicas, quedaría, tras una resistencia infructuosa, o prisionero en el campamento bárbaro o bien preso en el palacio de Constancio. Si Juliano obedecía la orden recibida, firmaba su propio exterminio y el de un pueblo que merecía su aprecio; pero una negativa terminante era desde luego una rebeldía y una declaración de guerra. Los celos indómitos del emperador, y la brusquedad y alevosía de sus mandatos ejecutivos, no daban lugar a descargos decorosos e interpretaciones ingenuas; y la posición subalterna del César apenas le permitía tregua o deliberación. Caviloso y aislado, pues carecía de los consejos sinceros de Salustio, removido de su cargo por la maldad perspicaz de los eunucos, ni siquiera podía confirmar sus consideraciones con el consejo de ministros que deberían estremecerse y avergonzarse de aprobar la ruina de Galia. Se escogió el momento en que Lupicino,[179] general de la caballería, era enviado a Bretaña para rechazar las correrías de escotos y pictos, mientras Florencio se hallaba en Viena para el arreglo del tributo. Este último, un astuto y corrupto estadista, se desentendió de todo compromiso en esa peligrosa situación, desoyó las instancias de Juliano, quien le manifestaba que, en todo negocio de entidad, era indispensable la presencia del

prefecto en el consejo del príncipe. Entre tanto, acosaban al César las insistencias solícitas y violentas de los mensajeros imperiales, quienes se propasaron a señalarle que, si estaba esperando el regreso de sus ministros, recaería sobre su persona toda la responsabilidad de la demora, y quedaba reservado para ellos el mérito de la ejecución. Sin medios para resistir y sin voluntad para condescender, Juliano manifestó formalmente su deseo y su intención de desprenderse de la púrpura que ya no podía conservar con honor, pero tampoco podía abdicar con seguridad.

Tras amargas vacilaciones, Juliano tuvo que reconocer cuán virtuosa era la obediencia de su súbdito más encumbrado, y que sólo al soberano le cabía juzgar acerca del bienestar general. Expidió órdenes para la ejecución del mandato de Constancio; una parte de las tropas empezó su marcha hacia los Alpes, y los destacamentos de diferentes guarniciones se movilizaron hacia los puntos respectivos de reunión. Avanzaban con dificultad a través de las muchedumbres temblorosas y atemorizadas que imploraban su compasión, ya con muda desesperación, ya con fuertes lamentaciones, cuando las mujeres de los soldados, con sus niños en brazos, acusaron la deserción de sus maridos con exclamaciones de amargura, de ternura y de ira. El desconsuelo general afectó la humanidad del César: concedió un número suficiente de carruajes de posta para el trasporte de las mujeres y los niños de los soldados,[180] procuró aliviar las penurias que le constreñían a causar y fomentó con artes admirables su popularidad y el descontento de la tropa desterrada. El sufrimiento de una muchedumbre armada suele convertirse en ira; su murmullo insolente, que se iba propagando de tienda en tienda con más denuedo y mayores demostraciones, iba disponiendo los ánimos para la sedición más declarada; y con

tolerancia de los tribunos, se fue repartiendo secreta y oportunamente un libelo en el que se retrataban las desgracias del César, la opresión del ejército galo y los vicios afeminados del tirano de Asia. Los sirvientes de Constancio se asustaron mucho al presenciar aquel desbocado torrente. Presionaron al César para apurar el inicio de la marcha, pero rechazaron neciamente la advertencia decorosa y cuerda de Juliano de que no pasasen por París, que les manifestó el peligro de aquella postrera despedida.

En cuanto se anunció la llegada de las tropas, salió el César a su encuentro y subió a la plataforma colocada en un llano delante de las puertas de la ciudad. Después de señalar a los oficiales y soldados que por su graduación y méritos eran merecedores de su atención especial, Juliano se dirigió a la multitud que lo rodeaba con un estudiado discurso. Celebró sus hazañas con sinceras demostraciones, los estimuló para que aceptaran el honor de servir a la vista de un monarca tan liberal como poderoso y les recordó que el mandato de Augusto requería obediencia gozosa y pronta. Los soldados, temerosos de agraviar a su general con una gritería indecente, o de contradecir sus sentimientos con aclamaciones falsas y venales, se mantuvieron en silencio y tras un breve rato se retiraron a sus cuarteles. Los principales oficiales fueron agasajados por el César, quien explicó, con el cálido lenguaje de la amistad, que se hallaba imposibilitado, aunque deseoso, de premiar según sus méritos a los valerosos compañeros de sus victorias. Ellos se retiraron del convite con amargura y perplejidad, lamentado las penurias de su destino, que los arrancaba de su amado general y de su dulce patria. Se dio a conocer y se aprobó osadamente el único arbitrio para zanjar aquel trance; el resentimiento popular se canalizó en una conspiración combinada; las fundadas

razones de las quejas encendieron las pasiones, que se inflamaron aún más con el vino, pues en vísperas de la partida se permitían festejos más licenciosos a las tropas. A medianoche, la arrebatada muchedumbre se lanzó con espadas, jarros y antorchas en la mano por los arrabales; rodeó el palacio,[181] y sin preocuparse por cualquier riesgo venidero, pronunció las palabras terminantes e irrevocables: *¡Juliano Augusto!* El príncipe, cuya ansiosa angustia fue interrumpida por los gritos descompasados, aseguró las puertas contra la intrusión, y puso cuanto estaba en su poder para aislar su persona y su dignidad de los accidentes de un alboroto nocturno. Al amanecer, los soldados, airados con aquella oposición, forzaron la entrada del palacio, apresaron con reverente violencia el objeto de su elección, escoltaron a Juliano con las espadas desenvainadas por las calles de París, lo colocaron sobre un tablado, y con redoblados clamores lo saludaron como a su emperador. La prudencia y la lealtad lo obligaban a oponerse a sus intentos indebidos, así como a preparar a su virtud oprimida la disculpa de aquella tropelía. Se dirigió alternativamente a la muchedumbre y a los individuos: a veces imploraba su compasión y a veces expresaba su indignación; los amonestaba para que no mancillasen el renombre de sus victorias inmortales; incluso se aventuró a prometer que si volvían inmediatamente en sí y se subordinaban, se encargaría de solicitar al emperador un indulto graciable y absoluto, si no la revocación de aquellas órdenes que habían causado el trastorno y el encono. Mas los soldados, conscientes del alcance de su exceso, prefirieron la gratitud de Juliano más que la clemencia del emperador. Su afán se tornó en impaciencia y luego en furia. El inflexible César sostuvo hasta las nueve del día sus instancias, sus reconvenciones y sus amenazas, y no se doblegó hasta quedar absolutamente

convencido de que no le quedaba ya opción entre el cetro y la muerte. Ante la presencia de la tropa que lo estuvo vitoreando en coro, lo elevaron sobre un escudo; un collar riquísimo de la milicia, que se proporcionó casualmente, hizo las veces de diadema.[182] La ceremonia terminó con el ofrecimiento de un donativo moderado;[183] y el nuevo emperador, atravesado de una tristeza real o afectada, se encerró en el aposento más retirado de su morada.[184]

Quizás la pesadumbre de Juliano proviniera de su inocencia; mas ésta resulta en extremo dudosa[185] a los ojos de quienes han aprendido a sospechar de los motivos y las protestas de los príncipes. Luchaban en su ánimo esperanzas y zozobras, impulsos de agradecimiento y de venganza, de obediencia y de ambición, de afán de nombradía y de temor de vituperio. Pero nos resulta imposible calcular el peso y la función de cada uno de estos sentimientos; tampoco podemos verificar las causas —que seguramente escapan de nuestra observación— que guiaban, o más bien empujaban, los pasos de Juliano. El descontento de la tropa procedía de la maldad de sus enemigos; su sedición era efecto natural de su interés y de su pasión; y si Juliano encubría su intención a la sombra de los sucesos, tenía que valerse de artimañas sin precisión y quizás sin fruto. Declara solemnemente ante Júpiter, el Sol, Marte, Minerva y todas las demás divinidades que, hasta después de anochecido el día anterior a su encumbramiento, ignoraba totalmente los designios de la tropa;[186] y parece indecoroso desconfiar del honor de un héroe y de la veracidad de un filósofo. Pero la creencia supersticiosa de que Constancio era enemigo de los dioses, y de que él mismo era el favorito, podía estimularlo a desear, solicitar e, incluso, anticipar su reinado, predispuesto a restablecer la religión antigua del orbe. Enterado Juliano de la

conspiración, se embelesó con un breve sueño, y refirió luego a los amigos que había visto al numen del Imperio esperando con impaciencia ante su puerta, clamando por entrar, y reprochándole su apocamiento y abandono.[187] Atónito e indeciso, se puso a orar al gran Júpiter, quien le notificó enseguida, con despejado y patente agüero, que debía allanarse al albedrío del cielo y del ejército. Toda conducta diferente de la corriente nos mueve a sospecha y elude nuestra pesquisa. Al afincarse el fanatismo, de suyo crédulo y taimado en extremo, en un pecho hidalgo, va imperceptiblemente corroyendo el edificio del honor y de la veracidad.

Contener el ímpetu de sus partidarios, resguardar a las personas de sus enemigos,[188] desbaratar y menospreciar las emboscadas contra su vida y decoro fueron los temas que ocuparon los primeros días del reinado del nuevo emperador. Aunque resuelto a mantenerse en su nueva posición, ansiaba liberar al país de los estragos de la guerra civil, evitar toda contienda con las fuerzas superiores de Constancio, y conservar su honor intacto de todo asomo de ingratitud y de perfidia. Juliano, cubierto con las insignias del boato militar e imperial, se presentó en el campo de Marte ante los soldados entusiasmados por la causa de su alumno, su caudillo y su amigo. Resumió sus victorias, se lamentó de sus padecimientos, aclamó su disposición, alentó sus esperanzas y refrenó su frenesí; ni quiso concluir la reunión hasta que la tropa le prometiera solemnemente que si el emperador del Oriente se avenía a firmar un tratado equitativo, se desentenderían todos de miras de conquistas, dándose por satisfechos con la posesión pacífica de las provincias galas. Bajo estas consideraciones compuso, en su propio nombre y en el del ejército, una carta muy comedida y expresiva,[189] que encargó a Pentadio, su maestro de oficios, y

a su ayuda de cámara Euterio, que fueron como embajadores para oír la contestación y observar el ánimo de Constancio. Firmó modestamente la carta con el título de César; sin embargo, solicitaba de manera respetuosa pero terminante la confirmación de su nombramiento como Augusto. Reconoció lo irregular de su elección, a la vez que justificaba, hasta cierto punto, el resentimiento y la violencia de las tropas que lo habían presionado para que depusiera su renuencia. Declaró la supremacía de su hermano Constancio y se comprometió a enviarle anualmente un regalo de caballos españoles, a reclutar para su ejército selectos jóvenes de entre los bárbaros y a aceptar de su parte un prefecto pretoriano conocidamente discreto y leal. Mas se reservó el nombramiento de los demás empleados civiles y militares, así como la tropa, los productos y la soberanía de las provincias del otro lado de los Alpes. Amonestó al emperador para que fuera justo, que recelara de las artimañas de los aduladores venales que viven únicamente con las desavenencias de los príncipes, y que aceptara la oferta de un tratado decoroso y honorífico, igualmente ventajoso para la república y para la casa de Constancio. En esta negociación, Juliano se limitaba a pretender lo mismo que ya poseía; pues la autoridad subalterna que anteriormente había ejercido sobre las provincias de Galia, Hispania y Britania continuaba sin desgarramientos bajo nombre más augusto e independiente. Así, los soldados y el pueblo gozarían de una revolución sin sangre, ni siquiera de los culpados. Florencio había huido y Lupicino estaba preso; los desafectos al nuevo gobierno quedaron desarmados y a buen recaudo, y las vacantes se distribuyeron según los méritos, por disposición de un príncipe que despreciaba las intrigas palaciegas y el clamor de la tropa.[190]

Las negociaciones de paz (360-361 d. C.) estuvieron

acompañadas de vigorosos preparativos de guerra. El ejército, que Juliano mantenía listo para actuar, amplió su reclutamiento por los trastornos de la época. La persecución de la facción de Magnencio había plagado la Galia de bandas crecidas de salteadores y forajidos, quienes aceptaron gozosos la oferta de indulto general de manos de un príncipe en quien podían confiar, y se avinieron a la estrechez de la disciplina militar, abrigando un odio implacable a la persona y al gobierno de Constancio.[191]

En cuanto mejoró el tiempo, Juliano se puso a la cabeza de sus legiones; echó un puente sobre el Rin en las cercanías de Cléveris, tratando de castigar la traición de los atuarios, tribu de francos, que presumieron que podían arrasar las fronteras de un imperio dividido. La dificultad y la gloria de la empresa estribaban en una marcha muy trabajosa, y Juliano venció apenas pudo internarse en un país que otros caudillos habían considerado inaccesible. Pacificados los bárbaros, fue visitando esmeradamente las fortificaciones por el Rin desde Cléveris hasta Basilea, registró el territorio que había recobrado de manos de los alamanes, pasó por Besançon, que todavía sufría por su desenfreno,[192] y sentó su cuartel general en Viena para pasar allí el inminente invierno. Se mejoró y robusteció la frontera gala con nuevas fortificaciones. Juliano suponía que los germanos, tantas veces vencidos, se detendrían en su ausencia con el terror de su nombre. Vadomir[193] era el único príncipe de los alamanes al que consideraba temible; y mientras el taimado bárbaro aparentaba observancia suma de los tratados, los progresos de sus armas amenazaban al Estado con una guerra intempestiva y peligrosa. Juliano se propuso sorprender al príncipe de los alamanes con sus propios ardides; y Vadomir, que a título de amigo había aceptado incautamente una invitación de parte de

los gobernadores romanos, fue apresado durante el banquete y enviado luego al interior de Hispania. Antes que los bárbaros volvieran en sí de su asombro, el emperador apareció en las orillas del Rin y, luego de atravesar nuevamente el río, les infundió más pavor y respeto de los que ya les había causado en las cuatro expediciones anteriores.[194]

Juliano había encargado a sus embajadores que ejecutaran con la mayor diligencia su importante misión. Pero en su tránsito por Italia e Iliria fueron detenidos (361 d. C.) con interminables y estudiadas demoras de los gobernadores provinciales, y conducidos con lentas marchas de Constantinopla a Cesárea en Capadocia; y cuando por fin se los admitió ante la presencia de Constancio, lo hallaron muy preocupado por los informes de sus oficiales sobre la conducta de Juliano y del ejército de Galia. Se oyeron las cartas con impaciencia; los trémulos embajadores fueron despedidos con ira y menosprecio; el semblante, los ademanes y las palabras del monarca expresaban el trastorno de su ánimo. El vínculo íntimo que hubiera podido reconciliar al hermano y al esposo de Helena se había roto con la muerte de la princesa, pues sus varios embarazos habían sido siempre infructuosos, y el último fue decisivamente fatal.[195] La emperatriz Eusebia había conservado hasta el postrer momento de su vida el afecto entrañable y aun celoso que profesó a Juliano, y su influencia bondadosa podría haber calmado las iras de un príncipe que desde aquel fallecimiento quedó esclavo de sus pasiones y de las tramas de sus eunucos. Pero el temor de una invasión extranjera obligó a Constancio a suspender el castigo de un enemigo doméstico; continuó su marcha hacia la frontera de Persia y juzgó suficiente manifestar las condiciones que pudieran hacer a Juliano y a sus secuaces criminales merecedores de la clemencia

de su agraviado soberano. Exigió que el engreído César renunciase terminantemente al dictado y la jerarquía de Augusto, que había aceptado de unos rebeldes; que retrocediera a su primitiva posición de ministro limitado y dependiente; que debía dejar toda potestad del Estado y del ejército en manos de los sujetos señalados por la corte imperial, y que debía confiar su salvamento en las seguridades que para su indulto le daría Epicteto, obispo de Galia, y uno de los arrianos predilectos de Constancio. Mediaron largos meses para un tratado que se estaba negociando a tres mil millas [4828 km] de distancia entre París y Antioquía; y persuadido Juliano de que sus miramientos tan comedidos y respetuosos irritaban más y más la soberbia de un contrario implacable, se arrojó denodadamente a comprometer su fortuna y existencia en el trance de una guerra civil. Dio una audiencia pública y militar al cuestor Leonas: Juliano leyó la altanera carta de Constancio a la atenta muchedumbre y protestó con lisonjero acatamiento que estaba pronto a abandonar su título de Augusto, si merecía el beneplácito de quienes reconocía como sus ensalzadores. Tuvo que enmudecer tras la tenue propuesta, y la aclamación impetuosa de «Juliano Augusto, seguid reinando por la autoridad del ejército, del pueblo y de la república que habéis rescatado» retumbó en coro por todo el campamento y aterró al pálido embajador de Constancio. Se leyó después un trozo de la carta en que el emperador zahería la ingratitud de Juliano, a quien había realzado con la púrpura, a quien con tan esmerada ternura había educado, a quien había cuidado en el desamparo y orfandad de su niñez. «¡Orfandad!», exclamó Juliano, sincerándose y dando rienda suelta a sus ímpetus. «¿Con que el asesino de mi familia me está reprochando la orfandad? ¡Me está empujando a la venganza de las injurias que he intentado

olvidar!» La asamblea quedó disuelta y Leonas, a quien a duras penas se pudo escudar contra la furia popular, regresó a su amo con una carta en la que Juliano expresaba, en raptos de vehemente elocuencia, los impulsos de encono, menosprecio y resentimiento que había estado refrenando y acibarando con el disimulo por espacio de veinte años. Tras este mensaje, que era una señal inconfundible de guerra, Juliano, que pocas semanas antes había celebrado la festividad cristiana de la Epifanía,[196] manifestó públicamente que «encomendaba su resguardo a los *dioses inmortales*»; y así vino a renegar públicamente de la religión y de la amistad de Constancio.[197]

La situación de Juliano requería una resolución denodada y ejecutiva. Le constaba por correspondencias interceptadas que su contrario, posponiendo el interés del Estado al personal, había provocado de nuevo a los bárbaros para que invadiesen las provincias de Occidente. La colocación de dos depósitos de almacenamiento, uno a orillas del lago de Constancia, el otro en las faldas de los Alpes Cottiae, al parecer señalaba la marcha de dos ejércitos, y el acopio de ambos almacenes, uno de los cuales ascendía a seiscientos mil costales de centeno, o quizá de trigo,[198] estaba a las claras indicando una crecida fuerza enemiga. Pero las legiones imperiales se hallaban aun en sus lejanos cuarteles del Asia; el Danubio no estaba muy bien custodiado, y si Juliano ocupara, con un avance repentino, las provincias importantes de Iliria, podría esperar que todo un pueblo guerrero acudiese tras sus estandartes y que sus ricas minas de oro y plata contribuyesen a costearle la guerra civil. Propuso el osado plan a la tropa reunida; les infundió una confianza fundada en su general y en ellos mismos, exhortándolos a mostrarse formidables al enemigo, comedidos hacia los conciudadanos y obedientes a la oficialidad. Su acalorado

discurso mereció ruidosas aclamaciones; y los mismos soldados que acudieron a las armas cuando los intimó a que dejasen Galia declararon denodadamente que estaban prontos para seguirlo hasta los confines de Europa y Asia. Juramentado el ejército, repicando sobre los escudos y apuntando las puntas de sus espadas a la garganta, se comprometieron con horrorosas imprecaciones al servicio de un caudillo que ensalzaban como libertador de Galia y vencedor de los germanos.[199] Este solemne compromiso, hijo al parecer del afecto más bien que de la obligación, no encontró más oposición que la de Nebridio, recién entrado en el cargo de prefecto pretoriano. Aquel ministro leal, solo y sin asistentes, se declaró por los derechos de Constancio en medio de una muchedumbre armada e irascible, por cuya furia estuvo a punto de perecer en un sacrificio honroso, aunque inútil. Manco ya de una cuchillada, abrazó las rodillas del príncipe al que había agraviado; Juliano lo cubrió con su manto, y resguardándolo del ímpetu de sus seguidores, lo envió a su casa con menos respeto del que quizás correspondía a la virtud de un enemigo.[200] Concedió el alto cargo de Nebridio a Salustio; y las Galias, descargadas ya del peso intolerable de los impuestos, disfrutaron el régimen suave y equitativo del amigo de Juliano, quien pudo así permitir la práctica de las virtudes que había comunicado al pecho de su alumno.[201]

Las esperanzas de Juliano estribaban mucho menos en el número de su tropa que en la velocidad de sus movimientos. Al poner en ejecución empresa tan arrojada, tomó grandes precauciones, hasta el punto donde llega la prudencia; más allá de ella, se entregó al denuedo y a la suerte. Reunió a su ejército en las cercanías de Basilea, y luego lo dividió en columnas.[202] Un cuerpo de diez mil hombres, al mando del general de caballería Nevita, se internó en Retia y Nórica. Otra porción

igual, a las órdenes de Jovio y Jovino, tuvo que avanzar por el rumbo oblicuo de las carreteras, por los Alpes y el confín septentrional de Italia. Las instrucciones para los caudillos habían sido dictadas con precisión y brío: apresurar la marcha en columnas estrechamente cerradas, que, según lo permitiese el terreno, pudiesen cambiar rápidamente el orden de la batalla; resguardarse en los campamentos contra toda sorpresa con guardias avanzadas y vigilantes en puntos fortificados; prevenir toda resistencia con asaltos repentinos, así como eludir cualquier control mediante partidas inesperadas; abultar sus propias fuerzas y aterrar al enemigo con sólo el nombre, y reunirse con el soberano bajo los muros de Sirmio. Juliano se reservó lo más arduo e impensado: seleccionó unos tres mil voluntarios diligentes y valerosos, resueltos, al igual que su caudillo, a dejar tras de sí toda esperanza de retirada: capitaneando aquel escuadrón leal, se emboscó en lo más recóndito de la Selva Negra o Marcia, que oculta las nacientes del Danubio,[203] y por algunos días el orbe ignoró la suerte de Juliano. Su encubrimiento, su diligencia y su denuedo arrollaron todos los tropiezos; se abrió paso por sierras y pantanos, atravesó ríos por puentes o a nado, avanzó en línea recta,[204] sin preocuparse de si los territorios que atravesaba eran bárbaros o romanos, y por fin salió a luz entre Ratisbona y Viena, en el sitio que designó para que sus tropas embarcaran sobre el Danubio. Con una estratagema certera se apoderó de una escuadrilla de bergantines[205] anclados; aseguró el acopio de toscos abastos para saciar el apetito voraz de un ejército galo, y allá se entregó a la corriente del Danubio. El ahínco de sus marineros, que estuvieron incesantemente bogando, y la constancia de un viento favorable trasladaron su escuadra a más de setecientas millas en once días;[206] y tenía ya desembarcada su tropa en

Bononia, a sólo diecinueve millas [30,58 km] de Sirmio, antes que los enemigos tuviesen información positiva de que hubiese dejado las orillas del Rin. Durante su extensa y rapidísima navegación, Juliano estuvo concentrado en el objeto de su empresa, y aunque iba recibiendo a los representantes de varios pueblos, que se atropellaban por merecer los favores de su pronta sumisión, pasó de largo los apostaderos enemigos, ubicados a lo largo del río, sin caer en la tentación de sobresalir con una valentía infructuosa e intempestiva. Ambas orillas del Danubio estaban cubiertas de espectadores, atentos al aparato militar y convencidos de la trascendencia de aquel suceso, y cundió por las cercanías la voz, que se iba adelantando con sobrehumana velocidad, de que iba acaudillando las fuerzas innumerables de Occidente. Luciliano, que, como general de caballería, era el comandante militar del Iliria, estaba atónito y perplejo frente a las encontradas noticias que no acertaba a creer ni a desechar. Tomó algunas medidas, pero con pausada incertidumbre, para reunir a su tropa, cuando fue sorprendido por Dagalaifo, activo oficial que Juliano, al desembarcar en Bononia, había enviado de avanzada con algunas tropas ligeras. El general prisionero, desconfiando de su vida, tuvo que montar a caballo, y fue conducido atropelladamente a presencia de Juliano, quien amistosamente lo alzó del suelo y lo serenó y rehízo de su miedo y trastorno. Pero, cuando recobró su aplomo, Luciliano se mostró indiscreto al tachar de temerario a su vencedor, por exponerse en medio de sus enemigos con tan pequeñas fuerzas. «Reservad para vuestro amo Constancio esas advertencias medrosas», le replicó Juliano con una sonrisa de desprecio, «pues al daros a besar mi púrpura, no os admití por consejero, sino como suplicante». Consciente de que sólo el éxito justificaría su arrojo, y de que en este mismo denuedo se

cifraba su victoria, se adelantó rápidamente con unos tres mil hombres para asaltar la ciudad más fuerte y populosa de toda Iliria. Al aparecer por los suburbios de Sirmio, fue recibido por los vítores del ejército y el pueblo, coronados de guirnaldas y empuñando antorchas, quienes condujeron a su ya reconocido soberano a su palacio imperial. Se dedicaron dos días a los festejos, celebrados con los juegos del circo; pero en la tercera madrugada, Juliano marchó a aposentarse en el desfiladero de Succi, en el monte Hemo, que casi a mitad de camino entre Sirmio y Constantinopla separa las provincias de Tracia y Dacia, por un despeñadero hacia la primera, y un declive suave hacia la segunda.[207] Confió el resguardo de aquel apostadero importante al valeroso Nevita, quien, al igual que los generales de la división italiana, logró ejecutar cumplidamente el plan de marcha e incorporación que tan acertadamente había ideado su jefe.[208]

El homenaje que obtuvo Juliano, ya sea por miedo o por apoyo del pueblo, se extendió de inmediato sobre sus armas.[209] Las prefecturas de Italia e Iliria estaban a cargo de Tauro y Florencio, quienes gozaban también de los honores insustanciales del consulado; y como ambos huyeron a la corte de Asia, Juliano, que no siempre acertaba a contener la liviandad de su temple, en todas las actas de aquel año apodó de *fugitivos* a los cónsules. Las provincias que habían sido abandonadas por sus primeros magistrados reconocieron la autoridad de un emperador que, al conciliar las cualidades del soldado y del filósofo, era admirado por igual en los campamentos del Danubio y en las ciudades de Grecia. Desde el palacio, o más bien desde sus cuarteles generales de Sirmio y de Naiso, fue repartiendo por los pueblos principales del Imperio una apología muy esmerada de su conducta; publicó la

correspondencia reservada de Constancio, y solicitó el fallo del orbe entero entre dos competidores, uno expulsor y el otro receptor de los bárbaros.[210] Juliano, profundamente lastimado por la tacha de ingrato, aspiraba a sostener los méritos de su causa con argumentos no menos que con armas, y a sobresalir no sólo en el manejo de la guerra, sino también en el de la pluma. Su carta al Senado y al pueblo de Atenas[211] parecía haber sido dictada con un fino entusiasmo, que lo llevaba a subsumir sus actos y sus motivos a los degenerados atenienses de su tiempo, con tal extremo de sumisión como si estuviese alegando en la época de Arístides ante el tribunal del Areópago. Su solicitud ante el Senado de Roma, que aún podía otorgar dictados imperiales, se conformaba con los formularios de la república moribunda. Tértulo, prefecto de la ciudad, convocó a una asamblea; se leyó el oficio de Juliano y, como él ya se mostraba amo de Italia, se aprobó unánimemente la solicitud. Sus indirectas críticas a las innovaciones de Constantino y su arrebatada invectiva contra los vicios de Constancio satisficieron menos; y todo el Senado exclamó a una sola voz, como si Juliano estuviese presente: «Respetad, así os lo suplicamos, a los autores de vuestro ensalzamiento».[212] Expresión muy artificiosa, que, según el sesgo de la guerra, podía explicarse de diferentes maneras: como reconvención amarga contra el usurpador o como reconocimiento lisonjero de que un solo acto tan beneficioso para el Estado era suficiente disculpa para todos los errores de Constancio.

La información sobre la marcha y los progresos de Juliano llegó velozmente a su rival, quien, con la retirada de Sapor, había logrado alguna tregua en la guerra pérsica. Encubriendo su angustia con visos de desprecio, Constancio manifestaba su ánimo de volver a Europa a dar caza a Juliano; pues nunca habló

de aquella expedición militar sino bajo el concepto de una cacería.[213] Anunció en sus cuarteles de Hierápolis, en Siria, esta intención al ejército; mencionó levemente la temeridad del César y se adelantó a asegurarles que si los amotinados de Galia osaban enfrentarlos en campo raso, ni siquiera podrían sostener el fuego de sus ojos ni el empuje irresistible de sus gritos en la refriega. La arenga del emperador fue recibida con aclamaciones militares; y Teodoto, presidente del concejo en Hierápolis, propuso con lágrimas aduladoras que *su* ciudad podía ser adornada con la cabeza del vencido rebelde.[214] Un cuerpo selecto fue rápidamente despachado en carruajes de posta para apoderarse, si aún era posible, del paso de Succi. Reclutas, caballos, armas y almacenes, cuanto se preparaba para la guerra contra Sapor, se destinaron entonces a la guerra civil, y las victorias domésticas de Constancio infundían a sus partidarios suma confianza en el éxito. El notario Gaudencio había ocupado en su nombre las provincias de África; la subsistencia de Roma fue interrumpida, y los apuros de Juliano se agravaron por un acontecimiento inesperado que podía acarrear infaustas consecuencias. Juliano había aceptado el juramento de dos legiones y de una cohorte de ballesteros estacionadas en Sirmio, pero desconfió fundadamente de la lealtad de aquellas tropas que había merecido distinciones del emperador, y bajo el pretexto de la situación crítica de la frontera gala, se consideró conveniente desviarlas del principal escenario de la contienda. Fueron marchando con reticencia hasta el confín de Italia; pero temerosas de aquella lejanía y de la bravura de los germanos, e instigadas por uno de sus tribunos, decidieron hacer alto en Aquileia e izar el pabellón de Constancio sobre los muros de aquella ciudad inexpugnable. La vigilante atención de Juliano percibió rápidamente el alcance de esa aventura y la necesidad

de encontrar una solución inmediata. Mandó a Jovino retroceder con parte del ejército hacia Italia, y se emprendió el sitio de Aquileia con vigor. Pero aquellos legionarios, al parecer desmandados, se manejaron en la defensa con tino y perseverancia; invitaban al resto de Italia a seguir el ejemplo de su tesón y lealtad, y amenazaban a Juliano en su retirada, si hubiese estado forzado a cejar ante la superioridad de las fuerzas de Oriente.[215]

Sin embargo, la humanidad de Juliano quedó exenta de la cruel alternativa, de que entrañablemente se lamenta, de asolar o ser él mismo exterminado; y el fallecimiento oportuno de Constancio liberó al Imperio Romano de las desdichas de una guerra civil (30 de noviembre de 361 d. C.). La cercanía del invierno no alcanzó a detenerlo en Antioquía, ni tampoco sus protegidos osaron contrarrestar su ansioso afán de venganza. Una fiebre, originada tal vez en la agitación de su ánimo, aumentó con el cansancio del viaje, y tuvo que hacer alto en el pueblecillo de Mopsucrene, a doce millas [19,31 km] de Tarso, donde expiró tras una breve dolencia, a los cuarenta y cinco años de edad y luego de 24 de reinado.[216] Su genuino carácter, compuesto de orgullo y de flaqueza, de superstición y crueldad, queda ya largamente delineado en la relación antecedente de los acontecimientos civiles y eclesiásticos. Su dilatado abuso del poder hizo de él un tema importante a los ojos de sus contemporáneos; mas, como tan sólo el mérito personal preserva para la posteridad, el último hijo de Constantino puede quedar despedido del mundo al recordar que heredó los defectos sin las habilidades de su padre. Dícese que Constancio, al expirar, nombró como su sucesor a Juliano; tampoco es inverosímil que su interés por el destino de la esposa joven y apreciable que dejaba con un niño preponderase sobre sus pasiones violentas en

aquel trance. Eusebio y sus criminales asociados hicieron un pequeño intento de dilatar el reinado de los eunucos con la elección de otro emperador; pero sus intrigas se estrellaron contra un ejército que aborrecía sobremanera todo pensamiento de discordia civil, y dos oficiales de rango fueron enviados a Juliano para asegurarle que todas las espadas del Imperio estaban a su servicio: afortunado evento que impidió los proyectos militares de aquel príncipe, que había iniciado tres diferentes ataques contra Tracia. Se evitaron los peligros de un conflicto tan dudoso y se lograron las ventajas de una victoria completa sin derramar la sangre de sus conciudadanos. Ansioso de ver su patria y la nueva capital del Imperio, avanzó desde Naiso por las montañas de Haemus [montes Balcanes, en la actual Bulgaria] y las ciudades de Tracia. Al llegar a Heraclea, distante sesenta millas [96,56 km], toda Constantinopla le salió al encuentro, e hizo su entrada triunfal (11 de diciembre) al eco de miles y miles de vítores entrañables del ejército, del pueblo y del Senado. Una muchedumbre innumerable se agolpaba en torno suyo con ansioso respeto, tal vez algún tanto sorprendida con la menguada estatura y el traje sencillo de un héroe cuya inexperta mocedad había vencido a los bárbaros de Germania y acababa de atravesar en carrera victoriosa todo el continente de Europa desde las costas del Atlántico hasta el Bósforo.[217] Pocos días después, ya desembarcados en la bahía los restos del difunto emperador, aplaudieron los súbditos de Juliano la humanidad efectiva o aparente de su soberano. A pie, sin corona y vestido de luto, acompañó el funeral hasta la iglesia de los Santos Apóstoles, donde se depositó el cadáver; y si tales demostraciones de acatamiento pueden interpretarse como un tributo al nacimiento y jerarquía del deudo imperial, las lágrimas de Juliano decían al mundo que olvidaba los agravios y

tan sólo recordaba las finezas recibidas de Constancio.[218] Cuando las legiones de Aquileia estuvieron seguras de la muerte del emperador, abrieron las puertas de la ciudad y, gracias al sacrificio de sus principales líderes, quedaron indultadas por la sensatez y prudencia de Juliano, quien, a la edad de treinta y dos años, se posesionó indisputablemente del Imperio Romano.[219]

La filosofía le había enseñado a Juliano a comparar las ventajas de los avances y los retrocesos, pero la nobleza de su nacimiento y las vicisitudes de su vida nunca le dieron libertad de elección. Quizás sinceramente prefiriera las alamedas de la Academia y la sociedad de Atenas; pero primero por la voluntad, después por la sinrazón de Constancio, tuvo que exponer su persona y su fama a las contingencias del encumbramiento imperial, y constituirse en responsable ante el mundo y la posteridad del bienestar de millones.[220] Recordó Juliano con pavor la observación de su maestro Platón[221] de que el cuidado de nuestros rebaños y manadas siempre está a cargo de seres de una especie superior; y que el gobierno de las naciones requiere y merece la potestad sobrehumana de los númenes o dioses. De acuerdo con este principio, opinaba fundadamente que el hombre que se aventure a reinar no puede menos que aspirar a la perfección divina; que debe purificar su espíritu de su parte mortal y terrenal; que debe aplacar sus apetitos, ilustrar su entendimiento, refrenar sus pasiones y contener la fiera que, según la viva metáfora de Aristóteles,[222] suele entronizarse con todo déspota. El trono de Juliano, que tras la muerte de Constancio se había fijado sobre bases independientes, vino a ser el asiento de la racionalidad, la virtud y quizás la vanidad. Menospreciaba honores, renunciaba a los placeres, desempeñaba con incesante afán las incumbencias de su encumbrada jerarquía; y había pocos entre sus súbditos que se aviniesen a

descargarlo del peso de la corona, quienes tenían que subordinar el tiempo y los pasos al régimen riguroso que el afilosofado emperador se impuso a sí mismo. Uno de sus más íntimos amigos,[223] que solía participar de la sencillez frugal de su mesa, ha indicado que su dieta liviana y moderada (usualmente vegetariana) le dejaba a toda hora cuerpo y alma expeditos para tantas tareas importantes de un escritor, un pontífice, un magistrado, un general y un príncipe. En un mismo día solía dar audiencia a varios embajadores y escribir o dictar un sinnúmero de cartas a sus generales, a sus magistrados civiles, a sus amigos particulares y a las diversas ciudades de sus dominios. Se enteraba de cuantos memoriales recibía, rumiaba el contenido y expresaba su dictamen con más velocidad que con la que podían apuntarlo taquigráficamente sus secretarios más diligentes. Poseía tanto predominio en sus conceptos y tanto esmero en su atención, que acertaba a tener empleada la mano en escribir, el oído en escuchar y la voz en dictar; y así tenía que ir llevando el pensamiento por rumbos diversos sin titubear y sin error. Mientras los ministros estaban descansando, el príncipe iba ágilmente de tarea en tarea, y tras la presurosa comida, se retiraba a su biblioteca, hasta que los negocios señalados para la tarde lo precisaban a interrumpir el recreo de sus estudios. Su cena era menos sustancial que su primera comida: nunca adolecía de indigestiones que le nublasen el sueño, y excepto en el breve plazo de un matrimonio, efecto más bien de la política que del amor, jamás el casto Juliano franqueó su lecho a compañera alguna.[224] Se despertaba bien temprano, con la entrada de los secretarios frescos, que habían dormido la víspera, y los sirvientes tenían que alternar en sus cargos, pues el amo infatigable apenas se permitía un descanso cuando cambiaba de tarea. Los antecesores de Juliano —su tío, su hermano y su

primo— se deleitaban puerilmente en los juegos del circo, bajo el pretexto de condescender con las inclinaciones del pueblo; y solían permanecer la mayor parte del día como espectadores ociosos y como parte del grandioso espectáculo hasta el final de las veinticuatro carreras.[225] Juliano, que miraba con disgusto los frívolos juegos del circo, solía aparecer en ellos en las festividades más solemnes, y después de tender distraídamente la vista por cinco o seis carreras, se retiraba atropelladamente con la impaciencia de un filósofo que consideraba perdido todo momento que no redundara en ventaja pública o en aprovechamiento de sí mismo.[226] Avariento siempre de tiempo, iba al parecer ensanchando el breve plazo de su reinado; y si no estuviéramos tan seguros de las fechas, no acabaríamos de creer que sólo mediaron dieciséis meses entre la muerte de Constancio y la partida del sucesor para la guerra pérsica (de diciembre de 361 d. C. a marzo de 363 d. C.). Las acciones de Juliano deben historiarse con sumo esmero, y la porción de sus voluminosos escritos, que todavía nos quedan, son otros tantos monumentos de la aplicación y del genio del emperador. El *Misopogon*, los *Césares*, varias de sus arengas y su esmerada obra contra la religión cristiana se trabajaron en las noches largas de dos inviernos, el primero en Constantinopla, y el segundo en Antioquía.

La reforma de la corte imperial fue una de las disposiciones primeras y más precisas del gobierno de Juliano.[227] Recién llegado al palacio de Constantinopla, necesitó un barbero; inmediatamente se le presentó un sirviente lujosamente vestido. «Un barbero», exclamó el príncipe con asombro aparente, «es lo que requiero, no un tesorero general».[228] Le preguntó acerca del sueldo y los beneficios de su empleo, y se enteró de que, además de uno y otro, disfrutaba de un jornal para el mantenimiento de

veinte criados y otros tantos caballos. En los varios ramos de lujo se contaban hasta mil barberos, mil escanciadores y otros tantos cocineros, y el número de eunucos sólo podía compararse con el de los insectos de un día de verano.[229] El monarca que abandonaba a sus súbditos la superioridad en mérito y virtudes sobresalía con la suntuosidad abrumadora de sus trajes, su mesa, sus viviendas y su tren de vida. Los palacios grandiosos, alzados por Constantino y sus hijos, estaban decorados con mármoles jaspeados y ornamentos de oro macizo. Se buscaban los manjares más exquisitos para adular más su orgullo que su paladar, como aves de los más remotos climas, peces de los mares más recónditos, frutos ajenos a la estación, rosas en invierno y hielos en verano.[230] La multitud doméstica de los palacios sobrepasaba en costo a las legiones; además, sólo una pequeña parte de tan cara muchedumbre era la que se empleaba en el uso o en el esplendor del trono. El monarca quedaba ofuscado y el pueblo desangrado por la creación y venta de una infinidad de oscuros empleos y empleados, y lo más inútil de la humanidad podía adquirir el privilegio de ser mantenido, sin necesidad de trabajar, con las rentas públicas. El derroche del enorme guardarropa, el incremento de honorarios y subvenciones, que luego se demandaban como deuda legítima, y los regalos que exigían para cuantos temían su enemistad o solicitaban su favor enriquecían de improviso a estos altaneros dependientes. Abusaban de sus haberes, sin preocuparse de sus circunstancias anteriores y venideras, y sus rapiñas y su venalidad sólo eran comparables con el devaneo de sus dispendios. Recamaban de oro sus ropajes de seda; servían sus mesas con primor y profusión; las casas que construían para sus propios usos podían llegar a ocupar el solar de un antiguo cónsul, y los ciudadanos más honrados tenían que apearse de sus

caballos y saludar rendidamente a un eunuco al encontrarlo en una carretera pública. El boato palaciego provocó la ira y el menosprecio de Juliano, quien solía dormir en el suelo y cedía con repugnancia a las demandas indispensables de la naturaleza, cifrando su gala no en remedar, sino en acabar con la pompa regia.

Con la extirpación de un daño bastante magnificado, Juliano se impacientaba por aliviar la desdicha y acallar los rumores del pueblo, que sobrelleva con menos malestar el peso de los impuestos si está convencido de que el fruto de sus esfuerzos va a parar al servicio del Estado. Sin embargo, tildan a Juliano de arrebatado y de demasiado severo en la ejecución de tan saludable empresa. Con un solo edicto trasformó el palacio de Constantinopla en un gran desierto, y despidió ignominiosamente a toda la caterva de esclavos y dependientes,[231] sin mediar excepciones debidas y benévolas por edad, servicios o pobreza de sirvientes fieles a la familia imperial. Así era el temperamento de Juliano, que raramente recordaba la máxima fundamental de Aristóteles, quien coloca siempre la virtud entre dos extremos viciosos. Las ropas esplendorosas y afeminadas de los asiáticos, los rizos y los afeites, los collares y los brazaletes, que fueron una ridiculez en la persona de Constantino, quedaron atinadamente abandonados por su afilosofado sucesor; pero Juliano se extremaba en menospreciar la vestimenta decente así como los arreglos, y hacía gala de su falta de aseo. En una composición satírica destinada al público, el emperador se explaya complacido y orgulloso sobre sus largas uñas y sobre la negrura azabachada de sus manos; confiesa que si bien es generalmente velludo, los filos de la navaja tan sólo alcanzan a su cabeza, y celebra con patente fruición la maleza *populosa* de su barba,[232] que le merecía entrañable cariño, a la

manera de los filósofos griegos. Con el simple dictamen de la razón Juliano mostraba que el primer magistrado de los romanos debía menospreciar la afectación de Diógenes tanto como la de Darío.

Pero la obra de la reforma pública habría quedado incompleta si Juliano sólo hubiera atajado los abusos, sin castigar los delitos del reinado anterior. «Estamos redimidos», dice en carta familiar a un amigo íntimo, «estamos asombrosamente redimidos de las fauces voraces de la Hidra.[233] No es mi ánimo llamar así a mi hermano Constancio. Falleció; ¡que la tierra sea liviana sobre su cabeza! Pero sus taimados e inhumanos validos se afanaban por engañar y encrudecer a un príncipe cuya natural mansedumbre me cabe alabar sin ninguna adulación. No es, sin embargo, mi intención que se injurie ni siquiera a tales individuos: se los acusa y gozarán del beneficio de un juicio justo e imparcial». Para esta pesquisa, Juliano nombró seis jueces de la primera jerarquía del ejército y del Estado; y preocupado por evitar la tacha de condenar a sus enemigos personales, estableció este tribunal en Calcedonia [actualmente Kadikoy, parte de Estambul], en la parte asiática del Bósforo, y revistió a los comisionados de potestad absoluta para pronunciar y ejecutar su sentencia definitiva y sin apelación. Presidía esta junta el venerable prefecto del Oriente, un *segundo* Salustio,[234] cuyas virtudes tenían prendados a los sofistas griegos y a los obispos cristianos. Lo acompañaba el elocuente Mamertino,[235] uno de los cónsules electos, cuyo mérito se encarece fuertemente con el testimonio dudoso de su propio aplauso. Mas la prudencia civil de los dos magistrados quedaba desequilibrada con el ímpetu feroz de los cuatro generales, Nevita, Ajilon, Jovino y Arbecio. Este Arbecio, a quien el público hubiera extrañado menos verlo abogar en la

barra que fallar, era considerado portador del secreto de la comisión; los caudillos armados y malhumorados de los partidos Joviano y Herculiano rodeaban el tribunal, y los jueces alternativamente se atenían a las leyes de la justicia y a los clamores de la facción.[236]

El camarero Eusebio, que tanto abusó del favor del emperador Constancio, pagó con ignominiosa muerte la desvergüenza, el cohecho y la crueldad de un reinado servil. Las ejecuciones de Pablo y de Apodemio (el primero quemado vivo) se recibieron como descargo para las viudas y los huérfanos de tantos centenares de romanos que aquellos tiranos legales habían vendido y asesinado. Pero la Justicia misma —según la expresión vehemente de Amiano—[237] estuvo llorando por la suerte de Úrsulo, tesorero del Imperio, y su sangre acusó a la ingratitud de Juliano, cuyos sufrimientos había aliviado con largueza aquel empleado honesto. La ira de los soldados, provocada por su indiscreción, fue la causa y la excusa de su muerte; y el emperador, profundamente conmovido por sus propios reproches y los del público, consoló de alguna manera a la familia de Úrsulo al devolverle los bienes confiscados. Antes de finalizar el año en que ostentaron las insignias de la prefectura y el consulado,[238] Tauro y Florencio debieron implorar la clemencia del tribunal inexorable de Calcedonia. El primero fue desterrado a Vercellae [actual Vercelli], en Italia, y el segundo, sentenciado a muerte. Un príncipe sabio debía premiar el delito de Tauro; pues el ministro leal, imposibilitado de contener los progresos de un rebelde, se había refugiado en la corte de su benefactor y legítimo soberano. Pero la culpa de Florencio abonaba la severidad de los jueces; y su fuga sirvió para realzar la magnanimidad de Juliano, quien reprimió noblemente la oficiosidad interesada de un delator,

desentendiéndose de saber el sitio donde se ocultaba un desventurado fugitivo temeroso de su justo castigo.[239] Algunos meses después de la disolución del tribunal de Calcedonia, fueron ajusticiados en Antioquía el lugarteniente pretoriano de África, el notario Gaudencio, y Artemio,[240] duque de Egipto. Artemio había reinado como un tirano cruel y corrupto sobre una gran provincia; Gaudencio había estado practicando las artes de la calumnia contra el inocente, el virtuoso y aun contra la persona del mismo Juliano. Sin embargo, se los procesó y condenó tan torpemente, que estos malvados lograron para la opinión pública la gloria de padecer por su obstinada lealtad en sostener la causa de Constancio. Los demás sirvientes quedaron protegidos por una amnistía, y siguieron disfrutando impunemente de los cohechos recibidos, ya por defender a los opresores, ya para oprimir a los desvalidos. Esta disposición, muy conforme con los más sanos principios de la política, se ejecutó de tal manera que parece que degradó la majestad del trono. Acosado con las molestias de una multitud, especialmente de egipcios que reclamaban los regalos que indiscreta o ilegalmente habían hecho, Juliano se hizo cargo del seguimiento interminable de pleitos gravosos y se comprometió en una oferta, que a todo trance debía ser sagrada: si acudían a Calcedonia, él mismo los recibiría y zanjaría sus quejas; pero no bien desembarcaron, expidió una orden terminante por la cual prohibía a todo barquero el trasportar egipcio alguno a Constantinopla, y así detuvo a sus desilusionados clientes en la costa asiática, hasta que el dinero y la paciencia se fueron acabando y tuvieron que regresar murmurando indignados a sus respectivos países.[241]

Aquel ejército de espías, agentes y delatores, alistada por Constancio para afianzar el reposo de un individuo y alterar el

de millones, quedó inmediatamente despedido por su generoso sucesor. Juliano era lento en sus recelos y suave en sus castigos, y su desprecio por las traiciones se basaba en su tino, vanagloria y valentía. Consciente de su mérito personal, estaba persuadido de que serían pocos los súbditos que osasen enfrentarlo en el campo, atentar contra su vida o, incluso, sentarse en su trono vacante. El filósofo podía disculpar los arrebatos del descontento, así como el héroe menospreciar todo intento ambicioso que superase la fortuna o el desempeño de temerarios conspiradores. Un ciudadano de Ancira se preparó un vestido de púrpura para su propio uso, y esta indiscreción, que bajo el reinado de Constancio se hubiera conceptuado de culpa capital, [242] llegó a oídos de Juliano por la oficiosa diligencia de un enemigo particular. El monarca, enterado de la jerarquía e índole de su competidor, despidió al confidente, con un par de pantuflas de púrpura para completar la magnificencia de su ropaje imperial. Diez de sus guardias palaciegos fraguaron otra conspiración más peligrosa pues acordaron asesinar a Juliano en el mismo campo de ejercicio cercano a Antioquía. Su ebriedad reveló sus propósitos, y fueron conducidos engrillados ante la presencia del soberano agraviado, quien después de hacerles una vehemente representación de la perversidad y locura de su intento, y cuando estaban ya temiendo el tormento y la muerte, sentenció únicamente a destierro a los dos principales. La única instancia en que al parecer Juliano se desvió de su clemencia acostumbrada fue en la ejecución de un joven temerario, cuya endeble diestra intentaba empuñar las riendas del Imperio. Pero aquel joven era hijo de Marcelo, el general de la caballería que, en la primera campaña de la guerra gálica, había desertado de las banderas del César y de la república. Juliano, sin muestras de cebarse en su encono personal, podía confundir fácilmente la

culpa del hijo con la del padre; pero se condolió del sufrimiento de Marcelo, y las larguezas del emperador procuraron curar un tanto las llagas que causó la entereza de la justicia.[243]

No se le ocultaban a Juliano las ventajas[244] de la libertad. Con su estudio se compenetró del espíritu de los sabios y los héroes; su vida y fortuna habían dependido de los caprichos de un tirano, y al subir al trono mortificaba tal vez su orgullo al reflexionar que los esclavos medrosos para criticar sus desaciertos no eran dignos de elogiar sus virtudes.[245] Aborrecía de corazón el sistema de oriental despotismo que Diocleciano, Constantino y el hábito sufrido durante ochenta años habían implantado en el Imperio. La superstición fue el móvil que le hizo abandonar el intento que repetidamente abrigó Juliano de quitar de sus sienes la pesada y costosa corona;[246] pero rehusó absolutamente el título de *Dominus* o *Señor*,[247] voz ya tan familiar a los oídos de los romanos, que habían olvidado su origen servil y deshonroso. El cargo, o más bien el nombre de cónsul, prendaba a un príncipe que se paraba a contemplar con respeto las ruinas de la república; y aquella conducta misma que Augusto observó por prudencia, fue Juliano quien la adoptó por afecto y elección. La madrugada de las calendas de enero (1 de enero de 363 d. C.), los nuevos cónsules —Mamertino y Nevita— acudieron a palacio para saludar al emperador. Al enterarse de su llegada, saltó de su trono y fue a su encuentro, obligando a los magistrados sonrojados a recibir las demostraciones de su aparente humildad. Del palacio se dirigió al Senado. El emperador marchó a pie delante de sus literas, y la muchedumbre enmudeció atónita mirando el remedo de los tiempos antiguos, o tal vez vituperando una conducta que en su concepto desairaba la majestad de la púrpura.[248] Pero el comportamiento de Juliano se soportó igualmente. Durante los

juegos del circo había equivocada o expresamente dado la manumisión a un esclavo en presencia del cónsul, y apenas recapacitó que había atropellado la jurisdicción de otro magistrado se condenó a sí mismo a la multa de diez libras de oro, y aprovechó esta coyuntura para pregonar al mundo que vivía sujeto, al igual que todos sus conciudadanos, a las leyes[249] y a las formalidades de la república. El espíritu de su administración y el respeto de su patria movieron a Juliano para conferir al Senado de Constantinopla los mismos honores, autoridad y regalías que todavía disfrutaba el Senado de la antigua Roma.[250] Se introdujo una ficción legal, que luego se fue arraigando, a saber, que la mitad del consejo nacional se había trasladado a Oriente, y los sucesores despóticos de Juliano, al aceptar el título de senadores, se reconocían miembros de aquel cuerpo respetable, que a su vez les permitía representar la majestad del nombre romano. La atención del monarca se extendió desde Constantinopla hacia todos los senados municipales de las provincias. Insistió en abolir con repetidos edictos las exenciones injustas y perniciosas de un sinnúmero de haraganes que defraudaban a la patria, y repartiendo por igual las cargas públicas restableció la fuerza, el esplendor y, según la expresión enérgica de Libanio,[251] el alma a las ciudades moribundas de su Imperio. La antigüedad venerable de Grecia provocaba gran compasión a Juliano, quien se arrebataba con embeleso tras los dioses, los héroes y los prohombres superiores a los mismos héroes y dioses, que habían dado a la posteridad los monumentos de su genio y el ejemplo de sus virtudes. Socorrió el desamparo y restableció la hermosura de las ciudades del Epiro y del Peloponeso.[252] Atenas lo reconoció como su benefactor y Argos, como su libertador. El orgullo de Corinto, surgiendo de nuevo de sus ruinas con los honores de colonia

romana, exigía un tributo a las repúblicas vecinas, a fin de costear los juegos ístmicos que se celebraban en el anfiteatro con la caza de osos y panteras. Las ciudades de Elis, Delfos y Argos, herederas desde tiempos remotos del oficio sagrado de perpetuar los Juegos Olímpicos, Píticos y Nemeos, demandaban una justa exención de aquel tributo. Los corintios respetaban la inmunidad de Elis y Delfos, pero el desamparo de Argos incitaba la insolencia de los opresores y el decreto de un magistrado provincial, que al parecer iba tras los intereses de la capital donde residía, acallaba las débiles quejas de sus diputados. A los siete años de esta sentencia, Juliano[253] dispuso que se reviese la causa en un tribunal superior, mediando su elocuencia, probablemente con éxito, en defensa de una ciudad que había sido la residencia real de Agamenón[254] y había suministrado a los macedonios una raza de reyes y de conquistadores.[255]

La compleja administración de negocios civiles y militares, que iban multiplicándose con la extensión del Imperio, ejercitaba las habilidades de Juliano; pero solía asumir el papel de orador[256] y de juez,[257] casi desconocidos para los soberanos modernos de Europa. El arte de la persuasión, tan esmeradamente cultivado por los primeros césares, fue dejado de lado por la ignorancia militar y el orgullo asiático de los sucesores, y aunque se dignaran a arengar a los soldados que temían, trataban esquivamente a los senadores que menospreciaban. Las juntas del Senado, que Constancio siempre evitó, Juliano las consideraba un espacio adecuado para exhibir sus máximas republicanas y su habilidad retórica. Solía practicar alternativamente, como en las escuelas de declamación, los varios géneros de alabanza, vituperio o exhorto; y su amigo Libanio comentó que el estudio de Homero le permitió imitar el

estilo sencillo y lacónico de Menelao, la sobreabundancia de Néstor, cuyas palabras iban cayendo como los vellones de una copiosa nevada, o bien la elocuencia afectuosa y arrolladora de Ulises. Juliano desempeñaba las funciones de juez, a veces incompatibles con las de príncipe, no sólo como un deber sino también como un entretenimiento, y por más que pudiera confiar en la integridad y el tino de sus prefectos pretorianos, solía ponerse de su lado en el escaño. Su agudeza se ocupaba complacidamente en detectar y vencer las chicanas de los letrados, que se empeñaban en disfrazar la verdad de los hechos y desquiciar el sentido de las leyes. Solía olvidar su encumbramiento, hacía preguntas desacertadas e intempestivas, gritaba y sacudía todo su cuerpo, manteniendo con vehemencia su opinión contra jueces, abogados y clientes. Pero al hacerse cargo de su propio destemple, estimulaba y aun requería las reconvenciones de sus amigos y de los ministros, quienes contrarrestaban a veces sus indómitos arrebatos, y entonces los circunstantes veían el rubor y el agradecimiento de su monarca. La base de los decretos de Juliano era siempre la justicia, y él tenía la firmeza de resistir las dos tentaciones más peligrosas que asaltan al tribunal de un soberano bajo la apariencia de la compasión y la equidad. Fallaba por el mérito de la causa, prescindiendo de la calidad de las partes; y el pobre a quien anhelaba socorrer quedaba sentenciado a satisfacer las demandas de un contrario acaudalado. Se esmeraba en distinguir al juez del legislador;[258] y aunque estaba ideando una reforma indispensable de la jurisprudencia romana, se atenía en sus dictámenes al sentido obvio y literal de las leyes vigentes, que los magistrados tenían que seguir y los súbditos, que obedecer.

Si la mayoría de los príncipes, en vez de vestir la púrpura, asomasen desnudos por el mundo, se hundirían en lo más bajo

de la sociedad, sin esperanza de emerger de esa oscuridad; mas el mérito personal de Juliano era, hasta cierto punto, ajeno a su jerarquía. Cualquiera que hubiera sido su carrera, a impulsos de su denuedo, de su agudeza y de su ahínco en todo lo que intentaba, no podía menos de alcanzar o de merecer los sumos honores de su profesión; y hubiera podido encumbrarse como ministro o general en el estado en que hubiese nacido mero ciudadano. Si celos caprichosos de poder hubiesen frustrado sus anhelos; si se hubiese desviado prudentemente del sendero de las grandezas, el empleo de ese mismo talento en la soledad del estudio habría colocado su felicidad presente y su fama inmortal fuera del alcance de los reyes. Al estudiar detenidamente, y quizás con malicia, el retrato de Juliano, echamos menos algún requisito, algún realce para la cabal perfección de su estampa. Su genio era menos poderoso y esclarecido que el de César y no poseía tampoco la prudencia consumada de Augusto. Las virtudes de Trajano aparecen más sólidas y naturales, y la filosofía de Marco resulta más sencilla y consistente. Sin embargo, Juliano enfrentó la adversidad con entereza y la prosperidad con moderación. Luego de ciento veinte años de la muerte de Alejandro Severo, los romanos vieron un emperador que no hacía diferencia entre los deberes y los placeres, que se esforzaba por aliviar los sufrimientos y reanimar los espíritus desalentados, esmerándose a toda hora en hermanar la autoridad con el mérito, la dicha con la virtud. Hasta las facciones religiosas tenían que reconocer la superioridad de su entendimiento, tanto para la paz como para la guerra; y venían a confesar suspirando que el apóstata Juliano era amante de su patria y merecía el imperio del orbe.[259]

XXIII

RELIGIÓN DE JULIANO - TOLERANCIA UNIVERSAL - RESTABLECIMIENTO Y REFORMA DEL CULTO PAGANO - REEDIFICACIÓN DEL TEMPLO DE JERUSALÉN - HÁBIL PERSECUCIÓN DE CRISTIANOS - FANATISMO E INJUSTICIA

El carácter de apóstata dañó la reputación de Juliano, y su fanatismo, que ensombrecía sus virtudes, exageró la real o aparente trascendencia de sus errores. Nuestra parcial ignorancia puede retratarlo como un monarca con los modos de un sabio, que se esmeraba en proteger con igual empeño los bandos religiosos del Imperio y en apaciguar el exaltado fervor que enardecía los ánimos desde los edictos de Diocleciano hasta el destierro de Atanasio. Sin embargo, al profundizar sobre el carácter y la conducta de Juliano, desaparece esta apreciación favorable por un príncipe que no pudo escapar de la influencia de su época. Contamos con la ventaja singular de poder comparar los retratos que de él han hecho tanto sus más apasionados admiradores como sus enemigos más acérrimos. Un juicioso y sincero historiador, que observó con imparcialidad su vida y su muerte, ha relatado fielmente los pormenores de sus acciones. Las declaraciones públicas y privadas del emperador corroboran el testimonio unánime de sus contemporáneos, y sus diferentes escritos expresan el rumbo invariable de sus impulsos religiosos, que la política hubiese encubierto más que evidenciado. La veneración sincera y devota a los dioses de Atenas y de Roma era la pasión dominante de Juliano;[260] sus

preocupaciones supersticiosas afectaron la capacidad de un claro entendimiento, y los espectros que sólo existían en la mente del emperador tuvieron un efecto real y pernicioso en el gobierno del Imperio. El afán vehemente de los cristianos —que menospreciaban el culto y derribaban los templos de aquellas fabulosas deidades— provocó en el idólatra emperador una hostilidad irreconciliable hacia una porción muy crecida de súbditos e, incluso, a veces el deseo de victoria o la vergüenza de un desaire lo tentaron a quebrar las leyes de la prudencia y de la misma justicia. El triunfo del partido que abandonó y al que se opuso ha dejado una mancha sobre el nombre de Juliano; el infortunado apóstata fue agraviado con un torrente de devotas injurias, cuyo pregonero mayor, su clarín sonoro,[261] fue Gregorio Nacianceno.[262] La naturaleza de los interesantes acontecimientos que ocurrieron durante el corto reinado de este activo emperador merece un relato extenso y detallado; por ello, los motivos, las consideraciones y las acciones de Juliano, en tanto se relacionen con la historia de la religión, serán los temas abordados en el capítulo presente.

Su extraña y fatal apostasía puede originarse durante su infancia, cuando fue dejado huérfano en manos de los asesinos de su familia. Su imaginación juvenil asociaba los conceptos de Cristo y Constancio, de esclavitud y religión, ideas que lo impresionaban en extremo. Como Eusebio, obispo de Nicomedia,[263] estaba emparentado con él por parte materna, se encargó de su educación, la cual, al estar a cargo del prelado hasta que tuvo veinte años, no fue precisamente la de un héroe, sino la de un santo. El emperador, más preocupado por la corona terrenal que por la celestial, se contentó con la escasa enseñanza de un catecúmeno y les concedió la gracia del bautismo[264] a los sobrinos de Constantino.[265] Así ellos

pudieron ser admitidos en los cargos inferiores del orden eclesiástico y, en particular, Juliano logró leer frente al público las Sagradas Escrituras en la iglesia de Nicomedia. El estudio de la religión, que cultivaron esmeradamente, comenzó a producir los frutos de la fe y de la santidad.[266] Oraban, ayunaban, repartían limosnas a los pobres, dádivas al clero y ofrendas a los mártires. Gracias al trabajo conjunto de Galo y Juliano se levantó o, por lo menos, comenzó a construirse el magnífico monumento a san Mamés en Cesárea.[267] Ambos príncipes mantuvieron un respetuoso diálogo con los obispos eminentes en religiosidad y buscaron las bendiciones de los monjes y ermitaños que habían introducido en Capadocia los voluntarios rigores de la vida mística.[268] Sin embargo, al pasar los años y siendo ya adultos, fueron descubriendo sus diferencias con respecto a los sentimientos religiosos. Galo, a causa de su limitada comprensión y su obstinación, adhirió a las doctrinas del cristianismo sin que éstas influyesen en su conducta ni moderasen sus pasiones. Su hermano menor, por su carácter sosegado, hubiera podido acordar con los preceptos del Evangelio, y su sedienta curiosidad hubiese sido satisfecha con un sistema teológico que explica la esencia misteriosa de la Divinidad y abre la ilimitada perspectiva de mundos invisibles y venideros. Sin embargo, Juliano, por su espíritu independiente, se negó a rendir obediencia a los requisitos de la religión que imponían altaneramente sus ministros. A sus opiniones especulativas, ellos les daban la fuerza de leyes, que resguardaban con el terror de castigos eternos; pero, al prescribir el rígido reglamento de pensamientos, palabras y acciones del joven príncipe, al acallar sus objeciones y detener el raudal de sus preguntas con enfado, estimulaban en su interior la independencia necesaria para revelarse a sus guías eclesiásticos.

Durante los escándalos de la contienda arriana,[269] Juliano se educó en Asia Menor. Los violentos conflictos entre los obispos orientales, las incesantes modificaciones de sus credos y los impulsos profanos que motivaban sus conductas fomentaron en Juliano la preocupación de que ninguno de ellos entendía ni creía la religión por la cual estaban luchando tan violentamente. En vez de escuchar las pruebas del cristianismo con la atención que se requiere para corroborar el testimonio más terminante, lo hizo con desconfianza, y cuestionó con empeño y agudeza las doctrinas que le provocaban una insuperable aversión. Cuando encargaba a los jóvenes príncipes algún discurso sobre las controversias dominantes, Juliano siempre abogó por el paganismo, pretextando airosamente que, al defender una causa tan débil, quizás pudiera ejercitar mejor su ingenio y entendimiento, e incluso llegar a demostrarlos.

Cuando Galo asumió el trono, Juliano pudo respirar el aire de la libertad, la literatura y el paganismo.[270] La multitud de sofistas atraídos por el interés y la generosidad del alumno real vinculaba estrechamente la literatura a la religión de Grecia. Los poemas de Homero, en vez de aclamarse como creaciones del ingenio humano, se consideraban formalmente como inspiraciones celestiales de Apolo y las musas. Las deidades del Olimpo, retratadas por el poeta inmortal, llegaron a impresionar incluso el ánimo de los más incrédulos. Nuestro conocimiento general de sus nombres, índoles, estampas y atributos *parece* concederles una existencia efectiva y corporal a aquellas entidades aéreas; y el agradable embeleso produce momentáneamente la confusa aceptación de aquellas fábulas tan ajenas de racionalidad y experiencia. En tiempos de Juliano, todo contribuía a prolongar y fortalecer esta ilusión: los magníficos templos de Grecia y Asia, las obras de aquellos

artistas que tanto en pintura como en escultura lograron materializar las concepciones del poeta sobre lo divino, el esplendor de las festividades y los sacrificios, las tradiciones populares de los oráculos y portentos, el exitoso arte de la adivinación y las costumbres de dos mil años de antigüedad. Hasta cierto punto, la moderación de los reclamos del politeísmo compensó su debilidad, y la devoción de los paganos no fue incompatible con el escepticismo más licencioso.[271] En vez de un rígido y codificado sistema que abarca todos los aspectos de la vida del creyente, la mitología griega constaba de porciones desligadas y flexibles; de modo que un idólatra podía definir el grado y la medida de su fe religiosa. Juliano optó por un credo de grandes dimensiones; por una extraña contradicción, desechó la benéfica obediencia al Evangelio y ofrendó voluntariamente su entendimiento ante los altares de Júpiter y de Apolo. Juliano consagró una de sus oraciones en honor a Cibeles, madre de los dioses, que requería de sus afeminados sacerdotes el sacrificio sangriento tan temerariamente ejecutado por el desvarío de un mancebo frigio. El crédulo emperador se dignó a relatar, sin sonrojo y sin sonrisa, el viaje de la diosa, desde las costas de Pérgamo hasta la desembocadura del Tíber, y el milagro que convenció al Senado y Pueblo romanos de que el terrón o amasijo de barro que sus embajadores les habían traído surcando los mares estaba dotado de vida, sentimientos y poderes divinos.[272] Para comprobar el portento acudió a los monumentos públicos de la ciudad; además, censuró con cierta mordacidad el gusto corrupto de los que neciamente ofendían las tradiciones sagradas de sus antepasados.[273]

No obstante, el devoto filósofo, que comprendía y alentaba la superstición del pueblo, se reservó para sí mismo el privilegio

de una amplia interpretación y se retiró calladamente del pie del altar al interior del santuario del templo. La extravagancia de la mitología griega pregonaba, con voz clara y audible, que el piadoso investigador, en vez de escandalizarse o satisfacerse con el sentido literal, debía eficazmente buscar la sabiduría encubierta y disfrazada por la prudencia de la Antigüedad bajo el velo de la fábula y la locura.[274] A los filósofos de la escuela platónica,[275] Plotino, Porfirio y el divino Jámblico, se los ponderaban como los sumos maestros de la ciencia alegórica, la cual se esforzaba en suavizar y armonizar las formas dislocadas del paganismo. El mismo Juliano, instruido en la misteriosa búsqueda por Edesio, sucesor venerable de Jámblico, aspiró a poseer un tesoro que consideraba, según sus solemnes aseveraciones, que excedía al imperio del orbe.[276] Por cierto, se trataba de un tesoro cuyo valor sólo radicaba en la opinión, y cada artista que alegaba haber extraído un precioso mineral de la escoria circundante reclamó igual derecho para imponerle el nombre y la figura que más le cuadrasen. Porfirio explicó el mito de Atis y el de Cibeles; pero su trabajo sólo sirvió para estimular el empeño religioso de Juliano, que inventó y publicó su propia alegoría de aquel místico y antiguo relato. Esta libertad de interpretación, que quizás satisfizo el orgullo de los platónicos, manifestaba la vanidad de su arte. Sin un detalle pormenorizado, el lector moderno no puede formarse una idea de las alusiones inconexas, las etimologías forzadas, los juicios ostentosos y la oscuridad impenetrable de aquellos sabios que se empeñaban en revelar el sistema del universo. Al relatarse de diversos modos las tradiciones de la mitología pagana, los intérpretes sagrados pudieron escoger las circunstancias más convenientes y, como tenían que descifrar un texto arbitrario, podían extractar de *cualquier* fábula *cualquier* sentido que se

adaptase a su sistema predilecto de religión o de filosofía. La forma lasciva de una Venus desnuda se desarticulaba con el descubrimiento de algún pretexto moral o de alguna verdad física; la castración de Atis explicaba la revolución del Sol entre los trópicos o la distancia que separa al alma racional de todo vicio y error.[277]

El sistema teológico de Juliano parecía contener los principios sublimes y trascendentales de la religión natural. Sin embargo, cuando la fe no se funda en la revelación, ninguna certeza es estable. Por ello, el alumno de Platón torpemente cayó en la superstición vulgar, y la noción popular y filosófica de la divinidad parece haber sido confundida en la práctica, en los escritos e, incluso, en las ideas de Juliano.[278] El devoto emperador reconocía y adoraba la Causa Eterna del universo, a quien le atribuyó todas las perfecciones de su naturaleza infinita, invisible a los ojos e inaccesible a la comprensión de los endebles mortales. El dios supremo había creado —o más bien, según el lenguaje de Platón, engendrado— la jerarquía de espíritus subordinados, de dioses, de demonios, de héroes y de hombres; y todos los seres que eslabonaban inmediatamente su existencia con la Causa Primera lograban el don inherente de la inmortalidad. Para que no se desmereciese tal precioso privilegio frente a objetos indignos, el creador confió la tarea de formar el cuerpo humano y lograr la armonía primorosa de los reinos animal, vegetal y mineral a la habilidad y el poder de los dioses inferiores. A estos ministros divinos les delegó el gobierno temporal de este ínfimo mundo; sin embargo, el régimen no careció de discordias y desaciertos. Ellos se repartieron la tierra y a sus moradores; y desde luego, los caracteres de Marte, Minerva, Mercurio o Venus pueden rastrearse y deslindarse en las leyes y costumbres de sus particulares devotos. Mientras

nuestras almas inmortales se encuentran encerradas en una cárcel mortal, nuestro interés e, incluso, nuestra obligación son solicitar el favor y amansar la ira de los poderes del cielo, cuyo orgullo se satisface con la devoción de la humanidad, y cuya parte más brutal parece alimentarse con la humareda de los sacrificios.[279] Tal vez, en alguna ocasión, los dioses inferiores se dignen a animar las estatuas y a morar en los templos dedicados a su honor. Quizás visiten a veces la tierra, pero son los cielos el trono y el símbolo adecuados a su gloria. Para Juliano, el invariable orden del Sol, la Luna y las estrellas era una prueba de su duración eterna, y esta eternidad constituía una evidencia explícita de que no eran creaciones de una deidad inferior, sino del Soberano Omnipotente. En el sistema platónico, el mundo visible era el prototipo del invisible. Los cuerpos celestes, empapados en el espíritu divino, fueron considerados los objetos más dignos del culto religioso. El Sol, cuya vital influencia sostenía y se extendía por el universo, era merecedor de la adoración de la humanidad por ser el ilustre representante del Logos, el vivo, inteligente y benéfico representante del sabio Padre.[280]

En todos los tiempos, cuando hay carencia de inspiración genuina, se acude a las ilusiones vehementes del entusiasmo y a las artes mímicas de la impostura. Si en la época de Juliano tales artes eran practicadas sólo por los sacerdotes paganos y en apoyo de una causa moribunda, cabe tener cierta indulgencia por el interés y los hábitos del carácter sacerdotal. Sin embargo, no deja de sorprender y escandalizar el hecho de que los mismos filósofos hayan contribuido a acrecentar la supersticiosa credulidad de las personas[281] y que los platónicos modernos hayan acudido a la magia y teúrgia para sostener los misterios griegos. Con arrogancia, se empeñaron en contrarrestar el orden

de la naturaleza, en escudriñar los secretos del porvenir, en obtener el servicio de los demonios inferiores, en lograr la consideración y la conversación de los dioses superiores y en desenlazar el alma de sus vínculos corporales para que se reúna, como una partícula inmortal, con el espíritu infinito y divino.

La curiosidad devota y briosa de Juliano provocó en los filósofos la esperanza de una conquista fácil y de que el encumbramiento del joven novicio pudiera acarrearles consecuencias muy importantes.[282] Juliano se imbuyó en los rudimentos de las doctrinas platónicas gracias a Edesio, quien había establecido en Pérgamo su errante y perseguida escuela. No obstante, como la debilitada fuerza de aquel venerable sabio no se correspondía con el enardecimiento, el empeño y la rapidez de comprensión de su alumno, dos de sus discípulos más sobresalientes, Crisantes y Eusebio, suplieron al anciano maestro. Parece que estos filósofos se repartieron las tareas de enseñanza de acuerdo con sus saberes y planearon, de modo sagaz, ir fogueando más y más las esperanzas inquietas del *aspirante* por medio de oscuras insinuaciones e idóneas contiendas, hasta ponerlo en manos de su colega Máximo, el denodado y sumo maestro de la ciencia mística. Juliano fue iniciado secretamente por él en Éfeso a la edad de veinte años. Su residencia en Atenas permitió que estrechara de modo más eficaz la forzada alianza entre filosofía y superstición. Obtuvo el privilegio de una solemne iniciación en los misterios de Eleusis, los que, en medio de la decadencia general del culto griego, aún conservaban ciertos rastros de su antigua santidad; tal era el fervor de Juliano que después invitó al pontífice eleusino a la corte de Galia con el único objeto de consumar, con ritos y sacrificios místicos, la suma tarea de su santificación. Estas ceremonias se realizaron en lo más recóndito de las cuevas y en

el silencio de la noche, y como la discreción de los iniciados preservó el secreto inviolable de los misterios, no describiré los estruendos horrorosos y las apariciones llameantes que se ofrecían a los sentidos o a la imaginación del crédulo aspirante, [283] hasta que las visiones consoladoras y el conocimiento acudieron a tranquilizarlo como un haz de luz celestial.[284] En las cuevas de Éfeso y de Eleusis, el ánimo de Juliano rebosó de sincero, grandioso y perpetuo entusiasmo, aunque también él solía exhibir los dilemas de la hipocresía y el engaño piadosos que pueden advertirse o, por lo menos, sospecharse en los caracteres del fanático más concienzudo. Desde el momento en que consagró su vida al servicio de los dioses y aunque las tareas de la guerra, el gobierno y el estudio parecían abarcar toda su existencia y todos sus instantes, dedicó una porción de horas de la noche al ejercicio de sus devociones particulares. La templanza, que realza las costumbres austeras del soldado y el filósofo, le permitió obedecer a ciertas reglas estrechas y frívolas de abstinencia religiosa, y Juliano, en determinados días, solía privarse de cierto alimento por temor a ofender a Mercurio, Hécate o Isis, sus deidades tutelares. Con estos ayunos voluntarios predispuso su comprensión y sus sentidos a las frecuentes y familiares visitas con que fue favorecido por las potestades celestes. Más allá del modesto silencio de Juliano, sabemos por su fiel amigo, el orador Libanio, que vivía en contacto incesante con dioses y diosas —quienes descendían a la tierra para disfrutar la conversación de su héroe predilecto, para interrumpir su sueño palpándole suavemente la mano o el cabello, para avisarle sobre los peligros que lo amenazaban y para encaminarlo con infalible sabiduría en todos los pasos de su vida—, y que había llegado a adquirir un conocimiento tan íntimo acerca de sus huéspedes celestiales que distinguía

inmediatamente la voz de Júpiter de la de Minerva y la figura de Apolo de la de Hércules.[285] Estas visiones, ya en sueños o en vela, efecto natural de la abstinencia y el fanatismo, degradaban al emperador al nivel de un monje egipcio. No obstante, mientras las inútiles vidas de Antonio y de Pacomio se consumieron en estas vanas tareas, Juliano podía alejarse del sueño de la superstición, armarse para la batalla, aplastar a los enemigos de Roma en el campo de batalla y retirarse tranquilamente a su tienda a dictar leyes sensatas y saludables para todo el Imperio o fomentar su ingenio con el culto ejercicio de la literatura o la filosofía.

El trascendental secreto de la apostasía de Juliano sólo se confió a la lealtad de los *iniciados*, con quienes se hallaba unido en vínculos de amistad y religión;[286] el gozoso rumor circuló cuidadosamente entre los seguidores del antiguo culto. Entonces, la futura grandeza de Juliano fue el objeto de las esperanzas, las plegarias y las predicciones de los paganos en todas las provincias del Imperio, quienes ansiosamente esperaban del fervor y las virtudes del alumno real el remedio de todos sus quebrantos y el restablecimiento de todas las dichas. Juliano, en vez de desaprobar el ardor de tan piadosos anhelos, confesaba ingenuamente que se desviviría por llegar a un estado en el que él pudiera ser útil a su patria y a su religión. Sin embargo, el sucesor de Constantino, que había salvado pero también amenazado la vida de Juliano de acuerdo con el dictado de sus pasiones, miraba de modo hostil la religión de Constancio. Por ello, las artes mágicas y la adivinación fueron rigurosamente prohibidas bajo un gobierno despótico que, en realidad, las temía; y si se toleró con desgano que los paganos practicaran su antigua superstición, Juliano fue exceptuado por su jerarquía de esta tolerancia general. Poco tiempo después, el

apóstata llegó a ser el supuesto heredero de la monarquía y tan sólo su muerte podía aquietar los fundados recelos de los cristianos.[287] Pero el joven príncipe, que aspiraba más a la gloria de un héroe que a la de un mártir, se preocupó por su seguridad ocultando su religión; y los amplios límites del politeísmo le permitieron alternar el culto público con una secta que, en su interior, menospreciaba. Libanio no considera la hipocresía de su amigo como tema de vituperio, sino de alabanza: «Así como las estatuas de los dioses que estuvieron salpicadas de cieno se colocan de nuevo en un templo suntuoso, la hermosura de la verdad se ha entronizado en la mente de Juliano luego de haberse purificado de los errores y las locuras de su educación. Diversos eran sus sentimientos, pero como era peligroso manifestarlos, mantuvo invariable su conducta. Muy diferente del asno de Esopo, que se disfrazó con la piel del león, este león tuvo que ocultarse bajo la piel del asno mientras tenía en cuenta las pautas de la razón al obedecer las leyes de la prudencia y la necesidad».[288] La simulación de Juliano duró unos diez años, desde su secreta iniciación en Éfeso hasta el principio de la guerra civil, cuando se declaró enemigo implacable de Cristo y de Constancio. Aquella situación tan violenta pudo contribuir para fomentar su devoción. Luego de cumplir con la obligación de ayudar en las festividades solemnes a las asambleas de los cristianos, Juliano, con el azoramiento de un enamorado, en su altar doméstico dedicado a Júpiter y Mercurio, quemaba su incienso libre y voluntario. Pero como cada acto de simulación debe ser doloroso para un espíritu ingenuo, los quehaceres del cristianismo aumentaron la antipatía de Juliano por una religión que limitaba su entendimiento y lo obligaba a mantener una conducta repulsiva a los atributos más esclarecidos de la naturaleza humana: la sinceridad y el valor.

Juliano, genialmente, anteponía los dioses de Homero y de los Escipiones a la nueva fe recién establecida por su tío en el Imperio Romano y en la que él mismo estaba santificado con el sacramento del bautismo. Sin embargo, intentó justificar como un filósofo su desvío del cristianismo, fundamentándose en el número de sus conversos, en el eslabonamiento de las profecías, en el esplendor de los milagros y en el peso de la evidencia. La obra que compuso con tanto esmero,[289] en medio de sus preparativos para la guerra pérsica, abarca fundamentalmente argumentos sobre los que había estado reflexionando durante largo tiempo. Su adversario, el vehemente Cirilo de Alejandría, [290] copió algunos fragmentos, que ofrecen una mezcla muy extraña de agudeza, instrucción, sofistería y fanatismo. Los escritos de Juliano, por la elegancia del estilo y la jerarquía del autor, llamaron la atención pública,[291] y en la lista impía de los enemigos del cristianismo se borró el célebre nombre de Porfirio para poner en primer lugar el de Juliano. Los fieles estaban seducidos, escandalizados e, incluso, despavoridos, y los paganos, que a veces declaraban entrar en la disputa de modo desigual, vieron en la popular obra del misionero imperial un tesoro inagotable de objeciones falaces. Pero el emperador de los romanos siguió asiduamente el curso de los estudios teológicos con la pasión y los prejuicios intolerantes de una polémica sobre lo divino. Se comprometió irrevocablemente a sostener y propagar sus opiniones religiosas e, internamente orgulloso de la fuerza y la destreza con las que esgrimió las armas de la controversia, propició la desconfianza en la sinceridad y el menosprecio de la inteligencia de sus antagonistas, quienes podían contrarrestar pertinazmente la fuerza de sus razones y su elocuencia.

Los cristianos, horrorizados y furiosos con la apostasía de

Juliano, temieron más su poder que sus argumentos, y los paganos, conscientes de su afán ferviente, quizás tenían la esperanza de que, con el fuego de la persecución que amenazaba a los enemigos de sus dioses, la malicia ingeniosa de Juliano crearía refinadas y crueles formas de muerte y tormento desconocidas por la ira tosca e inexperta de sus antecesores. Sin embargo, tanto los temores como las esperanzas de los bandos religiosos se desvanecieron con la prudente humanidad de un príncipe[292] que se desvelaba por su propia gloria, por la paz general y por los derechos de la humanidad. Instruido por la historia y por sus propias reflexiones, Juliano estaba convencido de que, aun cuando a veces las enfermedades corporales puedan curarse con violencias saludables, ni el acero ni el fuego pueden erradicar las falaces opiniones del entendimiento. La reacia víctima puede ser arrastrada hasta el pie del altar, pero su corazón aún aborrecerá el sacrílego acto de violencia. La obstinación religiosa se endurece y se exaspera con la tiranía, y cuando la persecución disminuye, los que se habían rendido sumisamente serán los nuevos penitentes y los que habían resistido serán adorados como santos y mártires. Juliano se dio cuenta de que, si adoptaba la crueldad inútil de Diocleciano y sus compañeros, iba a mancillar su memoria con el título de tirano y a aumentar los triunfos de la Iglesia católica, que había obtenido fuerza y poder de la crueldad de los magistrados paganos. Por estos motivos y receloso de alterar la tranquilidad de un alterado reinado, Juliano sorprendió al mundo con un edicto propio de la inteligencia de un filósofo o de un estadista, pues abarcaba todo el orbe romano con la gracia de una tolerancia igual y absoluta para todos, sin más penalidad para los cristianos que la de privarlos de poder atormentar a sus conciudadanos con los detestables apodos de idólatras y herejes.

Los paganos obtuvieron el amable permiso o, más bien, la orden expresa de abrir todos sus templos,[293] y prontamente fueron liberados de las leyes opresivas y de las vejaciones arbitrarias que habían estado padeciendo en los reinados de Constantino y de sus hijos. Al mismo tiempo, se permitió el retorno de los obispos y el clero que habían sido desterrados por el monarca arriano, reponiéndolos en sus respectivos templos, ya sean donatistas, novacianos, macedonianos, eunomianos o los que, en tiempos más prósperos, adhirieron a las doctrinas del concilio de Niza. Juliano, que entendió y se burló de sus contiendas teológicas, invitó a los líderes de las sectas opuestas a su palacio y presenció, quizás complacidamente, sus encarnizadas disputas. A veces, el alboroto de las contiendas incitaba al emperador a prorrumpir un «¡Silencio! Los francos y los alemanes me han oído», pero rápidamente tomaba conciencia de que se encontraba con sus enemigos más tenaces e implacables y, por más que intentara persuadirlos con su oratoria para vivir en concordia o, por lo menos, en paz, reconoció, incluso antes de despedirlos, que no tenía que temer la hermandad de los cristianos. El imparcial Amiano ha atribuido esta aparente clemencia de Juliano al deseo de fomentar divisiones internas en la Iglesia y al estudiado plan de ir socavando los cimientos del cristianismo, que se conectaban con el mismo afán de establecer la religión antigua del Imperio.[294]

Una vez que ocupó el trono, se revistió —tal como lo habían hecho sus antecesores— con el carácter de Sumo Pontífice, no sólo como el título más honorífico de la grandeza imperial, sino como el cargo más importante y sagrado, cuyas obligaciones iba a desempeñar con devoto esmero. Como las tareas del Estado le impedían acudir diariamente a las devociones públicas de los súbditos, dedicó un oratorio

doméstico a su deidad tutelar, el Sol. Sus jardines estaban poblados de estatuas y altares de dioses, y todas las viviendas del palacio ostentaban el aspecto de suntuosos templos. Todas las mañanas saludó al padre de la luz rindiéndole un sacrificio y, cuando el sol trasponía el horizonte, nuevamente derramaba la sangre de otra víctima. La Luna, las estrellas y los númenes nocturnos recibieron, respectiva y oportunamente, los honores de la devoción infatigable de Juliano. En las festividades solemnes solía visitar el templo del dios o de la diosa a quien estaba consagrado el día y se esmeraba en estimular la religiosidad de los magistrados y del pueblo con el ejemplo de su propio fervor. En vez de ostentar la encumbrada fastuosidad de un monarca distinguiéndose con el esplendor de la púrpura y los escudos dorados de sus guardias, Juliano solicitó, con respetuosa ansia, los cargos menores que contribuían al culto de los dioses. En medio de la multitud sagrada, aunque licenciosa, de sacerdotes, empleados inferiores y bailarinas dedicadas al servicio del templo, la tarea del emperador consistía en traer leña, soplar el fuego, empuñar la cuchilla, matar a la víctima y, metiendo sus manos ensangrentadas en el animal moribundo, extraerle el corazón o el hígado mientras leía, con la maestría de un adivino, las señales imaginarias de los acontecimientos venideros. El más sabio de los paganos censuró tan disparatada superstición, que menospreciaba todo miramiento sensato y decoroso. Bajo el reinado de un príncipe que presumía profesar las reglas de la más rigurosa economía, el sostén del culto religioso implicó una porción muy grande del erario: se hacían incesantes remesas de aves raras y hermosísimas, traídas de remotos climas, para desangrarlas en los altares de los dioses; Juliano solía sacrificar en un solo día hasta un centenar de bueyes; incluso, corría el chiste de que, si volvía victorioso de la guerra pérsica, iba a extinguir el

ganado de asta. No obstante, este gasto puede parecer insignificante si se lo compara con las esplendorosas ofrendas que se tributaban —ya sea por mano o por orden del emperador— en todos los puntos del mundo romano considerados milagrosos y con las altas sumas otorgadas para la reparación de los templos desmoronados por la acción del tiempo o por los asaltos del pillaje cristiano. Alentadas por el ejemplo, las exhortaciones y las generosidades del soberano religioso, ciudades y familias renovaron la práctica de sus olvidadas ceremonias. Libanio exclama con devoto arrebato: «Cada parte del mundo mostró el triunfo de la religión y el aspecto satisfecho de altares centellantes con víctimas ensangrentadas, humaredas de incienso y una caterva de sacerdotes sin peligro ni zozobra». El sonido de las plegarias y la música se oyó hasta en las cimas de las montañas más altas, y un mismo buey fue el sacrificio rendido a los dioses y el banquete de sus gozosos devotos.[295]

Sin embargo, ni el ingenio ni el poder de Juliano alcanzaron a restablecer una religión que no contaba con el apoyo de principios teológicos, preceptos morales y disciplina eclesiástica, y que, al carecer de una reforma que la consolidara, rápidamente entraba en decadencia. La jurisdicción del Sumo Pontífice, especialmente luego de que aquel cargo hubiera sido investido por la dignidad imperial, abarcaba todos los ámbitos del mundo romano. En las diversas provincias del Imperio, Juliano nombró como sus vicarios a los sacerdotes y filósofos que consideraba más preparados para auxiliarlo en el desempeño de su grandioso intento; en sus cartas pastorales[296] —si cabe llamarlas así— todavía se observa un bosquejo de sus planes y deseos. En todos los pueblos, dispone que el orden sacerdotal se componga, sin distinción de nacimiento ni fortuna, de las personas más

sobresalientes en cuanto al afecto a los dioses y a los hombres. «Si incurriesen —continúa— en algún delito escandaloso, serán reprendidos o apeados por el Sumo Pontífice; pero mientras conserven su jerarquía, serán acreedores al respeto de los magistrados y del pueblo. Podrán manifestar su humildad con la sencillez del traje casero y su dignidad con la gala de sus vestiduras sagradas. Cuando alternativamente fuesen convocados para oficiar en los templos, mientras les quepa el turno, no deben irse del recinto del templo ni pueden dejar pasar un día sin orar y sacrificar, ya que ésa es su obligación, por la prosperidad del Estado y de los individuos. El desempeño de sus funciones sagradas requiere pureza intacta de cuerpo y alma, y aun cuando acudan a sus quehaceres en la vida social, les corresponde sobresalir entre sus conciudadanos por el decoro y la virtud. Jamás un sacerdote de los dioses debe asomar por teatros ni hosterías. Su conversación debe ser recatada; su dieta, austera; y sus amistades, de honorable reputación. Si visitan el foro o el palacio, tiene que ser en calidad de abogados de los que han solicitado la ayuda de la justicia o la compasión. Sus estudios deben ser acordes a la santidad de su profesión. Ni cuentos deshonestos ni comedias ni sátiras tendrán jamás cabida en su biblioteca, la cual debe surtirse únicamente de escritos históricos y filosóficos: de historia, porque allí se apoya la verdad, y de filosofía, por su enlace con la religión. Deberán acallar con odio y menosprecio las opiniones impías de epicúreos y escépticos,[297] pero estudiarán con ahínco los sistemas de Pitágoras, de Platón y de los estoicos, quienes sostenían de igual modo que *hay* dioses, cuya providencia gobierna el mundo, cuya bondad es el manantial de toda dicha temporal y que han dispuesto para las almas humanas un estado venidero de premios y castigos.» El pontífice imperial inculcó,

de modo persuasivo, los deberes de la benevolencia y de la hospitalidad; exhortó al clero inferior para que recomendara la práctica universal de aquellas virtudes; le prometió socorrer sus privaciones respecto del tesoro público, y manifestó su ánimo de establecer hospitales en todos los pueblos para albergar a todos los necesitados sin distinciones tediosas de país o religión. Juliano observó con envidia las medidas sabias y humanas de la Iglesia, y confesó francamente su intención de privar a los cristianos de la aprobación general y de las ventajas que habían ganado con la práctica exclusiva de la caridad y la beneficencia.[298] El deseo de imitarlos movía al emperador a adoptar varias instituciones eclesiásticas, cuyo uso y trascendencia se evidenciaban por el éxito de sus enemigos. Pero, si se realizaban aquellos planes soñados de reforma, la imitación forzada e imperfecta hubiera sido menos beneficiosa para el paganismo y más honrosa para el cristianismo,[299] pues los gentiles, que sencillamente seguían las costumbres de sus antepasados, se sorprendieron más que complacieron con la introducción de tales novedades. Durante el corto plazo de su reinado, Juliano tuvo repetidos motivos para lamentarse de la tibieza de su propio bando.[300]

Por su acaloramiento, Juliano se relacionó con los amigos de Júpiter, a quienes consideró sus propios amigos y hermanos. Aunque parcialmente desatendiera el mérito de la constancia cristiana, celebró y recompensó la noble perseverancia de aquellos gentiles que habían preferido el favor de los dioses al del emperador,[301] y si ellos cultivaron la literatura y la religión de los griegos, era porque así obtenían el derecho a la amistad de Juliano, quien colocaba a las musas en la jerarquía de sus deidades tutelares. En la religión que había adoptado, la piedad y la instrucción casi eran sinónimos,[302] y una multitud de

poetas, retóricos y filósofos se concentraron en la corte imperial para ocupar las vacantes de los obispos, que habían seducido la credulidad de Constancio. Su sucesor consideraba los vínculos de la iniciación infinitamente más sagrados que los del parentesco; escogió como sus favoritos a los sabios que eran sumamente hábiles en la ciencia recóndita de la magia y de la adivinación, y los impostores que se esmeraban en escudriñar los secretos del porvenir podían llegar a contar con agasajos y generosidades.[303] Entre los filósofos, Máximo fue el que logró mayor intimidad con su alumno real, quien le comunicaba con franqueza sus acciones, sus pensamientos y sus miras religiosas, aun en las vicisitudes de la guerra civil.[304] Tan pronto como Juliano tomó posesión del palacio de Constantinopla, envió una invitación encarecida y honorífica a Máximo, quien en ese momento residía en Sardes, ciudad de Lidia, con Crisanto, su asociado en artes y estudios. El prudente y supersticioso Crisanto se negó a emprender un viaje que las reglas de la adivinación mostraban maligno y amenazador; pero su compañero, cuyo fanatismo era más brioso, insistió en sus preguntas hasta que arrancó de los dioses el consentimiento que coincidía con sus propios anhelos y con los del emperador. El viaje de Máximo por las ciudades del Asia demostró el triunfo de la vanidad filosófica, y los magistrados compitieron por agasajar al amigo de su soberano. Juliano estaba pronunciando una arenga en el Senado cuando le informaron la llegada de Máximo. Como era de esperar, el emperador interrumpió su discurso para salir a su encuentro; luego, lo abrazó estrechamente, lo llevó de la mano a la asamblea y allí reconoció públicamente los beneficios que había obtenido con la enseñanza del filósofo. Máximo, que tan rápidamente había ganado la confianza de Juliano[305] y lo había aconsejado,

imperceptiblemente se fue corrompiendo con el ambiente de la corte: su traje fue más lujoso; su trato, más altanero, y en el reinado siguiente quedó expuesto a una indagación vergonzosa sobre los medios con que el discípulo de Platón había acumulado, en su breve privanza, una riqueza escandalosa. De los filósofos que habían acompañado a Máximo en la residencia imperial fueron muy pocos los que lograron conservar su inocencia y reputación.[306] Las grandes dádivas de dinero, haciendas y casas no alcanzaban a satisfacer la codicia de estos hombres. El recuerdo de su abierta pobreza y sus desinteresadas protestas fomentó la ira del pueblo y, aunque la perspicacia de Juliano no siempre podía ser engañada, él no estaba dispuesto a despreciar a esos hombres, ya que los estimaba por sus talentos. Deseaba escapar del doble reproche de indiscreción y de insubsistencia, y además temía degradar el honor de las letras y la religión ante los ojos profanos.[307]

Tanto los paganos, que conservaron firmemente el culto de sus antepasados, como los cristianos, que con prudencia abrazaron la religión de Juliano, recibieron su favor. El reclutamiento de novicios[308] satisfizo las dos pasiones dominantes de su espíritu, la superstición y la vanagloria, y él declaró, con el arrebato de un misionero, que aun cuando estuviese en su poder hacer a cada individuo más rico que Midas y a cada pueblo más importante que Babilonia, no presumiría de ser el bienhechor de la humanidad, a menos que pudiese convencer a los súbditos que se rebelaban contra los dioses inmortales.[309] Un príncipe que había estudiado la naturaleza humana y tenía posesión de los tesoros del Imperio Romano podía adaptar sus argumentos, sus promesas y sus premios a todo tipo de cristiano,[310] y el mérito de una conversión oportuna permitía mitigar los defectos e, incluso, expiar la culpa

de un crimen. Como el motor más efectivo del poder absoluto es el ejército, Juliano esmeradamente se dedicó a socavar la religión en su tropa, sin cuyo amparo toda medida podía peligrar y fracasar, y el carácter de los soldados facilitó su importante conquista. Las legiones de Galia se sometieron a la fe y a la suerte de su líder victorioso, y aun antes del fallecimiento de Constancio tuvo la satisfacción de anunciar a sus amigos que todas las tropas acudieron con devoción fervorosa y apetito voraz a los sacrificios de hecatombes enteras de lozanos bueyes que continuamente se ofrecían en sus campos.[311] Los ejércitos de Oriente, educados bajo el estandarte de la cruz y de Constancio, requerían otra forma de persuasión más estudiada y costosa. En las festividades públicas y solemnes, el emperador recibió el acatamiento y premió los méritos de la tropa. Rodeó el trono de las insignias militares de Roma y de la República; el sagrado nombre de Cristo se borró del lábaro, y los símbolos de la guerra, la majestad y la superstición pagana se entretejieron con tanto cuidado que el súbdito fiel contrajo la culpa de la idolatría al saludar respetuosamente a la persona o la imagen de su soberano. Cuando los soldados iban pasando para la revisión, antes de recibir por el mismo Juliano un donativo cuantioso —proporcionado según su clase y sus servicios—, cada uno tenía que echar un pequeño puñado de granos de incienso en la llama que ardía sobre el altar. Algunos cristianos podían resistirse y quizás otros arrepentirse, pero la gran mayoría, atraídos por el oro y atemorizados por la presencia arrolladora del emperador, contrajo aquel compromiso pecaminoso y, luego, su perseverancia en el culto de los dioses se fue robusteciendo por las consideraciones del deber y del interés. Con la frecuente repetición de estas tretas y gracias a las sumas que pudieron costear el servicio de la mitad de las naciones de Escitia, Juliano

progresivamente fue ganando, para su tropa, la soñada protección de los dioses y, para sí mismo, el eficaz apoyo de las legiones romanas.[312] Verdaderamente, es probable que la restauración y el impulso del paganismo hayan puesto de manifiesto a un sinnúmero de falsos cristianos que, por motivos temporales y ventajosos, se habían convertido a la religión del reinado anterior y que luego, doblegando de igual modo su flexible conciencia, regresaron a la fe profesada por los sucesores de Juliano.

Mientras el devoto monarca se esforzaba por restablecer y propagar la religión de sus antepasados, ideó el extraño intento de reedificar el templo de Jerusalén. En una carta pública[313] a la nación o comunidad de los judíos dispersos por las provincias, se conduele de sus quebrantos, condena a sus opresores, alaba su constancia, se declara su benévolo protector y les da piadosas esperanzas de que, a su regreso de la guerra pérsica, tributará sus votos al Todopoderoso en la ciudad santa de Jerusalén. La ciega superstición y la miserable esclavitud de aquellos infortunados desterrados tal vez merezcan el menosprecio de un sabio emperador; sin embargo, ellos lograron la amistad de Juliano por su rencor implacable contra el cristianismo. La estéril sinagoga aborreció y envidió la fecundidad de la Iglesia rebelde; el poder de los judíos no igualaba a su maldad, aunque los rabinos más respetables habían aprobado el asesinato de un apóstata[314] y sus clamores sediciosos solían despertar la indolencia de los magistrados paganos. Bajo el reinado de Constantino, los judíos llegaron a ser los súbditos de sus hijos rebeldes y no tardaron en experimentar la crudeza de la tiranía doméstica. Sucesivamente, los príncipes cristianos fueron revocando las exenciones civiles que les había concedido o confirmado Severo, y una sedición temeraria, movilizada por los

judíos de Palestina,[315] pareció justificar la lucrativa opresión que establecieron los obispos y los eunucos de la corte de Constancio. El patriarca judío, que aún podía ejercer una jurisdicción precaria, residía en Tiberíades,[316] y el resto del pueblo que deseaba su tierra prometida vivía en las ciudades cercanas a Palestina. Sin embargo, al revalidarse e imponerse con mayor ahínco el edicto de Adriano, sólo pudieron ver de lejos los muros de la ciudad santa y presenciar su profanación con el triunfo de la cruz y la devoción de los cristianos.[317]

En medio de un territorio árido y rocoso, las murallas de Jerusalén[318] abarcaban los dos montes de Sión y de Acra, formando un óvalo de aproximadamente tres millas inglesas [4,83 km] de extensión.[319] Al Sur, por la empinada falda del monte Sión, se erigieron la ciudad alta y la fortaleza de David; al Norte, los edificios de la ciudad baja cubrían la amplia cumbre del monte Acra, y parte de la colina llamada Moriah, nivelada con el esfuerzo humano, ostentaba el grandioso templo de la nación judía. Luego de la destrucción final del templo por las armas de Tito y de Adriano, la reja del arado surcó el solar consagrado en señal de exterminio perpetuo. El monte Sión quedó desierto, y los edificios públicos y privados de la colonia Aelia cubrieron el espacio vacante de la ciudad inferior, extendiéndose a la loma inmediata del monte Calvario. Los monumentos de la idolatría mancillaron los lugares sacrosantos y, de modo intencional o accidentalmente, una capilla se dedicó a Venus en el mismo lugar santificado por la muerte y la resurrección de Cristo.[320] Después de casi trescientos años de estos asombrosos acontecimientos, por un decreto de Constantino se demolió aquella profana capilla y, al despejarse el lugar, quedó expuesto el santo sepulcro a los ojos de la humanidad. Aquel primer emperador cristiano erigió sobre el

misterioso solar una suntuosa iglesia y extendió su generosidad por todos los parajes que habían sido consagrados por las huellas de los patriarcas, de los profetas y del Hijo de Dios.[321]

El apasionado deseo de ir a contemplar los monumentos originales de la redención fue atrayendo a una multitud de peregrinos desde las playas del océano Atlántico y desde los países más remotos del Oriente;[322] el ejemplo de la emperatriz Helena, quien al parecer había amalgamado la credulidad de una anciana con la pasión vehemente de una recién convertida, fue enardeciendo aquellos impulsos de religiosidad. Sabios y héroes que visitaron aquel teatro memorable de la gloria y la sabiduría antiguas confesaban la inspiración divina de aquel sitio,[323] y el cristiano que se arrodilló una vez ante el sagrado sepulcro atribuía su fe entrañable y su devoción fervorosa a la influencia inmediata del espíritu divino. El afán y, tal vez, la codicia del clero de Jerusalén promovieron y multiplicaron estas productivas visitas. Sobre la base de la indisputable tradición, ellos puntualizaron todos los memorables acontecimientos acaecidos en cada paraje y mostraron los instrumentos empleados en la pasión de Cristo: los clavos y la lanza que habían traspasado sus manos, sus pies y sus entrañas; la corona de espinas que había sido puesta sobre sus sienes; la columna donde lo habían azotado, y, fundamentalmente, la cruz de sus padecimientos, que había sido desenterrada en los reinados de aquellos príncipes que entretejieron el símbolo del cristianismo en los estandartes de las legiones romanas.[324] Todos aquellos milagros que se consideraba necesario mantener, u oportuno descubrir, se propagaron gradualmente sin oposición. El encargado de custodiar la *verdadera cruz*, que se exponía solemnemente al pueblo durante la Pascua, fue el obispo de Jerusalén. Además, él era el único que, con las pequeñas astillas

que engarzaba en oro y pedrería, podía satisfacer la devoción de los peregrinos, quienes llevaban estas reliquias a sus respectivos países como trofeos. Pero, como esta rama tan lucrativa del comercio rápidamente tuvo que haber decaído, se consideró acertado suponer que la portentosa madera poseía la fuerza recóndita de la naturaleza y que su material, aunque incesantemente cercenado, permanecía siempre intacto e íntegro.[325] Quizás era posible esperar que la influencia benéfica del sitio produjera algún efecto favorable y poderoso respecto de la moralidad y la fe de los habitantes; sin embargo, los escritores eclesiásticos más respetables se sintieron obligados no sólo a confesar que las calles de Jerusalén rebosaban de un gentío bullicioso en pos de sus negocios y placeres,[326] sino que además todo tipo de vicio —adulterio, robo, idolatría, envenenamiento, asesinato— era común para los habitantes de la santa ciudad.[327] La riqueza y preeminencia de la Iglesia en Jerusalén estimulaban la ambición de los candidatos ortodoxos y los arrianos; y las virtudes de Cirilo, que luego de su muerte fue canonizado, sobresalieron más en la práctica que en la adquisición de su dignidad episcopal.[328]

El presumido y ambicioso Juliano tal vez haya aspirado a restaurar la antigua gloria del templo de Jerusalén.[329] Como los cristianos creían que una sentencia de eterna destrucción se había pronunciado contra toda obra de la ley mosaica, el sofista imperial podría estar convirtiendo el éxito de su emprendimiento en un argumento terminante contra la fe de las profecías y la verdad de la revelación.[330] El culto espiritual de la sinagoga le resultaba extraño, pero aprobaba las instituciones de Moisés, quien no había desdeñado adoptar muchos de los ritos y las ceremonias de Egipto.[331] Un politeísta que sólo anhelaba multiplicar el número de dioses podía llegar a adorar a la deidad

nacional y local de los judíos,[332] y el afán de Juliano por los sacrificios sangrientos era tal que su religiosidad pudo estimularse tratando de emular a Salomón, quien había ofrecido en el banquete de la dedicación veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas.[333] Estas consideraciones pudieron haber influido en sus planes, pero la perspectiva de una ventaja inmediata y grandiosa fomentó que el ansioso monarca no esperara a obtener el éxito lejano y contingente de la guerra pérsica. Entonces, sin demora, en la eminencia dominante de Moriah, erigió un magnífico templo que eclipsó el esplendor de la iglesia de la Resurrección en el vecino monte Calvario; además estableció un colegio de sacerdotes, quienes debían concentrar su tarea en desenmarañar los ardides y contrastar la ambición de los cristianos, sus rivales, y en invitar a una crecida colonia de judíos, cuyo riguroso fanatismo estuviese siempre predispuesto a apoyar e, incluso, preceder las disposiciones del gobierno pagano. Entre los amigos del emperador (si es que cabe amistad en el trono), Juliano consideraba en primer lugar al sabio y virtuoso Alipio.[334] La equidad y la entereza de Alipio templaron su humanidad y, durante su desempeño en el régimen civil de Britania, imitó en sus composiciones poéticas la suavidad y la armonía de las odas de Safo. Este ministro, a quien Juliano le comunicaba desde sus pasajeras liviandades hasta sus consejos más formales, tuvo la extraordinaria tarea de restablecer el antiguo esplendor del templo de Jerusalén; para ello, Alipio pidió y obtuvo el apoyo eficaz del gobernador de Palestina. Respondiendo a la llamada del sumo libertador, los judíos de todas las provincias del imperio se reunieron en la sagrada montaña de sus padres, y su insolente triunfo alarmó y alborotó a los habitantes cristianos de Jerusalén.

En todos los tiempos, el deseo de reedificar el templo ha

sido la pasión dominante de los hijos de Israel. En aquel momento tan favorable, los hombres olvidaron su avaricia y las mujeres, sus delicadezas; la vanidad de los ricos proporcionaba palas y picos de plata, y los escombros se trasladaron en mantos de seda y púrpura. Se contó con la contribución de todas las bolsas, se sumaron todas las manos al afán sacrosanto, y el entusiasmo de un pueblo entero cumplía las órdenes de un gran monarca.[335]

Sin embargo, el esfuerzo conjunto del poder y el entusiasmo en este caso fracasó, y el solar del templo judío, ahora cubierto por una mezquita mahometana,[336] siguió exhibiendo el triste paisaje del exterminio y la desolación. Quizás, la ausencia y el fallecimiento del emperador expliquen el fracaso de esta empresa tan grandiosa —que sólo se realizó durante los últimos seis meses de la vida de Juliano—,[337] aunque los cristianos siempre mantuvieron la devota confianza de que, en la memorable disputa, el honor de la religión quedaría recompensado por medio de algún milagro patente. Respetables testimonios de la época dan cuenta, aunque con alguna variación, del terremoto, el torbellino y el raudal de fuego que destruyeron los nuevos cimientos del templo;[338] acontecimiento descripto por Ambrosio,[339] obispo de Milán, en una carta al emperador Teodosio para provocar su ira contra los judíos; por el elocuente Crisóstomo,[340] quien quizás apelaba a la memoria de los ancianos de su congregación en Antioquía; y por Gregorio Nacianceno,[341] que publicó su relato del milagro antes de que terminara ese año y declaró osadamente que los infieles no contrarrestaron aquel acontecimiento sobrenatural. Por más extraño que parezca, esta afirmación fue corroborada por el testimonio indisputable de Amiano Marcelino.[342] En la juiciosa y sincera historia de su tiempo, este soldado y filósofo, que

adoró las virtudes sin adoptar los prejuicios de su maestro, recuerda los extraordinarios obstáculos que impidieron el restablecimiento del templo de Jerusalén: «Mientras Alipio, auxiliado por el gobernador de la provincia, estaba promoviendo con entusiasmo la ejecución de la empresa, horrendos globos de fuego, que estallaban cerca de los cimientos luego de reiterados y frecuentes ataques, hacían inaccesible el lugar a los atónitos operarios y, como el elemento victorioso recia y porfiadamente continuaba empeñado en alejarlos, hubo que abandonar la obra». Tal autoridad no puede dejar de satisfacer al creyente y asombrar al incrédulo; sin embargo, un filósofo siempre debe acudir al relato original de testigos imparciales y lúcidos. En este grandioso acontecimiento, cualquier hecho natural puede asumir la apariencia y provocar el efecto de un milagro verdadero. Las piadosas destrezas del clero de Jerusalén pudieron engrandecer y engalanar el glorioso rescate, y también la gran credulidad del mundo cristiano pudo contribuir a que, después de veinte años, un historiador romano, ajeno a las disputas teológicas, realzase su obra con los matices de un vistoso milagro.[343]

La restauración del templo judío se relacionó secretamente con la ruina de la Iglesia cristiana. Juliano seguía manteniendo la libertad de culto, sin distinguir si su tolerancia provenía de su justicia o de su clemencia. Aparentaba condolerse por los desventurados cristianos, que se equivocaban en el punto más importante de su vida; pero el odio y el menosprecio degradan la compasión, y Juliano expresó aquellos impulsos con cierta agudeza satírica, que hiere honda y mortalmente cuando procede de un soberano. Cuando advirtió que los cristianos presumían del nombre de su redentor, autorizó, y quizás impuso, el nombre menos honorífico de *galileos*.[344] Manifestó

que por el desatino de los galileos —a quienes pintaba como una secta de fanáticos, despreciable para los hombres y odiosa para los dioses—, el Imperio se hallaba al borde de un precipicio. Incluso, en un edicto público insinuó que a veces un frenético paciente podía curarse con saludable violencia.[345] Juliano hizo una distinción mezquina: según la diferencia de sentimientos religiosos, una parte de los súbditos merecía su favor y amistad, y la otra parte sólo el beneficio general de la justicia, del que no podía desentenderse con un pueblo obediente.[346] Según un principio, tan dañino como opresor, el emperador transfirió a los pontífices de su propia religión la administración de las rentas públicas, que había sido concedida a la Iglesia por la devoción de Constantino y sus hijos. Además, dio fin al aristocrático sistema de honores e inmunidades, que se había conformado con tanta destreza y trabajo; retuvo las donaciones testamentarias con el rigor de las leyes, y así obligó a los sacerdotes de la secta cristiana a mezclarse con los grupos más bajos de la plebe. Poco después, estas regulaciones fueron imitadas por la sabiduría de un príncipe ortodoxo, quien las consideró necesarias para contrarrestar la ambición y la codicia de los eclesiásticos. La especial distinción que otorgó la política —y que extremó la superstición— al orden sacerdotal debe limitarse a los clérigos que profesaban la religión del Estado. Las acciones del legislador no estaban exentas del prejuicio y la parcialidad, y el objeto de su política insidiosa era privar a los cristianos de todos los honores y ventajas temporales que los hacían respetables ante los ojos del mundo.[347]

Por esta razón, se reprobó la ley que prohibía enseñar gramática y retórica a los cristianos.[348] Las causas alegadas por Juliano para justificar una disposición tan parcial y opresiva quizás pudieron hacerlo merecedor, durante su vida, del silencio

de los esclavos y de los aplausos de los aduladores; sin embargo, él se aprovechó del ambiguo significado de una palabra que puede ser aplicada indistintamente tanto al idioma como a la religión de los griegos: desdeñosamente advirtió que los hombres que exaltan el mérito de la fe rendida no son aptos para reclamar los logros de la ciencia o gozar de ellos; además, de modo insustancial, los agredió diciendo que a aquellos que se niegan a adorar a los dioses de Homero y Demóstenes no les queda más que contentarse con los argumentos de Lucas y Mateo en las iglesias de los galileos.[349] En todas las ciudades del mundo romano, los maestros de gramática y retórica —elegidos por los magistrados, costeados por el público y favorecidos con varias prerrogativas honoríficas y lucrativas— se encargaban de la educación de la juventud. Es probable que el edicto de Juliano comprendiera a los médicos y a todos los profesores de las artes liberales. Las leyes para corromper o castigar la conciencia religiosa de los cristianos más eruditos autorizaron el hecho de que la aprobación de los candidatos estuviese a cargo del emperador.[350] Tan pronto como el despido de los maestros más tenaces en su enseñanza[351] manifestó el dominio indisputable de los sofistas paganos, Juliano ofreció a la nueva generación la entrada libre a las escuelas públicas, teniendo la convicción de que sus ánimos tiernos se imbuirían en la literatura y la idolatría. Si la mayor parte de la juventud cristiana debía ser disuadida —dados sus propios escrúpulos o los provenientes de sus padres— para aceptar este tipo de instrucción tan peligrosa, por consiguiente, en el futuro carecerían de una educación culta; así Juliano racionalmente esperaba que, en pocos años, los cristianos recaerían en su idiotez primitiva y los teólogos, que habían poseído la sabiduría y la elocuencia del siglo, tendrían como sucesora una generación

de fanáticos ignorantes y ciegos, incapaces de defender sus propios principios y de confrontar los varios desatinos del politeísmo.[352]

Sin dudas el anhelo tenaz de Juliano era privar a los cristianos de las ventajas de la fortuna, la instrucción y el poder, pero la injusticia de excluirlos de todo cargo importante y lucrativo parece haber sido el resultado de su política general más que la consecuencia inmediata de alguna ley positiva.[353] Aquel que sobresalía por sus méritos quizás haya podido contar con alguna excepción extraordinaria; sin embargo, la mayoría de los empleados cristianos fueron sucesivamente removidos de sus cargos en el Estado, el ejército y la administración de las provincias. Las esperanzas de los futuros candidatos se frustraron con la evidente parcialidad de un príncipe que les recordaba sarcásticamente cuán ilícito era para todo cristiano empuñar la espada, ya sea de la justicia o de la guerra, y que protegió los campos y los tribunales con las insignias de la idolatría. Los poderes del gobierno se confiaron a los paganos que mostraban fervor por la religión de sus antepasados y, como la elección del emperador solía encaminarse por las reglas de la adivinación, los elegidos —que él consideraba hombres agraciados por los dioses — no siempre merecieron la aprobación del pueblo.[354] Bajo el gobierno de sus enemigos, los cristianos tuvieron que padecer y, aún más, temer grandes sufrimientos. La crueldad de Juliano era contraria a su carácter. Además, el cuidado de su reputación, que era visible a los ojos del universo, contuvo al monarca de atropellar las leyes de la justicia y la tolerancia recién planteadas por él mismo. Sin embargo, los ministros provinciales estaban en una situación menos expuesta, por lo cual, en el ejercicio de su poder arbitrario, pudieron responder más a los deseos que a las órdenes de su soberano, estableciendo una tiranía encubierta

y violenta contra los sectarios, a quienes ni siquiera les permitieron los honores del martirio. El emperador, que disimuló tanto como pudo estar enterado de los abusos cometidos en su nombre, expresaba opiniones positivas acerca de la conducta de sus empleados, incluyendo reprobaciones suaves y premios efectivos.[355]

El instrumento más eficaz de opresión con que contaban fue la ley que obligaba a los cristianos a reparar los templos que habían demolido en el reinado anterior. No siempre el ímpetu de la Iglesia triunfante esperó la sanción de la autoridad pública, y los obispos, al resguardo de su inmunidad, solían acaudillar sus congregaciones para atacar y derribar las fortalezas del príncipe de las tinieblas. Las tierras consagradas, que habían aumentado el patrimonio del soberano o del clero, fueron definidas de modo claro y restituidas fácilmente. Sin embargo, los cristianos solían levantar sus edificios religiosos en esas mismas tierras y sobre las ruinas paganas; entonces, mientras se despejaba el terreno antes de reedificar el templo, un bando encumbraba la justicia y la religiosidad del emperador, y el otro lamentaba y abominaba su violencia sacrílega.[356] Ya demolida la iglesia, el restablecimiento de extraordinarias moles derrumbadas al suelo y los preciosos adornos que habían sido adaptados al uso cristiano aumentaron la lista de daños y perjuicios. Los autores de tales heridas no tuvieron ni la habilidad ni el ánimo de aliviar estas cargas. Tal vez, la sabiduría imparcial de un legislador hubiera podido dirimir con prudencia las demandas y quejas, constituyéndose en árbitro equitativo y sosegado; pero todo el Imperio, especialmente el oriental, quedó alterado con los edictos temerarios de Juliano, y los magistrados paganos, con fervor y venganza, abusaron del privilegio de la ley romana, que, en el caso del deudor insolvente, sustituye su

propiedad por su misma persona. En el reinado anterior, Marco, obispo de Aretusa,[357] había trabajado en la conversión de su pueblo con armas mucho más eficaces que la mera persuasión.[358] Los magistrados habían solicitado el costo total de un templo que había sido destruido por su propia intolerancia; pero, como estaban enterados de su pobreza, sólo exigieron que por lo menos se comprometiera a una escasa compensación. Detuvieron al anciano prelado, lo azotaron inhumanamente, le arrancaron la barba, lo colgaron desnudo en una red, bañado de miel y expuesto a los aguijonazos de los insectos y a los rayos del sol de Siria.[359] Sin embargo, el arrogante Marco siguió jactándose de su hecho e insultó la incompetente saña de sus perseguidores; finalmente lo soltaron y logró disfrutar del honor de su triunfo. Los arrianos celebraron la virtud de su piadoso confesor; los católicos reclamaron ansiosamente su alianza,[360] y los paganos, tal vez avergonzados o arrepentidos, consideraron no repetir tan inservible crueldad.[361] Juliano le permitió conservar la vida, pero como el obispo de Aretusa había salvado a Juliano en su niñez,[362] la posteridad, en vez de elogiar la clemencia del emperador, reprobaría su ingratitud.

A cinco millas [8,04 km] de Antioquía, los reyes macedonios de Siria habían consagrado a Apolo uno de los lugares de devoción más distinguidos del mundo pagano.[363] Un templo grandioso se erigió en honor del dios de la luz; su figura colosal[364] casi llenó el amplio santuario, enriquecido con oro y gemas, y adornado con gran habilidad por artistas griegos. Se representó a la divinidad en ademán inclinado, con una copa dorada en la mano, vertiendo su libación a la tierra, como si estuviese rogando a la venerada madre que lo pusiera en los brazos de su cálida y hermosa Dafne. La ficción logró enaltecer el lugar, y la fantasía de los poetas sirios contribuyó a trasladar el

relato amoroso de las márgenes del Peneo a las del Orontes. La colonia real de Antioquía copió los ritos antiguos de Grecia. Un arroyo profético, que compitió en veracidad y reputación con el oráculo de Delfos, manaba de la fuente *Castalia* de Dafne.[365] En la campiña vecina se construyó un estadio por medio de un privilegio especial,[366] adquirido en Elis; la ciudad costeaba los juegos olímpicos, aplicando una renta anual de treinta mil libras esterlinas a los entretenimientos públicos.[367] Por la concurrencia constante de peregrinos y paseantes se conformó, en las inmediaciones del templo, la magnífica y populosa aldea de Dafne, que ostentaba su esplendor sin adquirir el carácter de una ciudad de provincia. Las enramadas de laureles y cipreses, que se extendían por unas diez millas [16,09 km] y que conformaban un toldo sombrío y fresco en los días más abrasadores del verano, ocultaban el templo y la aldea. Los millares de arroyos de agua cristalina, que brotaban de todas las colinas, preservaron el verdor del césped y el clima del lugar; los armoniosos sonidos y los gratos aromas halagaban los sentidos, y la apacible arboleda estaba consagrada al placer y al amor, a la salud y al regocijo. La juventud lozana buscó, no menos que Apolo, el objeto de sus deseos, y el destino de Dafne advirtió a las pudorosas doncellas que era conveniente apartarse del inmaduro desdén. El soldado y el filósofo cuerdamente evitaban los placeres de aquel paraíso sensual,[368] donde el deleite, asumiendo el carácter de religión, iba quebrantando la firmeza de la virtud más varonil. Sin embargo, los bosques de Dafne siguieron mereciendo por muchos siglos la veneración de nativos y extranjeros. Debido a la generosidad de los sucesivos emperadores, los privilegios del lugar sagrado aumentaron, y todas las generaciones fueron añadiendo realces al esplendor del templo.[369]

Cuando Juliano, en el día de la festividad anual, adoró el Apolo de Dafne, elevó su devoción hasta el punto más alto del ansia y la exaltación. Su impaciente imaginación vislumbró la pompa vistosa de víctimas, libaciones e inciensos, la extensa procesión de mancebos y doncellas vestidos de blanco, símbolo de su inocencia, y el tumulto de un pueblo innumerable. Pero, desde el reinado del cristianismo, la devoción de Antioquía tomó un rumbo diferente. En vez de las matanzas de fornidos bueyes, sacrificados por las tribus de una opulenta ciudad a su deidad tutelar, el emperador se lamentó al encontrar sólo un ganso, costeado por un sacerdote, solitario y decaído morador de aquel ruinoso templo.[370] El templo estaba desierto; el oráculo, mudo; y el sagrado lugar, profanado con la introducción de ritos cristianos y funerales. Después de que los restos de Babilas[371] —obispo de Antioquía que murió en la cárcel por la persecución de Decio— hubiesen descansado en su sepulcro aproximadamente un siglo, su cadáver se trasladó por orden de Galo al interior del bosque de Dafne, donde se levantó una iglesia suntuosa. Se utilizó una porción del terreno sagrado para el mantenimiento del clero y el entierro de los cristianos de Antioquía, que estaban ansiosos de yacer a los pies de su obispo. Los sacerdotes de Apolo, junto con sus indignados devotos, tuvieron que retirarse. Apenas asomó la nueva revolución que restauró el dominio del paganismo, la iglesia de san Babilas fue demolida y se hicieron nuevas obras en el derruido edificio que había sido erigido por los reyes sirios. Sin embargo, la mayor preocupación de Juliano fue libertar a su deidad oprimida de la presencia odiosa de los cristianos vivos y difuntos, quienes habían exterminado ejecutivamente el enardecimiento y la superstición.[372]

El terreno corrompido se purificó según las formalidades de

los rituales antiguos; los cadáveres se extrajeron dignamente, y se les permitió a los ministros de la Iglesia trasladar los restos de san Babilas a su morada anterior dentro de los muros de Antioquía. Los cristianos enfervorizados desecharon comportarse con modestia, lo que tal vez hubiese aplacado la ira de un gobierno hostil, y una muchedumbre innumerable acompañaba, en procesión, la enorme carreta que transportaba las reliquias de Babilas con cantos y aclamaciones de los salmos de David que repudiaban a los ídolos y a los idólatras. El regreso del santo era un triunfo; pero un triunfo insultante según la religión del emperador, quien con orgulloso empeño disimuló su resentimiento. Durante la última noche de aquella imprudente procesión, el templo de Dafne ardió en llamas; la estatua de Apolo quedó consumida y las tiznadas paredes se transformaron en un testimonio atroz de la ruina. Los cristianos de Antioquía afirmaban, con confianza religiosa, que por la intervención poderosa de san Babilas los rayos celestes apuntaron contra el techo profano; pero Juliano, reducido a la alternativa de creer que se trató de un delito o un milagro, se atuvo sin titubear y sin testimonio, aunque con algún viso de probabilidad, a que el incendio de Dafne era una venganza de los galileos.[373]

Comprobada la ofensa, quedaba pendiente la represalia, que Juliano inmediatamente dispuso: se cerraron las puertas y se confiscaron las riquezas de la catedral de Antioquía. Para descubrir quiénes habían sido los culpables del alboroto, del fuego y de ocultar las riquezas de la iglesia, varios eclesiásticos fueron torturados;[374] y un presbítero llamado Teodoreto fue degollado por sentencia del conde de Oriente. El emperador vituperó este acto, condoliéndose, de verdad o con disimulo, y lamentándose de que el afán imprudente de sus ministros

mancillaría su reinado con el desdoro de la persecución.[375]

El enfado de Juliano pronto contuvo el afán de sus ministros; pero cuando es el soberano quien acaudilla una facción, el desenfreno popular no puede ser refrenado fácilmente ni castigado con acierto. En un discurso público, Juliano celebró la devoción y lealtad de las ciudades santas de Siria, cuyos piadosos habitantes habían destruido, a la primera señal, los sepulcros de los galileos, y débilmente se lamentó de que habían desagraviado a los dioses por no haberse comportado con la moderación que él hubiese aconsejado.[376] Esta breve confesión al parecer corrobora las narraciones eclesiásticas acerca de que, en las ciudades de Gaza, Ascalón, Cesárea y Heliópolis, entre otras, los paganos se propasaron sin prudencia ni remordimiento en el período de su prosperidad; que sólo la muerte rescataba del tormento a los desventurados que eran objeto de su crueldad; que, al arrastrar sus cadáveres descuartizados por las calles, les iban abriendo heridas —tal era el enfurecimiento general— con asadores e, incluso, con las ruecas de rabiosas mujeres; que las entrañas de sacerdotes y vírgenes cristianos, después de ser masticadas por aquellos fanáticos sangrientos, eran mezcladas con avena y arrojadas con desprecio a los animales inmundos de la ciudad.[377] Tales escenas de locura religiosa exhiben el retrato más detestable e infame de la naturaleza humana, pero la masacre de Alejandría llama más la atención por la certeza del hecho, la jerarquía de las víctimas y el esplendor de la capital de Egipto. Jorge,[378] llamado por su educación o por el origen de sus padres Jorge de Capadocia, nació en Epifanía de Cilicia, en la tienda de un batanero. Se fue separando de este oscuro y servil origen por su maestría en la adulación; y sus bienhechores, a cambio de sus lisonjas, le proporcionaron el lucrativo puesto o contrato de

abastecedor de tocino para el ejército. Su empleo era humilde, pero él lo hizo ignominioso: fue acumulando más y más riquezas con sus rastreras habilidades para el fraude y la corrupción. Al ser notorias sus malversaciones, tuvo que escaparse de la persecución de la justicia. Tras esta desgracia, en la que puso a salvo sus ganancias a costa de su honra, abrazó, con fervor verdadero o simulado, el arrianismo. Debido a su pasión por aprender —o tal vez sólo por ostentación—, atesoró una admirable biblioteca de historia, retórica, filosofía y teología;[379] y, con la ayuda de la facción predominante, Jorge de Capadocia llegó al solio de Atanasio. La entrada del nuevo arzobispo fue la de un conquistador bárbaro, y la crueldad y la codicia corrompieron cada momento de su reinado. Los católicos de Alejandría y de Egipto quedaron en las garras de un tirano, perseguidor y asesino por naturaleza y por crianza, aunque también acosó por igual a los diversos habitantes de su extensa diócesis. El primado de Egipto ostentó la suntuosidad y la insolencia de su eminencia, aunque siempre manifestó el cieno de sus ruines y viciosos principios. Empobreció a los mercaderes de Alejandría ejerciendo el injusto y universal monopolio de nitro, sal, pimienta, funerales, etc.; y el padre espiritual de una ciudad numerosa se envileció al practicar el soez y pernicioso arte del delator. Nunca los alejandrinos pudieron olvidar ni perdonar el impuesto que ideó sobre todas las casas de la ciudad, bajo un título anticuado de que el real fundador había traspasado a sus sucesores, los Tolomeos y los Césares, la propiedad del lugar. Los paganos, esperanzados con la libertad y la tolerancia, estimularon su devota codicia, y el prelado saqueó los riquísimos templos de Alejandría, y los insultó exclamando, altaneramente, con voz fuerte y amenazante: «¿Hasta cuándo han de permanecer en pie estos sepulcros?». Bajo el reinado de

Constancio, fue expulsado por la furia, o la justicia, del pueblo, y las autoridades civiles y militares a duras penas lograron el restablecimiento de su autoridad y la satisfacción de su venganza. El mensajero que proclamó en Alejandría el ascenso de Juliano también anunció la caída del arzobispo (30 de noviembre de 361 d. C.). Jorge, con dos de sus ministros, el conde Diodoro y Draconio, director de la ceca, fue encarcelado vergonzosamente. A los veinticuatro días, la muchedumbre, enfurecida e impaciente con las dilaciones forenses, allanó la cárcel (24 de diciembre). Los enemigos de dioses y hombres fallecieron bajo insultos crueles; un camello trasportó los cadáveres del arzobispo y sus cómplices, que se mostraron como señal de triunfo por las calles, y la debilidad del partido de Atanasio[380] se consideró como un ejemplo de sufrimiento evangélico. Los restos de aquellos malvados se arrojaron al mar, y los líderes del motín declararon su resolución de frustrar la devoción de los cristianos e imposibilitar la gloria venidera de aquellos *mártires* castigados, como sus antecesores, por los enemigos de su religión.[381] Los temores de los paganos eran legítimos, pero sus precauciones, ineficaces, porque la meritoria muerte del obispo borró su vida de la memoria. El rival de Atanasio era estimado e, incluso, considerado sagrado para los arrianos. Además, debido a la aparente conversión de estos sectarios, su culto se introdujo en el seno de la Iglesia católica.[382] El odioso extranjero, ocultando las circunstancias de tiempo y lugar, ostentó el disfraz de mártir, de santo y de héroe cristiano;[383] y el infame Jorge de Capadocia se ha convertido[384] en el famoso san Jorge de Inglaterra, el patrón de las armas, de la caballería y de la jarretera.[385]

Por el mismo tiempo en que Juliano se enteró del motín de Alejandría, desde Edesa le informaron que la facción acaudalada

y engreída de los arrianos había insultado la debilidad de los valentinianos, cometiendo desórdenes poco comunes en un gobierno bien administrado. El airado príncipe, prescindiendo de las dilatadas formalidades de la justicia, expidió a los magistrados de Edesa[386] un decreto que indicaba la confiscación de todos los bienes de la Iglesia. El dinero se distribuyó entre los soldados; las haciendas se incorporaron al dominio imperial, y la opresión se agravó con la ofensa burlona. «Me considero —dice Juliano— amigo sincero de los galileos. Su *admirable* ley promete el reino de los cielos al pobre, entonces ellos avanzarán más rápidamente por el sendero de la virtud y de la salvación al ser aliviados, con mi ayuda, del peso de las posesiones temporales. Tengan cuidado —continúa el monarca en tono más grave— con apurar mi sufrimiento y mi humanidad. Si estos desórdenes continúan, los magistrados pagarán los errores de su pueblo, y tendrán razón para temer no sólo la confiscación y el destierro, sino también el fuego y el acero.» Las sublevaciones de Alejandría eran, en verdad, más sangrientas y peligrosas; sin embargo, un obispo cristiano había muerto por el rigor de los paganos. La carta pública del emperador palpablemente está manifestando la extrema parcialidad de su gobierno: sus reprimendas al pueblo de Alejandría van acompañadas de expresiones de estima y afecto. Se lamenta de que, en esa ocasión, tenían que haber respetado las finas y generosas costumbres que acreditan su linaje griego y les reprueba el abuso que han cometido contra la justicia y la humanidad. Sin embargo, luego va recapitulando, con palpable satisfacción, los agravios insufribles que han estado padeciendo por la tiranía feroz de Jorge de Capadocia. Juliano admite que un gobierno sabio y vigoroso debe castigar a todo pueblo rebelde; pero, en obsequio a su fundador, Alejandro, y a Serapis

—su deidad tutelar—, indulta plenamente a la ciudad culpable, tratándola, otra vez, con el afecto de un hermano.[387]

Aplacada la sublevación de Alejandría, Atanasio, al eco de numerosas aclamaciones, subió al trono (21 de febrero de 362 d. C.), de donde acababan de derrocar a su indigno rival. Como el fervor del arzobispo se templó con la discreción, su desempeño no se encaminó a enardecer, sino a hermanar los ánimos de sus feligreses. Su trabajo pastoral no se limitaba a la estrechez de Egipto; su lúcido y activo entendimiento abarcó los ámbitos del mundo cristiano y, en un momento crítico, fue elegido por su edad, sus méritos y su notoriedad para ejercer el cargo de dictador eclesiástico.[388] Aún no habían pasado tres años desde que la mayoría de los obispos de Occidente, por ignorancia o por violencia, había firmado la confesión de Rímini, y, aunque arrepentidos y leales, temían el rigor intempestivo de sus hermanos ortodoxos. Si su orgullo hubiese sido más fuerte que su fe, habrían podido pasar a las filas de los arrianos para liberarse del ultraje de una penitencia pública que los humillaría hasta la condición de legos despreciables. Al mismo tiempo, las diferencias internas sobre la unión y la distinción de los seres divinos seguían ventilándose acaloradamente entre los doctores católicos, y el progreso de esta discusión metafísica parecía amenazar la pública y duradera unión entre las Iglesias griega y latina. Por la sabiduría de un sínodo selecto, al cual el nombre y la presencia de Atanasio dieron la autoridad de un concilio general, los obispos que imprudentemente se habían descarriado quedaron admitidos en la comunión de la Iglesia con la obvia condición de firmar el credo niceno, sin reconocimiento formal de sus errores pasados ni la menor definición de sus opiniones escolásticas. Por el consejo del primado de Egipto, el clero de Galia y España y, el de Italia y Grecia se habían preparado para

la recepción de esta medida saludable, y a pesar de la oposición de algunos ánimos acalorados,[389] el temor por el enemigo común facilitó la paz y la armonía de los cristianos.[390]

El primado de Egipto, con su diligente habilidad, aprovechó la coyuntura de aquella tranquilidad antes de que fuese interrumpida por los edictos hostiles del emperador.[391] Juliano, que despreciaba a los cristianos, honraba a Atanasio odiándolo entrañablemente, y por él entabló una distinción arbitraria o, al menos, opuesta al espíritu de sus declaraciones anteriores. Sostuvo que los galileos redimidos de su destierro no eran, por el hecho del indulto, acreedores a las posesiones de sus respectivas Iglesias; y manifestó su asombro de que un criminal, repetidamente condenado por la sentencia de los emperadores, osase insultar la majestad de las leyes y usurpara desvergonzadamente el trono arzobispal de Alejandría sin esperar las órdenes de su soberano. Como castigo por esa ofensa imaginaria, volvió a desterrar a Atanasio de la ciudad, convencido de que ese acto de justicia agradaría a sus ardientes súbditos. Sin embargo, las peticiones encarecidas del pueblo rápidamente lo convencieron de que la mayoría de los alejandrinos era cristiana y que la mayor parte de los cristianos estaba vinculada a la causa del oprimido prelado. Enterado de estos sentimientos, en vez de inclinarse a revocar su decreto, extendió aquel destierro a todo Egipto. La perseverancia de la muchedumbre encrudeció a Juliano; temía que un líder osado y popular acaudillase a una ciudad rebelde, y el lenguaje de su resentimiento revela la admiración que le merecían el valor y el desempeño de Atanasio. La ejecución de la sentencia se fue postergando por la cautela o la negligencia de Ecdicio, prefecto de Egipto, al que una reprimenda severa despertó del letargo: «Aunque descuide escribirme sobre otros asuntos —dice Juliano

—, al menos es su obligación informarme acerca de su conducta con Atanasio, el enemigo de los dioses. Le comuniqué mis intenciones hace ya tiempo. Juro por el gran Serapis que, de no hallarse Atanasio fuera de Alejandría e, incluso, de Egipto en diciembre, los empleados de su gobierno me pagarán la multa de cien libras de oro. Ya conoce mi carácter: tardo en condenar, pero tardo aún más en conceder indultos». La posdata, escrita de propio puño por el emperador, corroboraba el mensaje de esta carta: «El desprecio con que trata a todos los dioses me apesadumbra y me indigna. Nada podré ver y nada he de oír con más deleite que la expulsión de Atanasio de todo el Egipto. ¡Qué malvado tan abominable! Bajo mi reinado, el bautismo de varias damas griegas de alta jerarquía ha sido el resultado de sus persecuciones».[392] La muerte de Atanasio no se disponía expresamente, pero el prefecto de Egipto entendió que propasarse era más conveniente a sus intereses que desatender las órdenes de un soberano irritado. El arzobispo se retiró prudentemente a los monasterios del desierto; eludió con su acostumbrada maestría las trampas del enemigo, y vivió para triunfar sobre las cenizas de un príncipe que, con palabras de formidable trascendencia, había manifestado su anhelo de que todo el odio a la escuela galilea se concentrase únicamente en la persona de Atanasio.[393]

He procurado presentar fielmente el astuto sistema por medio del cual Juliano ideaba obtener los efectos de la persecución, sin contraer culpa o reproche. Pero, si el espíritu letal del fanatismo corrompió el pecho y la comprensión de un príncipe virtuoso, también hay que confesar que las pasiones humanas y el enardecimiento religioso exasperaban y acrecentaban los *reales* padecimientos de los cristianos. La mansedumbre y la resignación que habían distinguido a los

primeros discípulos del Evangelio eran objeto de elogio de sus sucesores, pero no de imitación. Los cristianos, que regularon durante cuarenta años el gobierno civil y eclesiástico del Imperio, habían adquirido los vicios de la prosperidad[394] y la imprudencia de creer que sólo los santos podían reinar sobre la tierra. Tan pronto como el clero perdió los privilegios que le había concedido el emperador Constantino, prorrumpió en quejas de opresión cruel, y la tolerancia absoluta de idólatras y herejes apesadumbraba y escandalizaba al bando católico.[395] Los actos de violencia, que ya no eran aprobados por los magistrados, solían cometerse por el pueblo: en Pesinunte, derribaron el templo de Cibeles casi en presencia del emperador; en la ciudad de Cesárea, en Capadocia, el templo de la Fortuna —el único lugar de culto que había sido dejado a los paganos— fue arrasado por el enfurecimiento de una revuelta. En estas ocasiones, un príncipe amante de la dignidad de sus dioses no era partidario de desviar el rumbo de la justicia, y se exasperaba aún más al saber que los fanáticos que merecieron un castigo inmediato por los incendios, tras su ejecución, eran enaltecidos con el símbolo del martirio.[396] Los súbditos cristianos estaban al tanto de los hostiles planes de su soberano y, en medio de sus temores, la más insignificante acción de gobierno era vista con sospecha y desagrado. En la aplicación de las leyes, los cristianos, que conformaban la mayor parte de la población, solían ser condenados con frecuencia; pero sus indulgentes hermanos, sin examinar las apreciaciones de la causa, los suponían inocentes, justificaban sus demandas y atribuían el rigor de la justicia a la maligna parcialidad de una persecución religiosa.[397] Se consideraba que estas angustias eran precursoras de enormes quebrantos. Los cristianos veían en Juliano a un déspota cruel y astuto que tenía en suspenso la cuchilla de su venganza hasta

que volviese victorioso de la guerra pérsica. Pensaban que si obtenía el triunfo sobre los enemigos externos de Roma, arrojaría el molesto disfraz de la simulación; entonces, la sangre de los ermitaños y los obispos bañaría los anfiteatros, y a los cristianos perseverantes en la declaración su fe se los excluiría de los beneficios comunes de la naturaleza y la sociedad.[398] Toda calumnia[399] que podía herir la reputación del apóstata se propagaba crédulamente con los impulsos del temor y del odio de sus adversarios; sus clamores indiscretos perturbaban al soberano, a quien debían respetar por obligación y adular por interés. Incluso, se quejaban de que las súplicas y las lágrimas eran las únicas armas que tenían contra un tirano despiadado, cuya cabeza ofrecían a la justicia del cielo agraviado; aunque afligidamente insinuaron que la sumisión ya no era efecto de la debilidad y que, según la imperfección de las virtudes humanas, la paciencia que radica en principios puede agotarse con la persecución. Es imposible determinar hasta qué punto el deseo de Juliano habría prevalecido sobre su sensatez y humanidad, pero si consideramos seriamente la fuerza y el tesón de la Iglesia, nos convenceremos de que, para conseguir el exterminio de la religión de Cristo, el emperador hubiera tenido que desangrar a su patria con los horrores de una guerra civil.[400]

XXIV

RESIDENCIA DE JULIANO EN ANTIOQUÍA - SU EXPEDICIÓN VENTUROSA CONTRA LOS PERSAS - TRÁNSITO DEL TIGRIS - RETIRADA Y MUERTE DE JULIANO - ELECCIÓN DE JOVIANO - SALVACIÓN DEL EJÉRCITO ROMANO CON UN TRATADO INDECOROSO

La fábula filosófica que compuso Juliano bajo el título de los *Césares*[401] es una de las obras más agradables e instructivas del ingenio antiguo.[402] Durante los días de libertad e igualdad de las saturnales, Rómulo dispuso un festejo para las divinidades del Olimpo, que lo aceptaron como un socio digno, y para los príncipes romanos, que habían reinado sobre su pueblo guerrero y sobre las naciones vencidas de la tierra. Los inmortales estaban ordenados adecuadamente en sus tronos de Estado, y la mesa de los Césares se extendió bajo la luna, en la región suprema del aire. La inexorable Némesis arrojó a los tiranos, que hubieran deshonrado la sociedad de dioses y hombres, al abismo tartáreo. Los demás Césares avanzaron sucesivamente hacia sus asientos; y mientras pasaban, el viejo Sileno —un jocoso moralista que disfrazaba la sabiduría de un filósofo bajo la máscara de un bacanal—[403] iba marcando con malicia los vicios, los defectos, las imperfecciones de sus respectivas personalidades. Terminado el banquete, la voz de Mercurio proclamó la voluntad de Júpiter de que se premiara el mérito superior con una corona celeste. Julio César, Augusto, Trajano y Marco Antonino fueron seleccionados como los candidatos más ilustres; el afeminado

Constantino[404] no fue excluido de esta honorable competencia, y Alejandro el Grande fue invitado a disputar el premio de la gloria con los héroes romanos. Se le permitió a cada candidato exponer los méritos de sus propias hazañas; pero, a juicio de los dioses, el modesto silencio de Marco fue un argumento más poderoso que los elaborados discursos de sus arrogantes rivales. Cuando los jueces de tan imponente contienda comenzaron a examinar el corazón y a indagar sobre el origen de sus actos, la superioridad del Estoico Imperial pareció aún más decisiva y evidente.[405] Alejandro y César, Augusto, Trajano y Constantino reconocieron con vergüenza que la fama, o el poder, o el placer, habían sido los objetivos fundamentales de *sus* esfuerzos; pero los mismos dioses contemplaban con reverencia y amor a un mortal virtuoso, que había puesto en práctica desde su trono las lecciones de la filosofía y que, en un estado de imperfección humana, había aspirado a imitar los atributos morales de los dioses. El valor de esta agradable composición (*Cæsares*, de Juliano) aumenta por la jerarquía de su autor. Un príncipe que describe con libertad los vicios y virtudes de sus predecesores firma, en cada línea, la censura o aprobación de su propia conducta.

En los momentos tranquilos de reflexión, Juliano prefería las virtudes benévolas y provechosas de Antonino; pero la gloria de Alejandro inflamaba su ánimo ambicioso, y ansiaba con igual ardor el aprecio de los sabios y el aplauso de la multitud. En la etapa de la vida en que los poderes de la mente y del cuerpo tienen mayor vigor, el emperador, instruido por la experiencia y animado por el éxito de la guerra de Germania, resolvió señalar su reinado con algún logro más espléndido y memorable (362 d. C.). Los embajadores de Oriente, desde el continente de la India hasta la isla de Ceilán,[406] habían saludado respetuosamente la

púrpura romana.[407] Las naciones de Occidente apreciaban y temían las virtudes personales de Juliano tanto en la paz como en la guerra. Menospreciaba los trofeos de una victoria gótica,[408] y estaba convencido de que los bárbaros rapaces del Danubio se abstendrían de cualquier violación futura a la fe de los tratados por el terror a su nombre y por las fortificaciones adicionales con las que consolidó las fronteras de Tracia e Iliria. El sucesor de Ciro y de Artajerjes fue el único rival al que consideró digno de sus armas, y resolvió castigar, con la conquista final de Persia, a la nación arrogante que durante tanto tiempo había resistido e insultado la majestad de Roma.[409] Tan pronto como el monarca persa fue informado de que el trono de Constancio había sido ocupado por un príncipe de un carácter muy diferente, se avino a hacer algunas proposiciones, artificiosas o tal vez sinceras, para una negociación de paz. Pero el orgullo de Sapor se sorprendió con la firmeza de Juliano, quien declaró severamente que nunca consentiría mantener una conferencia pacífica entre las llamas y ruinas de las ciudades de Mesopotamia, y que agregó, con una sonrisa de desprecio, que era innecesario tratar por medio de embajadores, ya que él mismo iba a visitar rápidamente la corte de Persia. La impaciencia del emperador animaba la diligencia de los preparativos militares. Se nombraron los generales, se destinó un ejército formidable a tan importante servicio, y Juliano, marchando desde Constantinopla a través de las provincias del Asia Menor, llegó a Antioquía cerca de ocho meses después de la muerte de su antecesor. Su ardiente deseo de marchar hacia el corazón de Persia fue controlado por la obligación indispensable de regularizar el estado del Imperio, por su afán por revivir el culto a los dioses y por las advertencias de sus amigos más sensatos, quienes le mostraron la necesidad de un intervalo

beneficioso en cuarteles de invierno para restablecer las fuerzas exhaustas de las legiones de la Galia y la disciplina y energía de las tropas orientales. Persuadieron a Juliano de que fijara, hasta la primavera siguiente, su residencia en Antioquía, entre un pueblo maliciosamente propenso a burlarse de la precipitación y a censurar las demoras de su soberano.[410]

Si Juliano se jactó de que su conexión personal con la capital de Oriente produciría la mutua satisfacción del príncipe y del pueblo, había hecho una estimación muy errónea de su propio carácter y de las costumbres de Antioquía.[411] El clima cálido disponía a los naturales al goce extremado de la tranquilidad y la opulencia, y combinaban la viva lujuria de los griegos con la molicie hereditaria de los sirios. La moda era la única ley; el placer, la única actividad; y el esplendor de la vestimenta y el mobiliario, la única distinción de los ciudadanos de Antioquía. Se honraban las artes del lujo, se ridiculizaban las virtudes severas y varoniles, y el menosprecio hacia el pudor femenino y hacia la ancianidad mostraban la corrupción general de la capital de Oriente. El amor a los espectáculos era la afición, o más bien la pasión, de los sirios; los artistas más capaces provenían de las ciudades vecinas,[412] una porción considerable de los ingresos se destinaba al entretenimiento público, y se consideraba la magnificencia en los juegos, en el teatro y en el circo como la felicidad y la gloria de Antioquía. Los modales rústicos de un príncipe que despreciaba esa gloria y que era insensible a esa felicidad pronto indignaron la delicadeza de sus súbditos, y los afeminados orientales no pudieron imitar ni admirar la severa simplicidad que Juliano siempre conservaba y a veces aparentaba. Las festividades consagradas por la antigua costumbre al honor de los dioses eran las únicas ocasiones en que Juliano relajaba su severidad filosófica, y esas festividades

eran los únicos días en que los sirios de Antioquía podían rechazar los encantos del placer. La mayoría del pueblo apoyaba la gloria del nombre cristiano, que había sido concebido por sus ancestros:[413] se contentaban con desobedecer los preceptos morales de su religión, pero adherían escrupulosamente a sus doctrinas especulativas. La Iglesia de Antioquía estaba desgarrada por la herejía y el cisma, pero los arrianos y los atanasistas, los seguidores de Melecio y los de Paulino,[414] se movían por el mismo odio religioso hacia su adversario común.

El mayor prejuicio estaba dirigido contra el carácter de un apóstata, el enemigo y sucesor de un príncipe que había logrado el afecto de una secta muy numerosa; y la remoción de san Babilas acarreó una oposición implacable a la persona de Juliano. Sus súbditos se quejaban, con indignación supersticiosa, de que el hambre había seguido los pasos del emperador desde Constantinopla hasta Antioquía; y el descontento de un pueblo desabastecido se exacerbó con los intentos imprudentes de aliviar su miseria. Las inclemencias de la estación habían afectado las cosechas de Siria y, naturalmente, el precio del pan[415] en los mercados de Antioquía había subido en proporción con la escasez de trigo. Pero las astucias codiciosas del monopolio pronto violentaron esta proporción justa y razonable. En esta competencia desigual, en la que un grupo reclama la producción de la tierra como su propiedad exclusiva, otro la usa como un lucrativo objeto de comercio y un tercero la requiere como su sustento de vida diario e imprescindible, todas las ganancias de los agentes intermediarios se acumulan sobre la cabeza de los indefensos consumidores. La impaciencia y la ansiedad exageraron y aumentaron la dificultad de su situación, y gradualmente el temor a la escasez provocó una apariencia de hambruna. Cuando los ciudadanos acaudalados de Antioquía se

quejaron por los altos precios de las aves y del pescado, Juliano declaró públicamente que una ciudad frugal debía darse por satisfecha con un abastecimiento regular de vino, aceite y pan; pero reconoció que era un deber del soberano proveer la subsistencia de su pueblo. Con este beneficioso objetivo, el emperador se arriesgó a dar el paso peligroso e incierto de fijar, por autoridad legal, el valor del cereal. Promulgó que, en tiempos de escasez, debía venderse a un precio rara vez conocido en los años de mayor abundancia; y para que su propio ejemplo reforzara sus leyes, introdujo en el mercado cuatrocientos veintidós mil *modii*, o medidas, que fueron enviadas por orden suya desde los graneros de Hierápolis, Calcis e incluso de Egipto. Las consecuencias podrían haber sido previstas, y pronto se hicieron sentir. Los comerciantes ricos compraron el trigo imperial, los propietarios de tierra o de granos retiraron de la ciudad el abastecimiento acostumbrado, y las pequeñas cantidades que aparecían en el mercado se vendían secretamente a un precio alto e ilegal. Juliano aún continuaba jactándose de su propia política; trataba las quejas del pueblo como rumores vanos e ingratos, y convenció a Antioquía de que había heredado la obstinación, aunque no la crueldad, de su hermano Galo.[416] Las protestas del Senado municipal sólo sirvieron para exasperar su inflexible ánimo. Estaba persuadido, tal vez con verdad, de que los mismos senadores de Antioquía, que poseían tierras o estaban interesados en el comercio, habían contribuido a las calamidades de su país; y condenaba el irrespetuoso atrevimiento que asumían no para su obligación pública, sino para su interés personal. El cuerpo entero, compuesto por doscientos de los ciudadanos más nobles y acaudalados, fue conducido, bajo custodia, del palacio a la prisión; y aunque se les permitió volver a sus respectivas casas antes del anochecer,[417]

el emperador no pudo obtener el perdón que tan fácilmente había concedido. El mismo resentimiento era todavía objeto de las mismas quejas, que circularon con diligencia gracias al ingenio y la frivolidad de los griegos de Siria. Durante los días licenciosos de las saturnales, retumbaron por las calles de la ciudad canciones insolentes que ridiculizaban las leyes, la religión, la conducta personal e incluso la *barba* del emperador; y el ánimo de Antioquía se manifestó en la connivencia de los magistrados y en el aplauso de la multitud.[418] El discípulo de Sócrates estaba profundamente afectado por los insultos del pueblo; pero el monarca, aunque dotado de una viva sensibilidad y poseedor de un poder absoluto, les negó a sus pasiones la gratificación de la venganza. Un tirano hubiera atropellado sin distinción las vidas y las posesiones de los ciudadanos de Antioquía; y los pacíficos sirios hubieran debido someterse pacientemente a la lujuria, codicia y crueldad de las legiones leales de la Galia. Una sentencia más suave hubiera privado a la capital de Oriente de sus honores y privilegios; y los cortesanos, y tal vez los súbditos de Juliano, hubieran aplaudido tal acto de justicia, que afirmaba la dignidad del magistrado supremo de la república.[419] Pero en vez de abusar de la autoridad del Estado, o de ejercerla, para vengar sus injurias personales, Juliano se conformó con un modo inofensivo de represalia que pocos príncipes hubieran sido capaces de emplear. Lo habían insultado con sátiras y libelos; a su turno compuso, bajo el título de *El enemigo de la barba*, una confesión irónica de sus propias culpas y una sátira severa de las costumbres licenciosas y afeminadas de Antioquía. Esta réplica imperial se expuso públicamente ante las puertas del palacio; y todavía queda el *Misopogon*[420] como un singular monumento del resentimiento, la agudeza, la humanidad y la indiscreción de

Juliano. Aunque aparentaba reírse, no podía perdonar.[421] Su menosprecio se manifestó, y su venganza pudo haberse gratificado, con el nombramiento de un gobernador[422] digno únicamente de tales súbditos; y el emperador, renunciando para siempre a la ciudad desagradecida, proclamó su resolución de pasar el siguiente invierno en Tarso de Cilicia.[423]

Sin embargo, Antioquía tenía un ciudadano cuyo ingenio y virtudes podían contrapesar, en concepto de Juliano, los vicios y desatinos de su patria. El sofista Libanio había nacido en la capital de Oriente; profesó públicamente las artes de la retórica y la declamación en Nicea, Nicomedia, Constantinopla, Atenas y, durante el resto de su vida, en Antioquía. La juventud griega frecuentaba asiduamente su escuela; sus discípulos, que a veces eran más de ochenta, veneraban a su incomparable maestro; y los celos de sus rivales, que lo perseguían de una ciudad a otra, confirmaban la opinión favorable de su mérito superior, que Libanio exhibía ostentosamente. Los ayos de Juliano le habían arrancado su palabra, precipitada pero solemne, de no asistir nunca a las lecciones de su adversario; la curiosidad del joven real quedó jaqueada y apremiada; se procuró secretamente los escritos de este peligroso sofista, y gradualmente sobrepasó, en la perfecta imitación de su estilo, a sus pupilos más aplicados.[424] Cuando Juliano ascendió al trono, manifestó su anhelo de abrazar y premiar al sofista sirio, que en un siglo tan corrompido había preservado la pureza griega en el gusto, los modales y la religión. El agrado del emperador se incrementó y se justificó con el discreto orgullo de su favorito. En lugar de presionar, entre los primeros de la multitud, por ingresar al palacio de Constantinopla, Libanio esperó serenamente su llegada a Antioquía, se retiró de la corte al primer síntoma de frialdad e indiferencia, requirió para cada visita una invitación formal y le

enseñó a su soberano la lección fundamental de que podía imponer obediencia a un súbdito, pero debía merecer el afecto de un amigo. Los sofistas de todos los tiempos despreciaban, o aparentaban despreciar, las distinciones accidentales de nacimiento y fortuna,[425] y reservaban su aprecio para las cualidades superiores de la inteligencia, de las que ellos mismos estaban plenamente dotados. Juliano podía desdeñar las aclamaciones de una corte venal que adoraba la púrpura del Imperio, pero lo halagaban profundamente el elogio, las admoniciones, la libertad y la envidia de un filósofo independiente que rechazaba sus favores, amaba su persona, celebraba su fama y protegía su memoria. Los voluminosos escritos de Libanio todavía existen; en su mayor parte son composiciones vanas y ociosas de un orador que cultivó la ciencia de las palabras, producciones de un estudiante enclaustrado, cuya mente, desentendiéndose de sus contemporáneos, se fijaba incesantemente en la guerra de Troya y en la comunidad ateniense. Sin embargo, el sofista de Antioquía a veces descendía de estas alturas imaginarias; mantuvo una correspondencia heterogénea y elaborada,[426] elogió las virtudes de su tiempo, condenó valerosamente los abusos de la vida pública y privada, y abogó con elocuencia por la causa de Antioquía contra el fundado enojo de Juliano y Teodosio. La calamidad habitual de la ancianidad[427] es perder cuanto pudiera hacerla deseable, pero Libanio experimentó la desgracia particular de sobrevivir a la religión y a las ciencias a las que había consagrado su genio. El amigo de Juliano fue un espectador indignado del triunfo del cristianismo; y su fanatismo, que le oscureció la perspectiva del mundo visible, no le inspiró ninguna esperanza de gloria y felicidad celestes.[428]

La impaciencia guerrera de Juliano lo impulsó a salir de

campaña a principios de la primavera (5 de marzo de 363 d. C.), y despidió con menosprecio y recriminación al Senado de Antioquía, que lo acompañó más allá de los límites de su propio territorio, al cual el emperador había resuelto no volver jamás. Tras una marcha trabajosa de dos días,[429] al tercero hizo un alto en Berea, o Alepo, donde tuvo el disgusto de encontrar un Senado casi enteramente cristiano, que recibió con frialdad y demostraciones formales de respeto el elocuente sermón del apóstol del paganismo. Uno de los ciudadanos más ilustres de Berea había desheredado con indignación a su hijo, que había adoptado, por interés o a conciencia, la religión del emperador. Padre e hijo fueron invitados a la mesa imperial. Juliano, ubicado entre ellos, intentó sin éxito inculcar la lección y el ejemplo de tolerancia, soportando, con pretendida calma, el ardor indiscreto del anciano cristiano, que parecía olvidar los sentimientos de la naturaleza y sus deberes de súbdito; y finalmente, dirigiéndose al joven afligido, le dijo: «Ya que perdiste un padre por mi causa, me corresponde ocupar su lugar».[430] En Batna, un pequeño pueblo situado agradablemente en una arboleda de cipreses, a unas veinte millas (32,18 km) de la ciudad de Hierápolis, el emperador fue recibido de una manera mucho más grata de lo que deseaba. Los habitantes de Batna prepararon decorosamente los ritos solemnes del sacrificio, adorando, en apariencia, el culto de sus deidades tutelares, Apolo y Júpiter; pero el tumulto de sus aplausos ofendió la seria religiosidad de Juliano, quien percibió claramente que el humo de sus altares era un incienso más adulador que devoto. El antiguo y grandioso templo que había santificado durante tantos años a la ciudad de Hierápolis[431] ya no existía; y tal vez las riquezas consagradas, que suministraban una generosa manutención a más de trescientos sacerdotes,

precipitaron su ruina. Sin embargo, Juliano tuvo la satisfacción de abrazar a un filósofo y a un amigo cuya firmeza religiosa resistió la presión y los insistentes requerimientos de Constancio y de Galo cada vez que estos príncipes se alojaban en su casa cuando pasaban por Hierápolis. En el apuro de sus preparativos militares y en la confianza despreocupada de una correspondencia familiar, el fervor de Juliano parece haber sido vivo y uniforme. Emprendía una guerra importante y difícil, y la ansiedad por el acontecimiento lo hacía observar y registrar con la mayor atención los presagios más insignificantes, de los cuales, según las reglas de la adivinación, podía derivarse cualquier conocimiento futuro.[432] Informó a Libanio de su marcha hasta Hierápolis en una carta elegante[433] que demuestra la fluidez de su ingenio y su tierna amistad con el sofista de Antioquía.

Hierápolis, situada casi a la orilla del Éufrates,[434] había sido señalada para la reunión general de las tropas romanas, que cruzaron inmediatamente el gran río por un puente de barcas que se había construido previamente.[435] Si las inclinaciones de Juliano hubieran sido similares a las de su antecesor, tal vez habría desperdiciado la activa y oportuna estación del año en el circo de Samosata o en las iglesias de Edesa. Pero como el emperador guerrero no había elegido a Constancio sino a Alejandro como modelo, avanzó sin tardanza hasta Carra,[436] una ciudad muy antigua de Mesopotamia, a ochenta millas (128,74 km) de Hierápolis. El templo de la Luna atrajo la devoción de Juliano; pero el alto, de unos pocos días, se empleó principalmente en completar los inmensos preparativos para la guerra pérsica. El secreto de la expedición permanecía hasta ese momento guardado en su propio pecho; pero como en Carra está la bifurcación de los dos grandes caminos, ya no pudo

ocultar si su plan era atacar los dominios de Sapor por el lado del Tigris o por el del Éufrates. El emperador destacó un cuerpo de treinta mil hombres al mando de su pariente Procopio y de Sebastián, que había sido duque de Egipto. Tenían orden de dirigir su marcha hacia Nisibis y asegurar la frontera contra las incursiones desordenadas del enemigo, antes de intentar cruzar el Tigris. Dejó las operaciones siguientes a criterio de los generales; pero Juliano esperaba que, después de debilitar a sangre y fuego los fértiles distritos de Media y Adiabene, podrían alcanzar las murallas de Ctesifonte al mismo tiempo que, avanzando con iguales pasos por las orillas del Éufrates, él llegara a sitiar la capital de la monarquía persa. El éxito de este plan bien concertado dependía, en gran medida, de la ayuda poderosa y rápida del rey de Armenia, que, sin exponer la seguridad de sus propios dominios, podía destacar un ejército de cuatro mil caballos y veinte mil infantes para asistir a los romanos.[437] Pero el débil Arsaces Tiranus,[438] rey de Armenia, había degradado aún más vergonzosamente que su padre Cosroes las virtudes varoniles del gran Tirídates; y como el pusilánime monarca se oponía a cualquier empresa de peligro y de gloria, supo disfrazar su tímida indolencia con las excusas más decentes de la religión y el agradecimiento. Demostraba un piadoso afecto a la memoria de Constancio, de cuya mano había recibido en matrimonio a Olimpia, hija del prefecto Ablavio; y la alianza con una mujer que había sido educada para ser la esposa del emperador Constante realzaba la dignidad de un rey bárbaro.[439] Tiranus profesaba la religión cristiana, reinaba sobre una nación de cristianos, y estaba imposibilitado, por todos los motivos de conciencia y de interés, para contribuir a una victoria que consumaría la ruina de la Iglesia. El ánimo enajenado de Tiranus se exasperó con la indiscreción de Juliano,

que trató al rey de Armenia como su esclavo y como enemigo de los dioses. El estilo arrogante y amenazador de los mandatos imperiales[440] despertó la secreta indignación de un príncipe que, aun en ese estado humillante de dependencia, era consciente de que su ascendencia real provenía de los Arsácides, señores de Oriente y rivales del poder romano.

Las disposiciones militares de Juliano fueron ideadas hábilmente para engañar a los espías y para distraer la atención de Sapor. Las legiones aparentaban dirigir su marcha hacia Nisibis y hacia el Tigris. Repentinamente giraron hacia la derecha, atravesaron la planicie abierta de Carra y al tercer día llegaron a las orillas del Éufrates, donde los reyes macedonios habían fundado el poderoso pueblo de Niceforio o Calínico. Desde allí, el emperador continuó su marcha por más de noventa millas (144,83 km) a lo largo del sinuoso cauce del Éufrates, hasta que finalmente, como al mes de su salida de Antioquía, descubrió las torres de Circesio, el último límite de los dominios romanos. El ejército de Juliano, el más numeroso de cuantos lideraron los Césares contra Persia, constaba de sesenta y cinco mil soldados eficaces y bien disciplinados. Los grupos de veteranos de caballería e infantería, de romanos y bárbaros, habían sido seleccionados de distintas provincias; pero los fuertes galos, que custodiaban el trono y la persona de su amado príncipe, merecían una justa preeminencia en lealtad y valor. Se trasladó un cuerpo formidable de escitas auxiliares desde otro clima, y casi desde otro mundo, para invadir un país lejano cuyo nombre y situación ignoraban. El amor a la rapiña y a la guerra atrajo a los estandartes imperiales varias tribus de sarracenos, o árabes errantes, de cuyo servicio dispuso Juliano, mientras que les rehusó severamente el pago de los subsidios acostumbrados. El ancho cauce del Éufrates[441] se colmó con

una flota de mil cien barcos destinados a seguir los movimientos y satisfacer las necesidades del ejército romano. La fuerza naval se componía de cincuenta galeras armadas, que eran acompañadas por un número igual de naves de poco calado que ocasionalmente podían unirse para formar un puente provisorio. Las demás embarcaciones, construidas en parte en madera y en parte cubiertas con cuero crudo, estaban cargadas con un suministro casi inagotable de armas y máquinas, de utensilios y provisiones. La humanidad solícita de Juliano había embarcado un abastecimiento muy grande de vinagre y galleta para uso de los soldados; pero prohibió el lujo del vino, y detuvo con rigor una larga recua de camellos innecesarios que intentaban seguir la retaguardia del ejército. El río Caboras desagua en el Éufrates junto a Circesio;[442] y tan pronto como el clarín dio la señal de marcha, los romanos cruzaron la pequeña corriente que separaba dos imperios poderosos y hostiles (7 de abril). La tradición de la antigua disciplina requería un discurso militar, y Juliano aprovechaba cada oportunidad para exhibir su elocuencia. Animó a las legiones, impacientes y atentas, con el ejemplo del coraje inflexible y los gloriosos triunfos de sus antepasados. Estimuló su odio con el vivo retrato de la insolencia de los persas y los exhortó a imitar su firme resolución de exterminar esa nación traidora o sacrificar su vida por la causa de la república. Juliano corroboró su elocuencia con el reparto de ciento treinta monedas de plata para cada soldado y mandó cortar inmediatamente el puente sobre el Caboras para convencer a la tropa de que debía cifrar sus esperanzas de salvamento en el éxito de sus armas. Sin embargo, la prudencia del emperador lo impulsó a asegurar esta frontera lejana, expuesta constantemente a las incursiones de los árabes hostiles. Dejó un destacamento de cuatro mil hombres en Circesio para

completar los diez mil que eran la guarnición regular de esa importante fortaleza.[443]

Desde el momento en que los romanos entraron al país de sus enemigos,[444] vigorosos y astutos, el orden de la marcha se dispuso en tres columnas.[445] La fuerza de la infantería, y por consiguiente la de todo el ejército, se ubicó en el centro, bajo el mando peculiar de su maestre general, Víctor. A la derecha, el bravo Nevita conducía una columna de varias legiones por la orilla del Éufrates, y casi siempre a la vista de la flota. La columna de caballería protegía el flanco izquierdo del ejército. Hormisdas y Arinteo fueron nombrados sus generales; y las aventuras singulares de Hormisdas[446] no dejan de ser interesantes. Era príncipe persa, de la alcurnia real de los sasánidas, que en los problemas de la minoridad de Sapor, había huido de la prisión a la corte hospitalaria del gran Constantino. Hormisdas despertó primero la compasión y a la larga adquirió la estima de sus nuevos señores; su valor y fidelidad lo elevaron a los honores militares del servicio romano; y, aunque cristiano, se permitió la secreta satisfacción de probar a su patria desagradecida que un súbdito humillado puede resultar el enemigo más peligroso. Tal era la disposición de las tres columnas principales. Luciliano cubría el frente y los flancos del ejército con un rápido destacamento de mil quinientos soldados con armamento ligero, cuya activa vigilancia observaba los signos lejanos y comunicaba inmediatamente las noticias de cualquier acercamiento hostil. Dagalaifo y Secundino, duque de Osroene, conducían las tropas de la retaguardia; el bagaje marchaba seguro entre las columnas; y las filas, por utilidad o por ostentación, estaban formadas en un orden tan abierto que toda la línea de marcha se extendía por casi diez millas (16 km). El puesto habitual de Juliano era a la cabeza de la columna

central, pero como prefería los deberes de un general a la solemnidad de un monarca, se movía rápidamente con una pequeña escolta de caballería ligera, al frente, la retaguardia y los flancos, dondequiera que su presencia pudiera animar o proteger la marcha del ejército romano. El país que atravesaban, desde el Caboras hasta las tierras cultivadas de Asiria, puede considerarse como una parte del desierto de Arabia, una extensión seca y estéril que las artes de la industria humana más poderosa nunca pudieron aprovechar. Juliano marchaba por el mismo terreno que habían hollado siete siglos antes los pasos del joven Ciro, y que describe uno de sus compañeros en la expedición, el sabio y heroico Jenofonte.[447] «La región era enteramente llana, tan rasa como el mar, colmada de ajenjos, y si crecía algún otro tipo de arbusto o junco, era aromático, pero no se veían árboles. Avutardas, avestruces, antílopes y asnos salvajes[448] parecían ser los únicos habitantes del desierto, y el cansancio de la marcha se aliviaba con el recreo de la caza.» El viento levantaba con frecuencia la arena suelta del desierto formando nubes de polvo, y muchos soldados de Juliano, con sus tiendas, eran derribados repentinamente por la violencia de un huracán inesperado.

Los arenales de Mesopotamia estaban abandonados a los antílopes y asnos salvajes del desierto; pero en las orillas del Éufrates y en las islas que de tanto en tanto formaba el río, se situaban placenteramente varias ciudades populosas y aldeas. La ciudad de Anah o Anatho,[449] residencia actual de un emir árabe, está formada por dos largas calles que encierran, en una fortificación natural, una pequeña isla en el medio y dos zonas fértiles a cada lado del Éufrates. Los belicosos habitantes de Anatho se mostraron dispuestos a detener la marcha de un emperador romano, hasta que las suaves amonestaciones del príncipe Hormisdas y el terror inminente del ejército y la

armada los disuadieron de tan fatal atrevimiento. Imploraron y obtuvieron la clemencia de Juliano, quien los trasladó a un asentamiento ventajoso cerca de Calcis, en Siria, y admitió que Puseo, el gobernador, ocupara un rango honorable en su ejército y en su amistad. Pero la fortaleza inexpugnable de Tiluta podía menospreciar toda amenaza de sitio, y el emperador tuvo que conformarse con la promesa insultante de que, cuando hubiera sojuzgado las provincias interiores de Persia, Tiluta ya no se rehusaría a honrar el triunfo del conquistador. Los habitantes de los pueblos abiertos, incapaces de resistir y reacios a rendirse, huían precipitadamente; y sus casas, llenas de botines y provisiones, fueron ocupadas por los soldados de Juliano, quienes asesinaron, sin remordimiento y sin castigo, a algunas mujeres indefensas. Durante la marcha, el surenas, o general persa, y Malec Rodosaces, el renombrado emir de la tribu de Gasan,[450] rondaban sin cesar hostigando al ejército; todo rezagado era apresado, todo destacamento era atacado, y el valeroso Hormisdas se salvó con dificultad de sus manos. Pero finalmente los bárbaros fueron rechazados, el país se volvía cada día menos favorable para las operaciones de la caballería, y cuando los romanos llegaron a Macepracta, vieron las ruinas del muro que los antiguos reyes de Asiria habían construido para asegurar sus dominios contra las incursiones de los medos. Estos preliminares de la expedición de Juliano parecen haber llevado quince días, y podemos calcular cerca de trescientas millas (482,7 km) desde la fortaleza de Circesio hasta los muros de Macepracta.[451]

La provincia fértil de Asiria,[452] que se extendía más allá del Tigris hasta las montañas de Media,[453] tenía unas cuatrocientas millas (643,7 km) desde el antiguo muro de Macepracta hasta el territorio de Basora, donde las corrientes del Éufrates y el Tigris

desaguan juntas en el Golfo Pérsico.[454] Toda la región podía reclamar el nombre peculiar de Mesopotamia, puesto que los dos ríos, que nunca se separan más de cincuenta millas (80,46 km), se aproximan a veinticinco (40,23 km) entre Bagdad y Babilonia. Un sinnúmero de canales artificiales, excavados sin mucho esfuerzo en un terreno suave y dócil, conectaba los ríos y atravesaba las llanuras de Asiria. La utilidad de estos canales artificiales era variada e importante. Servían para descargar las aguas sobrantes de un río en el otro, en la estación de sus respectivas crecidas. Dividiéndolos en brazos más y más pequeños refrescaban los terrenos secos y suplían la escasez de lluvias. Facilitaban el intercambio de la paz y el comercio; y como los diques podían destruirse rápidamente, dotaban a los asirios del recurso de oponer, en una situación desesperada, una súbita inundación al avance de un ejército invasor. La naturaleza le había negado al suelo y al clima de Asiria algunos de sus dones más selectos —la vid, el olivo y la higuera—, pero el alimento que abastece la vida del hombre y, particularmente, el trigo y la cebada crecían con inagotable fertilidad; y el agricultor que entregaba una semilla a la tierra era recompensado frecuentemente con un incremento de doscientas o incluso trescientas veces lo que sembraba. Había bosques de innumerables palmeras diseminados por la superficie del país;[455] y los laboriosos nativos celebraban, en verso o en prosa, las trescientas sesenta utilidades que hábilmente le daban al tronco, las ramas, las hojas, el jugo y la fruta. Mucha gente se dedicaba a la fabricación de varias manufacturas, especialmente en cuero y lienzo, y proporcionaban valiosos materiales para el comercio exterior, que sin embargo parece haber estado en manos extranjeras. Babilonia había sido convertida en un jardín real, pero cerca de las ruinas de la antigua capital se habían levantado

sucesivamente nuevas ciudades; y la popularidad de la región se exhibía en la abundancia de pueblos y aldeas, construidos con ladrillos secados al sol y firmemente unidos con betún, la producción natural y peculiar del suelo babilónico. Mientras los sucesores de Ciro reinaron en Asia, sólo la provincia de Asiria mantenía, durante una tercera parte del año, la lujosa abundancia de la mesa y la casa del Gran Rey. Cuatro aldeas considerables estaban asignadas a la subsistencia de los perros indios; se mantenían, a expensas del país, ochocientos sementales y dieciséis mil yeguas para los establos reales, y, como el tributo diario que se pagaba al sátrapa ascendía a media fanega de plata, podemos calcular la renta anual de Asiria en más de un millón doscientas mil libras esterlinas.[456]

Juliano consagró los campos de Asiria a las calamidades de la guerra (mayo de 363 d. C.); y el filósofo vengó en un pueblo inocente los saqueos y las crueldades cometidas por su arrogante señor en las provincias romanas. Los asirios, temerosos, acudieron a la ayuda de sus ríos, y completaron con sus propias manos la ruina del país. Los caminos quedaron intransitables, un torrente de agua inundó el campamento, y durante varios días la tropa de Juliano tuvo que batallar con las dificultades más desalentadoras. Pero todos los obstáculos fueron superados por la perseverancia de los legionarios, que estaban acostumbrados al trabajo tanto como al peligro, y que se sentían animados por el espíritu de su líder. El daño se fue reparando gradualmente; se restauraron las aguas a su cauce apropiado, se cortaron bosques de palmeras y se colocaron sobre las partes dañadas de los caminos, y el ejército cruzó los canales más anchos y profundos sobre puentes de balsas que flotaban con la ayuda de vejigas. Dos ciudades de Asiria osaron resistirse a las armas del emperador romano, y ambas pagaron su temeridad

con severos castigos. A una distancia de cincuenta millas (80,46 km) de la residencia real de Ctesifonte, Perisabor o Ambar, merecía el segundo lugar en la provincia: una ciudad grande, populosa y bien fortificada, rodeada por una muralla doble, casi ceñida por un brazo del Éufrates y defendida por el valor de una guarnición numerosa. Rechazaron con menosprecio las advertencias de Hormisdas, e hirieron los oídos del príncipe persa con el justo reproche de que, desconociendo su ascendencia real, conducía un ejército de extranjeros contra su rey y su país. Los asirios sostuvieron su lealtad con una defensa tan hábil como tenaz, hasta que, tras un golpe afortunado del ariete, que abrió una gran brecha al demoler un ángulo del muro, se retiraron precipitadamente a las fortificaciones de su ciudadela interior. Los soldados de Juliano se lanzaron impetuosamente al pueblo, y después de saciar todos los apetitos militares, Perisabor quedó reducida a cenizas, y las máquinas que asaltaron la ciudadela se irguieron sobre las ruinas de las casas humeantes. La contienda continuó con una incesante y mutua descarga de proyectiles; y la superioridad que los romanos podían derivar del poder mecánico de sus balistas y sus catapultas se balanceó con la ventaja en el terreno por parte de los sitiados. Pero en cuanto se construyó una *helépolis*, que podía emparejarse con la muralla más alta, el aspecto tremendo de un torreón movible que no dejaba esperanzas de resistencia o clemencia aterrorizó a los defensores de la ciudadela hasta la humillación, y la plaza se rindió sólo dos días después de que Juliano apareciera por primera vez bajo los muros de Perisabor. Dos mil quinientas personas de ambos sexos, débiles restos de un pueblo floreciente, fueron autorizadas a retirarse; el abundante acopio de trigo, de armas y de espléndidos bienes se distribuyó en parte entre las tropas y en parte se reservó al

servicio público; las reservas inservibles se quemaron o se arrojaron al Éufrates; y la suerte de Amida quedó vengada con la ruina total de Perisabor.

La ciudad, o más bien fortaleza, de Maogamalca, defendida por dieciséis altas torres, un foso profundo y dos muros fuertes y sólidos de ladrillo y betún, había sido construida, aparentemente, a una distancia de once millas (17,7 km), como salvaguardia para la capital de Persia. El emperador, temeroso de dejar tan importante fortaleza a su retaguardia, sitió inmediatamente Maogamalca; y el ejército romano se distribuyó para tal propósito en tres divisiones. Se le ordenó a Víctor, a la cabeza de la caballería y de un destacamento de infantería pesada, que despejara el terreno hasta las orillas del Tigris y las afueras de Ctesifonte. La conducción del ataque fue asumida por el mismo Juliano, que aparentó cifrar todo su éxito en la maquinaria militar que levantó contra los muros, mientras secretamente ideaba un método más eficaz para introducir sus tropas en el corazón de la ciudad. Bajo la dirección de Nevita y Dagalaifo, se abrieron trincheras a una distancia considerable y se prolongaron gradualmente hasta la orilla del foso. Rápidamente lo llenaron de tierra, y con el trabajo incesante de la tropa, se excavó bajo los cimientos de la muralla un túnel sostenido a intervalos regulares con pilares de madera. Tres cohortes selectas, avanzando en una fila simple, exploraron silenciosamente el oscuro y peligroso pasaje, hasta que su intrépido líder hizo correr la voz de que estaba listo para salir de su encierro a las calles de la ciudad enemiga. Juliano contuvo el ímpetu de esas cohortes para asegurar el éxito, e inmediatamente desvió la atención de la guarnición con el tumulto y el clamor de un asalto general. Los persas, que desde su muralla miraban con menosprecio el desarrollo de un ataque impotente,

celebraban con cantos de triunfo la gloria de Sapor, y aseguraron confiadamente al emperador que podía tener más esperanza de ascender a la mansión estrellada de Ormuzd que de tomar la ciudad inexpugnable de Maogamalca. La ciudad ya estaba tomada. La historia ha recordado el nombre de un soldado raso, el primero en salir del túnel y ascender a una torre solitaria. Sus compañeros ensancharon el pasaje empujando con un valor impaciente. Ya había mil quinientos enemigos en el centro de la ciudad. La guarnición sorprendida abandonó los muros y su única esperanza de salvación; al instante se derribaron las puertas; y la venganza de los soldados, a menos que fuera postergada por la lujuria o la avaricia, se sació con una masacre indiscriminada. El gobernador, que se había rendido bajo la promesa de misericordia, fue quemado vivo unos días después bajo el cargo de haber pronunciado algunas palabras irrespetuosas contra el honor del príncipe Hormisdas. Las fortificaciones fueron arrasadas, y no quedaron vestigios de que alguna vez haya existido la ciudad de Maogamalca. Los alrededores de la capital persa estaban engalanados con tres majestuosos palacios, laboriosamente enriquecidos con cuanto pudiera complacer el lujo y el orgullo de un monarca oriental. La agradable ubicación de los jardines en las márgenes del Tigris se perfeccionó, según el gusto persa, con la simetría de las flores, fuentes y paseos sombríos; y se cercaron amplios parques para albergar osos, leones y jabalíes, que se mantenían a un costo considerable para el placer de la caza real. Las cercas se rompieron, la caza salvaje se abandonó a los dardos de los soldados y los palacios de Sapor fueron reducidos a cenizas por orden del emperador romano. Juliano, en esta ocasión, se mostró ignorante o descuidado de las reglas de civilidad que la prudencia y el refinamiento de los siglos cultos han establecido

entre los príncipes enemigos. Pero estos estragos arbitrarios no deben provocar ninguna emoción vehemente de piedad o resentimiento en nuestros pechos. Una estatua simple, desnuda, realizada por la mano de un artista griego, tiene un valor más genuino que todos aquellos monumentos toscos y costosos elaborados por los bárbaros; y si nos afecta más profundamente la ruina de un palacio que la quema de una choza, nuestro humanismo habrá hecho una estimación muy equivocada de las miserias humanas.[457]

Juliano era para los persas objeto de terror y de odio; y los pintores de esa nación representaban al invasor de su país bajo el emblema de un furioso león que vomitaba un fuego exterminador.[458] Ante sus amigos y soldados, el héroe filosófico aparecía bajo una luz más afable; y sus virtudes nunca se exhibieron de un modo más evidente que durante el último y más activo período de su vida. Practicó sin esfuerzo, y casi sin mérito, su templanza y sobriedad habituales. De acuerdo con los dictámenes de esa sabiduría artificial que asume un dominio absoluto sobre el alma y el cuerpo, rechazó severamente la satisfacción de los apetitos más naturales.[459] En el clima cálido de Asiria, que incitaba al suntuoso pueblo a gratificar la sensualidad de sus deseos,[460] un joven conquistador conservaba su castidad pura e intacta; nunca, ni siquiera por curiosidad, cayó Juliano en la tentación de visitar a sus cautivas de exquisita belleza,[461] quienes, en vez de resistirse a su poder, se hubieran disputado unas a otras el honor de sus abrazos. Con la misma firmeza con que se resistía a los atractivos del amor, sufría las privaciones de la guerra. Cuando los romanos marchaban por terrenos llanos y anegados, su soberano, a pie y encabezando las legiones, compartía sus fatigas y animaba su diligencia. En cada trabajo provechoso, la mano de Juliano estaba lista y enérgica; y

la púrpura imperial se mojaba y se ensuciaba tanto como la ruda vestimenta del último soldado. Los dos sitios le dieron alguna oportunidad extraordinaria de exhibir su valor personal, que en el mejor estado del arte militar rara vez puede ejercer un general prudente. El emperador se paró ante la ciudadela de Perisabor, insensible a su extremo peligro, y animó a su tropa a derribar las puertas de hierro, mientras era casi aplastado por una nube de armas arrojadizas e inmensas piedras dirigidas contra su persona. Cuando examinaba las fortificaciones exteriores de Maogamalca, dos persas, inmolándose por su patria, se le abalanzaron de pronto con sus cimitarras desenvainadas; el emperador recibió con destreza sus golpes con el escudo en alto, y con un ataque firme y certero, dejó muerto a uno de sus adversarios a sus pies. El aprecio de un príncipe que posee las virtudes que alaba es la recompensa más noble de un súbdito digno; y la autoridad que Juliano derivaba de su mérito personal le permitía restablecer e imponer la severidad de la disciplina antigua. Castigó con la muerte o la afrenta el mal desempeño de tres escuadrones de caballería que, en una escaramuza con el surenas, habían perdido su honor y uno de sus estandartes; y distinguió con la corona *obsidional*[462] el valor de los primeros soldados que asomaron a la ciudad de Maogamalca. Después del sitio a Perisabor, el emperador ejerció su firmeza contra la avaricia insolente de su ejército, que vociferaba porque sus servicios se recompensaban con el insignificante donativo de cien piezas de plata. Su justa indignación se expresó en el lenguaje grave y varonil de un romano: «El objeto de vuestro deseo es la riqueza; esa riqueza está en manos de los persas, y los despojos de este país fértil se presentan como el premio a vuestro valor y disciplina. Creedme», añadió Juliano, «la república romana, que antes poseía tan inmensos tesoros, está reducida ahora a la

necesidad y la miseria, desde que nuestros príncipes fueron persuadidos, por ministros débiles e interesados, de comprar con oro la tranquilidad de los bárbaros. El erario está exhausto, las ciudades están arruinadas, las provincias están despobladas. En cuanto a mí, la única herencia que recibí de mis ancestros reales es un alma incapaz de temer; y mientras esté convencido de que todo beneficio real está en el alma, no tendré vergüenza de confesar una pobreza honrada, que en los días de la virtud antigua se consideraba la gloria de Fabricio. Esa gloria y esa virtud pueden ser vuestras, si queréis escuchar la voz del cielo y de vuestro caudillo. Pero si queréis persistir temerariamente, si estáis resueltos a renovar el ejemplo vergonzoso y malvado de viejas sediciones, seguid. Como corresponde a un emperador que ha ocupado el primer lugar entre los hombres, estoy preparado para morir de pie y para despreciar una vida precaria que puede depender a toda hora de una fiebre imprevista. Si no soy digno de seguir en el mando, hay ahora entre vosotros —lo digo con orgullo y placer— muchos capitanes cuyo mérito y experiencia los capacitan para conducir la guerra más importante. Tal ha sido el temple de mi reinado, que puedo retirarme sin remordimiento ni temor a la oscuridad de la vida privada».[463] La humilde determinación de Juliano tuvo como respuesta el aplauso unánime y la obediencia entusiasta de los romanos, quienes declararon su confianza en la victoria mientras lucharan bajo las banderas de su heroico príncipe. Su coraje se enardecía con las afirmaciones frecuentes y conocidas de Juliano (ya que esos deseos eran sus juramentos): «¡Así podré reducir a los persas bajo el yugo!», «¡así podré restaurar la fuerza y el esplendor de la república!». El amor a la celebridad era la ardiente pasión de su alma; pero no fue sino hasta que caminó sobre las ruinas de Maogamalca que se permitió decir: «Ahora

estamos proporcionando algunos materiales para el sofista de Antioquía».[464]

El exitoso valor de Juliano triunfó sobre todos los obstáculos que resistieron su marcha a las puertas de Ctesifonte. Pero todavía estaba lejana la toma, e incluso el sitio, de la capital persa; y no puede comprenderse claramente la conducta militar del emperador sin un conocimiento del país que fue teatro de sus valientes y diestras operaciones.[465] Veinte millas (32,18 km) al sur de Bagdad, y en la orilla oriental del Tigris, la curiosidad de los viajeros ha observado algunas ruinas de los palacios de Ctesifonte, que en tiempo de Juliano era una ciudad grande y populosa. El nombre y la gloria de la vecina Seleucia se habían extinguido para siempre, y el único barrio que quedaba de aquella colonia griega había recobrado, con el idioma y las costumbres asirias, el nombre primitivo de Cocha. Cocha se situaba del lado occidental del Tigris, pero se consideraba naturalmente como las afueras de Ctesifonte, con la cual podemos suponer que se conectaba a través de un puente permanente de barcas. Ambas partes, unidas, recibieron la apelación común de Al Modain (las ciudades), nombre que dieron los orientales a la residencia de invierno de los sasánidas; y toda la periferia de la capital persa estaba poderosamente fortificada con las aguas del río, altas murallas y ciénagas intransitables. Juliano fijó su campamento junto a las ruinas de Seleucia, y lo aseguró con foso y valla contra las salidas de la guarnición numerosa y emprendedora de Cocha. En este territorio fértil y placentero, los romanos estaban plenamente abastecidos de agua y forraje; y varias fortalezas, que hubieran podido entorpecer los movimientos del ejército, cedieron, después de alguna resistencia, a los esfuerzos de su valor. La flota pasó del Éufrates a una desviación artificial de ese río, que

desemboca con una corriente navegable y caudalosa en el Tigris, a una corta distancia más *abajo* de la gran ciudad. Si hubieran seguido ese canal real, que lleva el nombre de Nahar-Malcha,[466] la situación intermedia de Cocha hubiera separado la flota y el ejército de Juliano; y al precipitado intento de navegar contra la corriente del Tigris y forzar su camino atravesando una capital enemiga le hubiera seguido la destrucción total de la armada romana. La prudencia del emperador previó el peligro y proveyó el remedio. Como había estudiado minuciosamente las operaciones de Trajano en el mismo país, pronto recordó que su antecesor guerrero había excavado un nuevo canal navegable que, dejando Cocha a la derecha, vertía las aguas del Nahar-Malcha en el río Tigris a cierta distancia *sobre* las ciudades. Con la información de los campesinos, Juliano rastreó los vestigios de la antigua obra, que estaba casi cerrada intencional o accidentalmente. Con el trabajo infatigable de los soldados, se preparó rápidamente un canal ancho y profundo para recibir las aguas del Éufrates. Se construyó un sólido dique para interrumpir el curso ordinario del Nahar-Malcha: un torrente impetuoso se precipitó en su nuevo lecho; y la flota romana, dirigiendo su curso triunfal hasta el Tigris, burló las barreras vanas e ineficaces que los persas de Ctesifonte habían levantado para oponerse a su paso.

Como se hacía necesario trasportar el ejército romano por el Tigris, se presentó otra tarea, menos complicada, pero más peligrosa que la expedición anterior. La corriente era caudalosa y rápida; el ascenso, empinado y dificultoso; y las trincheras dispuestas en las sierras de la ribera opuesta estaban abarrotadas de un ejército numeroso de coraceros muy pertrechados, diestros arqueros y enormes elefantes que —según la extravagante hipérbole de Libanio— podían pisotear con la

misma facilidad un campo de trigo o una legión de romanos.[467] En presencia de tal enemigo, la construcción de un puente era impracticable; y el valiente príncipe, que encontraba de inmediato el único recurso posible, ocultó su plan, hasta el momento de su ejecución, al conocimiento de los bárbaros, de su propia tropa e incluso de sus mismos generales. Con el engañoso pretexto de examinar el estado de las provisiones se descargaron gradualmente ochenta bajeles, y le ordenó a un destacamento escogido, aparentemente destinado a alguna expedición secreta, que estuvieran sobre las armas a la primera señal. Juliano disfrazó la silenciosa ansiedad de su ánimo con sonrisas de confianza y satisfacción; y entretuvo a las naciones enemigas con el insultante espectáculo de juegos militares celebrados bajo las murallas de Cocha. El día estuvo dedicado al recreo; pero en cuanto pasó la hora de la cena, el emperador reunió a los generales en su tienda y les informó que había fijado esa noche para cruzar el Tigris. Quedaron en silencio, respetuosamente asombrados; pero cuando el venerable Salustio hizo uso del privilegio que le daban su edad y experiencia, el resto de los jefes apoyó con libertad el peso de sus sensatas protestas.[468] Juliano se contentó con observar que la conquista y la salvación dependían del intento; que en lugar de disminuir, el número de enemigos aumentaría con sucesivos refuerzos, y que una larga demora no estrecharía el cauce ni allanaría la ribera. Al instante se dio y se obedeció la señal; los legionarios más impacientes saltaron a cinco bajeles que estaban cerca de la orilla; y, como remaron con valiente diligencia, en un momento se perdieron en la oscuridad de la noche. Una llamarada resplandeció en la margen opuesta; y Juliano, quien entendió claramente que sus bajeles de vanguardia habían sido incendiados por el enemigo cuando intentaban desembarcar,

transformó hábilmente su extremo peligro en un presagio de victoria. «Nuestros compañeros», exclamó con entusiasmo, «ya son dueños de la orilla. Mirad: están haciendo la señal convenida; apresurémonos a emular y asistir su coraje». El movimiento unido y veloz de una gran flota quebró la violencia de la corriente, y alcanzaron la ribera oriental del Tigris a tiempo para apagar las llamas y rescatar a sus comprometidos compañeros. El peso de las armaduras y la oscuridad de la noche aumentaban las dificultades de un ascenso largo y empinado. Una lluvia de piedras, flechas y fuego caía incesantemente sobre la cabeza de los atacantes, quienes, después de una ardua lucha, escalaron la ribera y se pararon victoriosos sobre la trinchera. En cuanto estuvieron en un terreno más parejo, Juliano, que con su infantería ligera había dirigido el ataque,[469] lanzó una mirada diestra y experta a sus líneas; sus soldados más valientes, según los preceptos de Homero,[470] fueron distribuidos a vanguardia y retaguardia; y todos los clarines del ejército imperial llamaron a batalla. Los romanos, con un grito militar, avanzaron a pasos regulares al compás animador de la música marcial; lanzaron sus formidables jabalinas y embistieron blandiendo las espadas para privar a los bárbaros, mediante un ataque cerrado, de la ventaja de sus armas arrojadizas. Todo el combate duró más de doce horas, hasta que la retirada gradual de los persas se convirtió en una huida desordenada, de la cual los principales líderes y el mismo surenas dieron el vergonzoso ejemplo. Fueron perseguidos hasta las puertas de Ctesifonte, y los conquistadores hubieran podido entrar en la consternada ciudad[471] si su general, Víctor, herido gravemente de un flechazo, no los hubiera conminado a desistir de un intento tan temerario que sería fatal si no era exitoso. Los romanos, por *su* parte, reconocieron la pérdida de sólo setenta y cinco hombres,

mientras afirmaban que los bárbaros habían dejado en el campo de batalla dos mil quinientos, y hasta seis mil, de sus soldados más valientes. El botín fue el que podía esperarse de las riquezas y el lujo de un campamento oriental; grandes cantidades de plata y oro, armas y utensilios espléndidos, y camas y mesas de plata maciza. El emperador victorioso distribuyó, como premios al valor, varios dones honoríficos, coronas cívicas, murales y navales, que él, y tal vez sólo él, consideraba más preciosos que las riquezas de Asia. Se ofreció un sacrificio solemne al dios de la guerra, pero las apariciones de las víctimas amenazaron con los eventos más desfavorables; y Juliano descubrió pronto, por señales menos ambiguas, que había llegado ya a la cumbre de su prosperidad.[472]

A los dos días de la batalla, la guardia del palacio, los Jovianos y Herculios, y la tropa restante, que componían cerca de dos tercios de todo el ejército, atravesaron a salvo el Tigris (junio de 363 d. C.).[473] Mientras los persas contemplaban desde los muros de Ctesifonte la desolación de los alrededores, Juliano volvió su ansiosa mirada hacia el Norte con la esperanza de que, así como él había penetrado victoriosamente hasta la capital de Sapor, la marcha y unión de sus lugartenientes, Sebastián y Procopio, hubiera sido ejecutada con el mismo coraje y diligencia. Pero sus expectativas fueron defraudadas por la traición del rey armenio, que permitió y probablemente dirigió la deserción de sus tropas auxiliares del campamento romano;[474] y por el desacuerdo de sus dos generales, que fueron incapaces de idear y realizar algún plan para el servicio público. Cuando el emperador renunció a las esperanzas de este importante refuerzo, condescendió a mantener un concilio de guerra, y aprobó, después de un largo debate, la opinión de aquellos generales que rechazaban el sitio a Ctesifonte como una

empresa ineficaz y perniciosa. No es fácil para nosotros concebir por qué artes de fortificación una ciudad sitiada y tomada tres veces por los antecesores de Juliano pudo hacerse inexpugnable contra un ejército de sesenta mil romanos, comandados por un general valiente y experto, y abundantemente abastecido de barcos, provisiones, maquinaria y reservas militares. Pero podemos asegurar con tranquilidad, por el amor a la gloria y el desprecio por el peligro que constituían el carácter de Juliano, que no se desalentó por ningún obstáculo trivial o imaginario. [475] Al mismo tiempo se negaba al sitio de Ctesifonte, rechazaba con obstinación y desprecio las ofertas más lisonjeras para negociar la paz. Sapor, que se había acostumbrado a la ostentación lenta de Constancio, se sorprendió con la intrépida diligencia de su sucesor. Ordenó a los sátrapas de las provincias distantes, desde los confines de la India y Escitia, que juntasen sus tropas y marchasen sin demora en auxilio de su monarca. Pero sus preparativos eran dilatados; sus movimientos, lentos; y antes de que Sapor pudiera poner un ejército en campaña, recibió la triste noticia de la devastación de Asiria, la ruina de sus palacios y la matanza de sus tropas más valientes, que defendían el pasaje del Tigris. El orgullo real se humilló en el polvo; comía sus banquetes en el suelo y el desorden de su cabello expresaba el dolor y la ansiedad de su ánimo. Tal vez no se hubiera negado a comprar con una mitad de su reino la seguridad de la restante, y de buena gana hubiera suscripto, en un tratado de paz, ser un aliado leal y dependiente del conquistador romano. Con el pretexto de un asunto privado, se envió secretamente a un ministro de alto rango y confianza a abrazar las rodillas de Hormisdas para requerirle, en el lenguaje de un suplicante, ser llevado en presencia del emperador. El príncipe sasánida, fuera porque escuchaba la voz del orgullo o la

de la humanidad, fuera porque consultaba los sentimientos de su origen o los deberes de su situación, estaba igualmente inclinado a promover una medida beneficiosa que terminara con las calamidades de Persia y que afianzara el triunfo de los romanos. Quedó atónito con la firmeza inflexible de un héroe que recordaba, por desgracia para sí mismo y para su patria, que Alejandro había rechazado invariablemente las proposiciones de Darío. Pero como Juliano era consciente de que la esperanza de una paz segura y honorable podía entibiar el ardor de sus tropas, le pidió seriamente a Hormisdas que despidiese en privado al ministro de Sapor y que le ocultase al campamento esta peligrosa tentación.[476]

Tanto el honor como el interés de Juliano le prohibieron desperdiciar su tiempo bajo las murallas inexpugnables de Ctesifonte; y cada vez que desafiaba a los bárbaros que defendían la ciudad a enfrentarlo en campo abierto, le contestaban prudentemente que, si deseaba ejercer su valor, podía buscar al ejército del Gran Rey. Sintió el insulto y aceptó el consejo. En vez de limitarse a marchar servilmente por las orillas del Tigris y el Éufrates, resolvió imitar el espíritu aventurero de Alejandro e internarse audazmente por las provincias hasta obligar a su rival a pelear con él, quizás en las llanuras de Arbela, por el imperio del Asia. La magnanimidad de Juliano fue aplaudida y traicionada por la astucia de un persa noble, que por la causa de su patria se sometió generosamente a desempeñar un papel lleno de peligro, falsedad y vergüenza.[477] Con un grupo de seguidores leales desertó del campamento imperial; expuso en un relato engañoso las injurias que había sufrido; exageró la crueldad de Sapor, el descontento del pueblo y la debilidad de la monarquía, y se ofreció con convicción como rehén y guía del ejército romano. La sabiduría y

experiencia de Hormisdas animaron, sin efecto, los motivos más razonables de sospecha; y el crédulo Juliano, quien recibió al traidor en su pecho, fue persuadido de dictar una orden apresurada que, en la opinión de todos, pareció cuestionar su prudencia y poner en peligro su seguridad. En una sola hora destruyó toda la armada, que se había trasladado más de quinientas millas (804,65 km) a costa de tanto trabajo, tesoros y sangre. Se reservaron doce, o como máximo veintidós pequeños bajeles para acompañar, sobre carruajes, la marcha del ejército y formar, ocasionalmente, puentes para cruzar los ríos. Se preservaron provisiones para uso de los soldados por veinte días; y el resto de los abastecimientos, con una flota de mil cien bajeles anclados en el Tigris, fueron abandonados a las llamas por disposición absoluta del emperador. Los obispos cristianos Gregorio y Agustín denostan la locura del apóstata, quien ejecutó por sus propias manos la sentencia de la justicia divina. Su autoridad, tal vez de menor peso en una cuestión militar, se confirma con el juicio sereno de un soldado experto que fue espectador del incendio y que no pudo desaprobar los rumores adversos de la tropa.[478] Sin embargo, no faltan algunas razones plausibles, y tal vez sólidas, que pueden justificar la resolución de Juliano. La navegación del Éufrates nunca llegó más arriba de Babilonia, ni la del Tigris más arriba de Opis.[479] La distancia del campamento romano a esta última ciudad no era muy considerable; y Juliano hubiera debido renunciar pronto al intento vano e impracticable de forzar el rumbo de una gran flota contra la corriente de un río tan rápido,[480] obstaculizado en varios puntos con cataratas naturales o artificiales.[481] El poder de las velas y los remos era insuficiente, se hacía necesario remolcar los barcos contra la corriente del río; la fuerza de veinte mil soldados se consumió en este trabajo tedioso y servil; y si los

romanos continuaban su marcha por las orillas del Tigris, sólo podían esperar volver a casa sin conseguir ninguna empresa digna del genio o la suerte de su líder. Si, por el contrario, era aconsejable internarse en el país, la destrucción de la armada y el almacenamiento eran las únicas medidas que podían evitar que ese valioso premio cayera en manos de las tropas numerosas y dispuestas que podían salir abruptamente de las puertas de Ctesifonte. Si las armas de Juliano hubieran resultado victoriosas, admiraríamos ahora tanto la conducta como el coraje de un héroe que, privando a sus soldados de la esperanza de una retirada, sólo les dejó la alternativa de morir o conquistar.[482]

El engorroso aparato de artillería y bagajes, que retarda las operaciones de los ejércitos modernos, era en gran medida desconocido en los campamentos romanos.[483] Sin embargo, en cualquier época, la subsistencia de sesenta mil hombres debe haber sido una de las preocupaciones más importantes de un general prudente; y esa subsistencia sólo puede provenir del país enemigo o del propio. Aun cuando hubiera sido posible para Juliano mantener un puente de comunicación sobre el Tigris y preservar los pueblos conquistados en Asiria, una provincia desolada no podía suministrar ningún abastecimiento importante o regular en la estación del año en que las tierras se cubrían con la inundación del Éufrates[484] y el aire insalubre se oscurecía con nubes de innumerables insectos.[485] El campo enemigo parecía más tentador. La región que se extiende entre el río Tigris y las montañas de Media estaba colmada de aldeas y pueblos, y el terreno, fértil en su mayor parte, estaba en un estado floreciente de cultivo. Juliano podía esperar que un conquistador que poseía los dos medios más convincentes de persuasión, el acero y el oro, se procuraría fácilmente

abundantes provisiones por el temor o la codicia de los nativos. Pero cuando los romanos se aproximaron, esta perspectiva próspera y feliz se derribó inmediatamente. Dondequiera que se movían, los habitantes abandonaban las aldeas abiertas y se resguardaban en las ciudades fortificadas; se llevaban los rebaños, incendiaban mieses y praderas, y en cuanto disminuían las llamas que detenían la marcha de Juliano, él contemplaba el rostro melancólico de un desierto humeante y desnudo. Este método desesperado pero efectivo de defensa sólo puede ser ejecutado por el entusiasmo de un pueblo que prefiere su independencia a su propiedad, o por el rigor de un gobierno arbitrario que se ocupa de la seguridad pública sin someterse a su libertad de elección. En este caso, el afán y la obediencia de los persas secundaba las órdenes de Sapor; y el emperador pronto se vio limitado a las escasas provisiones que continuamente se le escapaban de las manos. Antes de que se consumieran por entero, aún podía alcanzar las ciudades pacíficas y opulentas de Ecbátana y Susa, forzando una marcha rápida y directa;[486] pero fue privado de este último recurso por su ignorancia de los caminos y por la perfidia de sus guías. Los romanos vagaron varios días por el país hacia el este de Bagdad; el desertor persa, que los había conducido con astucia a la trampa, escapó de su ira; y sus seguidores confesaron el secreto de la conspiración tan pronto como fueron torturados. Hircania y la India, cuyas conquistas visionarias habían ocupado tanto el ánimo de Juliano, eran ahora su mayor tormento. Consciente de que su propia imprudencia había causado la consternación pública, balanceaba ansiosamente las esperanzas de salvación o éxito, sin obtener una respuesta satisfactoria ni de los dioses ni de los hombres. Finalmente resolvió, como la única medida posible, dirigir sus pasos a las márgenes del Tigris, con el plan de

salvar su ejército mediante una rápida marcha hacia el confín de Corduene, una provincia fértil y amistosa que reconocía la soberanía de Roma. La tropa abatida obedeció la señal de retirada, sólo setenta días después de haber cruzado el Caboras con la expectativa optimista de derribar el trono de Persia[487] (16 de junio).

Mientras los romanos parecían internarse en el país, varios cuerpos de caballería persa observaban su marcha y los provocaban a larga distancia, mostrándose a veces sueltos y a veces en orden cerrado, y sosteniendo apenas algunas escaramuzas con las avanzadas. Estos destacamentos, sin embargo, estaban apoyados por fuerzas mucho mayores, y no bien la cabeza de las columnas apuntó hacia el Tigris, una nube de polvo se levantó sobre la planicie. Los romanos, que entonces sólo aspiraban a lograr una retirada segura y rápida, intentaron convencerse de que esa aparición era ocasionada por un tropel de asnos salvajes, o quizás por la llegada de algunos árabes amigos. Hicieron alto, plantaron sus tiendas, fortificaron su campamento, pasaron la noche entera entre continuas alarmas, y descubrieron al amanecer que estaban rodeados por un ejército de persas. Este ejército, que podía considerarse sólo como la vanguardia de los bárbaros, pronto fue seguido por el cuerpo principal de coraceros, arqueros y elefantes, comandados por Meranes, un general de rango y reputación. Lo acompañaban dos hijos del rey y varios de los sátrapas mayores; y la fama y la expectativa exageraron el poder de las fuerzas restantes, que avanzaban lentamente conducidas por el mismo Sapor. Como los romanos continuaban su marcha, su larga formación, obligada a inclinarse o dividirse según las irregularidades del terreno, ofrecía oportunidades frecuentes y favorables para sus vigilantes enemigos. Los persas cargaban repetidamente con

furia y eran repetidamente rechazados con firmeza; y la acción de Maronga, que casi mereció el nombre de batalla, sobresalió por una pérdida considerable de sátrapas y elefantes, tal vez de igual valor a los ojos del monarca. Estas importantes ventajas no se obtenían sin una matanza proporcionada del lado de los romanos: varios oficiales distinguidos murieron o fueron heridos; y el mismo emperador, que en todas las ocasiones de peligro inspiraba y guiaba el valor de su tropa, debió exponer su persona y ejercer sus capacidades. El peso de las armas ofensivas y defensivas, que aún constituían la fuerza y seguridad de los romanos, les imposibilitaba cualquier persecución larga o eficaz; y como los jinetes de Oriente estaban entrenados en lanzar sus jabalinas y disparar sus arcos a alta velocidad y en cualquier dirección posible,[488] la caballería persa nunca era más formidable que en el momento de una huida rápida y desordenada. Pero la pérdida más cierta e irreparable de los romanos era la del tiempo. Los fuertes veteranos, acostumbrados al clima frío de Galia y Germania, desfallecían bajo el calor sofocante del verano asirio; su vigor se consumía con la repetición incesante de marchas y combates; y la marcha del ejército se suspendía por las precauciones de una retirada lenta y peligrosa en presencia de un enemigo activo. En el campamento romano, el valor y el precio de la subsistencia aumentaban cada día, cada hora, en tanto disminuían los abastos.[489] Juliano, que siempre se conformaba con la ración que hubiera despreciado un soldado hambriento, repartía para el uso de la tropa las provisiones imperiales y lo que pudiera separarse de la dotación para los caballos de los generales y tribunos. Pero este débil alivio sólo sirvió para agravar la sensación de penuria general; y los romanos empezaron a concebir el tenebroso recelo de que todos perecerían por hambre o por la espada de los bárbaros,

antes de poder alcanzar las fronteras del imperio.[490]

Mientras Juliano luchaba con las dificultades casi insuperables de su situación, aún dedicaba las silenciosas horas de la noche al estudio y la contemplación. Cada vez que cerraba sus ojos en sueños cortos e interrumpidos, su mente se agitaba con penosa ansiedad: no sería sorprendente pensar que el numen del Imperio apareciese una vez más ante él, con su cabeza y su cuerno de la abundancia cubiertos por un velo fúnebre, y retirándose lentamente de la tienda imperial. El monarca se levantó de su lecho, y al salir a refrescar su espíritu agotado con el aire de la medianoche, contempló un meteorito ardiente que atravesó el cielo y desapareció súbitamente. Juliano se convenció de que había visto el semblante amenazador del dios de la guerra;[491] el concilio de los agoreros toscanos[492] que reunió declaró unánimemente que debía abstenerse de cualquier acción; pero en este caso la razón y la necesidad prevalecieron ante la superstición; y al romper el día sonaron los clarines. El ejército marchó a través de una región montañosa, y los persas habían ocupado las sierras en secreto. Juliano condujo la vanguardia con la destreza y la atención de un general consumado; se alarmó con la noticia de que su retaguardia había sido atacada repentinamente. El calor lo movió a dejar a un lado su armadura; pero le arrebató el escudo a uno de sus acompañantes y se apresuró, con suficientes refuerzos, en auxilio de la retaguardia. Un peligro similar llamó al intrépido príncipe a defender el frente, y mientras cabalgaba entre las columnas, una furiosa carga de caballería persa y elefantes atacó, y casi dominó, el centro del ala izquierda. Ese pesado cuerpo pronto fue rechazado con la oportuna evolución de la infantería ligera, que apuntó con destreza y eficacia sus armas contra las espaldas de los jinetes y las piernas de los elefantes. Los bárbaros

huyeron; y Juliano, que estaba primero ante cualquier peligro, alentó la persecución con su voz y sus gestos. Su nerviosa guardia, dispersa y abrumada por la muchedumbre revuelta de amigos y enemigos, le recordó a su audaz soberano que estaba sin armadura y lo conminó a evitar la ruina inminente. Mientras gritaban,[493] los escuadrones fugitivos descargaron una nube de dardos y flechas; y una jabalina, después de arañar la piel de su brazo, le traspasó las costillas y se clavó en la parte inferior de su hígado. Juliano intentó desprender el arma mortal de su costado, pero el filo del acero cortó sus dedos y cayó exánime del caballo. Los guardias volaron en su auxilio, levantaron suavemente del suelo al emperador herido y lo llevaron fuera del tumulto de la batalla, hasta una tienda cercana. El informe del triste acontecimiento pasó de grado en grado, pero el dolor infundió en los romanos un valor invencible y deseos de venganza. Los dos ejércitos mantuvieron la sangrienta y obstinada contienda hasta que fueron separados por la oscuridad total de la noche. Los persas lograron algún honor con la ventaja que obtuvieron contra el ala izquierda, donde murió Anatolio, maestre de oficios, y apenas escapó el prefecto Salustio. Pero los acontecimientos del día fueron adversos a los bárbaros. Abandonaron el campo; sus dos generales, Meranes y Nohordates,[494] cincuenta nobles o sátrapas y una multitud de sus mejores soldados fueron muertos; y el éxito de los romanos, si Juliano hubiera sobrevivido, podría haber sido una victoria decisiva y provechosa.

Las primeras palabras que pronunció Juliano cuando se recuperó del desfallecimiento en el que cayó por la pérdida de sangre expresaron su espíritu guerrero. Pidió su caballo y sus armas y se mostró impaciente por correr a la batalla. El penoso esfuerzo consumió las fuerzas que le quedaban; y los cirujanos

que examinaron su herida descubrieron los síntomas de la muerte próxima. Enfrentó ese momento atroz con el temperamento firme de un héroe y de un sabio; los filósofos que lo acompañaron en esta fatal expedición compararon la tienda de Juliano con la prisión de Sócrates; y los testigos que por obligación, amistad o curiosidad se habían reunido alrededor de su lecho escucharon con respetuoso dolor la oración fúnebre de su emperador moribundo.[495] «Amigos y compañeros de armas, llegó el plazo oportuno de mi partida; y cumplo, con el júbilo de un deudor preparado, con la demanda de la naturaleza. He aprendido de la filosofía cuánto más importante es el alma que el cuerpo, y que la separación de la sustancia más noble debe ser motivo de alegría antes que de aflicción. He aprendido de la religión que una muerte temprana suele ser un premio a la piedad,[496] y acepto, como un favor de los dioses, el golpe mortal que me resguarda contra el peligro de deshonrar un carácter que hasta ahora se ha apoyado en la virtud y la fortaleza. Muero sin remordimiento como he vivido sin culpa. Me complazco en reflexionar sobre la inocencia de mi vida privada; y puedo afirmar con confianza que la autoridad suprema, esa emanación del Poder Divino, se ha conservado pura e inmaculada en mis manos. Detestando las máximas corruptas y destructivas del despotismo, he considerado la felicidad del pueblo como la finalidad del gobierno. Subordinando mis acciones a las leyes de la prudencia, la justicia y la moderación, he confiado los acontecimientos al cuidado de la providencia. La paz fue el objeto de mis deseos, mientras que la paz fuera compatible con el bienestar público; pero cuando la voz imperiosa de mi país me llamó a las armas, expuse mi persona a los peligros de la guerra, con la clara previsión —que adquirí de las artes de la adivinación— de que mi destino era morir por

una espada. Ahora ofrezco mi tributo de agradecimiento al Ser Eterno, que no consintió que pereciera por la crueldad de un tirano, por la daga secreta de una conspiración o por los tormentos dilatados de una lenta enfermedad. Me ha dado, en medio de una carrera honorable, una despedida espléndida y gloriosa de este mundo, y tengo por igualmente absurdo e igualmente vil, solicitar o rehusar el golpe del destino. He intentado decir mucho; pero mis fuerzas me abandonan, y siento que la muerte se aproxima. Voy a abstenerme cuidadosamente de pronunciar cualquier palabra que influencie vuestros sufragios en la elección de un emperador. Mi elección podría ser imprudente y desacertada; y si no fuera ratificada por el consentimiento del ejército, podría ser fatal para la persona que hubiera recomendado. Sólo expresaré, como un buen ciudadano, mis esperanzas de que los romanos puedan ser bendecidos con el gobierno de un soberano virtuoso.» Tras este discurso, que Juliano pronunció con un tono de voz firme y bondadoso, distribuyó, mediante un testamento militar,[497] los restos de su fortuna privada; y al hacer alguna pregunta sobre por qué no estaba presente Anatolio, entendió, por la respuesta de Salustio, que había muerto; y lloró, con amable inconsecuencia, la pérdida de su amigo. Al mismo tiempo reprobó el dolor inmoderado de los presentes, y los intimó a no deshonrar con lágrimas afeminadas la suerte de un príncipe que en unos instantes estaría unido a los cielos y a las estrellas.[498] Los presentes se quedaron en silencio; y Juliano entabló una discusión metafísica con los filósofos Prisco y Máximo sobre la naturaleza del alma. El esfuerzo que hizo con su mente y su cuerpo probablemente apresuró su muerte. Su herida comenzó a sangrar con renovada violencia; la hinchazón de las venas le entorpeció la respiración; pidió un trago de agua fresca y,

cuando la hubo bebido, murió sin dolor, cerca de la medianoche. Éste fue el fin de aquel hombre extraordinario, a los treinta y dos años de edad, tras un reinado de un año y unos ocho meses desde la muerte de Constancio. En sus últimos momentos mostró, tal vez con alguna ostentación, el amor a la virtud y a la fama, que habían sido las pasiones dominantes de su vida.[499]

El triunfo del cristianismo y las calamidades del Imperio deben, en cierta medida, atribuirse al mismo Juliano, quien se negó a asegurar la concreción futura de sus planes designando oportuna y sensatamente a un socio y un sucesor. Pero la alcurnia real de Constancio Cloro se redujo a su propia persona; y si abrigaba seriamente el pensamiento de investir con la púrpura al más digno entre los romanos, se desvió de su propósito por las dificultades de la elección, los celos del poderío, el temor a la ingratitud y la jactancia natural del vigor, la juventud y la prosperidad. Su inesperada muerte dejó al Imperio sin dueño y sin heredero, en un estado de incertidumbre y de peligro que no había sido experimentado en ochenta años, desde la elección de Diocleciano. En un gobierno que casi había olvidado la distinción de la sangre pura y noble, la superioridad de nacimiento importaba poco; las pretensiones de la jerarquía militar eran accidentales y precarias; y los candidatos que aspiraban al trono vacante sólo podían apoyarse en el conocimiento de sus méritos personales o en la esperanza de la aceptación popular. Pero la situación de un ejército hambriento, cercado por una hueste bárbara, acortaba los momentos de pena y de deliberación. En esta escena de terror y aflicción, el cadáver del príncipe difunto, según sus propias directivas, fue decorosamente embalsamado; y al amanecer, los generales convocaron un senado militar, al cual fueron invitados

los comandantes de las legiones y los oficiales de infantería y caballería. Pasaron tres o cuatro horas de la noche entre manejos secretos, y cuando se propuso la elección de un emperador, el espíritu de facción comenzó a agitar la asamblea. Víctor y Arinteo disponían de los restos de la corte de Constancio; los amigos de Juliano eran afectos a los jefes galos Dagalaifo y Nevita; y podía temerse que de la discordia entre dos partidos tan opuestos en sus características e intereses, en sus máximas de gobierno y tal vez en sus principios religiosos, se derivasen las consecuencias más fatales. Sólo las virtudes sobresalientes de Salustio podían reconciliar las desavenencias y unir los votos; y el venerable prefecto hubiera sido declarado inmediatamente sucesor de Juliano, si él mismo, con sincera y modesta firmeza, no hubiera alegado su edad y sus dolencias, tan inadecuadas para el peso de la diadema. Los generales, sorprendidos y desconcertados con su declinación, se mostraron dispuestos a adoptar el saludable consejo de un oficial inferior[500] de que debían actuar como en ausencia del emperador, poner en práctica todas sus habilidades para liberar al ejército de su actual conflicto y, si tenían la suficiente suerte como para alcanzar los confines de la Mesopotamia, proceder, en armonía y con detenimiento, a la elección de un soberano legítimo. Mientras debatían, unas cuantas voces saludaron a Joviano, que sólo era el primero de los domésticos,[501] con los nombres de Emperador y Augusto. La guardia que rodeaba la tienda repitió al instante la tumultuosa aclamación, y en unos minutos llegó al extremo de la línea. El nuevo príncipe, atónito con su propia fortuna, fue investido precipitadamente con los ornamentos imperiales, y recibió un juramento de fidelidad de los generales cuyo favor y protección había solicitado poco antes. La recomendación más fuerte de Joviano era el mérito de su padre, el conde

Varroniano, que disfrutaba, en un honorable retiro, los frutos de sus largos servicios. En la oscura libertad de su situación privada, el hijo satisfacía su gusto por el vino y las mujeres, aunque sostenía, con mérito, la reputación de cristiano[502] y de soldado. Sin sobresalir en ninguna de las aptitudes ambiciosas que excitan la admiración y la envidia de la humanidad, la figura agraciada de Joviano, su temperamento alegre y su agudeza amistosa le granjearon el afecto de sus compañeros, y los generales de ambos partidos se conformaron con una elección popular que no había sido dirigida por las artes de sus enemigos. El orgullo de este ascenso imprevisto estaba atenuado por el fundado temor de que el mismo día podían terminar la vida y el reinado del nuevo emperador. La voz urgente de la necesidad se obedeció sin demora; y las primeras órdenes que expidió Joviano, a pocas horas del fallecimiento de su antecesor, fueron relativas a la continuación de la marcha, que era lo único que podía rescatar a los romanos de su actual peligro.[503]

La consideración de un enemigo se expresa más sinceramente por sus temores, y el nivel de temor puede medirse con precisión por la alegría con que celebra su liberación. La grata noticia de la muerte de Juliano, que un desertor llevó al campamento de Sapor, infundió en el abatido monarca una súbita confianza en la victoria. Inmediatamente destacó a la caballería real, quizás los diez mil *Inmortales*,[504] para secundar y apoyar la persecución y descargar todo el peso de sus fuerzas unidas sobre la retaguardia de los romanos. La retaguardia quedó sumida en el desorden; las renombradas legiones, que recibieron su título de Diocleciano y su belicoso compañero, fueron quebradas y pisoteadas por los elefantes; y tres tribunos perdieron su vida intentando contener la huida de sus soldados. Finalmente se restableció la batalla gracias al valor perseverante

de los romanos; los persas fueron rechazados con una gran matanza de hombres y elefantes; y el ejército, después de marchar y pelear durante un largo día de verano, llegó al anochecer a Samara, en las orillas del Tigris, unas cien millas (160,93 km) sobre Ctesifonte.[505] Al día siguiente, en vez de acosar la marcha de Juliano, los bárbaros atacaron su campamento, que había sido alzado en un valle profundo y aislado. Los arqueros persas insultaban y hostigaban desde las colinas a los exhaustos legionarios; y un cuerpo de caballería, que había ingresado por la puerta pretoriana con un coraje desesperado, fue destrozado después de una reñida lucha, cerca de la tienda del emperador. A la noche siguiente se resguardó el campamento de Carche con los altos diques del río; y el ejército romano, aunque expuesto en todo momento a la persecución ultrajante de los sarracenos, alzó sus tiendas cerca de la ciudad de Dura,[506] a los cuatro días del fallecimiento de Juliano. El Tigris estaba todavía a su izquierda; sus esperanzas y provisiones casi se habían consumido; y los impacientes soldados, que se habían convencido ingenuamente de que las fronteras del Imperio no estaban muy lejos, solicitaron a su nuevo soberano que les permitiese aventurarse a cruzar el río. Con la ayuda de sus oficiales más sensatos, Joviano procuró contener su impetuosidad manifestándoles que, aun si poseían suficiente destreza y vigor como para contrarrestar el raudal de una corriente profunda y rápida, sólo se entregarían desnudos e indefensos a los bárbaros, que habían ocupado la orilla opuesta. Cediendo por fin a sus clamorosas molestias, consintió con reticencia que quinientos galos y germanos, acostumbrados desde su infancia a las aguas del Rin y del Danubio, intentaran la osada aventura, que podía servir como estímulo o como advertencia para el resto del ejército. En el silencio de la noche

cruzaron a nado el Tigris, sorprendieron un puesto desprotegido de los enemigos, y al amanecer dieron la señal de su determinación y de su suerte. El éxito de esta tentativa inclinó al emperador a escuchar las promesas de sus arquitectos, que propusieron construir un puente flotante con las pieles infladas de ovejas, bueyes y cabras, cubiertas con una capa de tierra y maleza.[507] Perdieron dos días importantes en este infructuoso trabajo; y los romanos, que ya soportaban las miserias del hambre, lanzaban miradas desahuciadas sobre el Tigris y sobre los bárbaros, cuyo número y obstinación aumentaban con las penurias del ejército imperial.[508]

En esta situación desesperada, el ánimo débil de los romanos revivió con el eco de la paz. La transitoria jactancia de Sapor había desaparecido: observó, con seria preocupación, que en la reiteración de combates parejos había perdido a sus nobles más fieles e intrépidos, a sus tropas más valientes y la mayor parte de su manada de elefantes; y el experimentado monarca temía provocar la resistencia de la desesperación, las vicisitudes de la suerte y los poderes aún no agotados del Imperio Romano, que pronto podían avanzar para socorrer, o para vengar, al sucesor de Juliano. El mismo surena, acompañado de otro sátrapa, se presentó en el campamento de Joviano,[509] y manifestó que la clemencia de su soberano se avenía a expresar las condiciones bajo las cuales accedería a perdonar y despedir al César con los vestigios de su ejército prisionero. La esperanza de salvación atenuó la firmeza de los romanos; el dictamen de su consejo y los gritos de los soldados forzaron al emperador a aceptar la oferta de paz; y el prefecto Salustio fue enviado inmediatamente, con el general Arinteo, para escuchar la voluntad del Gran Rey. El astuto persa dilató la conclusión del acuerdo bajo varios pretextos; creaba dificultades, pedía explicaciones, proponía

documentos, se retractaba de sus concesiones, aumentaba sus demandas, y consumió cuatro días en los ardides de la negociación, hasta que agotó las provisiones que todavía quedaban en el campamento romano. Si Joviano hubiera sido capaz de llevar a cabo una medida valiente y sensata, habría continuado su marcha con incesante diligencia; el avance del tratado habría suspendido los ataques de los bárbaros, y antes de que terminara el cuarto día podría haber alcanzado a salvo la provincia fértil de Corduene, distante sólo cien millas (160,93 km).[510] El indeciso emperador, en vez de quebrantar los esfuerzos del enemigo, esperó su destino con paciente resignación, y aceptó las condiciones humillantes de paz que ya no estaba en su poder desechar. Las cinco provincias más allá del Tigris, que habían sido cedidas por el abuelo de Sapor, fueron devueltas a la monarquía persa. Adquirió, por un único artículo, la ciudad inexpugnable de Nisibis, que había resistido en tres sitios sucesivos los esfuerzos de su ejército. Singara y el castillo de los moros, una de las plazas más fuertes de la Mesopotamia, fueron igualmente separadas del Imperio. Se consideró como una indulgencia que se les permitiera a los habitantes de esas fortalezas retirarse con sus haberes; pero el vencedor insistió con rigor en que los romanos abandonasen para siempre al rey y reino de Armenia. Se pactó la paz, o más bien una larga tregua de treinta años, entre las naciones enemigas; la fe del tratado se ratificó con juramentos solemnes y ceremonias religiosas; y, para asegurar el cumplimiento de las condiciones,[511] se repartieron recíprocamente rehenes de distinguida jerarquía.

El sofista de Antioquía, que miraba con indignación el cetro de su héroe en la mano débil de un sucesor cristiano, declara su admiración por la moderación de Sapor al conformarse con una parte tan pequeña del Imperio Romano. Si hubiera extendido

hasta el Éufrates el reclamo de su ambición, podía haber estado seguro, dice Libanio, de no encontrarse con una negativa. Si hubiera fijado como límite de Persia el Orontes, el Cidno, el Sangario, e incluso el Bósforo de Tracia, los aduladores en la corte de Joviano no habrían sido insuficientes para convencer al tímido monarca de que las restantes provincias todavía podrían satisfacer ampliamente el poder y el lujo.[512] Sin adoptar esta maliciosa insinuación en toda su fuerza, debemos reconocer que la ambición privada de Joviano facilitó la concreción de un tratado tan ignominioso. El oscuro doméstico, ascendido al trono por la suerte más que por sus méritos, estaba impaciente por escapar de las manos de los persas para prevenir los intentos de Procopio, que mandaba el ejército de Mesopotamia, y establecer su dudoso reinado sobre las legiones y provincias que todavía ignoraban la precipitada y tumultuosa elección del campamento más allá del Tigris.[513] En las cercanías del mismo río, no muy lejos del fatal puesto de Dura,[514] los diez mil griegos, sin generales, guías o provisiones, fueron abandonados, a más de mil doscientas millas (1. 931,16 km) de su país, al resentimiento de un monarca victorioso. La diferencia de *su* conducta y éxito dependió mucho más de su carácter que de su situación. En vez de resignarse dócilmente a las deliberaciones secretas y a las miras personales de un solo individuo, el dictamen de los griegos unidos estaba inspirado por el generoso entusiasmo de una asamblea popular, donde el ánimo de cada ciudadano se llena con el amor a la gloria, el orgullo de la libertad y el menosprecio hacia la muerte. Conscientes de su superioridad en armas y en disciplina sobre los bárbaros, se negaron a rendirse y rechazaron la capitulación; su paciencia, coraje y habilidad militar superaron todos los obstáculos; y la memorable retirada de los diez mil expuso y ofendió la debilidad

de la monarquía persa.[515]

Como precio de estas vergonzosas concesiones, el emperador romano tal vez podría haber estipulado que el campamento de los romanos fuera plenamente abastecido[516] y que les permitieran cruzar el Tigris por el puente que habían construido los persas. Pero si Juliano se atrevió a solicitar esos términos equitativos, fueron duramente rechazados por el arrogante tirano de Oriente, cuya clemencia había perdonado a los invasores de su país. Los sarracenos interceptaban a veces a los rezagados en la marcha, pero los generales y las tropas de Sapor respetaron la tregua y se consintió que Joviano buscase el lugar más conveniente para cruzar el río. Los pequeños bajeles que habían sido salvados del incendio de la flota prestaron el servicio más esencial. Primero llevaron al emperador y a sus favoritos, y luego transportaron, en varios viajes sucesivos, gran parte del ejército. Pero como cada cual estaba ansioso por su seguridad personal y temeroso de quedarse en la orilla enemiga, los soldados, demasiado impacientes como para esperar el lento retorno de los botes, se aventuraban en balsas livianas u odres inflados y, remolcando sus caballos, intentaban con mayor o menor éxito cruzar el río a nado. Muchos de estos audaces aventureros fueron tragados por las olas; muchos otros, arrastrados por la violencia de la corriente, fueron una presa fácil para la avaricia o la crueldad de los árabes salvajes; y la pérdida del ejército en el cruce del Tigris no fue inferior a la matanza de un día de batalla. Tan pronto como los romanos alcanzaron la margen occidental, se liberaron de la persecución hostil de los bárbaros; pero soportaron, en una marcha trabajosa de doscientas millas (321,86 km) por las llanuras de la Mesopotamia, los extremos de la sed y del hambre. Tuvieron que atravesar un arenoso desierto que, en una extensión de

setenta millas (112,65 km), no les proporcionó una sola brizna de agradable hierba ni un solo manantial de agua fresca, y en el resto del inhóspito yermo no había una huella amiga ni enemiga. Si se descubría en el campamento una pequeña medida de harina, se pagaban ávidamente veinte libras (9,2 kg) a diez piezas de oro,[517] se mataban y se devoraban los animales de carga, y el desierto quedó cubierto con las armas y arreos de los soldados romanos, cuyas ropas andrajosas y rostros descarnados mostraban sus sufrimientos pasados y su actual miseria. Un pequeño convoy de provisiones se adelantó al encuentro del ejército hasta el castillo de Ur; y el abastecimiento fue tanto más grato en cuanto demostraba la lealtad de Sebastián y de Procopio. El emperador recibió amablemente en Tilsafata[518] a los generales de Mesopotamia; y los restos de un ejército que una vez fue floreciente reposaron al fin bajo los muros de Nisibis. Los mensajeros de Joviano ya habían proclamado, en un lenguaje adulador, su elección, su tratado y su regreso; y el nuevo príncipe había tomado las medidas más eficaces para asegurar la lealtad de los ejércitos y las provincias de Europa, poniendo los mandos militares en manos de aquellos oficiales que, por interés o por inclinación, apoyarían firmemente la causa de su benefactor.[519]

Los amigos de Juliano habían anunciado con confianza el éxito de su expedición. Tenían la vana creencia de que los templos de los dioses se enriquecerían con los trofeos de Oriente; de que Persia sería reducida al humilde estado de una provincia tributaria, gobernada por las leyes y los magistrados de Roma; de que los bárbaros adoptarían la vestimenta, las costumbres y el idioma de sus conquistadores, y de que la juventud de Ecbátana y Susa estudiaría las artes de la retórica con maestros griegos.[520] Con el avance del ejército de Juliano se

interrumpió la comunicación con el Imperio, y desde el momento en que cruzaron el Tigris, sus afectuosos súbditos desconocían el destino y la suerte de su príncipe. El triste rumor de su muerte interrumpió la contemplación de imaginarios triunfos, y persistieron en la duda hasta que ya no pudieron negar la verdad de aquel fatal acontecimiento.[521] Los mensajeros de Joviano divulgaron el relato engañoso de una paz prudente y necesaria; la voz de la fama, más fuerte y más sincera, reveló el deshonor del emperador y las condiciones del ignominioso tratado. El ánimo del pueblo se llenó de asombro y dolor, de indignación y terror, cuando se le informó que el indigno sucesor de Juliano había renunciado a las cinco provincias adquiridas por la victoria de Galerio y que había entregado vergonzosamente a los bárbaros la importante ciudad de Nisibis, el firme baluarte de las provincias de Oriente.[522] Se discutió libremente en las conversaciones populares la profunda y peligrosa cuestión de hasta dónde deben observarse los tratados cuando se vuelven incompatibles con la seguridad pública, y se abrigó alguna esperanza de que el emperador se redimiera de su comportamiento pusilánime con un magnífico acto de traición patriótica. El espíritu inflexible del Senado romano siempre se había desentendido de las condiciones desfavorables provocadas por el peligro de su ejército cautivo; y si hubiera sido necesario entregar al general culpable a manos de los bárbaros para satisfacer el honor nacional, la mayor parte de los súbditos de Joviano hubiera aceptado de buen grado los antecedentes de los tiempos antiguos.[523]

Pero el emperador, cualesquiera que fuesen los límites de su autoridad constitucional, era el dueño absoluto de las leyes y las armas del Estado, y los mismos motivos que lo habían obligado a firmar el tratado de paz lo forzaban ahora a cumplirlo. Estaba

impaciente por asegurar un imperio a costa de unas pocas provincias, y los nombres respetables de la religión y el honor encubrían los temores personales y la ambición de Joviano. No obstante las respetuosas solicitudes de los habitantes, tanto el decoro como la prudencia le impedían al emperador alojarse en el palacio de Nisibis; pero a la mañana siguiente de su llegada, Bineses, embajador de Persia, entró en la plaza, enarboló en la ciudadela el estandarte del Gran Rey, y proclamó en su nombre la cruel alternativa de exilio o servidumbre. Los principales ciudadanos de Nisibis, que hasta aquel momento fatal habían confiado en la protección de su soberano, se arrojaron a sus pies. Lo instaron a no abandonar una colonia leal, o al menos a no entregarla, a la cólera de un tirano bárbaro, exasperado por las tres derrotas sucesivas que había sufrido bajo los muros de Nisibis. Todavía poseían armas y valor para repeler a los invasores de su país; sólo pedían autorización para usarlos en defensa propia; y tan pronto como afirmaran su independencia, le implorarían el favor de ser admitidos nuevamente en el rango de sus súbditos. Sus argumentos, su elocuencia, sus lágrimas fueron inútiles. Joviano alegó, con alguna confusión, la santidad del juramento; y como la renuencia con que aceptó el presente de una corona de oro convenció a los ciudadanos de su desesperada situación, el abogado Silvano se vio inducido a exclamar: «¡Oh, emperador! ¡Así seas coronado por todas las ciudades de vuestros dominios!». Joviano, que en pocas semanas había asumido los hábitos de un príncipe,[524] se molestó con la libertad y se ofendió con la verdad; y como supuso con razón que el descontento del pueblo podía inclinarlo a someterse al gobierno persa, publicó un edicto, bajo pena de muerte, ordenando que debían dejar la ciudad dentro del término de tres días. Amiano ha delineado en vivos colores la escena de

desesperación general, que parece haber mirado con compasión.[525] La juventud guerrera desamparó, con dolor indignado, las murallas que había defendido tan gloriosamente; la doliente desconsolada dejó caer una última lágrima sobre la tumba de un hijo o un esposo, que pronto debía ser profanada por la mano ruda de un dueño bárbaro; y el ciudadano anciano besó el umbral y se aferró a las puertas de la casa donde había pasado las horas alegres y despreocupadas de su infancia. La trémula multitud abarrotó las carreteras; las distinciones de rango, sexo y edad se perdieron en la calamidad general. Cada cual procuraba llevarse algún resto de su fortuna; y como no podían disponer del servicio inmediato de un número adecuado de caballos o carros, tuvieron que dejar tras ellos la mayor parte de sus objetos de valor. La insensibilidad salvaje de Joviano parece haber agravado las dificultades de esos infelices fugitivos. Sin embargo, fueron asentados en un barrio recién construido de Amida; y esa ciudad en ascenso, con el refuerzo de una colonia muy considerable, recobró pronto su antiguo esplendor y se transformó en la capital de Mesopotamia.[526] El emperador despachó órdenes similares para la evacuación de Singara y el castillo de los moros, y para la restitución de las cinco provincias más allá del Tigris. Sapor disfrutó de la gloria y los frutos de su victoria; y esta paz ignominiosa ha sido considerada con justicia como una época memorable en la decadencia y caída del Imperio Romano. Los antecesores de Joviano habían renunciado a veces al dominio de provincias distantes e improductivas; pero desde la fundación de la ciudad, el numen de Roma, el dios Término, que custodiaba las fronteras de la república, nunca se había retirado ante la espada de un enemigo victorioso.[527]

Una vez que Joviano cumplió aquellos compromisos que la

voz de su pueblo lo había tentado a violar, se apresuró a marcharse del escenario de la deshonra y se encaminó con toda su corte a disfrutar del lujo de Antioquía.[528] Sin consultar los mandatos del celo religioso, se dispuso, por humanidad y gratitud, a otorgar los últimos honores a los restos de su soberano difunto;[529] y Procopio, que lamentaba sinceramente la pérdida de su pariente, fue removido del mando del ejército, bajo el pretexto decoroso de conducir el funeral. El cadáver de Juliano se trasladó de Nisibis a Tarso en una lenta marcha de quince días, y cuando pasaba por las ciudades de Oriente, era saludado por las facciones enemigas con lamentos fúnebres e insultos clamorosos. Los paganos ya ubicaban a su amado héroe en la jerarquía de aquellos dioses cuyo culto había restaurado, mientras que las invectivas de los cristianos perseguían el alma del apóstata hasta el infierno y su cuerpo hasta el sepulcro.[530] Un grupo lamentaba la ruina próxima de sus altares, el otro celebraba la maravillosa liberación de la Iglesia. Los cristianos aplaudían con fuerza y ambiguamente el golpe de la venganza divina, que había estado suspendido durante tanto tiempo sobre la cabeza culpable de Juliano. Manifestaban que la muerte del tirano, en el momento en que expiró más allá del Tigris, fue *revelada* a los santos de Egipto, Siria y Capadocia;[531] y en vez de admitir que había caído por los flechazos persas, su indiscreción atribuía la heroica muerte a la mano oculta de algún campeón mortal o inmortal de la fe.[532] Una declaración tan imprudente fue adoptada con entusiasmo por la malicia o la credulidad de sus adversarios,[533] que insinuaban oscuramente o afirmaban en secreto que los administradores de la Iglesia habían instigado y dirigido el fanatismo de un asesino doméstico.[534] Más de dieciséis años después de la muerte de Juliano, el cargo fue solemne y vehementemente impulsado por Libanio en un

discurso público dirigido al emperador Teodosio. Sus sospechas no se apoyan en hechos ni en argumentos, y sólo podemos apreciar el generoso afán del sofista de Antioquía por las cenizas frías y descuidadas de su amigo.[535]

Era una antigua costumbre, tanto en los funerales como en los triunfos de Roma, que la voz de la alabanza debía corregirse con la de la sátira y el ridículo, y que, en medio de la espléndida ceremonia que mostraba la gloria de los vivos o de los muertos, no debían ocultarse sus imperfecciones a los ojos del mundo.[536] Esta costumbre se practicó en los funerales de Juliano. Los comediantes, resentidos por su desprecio y aversión al teatro, exhibieron con el aplauso del auditorio cristiano una representación viva y exagerada de las faltas y desatinos del emperador difunto. Su carácter diverso y sus costumbres singulares proporcionaron un amplio campo al cumplido y al ridículo.[537] En el ejercicio de sus inusuales talentos descendía a menudo por debajo de la majestad de su rango. Alejandro fue transformado en Diógenes, el filósofo fue degradado a sacerdote. Su excesiva vanidad manchó la pureza de su virtud, su superstición alteró la paz y arriesgó la seguridad de un poderoso imperio; y su extraña agudeza tenía menos derecho a la indulgencia en tanto parecía ser un esfuerzo trabajoso del artificio o incluso de la afectación. Los restos de Juliano fueron enterrados en Tarso de Cilicia; pero su imponente tumba, que se levanta en esa ciudad a la orilla del fresco y cristalino Cidno, [538] desagradaba a los fieles amigos que amaban y reverenciaban la memoria de aquel hombre extraordinario. El filósofo expresó su deseo, muy racional, de que el discípulo de Platón reposara entre las arboledas de la Academia,[539] mientras que los soldados exclamaban, en el tono más audaz, que las cenizas de Juliano debían haber sido mezcladas con las de César, en el Campo de

Marte, y entre los antiguos monumentos a la virtud romana.[540] La historia de los príncipes no repite con frecuencia un ejemplo de competencia similar.

XXV

GOBIERNO Y MUERTE DE JOVIANO - ELECCIÓN DE VALENTINIANO, QUIEN SE ASOCIA A SU HERMANO VALENTE Y HACE LA DIVISIÓN FINAL ENTRE LOS IMPERIOS DE ORIENTE Y OCCIDENTE - REBELIÓN DE PROCOPIO - ADMINISTRACIÓN CIVIL Y ECLESIÁSTICA - GERMANIA - BRETAÑA - ÁFRICA - EL ORIENTE - EL DANUBIO - MUERTE DE VALENTINIANO - SUS DOS HIJOS, GRACIANO Y VALENTINIANO II, SUCESORES EN EL IMPERIO OCCIDENTAL

La muerte de Juliano había dejado los asuntos públicos del Imperio en una situación muy vacilante y arriesgada. El ejército romano se salvó mediante un tratado indecoroso, pero quizás necesario,[541] y el devoto Joviano consagró los primeros momentos de paz a restablecer la tranquilidad interna de la Iglesia y del Estado (363 d. C.). La imprudencia de su antecesor, en vez tender a la reconciliación en la guerra religiosa, la había fomentado; y el equilibrio que aparentaba conservar entre los bandos enemigos sólo sirvió para perpetuar la contienda con las vicisitudes de la esperanza y el miedo, por las demandas opuestas de la posesión antigua y el actual favoritismo. Los cristianos habían olvidado el espíritu del Evangelio y los paganos se habían contagiado con el espíritu de la Iglesia. En las familias se extinguieron los sentimientos naturales con la furia ciega del fervor y la venganza; la majestad de las leyes fue violada o abusada; se mancharon de sangre las ciudades de Oriente, y los enemigos más implacables de los romanos estaban en el seno de

su propio país. Joviano fue educado en la profesión del cristianismo; y cuando marchó desde Nisibis a Antioquía, el estandarte de la Cruz, el *labarum* de Constantino, que otra vez se mostraba a la cabeza de las legiones, anunciaba al pueblo la fe de su nuevo emperador. Tan pronto como subió al trono, expidió una circular a todos los gobernadores de las provincias en la cual confesaba la divina verdad y aseguraba el establecimiento legal de la religión cristiana. Fueron abolidos los edictos insidiosos de Juliano, y restablecidas y ampliadas las inmunidades eclesiásticas, y Joviano condescendía a lamentarse de que la miseria de la época lo obligara a disminuir los repartos caritativos.[542] Los cristianos fueron unánimes en el aplauso fuerte y sincero que le otorgaron al sucesor piadoso de Juliano; pero aún ignoraban el credo o sínodo que elegiría como norma de la ortodoxia; y la paz de la Iglesia revivió inmediatamente aquellas ávidas disputas que se habían suspendido durante el período de persecución. Los líderes episcopales de las sectas contendientes, convencidos por su experiencia de lo mucho que dependía su destino de las primeras impresiones que pudieran grabar en el ánimo de un soldado inculto, se aglomeraron en la corte de Edesa o de Antioquía. En las carreteras de Oriente se amontonaban los obispos homoousianos, arrianos, semiarrianos y eunomianos que luchaban por sobrepasarse en la carrera sagrada; las habitaciones del palacio retumbaban con sus clamores, y asaltaron, y tal vez azoraron, los oídos del príncipe con una extraña mezcla de argumentos metafísicos e invectivas apasionadas.[543] La moderación de Joviano, que recomendaba la concordia y la comprensión y remitía a los contendientes a la sentencia de un futuro concilio, fue interpretada como un síntoma de indiferencia; pero finalmente su adhesión al credo Niceno fue descubierta y declarada por la reverencia que mostró

por las virtudes *celestiales*[544] del gran Atanasio. El intrépido veterano de la fe, a los setenta años, había salido de su retiro a la primera noticia de la muerte del tirano. La aclamación del pueblo lo sentó una vez más en el trono arzobispal, y aceptó o anticipó sabiamente la invitación de Joviano. La figura venerable de Atanasio, su calmo valor y elocuencia insinuante, sostuvieron la reputación que ya había adquirido en las cortes de cuatro príncipes consecutivos.[545] Apenas hubo ganado la confianza y asegurado la fe del emperador cristiano, regresó triunfalmente a su diócesis y continuó durante diez años[546] dirigiendo el gobierno eclesiástico de Alejandría, Egipto y la Iglesia católica con consejos maduros y vigor constante. Antes de partir de Antioquía, aseguró a Joviano que su devoción ortodoxa sería premiada con un reinado largo y pacífico. Atanasio tenía razones para esperar que se le concediera el mérito de una predicción acertada o la excusa de una plegaria agradecida, pero infructuosa.[547]

La fuerza más pequeña, cuando se utiliza para ayudar y guiar el descenso natural de su objeto, opera con un peso irresistible; y Joviano tuvo la buena suerte de abrazar las opiniones religiosas sostenidas por el espíritu de la época y por el fervor y el número de la secta más poderosa.[548] Bajo su reinado, el cristianismo obtuvo una victoria fácil y duradera; y tan pronto como la sonrisa del patrocinio real le fue retirada, el genio del paganismo, que había sido cariñosamente levantado y abrigado por las arterías de Juliano, se hundió irremisiblemente en el polvo. En muchas ciudades, los templos se cerraron o quedaron desiertos; los filósofos, que habían abusado de su privilegio transitorio, creyeron prudente afeitarse las barbas y ocultar su profesión; y los cristianos se alegraron de verse ahora en situación de perdonar o vengar los agravios que habían sufrido

en el reinado anterior.[549] La consternación del mundo pagano se disipó con un edicto de tolerancia sensato y benévolo, en el cual Joviano declaraba explícitamente que, aunque debería castigar severamente los ritos sacrílegos de magia, sus súbditos podían ejercer libremente y a salvo las ceremonias de la antigua religión. La memoria de esta ley ha sido preservada por el orador Temistio, enviado por el senado de Constantinopla para manifestar su lealtad al nuevo emperador. Temistio se explaya sobre la clemencia de la Naturaleza Divina, la facilidad del error humano, los derechos de conciencia y la independencia del ánimo; y con alguna elocuencia inculca los principios de la tolerancia filosófica, cuyo auxilio no se avergüenza de implorar la superstición misma en momentos de angustia. Advierte con justicia que en las vicisitudes recientes, ambas religiones habían sido alternativamente deshonradas con la adquisición aparente de prosélitos indignos, de aquellos partidarios de la púrpura reinante que podían pasar, sin una razón y sin pudor, de la iglesia al templo y de las aras de Júpiter a la sagrada mesa de los cristianos.[550]

En un plazo de siete meses, la tropa romana, ya de regreso en Antioquía, había marchado mil quinientas millas (2413,95 km), soportando todas las dificultades de la guerra, del hambre y del clima (octubre de 363 d. C.). A pesar de sus servicios, del cansancio y del invierno inminente, el tímido y ansioso Joviano otorgó a los hombres y a los caballos un respiro de sólo seis semanas. El emperador no podía sufrir las burlas indiscretas y maliciosas del pueblo de Antioquía.[551] Estaba impaciente por tomar el palacio de Constantinopla y prevenir la ambición de algún competidor que pudiera ganarle la lealtad vacante de Europa; pero pronto recibió la elogiosa noticia de que su autoridad era reconocida desde el Bósforo Tracio hasta el

océano Atlántico. Por las primeras cartas que expidió desde el campamento de Mesopotamia, había delegado el mando militar de Galia e Iliria a Malarico, un oficial valeroso y leal de la nación de los francos, y a su suegro, el conde Luciliano, que antes había demostrado su coraje y su conducta en la defensa de Nisibis. Malarico había declinado un cargo para el cual no se consideraba adecuado, y Luciliano fue asesinado en Reims, en un motín fortuito de las cohortes bátavas.[552] Pero la moderación de Jovino, maestre general de la caballería, que perdonó la intención de deshonrarlo, pronto aplacó el tumulto y confirmó el ánimo vacilante de los soldados. El juramento de lealtad fue administrado y proclamado con leales aclamaciones, y los diputados de los ejércitos occidentales[553] saludaron a su nuevo soberano al bajar del monte Tauro a la ciudad de Tiana, en Capadocia. Desde Tiana continuó su apresurada marcha hasta Ancira, capital de la provincia de Galacia, donde, con su hijo menor de edad, Joviano asumió el título y las insignias del consulado[554] (1 de enero de 364 d. C.). Dadastana,[555] un pueblo recóndito casi a igual distancia entre Ancira y Nicea, fue el punto fatal de su viaje y de su vida. Después de permitirse una cena abundante, tal vez excesiva, se retiró a descansar, y a la mañana siguiente el emperador Joviano fue encontrado muerto en su cama (17 de febrero). Esta muerte repentina se atribuyó a causas diversas. Para algunos fue la consecuencia de una indigestión ocasionada por la cantidad de vino o por la calidad de las setas que había consumido en la noche. Según otros, se ahogó mientras dormía por el humo del carbón, que extrajo de las paredes de la habitación el vaho malsano del yeso fresco.[556] Pero la falta de una investigación regular acerca de la muerte de un príncipe cuyo reinado y persona pronto fueron olvidados parece haber sido la única circunstancia que motivó los rumores

maliciosos de envenenamiento y atentado doméstico.[557] El cuerpo de Joviano fue enviado a Constantinopla para ser enterrado con sus ancestros, y su esposa Carita, hija del conde Luciliano, que aún lloraba la reciente muerte de su padre y se apresuraba por secar sus lágrimas en brazos de su marido imperial, encontró en el camino la triste procesión. La ansiedad de la ternura materna amargó su decepción y su dolor. Seis semanas antes de la muerte de Joviano habían colocado a su pequeño hijo en la silla curul, adornado con el título de *Nobilissimus* y las vanas insignias del consulado. Inconsciente de su suerte, el joven regio, que llevaba por su abuelo el nombre de Varroniano, tan sólo por los celos del gobierno recordó que era hijo de un emperador. Dieciséis años después aún estaba vivo, pero ya había sido privado de un ojo; y su desconsolada madre esperaba a cada hora que arrancaran a la inocente víctima de sus brazos para aplacar con su sangre los recelos del príncipe reinante.[558]

Tras la muerte de Joviano, el trono del mundo romano permaneció diez días[559] (17 al 26 de febrero) sin un monarca. Los ministros y generales continuaban reuniéndose en consejo, ejerciendo sus respectivas funciones, manteniendo el orden público y conduciendo pacíficamente el ejército a la ciudad de Nicea, en Bitinia, que había sido escogida como el sitio de la elección.[560] En la asamblea solemne de los poderes civiles y militares del Imperio, la diadema se ofreció nuevamente, por unanimidad, al prefecto Salustio. Disfrutó la gloria de una segunda negativa; y cuando alegaron las virtudes del padre en favor del hijo, el prefecto, con la firmeza de un patricio desinteresado, manifestó a los electores que la edad débil de uno y la inexperiencia juvenil del otro eran igualmente ineptas para los trabajosos deberes del gobierno. Se propusieron varios

candidatos; y después de considerar las objeciones a sus caracteres o situaciones, fueron sucesivamente rechazados; pero tan pronto como se pronunció el nombre de Valentiniano, el mérito de ese oficial unió los votos de toda la asamblea y mereció la sincera aprobación del mismo Salustio. Valentiniano[561] era hijo del conde Graciano, natural de Cibalis, en Panonia, quien había ascendido desde una humilde condición, por su fuerza sin igual y su destreza, al mando militar de África y Bretaña, de donde se retiró con una grandiosa fortuna y una integridad sospechosa. La jerarquía y los servicios de Graciano contribuyeron, sin embargo, a allanar los primeros pasos en la promoción de su hijo, y le proporcionaron una oportunidad temprana para demostrar aquellas cualidades sólidas y provechosas que elevaban su carácter por sobre el nivel habitual de sus compañeros. Valentiniano era alto, elegante y majestuoso. Su semblante varonil, profundamente marcado por la sensatez y el vigor, inspiraba respeto a sus amigos y temor a sus enemigos; y, para secundar los esfuerzos de su firme valentía, el hijo de Graciano había heredado las ventajas de una constitución fuerte y saludable. Por el hábito de la castidad y la templanza, que contiene los apetitos y refuerza las facultades, Valentiniano mereció el aprecio propio y el ajeno. La dedicación a la vida militar había apartado su juventud de la elegante actividad literaria; ignoraba el griego y las artes de la retórica; pero, como el ánimo del orador nunca estaba aturdido por la timidez, era capaz de expresar sus firmes sentimientos, siempre que la situación lo requiriera, de una manera directa y audaz. Las leyes de la disciplina militar eran las únicas que había estudiado, y pronto se distinguió por la laboriosa diligencia y la severidad inflexible con que cumplía e imponía los deberes del campamento. En tiempo de Juliano se expuso al peligro de la

deshonra por el desprecio que expresaba públicamente a la religión reinante;[562] y parecería, por su conducta posterior, que las libertades impropias de Valentiniano eran efecto de su espíritu militar más que del fervor cristiano. Sin embargo, fue perdonado y aun empleado por un príncipe que apreciaba su mérito;[563] y en los diversos acontecimientos de la guerra persa mejoró la reputación que ya había adquirido en las márgenes del Rin. La celeridad y el éxito con que desempeñó un encargo importante le merecieron el favor de Joviano y el honorable mando de la segunda *escuela*, o compañía, de broqueleros de la guardia privada. En su marcha desde Antioquía, había llegado a los cuarteles de Ancira cuando fue inesperadamente convocado, sin culpas ni intrigas de su parte, para asumir, a sus cuarenta y tres años, el gobierno absoluto del Imperio Romano.

El ofrecimiento de los ministros y generales en Nicea era de poca monta a menos que fuera confirmado por la voz del ejército. El anciano Salustio, que había observado largo tiempo las fluctuaciones de las juntas populares, propuso que, bajo pena de muerte, ninguna persona cuya jerarquía en el servicio pudiera impulsar algún partido a su favor apareciera en público el día del nombramiento. Pero tal era el predominio de la antigua superstición que a este peligroso período se le añadió un día entero por la intercalación de un año bisiesto.[564] Por fin, cuando se supuso que la hora era propicia, Valentiniano apareció en un tablado alto; se aplaudió la sensata elección y el nuevo príncipe fue investido solemnemente con la diadema y la púrpura entre las aclamaciones de la tropa, dispuesta en orden marcial alrededor del tablado. Pero cuando tendió su brazo para dirigirse a la muchedumbre armada, se alzó un susurro inesperado en las filas, y fue creciendo gradualmente hasta ser un clamor absoluto para que nombrase sin demora un

compañero en el Imperio. La intrépida tranquilidad de Valentiniano impuso silencio y respeto, y habló a la asamblea en estos términos: «Hace unos pocos minutos estaba en vuestra mano, compañeros, dejarme en el olvido de mi esfera privada. Al haber juzgado, por el testimonio de mi vida pasada, que merecía reinar, me habéis puesto en el trono. Ahora es mía la obligación de procurar la salvación y el interés de la república. Indudablemente, el peso del universo es demasiado grande para las manos de un débil mortal. Soy consciente de los límites de mis capacidades y de la incertidumbre de mi vida, y, lejos de rehusarla, anhelo solicitar la ayuda de un colega digno. Pero, donde la discordia puede ser fatal, la elección de un amigo leal requiere una deliberación seria y madura. Esa deliberación será *mi* preocupación. Sea *vuestra* conducta respetuosa y constante. Retiraos a vuestros cuarteles; descansad vuestro ánimo y vuestro cuerpo; y esperad el acostumbrado donativo en el ascenso de un emperador nuevo».[565] La tropa, atónita, con una mezcla de orgullo, satisfacción y temor, reconoció la voz de su soberano. Su ofuscado clamor disminuyó hasta un silencio respetuoso; y Valentiniano, cercado por las águilas de las legiones y los diversos estandartes de caballería e infantería, fue conducido con pompa guerrera al palacio de Nicea (26 de febrero de 364 d. C.). Sin embargo, como era consciente de la importancia de prevenir alguna declaración precipitada de los soldados, consultó a la asamblea de los jefes, y la generosa libertad de Dagalaifo expresó concisamente el verdadero sentimiento de todos: «Príncipe excelentísimo», dijo, «si sólo consideráis vuestra familia, tenéis un hermano; si amáis a la república, buscad al más digno de los romanos».[566] El emperador, que contuvo su desagrado sin alterar su intención, marchó lentamente desde Nicea hasta Nicomedia y Constantinopla. En uno de los

suburbios de esa capital,[567] a los treinta días de su ascenso, otorgó el título de Augusto a su hermano Valente (28 de marzo de 364 d. C.); y como los patricios más valerosos estaban convencidos de que su oposición, sin ser provechosa para la patria, sería fatal para ellos mismos, recibieron la declaración de su voluntad absoluta con un sometimiento silencioso. Valente estaba a la sazón en sus treinta y seis años de edad, pero sus habilidades nunca habían sido ejercidas en ningún cargo militar o civil, y su carácter no inspiraba al mundo ninguna expectativa optimista. Poseía, sin embargo, una cualidad apreciable para Valentiniano y que preservaba la paz interior del Imperio: un apego devoto y agradecido hacia su benefactor, cuya superioridad tanto de genio como de autoridad Valente reconoció humildemente y con entusiasmo en cada acto de su vida.[568]

Antes de dividir las provincias, Valentiniano reformó la administración del Imperio. Invitó a los súbditos de todas clases que hubiesen sido injuriados o perseguidos durante el reinado de Juliano para respaldar sus acusaciones públicas. El silencio general atestiguó la intachable integridad del prefecto Salustio,[569] y Valentiniano rechazó sus solicitudes apremiantes para que se le permitiera retirarse de los asuntos del Estado en los términos de amistad y estima más honorables. Pero entre los favoritos del último emperador había varios que habían abusado de su credulidad o superstición, y que ya no podían esperar amparo ni justicia.[570] La mayor parte de los ministros del palacio y de los gobernadores de las provincias fueron destituidos de sus respectivos cargos, aunque se distinguió el mérito sobresaliente de algunos empleados por sobre la detestable muchedumbre, y, a pesar de los clamores adversos de la ira y el resentimiento, todo el procedimiento de esta delicada

investigación parece haber sido ejecutado con bastante sabiduría y moderación.[571] La festividad del nuevo reinado tuvo una corta y sospechosa interrupción por la repentina enfermedad de ambos príncipes, pero tan pronto como se restauró su salud, dejaron Constantinopla a comienzos de la primavera. En el castillo o palacio de Mediana, a solo tres millas (4,82 km) de Naiso, realizaron la división solemne y terminante del Imperio Romano[572] (junio de 364 d. C.). Valentiniano le otorgó a su hermano la rica prefectura de Oriente, desde el bajo Danubio hasta el confín de Persia, mientras que se reservó para su gobierno inmediato las prefecturas guerreras de *Iliria, Italia* y la *Galia*, desde el extremo de Grecia hasta la muralla caledonia y desde ésta hasta las faldas del monte Atlas. La administración provincial quedó en su planta básica; pero se requirió el doble de generales y magistrados para dos consejos y dos cortes; la división se hizo con un justo miramiento a sus méritos y situaciones particulares, y se crearon rápidamente siete maestres generales tanto de caballería como de infantería. Cuando ya este importante asunto había sido amigablemente negociado, Valentiniano y Valente se abrazaron por última vez. El emperador de Occidente estableció su residencia temporaria en Milán; y el de Oriente regresó a Constantinopla para asumir el gobierno de cincuenta provincias cuyo idioma ignoraba absolutamente.[573]

La tranquilidad de Oriente fue alterada pronto por una rebelión y el trono de Valente se vio amenazado por los audaces esfuerzos de un rival cuya afinidad con el emperador Juliano[574] era su único mérito y había sido su único crimen. Procopio había sido promovido apresuradamente desde su desconocida posición de tribuno y notario al mando conjunto del ejército de Mesopotamia; la opinión pública ya lo nombraba como sucesor

de un príncipe que carecía de herederos naturales; y sus amigos o sus enemigos propagaron el vano rumor de que Juliano, ante el altar de la Luna, en Carra, había investido a Procopio en secreto con la púrpura imperial.[575] Con su leal y sumiso comportamiento, se esforzó por aplacar los celos de Joviano, resignó sin una queja su mando militar y se retiró, con su esposa y familia, a cultivar el amplio patrimonio que poseía en la provincia de Capadocia. Estas ocupaciones provechosas e inocentes fueron interrumpidas por la llegada de un oficial con una partida de soldados, quienes, en nombre de sus nuevos soberanos, Valentiniano y Valente, fueron enviados para conducir al desafortunado Procopio bien a prisión perpetua, bien a una muerte ignominiosa. Su presencia de ánimo le proporcionó una larga postergación y un destino mejor. Sin discutir el mandato real, requirió unos pocos momentos para abrazar a su llorosa familia, y mientras la vigilancia de sus guardias se relajaba con un abundante banquete, escapó astutamente a la costa del Euxino, desde donde atravesó el país del Bósforo. Permaneció varios meses en aquella apartada región, expuesto a las privaciones del exilio, la soledad y la necesidad; su temperamento melancólico reflexionaba sobre su infortunio, y su ánimo se inquietaba por el justo temor a que, si por accidente se descubría su nombre, los bárbaros infieles violarían sin demasiado escrúpulo las leyes de la hospitalidad. En un momento de impaciencia y desesperación, Procopio se embarcó en un bajel mercante que zarpaba para Constantinopla (28 de septiembre de 365 d. C.) y aspiró con audacia a la jerarquía de soberano, ya que no se le permitía disfrutar de la seguridad de un súbdito. Al principio se escondió en las aldeas de Bitinia, cambiando continuamente de morada y de disfraz.[576] Gradualmente se aventuró hasta la capital, confiando su

vida y su fortuna a la fidelidad de dos amigos, un senador y un eunuco, y concibió alguna esperanza de éxito a partir de la información que obtuvo acerca del estado actual de los asuntos públicos. El pueblo estaba contagiado por un espíritu de descontento: echaban de menos la justicia y las capacidades de Salustio, que había sido imprudentemente despedido de la prefectura de Oriente. Menospreciaban el carácter de Valente, que era rudo sin fuerza y débil sin afabilidad. Temían la influencia de su suegro, el patricio Petronio, un ministro cruel y rapaz, que cobraba rigurosamente todos los atrasos de tributos que pudieran estar impagos desde el reinado del emperador Aureliano. Las circunstancias eran propicias a los planes de un usurpador. Las medidas hostiles de los persas requerían la presencia de Valente en Siria; las tropas estaban en movimiento desde el Danubio hasta el Éufrates, y la capital solía llenarse de soldados que iban o venían del Bósforo tracio. La promesa de un generoso donativo persuadió a dos cohortes de galos de escuchar los propósitos secretos de los conspiradores; y como aún reverenciaban la memoria de Juliano, accedieron fácilmente a respaldar el derecho hereditario de su pariente proscrito. Al amanecer fueron conducidos junto a los baños de Anastasia; y Procopio, vestido con su manto de púrpura, más propio de un actor que de un monarca, apareció, como si volviera de la muerte, en el centro de Constantinopla. Los soldados, que estaban preparados para su recepción, saludaron a su trémulo príncipe con gritos de algarabía y votos de lealtad. Pronto aumentaron su número con un grupo sólido de campesinos reclutados en los países vecinos, y Procopio, escudado con las armas de sus adherentes, fue conducido sucesivamente al tribunal, al Senado y al palacio. Durante los primeros momentos de su tumultuoso reinado quedó atónito y

aterrorizado por el tenebroso silencio del pueblo, que desconocía la causa o temía los acontecimientos. Pero su fuerza militar se impuso a cualquier resistencia verdadera, los descontentos se congregaban bajo el estandarte de la rebelión; el pobre alimentaba sus esperanzas y el temor intimidaba al rico con la amenaza de un saqueo general; y la credulidad obstinada de la multitud se engañó una vez más con las ventajas promisorias de una revolución. Los magistrados fueron apresados, se forzaron las prisiones y los arsenales, se ocuparon rápidamente las puertas y la entrada del puerto, y en unas pocas horas, Procopio se transformó en el monarca absoluto, aunque precario, de la ciudad imperial. El usurpador aprovechó este inesperado triunfo con cierto grado de valentía y habilidad. Propagó con astucia los rumores y opiniones más favorables a su interés, mientras engañaba al populacho diciendo que daría audiencia a los frecuentes, pero imaginarios, embajadores de naciones distantes. Los grandes cuerpos de infantería estacionados en las ciudades de Tracia y las fortalezas del bajo Danubio se fueron sumando a la rebelión, y los príncipes godos consintieron respaldar al soberano de Constantinopla con una fuerza formidable de varios miles de auxiliares. Sus generales pasaron el Bósforo y sojuzgaron sin esfuerzo las provincias desarmadas, pero ricas, de Bitinia y Asia. Tras una defensa honorable, la ciudad e isla de Cízico se rindió a su poder; las renombradas legiones de Jovianos y Herculios abrazaron la causa del usurpador a quien tenían orden de aplastar, y como los veteranos aumentaban constantemente con nuevas levas, pronto se presentó a la cabeza de un ejército cuyo valor, tanto como su número, no desdecía de la grandeza de la contienda. El hijo de Hormisdas,[577] un joven con valor y destreza, aceptó empuñar su espada contra el emperador legítimo de Oriente, e

inmediatamente el príncipe persa fue investido con los antiguos y extraordinarios poderes de un procónsul romano. La alianza con Faustina, viuda del emperador Constancio, quien se puso a sí misma y a su hija en manos del usurpador, otorgó dignidad y reputación a su causa. La princesa Constancia, que entonces tenía alrededor de cinco años, seguía en una litera la marcha del ejército. La mostraban a la multitud en brazos de su padre adoptivo; y en cuanto pasaba por las filas, la ternura de los soldados se inflamaba de furia marcial.[578] Recordaban las glorias de la casa de Constantino y declararon con leales aclamaciones que derramarían hasta la última gota de sangre en defensa de la niña real.[579]

Entretanto, Valentiniano quedó alarmado y sorprendido por las noticias inciertas de la revolución de Oriente. Las dificultades de una guerra en Germania lo obligaban a limitar sus preocupaciones inmediatas a la seguridad de sus propios dominios; y como todos los canales de comunicación estaban interrumpidos o alterados, escuchaba con una indecisa ansiedad los rumores, deliberadamente propagados, de que la derrota y muerte de Valente había dejado a Procopio como único soberano de las provincias de Oriente. Valente no había muerto, pero con las noticias de la rebelión, que recibió en Cesárea, desesperó vilmente de su vida y su suerte, propuso una negociación con el usurpador y mostró su secreta inclinación de abdicar de la púrpura imperial. La firmeza de sus ministros salvó al tímido monarca de la desgracia y la ruina, y pronto su destreza decidió a favor suyo los sucesos de la guerra civil. En tiempos de tranquilidad, Salustio se había retirado sin una queja, pero tan pronto como la seguridad pública fue atacada solicitó con ambición la preeminencia en los esfuerzos y el peligro, y el restablecimiento de ese virtuoso ministro a la

prefectura de Oriente fue el primer paso que indicó el arrepentimiento de Valente y satisfizo el ánimo del pueblo. Aparentemente, el reinado de Procopio se basaba en ejércitos poderosos y provincias obedientes. Pero muchos de los empleados principales, tanto militares como civiles, habían sido impulsados, por deber o por interés, a apartarse del teatro criminal o a esperar el momento de traicionar y desertar la causa del usurpador. Lupicino avanzó a paso forzado con las legiones de Siria en auxilio de Valente. Arinteo, que excedía en fuerza, hermosura y valor a todos los héroes de su tiempo, atacó con una tropa pequeña a un cuerpo considerable de rebeldes. Cuando contempló la cara de los soldados que habían servido bajo su estandarte, les ordenó en alta voz que apresaran y entregaran a su pretendido líder, y tal era el predominio de su carácter, que esta extraordinaria disposición fue obedecida al instante[580] (28 de mayo de 366 d. C.). Arbeción, un veterano respetable del gran Constantino que había sido distinguido con los honores del consulado, fue convencido de abandonar su retiro y conducir nuevamente un ejército al campo de batalla. En el calor de la acción, se quitó calmadamente su casco, mostró sus cabellos grises y su rostro venerable, saludó a los soldados de Procopio tratándolos cordialmente de hijos y compañeros, y los exhortó a no seguir apoyando la causa desesperada de un tirano despreciable y a seguir a su antiguo comandante que tantas veces los había conducido al honor y a la victoria. En las dos batallas de Tiátira[581] y Nacolia, el desventurado Procopio fue abandonado por sus tropas, seducidas por las instrucciones y el ejemplo de sus desleales jefes. Después de vagar algún tiempo entre los bosques y montañas de Frigia, fue traicionado por sus abatidos seguidores, conducido al campamento imperial y decapitado inmediatamente. Sufrió el destino habitual de un

usurpador derrotado, pero los actos de crueldad ejecutados por el vencedor, bajo las formas de la legalidad, provocaron la piedad y la indignación de los hombres.[582]

En efecto, tales son los frutos comunes y naturales del despotismo y la rebeldía. Pero las investigaciones sobre el delito de magia, que bajo el reinado de ambos hermanos fue tan rigurosamente perseguido tanto en Roma como en Antioquía, se interpretaron como el síntoma fatal del enojo del Cielo o de la depravación de la humanidad.[583] No dudemos en consentirnos el orgullo de que, en el presente, la parte ilustrada de Europa haya abolido[584] un prejuicio cruel y odioso que reinó en todos los climas del mundo y que fue parte de todo sistema religioso.[585] Las naciones y las sectas del mundo romano admitieron, con igual credulidad y similar odio, la realidad de esa ciencia infernal,[586] que podía controlar el orden eterno de los planetas y las operaciones voluntarias de la mente humana. Temían el poder misterioso de los hechizos y encantamientos, de hierbas potentes y ritos execrables, capaces de extinguir o volver a la vida, inflamar las pasiones del alma, estallar las obras de la creación, y extraer a los reacios demonios los secretos del porvenir. Creían, con la inconsistencia más disparatada, que este dominio sobrenatural del aire, la tierra y el infierno era ejercido, con los viles motivos de la maldad o el lucro, por brujas arrugadas y hechiceros itinerantes que pasaban sus oscuras vidas en la penuria y el menosprecio.[587] Las artes de la magia estaban igualmente condenadas por la opinión pública y por las leyes de Roma, pero como tendían a satisfacer las pasiones más imperiosas del corazón humano, eran continuamente proscriptas y continuamente practicadas.[588] Una causa imaginaria es capaz de producir los efectos más serios y maliciosos. Las oscuras predicciones de la muerte de un

emperador o del triunfo de una conspiración sólo llevaban consigo el intento de estimular las esperanzas de la ambición y disolver los lazos de la fidelidad; y la culpa intencional de la magia se agravaba con los crímenes reales de la traición y el sacrilegio.[589] Estos vanos temores alteraban la paz de la sociedad y la dicha individual; y la inofensiva llama que derretía lentamente una imagen de cera podía extraer una energía poderosa y perjudicial de la fantasía conmovida de la persona que malvadamente se suponía que representaba.[590] De la infusión de esas hierbas que se suponían poseedoras de una influencia sobrenatural al uso de pociones más importantes había un solo paso; y a veces la locura de la humanidad se vuelve el instrumento y la máscara de los crímenes más atroces. Tan pronto como el afán de los informantes fue estimulado por los ministros de Valente y Valentiniano, ya no podían dejar de prestar atención a otra culpa muy frecuentemente mezclada en los casos de delitos domésticos, una culpa de naturaleza más suave y menos maligna, para la cual el piadoso aunque excesivo rigor de Constantino había decretado recientemente la pena de muerte.[591] Esta mezcla mortal e incoherente de traición y magia, de veneno y adulterio, aportaron una escala infinita de culpa o inocencia, de atenuantes o agravantes, que en estos procedimientos parecía estar confundida con el enojo o las pasiones corruptas de los jueces. Fácilmente descubrieron que la corte imperial estimaba el grado de su diligencia y discernimiento según el número de ejecuciones que se realizaban en sus respectivos tribunales. No era sino con una extrema renuencia que pronunciaban un fallo de absolución, pero admitían apresuradamente evidencias manchadas de perjurio o extraídas mediante la tortura para probar cargos inverosímiles contra las personalidades más respetables. El avance de la

investigación abría continuamente nuevos casos de procesamiento criminal; el osado delator cuya falsedad se detectaba, se retiraba con impunidad; pero a la desdichada víctima que descubría sus cómplices reales o supuestos, rara vez se le permitía cobrar el precio de su infamia. Los jóvenes y los ancianos eran arrastrados entre cadenas desde los confines de Italia y Asia hasta los tribunales de Roma y Antioquía. Senadores, matronas y filósofos expiraban en torturas ignominiosas y crueles. Los soldados designados para custodiar las prisiones declaraban, con un murmullo de piedad e indignación, que eran insuficientes para oponerse a la huida o resistencia de tal multitud de cautivos. Las familias más opulentas quedaron arruinadas por las multas y las confiscaciones; los ciudadanos más inocentes temblaban por su seguridad; y podemos formarnos alguna noción de la magnitud del mal por la extraña afirmación de un escritor antiguo acerca de que, en las peores provincias, los presos, los desterrados y los fugitivos formaban la mayor parte de los habitantes.[592]

Cuando Tácito describe las muertes de los romanos inocentes e ilustres que fueron sacrificados a la crueldad de los primeros Césares, el arte del historiador o los méritos de las víctimas excitan en nuestros pechos las más vivas sensaciones de terror, admiración y piedad. El pincel tosco e indiferenciado de Amiano ha delineado sus figuras sangrientas con una precisión tediosa y desagradable. Pero como nuestra atención ya no se ocupa del contraste entre libertad y servidumbre, entre la grandeza reciente y la miseria actual, nos apartaremos con horror de las frecuentes ejecuciones que deshonraron, tanto en Roma como en Antioquía, el reinado de los dos hermanos.[593] Valente era de un carácter tímido,[594] y Valentiniano, colérico.[595] Un cuidado ansioso por su seguridad personal fue el

principio rector de la administración de Valente. Como súbdito había besado, con trémulo sobrecogimiento, la mano del opresor; y cuando ascendió al trono esperaba razonablemente que los mismos temores que habían dominado su propio ánimo asegurarían la sufriente sumisión de su pueblo. Los favoritos de Valente obtuvieron, mediante el privilegio de la rapiña y la confiscación, la riqueza que les hubiera negado la economía del emperador.[596] Preconizaba, con elocuencia persuasiva, *que* en todos los casos de traición, la sospecha equivale a la prueba; *que* el poder supone el intento del daño; *que* la intención es tan criminal como el acto, y *que* un súbdito ya no merece vivir si su vida puede amenazar la seguridad, o alterar el reposo, de su soberano. A veces el criterio de Valentiniano era engañado, y se abusaba de su confianza; pero hubiera silenciado a los delatores con una sonrisa despectiva, si presumían de alarmar su fortaleza con el sonido del peligro. Alababan su amor inflexible por la justicia; y en esa persecución, el emperador se inclinaba fácilmente a considerar la clemencia como una debilidad y la pasión como una virtud. Mientras Valentiniano lidió con sus iguales en la competencia osada de una vida activa y ambiciosa, rara vez fue injuriado, y nunca insultado, con impunidad: si se lo acusaba de prudente, se aplaudía su espíritu, y los generales más arrogantes y poderosos temían provocar el resentimiento de un soldado audaz. Después de transformarse en el dueño del mundo, desafortunadamente olvidó que, donde la resistencia no tiene lugar, el valor no puede ejercerse; y en vez de consultar los dictámenes de la razón y la magnanimidad, satisfizo las furiosas emociones de su temperamento cuando eran deshonrosas para sí mismo y fatales para los objetos indefensos de su desagrado. En el gobierno de su hogar o en el del Imperio, una ofensa leve e incluso imaginaria —una palabra imprudente, una omisión

casual, una tardanza involuntaria— se castigaban con una sentencia inmediata de muerte. Las expresiones que brotaban con mayor facilidad de los labios del emperador de Occidente eran: «cortadle la cabeza», «quemadlo vivo», «apaleadlo hasta que muera»;[597] y pronto sus ministros más íntimos entendieron que, por un precipitado intento de discutir o suspender la ejecución de sus órdenes sanguinarias, podían involucrarse en la culpa y el castigo por desobediencia. La satisfacción continua de su justicia salvaje endureció el ánimo de Valentiniano contra la piedad y el remordimiento, y sus arrebatos de pasión se confirmaban con el hábito de la crueldad.[598] Podía contemplar con una satisfacción calmada las agonías convulsivas de la tortura y la muerte; y reservaba su amistad para aquellos sirvientes fieles cuyo temperamento congeniaba más con el suyo. El mérito de Maximino, que había asesinado a las familias más nobles de Roma, fue premiado con la aprobación real y la prefectura de la Galia. Dos osos feroces y enormes, distinguidos con los nombres de *Inocencia* y *Mica Aurea*, eran los únicos que podían compartir la preferencia de Maximino. Las jaulas de estos leales guardias estaban siempre ubicadas cerca del dormitorio de Valentiniano, que solía entretener su vista con el gratificante espectáculo de verlos desgarrar y devorar los miembros sangrientos de los malhechores abandonados a su furia. El emperador romano inspeccionaba cuidadosamente su dieta y ejercicios, y cuando *Inocencia* se ganó la libertad, con una larga serie de servicios meritorios, el fiel animal fue restaurado nuevamente a la independencia de sus bosques nativos.[599]

Pero en los momentos calmos de reflexión, cuando el ánimo de Valente no estaba agitado por el temor, o el de Valentiniano por la ira, los tiranos volvían a los sentimientos, o al menos a la conducta, de padres de la patria. El juicio desapasionado del

emperador de Occidente podía percibir con claridad y buscar con precisión tanto su interés propio como el público; y el soberano de Oriente, que imitaba con igual docilidad los variados ejemplos de su hermano mayor, se guiaba a veces por la sabiduría y virtud del prefecto Salustio. Ambos príncipes conservaron en la púrpura la sencillez pura y moderada que había adornado su vida particular; y bajo su reinado el pueblo nunca tuvo que sonrojarse o lamentarse por los placeres de la corte. Gradualmente reformaron muchos abusos de los tiempos de Constancio, adoptaron y mejoraron con sensatez los planes de Juliano y su sucesor, y exhibieron un estilo y un espíritu en la legislación que debía inspirar en la posteridad la opinión más favorable de su índole y su gobierno. No era de esperar en el amo de *Inocencia* tal esmero sensible por el bienestar de sus súbditos que lo inclinase a condenar el abandono de los niños recién nacidos[600] y a establecer catorce médicos avezados, con sus sueldos y privilegios, en los catorce barrios de Roma. La sensatez de un soldado iletrado fundó una institución provechosa y liberal para la educación de la juventud y el apoyo de la ciencia desatendida.[601] Su intención era que las artes de la retórica y la gramática se enseñasen, en griego y en latín, en las metrópolis de cada provincia; y como la capacidad y la jerarquía de la escuela eran usualmente proporcionales a la importancia de la ciudad, las academias de Roma y de Constantinopla tenían una preeminencia particular y justa. Los fragmentos de los edictos de Valentiniano no dan información suficiente sobre la escuela de Constantinopla, que mejoró gradualmente por regulaciones sucesivas. Esa escuela constaba de treinta y un profesores en distintas ramas del conocimiento. Un filósofo y dos abogados; cinco sofistas y diez gramáticos para el griego, y tres oradores y diez gramáticos para la lengua latina; además de

siete escribientes o, como los llamaban entonces, anticuarios, cuyas laboriosas plumas abastecían la biblioteca pública con copias hermosas y correctas de los escritores clásicos. Las normas de conductas prescriptas para los estudiantes son lo más curioso, por cuanto proporcionan el primer esbozo de la forma y disciplina de una universidad moderna. Se les exigían certificaciones adecuadas de los magistrados de sus provincias de origen. Se consignaban regularmente en un registro público sus nombres, profesiones y domicilios. La juventud estudiosa tenía severamente prohibido pasar el tiempo en banquetes o en el teatro, y el plazo de su educación se limitó a los veinte años. El prefecto de la ciudad era el encargado de castigar a los perezosos y tercos con azotes o expulsión, y tenía que dar anualmente su informe al maestre de los oficios, para que el conocimiento y las habilidades de los escolares pudieran utilizarse provechosamente en servicio público. Las instituciones de Valentiniano contribuyeron a afianzar los beneficios de la paz y la abundancia, y las ciudades se resguardaron con el establecimiento de los *Defensores*,[602] elegidos libremente como tribunos y defensores del pueblo, para respaldar sus derechos, exponer sus agravios ante el tribunal de los magistrados civiles o incluso al pie del trono imperial. Las finanzas estaban esmeradamente administradas por dos príncipes tan largamente acostumbrados a la economía estrecha de una fortuna particular; pero en los ingresos y aplicaciones de las rentas un ojo avezado podía observar alguna diferencia entre el gobierno de Oriente y el de Occidente. Valente estaba convencido de que la generosidad real sólo podía ser abastecida por la opresión pública, y su ambición nunca aspiró a lograr la fortaleza y prosperidad futuras de su pueblo por medio de la miseria actual. En vez de recargar los impuestos, que en el espacio de cuarenta

años se habían duplicado, redujo, en los primeros años de su reinado, la cuarta parte de los tributos de Oriente.[603] Valentiniano parece haber estado menos atento y menos ansioso por liberar a su pueblo de esa carga. Si bien reformó los abusos de la autoridad fiscal, exigió sin escrúpulos buena parte de la propiedad privada, por cuanto estaba convencido de que las ganancias que solventaban el lujo de los individuos estarían empleadas más provechosamente en la defensa y mejoras del Estado. Los súbditos de Oriente, que disfrutaban los beneficios actuales, aplaudían la indulgencia de su príncipe. El mérito sólido, pero menos espléndido, de Valentiniano fue sentido y reconocido por la generación siguiente.[604]

Pero la virtud más honorable del carácter de Valentiniano fue la imparcialidad firme y moderada que preservó inalterable en una época de contiendas religiosas. Su fuerte criterio, que no había sido iluminado, pero tampoco corrompido, por el estudio, se apartó, con una indiferencia respetuosa, de las cuestiones sutiles del debate teológico. El gobierno de la *tierra* demandaba su vigilancia y satisfacía su ambición; y si bien recordaba que era discípulo de la Iglesia, nunca olvidó que era soberano del clero. Bajo el reinado de un apóstata había demostrado su afán por el honor del cristianismo: a sus súbditos les otorgó el mismo privilegio que había asumido para sí, y ellos debieron aceptar con gratitud y confianza la tolerancia general, garantizada por un príncipe adicto a las pasiones, pero incapaz de temores u ocultamientos[605] (364-375 d. C.). Paganos y judíos, y cuantas sectas reconocían la autoridad divina de Cristo, estaban protegidos por las leyes de todo poder arbitrario o del insulto popular; Valentiniano no prohibió ningún tipo de culto, excepto aquellas prácticas secretas y criminales que abusaban del nombre de religión para los propósitos oscuros del vicio y el

desorden. Las artes de la magia se castigaron con mayor crueldad y se proscribieron más estrictamente; pero el emperador admitió una distinción formal para proteger los métodos antiguos de adivinación, aprobados por el Senado y ejercidos por los agoreros toscanos. Había condenado, con el consenso de los paganos más sensatos, el desenfreno de los sacrificios nocturnos, pero admitió inmediatamente la demanda de Pretestato, procónsul de Acaya, quien argumentó que la vida de los griegos se volvería aburrida y desagradable si se los privaba de la bendición invalorable de los misterios eleusinos. Sólo la filosofía puede jactarse (y quizás no es más que una jactancia de la filosofía) de que su mano suave es capaz de erradicar del pecho humano el principio latente y mortal del fanatismo. Pero esta tregua de doce años, que fue impulsada por el gobierno sabio y vigoroso de Valentiniano suspendiendo la repetición de mutuos agravios, contribuyó a suavizar las costumbres y destruir los prejuicios de las facciones religiosas.

Desafortunadamente, el amigo de la tolerancia se hallaba distante de la escena de las más reñidas contiendas. En cuanto los cristianos de Occidente se liberaron de los lazos del credo de Rímini, recayeron alegremente en el sueño de la ortodoxia; y los escasos restos del partido arriano que aún subsistían en Sirmio y en Milán podían considerarse como objetos de menosprecio más que de resentimiento (367-378 d. C.). Pero en las provincias de Oriente, desde el Euxino hasta el extremo de la Tebaida, la fuerza y el número de las facciones hostiles eran más equilibrados; y esta igualdad, en vez de inclinarlos a la paz, sólo servía para perpetuar los horrores de la guerra religiosa. Los monjes y los obispos respaldaban sus argumentos con invectivas; y a veces sus invectivas se continuaban con golpes. Atanasio aún reinaba en Alejandría; los tronos de Constantinopla y Antioquía

estaban ocupados por prelados arrianos; y cada vacante episcopal daba lugar a un tumulto popular. Los homoousianos se fortalecieron con la reconciliación de cincuenta obispos semiarrianos o macedonios, pero su secreta renuencia a aceptar la divinidad del Espíritu Santo nubló el esplendor del triunfo; y la declaración de Valente, que en los primeros años de su reinado había imitado la conducta imparcial de su hermano, fue una victoria importante para el arrianismo. Los dos hermanos habían pasado su vida privada en condición de catecúmenos; pero la religiosidad de Valente lo indujo a solicitar el sacramento del bautismo antes de exponerse a los peligros de la guerra gótica. Se dirigió naturalmente a Eudoxo,[606] obispo de la ciudad imperial; y si ese pastor arriano instruyó al monarca ignorante en los principios de una teología heterodoxa, su desgracia, más que su culpa, fue la consecuencia inevitable de elección errónea. Cualquiera que hubiese sido la determinación del emperador, no podía menos que ofender a un sector numeroso de súbditos cristianos; por cuanto los líderes homoousianos y arrianos creían que, si no se les permitía reinar, serían injuriados y oprimidos más cruelmente. Tras haber dado este paso decisivo, era extremadamente difícil para él preservar tanto su mérito como su reputación de imparcial. Nunca aspiró, como Constancio, a la fama de ser un profundo teólogo; pero como había recibido con sencillez y respetuosamente las máximas de Eudoxo, Valente entregó su conciencia a la dirección de sus guías eclesiásticos, y promovió, con la influencia de su autoridad, la reunión de los *herejes atanasios* en el seno de la Iglesia católica. En principio lamentó su ceguera, luego se sintió provocado por su obstinación, y terminó por odiar a aquellos sectarios para quienes era un objeto de odio.[607] Las personas con las que conversaba en confianza influían

siempre en el ánimo débil de Valente, y el exilio o la prisión de un ciudadano cualquiera son los favores que se otorgan más fácilmente en una corte despótica. Tales castigos se infligían con frecuencia sobre los líderes del bando homoousiano; y la desgracia de ochenta eclesiásticos de Constantinopla que, tal vez accidentalmente, se quemaron en un barco, se atribuyó a la malicia cruel y premeditada del emperador y sus ministros arrianos. En todo litigio, los católicos (si podemos anticipar ese nombre) tenían que pagar la pena de sus propias culpas y la de sus adversarios. En toda elección, la posición del candidato arriano tenía la preferencia; y si se le oponía la mayoría del pueblo, usualmente era respaldado por la autoridad del magistrado civil o incluso por los terrores de una fuerza militar. Los enemigos de Atanasio intentaron alterar los últimos años de su venerable ancianidad; y su retirada temporal en el sepulcro de su padre ha sido celebrada como su quinto destierro. Pero el afán de un gran pueblo, que acudió instantáneamente a las armas, intimidó al prefecto; y el arzobispo pudo terminar su vida en paz y en gloria tras un reinado de cuarenta y siete años. La muerte de Atanasio (2 de mayo de 373 d. C.) fue la señal de las persecuciones en Egipto; y el ministro pagano de Valente, que instaló a la fuerza al indigno Lucio en el trono arzobispal, compró el favor del partido dominante con la sangre y los sufrimientos de sus hermanos católicos. La libre tolerancia de los cultos pagano y judío se lamentaba amargamente, como una circunstancia que agravaba la miseria de los católicos y la culpa del tirano impío de Oriente.[608]

El triunfo del partido ortodoxo ha dejado una mancha de persecución en la memoria de Valente; y la índole de un príncipe que deriva sus virtudes, tanto como sus vicios, de un entendimiento débil y un temperamento pusilánime,

escasamente merece el trabajo de una apología. Sin embargo, sinceramente se pueden descubrir algunas razones para sospechar que los ministros eclesiásticos de Valente solían exceder las órdenes, o incluso las intenciones, de su soberano, y que las declamaciones vehementes y la credulidad fácil de sus antagonistas han exagerado mucho la medida real de los hechos.[609]

I. El silencio de Valentiniano sugiere probablemente el argumento de que las severidades parciales que fueron ejercidas en nombre y en las provincias de su colega se redujeron a algunas desviaciones insignificantes respecto del sistema de tolerancia religiosa establecido; y el historiador sensato que ha elogiado la templanza del hermano mayor, no se ha sentido obligado a contrastar la tranquilidad de Occidente con la persecución cruel de Oriente.[610]

II. Cualquiera que sea el crédito que pueda otorgarse a noticias vagas y remotas, el carácter, o al menos el comportamiento, de Valente puede distinguirse mejor en sus relaciones personales con el elocuente Basilio, arzobispo de Cesárea, que había sucedido a Atanasio en el manejo de la causa trinitaria.[611] La narrativa detallada ha sido escrita por los amigos y admiradores de Basilio; y en cuanto le quitemos la gruesa capa de retórica y de milagros nos sorprenderemos con la inesperada suavidad del déspota arriano, que admiraba la firmeza de su carácter o temía, si empleaba la violencia, una revuelta general en la provincia de Capadocia. Al arzobispo, que afirmó con orgullo inflexible[612] la verdad de sus opiniones y la dignidad de su jerarquía, se le permitió quedar en posesión absoluta de su conciencia y de su trono. El emperador asistía devotamente al servicio solemne de la catedral; y en vez de sentenciarlo a destierro, firmó la donación de unos estados valiosos en beneficio de un hospital que acababa de fundar

Basilio en las cercanías de Cesárea.[613]

III. No pude descubrir que Valente publicase ley alguna (como la que después promulgó Teodosio contra los arrianos) contra los seguidores de Atanasio; y el edicto que levantó clamores tan violentos quizás no parezca tan extremadamente reprensible. El emperador había notado que muchos de sus súbditos, satisfaciendo su carácter ocioso con el pretexto de la religión, se habían asociado con los monjes de Egipto, y encargó al conde de Oriente que los sacase de su soledad, y obligase a aquellos desertores de la sociedad a aceptar la alternativa justa de renunciar a sus posesiones temporales o cumplir con las obligaciones públicas de hombres y ciudadanos.[614] Los ministros de Valente parecen haber extendido el sentido de este decreto, por cuanto reclamaban el derecho de alistar a los monjes jóvenes y robustos en los ejércitos imperiales. Un destacamento de caballería e infantería, compuesto por tres mil hombres, marchó desde Alejandría hacia el desierto inmediato de Nitria,[615] poblado por cinco mil monjes. Los soldados eran conducidos por sacerdotes arrianos; y se cuenta que se hizo una matanza considerable en los monasterios que desobedecían las órdenes de su soberano.[616]

Las estrictas resoluciones que han sido establecidas por la sabiduría de los legisladores modernos para contener la riqueza y avaricia del clero pueden deducirse originalmente del ejemplo del emperador Valentiniano. Su edicto,[617] dirigido a Dámaso, obispo de Roma, fue leído públicamente en las iglesias de la ciudad. Ordenaba a eclesiásticos y monjes que no frecuentasen las casas de viudas y vírgenes, y los amenazaba con que su desobediencia ganaría la animadversión de los jueces civiles. A los tutores ya no se les permitió recibir dádivas, legados o herencias de su hija espiritual: todo testamento contrario a este

edicto fue declarado nulo e inservible, y esa donación ilegal se confiscaba para el erario público. Una regulación posterior parece haber extendido la misma disposición a monjas y obispos, y toda persona del orden eclesiástico se volvió incapaz de recibir dádivas testamentarias, limitándolas estrictamente a los derechos de herencia naturales y legales. Como guardián de la felicidad y la virtud domésticas, Valentiniano aplicó este remedio severo a un mal en aumento. En la capital del Imperio, las damas de casas nobles y opulentas poseían una parte muy amplia de propiedades independientes, y muchas de esas damas devotas habían abrazado la doctrina del cristianismo, no sólo por el frío entendimiento, sino con el ardor del afecto, y tal vez con el ansia de la moda. Sacrificaban los placeres de la vestimenta y el lujo, y renunciaban, en pos de la castidad, al cariño suave de las relaciones conyugales. Elegían a algún eclesiástico de santidad real o aparente para que dirigiera su conciencia timorata y para que entretuviera la ternura vacante de su corazón; y algunos bribones y entusiastas, que se abalanzaban desde los extremos de Oriente para disfrutar, en un espléndido teatro, de los privilegios de su profesión monástica, abusaban a menudo de la confianza sin límites que ellas precipitadamente les otorgaban. Con su desprecio por el mundo, iban adquiriendo sus ventajas más deseables; el cariño vehemente de una mujer joven y bella, la delicada abundancia de una casa opulenta y el acatamiento respetuoso de esclavos, libertos y clientes de una familia senatoria. La inmensa fortuna de las damas romanas se consumía gradualmente en generosas limosnas y costosas romerías; y el artero monje, que lograba asignarse el primer o posiblemente el único lugar en el testamento de su hija espiritual, incluso se atrevía a declarar, con el rostro tranquilo de la hipocresía, que *él* era sólo un

instrumento de la caridad y el mayordomo de los menesterosos. El lucrativo pero vergonzoso negocio,[618] realizado por el clero para defraudar las expectativas de los herederos naturales, había provocado la indignación de una época supersticiosa; y dos de los padres latinos más respetables confiesan honestamente que el edicto afrentoso de Valentiniano era justo y necesario, y que los sacerdotes cristianos habían merecido perder un privilegio que aún disfrutaban los comediantes, los caleseros y los ministros de los ídolos. Pero la sabiduría y la autoridad del legislador rara vez triunfan contra el ingenio alerta del interés privado, por más que Jerónimo o Ambrosio se conformaran pacientemente con la justicia de una ley tan beneficiosa como ineficaz. Si los eclesiásticos fueron controlados en la persecución de una ganancia personal, ejercerían una labor más loable para aumentar las riquezas de la Iglesia y honrar su codicia con los nombres engañosos de piedad y patriotismo.[619]

Dámaso, obispo de Roma, que fue obligado a estigmatizar la avaricia de su clero con la publicación de la ley de Valentiniano, tuvo el buen sentido, o la buena suerte, de contar a su servicio con el celo y las habilidades del erudito Jerónimo; y el santo agradecido ha elogiado el mérito y la pureza de un sujeto muy ambiguo[620] (366-384 d. C.). Pero los espléndidos vicios de la Iglesia de Roma bajo los reinados de Valentiniano y Dámaso han sido observados con curiosidad por el historiador Amiano, que muestra su imparcialidad en estas expresivas palabras: «La prefectura de Juvencio logró paz y abundancia; pero la tranquilidad de su gobierno pronto fue alterada por una sedición sangrienta del pueblo trastornado. El afán de Dámaso y de Ursino para afianzar el trono episcopal superó la medida ordinaria de la ambición humana. Luchaban con ira facciosa; la lucha se sostuvo con las heridas y muertes de sus seguidores; y el

prefecto, incapaz de resistir o aplacar el tumulto, fue obligado por una violencia superior a retirarse a los suburbios. Dámaso prevaleció: la reñida victoria favoreció a su facción. Se hallaron ciento treinta y siete cadáveres[621] en la Basílica de Sicinino,[622] donde los cristianos celebran sus asambleas religiosas, y fue recién mucho tiempo después que el ánimo airado del pueblo volvió a su tranquilidad habitual. Cuando considero el esplendor de la capital, no me extraña que un premio tan valioso inflame los deseos de los hombres ambiciosos y produzca las más fieras y obstinadas contiendas. El vencedor está seguro de que se enriquecerá con las ofrendas de las matronas;[623] de que, en cuanto su vestimenta esté diseñada con cuidado y elegancia, paseará en carroza por las calles de Roma,[624] y de que la suntuosidad de la mesa imperial no igualará los banquetes abundantes y delicados dispuestos por el gusto y el tesoro del pontífice romano». El honesto pagano continúa: «¡Cuánto más acertado hubiera sido para su propia felicidad que estos pontífices, en vez de alegar la grandeza de la capital como una excusa para sus hábitos, imitasen la vida ejemplar de algunos obispos de las provincias, cuya templanza y sobriedad, cuyo humilde traje y ademán cabizbajo, elevan su virtud pura y modesta ante la Divinidad y ante sus verdaderos siervos!»[625] El cisma de Dámaso y Ursino se terminó con el destierro de éste; y la cordura del prefecto Pretestato[626] restableció la calma de la ciudad. Pretestato era un filósofo pagano, un hombre de entendimiento, de gusto y amable, que disfrazó el reproche en una broma cuando le dijo a Dámaso que, si él obtuviera el obispado de Roma, inmediatamente abrazaría la religión cristiana.[627] Este vivo retrato de la riqueza y el lujo de los papas en el siglo IV se hace tanto más curioso en cuanto representa el grado intermedio entre la pobreza humilde del pescador

apostólico y el Estado regio de un príncipe temporal cuyo dominio se extendía desde el confín de Nápoles hasta las márgenes del Po.

Cuando el voto de los generales y del ejército puso el cetro del Imperio en la diestra de Valentiniano, los motivos principales de esta sensata elección fueron su fama en las armas, su experiencia y habilidad militares y su firme adhesión tanto a las formas como al espíritu de la disciplina antigua. La impaciencia de las tropas, que lo presionaron para que nombrara a un compañero, estaba justificada por la peligrosa situación de los negocios públicos; y el mismo Valentiniano fue consciente de que ni la aptitud del ánimo más activo era capaz de defender las fronteras lejanas de una monarquía invadida. En cuanto la muerte de Juliano liberó a los bárbaros del terror de su nombre, se encendieron las esperanzas más sanguinarias de rapiña y conquista entre las naciones de Oriente, del Norte y del Sur (364-375 d. C.). Sus incursiones eran a menudo vejatorias y a veces formidables, pero durante los doce años del reinado de Valentiniano, su firmeza y vigilancia protegieron sus propios dominios; y su genio poderoso pareció inspirar y dirigir los débiles consejos de su hermano. Quizás el eslabonamiento de los anales expresaría de una manera más convincente los cuidados urgentes y divididos de ambos emperadores, pero la atención del lector se distraería igualmente con un relato tedioso e inconexo. Una mirada separada a los cinco grandes teatros de la guerra —I. Germania, II. Bretaña, III. África, IV. Oriente y V. el Danubio— imprimirán una imagen más clara del estado militar del Imperio bajo los reinados de Valentiniano y Valente.

I. Los enviados de los alamanes habían sido ofendidos por la conducta áspera y altanera de Ursacio, maestre de los oficios,[628] quien, en un acto impropio de tacañería, había disminuido el

valor y la cantidad de los regalos a los que tenían derecho, por costumbre o por los tratados, en el ascenso de un emperador nuevo. Ellos expresaron, y comunicaron a sus compatriotas, su honda sensación de una ofensa nacional. El ánimo irascible de los jefes se exasperó con esas muestras de desprecio, y la juventud guerrera acudió a sus banderas (365 d. C.). Antes de que Valentiniano pudiese atravesar los Alpes, las aldeas de la Galia ya estaban en llamas; y antes de que su general Dagalaifo pudiese enfrentar a los alamanes, ya habían protegido a sus cautivos y los despojos en los bosques de Germania. A comienzos del año siguiente (enero de 366 d. C.), las fuerzas militares de toda la nación, en sólidas columnas, rompieron la valla del Rin en el rigor de un invierno septentrional. Dos condes romanos fueron derrotados y heridos de muerte, y el estandarte de los hérulos y los bátavos cayó en manos de los vencedores, quienes exhibieron, con gritos y amenazas insultantes, el trofeo de su victoria. El estandarte fue recuperado, pero los bátavos no redimieron la vergüenza de su deshonra y huida a los ojos de su severo juez. La opinión de Valentiniano era que sus soldados debían aprender a sentir temor por su comandante antes de que pudieran dejar de temer al enemigo. Las tropas fueron convocadas solemnemente; y los bátavos trémulos quedaron encerrados dentro del círculo del ejército imperial. Entonces Valentiniano subió al tribunal, y, como si desdeñara castigar la cobardía con la muerte, estampó una mancha de ignominia perpetua sobre los oficiales cuyo mal desempeño y cuya timidez mostraron como la primera causa de la derrota. Los bátavos fueron degradados de su rango, despojados de sus armas y condenados a ser vendidos como esclavos al mejor postor. Ante este tremendo fallo, las tropas se postraron hasta el suelo, suplicándole a su soberano y diciéndole

que si les concedía otra prueba, no se mostrarían indignos del nombre de romanos y de soldados suyos. Valentiniano, con pretendida renuencia, cedió a sus ruegos; los bátavos tomaron sus armas y, con ellas, la resolución invencible de lavar su deshonra con la sangre de los alamanes.[629] Dagalaifo renunció al mando principal; y aquel general experimentado, que había manifestado, tal vez con demasiada prudencia, la dificultad extrema de la empresa, padeció, antes de que terminara la campaña, el disgusto de ver a su rival Jovino convertir esas dificultades en ventajas decisivas sobre las fuerzas desparramadas de los bárbaros. Acaudillando un ejército bien disciplinado de caballería, infantería y tropas ligeras, Jovino avanzó, con pasos cautelosos y rápidos, hasta Escarpona,[630] en el territorio de Metz, donde sorprendió a una gran división de alamanes antes de que tuviesen tiempo de acudir a las armas, y envalentonó a sus soldados con la seguridad de una victoria fácil y sin sangre. Otra división, o más bien ejército, del enemigo, después de devastar cruel y gratuitamente el país vecino, descansaba en las márgenes sombrías del Mosela. Jovino, que había visto el terreno con la mirada de un general, avanzó silenciosamente a través de un valle hondo y arbolado hasta que pudo percibir con claridad la seguridad indolente de los germanos. Algunos bañaban sus extremidades corpulentas en el río, otros peinaban sus largas y rubias cabelleras y otros bebían a tragos exquisitos vinos. Repentinamente oyeron el sonido de los clarines romanos y vieron al enemigo en su campamento. El asombro produjo desorden, el desorden fue seguido por la huida y el abatimiento, y la confusa multitud de los guerreros más valientes fue traspasada por las espadas y jabalinas de los legionarios y auxiliares. Los fugitivos escaparon al tercer campamento, el más considerable, en las llanuras cataláunicas, junto a Chalons, en

Champaña: los destacamentos desparramados fueron convocados rápidamente bajo sus estandartes; y los jefes bárbaros, alarmados y advertidos con la suerte de sus compañeros, se prepararon para enfrentar en una batalla decisiva a las fuerzas victoriosas del lugarteniente de Valentiniano. La sangrienta y obstinada lucha duró todo un día del verano, con igual valor y alternado éxito. Finalmente prevalecieron los romanos, con la pérdida de cerca de dos mil hombres. Seis mil alamanes fueron muertos y cuatro mil heridos; y el valeroso Jovino, después de perseguir a lo que quedaba de la hueste fugitiva hasta las riberas del Rin (julio), regresó a París para recibir el aplauso de su soberano y las insignias del Consulado para el año siguiente.[631] El triunfo de los romanos se vio por cierto manchado por el tratamiento que dieron al rey cautivo, a quien colgaron de una horca sin el conocimiento de su indignado general. Este acto deshonroso de crueldad, que puede atribuirse al enfurecimiento de la tropa, fue seguido por la muerte premeditada de Witicab, hijo de Vadomair, príncipe germano de una constitución débil y enfermiza, pero de un ánimo audaz y formidable. Los romanos incitaron y protegieron al asesino doméstico;[632] y la violación de las leyes de humanidad y justicia mostraban su secreto temor por la debilidad del Imperio en decadencia. Rara vez se usa la daga en el ayuntamiento público mientras se conserva alguna confianza en el poder de la espada.

Mientras que los alamanes parecían humillados con sus calamidades recientes, el orgullo de Valentiniano fue avergonzado por la inesperada sorpresa de Moganciaco, o Mentz, la ciudad principal de la Alta Germania. En el momento insospechado de una festividad cristiana, Rando, un caudillo audaz y astuto que había meditado largamente sus planes, pasó

repentinamente el Rin, entró en la ciudad indefensa y se retiró con una multitud de cautivos de ambos sexos. Valentiniano se dispuso a ejecutar una severa venganza contra toda la nación. Mandó al conde Sebastián a invadir el país, probablemente por el lado de Recia, con los cuerpos de Italia e Iliria. El emperador en persona, acompañado por su hijo Graciano, pasó el Rin a la cabeza de un ejército formidable, que estaba apoyado en ambos flancos por Jovino y Severo, los dos maestres generales de la caballería e infantería de Occidente (368 d. C.). Los alamanes, incapaces de evitar la devastación de sus aldeas, acamparon en una montaña empinada y casi inaccesible en el actual ducado de Wirtemberg, y decidieron esperar el acercamiento de los romanos. La vida de Valentiniano estuvo expuesta a un inminente peligro por la intrépida curiosidad con la que insistía en explorar algunos senderos secretos y desprotegidos. Una tropa de bárbaros salió súbitamente de su emboscada, y el emperador, que espoleaba vigorosamente su caballo por un despeñadero resbaladizo, tuvo que dejar atrás a su escudero y su casco, adornado de oro y piedras preciosas. A la señal de un asalto general, la tropa romana rodeó y ascendió la montaña de Solicinio por tres flancos diferentes. Su ardor aumentaba a cada paso y vencía la resistencia del enemigo; tras ocupar con todas sus fuerzas la cumbre, despeñaron impetuosamente a los bárbaros por el Norte, donde estaba apostado el conde Sebastián para interceptar la retirada. Tras esta victoria señalada, Valentiniano volvió a sus cuarteles de invierno en Tréveris, donde complació al público con la exhibición de espléndidos juegos triunfales.[633] Pero el sensato monarca, en vez de aspirar a la conquista de Germania, limitó su cuidado a la defensa fundamental y trabajosa de la frontera gala, contra un enemigo cuya fuerza se renovaba con el flujo de voluntarios audaces que

acudían incesantemente de las tribus más distantes del Norte.[634] En las márgenes del Rin, desde su nacimiento hasta la desembocadura en el océano, se dispusieron estrechamente fortalezas y torres estratégicas; el ingenio del príncipe, diestro en las artes mecánicas, inventó nuevas obras y armamentos; y sus muchos reclutas de la juventud romana o bárbara fueron entrenados severamente en todos los ejercicios de la guerra. El progreso de la obra, que a veces luchaba contra representaciones modestas y a veces contra intentos enemigos, aseguró la tranquilidad de la Galia durante los nueve años siguientes del gobierno de Valentiniano.[635]

Aquel emperador sensato, que practicaba con esmero las máximas de Diocleciano, se preocupaba por fomentar las divisiones internas en las tribus de Germania (371 d. C.). Aproximadamente a mitad del siglo IV, los países, tal vez de Lusacia y Turingia, a ambos lados del Elba, estaban bajo el dominio vago de los borgoñones, un pueblo numeroso y guerrero de la raza vándala,[636] cuyo nombre desconocido se transformó insensiblemente en el de un poderoso reino, y finalmente se instaló como el de una provincia floreciente. El rasgo más importante en las antiguas costumbres de los borgoñones parece haber sido la diferenciación entre su constitución civil y eclesiástica. Daban el título de *Hendinos* a su rey o general, y el de *Sinisto* al sumo pontífice de la nación. La persona del sacerdote era sagrada y su dignidad, perpetua, pero el gobierno temporal era muy precario. Si los acontecimientos de la guerra ponían en cuestión el valor o la conducta del rey, era inmediatamente depuesto, y la injusticia de sus súbditos lo hacía responsable por la fertilidad de la tierra y la regularidad de las estaciones, lo que parece corresponder más apropiadamente al departamento sacerdotal.[637] La disputada posesión de algunas

salinas[638] comprometía a alamanes y borgoñones en frecuentes contiendas; los últimos se dejaban tentar fácilmente por los requerimientos secretos y generosas ofertas del emperador; y su fabulosa ascendencia de los soldados romanos que antiguamente habían protegido las fortalezas de Druso se admitía con mutua credulidad, en tanto favorecía el interés mutuo.[639] Un ejército de ochenta mil borgoñones pronto apareció en las orillas del Rin, y demandaron con impaciencia el auxilio y los subsidios que les había prometido Valentiniano; pero los entretuvieron con excusas y demoras, hasta que finalmente, tras una expectativa infructuosa, tuvieron que retirarse. El armamento y las fortalezas de la frontera gala detuvieron la furia de su justo resentimiento, y la matanza de los cautivos sólo sirvió para fortalecer la enemistad hereditaria de borgoñones y alamanes. La inconstancia de un príncipe sabio tal vez pueda explicarse por alguna alteración de las circunstancias; y quizás el plan original de Valentiniano era intimidar más que destruir, por cuanto el equilibrio de poderes hubiera sido roto igualmente con el exterminio de cualquiera de las dos naciones germanas. Entre los príncipes de los alamanes, Macriano, quien con el nombre romano había incorporado las artes de un soldado y un estadista, merecía su odio y su respeto. El mismo emperador, con una escolta ligera y desembarazada, se dignó a pasar el Rin e internarse cincuenta millas (80,46 km) en el país; y hubiera alcanzado infaliblemente su objetivo, si la impaciencia de la tropa no hubiera frustrado sus acertadas disposiciones. Más adelante, a Macriano se le concedió el honor de una conferencia personal con el emperador, y los favores que recibió hicieron de él, hasta la hora de su muerte, un amigo constante y sincero de la república.[640]

Las fortificaciones de Valentiniano resguardaban la tierra;

pero las costas de Galia y Bretaña estaban expuestas a los asaltos de los sajones. Ese famoso nombre, en el cual tenemos un claro e íntimo interés, nunca llegó a noticia de Tácito; y en los mapas de Tolomeo apenas se marca en una lengua angosta de la península címbrica y en tres islillas hacia la embocadura del Elba.[641] Este estrecho territorio, el actual ducado de Schleswig, o tal vez de Holstein, no podía ser el origen de la inagotable multitud de sajones que dominaron el océano, que ocuparon la isla de Bretaña con su idioma, sus leyes y sus colonias, y que defendieron por tanto tiempo la independencia del Norte contra las armas de Carlomagno.[642] La solución a este problema se deriva fácilmente de la semejanza de costumbres y la constitución incierta de las tribus de Germania, que se entremezclaban en los accidentes de la guerra y de la amistad. La situación de los sajones nativos los predisponía a las arriesgadas ocupaciones de la pesca y la piratería; y el éxito de sus primeras aventuras debió generar la imitación de sus más valientes compatriotas, aburridos con la lóbrega soledad de sus bosques y montañas. Cada marea podía llevar por el Elba flotas enteras de canoas, llenas de compañeros robustos e intrépidos, que aspiraban a contemplar la perspectiva ilimitada del océano y a probar las riquezas y el lujo de mundos desconocidos. Parece probable, sin embargo, que la mayor cantidad de auxiliares de los sajones estuviera compuesta por las naciones que poblaban las costas del Báltico. Poseían armas y barcos, el arte de la navegación y el hábito de la guerra naval; pero la dificultad de desembocar por las Columnas de Hércules del norte[643] (que durante varios meses del año están obstruidas por el hielo) confinaba su habilidad y valor a los límites de un espacioso lago. El rumor de los armamentos triunfadores que navegaron desde la desembocadura del Elba los habría incitado a atravesar el

angosto istmo de Schleswig y lanzar sus naves hacia el ancho mar. Las diversas bandas de piratas y aventureros que peleaban bajo el mismo estandarte se fueron uniendo en una asociación permanente, primero de saqueo y luego de gobierno. La confederación militar se fue transformando en un cuerpo nacional por medio del noble uso del matrimonio y la consanguinidad; y las tribus vecinas que solicitaban la alianza admitían el nombre y las leyes de los sajones. Si los hechos no estuvieran establecidos con la evidencia más incuestionable, pareceríamos abusar de la confianza de nuestros lectores, con la descripción de los bajeles en que los piratas sajones se arriesgaban a surcar las olas del océano germánico, del canal de Bretaña y del golfo de Vizcaya. La quilla de sus barcos grandes y de poco calado estaba hecha de tablas delgadas; pero las obras exteriores eran sólo de mimbres cubiertos y reforzados con cueros.[644] En el curso de sus lentas y remotas travesías, debieron estar siempre expuestos al peligro, y muy frecuentemente a la desgracia, de un naufragio; y los anales navales de los sajones debían estar indudablemente llenos de referencias a las pérdidas que soportaron en las costas de Bretaña y Galia. Pero el espíritu audaz de los piratas desafiaba los peligros tanto en el mar como en la costa; su habilidad se confirmaba en el ejercicio de las expediciones; el menor de sus marineros era igualmente capaz de empuñar el remo, desplegar una vela o conducir un bajel; y todo sajón se enardecía ante una tormenta que estorbaba sus planes y dispersaba la flota del enemigo.[645] Cuando adquirieron un conocimiento preciso de las provincias marítimas de Occidente, extendieron el ámbito de sus saqueos, y ni los sitios más retirados podían presumir de su seguridad. Las embarcaciones sajonas tenían tan poco calado que podían internarse fácilmente ochenta o cien millas (128,74 o 160,93 km) en los grandes ríos;

su peso era tan insignificante que las transportaban en carros de un río a otro; y los piratas que habían entrado por la embocadura del Sena o del Rin podían bajar con la corriente rápida del Ródano al Mediterráneo. Bajo el reinado de Valentiniano (371 d. C.), las provincias marítimas de la Galia estaban acosadas por los sajones; se ubicó un conde militar para defender la costa, o el límite armoricano, y ese oficial, quien consideró que sus fuerzas o sus habilidades eran insuficientes para la tarea, imploró el auxilio de Severo, maestre general de la infantería. Los sajones, cercados y sobrepasados en número, tuvieron que renunciar a sus despojos, y ceder un grupo selecto de su alta y robusta juventud para servir en los ejércitos imperiales. Sólo establecieron una retirada segura y honorable, y esta condición fue garantizada por el general romano, que ideaba un acto de traición[646] tan imprudente como inhumano, mientras quedase un sajón vivo y armado para vengar la suerte de sus paisanos. El afán precipitado de la infantería, que había sido apostada secretamente en un valle profundo, delató la emboscada, y tal vez hubieran sido víctimas de su propia traición si un cuerpo numeroso de coraceros, alarmados por el estruendo del combate, no hubiera avanzado rápidamente para liberar a sus compañeros y arrollar el firme valor de los sajones. Algunos prisioneros se salvaron del filo de la espada para derramar su sangre en el anfiteatro; y el orador Símaco lamenta que veintinueve de aquellos desesperados salvajes, estrangulándose con sus propias manos, defraudasen el entretenimiento del público. Sin embargo, los ciudadanos cultos y afilosofados de Roma sintieron un profundo horror cuando supieron que los sajones consagraban a los dioses el diezmo de sus despojos *humanos*, y que echaban a la suerte los objetos de ese bárbaro sacrificio.[647]

II. Las colonias fabulosas de egipcios y troyanos, de escandinavos y españoles, que halagaron el orgullo y cautivaron la credulidad de nuestros rudos antepasados, fueron desapareciendo a la luz de la ciencia y la filosofía.[648] La época actual se da por satisfecha con la opinión simple y racional de que las islas de Gran Bretaña e Irlanda se fueron ocupando con la población del continente vecino de Galia. La memoria de un origen céltico se conservaba muy claramente, desde la costa de Kent hasta el extremo de Caithness y Ulster, con la semejanza perpetua del idioma, la religión y las costumbres; y las características particulares de las tribus bretonas se pueden obviamente atribuir a la influencia de circunstancias fortuitas y locales.[649] La provincia romana fue reducida a un estado de servidumbre civilizada y apacible, los derechos de independencia salvaje se acotaron a los estrechos límites de Caledonia. Los habitantes de esa región septentrional se dividían, ya desde el tiempo de Constantino, en las dos grandes tribus de escotos y pictos,[650] que después tuvieron una suerte muy distinta. Los rivales triunfadores extinguieron el poder de los pictos, y casi su memoria; y los escotos, después de mantener por siglos la dignidad de un reino independiente, multiplicaron, con una unión pareja y voluntaria, los honores del nombre inglés. La mano de la naturaleza contribuyó a marcar la antigua distinción entre escotos y pictos. Los primeros eran los hombres de las colinas, y los últimos, de la planicie. La costa oriental de Caledonia debe considerarse como una zona llana y fértil, que aun con una labranza precaria era capaz de producir una cantidad considerable de granos; y el apodo de *cruitnich*, o centeneros, expresaba el desprecio o envidia de los montañeses carnívoros. El cultivo de la tierra debió generar una separación más precisa de la propiedad y el hábito de una vida sedentaria;

pero el amor a las armas y al saqueo aún era la pasión dominante de los pictos; y sus guerreros, que se desnudaban para la batalla, se distinguían a los ojos de los romanos por la extraña costumbre de pintar sus cuerpos con colores llamativos y figuras fantásticas. La parte occidental de Caledonia se eleva irregularmente en riscos áridos y salvajes, que pagan escasamente el trabajo del labrador, y se utilizan con más provecho para apacentar ganado. Los montañeses estaban condenados a las ocupaciones de pastores y cazadores; y como rara vez se establecían en una morada permanente, merecieron el nombre de escotos, que en lengua céltica equivale al de *nómadas* o *vagabundos*. Los habitantes de un terreno estéril tenían que buscar un abastecimiento fresco de alimento en el agua. Los profundos lagos y bahías de su territorio están provistos con abundante pesca; y gradualmente se aventuraron a tender sus redes en las olas del océano. La cercanía de las Hébridas, esparcidas tan profusamente a lo largo de la costa occidental de Escocia, atrajo su curiosidad y perfeccionó su destreza, y de a poco adquirieron el arte, o más bien la práctica, de manejar sus botes en un mar tempestuoso y de guiarse en la noche por su conocimiento de las estrellas. Los dos promontorios de Caledonia están casi tocando las playas de una isla espaciosa que mereció, por su vegetación abundante, el nombre de *Green*; y ha conservado, con una leve alteración, el nombre de Erin, Ierne, o Irlanda. Es *probable* que en algún período remoto de la antigüedad, las planicies fértiles de Ulster recibieran una colonia de escotos hambrientos, y que los extranjeros del Norte, que habían osado enfrentarse a las armas de las legiones, esparcieran sus conquistas sobre los nativos salvajes y desaguerridos de una isla solitaria. Es *seguro* que, durante la decadencia del Imperio Romano, Caledonia, Irlanda y la isla de Man estaban habitadas

por escotos, y que las tribus allegadas, que solían asociarse para empresas militares, fueron profundamente afectadas por las diversas vicisitudes de su suerte compartida. Apreciaban mucho la viva tradición de su nombre y origen comunes; y los misioneros de la isla de los Santos, que difundieron la luz del cristianismo por la Bretaña septentrional, establecieron la opinión equivocada de que sus paisanos irlandeses eran los padres naturales y espirituales de la raza escocesa. La incoherente y oscura tradición ha sido preservada por el venerable Beda, que esparció algunos rayos de luz sobre la oscuridad del siglo VIII. Los bardos y los monjes, dos especies de individuos que abusaban igualmente de los privilegios de la ficción, levantaron gradualmente sobre estos débiles cimientos una enorme estructura de fábula. La nación escocesa, con equivocado orgullo, adoptó la genealogía irlandesa; y la fantasía de Boecio y la elegancia clásica de Buchanan[651] adornaron los anales de una larga línea de reyes imaginarios.

Seis años después de la muerte de Constantino, las incursiones destructivas de escotos y pictos requirieron la presencia de su hijo menor, que reinaba en el imperio occidental. Constante visitó sus dominios bretones; pero podemos estimar la importancia de sus proezas por el lenguaje de un panegirista que sólo celebra su triunfo sobre los elementos, o, en otros términos, la buena suerte de un tránsito seguro y fácil desde el puerto de Bolonia a la bahía de Sandwich.[652] La administración débil y corrupta de los eunucos de Constancio agravó las calamidades que los aquejados provincianos seguían experimentando por la guerra extranjera y la tiranía propia, y el alivio pasajero que pudieron obtener con las virtudes de Juliano pronto desapareció con la ausencia y la muerte de su benefactor. El oro y la plata que habían sido

recogidos trabajosamente, o remitidos con generosidad, para el pago de la tropa, eran interceptados por la avaricia de los comandantes; se vendían públicamente relevos o exenciones al servicio militar; el desamparo de los soldados, que fueron injuriosamente privados de su escasa subsistencia legal, los impulsaba con frecuencia a la deserción; la disciplina se relajó, y las carreteras estaban infestadas de ladrones.[653] La opresión de los honrados y la impunidad de los perversos contribuyeron igualmente a difundir por la isla un espíritu de descontento y rebeldía; y todo súbdito ambicioso, todo desterrado, tenía una razonable esperanza de derribar el gobierno endeble y trastornado de Bretaña. Las tribus hostiles del Norte, que detestaban la soberbia y el poder del Rey del Mundo, suspendieron sus peleas internas; y los bárbaros de mar y tierra, escotos, pictos y sajones, se arrojaron con furia rápida e irresistible desde la muralla de Antonino hasta las playas de Kent. Todo producto del arte y la naturaleza, todo objeto de bienestar o de lujo, que ellos no podían crear con el trabajo o procurarse con el comercio, estaba acumulado en la provincia rica y provechosa de Bretaña.[654] Un filósofo puede deplorar las discordias incesantes de la especie humana; pero confesará que el deseo por los despojos es una provocación más racional que la vanidad de las conquistas. Desde el tiempo de Constantino hasta el de los Plantagenet, este espíritu rapaz continuó instigando a los pobres y robustos caledonios: pero el mismo pueblo cuya humanidad generosa parece inspirar los cantares de Osián fue deshonrado por una ignorancia salvaje de las virtudes de la paz y las leyes de la guerra. Sus vecinos del Sur padecieron, y quizás exageraron, los crueles saqueos de los escotos y pictos;[655] y un testigo ocular acusa a una valiente tribu de Caledonia, los atacotes,[656] enemigos y luego soldados de Valentiniano, de

deleitarse con el sabor de la carne humana. Se dice que cuando cazaban en los bosques atacaban al pastor antes que al rebaño, y que seleccionaban esmeradamente las partes más delicadas y musculosas de los hombres o las mujeres, para servirlas en sus horrendos banquetes.[657] Si realmente existió en las inmediaciones de la ciudad comercial y literaria de Glasgow una raza de caníbales, podemos ver en la historia de Escocia los extremos opuestos de la vida civilizada y de la salvaje. Tales reflexiones tienden a ampliar el círculo de nuestras ideas, y a abrigar la agradable esperanza de que Nueva Zelanda pueda generar en alguna época futura el Hume del hemisferio sur.

Los mensajeros que lograban atravesar el canal de Bretaña portaban noticias tristes y alarmantes para los oídos de Valentiniano; y pronto le llegó la información de que los dos comandantes militares de la provincia habían sido sorprendidos y descuartizados por los bárbaros. La corte de Tréveris envió apresuradamente a Severo, conde de los domésticos, y lo retiró con la misma rapidez. Las representaciones de Jovino sólo sirvieron para señalar la gravedad del mal; y después de una larga y seria consulta, la defensa, o más bien la reconquista, de Bretaña, se confió a la destreza del bravo Teodosio. Los escritores contemporáneos celebraron, con su complacencia característica, las hazañas de ese general, padre de una línea de emperadores; pero su mérito real mereció su aplauso, y el ejército y la provincia recibieron su nombramiento como un presagio seguro de la victoria inminente. Aprovechó el momento más favorable para la navegación, y desembarcó sin riesgos las tropas numerosas y veteranas de hérulos, bátavos, jovianos y víctores. En su marcha desde Sandwich hasta Londres, derrotó a varias partidas de bárbaros, rescató a una multitud de cautivos y, después de distribuir entre sus soldados

una pequeña parte de los despojos, cimentó la fama de su justicia desinteresada con la restitución de lo restante a sus legítimos dueños. Los ciudadanos de Londres, que casi no tenían esperanzas de salvarse, abrieron sus puertas; y en cuanto Teodosio obtuvo de la corte de Tréveris la importante ayuda de un lugarteniente y un gobernador civil, desempeñó con sabiduría y vigor la ardua tarea de liberar Bretaña. Los soldados dispersos fueron llamados bajo su estandarte, un edicto de amnistía disipó el temor público, y su jovial ejemplo alivió el rigor de la disciplina militar. La guerra disgregada y poco sistemática de los bárbaros, que infestaban la tierra y el mar, lo privó de la gloria de una victoria señalada; pero la prudencia y la maestría consumada del general romano se exhibieron en las operaciones de dos campañas (368 y 369 d. C.), que rescataron consecutivamente todos los puntos de la provincia de manos de un enemigo cruel y codicioso. El esplendor de las ciudades y la seguridad de las fortalezas se restauraron rápidamente con el cuidado paternal de Teodosio, que con mano fuerte confinó a los temerosos caledonios al ángulo norte de la isla, y perpetuó, con el nombre y el establecimiento de la nueva provincia de *Valencia*, las glorias del reinado de Valentiniano.[658] La voz de los poetas y los panegíricos podrán añadir, tal vez con algún grado de verdad, que la sangre de los pictos manchó las regiones desconocidas de Tule, que los remos de Teodosio azotaron las olas del océano Hiperbóreo, y que las remotas Orcadas fueron el escenario de su victoria naval contra los piratas sajones.[659] Dejó la provincia con una reputación tan justa como esplendorosa; e, inmediatamente, un príncipe que podía aplaudir sin envidia el mérito de sus sirvientes lo promovió al rango de maestre general de la caballería. En el importante apostadero del alto Danubio, el conquistador de Bretaña detuvo y venció a los ejércitos

alamanes antes de ser elegido para contrarrestar la rebelión del África.

III. El príncipe que se rehúsa a ser juez enseña al pueblo a considerarlo el cómplice de sus ministros. El conde Romano había ejercido por largo tiempo el mando militar de África, y sus habilidades no eran inadecuadas para su cargo; pero como el único móvil de su conducta era el sórdido interés, en la mayoría de las ocasiones procedía como si fuese enemigo de la provincia y amigo de los bárbaros del desierto. Las tres ciudades florecientes de Oea, Leptis y Sabrata, que bajo el nombre de Trípoli habían constituido hacía tiempo una unión federal,[660] fueron obligadas por primera vez a cerrar sus puertas contra una invasión enemiga; los malvados salvajes de Getulia sorprendieron y masacraron a muchos de sus ciudadanos más honorables, saquearon las aldeas e incluso los suburbios, y arrancaron las viñas y los frutales de ese rico territorio. Los desdichados provincianos imploraron la protección de Romano; pero pronto descubrieron que su gobernador militar no era menos cruel ni menos codicioso que los bárbaros (366 d. C.). Como eran incapaces de conseguir los cuatro mil camellos y el regalo exorbitante que requería antes de ponerse en marcha para socorrer a Trípoli, su pedido era equivalente a un rechazo, y podía ser acusado con justicia de ser el autor de la desgracia pública. En la asamblea anual de las tres ciudades designaron a dos diputados para dejar a los pies de Valentiniano la ofrenda acostumbrada de una corona de oro, y para acompañar ese tributo, hecho por deber más que por agradecimiento, con su humilde reclamo de que estaban acosados por el enemigo y traicionados por su gobernador. Si la severidad de Valentiniano hubiese estado bien dirigida, debería haber caído sobre la cabeza culpable de Romano. Pero el conde, largamente ejercitado en las

artes de la corrupción, había despachado un mensajero veloz y confiable para asegurar la amistad venal de Remigio, maestre de los oficios. La sabiduría del consejo imperial fue engañada con artimañas, y su honesta indignación se enfrió con la demora. Finalmente, cuando la repetición de las quejas se reflejaba en la repetición de las desgracias públicas, la corte de Tréveris envió al notario Paladio para examinar el estado de África y la conducta de Romano. La rígida imparcialidad de Paladio se desarmó fácilmente; fue tentado a reservar para sí una parte del tesoro público que había llevado para pagar a las tropas; y desde el momento en que fue consciente de su propia culpa, ya no pudo negarse a atestiguar la inocencia y el mérito del conde. La acusación de los tripolitanos fue declarada falsa e insignificante, y el mismo Paladio fue enviado nuevamente de Tréveris al África con una comisión especial para descubrir y procesar a los autores de esa impía conspiración contra los representantes del soberano. Sus investigaciones fueron manejadas con tanta destreza y éxito que obligó a los ciudadanos de Leptis, que habían sufrido recientemente un sitio de ocho días, a contradecir la verdad de sus propios decretos y a censurar el comportamiento de sus propios diputados. La crueldad obstinada e imprudente de Valentiniano dictó sin vacilar una sentencia sangrienta. El presidente de Trípoli, que había osado lamentarse por las desgracias de la provincia, fue ejecutado públicamente en Útica; y por orden expresa del emperador cuatro distinguidos ciudadanos fueron sentenciados a muerte como cómplices del fraude imaginario, y se les cortó la lengua a otros dos. Romano, eufórico con su impunidad e irritado por la resistencia, continuó en el mando militar, hasta que su avaricia impulsó a los africanos a unirse al estandarte rebelde de Firmo, el Moro.[661]

Su padre, Nabal, era uno de los príncipes moros más ricos y poderosos que reconocían la supremacía de Roma. Pero como dejó, tanto por sus esposas como por sus concubinas, una posteridad muy numerosa, la cuantiosa herencia fue disputada afanosamente, y Zama, uno de sus hijos, fue asesinado por su hermano Firmo en una lucha doméstica. El afán implacable con que Romano persiguió el castigo legal de este asesinato sólo podía atribuirse a la avaricia o al odio personal; pero en esta ocasión su reclamo era justo, y su influencia poderosa; y Firmo entendió claramente que, o bien debía presentar su cuello al verdugo, o bien apelar la sentencia imperial ante su propia espada y el pueblo.[662] Fue recibido como el libertador de su país (372 d. C.), y en cuanto se sospechó que Romano sólo era formidable en una provincia sumisa, el tirano del África se transformó en el objeto del desprecio general. La ruina de Cesárea, que fue saqueada y quemada por los bárbaros desenfrenados, convenció a las ciudades reacias del peligro de la resistencia; el poder de Firmo se estableció al menos en las provincias de Mauritania y Numidia, y su única duda parecía ser si asumiría la diadema de un rey moro o la púrpura de un emperador romano. Pero los imprudentes y desdichados africanos descubrieron pronto que, en esta apresurada insurrección, no se habían detenido lo suficiente a considerar sus propias fuerzas o las capacidades de su líder. Antes de tener alguna noticia certera acerca de la elección de un general por parte del emperador de Occidente, o acerca de que una flota estaba congregada en la embocadura del Ródano, se le informó repentinamente que el gran Teodosio, con un pequeño cuerpo de veteranos, había desembarcado junto a Igilgilis o Gigeri, en la costa de África; y el medroso usurpador se postró ante el predominio de la virtud y el genio militar. Aunque Firmo poseía

armas y tesoros, su desesperanza en la victoria lo redujo inmediatamente al uso de aquellos ardides que, en el mismo país y en una situación similar, habían sido practicados por el astuto Jugurta. Intentó engañar, con una aparente sumisión, la vigilancia del general romano, ganarse la fidelidad de sus tropas, y prolongar la guerra atrayendo a las tribus independientes del África para que adhirieran a su lucha o para que encubrieran su huida. Teodosio imitó el ejemplo y obtuvo el éxito de su antecesor Metelo. Cuando Firmo, en el papel de un suplicante, reconoció su propia temeridad y solicitó humildemente la clemencia del emperador, el teniente de Valentiniano lo recibió y lo despidió con un abrazo amistoso; pero enseguida le requirió las prendas fundamentales de un arrepentimiento sincero, y las garantías de paz no pudieron convencerlo de suspender por un solo instante las operaciones de una guerra activa. La perspicacia de Teodosio penetró una conspiración recóndita; y satisfizo, sin demasiada renuencia, la indignación pública que secretamente había fomentado. Varios cómplices de Firmo fueron abandonados, según la costumbre antigua, al tumulto de una ejecución militar; muchos más, con ambas manos amputadas, continuaron exhibiendo un instructivo espectáculo de horror; el odio de los rebeldes estaba acompañado por el temor, y el temor de los soldados romanos se mezclaba con una respetuosa admiración. Era imposible evitar la huida de Firmo en medio de las planicies ilimitadas de Getulia y los innumerables valles del monte Atlas; y si el usurpador hubiera logrado agotar la paciencia de su antagonista, podría haberse guarecido en la profundidad de una soledad remota y esperado una futura revolución. Lo venció la perseverancia de Teodosio, que había tomado la determinación inflexible de que la guerra terminaría sólo con la muerte del tirano, y de que toda nación del África

que se atreviera a apoyar su causa se vería involucrada en su ruina. A la cabeza de una tropa reducida, que rara vez excedía los tres mil quinientos hombres, el general romano se internó con firme prudencia, ajena tanto a la precipitación como al miedo, en el corazón de un país donde solían atacarlo ejércitos de veinte mil moros. La audacia de sus avances consternaba a los bárbaros desorganizados; sus retiradas oportunas y ordenadas los desconcertaban; los frustraba continuamente con recursos desconocidos del arte militar; y padecieron y confesaron la justa superioridad del líder de una nación civilizada. Cuando Teodosio entró a los extensos dominios de Igmazen, rey de los isaflenses, el altanero salvaje le preguntó, en términos desafiantes, su nombre y el objeto de su expedición. El conde, severo y desdeñoso, le contestó: «Soy el general de Valentiniano, soberano del mundo, quien me ha enviado para perseguir y castigar a un ladrón sin esperanzas. Ponlo inmediatamente en mis manos, y ten entendido que, si no obedeces la orden de mi invencible soberano, tú y el pueblo sobre el que reinas serán totalmente exterminados». En cuanto Igmazen se convenció de que su enemigo tenía la fuerza y la resolución para ejecutar la fatal amenaza, se avino a comprar una paz necesaria con el sacrificio de un reo fugitivo. Los guardias apostados para vigilar a Firmo le quitaban las esperanzas de un escape; y el tirano moro, una vez que el vino había eliminado su sentimiento de peligro, frustró el triunfo insultante de los romanos ahorcándose en la noche. Su cadáver, el único regalo que Igmazen podía ofrecer al vencedor, fue arrojado descuidadamente sobre un camello; y Teodosio, conduciendo sus tropas victoriosas a Sitifi, fue saludado con las más calurosas aclamaciones de júbilo y lealtad.[663]

Lo que África había perdido con los vicios de Romano fue

recobrado por las virtudes de Teodosio, y puede ser útil dirigir nuestra curiosidad a la investigación de los respectivos tratamientos que recibieron los dos generales por parte de la corte imperial. El maestre general de la caballería había suspendido la autoridad del conde Romano, quien fue encargado a una guardia honorable hasta el fin de la guerra. Sus crímenes fueron probados con la evidencia más auténtica, y el público esperaba con alguna impaciencia una sentencia severa. Pero la parcialidad y el poderoso favoritismo de Melobaudes lo alentaron a desafiar a sus legítimos jueces para obtener repetidas postergaciones, a fin de procurarse una multitud de testigos favorables y, finalmente, encubrir su conducta criminal añadiéndole los delitos de fraude y falsedad. Por la misma época, el libertador de Bretaña y África fue degollado oprobiosamente en Cartago por una vaga sospecha de que su nombre y servicios eran superiores a su jerarquía de súbdito (376 d. C.). Valentiniano ya no reinaba; y tanto la muerte de Teodosio como la impunidad de Romano pueden atribuirse con justicia a los ardides de los ministros que abusaban de la confianza y engañaban la inexperta juventud de sus hijos.[664]

Si la precisión geográfica de Amiano hubiese sido felizmente aplicada a las hazañas de Teodosio en Bretaña, hubiésemos trazado con ávida curiosidad los diversos pasos de su marcha. Pero la tediosa enumeración de tribus desconocidas y nada interesantes de África puede reducirse a las observaciones generales de que todas correspondían a la raza negra de los moros; de que habitaban asentamientos retirados de Numidia y Mauritania, la patria, como la llamaron después los árabes, de los dátiles y las langostas,[665] y de que en cuanto el poder romano se debilitó en África, se fue reduciendo a su vez el ámbito de las costumbres civilizadas y del terreno cultivado.

Más allá de la última frontera de los moros, el vasto e inhabitable desierto del sur se extiende por más de mil millas (1609,3 km) hasta las orillas del Níger. Los antiguos, que tenían un conocimiento muy vago e imperfecto acerca de la gran península de África, a veces se inclinaban a creer que la zona tórrida estaba siempre deshabitada,[666] y a veces entretenían su fantasía llenando el espacio vacío con hombres sin cabeza, o más bien monstruos,[667] con sátiros de cuernos y pezuñas,[668] con centauros fabulosos[669] y con pigmeos humanos que mantenían una audaz y dudosa guerra contra las grullas.[670] Cartago hubiera temblado ante la extraña noticia de que los países a cada lado del ecuador estaban colmados de innumerables pueblos que se diferenciaban sólo por su color de la apariencia habitual de la especie humana; y los súbditos del Imperio Romano podían temer que las multitudes de bárbaros expulsadas del Norte pronto se encontraran con nuevas multitudes de bárbaros provenientes del Sur, igualmente feroces y formidables. Este oscuro temor se hubiera disipado realmente con un mayor conocimiento del carácter de sus enemigos africanos. La inactividad de los negros no parece ser efecto de la virtud o la cobardía. Satisfacen, como el resto de la humanidad, sus pasiones y apetitos, y entablan frecuentemente actos hostiles con las tribus vecinas.[671] Pero su ruda ignorancia nunca ha inventado armas eficaces de defensa o de destrucción; parecen incapaces de concebir grandes planes de gobierno o de conquista; y las naciones de la zona templada han descubierto y abusado de la obvia inferioridad de sus facultades mentales. Anualmente, sesenta mil negros se embarcan en las costas de Guinea para nunca volver a su país nativo; pero se los embarca encadenados;[672] y esta emigración incesante, que en el lapso de dos siglos podría haber formado ejércitos para invadir el globo,

acusa la criminalidad de Europa y la debilidad del África.

IV. El tratado deshonroso que salvó al ejército de Joviano había sido cumplido fielmente por parte de los romanos; y como habían renunciado solemnemente a la soberanía y alianza con Armenia e Iberia, esos reinos tributarios quedaron expuestos, sin protección, a las armas del monarca persa.[673] Sapor entró en el territorio armenio (365-378 d. C.) a la cabeza de una hueste formidable de coraceros, arqueros e infantería mercenaria; pero su práctica invariable era mezclar guerra y negociaciones, y considerar la falsedad y el perjurio como los instrumentos más poderosos de la política regia. Aparentó elogiar la conducta prudente y moderada del rey de Armenia; y las repetidas afirmaciones de una amistad engañosa convencieron al confiado Tirano de dejar su persona en manos de un enemigo cruel y desleal. En medio de un banquete espléndido, fue apresado con cadenas de plata, como un honor debido a la sangre de Arsácides; y tras un breve confinamiento en la torre del Olvido, en Ecbátana, su propia daga o la de un asesino lo liberó de las miserias de la vida. El reino de Armenia fue reducido al estado de provincia persa; la administración se repartía entre un sátrapa eminente y un eunuco favorito; y Sapor marchó sin demora para sojuzgar el espíritu marcial de los iberos. Sauromaces, que reinaba en aquel país con el permiso de los emperadores, fue expulsado por una fuerza superior; y como un insulto a la majestad de Roma, el rey de los reyes puso una diadema sobre la cabeza de su abyecto vasallo Aspacuras. La ciudad de Artogerasa[674] fue el único lugar de Armenia que se atrevió a resistir los esfuerzos de su ejército. El tesoro depositado en aquella poderosa fortaleza enardeció la codicia de Sapor; pero el riesgo en el que se hallaba Olimpias, esposa o viuda del rey armenio, excitó la compasión pública y animó el valor

desesperado de sus súbditos y soldados. Una salida audaz y bien organizada de los sitiados sorprendió y rechazó a los persas bajo los muros de Artogerasa. Pero las fuerzas de Sapor aumentaban y se renovaban continuamente, el valor desesperado de la guarnición se agotó, los muros cedieron al asalto y el arrogante conquistador, tras arrasar a fuego y espada la ciudad rebelde, cautivó a la desventurada reina, que en horas más auspiciosas había sido la novia destinada al hijo de Constantino.[675] Pero si bien Sapor ya había triunfado en la conquista fácil de dos reinos dependientes, pronto supo que no se acaba de sojuzgar un país, mientras el ánimo del pueblo guarde actitudes hostiles y tenaces. Los sátrapas, en quienes tuvo que confiar, aprovecharon la primera oportunidad de recuperar el afecto de sus conciudadanos y de demostrar su odio inmortal al nombre persa. Desde la conversión de los armenios y de los iberos, esas naciones consideraron a los cristianos como los favoritos, y a los magos como a los adversarios, del Ser Supremo; por la causa de Roma, el clero ejerció uniformemente su influencia sobre un pueblo supersticioso, y mientras los sucesores de Constantino se disputaban con los de Artajerjes la soberanía de las provincias intermedias, las conexiones religiosas inclinaron decisivamente la balanza a favor del Imperio. Un bando numeroso y enérgico reconoció a Para, hijo de Tirano, como el soberano legítimo de Armenia, y su derecho al trono estaba hondamente arraigado en una sucesión hereditaria de quinientos años. Con el consentimiento unánime de los iberos se dividió equitativamente el país entre los dos príncipes rivales; y Aspacuras, que debía su diadema a la elección de Sapor, tuvo que declarar que el cuidado por sus hijos, a quienes el tirano tenía como rehenes, eran el único motivo que le impedía renunciar abiertamente a la alianza con Persia. El emperador

Valente, que respetaba las obligaciones del tratado y que temía involucrar a Oriente en una peligrosa guerra, intentó, con medidas lentas y cautelosas, apoyar al partido romano en los reinos de Iberia y Armenia. Doce legiones establecieron la autoridad de Sauromaces en las orillas del Ciro. El Éufrates estaba protegido por el valor de Arinteo. Un ejército poderoso, al mando del conde Trajano y de Vadomair, rey de los alamanes, fijó su campamento en los confines de Armenia. Pero se les encargó estrictamente que no iniciaran las hostilidades, porque podían entenderse como una ruptura del tratado; y tal fue la obediencia del general romano que se retiró, con una paciencia ejemplar, ante una lluvia de flechas persas, hasta que claramente adquirió un justo derecho a una victoria honorable y legítima. Pero estas acciones de guerra derivaron gradualmente en una negociación vana y tediosa. Las partes enfrentadas apoyaron sus reclamos con mutuos reproches de perfidia y ambición; y parecería que el tratado original había sido expresado en términos muy oscuros, ya que tuvieron la necesidad de apelar al testimonio parcial de los generales de las dos naciones que habían asistido a las negociaciones.[676] Las invasiones de godos y hunos, que poco después estremecieron los cimientos del Imperio Romano, expusieron las provincias asiáticas a las armas de Sapor. Pero la edad avanzada, y tal vez los achaques del monarca, sugirieron nuevas máximas de tranquilidad y moderación. Y su muerte (380 d. C.), que ocurrió en plena madurez de setenta años de reinado, cambió en un momento la corte y los consejos de Persia; y probablemente su atención se dirigió más a los problemas domésticos y a los esfuerzos lejanos de una guerra en Carmania.[677] El recuerdo de antiguas injurias se perdió con el acuerdo de paz (384 d. C.). El consentimiento mutuo, aunque tácito, de los dos imperios

permitió a los reinos de Armenia e Iberia retomar su ambigua neutralidad. En los primeros años del reinado de Teodosio, llegó a Constantinopla una embajada persa para disculpar las medidas injustificables del gobierno anterior, y para ofrecer, como un tributo de amistad, o incluso de respeto, un espléndido presente de gemas, sedas y elefantes indios.[678]

En el cuadro general de los asuntos orientales bajo el reinado de Valente, las aventuras de Para son uno de los temas más sorprendentes y particulares. A instancias de su madre, Olimpias, el joven noble había escapado atravesando la hueste persa que sitiaba Artogerasa, para implorar la protección del emperador de Oriente. Para fue alternativamente respaldado, convocado, restaurado y traicionado por su medrosa actitud. La presencia de su soberano natural esperanzaba a veces a los armenios, y los ministros de Valente estaban convencidos de que preservarían la integridad de la lealtad pública, si a su vasallo no se le permitía asumir la diadema y el título de rey. Pero pronto se arrepintieron de su precipitación. Se desconcertaron ante los reproches y amenazas del monarca persa. Tuvieron razones para desconfiar del temperamento cruel e inconstante del mismo Para, que sacrificaba, ante la mínima sospecha, a sus sirvientes más leales, y mantenía una correspondencia secreta y vergonzosa con el asesino de su padre y enemigo de su país. Bajo el pretexto engañoso de acordar con el emperador sus intereses comunes, Para fue convencido de descender de las montañas de Armenia, donde su partido estaba en armas, y de confiar su independencia y su seguridad a la discreción de una corte pérfida. El rey de Armenia, ya que como tal aparecía ante sus propios ojos y ante los de su nación, fue recibido con los honores debidos por los gobernadores de las provincias que atravesaba, pero cuando llegó a Tarso, en Cilicia, su marcha fue detenida con diversos

pretextos; observaban sus movimientos con una respetuosa vigilancia, y gradualmente descubrió que era un prisionero en manos de los romanos. Para ocultó su indignación, disimuló sus temores y, tras preparar en secreto su escape, cabalgó con trescientos seguidores leales. El oficial apostado a las puertas de su aposento comunicó inmediatamente la huida al consular de Cilicia, que lo alcanzó en los suburbios e intentó sin éxito disuadirlo de continuar con su imprudente y peligroso plan. Se le ordenó a una legión perseguir al fugitivo real; pero la persecución de la infantería no podía ser muy alarmante para un cuerpo de caballería ligera, y ante la primera nube de flechas arrojada al aire, se retiraron precipitadamente hasta las puertas de Tarso. Tras una marcha incesante de dos días y dos noches, Para y sus armenios alcanzaron las orillas del Éufrates; pero el pasaje del río, que debieron hacer a nado, se realizó con alguna demora y alguna pérdida. El país estaba alerta, y las dos carreteras, separadas por un espacio de sólo tres millas (4,82 km), habían sido ocupadas por mil arqueros a caballo al mando de un conde y un tribuno. Para hubiera tenido que ceder ante una fuerza superior si la llegada casual de un viajero amigo no le hubiera revelado el peligro y los medios para escapar. Un sendero oscuro y casi imperceptible condujo a salvo a las tropas armenias a través de la maleza; y Para había dejado atrás al conde y al tribuno, mientras ellos esperaban pacientemente su llegada por las carreteras públicas. Volvieron a la corte imperial para disculparse por su falta de diligencia o de éxito; y alegaron seriamente que el rey de Armenia, que era un mago habilidoso, se había transformado a sí mismo y a sus seguidores, y habían pasado ante sus ojos con una forma distinta. Cuando volvió a su reino, Para siguió profesándose amigo y aliado de los romanos; pero los romanos lo habían injuriado demasiado profundamente

como para perdonarlo, y en el consejo de Valente se firmó la sentencia secreta de su muerte. La ejecución del sangriento acto fue encargada a la prudencia sutil del conde Trajano, quien tuvo el mérito de ganarse la confianza del ingenuo príncipe para encontrar la oportunidad de apuñalar su corazón. Para fue invitado a un banquete romano que había sido preparado con toda la pompa y sensualidad de Oriente; en el salón sonaba una música placentera, y los presentes ya se habían acalorado con el vino cuando el conde se retiró por un instante, desenvainó su espada y dio la señal del asesinato. Un bárbaro desaforado y robusto se precipitó inmediatamente sobre el rey de Armenia, y aunque él defendió su vida valerosamente con la primera arma que le vino a la mano, la mesa del general del Imperio se manchó con la sangre real de un huésped y un aliado (374 d. C.). Tales eran las máximas rastreras y malvadas de la administración romana que, para conseguir un objetivo dudoso de interés político, se violaban inhumanamente y ante la faz del mundo las leyes de las naciones y los derechos sagrados de la hospitalidad.[679]

V. Durante un intervalo pacífico de treinta años, los romanos aseguraron sus fronteras y los godos extendieron sus dominios. Las victorias del gran Hermanrico,[680] rey de los ostrogodos y el más noble de la alcurnia de los Amali, han sido comparadas por el entusiasmo de sus compatriotas con las hazañas de Alejandro; con esta peculiar y casi increíble diferencia: el espíritu guerrero del héroe godo, en vez de estar apoyado en el vigor de la juventud, se mostró con gloria y éxito en el último período de la vida humana, entre los ochenta y los ciento diez años. Las tribus independientes fueron persuadidas u obligadas a reconocer al rey de los ostrogodos como el soberano de la nación goda; los caudillos de los visigodos o tervingios

renunciaron al título real y asumieron el nombre más humilde de *jueces*; y entre éstos, Atanarico, Fritigerno y Alavivo eran los más ilustres, tanto por sus méritos personales como por su cercanía con las provincias romanas. Estas conquistas domésticas, que incrementaron el poder militar de Hermanrico, aumentaron también sus ambiciosos planes. Invadió las comarcas vecinas del Norte, y doce naciones considerables, cuyos nombres y límites no pueden definirse con exactitud, cedieron sucesivamente a la superioridad de las armas godas.[681] Los hérulos, que habitaban las tierras pantanosas cercanas al lago Meotis, eran famosos por su fuerza y agilidad; y en todas las guerras de los bárbaros se solicitaba ansiosamente y se tenía en una alta estima la ayuda de su infantería ligera. Pero la perseverancia pausada y firme de los godos sojuzgó el vigoroso espíritu de los hérulos; y, tras una acción sangrienta en la que el rey fue asesinado, los restos de esa tribu guerrera pasaron a ser un provechoso refuerzo para el campamento de Hermanrico. Marchó entonces contra los venedos, inhábiles en el manejo de las armas y formidables tan sólo por su número, que ocupaban las amplias llanuras de la moderna Polonia. Los godos, que no eran inferiores en número, vencieron en la batalla por la ventaja decisiva del ejercicio y la disciplina. Tras la sumisión de los venedos, el conquistador avanzó sin resistencia hasta el límite de los estíos,[682] un pueblo antiguo cuyo nombre se conserva todavía en la provincia de Estonia. Aquellos lejanos habitantes de la costa del Báltico se sustentaban con la agricultura, se enriquecían con el comercio del ámbar, y se consagraban a la extraña religión de la Madre de los Dioses. Pero la escasez de hierro obligaba a los guerreros estíos a conformarse con garrotes de madera; y la reducción de aquel rico país se atribuye más a la prudencia que a las armas de Hermanrico. Sus dominios, que se

extendían desde el Danubio hasta el Báltico, incluían el lugar de origen y las adquisiciones recientes de los godos; y reinaba en la mayor parte de Germania y Escitia con la autoridad de un conquistador, y a veces con la crueldad de un tirano. Pero dominaba una parte del mundo incapaz de perpetuar y engalanar la gloria de sus héroes. El nombre de Hermanrico casi está enterrado en el olvido; apenas se conocen sus hazañas; y los mismos romanos parecían ajenos al avance de una potencia que amenazaba la libertad del Norte y la paz del Imperio.[683]

Los godos habían adquirido una adhesión hereditaria hacia la casa imperial de Constantino, de cuyo poder y generosidad habían recibido tantas pruebas notables. Respetaban la paz pública, y si una banda hostil se atrevía a veces a traspasar el límite romano, su conducta irregular se atribuía candorosamente a la índole indómita de la juventud bárbara. Su menosprecio por los dos príncipes nuevos y desconocidos, que habían sido elevados al trono por una elección popular, despertó en los godos las esperanzas más osadas; y mientras cavilaban algún plan para unir sus fuerzas confederadas bajo un estandarte nacional,[684] se inclinaron con facilidad a adherirse al bando de Procopio y a fomentar, con su peligrosa ayuda, las discordias civiles entre los romanos. El tratado público no pudo estipular más de diez mil auxiliares; pero los jefes de los visigodos adoptaron tan afanosamente el plan, que el ejército que pasó el Danubio ascendía a treinta mil hombres.[685] Marcharon con la orgullosa confianza de que su invencible valor decidiría el destino del Imperio Romano; y las provincias de Tracia gimieron bajo el peso de unos bárbaros que ostentaban la insolencia de los amos y el desenfreno de los enemigos. Pero la incontinencia con que satisfacían sus apetitos retardaba su avance; y antes de que los godos hubieran recibido alguna

noticia certera de la derrota y muerte de Procopio, percibieron, por la actitud hostil del país, que su exitoso rival había reasumido los poderes civil y militar. Una cadena de postas y fortalezas hábilmente dispuestas por Valente, o por los generales de Valente, resistió el avance, evitó la retirada e interceptó sus abastecimientos. El hambre domó la ferocidad de los bárbaros; arrojaron indignados sus armas a los pies del vencedor que les ofrecía comida y cadenas; los numerosos cautivos se distribuyeron por todas las ciudades de Oriente; y los provincianos, que pronto se familiarizaron con su apariencia salvaje, intentaron gradualmente medir sus propias fuerzas con esos formidables adversarios, cuyo nombre había sido durante tanto tiempo objeto de terror. El rey de Escitia (y sólo Hermanrico podía merecer ese altivo título) se afligió y se irritó con esta desgracia nacional. Sus embajadores protestaron enérgicamente ante la corte de Valente por la violación de la antigua y solemne alianza que existía desde hacía tanto tiempo entre los romanos y los godos. Alegaron que habían cumplido con los deberes de aliados auxiliando al pariente y sucesor del emperador Juliano; exigieron la devolución inmediata de los nobles cautivos y demandaron, muy extrañamente, que los generales godos, marchando en armas y escuadronados, tuvieran derecho al carácter sagrado y a los privilegios de embajadores. El rechazo decoroso pero perentorio a estas extravagantes demandas fue notificado a los bárbaros por Víctor, maestre general de la caballería, quien expresó, con firmeza y dignidad, las quejas fundadas del emperador de Oriente.[686] Se interrumpieron las negociaciones, y las exhortaciones varoniles de Valentiniano animaron a su tímido hermano a desagraviar la majestad insultada del Imperio.[687]

Un historiador contemporáneo[688] celebra el esplendor y la

magnitud de esta guerra gótica; pero los acontecimientos apenas merecen la atención de la posteridad, excepto como los pasos preliminares de la decadencia y caída del Imperio (367-369 d. C.). En vez de guiar las naciones de Germania y Escitia hacia las orillas del Danubio, o incluso hasta las puertas de Constantinopla, el anciano monarca de los godos cedió al valeroso Atanarico los riesgos y la gloria de una guerra defensiva contra un enemigo que manejaba con mano débil el poder de un estado poderoso. Se construyó un puente de barcas sobre el Danubio; la presencia de Valente animaba a sus tropas, y su impericia militar se compensaba con su valor personal y con una sensata atención a los consejos de Víctor y Arinteo, sus maestres generales de caballería e infantería, cuya habilidad y experiencia condujeron las operaciones de la campaña. Pero les resultó imposible sacar a los visigodos de sus fuertes apostaderos en las montañas, y la devastación de las llanuras obligó a los mismos romanos a volver a cruzar el Danubio cuando se aproximaba el invierno. Las lluvias incesantes que desbordaron el río provocaron una tregua tácita y confinaron al emperador Valente, por todo el verano siguiente, en su campamento de Marcianópolis. El tercer año de la guerra fue más favorable para los romanos y más pernicioso para los godos. La interrupción del comercio privó a los bárbaros de los objetos de lujo, que ya confundían con las necesidades de la vida; y la desolación de una gran extensión de campo los amenazaba con los horrores del hambre. Atanarico se vio inducido, o fue obligado, a arriesgarse en una batalla que perdió; y la persecución se hizo más sangrienta por la cruel precaución de los generales victoriosos, que habían prometido una gran compensación por la cabeza de cada godo que fuera llevada al campamento imperial. La sumisión de los bárbaros apaciguó la ira de Valente y de su

consejo; el emperador escuchó con satisfacción la manifestación halagadora y elocuente del Senado de Constantinopla, que por primera vez asumió una parte en las deliberaciones públicas; y los mismos generales, Víctor y Arinteo, que habían conducido exitosamente la guerra, fueron los apoderados para pactar las condiciones de la paz. La libertad de comercio de la que antes habían disfrutado los godos quedó reducida a dos ciudades del Danubio; la temeridad de sus caudillos fue severamente penada con la cesación de sus pensiones y subsidios; y la excepción, que fue estipulada sólo en favor de Atanarico, fue más ventajosa que honorable para el juez de los visigodos. Atanarico, que en esta ocasión estuvo más atento a su interés privado, sin esperar las órdenes de su soberano, mantuvo su propia dignidad y la de su tribu en la entrevista personal que fue propuesta por los ministros de Valente. Insistió en declarar que era imposible para él, sin incurrir en perjurio, poner un pie en el territorio del Imperio; y es más que probable que su respeto hacia la santidad de un juramento procediera de los ejemplos recientes y fatales de la traición romana. El Danubio, que separaba los dominios de las dos naciones independientes, fue elegido como escenario de la conferencia. El emperador de Oriente y el juez de los visigodos, acompañados por un número igual de escoltas armados, avanzaron en sus respectivos bajeles hasta el centro del río. Tras la ratificación del tratado y la entrega de rehenes, Valente volvió en triunfo a Constantinopla, y los godos permanecieron en un estado de tranquilidad durante aproximadamente seis años, hasta que fueron impulsados con violencia contra el Imperio Romano por una hueste innumerable de escitas que parecían manar de las regiones heladas del Norte.[689]

El emperador de Occidente, que había cedido a su hermano

el mando del bajo Danubio, reservó para su propio cuidado la defensa de las provincias de Recia e Iliria, que se extendían cientos de millas a lo largo de los ríos más caudalosos de Europa. La activa política de Valentiniano se ocupaba continuamente de sumar nuevas fortificaciones para resguardar su frontera; pero el abuso de esta estrategia provocó el justo enfurecimiento de los bárbaros. Los cuados se quejaron de que el terreno que se había marcado para una futura fortaleza estaba dentro de su territorio, y expusieron sus motivos con tanta sensatez y moderación que Equicio, maestre general de Iliria, consintió en suspender la obra hasta haberse informado más claramente de la voluntad de su soberano. El inhumano Maximino, prefecto, o más bien tirano de la Galia, aprovechó rápidamente esta oportunidad de injuriar a un rival y mejorar la suerte de su hijo. Valentiniano estaba impaciente, y escuchó con credulidad las afirmaciones de su favorito acerca de que si el gobierno de Valeria y la dirección de los trabajos fueran encargados al afán de su hijo Marcelino, el emperador ya no sería importunado con las audaces protestas de los bárbaros. Los súbditos de Roma y los nativos de Germania se sentían insultados por la arrogancia de un ministro joven e indigno que consideraba su rápido ascenso como la prueba y la recompensa de su mérito superior. Sin embargo, simuló recibir con atención y respeto la modesta solicitud de Gabinio, rey de los cuados; pero esta urbanidad artera encubría un plan oscuro y sangriento, y se logró convencer al ingenuo príncipe de que aceptara la invitación apremiante de Marcelino. No acierto a variar el relato de crímenes similares, ni a referir que en el transcurso del mismo año, pero en partes distantes del Imperio, la mesa inhóspita de dos generales romanos se manchó con la sangre real de dos huéspedes y aliados, asesinados inhumanamente por su orden y en su presencia. La suerte de

Gabinio y la de Para fueron idénticas; pero la muerte cruel de su soberano afectó de una manera muy distinta el temperamento servil de los armenios y el espíritu libre y osado de los germanos. Los cuados estaban muy por debajo de aquel formidable poder que en tiempos de Marco Antonino había propagado el terror hasta las puertas de Roma. Pero aún poseían armas y un valor animado por la desesperación, y obtuvieron los refuerzos habituales de la caballería de sus aliados sármatas. El homicida Marcelino fue tan incauto que eligió el momento en que los veteranos más valerosos se habían alejado para suprimir la rebelión de Firmo; y toda la provincia quedó expuesta, con una defensa muy débil, a la ira de los bárbaros enfurecidos. Invadieron Panonia en la temporada de cosecha; destruyeron sin piedad todo lo que no pudieron transportar fácilmente e ignoraron o bien demolieron las fortalezas vacías. La princesa Constancia, hija del emperador Constancio y nieta del gran Constantino, apenas pudo escapar. La doncella real, que había apoyado inocentemente la rebelión de Procopio, era ahora la prometida del heredero del Imperio occidental. Cruzaba la pacífica provincia con un séquito espléndido y desarmado. El afán diligente de Mesala, gobernador de las provincias, la salvó a ella del peligro, y a la república, de la desgracia. En cuanto se enteró de que la aldea en la que ella se había detenido sólo para comer estaba cercada por los bárbaros, la ubicó apresuradamente en su propio carruaje y corrió a toda velocidad hasta alcanzar las puertas de Sirmio, que estaba a veintiséis millas (41,84 km). Ni siquiera Sirmio hubiera sido segura si los cuados y sármatas hubieran avanzado durante la consternación general de los magistrados y el pueblo. Esa tardanza dio a Probo, el prefecto del pretorio, tiempo suficiente para volver en sí y para alentar el valor de los ciudadanos. Orientó sus vigorosos esfuerzos

hábilmente para reparar y reforzar las fortificaciones y conseguir la ayuda oportuna y eficaz de una compañía de arqueros que protegieran la capital de las provincias ilirias. Frustrados en su avance contra las murallas de Sirmio, los bárbaros airados volvieron sus armas contra el maestre general de la frontera, a quien atribuían injustamente el asesinato de su rey. Equicio sólo pudo sacar dos legiones al campo de batalla, pero contenían las fuerzas veteranas de los cuerpos de Mesia y Panonia. La obstinación con que se disputaban los vanos honores del rango y el privilegio fue la causa de su destrucción, y mientras actuaban con fuerzas separadas y consejos distintos, fueron sorprendidos y masacrados por el vigor de la caballería sármata. El éxito de esta invasión generó la emulación de las tribus linderas, y la provincia de Mesia se hubiera perdido infaliblemente si el joven Teodosio, duque o comandante militar de la frontera, no hubiera demostrado, con la derrota del enemigo público, un genio intrépido digno de su ilustre padre y de su futura grandeza.[690]

El ánimo de Valentiniano, que entonces residía en Tréveris, se vio profundamente afectado por las calamidades de Iliria, pero lo avanzado de la estación suspendió la ejecución de sus planes hasta la primavera siguiente (375 d. C.). Marchó personalmente, con una parte considerable de las fuerzas de la Galia, desde las orillas del Mosela; y a los embajadores suplicantes de los sármatas, que salieron a su encuentro, les contestó con ambigüedad que en cuanto llegara al sitio de las operaciones evaluaría la situación y se pronunciaría. Cuando llegó a Sirmio, concedió una audiencia a los diputados de las provincias ilirias, que celebraron ruidosamente su propia felicidad bajo el auspicioso gobierno de Probo, su prefecto pretoriano.[691] Valentiniano, halagado con aquellas muestras de

lealtad y agradecimiento, preguntó indiscretamente al diputado del Epiro, un filósofo cínico de osada sinceridad,[692] si la provincia había deseado enviarlo libremente. Ificles respondió: «Me envía un pueblo reacio, con lágrimas y gemidos». El emperador enmudeció, pero la impunidad de sus ministros estableció la perniciosa máxima de que ellos podían oprimir a sus súbditos sin deshonrar sus servicios. Una investigación estricta de su conducta hubiera aliviado el descontento público. La severa condena del asesinato de Gabinio era la única medida que hubiera podido restablecer la confianza de los germanos y reivindicar el honor del nombre romano. Pero el altanero monarca era incapaz de la magnanimidad de reconocer una falta. Olvidó la provocación, sólo recordó la injuria, y se internó en el país de los cuados con una sed insaciable de sangre y venganza. La devastación extrema y la matanza promiscua de una guerra salvaje estaban justificadas a los ojos del emperador, y tal vez ante los del mundo, por la equidad cruel de la represalia;[693] y tal era la disciplina de los romanos y el terror de los enemigos, que Valentiniano volvió a cruzar el Danubio sin perder un solo hombre. Como había resuelto destruir por completo a los cuados en una segunda campaña, estableció sus cuarteles de invierno en Bregecio, sobre el Danubio, junto a la ciudad húngara de Presburgo. Mientras la severidad del tiempo aplazaba las operaciones de guerra, los cuados hicieron un humilde intento por aplacar la cólera de su conquistador, y gracias a la persuasión eficaz de Equicio, sus embajadores fueron recibidos en el consejo imperial. Se acercaron al trono encorvados y con el rostro abatido, y, sin osar quejarse por el asesinato de su rey, afirmaron con juramentos solemnes que la última invasión era el crimen de algunos ladrones rebeldes, a quienes el consejo público de la nación condenaba y aborrecía.

La respuesta del emperador no les dio demasiadas esperanzas sobre su clemencia o compasión. Denigró en los términos más ultrajantes su vileza, ingratitud e insolencia. Sus ojos, su voz, su color, sus gestos expresaban la violencia de su furia ingobernable, y mientras todo su cuerpo se agitaba con una pasión convulsiva, se le reventó repentinamente una arteria, y Valentiniano cayó boquiabierto en los brazos de sus asistentes. Con devoto cuidado, ocultaron a la muchedumbre la situación, pero a los pocos minutos el emperador de Occidente murió tras una agonía dolorosa, consciente hasta el final y luchando sin éxito por manifestar su voluntad a los generales y ministros que rodeaban el diván imperial (17 de noviembre de 375 d. C.). Valentiniano tenía alrededor de cincuenta y cuatro años, y sólo le faltaban cien días para cumplir los doce años de su reinado. [694]

Un historiador eclesiástico[695] afirma seriamente la poligamia de Valentiniano. Comento la fábula: «La emperatriz Severa admitió darle a la adorable Justina, hija de un gobernador italiano, un trato familiar; y expresó su admiración por esos encantos desnudos que veía a menudo en el baño con tan abundantes e imprudentes elogios que el emperador se vio tentado a introducir una segunda esposa en su cama, y extendió a todos los súbditos del Imperio, en un edicto público, el mismo privilegio doméstico que había asumido para sí». Pero podemos estar seguros, tanto por la evidencia de la razón como por la de la historia, de que los dos matrimonios de Valentiniano —con Severa y con Justina— fueron sucesivos, y que usó el antiguo permiso del divorcio, que aún estaba vigente en las leyes, aunque la Iglesia lo condenaba. Severa era la madre de Graciano, quien parecía unir todos los derechos que podían hacerlo acreedor indudable a la sucesión del Imperio occidental. Era el primogénito de un monarca cuyo glorioso reinado había

sido confirmado por la elección libre y honorífica de sus compañeros. Antes de los nueve años, el joven real recibió de manos de su cariñoso padre la púrpura y la diadema, con el título de Augusto; los ejércitos de la Galia[696] ratificaron solemnemente esta elección con su consentimiento y aplauso; y en todos los acuerdos legales del gobierno romano se agregó el nombre de Graciano a los de Valentiniano y Valente. Con su matrimonio con la nieta de Constantino, el hijo de Valentiniano adquirió todos los derechos hereditarios de la familia Flavia, que en una serie de tres generaciones imperiales fueron santificados por el tiempo, la religión y la reverencia del pueblo. Cuando murió su padre, el joven real tenía diecisiete años, y sus virtudes ya justificaban la opinión favorable del ejército y del pueblo. Graciano residía sin temores en el palacio de Tréveris cuando a cientos de millas de distancia falleció repentinamente Valentiniano en el campamento de Bregecio. Las pasiones, aplacadas durante tanto tiempo por la presencia de un soberano, revivieron inmediatamente en el consejo imperial; y Melobaudes y Equicio, que contaban con la adhesión de los cuerpos ilirios e italianos, ejecutaron arteramente el plan ambicioso de reinar en nombre de un niño. Idearon los pretextos más honrosos para descartar a los líderes populares y a las tropas de la Galia que pudieran reclamar el derecho a una sucesión legítima; mostraron la necesidad de que los enemigos extranjeros y domésticos abandonaran toda esperanza con una medida audaz y decisiva. Invitaron respetuosamente a la emperatriz Justina, que se hallaba en un palacio a aproximadamente cien millas (160,93 km) de Bregecio, para que apareciera en el campamento con el hijo del difunto emperador. A los seis días de la muerte de Valentiniano, mostraron ante las legiones al niño príncipe del mismo nombre,

que sólo tenía cuatro años, en brazos de su madre; y con aclamaciones militares, lo invistieron solemnemente con los títulos e insignias del poder supremo. La conducta moderada y sensata del emperador Graciano previno oportunamente los inminentes peligros de una guerra civil. Aceptó con placer la elección del ejército, manifestó que siempre consideraría al hijo de Justina como un hermano, no como un rival, y aconsejó a la emperatriz que estableciese, con su hijo Valentiniano, su residencia en Milán, en la hermosa y pacífica provincia de Italia, mientras él asumía el mando, más arduo, de los países más allá de los Alpes. Graciano disimulaba su resentimiento hasta que pudiera castigar o deshonrar sin peligro a los autores de la conspiración, y aunque se mostró siempre atento y cariñoso hacia su colega infante, gradualmente mezcló, en la administración del Imperio occidental, el cargo de tutor con la autoridad de un soberano. El gobierno del mundo romano se ejercía con los nombres unidos de Valente y sus dos sobrinos; pero el débil emperador de Oriente, que heredó la jerarquía de su hermano mayor, nunca tuvo ningún peso o influencia en los consejos de Occidente.[697]

XXVI

COSTUMBRES DE LAS NACIONES PASTORILES - AVANCE DE LOS HUNOS DESDE CHINA HASTA EUROPA - HUIDA DE LOS GODOS - ATRAVIESAN EL DANUBIO - GUERRA GÓTICA - DERROTA Y MUERTE DE VALENTE - GRACIANO INVISTE CON EL IMPERIO DE ORIENTE A TEODOSIO - SU CARÁCTER Y SUS ÉXITOS - PAZ Y ESTABLECIMIENTO DE LOS GODOS

Durante el segundo año del reinado de Valentiniano y de Valente (365 d. C.), en la madrugada del 21 de julio, la mayor parte del mundo romano fue conmovida por un terremoto violento y destructivo. El estremecimiento se transmitió a las aguas; las costas del Mediterráneo se secaron por la súbita retirada del mar; se podían recolectar a mano grandes cantidades de peces; barcos de gran tamaño quedaron varados en los lodazales; y los curiosos espectadores[698] embelesaron su vista, o más bien su fantasía, contemplando valles y montañas que nunca habían estado expuestos al sol desde el origen de la Tierra. Pero pronto la marea regresó con el peso de un inmenso e irresistible diluvio que se sintió con severidad en las costas de Sicilia, Dalmacia, Grecia y Egipto; transportó barcas grandísimas que encallaron sobre los techos de las casas, o a dos millas (3,20 km) de la playa; las aguas arrollaron a la gente y a sus viviendas; y la ciudad de Alejandría recordó anualmente el día fatal en que cincuenta mil personas murieron anegadas. Esta catástrofe, que se exageraba cada vez que pasaba de pueblo en pueblo, asombró y aterró a los súbditos de Roma, cuya despavorida imaginación exageró la medida real de un mal

momentáneo. Recordaron terremotos anteriores que habían derribado ciudades en Palestina y en Bitinia; consideraban estos golpes alarmantes sólo como el preludio de calamidades aún más terribles; y su temerosa vanidad estaba dispuesta a confundir los síntomas de un imperio en decadencia con los de un mundo que se estaba hundiendo.[699] Era habitual en la época atribuir todo acontecimiento notable a la voluntad especial de la divinidad; las alteraciones de la naturaleza estaban conectadas, por medio de eslabones invisibles, con las opiniones morales y metafísicas de la mente humana; y los teólogos más sagaces podían distinguir, según el color de sus respectivos prejuicios, si el establecimiento de una herejía tendía a producir un terremoto o si un diluvio era la consecuencia inevitable del avance del pecado y el error. Sin arrojarnos a discutir la verdad o propiedad de estas altas especulaciones, el historiador debe conformarse con una observación que parece estar justificada por la experiencia: el hombre tiene mucho más que temer de las pasiones de sus semejantes que de las conmociones de los elementos.[700] Los estragos de un terremoto o diluvio, de un huracán o una erupción volcánica, no guardan proporción con las calamidades habituales de una guerra, aun practicada, como ahora, con la prudencia y la humanidad de los príncipes de Europa, que entretienen su ocio y ponen a prueba el coraje de sus súbditos con el ejercicio del arte militar. Pero las leyes y costumbres de las naciones modernas protegen la seguridad y libertad del soldado vencido, y el pacífico ciudadano pocas veces tiene motivo para quejarse de que su vida o su fortuna peligraron en la guerra. En el desastroso período de la caída del Imperio Romano, que puede fecharse con justicia desde el reinado de Valente, la dicha y la seguridad de cada individuo fueron atacadas particularmente; y las artes y el trabajo de los

siglos fueron groseramente desfigurados por los bárbaros de Escitia y de Germania.

Con la invasión de los hunos (376 d. C.), los godos marcharon sobre las provincias de Occidente; en menos de cuarenta años, avanzaron desde el Danubio hasta el Atlántico y abrieron camino, con el éxito de sus armas, a las incursiones de muchas tribus enemigas más salvajes que ellos mismos. El origen de aquellos movimientos estaba oculto en los países remotos del Norte, y la interesante observación de la vida pastoril de los escitas[701] o tártaros[702] ilustrará la causa latente de esas emigraciones destructivas.

Las diversas características que señalan las naciones civilizadas del mundo pueden atribuirse al uso o al abuso de la razón, que tan diversamente moldea y tan artificialmente compone las costumbres y las opiniones de un europeo o de un chino. Pero las operaciones del instinto son más seguras y simples que las de la razón; es mucho más fácil investigar los apetitos de un cuadrúpedo que las especulaciones de un filósofo; y las tribus más salvajes de la humanidad, cuanto más se acercan a la condición de animales, conservan una semejanza más fuerte entre sí y con las demás. La estabilidad uniforme de sus costumbres es la consecuencia natural de la imperfección de sus facultades. Reducidas a una situación similar, sus necesidades, deseos y goces son los mismos; y la influencia del alimento o el clima, que en un estado más avanzado de la sociedad se suspende por causas morales,, o cede a ellas, contribuye poderosamente a formar y mantener el carácter nacional de los bárbaros. En todo tiempo, las inmensas planicies de Escitia o Tartaria han sido habitadas por tribus nómadas de cazadores y pastores, cuya indolencia rechaza el cultivo de la tierra y cuyo espíritu inquieto desdeña el confinamiento de una vida

sedentaria. En todo tiempo, los escitas y los tártaros han sido famosos por su coraje invencible y sus rápidas conquistas. Los tronos de Asia fueron derribados repetidamente por los pastores del Norte, y sus armas esparcieron el terror y la devastación por las zonas más fértiles y guerreras de Europa.[703] En esta ocasión, como en muchas otras, el historiador serio tiene forzosamente que despertar de una visión complaciente, y confesar, con alguna renuencia, que la vida pastoril, que ha sido adornada con los más hermosos atributos de la paz y la inocencia, se adapta mucho mejor a los hábitos fieros y crueles de la vida militar. Para ilustrar esta afirmación, voy a considerar una nación de pastores y de guerreros bajo los tres artículos fundamentales de: I. su dieta; II. su vivienda; III. sus acciones. Las narraciones de la antigüedad se ven justificadas por la experiencia moderna,[704] y las orillas del Borístenes, del Volga o del Selinga presentan el mismo espectáculo uniforme de costumbres nativas y semejantes.[705]

I. Sólo con el paciente trabajo del labrador se cosecha el cereal, e incluso el arroz, que son los alimentos saludables más generalizados de los pueblos civilizados. La naturaleza alimenta con abundancia a muchos felices salvajes que habitan entre los dos trópicos; pero en los climas del Norte, una nación de pastores está reducida a sus rebaños y manadas. Los expertos en la práctica de la medicina determinarán, si cabe, cuánto puede afectar al espíritu humano el uso del alimento animal o vegetal, y si la asociación habitual entre la dieta carnívora y el temperamento cruel merece considerarse bajo otra luz que la de un prejuicio inocente, quizás saludable, de la humanidad.[706] Pero si es cierto que los sentimientos de compasión se debilitan imperceptiblemente con la visión y la práctica de la crueldad doméstica, tenemos que advertir que los horrorosos objetos que

el arte del refinamiento europeo disfraza se exhiben en su sencillez desnuda y repugnante en la tienda de un pastor de Tartaria. Muere el buey o la oveja a manos de quien lo alimentaba diariamente, y los miembros sangrientos se sirven con poca preparación sobre la mesa de su insensible matarife. En la profesión militar, y especialmente en el hábito de un ejército numeroso, el uso exclusivo de alimento animal parece ser ventajoso. El cereal es un producto voluminoso y perecedero, y los grandes acopios indispensables para la subsistencia de nuestras tropas deben transportarse lentamente con el auxilio de hombres y caballos. Pero los rebaños y manadas que acompañan las marchas de los tártaros les proporcionan un sustento seguro y abundante de carne y leche; en la mayor parte de la tierra sin cultivos la hierba crece rápida y copiosa, y pocos parajes son tan estériles como para que el ganado robusto del Norte no encuentre pastura suficiente. El abasto se ve multiplicado y se conserva gracias al apetito omnívoro de los tártaros y a su paciente abstinencia. Se alimentan indistintamente de animales carneados para la mesa o de aquellos que murieron por enfermedad. Devoran con una gula especial la carne de caballo, que en todo tiempo y país ha sido vedada por las naciones civilizadas de Asia y de Europa; y este gusto tan extraño facilita el éxito de sus operaciones militares. La activa caballería de los escitas, en sus incursiones más rápidas y lejanas, es siempre seguida por grupos de caballos de repuesto, empleados oportunamente para redoblar la velocidad o satisfacer el hambre de los bárbaros. Muchos son los recursos del coraje y la pobreza. Cuando el forraje alrededor del campamento de los tártaros está casi consumido, matan la mayor parte de su ganado y conservan la carne ahumada o secada al sol. En la emergencia imprevista de una marcha apresurada, se proveen de una cantidad

suficiente de bolitas de queso, o más bien de requesón duro, que ocasionalmente disuelven en agua, y esta escasa dieta los mantendrá durante varios días con vida, e incluso con ánimo. Pero a esta extraordinaria abstinencia, que un estoico aprobaría y envidiaría un ermitaño, le sigue comúnmente la satisfacción más voraz del apetito. Los vinos de climas más felices son el regalo más apreciable o el artículo más valioso de cuantos se pueden ofrecer a un tártaro; y el único ejemplo de su producción consiste, aparentemente, en extraer de la leche de yegua un licor fermentado que posee un fuerte poder de intoxicación. Como los animales de presa, los salvajes del viejo y el nuevo mundo experimentan alternadamente el hambre y la saciedad, y sus estómagos están acostumbrados a soportar, sin mucha inconveniencia, los extremos opuestos del hambre y la abundancia.

II. En tiempos de sencillez rústica y marcial, un pueblo de soldados y labradores se extendía por la superficie de un país vasto y cultivado, y debió pasar algún tiempo antes de que la juventud guerrera de Grecia o Italia pudiera reunirse bajo la misma bandera, fuera para defender sus fronteras o para invadir los territorios de las tribus vecinas. El progreso de la manufactura y el comercio reúne gradualmente a grandes multitudes dentro de las ciudades; pero los ciudadanos ya no son soldados, y las artes, que embellecen y mejoran el estado de la sociedad civil, corrompen los hábitos de la vida militar. Los hábitos pastoriles de los escitas parecen unir las distintas ventajas de la sencillez y el refinamiento. Los individuos de una misma tribu están constantemente reunidos, pero reunidos en un campamento, y el espíritu nativo de estos valientes pastores se anima con el mutuo apoyo y emulación. Las casas de los tártaros no son más que pequeñas tiendas ovaladas, que proporcionan

una habitación fría y sucia para la juventud promiscua de ambos sexos. Los palacios de los ricos son chozas de madera, de un tamaño conveniente para fijarse en grandes carromatos y ser arrastrados por un grupo tal vez de veinte o treinta bueyes. Sus rebaños y manadas, después de pastar todo el día por los campos inmediatos, se retiran al anochecer al resguardo del campamento. La necesidad de prevenir las desventajas de la confusión en tal movimiento constante de hombres y animales debió introducir, con la distribución, el orden y las guardias del campamento, los rudimentos del arte militar. En cuanto el forraje de un distrito se acaba, la tribu, o más bien el ejército de pastores, marcha hacia pasturas frescas, y así adquiere, en las ocupaciones corrientes de la vida pastoril, el conocimiento práctico de una de las operaciones más importantes y difíciles de la guerra. La elección de los lugares se regula por la diferencia entre las estaciones; en el verano los tártaros avanzan hacia el Norte y arman sus tiendas a la orilla de un río, o al menos en los alrededores de una corriente. Pero en el invierno regresan al sur y protegen su campamento, tras alguna elevación, contra los vientos, que se enfrían en su pasaje por las regiones desoladas y heladas de Siberia. Estas costumbres son asombrosamente adecuadas para difundir entre las tribus nómadas el espíritu de emigración y conquista. El vínculo entre el pueblo y su territorio es tan frágil que se rompe por el motivo más leve. El campamento, y no la tierra, es la verdadera patria del tártaro genuino. El recinto de aquellos campamentos abarca a sus familias, sus compañeros y sus propiedades, y en las marchas más remotas sigue rodeado de los objetos que son queridos, valiosos o familiares a sus ojos. El afán de rapiña, el temor o el pesar de un agravio y la intolerancia a la servidumbre fueron siempre causas suficientes para impulsar a las tribus de escitas a

internarse audazmente en países desconocidos, donde tengan esperanzas de encontrar una subsistencia más abundante o enemigos menos formidables. Las revoluciones del Norte han determinado con frecuencia el destino del Sur; y en el conflicto de naciones enemigas, vencedores y vencidos fueron llevados alternativamente de los confines de China hasta los de Germania.[707] Estas grandes migraciones, que a veces han ocurrido con una diligencia casi increíble, resultaron más fáciles gracias a la naturaleza particular del clima. Es bien conocido que el frío de Tartaria es mucho más severo de lo que podría esperarse razonablemente en el centro de una zona templada; este rigor poco común se atribuye a la altura de las planicies, que se elevan, especialmente hacia el Este, más de media milla (804,65 m) sobre el nivel del mar, y al exceso de salitre que impregna el suelo.[708] En invierno, los ríos anchos y rápidos que desaguan en el Euxino, en el mar Caspio o en el Glacial Ártico, están firmemente helados; los campos están cubiertos por un manto de nieve, y las tribus victoriosas o fugitivas pueden atravesar seguras con familias, carruajes y ganado por la superficie lisa y dura de una llanura inmensa.

III. La vida pastoril, comparada con los trabajos de la agricultura o la manufactura, es indudablemente ociosa; y como los pastores más honorables de la raza tártara delegan en sus cautivos el cuidado doméstico del ganado, su ocio rara vez se ve interrumpido por alguna preocupación cotidiana. Pero en vez de dedicar el tiempo libre a los placeres suaves del amor o la música, lo emplean provechosamente en el ejercicio violento y sanguinario de la caza. Las llanuras de Tartaria se llenan de una raza de caballos robusta y útil, que se adapta fácilmente a la guerra y la cacería. Los escitas siempre se han destacado como jinetes osados y hábiles, y la práctica constante los ha afirmado

tanto a los lomos de sus caballos, que los extranjeros suponían que desempeñaban todas las tareas de la vida civil, como comer, beber e incluso dormir, sin apearse. Manejan la lanza con destreza; su brazo nervudo arma el largo arco tártaro, y la flecha, pesada, se dirige a su objetivo con puntería exacta y con una fuerza irresistible. A veces apuntan sus flechas contra los animales inofensivos del desierto —la liebre, la cabra, el corzo, el venado, el ciervo, el alce y el antílope— que crecen y se multiplican en ausencia de su más formidable enemigo. Las fatigas de la caza ejercitan continuamente el vigor y la paciencia tanto de los hombres como de los caballos, y el abastecimiento abundante de la caza contribuye a la subsistencia y aun al lujo de un campamento tártaro. Pero las hazañas de los cazadores escitas no se limitan al acoso de bestias tímidas e indefensas: se enfrentan audazmente al jabalí enfurecido cuando se vuelve contra sus perseguidores, excitan la ferocidad soñolienta del oso y provocan la furia del tigre cuando se adormece por la maleza. Donde hay peligro, puede haber gloria, y el método de caza que ofrece el mejor campo para ejercer el valor puede considerarse con justicia como imagen y escuela de la guerra. Las cacerías generales, recreo y orgullo de los príncipes tártaros, son un ejercicio instructivo para su numerosa caballería. Se traza un círculo de varias millas para acorralar la caza de una zona amplia, y las tropas que componen el círculo avanzan juntas hacia el centro, donde los animales rodeados quedan a merced de las flechas de los cazadores. En esta marcha, que con frecuencia dura muchos días, la caballería tiene que ir trepando cumbres, nadando por los ríos y recorriendo valles, sin interrumpir el orden prescrito de su progreso gradual. Adquieren el hábito de dirigir su vista y sus pasos hacia un punto lejano, conservando las distancias, suspendiendo o

acelerando su paso según los movimientos de la tropa a derecha e izquierda, y mirando y repitiendo las señales de sus caudillos. Sus caudillos estudian en esta escuela práctica la lección más importante del arte militar, la consideración rápida y exacta del terreno, la distancia y el tiempo. La única variación que se requiere en una guerra real es emplear contra un enemigo humano el mismo coraje y paciencia, la misma habilidad y disciplina; y así el recreo de la caza sirve como preludio a la conquista de un imperio.[709]

La sociedad política de los antiguos germanos tiene la apariencia de una alianza voluntaria entre guerreros independientes. Las tribus de Escitia, que actualmente se denominan *hordas*, tienen la forma de una familia numerosa y en aumento que, en el decurso de sucesivas generaciones, se han propagado desde el mismo tronco original. Hasta el menor de los tártaros y el más ignorante preserva con consciente orgullo el tesoro inestimable de su genealogía; y cualesquiera sean las distinciones de jerarquía que se hayan introducido por la distribución desigual de su riqueza pastoril, se respetan a sí mismos y mutuamente como los descendientes del fundador de la tribu. La costumbre, aún dominante, de adoptar a los cautivos más leales y valientes fortalece la sospecha muy probable de que esta extensa consanguinidad es, en gran medida, legal y ficticia. Pero el provechoso prejuicio, ya sancionado por el tiempo y la opinión, produce un efecto de verdad; los altivos bárbaros rinden una obediencia gozosa y voluntaria a la cabeza de su sangre, y su jefe, o *mursa*, como representante de su patriarca, ejerce la autoridad de un juez en la paz y de un general en la guerra. En el estado primitivo del mundo pastoril, cada *mursa* (si podemos seguir usando una denominación moderna) actuaba como el jefe independiente de

una gran familia separada, y los límites de sus territorios particulares se fueron estableciendo por la superioridad de la fuerza o por consentimiento mutuo. Pero la cooperación constante de varias causas contribuyó a unir a las hordas nómadas en una comunidad nacional a las órdenes de un caudillo supremo. El débil ansiaba apoyo y el fuerte, dominios; el poder, resultado de la unión, avasalló y reunió las fuerzas dispersas de las tribus vecinas; y como el vencido era admitido libremente para compartir las ventajas de la victoria, los jefes más valientes acudían con sus seguidores a reunirse bajo el estandarte formidable de una nación confederada. El príncipe tártaro más próspero asumía el mando militar por la superioridad de sus méritos o de su poder. La aclamación de sus iguales lo elevaba al trono, y el nombre de *Khan* expresa, en el idioma del norte de Asia, la vastedad absoluta de la dignidad real. Los derechos de la sucesión hereditaria están restringidos desde hace mucho tiempo a la sangre del fundador de la monarquía; y ahora mismo, todos los khanes reinantes, desde Crimea hasta la muralla china, son descendientes directos del famoso Gengis.[710] Pero como el deber indispensable de un soberano tártaro es conducir a sus súbditos guerreros al campo de batalla, los derechos de los niños son a menudo descuidados, y algún pariente del rey, señalado por su edad y su valentía, empuña la espada y el cetro de su antecesor. Entre las tribus se recaudan dos impuestos diferentes y regulares para solventar la dignidad del monarca nacional y del jefe inmediato, y cada una de esas contribuciones asciende al diezmo de sus propiedades y sus despojos. Un soberano tártaro disfruta de la décima parte de las riquezas de su pueblo; y, como su propia fortuna doméstica de ganadería aumenta en una proporción mucho mayor, puede mantener con abundancia el esplendor rústico de su corte,

premiar al más meritorio o al favorito entre sus seguidores y obtener, con la influencia amable de la corrupción, la obediencia que a veces se niega a los mandatos severos de la autoridad. Las costumbres de sus súbditos, acostumbrados como él mismo a la sangre y al saqueo, pueden disculpar a sus ojos algunos actos parciales de tiranía que provocarían horror en un pueblo civilizado; pero en los páramos de Escitia nunca ha sido reconocido el poder de un déspota. La jurisdicción inmediata de un khan está limitada a su propia tribu, y la antigua institución de un consejo nacional modera el ejercicio de esta prerrogativa real. Los *Kuriltai*,[711] o sea las cortes de los tártaros, se celebran periódicamente en primavera y otoño en medio de una llanura, donde los príncipes de la familia reinante y los mursas de las respectivas tribus pueden reunirse convenientemente a caballo con sus vastas y marciales comitivas; y el monarca ambicioso, que pasó revista a las fuerzas, debe ahora consultar cuáles son las inclinaciones de su pueblo en armas. Pueden encontrarse los rudimentos de un gobierno feudal en la constitución de las naciones escitas o tártaras; pero el conflicto constante de esas naciones hostiles ha terminado a veces en el establecimiento de un imperio despótico y poderoso. El vencedor, enriquecido por el tributo y fortalecido por los ejércitos de los reyes subalternos, propagó sus conquistas por Europa y Asia; los pastores prósperos del Norte se adecuaron al confinamiento que imponen las artes, las leyes y las ciudades; y la introducción del lujo, después de destruir la libertad del pueblo, ha socavado los cimientos del trono.[712]

Los bárbaros sin escritura, en sus migraciones lejanas y frecuentes, no pueden conservar por largo tiempo la memoria de los acontecimientos pasados. Los tártaros modernos ignoran las conquistas de sus antepasados;[713] y lo que sabemos de la

historia de los escitas proviene de su contacto con las naciones letradas y civilizadas del sur —griegos, persas y chinos—. Los griegos, que navegaron el Euxino y establecieron sus colonias a lo largo de la costa, descubrieron Escitia poco a poco e imperfectamente, desde el Danubio y los confines de Tracia hasta el helado Meotis, patria de un invierno eterno, y el Monte Cáucaso, que en la poesía se describe como la última frontera de la tierra. Alabaron con candor las virtudes de la vida pastoril,[714] pero cultivaron un temor más racional por la fuerza y el número de estos bárbaros guerreros,[715] que burlaron desdeñosamente el inmenso armamento de Darío, hijo de Histaspes.[716] Los monarcas persas habían extendido sus conquistas occidentales hasta las orillas del Danubio y los límites de la Escitia europea. Las provincias orientales de su imperio habían quedado expuestas a los escitas asiáticos, salvajes habitantes de las llanuras que están más allá del Oxo y el Iaxartes, dos ríos caudalosos que se encaminan hacia el mar Caspio. La larga y memorable lucha de Irán y Turán es todavía tema de la historia y de la ficción: la famosa, y quizás fabulosa, valentía de los héroes persas, Rustán y Asfendiar, se destacó en la defensa de su patria contra los afrasiab del norte;[717] y el invencible espíritu de los mismos bárbaros resistió, en el mismo sitio, las armas victoriosas de Ciro y Alejandro.[718] A los ojos de los griegos y los persas, la geografía real de Escitia estaba limitada, al Este, por las montañas de Imao o Caf; y su perspectiva lejana de las regiones extremas e inaccesibles de Asia estaba nublada por la ignorancia o confundida por la ficción. Pero esas regiones inaccesibles son los antiguos dominios de una nación poderosa y civilizada[719] que tiene, según una tradición probable, más de cuarenta siglos,[720] y de la que se puede verificar una serie de cerca de dos mil años con el testimonio innegable de historiadores contemporáneos y

confiables.[721] Los anales de China[722] ilustran el estado y las revoluciones de las tribus pastoriles, que aún pueden diferenciarse bajo la vaga denominación común de escitas o tártaros —vasallos, enemigos y a veces conquistadores de un gran imperio, cuya política se ha opuesto constantemente al valor ciego e impetuoso de los bárbaros del norte—. Desde la desembocadura del Danubio hasta el mar del Japón, toda la extensión de Escitia es de alrededor de ciento diez grados, que en ese paralelo es equivalente a más de cinco mil millas (8046,5 km). La latitud de estos extensos desiertos no puede medirse exacta y puntualmente; pero desde los cuarenta grados, que tocan la muralla china, podemos avanzar más de mil millas (1609,3) hacia el Norte, hasta que nos detenga el frío irresistible de Siberia. En ese clima deprimente, en vez del animado cuadro de un campamento tártaro, la humareda que sale de la tierra, o más bien de la nieve, señala la vivienda subterránea de los tongús y los samoyedos, que suplen a medias la carencia de caballos y bueyes con el uso de renos y de perros enormes; y los conquistadores del orbe se han degenerado imperceptiblemente en una raza de salvajes pequeños y contrahechos, que se estremecen al sonido de las armas.[723]

Los hunos, que bajo el reinado de Valente amenazaron el Imperio de Roma, mucho antes habían sido temibles para el de China.[724] Su antigua y quizás originaria residencia era un territorio extenso, aunque seco y estéril, inmediatamente al norte de la gran muralla. Actualmente, ese sitio está poblado por las cuarenta y nueve hordas o bandos de los mongües, una nación pastoril que se compone de unas doscientas mil familias.[725] Pero el valor de los hunos había extendido los estrechos límites de sus dominios; y sus rústicos caudillos, llamados *tanjus*, se transformaron gradualmente en los conquistadores y

soberanos de un imperio formidable. Sólo el océano detuvo por el Este sus armas victoriosas; y las escasas tribus que se extienden entre el Amur y el extremo de la península de Corea se incorporaron no sin repugnancia al estandarte de los hunos. Por el Oeste, hacia el origen del Irtis y en los valles del Imao, encontraron un espacio más amplio y enemigos más numerosos. Un lugarteniente de los tanjus sojuzgó, en una sola expedición, veintiséis naciones; los uigures[726] que sobresalen entre los tártaros por el uso de la escritura, se contaban entre sus vasallos; y por el extraño encadenamiento de los acontecimientos humanos, la huida de una de aquellas tribus nómadas retiró a los partos victoriosos de la invasión de Siria.[727] También por el Norte el océano fue el único límite al poder de los hunos. Sin enemigos para resistir a su avance ni testigos para contradecir su vanidad, ciertamente podían lograr una conquista real o imaginaria de las regiones heladas de Siberia. Se estableció el *mar del Norte* como la remota frontera de su imperio; pero el nombre de ese mar, en cuyas playas el patriota Sovu aceptó una vida de pastor y desterrado,[728] debe trasladarse, con mayor probabilidad, al lago Baikal, una ancha cuenca de más de trescientas millas (482,79 km), que desdeña la modesta denominación de lago[729] y que realmente se comunica con los mares del norte mediante los largos cursos del Angara, el Tongusca y el Yenisei. La sumisión de tantas naciones lejanas halagaba el orgullo de los tanjus; pero el coraje de los hunos sólo podía sentirse premiado con las riquezas y el lujo del imperio del sur. Tres siglos antes de la era cristiana, una muralla de mil quinientas millas (2413,95 km) de largo fue construida para defender las fronteras de China contra las incursiones de los hunos;[730] pero esta obra asombrosa, que ocupa un lugar notorio en el mapa del mundo, jamás contribuyó a la seguridad de un

pueblo desafecto a la guerra. La caballería de los tanjus se componía a menudo de doscientos o trescientos mil hombres, todos formidables por la destreza incomparable con que manejaban el arco y los caballos, por su dura paciencia para soportar las inclemencias del clima, y por la velocidad increíble de su marcha, que rara vez se detenía ante torrentes o precipicios, ante los ríos más profundos o las montañas más altas. Se extendían a un tiempo sobre toda una región, y su impetuosa rapidez sorprendía, asombraba y desconcertaba la táctica seria y elaborada del ejército chino. El emperador Kaoti,[731] un soldado de fortuna cuyo mérito personal lo había elevado al trono, marchó contra los hunos con aquellas tropas veteranas entrenadas en las guerras civiles de China. Pero los bárbaros lo rodearon pronto y, tras un sitio de siete días, el monarca sin esperanzas fue reducido a comprar su rescate con una capitulación afrentosa. Los sucesores de Kaoti, cuyas vidas estuvieron dedicadas a las artes de la paz o a los deleites palaciegos, se sometieron a una humillación más permanente. Confesaron muy rápidamente la insuficiencia de armas y fortificaciones. Mientras grandes llamaradas anunciaban por todas partes la invasión de los hunos, los emperadores se convencieron demasiado rápidamente de que las tropas chinas, que dormían con el yelmo y la armadura puestos, habían sido destruidas por el trabajo incesante de marchas infructuosas.[732] Se estipuló un pago regular de dinero y seda como condición de una paz temporal y precaria; y los emperadores de China, como los de Roma, utilizaron el desdichado recurso de disfrazar un tributo efectivo bajo el nombre de regalo o subsidio. Pero aún quedaba otro artículo de tributo más infamante, que violaba los sagrados fueros de la humanidad y la naturaleza. Las dificultades de la vida salvaje, que destruyen en su infancia a los niños

nacidos con una constitución menos saludable y robusta, provocan una importante desproporción entre ambos sexos. Los tártaros son una raza desagradable e incluso deforme; y como consideran a sus mujeres como instrumentos para trabajos domésticos, sus deseos, o más bien sus apetitos, se orientan al placer de una belleza más elegante. Anualmente se tributaba una parte selecta de las doncellas más hermosas de la China a los abrazos bestiales de los hunos,[733] y la alianza de los altaneros tanjus se aseguraba por medio de su matrimonio con las hijas legítimas o adoptivas de la familia imperial, que intentó vanamente escapar a esa contaminación sacrílega. La situación de estas víctimas infelices está descripta en los versos de una princesa china, que lamenta haber sido condenada por sus padres a un exilio lejano con un marido bárbaro, que se queja de que la leche agria es su única bebida, la carne cruda su único alimento, una tienda su único palacio, y que expresa, en raptos de apasionada sencillez, el deseo natural de transformarse en ave para retornar volando a su querido país, objeto de su tierno y constante pesar.[734]

Las tribus pastoriles del norte lograron dos veces la conquista de China: las fuerzas de los hunos no eran inferiores a las de los mogoles o los manchúes, y su ambición podía tener las mayores esperanzas de éxito. Pero su orgullo fue humillado y su avance detenido por la política y las armas de Wu-Ti,[735] quinto emperador de la poderosa dinastía de los Han. En su largo reinado de cincuenta y cuatro años, los bárbaros de las provincias meridionales se sometieron a las leyes y costumbres de la China, y los antiguos límites de la monarquía se extendieron desde el gran río de Kiang hasta el puerto de Cantón. En vez de limitarse a las tímidas operaciones de una guerra defensiva, sus lugartenientes se internaron cientos de

millas en el país de los hunos. En esos desiertos ilimitados, donde es imposible construir almacenes y se hace difícil trasportar una cantidad suficiente de provisiones, las huestes de Wu-Ti estuvieron expuestas repetidamente a dificultades intolerables; y de los ciento cuarenta mil soldados que marcharon contra los bárbaros, sólo treinta mil volvieron a salvo a los pies de su soberano. Estas pérdidas, sin embargo, se compensaron con grandes y decisivos triunfos. Los generales chinos utilizaron acertadamente la superioridad del temple de sus armas, de sus carros de guerra y del auxilio de los tártaros aliados. Sorprendieron los campamentos del tanju en medio del sueño y los excesos; y aunque el monarca de los hunos se abrió paso con valor entre las filas enemigas, dejó en el campo de batalla a más de quince mil de sus súbditos. Pero esta victoria señalada, que siguió y precedió a muchas batallas sangrientas, no contribuyó tanto a la destrucción del poder de los hunos como la eficaz política empleada para liberar a las naciones tributarias de su obediencia (70 a. C.). Las tribus más numerosas de oriente y occidente, intimidadas por las armas o atraídas por las promesas de Wu-Ti y sus sucesores, rechazaron la autoridad del tanju. Como algunas se reconocían aliadas o vasallas del Imperio y todas se transformaron en enemigas implacables de los hunos, el número de este altivo pueblo, reducido a su estado primitivo, tal vez hubiera cabido entre los muros de una de las ciudades grandes y populosas de la China.[736] La deserción de sus súbditos y la incertidumbre de una guerra civil, a la larga obligaron al Tanju a renunciar a la dignidad de soberano independiente y a la libertad de esa nación tan guerrera y altiva (51 a. C.). Fue recibido en Sigan, capital de la monarquía, por las tropas, los mandarines y el emperador en persona, con todos los honores que pudieran adornar y disfrazar el triunfo de la

vanagloria china.[737] Se preparó un magnífico palacio para su recepción, se le asignó un lugar superior al de todos los príncipes de la familia real, y la paciencia del rey bárbaro se agotó con las ceremonias del banquete, que consistieron en ocho platos de carne y nueve piezas de música solemne. Pero tributó, arrodillado, un respetuoso homenaje al emperador de la China; pronunció, en su propio nombre y en el de sus sucesores, un juramento perpetuo de fidelidad, y aceptó agradecido un sello que le fue otorgado como emblema de su dependencia regia. Tras este humillante avasallamiento, los tanjus rompieron a veces su lealtad, y aprovecharon los momentos favorables de guerra y de rapiña; pero la monarquía de los hunos declinó progresivamente hasta dividirse, por sus disensiones civiles, en dos reinos enemigos (48 a. C.). Uno de sus príncipes tuvo que retirarse hacia el Sur, por miedo o ambición, con ocho hordas que abarcaban entre cuarenta y cincuenta mil familias. Obtuvo, con el título de Tanju, un territorio considerable y contiguo a las provincias chinas; su debilidad y su deseo de venganza aseguraron su adhesión constante al servicio del Imperio. Desde el tiempo de este cisma fatal, los hunos del norte siguieron languideciendo durante cincuenta años, hasta que fueron presionados por todas partes por sus enemigos extranjeros y domésticos. La orgullosa inscripción[738] de una columna, alzada sobre una alta montaña, anunciaba a la posteridad que un ejército chino se había internado setecientas millas (1126,51 km) en el corazón de su país. Los siempos,[739] una tribu de tártaros orientales, vengaron las afrentas que les habían inferido anteriormente; y tras un reinado de mil trescientos años, el poder de los tanjus fue totalmente destruido antes de que finalizara el primer siglo de la era cristiana (95 d. C.).[740]

La suerte de los hunos vencidos varió según sus caracteres y

situaciones diversos.[741] Más de cien mil personas, los más pobres, en efecto, y los más cobardes del pueblo, se conformaron con permanecer en sus tierras, renunciar a su nombre y origen particulares y mezclarse con la nación vencedora de los siempos. Cincuenta y ocho hordas, alrededor de doscientos mil hombres que deseaban una servidumbre más honorable, se retiraron hacia el Sur, imploraron la protección de los emperadores de la China, y se les permitió habitar y resguardar las lejanas fronteras de la provincia de Chansí y el territorio de Orto (100 d. C.). Pero las tribus más guerreras y poderosas de los hunos conservaron en la adversidad el espíritu firme de sus antepasados. El mundo occidental estaba abierto a su valor, y resolvieron descubrir y avasallar, capitaneados por sus caudillos hereditarios, algún país remoto y aun inaccesible a las armas de los siempos y a las leyes de la China.[742] El curso de sus migraciones pronto los llevó más allá de las montañas de Imao y de los límites de la geografía china; pero *nosotros* podemos distinguir dos grandes divisiones de esos exiliados formidables, que dirigieron su marcha hacia el Oxo y hacia el Volga. La primera de estas colonias estableció sus dominios en las llanuras fértiles y extensas de Sogdiana, al oriente del mar Caspio, donde conservaron el nombre de hunos, con el epíteto de eutalites o neftalites. Sus costumbres se suavizaron, y hasta sus facciones fueron mejorando con el clima templado y su larga permanencia en una provincia floreciente,[743] que tal vez conservara algún leve rastro de las artes de Grecia.[744] Los hunos *blancos*, un nombre derivado del cambio en su tez, pronto abandonaron la vida pastoril de Escitia. Gorgo, que bajo el nombre de Carizme disfrutó desde entonces de un esplendor pasajero, fue la residencia de su rey, quien ejercía autoridad legal sobre un pueblo obediente. El trabajo de los sogdianos mantenía su lujo;

y el único vestigio de su antigua barbarie era la costumbre que obligaba a todos los compañeros beneficiados por la generosidad de algún señor opulento a enterrarse vivos, hasta el número de veinte, en la misma tumba.[745] La vecindad de los hunos con las provincias de Persia los llevó a entablar batallas frecuentes y sangrientas con aquella poderosa monarquía. Pero respetaban en la paz la fe de los tratados, y en la guerra, los dictámenes de la humanidad; y su memorable victoria sobre Peroses o Firuz mostró tanto la moderación como el valor de los bárbaros. El *segundo* grupo de hunos, que avanzó gradualmente hacia el Noroeste, tuvo que enfrentar las dificultades de un clima más frío y una marcha más trabajosa. La necesidad los obligó a cambiar sedas de la China por pieles de Siberia; borraron los rudimentos imperfectos de civilización, y la ferocidad natural de los hunos recrudeció por sus relaciones con tribus salvajes, que fueron comparadas, no sin propiedad, con las fieras del desierto. Su espíritu independiente pronto rechazó la sucesión hereditaria de los tanjus, y mientras que cada horda era gobernada por su mursa particular, su tumultuoso consejo disponía las medidas públicas de toda la nación. Su establecimiento temporario en las orillas orientales del Volga estaba atestiguado, hasta el siglo XIII, por el nombre de Gran Hungría.[746] En el invierno, descendían con sus rebaños y manadas hacia la desembocadura de ese caudaloso río; y en verano sus excursiones los llevaban hasta la latitud de Saratoff o quizás hasta la confluencia del Kama. Al menos, tales eran los límites de los calmucos negros,[747] que permanecieron alrededor de un siglo bajo la protección de Rusia, y que después regresaron a sus establecimientos originales en las fronteras del Imperio chino. La marcha y el retorno de esos tártaros nómadas, cuyo campamento reunido constaba de cincuenta mil tiendas o familias, ilustra las largas migraciones de

los antiguos hunos.[748]

Es imposible llenar el oscuro intervalo desde que los hunos del Volga desaparecieron de la vista de los chinos hasta que aparecieron ante la de los romanos. Sin embargo, hay algunas razones para pensar que la misma fuerza que los expulsó de sus territorios nativos continuó impulsándolos hasta las fronteras de Europa. El poder de los siempos, sus enemigos implacables, que se extendía por más de tres mil millas (4827,9 km) de Este a Oeste,[749] debió haberlos oprimido con el peso y el pánico de su terrible vecindad; y la huida de las tribus de Escitia inevitablemente debieron tender a reducir el territorio de los hunos. Los nombres ásperos y oscuros de aquellas tribus lastimarían el oído de los lectores sin aportar nada a su conocimiento; pero no puedo pasar por alto las suposiciones, muy naturales, de que las fuerzas de los hunos del norte se acrecentaron con la ruina de la dinastía del sur, que durante el tercer siglo se sometió a China; que sus guerreros más valientes se marcharon en busca de sus compatriotas libres y aventureros, y que, así como habían sido divididos por la prosperidad, se reunieron fácilmente por sus dificultades comunes y su suerte adversa.[750] Los hunos, con sus rebaños y manadas, sus mujeres y niños, sus dependientes y aliados, se trasladaron al oeste del Volga y avanzaron con audacia para invadir el país de los alanos, una nación pastoril que poblaba, o asolaba, una amplia región de los desiertos de Escitia. Las tiendas de los alanos cubrieron las llanuras entre el Volga y el Tanais, pero su nombre y sus costumbres se difundieron por toda la extensión de sus conquistas, y las tribus pintadas de los agatirsos y gelonos se confundieron entre sus vasallos. Hacia el Norte, se internaron en las regiones heladas de Siberia, entre los salvajes acostumbrados, por su furia o su hambre, al gusto de la carne

humana; y sus incursiones meridionales se extendieron hasta los confines de Persia e India. La mezcla de sangre sármata y germana había contribuido a mejorar las facciones de los alanos, a blanquear su tez renegrida y a cambiar al amarillo el color de su pelo, lo que raramente se encuentra en la raza tártara. Eran menos deformes que los hunos y menos embrutecidos en sus modales, pero no les iban en zaga en su espíritu marcial e independiente, en su amor por la libertad, que rechazaba hasta el uso de esclavos domésticos, ni en su amor por las armas, en tanto consideraban la guerra y la rapiña como el placer y la gloria de la humanidad. Su único objeto de culto era una cimitarra desnuda clavada en el suelo; las cabelleras de sus enemigos eran los costosos arreos de sus caballos, y miraban con pena y desprecio a los apocados guerreros que esperaban pacientemente los achaques de la ancianidad o los tormentos de una enfermedad lenta.[751] En las orillas del Tanais, el poder militar de los hunos y el de los alanos se enfrentaron con igual valor, pero con distinta suerte. Los hunos prevalecieron en la sangrienta lucha; el rey de los alanos fue asesinado; y la alternativa habitual de huida o rendición dispersó al resto de la nación vencida.[752] Una colonia de exiliados encontró un refugio seguro en las montañas del Cáucaso, entre el Ponto Euxino y el Caspio, donde todavía conservan su nombre y su independencia. Otra colonia, más osadamente, avanzó hacia las playas del Báltico; se alió con las tribus septentrionales de Germania, y compartió los despojos de las provincias romanas de Galia y España. Pero la mayoría de los alanos aceptó la oferta de una unión honorable y ventajosa; y los hunos, que apreciaban el valor de sus desafortunados enemigos, atacaron, con ese aumento de número y de confianza, los límites del Imperio godo.

El gran Hermanrico, cuyos dominios se extendían desde el Báltico hasta el Euxino, disfrutaba, en su edad madura y en la cima de su reputación, del fruto de sus victorias (375 d. C.), cuando lo sobresaltó el avance temible de una hueste de enemigos desconocidos,[753] a quienes sus súbditos bárbaros podían llamar, con justicia, *bárbaros*. Los godos, asombrados, contemplaron sus campos y aldeas consumidos por las llamas e inundados por matanzas indiscriminadas, y sintieron, temieron y exageraron el número, la fuerza, la rapidez y la crueldad implacable de los hunos. A estos terrores reales se les sumaron la sorpresa y el aborrecimiento que provocaban la voz chillona, los gestos toscos y la deformidad extraña de los hunos. Esos salvajes de Escitia fueron comparados (y en efecto tenían alguna similitud) con los animales que caminan muy torpemente en dos patas y con las figuras deformes, los *Términos*, que los antiguos ubicaban a menudo en los puentes. Se diferenciaban del resto de las especies humanas por sus anchas espaldas, sus narices chatas y sus ojos pequeños, negros y hundidos; y como casi no tenían barbas, no disfrutaban de la elegancia varonil en la juventud ni del aspecto venerable en la ancianidad.[754] Se les atribuía un origen fabuloso, digno de su aspecto y costumbres, en las brujas de Escitia, que habían sido expulsadas de la sociedad por sus prácticas horribles y mortales, habían copulado en el desierto con los espíritus infernales, y los hunos eran los descendientes de esa execrable unión.[755] El odio crédulo de los godos asumió con avidez ese relato tan lleno de horror y absurdo; pero mientras que gratificaba su odio, también incrementaba su temor, en tanto podía suponerse que la posteridad de los demonios y las brujas podría haber heredado una parte de los poderes sobrenaturales y del temperamento maligno de sus padres. Hermanrico se preparó para conducir las

fuerzas unidas del Estado godo contra estos enemigos, pero pronto descubrió que sus tribus vasallas, provocadas por la opresión, estaban mucho mejor dispuestas a secundar que a repeler la invasión de los hunos. Uno de los jefes de los roxolanos[756] ya antes había desertado de las banderas de Hermanrico, y el cruel tirano había condenado a la esposa inocente del traidor a ser descuartizada por caballos bravos. Los hermanos de aquella desventurada mujer aprovecharon la coyuntura favorable para su venganza. El rey anciano de los godos sobrevivió algún tiempo a las heridas mortales que le causaron las dagas, pero la dirección de la guerra se retardó por su debilidad; y un espíritu de celos y discordia distrajo al consejo nacional. Su muerte, que ha sido atribuida a su propia desesperación, dejó las riendas del gobierno en manos de Vitimero, quien, con la dudosa ayuda de algunos mercenarios escitas, sostuvo la contienda desigual contra las armas de los hunos y los alanos, hasta que fue derrotado y muerto en una batalla decisiva. Los ostrogodos se rindieron a su destino; y la alcurnia real de los Amalis se encontrará luego entre los súbditos del altanero Atila. Pero Viterico, el niño rey, fue salvado por la diligencia de Alateo y de Safraz, dos guerreros de reconocido valor y fidelidad que, marchando con cautela, condujeron los restos independientes de la nación de los ostrogodos hacia el Danasto o Dniéster, un río considerable que hoy separa los dominios de Turquía y los del Imperio ruso. El prudente Atanarico, más atento a su seguridad propia que a la general, había establecido el campamento de los visigodos en las orillas del Dniéster, con la firme resolución de oponerse a los bárbaros victoriosos, a quienes consideraba menos aconsejable ir a provocar. El peso de los bagajes y el estorbo que suponían los cautivos aminoraba la velocidad habitual de los hunos; pero su

habilidad militar logró engañar y casi destruir al ejército de Atanarico. Mientras defendía las orillas del Dniéster, fue cercado y atacado por un destacamento numeroso de caballería que había vadeado el río a la luz de la luna, y no fue sino con el mayor esfuerzo de su coraje y conducta que pudo retirarse hacia zonas montañosas. El valiente general ya había ideado un plan nuevo y certero de guerra defensiva; y las fuertes líneas que se preparaba a construir entre las montañas, el Prut y el Danubio asegurarían el territorio extenso y fértil que hoy se llama Valaquia contra las incursiones destructivas de los hunos.[757] Pero sus esperanzas y disposiciones pronto se vieron frustradas por la impaciencia trémula de sus paisanos acobardados, a quienes el temor los convencía de que el Danubio era la única barrera que podía salvarlos de la rapidez y el invencible valor de los bárbaros de Escitia. Al mando de Fritigerno y Alavivo,[758] toda la nación avanzó apresuradamente hasta la orilla del gran río, e imploró la protección del emperador romano de Oriente. Atanarico, ansioso aún de evitar la culpa del perjurio, se retiró con un grupo de fieles seguidores hacia el país montañoso de Cauca, donde parece haber estado resguardado e incluso oculto por los bosques impenetrables de Transilvania.[759]

Después de que Valente terminó la guerra goda con alguna apariencia de gloria y éxito, se encaminó hacia sus dominios de Asia (376 d. C.) y finalmente estableció su residencia en la capital de Siria. Dedicó los cinco años[760] que residió en Antioquía a vigilar, a una distancia prudente, los planes hostiles del rey de Persia; a contener las depredaciones de sarracenos e isaurios;[761] a reforzar, con argumentos más eficaces que los de la razón y la elocuencia, la creencia en la teología arriana, y a calmar sus sospechas llenas de ansiedad ajusticiando indistintamente a inocentes y culpables. Pero el emperador

ponía más seriamente su atención en las importantes noticias que recibía de los oficiales civiles y militares a quienes había encargado la defensa del Danubio. Fue informado de que el Norte se agitaba con una furiosa tempestad; que la irrupción de los hunos, una raza de salvajes desconocida y monstruosa, había derrumbado el poder de los godos, y que las multitudes suplicantes de esa nación guerrera, cuyo orgullo estaba ahora humillado en el polvo, ocupaban varias millas a lo largo del río. Lamentaban, con los brazos extendidos, sus penurias pasadas y su actual peligro; reconocían que su única esperanza de salvación estaba en la clemencia del gobierno romano, y prometían solemnemente que, si la liberalidad del emperador les permitía cultivar las tierras baldías de Tracia, siempre se considerarían obligados, por los lazos más poderosos del deber y el agradecimiento, a obedecer las leyes y resguardar las fronteras de la República. Estas afirmaciones fueron confirmadas por los embajadores de los godos, que esperaban con impaciencia, de boca de Valente, una respuesta que determinara al fin el destino de sus desdichados compatriotas. El emperador de Oriente ya no estaba guiado por la sabiduría y la autoridad de su hermano mayor, muerto hacia fines del año anterior (17 de noviembre de 375 d. C.), y como la desgraciada situación de los godos requería una decisión instantánea y terminante, no podía usar el recurso favorito de los endebles y tímidos, que consideran las medidas dilatorias y ambiguas como el esfuerzo más admirable de la prudencia consumada. Mientras las mismas pasiones e intereses subsistan entre la humanidad, las cuestiones de la guerra y de la paz, de la justicia y la política, que se debatían en los consejos de la antigüedad, se presentarán con frecuencia como el tema de las deliberaciones modernas. Pero el estadista con mayor experiencia de Europa jamás ha sido convocado para

considerar si es apropiado o peligroso admitir o rechazar una multitud innumerable de bárbaros, llevados por la desesperación y el hambre a solicitar establecerse en los territorios de una nación civilizada. Cuando esa importante proposición, tan estrechamente vinculada con la seguridad pública, fue planteada a los ministros de Valente, quedaron atónitos y divididos; pero pronto se pusieron de acuerdo en un dictamen adulador que parecía ser el más favorable al orgullo, la indolencia y la avaricia de su soberano. Aquellos esclavos, que fueron adornados con los títulos de prefectos y generales, disimularon o desatendieron el terror de esta emigración nacional, tan diferente de las colonias parciales y ocasionales que se habían recibido en los últimos límites del Imperio. Antes bien, aplaudieron la generosidad de la suerte, que había conducido, desde los países más lejanos del globo, un ejército numeroso e invencible de extranjeros para defender el trono de Valente, que ahora podía añadir a su tesoro las inmensas cantidades de oro proporcionadas por las provincias a cambio de proveer su proporción anual de reclutas. La corte imperial concedió la plegaria a los godos y aceptó sus servicios; e inmediatamente se despacharon órdenes a los gobernadores militares y civiles de la diócesis de Tracia para que hicieran los preparativos necesarios para el tránsito y el mantenimiento de un gran pueblo, hasta que se proporcionase un territorio adecuado y suficiente para su futura residencia. Sin embargo, la generosidad del emperador estuvo acompañada por dos condiciones violentas y rigurosas, que la prudencia podía justificar de parte de los romanos, pero que sólo iba a generar pesadumbre entre los airados godos. Se les requirió, antes de cruzar el Danubio, la entrega de sus armas, y se insistió en quitarles sus hijos y dispersarlos entre las provincias de Asia, donde serían civilizados por las artes de la educación y servirían

como rehenes para asegurar la fidelidad de los padres.

Mientras duró el suspenso de una negociación distante y dudosa, los impacientes godos hicieron algunos intentos precipitados de atravesar el Danubio sin el permiso del gobierno cuya protección habían implorado. Sus movimientos fueron observados estrictamente por la vigilancia de las tropas estacionadas a lo largo del río, y los primeros destacamentos fueron derrotados con una matanza considerable; pero era tan tímido el consejo en el reinado de Valente que los valerosos oficiales que habían servido a su patria en el desempeño de sus cargos fueron castigados con la pérdida de sus empleos, y apenas escaparon a la pérdida de sus cabezas. Finalmente llegó el decreto imperial para transportar sobre el Danubio a la nación goda en su conjunto;[762] pero la ejecución de esta orden fue una tarea ardua y trabajosa. La corriente del Danubio, que en esa zona tiene más de una milla de ancho,[763] había crecido por las lluvias incesantes, y en este tumultuoso pasaje muchos fueron barridos y ahogados por su rápida violencia. Se proporcionó una numerosa flota de bajeles, botes y canoas, que pasaban y volvían a pasar día y noche con infatigable esfuerzo, y los oficiales de Valente pusieron su más vigorosa diligencia para que ni un solo bárbaro, de aquellos que estaban reservados a destruir los cimientos de Roma, quedara en la orilla opuesta. Se creyó apropiado llevar un registro exacto de su número; pero los encargados pronto desistieron, con asombro y cansancio, de una tarea tan pesada e interminable,[764] y el historiador principal de aquel tiempo afirma seriamente que las huestes prodigiosas de Darío y Jerjes, que se habían considerado tanto tiempo como fábulas de una antigüedad crédula y necia, quedaban entonces corroboradas, ante los ojos de la humanidad, por la evidencia de los hechos y la experiencia. Un testimonio probable ha fijado en

doscientos mil hombres el número de guerreros godos; y si añadimos la proporción correspondiente de mujeres, niños y esclavos, la entera masa de gente que componía esa formidable emigración debe haber ascendido a un millón de individuos de ambos sexos y de todas las edades. Los niños godos, al menos los de cierta jerarquía, fueron separados de la multitud y conducidos sin demora a los sitios lejanos asignados para su residencia y educación; y cuando la numerosa comitiva de rehenes o cautivos pasaba por las ciudades, sus vistosos trajes, su figura robusta y marcial, causaban sorpresa y envidia entre los provincianos. Pero la condición más ofensiva para los godos y más importante para los romanos fue vergonzosamente eludida. Los bárbaros, que consideraban sus armas como las insignias de honor y la garantía de su salvación, estaban dispuestos a ofrecer por ellas un precio que tentó fácilmente la lujuria o avaricia de los oficiales imperiales. Para conservar sus armas los soberbios guerreros accedían, con alguna renuencia, a prostituir a sus mujeres o a sus hijas; los encantos de una doncella hermosa o de un muchacho agraciado aseguraban la connivencia de los inspectores, que a veces miraban con codicia las alfombras adornadas y las prendas de lino de sus nuevos aliados[765] o que desatendían su obligación por el deseo ruin de llenar sus haciendas de rebaños y sus casas de esclavos. A los godos se les permitió embarcar con armas en sus manos; y cuando sus fuerzas se reunieron en la otra orilla del río, el campamento inmenso que se extendía por las llanuras y colinas de Mesia inferior tomó un aspecto amenazante e incluso hostil. Los caudillos ostrogodos Alateo y Safraz, guardias del rey niño, pronto se hicieron presentes en la margen norte del Danubio, y despacharon inmediatamente sus embajadores a la corte de Antioquía para solicitar, con las mismas declaraciones de

fidelidad y gratitud, los mismos favores que habían sido concedidos a los suplicantes visigodos. El rechazo absoluto de Valente detuvo su avance y puso de manifiesto el arrepentimiento, las sospechas y los temores del consejo imperial.

Una nación indisciplinada y nómada de bárbaros requería el temperamento más firme y la administración más diestra. La subsistencia diaria de cerca de un millón de súbditos extraordinarios sólo podía abastecerse con una actividad constante y hábil, y continuamente podía interrumpirse por equivocaciones o contratiempos. La insolencia o la indignación de los godos, si se consideraban objeto de temor o de menosprecio, podía impulsarlos a los extremos más desesperados, y la suerte del Estado parecía depender tanto de la prudencia como de la integridad de los generales de Valente. En esta importante crisis, el gobierno militar de Tracia era ejercido por Lupicino y Máximo, en cuyo ánimo venal la menor esperanza de ganancia privada superaba cualquier consideración sobre las ventajas públicas, y cuya culpa sólo estaba atenuada por su incapacidad para discernir los efectos perniciosos de su administración imprudente y criminal. En vez de obedecer las órdenes de su soberano y satisfacer con decorosa generosidad las demandas de los godos, gravaron con un impuesto mezquino y opresivo las necesidades de los bárbaros hambrientos. La peor comida se vendía a un precio exorbitante, y en vez de provisiones sanas y nutritivas, llenaban los mercados con carne de perro y otros animales sucios, muertos de enfermedad. Por una valiosa libra de pan (460 g) los godos se desprendían de un esclavo costoso y útil, y compraban una pequeña cantidad de carne con diez libras (4,60 kg) de un metal precioso pero inservible.[766] Cuando sus haberes se acababan, continuaban este

tráfico necesario vendiendo a sus hijos e hijas; y aunque todos los godos amaban la libertad, se sometían a la máxima humillante según la cual era mejor para sus hijos vivir como esclavos que morir en un estado de independencia miserable y desamparada. La tiranía que despierta el odio más vivo es la de los pretendidos benefactores, que exigen severamente un agradecimiento ya cancelado por sus continuos agravios; en el campamento de los bárbaros fue creciendo un espíritu de descontento, alegaron con éxito el mérito de su comportamiento paciente y respetuoso, y se quejaron del tratamiento hostil que habían recibido de sus nuevos aliados. A su alrededor contemplaban la riqueza y abundancia de una provincia fértil, en medio de la cual sufrían las intolerables dificultades de una hambruna artificial. Pero los medios para liberarse, e incluso para vengarse, estaban en sus manos, en tanto la codicia de sus tiranos había dejado en un pueblo humillado la posesión y el uso de las armas. El clamor de una multitud que no sabía encubrir sus sentimientos mostró los primeros síntomas de resistencia y alarmó el ánimo cobarde y culpable de Lupicino y de Máximo. Estos ministros arteros, que sustituían con la astucia de recursos temporarios los sabios y beneficiosos consejos de una política general, intentaron alejar a los godos de su peligrosa posición en las fronteras del Imperio, y dispersarlos y acantonarlos en cuarteles separados por las provincias interiores. Cuando advirtieron que no les merecían ningún respeto ni confianza a los bárbaros, reunieron una fuerza militar que fuera capaz de poner en movimiento la marcha pausada y renuente de un pueblo que seguía titulándose súbdito obediente del Imperio Romano. Pero mientras los generales de Valente dirigían su atención sólo hacia los visigodos descontentos, habían desarmado imprudentemente las naves y las fortalezas que

constituían la defensa del Danubio. Alateo y Safraz, que estaban ansiosamente al acecho de un momento favorable para escapar de la persecución de los hunos, observaron y aprovecharon este descuido fatal. Con la ayuda de todas las balsas y bajeles que pudieron conseguir apresuradamente, los líderes de los ostrogodos transportaron, sin encontrar resistencia, a su rey y su ejército, y fijaron con audacia un campamento enemigo e independiente en territorio del Imperio.[767]

Con el nombre de jueces, Alavivo y Fritigerno eran los caudillos de los visigodos en la paz y en la guerra; y la autoridad que les correspondía por su nacimiento estaba ratificada por el libre consentimiento de la nación. En épocas prósperas tanto su poder como su jerarquía eran iguales; pero en cuanto sus compatriotas se vieron acosados por el hambre y la opresión, Fritigerno asumió el mando militar por sus habilidades superiores, y estaba en condiciones de ejercerlo en beneficio público. Contuvo el espíritu impaciente de los visigodos hasta que las injurias y los insultos de sus tiranos justificaran su resistencia ante la opinión de la humanidad: pero no estaba dispuesto a sacrificar ninguna ventaja concreta por el elogio vacío de justiciero y moderado. Convencido de los beneficios que resultarían de la unión de los poderes godos bajo la misma bandera, entabló relaciones secretas con los ostrogodos; y, mientras profesaba una obediencia implícita a las órdenes de los generales romanos, avanzó pausadamente hacia Marcianópolis, capital de la Mesia inferior, aproximadamente a setenta millas (112,65 km) de las orillas del Danubio. En ese punto fatal, las llamas de la discordia y el odio mutuo estallaron en una terrible conflagración. Lupicino había invitado a los jefes godos a un banquete espléndido, y la comitiva marcial se quedó sobre las armas en la entrada del palacio. Pero las puertas de la ciudad

estaban poderosamente custodiadas, y los bárbaros estaban terminantemente excluidos de un mercado abundante al cual tenían derecho como súbditos y aliados. Sus humildes demandas fueron rechazadas con insolencia y escarnio; y una vez que su paciencia se agotó, los pobladores, los soldados y los godos se vieron envueltos en un conflicto de peleas apasionadas y reproches violentos. Alguien dio un golpe imprudente, alguien desenvainó apresuradamente una espada, y la primera sangre de esta disputa casual fue el principio de una guerra larga y destructiva. En medio del estruendo y la intemperancia brutal, un mensajero secreto informó a Lupicino que muchos de sus soldados habían sido asesinados y despojados de sus armas; y como ya estaba inflamado por el vino y aturdido por el sueño, ordenó temerariamente que esas muertes fueran vengadas con la masacre de la guardia de Fritigerno y Alavivo. Los gritos clamorosos y los gemidos de muerte advirtieron a Fritigerno su extremo peligro; y como poseía la calma y el espíritu intrépido de un héroe, entendió que estaba perdido si le permitía un momento de calma al hombre que lo había injuriado tan profundamente. «Parece», dijo el caudillo godo con un tono de voz firme pero gentil, «que ha sobrevenido una leve desavenencia entre las dos naciones; pero puede acarrear peligrosas consecuencias, a menos que el tumulto sea aplacado inmediatamente con la seguridad de nuestras vidas y la autoridad de nuestra presencia». Tras estas palabras, Fritigerno y sus compañeros desenvainaron sus espadas, se abrieron paso sin resistencia entre la multitud que llenaba el palacio, las calles y las puertas de Marcianópolis, y montando a caballo desaparecieron apresuradamente ante los ojos atónitos de los romanos. Las aclamaciones feroces y jubilosas del campamento saludaron a los generales godos; se resolvió inmediatamente la guerra y se

ejecutó sin demora; se desplegaron las banderas de la nación según la costumbre de sus ancestros, y el aire resonó con la música triste y discordante de los clarines godos.[768] El débil y culpable Lupicino, que había osado provocarlos, que no se había preocupado por destruirlos y que aún aparentaba menospreciar a su formidable enemigo, marchó contra los godos a la cabeza de la fuerza militar que fue posible convocar en esa súbita emergencia. Los bárbaros lo esperaban como a nueve millas (14,48 km) de Marcianópolis; y en esa ocasión, las habilidades del general fueron de una eficacia mayor que las armas y disciplina de las tropas. El valor de los godos fue manejado con tanta maestría por Fritigerno, que rompieron las líneas de las legiones romanas con un ataque cerrado e impetuoso. Lupicino abandonó en el campo de batalla sus armas, sus banderas, a sus tribunos y a sus valientes soldados, cuyo inútil coraje sólo sirvió para resguardar la huida ignominiosa de su general. «Aquel día venturoso puso fin a las desgracias de los bárbaros y a la seguridad de los romanos: desde aquel día los godos, liberados de su precaria condición de extranjeros y desterrados, asumieron la jerarquía de ciudadanos y dueños, aspiraron a un dominio absoluto sobre los poseedores de la tierra y mantuvieron, por derecho propio, las provincias septentrionales del Imperio que limitan con el Danubio.» Tales son las palabras del historiador godo,[769] que celebra con ruda elocuencia la gloria de sus compatriotas. Pero los bárbaros ejercitaban aquel dominio sólo para satisfacer sus propósitos de rapiña y destrucción. Como los ministros del emperador los habían privado de los beneficios comunes de la naturaleza y del justo intercambio de la vida social, vengaban esa injusticia en los súbditos del Imperio; y los crímenes de Lupicino fueron expiados por la ruina de los pacíficos labradores de Tracia, el incendio de sus aldeas y la

muerte o el cautiverio de sus familias inocentes. La noticia de la victoria goda pronto se difundió por toda la región; y mientras que llenaba el ánimo de los romanos de pavor y consternación, su propia e irreflexiva imprudencia contribuyó a aumentar las fuerzas de Fritigerno y los conflictos de la provincia. Poco antes de la gran emigración, se había admitido bajo el amparo y al servicio del Imperio un importante grupo de godos al mando de Suérido y Colias.[770] Acampaban junto a los muros de Adrianópolis; pero los ministros de Valente estaban ansiosos por trasladarlos del otro lado del Helesponto, lejos de la peligrosa tentación que fácilmente podía comunicarles la cercanía y los éxitos de sus compatriotas. La sumisión que mostraron a la orden de marcharse podía considerarse como una prueba de su fidelidad; y expresaron en los términos más respetuosos una solicitud moderada de abastecimiento necesario para el viaje y de una prórroga de sólo dos días. Pero el primer magistrado de Adrianópolis, furioso por ciertos daños cometidos en una quinta suya, les negó esa concesión, armó contra ellos a los vecinos y artesanos de la populosa ciudad, y con amenazas violentas los intimó a que partieran inmediatamente. Los bárbaros enmudecieron atónitos hasta que se enfurecieron por el clamor insultante y las armas arrojadizas del populacho; y cuando la paciencia o el desprecio se acabó, arrollaron a la revoltosa muchedumbre, malhiriendo vergonzosamente las espaldas de sus adversarios en fuga y despojándolos de las armaduras lujosas que eran indignos de llevar.[771] La semejanza de sus padecimientos y acciones reunió enseguida a este destacamento victorioso con la nación visigoda; las tropas de Colias y Suérido esperaron la llegada del gran Fritigerno, se alistaron bajo sus estandartes, y demostraron su valor en el sitio de Adrianópolis. Pero la resistencia de la guarnición enseñó a los bárbaros que

para el ataque de fortalezas rara vez es eficaz el tosco coraje. El general reconoció su error, levantó el sitio, declaró que estaba «en paz con las murallas de piedra»[772] y vengó su fracaso en los campos vecinos. Aceptó con gusto los útiles refuerzos de obreros que trabajaban en las minas de oro de Tracia[773] para el enriquecimiento y bajo el azote de un amo cruel;[774] y estos nuevos aliados guiaron a los bárbaros por caminos secretos hasta parajes ocultos que habían sido elegidos para proteger a los habitantes, el ganado y las reservas de granos. Con la ayuda de tales guías, ningún lugar era inaccesible; la resistencia fue fatal; la huida, impracticable; y la obediente sumisión de la inocencia desvalida rara vez provocaba la compasión de los vencedores bárbaros. Durante estas correrías, un gran número de niños godos que había sido vendido en cautiverio volvió a los brazos de sus afligidos padres; pero estos cariñosos encuentros, que podrían haber revivido en sus ánimos sentimientos de humanidad, sólo tendían a estimular su ferocidad natural con el deseo de venganza. Escuchaban con ávida atención las quejas de sus niños, que habían sufrido las humillaciones más crueles de parte de amos lujuriosos e inhumanos; y las mismas crueldades, las mismas humillaciones, fueron vengadas severamente sobre los hijos e hijas de los romanos.[775]

La imprudencia de Valente y de sus ministros había introducido en el corazón del Imperio una nación de enemigos; pero aún era posible reconciliarse con los visigodos confesando con valor los errores pasados y cumpliendo cabalmente los acuerdos anteriores. Esta medida sanadora y moderada parecía coherente con la disposición temerosa del soberano de Oriente; pero sólo en esta ocasión Valente mostró coraje, y este coraje inoportuno resultó fatal para sí mismo y para sus súbditos. Declaró su intención de marchar desde Antioquía hasta

Constantinopla para someter esa peligrosa rebelión; y como no ignoraba las dificultades de esta empresa, solicitó la ayuda de su sobrino, el emperador Graciano, que estaba al mando de todas las fuerzas de Occidente (377 d. C.). Se convocó rápidamente a los veteranos que defendían Armenia, dejando esa importante frontera a merced de Sapor; y en ausencia de Valente, la conducción inmediata de la guerra goda fue encargada a sus lugartenientes Trajano y Profuturo, dos generales que tenían una opinión muy favorable y muy falsa de sus propias habilidades. Cuando llegaron a Tracia se les incorporó Ricomer, conde de los domésticos, y los auxiliares de Occidente, que marchaban bajo sus banderas y que componían las legiones galas, cuya fuerza y número estaban reducidos a mera apariencia por el espíritu de deserción. En un consejo de guerra más influenciado por el orgullo que por la razón, se resolvió buscar y enfrentar a los bárbaros, que acampaban en unas praderas fértiles y extensas, junto a la desembocadura más meridional del Danubio.[776] Sus campamentos estaban rodeados por la fortificación usual de carros;[777] y los bárbaros, a salvo en el vasto cerco, disfrutaban del producto de su coraje y de los despojos de la provincia. En medio de una intemperancia desenfrenada, el atento Fritigerno observó los movimientos y comprendió los planes de los romanos. Advirtió que la cantidad de enemigos aumentaba continuamente; y como comprendió las intenciones de atacar su retaguardia en cuanto la escasez de forrajes lo obligara a levantar campamento, convocó a los destacamentos que estaban salteando la comarca. Tan pronto como advirtieron las llamaradas,[778] obedecieron con increíble velocidad a la señal de su líder; el campamento se llenó con la muchedumbre guerrera de bárbaros; sus gritos impacientes pedían la batalla, y sus jefes aprobaban y animaban ese afán

tumultuoso. La tarde ya estaba avanzada, y los ejércitos se prepararon para el inminente combate, que sólo se postergó hasta la madrugada. Cuando los clarines llamaron a las armas, el firme coraje de los godos fue ratificado por la obligación conjunta de un juramento solemne; y cuando avanzaron para enfrentar al enemigo, las rudas canciones que celebraban la gloria de sus antepasados se mezclaron con sus alaridos feroces y disonantes, que contrastaban con la armonía artificial de los clamores romanos. Fritigerno mostró alguna pericia militar al apoderarse de una elevación, pero la sangrienta batalla, que empezó y terminó con el día, se sostuvo por ambas partes con el esfuerzo personal y obstinado del brío, la valentía y la agilidad. Las legiones de Armenia respaldaron su fama guerrera; pero las acosaba el peso irresistible de la multitud enemiga; el ala izquierda de los romanos fue arrollada y el campo quedó sembrado de cadáveres mutilados. Esta derrota parcial se compensó, sin embargo, con un triunfo parcial; y cuando los dos ejércitos, avanzado el anochecer, se retiraron a sus respectivos campamentos, ninguno de ellos podía reclamar para sí los honores o los resultados de una victoria decisiva. Las pérdidas reales fueron sentidas más severamente por los romanos, a causa de su inferioridad numérica; pero los godos quedaron tan profundamente confundidos y consternados con esa resistencia vigorosa y tal vez inesperada, que se encerraron por siete días en su campamento. En cuanto el tiempo y el lugar lo permitían, se tributaron religiosamente los ritos fúnebres a algunos oficiales de jerarquía; pero el vulgo indiscriminado quedó insepulto por la llanura. Devoraron su carne las aves de rapiña, que por aquel tiempo disfrutaban frecuentemente de esos deliciosos banquetes; y algunos años después, los huesos blancos y desnudos que cubrían la extensa pradera ofrecieron a

la mirada de Amiano el terrible monumento de la batalla de Salices.[779]

Los godos habían sido frenados con el éxito dudoso de aquella sangrienta jornada; y los jefes imperiales, cuyo ejército se hubiera consumido con la repetición de tales batallas, se atuvieron al plan más razonable de destruir a los bárbaros por las necesidades y la presión de su propio número. Se dispusieron a confinar a los visigodos en el estrecho rincón entre el Danubio, el desierto de Escitia y las montañas del Hemo, hasta que su fuerza y su ánimo se fueran debilitando gradualmente por la acción inevitable del hambre. El plan se siguió ordenadamente y con algún éxito; los bárbaros casi habían agotado sus propios abastecimientos y las cosechas; y Saturnino, maestre general de la caballería, empleó toda su diligencia en fortalecer y estrechar las fortificaciones romanas. Pero sus esfuerzos se interrumpieron con la alarmante noticia de que nuevos grupos de bárbaros habían atravesado el desprotegido Danubio, bien para apoyar la causa de Fritigerno o bien para imitar su ejemplo. Saturnino tuvo que renunciar al sitio del campamento godo por el justo temor de que él mismo pudiera ser rodeado y arrollado por las armas de naciones hostiles y desconocidas; los visigodos, enfurecidos, salieron de su confinamiento y saciaron su hambre y su venganza devastando una y otra vez la región fértil que se extiende más de trescientas millas (482,79 km) desde las orillas del Danubio hasta el estrecho del Helesponto.[780] El sagaz Fritigerno había apelado con éxito tanto a las pasiones como a los intereses de sus aliados bárbaros; y el amor al robo y el odio hacia Roma secundaron, o incluso se anticiparon, a la elocuencia de sus embajadores. Puso las bases de una alianza estricta y provechosa con sus compatriotas que estaban a las órdenes de Alateo y Safraz, guardias del niño rey; el sentido del

interés común suspendió la larga animosidad entre tribus rivales; la parte independiente de la nación se asoció bajo un mismo estandarte, y los caudillos ostrogodos parecieron subordinarse al genio superior del general de los visigodos. Logró la formidable ayuda de los taifalas, cuyo renombre militar estaba deshonrado y mancillado por la pública infamia de sus costumbres domésticas. Cada joven, cuando era presentado en sociedad, se unía por los lazos de una honrosa amistad y un amor brutal con algún guerrero de la tribu; y no tenía esperanzas de ser liberado de esta relación antinatural hasta que hubiera probado su hombría matando a solas en el bosque a algún oso enorme o jabalí.[781] Pero los auxilios más poderosos de los godos salieron del campamento de aquellos enemigos que los habían expulsado de sus tierras nativas. La indisciplina y los extensos dominios de hunos y alanos demoraron las conquistas y distrajeron los consejos de ese pueblo victorioso. Varias hordas fueron atraídas por las generosas promesas de Fritigerno; y la rápida caballería de Escitia sumó peso y energía a los esfuerzos constantes y vigorosos de la infantería goda. Los sármatas, incapaces de perdonar a un sucesor de Valentiniano, disfrutaban y aumentaban la confusión general; y un avance oportuno de los alamanes sobre las provincias de la Galia ocupó la atención del emperador de Occidente y dividió sus fuerzas.[782]

Uno de los inconvenientes más peligrosos de la incorporación de los bárbaros en el ejército y el palacio era la correspondencia que mantenían con sus compatriotas hostiles, a quienes revelaban imprudente o maliciosamente la debilidad del Imperio Romano. Un soldado de la guardia de Graciano, que era de la nación de los alamanes y de la tribu de los lencienses, moraba más allá del lago de Constanza. Un acontecimiento doméstico lo obligó a solicitar una licencia para ausentarse. En

la corta visita que hizo a su familia y amigos, estuvo expuesto a sus curiosas preguntas, y la vanidad del locuaz soldado lo incitó a mostrar su íntimo conocimiento acerca de los secretos de Estado y de los planes de su soberano. La noticia de que Graciano se estaba preparando para conducir la fuerza militar de la Galia y de Occidente para asistir a su tío Valente les indicó a los alamanes el momento y el modo para realizar una invasión exitosa. La empresa de algunos destacamentos ligeros, que atravesaron el Rin sobre el hielo en el mes de febrero, fue el preludio de una guerra más importante. Las esperanzas más osadas de robos, y quizás de conquista, superaron cualquier consideración de temerosa prudencia o lealtad nacional. Cada bosque y cada aldea proporcionaron una banda de rudos aventureros; y el gran ejército de los alamanes, que el temor del pueblo calculó en cuarenta mil hombres mientras se aproximaba, fue después aumentado a setenta mil por la vana y crédula adulación de la corte imperial. Aquellas legiones a las que se les había ordenado marchar hacia Panonia fueron inmediatamente convocadas o detenidas para defender la Galia; el mando militar fue compartido entre Nanieno y Melobaudes, y el joven emperador, aunque respetaba la larga experiencia y la prudente sabiduría del primero, se inclinaba mucho más a admirar y a seguir el ardor marcial del segundo, a quien se le permitió unir los cargos incompatibles de conde de los domésticos y rey de los francos. El mismo valor obstinado guiaba, o más bien impulsaba, a su rival Priario, rey de los alamanes; y como las tropas compartían el espíritu de sus líderes, se encontraron, se miraron y se enfrentaron cerca del pueblo de Argentaria o Colmar,[783] en las llanuras de Alsacia (378 d. C.). La gloria de la jornada se atribuyó, con justicia, a las armas arrojadizas y a las maniobras atinadas de los soldados

romanos; los alamanes, que conservaron demasiado tiempo su sitio, fueron masacrados despiadadamente; sólo cinco mil bárbaros escaparon hacia los bosques y montañas; y la muerte gloriosa de su rey en el campo de batalla lo salvó del pueblo, siempre dispuesto a reprochar la justicia o la política de una guerra sin éxito. Tras esta victoria señalada, que aseguró la paz en la Galia y afirmó el honor de las armas romanas, Graciano se mostró dispuesto a realizar sin demora su expedición oriental; pero cuando se aproximó a la frontera de los alamanes, giró repentinamente hacia la izquierda, los sorprendió con su inesperado pasaje del Rin y se internó osadamente hasta el corazón del país. Los bárbaros opusieron a su avance obstáculos naturales y su propia valentía, y aun continuaron retirándose de cerro en cerro hasta que se convencieron, ante tantas pruebas, del poder y la perseverancia de sus enemigos. Se admitió su sumisión como prueba, no por cierto de su sincero arrepentimiento, sino de su verdadera desesperación, y se les exigió un grupo selecto de su juventud más valiente y robusta en castigo de su deslealtad y como la garantía más importante de su futura moderación. Los súbditos del Imperio, que tantas veces habían comprobado que los alamanes no podían ser dominados por las armas ni limitados por acuerdos, no podían tener esperanzas de una tranquilidad duradera; pero en las virtudes de su joven soberano hallaron la posibilidad de un reinado largo y venturoso. Cuando las legiones escalaban las montañas y trepaban a las fortificaciones de los bárbaros, el valor de Graciano se distinguía en las primeras filas; y la armadura brillante y abigarrada de sus guardias estaba acribillada y destruida por los golpes que recibían resguardando constantemente a su soberano. A los diecinueve años, el hijo de Valentiniano parecía tener aptitudes para la paz y la guerra; y

sus éxitos personales contra los alamanes se interpretaron como un presagio seguro de su triunfo en la guerra gótica.[784]

Mientras Graciano merecía y disfrutaba de las aclamaciones de sus súbditos, el emperador Valente, quien por fin retiró su corte y su ejército de Antioquía, fue recibido por el pueblo de Constantinopla como el autor de la calamidad pública (30 de mayo y 11 de junio de 378 d. C.). Sin descansar siquiera diez días en la capital, el clamor del hipódromo lo obligó a marchar contra los bárbaros, a quienes había invitado a sus dominios; y los ciudadanos, siempre valerosos a distancia del peligro real, declararon con confianza que si les daban armas, *ellos solos* tomarían a su cargo liberar la provincia de los estragos de un enemigo insultante.[785] Los vanos reproches de una multitud ignorante apresuraron la caída del Imperio Romano, pues provocaron la temeridad desesperada de Valente, que no encontró razones, en su reputación ni en su ánimo, para soportar con firmeza el desprecio público. Algunas hazañas de sus lugartenientes lo persuadieron de menospreciar el poder de los godos, que gracias a la diligencia de Fritigerno, en ese momento, estaban reunidos en las cercanías de Adrianópolis. El valiente Frigérido había interceptado la marcha de los taifalas; el rey de esa tribu depravada fue muerto en batalla, y los cautivos suplicantes fueron enviados a un exilio lejano para cultivar las tierras de Italia asignadas para su asentamiento, en las regiones vacías de Módena y Parma.[786] Las hazañas de Sebastián,[787] recién incorporado al servicio de Valente y ascendido al rango de maestre general de infantería, fueron honorables para sí mismo y útiles para la República. Se le permitió seleccionar trescientos soldados de cada legión, y ese destacamento adquirió pronto el espíritu de disciplina y el ejercicio de las armas que casi se habían olvidado bajo el gobierno de Valente. Gracias al

vigor y el comportamiento de Sebastián, un numeroso cuerpo de godos fue sorprendido en su campamento, y los despojos inmensos rescatados de sus manos llenaron la ciudad de Adrianópolis y el campo circundante. Los grandiosos relatos que el general hacía de sus propias hazañas alarmaron a la corte imperial por la aparente superioridad de su mérito; y aunque cautelosamente insistió en las dificultades de la guerra gótica, se elogió su coraje y se rechazó su consejo; y Valente, que escuchaba con orgullo y placer las sugerencias aduladoras de los eunucos palaciegos, se impacientó por alcanzar la gloria de cualquier conquista fácil y firme. Reforzó su ejército con numerosos veteranos; y realizó su marcha de Constantinopla a Adrianópolis con tal pericia militar que evitó la actividad de los bárbaros, que planeaban ocupar los desfiladeros intermedios para interceptar a la misma tropa o a las caravanas de provisiones. El campamento que Valente montó junto a los muros de Adrianópolis fue protegido con foso y muralla, según la práctica de los romanos; y se convocó un consejo solemne para decidir el destino del emperador y del Imperio. Víctor, que con la experiencia había corregido la ferocidad natural de su carácter sármata, mantuvo con tenacidad el partido de la razón y de la demora; mientras que Sebastián, con la elocuencia flexible y amable de un cortesano, mostraba toda precaución y toda medida que implicara dudar de la victoria inmediata como indignas del valor y la majestad de su invencible monarca. Los engaños de Fritigerno y las prudentes amonestaciones del emperador de Occidente apresuraron la ruina de Valente. El general de los bárbaros entendió perfectamente las ventajas de negociar en medio de la guerra; y envió un eclesiástico cristiano, como ministro sagrado de paz, para ingresar en los consejos del enemigo y desconcertarlos. El embajador describió fiel y

convincentemente tanto las desgracias como las provocaciones de la nación goda, y manifestó, en nombre de Fritigerno, que aún estaban dispuestos a entregar las armas, o a emplearlas únicamente en defensa del Imperio, si a sus compatriotas nómadas se les aseguraba un lugar tranquilo en las tierras yermas de Tracia y un abastecimiento suficiente de trigo y ganado. Pero agregó, en un susurro confidencial y amistoso, que los furiosos bárbaros eran reacios a estas razonables condiciones, y que Fritigerno dudaba de poder cumplir con el tratado a menos que lo apoyara un ejército imperial con su presencia aterradora. Por el mismo tiempo, el conde Ricomero volvió de Occidente para anunciar la derrota y el sometimiento de los alamanes, para informarle a Valente que su sobrino avanzaba a marcha rápida al frente de las legiones veteranas y victoriosas de la Galia y para solicitar, en nombre de Graciano y de la república, que se suspendiese toda disposición peligrosa y decisiva hasta que la unión de los emperadores asegurara el éxito de la guerra gótica. Pero el endeble soberano de Oriente sólo actuaba movido por las impresiones falsas del orgullo y los celos. Valente desestimó el consejo inoportuno, rechazó la humillante ayuda, comparó secretamente el período ignominioso, o al menos deslucido, de su propio reinado con la fama de un joven imberbe, y se precipitó al campo de batalla para levantar su imaginario trofeo antes de que la diligencia de su compañero le quitara una parte de los triunfos de la jornada.

El 9 de agosto de 378, un día que merece marcarse entre los más terribles del calendario romano,[788] el emperador Valente, dejando a buen recaudo su bagaje y el tesoro militar, salió de Adrianópolis para atacar a los godos, acampados a aproximadamente doce millas (19,31 km) de la ciudad.[789] Por algún error en las órdenes o alguna ignorancia del terreno, el ala

o columna derecha de la caballería avistó al enemigo cuando la izquierda aún estaba a una distancia considerable; los soldados, en el sofocante calor del verano, tuvieron que apurar su marcha, y formaron confusamente y a destiempo la línea de batalla. La caballería goda había sido enviada a pastar en los campos vecinos, y Fritigerno continuó practicando sus artes habituales. Despachó mensajeros de paz, hizo propuestas, solicitó rehenes y dejó pasar las horas hasta que los romanos, expuestos a los rayos del sol abrasador, se agotaron por la sed, el hambre y el cansancio intolerable. El emperador fue persuadido de enviar un embajador al campamento godo; Ricomero mereció el aplauso por ser el único con valor para aceptar una comisión tan peligrosa; y cuando el conde de los domésticos, adornado con las espléndidas insignias de su dignidad, había llegado hasta la mitad del trecho entre los dos ejércitos, tuvo que regresar súbitamente por la alarma de la batalla. El ataque apresurado e imprudente había sido ordenado por Bacurio el Ibero, que mandaba un cuerpo de flecheros y broqueleros y que, avanzando con temeridad, retrocedió con pérdidas y deshonra. En el mismo momento, los rápidos escuadrones de Alateo y Safraz, cuyo regreso esperaba ansioso el general godo, descendieron como un torbellino de las colinas, arrollaron la planicie y sumaron un terror renovado al avance desordenado pero irresistible de la hueste bárbara. El acontecimiento de la batalla de Adrianópolis, tan fatal para Valente y para el Imperio, puede describirse en pocas palabras: la caballería romana huyó y la infantería fue abandonada, rodeada y hecha pedazos. Ni los movimientos más habilidosos ni el coraje más firme alcanzan para liberar a un cuerpo de a pie, cercado en campo raso por un número superior de a caballo; pero la tropa de Valente, acosada por el peso del enemigo y por sus propios temores, estaba

amontonada en un espacio estrecho, donde le resultaba imposible extender sus filas, o incluso usar con algún provecho sus espadas y jabalinas. En medio del tumulto, de la matanza y del desaliento, el emperador, abandonado por su guardia y herido —según se creyó— de un flechazo, buscó protección entre los lanceros y maceros, que se mantenían en sus puestos con alguna apariencia de orden y firmeza. Sus fieles generales Trajano y Víctor percibieron su peligro y exclamaron que todo estaba perdido si no se salvaba la persona del emperador. Algunas tropas, animadas por esa exhortación, avanzaron para socorrerlo: sólo encontraron un terreno ensangrentado, cubierto de armas rotas y cadáveres mutilados, y no fue posible dar con su desventurado príncipe, ni entre los vivos ni entre los muertos. En efecto, su búsqueda no podía ser exitosa si son ciertas las circunstancias que relatan algunos historiadores acerca de la muerte del emperador. Gracias al cuidado de sus acompañantes, Valente fue trasladado desde el campo de batalla a una choza cercana, donde intentaron vendarle la herida y mantenerlo a salvo. Pero los enemigos rodearon inmediatamente su humilde refugio, trataron de forzar la puerta y una descarga de flechas desde el techo los enfureció; hasta que finalmente, cansados de la demora, prendieron un haz de leña e incendiaron la casa con el emperador romano y su comitiva. Valente murió quemado; y un joven que saltó por la ventana se salvó sólo para dar testimonio del triste hecho y para informar a los godos del premio inestimable que habían perdido por su precipitación. Un gran número de oficiales valerosos y distinguidos murió en la batalla de Adrianópolis, que igualó en la pérdida material, y sobrepasó en las fatales consecuencias, la desgracia que Roma había padecido en los campos de Canas.[790] Dos maestres generales de caballería y de infantería, dos grandes oficiales del

palacio y treinta y cinco tribunos fueron hallados entre los muertos; y la muerte de Sebastián satisfizo al mundo, en tanto fue el autor y la víctima de la calamidad pública. Más de dos tercios del ejército romano quedó destruido; y la oscuridad de la noche se consideró una circunstancia muy favorable para ocultar la huida de la muchedumbre y proteger la retirada, más metódica, de Víctor y Ricomero, los únicos que, en medio de la consternación general, conservaron la ventaja de su sereno coraje y de la disciplina inalterable.[791]

Cuando el duelo y el terror eran aún recientes en el ánimo de los hombres, el retórico más celebrado de la época compuso la oración fúnebre del ejército vencido y del impopular príncipe, cuyo trono ya estaba ocupado por un extranjero. «No escasean», dice el candoroso Libanio, «los que critican la prudencia del emperador ni los que atribuyen la desgracia pública a la falta de valor y disciplina de las tropas. Por mi parte, respeto la memoria de sus hazañas anteriores; respeto la gloriosa muerte que recibieron con valor, batallando y manteniendo su puesto en las filas; respeto el campo de batalla, manchado con su sangre y con la sangre de los bárbaros. Esas marcas honorables ya han sido lavadas por las lluvias; pero los altos monumentos de sus huesos, los huesos de los generales, de los centuriones y de los valerosos guerreros, durarán por mucho tiempo. El mismo rey combatió y cayó en las primeras filas de la batalla. Sus acompañantes le brindaron los caballos más veloces de las caballerizas imperiales que muy velozmente lo alejarían del alcance enemigo. Vanamente lo instaron a preservar su vida, importante para el futuro servicio de la república. Pero el monarca declaró que era indigno de sobrevivir a tantos súbditos leales y valerosos, y quedó noblemente sepultado bajo un montón de cadáveres. Nadie se atreva entonces a atribuir la victoria de los bárbaros al

miedo, la cobardía o la imprudencia de las tropas romanas. Los jefes y los soldados estaban animados por la virtud de sus antepasados, a quienes igualaban en disciplina y arte militar. Su generosa competencia estaba respaldada por el amor a la gloria, que los impulsaba a luchar al mismo tiempo contra el calor y la sed, contra el fuego y la espada, y a abrazar con entusiasmo una muerte honorable como refugio contra la huida y la infamia. La ira de los dioses ha sido la única causa del triunfo de nuestros enemigos». La verdad histórica puede rechazar algunas partes de este panegírico, que no concuerdan cabalmente con el carácter de Valente o con las circunstancias de la batalla; pero la elocuencia merece un justo elogio y aún más la generosidad del sofista de Antioquía.[792]

Los godos se enorgullecieron con esta memorable victoria; pero su avaricia fue decepcionada cuando descubrieron que lo mejor del botín imperial estaba resguardado tras los muros de Adrianópolis. Se apresuraron a tomar el premio de su valor; pero lo que quedaba del ejército vencido los enfrentó con una resolución intrépida, que era efecto de su desesperación y su única esperanza de salvación. Las murallas de la ciudad y el vallado del campamento vecino estaban protegidos con máquinas militares que disparaban piedras enormes y asombraban a los bárbaros ignorantes por su estruendo y velocidad más que por los estragos reales de la descarga. Soldados, ciudadanos, provincianos y dependientes de palacio se unieron en el peligro y en la defensa; el furioso asalto de los godos fue rechazado; sus trampas y traiciones secretas fueron descubiertas, y tras una obstinada batalla que duró muchas horas, se retiraron a sus tiendas, convencidos por la experiencia de que sería mucho más acertado respetar el tratado que su sagaz líder había estipulado tácitamente con las fortificaciones de las

ciudades grandes y populosas. Tras la matanza precipitada e inconveniente de trescientos desertores —un acto de justicia muy beneficioso para la disciplina de los ejércitos romanos—, los godos levantaron indignados el sitio de Adrianópolis. La escena de guerra y tumulto se convirtió inmediatamente en una soledad silenciosa; la multitud desapareció repentinamente; trémulos fugitivos dejaban su huella en los senderos secretos de bosques y montañas, buscando un refugio en las lejanas ciudades de Iliria y Macedonia; y los leales funcionarios y tesoreros marcharon en busca del emperador, cuya muerte todavía ignoraban. La oleada de la inundación goda se extendió desde los muros de Adrianópolis hasta los suburbios de Constantinopla. Los bárbaros quedaron sorprendidos por la magnífica apariencia de la capital de Oriente, la altura y extensión de sus murallas, los millares de ciudadanos ricos y asustados que las poblaban y el inmenso panorama de mar y tierra. Mientras contemplaban con desesperado anhelo las bellezas inaccesibles de Constantinopla, una partida de sarracenos, afortunadamente alistados al servicio de Valente, hizo una salida por una de sus puertas.[793] La caballería escita tuvo que ceder ante la admirable velocidad y el vigor de los caballos árabes, cuyos jinetes eran hábiles en las operaciones de una guerra irregular; y los bárbaros del Norte quedaron asombrados y consternados ante la ferocidad inhumana de los del Sur. Un soldado árabe mató de una puñalada a uno godo; y el salvaje desgreñado y desnudo puso sus labios en la herida y mostró un horrible placer mientras sorbía la sangre de su enemigo vencido.[794] El ejército godo, cargado con los despojos de los ricos suburbios y del territorio contiguo, se movía lentamente desde el Bósforo hasta las montañas que marcan el límite occidental de Tracia. El temor o la torpeza de Mauro les

franqueó el importante pasaje de Succi; y los bárbaros, que ya no tenían que temer ninguna resistencia de las tropas dispersas y vencidas de Oriente, se extendieron por la superficie de una región fértil hasta el confín de Italia y las playas del Adriático.[795]

Los romanos, que tan fría y concisamente mencionan los actos de *justicia* realizados por las legiones,[796] reservan su compasión y su elocuencia para sus propios sufrimientos, cuando sus provincias fueron invadidas y asoladas por las armas de los bárbaros vencedores. El relato sencillo y detallado (si es que cabe hacerlo) de la ruina de una sola ciudad, de las desgracias de una sola familia,[797] puede mostrar una pintura interesante e instructiva de las costumbres humanas; pero la tediosa repetición de lamentos imprecisos y declamatorios agotaría la atención del lector más paciente. Puede aplicarse la misma censura, aunque quizás no en la misma medida, a los escritores profanos y eclesiásticos de este período desafortunado: que sus ánimos estaban inflamados por la animosidad popular y religiosa y que el verdadero tamaño y color de cada objeto está falsificado por las exageraciones de su corrompida elocuencia. El vehemente Jerónimo[798] debió deplorar con justicia los desastres causados por los godos y sus aliados bárbaros en Panonia, su país nativo, y en toda la extensión de las provincias, desde los muros de Constantinopla hasta el pie de los Alpes Julianos: violaciones, matanzas, incendios y, sobre todo, la profanación de las iglesias, que fueron reducidas a establos, y el desprecio con que trataban a las reliquias de los sagrados mártires. Pero seguramente el santo se transporta más allá de los límites de la naturaleza y de la historia cuando afirma que «en aquellas regiones desiertas no quedaba nada excepto el cielo y la tierra»; que «tras la destrucción de las ciudades y el exterminio de la raza humana, los campos se cubrieron de malezas tupidas», y que «la

desolación universal anunciada por el profeta Zefanias quedaba cumplida con la escasez de fieras, aves e incluso peces». Este lamento fue pronunciado cerca de veinte años después de la muerte de Valente, y las provincias ilirias, constantemente expuestas a las invasiones y al tránsito de los bárbaros, siguieron, tras un período calamitoso de diez siglos, suministrando nuevos materiales para la rapiña y la destrucción. Incluso suponiendo que una extensa zona había quedado sin cultivos ni habitantes, las consecuencias no pudieron ser tan fatales para las producciones inferiores de la naturaleza. Los animales indefensos y provechosos que alimenta la mano del hombre padecen y mueren si se los priva de su protección; pero las fieras, sus enemigos o sus víctimas, se multiplicarían en posesión libre y pacífica de sus dominios. Los pobladores del aire y del agua están aún menos conectados con la suerte de las especies humanas; y es altamente probable que los peces del Danubio sintieran más terror ante la cercanía de un lucio voraz que ante una incursión del ejército godo.

Cualquiera haya sido la medida justa de las calamidades de Europa, había razones para temer que las mismas calamidades se extendieran pronto a los países pacíficos de Asia. Los hijos de los godos habían sido distribuidos sensatamente por las ciudades de Oriente, y se emplearon las artes de la educación para pulir y someter la fiereza nativa de su temperamento. Su número había ido creciendo continuamente en doce años; y los niños que en la primera migración habían sido enviados más allá del Helesponto habían alcanzado rápidamente la fuerza y el vigor de un hombre.[799] Era imposible ocultarles los sucesos de la guerra goda, y, como esos osados jóvenes no habían estudiado el idioma del disimulo, revelaban su voluntad, sus deseos, tal vez sus intenciones de imitar el glorioso ejemplo de sus padres. El

peligro de aquellos tiempos parecía justificar los recelos de los habitantes de las provincias, y esas sospechas fueron tomadas como prueba incuestionable de que los godos de Asia habían fraguado una conspiración secreta y peligrosa contra la seguridad pública (378-379 d. C.). La muerte de Valente había dejado a Oriente sin un soberano; y Julio, que ejercía el importante cargo de maestre general de las tropas, muy bien conceptuado por su actividad y desempeño, pensó que era su obligación consultar con el Senado de Constantinopla, al que consideraba, mientras el trono estuviera vacante, como el consejo representativo de la nación. En cuanto obtuvo el poder discrecional para actuar en bien de la república como lo juzgara más conveniente, reunió a los principales funcionarios y acordaron secretamente las disposiciones más eficaces para la ejecución de un plan sanguinario. Se promulgó inmediatamente una orden que fijaba un día para que toda la juventud goda se reuniera en la capital de sus respectivas provincias; y como circulaba engañosamente el rumor de que recibirían un generoso regalo de tierras y dinero, esta esperanza mitigó su resentimiento y tal vez hasta frenó el impulso de la conspiración. Llegado el día, la multitud desarmada de jóvenes godos fue agrupada cuidadosamente en la plaza o foro; las tropas romanas ocuparon las calles y avenidas, y se ubicaron arqueros y honderos en los techos de las casas. La señal para la matanza indiscriminada se dio a la misma hora en todas las ciudades de Oriente; y las provincias de Asia quedaron libres, con la prudencia cruel de Julio, de un enemigo doméstico que en pocos meses podría haber llevado el fuego y la espada desde el Helesponto hasta el Éufrates.[800] La consideración urgente de la seguridad pública puede sin dudas autorizar la violación de cualquier ley positiva. Hasta qué punto ésta y otras consideraciones pueden operar

para disolver las obligaciones naturales de la humanidad y la justicia es una doctrina de la que deseo conservarme en la ignorancia.

El emperador Graciano estaba muy avanzado en su marcha hacia las llanuras de Adrianópolis cuando se le informó, primero por trascendidos confusos y luego por el informe más preciso de Víctor y Ricomero, que su impaciente colega había muerto en la batalla y que dos tercios del ejército romano habían sido exterminados por la espada de los godos victoriosos. Por más enojo que pudiera merecer la temeridad y la presunción celosa de su tío, el rencor de un ánimo generoso cede fácilmente ante el duelo y la compasión, e incluso esa pena se perdió pronto ante la seria y alarmante consideración acerca del estado de la república. Graciano llegaba demasiado tarde para auxiliar a su desventurado compañero y estaba demasiado débil para vengarlo; y este joven valeroso y modesto se reconocía incapaz ante un mundo que se hundía. Una tempestad pavorosa de bárbaros de Germania parecía a punto de abatirse sobre las provincias de Galia, y el ánimo de Graciano estaba oprimido y ocupado en la administración del Imperio occidental. En esta importante crisis, el gobierno de Oriente y el manejo de la guerra gótica requerían la atención absoluta de un héroe y estadista. Un súbdito investido de tan amplio mando no hubiera conservado su lealtad hacia un benefactor lejano; y el consejo imperial resolvió, sabia y valerosamente, conferir una obligación antes que ceder ante un insulto. El deseo de Graciano era que la púrpura fuera un premio a la virtud; pero a los diecinueve años no es fácil para un príncipe, educado en el rango supremo, entender el verdadero carácter de sus ministros y generales. Intentó evaluar imparcialmente sus diversos méritos y defectos, y mientras examinaba la confianza imprudente del ambicioso,

también desconfiaba de la cautelosa sabiduría que desesperaba de la república. Como cada momento de demora disminuía en algo el poder y los recursos del futuro soberano de Oriente, la situación no permitía un tedioso debate. Graciano se pronunció pronto en favor de un desterrado cuyo padre, sólo tres años antes, había sufrido, bajo la sanción de *su* autoridad, una muerte injusta y afrentosa. El gran Teodosio, un nombre celebrado en la historia y amado por la Iglesia católica,[801] fue llamado a la corte imperial, que gradualmente se había retirado desde el confín de Tracia hasta la ubicación más segura de Sirmio. Cinco meses después de la muerte de Valente, el emperador Graciano presentó ante las tropas reunidas al compañero *suyo* y soberano de *ellas*, quien, tras una modesta y tal vez sincera resistencia, fue obligado a aceptar, entre las aclamaciones generales, la diadema, la púrpura y el título de Augusto (19 de enero de 379 d. C.).[802] Las provincias de Tracia, Asia y Egipto, sobre las cuales había reinado Valente, fueron otorgadas a la administración del nuevo emperador; pero como tomaba específicamente a su cargo la conducción de la guerra gótica, la prefectura de Iliria se desmembró, y las dos grandes diócesis de Dacia y Macedonia se añadieron a los dominios del Imperio oriental.[803]

La misma provincia y quizás la misma ciudad[804] que le había dado al trono las virtudes de Trajano y el talento de Adriano fue cuna de otra familia española, que en tiempos menos venturosos poseyó por cerca de ochenta años el Imperio en decadencia de Roma.[805] Emergieron desde la oscuridad de los cargos municipales gracias al espíritu activo de Teodosio el Mayor, un general cuyas hazañas en Bretaña y África constituyeron una de las partes más espléndidas de los anales de Valentiniano. El hijo de aquel general, quien también llevaba el nombre de Teodosio, fue educado por preceptores muy doctos

en los estudios liberales de la juventud; pero el tierno cuidado y la severa disciplina de su padre[806] lo instruyeron en el arte de la guerra. Bajo el estandarte de tal líder, el joven Teodosio buscó la gloria y el conocimiento en los teatros más distantes de la acción militar, acostumbró su constitución a las diferencias de estaciones y climas, señaló su valor en mar y tierra, y observó los distintos modos de guerra de escotos, sajones y moros. Su propio mérito y la recomendación del vencedor de África pronto lo elevaron a un mando particular; y en el cargo de duque de Mesia derrotó a una hueste de sármatas, salvó la provincia, se ganó el afecto de sus soldados y provocó las envidias de la corte.[807] Su fortuna en ascenso pronto se derrumbó con la caída en desgracia y la ejecución de su afamado padre; y Teodosio obtuvo como favor el permiso de retirarse a su vida privada en su provincia nativa de España. Mostró un carácter firme y moderado en la facilidad con que se adaptó a su nueva situación. Dividía su tiempo casi en partes iguales entre la ciudad y el campo; el carácter que había animado su conducta pública se manifestó en el cumplimiento activo y servicial de sus deberes sociales, y la diligencia del soldado resultó beneficiosa para mejorar su amplio patrimonio,[808] situado entre Valladolid y Segovia, en medio de un distrito fértil y célebre aún hoy por una exquisita raza de ovejas.[809] En menos de cuatro meses, Teodosio fue trasladado de los trabajos inocentes y humildes de su granja al trono del Imperio oriental, y en toda la historia del mundo tal vez no haya otro ejemplo de un ascenso tan puro y honorable al mismo tiempo. Los príncipes que pacíficamente heredan el cetro de sus padres ejercen y disfrutan un derecho legal, tanto más seguro cuanto es absolutamente independiente de sus méritos personales. Los súbditos que, en una monarquía o en un Estado popular, adquieren el poder supremo deben

superar a sus iguales por su genio o por su virtud; pero ese mérito rara vez está exento de ambición, y el candidato exitoso suele estar manchado con la culpa de alguna conspiración o guerra civil. Incluso en los gobiernos que le permiten al monarca reinante nombrar un compañero o sucesor, esa elección parcial, que puede ser apasionada, recae a menudo en sujetos que no la merecen. Pero ni la maldad más desconfiada puede atribuirle a Teodosio, que vivía en su oculta soledad de Cauca, las malas artes, los deseos o incluso las esperanzas de un estadista ambicioso; y el nombre del exiliado se habría olvidado hace tiempo si sus virtudes genuinas y distinguidas no hubieran dejado una profunda impresión en la corte imperial. En el período de prosperidad había sido abandonado, pero cuando surgieron las aflicciones públicas, todos experimentaron y reconocieron su mérito superior. Tal era la confianza en su integridad que Graciano pudo fiarse de que, por el bien de la república, ese hijo piadoso perdonaría el asesinato de su padre. Tales eran las expectativas sobre sus habilidades que se esperaba que un solo hombre salvara y restaurara el Imperio de Oriente. Teodosio fue investido con la púrpura a los treinta y tres años. El vulgo contemplaba con admiración la belleza varonil de su rostro y la elegante majestad de toda su persona, a la que les gustaba comparar con los retratos y medallas del emperador Trajano; mientras que los observadores más agudos descubrían en su ánimo y su entendimiento una semejanza más importante con el mejor y mayor de los príncipes romanos.

No es sin el más sincero pesar que debo despedirme ahora de un guía fiel y preciso, que compuso la historia de su tiempo sin caer en los prejuicios y pasiones que afectan usualmente a los contemporáneos. Amiano Marcelino, que termina su provechosa obra con la derrota y muerte de Valente, recomienda

el más glorioso tema del siguiente reinado a la juventud vigorosa y elocuente de la generación posterior.[810] Esa generación no estuvo dispuesta a aceptar su consejo o a imitar su ejemplo;[811] y para estudiar el reinado de Teodosio estamos limitados a completar la narración parcial de Zósimo con las oscuras pistas de los fragmentos y crónicas, con el lenguaje figurado de poesías y panegíricos, y con la ayuda precaria de los escritores eclesiásticos, quienes, en el ardor de su parcialidad religiosa, suelen despreciar las virtudes profanas de la sinceridad y la moderación. Consciente de estas desventajas, que seguirán envolviendo una parte considerable de la decadencia y caída del Imperio Romano, continuaré con pasos recelosos. Pero puedo afirmar sin reparos que la batalla de Adrianópolis nunca fue vengada con alguna victoria señalada y decisiva de Teodosio sobre los bárbaros, y el significativo silencio de sus oradores venales se corrobora con la observación de las condiciones y circunstancias de los tiempos. La estructura de un Estado poderoso, levantado con el trabajo de siglos sucesivos, no puede derrocarse con la desgracia de un solo día, a no ser que el poder fatal de la imaginación exagere la medida real de ese infortunio. Los cuarenta mil romanos que cayeron en la llanura de Adrianópolis podrían haberse reclutado rápidamente en las provincias populosas de Oriente, que tenían tantos millones de habitantes. El coraje de un soldado es la cualidad más barata y más común de la naturaleza humana; y los centuriones sobrevivientes habrían podido enseñar en poco tiempo la habilidad suficiente como para enfrentar a un enemigo indisciplinado. Si los bárbaros montaban los caballos y se equipaban con las armaduras de sus enemigos vencidos, los numerosos criaderos de Capadocia y España suministrarían nuevos escuadrones de caballería, los treinta y cuatro arsenales

del Imperio estaban atestados de armas ofensivas y defensivas, y la riqueza de Asia aún podía proporcionar grandes sumas para los gastos de la guerra. Pero los efectos que produjo la batalla de Adrianópolis en el ánimo de los bárbaros y de los romanos extendió la victoria de aquéllos y la derrota de éstos más allá de los límites de un solo día. A un jefe godo se le escuchó declarar, con una moderación insolente, que, por su parte, estaba ya cansado de matanzas, pero que se asombraba de que un pueblo que huía ante él como un rebaño de ovejas osara disputarle la posesión de sus tesoros y provincias.[812] El nombre temible de los godos desparramaba entre los súbditos y soldados del Imperio Romano el mismo terror que había inspirado el nombre de los hunos entre las tribus godas.[813] Si Teodosio, reuniendo apresuradamente sus fuerzas dispersas, las hubiera conducido al campo de batalla para enfrentar al enemigo victorioso, su ejército habría sido vencido por sus propios temores, y la posibilidad de éxito no podría justificar su temeridad. Pero Teodosio *el Grande*, un epíteto que merecía con honor en estas ocasiones trascendentes, se comportó como el guardián firme y leal de la república. Estableció sus cuarteles en Tesalónica, la capital de la diócesis de Macedonia,[814] desde donde podía observar los movimientos irregulares de los bárbaros, y dirigir las operaciones de sus lugartenientes, desde las puertas de Constantinopla hasta las playas del Adriático (379-382 d. C.). Se fortalecieron las defensas y guarniciones; y la tropa, que había recuperado su sentido del orden y la disciplina, se fue animando gracias a la confianza en su propia seguridad. Desde esos lugares seguros hacían frecuentes salidas sobre los bárbaros, que plagaban la región; y como rara vez acometían su empresa sin una superioridad decisiva, de terreno o de número, eran en su mayor parte exitosas; y pronto se

convencieron, por su propia experiencia, de la posibilidad de vencer a sus enemigos *invencibles*. Los destacamentos de estas guarniciones separadas se unieron gradualmente en pequeños ejércitos; se observaron las mismas medidas cautelosas según un plan de operaciones extenso y concertado; los acontecimientos de cada día sumaban fuerza y vigor a las armas romanas; y la astucia diligente del emperador, que hacía circular noticias favorables acerca de la guerra, contribuyó a someter el orgullo de los bárbaros y a dar mayores esperanzas y coraje a sus súbditos. Hay razones para creer que, si en vez de este tenue e imperfecto esbozo, pudiéramos referir con precisión el desempeño de Teodosio en cuatro campañas sucesivas, su destreza consumada merecería el aplauso de todo lector militar. Las postergaciones de Fabio habían salvado antes la república; y mientras los trofeos espléndidos de Escipión en los campos de Zama atrajeron los ojos de la posteridad, los campamentos y marchas del dictador entre las colinas de Campania merecen una fama más sólida y personal, una fama que el general no está obligado a compartir con la suerte ni con sus tropas. Tal fue igualmente el mérito de Teodosio; y las debilidades de su cuerpo, que padeció muy inoportunamente una larga y peligrosa enfermedad, no pudieron embotar su lucidez ni distraer su atención del servicio público.[815]

La liberación y pacificación de las provincias romanas fue el fruto más de la prudencia que del valor:[816] la suerte favoreció la prudencia de Teodosio, que aprovechó oportunamente cualquier circunstancia favorable. Mientras el genio superior de Fritigerno conservó la unión y dirigió los movimientos de los bárbaros, su poder no parecía inadecuado para la conquista de un gran imperio. La muerte de aquel héroe, antecesor y maestro del famoso Alarico, liberó a una multitud impaciente del yugo

intolerable de la disciplina y la discreción. Los bárbaros, que habían estado dominados por su autoridad, se abandonaron a sus pasiones, que rara vez eran uniformes o constantes. El ejército de vencedores se quebró en bandas desordenadas de ladrones salvajes; y su furia ciega e irregular no fue menos perniciosa para ellos que para sus enemigos. Su malicia se ponía de manifiesto en la destrucción de todo aquello que no podían trasladar o no sabían disfrutar; y su ira incauta quemaba con frecuencia las cosechas o los graneros que poco después se volverían necesarios para su propia subsistencia. Se levantó un espíritu de discordia entre las tribus independientes y las naciones, que sólo se habían unido con alianzas voluntarias y pasajeras. Las tropas de los hunos y los alanos reprobarían naturalmente la huida de los godos, quienes no estaban dispuestos a usar con moderación las ventajas de su suerte; ya no era posible ocultar los antiguos celos entre ostrogodos y visigodos; y los jefes orgullosos aún recordaban los agravios e insultos que se habían inferido mutuamente cuando la nación estaba todavía más allá del Danubio. El avance de los conflictos domésticos redujo el sentimiento más difuso de animosidad nacional; y a los oficiales de Teodosio se les ordenó comprar con generosos regalos y promesas el retiro o la cooperación del bando descontento. La adquisición de Modar, príncipe de la sangre real de los Amalis, le dio a la causa de Roma un campeón leal y audaz. Este ilustre desertor pronto obtuvo el rango de maestre general, con un mando importante; descubrió un ejército de sus compatriotas ebrios y dormidos, y tras la matanza cruel de los godos sorprendidos volvió al campamento imperial con un inmenso botín y cuatro mil carruajes.[817] En manos de un político hábil, los medios más diferentes pueden aplicarse con éxito a los mismos fines; y la paz del Imperio, que se había

visto tan favorecida con las desavenencias, se completó con la unión de la nación goda. Atanarico, que había sido un espectador paciente de esos acontecimientos extraordinarios, finalmente fue expulsado de sus recónditas guaridas en los bosques de Cauca por las vicisitudes de las armas (25 de enero de 381 d. C.). Ya no dudaba de atravesar el Danubio; y una parte muy considerable de los súbditos de Fritigerno, que ya experimentaban los males de la anarquía, fueron convencidos fácilmente de reconocer como rey a un juez godo cuyo nacimiento respetaban y cuyas capacidades habían conocido. Pero ya la edad había enfriado el ánimo audaz de Atanarico; y en vez de conducir a su pueblo al campo de batalla y a la victoria, escuchó sabiamente la justa propuesta de un tratado honorable y ventajoso. Teodosio, que era consciente del mérito y el poder de su nuevo aliado, condescendió a encontrarlo a varias millas de Constantinopla, y lo agasajó en la ciudad imperial con la confianza de un amigo y la magnificencia de un monarca. «El príncipe bárbaro observó con curiosidad los variados objetos que atraían su atención, y finalmente prorrumpió en una exclamación de asombro apasionada y sincera. "Estoy viendo —dijo— lo que jamás pude creer: las glorias de esta extraordinaria capital"; y al tender la vista en torno, contempló y admiró la situación dominante de la ciudad, la fortaleza y la belleza de los muros y de los edificios públicos, el amplio puerto poblado de innumerables barcos, la confluencia perpetua de naciones distantes y las armas y disciplina de las tropas. "En efecto —continuó Atanarico—, el emperador de los romanos es un dios sobre la tierra, y el hombre presuntuoso que se atreva a levantar su mano contra él es reo de su propia sangre"».[818] El rey godo no pudo disfrutar mucho tiempo de esta recepción espléndida y honorable; y como la

templanza no era una virtud de su nación, puede presumirse que contrajo su mortal enfermedad entre los placeres de los banquetes imperiales. Pero con la muerte de su aliado, la política de Teodosio obtuvo beneficios más sólidos que los que hubiera podido esperar de sus leales servicios. El funeral de Atanarico se realizó en la capital de Oriente con ritos solemnes; se erigió un monumento imponente a su memoria; y todo su ejército, ganado por la cortesía generosa y el adecuado pesar de Teodosio, se alisó bajo las banderas del Imperio Romano.[819] El sometimiento de un cuerpo tan grande de visigodos produjo las consecuencias más saludables, y la influencia combinada de la fuerza, la razón y la corrupción se volvió cada día más poderosa y extensa. Cada capitán independiente se apresuraba a intentar obtener un tratado especial, por miedo a que una demora obstinada lo dejara solo y desprotegido, exponiéndolo a la venganza o la justicia de los conquistadores. La capitulación general, o mejor dicho final, de los godos puede fecharse en cuatro años, un mes y veinticinco días (3 de octubre de 382 d. C.) después de la derrota y muerte del emperador Valente.[820]

Las provincias del Danubio ya habían sido liberadas del peso opresor de los grutungos, u ostrogodos, con la retirada voluntaria de Alateo y Safraz, cuyo espíritu indómito los impulsó a buscar nuevos teatros de saqueos y gloria. Su carrera destructiva los llevó hasta Occidente, pero debemos conformarnos con noticias muy confusas e imprecisas de sus variadas aventuras (octubre de 386 d. C.). Los ostrogodos empujaron a varias tribus germanas sobre las provincias de la Galia, pactaron y luego violaron un tratado con el emperador Graciano, se internaron en los países desconocidos del Norte y, tras un intervalo de más de cuatro años, volvieron con redobladas fuerzas a las orillas del bajo Danubio. Sus tropas se

habían reclutado entre los guerreros más feroces de Germania y Escitia; y los soldados, o al menos los historiadores, del Imperio ya no reconocían los nombres ni los rostros de sus antiguos enemigos.[821] El general al mando de las fuerzas de mar y tierra en la frontera de Tracia pronto advirtió que su superioridad perjudicaría al bien público, y que los bárbaros, amedrentados por la presencia de su flota y sus legiones, probablemente postergarían el cruce del río hasta el invierno. La habilidad de los espías infiltrados en el campamento godo atrajo a los bárbaros hacia una trampa fatal. Los persuadieron de que, por medio de un golpe audaz, lograrían sorprender, en el silencio y la oscuridad de la noche, al ejército dormido de los romanos; y toda la muchedumbre se embarcó apresuradamente en tres mil canoas.[822] Los ostrogodos más valerosos iban a la vanguardia, el centro estaba compuesto por los soldados y súbditos restantes, y las mujeres y los niños los seguían seguros en la retaguardia. Para la ejecución de su plan eligieron una noche sin luna, y casi habían alcanzado la orilla meridional del Danubio, muy confiados de hallar un desembarco fácil y un campamento desprevenido. Pero el avance de los bárbaros fue detenido súbitamente por un obstáculo inesperado: una línea triple de embarcaciones, fuertemente conectadas una con la otra, formando una cadena impenetrable de dos millas y media (4,02 km) a lo largo del río. Mientras luchaban por abrirse paso a la fuerza en el conflicto desigual, su flanco derecho fue arrasado por un ataque irresistible de una escuadra de galeras, que era impulsada aguas abajo por las fuerzas unidas de los remos y la corriente. El peso y la velocidad de los barcos de guerra destrozaron, hundieron y dispersaron las canoas toscas y frágiles de los bárbaros: su valentía era ineficaz; y Alateo, rey o general de los ostrogodos, murió con sus tropas más valientes bajo las

espadas romanas o entre las olas del Danubio. La última división de esta flota desafortunada pudo recuperar la orilla opuesta; pero el quebranto y el desorden de la multitud la volvían incapaz de cualquier acción o acuerdo, y pronto imploró la clemencia del enemigo victorioso. En este punto, como en muchos otros, resulta muy difícil conciliar las inclinaciones y prejuicios de los escritores de la era de Teodosio. El historiador parcial y malicioso, que distorsiona cada acción de su reinado, afirma que el emperador no apareció en el campo de batalla hasta que los bárbaros fueron vencidos gracias al valor y la conducta de su lugarteniente Promoto.[823] El poeta adulador, que en la corte de Honorio celebró las glorias del padre y del hijo, atribuye la victoria a la destreza personal de Teodosio, y casi insinúa que el rey ostrogodo murió a manos del emperador.[824] Tal vez la verdad histórica se halle en un punto medio entre estas afirmaciones extremas y contradictorias.

El tratado original que fijaba el establecimiento de los godos, estipulaba sus privilegios y expresaba sus obligaciones hubiera ilustrado la historia de Teodosio y sus sucesores. Pero el contexto de su historia conserva escasamente el espíritu y la esencia de aquel extraño acuerdo (383-395 d. C.).[825] Los estragos de la guerra y de la tiranía habían dejado libres varias extensiones de tierra fértil, pero incultivada, para aquellos bárbaros que no rechazaran la práctica de la agricultura. Una numerosa colonia de visigodos se asentó en Tracia; lo que quedaba de los ostrogodos, en Frigia y Lidia; sus necesidades inmediatas quedaron satisfechas con el reparto de cereal y ganados, y se estimuló su industria futura con una exención de tributos durante algunos años. Los bárbaros habrían merecido la política cruel y pérfida de la corte imperial, si hubieran admitido que se los dispersase entre las provincias. En cambio, requirieron

y obtuvieron la posesión exclusiva de las aldeas y distritos asignados a su residencia; incluso conservaron y propagaron sus costumbres e idioma nativos; impusieron, en el seno del despotismo, la libertad de su propio gobierno, y reconocieron la soberanía del emperador, sin someterse a la jurisdicción inferior de las leyes y magistrados de Roma. Aún se les permitía a los jefes hereditarios de las tribus y familias mandar a sus seguidores en la paz y en la guerra; pero quedó abolida la dignidad real, y los generales godos eran nombrados o removidos de sus cargos según el deseo del emperador. Se mantenía un ejército de cuarenta mil godos para el servicio constante del Imperio de Oriente; y aquellas tropas altaneras que tomaron el nombre de *Foederati*, o sea aliados, disfrutaban además del distintivo de collares de oro, un sueldo generoso y amplios privilegios. Su coraje nativo se perfeccionó con el uso de las armas y el conocimiento de la disciplina; y mientras la república estuvo defendida o amenazada por la dudosa espada de los bárbaros, las últimas chispas de la llama militar se extinguieron totalmente en el ánimo de los romanos.[826] Teodosio tuvo el arte de persuadir a sus aliados de que las condiciones de paz, a las que estaba exigido por la prudencia y la necesidad, eran las expresiones voluntarias de su sincero afecto por la nación goda.[827] Un modo diferente de vindicación o apología fue empleado para las quejas del pueblo, que censuraba a gritos tan peligrosas y vergonzosas concesiones.[828] Los desastres de la guerra se pintaron con los colores más vivos; y los primeros síntomas del retorno del orden, la abundancia y la seguridad fueron diligentemente exagerados. Los defensores de Teodosio afirmaban, con visos de verdad y de razón, que no era posible acabar con tantas tribus guerreras, desesperadas por la pérdida de su patria, y que las provincias agotadas revivirían con aquel

nuevo suministro de soldados y labradores. Los bárbaros conservaban su aspecto iracundo y hostil; pero la experiencia de tiempos pasados alentaba la esperanza de que se irían habituando al trabajo y la obediencia, que sus costumbres se pulirían con el tiempo, la educación y la influencia del cristianismo, y que su posteridad se iría mezclando con el gran cuerpo del pueblo romano.[829]

No obstante estos argumentos engañosos y estas expectativas tan optimistas, para cualquier sujeto con criterio era evidente que los godos seguirían siendo enemigos del Imperio Romano, y que pronto podían transformarse en sus conquistadores. Su conducta ruda e insolente manifestaba su desprecio hacia los ciudadanos y habitantes de las provincias, a los que injuriaban con impunidad.[830] Teodosio debió el éxito de sus armas al afán y el valor de los bárbaros; pero su auxilio era precario, y a veces su disposición inconstante y traicionera los llevaba a abandonar el estandarte en el momento en que su servicio era esencial. Durante la guerra civil contra Máximo, un gran número de desertores godos se retiró hacia los pantanos de Macedonia, arrasó las provincias vecinas y obligó al intrépido monarca a exponer su persona y a ejercer su poder para ahogar la llama incipiente de la rebelión.[831] Los temores públicos aumentaron con la fuerte sospecha de que esos tumultos no procedían de pasiones casuales, sino que eran el resultado de un plan secreto y premeditado. Se creía que los godos habían firmado el tratado de paz con un espíritu hostil e insidioso, y que sus jefes se habían comprometido previamente, bajo un juramento secreto y solemne, a no guardar jamás fidelidad a los romanos, a seguir aparentando afecto y lealtad y a esperar la ocasión favorable para el saqueo, la conquista y la venganza. Pero, como el ánimo de los bárbaros no era insensible al poder de la gratitud, varios

líderes godos se consagraron sinceramente al servicio del Imperio, o al menos del emperador; la nación se fue dividiendo en dos bandos opuestos que gastaban sofismas en sus conversaciones y disputas para comparar las obligaciones de su primer compromiso con las del segundo. Los godos que se consideraban amigos de la paz, de la justicia y de Roma seguían la autoridad de Fravita, un joven valiente y honorable que se distinguía sobre el resto de sus compatriotas por la fineza de sus modales, la generosidad de sus sentimientos y sus afables virtudes en la vida social. Pero la facción más numerosa estaba con el cruel y desleal Priulfo, que inflamaba las pasiones y afirmaba la independencia de sus seguidores guerreros. En uno de los banquetes solemnes en que los jefes de ambos partidos estaban sentados a la mesa imperial, se fueron acalorando con el vino hasta que olvidaron los miramientos usuales de la discreción y el respeto, y traicionaron el secreto fatal de sus disputas domésticas en presencia de Teodosio. El emperador, que había sido un testigo involuntario de esa extraordinaria controversia, disimuló su temor y su enojo, y pronto puso fin a esa tumultuosa reunión. Fravita, sobresaltado y enfurecido por la insolencia de su rival, cuya partida del palacio podía ser la señal para una guerra civil, lo siguió con valentía, desenvainó su espada y dejó a Priulfo muerto a sus pies. Los compañeros de éste se abalanzaron a las armas, y el campeón leal de Roma habría caído ante esa fuerza superior en número si no hubiera sido protegido oportunamente por la guardia imperial.[832] Tales fueron las escenas de ira bárbara que deshonraron el palacio y la mesa del emperador romano; y como sólo el carácter firme y templado de Teodosio podía poner freno a la irritabilidad de los godos, la seguridad pública parecía depender de la vida y la habilidad de un solo hombre.[833]

XXVII

MUERTE DE GRACIANO - RUINA DEL ARRIANISMO - SAN AMBROSIO - PRIMERA GUERRA CIVIL CONTRA MÁXIMO - CARÁCTER, ADMINISTRACIÓN Y PENITENCIA DE TEODOSIO - MUERTE DE VALENTINIANO II - SEGUNDA GUERRA CIVIL CONTRA EUGENIO - MUERTE DE TEODOSIO

La fama de Graciano, antes de cumplir veinte años, igualaba a la de los príncipes más renombrados. Su disposición bondadosa y amable cautivaba a sus amigos privados, la elegante afabilidad de sus modales atraía el afecto del pueblo; los hombres de letras, que disfrutaban de la liberalidad de su soberano, reconocían su gusto y elocuencia; los soldados aplaudían igualmente su valor y su destreza en las armas; y el clero consideraba la humilde religiosidad de Graciano como la primera y más provechosa de sus virtudes. La victoria de Colmar había liberado Occidente de una invasión formidable, y las provincias agradecidas de Oriente atribuían los méritos de Teodosio al autor de *su* grandeza y de la seguridad pública. Graciano no sobrevivió más que cuatro o cinco años a aquellos memorables acontecimientos, pero sí a la reputación que le dieron; y antes de caer, víctima de una rebelión, había perdido en gran medida el respeto y la confianza del mundo romano.

La notable alteración de su carácter o conducta no puede atribuirse a las artes de la adulación, que habían asediado al hijo de Valentiniano desde su infancia, ni a la obstinada pasión, a la que parece haber escapado ese joven discreto. Una mirada más

atenta a la vida de Graciano tal vez pueda sugerir la verdadera causa por la que defraudó las esperanzas públicas. Sus aparentes virtudes, en lugar de ser el firme resultado de la experiencia y la adversidad, fueron frutos prematuros y artificiales de la educación real. El afán cariñoso del padre estuvo continuamente dedicado a proporcionarle aquellos beneficios que tal vez apreciaba más, ya que él mismo había sido privado de ellos; y los maestros más capaces en cada ciencia y en cada arte se habían esmerado para formar la mente y el cuerpo del joven príncipe.[834] El conocimiento que penosamente le transmitían era expuesto con ostentación y celebrado con generosas alabanzas. Su disposición suave y dócil recibió la marca justa de sus sensatos preceptos, y es fácil confundir la ausencia de pasiones con la fuerza de la razón. Sus tutores ascendieron gradualmente a la jerarquía y trascendencia de ministros de Estado;[835] y como disimularon sabiamente su autoridad secreta, él parecía actuar con firmeza, con acierto y con sensatez en las ocasiones más importantes de su vida y su reinado. Pero la influencia de esa detallada instrucción no penetró más allá de la superficie, y los expertos maestros, que habían guiado los pasos de su pupilo real con tanta precisión, no pudieron infundirle a su carácter débil e indolente el principio de una acción vigorosa e independiente, que transforma la persecución de la gloria en una necesidad fundamental para la felicidad y casi para la existencia de un héroe. Tan pronto como el tiempo y las circunstancias removieron a aquellos fieles consejeros del trono, el emperador de Occidente descendió gradualmente al nivel de su índole natural, abandonó las riendas del gobierno a las manos ambiciosas que estuvieron dispuestas a tomarlas, y entretuvo su ocio con las satisfacciones más frívolas. Tanto en la corte como en las provincias, se instituyó una subasta pública de favores e

injusticias, mediante los despreciables delegados de su poder, cuyo mérito no podía cuestionarse, bajo pena de *sacrilegio*.[836] La conciencia del crédulo príncipe era dirigida por santos y obispos,[837] quienes consiguieron un edicto imperial para castigar, como una ofensa capital, la violación, la desatención e incluso la ignorancia de la ley divina.[838] Entre las diversas artes que Graciano había practicado en su juventud, se había aplicado con singular inclinación y éxito al manejo de caballos, el tiro con arco y el lanzamiento de jabalina; pero bastardeó estas habilidades, que pueden ser de utilidad para un soldado, con el vil propósito de la caza. Se cerraron grandes parques y se abastecieron con todo tipo de bestias salvajes para los placeres imperiales, y Graciano descuidó los deberes e incluso la dignidad de su rango para dedicar días enteros a la vana exhibición de su destreza y audacia en la caza. El orgullo y la voluntad del emperador romano por sobresalir en un arte en el que podía superarlo el menor de sus esclavos recordaba a los numerosos espectadores los ejemplos de Nerón y Cómodo; pero el casto y moderado Graciano era ajeno a sus vicios monstruosos, y sus manos sólo se mancharon con la sangre de los animales.[839]

El comportamiento de Graciano, que degradó su carácter a los ojos de la humanidad, no hubiera perturbado la seguridad de su reino si no hubiera provocado al ejército con sus peculiares injurias (383 d. C.). Mientras el joven emperador siguió las instrucciones de sus maestros, se profesó amigo y alumno de los soldados; pasaba horas en las conversaciones familiares del campamento, y la salud, la comodidad, las recompensas y los honores de sus tropas leales parecían ser objeto de su total atención. Pero cuando Graciano comenzó a satisfacer con más libertad su gusto dominante por cazar y flechar, se relacionó

naturalmente con los ministros más diestros en su recreo predilecto. Recibió un cuerpo de alanos en los servicios militares y domésticos del palacio, y la admirable habilidad que estaban acostumbrados a exhibir en las ilimitadas planicies de Escitia tuvo que realizarse en un teatro menor, en los parques y cotos de la Galia. Graciano admiraba los talentos y las costumbres de esa guardia favorita, y sólo a ella confió la defensa de su persona; y como si quisiera insultar a la opinión pública, se mostraba frecuentemente, a los soldados y al pueblo, con el traje y las armas, el largo arco, la resonante aljaba y la ropa de piel de los guerreros escitas. El indigno espectáculo de un príncipe romano que había renunciado al traje y las costumbres de su país llenaba de dolor e indignación el ánimo de las legiones.[840] Incluso los germanos, tan esforzados y formidables en los ejércitos del Imperio, se mostraban despectivos hacia la apariencia extraña y horrorosa de los salvajes del Norte, quienes, en un período de pocos años, se habían trasladado de las orillas del Volga a las del Sena. Un murmullo alto y licencioso se repitió por los campamentos y guarniciones de Occidente; y como la blanda indolencia de Graciano se desentendió de extinguir el primer síntoma de descontento, el miedo no influyó para suplir la falta de cariño y respeto. Pero derrocar un gobierno establecido es siempre un trabajo dificultoso en apariencia y en la realidad; y el trono de Graciano estaba protegido por las sanciones de la costumbre, la ley, la religión y el sutil equilibrio de los poderes civil y militar que había sido establecido por la política de Constantino. No es muy importante investigar cuáles fueron las causas que produjeron la revuelta de Bretaña. Es común que los accidentes sean padres del desorden: dio la casualidad de que las semillas de la rebelión cayeron en un suelo que se creía mucho más rico que ningún otro en tiranos y usurpadores;[841] las

legiones de esa isla apartada eran famosas por su espíritu de presunción y arrogancia;[842] y la voz tumultuosa pero unánime de los soldados y provincianos proclamó el nombre de Máximo. El emperador, o el rebelde —la suerte aún no había definido su título— era español, paisano, compañero y rival de Teodosio, cuyo ascenso había visto no sin alguna emoción de envidia y resentimiento. Los acontecimientos de su vida lo habían establecido hacía largo tiempo en Bretaña; y yo estaría bien dispuesto a encontrar alguna evidencia del matrimonio que él decía haber contraído con la hija de un rico señor de Caernarvonshire.[843] Pero esta jerarquía provincial puede considerarse fundadamente como un estado de exilio y oscuridad, y si Máximo obtuvo cualquier cargo civil o militar, no estaba investido con la autoridad de un gobernador o un general.[844] Los escritores parciales de su época reconocen sus habilidades e incluso su integridad, y su mérito debe haber sido en efecto notable si pudo obtener tales confesiones en favor del enemigo vencido de Teodosio. El descontento de Máximo pudo inclinarlo a censurar la conducta de su soberano, y a fomentar, tal vez sin ninguna ambición, los rumores de la tropa. Pero en medio del tumulto, por astucia o por modestia, rehusó ascender al trono, y aparentemente se le ha dado algún crédito a su propia y concluyente declaración de que fue obligado a aceptar el peligroso presente de la púrpura imperial.[845]

Pero era igualmente peligroso rehusar el Imperio; y desde el momento en que Máximo violó la lealtad hacia su legítimo soberano, no tenía esperanzas de reinar, o incluso vivir, si limitaba su moderada ambición a las estrechas fronteras de Bretaña. Resolvió osada y sensatamente anticiparse a los planes de Graciano; la juventud de la isla se congregó bajo su estandarte, e invadió la Galia con una flota y un ejército en lo

que se recordó después, por mucho tiempo, como la emigración de una considerable parte de la nación británica.[846] El emperador, en su pacífica residencia de París, se alarmó ante este acercamiento hostil, y los dardos que desperdició vanamente contra leones y osos podrían haber sido empleados con más honor contra los rebeldes. Pero sus débiles esfuerzos manifestaban su espíritu envilecido y su situación desesperada, y lo privaron de los recursos que todavía podría haber encontrado en el apoyo de sus súbditos y aliados. Los ejércitos de la Galia, en vez de oponerse a la marcha de Máximo, lo recibieron con alegres y leales aclamaciones, y la vergüenza de la deserción pasó del pueblo al príncipe. Aquellas tropas cuya posición inmediata las destinaba al servicio del palacio abandonaron el estandarte de Graciano no bien se mostró en las cercanías de París. El emperador de Occidente huyó a Lyon, escoltado tan sólo por trescientos caballos, y en las ciudades que atravesó por el camino, donde esperaba encontrar refugio o al menos pasaje, la cruel experiencia le enseñó que todas las puertas se cierran para el desafortunado. Sin embargo, hubiera podido alcanzar a salvo los dominios de su hermano y haber regresado pronto con las fuerzas de Italia y de Oriente, si no se hubiera dejado engañar fatalmente por el alevoso gobernador de la provincia de Lyon. Entretuvo a Graciano con declaraciones de una dudosa lealtad y con la esperanza de un auxilio que no podía ser eficaz, hasta que la llegada de Andragatio, general de la caballería de Máximo, puso fin a su incertidumbre. Aquel decidido oficial ejecutó, sin remordimiento, las órdenes y las intenciones del usurpador. En cuanto se levantó de la cena, Graciano fue puesto en manos del asesino; y negaron su cuerpo a las piadosas y encarecidas súplicas de su hermano Valentiniano.[847] La muerte del emperador fue seguida por la de su poderoso general Melobaudes, rey de los

francos, quien conservó hasta el último momento de su vida la reputación ambigua que es la justa recompensa de un político oscuro y sutil.[848] Estas ejecuciones podían ser necesarias para la seguridad pública; pero el victorioso usurpador, cuyo poder fue reconocido por todas las provincias de Occidente, tuvo el mérito y la satisfacción de jactarse de que, salvo aquellos que habían perecido en los trances de la guerra, su triunfo no se había manchado con la sangre de los romanos.[849]

La sucesión de eventos de esa revolución fue tan rápida, que hubiera sido imposible para Teodosio marchar en auxilio de su benefactor antes de recibir la noticia de su derrota y muerte (383-387 d. C.). Durante el período de sincera pesadumbre o duelo ostentoso, la llegada del primer ayuda de cámara de Máximo interrumpió al emperador de Oriente; y la elección de un anciano venerable para un encargo que usualmente ejercían los eunucos reveló a la corte de Constantinopla la gravedad y moderación del usurpador británico. El embajador condescendió a justificar o excusar la conducta de su señor, y a protestar, con engañosas palabras, porque el asesinato de Graciano había sido perpetrado sin su conocimiento o anuencia, por el precipitado ardor de los soldados. Pero continuó, con el mismo tono firme, ofreciéndole a Teodosio la alternativa de la paz o de la guerra. El discurso del embajador concluyó declarando enérgicamente que si bien Máximo, como romano y padre de su pueblo, preferiría emplear sus fuerzas en la defensa común de la república, estaba armado y dispuesto, si su amistad fuera rechazada, a disputar en el campo de batalla el imperio del mundo. Se le requirió una respuesta inmediata y perentoria, pero era extremadamente difícil para Teodosio satisfacer, en esta importante ocasión, tanto los sentimientos de su propio ánimo como las expectativas del público. La imperiosa voz del honor y

la gratitud clamaba venganza. Había recibido la diadema imperial por la generosidad de Graciano; su paciencia alentaría la odiosa sospecha de que era más profundamente sensible a antiguas injurias que a compromisos recientes, y si aceptaba la amistad, parecería compartir la culpa del asesinato. Incluso los principios de la justicia y el interés de la sociedad recibirían un golpe fatal con la impunidad de Máximo; y el ejemplo de una usurpación triunfadora tendería a disolver la estructura artificial del gobierno, y a hundir una vez más al Imperio en los crímenes y calamidades de la época precedente. Pero, así como los sentimientos de gratitud y honor deben regir invariablemente la conducta de un particular, la mente de un soberano debe contrapesarlos con obligaciones superiores, y las máximas de justicia y humanidad pueden permitir el indulto de un criminal atroz si el pueblo inocente se ve envuelto en las consecuencias de su castigo. El asesino de Graciano era un usurpador, pero poseía, de hecho, las provincias más belicosas del Imperio; Oriente estaba agotado por los infortunios, e incluso por el éxito, de la guerra gótica; y debía temerse seriamente que, una vez desperdiciadas las fuerzas vitales de la república en una contienda dudosa y destructiva, el vencedor, debilitado, se volvería una presa fácil para los bárbaros del Norte. Estas consideraciones de peso impulsaron a Teodosio a disimular su resentimiento y a aceptar la alianza del tirano. Pero estipuló que Máximo debía conformarse con la posesión de los países más allá de los Alpes. El hermano de Graciano fue confirmado y afianzado en la soberanía de Italia, África e Iliria occidental, y se insertaron en el tratado algunas honrosas condiciones para proteger la memoria y las leyes del difunto emperador.[850] Según la costumbre de la época, se exhibieron las imágenes de los tres colegas imperiales para que el pueblo las venerara; y no es

infundado suponer que, en el momento de la solemne reconciliación, Teodosio abrigara secretamente la intención de alevosías y venganzas.[851]

El menosprecio de Graciano hacia los soldados romanos lo había expuesto a los efectos fatales de su resentimiento. Su profunda veneración por el clero cristiano fue recompensada por el aplauso y la gratitud de aquella clase poderosa, que ha reclamado en todas las épocas el privilegio de dispensar honores tanto en la tierra como en el cielo.[852] Los obispos ortodoxos lamentaron esa muerte y su propia pérdida irreparable; pero pronto se consolaron con el descubrimiento de que Graciano había confiado el cetro de Oriente a la mano de un príncipe cuya fe humilde y cuyo celo ferviente estaban respaldados por el espíritu y las capacidades de un carácter vigoroso. Entre los benefactores de la Iglesia, la fama de Constantino ha competido con la gloria de Teodosio. Si Constantino tuvo la ventaja de enarbolar el estandarte de la cruz, su émulo y sucesor asumió el mérito de sojuzgar la herejía arriana y de abolir el culto a los ídolos en el mundo romano. Teodosio fue el primer emperador bautizado en la verdadera fe de la Trinidad. Aunque había nacido en una familia cristiana, las máximas, o al menos la práctica de aquel tiempo, lo impulsaron a postergar la ceremonia de su iniciación hasta que le advirtieron el peligro de tal demora por la seria enfermedad que amenazaba su vida hacia el final del primer año de su reinado. Antes de salir nuevamente al campo de batalla contra los godos, recibió el sacramento del bautismo[853] de Acolio, obispo ortodoxo de Tesalónica;[854] y cuando el emperador se levantó de la fuente sagrada, aún rebosante de los cálidos sentimientos de la regeneración, dictó un edicto solemne que proclamaba su propia fe y la prescribía a sus súbditos. «Es nuestra voluntad (tal es el estilo imperial) que

cuantas naciones se gobiernan por nuestra clemencia y moderación deban adherir incondicionalmente a la religión enseñada por san Pedro a los romanos, cuya fiel tradición han preservado y profesan hoy el pontífice Dámaso y Pedro, obispo de Alejandría, un hombre de santidad apostólica. Según la disciplina de los apóstoles y la doctrina del Evangelio, creamos en la divinidad única del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, bajo una majestad igual y en piadosa Trinidad. Autorizamos a los seguidores de esta doctrina a asumir el título de católicos cristianos; y como consideramos a todos los otros como locos extravagantes, los marcamos con el infame nombre de herejes y declaramos que sus conventículos ya no deben usurpar la respetable denominación de Iglesias. Sobre la condena de la justicia divina, deberán sufrir las severas penalidades que nuestra autoridad, guiada por la sabiduría divina, juzgue conveniente imponerles»[855] (28 de febrero de 380 d. C.). La fe de un soldado es comúnmente fruto de su educación más que de su investigación; pero como el emperador siempre fijó sus ojos en los hitos visibles de la ortodoxia que tan prudentemente había constituido, sus opiniones religiosas nunca se vieron afectadas por los textos engañosos, los argumentos sutiles y los credos ambiguos de los doctores arrianos. Tuvo, por cierto, en un momento, la débil inclinación de conversar con el elocuente y erudito Eunomio, que vivía en retiro por las cercanías de Constantinopla. Pero las plegarias de la emperatriz Flaccila, que temblaba por la salvación de su esposo, previnieron esta peligrosa entrevista; y el ánimo de Teodosio se vio confirmado por un argumento teológico adaptado a la más ruda capacidad. Acababa de otorgar a su primogénito Arcadio el nombre y los honores de Augusto; y ambos príncipes estaban sentados en un majestuoso trono para recibir el homenaje de sus súbditos. Un

obispo, Anfiloquio de Iconio, se aproximó al trono, y después de saludar con la debida reverencia a la persona de su soberano, se dirigió al joven real con el mismo cariño familiar que hubiera podido usar con un muchacho plebeyo. Provocado por este comportamiento insolente, el monarca dio órdenes de que se llevaran inmediatamente de su presencia al rústico sacerdote. Pero mientras los guardias lo empujaban hacia la puerta, el hábil polemista tuvo tiempo de ejecutar su intento, exclamando en alta voz: «Tal es el tratamiento, oh emperador, que el Rey del Cielo tiene dispuesto para aquellos hombres impíos que aparentan reverenciar al Padre, pero se niegan a reconocer una majestad igual en su Hijo divino». Teodosio abrazó inmediatamente al obispo de Iconio, y jamás olvidó la importante lección que recibió de esta parábola dramática.[856]

Constantinopla era el solar principal y la fortaleza del arrianismo; y en el largo intervalo de cuarenta años[857] (340-380 d. C.) la fe de los príncipes y prelados que reinaban en la capital de Oriente fue rechazada por las escuelas más puras de Roma y Alejandría. El trono arzobispal de Macedonio, que había sido manchado con tanta sangre cristiana, fue ocupado sucesivamente por Eudoxio y Damafilo. Sus diócesis disfrutaron de una libre importación de los vicios y errores de cada provincia del Imperio; la búsqueda impaciente de controversia religiosa proporcionó una nueva ocupación para el ocio atareado de la metrópoli; y podemos dar crédito a la afirmación de un observador inteligente, que describe con alguna cortesía los efectos de su entusiasmo locuaz. «Esta ciudad», dice, «está llena de artesanos y esclavos que son, todos ellos, teólogos profundos, y predican en las tiendas y las calles. Si deseáis que un hombre os cambie una moneda de plata, él os informará en qué difiere el Hijo del Padre; si preguntáis el precio del pan, os dicen como

respuesta que el Hijo es inferior al Padre; y si queréis saber si el baño está listo, la respuesta es que el Hijo fue creado de la nada».[858] Los herejes de variadas denominaciones subsistían en paz bajo la protección de los arrianos de Constantinopla, quienes intentaban asegurarse la adhesión de aquellas sectas recónditas, mientras abusaban, con implacable severidad, de la victoria que habían obtenido sobre los seguidores del concilio Niceno. Durante los reinados parciales de Constancio y Valente, se le prohibió al escaso resto de homoousianos el ejercicio público y privado de su religión; y se ha observado, en un tono patético, que se dejó sin pastor al rebaño disperso, vagando entre las montañas para ser devorado por los lobos rapaces.[859] Pero como su celo, en vez de sojuzgarse, derivaba fortaleza y vigor de la opresión, aprovecharon los primeros momentos de la libertad imperfecta que se les presentó con la muerte de Valente para unirse en una congregación regular, bajo la conducción de un pastor episcopal. Dos naturales de Capadocia, Basilio y Gregorio Nacianceno,[860] se distinguieron sobre todos sus contemporáneos[861] por la extraña unión de elocuencia profana y religiosidad ortodoxa. Estos oradores, que a veces podrían compararse, por sí mismos y por el público, con los más eminentes de la antigua Grecia, estaban unidos por el vínculo de la más estrecha amistad. Habían cultivado con igual ardor los mismos estudios liberales en las escuelas de Atenas; se habían retirado con igual devoción a la misma soledad en los desiertos del Ponto; y los sagrados e inocentes pechos de Gregorio y Basilio parecen haber extinguido totalmente cualquier chispa de competencia o envidia. Pero el ascenso de Basilio, de una vida reservada al trono arzobispal de Cesárea, descubrió al mundo, y tal vez a sí mismo, el orgullo de su carácter; y el primer favor que condescendió otorgar a su amigo fue recibido, y tal vez

proyectado, como un cruel insulto.[862] En lugar de destinar los talentos superiores de Gregorio a algún sitio de renombre y provechoso, el arrogante prelado seleccionó, entre los cincuenta obispados de su extensa provincia, la miserable aldea de Sásima,[863] sin agua, sin arbolado, sin sociedad, situada en la encrucijada de tres carreteras y sólo frecuentada por el paso incesante de carreteros rudos y clamorosos. Gregorio se sometió con renuencia a su humillante exilio; fue ordenado obispo de Sásima, pero protestando solemnemente que nunca había consumado su enlace espiritual con tal repugnante novia. Luego consintió encargarse del gobierno de su iglesia nativa de Nacianzo,[864] en la cual había sido obispo su padre por más de cuarenta y cinco años. Pero como aún era consciente de que merecía otra audiencia y otro teatro, aceptó con decorosa ambición la oferta honorífica que le hizo el partido ortodoxo de Constantinopla. A su llegada a la capital, Gregorio fue recibido por un pariente devoto y caritativo; se consagró el salón más amplio al culto religioso, y se eligió el nombre de Anastasia para expresar la resurrección de la fe nicena (noviembre de 378 d. C.). Luego se transformó este oratorio privado en una magnífica iglesia; y se preparó la credulidad de las épocas siguientes para creer en los milagros y las visiones que atestiguaban la presencia, o al menos la protección, de la Madre de Dios.[865] El púlpito de la Anastasia fue el escenario de los trabajos y triunfos de Gregorio Nacianceno, y en el curso de dos años experimentó todas las aventuras espirituales que constituyen las fortunas prósperas o adversas de un misionero.[866] Los arrianos, irritados por la osada empresa, interpretaron su doctrina como si predicase tres deidades distintas e iguales, e incitaron al populacho devoto a suprimir, por la violencia o por el tumulto, las asambleas irregulares de los herejes atanasistas. De la catedral

de Santa Sofía fluyó un gentío revuelto «de pordioseros comunes que habían perdido su derecho a la piedad, de monjes con apariencia de chivos o sátiros y de mujeres más terribles que otras tantas jezabeles». Se derribaron las puertas de la Anastasia; se causaron, o se intentó causar muchos daños con palos, piedras y tizones; y habiendo muerto un hombre en la refriega, Gregorio, que fue citado a la mañana siguiente ante el magistrado, tuvo la satisfacción de suponer que había confesado públicamente el nombre de Cristo. Una vez liberado del temor y peligro de enemigos extraños, las facciones intestinas deshonraron y trastornaron su Iglesia naciente. Un extranjero, que asumió el nombre de Máximo[867] y un manto de filósofo cínico, se ganó la confianza de Gregorio, lo engañó y abusó de su concepto favorable y, vinculándose secretamente con algunos obispos de Egipto, intentó, por medio de una ordenación clandestina, suplantar a su patrono en la silla episcopal de Constantinopla. Estas desazones harían que el misionero capadocio echara de menos a veces su reservada soledad. Pero sus fatigas se compensaban con el incremento diario de su fama y su congregación; y disfrutaba el placer de observar que la mayor parte de su numerosa audiencia se retiraba de sus sermones satisfecha con la elocuencia de su predicador[868] o insatisfecha con las diversas imperfecciones de su propia fe y conducta.[869]

Una alegre confianza animaba a los católicos de Constantinopla por el bautismo y el edicto de Teodosio; y esperaban impacientes los efectos de su grata promesa. Sus esperanzas se cumplieron rápidamente (26 de noviembre de 380 d. C.), pues el emperador, finalizadas las operaciones de la campaña, hizo su entrada pública en la capital a la cabeza de un ejército victorioso. Al día siguiente de su llegada convocó a

Damófilo a su presencia, y le ofreció a aquel prelado arriano la dura alternativa de firmar el credo niceno o franquear sin demora a los creyentes ortodoxos el uso y la posesión del palacio episcopal, la catedral de Santa Sofía y todas las iglesias de Constantinopla. El celo de Damófilo, que en un santo católico hubiera sido aplaudido con justicia, abrazó sin dudar una vida de pobreza y exilio,[870] y tras su remoción se purificó inmediatamente la ciudad imperial. Los arrianos podían quejarse, con alguna apariencia de justicia, de que una congregación de sectarios escasa usurpara el centenar de iglesias que no podían siquiera llenar, mientras que la gran mayoría del pueblo era cruelmente excluida de todo lugar de culto religioso. Teodosio permaneció inexorable; pero como los ángeles que protegían la causa católica eran visibles sólo a los ojos de la fe, reforzó prudentemente aquellas legiones celestiales con el auxilio más eficaz de las armas carnales y temporales; y ocupó la iglesia de Santa Sofía con un cuerpo crecido de la guardia imperial. Si el carácter de Gregorio era susceptible al orgullo, debe haber sentido una muy viva satisfacción cuando el emperador lo condujo a través de las calles, en solemne triunfo, y lo ubicó respetuosamente con sus propias manos en el trono arzobispal de Constantinopla. Pero el santo —que no había dominado las imperfecciones de la virtud humana— se vio profundamente afectado por la hiriente consideración de que su entrada en el redil era la de un lobo más que la de un pastor, de que las armas que centelleaban en torno a su persona eran necesarias para su seguridad, y de que sólo él era objeto de las imprecaciones de un gran partido al cual, como compuesto por hombres y ciudadanos, le era imposible menospreciar. Contempló la innumerable multitud, de ambos sexos y de todas las edades, que colmaba las calles, las ventanas y los techos de las casas,

escuchó la voz tumultuosa de la cólera, el pesar, el asombro y la desesperación; y Gregorio confiesa justamente que en el día memorable de su instalación la capital de Oriente tenía el aspecto de una ciudad tomada por asalto y en manos de algún conquistador bárbaro.[871] Alrededor de seis semanas después, Teodosio declaro su resolución de echar de todas las iglesias de sus dominios a los obispos y al clero que obstinadamente se negasen a creer, o al menos a profesar, la doctrina del concilio niceno. Armó a su lugarteniente Sapor (10 de enero de 381 d. C.) con los amplios poderes de una ley general, una comisión especial y una fuerza militar;[872] y esta revolución eclesiástica se condujo con tanta discreción y vigor, que la religión del emperador fue establecida, sin tumultos ni derramamiento de sangre, en todas las provincias de Oriente. Si se hubiese consentido la existencia de escritos arrianos,[873] contendrían tal vez la lamentable historia de la persecución que acosó a la iglesia bajo el reinado del impío Teodosio, y los padecimientos de sus santos confesores podrían reclamar la compasión de los lectores desprevenidos. Hay, sin embargo, motivos para imaginar que la falta de resistencia evitó la violencia del fervor y la venganza; y que, en su adversidad, los arrianos mostraron mucha menos firmeza que la que había ejercido el partido ortodoxo bajo los reinados de Constancio y Valente. El carácter moral y la conducta de las sectas enemigas parecen haber sido gobernados por los mismos principios de naturaleza y religión; pero puede encontrarse una circunstancia muy concreta que tiende a distinguir los grados de su fe teológica. Ambos partidos, tanto en las escuelas como en los templos, reconocían y reverenciaban la majestad divina de Cristo; y como siempre somos propensos a atribuir nuestros propios sentimientos y pasiones a la divinidad, se habrá juzgado más prudente y respetuoso exagerar, antes que

limitar, las adorables perfecciones del Hijo de Dios. El discípulo de Atanasio se enorgullecía de la confianza con la deidad que él mismo se había otorgado, mientras que el seguidor de Ario debe haber sido atormentado por un secreto temor de culpabilidad, tal vez por la imperdonable ofensa de escatimar las alabanzas y los honores que tributaba al Juez del Universo. Las opiniones del arrianismo podían satisfacer a una mente fría y especulativa; pero la doctrina del credo niceno, recomendada más poderosamente por los méritos de la fe y la devoción, se adaptaba mucho mejor a la popularidad y el éxito en un siglo creyente.

La esperanza de que encontraría verdad y sensatez en las juntas del clero ortodoxo impulsó al emperador a reunir, en Constantinopla, un sínodo de ciento cincuenta obispos, que procedieron, sin demasiada dificultad ni demora, a completar el sistema teológico que había sido establecido en el concilio niceno (mayo de 381 d. C.). Las vehementes discusiones del siglo IV se habían cifrado principalmente en la naturaleza del Hijo de Dios, y las variadas opiniones que se sostenían en relación con la *Segunda* persona de la Trinidad se extendieron y transfirieron, por una analogía natural, a la *Tercera*.[874] Pero los adversarios victoriosos del arrianismo hallaron o consideraron necesario aclarar el lenguaje ambiguo de algunos doctores respetables para confirmar la fe de los católicos y condenar a una secta impopular e inconsistente de macedonios que afirmaban libremente que el Hijo era consustancial al Padre, mientras temían aparecer como reconociendo la existencia de *tres* Dioses. Se pronunció una sentencia final y unánime para ratificar la igual divinidad del Espíritu Santo: la misteriosa doctrina ha sido recibida por todas las naciones e iglesias del mundo cristiano; y su reverencia agradecida ha asignado a los obispos de Teodosio

la segunda jerarquía entre los concilios generales.[875] Su conocimiento acerca de la verdad religiosa pudo haberse conservado por la tradición o haber sido comunicado por la inspiración; pero la evidencia formal de la historia no concederá gran peso a la autoridad personal de los Padres de Constantinopla. En una época en que los eclesiásticos habían degenerado escandalosamente el modelo de pureza apostólica, el más despreciable y corrupto era siempre el más ávido por frecuentar y perturbar las juntas episcopales. El conflicto y la fermentación de tantos intereses y temperamentos opuestos enardecían los ímpetus de los obispos, cuya pasión dominante era el amor al oro y a las contiendas. Muchos de los mismos prelados que ahora aplaudían la piedad ortodoxa de Teodosio habían cambiado con prudente flexibilidad sus credos y opiniones; y en las diversas revoluciones de la Iglesia y del Estado la religión de su soberano era la norma de su fe servil. Cuando el emperador suspendía su influencia predominante, el turbulento sínodo se movía ciegamente por el absurdo o por los motivos egoístas del orgullo, el odio y el resentimiento. La muerte de Melecio, sobrevenida en el concilio de Constantinopla, proporcionó la mejor oportunidad para poner fin al cisma de Antioquía, dejando a su anciano rival, Paulino, terminar pacíficamente sus días en la silla episcopal. La fe y las virtudes de Paulino eran irreprensibles; pero su causa era apoyada por las Iglesias occidentales, y los obispos del sínodo resolvieron perpetuar los estragos de la discordia ordenando apresuradamente a un candidato perjuro,[876] antes que traicionar la soñada dignidad de Oriente, que había quedado demostrada con el nacimiento y muerte del Hijo de Dios. Procedimientos tan injustos y escandalosos obligaron a los miembros más serios de la junta a disentir y separarse; y la

clamorosa mayoría, que quedó como dueña del campo de batalla, sólo podía compararse con las avispas o las urracas, con una bandada de grullas o de gansos.[877]

Puede asomar la sospecha de que un retrato tan desfavorable de los sínodos eclesiásticos haya sido trazado por la mano parcial de algún heresiarca obstinado o de algún infiel malicioso. Pero el nombre del historiador sincero que ha comunicado a la posteridad esta instructiva lección debe silenciar los murmullos impotentes de la superstición y el fanatismo. Él era uno de los obispos más religiosos y elocuentes de aquel siglo, un santo y un doctor de la Iglesia, el azote del arrianismo y el pilar de la fe ortodoxa, un miembro distinguido del concilio de Constantinopla que ejerció la función de presidente después de la muerte de Melecio: en una palabra, el mismo Gregorio Nacianceno. El tratamiento cruel y egoísta que padeció,[878] en vez de menoscabar la verdad de su testimonio, proporciona una prueba adicional del espíritu que impulsó las deliberaciones del sínodo. Su voto unánime había confirmado las pretensiones que la elección del pueblo y la aprobación del emperador le daban al obispo de Constantinopla. Pero Gregorio pronto fue víctima de la maldad y de la envidia. Los obispos de Oriente, tenaces seguidores suyos, enojados por su moderación en los negocios de Antioquía, lo abandonaron, sin apoyo, a la facción contraria de los egipcios, quienes discutían la validez de su elección y afirmaban rigurosamente el canon obsoleto que prohibía la práctica pervertida de las traslaciones episcopales. El orgullo o la humildad de Gregorio lo movieron a rehusarse a una contienda que podía atribuirse a la ambición o a la avaricia; y se ofreció públicamente, no sin algún viso de indignación, a deponer el gobierno de una Iglesia que había sido restablecida, y casi creada, por su trabajo. El sínodo y el emperador aceptaron su

renuncia con mejor disposición de la que él parecía esperar. En el momento en que hubiera esperado disfrutar de su victoria, el trono episcopal fue ocupado por el senador Nectario; y el nuevo arzobispo, recomendado accidentalmente por su temperamento tranquilo y su aspecto venerable, tuvo que postergar la ceremonia de su consagración hasta tramitar previamente los ritos de su bautismo.[879] Después de esta extraordinaria experiencia de la ingratitud de príncipes y prelados, Gregorio se retiró una vez más a su oscura soledad de Capadocia, donde dedicó el resto de su vida —cerca de ocho años— al ejercicio de la poesía y la devoción. Ha sido añadido a su nombre el título de santo, pero la ternura de su corazón[880] y la elegancia de su genio le dan un brillo más agradable a la memoria de Gregorio Nacianceno.

No era suficiente que Teodosio suprimiera el reinado insolente del arrianismo, o que vengara con creces las injurias que soportaron los católicos por el celo de Constancio y de Valente. El emperador ortodoxo consideraba a todo hereje como un rebelde contra los poderes supremos del cielo y de la tierra, y cada uno de estos poderes podía ejercer su jurisdicción particular sobre el alma y el cuerpo del culpable. Los decretos del concilio de Constantinopla habían establecido la norma auténtica de la fe, y los eclesiásticos que gobernaban la conciencia de Teodosio le sugirieron los métodos más efectivos de persecución. En casi quince años (380-394 d. C.) promulgó al menos quince severos edictos contra los herejes,[881] especialmente contra aquellos que rechazaban la doctrina de la Trinidad; y para privarlos de cualquier esperanza de escapatoria, promulgó duramente que si se podía alegar cualquier ley o rescrito en su favor, los jueces debían considerarlos como producciones ilegales del fraude o la falsificación. Los estatutos

penales estaban dirigidos contra los ministros, las juntas y la persona de los herejes; y las pasiones del legislador se expresaban con un lenguaje declamatorio y de invectivas.

I) Los maestros heréticos que usurpaban los sagrados títulos de obispos o presbíteros no sólo quedaban excluidos de los privilegios y sueldos tan profusamente concedidos al clero ortodoxo, sino que estaban expuestos a las graves penas de exilio y confiscación, si se atrevían a predicar la doctrina, o a practicar los ritos de sus *malditas* sectas. Se le imponía una multa de diez libras de oro (4,6 kg) —más de cuatrocientas libras esterlinas— a cualquier persona que osara otorgar, recibir o promover una ordenación herética; y se esperaba con razón que, si podía exterminarse la raza de los pastores, su rebaño indefenso estaría obligado, por ignorancia o por hambre, a retornar a la Iglesia católica.

II) La rigurosa prohibición de reuniones se extendió cuidadosamente a cualquier circunstancia posible en la que pudieran juntarse los herejes con la intención de adorar a Dios y a Cristo, según los dictámenes de su conciencia. Sus encuentros religiosos, públicos o secretos, de día o de noche, en ciudades o en el campo, fueron igualmente vedados por los edictos de Teodosio; y el edificio o terreno que se hubiera usado con ese propósito ilegal se confiscaba para el patrimonio imperial.

III) Se suponía que el error de los herejes provenía sólo del temperamento obstinado de su ánimo; y que tal temperamento era un objeto pasible de censura y castigo. Los anatemas de la Iglesia se fortalecían con una suerte de excomunión civil, que los separaba de sus conciudadanos con una clase particular de infamia; y esta declaración del magistrado supremo tendía a justificar, o por lo menos a excusar, los insultos del populacho fanático. Gradualmente, los sectarios fueron descalificados para

empleos honorables o lucrativos; y Teodosio quedó satisfecho de su propia justicia cuando decretó que, como los eunomios diferenciaban la naturaleza del Hijo de la del Padre, resultaban incapaces de hacer su testamento o de recibir cualquier donación por herencia. El delito de la herejía maniquea se consideró de tal magnitud que sólo podía expiarse con la muerte del culpado; y se aplicó el mismo castigo capital a los audianes o *Quartodecimans*[882] que se atreviesen a perpetrar el crimen atroz de celebrar la Pascua en un día indebido. Todo romano podía ejercer el derecho a la acusación pública, pero el cargo de *inquisidor* de la fe, un título tan merecidamente aborrecido, se instituyó por primera vez bajo el reinado de Teodosio. Pero podemos asegurar que la ejecución de sus edictos penales rara vez se cumplía, y que el devoto emperador parecía menos deseoso de castigar que de retraer o aterrar a sus súbditos rebeldes.[883]

Teodosio estableció la teoría de la persecución, cuya justicia y piedad ha sido aplaudida por los santos, pero la práctica, en toda su amplitud, estaba reservada a su rival y colega Máximo, el primer príncipe cristiano que derramó la sangre de sus propios súbditos cristianos por opiniones religiosas (385 d. C.). La causa de los priscilianistas,[884] una secta nueva de herejes que trastornó las provincias de España, se trasladó, por apelación, del sínodo de Burdeos al consistorio imperial de Tréveris; y por sentencia del prefecto pretoriano fueron atormentadas, condenadas y ejecutadas siete personas. La primera de ellas fue el mismo Prisciliano,[885] obispo de Ávila,[886] España, quien realzaba sus beneficios de nacimiento y fortuna con las aptitudes de la elocuencia y la erudición. Dos presbíteros y dos diáconos acompañaron a su querido amo en su muerte, a la que consideraban un glorioso martirio; y el número de víctimas

religiosas se completó con la ejecución de Latroniano, un poeta que competía con los antiguos, y de Eucrocia, noble matrona de Burdeos, viuda del orador Delfidio.[887] Dos obispos que habían abrazado las opiniones de Prisciliano fueron condenados a un exilio remoto y deprimente,[888] y se mostró alguna indulgencia hacia los criminales menores que alegaban el mérito de un arrepentimiento temprano. Si se pudiera dar algún crédito a las confesiones extraídas mediante el temor y los dolores, y a vagos rumores hijos de la malicia y la credulidad, la herejía de los priscilianistas incluiría diversas abominaciones de magia, impiedad y lascivia.[889] Prisciliano, que vagó por el mundo con sus hermanos espirituales, fue acusado de orar en medio de su congregación absolutamente desnudo, y se afirmaba con certeza que los efectos de su relación criminal con la hija de Eucrocia habían sido suprimidos por medios aún más odiosos y criminales. Pero una investigación más precisa o, mejor, más sincera descubrirá que si los priscilianistas violaban las leyes naturales, no era por el desenfreno sino por la austeridad de sus vidas. Condenaban absolutamente el uso del lecho conyugal; y la paz de las familias se alteraba a menudo con separaciones indiscretas. Imponían o recomendaban la abstinencia total de cualquier comida de origen animal; y sus plegarias, ayunos y vigilias incesantes inculcaban la norma de una devoción estricta y perfecta. Los principios especulativos de la secta concernientes a la persona de Cristo y a la naturaleza del alma humana derivaban del sistema gnóstico y maniqueo; y esta vana filosofía, que había sido trasladada de Egipto a España, se adaptaba mal a los toscos espíritus de Occidente. Los arrinconados discípulos de Prisciliano sufrieron, languidecieron y gradualmente desaparecieron: sus principios fueron rechazados por el clero y por el pueblo, pero su muerte fue objeto de una larga y

vehemente controversia, por cuanto algunos acusaban y otros aplaudían la justicia de su sentencia. Resulta gracioso observar la humana inconsecuencia de los santos y obispos más ilustres, Ambrosio de Milán[890] y Martín de Tours,[891] quienes en esta ocasión apoyan la causa de la tolerancia. Se compadecieron de los infelices que habían sido ejecutados en Tréveris; se negaron a asociarse con sus matadores episcopales, y si Martín se desentendió de esa generosa resolución, sus motivos fueron laudables y su arrepentimiento, ejemplar. Los obispos de Tours y Milán pronunciaron sin dudar la condena eterna de los herejes; pero se sorprendieron y se conmocionaron ante la imagen sangrienta de su muerte temporal, y los honestos sentimientos de la naturaleza resistieron a los prejuicios artificiales de la teología. La escandalosa irregularidad en los procedimientos contra Prisciliano y sus seguidores confirmaron la humanidad de Ambrosio y de Martín. Los ministros civiles y eclesiásticos habían trasgredido los límites de sus respectivas jurisdicciones. El juez secular había osado recibir apelación y pronunciar sentencia definitiva en materias de fe y de competencia episcopal. Los obispos se habían deshonrado ejerciendo la función de acusadores en un procesamiento criminal. La crueldad de Itacio,[892] que presenció los tormentos y solicitó la muerte de los herejes, provocó la justa indignación de la gente, y los vicios de ese obispo inmoral se admitieron como una prueba de que su celo era instigado por el sórdido motivo del interés. Desde la muerte de Prisciliano, las groseras tentativas de persecución han sido refinadas y sistematizadas por el santo oficio, que asigna roles diferenciados a los poderes eclesiástico y secular. La víctima consagrada pasa regularmente del sacerdote al magistrado y del magistrado al verdugo, y la sentencia inexorable de la Iglesia, que declara la culpa espiritual

del condenado, se expresa en el lenguaje templado de la piedad y la intercesión.

Entre los eclesiásticos que ennoblecieron el reinado de Teodosio, Gregorio Nacianceno se distinguió por su talento como predicador elocuente; la reputación del don de milagros añadió peso y dignidad a las virtudes monásticas de Martín de Tours;[893] pero el valiente Ambrosio[894] (374-397 d. C.) reclamó con justicia la palma a la entereza y capacidad episcopales. Descendía de una familia noble de romanos; su padre había ejercido el importante cargo de prefecto pretoriano de la Galia; y el hijo, después de recibir una educación liberal, alcanzó, por la escala regular de honores civiles, el puesto de cónsul de Liguria, una provincia que incluía la residencia imperial de Milán. A los treinta y cuatro años, y antes de recibir el sacramento del bautismo, Ambrosio, para su sorpresa y la del mundo, se transformó súbitamente de gobernador en arzobispo. Según se dice, sin que mediara el menor artificio o la menor intriga, el pueblo entero lo saludó unánimemente con el título episcopal; el consenso y la perseverancia de sus aclamaciones se atribuyeron a una causa sobrenatural; y el renuente magistrado tuvo que asumir un oficio espiritual para el cual los hábitos y ocupaciones de su vida anterior no lo habían preparado. Pero la fuerza de su genio pronto lo calificó para ejercer, con afán y prudencia, los deberes de su jurisdicción eclesiástica, y mientras renunciaba de buen grado a la vana y espléndida parafernalia de la grandeza temporal, condescendió, por el bien de la Iglesia, a dirigir la conciencia de los emperadores y a controlar la administración del Imperio. Graciano lo amaba y reverenciaba como a un padre; y el elaborado tratado sobre la fe de la Trinidad fue ideado para la instrucción del joven príncipe. Después de su trágica muerte, mientras la emperatriz Justina

temblaba por su propia seguridad y por la de su hijo Valentiniano, el arzobispo de Milán fue enviado en dos embajadas diferentes a la corte de Tréveris. Desempeñó con igual firmeza y habilidad los poderes de sus roles político y espiritual; y tal vez contribuyó con su autoridad y elocuencia a contener la ambición de Máximo y proteger la paz de Italia.[895] Ambrosio había dedicado su vida y sus capacidades al servicio de la Iglesia. Despreciaba las riquezas, había renunciado a su patrimonio privado, y vendió, sin dudarlo, las joyas consagradas para rescatar cautivos. El clero y el pueblo de Milán eran afectos a su arzobispo, y él merecía su aprecio sin solicitar el favor o temer el desagrado de sus débiles soberanos.

El gobierno de Italia, y del joven emperador, recayó naturalmente en su madre Justina, una mujer hermosa y enérgica, pero que, en medio de un pueblo ortodoxo, tuvo la desgracia de profesar la herejía arriana, y procuraba inculcarla en el ánimo de su hijo. Justina estaba convencida de que un emperador romano podía reclamar, en sus propios dominios, el ejercicio público de su religión; y le propuso al arzobispo, como una concesión moderada y razonable, que resignara el uso de una sola iglesia, ya fuera en la ciudad o en los suburbios de Milán. Pero la conducta de Ambrosio estaba gobernada por principios muy diferentes.[896] Los palacios de la tierra podían, por cierto, pertenecer al César, pero las iglesias eran casas de Dios (5-10 de abril de 385 d. C.); y en el ámbito de su diócesis, él mismo, como sucesor legítimo de los apóstoles, era el único ministro del Señor. Los privilegios del cristianismo, tanto temporales como espirituales, estaban limitados a los verdaderos creyentes; y Ambrosio estaba convencido de que sus propias opiniones teológicas eran la norma de la verdad y la ortodoxia. El arzobispo, que se rehusó a mantener cualquier entrevista o

negociación con los instrumentos de Satán, declaró con modesta firmeza su resolución de morir como mártir antes que ceder al impío sacrilegio; y Justina, que tomó la negativa como un acto de insolencia y rebelión, se determinó precipitadamente a ejercer la prerrogativa imperial de su hijo. Como deseaba cumplir con sus devociones públicas en la inminente festividad de la Pascua, le ordenó a Ambrosio presentarse ante el consejo. Él obedeció a la convocatoria con el respeto de un súbdito leal, pero lo siguió, sin su anuencia, un gentío innumerable que se agolpó con un afán impetuoso contra las puertas del palacio; y los temerosos ministros de Valentiniano, en vez de decretar el destierro del arzobispo de Milán, le solicitaron humildemente que interpusiera su autoridad para proteger al emperador y para restaurar la tranquilidad de la capital. Pero las promesas que Ambrosio recibió y comunicó pronto fueron violadas por una corte desleal; y durante seis de los días más solemnes que la piedad cristiana reservaba para el ejercicio de su religión, la ciudad padeció las convulsiones del tumulto y el fanatismo. Se les mandó a los oficiales de palacio preparar primero la basílica Porcia, y después la nueva, para el recibimiento inmediato del emperador y de su madre. El espléndido dosel y las colgaduras del trono real se arreglaron de la manera habitual, pero fue necesario defenderlo con una fuerte guardia de los insultos del populacho. Los eclesiásticos arrianos que se aventuraron a mostrarse por las calles expusieron sus vidas a un peligro inminente; y Ambrosio gozó del mérito y la reputación de rescatar a sus enemigos personales de manos de una enfurecida muchedumbre.

Pero mientras se esforzaba por contener el efecto de su celo, la patética vehemencia de sus sermones seguía inflamando el temperamento enfadado y sedicioso del pueblo de Milán.

Trataba indecentemente de Eva, de mujer de Job, de Jezabel y de Herodías a la madre del emperador, y comparaba su deseo de obtener una iglesia para los arrianos con las persecuciones más crueles que la cristiandad había soportado bajo el reinado del paganismo. Las medidas de la corte sólo sirvieron para exponer la magnitud del mal. Se impuso una multa de doscientas libras de oro a los gremios de mercaderes y fabricantes. Se les ordenó, en nombre del emperador, a todos los oficiales y sirvientes menores de las cortes de justicia que, mientras duraran los desórdenes públicos, debían permanecer estrictamente confinados en sus casas; y los ministros de Valentiniano confesaron con imprudencia que la mayor parte respetable de los ciudadanos de Milán adherían a la causa del arzobispo. Se le instó de nuevo a que restaurara la paz de su país conformándose oportunamente con la voluntad de su soberano. Ambrosio formuló su respuesta en los términos más humildes y respetuosos, que podían, sin embargo, interpretarse como una declaración formal de guerra civil. «Su vida y su suerte estaban en manos del emperador, pero nunca traicionaría a la Iglesia de Cristo ni degradaría la dignidad del carácter episcopal. Por tal causa estaba preparado para sufrir lo que la malicia diabólica pudiera infligirle; y sólo deseaba morir en presencia de su leal rebaño y al pie del altar; *él* no había contribuido a excitar la furia del pueblo, pero estaba sólo en poder de Dios apaciguarla; censuraba las escenas de sangre y confusión que probablemente continuarían; y que suplicaba fervorosamente no sobrevivir para contemplar la ruina de una ciudad floreciente, y quizás la asolación de toda Italia.»[897] El obstinado fanatismo de Justina hubiera puesto en peligro el imperio de su hijo si, en esta batalla contra la Iglesia y el pueblo de Milán, hubiera contado con la obediencia de la guardia palaciega. Un gran cuerpo de godos

había marchado a ocupar la basílica, que era el objeto en discordia; y podía esperarse, por los principios arrianos y las costumbres bárbaras de esos mercenarios extranjeros, que no tuvieran ningún escrúpulo en ejecutar las órdenes más sanguinarias. El arzobispo les salió al encuentro en el umbral sagrado, y bramando contra ellos una sentencia de excomunión, les preguntó, en el tono de un padre y señor, si era para invadir la casa de Dios que habían implorado la protección hospitalaria de la república. La incertidumbre de los bárbaros concedió algunas horas para una negociación más eficaz; y los consejeros más prudentes convencieron a la emperatriz de que dejase a los católicos en posesión de todas las iglesias de Milán, y que disimulase, hasta una ocasión más conveniente, sus intenciones de venganza. La madre de Valentiniano nunca pudo perdonar el triunfo de Ambrosio, y el joven real prorrumpió en la expresión apasionada de que sus propios sirvientes estaban dispuestos a traicionarlo poniéndolo en manos de un clérigo insolente.

Las leyes del Imperio, algunas de las cuales estaban firmadas por Valentiniano, seguían condenando la herejía arriana, y parecían disculpar la resistencia de los católicos. Por influencia de Justina, se promulgó un edicto de tolerancia en todas las provincias sujetas a la corte de Milán; se les garantizó el libre ejercicio de su religión a cuantos profesaban la fe de Rímini, y el emperador declaró que todas las personas que infringieran esta constitución sagrada y benéfica tendrían pena capital, como enemigos del sosiego público.[898] El carácter y el lenguaje del arzobispo de Milán pueden justificar la sospecha de que su conducta proporcionó de inmediato un punto razonable, o al menos un pretexto engañoso, a los ministros arrianos, que esperaban la oportunidad de sorprenderlo en algún acto de desobediencia a esa ley que él tachaba extrañamente de

sangrienta y tiránica. Se pronunció la sentencia de un destierro fácil y honroso, que mandaba a Ambrosio salir sin demora de Milán, mientras que le permitía elegir el lugar de su exilio y el número de sus acompañantes. Pero la autoridad de los santos, que habían predicado y practicado las máximas de lealtad pasiva, le pareció a Ambrosio menos valedera que el extremo y urgente peligro en que se hallaba la Iglesia. Se rehusó audazmente a obedecer, y su rechazo fue apoyado por el consentimiento unánime de su leal pueblo.[899] Custodiaban por turnos a su arzobispo; aseguraron fuertemente las puertas de la catedral y del palacio episcopal; y las tropas imperiales, que habían formado un bloqueo, no estaban dispuestas a arriesgar un ataque contra esa fortaleza inexpugnable. Los numerosos pobres que habían sido socorridos por la generosidad de Ambrosio aprovecharon la ocasión justa de sobresalir por su fervor y agradecimiento; y como la paciencia de la muchedumbre podía agotarse con la duración y la uniformidad de las vigilias nocturnas, Ambrosio introdujo prudentemente en la iglesia de Milán la útil institución de un salmo fuerte y regular. Mientras mantenía esta ardua contienda, se le ordenó en un sueño abrir la tierra en el sitio donde los restos de dos mártires, Gervasio y Protasio,[900] habían sido depositados hacía más de tres siglos. Inmediatamente, bajo el pavimento de la iglesia, se encontraron dos esqueletos perfectos,[901] con las cabezas separadas de los cuerpos, y un gran derramamiento de sangre. Las sagradas reliquias se ofrecieron en solemne pompa a la veneración del pueblo, y cada circunstancia de este afortunado descubrimiento se adaptaba admirablemente a promover los planes de Ambrosio. Se suponía que los huesos de los mártires, su sangre, su ropa, tenían un poder curativo; y la influencia sobrenatural se comunicó a los objetos más distantes

sin perder la menor parte de su virtud original. La curación extraordinaria de un ciego[902] y las confesiones renuentes de varios endemoniados parecían justificar la fe y santidad de Ambrosio; y él mismo, su secretario Paulino y su prosélito, el célebre Agustín, quien en ese tiempo profesaba el arte de la retórica en Milán, atestiguan la verdad de aquellos milagros. La razón de la época presente aprobará posiblemente la incredulidad de Justina y de su corte arriana, quienes se burlaban de las representaciones teatrales exhibidas por invención y a expensas del arzobispo.[903] Sin embargo, sus efectos sobre el ánimo del pueblo eran rápidos e irresistibles; y el débil soberano de Italia se reconoció incapaz de competir con el predilecto del Cielo. Los poderes de la tierra se interpusieron igualmente en defensa de Ambrosio; el consejo desinteresado de Teodosio era resultado genuino de su religiosidad y amistad, y la máscara del fervor religioso ocultó los planes hostiles y ambiciosos del tirano de la Galia.[904]

El reinado de Máximo podría haber terminado en paz y prosperidad, si se hubiera conformado con la posesión de tres grandes países, que ahora constituyen los tres reinos más florecientes de la Europa moderna. Pero el aspirante a usurpador, cuya sórdida ambición no estaba ennoblecida por el amor a la gloria o a las armas, consideraba sus fuerzas reales únicamente como instrumentos de su futura grandeza, y su éxito fue la causa inmediata de su destrucción. La riqueza que consiguió[905] de las provincias oprimidas de Galia, España y Bretaña fue empleada en alistar y mantener un formidable ejército de bárbaros, reclutados en su mayor parte en las naciones más bravías de Germania. La conquista de Italia fue el objeto de sus esperanzas y preparativos; y planeaba secretamente la ruina de un joven inocente, cuyo gobierno aborrecían y

despreciaban los súbditos católicos. Pero como Máximo quería ocupar, sin resistencia, el paso de los Alpes, recibió con sonrisas pérfidas a Dómino de Siria, embajador de Valentiniano, y lo presionó para que aceptara la ayuda de un cuerpo considerable de tropas para el servicio de una guerra en Panonia. La perspicacia de Ambrosio había descubierto la trampa de un enemigo bajo las declaraciones de amistad;[906] pero los generosos favores de la corte de Tréveris corrompieron o engañaron al sirio Dómino; y el consejo de Milán rechazó obstinadamente la sospecha de peligro con una confianza ciega que no era efecto del coraje, sino del temor. El embajador guió la marcha de los auxiliares, que fueron admitidos sin recelo en las fortalezas de los Alpes. Pero el astuto tirano los siguió por la retaguardia con pasos apresurados y silenciosos; y como interceptó con cuidado toda noticia de sus movimientos, el brillo de las armaduras y la polvareda de la caballería fueron el primer anuncio del acercamiento hostil de un extranjero sobre las puertas de Milán. En este trance, Justina y su hijo podían culpar a su propia imprudencia y a las pérfidas artes de Máximo; pero les faltaba tiempo, fuerza y resolución para pararse frente a los galos y germanos, fuera en el campo como entre los muros de una ciudad grande y adversa. La huida fue su única esperanza; Aquileia, su único refugio; y como ahora Máximo mostraba su carácter auténtico, el hermano de Graciano podía esperar la misma suerte de manos del mismo asesino. Máximo entró triunfalmente en Milán; y si el prudente arzobispo rechazó una conexión peligrosa y criminal con el usurpador, pudo contribuir indirectamente al éxito de sus armas inculcando desde el púlpito el deber de la resignación más que el de la resistencia.[907] La desventurada Justina llegó a Aquileia a salvo; pero desconfiaba de sus fortificaciones, temía el resultado de un sitio, y se resolvió

a implorar la protección del gran Teodosio, cuyo poder y virtud eran famosos en todos los países de Occidente. Se dispuso en secreto un bajel para transportar a la familia imperial; embarcaron precipitadamente en uno de los puertos recónditos de Venecia o Istria, atravesaron toda la extensión del mar Adriático y del Jónico, doblaron por el cabo del Peloponeso, y después de una larga pero exitosa navegación descansaron en el puerto de Tesalónica. Todos los súbditos de Valentiniano abandonaron la causa de un príncipe que, con su abdicación, los absolvía de su deber de lealtad; y si la pequeña ciudad de Emona, en el confín de Italia, no se hubiese atrevido a detener la carrera de su vergonzosa victoria, Máximo hubiese conseguido sin esfuerzo la posesión absoluta del Imperio occidental (agosto de 387 d. C.).

En vez de invitar a sus huéspedes reales al palacio de Constantinopla, Teodosio tenía algunas razones desconocidas para fijarles su residencia en Tesalónica; pero estas razones no procedían del menosprecio o la indiferencia, en tanto hizo rápidamente una visita a esa ciudad acompañado por la mayor parte de su corte y del Senado. Después de las primeras expresiones cariñosas de amistad y simpatía, el religioso emperador de Oriente le advirtió con amabilidad a Justina que el pecado de herejía se castigaba a veces en este mundo tanto como en el venidero, y que profesar públicamente la fe nicena sería el paso más eficaz para el restablecimiento de su hijo, por la complacencia que causaría en el cielo y en la tierra. Teodosio remitió para la deliberación del consejo la cuestión trascendente de la paz o la guerra, y los argumentos que podían alegarse del lado del honor y la justicia habían adquirido, desde la muerte de Graciano, un peso adicional considerable. Las persecuciones de la familia imperial, a la cual el mismo Teodosio debía su suerte,

se agravaban ahora con nuevas y repetidas injurias. Ni juramentos ni tratados podían contener la ambición ilimitada de Máximo; y la dilación de medidas vigorosas y decisivas, en vez de prolongar los beneficios de la paz, expondrían el Imperio de Oriente al peligro de una invasión enemiga. Los bárbaros que habían pasado el Danubio, recientemente habían asumido el rol de soldados y súbditos, pero su fiereza nativa aún era indómita; y las operaciones de la guerra, que ejercitarían su valor y disminuirían su número, podían tender a aliviar a las provincias de una opresión intolerable. A pesar de estas obvias y sólidas razones, aprobadas por la mayoría del consejo, Teodosio aún dudaba en alzar la espada en una contienda que ya no podía admitir ningún término de reconciliación; y su carácter magnánimo no se deshonraba con los temores que sentía por la seguridad de sus pequeños hijos y por el bienestar de su pueblo exhausto. En ese momento de ansiosa incertidumbre, mientras el destino del mundo romano dependía de la resolución de un solo hombre, los encantos de la princesa Gala abogaron poderosamente por su hermano Valentiniano.[908] Las lágrimas de la hermosura ablandaron el corazón de Teodosio; gradualmente, las gracias de la juventud y la inocencia fueron ganando su afecto; el arte de Justina manejaba y dirigía los impulsos de la pasión; y la celebración de las bodas reales fue la garantía y la señal de la guerra civil. Los críticos insensibles, que consideran toda flaqueza amorosa como una mancha indeleble en la memoria de un emperador grande y ortodoxo, se inclinan en este caso a discutir el testimonio sospechoso del historiador Zósimo. Confesaré francamente por mi parte que estoy dispuesto a encontrar, o incluso a buscar, en las revoluciones del mundo, algunos indicios de los sentimientos apacibles y tiernos de la vida doméstica, y entre la multitud de conquistadores

feroces y ambiciosos puedo distinguir, con singular complacencia, a un héroe bondadoso que posiblemente recibió su armadura de manos del amor. La alianza del rey persa se afianzó con la fe de los tratados; se convenció a los bárbaros guerreros de que siguieran el estandarte o respetaran las fronteras de un monarca activo y generoso; y los dominios de Teodosio, desde el Éufrates hasta el Adriático, resonaron con los preparativos de la guerra tanto en la tierra como en el mar. La acertada disposición de las fuerzas de Oriente parecía aumentar su número y distrajo la atención de Máximo. Tenía razones para temer que un cuerpo selecto de tropas, bajo el mando del intrépido Arbogastes, dirigiría su marcha por las riberas del Danubio y se internaría audazmente en las provincias recias hacia el centro de la Galia. Se preparó una flota poderosa en los puertos de Grecia y Epiro, al parecer con el plan de que, tan pronto como se franqueara el paso con una victoria naval, Valentiniano y su madre desembarcarían en Italia, se adelantarían sin demora a Roma y ocuparían el majestuoso trono de la religión y el Imperio. Entretanto, Teodosio mismo avanzó, a la cabeza de un ejército valiente y disciplinado, al encuentro de su indigno rival, quien, tras el sitio de Emona, había asentado su campamento en las cercanías de Siscia, una ciudad de Panonia fortificada poderosamente por la corriente rápida y anchurosa del Sava.

Los veteranos, que aún recordaban la larga resistencia y redoblados recursos del tirano Majencio, podían prepararse para los trabajos de tres campañas sangrientas. Pero la contienda con el sucesor, que había usurpado, como él, el trono de Occidente, se decidió fácilmente en el término de dos meses[909] (junio-agosto de 388 d. C.) y en el espacio de doscientas millas (321,86 km). El genio superior del emperador de Oriente podía

prevalecer sobre el débil Máximo, quien en esta importante crisis se mostró falto de pericia militar o de coraje personal; pero las capacidades de Teodosio fueron secundadas por la ventaja de una caballería numerosa y activa. Los hunos, los alanos y, siguiendo su ejemplo, los mismos godos formaron escuadrones de arqueros, que pelearon a caballo y frustraron el firme valor de galos y germanos con los movimientos rápidos de una guerra tártara. Tras la fatiga de una larga marcha en el calor del verano, espolearon sus caballos sudados a la corriente del Saya, cruzaron el río en presencia del enemigo, e inmediatamente atacaron y derrotaron a las tropas que custodiaban el promontorio del lado opuesto. Marcelino, hermano del tirano, avanzó para apoyarlas con las cohortes selectas, que se consideraban la esperanza y la fuerza del ejército. La acción, que había sido interrumpida por la cercanía de la noche, se renovó en la mañana y, después de un choque cerrado, los mejores soldados de Máximo que habían sobrevivido arrojaron sus armas a los pies del vencedor. Sin detener su marcha para recibir las leales aclamaciones de los ciudadanos de Emona, Teodosio presionó para terminar la guerra con la muerte o prisión de su rival, que huyó de él con la diligencia del miedo. Descendió con tan increíble velocidad de la cumbre de los Alpes Julianos a las llanuras de Italia que alcanzó Aquileia durante la tarde del primer día; y Máximo, cercado por todas partes, apenas tuvo tiempo de cerrar las puertas de la ciudad. Pero las puertas ya no podían resistir el ímpetu de un enemigo victorioso; y la desesperación, el desafecto, la indiferencia de los soldados y el pueblo apresuraron la ruina del desdichado Máximo. Fue arrojado de su trono, despojado rudamente de sus ornamentos imperiales, el manto, la diadema y las chinelas de púrpura; y lo condujeron, como a un malhechor, al campamento y a la presencia de Teodosio,

como a tres millas (4,82 km) de Aquileia. El comportamiento del emperador no se encaminaba a insultarlo, y mostró alguna disposición a compadecerse y perdonar al tirano de Occidente, que nunca había sido su enemigo personal y ahora se había transformado en el objeto de su desprecio. Nuestra compasión se despierta forzosamente con las desgracias a las que estamos expuestos; y el espectáculo de un competidor orgulloso postrado ahora a sus pies, no podía menos que provocar pensamientos muy serios y solemnes en el ánimo del emperador victorioso. Pero el respeto por la justicia pública y por la memoria de Graciano detuvo la débil emoción de una piedad involuntaria; y entregó la víctima al celo devoto de los soldados, quienes lo arrebataron de la presencia imperial e inmediatamente separaron su cabeza de su cuerpo. La noticia de su derrota y muerte fue recibida con sincera o bien disimulada alegría; y su hijo Víctor, a quien había conferido el título de Augusto, murió por orden, o quizás a manos, del valiente Arbogastes; y todos los planes militares de Teodosio fueron ejecutados exitosamente. Así, cuando había terminado la guerra civil, con menos dificultad y sangre de lo que podía naturalmente esperar, dedicó los meses de invierno de su residencia en Milán a restaurar el estado de las provincias aquejadas; y al comienzo de la primavera, siguiendo el ejemplo de Constantino y Constancio, hizo su entrada triunfal en la antigua capital del Imperio Romano.[910]

El orador que puede callar sin peligro, puede elogiar sin problema ni renuencia;[911] y la posteridad deberá confesar que el carácter de Teodosio[912] puede proporcionar tema para un sincero y amplio panegírico. La sabiduría de sus leyes y el éxito de sus armas hicieron que su administración fuera respetable tanto a los ojos de sus súbditos como a los de sus enemigos. Amaba y practicaba las virtudes de la vida doméstica, que rara

vez encuentran su residencia en los palacios de los reyes. Teodosio era sobrio y moderado; disfrutaba sin exceso de los placeres sociales y sensuales de la mesa, y el calor de sus pasiones amorosas nunca se desvió de sus objetos legítimos. Los soberbios títulos de la grandeza imperial estaban adornados con los nombres afectuosos de marido fiel y padre indulgente; elevó a su tío, por su aprecio cariñoso, al rango de segundo padre; Teodosio abrazó como propios a los hijos de sus hermanos, y sus demostraciones de consideración se extendían hasta las más distantes y recónditas ramas de su numerosa familia. Seleccionaba prudentemente sus amigos íntimos entre aquellas personas que, en el mismo trato de la vida privada, habían aparecido ante sus ojos sin máscara; la conciencia del mérito personal y superior le permitía menospreciar la distinción fortuita de la púrpura, y demostró con su conducta que había olvidado todos los agravios, mientras que recordaba con la mayor gratitud todos los favores y servicios que había recibido antes de ascender al trono del Imperio Romano. El tono serio o animado de su conversación se adaptaba a la edad, el rango o el carácter de los súbditos que admitía en su sociedad; y sus modales afables eran la imagen de su ánimo. Teodosio respetaba la sencillez de los buenos y virtuosos. Su sensata generosidad premiaba todo arte, todo talento, de naturaleza provechosa e incluso inocente; y excepto por los herejes, a quienes perseguía con implacable odio, sólo los límites de la raza humana circunscribían el amplio círculo de su benevolencia. El gobierno de un imperio poderoso basta seguramente para ocupar el tiempo y las capacidades de cualquier mortal; pero el diligente príncipe, sin pretender la inapropiada reputación de sabio profundo, reservaba siempre algunos momentos de su ocio para el instructivo entretenimiento de la lectura. La Historia, que

engrandecía su experiencia, era su estudio predilecto. Los anales de Roma, en el largo período de mil cien años, le ofrecieron un retrato variado y espléndido de la vida humana; y se observó especialmente que, cuando se abstraía en los crueles actos de Cina, Mario o Sila, expresaba con ardor su generosa aversión por aquellos enemigos de la humanidad y la libertad. Su opinión desinteresada de los eventos pasados le sirvió como norma de sus propios actos, y Teodosio ha merecido la particular distinción de que sus virtudes siempre parecieron aumentar junto con su fortuna; la época de su prosperidad fue la de su moderación, y su clemencia aparece del modo más evidente después del peligro y éxito de la guerra civil. La guardia mora del tirano había sido masacrada en el primer arrebato de la victoria, y un pequeño número de los criminales más detestables sufrieron el castigo de la ley. Pero el emperador se mostró mucho más atento a liberar al inocente que a castigar al culpable. Los súbditos oprimidos de Occidente, que se hubieran considerado dichosos con la restauración de sus tierras, se asombraron de recibir una suma de dinero equivalente a sus pérdidas; y la generosidad del vencedor sostuvo a la madre anciana y educó a los huérfanos de Máximo.[913] Un personaje tan consumado casi puede disculpar la suposición extravagante del orador Pacato acerca de que, si al primer Bruto se le permitiera volver a la tierra, el severo republicano abjuraría, a los pies de Teodosio, de su odio a los reyes, y confesaría ingenuamente que semejante monarca era el guardián más leal de la felicidad y dignidad del pueblo romano.[914]

Pero el ojo penetrante del fundador de la república hubiera percibido dos imperfecciones básicas que tal vez redujeran su nuevo amor por el despotismo. El ánimo de Teodosio se relajaba a menudo con la indolencia[915] y a veces se inflamaba con la pasión.[916] En la persecución de un fin importante, su

activo coraje era capaz de los esfuerzos más vigorosos; pero tan pronto como lograba su objetivo o superaba el peligro, el héroe se hundía en un sosiego vergonzoso, y olvidando que el tiempo de un príncipe es propiedad de su pueblo, se resignaba a los placeres inocentes pero frívolos de una corte lujosa. La disposición natural de Teodosio era precipitada y colérica; y en una posición en la que nadie puede oponerse a las consecuencias fatales de su resentimiento y pocos las evitarían, el humano monarca se alarmaba con razón al tomar conciencia de su debilidad y de su poder. Suprimir o regular los arrebatos excesivos de la pasión fue el examen constante de su vida; y el éxito de sus esfuerzos aumentó el mérito de su clemencia. Pero la virtud trabajosa que aspira al mérito de la victoria se expone al peligro de la derrota, y el reinado de un príncipe prudente y compasivo se contaminó con un acto de crueldad que mancharía los anales de Nerón o de Domiciano. En el plazo de tres años, el voluble historiador de Teodosio debe relatar el generoso perdón a los ciudadanos de Antioquía y la matanza inhumana del pueblo de Tesalónica.

La viva ansiedad de los habitantes de Antioquía nunca estaba satisfecha con su propia situación o con el carácter y la conducta de sus sucesivos soberanos. Los súbditos arrianos de Teodosio lamentaban la pérdida de sus iglesias; y como tres obispos rivales se disputaban el trono de Antioquía, la sentencia que decidió sus pretensiones provocó el murmullo de las dos congregaciones excluidas. Las exigencias de la guerra gótica y el inevitable desembolso que acompañó el acuerdo de paz obligaron al emperador a aumentar el peso de los impuestos públicos; y las provincias de Asia, como no se habían visto comprometidas en las penurias, eran las menos dispuestas a acudir al auxilio de Europa. Se aproximaba ahora el auspicioso

período de los diez años de su reinado, una celebración más auspiciosa para los soldados, que recibían un generoso donativo, que para los súbditos, cuyas ofrendas voluntarias se habían convertido desde hacía largo tiempo en una carga extraordinaria y agobiante. Los edictos tributarios alteraron la tranquilidad y los recreos de Antioquía; y una multitud suplicante sitió el tribunal de los magistrados solicitando, en un tono dramático, pero respetuoso al principio, la reparación de sus demandas. Gradualmente se fueron enfureciendo con la soberbia de sus altaneros gobernantes, quienes tomaban sus quejas como una resistencia criminal; su ingenio satírico degeneró en invectivas agudas y furiosas que fueron ascendiendo desde los poderes subalternos del gobierno hasta atacar el carácter sagrado del mismo emperador. Su furia, incitada por la débil oposición, se descargó sobre las imágenes de la familia imperial (26 de febrero), erigidas, como objetos de veneración pública, en los lugares más concurridos de la ciudad. Las estatuas de Teodosio, de su padre, de su esposa Flaccila y de sus dos hijos, Arcadio y Honorio, fueron derribadas con insolencia de sus pedestales, fueron destrozadas o arrastradas con desprecio por las calles; y la humillación infligida a las imágenes de la majestad imperial fue suficiente para manifestar los deseos impíos y traidores del populacho. El tumulto se sofocó casi inmediatamente con la llegada de un cuerpo de arqueros; y Antioquía tuvo tiempo para recapacitar sobre la naturaleza y consecuencias de su atentado. [917] Según los deberes de sus funciones, el gobernador de la provincia remitió un informe verídico de todo lo sucedido, mientras que los temerosos ciudadanos confiaron la confesión de su crimen y la garantía de su arrepentimiento al celo de su obispo Flaviano y a la elocuencia del senador Hilario, amigo y muy probablemente discípulo de Libanio, cuyo ingenio en esta

penosa situación fue provechoso para su patria.[918] Pero las dos capitales, Antioquía y Constantinopla, estaban separadas por una distancia de ochocientas millas (1287,44 km); y a pesar de la diligencia de las postas imperiales, la ciudad culpable fue severamente castigada por un largo y atroz período de incertidumbre. Cualquier rumor excitaba las esperanzas y los temores de los antioquenos; y oyeron con terror que su soberano, enfurecido por la ofensa que se había cometido contra sus propias estatuas, y especialmente contra la de su amada esposa, había resuelto arrasar la ciudad culpada y masacrar, sin distinción de edad ni sexo, a sus criminales habitantes,[919] cuyo temor, de hecho, hizo que muchos buscaran refugio en las montañas de Siria y en el desierto vecino. Finalmente, veinticuatro días después de la sedición, el general Helébico y Cesario, jefe de los ministros, manifestaron la voluntad del emperador y la sentencia de Antioquía (22 de marzo). Se degradó a la orgullosa capital del rango de ciudad; la metrópolis de Oriente, despojada de sus tierras, sus privilegios y sus rentas, fue sometida, bajo la humillante denominación de aldea, a la jurisdicción de Laodicea.[920] Se cerraron los baños, los circos y los teatros, y para interrumpir al mismo tiempo toda fuente de abundancia y placer, se abolió el reparto de trigo por disposición terminante de Teodosio. Sus representantes procedieron entonces a investigar las culpas particulares de aquellos que habían perpetrado, y de aquellos que no habían prevenido, la destrucción de las estatuas sagradas. El tribunal de Helébico y Cesario, cercado por una tropa armada, se alzó en medio del foro. Ante él se presentaron encadenados los ciudadanos más nobles y acaudalados de Antioquía; la tortura ayudó en el interrogatorio, y las sentencias se decretaban o suspendían según el criterio de estos extraordinarios magistrados. Se pusieron en

venta las casas de los criminales, sus mujeres e hijos fueron reducidos abruptamente de la prosperidad y el lujo a la miseria más abyecta, y se esperaba que una sangrienta ejecución cerrara los horrores de un día[921] que el predicador de Antioquía, el elocuente Grisóstomo, ha representado como la viva imagen del juicio final y universal. Pero los ministros de Teodosio desempeñaban con renuencia la cruel tarea que se les había asignado; dejaban caer lágrimas bondadosas sobre las calamidades del pueblo y escuchaban con reverencia las apremiantes solicitudes de los monjes y ermitaños que descendían por multitudes de las montañas.[922] Helébico y Cesario fueron convencidos de suspender la ejecución de su sentencia; y se acordó que el primero permaneciese en Antioquía, mientras que el último regresaría lo más rápido posible a Constantinopla y se atrevería a consultar una vez más la voluntad de su soberano. El resentimiento de Teodosio ya se había calmado; los delegados del pueblo, el obispo y el orador, lograron una audiencia favorable; y los reproches del emperador fueron la queja de una amistad herida más que las duras amenazas del orgullo y el poder. Se garantizó un perdón general para la ciudad y los ciudadanos de Antioquía, se abrieron las puertas de la prisión, los senadores que desesperaban de sus vidas recobraron sus casas y sus bienes, y la capital de Oriente fue restituida a su antigua dignidad y esplendor. Teodosio condescendió a elogiar al Senado de Constantinopla, que había intercedido generosamente en favor de sus desvalidos hermanos; premió la elocuencia de Hilario con el gobierno de Palestina, y despidió al obispo de Antioquía con las expresiones más cálidas de respeto y gratitud. Se levantaron mil estatuas nuevas a la clemencia de Teodosio (25 de abril); el aplauso de sus súbditos fue ratificado por la aprobación de su propio corazón; y el

emperador confesó que, si el ejercicio de la justicia es la obligación más importante, la satisfacción de la misericordia es el placer más exquisito de un soberano.[923]

La sedición de Tesalónica se atribuye a causas más vergonzosas, y produjo consecuencias mucho más terribles (390 d. C.). Aquella gran ciudad, metrópoli de todas las provincias de Iliria, se había resguardado de los peligros de la guerra gótica con fortificaciones poderosas y una numerosa guarnición. Boterico, general de aquella tropa, y bárbaro, según su nombre, tenía entre sus esclavos un lindo muchacho que excitó los deseos impuros de uno de los aurigas del circo. Boterico arrojó a prisión al insolente y brutal amante y rechazó con severidad el fastidioso clamor de la muchedumbre, que en el día de los juegos públicos lamentó la ausencia de su auriga predilecto, cuya habilidad consideraban más importante que su virtud. El odio del pueblo estaba exacerbado por algunas disputas previas; y como los más fuertes de la guarnición habían sido llevados al servicio de la guerra de Italia, el débil remanente, reducido por las deserciones, no pudo rescatar de la ira desenfrenada al desventurado general. Boterico y varios de sus principales oficiales fueron asesinados brutalmente, sus cuerpos mutilados fueron arrastrados por las calles; y el emperador, que entonces residía en Milán, se sorprendió con la noticia de la crueldad audaz y gratuita del pueblo de Tesalónica. La sentencia de un juez desapasionado hubiera dispuesto un severo castigo sobre los autores del crimen, pero el mérito de Boterico contribuyó a exasperar el dolor y la indignación de su señor. El temperamento apasionado y colérico de Teodosio se impacientó ante las lentas formalidades de una investigación judicial, y resolvió precipitadamente que la sangre del pueblo criminal expiara la de su lugarteniente. Pero su ánimo todavía fluctuaba

entre los consejos de clemencia y los de venganza; el esfuerzo de los obispos casi había conseguido del reacio emperador la promesa de un perdón general; las sugerencias aduladoras de su ministro Rufino inflamaron otra vez su pasión; y después de enviar a los mensajeros de la muerte, Teodosio intentó, cuando ya era demasiado tarde, evitar la ejecución de sus órdenes. Se le encomendó ciegamente el castigo de una ciudad romana a la espada igualadora de los bárbaros; y los preparativos hostiles se dispusieron bajo el artificio oscuro y pérfido de una conspiración ilegal. Se invitó traicioneramente al pueblo de Tesalónica, en nombre de su soberano, a los juegos del circo; y tal era su avidez insaciable por esos recreos, que los numerosos espectadores no tuvieron en cuenta ningún temor o sospecha. Tan pronto como la reunión estuvo completa, los soldados, que se habían apostado en secreto alrededor del circo, recibieron la señal, no de las carreras, sino de una matanza general. La promiscua carnicería duró tres horas, sin discriminar entre extranjeros y nativos, por edad o sexo, o entre inocentes y culpables. Las cuentas más moderadas fijan el número de asesinatos en siete mil, y algunos escritores afirman que se sacrificaron más de quince mil víctimas a los manes de Boterico. Un mercader extranjero, que probablemente no intervino en la asonada, ofreció su propia vida y todos sus haberes para rescatar a uno de sus dos hijos; pero mientras el padre dudaba, con igual cariño, sin acertar a escoger y reacio a condenar, los soldados resolvieron su incertidumbre clavando sus dagas al mismo tiempo en los pechos de los jóvenes indefensos. El alegato de los asesinos de que estaban obligados a presentar el número prescrito de cabezas, sólo sirve para aumentar, con su apariencia de orden y planificación, los horrores de la masacre ejecutada por mandato de Teodosio. Las largas y frecuentes estancias en

Tesalónica agravaban la culpa del emperador. La situación de la desafortunada ciudad, el aspecto de sus calles y edificios, la vestimenta y los rostros de sus habitantes le eran familiares y estaban incluso presentes en su imaginación; y Teodosio tenía un sentido inmediato y vivo de la existencia del pueblo que destruyó.[924]

El afecto respetuoso del emperador hacia el clero ortodoxo lo había dispuesto a amar y admirar el carácter de Ambrosio, que unía todas las virtudes episcopales en el mayor grado. Los amigos y ministros de Teodosio imitaban el ejemplo de su soberano; y él advirtió, con mayor sorpresa que disgusto, que todos sus consejos secretos eran inmediatamente comunicados al arzobispo, quien procedía con la loable creencia de que toda medida del gobierno civil debía tener alguna conexión con la gloria de Dios y el interés de la verdadera religión. Los monjes y el populacho de Calínico, un pueblo recóndito en la frontera de Persia, excitados por su propio fanatismo y por el de su obispo, habían incendiado en un tumulto una congregación de valentinianos y una sinagoga de judíos. El magistrado de la provincia condenó al prelado sedicioso a reedificar la sinagoga o costear el daño; y el emperador confirmó esta moderada sentencia. Pero fue reprobada por el arzobispo de Milán.[925] Expidió una epístola de censura y reprobación, tal vez más apropiada si el emperador hubiera recibido la marca de la circuncisión y renunciado a la fe de su bautismo. Ambrosio considera la tolerancia con los judíos como una persecución hacia la religión cristiana, declara con atrevimiento que él mismo y todo verdadero creyente competiría de buen grado con el obispo de Calínico por el mérito de la muerte y la corona del martirio; y se lamenta en los términos más dramáticos porque la ejecución de la sentencia sería fatal para la fama y la salvación de

Teodosio. Como esta admonición privada no produjo un efecto inmediato, el arzobispo, desde su púlpito,[926] se dirigió públicamente al emperador en su trono;[927] no consintió en hacer la ofrenda en el altar hasta que logró de Teodosio una declaración solemne y positiva que aseguraba la impunidad del obispo y los monjes de Calínico. La rectificación de Teodosio fue sincera,[928] y mientras duró su residencia en Milán, su aprecio por Ambrosio aumentó continuamente con la costumbre de conversaciones devotas y familiares.

Cuando se le informó a Ambrosio sobre la matanza de Tesalónica, su ánimo se llenó de horror y angustia. Se retiró al campo para desahogar su dolor y eludir la presencia de Teodosio (390 d. C.). Pero en cuanto el arzobispo se convenció de que un tímido silencio lo convertiría en cómplice de su culpa, le hizo ver en una carta privada la enormidad de su crimen, que sólo podía borrarse con las lágrimas de la penitencia. El vigor episcopal de Ambrosio estaba atenuado por la prudencia; y se conformó con insinuarle[929] una especie de excomunión indirecta, asegurándole que había sido advertido en una visión de no hacer ofrendas en el nombre o en presencia de Teodosio, y aconsejándole que se limitara a orar, sin intentar aproximarse al altar de Cristo, ni recibir la sagrada Eucaristía con aquellas manos que aún estaban manchadas con la sangre de un pueblo inocente. El emperador estaba profundamente afectado por sus propios reproches y por los de su padre espiritual; y después de lamentar las desastrosas e irreparables consecuencias de su furia precipitada, se dirigió, según su costumbre, a cumplir sus devociones en la iglesia mayor de Milán. En el pórtico lo detuvo el arzobispo, quien, con el tono y las palabras de un embajador del Cielo, le manifestó a su soberano que la contrición privada no era suficiente para expiar un delito público o para aplacar la

justicia de la Divinidad ofendida. Teodosio argumentó humildemente que, si él era culpable de homicidio, David, un hombre amado por Dios, había sido culpable no sólo de asesinato, sino de adulterio. «Si has imitado a David en su culpa, imítalo entonces en su arrepentimiento», fue la firme respuesta de Ambrosio. Las rigurosas condiciones de paz y perdón fueron aceptadas, y la penitencia pública del emperador Teodosio se ha recordado como uno de los acontecimientos más honorables en los anales de la Iglesia. Según las reglas más suaves de la disciplina eclesiástica vigente en el siglo IV, el crimen de homicidio se expiaba con una penitencia de veinte años;[930] y como era imposible en el plazo de la vida humana purgar la culpa acumulada de la matanza de Tesalónica, el asesino debería haber quedado excluido de la sagrada comunión hasta el momento de su muerte. Pero el arzobispo, consultando las máximas de las normas religiosas, mostró cierta indulgencia hacia el rango de su ilustre penitente, que humilló en el polvo el orgullo de la diadema; y el ejemplo público podía admitirse como una razón de peso para abreviar la duración de su castigo. Era suficiente que el emperador de los romanos, desnudo de las insignias reales, apareciera en un ademán afligido y suplicante; y que, en medio de la iglesia de Milán, solicitara humildemente con sollozos y lágrimas el perdón de sus pecados.[931] Para esta cura espiritual, Ambrosio empleó los variados métodos de la suavidad y la severidad. Cerca de ocho meses después, Teodosio fue restablecido a la comunión de los fieles; y el edicto que intercala un saludable intervalo de treinta días entre una sentencia y su ejecución puede aceptarse como digno fruto de su arrepentimiento.[932] La posteridad ha aplaudido la virtuosa firmeza del arzobispo; y el ejemplo de Teodosio puede probar la influencia benéfica de aquellos principios que podían obligar a

un monarca, ubicado más allá del temor a los castigos humanos, a respetar las leyes y a los ministros de un juez invisible. «El príncipe», dice Montesquieu, «que se mueve según las esperanzas y los temores de la religión puede compararse a un león, obediente tan sólo a la voz y dócil a la mano de su domador».[933] Por tanto, los movimientos del animal real dependerán de la inclinación y el interés del hombre que haya adquirido tal peligrosa autoridad sobre él; y el sacerdote que tiene en sus manos la conciencia de un rey puede enardecer o moderar sus pasiones sanguinarias. El mismo Ambrosio ha impuesto, con igual energía y éxito, la causa de la humanidad y la de la persecución.

Tras la derrota y muerte del tirano de la Galia, Teodosio poseyó el mundo romano. Tenía el título honorífico de las provincias de Oriente por la elección de Graciano; había adquirido Occidente por derecho de conquista; y dedicó provechosamente los tres años que pasó en Italia a restaurar la autoridad de las leyes y a corregir los abusos que habían prevalecido con impunidad bajo la usurpación de Máximo y la minoría de Valentiniano. Las actas públicas llevaban regularmente el nombre de Valentiniano, pero la tierna edad y la dudosa fe del hijo de Justina parecían requerir el cuidado prudente de un guardián ortodoxo, y su engañosa ambición podría haber excluido al infortunado joven, sin dificultad y casi sin un murmullo, de la administración e incluso de la herencia del Imperio. Si Teodosio hubiera atendido a las rígidas máximas del interés y la política, su conducta habría sido justificada por sus amigos; pero la generosidad de su comportamiento en esta memorable ocasión obtuvo el aplauso de sus enemigos más inveterados. Sentó a Valentiniano en el trono de Milán, y sin estipular ninguna ventaja presente ni futura, lo reintegró al

dominio absoluto de todas las provincias que le habían arrebatado las armas de Máximo. A la restitución de este amplio patrimonio, Teodosio añadió la donación libre y generosa de los países más allá de los Alpes que su valor victorioso había recobrado del asesino de Graciano[934] (388-391 d. C.). Satisfecho con la gloria que había adquirido por vengar la muerte de su benefactor y liberar a Occidente del yugo de la tiranía, el emperador regresó de Milán a Constantinopla, y en su posesión pacífica de Oriente recayó poco a poco en sus antiguos hábitos de lujo e indolencia. Liberado de sus compromisos con el hermano, Teodosio se entregó al cariño conyugal de la hermana de Valentiniano; y la posteridad, que admira la gloria pura y singular de su grandeza, debe aplaudir su generosidad única en el uso de la victoria.

La emperatriz Justina no sobrevivió mucho a su regreso a Italia; y aunque presenció el triunfo de Teodosio, no se le consintió influir en el gobierno de su hijo.[935] La perniciosa adhesión a la secta arriana que Valentiniano había asimilado de su ejemplo e instrucción pronto fue borrada por las lecciones de una educación más ortodoxa. Su celo creciente por la fe nicena y su reverencia filial al carácter y la autoridad de Ambrosio lograron de los católicos las opiniones más favorables de las virtudes del joven emperador de Occidente.[936] Elogiaban su castidad y templanza, su menosprecio por el placer, su aplicación a los negocios y su tierno cariño por sus dos hermanas, quienes, sin embargo, eran incapaces de seducir su imparcialidad para pronunciar una sentencia injusta contra el menor de sus súbditos. Pero este afable joven, antes de cumplir veinte años, fue agobiado por una traición doméstica, y el Imperio se envolvió nuevamente en los horrores de una guerra civil. Arbogastes,[937] un valiente soldado de la nación de los

francos, tenía la segunda jerarquía al servicio de Graciano. A la muerte de su señor se unió a las banderas de Teodosio, contribuyó con su valor y conducta militar a la destrucción del tirano, y fue nombrado, después de la victoria, maestre general de los ejércitos de la Galia. Su mérito real y su lealtad aparente habían conseguido la confianza tanto del príncipe como del pueblo; su generosidad sin límites corrompió la lealtad de la tropa; y mientras se lo consideraba universalmente como el pilar del Estado, el osado y astuto bárbaro estaba secretamente resuelto a gobernar o destruir el imperio de Occidente. Los mandos principales del ejército estaban repartidos entre los francos; las criaturas de Arbogastes eran promovidas a todos los honores y cargos del gobierno civil: el progreso de la conspiración apartó a cualquier sirviente leal de la presencia de Valentiniano; y el emperador, sin poder y sin información, se hundió poco a poco en la condición precaria y dependiente de un cautivo.[938] La indignación que expresó, aunque sólo puede surgir del temperamento precipitado e impaciente de un joven, puede atribuirse con verdad al espíritu generoso de un príncipe que no se sentía indigno de reinar. Le ofreció secretamente al arzobispo de Milán que asumiera el cargo de mediador, como prenda de su sinceridad y guardián de su seguridad. Se las ingenió para informar al emperador de Oriente de su desesperada situación, y le manifestó que, a menos que Teodosio marchara rápidamente en su ayuda, debía intentar escapar del palacio, o más bien prisión, de Viena en la Galia, donde imprudentemente había establecido su residencia, en medio de la facción enemiga. Pero las esperanzas de auxilio eran lejanas y dudosas; y como cada día traía alguna nueva provocación, el emperador, sin protección ni consejo, resolvió muy rápidamente arriesgarse en una contienda pública con su

poderoso general. Recibió a Arbogastes en el trono y, cuando se aproximó con cierta apariencia de respeto, le entregó un papel que lo apartaba de todos sus empleos. «Mi autoridad», contestó Arbogastes con insultante serenidad, «no depende de la sonrisa o del ceño de un monarca»; y arrojó el papel al suelo con menosprecio. El indignado monarca asió la espada de uno de sus guardias forcejeando por desenvainarla, y no sin algún grado de violencia se evitó que usara el arma mortal contra su enemigo o contra sí mismo. Pocos días después de esta extraña disputa, en la que había expuesto su resentimiento y su debilidad, el desventurado Valentiniano apareció estrangulado en su aposento (15 de mayo de 392 d. C.), y se hicieron algunos esfuerzos por encubrir la culpa manifiesta de Arbogastes y persuadir al mundo de que la muerte del joven emperador había sido el efecto voluntario de su propia desesperación.[939] Su cuerpo fue conducido con pompa decorosa al sepulcro de Milán, y el arzobispo pronunció una oración fúnebre para conmemorar su virtud y su desventura.[940] En esa ocasión, la humanidad de Ambrosio lo impulsó a hacer una excepción en su sistema teológico y consolar a las llorosas hermanas de Valentiniano, asegurándoles con firmeza que su piadoso hermano, si bien no había recibido el sacramento del bautismo, había ingresado sin dificultad en las mansiones de la felicidad eterna.[941]

La prudencia de Arbogastes había preparado el éxito de sus ambiciosos planes; y los provincianos, en cuyo pecho se había extinguido cualquier sentimiento de patriotismo o lealtad, esperaban con dócil resignación al amo desconocido que la elección de un franco colocaría en el trono imperial. Pero algunos restos de orgullo y prejuicio se oponían todavía al ascenso del mismo Arbogastes, y los prudentes bárbaros

consideraron más aconsejable reinar bajo el nombre de algún esbirro romano. Otorgó la púrpura al retórico Eugenio,[942] a quien ya había ascendido del puesto de secretario privado suyo a la jerarquía de jefe de los ministros. Durante sus servicios públicos y privados, el conde siempre había aprobado el apego y las aptitudes de Eugenio; su erudición y elocuencia, apoyadas por la seriedad de sus modales, le valían la estima del pueblo; y la renuencia con que pareció ascender al trono inspiró un concepto favorable de su virtud y moderación. Los embajadores del nuevo emperador fueron enviados inmediatamente a la corte de Teodosio para comunicarle, con pretendido dolor, el accidente desafortunado de la muerte de Valentiniano y, sin mencionar el nombre de Arbogastes, requerir que el monarca de Oriente abrazara como su legítimo compañero al respetable ciudadano que había obtenido el voto unánime de los ejércitos y las provincias de Occidente.[943] Teodosio se irritó con justicia porque la alevosía de un bárbaro hubiera destruido en un momento los esfuerzos y el fruto de su primera victoria; y las lágrimas de su amada esposa[944] lo impulsaban a vengar la suerte de su desdichado hermano e imponer por las armas una vez más la majestad violada del trono. Pero como la segunda conquista de Occidente era una tarea difícil y peligrosa, despidió a los embajadores de Eugenio con espléndidos regalos y una respuesta ambigua, y consumió casi dos años en los preparativos de la guerra civil. Antes de tomar cualquier resolución terminante, el devoto emperador estaba ansioso por descubrir la voluntad del Cielo; y como el avance del lego cristiano había silenciado los oráculos de Delfos y Dodona, consultó con uno de los monjes egipcios, quienes poseían, en la opinión de la época, el don de milagros y el conocimiento del futuro. Eutropio, uno de los eunucos predilectos del palacio de Constantinopla, se embarcó

para Alejandría, desde donde remontó el Nilo hasta la ciudad de Licópolis, o de los Lobos, en la lejana provincia de Tebaida.[945] En las cercanías de esa ciudad, y en la cumbre de una alta montaña, el santo varón Juan[946] había construido con sus propias manos una humilde celda en la que vivió más de cincuenta años, sin abrir la puerta, sin ver el rostro de una mujer, y sin probar ningún alimento que hubiera sido cocido al fuego o por cualquier artificio humano. Pasaba cinco días de la semana en plegarias y meditaciones; pero los sábados y domingos abría puntualmente una pequeña ventana y daba audiencia a la multitud de suplicantes que acudían uno tras otro de cada parte del mundo cristiano. El eunuco de Teodosio se aproximó a la ventana con pasos respetuosos, hizo sus preguntas acerca de la guerra civil, y pronto retornó con un oráculo favorable que animó el coraje del emperador con la seguridad de una victoria sangrienta pero infalible.[947] El cumplimiento de la predicción se fomentó con todos los medios que la prudencia humana pudo suministrar. La diligencia de los dos maestres generales, Estilicón y Timasio, estuvo orientada a reponer el número y restablecer la disciplina de las legiones romanas. Las formidables tropas de bárbaros marchaban bajo las insignias de sus caudillos nacionales. El ibero, el árabe y el godo, que se miraban mutuamente con asombro, se alistaron al servicio del mismo príncipe; y el afamado Alarico aprendió en la escuela de Teodosio el arte de la guerra, que después utilizó tan fatalmente para la destrucción de Roma.[948]

El emperador de Occidente, o, hablando con más propiedad, su general Arbogastes, aprendió de los errores y el fracaso de Máximo lo peligroso que podía resultar extender la línea de defensa contra un antagonista hábil, que estaba en libertad de presionar o posponer, de limitar o multiplicar, sus

variados métodos de ataque.[949] Arbogastes estableció su posición en los confines de Italia (6 de septiembre de 394 d. C.); a las tropas de Teodosio se les permitió ocupar, sin resistencia, las provincias de Panonia hasta la falda de los Alpes Julianos; e incluso los pasos de las montañas fueron abandonados por negligencia, o tal vez arteramente, al audaz invasor. Teodosio descendió de las colinas y contempló, con algún asombro, el formidable campamento de los galos y germanos que cubría de ejércitos y tiendas el campo abierto que se extendía hasta los muros de Aquileia y las orillas del Frigidus[950] o río Frío.[951] Este estrecho escenario de guerra, limitado por los Alpes y el Adriático, no dejaba mucho espacio para operaciones de destreza militar. El ánimo de Arbogastes habría despreciado un indulto; su culpa eliminaba la esperanza de una negociación; y Teodosio estaba impaciente por satisfacer su gloria y venganza castigando a los asesinos de Valentiniano. Sin considerar los obstáculos naturales y artificiales que se oponían a sus intentos, el emperador de Oriente atacó de inmediato las fortificaciones enemigas, asignó una posición de honorable peligro a los godos y abrigó la secreta esperanza de que el sangriento choque disminuyera el orgullo y el número de los vencedores. Diez mil de aquellos auxiliares, y Bacurio, general de los iberos, murieron valerosamente en el campo de batalla. Pero su sangre no consiguió la victoria; los galos mantuvieron su ventaja, y el anochecer protegió la huida desordenada, o la retirada, de las tropas de Teodosio. El emperador se retiró a los cerros vecinos, donde pasó una noche desconsolada, sin dormir, sin provisiones y sin esperanzas,[952] excepto por esa fuerte confianza que, bajo las circunstancias más desesperadas, un ánimo independiente puede derivar del menosprecio de la suerte y de la vida. El triunfo de Eugenio se

celebraba con alegría insolente y licenciosa en su campamento, mientras que el activo y vigilante Arbogastes destacaba en secreto un cuerpo considerable de tropas para ocupar los pasos de las montañas y acorralar la retaguardia del ejército oriental. El amanecer descubrió a los ojos de Teodosio el alcance y lo extremo de su peligro, pero sus temores se disiparon pronto con un mensaje amistoso de los líderes de aquella tropa, en el que manifestaban su intención de abandonar el estandarte del tirano. Se les garantizó sin dudarlo los galardones honoríficos y lucrativos que estipularon como el precio de su traición, y como no podía conseguirse fácilmente tinta y papel, el emperador firmó en su propia tablilla la ratificación del tratado. Este oportuno refuerzo revivió el ánimo de sus soldados, y otra vez marcharon con confianza para sorprender el campamento de un tirano cuyos oficiales principales parecían recelar de la justicia o del éxito de sus armas. En el ardor de la batalla, tal como suele suceder en los Alpes, se levantó del Este, repentinamente, una violenta tempestad.[953] El ejército de Teodosio estaba protegido por su posición de la impetuosidad del viento, que arrojó una nube de polvo al rostro de los enemigos, desordenó sus filas, les arrancó sus armas de las manos y desvió o rechazó sus inofensivas jabalinas. Esta ventaja accidental fue aprovechada con habilidad: el terror supersticioso de los galos exageró la violencia de la tormenta, y se rindieron sin vergüenza a los poderes invisibles del cielo, que parecían luchar por el devoto emperador. Su victoria fue decisiva, y las muertes de sus dos rivales sólo se diferenciaron por sus índoles diversas. El retórico Eugenio, que casi había adquirido el dominio del mundo, fue reducido a implorar la misericordia del vencedor, y los implacables soldados le separaron la cabeza del cuerpo en cuanto se postró a los pies de Teodosio. Arbogastes, tras perder una

batalla en la que había cumplido con los deberes de un soldado y de un general, vagó algunos días entre las montañas. Pero cuando se convenció de que su causa era desesperada y su escape impracticable, el intrépido bárbaro imitó el ejemplo de los antiguos romanos y volvió su espada contra su propio pecho. La suerte del Imperio se determinó en un estrecho rincón de Italia; y el sucesor legítimo de la casa de Valentiniano abrazó al arzobispo de Milán, y recibió afablemente la sumisión de las provincias de Occidente. Estas provincias estaban involucradas en la culpa de la rebelión, mientras que sólo el inflexible coraje de Ambrosio se había resistido a las exigencias de la usurpación dominante. Con una libertad varonil, que podría haber sido fatal para cualquier otro súbdito, el arzobispo rechazó los presentes de Eugenio, ignoró su correspondencia y se retiró de Milán para evitar la odiosa presencia de un tirano cuya caída había predicho con términos prudentes y ambiguos. El mérito de Ambrosio fue elogiado por el vencedor, cuya alianza con la Iglesia le aseguró la adhesión del pueblo; y la clemencia de Teodosio se atribuye a la intercesión humana del arzobispo de Milán.[954]

Tras la derrota de Eugenio, todos los habitantes del mundo romano reconocieron con entusiasmo tanto el mérito como la autoridad de Teodosio. La experiencia de su conducta en el pasado alentaba las mejores expectativas para su futuro gobierno; y la edad del emperador, que no excedía los cincuenta años, parecía ampliar las perspectivas de felicidad pública. El pueblo consideró su muerte, a sólo cuatro meses de su victoria, como un acontecimiento imprevisto y fatal que destruyó en un momento las esperanzas de la nueva generación. Pero la complacencia en el desahogo y el lujo habían alimentado secretamente su enfermedad.[955] La fuerza de Teodosio fue

incapaz de soportar la transición repentina y violenta del palacio al campo de batalla; y los síntomas crecientes de una hidropesía anunciaron el rápido exterminio del emperador. La opinión y quizás el interés público habían confirmado la división de los imperios de Oriente y Occidente; y los dos jóvenes reales, Arcadio y Honorio, que ya habían obtenido por el cariño de su padre el título de Augustos, fueron destinados a ocupar los tronos de Constantinopla y de Roma. No se les permitió a esos príncipes compartir el peligro y la gloria de la guerra civil;[956] pero tan pronto como Teodosio triunfó sobre sus indignos rivales, llamó a su hijo menor, Honorio, para que gozara del fruto de la victoria y recibiera el cetro de Occidente de manos de su padre moribundo. En su llegada a Milán, Honorio fue bienvenido con una espléndida exhibición de los juegos del circo; y el emperador, aunque estaba agobiado por el peso de su enfermedad, contribuyó con su presencia al regocijo público. Pero el doloroso esfuerzo que hizo para asistir a los espectáculos de la mañana agotó lo que quedaba de sus fuerzas. Honorio ocupó durante el resto del día el lugar de su padre, y el gran Teodosio murió a la noche siguiente (17 de enero de 395 d. C.). No obstante las recientes hostilidades de la guerra civil, su muerte fue lamentada universalmente. Los bárbaros, a quienes había vencido, y los eclesiásticos, que lo habían dominado, encomiaron con fuertes y sinceras alabanzas las cualidades del difunto emperador que parecían más valiosas a sus ojos. Los romanos estaban aterrorizados por el peligro inminente de una administración débil y dividida; y cada vergonzoso momento del infeliz reinado de Honorio y Arcadio revivió la memoria de su pérdida irreparable.

En el retrato fiel de las virtudes de Teodosio, no han sido disimuladas sus imperfecciones, su acto de crueldad y los

hábitos de indolencia que empañaron la gloria de uno de los mayores príncipes romanos. Un historiador siempre opuesto a su fama ha exagerado los vicios de Teodosio y sus perniciosos efectos, afirmando audazmente que todos los súbditos imitaban las costumbres afeminadas de su soberano, que todo género de corrupción contaminaba el curso de su vida pública y privada, y que las débiles restricciones del orden y la decencia eran insuficientes para resistir el avance de ese degenerado espíritu que sacrificaba, sin vergüenza, las obligaciones e intereses a la vil satisfacción de la desidia y los apetitos.[957] Las quejas de los escritores contemporáneos, que deploran el incremento del lujo y la depravación de las costumbres, comúnmente expresan su propio temperamento y situación. Hay pocos observadores que posean una visión clara y abarcadora de las revoluciones de la sociedad y sean capaces de descubrir los móviles sutiles y secretos que impulsan las pasiones ciegas y caprichosas de un sinnúmero de individuos en una dirección uniforme. Si puede afirmarse, con algún grado de verdad, que el lujo de los romanos era más desvergonzado y disoluto durante el reinado de Teodosio que en tiempo de Constantino y quizás de Augusto, esta alteración no puede atribuirse a ninguna de las beneficiosas mejoras que habían aumentado gradualmente las riquezas de la nación. Un largo período de calamidades y decadencia debe de haber entorpecido la industria y disminuido la fortuna del pueblo; y su ostentación de lujo debió ser la consecuencia de esa desesperanza indolente que disfruta de lo presente y renuncia a pensar en lo venidero. La condición incierta de sus propiedades desanimaba a los súbditos de Teodosio de embarcarse en aquellas empresas útiles y laboriosas que requieren un gasto inmediato y ofrecen ventajas lentas y remotas. Los frecuentes ejemplos de ruina y desolación los movían a no prescindir de los

restos de un patrimonio que, a cada hora, podía volverse presa del godo rapaz. Y el derroche delirante que prevalece en la confusión de un naufragio o de un sitio puede explicar el avance del lujo en medio de las desgracias y el terror de una nación que se hunde.

El lujo afeminado que infectó las costumbres de cortes y ciudades había inoculado un veneno secreto y destructivo en los campamentos de las legiones; y su degeneración ha sido señalada por la pluma de un escritor militar, que había estudiado cuidadosamente los principios genuinos y antiguos de la disciplina romana. La justa e importante observación que hace Vegecio es que la infantería estuvo resguardada con su armadura defensiva desde la fundación de la ciudad hasta el reinado del emperador Graciano. La relajación de la disciplina y el abandono de los ejercicios volvieron a los soldados menos capaces y menos dispuestos a soportar las fatigas del servicio; se quejaban del peso de la armadura, que rara vez usaban; y paulatinamente lograron el permiso de dejar a un lado corazas y cascos. Las armas pesadas de sus antepasados, la espada corta y el formidable *pilum*, que habían sojuzgado al mundo, fueron cayendo de sus débiles manos. Como el uso del escudo es incompatible con el del arco, marchaban con renuencia al campo de batalla, condenados a sufrir los dolores de las heridas o la ignominia de la fuga, y siempre dispuestos a la alternativa más vergonzosa. La caballería de los godos, los hunos y los alanos había notado los beneficios y adoptado el uso de las armaduras defensivas, y como se destacaban en el manejo de armas arrojadizas, arrollaban fácilmente las legiones trémulas y desnudas, cuyas cabezas y pechos estaban expuestos, sin defensa, a las flechas de los bárbaros. La pérdida de ejércitos, la destrucción de ciudades y el deshonor del nombre romano

solicitaban infructuosamente a los sucesores de Graciano restaurar los cascos y las armaduras de la infantería. Los soldados debilitados abandonaron la defensa pública y la suya propia; y su indolencia pusilánime puede considerarse como la causa inmediata de la caída del Imperio.[958]

XXVIII

DESTRUCCIÓN FINAL DEL PAGANISMO - INTRODUCCIÓN DEL CULTO DE LOS SANTOS Y LAS RELIQUIAS ENTRE LOS CRISTIANOS

La destrucción del paganismo en el siglo de Teodosio es quizás el único ejemplo de la extirpación total de una superstición antigua y popular; y merece por tanto ser considerada como un acontecimiento singular en la historia de la razón humana (378-395 d. C.). Los cristianos, y especialmente el clero, habían soportado mal las demoras prudentes de Constantino y la tolerancia pareja del primer Valentiniano; y no podían dar por segura ni perfecta su victoria mientras a sus adversarios se les permitiese existir. La influencia que Ambrosio y sus hermanos habían adquirido sobre la juventud de Graciano y la religiosidad de Teodosio sirvieron para infundir las máximas de la persecución en los pechos de los prosélitos imperiales. Se establecieron dos principios engañosos de jurisprudencia religiosa, de los cuales inferían una conclusión directa y rigurosa contra los súbditos del Imperio que aún adherían a las ceremonias de sus antepasados: *que* el magistrado es hasta cierto punto culpable de los delitos que no prohíbe o castiga, y *que* el culto idólatra de divinidades fabulosas y demonios reales es el atentado más abominable contra la majestad suprema del Creador. El clero aplicó con precipitación, y tal vez erróneamente, las leyes de Moisés y los ejemplos de la historia judía[959] al reinado apacible y universal del cristianismo.[960]

Estimulaban el fervor de los emperadores para desagraviar su propio honor y el de la Divinidad; y los templos del mundo romano quedaron arrasados unos sesenta años después de la conversión de Constantino.

Desde el tiempo de Numa hasta el reinado de Graciano, los romanos preservaron la sucesión regular de los diferentes colegios del orden sacerdotal.[961] Quince pontífices ejercían su jurisdicción suprema sobre todas las cosas y personas consagradas al servicio de los dioses; y los diversos asuntos que surgían constantemente en un sistema impreciso y tradicional eran sometidos al juicio de ese sagrado tribunal. Quince augures serios y eruditos observaban el aspecto de los cielos y prescribían las acciones de los héroes de acuerdo con el vuelo de las aves. Quince guardianes de los libros sibilinos (cuyo nombre, *quindecemvir*, derivaba de su número) consultaban eventualmente la historia de lo venidero y, al parecer, de los eventos contingentes. Seis vestales consagraban su virginidad a custodiar el fuego sagrado y a las señales desconocidas de la duración de Roma, y ningún mortal podía contemplarlas impunemente.[962] Siete épulos preparaban la mesa de los dioses, conducían la procesión solemne y regulaban las ceremonias de la festividad anual. Los tres flámines de Júpiter, Marte y Quirino se consideraban los ministros particulares de las divinidades más poderosas, quienes cuidaban del destino de Roma y del universo. El rey de los sacrificios representaba la persona de Numa y de sus sucesores en las funciones religiosas, que sólo podían ser realizadas por manos reales. Las hermandades de Salios, Lupercales, etc., practicaban tales ritos que despertarían una sonrisa de desprecio en cualquier persona racional, con la viva confianza de alcanzar así los favores de los dioses inmortales. La autoridad que habían obtenido los sacerdotes

romanos en los consejos de la república fue cesando gradualmente con el establecimiento de la monarquía y el traslado del trono del Imperio. Pero las leyes y costumbres del país seguían protegiendo la dignidad de su carácter sagrado; y especialmente el colegio de los pontífices continuó ejerciendo en la capital, y a veces en las provincias, los derechos de su jurisdicción civil y eclesiástica. Sus ropajes de púrpura, sus carrozas solemnes y sus esparcimientos suntuosos despertaban la admiración del pueblo; y recibían de las tierras consagradas y de las rentas públicas una abundante remuneración que sostenía holgadamente el esplendor del clero y todos los gastos del culto religioso del Estado. Como el servicio del altar no era incompatible con el mando de los ejércitos, los romanos aspiraban, después de sus consulados y triunfos, al cargo de pontífices y augures; los asientos de Cicerón[963] y de Pompeyo estaban ocupados, en el siglo IV, por los miembros más ilustres del Senado, y la dignidad de su nacimiento le daba un esplendor adicional a su carácter sacerdotal. Los quince sacerdotes que componían el colegio de los pontífices disfrutaban de una jerarquía más distinguida como compañeros del soberano; y los emperadores cristianos se avenían a aceptar la vestimenta y las insignias que correspondían al cargo de pontífice supremo. Pero cuando Graciano, más escrupuloso o más ilustrado, ascendió al trono, rechazó severamente aquellos símbolos profanos;[964] adjudicó las rentas de los sacerdotes y las vestales al Estado o a la Iglesia, abolió sus honores e inmunidades y derribó la antigua fábrica de la superstición romana, sostenida por las opiniones y los hábitos de mil cien años. El paganismo todavía era la religión constitucional del Senado. El salón o templo en el que sesionaban estaba adornado con la estatua y el ara de la Victoria,[965] una mujer majestuosa de pie sobre un globo, con vestimenta

ondulante, alas extendidas, y una corona de laurel en la diestra alzada.[966] Los senadores se juramentaban sobre el altar de la diosa para observar las leyes del emperador y del Imperio; y el preludio habitual de sus deliberaciones públicas era una ofrenda solemne de vino e incienso.[967] La remoción de este antiguo monumento fue el único agravio que hizo Constancio a la superstición de los romanos. El ara de la Victoria fue restaurada por Juliano, tolerada por Valentiniano, y nuevamente desterrada del Senado por la devoción de Graciano.[968] Pero el emperador ignoró las estatuas de los dioses expuestas a la veneración pública: quedaban todavía cuatrocientos veinticuatro templos o capillas para satisfacer la devoción del pueblo, y en todos los barrios de Roma el humo de los sacrificios idólatras[969] ofendía la delicadeza de los cristianos.

Pero los cristianos eran minoría en el Senado de Roma;[970] y sólo por su ausencia pudieron manifestar su disentimiento con las actas legales, aunque profanas, de la mayoría pagana. En esa asamblea, las brasas agonizantes de la libertad revivieron y se inflamaron por un momento con el aliento del fanatismo. Se votaron sucesivamente cuatro diputaciones respetables a la corte imperial[971] para representar los agravios del clero y el Senado y para solicitar el restablecimiento del ara de la Victoria. El encargado de aquel importante asunto era el elocuente Símaco,[972] un senador acaudalado y noble que unía a su carácter sagrado de pontífice y augur las dignidades civiles de procónsul de África y prefecto de la ciudad. Un afán caluroso por la causa del paganismo moribundo animaba el pecho de Símaco; y sus antagonistas religiosos lamentaban el abuso de su genio y la ineficacia de sus virtudes morales.[973] El orador, cuya petición al emperador Valentiniano existe todavía, era consciente de la dificultad y el peligro que entrañaba la tarea que había asumido.

Evita con cuidado cualquier tópico que pueda parecer desfavorable a la religión de su soberano, declara humildemente que las plegarias y las súplicas son sus únicas armas, y saca con astucia sus argumentos de la retórica más que de la filosofía. Símaco procura seducir la imaginación de un príncipe joven explayándose sobre los atributos de la diosa de la Victoria; señala que la confiscación de las rentas consagradas al servicio de los dioses fue una medida indigna de su carácter generoso y desinteresado; y sostiene que los sacrificios romanos perderán su fuerza y energía si dejan de celebrarse a expensas y en nombre de la república. Incluso el escepticismo está usado para apoyar una apología de la superstición. El gran e incomprensible secreto del universo se escapa a la investigación del hombre. Donde la razón no puede orientar, la costumbre es la que guía; y todas las naciones parecen seguir los dictados de la prudencia cuando se adhieren fielmente a aquellos ritos y opiniones que han recibido la sanción de los años. Y si esos años han sido coronados con la gloria y la prosperidad, si el pueblo devoto ha obtenido con frecuencia la bendición que solicitó ante los altares de los dioses, parece aún más aconsejable persistir en la misma práctica beneficiosa y no arriesgarse a los peligros desconocidos que puede traer consigo cualquier innovación precipitada. El examen de antigüedad y éxito se aplicaba con una ventaja excepcional a la religión de Numa; y el orador introduce a la misma Roma el genio celestial que presidía los destinos de la ciudad, para abogar por su propia causa ante el tribunal de los emperadores. «Excelentísimos príncipes», dice la matrona venerable, «padres de la patria: compadeced y respetad mi ancianidad, que hasta ahora ha llevado un curso ininterrumpido de piedad. Puesto que no me arrepiento, dejadme continuar con la práctica de mis antiguos ritos. Y puesto que nací libre,

dejadme disfrutar de mis instituciones domésticas. Esta religión ha sumido al mundo bajo mis leyes. Estos ritos rechazaron a Aníbal de la ciudad y a los galos del Capitolio. ¿Acaso mis canas estaban destinadas a tan intolerable deshonra? Desconozco el nuevo sistema que se me exige adoptar; pero estoy segura de que las enmiendas para la ancianidad son un cargo desagradecido y afrentoso».[974] Los temores del pueblo añadieron lo que la discreción del orador había suprimido, y los paganos, unánimemente, atribuyeron las calamidades que afligían o amenazaban al Imperio en decadencia a la nueva religión de Cristo y de Constantino.

Pero las esperanzas de Símaco fueron repetidamente frustradas por la firme y habilidosa oposición del arzobispo de Milán, que protegía a los emperadores de la elocuencia engañosa del abogado de Roma. En esta controversia, Ambrosio se digna a hablar el idioma de un filósofo y pregunta, con algún menosprecio, por qué se creyó necesario introducir un poder imaginario e invisible como la causa de aquellas victorias, que se explican suficientemente con el valor y la disciplina de las legiones. Se burla con justicia de esa absurda reverencia por la antigüedad, que sólo tiende a desalentar el perfeccionamiento en las artes y a hundir otra vez a la raza humana en su barbarie original. Desde allí asume gradualmente un tono más alto y teológico, y afirma que sólo el cristianismo es la doctrina de la verdad y la salvación, y que cualquier forma de politeísmo conduce a sus engañados partidarios por los caminos del error hacia el abismo de la perdición eterna.[975] Tales argumentos, en boca de un obispo predilecto, tenían el poder de detener el restablecimiento del ara de la Victoria; pero los mismos argumentos cobraban mayor fuerza y eficacia en boca de un vencedor, y los dioses de la antigüedad fueron arrollados por las

ruedas de la carroza triunfal de Teodosio.[976] En una sesión a pleno del Senado, el emperador planteó, de acuerdo con las formalidades republicanas, la importante cuestión de si la religión de los romanos sería el culto de Júpiter o el de Cristo. La libertad de los votos que aparentaba conceder fue destruida por las esperanzas y temores que inspiraba su presencia; y el exilio arbitrario de Símaco era un aviso reciente de que podía ser peligroso oponerse a los deseos del monarca. En una división regular del Senado, Júpiter fue condenado y degradado por el juicio de una gran mayoría; y es bastante sorprendente que hubiese miembros que encontraran suficiente osadía como para declarar, por sus votos o discursos, que aún adherían a la causa de una deidad destronada.[977] La conversión apresurada del Senado debe atribuirse a motivos sobrenaturales o sórdidos; y muchos de estos prosélitos reticentes mostraban en cada ocasión favorable su disposición secreta a quitarse la máscara de su odioso disimulo. Pero gradualmente se establecieron en la nueva religión, al ver ya tan desahuciada la antigua; se rindieron a la autoridad del emperador, a la moda de la época y a los ruegos de sus esposas y niños,[978] instigados y orientados por el clero de Roma y los monjes de Oriente. El ejemplo edificante de la familia Anicia pronto fue imitado por el resto de la nobleza: los Bassi, Paullinos y Gracci abrazaron la religión cristiana; y «las luminarias del mundo, la venerable asamblea de catones (tal la expresión altisonante de Prudencio), ansiaba quitarse sus vestimentas pontificales, sacarse la piel de la antigua serpiente, para asumir el ropaje nevado de la inocencia bautismal, y humillar el orgullo de las fasces consulares ante los sepulcros de los mártires».[979] Los ciudadanos, que se sustentaban con su trabajo, y el populacho, que se mantenía por la generosidad pública, llenaban las iglesias del Laterano y del Vaticano con

una incesante multitud de prosélitos devotos. Los decretos del Senado, que proscribían el culto a los ídolos, fueron ratificados por el consentimiento general de los romanos;[980] el esplendor del Capitolio se desfiguró y los templos solitarios quedaron abandonados a la ruina y al menosprecio.[981] Roma se sometió al yugo del Evangelio; y las provincias vencidas aún no habían perdido su reverencia por el nombre y la autoridad de Roma (388 d. C., etc.).

La religiosidad filial de los mismos emperadores los movió a proceder con algún cuidado y ternura en la reforma de la ciudad eterna. Pero aquellos monarcas absolutos procedieron con menos miramiento con las provincias. El afán de Teodosio retomó y finalizó el piadoso trabajo que había sido suspendido durante casi veinte años, desde la muerte de Constancio (381 d. C., etc.).[982] Mientras ese príncipe guerrero luchaba contra los godos, no ya por la gloria, sino por la salvación de la república, se arriesgó a ofender a un sector considerable de sus súbditos con algunos actos que tal vez gozaran de la protección del Cielo, pero que podían parecer temerarios e intempestivos a los ojos de la prudencia humana. El éxito de sus primeros experimentos contra los paganos alentó al devoto emperador a reiterar y reforzar sus edictos de proscripción: las mismas leyes que habían sido promulgadas originalmente para las provincias de Oriente se aplicaron, tras la derrota de Máximo, a toda la extensión del Imperio occidental; y cada victoria del ortodoxo Teodosio contribuyó al triunfo de la fe cristiana y católica.[983] Atacó la superstición en su punto vital prohibiendo el uso de sacrificios, a los que declaró tan criminales como afrentosos; y si los términos de sus edictos condenaban más severamente la impía curiosidad que examinaba las entrañas de las víctimas,[984] todas las aclaraciones siguientes tendían a involucrar en la misma

culpa la práctica general de la *inmolación*, que constituía la esencia de la religión pagana. Como los templos habían sido construidos para realizar sacrificios, el deber de un príncipe benevolente era apartar a sus súbditos de la peligrosa tentación de quebrantar las leyes que él había promulgado. Se le otorgó una comisión especial a Cinegio, prefecto pretoriano de Oriente, y luego a los condes Jovio y Gaudencio, dos oficiales de alto rango de Occidente, por la cual se les ordenaba cerrar los templos, recoger o destruir los instrumentos de idolatría, abolir los privilegios de los sacerdotes y confiscar las propiedades consagradas al beneficio del emperador, la Iglesia o el ejército. [985] La desolación podría haber parado aquí, y los edificios desnudos, que ya no estaban al servicio de la idolatría, podrían haberse protegido contra la ira destructiva del fanatismo. Muchos de aquellos templos eran los monumentos más espléndidos y bellos de la arquitectura griega; y al mismo emperador le interesaba no dañar el esplendor de sus propias ciudades ni disminuir el valor de sus propias posesiones: aquellos imponentes edificios podrían haber permanecido como trofeos duraderos de la victoria de Cristo. En la decadencia de las artes, podían transformarse provechosamente en almacenes, manufacturas o lugares de asambleas públicas; y quizás, cuando los muros del templo se hubiesen purificado lo suficiente con ritos sagrados, la religión del verdadero Dios podría haber expiado la antigua culpa de idolatría. Pero mientras estaban en pie, los paganos abrigaban la secreta esperanza de que una auspiciosa revolución, un segundo Juliano, restaurara las aras de sus dioses; y la seriedad con que dirigían sus plegarias al trono[986] aumentó el afán de los reformadores cristianos para extirpar sin piedad las raíces de la superstición. Las leyes de los emperadores presentaban algunos síntomas de una disposición

más benigna,[987] pero sus tibios y lánguidos esfuerzos no fueron suficientes para detener el raudal de entusiasmo y rapiña conducido, o más bien impulsado, por los dirigentes espirituales de la Iglesia. En la Galia, San Martín, obispo de Tours,[988] marchó a la cabeza de sus leales monjes para destruir los ídolos, los templos y los árboles consagrados de su extensa diócesis; y el lector sensato juzgará si, en la ejecución de tan ardua tarea, Martín fue ayudado por poderes milagrosos o por armas materiales. En Siria, el divino y excelente Marcelo,[989] como lo llama Teodoreto, un obispo animado por el fervor apostólico, decidió arrasar los imponentes templos de la diócesis de Apamea. La maestría y solidez con que había sido construido el templo de Júpiter resistió su ataque. El edificio se levantaba en un promontorio; en cada uno de sus cuatro lados, sostenían el techo quince columnas macizas de dieciséis pies de circunferencia (4,8 m), y las grandes piedras que las componían estaban afianzadas con hierro y plomo. Se habían probado las herramientas más filosas y fuertes sin efecto. Fue necesario socavar los cimientos de las columnas, que cayeron en cuanto se quemaron los puntales de madera que las sostenían provisionalmente; y las dificultades de la empresa fueron descriptas según la alegoría de un demonio negro que retardaba, aunque no pudo vencer, las operaciones de los ingenieros cristianos. Eufórico con la victoria, Marcelo salió en persona al campo de batalla contra los poderes de las tinieblas; una tropa numerosa de soldados y gladiadores marchó bajo la bandera episcopal, y atacó sucesivamente las aldeas y los templos aislados de la diócesis de Apamea. Cuando había alguna resistencia o peligro, el campeón de la fe, cuya cojera le impedía luchar o huir, se ubicaba a una distancia conveniente, más allá del alcance de los dardos. Pero esta prudencia le ocasionó la muerte:

fue sorprendido y asesinado por una cuadrilla de campesinos enfurecidos; y el sínodo de la provincia declaró sin dudar que el santo Marcelo había sacrificado su vida por la causa de Dios. En apoyo de esta causa, los monjes, que se lanzaron con tumultuosa furia desde el desierto, se distinguieron por su afán y diligencia. Merecieron la enemistad de los paganos; y a algunos de ellos se los puede acusar por su avaricia e intemperancia saciadas a expensas del pueblo, que admiraba tontamente sus trajes harapientos, sus salmos resonantes y su palidez artificial.[990] Un pequeño número de templos fue protegido por el temor, la venalidad, el gusto o la prudencia de los gobernadores civiles o eclesiásticos. El templo de Venus Celeste, en Cartago, cuyo ámbito sagrado tenía dos millas (3,21 km) de diámetro, fue atinadamente convertido en una iglesia cristiana;[991] y una consagración similar había conservado intacta la majestuosa cúpula del Panteón, en Roma.[992] Pero en casi todas las provincias del mundo romano, un ejército de fanáticos, sin autoridad ni disciplina, asaltaba a los pacíficos habitantes; y las ruinas de las construcciones más hermosas de la antigüedad aún muestran la devastación de *aquellos* bárbaros, que únicamente tuvieron tiempo y voluntad para ejecutar esa trabajosa destrucción.

En esta amplia y variada perspectiva de aniquilación, el espectador puede distinguir las ruinas del templo de Serapis, en Alejandría.[993] Serapis no parece haber sido uno de los dioses o monstruos nativos, como los que brotaron del suelo fecundo del supersticioso Egipto.[994] Un sueño le había ordenado al primero de los ptolomeos que trajese al misterioso extranjero de la costa del Ponto, donde había sido adorado durante largo tiempo por los habitantes de Sínope; pero sus atributos y su reinado se entendían tan mal, que comenzó a discutirse si representaba la

brillante esfera del día o el lóbrego monarca de las regiones subterráneas.[995] Los egipcios, que eran devotos obstinados de la religión de sus padres, se negaron a admitir esta divinidad extranjera en sus ciudades.[996] Pero los obsequiosos sacerdotes, seducidos por la generosidad de los ptolomeos, se sometieron sin resistencia al poder del dios del Ponto: se le proveyó una genealogía doméstica honorable, y este afortunado usurpador fue introducido en el trono y en la cama de Osiris[997] como esposo de Isis y monarca celestial del Egipto. Alejandría, que ostentaba su protección particular, se enorgullecía del nombre de ciudad de Serapis. Su templo,[998] que competía con la soberbia y magnificencia del Capitolio, estaba erigido en la espaciosa cumbre de un cerro artificial, elevado cien pies (30,47 m) por sobre la zona adyacente de la ciudad; y el interior estaba sostenido por fuertes arcadas, y repartido en bóvedas y estancias subterráneas. Los edificios consagrados estaban rodeados de un pórtico cuadrangular; los salones grandiosos y las delicadas estatuas exhibían el triunfo de las artes; y los tesoros de la sabiduría antigua estaban preservados en la famosa biblioteca alejandrina, que había surgido con nuevo esplendor de sus cenizas.[999] Cuando los edictos de Teodosio ya habían prohibido severamente los sacrificios paganos, aún se toleraban en la ciudad y el templo de Serapis; y esta extraña condescendencia se atribuyó precipitadamente al temor supersticioso de los mismos cristianos, como si tuvieran miedo de abolir aquellos ritos antiguos que eran los únicos capaces de prevenir las inundaciones del Nilo y asegurar las cosechas de Egipto y la subsistencia de Constantinopla.[1000]

En ese tiempo,[1001] el trono arzobispal de Alejandría estaba ocupado por Teófilo,[1002] un enemigo perpetuo de la paz y de la virtud; un hombre atrevido y malvado, cuyas manos se

manchaban alternativamente con oro y con sangre. Los honores a Serapis alentaron su indignación religiosa; y los insultos que dirigió a una antigua capilla de Baco convencieron a los paganos de que estaba meditando una empresa más importante y peligrosa. En la tumultuosa capital de Egipto, la menor provocación era suficiente para encender una guerra civil. Los devotos de Serapis, cuya fuerza y número eran mucho menores a los de sus antagonistas, se levantaron en armas a instancias del filósofo Olimpio,[1003] que los exhortó a morir en defensa de los altares de los dioses. Estos paganos fanáticos se atrincheraron en el templo, o más bien fortaleza, de Serapis; rechazaron a los sitiadores con intrépidas salidas y una defensa decidida; y la crueldad inhumana con que trataron a sus prisioneros cristianos les dio un último consuelo desesperanzado. El prudente magistrado se esforzó provechosamente para establecer una tregua hasta que la respuesta de Teodosio determinara la suerte de Serapis. Los dos partidos se reunieron sin armas en la plaza principal y se leyó públicamente el fallo imperial. Pero cuando se pronunció la sentencia de destrucción contra los ídolos de Alejandría, los cristianos lanzaron gritos de júbilo, mientras que los desventurados paganos, cuya furia ya se había transformado en consternación, se retiraron con pasos apresurados y silenciosos, y evitaron, mediante la huida o el retiro, el odio de sus enemigos. Teófilo procedió a demoler el templo de Serapis sin otras dificultades que aquellas que encontró en el peso y solidez de los materiales, pero estos obstáculos fueron tan insuperables que tuvo que conformarse con dejar los cimientos y reducir el edificio a un montón de escombros, parte de los cuales fueron pronto despejados para hacer una habitación para una iglesia en honor de los mártires cristianos. La valiosa biblioteca alejandrina fue saqueada o destruida; y cerca de veinte

años después los estantes vacíos apesadumbraban e indignaban a todo espectador cuya mente no estuviera totalmente oscurecida por el prejuicio religioso.[1004] Las composiciones del genio antiguo, muchas de ellas perdidas sin remedio, seguramente podrían haberse exceptuado de la ruina de la idolatría para entretenimiento e instrucción de los siglos posteriores; e incluso el fervor o la codicia del arzobispo[1005] podría haberse saciado con los ricos despojos que recompensaron su victoria. Mientras se fundían cuidadosamente las imágenes y vasos de oro y plata, y se destrozaban y arrojaban con desprecio a las calles aquellos de un metal menos valioso, Teófilo se esforzaba por demostrar los fraudes y vicios de los ministros de los ídolos: su maestría en el manejo de la piedra imán; sus métodos secretos para introducir una persona en una estatua hueca, y el abuso escandaloso de la confianza de maridos devotos y mujeres candorosas.[1006] Este tipo de cargos parecen merecer algún crédito, ya que no son ajenos al espíritu tramposo e interesado de la superstición. Pero el mismo espíritu es igualmente propenso a la práctica vil de insultar y calumniar a un enemigo caído; y nos vemos inclinados a creer que es mucho menos difícil inventar una historia ficticia que realizar un fraude en la práctica. La estatua colosal de Serapis[1007] se vio envuelta en la ruina de su templo y religión. Un sinnúmero de láminas de diferentes metales, encastradas artísticamente, componían la majestuosa figura de la divinidad, que llegaba por ambos lados a las paredes del santuario. El aspecto de Serapis —su postura sentada y el cetro que empuñaba con la mano izquierda— era muy similar a las representaciones ordinarias de Júpiter. Se diferenciaba de Júpiter por el canasto o celemín que llevaba en la cabeza y por el monstruo emblemático que aferraba en la mano derecha: la cabeza y el cuerpo de serpiente que se dividía en tres colas,

terminadas a su vez en tres cabezas, de perro, león y lobo. Se afirmaba con seguridad que si cualquier mano impía osaba violar la majestad del dios, el cielo y la tierra volverían inmediatamente al caos original. Un soldado intrépido, animado por su afán y armado con una pesada hacha de batalla, subió la escalera, y hasta la multitud cristiana esperó con alguna ansiedad los efectos del combate.[1008] Descargó un golpe vigoroso sobre el rostro de Serapis; el rostro cayó al suelo; el trueno no sonó, y el cielo y la tierra continuaron con su orden y tranquilidad acostumbrados. El soldado victorioso redobló sus golpes; el enorme ídolo cayó y se destrozó, y los miembros de Serapis fueron arrastrados afrentosamente por las calles de Alejandría. Su armazón mutilada se quemó en el anfiteatro, entre los gritos del populacho; y muchas personas atribuyeron su conversión al descubrimiento de esta impotencia de su divinidad tutelar. Las religiones populares, que proponen cualquier objeto visible y material para su culto, tienen la ventaja de hacerse familiares y adaptarse a los sentidos de la humanidad, pero esta ventaja tiene su contrapeso en las diversas e inevitables frustraciones a las que se ve expuesta la fe del idólatra. Es poco probable que, en cualquier estado de ánimo, mantenga su reverencia implícita hacia los ídolos o las reliquias que la mirada común y la mano profana son incapaces de distinguir de los productos más comunes del arte o la naturaleza; y si, en el momento de peligro, esa virtud secreta y milagrosa no opera para su propia preservación, desdeña las vanas apologías de sus sacerdotes y se burla con justicia de su credulidad y del objeto de su superstición.[1009] Tras la caída de Serapis, los paganos aún tenían alguna esperanza de que el Nilo negara su sustento anual a los dueños devotos de Egipto; y el atraso extraordinario de la inundación pareció anunciar el

disgusto del río sagrado. Pero esta demora pronto se compensó con la subida de las aguas. Súbitamente alcanzaron una altura tan inusual como para conformar al sector descontento con la agradable expectativa de un diluvio; hasta que el pacífico río decreció otra vez al nivel conocido y fructífero de dieciséis codos o alrededor de treinta pies ingleses (9,14 m).[1010]

Los templos del Imperio Romano estaban desiertos o destruidos, pero la ingeniosa superstición de los paganos aún intentaba burlar las leyes de Teodosio, por las cuales todo sacrificio había sido severamente prohibido. Los campesinos, cuya conducta estaba menos expuesta al ojo malicioso de la curiosidad, disfrazaban sus encuentros *religiosos* como si fueran *agasajos*. En los días de festividades solemnes, se reunían en crecido número bajo la amplia sombra de algunos árboles consagrados; mataban y asaban ovejas y bueyes, y este banquete campestre se santificaba con el incienso y los himnos que cantaban en honor de los dioses. Alegaban que, como no quemaban ninguna parte del animal, como no había ningún altar para recibir la sangre y como omitían cuidadosamente las ofrendas previas de tortas saladas y la ceremonia final de libaciones, estos encuentros festivos no suponían para los invitados la culpa o el castigo de un sacrificio ilegal.[1011] Cualquiera haya sido la realidad de los hechos o el valor de las distinciones,[1012] estas vanas pretensiones fueron arrolladas por el último edicto de Teodosio, que hirió de muerte la superstición pagana[1013] (390 d. C.). Esta ley de prohibición está expresada en los términos más absolutos y amplios. «Es nuestro placer y voluntad», dice el emperador, «que ningún súbdito nuestro, sea magistrado o ciudadano particular, y no importa cuán elevado o humilde sea su rango y condición, ose, en ninguna ciudad y ningún sitio, rendir culto a un ídolo

inanimado con el sacrificio de una víctima inocente». El acto del sacrificio y la práctica de la adivinación mediante las entrañas de la víctima se declaran (prescindiendo del objeto de la investigación) un crimen de alta traición contra el Estado, que sólo puede expiarse con la muerte del culpable. Los ritos de la superstición pagana, aun cuando no parezcan sangrientos y atroces, quedan abolidos como injuriosos a la verdad y al honor de la religión; se especifican y condenan expresamente las luminarias, guirnaldas, incienso y libaciones de vino; y hasta se incluyen en esta rigurosa proscripción las inocuas ofrendas al numen doméstico, los dioses penates. Aquel que realice cualquiera de estas ceremonias profanas e ilegales incurre en la pena de confiscación de la casa o sitio donde se hayan practicado; y si ha elegido con astucia una propiedad ajena como escenario de su impiedad, está obligado a pagar sin demora una pesada multa de veinticinco libras de oro, o más de mil libras esterlinas. Se impone una multa no menos considerable para la connivencia de los enemigos secretos de la religión que hayan desatendido los deberes de sus respectivas posiciones, sea para revelar o para castigar el delito de idolatría. Tal era el espíritu persecutorio de las leyes de Teodosio, que fueron impuestas repetidamente por sus hijos y nietos, con el aplauso estridente y unánime del mundo cristiano.[1014]

En los crueles reinados de Decio y Diocleciano, el cristianismo había sido proscripto como una rebelión contra la religión antigua y hereditaria del Imperio; y la injusta sospecha de una facción oscura y peligrosa se disculpaba en alguna medida por la unión inseparable y el progreso rápido de la Iglesia católica. Pero no pueden aplicarse las mismas excusas de temor e ignorancia a los emperadores cristianos, que violaron los preceptos de humanidad y los del Evangelio. La experiencia de

los siglos había mostrado tanto la debilidad como el desatino del paganismo; la luz de la razón y de la fe ya había expuesto la vanidad de los ídolos a la mayor parte de la humanidad; y a la secta en decadencia que aún adhería a ese culto se le podría haber permitido disfrutar en paz y retiradamente de las costumbres religiosas de sus ancestros. Si los paganos hubieran estado animados por el mismo afán vehemente que poseía el ánimo de los primeros creyentes, el triunfo de la Iglesia se habría manchado de sangre; y los mártires de Júpiter y Apolo podrían haber aprovechado la gloriosa oportunidad de consagrar sus vidas y sus haberes a los pies de sus altares. Pero un afán tan obstinado no congeniaba con el temperamento flojo y descuidado del politeísmo. Los golpes violentos y repetidos de los príncipes ortodoxos se perdían en la sustancia blanda y dócil que atacaban: la obediencia inmediata de los paganos los protegía de los quebrantos y penalidades del Código Teodosiano.[1015] En vez de afirmar que la autoridad de los dioses era superior a la del emperador, desistieron, con un triste murmullo, de aquellos ritos sagrados condenados por su soberano. Si alguna vez los arrebataba la pasión, o tenían la esperanza de ocultarse para satisfacer su superstición predilecta, su humilde arrepentimiento desarmaba la severidad del magistrado cristiano, y rara vez se negaban a expiar su precipitación sometiéndose, con alguna secreta renuencia, al yugo del Evangelio. Las iglesias se llenaban de una multitud creciente de aquellos prosélitos indignos que se habían conformado, por razones temporales, con la religión reinante; y mientras imitaban devotamente las posturas y recitaban las oraciones de los fieles, satisfacían su conciencia con la invocación silenciosa y sincera de los dioses de la antigüedad.[1016] Si a los paganos les faltaba paciencia para los sufrimientos,

también les faltaba espíritu para resistir; y la multitud dispersa que lamentaba el exterminio de sus templos se rindió sin una queja a la prepotencia de sus adversarios. El nombre y la autoridad del emperador silenciaron la oposición desordenada[1017] de los campesinos de Siria y del populacho de Alejandría al fanatismo particular. Los paganos de Occidente, como no contribuyeron al ascenso de Eugenio, deshonraron con su adhesión parcial la causa y el carácter del usurpador. El clero exclamó con vehemencia que había agravado el crimen de su rebelión con la culpa de apostasía, que el ara de la Victoria se había restaurado con su permiso y que en el campo de batalla mostraba los símbolos idólatras de Júpiter y Hércules contra el estandarte invencible de la Cruz. Pero la derrota de Eugenio aniquiló pronto las vanas esperanzas de los paganos, y quedaron expuestos a la ira del vencedor, que se esforzaba por merecer el favor del Cielo con la eliminación de la idolatría.[1018]

Una nación de esclavos siempre está dispuesta a aplaudir la clemencia de su soberano cuando, en el abuso del poder absoluto, no llega a los extremos de la injusticia y la opresión. Indudablemente, Teodosio podría haber presentado a sus súbditos paganos la alternativa de bautismo o muerte; y el elocuente Libanio ha elogiado la moderación de un príncipe que nunca decretó, por ninguna ley positiva, que todos sus súbditos adhiriesen y practicasen inmediatamente la religión de su soberano.[1019] El cristianismo no fue un requisito imprescindible para gozar de los derechos civiles de la sociedad, ni se impusieron penalidades especiales a los sectarios que recibían con credulidad las fábulas de Ovidio y rechazaban obstinadamente los milagros del Evangelio. El palacio, las escuelas, el ejército y el Senado estaban llenos de paganos manifiestos y devotos que obtenían, sin distinción, los honores

civiles y militares del Imperio. Teodosio demostró su respeto desinteresado por la virtud y el ingenio otorgándole a Símaco[1020] la dignidad consular y por su amistad personal con Libanio;[1021] y los dos elocuentes apologistas del paganismo nunca fueron obligados a cambiar u ocultar sus opiniones religiosas. Los paganos tenían la más amplia libertad para hablar y escribir; las obras históricas y filosóficas de Eunapio y Zósimo,[1022] y los maestros fanáticos de la escuela de Platón muestran la animosidad más furiosa y las más agudas invectivas contra las opiniones y la conducta de sus adversarios victoriosos. Si estos libelos tan osados fueron conocidos públicamente, deberíamos aplaudir la sensatez de los príncipes cristianos, que miraban con una sonrisa de menosprecio los últimos y desesperados esfuerzos de la superstición.[1023] Pero las leyes imperiales que prohibían los sacrificios y las ceremonias del paganismo se cumplían estrictamente, y minuto a minuto se iba destruyendo la influencia de una religión sostenida más por la costumbre que por argumentos. La devoción del poeta o del filósofo pueden nutrirse secretamente con las plegarias, la meditación y el estudio; pero el único cimiento sólido del sentimiento religioso del pueblo parece ser el ejercicio del culto público, que deriva su fuerza de la imitación y el hábito. La interrupción de ese ejercicio público puede consumar, en un período de algunos años, la gran obra de una revolución nacional. La memoria de las opiniones teológicas no puede preservarse mucho tiempo sin la ayuda de sacerdotes, templos y libros.[1024] El vulgo ignorante, cuyo ánimo aún se agita con las ciegas esperanzas y los terrores de la superstición, pronto será convencido por sus superiores de dirigir sus votos a las divinidades reinantes de la época, e irá asimilando un afán ardiente por respaldar y propagar la nueva doctrina que aceptaron en principio por hambre espiritual. La

generación que llegó al mundo después de la promulgación de las leyes imperiales se fue incorporando a la Iglesia católica; y la caída del paganismo fue tan rápida, aunque tan suave, que sólo veintiocho años después de la muerte de Teodosio sus vestigios débiles y mínimos ya no eran visibles a los ojos del legislador. [1025]

Los sofistas describen la caída de la religión pagana como un prodigio terrible y asombroso, que oscureció la tierra y restauró el antiguo dominio del caos y la noche. Refieren con expresiones solemnes y patéticas que los templos fueron convertidos en sepulcros y que los lugares sagrados, que habían estado adornados con las estatuas de los dioses, fueron vilmente contaminados con las reliquias de los cristianos. «Los monjes» (una raza de animales asquerosos a quienes Eunapio, a su pesar, llama hombres) «son los autores del nuevo culto que, en el lugar de aquellas divinidades ideadas por el entendimiento, ha colocado los esclavos más ínfimos y despreciables. Las cabezas en salmuera de aquellos malhechores infames, que por la cantidad de sus crímenes han sufrido una muerte justa e ignominiosa; sus cadáveres, aún marcados por la huella de los azotes y las cicatrices de las torturas que ordenó el magistrado; tales», continúa Eunapio, «son los dioses que la tierra genera en nuestros días; tales son los mártires, los árbitros supremos de nuestras plegarias y peticiones ante la Divinidad, cuyas tumbas están ahora consagradas como objetos de veneración del pueblo».[1026] Sin aprobar la malicia, es muy natural compartir el asombro del sofista, espectador de una revolución que elevó a aquellas víctimas oscuras de las leyes de Roma a la jerarquía de protectores celestiales e invisibles del Imperio Romano. El respeto agradecido de los cristianos hacia los mártires de la fe creció con el tiempo y con la victoria hasta transformarse en una adoración religiosa; y los santos y profetas más ilustres fueron

dignamente asociados a los honores a los mártires. Siglo y medio después de las gloriosas muertes de san Pedro y san Pablo, el Vaticano y el camino de Ostia fueron distinguidos con las tumbas, o más bien con los trofeos, de aquellos héroes espirituales.[1027] En la época que siguió a la conversión de Constantino, los emperadores, los cónsules y los generales de los ejércitos visitaban con devoción los sepulcros de un fabricante de tiendas y de un pescador;[1028] y sus huesos venerables se depositaron bajo los altares de Cristo, donde los obispos de la ciudad real ofrecían continuamente el benigno sacrificio.[1029] La nueva capital de Oriente, que carecía de trofeos antiguos y propios, se enriqueció con los despojos de las provincias dependientes. Los cuerpos de San Andrés, San Lucas y San Timoteo habían reposado por cerca de tres siglos en tumbas alejadas, de donde se trasladaron solemnemente a la iglesia de los Apóstoles que la magnificencia de Constantino había fundado en la margen del Bósforo tracio.[1030] Alrededor de cincuenta años después las mismas orillas fueron honradas con la presencia de Samuel, juez y profeta del pueblo israelita. Sus cenizas, depositadas en una urna de oro y cubiertas con un velo de seda, fueron pasando de mano en mano entre los obispos. Las reliquias de Samuel fueron recibidas por el pueblo con el mismo júbilo y reverencia que si estuviera vivo; las carreteras, desde Palestina hasta las puertas de Constantinopla, estaban ocupadas por una procesión incesante; y el mismo emperador Arcadio, a la cabeza de los miembros más ilustres del clero y del Senado, marchó al encuentro de su extraordinario huésped, que siempre había merecido el homenaje de los reyes.[1031] El ejemplo de Roma y Constantinopla corroboró la fe y la disciplina del mundo católico. Los honores de los santos y los mártires, tras algún susurro débil e ineficaz de la causa profana,[1032] quedaron

universalmente establecidos; y en el siglo de Ambrosio y de Jerónimo aún se consideraba que le faltaba algo a la santidad de una iglesia católica hasta ser consagrada por alguna porción de reliquias sagradas, que fijaban y enardecían la devoción de sus feligreses.

En el largo plazo de doce siglos que medió entre el reinado de Constantino y la reforma de Lutero, el culto de los santos y de las reliquias corrompió la sencillez pura y perfecta del modelo cristiano; y pueden observarse algunos síntomas de degradación ya en las primeras generaciones que adoptaron la perniciosa innovación.

I. La situación beneficiosa según la cual las reliquias de los santos eran más valiosas que el oro o las piedras preciosas[1033] alentó al clero a multiplicar los tesoros de la Iglesia. Sin demasiada consideración hacia la verdad o la probabilidad, inventaban nombres para los esqueletos y hechos para los nombres. La ficción religiosa oscureció la fama de los apóstoles y de los hombres sagrados que habían imitado sus virtudes. Al grupo invencible de mártires genuinos y originales añadieron miles de héroes imaginarios que nunca habían existido, excepto en la fantasía de fabulistas astutos o crédulos; y hay razones para sospechar que Tours no fue la única diócesis en la que se adoraron los huesos de un malhechor en vez de los de un santo.[1034] Una práctica supersticiosa, que tendía a fomentar la tentación del fraude, fue extinguiendo la luz de la historia y de la razón en el mundo cristiano.

II. Pero el avance de la superstición habría sido mucho menos rápido y victorioso si la fe del pueblo no hubiera recibido la ayuda oportuna de visiones y milagros que afirmaban la autenticidad y la virtud de las reliquias más sospechosas. En el reinado de Teodosio el Menor, Luciano,[1035] un presbítero de

Jerusalén y párroco en la aldea de Cafargamala, a unas veinte millas (32,18 km) de la ciudad, contaba un sueño muy extraño que, para que no le quedaran dudas, se había repetido en tres sábados consecutivos. Una figura venerable se apareció ante él en el silencio de la noche, con una larga barba, ropaje blanco y una varilla de oro; se anunció a sí mismo con el nombre de Gamaliel, y reveló al atónito presbítero que su propio cadáver, junto con el de su hijo Abibas, su amigo Nicodemo y el ilustre Esteban, primer mártir de la fe cristiana, estaban enterrados secretamente en el campo inmediato. Añadió, con alguna impaciencia, que ya era hora de liberarlos de su prisión desconocida, que su aparición sería beneficiosa para un mundo tan acongojado, y que habían elegido a Luciano para informar al obispo de Jerusalén acerca de su situación y sus deseos. Las dudas y dificultades que aún retardaban este importante descubrimiento fueron despejadas sucesivamente con nuevas visiones; y el obispo cavó el terreno en presencia de una multitud innumerable. Los ataúdes de Gamaliel, su hijo y su amigo se encontraron en orden, pero cuando el cuarto ataúd, que contenía los restos de Esteban, salió a la luz, la tierra tembló y exhaló una fragancia como del Paraíso, que sanó al instante las diversas dolencias de setenta y tres de los presentes. Los compañeros de Esteban quedaron en la pacífica Cafargamala; pero las reliquias del primer mártir fueron trasladadas, en procesión solemne, hasta una iglesia construida en su honor sobre el monte Sion; y las partículas diminutas de esas reliquias, una gota de sangre[1036] o las astillas de un hueso, se admitieron como poseedoras de una virtud divina y milagrosa en casi todas las provincias del mundo romano. El serio y erudito Agustín,[1037] cuyo entendimiento no admite la excusa de la credulidad, ha atestiguado los innumerables prodigios obrados en África por

las reliquias de San Esteban; y esta maravillosa narración está incluida en su elaborado trabajo *La ciudad de Dios*, que el obispo de Hipona señaló como una prueba sólida e inmortal de la verdad del cristianismo. Agustín declara seriamente que ha seleccionado sólo aquellos milagros certificados públicamente por las personas que fueron objeto o testigos de los poderes del mártir. Muchos prodigios fueron omitidos u olvidados; e Hipona había sido menos favorecida que otras ciudades de la provincia. Sin embargo, el obispo enumera más de setenta milagros, de los cuales tres fueron resurrecciones, en el término de dos años y dentro de los límites de su diócesis.[1038] Si tendemos la vista por todas las diócesis y todos los santos del mundo cristiano, no será fácil calcular las fábulas y los errores que brotaron de ese manantial inagotable. Pero seguramente se nos permitirá señalar que un milagro, en aquel tiempo de superstición y credulidad, perdía su nombre y su mérito, ya que apenas podía considerarse como una desviación de las leyes ordinarias y establecidas de la naturaleza.

III. Los innumerables milagros, que siempre tenían lugar en las tumbas de los mártires, revelaban al piadoso creyente el estado y la constitución real del mundo invisible; y sus especulaciones religiosas parecían fundarse en la base firme de los hechos y la experiencia. Cualquiera que fuese la condición de las almas vulgares en el largo intervalo entre la disolución y la resurrección de sus cuerpos, era evidente que los espíritus superiores de los santos y los mártires no pasaban esa parte de su existencia en un sueño mudo e ignominioso.[1039] Era evidente (sin pretender determinar el sitio de su morada o la naturaleza de su felicidad) que disfrutaban de una conciencia viva y activa de su dicha, su virtud y sus poderes, y que ya habían asegurado la posesión de su recompensa eterna. El alcance de sus facultades

intelectuales sobrepasaba la medida de la imaginación humana, ya que la *experiencia* probó que eran capaces de atender y entender las diversas peticiones de sus numerosos devotos, quienes invocaban al mismo tiempo, pero en las partes más distantes del mundo, el nombre y el amparo de Esteban o Martín.[1040] La confianza de los suplicantes se fundaba en el convencimiento de que los santos, que reinaban con Cristo, miraban a la tierra con piedad, que estaban sumamente interesados en la prosperidad de la Iglesia católica y que los individuos que imitaban el ejemplo de su fe y su religiosidad eran los destinatarios especiales de su más tierna consideración. A veces, es cierto, su amistad podía tener influencias menos excelsas: miraban con un afecto particular los lugares que habían sido consagrados por su nacimiento, su residencia, su muerte, su sepultura o por la posesión de sus reliquias. Las pasiones menores del orgullo, la avaricia o la venganza pueden considerarse indignas de un corazón celestial; sin embargo, los mismos santos condescendían a mostrar su agradecida aprobación por la generosidad de sus devotos, y disparaban los castigos más filosos contra los canallas que violaban sus magníficos santuarios o descreían de su poder sobrenatural.[1041] Atroz, en efecto, debe haber sido la culpa, y extraño el escepticismo de aquellos hombres, si se resistían tan obstinadamente a las pruebas de la intervención divina que los elementos, todo el rango de la creación animal e incluso las operaciones sutiles e invisibles de la mente humana estaban obligados a obedecer.[1042] Los efectos inmediatos, y casi instantáneos, que se supone que seguían a la plegaria o a la ofensa convencían a los cristianos del favor y la autoridad que tenían los santos en presencia del Dios supremo; y parecía casi superfluo examinar si estaban continuamente obligados a

interceder ante el trono de las gracias o si se les permitía ejercer, según los dictámenes de su benevolencia y justicia, los poderes delegados a su ministerio. La imaginación, que con un trabajoso esfuerzo había sido elevada a la contemplación y el culto de la Causa Universal, abrazó con impaciencia los objetos menores de adoración, que eran más proporcionados a sus toscas concepciones y a la imperfección de sus facultades. La teología sencilla y sublime de los primeros cristianos se fue corrompiendo gradualmente; y la Monarquía del Cielo, ya nublada por las sutilezas metafísicas, fue degradada con una mitología popular que tendía a restablecer el reinado del politeísmo.[1043]

IV. Como los objetos de la religión se fueron reduciendo al ámbito de la fantasía, se introdujeron los ritos y ceremonias que parecían afectar más poderosamente los sentidos del vulgo. Si a comienzos del siglo V[1044] Tertuliano o Lactancio[1045] se hubieran levantado repentinamente de la tumba para asistir a la festividad de algún santo o mártir popular,[1046] habrían observado con asombro e indignación el espectáculo profano que había sucedido al culto puro y espiritual de una congregación cristiana. Al abrirse de par en par las puertas de la iglesia, se hubieran ofendido con el humo del incienso, la fragancia de las flores y el resplandor de lámparas y antorchas, que arrojaban a mediodía una claridad centellante, superflua y, en su opinión, sacrílega. Al acercarse a la barandilla del altar, hubieran caminado a través de una multitud postrada, compuesta en su mayor parte de forasteros y peregrinos, que acudían a la ciudad en la víspera de su festividad, y que ya sentían la fuerte intoxicación del fanatismo y, tal vez, del vino. Besaban devotamente las paredes y el pavimento del edificio sagrado, y sus plegarias fervorosas estaban dirigidas, cualquiera

que fuese el idioma de su iglesia, a los huesos, la sangre o las cenizas del santo, que habitualmente estaba oculto, con un velo de lino o de seda, a la vista del vulgo. Los cristianos frecuentaban las tumbas de los mártires esperanzados en obtener, por su poderosa intercesión, todo tipo de bendiciones espirituales, pero especialmente temporales. Imploraban la conservación de su salud, la curación de sus debilidades, la fecundidad de sus esposas estériles, o la seguridad y felicidad de sus hijos. Cuando emprendían algún viaje distante o peligroso, pedían que los mártires sagrados fueran sus guías y protectores en el camino; y si regresaban sin haber experimentado ninguna desgracia, acudían de nuevo a las tumbas de los mártires para cumplir, con ofrendas de agradecimiento, sus obligaciones a la memoria y las reliquias de sus patronos celestiales. Colgaban de las paredes los símbolos de los favores que habían recibido: ojos, manos y pies de oro y plata; y había cuadros edificantes que ya no escapaban al abuso de una devoción indiscreta o idólatra, y que representaban la imagen, los atributos y los milagros del santo tutelar. El mismo espíritu uniforme de la superstición originaria sugirió, en las épocas y países más distantes, los mismos métodos para engañar la credulidad e impresionar los sentidos de la gente;[1047] pero debemos confesar con sinceridad que los ministros de la Iglesia católica imitaron el modelo profano que ansiaban destruir. Los obispos más respetables se habían convencido de que los campesinos ignorantes renunciarían más gustosos a las supersticiones del paganismo si encontraban alguna semejanza, alguna compensación, en el seno del cristianismo. La religión de Constantino logró, en menos de un siglo, la conquista final del Imperio Romano; pero los mismos vencedores cedieron gradualmente a las artes de los vencidos.[1048]

XXIX

DIVISIÓN DEFINITIVA DEL IMPERIO ROMANO ENTRE LOS HIJOS DE TEODOSIO - REINADO DE ARCADIO Y HONORIO - GOBIERNO DE RUFINO Y DE ESTILICÓN - REBELIÓN Y DERROTA DE GILDO EN ÁFRICA

El genio de Roma murió con Teodosio, último sucesor de Augusto y de Constantino que encabezó sus ejércitos en el campo de batalla, y cuya autoridad era reconocida en todos los ámbitos del Imperio. Sin embargo, el eco de sus virtudes seguía protegiendo la endeble e inexperta juventud de sus dos hijos. Tras la muerte del padre, Arcadio y Honorio fueron proclamados, por unánime consentimiento, emperadores legítimos de Oriente y Occidente (17 de enero de 395 d. C.), y todas las clases del Estado, los senadores de la antigua y nueva Roma, el clero, los magistrados, los soldados y el pueblo, hicieron de buen grado voto de fidelidad. Arcadio, que entonces tenía dieciocho años, había nacido en Hispania, en la casa humilde de una familia común, pero recibió la educación de un príncipe en el palacio de Constantinopla, y pasó su vida sin gloria en esa tranquila y pacífica residencia imperial, desde donde aparentemente reinó sobre las provincias de Tracia, Asia Menor, Siria y Egipto, desde el bajo Danubio hasta los confines de Persia y de Etiopía. Su hermano menor, Honorio, a los once años de edad, asumió nominalmente el gobierno de Italia, África, Hispania, la Galia y Britania; y las tropas que protegían su Imperio se enfrentaban por un lado con los caledonios y por

otro con los moros. La gran prefectura de Iliria estaba dividida entre ambos príncipes: la defensa y posesión de las provincias de Nórico, Panonia y Dalmacia seguían perteneciendo al Imperio de Occidente, pero las dos vastas diócesis de Dacia y Macedonia, que Graciano había confiado al valor de Teodosio, quedaron para siempre incorporadas al Imperio de Oriente. La frontera en Europa no difería mucho de la que hoy separa a los germanos de los turcos; y las ventajas respectivas de territorio, riquezas, población y fuerza militar se equilibraron en esta división definitiva y permanente del Imperio Romano. El cetro hereditario de los hijos de Teodosio parecía ser un regalo de la naturaleza y de su padre: los generales y los ministros se habían acostumbrado a idolatrar la majestad de los niños de la realeza, y no se recordó al pueblo ni al ejército sus derechos y su poder por el peligroso ejemplo de una elección reciente. El paulatino descubrimiento de la debilidad de Arcadio y de Honorio, y las calamidades reiteradas de su reinado no alcanzaron para borrar la primera e intensa impresión de lealtad. Los ciudadanos de Roma, que aún veneraban a sus soberanos, o más bien, sus nombres, aborrecían de la misma manera a los rebeldes que se oponían a la autoridad del trono y a los ministros que abusaban de ella.

Teodosio había mancillado la gloria de su reino al elevar el rango de Rufino, un favorito odioso a quien todos los sectores atribuían, en un siglo de disenso civil y religioso, todo género de delitos. Movido por su ambición y su codicia,[1049] abandonó su patria nativa, un oscuro rincón de la Galia,[1050] para prosperar en la capital de Oriente: su poder de oratoria[1051] le permitió triunfar en el lucrativo terreno de las leyes, y gracias a ello pudo aspirar a los empleos más importantes y honorables del Estado (386-395 d. C.). Ascendió gradualmente hasta el cargo de

ministro del palacio y, en el desempeño de sus diversas funciones, relacionadas con todo el sistema del gobierno civil, se fue ganando la confianza de un monarca que pronto descubrió su diligencia y capacidad para los negocios, sin advertir el orgullo, la maldad y la avaricia de su carácter. Ocultaba estos vicios con gran disimulo,[1052] pues sus emociones estaban siempre a disposición de las inclinaciones de su amo. Sin embargo, en la horrorosa masacre de Tesalónica, el cruel Rufino incentivó la furia de Teodosio, pero no imitó su arrepentimiento. El ministro, que miraba con soberbia indiferencia al resto de la humanidad, jamás perdonó ni un asomo de agravio y, según su opinión, sus enemigos personales habían perdido el derecho de merecer cargos públicos. Promotus, general de infantería, había salvado el Imperio de la invasión de los ostrogodos, pero le indignaba la preeminencia de un rival cuyo carácter y profesión despreciaba; y en medio de un consejo público, el impaciente soldado fue incitado a castigar con una bofetada el indecente engreimiento del favorito. Este acto de violencia fue presentado al emperador como un insulto que *su* dignidad debía castigar. El exilio y la deshonra de Promotus se difundieron a través de una orden terminante de acudir sin demora a un puesto militar a orillas del Danubio, y la muerte de aquel general (aunque ocurrió en una escaramuza con los bárbaros) fue imputada a la alevosía de Rufino.[1053] El sacrificio de un héroe sació su venganza, los honores del consulado aumentaron su vanidad, pero su poderío seguiría siendo imperfecto y precario mientras las prefecturas de Oriente y de Constantinopla estuvieran en manos de Taciano[1054] y de su hijo Próculo, cuya autoridad conjunta contrarrestó por algún tiempo la ambición y el favoritismo del ministro del palacio. Los dos prefectos fueron acusados de saqueo y de cohecho en la

administración de la justicia y de la economía, y para procesar a delincuentes tan ilustres, el emperador nombró una comisión especial: se incluyeron varios jueces para que compartieran el cargo y afrenta de la injusticia, pero se reservó el derecho de pronunciar la sentencia al presidente, que era el mismo Rufino. El padre, depuesto de la prefectura de Oriente, fue enviado a una mazmorra; pero el hijo, consciente de que no era posible sincerarse ante un juez enemigo, había escapado en secreto, y Rufino habría tenido que conformarse con la víctima menos odiada si el despotismo no se hubiera valido de los ardides más ruines y mezquinos. La causa se manejó aparentemente con tanta equidad y moderación, que Taciano se ilusionó con una resolución favorable. Su confianza se incrementó con las solemnes protestas y los falsos juramentos del presidente, quien llegó a interponer el nombre sagrado del mismo Teodosio, y finalmente persuadieron al desdichado padre para que llamase, por medio de una carta privada, al fugitivo Próculo, quien fue capturado inmediatamente. Luego lo examinaron, lo condenaron y lo decapitaron en uno de los suburbios de Constantinopla, tan rápidamente que frustraron la clemencia del emperador. Sin consideración alguna por la desdicha de un senador consular, los crueles jueces obligaron a Taciano a presenciar la ejecución de su hijo: tenía la cuerda fatal atada al cuello, pero, cuando él esperaba, y tal vez deseaba, el alivio de una muerte rápida, se le permitió pasar el miserable resto de su vejez en el destierro y la pobreza.[1055] El castigo de los dos prefectos podría ser disculpado por los deslices de su propia conducta, y el encono de Rufino podría justificarse mediante la naturaleza celosa e insociable de la ambición. Pero sació su espíritu de venganza, tan desatinada como injusta, al quitarle a Licia, la patria de sus víctimas, la jerarquía de provincia romana,

al manchar a un pueblo inocente con aquella afrenta, y al declarar que los compatriotas de Taciano y Próculo quedaban para siempre inhabilitados para ejercer cualquier empleo honorífico o conveniente en el gobierno imperial.[1056] El nuevo prefecto de Oriente (pues Rufino inmediatamente reemplazó a su adversario) no tuvo que abandonar sus costumbres delictivas para cumplir con sus obligaciones religiosas, que se consideraban en aquel siglo esenciales para la salvación. En el suburbio de Calcedonia llamado la Encina se había construido una ostentosa residencia, a la cual añadió una iglesia majestuosa, consagrada a los apóstoles San Pedro y San Pablo, y santificada continuamente con las plegarias y penitencias de un grupo asiduo de monjes. Se convocó a un numeroso sínodo de los obispos de Oriente, prácticamente general, para celebrar al mismo tiempo la consagración de la iglesia y el bautismo del fundador. Ambas ceremonias se llevaron a cabo con una pompa extraordinaria, y cuando Rufino fue purificado, en la sagrada fuente, de todos los pecados que había cometido hasta entonces, un venerable ermitaño de Egipto se ofreció precipitadamente como padrino de un ministro engreído y ambicioso.[1057]

El carácter de Teodosio obligó al ministro a adoptar la hipocresía, que encubría, y a veces refrenaba, el abuso de poder. Y Rufino temía perturbar el sueño indolente de un príncipe que aún era capaz de ejercer las habilidades y virtudes que lo habían elevado al trono.[1058] Pero la ausencia, e inmediatamente después la muerte del emperador, confirmaron la total autoridad de Rufino sobre Arcadio y sus dominios, ya que era un joven frágil que el tiránico prefecto consideraba su discípulo más que su soberano. Sin importarle la opinión pública, daba rienda suelta a sus emociones sin remordimiento, y su ánimo malvado y voraz rechazaba todos los impulsos que podrían haber

contribuido a su propia gloria o a la dicha del pueblo. Su codicia,[1059] que al parecer predominaba en su mente corrupta sobre todas las demás pasiones, fue atesorando todas las riquezas de Oriente con toda clase de extorsiones más o menos generales o parciales: impuestos opresivos, escandalosos sobornos, multas desmedidas, confiscaciones injustas, testamentos falsos o forzosos, por los cuales el tirano despojaba a los hijos de extranjeros o enemigos de su legítima herencia, y la venta pública de la justicia y los privilegios en el mismo palacio de Constantinopla. Todos los aspirantes ambiciosos estaban dispuestos a sacrificar lo mejor de su patrimonio por los honores y los ingresos de un gobierno provincial; y así, la vida y la hacienda de los desdichados ciudadanos quedaban en manos del mejor postor; y la insatisfacción pública solía aplacarse castigando a algún delincuente impopular, cuya pena sólo beneficiaba al prefecto de Oriente, su cómplice y su juez. Si la codicia no cegase tanto al hombre, los móviles de Rufino atraerían nuestra curiosidad, y nos detendríamos a examinar con qué finalidad violaba todos los principios de humanidad y justicia para acumular esos inmensos tesoros que no podía disfrutar sensatamente ni poseer sin peligro. Tal vez imaginara que trabajaba por los intereses de su única hija, a quien trataba de relacionar con su discípulo y de conferirle la venerable jerarquía de emperatriz de Oriente. Tal vez se engañara a sí mismo creyendo que su codicia era el instrumento de su ambición. Aspiraba a colocar su fortuna sobre una base sólida e independiente, al resguardo de los caprichos del joven emperador, pero no supo ganarse el ánimo del pueblo y de los soldados con una generosa distribución de esas riquezas que había adquirido con tanto esfuerzo y desenfreno. La extrema mezquindad de Rufino le trajo solamente la reprobación y la

envidia por la riqueza mal habida, pues sus criados lo servían sin ningún apego y el odio universal era reprimido por el temor servil. El destino de Luciano proclamó a Oriente que el prefecto, ya menos eficaz en su desempeño, conservaba todo su desvelo en el logro de sus venganzas. Luciano, el hijo del prefecto Florencio, opresor de la Galia y enemigo de Juliano, había utilizado una parte considerable de su herencia, producto del saqueo y de la corrupción, para obtener la amistad de Rufino y el cargo jerárquico de conde de Oriente. Pero el nuevo magistrado tuvo la imprudencia de transgredir las reglas del palacio y de su tiempo, humilló a su benefactor al contraponer su virtuoso desempeño, y se atrevió a rechazar un acto de injusticia que podría haber sido beneficioso para el tío del emperador. Entonces Arcadio fue fácilmente persuadido para que desagraviase el supuesto insulto, y el prefecto de Oriente se encargó personalmente de la cruel venganza que estaba ideando contra aquel ingrato subalterno. Recorrió con prisa y sin detenerse el trayecto de setecientas u ochocientas millas (de 960 a 1100 km) que separaba Constantinopla de Antioquía, entró en la capital de Siria en plena noche y provocó consternación en los pobladores, que ignoraban su plan pero conocían su temperamento. El conde de quince provincias de Oriente fue arrastrado, como el delincuente más infame, ante el tribunal de Rufino. A pesar de su cabal integridad, que ni siquiera fue sometida a acusación alguna, Luciano fue condenado, casi sin proceso judicial, a padecer un castigo cruel y vergonzoso. Los ministros del tirano, por su orden y en su presencia, le pegaron en la nuca con unas correas de cuero cargadas con plomo en el extremo; y cuando se desvaneció bajo los gritos de dolor, se lo llevaron en una litera cerrada para ocultar su agonía a los ojos de un pueblo indignado. Apenas terminó con este acto inhumano,

que era el único objeto de su expedición especial, Rufino regresó, entre las maldiciones calladas y recónditas de un pueblo aterrorizado, de Antioquía a Constantinopla, acelerando el viaje con la esperanza de celebrar sin demoras la boda de su hija con el emperador de Oriente.[1060]

Pero Rufino enseguida advirtió que un ministro prudente debe mantener a su discípulo real atrapado por los vínculos poderosos, aunque invisibles, de la costumbre, y que todo mérito, y mucho más el favoritismo, se van borrando en poco tiempo de la mente de un soberano frágil y caprichoso. Mientras el prefecto saciaba su venganza en Antioquía, una conspiración secreta de los eunucos favoritos, y encabezada por el gran chambelán Eutropio, socavó su poderío palaciego. Descubrieron que Arcadio no amaba a la hija de Rufino, escogida como su novia sin su propio consentimiento, e idearon colocar en su lugar a la bella Eudoxia, hija de Bauto,[1061] general de los francos al servicio de Roma, educada desde la muerte de su padre, con la familia de los hijos de Promotus. El joven emperador, cuya castidad había estado estrictamente resguardada por el desvelo de su tutor Arsenio,[1062] quedó entrañablemente cautivado por las descripciones elogiosas y astutas sobre los encantos de Eudoxia; fijaba ansiosamente la vista en su retrato, y entendió que debía ocultarle sus planes amorosos a un ministro extremadamente interesado en oponerse a la consumación de su felicidad. Poco después del regreso de Rufino, se anunció la inminente boda real al pueblo de Constantinopla, que se preparó para festejar con falsas aclamaciones la dicha de aquella hija (27 de abril de 395 d. C.). Una impresionante comitiva de eunucos y cortesanos salió de las puertas del palacio, en una pompa nupcial, ostentando en alto la diadema, la vestimenta y los adornos preciosos de la futura

emperatriz. La solemne procesión atravesó las calles de la ciudad, ataviadas con guirnaldas y llenas de espectadores; pero cuando llegó a la casa de los hijos de Promotus, el eunuco principal entró con respeto a la mansión, vistió a la bella Eudoxia con el manto imperial, y la condujo triunfalmente al palacio y al lecho de Arcadio.[1063] La reserva y el éxito con que se manejó la conspiración contra Rufino lo ridiculizó para siempre por haberse dejado burlar estando justamente en un puesto donde el engaño y el disimulo constituyen el mérito más distintivo. En medio de su indignación y su temor, estuvo reflexionando sobre la victoria del ambicioso eunuco, que había cautivado en secreto la preferencia del soberano, y sobre la deshonra de su hija, cuyos intereses se hallaban inseparablemente unidos a los suyos. Así quedó herido el cariño o, al menos, el orgullo de Rufino. Mientras se deleitaba pensando que iba a encabezar un linaje de reyes, una joven extraña y educada en casa de sus implacables enemigos era introducida en el lecho imperial. Y además, en poco tiempo, Eudoxia exhibió una superioridad intelectual y espiritual que le permitió mejorar la influencia que su belleza debía ejercer en el ánimo de un marido joven y enamorado. El emperador se vio forzado a odiar, temer y destruir al súbdito poderoso que él había agraviado; y Rufino, consciente de sus responsabilidades, perdió toda esperanza de seguridad y consuelo en el futuro retiro de su vida privada. Pero todavía tenía en sus manos los medios más efectivos para defender su cargo, y tal vez para oprimir a sus enemigos. El prefecto aún ejercía una autoridad absoluta sobre el gobierno civil y militar de Oriente; y si se decidía a utilizar sus tesoros, era posible obtener los instrumentos adecuados para la ejecución de las ideas más oscuras que la soberbia, la ambición y la venganza podían

sugerir a un funcionario desesperado. El carácter de Rufino parecía justificar las acusaciones de haber conspirado contra la persona de su soberano para ocupar el trono vacante, y de haber llamado secretamente a los hunos y a los godos para que invadiesen las provincias del Imperio para incrementar la confusión pública. El sagaz prefecto, que había pasado su vida en medio de intrigas palaciegas, combatió con las mismas armas las artimañas del eunuco Eutropio, pero el alma temerosa de Rufino se estremeció ante la hostil llegada de otro rival más imponente, el extraordinario Estilicón, general, o más bien amo, del Imperio de Occidente.[1064]

Estilicón disfrutó del don celestial —que logró Aquiles y envidiaba Alejandro— de un poeta digno de aclamar las acciones de los héroes. Y lo hizo en mucha mayor medida de la que podía esperarse por la decadencia en que se hallaban el genio y el arte. La musa de Claudiano,[1065] rendida a su voluntad, siempre estaba preparada para humillar a sus adversarios, Rufino y Eutropio, con la deshonra eterna, o para pintar con espléndidos colores las victorias y las virtudes de un poderoso benefactor. Al reseñar un período del que existen pocos materiales auténticos, tenemos que acudir, para historiar el reinado de Honorio, a los insultos o elogios de un escritor contemporáneo; pero como Claudiano aparentemente disfrutó con holgura de los derechos de poeta y de cortesano, debemos obrar con espíritu crítico para traducir el lenguaje de la ficción o exageración en la veracidad y la simpleza de la prosa histórica. Su silencio acerca de la familia de Estilicón comprueba que el interesado no podía ni quería jactarse de una larga serie de antepasados ilustres; y la ligera mención de su padre, oficial de la caballería bárbara, parece apoyar la opinión de que el general que comandó durante tanto tiempo los ejércitos de Roma

descendía de la raza salvaje y traidora de los vándalos.[1066] Si Estilicón no hubiera contado con las ventajas exteriores de la fuerza y la estatura, el poeta más adulador no se habría atrevido, en presencia de tantos testigos, a afirmar que superaba a los semidioses de la Antigüedad, y que cada vez que se movía con altivez por las calles de la capital, una multitud asombrada abría paso al extranjero, que aun en su esfera privada ostentaba la increíble majestad de un héroe. Desde niño se dedicó a la carrera de las armas. Por su prudencia y su valor, muy pronto se destacó en el campo de batalla. Los jinetes y arqueros de Oriente admiraban su destreza, y en cada peldaño de sus ascensos militares, la opinión pública anticipaba y aplaudía siempre la elección del soberano. Teodosio lo designó para ratificar un solemne tratado con el monarca de Persia, y en esa importante misión, realzó la dignidad del nombre romano. Cuando regresó a Constantinopla, sus méritos fueron recompensados con una alianza íntima y honorífica con la familia imperial. Movido por un cariño fraternal, Teodosio adoptó como propia a la hija de su hermano Honorio, la corte complaciente admiró la belleza y las capacidades de Serena,[1067] y Estilicón pasó a ser el favorito entre una multitud de rivales que ambiciosamente disputaban la mano de la princesa y la preferencia del padre adoptivo.[1068] Convencido el emperador de que el esposo de Serena sería fiel al trono, al que estaba autorizado a acercarse, exaltó la fortuna y empleó el talento del perspicaz e intrépido Estilicón. Éste fue ascendiendo de general de caballería y conde de los domésticos a la suprema categoría de general de caballería e infantería de todo el Imperio Romano, o al menos el de Occidente.[1069] Sus enemigos confesaron que jamás vendió por dinero los galardones del mérito, ni negó a los soldados su salario y las gratificaciones que merecían o pretendían de los agasajos del

gobierno[1070] (385-408 d. C.). El valor y la conducta que demostró luego en defensa de Italia contra las armas de Alarico y Radagaiso podrían justificar la fama de sus primeras hazañas; y en un siglo que tenía menos en cuenta las leyes del honor o del orgullo, es posible que los generales romanos cedieran la preeminencia del rango a la influencia del genio superior.[1071] Lamentó y vengó el asesinato de Promotus, su amigo y rival; y el poeta describe la matanza de varios miles de bastarnos fugitivos como un sacrificio sangriento que el Aquiles romano ofrendó al espíritu de otro Patroclo. Todas esas virtudes y victorias de Estilicón merecían el odio de Rufino; y sus calumnias habrían tenido éxito si la tierna Serena no hubiera estado alerta para proteger a su marido de sus enemigos domésticos, mientras éste derrotaba a sus adversarios en el campo de batalla en defensa del Imperio.[1072] Teodosio siguió sosteniendo a un ministro despreciable, en cuya diligencia delegó el gobierno del palacio y de Oriente. Pero cuando marchó contra el tirano Eugenio, se unió al fiel general para los esfuerzos y glorias de la guerra civil; y en los últimos instantes de su vida, el monarca agonizante encomendó a Estilicón el cuidado de su hijo y de la República.[1073] La ambición y el talento de Estilicón estaban a la altura de esa misión tan importante, y reclamó la tutoría de ambos imperios mientras Arcadio y Honorio fueran menores de edad.[1074] La primera medida de su administración, o más bien de su reinado, mostró a las naciones el vigor y la actividad de un espíritu digno del mando. Atravesó los Alpes en pleno invierno, bajó por la corriente del Rin, desde la fortaleza de Basilea hasta los pantanos de Batavia, supervisó el estado de las guarniciones militares, reprimió las acciones de los germanos y, después de decretar en esas márgenes una paz firme y honorífica, regresó con asombrosa velocidad al palacio de Milán.[1075] Honorio y su

corte estaban sometidos al general de Occidente; y los ejércitos y provincias de Europa obedecían sin dudar a una autoridad regular, ejercida en nombre del joven soberano. Sólo quedaban dos rivales para disputar las pretensiones y provocar la venganza de Estilicón. En África, el moro Gildo mantenía una arrogante y peligrosa independencia; y el ministro de Constantinopla afirmaba su reinado sobre el emperador y el Imperio de Oriente.

La imparcialidad que Estilicón profesaba como tutor común de Arcadio y Honorio lo llevó a dividir equitativamente las armas, las joyas, y los majestuosos muebles y vestidos del difunto emperador.[1076] Pero el objeto principal de la herencia consistía en las numerosas legiones, cohortes y escuadrones romanos o bárbaros que la guerra civil había unido bajo el dominio de Teodosio. Las multitudes de Europa y de Asia, perturbadas por hostilidades recientes, estaban sometidas a la autoridad de un solo hombre, y la estricta disciplina de Estilicón protegía la tierra de los ciudadanos contra los saqueos de los descontrolados soldados.[1077] Sin embargo, ansioso e impaciente por aliviar a Italia de aquel temible ejército, que sólo podía ser útil en las fronteras del Imperio, aceptó el pedido del ministro de Arcadio y declaró su intención de volver a conducir personalmente las tropas de Oriente, utilizando ingeniosamente el rumor de un tumulto entre los godos para ocultar sus intenciones de ambición y de venganza.[1078] El espíritu culpable de Rufino se alarmó ante la llegada de un guerrero y de un rival cuya enemistad se había ganado. Consideraba con creciente terror que le quedaba poco tiempo de esa vida y poderío, y, como última esperanza, recurrió a la mediación del emperador Arcadio. Estilicón, que marchó al parecer por la costa del Adriático, no estaba lejos de la ciudad de Tesalónica cuando recibió un mensaje terminante para convocar a todas las tropas

de Oriente y para declarar que todos sus avances serían considerados como un acto de hostilidad por la corte bizantina. La obediencia inmediata e inesperada del general de Occidente convenció al pueblo de su lealtad y moderación; y como ya había cautivado el afecto de la tropa de Oriente, le encomendó la consumación de su plan sangriento, tal vez menos expuesto en su ausencia al peligro y a la reprobación. Estilicón dejó el mando de las tropas de Oriente al godo Gainas, en quien confiaba plenamente, dando por sentado al menos que el valiente bárbaro no se apartaría de su propósito por temores ni remordimientos. Los soldados fueron persuadidos con facilidad para castigar al enemigo de Estilicón y de Roma, y fue tal el odio general provocado por Rufino, que el secreto fatal comunicado a miles de individuos se preservó fielmente en la extensa marcha desde Tesalónica hasta las puertas de Constantinopla. Cuando estuvo decidida su muerte, concordaron en halagar su soberbia. Así, convencieron al ambicioso prefecto de que esos poderosos auxiliares se verían tentados de colocarle la diadema en la cabeza; y los tesoros que él repartió a su pesar fueron recibidos por la indignada multitud como un insulto más que como una dádiva. A una milla (1400 m) de la capital, en el campo de Marte y delante del palacio de Hebdomon, la tropa se detuvo, y tanto el emperador como el ministro se adelantaron, según la antigua costumbre, para saludar respetuosamente al representante del trono. A medida que Rufino iba pasando por las filas, encubriendo con calculada cortesía su orgullo innato, ambos flancos, por la derecha y por la izquierda, fueron formando un círculo y encerraron a la víctima condenada entre sus armas, y antes de que pudiera advertir el peligro de su situación, Gainas dio la señal de muerte. Un soldado atrevido y resuelto le atravesó el pecho con su espada, y

Rufino cayó, gimió y murió al lado del atemorizado emperador. Si la agonía de un instante pudiera compensar los delitos de toda una vida, o si pudiéramos apiadarnos de los ultrajes cometidos con un cadáver, quizás nuestra humanidad se habría conmovido por las horrorosas circunstancias que acompañaron la muerte de Rufino. Su cuerpo casi descuartizado fue entregado a la furia brutal de los hombres y mujeres del pueblo, que acudieron a montones de todos los barrios de la ciudad para pisotear los restos del soberbio ministro que, cuando fruncía el ceño, hacía temblar a todo el mundo. Le cortaron la mano derecha y la llevaron por las calles de Constantinopla en un gesto de burla cruel, para exigir contribuciones para el codicioso tirano, cuya cabeza expusieron públicamente en la punta de una lanza.[1079] Según los principios irracionales de las repúblicas griegas, la familia inocente debía participar del castigo de sus delitos. Pero la esposa y la hija de Rufino se salvaron por la influencia de la religión. Su santuario las protegió contra la furia del pueblo, y les fue permitido pasar el resto de su vida profesando su devoción cristiana, recluidas en Jerusalén[1080] (27 de noviembre de 395 d. C.).

El poeta servil de Estilicón aplaude con feroz alegría este horroroso hecho, que, aunque fuera un acto de justicia, violaba todas las leyes de la naturaleza y la sociedad, profanaba la majestad del príncipe y renovaba los peligrosos ejemplos de desenfreno militar. Al contemplar el orden y la armonía universal, Claudiano se mostraba satisfecho por la existencia de la Divinidad; pero la impunidad de los delitos parecía contradecir sus atributos morales, y el destino de Rufino era el único acontecimiento que podía disipar las dudas religiosas del poeta.[1081] Semejante acto podía confirmar el honor de la Providencia pero no contribuía mucho a la felicidad del pueblo,

que, en menos de tres meses, pudo enterarse del rumbo del nuevo régimen, con un edicto particular sobre el derecho exclusivo del tesoro público sobre los bienes de Rufino. Y los ciudadanos del Imperio de Oriente que habían sido agraviados por el rapaz tirano tuvieron que permanecer callados, bajo amenaza de severas penas.[1082] Ni siquiera Estilicón logró lo que esperaba con el asesinato de su rival; y aunque vio satisfecha su venganza, se frustró su ambición. La debilidad de Arcadio necesitaba un dueño bajo la forma de un favorito, pero naturalmente prefería el talento servil del eunuco Eutropio, que había obtenido su confianza doméstica, y contemplaba con terror y aversión el genio firme de un guerrero foráneo. Mientras estuvieran divididos por los celos del poder, la espada de Gainas y los encantos de Eudoxia apoyaron el privilegio del gran chambelán del palacio: el traidor godo, nombrado general de Oriente, traicionó sin escrúpulos a su benefactor, y los mismos soldados que acababan de asesinar al enemigo de Estilicón se comprometieron a apoyar, en su contra, la independencia del trono de Constantinopla. Los favoritos de Arcadio fomentaron una guerra secreta e irreconciliable contra un héroe temible, empeñado en gobernar y defender los dos imperios de Roma y a los dos hijos de Teodosio. Se esforzaban noche y día con oscuras maquinaciones para quitarle la estima del príncipe, el respeto del pueblo y la amistad de los bárbaros. La vida de Estilicón sufrió el acecho continuo de asesinos contratados, y se obtuvo un decreto del Senado de Constantinopla para declararlo enemigo de la república y confiscar sus grandes posesiones en las provincias de Oriente. En una época en que la única esperanza de contener la ruina del nombre romano dependía del apoyo mutuo y firme de todas las naciones que conocían la situación, Arcadio y Honorio

ordenaron a sus respectivos súbditos que se miraran como extraños y enemigos, se alegraran de sus mutuas calamidades y adoptaran como leales aliados a los bárbaros, estimulándolos a invadir los territorios de sus compatriotas.[1083] Los nativos de Italia aparentaban despreciar a los griegos serviles y afeminados de Bizancio, que imitaban la vestimenta y usurpaban el rango de los senadores romanos;[1084] y los griegos todavía no habían olvidado los sentimientos de odio y desprecio que sus antepasados habían sentido siempre por los rudos habitantes de Occidente. La división de dos gobiernos, que pronto dio lugar a la separación de dos naciones, justificará mi decisión de suspender la historia bizantina para continuar, sin interrupciones, con la crónica del reinado de Honorio, deshonroso pero memorable.

El prudente Estilicón, en vez de insistir en forzar la voluntad de un príncipe y de un pueblo que rechazaban su gobierno, tuvo la sensatez de dejar a Arcadio en las manos indignas de sus favoritos. Y su resistencia a involucrar a los dos imperios en una guerra civil exhibió la moderación de un ministro que había sobresalido en la milicia por su valor y su desempeño. Pero si Estilicón se hubiera desentendido de la rebelión de África, habría dejado la defensa de la capital y la majestad del emperador de Occidente en manos de un moro rebelde, insolente y caprichoso. Gildo, hermano[1085] del tirano Firmo, conservó y disfrutó, como premio a su lealtad aparente, el inmenso patrimonio que no merecía por su traición. Su extenso y eminente servicio en los ejércitos romanos lo habían encumbrado a la jerarquía de conde militar. La limitada política de la corte de Teodosio había adoptado el malicioso recurso de sostener un gobierno legal con los intereses de una familia poderosa, y al hermano de Firmo le otorgaron el mando de

África. Su ambición se apropió luego de la administración de la justicia y las finanzas, sin contabilidad ni control, y conservó durante doce años un empleo del cual era imposible sacarlo sin correr el riesgo de una guerra civil. En ese período, las provincias de África sufrieron bajo el dominio de un tirano que parecía combinar el temperamento insensible de un extranjero con los resentimientos parciales de la facción doméstica. Las formalidades legales solían ser reemplazadas por el uso del veneno; y si los temerosos invitados a la mesa de Gildo se atrevían a manifestar sus miedos, se enfurecía como agraviado y llamaba a gritos a sus verdugos. El moro se permitía alternativamente la codicia y la lujuria;[1086] y si sus *días* eran horrorosos para los ricos, sus *noches* no eran menos terribles para los maridos y los padres, pues prostituía tiránicamente a esposas e hijas, entregándolas luego a una pandilla desalmada de bárbaros y asesinos, los negros o morenos nativos del desierto, a quienes Gildo consideraba únicos guardianes de su trono. En la guerra civil entre Teodosio y Eugenio, el conde, o más bien el soberano de África, mantuvo una neutralidad altanera y sospechosa, se negó a auxiliar a cualquiera de los dos bandos con soldados o navíos, esperó la decisión de la suerte y reservó al conquistador sus vanas expresiones de lealtad. Esas expresiones no satisfacían al amo del Imperio Romano, pero la muerte de Teodosio, y la debilidad y la discordia de sus hijos consolidaron el poder del moro, quien aceptó, como prueba de su moderación, abstenerse del uso de la diadema y otorgar a Roma el usual tributo, o más bien subsidio, de trigo. En todas las divisiones del Imperio, las cinco provincias de África correspondían invariablemente a Occidente, y Gildo había accedido a gobernar ese extenso territorio en nombre de Honorio. Pero, como conocía el temperamento y los planes de

Estilicón, enseguida buscó el apoyo de otro soberano más débil y distante. Los ministros de Arcadio se comprometieron con la causa de un rebelde traidor, y la falsa esperanza de incorporar numerosas ciudades de África al Imperio de Oriente los embarcó en una empresa que eran incapaces de obtener con la razón y con las armas[1087] (386-398 d. C.).

Tras haber dado una respuesta firme y terminante a las pretensiones de la corte bizantina, Estilicón acusó solemnemente al tirano de África ante el tribunal que antes juzgaba a los reyes y naciones de la tierra, y aquella imagen de la república revivió después de mucho tiempo bajo el reinado de Honorio. El emperador transmitió un informe amplio y detallado de las quejas de los habitantes y de los delitos de Gildo al Senado romano, y se les pidió a los miembros de aquella venerable junta que dictaran su condena al rebelde. Por unanimidad, lo declararon enemigo de la República, y el decreto del Senado agregó una sanción sagrada y legítima a las armas romanas.[1088] Un pueblo que aún recordaba que sus antepasados habían sido los dueños del mundo debía aplaudir con consciente orgullo aquel remedo de la antigua libertad, si no hubiera estado habituado a anteponer la seguridad del pan a las visiones insustanciales de libertad y grandeza. La subsistencia de Roma dependía de las cosechas de África y era evidente que una declaración de guerra implicaría hambre. El prefecto Símaco, que presidía las deliberaciones del Senado, advirtió al ministro acerca de su temor de que, apenas prohibiera el moro vengativo la exportación de trigo, la tranquilidad y tal vez la seguridad de la capital se verían amenazadas por el hambriento desenfreno de una muchedumbre alborotada.[1089] Con prudencia, Estilicón tomó inmediatamente la medida más efectiva para aliviar al pueblo romano. Embarcó una provisión cuantiosa y oportuna

de trigo del interior de Galia, la bajó por la corriente rápida del Ródano y la transportó fácilmente hasta el Tíber. Durante toda la guerra africana, rebosaron los graneros de Roma, recuperando su dignidad de la humillante dependencia, y el pueblo inmenso gozó de la tranquila seguridad de la paz y la abundancia[1090] (397 d. C.).

Estilicón encomendó la causa de Roma y la conducción de la guerra africana a un general eficaz y ansioso por vengar sus agravios personales sobre la cabeza del tirano. La discordia reinante en la casa de Nabal había generado una pelea mortal entre sus dos hijos, Gildo y Mascezel.[1091] El usurpador persiguió, con furia implacable, a su hermano menor, cuyo coraje y habilidades le causaban miedo. Y Mascezel, acosado por un poder superior, se refugió en la corte de Milán, donde pronto supo que sus dos hijos, inocentes e indefensos, habían sido asesinados por su inhumano tío. El dolor del padre sólo pudo consolarse con su deseo de venganza. Estilicón, siempre alerta, preparó las fuerzas navales y militares de todo el Imperio de Occidente, y tenía decidido que, en caso de resistencia por parte del tirano, lo enfrentaría personalmente. Pero como Italia requería su presencia, y era peligroso debilitar la defensa de la frontera, consideró más acertado encargar el arduo intento a Mascezel, al frente de un cuerpo selecto de veteranos galos, que habían servido últimamente bajo las banderas de Eugenio. Estas tropas, a quienes exhortaron para que convencieran al mundo de que tenían en sus manos la posibilidad de derrocar o defender el trono de un usurpador, se componían de las legiones jovia, hercúlea y augusta, de los auxiliares nervios, de los soldados que exhibían en sus banderas el símbolo de un león, y de las tropas que sobresalían con los auspiciosos nombres de «afortunadas» e «invencibles». Pero estas fuerzas eran tan escasas,

o tan difícil su reclutamiento, que las siete divisiones,[1092] de gran dignidad y reputación en el servicio de Roma, llegaban apenas a cinco mil efectivos.[1093] La escuadra de galeras y trasportes partió, en medio de una tempestad, del puerto de Pisa, en Toscana, y se dirigió hacia la pequeña isla de Capraria, que debía ese nombre a las cabras silvestres, sus primeros habitantes, cuyo territorio estaba ocupado en ese momento por una nueva colonia de aspecto extraño y salvaje. «Toda la isla —dice un ingenioso viajero de la época—, está llena, o más bien contaminada, de gente que va huyendo de la luz. Se llaman a sí mismos "monjes" o solitarios, porque eligen vivir solos y sin testigos de sus acciones. Temen los dones de la fortuna, por el miedo de perderlos, y para no ser desdichados, llevan voluntariamente una vida miserable. ¡Qué elección más absurda! ¡Qué concepto trastornado! ¡Temer los males sin ser capaces de sostener los logros de la condición humana! O esta triste locura es efecto de alguna enfermedad o el arrepentimiento de sus maldades lleva a estos desdichados a aplicar en su propio cuerpo los tormentos que la justicia impone a los esclavos fugitivos».[1094] Tal era el desprecio de un magistrado profano hacia los monjes de Capraria, reverenciados por el devoto Mascezel como los siervos escogidos por el Señor.[1095] Algunos de ellos fueron persuadidos por sus súplicas para que se embarcaran en la escuadra, y se cuenta, alabando al general romano, que éste empleaba días y noches en plegarias, ayunos y cantando salmos. El devoto líder, que con aquel refuerzo parecía seguro de la victoria, evitó los peligrosos peñascos de Córcega, fue bordeando la costa oriental de Cerdeña, y afianzó sus naves contra la violencia del viento sur, anclando en la bahía amplia y protegida de Cáller, a una distancia de ciento cuarenta millas (200 km) de las playas africanas.[1096]

Gildo se preparó para resistir la invasión con todas las fuerzas de África. Por medio de agasajos y promesas, se esmeraba en afianzar la dudosa lealtad de los soldados romanos, a la vez que atraía a sus banderas a las tribus remotas de Getulia y Etiopía. Supervisó orgullosamente un ejército de setenta mil hombres, y se jactó, con esa soberbia temeraria que es precursora del fracaso, de que su numerosa caballería iba a aplastar con sus cascos a las tropas de Mascezel, y a envolver en una polvareda de arena abrasadora a los nativos de las regiones frías de Galia y de Germania.[1097] Pero el moro que comandaba las legiones de Honorio conocía muy bien las costumbres de sus compatriotas como para sentir serios temores acerca de un ejército desnudo y desordenado de bárbaros, cuyo brazo izquierdo, en vez de escudo, se protegía solamente con un manto, que quedaban totalmente desarmados apenas arrojaban la lanza con el brazo derecho, y cuyos caballos no sabían cómo mantener el control ni dirigirse ordenadamente. Acampó con sus cinco mil veteranos a la vista de un enemigo superior, y a los tres días dio la señal de batalla general.[1098] Cuando Mascezel avanzó, ofreciendo la paz y el indulto, se encontró con el alférez de los africanos y, como se negó a rendirse, le clavó su espada en el brazo y la bandera cayó al suelo. Entonces, los demás alféreces de la línea creyeron que se había rendido y lo imitaron. Con esta señal, las cohortes, ahora desleales, aclamaron a su legítimo soberano; y los bárbaros, atónitos por la deserción de los aliados romanos, se dispersaron, según su costumbre, descontroladamente. Así fue como Mascezel obtuvo los honores de una victoria fácil y nada sangrienta.[1099] El tirano huyó del campo de batalla hacia la playa y se arrojó a un pequeño barco con la esperanza de llegar a algún puerto amistoso del Imperio de Oriente, pero la tenacidad del viento lo llevó de regreso a la bahía de Tabraca,[1100] que

había reconocido, junto con el resto de la provincia, el poder de Honorio y la autoridad de su lugarteniente. Los habitantes, como muestra de arrepentimiento y lealtad, apresaron y encerraron a Gildo en una mazmorra, y su propia desesperación lo salvó del tormento de presenciar el triunfo de su agraviado hermano.[1101] Los cautivos y despojos del África fueron colocados junto al emperador; pero Estilicón, cuya moderación parecía más evidente y más sincera en la prosperidad, seguía acudiendo a las leyes de la república, y traspasó al Senado y al pueblo de Roma la condena de los delincuentes más ilustres.[1102] El proceso judicial fue público y solemne; aunque los jueces, en el desempeño de aquel poder anticuado y precario, estaban ansiosos por castigar a los magistrados africanos que habían perjudicado el abastecimiento del pueblo romano. Los ministros imperiales, que tenían un interés evidente por multiplicar la cantidad de cómplices de Gildo, acosaron a aquella provincia rica y criminal, y, aunque un edicto de Honorio pareció contener el afán perverso de los delatores, otro dictado diez años después renovó las pesquisas contra los agravios cometidos en la época de la rebelión general.[1103] Los seguidores del tirano que se salvaron de la primera embestida de los soldados y de los jueces lograron cierto consuelo con el destino trágico de su hermano, que nunca obtuvo el indulto por los extraordinarios servicios que había prestado. Una vez concluida una guerra tan importante en un solo invierno, Mascezel fue recibido en la corte de Milán con honores, fingido agradecimiento y celos ocultos;[1104] y su muerte, quizás accidental, se atribuyó a la maldad de Estilicón. Al pasar por un puente, acompañado por el general de Occidente, el príncipe moro cayó de su caballo al río. La sonrisa cruel y traidora de Estilicón reprimió la acción rápida y solícita de los acompañantes, y, como se demoraron en

atenderlo, el desdichado Mascezel se ahogó[1105] (398 d. C.).

El júbilo del triunfo africano se realzó con la boda del emperador Honorio y su prima María, hija de Estilicón. Esta alianza tan honorable parecía otorgar al poderoso ministro la autoridad de un padre sobre su sumiso discípulo. La musa de Claudiano no se calló ese día tan auspicioso,[1106] pues entonó en varios cantares llenos de vida la dicha de la pareja real y la gloria de un héroe que afianzaba su unión y mantenía el trono. El genio poético sacó del olvido las antiguas fábulas de Grecia, que habían desaparecido prácticamente del culto religioso. El cuadro de la alameda en Chipre, sitio de armonía y amor, la carrera triunfante de Venus por sus mares nativos y la influencia que su presencia ejercía por el palacio de Milán, retratan en todos los siglos los sentimientos naturales en el lenguaje apropiado y agradable de la ficción alegórica. Pero la amorosa impaciencia que Claudiano atribuye al joven príncipe debió provocar la sonrisa de la corte,[1107] y su bella esposa (si realmente lo era) poco tenía que esperar o temer de las pasiones de su amante. Honorio contaba apenas catorce años. Serena, la madre de la novia, pidió que se postergara la consumación del matrimonio, y María murió virgen, después de doce años de casada. La castidad del emperador quedó asegurada por la frialdad o quizás por la debilidad de su constitución física.[1108] Los súbditos, que estudiaban atentamente el carácter de su soberano, descubrieron que Honorio carecía de pasiones, y por consiguiente de talentos, y que su temperamento débil y lánguido lo inhabilitaba tanto para el desempeño de su cargo como para disfrutar los placeres propios de su edad. De niño, el monarca de Occidente progresó un poco como jinete y en el tiro con arco y flecha; pero luego abandonó esos ejercicios tan fatigosos y se dedicó mañana y tarde a alimentar a las aves del corral,[1109] entregando las riendas

del Imperio a las manos firmes y eficaces de su tutor Estilicón. La experiencia de la historia corrobora la sospecha de que un príncipe nacido en el trono recibió peor educación que el campesino más humilde de sus dominios, y que el ambicioso ministro lo dejó llegar a la madurez sin estimular su valor ni ilustrar su entendimiento.[1110] Los antecesores de Honorio estaban habituados a incentivar el valor de las legiones con su ejemplo, o al menos, con su presencia, y las fechas de sus leyes atestiguan la continua actividad de sus movimientos por las provincias del mundo romano. Pero el hijo de Teodosio fue consumiendo su vida soñolienta encerrado en el palacio, como extranjero en su patria, y como espectador paciente y casi indiferente de la ruina del Imperio de Occidente, atacado repetidamente, y derribado al fin por las armas de los bárbaros. En la historia de su reinado de veintiocho años, llena de incidentes, pocas veces será necesario mencionar el nombre del emperador Honorio.

HUNOS, GODOS, GERMANOS. LAS INVASIONES DEL SIGLO V

Nota bibliográfica

En estos capítulos Gibbon se ocupa de las distintas invasiones que sufrió el Imperio Romano a partir del siglo V. *Destaca la figura de Alarico, el jefe visigodo, por su habilidad militar y también por su personalidad, que Gibbon contrapone a las pálidas y temerosas figuras de los emperadores, como Honorio, el emperador de Occidente. Este emperador excluye de los cargos del estado a todos aquellos que fueran contrarios a la Iglesia católica, incluso a quienes podrían haber sido útiles para la defensa de Roma. En la visión de Gibbon, esta actitud es un ejemplo de los efectos negativos que tuvo para el Imperio la exacerbada religiosidad cristiana.*

En su explicación sobre las invasiones, Gibbon combina dos factores: la fragilidad de las fronteras del Imperio y la debilidad institucional, manifiesta especialmente en la incapacidad del Senado. La historiografía más reciente relativiza la visión de la decadencia y considera las invasiones del siglo V *como un momento de crisis y transición (véase «El triunfo del cristianismo y la división del Imperio», p. 13). Un debate importante se articula en torno a las transformaciones del sistema esclavista y las formas adoptadas por el colonato: decadencia, supervivencia o crisis. Con referencia al siglo* V, *los historiadores se ocupan especialmente de los procesos sociales y las distintas formas de conflictividad social, como las* bacaudae.

Visión general del Bajo Imperio: *M. Rostovtzeff*, Historia social y económica del Imperio Romano, *Madrid, Espasa-Calpe, 1962. P. Garnsey y R. Saller*, El Imperio Romano. Economía, sociedad y cultura, *Barcelona, Crítica, 1991. C. Wells*, El Imperio Romano, *Madrid, Taurus, 1986. S. Mazzarino*, L'Impero Romano, *3 vols., Bari, 1976. Ch. G. Starr*, The Roman Empire 27 B.C.-A.D. 476. A Study in Survival, *Oxford, 1982. F. Millar*, El Imperio Romano y sus pueblos limítrofes. El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, *Historia Universal Siglo XXI, tomo IV, Madrid, 1975. F. Altheim*, Historia de Roma, *3 vols., México, 1961. A. H. M. Jones*, The Later Roman Empire. An Administrative, Economic and Social Survey. *Oxford 1973. A.A.V.V.*, The Late Empire, *Cambridge, 1956. A. Cameron y P, Garnsey*, The Cambridge Ancient History, vol. XII. The Late Empire, A. D. 337-425, *Cambridge University Press, 1998. F. G. Maier*, Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII, *Historia Universal Siglo XXI, tomo V, México, 1968.*

Visión del período: *J. B. Bury*, History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius to the Death of Justinian, *Londres, 1923. S. Mazzarino*, Stilicone, *Roma, 1942. J. Archi, (ed.)*, Istituzioni Giuridiche e Realità Politiche nel Tardo Impero (III-V sec. d. C.). *Milán, 1976. R. R. Macmullen*, Corruption and Decline of Rome, *New Haven, 1988. P. Brown*, The Making of Late Antiquity, *Harvard, 1978. P. Brown*, El mundo antiguo tardío, *Madrid, Taurus, 1989. A. Chastagnol*, Le Bas-Empire. *París, 1981. G. Dragon*, Naissance d'une Capitale: Constantinople et ses Institutions de 330 à 451, *París, 1974. H. Boulvert*, Domestique et Fonctionnaire sous le Haut-Empire Romain, *París, 1974. P. Garnsey*, Social Status and Roman Privilege in the Roman Empire, *Oxford, 1970. R. P. Duncan-*

Jones, Structure and Scale in the Roman Economy, *Cambridge, 1990. E. Demougeot*, De l'Unité á la Division de l'Empire Romain, 395-410. *París, Maisonneuve, 1951*.

Los pueblos y las invasiones: *E. A. Thompson*, A History of Attila and the Huns, *Oxford, 1933. E. A. Thompson*, The Visigoths in the Time of Ulfila, *Oxford, 1948. E. A. Thompson*, Romans and Barbarians: the Decline of the Western Empire, *Madison, Wisconsin, 1982. P. Courcelle*, Histoire Littéraire des Grandes Invasions Germaniques, *París, 1964. O. Maenchen-Helfen*, The World of the Huns, *Berkeley, Los Ángeles, 1973. L. Musset*, The Germanic Invasions: The Making of Europe A. D. 400-600, *Londres, 1975. W. Goffart*, Barbarians and Romans A. D. 418-584: The Techniques of Accommodation, *Princeton, 1980. H. J. Diesner*, The Great Migration: The Movement of Peoples across Europe A. d. 300-700, *Londres, 1982. P. J. Heather*, Goths and Romans 332-489, *Oxford, 1991. T. S. Burns*, A History of the Ostrogoths, *Bloomington, 1984. A. Cameron, J. Long y L. Sherry* Barbarians and Politics at the Court of Arcadius, *Berkeley, Los Ángeles, 1993*.

Enfoque socioeconómico: *K. Polanyi, C. M. Arensberg y H. W. Pearson*, Trade and Market in the Early Empires: Economies in History and Theory, *Chicago, 1957. P. Dockes*, La liberación medieval, *México, FCE, 1984. A.A.V.V.* La transición del esclavismo al feudalismo, *Madrid, Akal, 1975. M. I. Finley*, Estudios de historia antigua, *Madrid, Akal, 1981. P. Dockes y J. M. Servet*, Sauvages et Ensauvagés, *Presses Universitaires de Lyon, 1980. G. E. M. de Ste. Croix*, The Class Struggle, *Durkworth, 1981. P. Anderson*, Transiciones de la antigüedad al feudalismo, *México, Siglo XXI, 1985. M. Bloch y otros*, La transición del esclavismo al feudalismo, *Madrid, Akal, 1981. P. Bonnassie*, Del esclavismo al feudalismo en Europa Occidental, *Barcelona,*

Crítica, 1993. A. Marcone, Il Colonato Tardoantico nella Storiografia Moderna (da Fustel de Coulanges ai Nostri Giorni), *1998*.

Cultura y sociedad: *F. Altheim*, Visión de la tarde y de la mañana de la Antigüedad a la Edad Media, *Buenos Aires, 1965. Georges Duby y Michell Perrot (dirs.)*, Historia de las mujeres. La Antigüedad, *Madrid, Taurus, 1991, tomo I. Philippe Ariès y Geroge Duby*, Historia de la vida privada, *2 tomos, París, Taurus, 1988. R. Macmullen*, Paganism in the Roman Empire, *New Haven, 1981. W. Meeks*, Los orígenes de la moral cristiana, *Ariel, 1994*.

XXX

REBELIÓN DE LOS GODOS - SAQUEAN GRECIA - DOS GRANDES INVASIONES DE ITALIA POR ALARICO Y RADAGASTO - LOS RECHAZA ESTILICÓN - CORRERÍAS DE LOS GERMANOS POR LA GALIA - USURPACIÓN DE CONSTANTINO EN OCCIDENTE- DESHONRA Y MUERTE DE ESTILICÓN

Aún cuando los súbditos de Roma desconocieron sus obligaciones hacia el gran Teodosio, muy pronto admitieron con cuánto esfuerzo el espíritu y las habilidades de su difunto emperador habían sostenido el edificio frágil y enmohecido de la república. Murió en enero y antes de que finalizara el invierno del mismo año, la nación goda estaba en armas.[1111] Los bárbaros auxiliares levantaron su bandera independiente, y declararon con audacia los planes hostiles que habían abrigado tanto tiempo en sus ánimos feroces. Sus paisanos, que habían sido condenados por las condiciones del último pacto a una vida de tranquilidad y trabajo, abandonaron sus granjas al primer sonido del clarín, y recogieron ansiosos las armas que habían dejado con renuencia. Se derribaron las barreras del Danubio; los guerreros salvajes de Escitia salieron de sus bosques; y la extraordinaria severidad del invierno permitió que el poeta comentara que «rodaban sus pesados carruajes sobre la espalda ancha y helada del furioso río».[1112] Los infelices naturales de las provincias al sur del Danubio se sometieron a las calamidades que, en el curso de veinte años, casi se habían vuelto familiares a su imaginación; y las diversas tropas de bárbaros que se jactaban

del nombre de godos se esparcían en desorden desde las costas arboladas de Dalmacia hasta los muros de Constantinopla.[1113] La cesación, o al menos la disminución, del subsidio que los godos habían recibido por la prudente generosidad de Teodosio fue el engañoso pretexto para su rebelión; la afrenta recrudecía con su desprecio hacia los pacíficos hijos de Teodosio, y su rencor se inflamaba con la debilidad o la traición del ministro de Arcadio. Las frecuentes visitas de Rufino al campamento de los bárbaros, cuyas armas e indumentaria remedaba, fueron consideradas como una evidencia suficiente de su correspondencia culpable; y el enemigo público, por gratitud o por motivos políticos, perdonó, en medio de la devastación general, los bienes privados del impopular prefecto. En vez de ser impulsados por las pasiones ciegas y testarudas de sus jefes, ahora los godos eran dirigidos por el genio audaz y astuto de Alarico. Aquel renombrado líder descendía de la noble alcurnia de los Baltos,[1114] quienes sólo se rendían a la dignidad real de los Amalis. Había solicitado el mando de los ejércitos romanos; y la corte imperial lo impulsó a demostrarle el desatino de su rechazo y la importancia de su pérdida. Por más esperanza que pudiera tener acerca de la conquista de Constantinopla, el sensato general pronto abandonó tal inaccesible empresa. En medio de una corte dividida y de un pueblo descontento, el emperador Arcadio se aterrorizó ante las armas godas; pero la fortaleza de la ciudad suplía la falta de sabiduría y valor; y las fortificaciones, tanto en el mar como en la tierra, bien podían afrontar las impotentes y azarosas flechas de los bárbaros. Alarico desechó seguir arrasando los países abatidos y arruinados de Tracia y Dacia, y decidió buscar una cosecha abundante de fama y riqueza en una provincia que había escapado hasta entonces a los estragos de la guerra (395 d. C.).[1115]

El carácter de los oficiales civiles y militares en quienes Rufino había delegado el gobierno de Grecia confirmaba la sospecha pública de que había entregado la antigua sede de la libertad y la sabiduría al invasor godo. El procónsul Antíoco era el hijo indigno de un padre respetable; y Jeroncio, que mandaba las tropas provinciales, estaba mucho mejor calificado para ejecutar las órdenes opresivas de un tirano que para defender, con coraje y capacidad, un país extraordinariamente fortificado por la mano de la naturaleza. Alarico había atravesado, sin resistencia, las planicies de Macedonia y Tesalia hasta la falda del monte Eta, un conjunto de riscos empinado y boscoso casi intransitable para su caballería. Se extendía de este a oeste hasta la misma costa; y entre el precipicio y el Golfo Maliano dejaba un espacio de trescientos pies (91,43 m), que en algunos lugares se estrechaba hasta formar un camino que sólo admitía un carruaje.[1116] En este estrecho paso de las Termópilas, donde Leónidas y sus trescientos espartanos habían sacrificado gloriosamente sus vidas, un general habilidoso hubiera podido detener o destruir a los godos; y tal vez la visión de aquel lugar sagrado hubiera podido encender alguna chispa de ardor militar en los pechos de los envilecidos griegos. Las tropas que habían sido apostadas para defender el estrecho de las Termópilas se retiraron, como se les ordenó, sin hacer un intento por interrumpir el tránsito seguro y veloz de Alarico;[1117] y los fértiles campos de Fócida y Beocia se cubrieron al instante con una avalancha de bárbaros que masacraron a los hombres en edad de tomar las armas y se llevaron hermosas mujeres, con los despojos y rebaños de las aldeas incendiadas. Los viajeros que visitaban Grecia varios años después podían descubrir fácilmente las huellas profundas y sangrientas del paso de los godos. Y Tebas debió su salvación no tanto a la fortaleza de sus

siete puertas como a la ávida precipitación de Alarico, que avanzó para ocupar la ciudad de Atenas y el importante puerto de Pireo. La misma impaciencia lo impulsó a prevenir las demoras y peligros de un sitio con la oferta de una capitulación; y apenas los atenienses oyeron la voz del mensajero godo, se convencieron fácilmente de entregar la mayor parte de sus riquezas como rescate de la ciudad de Minerva y sus habitantes. El tratado se ratificó con juramentos solemnes, y se observó con mutua fidelidad. El príncipe godo fue admitido entre los muros con una comitiva pequeña y selecta; disfrutó la frescura de los baños, aceptó un banquete espléndido dispuesto por los magistrados, y se empeñó en mostrar que no desconocía los modales de las naciones civilizadas.[1118] Pero todo el territorio de Ática, desde el promontorio Sunio hasta la ciudad de Megara, fue destruido por su funesta presencia; y si podemos usar la comparación de un filósofo contemporáneo, Atenas misma parecía la piel sangrienta y vacía de una víctima sacrificada. La distancia entre Megara y Corinto no es mucho mayor a treinta millas (48,27 km); pero el *mal camino*, un nombre elocuente que todavía se mantiene entre los griegos, era, o podía volverse fácilmente, infranqueable para la marcha de un enemigo. Los bosques densos y lóbregos del Monte Citerón cubrían el interior del país; los peñascos de Esciro se aproximaban a la orilla del agua y soportaban el estrecho y sinuoso camino, encajonándolo por más de seis millas (9,65 km) a lo largo de la costa.[1119] El paso de esas rocas, tan infame en toda época, terminaba en el istmo de Corinto; y un pequeño cuerpo de soldados duros e intrépidos podía defender con éxito una trinchera provisoria de cinco o seis millas (8,04 ó 9,65 km) desde el mar Jónico al Egeo. La confianza de las ciudades del Peloponeso en su defensa natural las había llevado a descuidar sus antiguas murallas; y la

avaricia de los gobernadores romanos había vaciado y traicionado la desafortunada provincia.[1120] Corinto, Argos y Esparta se rindieron sin resistencia a las armas de los godos; y la muerte salvó a los habitantes más afortunados de contemplar la esclavitud de sus familias y el incendio de sus ciudades.[1121] Los bárbaros se repartieron los jarrones y estatuas, con mayor atención al valor de los materiales que a la elegancia de su fabricación; las mujeres cautivas se sometieron a las leyes de la guerra; disfrutar de la belleza fue el premio al valor; y los griegos no pudieron quejarse con razón de un abuso que estaba justificado por el ejemplo de los tiempos heroicos.[1122] Los descendientes de aquel pueblo extraordinario, que había considerado el valor y la disciplina como las murallas de Esparta, ya no recordaban la respuesta altruista de sus antepasados a un conquistador más formidable que Alarico: «Si eres dios, no dañarás a quien jamás te agravió; si eras hombre, avanza, y encontrarás hombres iguales a ti».[1123] El caudillo godo continuó su victoriosa marcha desde Termópilas a Esparta, sin encontrar ningún antagonista mortal; pero uno de los abogados del paganismo agonizante ha afirmado con seguridad que la diosa Minerva, con su égida formidable, y la sombra furiosa de Aquiles[1124] defendieron los muros de Atenas, y que el conquistador se desalentó con la presencia de las deidades hostiles de Grecia. En un siglo de milagros sería tal vez injusto disputar el derecho del historiador Zósimo al beneficio común; sin embargo, no puede ocultarse que la mente de Alarico estaba mal preparada para recibir, en el sueño o en la vigilia, las impresiones de la superstición griega. Las canciones de Homero y la fama de Aquiles probablemente nunca habían llegado a los oídos del *bárbaro* iletrado; y la fe *cristiana*, que había abrazado devotamente, le enseñó a menospreciar las divinidades

imaginarias de Roma y Atenas. La invasión de los godos, en vez de reivindicar los honores del paganismo, contribuyó, al menos accidentalmente, a extirpar sus últimos restos; y los misterios de Ceres, que habían subsistido dieciocho siglos, no sobrevivieron a la destrucción de Eleusis ni a las calamidades de Grecia (396 d. C.).[1125]

La última esperanza de un pueblo que ya no podía depender de sus armas, de sus dioses o de su soberano, fue puesta en la poderosa ayuda del general de Occidente; y Estilicón, a quien no se le había permitido rechazar a los invasores de Grecia, avanzó para castigarlos.[1126] Se equipó una numerosa flota en los puertos de Italia; y las tropas, después de una navegación corta y próspera por el mar Jónico, desembarcaron a salvo en el istmo, junto a las ruinas de Corinto. El país arbolado y montañoso de Arcadia, la fabulosa residencia de Pan y las Dríadas, fue el escenario de una larga y reñida batalla entre dos generales dignos uno del otro. A la larga prevalecieron la habilidad y la perseverancia de los romanos; y los godos, tras soportar una pérdida considerable por enfermedades y deserción, se fueron retirando a las altas montañas de Foloe, cerca del nacimiento del Peneo, y en las fronteras de Élida, un país sagrado, que antes había quedado exento de las calamidades de la guerra.[1127] El campamento bárbaro fue sitiado inmediatamente; las aguas del río fueron desviadas por otro cauce;[1128] y mientras trabajaban bajo la presión intolerable de la sed y el hambre, se formó una poderosa línea a su alrededor para evitar su escape. Tomadas estas precauciones, y muy confiado en la victoria, Estilicón se marchó a disfrutar de su triunfo en los juegos teatrales y danzas lascivas de los griegos; los soldados, abandonando sus banderas, se dispersaron por el campo de sus aliados y los despojaron de todo cuanto habían salvado de la codicia del enemigo. Alarico

parece haber aprovechado ese momento favorable para ejecutar uno de esos grandes proyectos en los que las habilidades de un general se exhiben con un brillo más genuino que en el tumulto de un día de batalla. Para evadirse del cerco del Peloponeso era necesario que penetrara las trincheras que rodeaban su campamento, que realizara una marcha difícil y peligrosa de treinta millas (48,27 km) hasta el golfo de Corinto, y que transportara sus tropas, sus cautivos y sus despojos sobre un brazo del mar, que aun en el estrecho entre Río y la costa opuesta tiene por lo menos media milla de ancho.[1129] Las operaciones de Alarico deben haber sido secretas, prudentes y rápidas, puesto que el general romano quedó atónito con la noticia de que los godos, que habían burlado sus esfuerzos, estaban en total posesión de la importante provincia de Epiro. Esta desafortunada demora le dio a Alarico el tiempo suficiente para concluir el tratado que estaba negociando en secreto con los ministros de Constantinopla. El temor a una guerra civil obligó a Estilicón, ante el arrogante mandato de sus contrarios, a retirarse de los dominios de Arcadio; y respetó, en el enemigo de Roma, el carácter honorable de aliado y servidor del emperador de Oriente (397 d. C.).

Un filósofo griego[1130] que visitó Constantinopla recién muerto Teodosio, publicó sus opiniones liberales acerca de las obligaciones de los reyes y del estado de la república romana. Sinesio observa y deplora el fatal abuso que había introducido la imprudente generosidad del difunto emperador en el servicio militar. Los ciudadanos y súbditos habían comprado la excepción al deber indispensable de defender su país, que era asumido por las armas de mercenarios bárbaros. Se permitía a los fugitivos de Escitia deshonrar las dignidades ilustres del Imperio; su salvaje juventud, que desdeñaba la contención

beneficiosa de las leyes, estaba más ansiosa por adquirir las riquezas que por imitar las artes de un pueblo que era objeto de su menosprecio y su odio; y el poder de los godos fue la piedra de Tántalo, suspendida constantemente sobre la paz y la seguridad de un estado leal. Las medidas que Sinesio recomienda son dictadas por un patriota audaz y generoso. Exhorta al emperador a reanimar el coraje de sus súbditos con el ejemplo de la virtud varonil, a desterrar el lujo de la corte y del campamento, a sustituir a los mercenarios bárbaros con un ejército de hombres interesados en la defensa de sus leyes y de sus propiedades; a desprender, en tales momentos de peligro público, al artesano de su taller y al filósofo de su cátedra; a despertar al ciudadano indolente de su sueño de placer, y a armar, para el resguardo de la agricultura, el brazo del laborioso campesino. A la cabeza de tales ejércitos, que merecerían el nombre y exhibirían el espíritu de los romanos, anima al hijo de Teodosio a enfrentar a una raza de bárbaros destituida de coraje real, y a no dejar las armas hasta arrojarlos a las soledades de Escitia o reducirlos al estado de servidumbre ignominiosa que los lacedemonios impusieron a sus cautivos ilotas.[1131] La corte de Arcadio consintió el afán, aplaudió la elocuencia y desatendió el consejo de Sinesio. Tal vez el filósofo, que se dirige al emperador de Oriente en el lenguaje de la razón y la virtud que debería haber empleado con un rey de Esparta, no condescendió a idear un plan factible, acorde al temperamento y las circunstancias de un siglo degenerado. Tal vez el orgullo de los ministros, cuyos negocios rara vez se interrumpían con la reflexión, desechaban como descabellada y soñadora toda propuesta que excediera la medida de su capacidad y se desviara de las formas y precedentes de sus cargos. Mientras el discurso de Sinesio y la caída de los bárbaros eran los tópicos de las

conversaciones populares, se publicó un edicto en Constantinopla que promovía a Alarico al rango de maestre general de Iliria oriental. Los romanos y los aliados que respetaban la fe de los tratados se indignaron con justicia de que se premiara tan generosamente al asolador de Grecia y Epiro. El conquistador godo fue recibido como un magistrado legítimo en las ciudades que poco antes había sitiado. Los padres cuyos hijos había asesinado, los maridos cuyas esposas había violado quedaron sujetos a su autoridad; y el éxito de su rebeldía alentó la ambición de cada líder de los mercenarios. El uso que dio Alarico a su nuevo mando distingue el carácter firme y sensato de su política. Expidió órdenes a los cuatro almacenes y talleres de armas ofensivas y defensivas —Margo, Raciaria, Naiso y Tesalónica— para proveer a sus tropas con un abastecimiento extraordinario de escudos, cascos, espadas y lanzas; los desventurados provincianos estaban obligados a forjar los instrumentos de su propia destrucción; y los bárbaros eliminaron el único defecto que había defraudado a veces los esfuerzos de su coraje.[1132] El nacimiento de Alarico, la gloria de sus hazañas pasadas y la confianza en sus planes futuros fueron uniendo el cuerpo de la nación bajo sus banderas victoriosas; y con el consentimiento unánime de los caudillos bárbaros, el maestre general de Iliria fue elevado, según la antigua costumbre, sobre un escudo, y proclamado solemnemente rey de los visigodos.[1133] Pertrechado con este doble poder, asentado en el límite de los dos imperios, vendía sus falsas promesas alternativamente a las cortes de Arcadio y Honorio,[1134] hasta que declaró y ejecutó su resolución de invadir los dominios de Occidente. Las provincias de Europa que pertenecían al emperador de Oriente ya estaban exhaustas, las de Asia eran inaccesibles y la fortaleza de Constantinopla había resistido su

ataque. Pero fue tentado por la fama, la belleza y la riqueza de Italia, que había visitado dos veces; y aspiraba secretamente a enarbolar el estandarte godo sobre las murallas de Roma y enriquecer su ejército con los trofeos acumulados de trescientos triunfos.[1135]

La escasez de hechos[1136] y la incertidumbre de fechas[1137] se oponen a nuestros intentos de describir pormenorizadamente la primera invasión a Italia de las armas de Alarico. Su marcha, quizás desde Tesalónica, por el país guerrero y hostil de Panonia hasta la falda de los Alpes Julianos, su paso por aquellas montañas, que estaban fuertemente resguardadas con tropas y atrincheramientos, el sitio de Aquileia, y las conquistas de las provincias de Istria y Venecia parecen haberle llevado un tiempo considerable. A menos que sus operaciones fueran extremadamente cautelosas y lentas, la duración del intervalo (años 400-403) haría probable la sospecha de que el rey godo se retiró a las orillas del Danubio y reforzó su ejército con multitudes descansadas de bárbaros, antes de intentar otra vez penetrar en el corazón de Italia. Puesto que los acontecimientos públicos e importantes escapan a la diligencia del historiador, puede entretenerse contemplando por un momento la influencia de las armas de Alarico en el destino de dos individuos poco conocidos, un presbítero de Aquileia y un labrador de Verona. El docto Rufino, que fue convocado por sus enemigos para comparecer ante un sínodo romano,[1138] prefirió sabiamente los peligros de una ciudad sitiada; y los bárbaros, que estremecían con furia los muros de Aquileia, podían salvarlo de la condena cruel de otro hereje que, a pedido de los mismos obispos, fue azotado severamente y sentenciado a un exilio perpetuo en una isla desierta.[1139] El *anciano*,[1140] que había pasado su vida sencilla e inocente en las cercanías de

Verona, desconocía las disputas tanto de los reyes como de los obispos; sus placeres, deseos y conocimientos se ceñían al pequeño círculo de la granja familiar; y un báculo sostenía sus trémulos pasos sobre el mismo terreno donde había retozado en su infancia. Pero incluso esta humilde y rústica felicidad —que Claudiano describe con tanta veracidad y emoción— estaba expuesta a la furia indiscriminada de la guerra. Sus árboles, los viejos árboles *contemporáneos* suyos,[1141] debían arder en el incendio de todo el país; un destacamento de caballería goda iba a arrasar su choza y su familia; y la fuerza de Alarico podía destruir esta felicidad, que no era capaz de conocer u otorgar. «La fama —dice el poeta—, abriendo con terror sus alas lóbregas, proclamó la marcha del ejército bárbaro e inundó Italia de consternación»; los temores de cada individuo aumentaban en justa proporción con la medida de sus haberes; y los más aprensivos, que ya habían embarcado sus bienes, pensaban escapar a la isla de Sicilia o a la costa africana. La desdicha pública se agravaba con los temores y vergüenzas de la superstición.[1142] A cada momento se producían relatos horrendos de accidentes extraños y prodigiosos; los paganos deploraron la desatención de los agüeros y la interrupción de sacrificios, pero los cristianos todavía tenían alguna esperanza en la intercesión poderosa de los santos y los mártires.[1143]

El emperador Honorio se distinguía sobre sus súbditos tanto por la supremacía de su temor como de su rango. La soberbia y el lujo en los que había sido educado no le permitieron sospechar que existiera sobre la tierra ningún poder suficientemente audaz como para invadir el reposo del sucesor de Augusto. Las artes de la adulación ocultaron el inminente peligro hasta que Alarico se aproximó al palacio de Milán (403 d. C.). Pero cuando el sonido de la guerra despertó al joven

emperador, en vez de acudir a las armas con el vigor o incluso con el ímpetu de su edad, escuchó con entusiasmo a los consejeros cobardes que le propusieron trasladar su sagrada persona y su fiel comitiva a algún lugar seguro y distante en las provincias de Galia. Sólo Estilicón[1144] tenía valor y autoridad para resistir a esta vergonzosa disposición, que hubiera abandonado Roma e Italia a los bárbaros; pero como las tropas de palacio habían sido enviadas recientemente a la frontera de Recia, y como el recurso de nuevos alistamientos era lento y precario, el general de Occidente sólo pudo prometer que, si la corte de Milán lograba mantener su territorio durante su ausencia, pronto volvería con un ejército capaz de enfrentar al rey godo. Sin perder un momento —cuando cada momento era tan importante para la seguridad pública—, Estilicón se embarcó deprisa en el lago Lario, subió por montañas de hielo y nieve en medio de la crudeza de un invierno alpino, y repentinamente frenó, con su presencia inesperada, al enemigo que había alterado la tranquilidad de Recia.[1145] Los bárbaros, tal vez algunas tribus de alamanes, respetaron la firmeza de un caudillo que aún hablaba el lenguaje del mando; y la elección que se dignó a hacer entre algunos de sus jóvenes más valientes fue considerada como una señal de su aprecio y favor. Las cohortes, liberadas del enemigo vecino, acudieron rápidamente al estandarte imperial, y Estilicón despachó sus órdenes a las tropas más lejanas de Occidente para que avanzaran, a marcha forzada, a la defensa de Honorio y de Italia. Se abandonaron las fortalezas del Rin, y sólo la fe de los germanos y el antiguo terror al nombre romano protegieron la seguridad de la Galia. Incluso las legiones que habían sido apostadas para resguardar la barrera de Bretaña contra los caledonios del norte fueron convocadas apresuradamente;[1146] y hasta un numeroso cuerpo de caballería

alana fue convencido de alistarse al servicio del emperador, que esperaba ansiosamente el regreso de su general. La prudencia y el vigor de Estilicón fueron evidentes en esta oportunidad, que reveló al mismo tiempo la debilidad del decadente imperio. Las legiones de Roma, que desde hacía tiempo languidecían en una decadencia gradual de la disciplina y el valor, fueron exterminadas por las guerras goda y civil, y se hizo imposible, sin vaciar y exponer a las provincias, reunir un ejército para la defensa de Italia.

Cuando Estilicón pareció abandonar a su soberano en el desguarnecido palacio de Milán, probablemente había calculado su período de ausencia, la distancia del enemigo y los obstáculos que podían retrasar su marcha. Confiaba principalmente en los ríos de Italia, el Adige, el Mincio, el Oglio y el Adua, que en invierno o primavera, por las lluvias o por el deshielo, suelen crecer en torrentes anchos e impetuosos.[1147] Pero sucedió que la estación fue extremadamente seca; y los godos pudieron atravesar sin impedimentos los amplios y pedregosos lechos, cuyo centro estaba tenuemente marcado por una corriente baja. El puente y paso del Adua estaba resguardado por un fuerte destacamento del ejército godo; y cuando Alarico se aproximó a las murallas, o más bien a los suburbios de Milán, disfrutó la soberbia satisfacción de ver al emperador de los romanos huir ante él. Honorio, acompañado por una débil comitiva de funcionarios y eunucos, se retiró atropelladamente hacia los Alpes, planeando resguardar su persona en la ciudad de Arles, que a menudo había sido la residencia real de sus antecesores. Pero Honorio[1148] apenas había cruzado el Po cuando fue sobrepasado por la veloz caballería goda,[1149] entonces la inminencia del peligro lo obligó a buscar un refugio temporal en la fortificación de Asta, un pueblo de Liguria o Piamonte,

situado a orillas del Tánaro.[1150] El rey de los godos sitió al momento y asedió incansablemente ese humilde lugar, que guardaba una presa tan valiosa y que parecía incapaz de una larga resistencia; y la valiente declaración que hiciera después el emperador acerca de que su pecho jamás había sentido miedo, probablemente no obtuvo mucho crédito incluso en su propia corte.[1151] En esa situación extrema y casi desesperada, cuando los bárbaros ya le habían propuesto una humillante capitulación, el cautivo imperial fue repentinamente liberado por la fama, la cercanía, y a la larga la presencia del héroe que tanto había esperado. A la cabeza de una vanguardia selecta e intrépida, Estilicón cruzó a nado el Adua, para ganar el tiempo que hubiera perdido atacando el puente —cruzar el Po era una empresa mucho menos arriesgada y dificultosa—. Y la exitosa operación, en la que cortó camino a través del campamento godo bajo las murallas de Asta, reanimó las esperanzas y reivindicó el honor de Roma. En vez de alcanzar el fruto de su victoria, los bárbaros se vieron poco a poco embestidos en todos los flancos por el ejército de Occidente, que iba saliendo de los pasos de los Alpes; rodearon su campamento, interceptaron sus abastos, y la cautela de los romanos formó una cadena de fortificaciones y sitió la línea de los sitiadores. Se formó un consejo militar entre los jefes melenudos de la nación goda y los guerreros ancianos, que envolvían sus cuerpos en pieles y cuyos severos rostros estaban marcados por heridas honorables. Contrapesaron la gloria de persistir en su intento y la ventaja de asegurar sus botines, y recomendaron la prudente medida de retirarse oportunamente. En este importante debate, Alarico exhibió el carácter del vencedor de Roma; y después de recordar a sus compañeros sus hazañas y proyectos, terminó su animado discurso asegurando solemne y definitivamente que estaba

resuelto a encontrar en Italia su reino o su sepulcro.[1152]

La indisciplina de los bárbaros siempre los exponía al peligro de una sorpresa; pero en vez de elegir las horas de disturbios y desenfrenos, Estilicón decidió atacar a los godos *cristianos* mientras celebraban devotamente la festividad de la Pascua (29 de marzo de 403 d. C.).[1153] La ejecución del ardid, o como fue llamada por el clero, del sacrilegio, fue encargada a Saúl, un bárbaro y pagano que, sin embargo, había servido con una reputación distinguida entre los generales veteranos de Teodosio. El campamento de los godos, que Alarico había plantado en las cercanías de Pollentia,[1154] fue atropellado por la carga súbita e impetuosa de la caballería imperial; pero en unos momentos, el firme genio de su líder les dio un orden y un campo de batalla; y tan pronto como se recuperaron de la sorpresa, la piadosa confianza en que el dios de los cristianos impondría su causa añadió más fuerza a su valor natural. En este largo combate, sostenido con igual coraje y éxito, el jefe de los alanos, cuyo cuerpo diminuto y salvaje ocultaba un alma magnánima, probó su cuestionada lealtad con el celo con que luchó y cayó en servicio de la república; y la fama de este valeroso bárbaro no ha sido bien preservada en los versos de Claudiano, desde que el poeta, que celebra su virtud, ha omitido mencionar su nombre. A su muerte le siguieron la huida y la consternación de los escuadrones que comandaba; y la derrota del ala de caballería hubiera decidido la victoria de Alarico si Estilicón no hubiera conducido al ataque inmediatamente la infantería romana y bárbara. La habilidad del general y la valentía de los soldados superaron todos los obstáculos. Al anochecer del sangriento día, los godos se retiraron del campo de batalla, las trincheras de su campamento fueron violentadas, y la escena de rapiña y matanza expió en parte las calamidades

que habían provocado a los súbditos del Imperio.[1155] Los magníficos botines de Corinto y Argos enriquecieron a los veteranos de Occidente; la esposa de Alarico, cautiva, que había reclamado con impaciencia la promesa de joyas romanas y criadas patricias,[1156] tuvo que implorar la clemencia del arrogante enemigo; y varios miles de prisioneros emancipados de las cadenas godas difundieron por las provincias de Italia las alabanzas a su heroico libertador. El poeta, y tal vez el público, comparó el triunfo de Estilicón[1157] con el de Mario, que en la misma zona de Italia había enfrentado y destruido otro ejército de bárbaros septentrionales. Las generaciones siguientes confundirían fácilmente los huesos enormes y los cascos vacíos de los cimbrios y los godos; y la posteridad podría erigir un trofeo común a la memoria de los dos generales más ilustres, que vencieron en el mismo sitio memorable, a los dos enemigos más formidables de Roma.[1158]

La elocuencia de Claudiano[1159] ha celebrado con un generoso aplauso la victoria de Pollentia, uno de los días más gloriosos en la vida de su mecenas; pero su musa renuente y parcial otorga una alabanza más genuina al carácter del rey godo. En realidad, marca su nombre con los epítetos de pirata y ladrón, a los que tienen tan justo derecho los conquistadores de todos los tiempos; pero el poeta de Estilicón está obligado a reconocer que Alarico poseía el invencible temple de ánimo que se sobrepone a cualquier infortunio y saca nuevos recursos de la adversidad. Después de la derrota total de su infantería, huyó, o más bien se retiró del campo de batalla, con la mayor parte de su caballería intacta. Sin desperdiciar un instante en lamentar la pérdida irreparable de tantos valerosos compañeros, dejó que el enemigo victorioso encadenara las imágenes cautivas de un rey godo,[1160] y tomó la decisión audaz de atravesar los pasos

desprotegidos de los Apeninos para esparcir la desolación sobre la fértil superficie de Toscana, y vencer o morir ante las puertas de Roma. La activa e incesante diligencia de Estilicón salvó la capital, pero respetó la desesperación de su enemigo; y en vez de comprometer la suerte de la república en el trance de otra batalla, propuso comprar el repliegue de los bárbaros. El ánimo de Alarico hubiera rechazado con desprecio e indignación términos como la autorización para una retirada y la oferta de una pensión; pero ejercía una autoridad limitada y precaria sobre los caudillos independientes que lo habían encumbrado sobre la jerarquía de sus iguales para el servicio de ellos; estaban todavía menos dispuestos a seguir a un general fracasado, y a muchos los seducía la idea de atender a sus intereses mediante una negociación privada con el ministro de Honorio. El rey se sometió a la voz de su pueblo, ratificó el tratado con el Imperio de Occidente, y volvió a cruzar el Po con los restos del floreciente ejército que había conducido a Italia. Una parte considerable de las fuerzas romanas continuaba todavía vigilando sus movimientos; y Estilicón, que mantenía una correspondencia secreta con algunos de los jefes bárbaros, evaluaba puntualmente los planes del campamento y el consejo de Alarico. El rey de los godos, ansioso por destacar su retirada con alguna hazaña espléndida, había decidido ocupar la importante ciudad de Verona, que domina el paso principal de los Alpes Recios, y dirigiendo su marcha por los territorios de aquellas tribus germanas cuya alianza restauraría sus fuerzas agotadas, invadir por el lado del Rin las provincias ricas y confiadas de la Galia. Ignorante de la traición que ya había revelado su audaz y sensata empresa, avanzó hacia los pasos de las montañas, ya ocupados por las tropas imperiales, donde quedó expuesto, casi en el mismo instante, a un ataque general

por el frente, los flancos y la retaguardia. En esta sangrienta operación, a una pequeña distancia de las murallas de Verona, las bajas de los godos no fueron menos cuantiosas que las que habían sufrido defendiendo Pollentia; y su valeroso rey, que escapó gracias a la velocidad de su caballo, hubiera sido asesinado o hecho prisionero si el apresurado ímpetu de los alanos no hubiera frustrado las disposiciones del general romano. Alarico resguardó los restos de su ejército en unos peñascos cercanos, y se preparó con firme resolución a sostener el sitio contra el número superior de los enemigos, que lo embestían por todas partes. Pero no pudo contrarrestar el avance destructivo del hambre y la enfermedad, ni le fue posible detener la deserción continua de sus bárbaros impacientes y volubles. En esta situación extrema aún encontró recursos en su propio coraje, o en la moderación de su adversario; y la retirada del rey godo se consideró como la liberación de Italia.[1161] El pueblo, sin embargo, e incluso el clero, incapaces de juzgar racionalmente los asuntos de la paz y la guerra, se atrevieron a acusar la política de Estilicón, que tan a menudo venció, cercó y echó al enemigo implacable de la república. El primer momento de seguridad pública se dedica al agradecimiento y la alegría, pero el segundo se consagra rápidamente a la envidia y la calumnia.[1162]

Los ciudadanos de Roma se habían sorprendido con la aproximación de Alarico; y la celeridad con la que trabajaron para restaurar las murallas de la capital reveló sus propios temores y la decadencia del Imperio. Una vez que los bárbaros se retiraron, Honorio debió aceptar la respetuosa invitación del Senado, y celebrar en la ciudad imperial la época auspiciosa de la victoria goda y de su sexto consulado (404 d. C.).[1163] Los suburbios y las calles, desde el puente Milvio al monte Palatino,

fueron ocupados por el pueblo romano, que en el lapso de cien años, sólo tres veces había sido honrado con la presencia de sus soberanos. Mientras sus ojos se fijaban en la carroza donde Estilicón estaba sentado merecidamente junto a su pupilo real, aplaudieron la pompa de un triunfo que no estaba manchado, como el de Constantino o el de Teodosio, con sangre civil. La procesión pasó bajo un alto arco erigido para tal propósito; pero en menos de siete años, los conquistadores godos de Roma pudieron leer, si sabían hacerlo, la soberbia inscripción de aquel monumento, que atestiguaba la derrota y destrucción totales de su nación.[1164] El emperador residió varios meses en la capital, y cada aspecto de su comportamiento fue regulado con cuidado para conciliar el afecto del clero, del Senado y del pueblo de Roma. Apoyó al clero con sus visitas frecuentes, y dádivas generosas, a los santuarios de los apóstoles. El Senado, al que, en la procesión triunfal, se le evitó la humillante ceremonia de anteceder a pie la carroza imperial, fue tratado con la adecuada reverencia que Estilicón siempre asumía ante esa asamblea. El pueblo fue complacido repetidamente con la atención y cortesía de Honorio en los juegos públicos, que se celebraron en esa ocasión con una magnificencia digna de su asistencia. En cuanto concluyó la célebre carrera de carruajes, la decoración del circo cambió rápidamente; la caza de fieras salvajes aportó un entretenimiento variado y espléndido; y la persecución fue seguida por una danza militar que parecía, según la viva descripción de Claudiano, la imagen de un torneo moderno.

En estos juegos de Honorio, la pelea inhumana de gladiadores[1165] manchó por última vez el anfiteatro de Roma. El primer emperador cristiano puede reclamar el honor del primer edicto que condenó el arte y entretenimiento de derramar sangre humana;[1166] pero esta benévola ley expresaba

los deseos del príncipe, sin reformar un abuso inveterado que degradaba a una nación civilizada por debajo de la condición de caníbales salvajes. Cientos, tal vez miles de víctimas se sacrificaban anualmente en las grandes ciudades del Imperio; y el mes de diciembre, dedicado más específicamente al combate de gladiadores, aún ofrecía a los ojos del pueblo romano un agradable espectáculo de sangre y crueldad. En medio del júbilo general por la victoria de Pollentia, un poeta cristiano exhortaba al emperador a terminar, mediante su autoridad, con la horrible costumbre que había resistido tanto tiempo la voz de la humanidad y la religión.[1167] Las patéticas representaciones de Prudencio fueron menos eficaces que la generosa audacia de Telémaco, un monje asiático, cuya muerte fue más provechosa para los hombres que su vida.[1168] Los romanos se enfurecieron por la interrupción de su esparcimiento; y el imprudente monje, que había descendido a la arena para separar a los gladiadores, fue aplastado bajo una lluvia de piedras. Pero pronto disminuyó la locura del pueblo; respetó la memoria de Telémaco, que había merecido el honor del martirio, y se sometió sin un murmullo a las leyes de Honorio, que abolían para siempre los sacrificios humanos del anfiteatro. Los ciudadanos, que amaban las costumbres de sus antepasados, tal vez podían insinuar que en esta escuela de fortaleza, que acostumbraba a los romanos a ver sangre y a despreciar la muerte, se conservaban los últimos restos de espíritu marcial: un prejuicio vano y cruel, noblemente refutado por el valor de la antigua Grecia y la moderna Europa.[1169]

El peligro al que había estado expuesto recientemente la persona del emperador en el palacio desprotegido de Milán hizo que buscara un refugio en alguna fortaleza inaccesible de Italia, donde pudiera permanecer a salvo mientras en campo abierto se cubría con una avalancha de bárbaros. Sobre la costa del

Adriático, a diez o doce millas (16,09 o 19,31 km) de la boca más meridional de las siete del Po, los tesalios habían fundado la antigua colonia de Ravena,[1170] que cedieron luego a los naturales de Umbria. Augusto, que había observado las ventajas del lugar, preparó, a tres millas (4,82 km) del antiguo pueblo, un puerto capaz de albergar doscientos cincuenta barcos de guerra. Este establecimiento naval, que incluía arsenales y almacenes, los cuarteles de la tropa y las casas de los artilleros, se originó y derivó su nombre del puesto permanente de la flota romana; las zonas intermedias se llenaron pronto de edificios y habitantes, y los tres grandes y populosos barrios de Ravena contribuyeron a formar gradualmente una de las ciudades más importantes de Italia. El canal principal de Augusto llevaba una corriente copiosa de las aguas del Po a través de la ciudad hasta la entrada del puerto; las mismas aguas se introducían en las profundas acequias que cercaban la muralla y se separaban en miles de canales secundarios por toda la ciudad dividiéndola en varias islas pequeñas; la comunicación sólo se mantenía a través de botes y puentes; y las casas de Ravena, cuya apariencia puede compararse a las de Venecia, se elevaban sobre pilotes de madera. Los campos inmediatos, por varias millas, eran una ciénaga profunda e intransitable; y el camino artificial que conectaba Ravena con el continente se podía defender o destruir fácilmente al aproximarse un ejército enemigo. Estas ciénagas, sin embargo, estaban salpicadas por viñedos; y aunque el suelo se agotaba con cuatro o cinco cultivos, la ciudad disfrutaba de un abastecimiento más abundante de vino que de agua fresca.[1171] El ambiente, en vez de recibir las exhalaciones enfermizas y casi pestilentes de las tierras bajas y cenagosas, se distinguía, como los alrededores de Alejandría, por una pureza y salubridad poco comunes; y esta ventaja singular se atribuía a las corrientes

regulares del Adriático que barrían los canales, cortaban el estancamiento insalubre de las aguas y eran navegadas todos los días por los bajeles de los países vecinos hasta el corazón de Ravena. El retiro gradual del mar ha dejado la ciudad moderna a cuatro millas (6,43 km) del Adriático, y ya en el quinto o sexto siglo de la era cristiana, el puerto de Augusto se convirtió en agradables huertos, y un solitario pinar cubrió el suelo donde una vez ancló la flota romana.[1172] Esta alteración contribuyó incluso a incrementar la fortaleza natural del lugar, y la escasa profundidad de las aguas fue una barrera suficiente contra las grandes naves del enemigo. Esta situación ventajosa se fortaleció con el arte y el trabajo; y el emperador de Occidente, a los veinte años de edad, ansioso únicamente de su seguridad personal, se retiró al encierro perpetuo de las murallas y pantanos de Ravena. El ejemplo de Honorio fue imitado por sus débiles sucesores, los reyes godos, y luego los exarcas, que ocuparon el trono y el palacio de los emperadores; y hasta mediados del siglo octavo Ravena fue considerada como el asentamiento del gobierno y la capital de Italia.[1173]

Los temores de Honorio no carecían de fundamento, ni estuvieron de más sus precauciones. Mientras Italia celebraba su liberación de los godos, se levantaba una furiosa tempestad entre las naciones de Germania, que se rendían a un impulso irresistible que parecía comunicarse gradualmente desde el extremo oriental del continente de Asia. Los anales chinos, como los ha interpretado la laboriosa erudición de la época actual, pueden aplicarse provechosamente para revelar las causas secretas y remotas de la caída del Imperio Romano. Tras la retirada de los hunos, el extenso territorio al norte de la gran muralla quedó en posesión de los victoriosos siempos, quienes se dividían a veces en tribus independientes y otras veces se

reunían bajo un caudillo supremo; hasta que al fin, llamándose a sí mismos «topas», o dueños de la tierra, adquirieron lazos más consistentes y un poder más formidable. Los topas pronto obligaron a las naciones pastoriles del desierto oriental a reconocer la superioridad de sus armas; invadieron China en una época de debilidad y de discordias intestinas; y estos afortunados tártaros, adoptando las leyes y costumbres del pueblo vencido, fundaron una dinastía imperial (año 400) que reinó cerca de ciento sesenta años sobre las provincias septentrionales de la monarquía. Algunas generaciones antes de entronizarse en la China, uno de los príncipes topas había alistado en su caballería a un esclavo llamado Moko, famoso por su valor, pero a quien el temor al castigo lo impulsó a desertar su estandarte y recorrer el desierto a la cabeza de un centenar de seguidores. Esta banda de salteadores y proscritos creció hasta formar un campamento, una tribu, un pueblo numeroso, conocido por el nombre de Jeujen; y los caudillos hereditarios, posteridad del esclavo Moko, se encumbraron a la jerarquía de monarcas escitas. La juventud de Tulun, el más grande de sus descendientes, fue ejercitada en aquellos infortunios que son la escuela de los héroes. Luchó valerosamente con la adversidad, quebró el yugo autoritario del topa, y llegó a legislador de su nación y conquistador de Tartaria. Distribuyó sus tropas en bandos regulares de un centenar y un millar de hombres, los cobardes eran lapidados, premiaba el valor con los honores más espléndidos; y Tulun, que tenía el conocimiento suficiente como para menospreciar la sabiduría china, sólo adoptó aquellas artes e instituciones que eran favorables a la índole militar de su gobierno. Sus tiendas, que en invierno trasladaba a una latitud más meridional, se levantaban durante el verano sobre las riberas fértiles del Selinga. Sus conquistas se extendieron desde Corea

hasta más allá del río Irtysh. Venció, al norte del mar Caspio, a la nación de los hunos, y el nuevo título de Khan o Cagan expresaba la fama y el poder que le acarreó aquella victoria memorable.[1174]

La cadena de eventos se interrumpe, o mejor dicho se oculta, cuando pasa del Volga al Vístula, a través del oscuro límite que separa la geografía china de la romana. Pero el temperamento de los bárbaros y la experiencia de migraciones sucesivas son suficientes para demostrar que los hunos, oprimidos por las armas de los jeujenes, pronto se alejaron de la presencia de un vencedor injurioso. Hacia el Euxino, los países ya estaban ocupados por sus tribus familiares; y su precipitada huida, que pronto convirtieron en un ataque audaz, debía dirigirse con más naturalidad hacia las llanuras fértiles que atraviesa suavemente el Vístula hacia el mar Báltico. El Norte debió alarmarse y agitarse otra vez con la invasión de los hunos; y las naciones que se retiraban ante ellos debieron presionar sobre los confines de Germania.[1175] Los habitantes de aquellas regiones que los antiguos han asignado a los suevos, vándalos y borgoñones, debieron tomar la resolución de ceder sus bosques y pantanos a los fugitivos de Sarmacia, o al menos de descargar su población sobrante en las provincias del Imperio romano.[1176] Aproximadamente cuatro años después de que el victorioso Tulun asumiera el título de khan de los jeujenes, otro bárbaro, el altanero Rodogasto o Radagasto,[1177] marchó desde el extremo norte de Germania casi hasta las puertas de Roma, y dejó el resto de su ejército para completar la destrucción de Occidente. Vándalos, suevos y borgoñones eran la fuerza de esta poderosa hueste; pero los alanos, que habían encontrado una recepción hospitalaria en su nuevo asentamiento, sumaron su vigorosa caballería a la infantería pesada de los germanos; y los

aventureros godos se congregaron tan atropelladamente bajo las banderas de Radagasto, que algunos historiadores lo han llamado rey de los godos. Doce mil guerreros, destacados sobre el vulgo por su noble nacimiento o por sus valientes hazañas, resplandecían en la vanguardia;[1178] y toda la multitud, que no bajaba de doscientos mil combatientes, ascendía, con mujeres, niños y esclavos, a cuatrocientas mil personas. Esta formidable emigración partió desde la misma costa del Báltico que había lanzado infinidad de cimbrios y teutones al asalto de Roma e Italia en la pujanza de la república. Tras la partida de estos bárbaros, su patria, marcada con los vestigios de su grandeza —largas murallas y muelles gigantescos—,[1179] quedó durante algunos años como una vasta y triste soledad; hasta que la especie humana se renovó con el poder de las generaciones, y el vacío se llenó con la afluencia de nuevos habitantes. Las naciones que ahora usurpan una extensión de tierra que son incapaces de cultivar pronto serán asistidas por la pobreza laboriosa de sus vecinos, si los gobiernos de Europa no defienden su demanda de propiedad y dominio.

La correspondencia entre las naciones era en aquellos años tan imperfecta y precaria, que la corte de Ravena no supo de los revolucionarios del Norte hasta que los oscuros nubarrones que se fueron acumulando a lo largo de la costa del Báltico tronaron sobre las orillas del alto Danubio (406 d. C.). Aunque los ministros del emperador de Occidente importunaron sus recreos con la noticia de un peligro inminente, se quedó satisfecho de ser el motivo y el espectador de la guerra.[1180] La seguridad de Roma fue confiada al consejo y a la espada de Estilicón; pero tan débil y exhausto era el estado del Imperio, que fue imposible reparar los fuertes del Danubio o impedir, con un esfuerzo vigoroso, la invasión de los germanos.[1181] Las esperanzas del

vigilante ministro de Honorio se limitaron a la defensa de Italia. Una vez más abandonó las provincias, retiró las tropas, impulsó nuevos alistamientos, que eran exigidos con rigor y cobardemente burlados; empleó los medios más eficaces para arrestar o atraer a los desertores, y ofreció la libertad y dos piezas de oro a todos los esclavos que se alistaran.[1182] Mediante estos esfuerzos reunió penosamente, entre los súbditos de tan grandioso Imperio, un ejército de treinta o cuarenta mil hombres, cuando en los días de Escipión o Camilo se hubiera formado instantáneamente con los ciudadanos libres del territorio de Roma.[1183] Las treinta legiones de Estilicón fueron reforzadas con un cuerpo numeroso de auxiliares bárbaros; los leales alanos eran personalmente afectos a su servicio; y el interés y el rencor animaban a las tropas de hunos y godos, que marchaban bajo las banderas de sus príncipes nativos, Huldino y Saro, a oponerse a la ambición de Radagasto. El rey de los germanos confederados pasó sin resistencia los Alpes, el Po y los Apeninos, dejando a un lado el palacio inaccesible de Honorio, encerrado a salvo en los pantanos de Ravena, y a otro lado el campamento de Estilicón, que había fijado su cuartel general en Ticino o Pavía, pero que parecía evitar una batalla decisiva hasta haber reunido sus fuerzas distantes. Muchas ciudades de Italia fueron saqueadas o destruidas; y el sitio de Florencia[1184] por Radagasto es uno de los acontecimientos más tempranos en la historia de esa famosa república, cuya firmeza contuvo y retardó la torpe ira de los bárbaros. El Senado y el pueblo temblaron cuando se aproximó a ciento ochenta millas (289,67 km) de Roma, y comparaban inquietos el riesgo del que habían escapado con los nuevos peligros a los que estaban expuestos. Alarico era un cristiano y un soldado, el caudillo de un ejército disciplinado, que entendía las leyes de la guerra, que respetaba el

carácter sagrado de los acuerdos y que había conversado familiarmente con los súbditos del Imperio en los mismos campamentos y las mismas iglesias. El salvaje Radagasto era extraño a las costumbres, la religión e incluso al idioma de las naciones civilizadas del Sur. La ferocidad de su temperamento estaba exacerbada por una superstición cruel, y la creencia general era que se había atado mediante un voto solemne a reducir la ciudad a un montón de escombros y cenizas, y a sacrificar a los senadores romanos más ilustres ante los altares de aquellos dioses que se aplacaban con sangre humana. El peligro público, que debía reconciliar toda animosidad doméstica, mostró la locura incurable de las facciones religiosas. Los seguidores oprimidos de Júpiter y Mercurio respetaban, en el enemigo implacable de Roma, el carácter de un devoto pagano; clamaban que eran más temerosos de los sacrificios que de las armas de Radagasto, y secretamente se alegraban por las calamidades de su país, que castigaban la fe de sus adversarios cristianos.[1185]

Florencia estaba reducida a una situación extrema; y el escaso valor de los ciudadanos sólo se apoyaba en la autoridad de San Ambrosio, que les había comunicado en sueños la promesa de una rápida liberación.[1186] De pronto contemplaron desde sus murallas los estandartes de Estilicón, que avanzaba con sus fuerzas reunidas al socorro de la ciudad leal, y que pronto señaló ese sitio fatal como sepultura de la hueste bárbara. Las aparentes contradicciones de aquellos escritores que relatan de manera diversa la derrota de Radagasto pueden reconciliarse sin violentar demasiado sus respectivos testimonios. Orosio y Agustín, que estaban íntimamente unidos por amistad y religión, atribuyen esta milagrosa victoria a la providencia de Dios más que a la valentía del hombre.[1187] Excluyen

estrictamente cualquier idea de casualidad, o incluso de sangre, y afirman terminantemente que los romanos, cuyo campamento era el escenario de la abundancia y el ocio, disfrutaban con las penurias de los bárbaros que morían lentamente en los riscos afilados y estériles de los cerros de Fésula que dominan la ciudad de Florencia. Su extravagante afirmación de que no murió, y ni siquiera fue herido, un solo soldado del ejército cristiano, puede descartarse con silencioso menosprecio; pero el resto de la narración de Agustín y Orosio es consistente con las circunstancias de la guerra y con el carácter de Estilicón. Consciente de que comandaba el último ejército de la república, su prudencia no lo expondría en el campo raso a la furia obstinada de los germanos. El método de acorralar al enemigo con líneas fuertes, que había empleado dos veces contra el rey godo, se repitió en mayor escala y con un efecto más considerable. Los ejemplos del César debían ser familiares al más lego de los guerreros romanos; y las fortificaciones de Durazzo, que conectaban veinticuatro castillos con un foso permanente y una muralla de quince millas (24,13 km) proporcionaban el modelo de un atrincheramiento que podía confinar y desabastecer a la hueste más numerosa de los bárbaros.[1188] Las tropas romanas habían degenerado menos en cuanto al ingenio que con respecto al valor de sus antepasados; y si la tarea servil y penosa ofendía el orgullo de los soldados, Toscana podía proporcionar miles de campesinos que trabajarían, aunque tal vez no lucharían, por la salvación de su país natal. El hambre, además de la espada, fue gradualmente destruyendo a la multitud recluida de caballos y hombres;[1189] pero mientras duraba una empresa tan prolongada, los romanos estaban expuestos a los ataques frecuentes de un enemigo impaciente. La desesperación de los bárbaros hambrientos debe haberlos

precipitado contra las fortificaciones de Estilicón; el general pudo consentir a veces el ardor de sus bravos auxiliares, que lo presionaban con impaciencia para asaltar el campamento de los germanos; y estos diversos incidentes pudieron producir el agudo y sangriento conflicto que dignifica la narrativa de Zósimo y las crónicas de Próspero y Marcelino.[1190] Un oportuno abastecimiento de hombres y provisiones se había introducido en el recinto de Florencia, y la hambrienta hueste de Radagasto fue sitiada a su turno. El orgulloso monarca de tantas naciones belicosas, después de perder a sus guerreros más valientes, fue reducido a confiar en el cumplimiento de una capitulación o en la clemencia de Estilicón.[1191] Pero la muerte del cautivo real, que fue decapitado ignominiosamente, deshonró el triunfo de Roma y de la cristiandad; y la escasa demora en la ejecución fue suficiente para marcar al vencedor con la culpa de una crueldad fría y deliberada.[1192] Los germanos hambrientos que escaparon a la furia de los auxiliares fueron vendidos como esclavos, al costo despreciable de una pieza de oro por cabeza; pero la diferencia de alimentación y de clima se llevó un gran número de aquellos extranjeros desventurados; y se observó que los inhumanos compradores, en vez de cosechar los frutos de su trabajo, pronto tuvieron que pagar por su atención. Estilicón informó de su triunfo al emperador y al Senado, y mereció por segunda vez el título glorioso de Libertador de Italia.[1193]

La fama de la victoria, y especialmente la del milagro, ha fomentado la vana creencia de que el ejército entero, o más bien la nación de los germanos, emigrada desde las costas del Báltico, murió miserablemente bajo los muros de Florencia. Tal fue, en realidad, el destino del propio Radagasto, de sus valerosos y fieles compañeros, y de más de un tercio de la variada

muchedumbre de suevos y vándalos, de alanos y borgoñones, que seguían las banderas de su general.[1194] La unión de tal ejército puede sorprendernos, pero las causas de su separación son obvias y forzosas: la arrogancia del nacimiento, la insolencia del valor, los celos del mando, la impaciencia de la subordinación, y el obstinado conflicto de opiniones, intereses y pasiones entre tantos reyes y guerreros que no sabían ceder u obedecer. Tras la derrota de Radagasto, dos tercios de la hueste germana, que debían exceder los cien mil hombres, aún permanecían armados entre los Apeninos y los Alpes, o entre los Alpes y el Danubio. Es dudoso que hayan intentado vengar la muerte de su general; pero su desordenada furia pronto fue desviada por la prudencia y firmeza de Estilicón, que enfrentó su marcha y les facilitó la retirada, que consideraba la seguridad de Roma y de Italia como el gran objeto de su atención, y que sacrificó con demasiada indiferencia la riqueza y la tranquilidad de las provincias distantes.[1195] Con la unión de algunos desertores de Panonia, los bárbaros adquirieron conocimientos acerca del país y de sus caminos; y la invasión de la Galia, que había planeado Alarico, fue ejecutada por los restos del gran ejército de Radagasto.[1196]

Sin embargo, si confiaban en recibir alguna ayuda de las tribus de Germania que habitaban las riberas del Rin, sus esperanzas fueron frustradas. Los alamanes mantuvieron una inacción neutral, y los francos demostraron su afán y su coraje en defensa del Imperio. Estilicón, en su rápida marcha Rin abajo, que fue el primer acto de su administración, se había dedicado con particular atención a asegurar la alianza con los belicosos francos y a alejar a los enemigos irreconciliables de la paz y de la república. Marcomir, uno de sus reyes, fue declarado públicamente culpable, ante el tribunal del magistrado romano,

de quebrantar la fe de los tratados. Fue sentenciado a un apacible pero lejano destierro en la provincia de Toscana; y esta degradación de su dignidad real estuvo tan lejos de provocar resentimiento entre sus súbditos, que castigaron de muerte al alborotador Suno, que trató de vengar a su hermano, y mantuvieron una obediente lealtad hacia los príncipes que se habían establecido en el trono a instancias de Estilicón.[1197] Cuando las fronteras de la Galia y de Germania fueron sacudidas por la emigración del norte, los francos enfrentaron con valor al cuerpo único de los vándalos, quienes, sin tener en cuenta las lecciones de la adversidad, nuevamente habían separado sus tropas de las banderas de sus aliados bárbaros. Pagaron el precio de su temeridad; y veinte mil vándalos, con su rey Godijiselo, fueron muertos en el campo de batalla. El pueblo entero pudo haber sido exterminado si los escuadrones alanos, avanzando en su auxilio, no hubieran aplastado a la infantería de los francos, que, tras una resistencia decorosa, tuvo que abandonar la desigual contienda. Los confederados victoriosos continuaron su marcha, y en el último día del año, cuando las aguas del Rin estaban muy probablemente heladas, entraron sin oposición a las provincias indefensas de la Galia. Este memorable tránsito de los suevos, vándalos, alanos y borgoñones, que ya nunca regresaron, puede considerarse como la caída del Imperio Romano en los países más allá de los Alpes; y las barreras que tanto tiempo habían separado a las naciones salvajes de las civilizadas, quedaron arrasadas desde aquel fatídico momento.[1198]

Mientras la paz de Germania estuvo afianzada por la adhesión de los francos y la neutralidad de los alamanes, los súbditos de Roma, ajenos a sus inminentes calamidades, disfrutaron de un estado de sosiego y prosperidad que rara vez

había bendecido las fronteras de la Galia. Sus rebaños y manadas podían pastar en las praderas de los bárbaros, y sus cazadores se internaban sin temor ni peligro por las malezas más recónditas del bosque Hercinio.[1199] Las orillas del Rin, como las del Tíber, estaban coronadas con casas elegantes y quintas bien cultivadas; y si un poeta bajaba por el río, podía dudar en qué margen estaba situado el territorio romano.[1200] Esta escena de paz y abundancia cambió súbitamente a un desierto, y sólo la perspectiva de ruinas humeantes deslindaba la soledad de la naturaleza de la desolación del hombre. La ciudad floreciente de Metz fue sorprendida y destruida, y varios miles de cristianos fueron asesinados en la iglesia. Worms feneció tras un sitio largo y obstinado; Estrasburgo, Espira, Reims, Turnay, Arras, Amiens, conocieron la cruel opresión del yugo germano; y las llamas asoladoras de la guerra se extendieron desde las orillas del Rin por la mayor parte de las diecisiete provincias de la Galia. El extenso y rico país que abarcaban el océano, los Alpes y los Pirineos, quedó a merced de los bárbaros, que llevaban tras ellos, en una promiscua muchedumbre, al obispo, al senador y a la virgen, cargados con los botines de sus casas y altares.[1201] Los eclesiásticos, a quienes debemos esta vaga descripción de las calamidades públicas, aprovecharon la oportunidad para exhortar a los cristianos a que se arrepintiesen de los pecados que habían provocado la Justicia Divina y renunciasen a los bienes perecederos de un mundo desdichado y engañoso. Pero como la controversia pelagiana,[1202] que intenta sondear el abismo de la gracia y la predestinación, pronto se convirtió en la ocupación seria del clero latino, la Providencia, que había decretado o previsto o permitido tal sucesión de males morales y naturales, fue pesada apresuradamente en la balanza imperfecta y falaz de la razón. Los crímenes y desgracias del pueblo afligido

se compararon atrevidamente con los de sus ancestros; y acusaron a la Justicia Divina, porque no exceptuaba de la destrucción común a la parte débil, inocente y tierna del linaje humano. Estos polemistas ociosos pasaban por alto las leyes invariables de la naturaleza, que han vinculado la paz con la inocencia, la abundancia con la industria y la seguridad con el valor. La política tímida y egoísta de la corte de Ravena podía convocar a las legiones palatinas para proteger Italia; los restos de la tropa acuartelada podían no ser apropiados para la ardua tarea; y los bárbaros auxiliares podían preferir la licencia ilimitada del saqueo a los beneficios de un estipendio moderado y constante. Pero las provincias de la Galia estaban repletas de una juventud fuerte y robusta que, si enfrentaban a la muerte en defensa de sus casas, sus familias y sus altares, hubieran merecido la victoria. El conocimiento de su país natal les hubiera permitido oponer continuos e insuperables obstáculos al avance de un invasor; y las deficiencias de los bárbaros tanto en armas como en disciplina, eliminaban el único pretexto que justificaba la sumisión de un país populoso a un ejército veterano, pero inferior en número. Cuando Carlos V invadió Francia le preguntó a un prisionero a cuántos «días» estaba París de la frontera; «tal vez doce, pero todos serán días de batalla», [1203] fue la gallarda respuesta que jaqueó la arrogancia de aquel príncipe ambicioso. Los súbditos de Honorio y los de Francisco I estaban animados por un espíritu muy diferente; y en menos de dos años, las tropas divididas de los salvajes del Báltico, cuyo número, justamente establecido, parecía despreciable, avanzaron sin combatir hasta la falda de los Pirineos (407 d. C.).

En los comienzos del reinado de Honorio, la vigilancia de Estilicón había defendido exitosamente la remota isla de Bretaña de sus enemigos incesantes del océano, las montañas y la costa

irlandesa.[1204] Pero aquellos bárbaros inquietos no podían descuidar la oportunidad de la guerra goda, cuando las murallas y los puestos de la provincia fueron despojados de tropas romanas. Si algún legionario lograba volver de la expedición a Italia, su fiel informe de la corte y de la índole de Honorio debió relajar la lealtad y exasperar el temperamento sedicioso del ejército británico. El afán de revueltas, que antes había perturbado el siglo de Galieno, revivió con la caprichosa violencia de los soldados; y los infelices o tal vez ambiciosos candidatos a quienes elegían, eran los instrumentos, y al fin las víctimas, de sus pasiones.[1205] Marco fue el primero a quien pusieron en el trono, como emperador legítimo de Bretaña y de Occidente. Con el precipitado asesinato de Marcos violaron el juramento de fidelidad que ellos mismos se habían impuesto, y la desaprobación de sus modales parece inscribir un honorable epitafio sobre su tumba. Graciano fue el siguiente en ser condecorado con la púrpura y la diadema, pero a los cuatro meses conoció la suerte de su antecesor. La memoria del gran Constantino, que las legiones de Bretaña habían dado a la Iglesia y al Imperio, fue el extraño motivo de su tercera elección. Descubrieron entre sus filas a un soldado raso llamado Constantino; y su impetuosa liviandad ya lo había sentado en el trono antes de advertir su incapacidad para sostener el peso de ese glorioso nombre.[1206] Sin embargo, la autoridad de Constantino fue menos precaria, y su gobierno más exitoso, que los reinados transitorios de Marcos y Graciano. El peligro de tener sus tropas inactivas en aquellos campamentos que habían sido manchados en dos ocasiones por la sangre y la sedición lo impulsó a intentar la reducción de las provincias occidentales. Desembarcó en Boulogne con una fuerza insignificante, y después de reposar algunos días, intimó a las ciudades de la

Galia, que habían escapado al yugo de los bárbaros, a que lo reconociesen como su legítimo soberano. Obedecieron la intimación sin reparo. La desatención por parte de la corte de Ravena eximía a un pueblo abandonado de los deberes de la lealtad; sus penurias actuales las animaban a aceptar cualquier cambio, sin temor, y tal vez con algún grado de esperanza; y podían preciarse de que las tropas, la autoridad e incluso el nombre de un emperador romano que fijara su residencia en la Galia, protegería al desventurado país de la furia de los bárbaros. La voz de la adulación transformó los primeros logros de Constantino contra los grupos destacados de germanos en victorias espléndidas y decisivas, que la reagrupación y la insolencia del enemigo pronto redujeron a su justo valor. Sus negociaciones consiguieron una tregua corta y precaria; y si algunas tribus de bárbaros fueron convencidas, mediante la generosidad de sus regalos y promesas, de ocuparse de la defensa del Rin, estos tratados inciertos y costosos, en vez de restaurar el impecable vigor de la frontera gala, sólo sirvieron para deshonrar la majestad del príncipe y para agotar lo que aún quedaba del tesoro de la república. Eufórico, sin embargo, con este triunfo imaginario, el vano libertador de la Galia se internó en las provincias del mediodía, para encontrarse con un peligro más apremiante y personal. Se le ordenó al godo Saro rendir la cabeza del rebelde a los pies del emperador Honorio, y las fuerzas de Italia y Bretaña se consumieron indignamente en esta contienda doméstica. Tras la pérdida de sus dos generales más valerosos, Justiniano y Nevigastes —el primero asesinado en el campo de batalla y el último en una entrevista pacífica pero traicionera—, Constantino se atrincheró entre las murallas de Viena. El lugar fue atacado infructuosamente durante siete días, y el ejército imperial soportó, en una huida precipitada, la

ignominia de comprar un pasaje seguro a los forajidos y bandoleros de los Alpes.[1207] Aquellas montañas separaban ahora los dominios de dos monarcas rivales; y las fortificaciones de la doble frontera estaban protegidas por las tropas del Imperio, cuyas armas se hubieran empleado con mayor utilidad en defender los límites romanos contra los bárbaros de Germania y Escitia.

De este lado de los Pirineos, la ambición de Constantino podía justificarse por la proximidad del peligro, pero su trono pronto se estableció con la conquista, o mejor dicho con la sumisión, de España, que se rindió a la influencia de una subordinación regular y habitual, y recibió leyes y magistrados de la prefectura gala. La única oposición a la autoridad de Constantino procedió no tanto de los poderes del gobierno o del espíritu del pueblo, como del afán e interés privados de la familia de Teodosio. Cuatro hermanos,[1208] con el favor de su pariente, el emperador difunto, habían merecido una jerarquía honorífica y amplias posesiones en su propio país; y los agradecidos jóvenes resolvieron arriesgar aquellas ventajas en servicio del hijo. Tras un esfuerzo infructuoso por mantener sus tierras liderando las tropas apostadas en Lusitania, se retiraron a sus estados, donde armaron y levantaron a sus expensas un cuerpo considerable de esclavos y dependientes, y marcharon audazmente a ocupar los puestos fuertes de los montes Pirineos. Esta insurrección doméstica alarmó y asombró al soberano de Galia y Bretaña, y se vio obligado a negociar con algunas tropas de bárbaros auxiliares para el servicio de la guerra en España. Fueron distinguidos con el título de Honorios,[1209] un nombre que debía recordarles su lealtad hacia su legítimo soberano; y aun concediendo con franqueza que los escoceses fueran parciales ante un príncipe británico, los moros y los

marcomanos sólo podían ser seducidos por la profusa generosidad del usurpador, que repartía entre los bárbaros los honores militares y aun civiles de España. Los nueve bandos de *Honorios* que pueden rastrearse fácilmente en el establecimiento del Imperio occidental no excederían los cinco mil hombres; y con todo, esta escasa fuerza bastó para terminar una guerra que había amenazado el poder y la seguridad de Constantino. El rústico ejército de la familia teodosia fue rodeado y destruido en los Pirineos; dos de los hermanos tuvieron la buena suerte de escapar por mar hacia Italia u Oriente; los otros dos, tras un intervalo de incertidumbre, fueron ejecutados en Arles; y si Honorio pudo permanecer insensible ante la desgracia pública, debieron tal vez afectarlo los padecimientos personales de sus generosos parientes. Tales eran los débiles ejércitos que decidieron la posesión de las provincias occidentales de Europa, desde la valla de Antonino hasta las columnas de Hércules. Los sucesos de paz y de guerra han sido indudablemente disminuidos por la mirada estrecha e imperfecta de los historiadores de la época, quienes eran igualmente ignorantes de las causas y de los resultados de las revoluciones más importantes. Pero la decadencia total de la fuerza nacional había aniquilado hasta el último recurso de un gobierno despótico; y las rentas de las provincias exhaustas ya no podían comprar el servicio militar de un pueblo descontento y acobardado (año 408).

El poeta, cuya adulación atribuyó al águila romana las victorias de Pollentia y Verona, sigue la huida precipitada de Alarico desde los confines de Italia, con una horrorosa sucesión de espectros imaginarios, los cuales podían acosar a un ejército de bárbaros casi exterminado por la guerra, el hambre y las dolencias.[1210] Durante esta desafortunada expedición, el rey de

los godos debió sufrir, en efecto, pérdidas considerables, y sus tropas hostigadas necesitarían un intervalo de descanso para realizar alistamientos y recuperar su confianza. La adversidad había ejercitado y demostrado el genio de Alarico, y la fama de su coraje convocaba bajo el estandarte godo a los guerreros bárbaros más valientes, quienes, desde el Euxino al Rin, estaban movilizados por el deseo de rapiña y conquistas. Alarico había merecido la estima, y pronto aceptó la amistad, del mismo Estilicón. Renunciando a prestar servicios al emperador de Oriente, Alarico cerró un tratado de paz y de alianza con la corte de Ravena, por el cual se lo declaraba maestre general de los ejércitos romanos en toda la prefectura de Iliria, como reclamó el ministro de Honorio, según sus verdaderos y antiguos límites.[1211] La ejecución del ambicioso plan, que estaba estipulado o implicado en los artículos del tratado, parece haber sido suspendida por la formidable irrupción de Radagasto; y la neutralidad del rey godo tal vez pueda compararse con la indiferencia del César, quien, en la conjuración de Catilina, se negó a asistir o a oponerse al enemigo de la república. Tras la derrota de los vándalos, Estilicón retomó sus pretensiones en las provincias de Oriente; nombró magistrados civiles para la administración de la justicia y de las finanzas, y manifestó su impaciencia por conducir hasta las puertas de Constantinopla los ejércitos unidos de romanos y godos. Sin embargo, la prudencia de Estilicón, su aversión a la guerra civil y su perfecto conocimiento de la debilidad del Estado, pueden corroboran la sospecha de que el objetivo de su política se cifraba más en la paz interior que en conquistas extranjeras, y de que su principal preocupación era dirigir las fuerzas de Alarico a larga distancia de Italia. Este plan no pudo escapar a la perspicacia del rey godo, quien seguía manteniendo una correspondencia ambigua,

y quizá traicionera, con las cortes rivales; quien prolongaba, como un mercenario insatisfecho, sus indolentes operaciones en Tesalia y Epiro, y quien pronto volvió a reclamar una extravagante recompensa por sus ineficaces servicios. Desde su campamento junto a Emona,[1212] en los confines de Italia, remitió al emperador de Occidente una larga lista de promesas, gastos y demandas; requería satisfacción inmediata y apuntaba a las claras las consecuencias de una negativa. Pero si su conducta era hostil, su lenguaje era decente y respetuoso. Se profesaba humildemente amigo de Estilicón y soldado de Honorio; ofrecía su persona y sus tropas para marchar contra el usurpador de la Galia sin demora; y solicitaba, como un retiro permanente de la nación goda, la posesión de alguna provincia vacante del Imperio occidental.

Las transacciones políticas y secretas de dos estadistas empeñados en engañarse uno al otro y al mundo entero hubieran quedado para siempre ocultas en la oscuridad impenetrable del gabinete, si las actas de una asamblea popular no hubiesen arrojado alguna luz sobre la correspondencia de Alarico y Estilicón. La necesidad de encontrar algún apoyo artificial para un gobierno que, no por moderación sino por debilidad, estaba reducido a negociar con sus propios súbditos, había restaurado imperceptiblemente la autoridad del Senado romano; y el ministro de Honorio consultó respetuosamente al consejo legislativo de la república. Estilicón convocó al Senado en el palacio de los Césares; expuso, en un discurso estudiado, el estado actual de los negocios; manifestó las peticiones del rey godo, y dejó a su consideración la elección de la paz o de la guerra. Los senadores, como si hubieran despertado súbitamente de un sueño de cuatrocientos años, parecieron, en esta importante ocasión, inspirarse más en el coraje que en la

sabiduría de sus ancestros. Declararon a voces, en los discursos habituales o en tumultuosas aclamaciones, que era indigno de la majestad de Roma comprar una tregua precaria y vergonzosa con un rey bárbaro y que, en el concepto de un pueblo magnánimo, la posibilidad de la ruina era siempre preferible a la certeza del deshonor. El ministro, cuyas pacíficas intenciones estaban apoyadas sólo por la voz de algunos seguidores serviles y venales, intentó calmar la agitación general con una apología de su propia conducta e incluso de las demandas del príncipe godo. El pago de un subsidio, que tanto había indignado a los romanos, no debía —así se expresaba Estilicón— considerarse como un odioso tributo o rescate, inducido por las amenazas de un enemigo bárbaro. Alarico había impuesto lealmente las fundadas pretensiones de la república a las provincias usurpadas por los griegos de Constantinopla; requería con humildad la recompensa justa y estipulada por sus servicios; y si había suspendido la ejecución de su empresa, era porque obedecía, en su retirada, a las cartas perentorias, aunque privadas, del mismo emperador. Estas disposiciones contradictorias (no disimularía los errores de su propia familia) se habían conseguido por la intervención de Serena. La tierna piedad de su esposa se había visto profundamente afectada por la discordia entre los hermanos reales, los hijos de su padre adoptivo, y los sentimientos naturales habían prevalecido muy fácilmente sobre los severos dictámenes del bienestar general. Estas razones ostensibles, que disfrazan débilmente las oscuras intrigas del palacio de Ravena, estaban apoyadas por la autoridad de Estilicón; y obtuvieron, tras un duro debate, la reacia aprobación del Senado. El tumulto de la virtud y la libertad se calmó, y se otorgó la suma de cuatro mil libras de oro, en concepto de subsidio, para asegurar la paz de Italia y afianzar la

amistad del rey godo. Sólo Lampadio, uno de los miembros más ilustres de la junta, persistió en su disenso y exclamó a gritos: «Éste no es un tratado de paz, sino de servidumbre»,[1213] y escapó al peligro de tan audaz oposición asilándose inmediatamente en el santuario de una iglesia cristiana.

Pero el reinado de Estilicón se aproximaba a su fin, y el arrogante ministro podía percibir los síntomas de su inminente desgracia. La audacia desinteresada de Lampadio había sido aplaudida; y el Senado, resignado con tanta paciencia a una larga servidumbre, rechazó con menosprecio la oferta de una libertad odiosa e imaginaria (mayo de 408 d. C.). Las tropas, que todavía llevaban el nombre y las prerrogativas de «legiones romanas», estaban enfurecidas por la inclinación de Estilicón hacia los bárbaros; y el pueblo atribuía a la política maliciosa del ministro las desgracias públicas, que eran la consecuencia natural de su propia degeneración. Sin embargo, Estilicón hubiera podido seguir afrontando el clamor del pueblo, e incluso de los soldados, si hubiera mantenido el dominio sobre el ánimo endeble de su pupilo. Pero el respeto afectuoso de Honorio se había convertido en temor, recelo y odio. El artero Olimpio,[1214] que ocultaba sus vicios tras la máscara de la religiosidad cristiana, había socavado secretamente al benefactor a quien debía su promoción a los honorables oficios del palacio imperial. Olimpio le reveló al confiado emperador, que ya había llegado a los veinticinco años, que no tenía peso ni autoridad en su propio gobierno, y alarmó con astucia su disposición tímida e indolente retratándole al vivo las intenciones de Estilicón, que ya planeaba la muerte de su soberano con la ambiciosa esperanza de ceñir la diadema a las sienes de su hijo Euquerio. El nuevo favorito incitó al emperador a asumir el carácter de una dignidad independiente; y el ministro se sorprendió al advertir

que en la corte y en el consejo se establecían resoluciones secretas opuestas a su interés o a sus intenciones. Honorio manifestó que, en vez de residir en el palacio de Roma, era su voluntad retornar a su fortaleza segura de Ravena. Al primer aviso del fallecimiento de su hermano Arcadio, se dispuso a visitar Constantinopla y a controlar, con la autoridad de un ayo, las provincias del niño Teodosio.[1215] La dificultad y los costos de una expedición tan lejana frenó este arrebato extraño y repentino de diligencia; pero el peligroso proyecto de mostrar al emperador ante el campamento de Pavía, compuesto de tropas romanas, enemigas de Estilicón y de sus auxiliares bárbaros, quedó fijo e inalterable. El consejo de su confidente Justiniano, un abogado romano de genio vivo y penetrante, instó al ministro a oponerse a un viaje tan perjudicial para su reputación y seguridad. Sus enérgicos pero infructuosos esfuerzos confirmaron el triunfo de Olimpio, y el prudente legista se abrió de la inminente ruina de su patrono.

Cuando el emperador pasó por Bolonia, un motín de guardias fue estimulado y aplacado por la política secreta de Estilicón, quien manifestó que tenía instrucciones de diezmar a los culpables, atribuyendo a su propia intercesión el mérito de su indulto. Tras esta conmoción, Honorio abrazó por última vez al ministro, a quien ahora consideraba un tirano, y continuó su camino hacia el campamento de Pavía, donde fue recibido con leales aclamaciones por su tropa, reunida para la guerra de la Galia (23 de agosto de 408 d. C.). En la mañana del cuarto día pronunció, como se le había enseñado, una arenga militar en presencia de los soldados, a quienes Olimpio había preparado, con visitas amistosas y discursos arteros, para ejecutar una oscura y sangrienta conspiración. A la primera señal mataron a los amigos de Estilicón, los oficiales más ilustres del Imperio, a dos

prefectos pretorianos de la Galia y de Italia, a dos maestres generales de caballería y de infantería, al maestre de los oficios, al cuestor, al tesorero y al conde de los domésticos. Muchas vidas se perdieron, muchas casas fueron saqueadas; la furiosa sedición continuó incrementándose hasta el anochecer; y el temeroso emperador, que fue visto por las calles de Pavía sin manto ni diadema, cediendo a los consejos de su privado, condenó la memoria de los muertos y aprobó solemnemente la inocencia y lealtad de sus asesinos. La noticia de la matanza de Pavía sumió a Estilicón en temores fundados y lóbregos. Al instante, reunió en el campamento de Bolonia, un consejo de los líderes confederados que estaban a su servicio y que quedarían envueltos en su ruina. La impetuosa voz de la asamblea llamó a las armas y a la venganza, a marchar sin demora bajo las banderas de un héroe que tantas veces los había encaminado a la victoria, a sorprender, a acosar, a exterminar al culpable Olimpio y a sus corrompidos romanos, y tal vez a poner la diadema sobre la cabeza de su afrentado general. En vez de ejecutar una resolución que hubiera sido justificada por el éxito, Estilicón dudó hasta que estuvo irrecuperablemente perdido. Aún ignoraba el destino del emperador, desconfiaba de la lealtad de su propio partido y veía con horror las consecuencias fatales de armar una multitud de bárbaros desenfrenados contra los soldados y el pueblo de Italia. Los confederados, impacientes con su demora temerosa y vacilante, se retiraron precipitadamente con recelo e indignación. A medianoche, Saro, un guerrero godo famoso entre los mismos bárbaros por su fuerza y su valor, asaltó repentinamente el campamento de su benefactor, saqueó su equipaje, descuartizó a los leales hunos que protegían su persona, y se internó hasta la tienda donde el ministro, pensativo y desvelado, cavilaba sobre

el peligro de su situación. Estilicón escapó con dificultad a la espada del godo, y después de emitir una última y generosa admonición a las ciudades de Italia para que cerraran sus puertas a los bárbaros, su confianza o su desesperación lo impulsó a arrojarse a Ravena, que ya estaba absolutamente en manos de sus enemigos. Olimpio, que había asumido el dominio de Honorio, pronto fue informado de que su rival había abrazado, como un suplicante, el altar de una iglesia cristiana. El carácter vil y cruel del hipócrita era incapaz de lástima o de remordimiento, pero piadosamente aparentó eludir, más que violar, el privilegio del santuario. El conde Heraclio se presentó al anochecer con una tropa ante las puertas de la iglesia de Ravena. El obispo quedó satisfecho con el solemne juramento de que el mandato imperial sólo les ordenaba proteger la persona de Estilicón; pero tan pronto como el desventurado ministro fue llevado más allá del umbral sagrado, manifestaron la orden de ajusticiarlo inmediatamente. Estilicón soportó con calmada resignación los afrentosos motes de traidor y parricida; reprimió el ímpetu intempestivo de sus seguidores, que estaban listos para intentar un rescate imposible, y con una firmeza digna del último general romano dobló su cuello a la espada de Heraclio.[1216]

La multitud servil del palacio, que tanto tiempo había idolatrado a Estilicón en su prosperidad, pretendía injuriarlo en su caída, y la relación más remota con el maestre general de Occidente, que antes era un título de riquezas y honores, se desmentía cuidadosamente y se castigaba con rigor. Su familia, unida con triple enlace a la de Teodosio, podía envidiar la condición del menor campesino. Interceptaron la huida de su hijo Euquerio, y la muerte de aquel joven inocente sobrevino tras el divorcio de Termancia, que ocupaba el lugar de su

hermana María y que, como ella, permaneció virgen en el lecho imperial.[1217] Los amigos de Estilicón que habían escapado a la matanza de Pavía fueron perseguidos por la venganza implacable de Olimpio, y se empleó la crueldad más exquisita para arrancarles la confesión de una conspiración traidora y sacrílega. Murieron en silencio; su firmeza justificó la elección,[1218] y tal vez probó la inocencia, de su patrón; y el poder despótico que tomó sus vidas sin un juicio y estigmatizó su memoria sin pruebas no tiene jurisdicción sobre el voto imparcial de la posteridad.[1219] Los servicios de Estilicón son grandes y manifiestos; sus crímenes, en tanto están apuntados vagamente en el idioma de la adulación y del odio, son al menos oscuros e improbables. Aproximadamente a los cuatro meses de su muerte, se publicó un edicto, en nombre de Honorio, para restablecer las comunicaciones libres entre ambos imperios, que habían sido interrumpidas durante tanto tiempo por el *enemigo público*.[1220] El ministro, cuya fama y fortuna dependían de la prosperidad del Estado, fue acusado de entregar Italia a los bárbaros, a quienes venció repetidamente en Pollentia, en Verona y ante las murallas de Florencia. Su supuesto plan de coronar con la diadema a su hijo Euquerio no habría podido concretarse sin preparativos y cómplices, y el ambicioso padre seguramente no habría dejado al futuro emperador, hasta la edad de veinte años, en el humilde escalón de tribuno de los notarios. La maldad de su rival acusó incluso la religiosidad de Estilicón. La oportuna y casi milagrosa liberación fue celebrada devotamente por el clero, que afirmaba que las primeras medidas del reinado de Euquerio habrían sido el restablecimiento de los ídolos y la persecución de la Iglesia. Sin embargo, el hijo de Estilicón fue educado en el regazo del cristianismo, que su padre había profesado constantemente y

sostenido con entusiasmo.[1221] Serena había tomado su magnífico collar de la estatua de Vesta;[1222] y los paganos abominaban de la memoria del ministro sacrílego, por cuya disposición se habían arrojado al fuego los libros sibilinos, oráculos de Roma.[1223] El orgullo y el poder de Estilicón constituyen su verdadera culpa. Una aversión honorable a derramar la sangre de sus conciudadanos parece haber contribuido al éxito de su indigno rival; y la última humillación del carácter de Honorio es que la posteridad no se haya dignado a reprocharle su vil ingratitud hacia el ayo de su juventud y la columna de su Imperio.

Entre la serie de dependientes cuya riqueza y dignidad llamaba la atención en su tiempo, *nuestra* curiosidad recae sobre el famoso nombre del poeta Claudiano, que disfrutó del favor de Estilicón y se hundió en la ruina de su mecenas. Los cargos titulares de tribuno y notario le dieron una jerarquía en la corte imperial. Debió a la mediación poderosa de Serena su enlace con una rica heredera de la provincia de África;[1224] y la estatua de Claudiano, alzada en el foro de Trajano, fue un monumento al gusto y la generosidad del Senado Romano.[1225] Después de que las alabanzas a Estilicón se volvieran ofensivas y criminales, Claudiano quedó expuesto a la hostilidad de un cortesano poderoso e implacable, a quien había ofendido con la insolencia de su ingenio. Había comparado, en un agudo epigrama, las índoles opuestas de dos prefectos pretorianos de Italia. En él contrasta el reposo inocente de un filósofo, que a veces resigna al sueño, o tal vez al estudio, las horas de sus quehaceres, con la diligencia interesada de un ministro codicioso, infatigable en la persecución de beneficios injustos y sacrílegos. «¡Qué ventura —sigue Claudiano—, qué ventura sería para el pueblo de Italia que Malio pudiera estar siempre despierto y que Adriano

durmiera siempre!».[1226] El reposo de Malio no se alteró con esta amistosa y gentil advertencia; pero la vigilancia cruel de Adriano esperó la oportunidad de vengarse, y obtuvo fácilmente de los enemigos de Estilicón el sacrificio insignificante de un poeta repudiado. El poeta se ocultó, sin embargo, mientras duraron los tumultos de la revolución; y consultando los dictados de la prudencia más que los del honor, dirigió al prefecto ofendido, en forma de epístola, una rectificación suplicante y humilde. Deplora en un tono afligido la fatal indiscreción a la que había sido arrojado por la pasión y la locura; ofrece a la imitación de su adversario los ejemplos grandiosos de la clemencia de los dioses, los héroes y los leones, y expresa su esperanza de que la magnanimidad de Adriano no pisoteará a un enemigo indefenso y despreciable, ya humillado por la desgracia y la miseria, y profundamente herido por el exilio, las torturas y la muerte de sus más queridos amigos.[1227] Cualquiera fuese el éxito de sus ruegos o los accidentes de su vida futura, en unos pocos años el ministro y el poeta se nivelaron en la tumba. Pero el nombre de Adriano casi está hundido en el olvido, mientras Claudiano se lee con placer en cada país que ha conservado o adquirido el conocimiento del idioma latino. Si contrapesamos con justicia sus méritos y defectos, debemos reconocer que Claudiano no satisface ni silencia nuestras razones. No sería fácil citar un pasaje que merezca el epíteto de sublime o de patético, ni seleccionar un verso que ablande el corazón o enriquezca la fantasía. Buscaríamos vanamente en los poemas de Claudiano la invención feliz y el manejo imaginario de una fábula interesante, o la representación justa y viva de los caracteres y situaciones de la vida real. Publicó en servicio de su patrón panegíricos ocasionales e invectivas, y el intento de estas composiciones serviles favoreció su propensión a exceder los límites de la

verdad y la naturaleza. Sin embargo, estas imperfecciones se compensan en alguna medida con las virtudes poéticas de Claudiano. Estaba dotado con el raro y precioso talento de realzar lo ínfimo, adorar lo más estéril y de diversificar los tópicos más similares; sus matices, especialmente en la poesía descriptiva, son suaves y espléndidos; y nunca deja de mostrar, incluso hasta el abuso, las ventajas de un entendimiento cultivado, una fantasía copiosa, una expresión fluida y a veces convincente, y una corriente constante de versificación armoniosa. A estas distinciones, independientes de cualquier coyuntura de tiempo y lugar, debemos añadir el mérito peculiar de Claudiano respecto de las circunstancias desfavorables de su nacimiento. En la decadencia de las artes y del Imperio, un egipcio,[1228] que había recibido la educación de un griego, adquirió a una edad madura el uso familiar y el dominio absoluto del idioma latino;[1229] se elevó sobre todos sus contemporáneos y tomó su lugar, después de 300 años, entre los poetas de la Antigua Roma.[1230]

XXXI

INVASIÓN DE ALARICO A ITALIA - COSTUMBRES DEL SENADO ROMANO Y DEL PUEBLO - LOS GODOS SITIAN ROMA TRES VECES Y, POR ÚLTIMO, LA SAQUEAN - MUERTE DE ALARICO - LOS GODOS EVACUAN ITALIA - CAÍDA DE CONSTANTINO - LOS BÁRBAROS OCUPAN GALIA Y ESPAÑA - INDEPENDENCIA DE BRETAÑA

La incapacidad de un gobierno débil y desvariado suele ofrecer la apariencia —y acarrear los resultados— de un acuerdo traidor con el enemigo público. Si se hubiera incluido al propio Alarico en el consejo de Ravena, probablemente habría recomendado las mismas disposiciones que los ministros de Honorio.[1231] El rey de los godos podría haber conspirado, quizá, con alguna renuencia, para destruir a un adversario formidable cuyas armas, tanto en Italia como en Grecia, lo habían vencido ya dos veces. El odio activo e interesado del consejo de Ravena terminó de completar con esmero la desgracia y la ruina del gran Estilicón. La valentía de Saro, su renombre militar y su influjo personal o hereditario sobre los bárbaros confederados podían recomendarlo únicamente a los amantes de su patria, que menospreciaban o detestaban la personalidad, sin ningún valor, de Turpilión, Varanes y Vigilancio. A instancias de los nuevos favoritos, aquellos generales, indignos —como lo habían demostrado— de llevar el nombre de soldados,[1232] fueron promovidos al mando de la caballería, la infantería y la tropa nacional.

El príncipe godo habría firmado con gusto el edicto que el

fanatismo de Olimpio sugirió al sencillo y devoto emperador. Honorio excluyó de todo cargo público a quienes se oponían a la Iglesia católica, rechazaba sin remedio el servicio de los que disentían de él en cuanto a la religión y descalificó con impulsividad a muchos de los mejores y más valientes oficiales que se mantenían en el paganismo o que profesaban el arrianismo.[1233] Alarico podría haber aprobado y, quizá, sugerido estas medidas tan ventajosas para un enemigo, pero parece dudoso que el bárbaro atendiese a su interés a costa de la crueldad inhumana y absurda como la cometida por las directivas o, por lo menos, con la connivencia de los ministros imperiales. Los auxiliares extranjeros, cercanos a Estilicón, lloraron su muerte, pero refrenaron sus deseos de venganza a raíz del temor por sus esposas e hijos, mantenidos como rehenes en las ciudades fuertes de Italia, donde tenían también depositados sus bienes más valiosos. Al mismo tiempo, y como por una señal convenida, las ciudades de Italia fueron mancilladas con las mismas escenas de matanza y saqueo que sufrieron las familias y las pertenencias de los bárbaros. Airados con tal ultraje, que soliviantaría, incluso, a las personas más apocadas y serviles, los extranjeros volvieron su mirada de indignación y esperanza hacia el campamento de Alarico, y juraron unánimes perseguir en una guerra justa e implacable a la pérfida nación que había violado las leyes de la hospitalidad de manera tan despreciable. Por la conducta imprudente de los ministros de Honorio, la república perdió el auxilio y se ganó la enemistad de treinta mil soldados sobresalientes, y el peso de aquel ejército formidable, que por sí solo podía determinar el curso de la guerra, torció la balanza del lado de los romanos al de los godos (septiembre de 408 d. C.).

Tanto en las artes de la negociación como en las de la

guerra, el rey godo mantuvo la superioridad sobre unos enemigos cuyos cambios aparentes procedían de la falta total de consejos y de designios. Alarico, desde su campamento en el confín de Italia, observaba con atención las revoluciones del palacio, vigilaba los progresos de las facciones y del descontento, disimulaba la faceta hostil de invasor bárbaro y asumía la apariencia más popular de amigo y aliado del gran Estilicón, a cuyas virtudes, que ya no eran extraordinarias, podía tributar alabanzas fundadas y sinceras.

El pedido apremiante de los disconformes, que urgían al rey de los godos a invadir Italia, se robustecía con el sentimiento vivo de sus propios agravios; en particular, se quejaba de que los ministros imperiales aún dilataban el pago de las cuatro mil libras (1840 kg) de oro que le había concedido el Senado romano en pago por sus servicios o para aplacar su ira. Su entereza se apoyaba en una astuta moderación, que contribuyó al éxito de sus planes: pidió una compensación justa y razonable, y brindó todas las certezas de que, apenas la obtuviera, se retiraría. Se negó a creer en la buena fe de los romanos, a menos que Ecio y Jasón, hijos de oficiales eminentes del Estado, fueran como rehenes a su campamento, pero ofreció enviar en cambio a varios jóvenes de la mayor alcurnia de la nación goda.

Los ministros de Ravena interpretaron la moderación de Alarico como una evidencia de flaqueza y temor, no se molestaron en negociar un tratado ni en reunir un ejército y, con una confianza temeraria, hija de su propia ignorancia del peligro que corrían, desperdiciaron irreparablemente los momentos decisivos de la paz y de la guerra. Mientras esperaban con ceñudo silencio que los bárbaros evacuasen el confín de Italia, Alarico, en una marcha rápida y audaz, cruzó los Alpes y el Po; saqueó velozmente las ciudades de Aquileia, Alteno,

Concordia y Cremona, que se rindieron a sus armas; aumentó sus fuerzas con el ingreso de treinta mil auxiliares, y, sin tropezar con un solo enemigo, avanzó hasta las orillas de la ciénaga que resguardaba la residencia inexpugnable del emperador de Occidente.

En vez de empeñarse en el vano intento del sitio de Ravena, el prudente caudillo godo se encaminó a Rímini, asoló la costa del Adriático y planeó la conquista de la antigua dueña del mundo. Un ermitaño italiano, cuyo fervor y santidad respetaban los propios bárbaros, se encontró con el monarca victorioso y clamó con audacia la ira del Cielo contra los opresores de la Tierra; pero el santo quedó desconcertado por la afirmación de Alarico de que sentía un impulso secreto y sobrenatural que dirigía e, incluso, compelía su marcha hacia las puertas de Roma. Sentía que su talento y su estrella estaban a la altura de las empresas más arduas, y el entusiasmo que infundió a los godos acabó con el respeto popular y casi supersticioso de las naciones hacia la majestad del nombre de Roma. Esperanzadas con el botín, sus tropas siguieron la Via Flaminia, ocuparon los pasos indefensos de los Apeninos,[1234] descendieron a las ricas llanuras de Umbría y, cuando acamparon a las orillas del Clitumno, pudieron matar y devorar a su antojo los bueyes blancos que durante tanto tiempo estuvieron reservados para la celebración de los triunfos romanos.[1235] Su ubicación en lo alto y una tormenta eléctrica propia de la temporada preservaron el pueblo de Narni; el rey de los godos, despreciando presa tan pequeña, avanzó con el vigor intacto y, después de atravesar por arcos majestuosos, adornados con los botines de victorias bárbaras, plantó su campamento en los muros de Roma.[1236]

Durante un período de seiscientos diecinueve años, la presencia de enemigos extranjeros nunca había violado la sede

del Imperio. La expedición malograda de Aníbal[1237] sirvió sólo para manifestar el carácter del Senado y del pueblo, de un Senado deslucido antes que ennoblecido, en comparación con la asamblea de reyes, y de un pueblo al cual el embajador de Pirro aplicaba los recursos inagotables de la hidra.[1238] Cada senador, en tiempos de la guerra púnica, ya había cumplido su plazo de servicio militar, como subordinado o con un cargo alto, y el decreto que revestía con mando temporal a quienes habían sido cónsules, censores o dictadores proporcionaba a la república el refuerzo inmediato de muchos generales valientes y experimentados. Al principio de aquella guerra, el pueblo romano constaba de doscientos cincuenta mil ciudadanos en edad de tomar las armas.[1239] Cincuenta mil ya habían muerto en defensa de su país, y las veintitrés legiones empleadas en los diversos campamentos de Italia, Grecia, Cerdeña, Sicilia y España necesitaban alrededor de cien mil hombres. Pero en Roma y sus alrededores, quedaba igual número de hombres que abrigaban el mismo denuedo, y todos los ciudadanos se criaban desde su niñez entre la disciplina y los ejercicios militares. Aníbal quedó asombrado con la constancia del Senado, que lo estuvo esperando sin levantar el sitio de Capua ni llamar a sus fuerzas dispersas. Acampó a las orillas del Anio, a tres millas (4,6 km) de la ciudad, y poco después le informaron que el solar de su campamento acababa de venderse en subasta pública a un precio adecuado, y que, además, acababa de marcharse, por el camino opuesto, un cuerpo de reclutas para reforzar las legiones de España.[1240] Aníbal acaudilló a sus africanos hasta las puertas de Roma, donde halló tres ejércitos en formación de combate, preparado para recibirlo, pero temió una batalla en la que no tenía esperanza de sobrevivir si no acababa con el último de sus enemigos. Su retirada presurosa proclamó el valor invencible de

los romanos.

Desde los tiempos de la guerra púnica, la sucesión ininterrumpida de senadores había conservado el nombre y la imagen de la república, y los súbditos degradados de Honorio pretendían descender de los héroes que habían rechazado a Aníbal y habían avasallado las naciones de la Tierra. Los honores temporales que la mística Paula[1241] heredó y despreció se hallan historiados con esmero por Jerónimo, guía de su conciencia y cronista de su vida. La alcurnia de su padre, Rogato, se remontaba hasta Agamenón, parecería traicionar el origen griego; pero su madre, Blesila, contaba con los Escipiones, Paulo Emilio y los Gracos en la lista de sus antepasados. Toxocio, marido de Paula, encabezaba su linaje real con Eneas, fundador de la familia Julia. La vanidad de los ricos, quienes deseaban ser nobles, se gratificaba con estas altas pretensiones. Envalentonados por el aplauso de sus aduladores, les resultaba fácil imponerse sobre la credulidad del vulgo; se apoyaban, en cierta medida, en la costumbre de adoptar el nombre del dueño, que prevaleció siempre entre los libertos y clientes de las familias ilustres. La mayor parte de estas familias, sin embargo, agredidas por la violencia externa o por decadencia interior, se fueron extinguiendo paulatinamente, y era mucho más razonable buscar la línea de veinte generaciones entre las montañas de los Alpes o en la soledad apacible de Apulia que en el gran teatro de Roma, sede del destino, de los peligros y de revoluciones incesantes. En cada reinado y en todas las provincias del Imperio, catervas de aventureros desvergonzados que sobresalían por su ingenio o sus vicios usurparon las riquezas, los títulos y los palacios de Roma, y oprimieron o protegieron los pobres restos de las familias consulares, que ignoraban, quizá, los blasones de sus antepasados.[1242]

En tiempo de Jerónimo y de Claudiano, todos los senadores daban preeminencia a la alcurnia Anicia. Un breve repaso de su historia servirá para valorar la jerarquía y la antigüedad de las familias nobles, que competían apenas por el segundo lugar.[1243] En las cinco primeras épocas de la ciudad, el nombre de los Anicios era desconocido. Aparentemente, provenían de Preneste, y la ambición de estos ciudadanos nuevos quedaba más que satisfecha con los honores plebeyos de tribunos del pueblo.[1244] Ciento sesenta y ocho años antes de la era cristiana, se ennobleció la familia con la pretoría de Anicio, quien terminó con éxito la guerra ilírica, conquistando la nación y tomando cautivo a su rey.[1245] Desde aquel triunfo, tres consulados, en períodos diferentes, indican la sucesión de los Anicios.[1246] Del reinado de Diocleciano a la ruina del Imperio occidental, ese nombre brilló con tal esplendor que ni la púrpura imperial lo eclipsaba en el concepto público.[1247] Sus diversas ramas unieron, por matrimonio o por herencia, las riquezas y los títulos de las familias de los Ennios, Petronios y Olibrios, y en cada generación se multiplicaban los consulados por derecho de herencia.[1248] Los Anicios sobresalieron en la fe y en la opulencia: fueron los primeros del Senado romano en abrazar el cristianismo, y es probable que Anicio Juliano, después cónsul y prefecto de la ciudad, haya reparado su relación con la facción de Magencio con la rapidez con que aceptó la religión de Constantino.[1249] El gran patrimonio familiar se incrementó con la diligencia de Probo, jefe de la familia Anicia, quien compartió con Graciano los honores del consulado y ejerció cuatro veces el alto cargo de prefecto pretoriano.[1250] Sus inmensas posesiones se distribuían por toda la extensión del mundo romano, y aunque el pueblo sospechara de los métodos con que las había adquirido o los desaprobara, la generosidad y magnificencia de

aquel estadista afortunado merecían el agradecimiento de sus ahijados y la admiración de los extraños.[1251] Era tal el respeto que se tributaba a su memoria que los dos hijos de Probo, en su más temprana juventud y a instancias del Senado, quedaron asociados a la dignidad consular; distinción memorable y sin precedentes en los anales de Roma.[1252]

«Los mármoles del palacio Anicio» era una expresión proverbial de opulencia y esplendor;[1253] y los nobles y senadores de Roma aspiraban, en su medida, a imitar a esa familia ilustre. La descripción precisa de la ciudad compuesta en la época de Teodosio especifica mil setecientas ochenta casas donde vivían ricos y honorables ciudadanos.[1254] Muchas de estas mansiones lujosas casi justificarían la exageración del poeta de que Roma albergaba cantidad de palacios, y que cada uno era como una ciudad, pues incluía en su recinto todo lo que podía ser útil para cubrir las necesidades o los lujos: mercado, picaderos, templos, fuentes, baños, pórticos, arboledas y pajareras.[1255]

El historiador Olimpiodoro, quien describió el estado de Roma cuando la sitiaron los godos,[1256] tomó nota de que muchos de los senadores más acaudalados solían recibir de sus propiedades una renta anual de cuatro mil libras de oro (1800 kg), sin contar la provisión fija de trigo y vino que, vendida, ascendería en valor a un tercio del dinero. Para comparar con esta riqueza desmesurada, una renta corriente de mil o mil quinientas libras de oro (450 ó 675 kg) se consideraba más que suficiente para la jerarquía de senador, que exigía muchos gastos de ostentación pública. En la época de Honorio, quedaron registrados muchos ejemplos, de nobles populares y vanidosos que celebraban el año de su pretoría con festejos que duraban un semana entera y solían costar más de cien mil libras esterlinas.[1257] Las propiedades de los senadores romanos, que

tanto sobrepasaban la medida de riqueza moderna, no se limitaban a Italia. Se extendían más allá del mar Jónico y el Egeo, hasta las provincias más remotas: la ciudad de Nicópolis, fundada por Augusto como monumento perpetuo de la victoria de Accio, era propiedad de la devota Paula.[1258] Séneca observó que ríos que antes dividían naciones enemigas ahora fluían a través de tierras pertenecientes a ciudadanos privados.[1259] Según la índole y las circunstancias, las propiedades eran cultivadas por manos de esclavos u otorgadas, por una determinada renta, a un agricultor diligente. Los escritores especialistas en economía de la Antigüedad recomendaban enérgicamente el primer método donde fuera practicable, pero, si la finca estaba alejada del ojo del amo, era preferible el cuidado activo de un arrendatario ligado a la tierra e interesado en producir a la administración mercenaria de algún descuidado y, quizá, infiel mayordomo.[1260]

Los nobles opulentos, que nunca fueron estimulados a perseguir lauros militares y, rara vez, comprometidos en las ocupaciones del gobierno civil, limitaban naturalmente sus placeres a los asuntos y las diversiones de la vida privada. En Roma se despreciaba el comercio, pero los senadores, desde los primeros tiempos de la república, fueron acrecentando su patrimonio y multiplicando su clientela con la práctica lucrativa de la usura, y eludían o violaban las leyes obsoletas según las necesidades y los intereses de ambas partes del negocio.[1261] En Roma debe de haber habido siempre una considerable cantidad de dinero, o en la moneda corriente del Imperio, o en oro o plata labrada; ya en tiempos de Plinio, había en varias alacenas más plata maciza que la que aportó Escipión cuando conquistó Cartago.[1262] La mayor parte de los nobles, que disipaban sus fortunas en abundantes lujos, eran pobres en medio de la riqueza y holgazanes en su ronda incesante de derroche. Sus

deseos eran gratificados al momento por el trabajo de mil brazos de esclavos domésticos, coaccionados por el miedo a los castigos, y de variados artífices y mercaderes, motivados por la expectativa de ganancias. Los antiguos carecían de muchas comodidades, inventadas o mejoradas con los progresos de la industria; y la abundancia del cristal y del lienzo ha proporcionado más comodidad a las naciones modernas de Europa que cuanto podían obtener los riquísimos senadores con toda su lujosa sensualidad.[1263] Ya se han estudiado en detalle los pormenores de sus lujos y de sus costumbres, y como esta tarea me desviaría demasiado del objetivo del presente trabajo, describiré la situación auténtica de Roma y de sus habitantes propia de la época de la invasión goda. Amiano Marcelino, quien eligió atinadamente la capital del Imperio como la mejor residencia para un historiador de su propio tiempo, combinó el relato de los acontecimientos públicos con una viva representación de las escenas con las cuales estaba familiarizado. El lector discreto no siempre aprobará la aspereza de la censura, la elección de las circunstancias o el estilo de su lenguaje, y, tal vez, descubra los prejuicios ocultos y los resentimientos personales que amargaron el carácter del propio Amiano, pero seguramente observará con interés filosófico el retrato interesante y original de las costumbres de Roma.[1264] Así se explica el historiador:

> La grandeza de Roma se basó en la alianza extraña y casi increíble de la virtud y la fortuna. El dilatado plazo de su niñez se empleó en costosas luchas contra las tribus de Italia, vecinas y enemigas de la ciudad naciente. En la fortaleza y el ardor de su juventud, sostuvo las tormentas de la guerra; llevó sus armas victoriosas más allá de los mares y las montañas y trajo a

casa laureles triunfadores de cada nación del globo. Por fin, llegando a la vejez, y venciendo, a veces, tan solo con el terror de su nombre, se refugió en las bondades del bienestar y la tranquilidad. La ciudad venerable, que había roto la cerviz de las naciones más temibles y había establecido un sistema de leyes, guardianas perpetuas de la justicia y la libertad, se conformó, como padres sabios y ricos, con delegar en los Césares, sus hijos predilectos, el desvelo de administrar su gran patrimonio.[1265] Una paz segura y profunda, como ya habían disfrutado durante el reinado de Numa, sobrevino a los tumultos de la república, mientras Roma todavía era adorada como reina del mundo, y las naciones avasalladas todavía reverenciaban el nombre del pueblo y la majestad del Senado. Pero este esplendor natal se degradó y mancilló debido a la conducta de algunos nobles quienes, inconscientes de su propio señorío y del de su país, se toman licencias desenfrenadas de vicios y delirios. Compiten unos con otros por la hueca vanidad de títulos y apellidos, y eligen o inventan las más encumbradas y sonoras denominaciones, como Reburro, Fabunio, Pagonio y Tarasio,[1266] que retumban en los oídos del pueblo con admiración y respeto. Con vana ambición de perpetuar su memoria, se desviven por multiplicar su imagen en estatuas de bronce y mármol, y no se dan por satisfechos a menos que esas estatuas se recubran en placas de oro, distintivo honorífico otorgado primero al cónsul Acilio, después de que dominó con sus armas e inteligencia al rey Antíoco. La ostentación de mostrar y, quizá, de magnificar la lista de rentas de las propiedades que poseen en todas las

provincias, desde el Naciente hasta el Poniente, provoca la ira de cuantos recuerdan que sus antepasados pobres e invencibles no se diferenciaban de los ínfimos soldados ni en la delicadeza de su alimento ni en el esplendor de su apariencia. Pero los nobles modernos miden su jerarquía y rango por la altura de sus carruajes[1267] y la pesada magnificencia de sus trajes. Sus largos vestidos de seda y púrpura flotan en el viento y, según se mueven, intencional o artificialmente, descubren, de tanto en tanto, su ropa interior, las túnicas exquisitas bordadas con figuras de animales.[1268] Con la escolta de cincuenta sirvientes y destrozando el empedrado, corren por las calles tan rápido como si viajaran con caballos de posta; y las damas y matronas imitan descaradamente a los senadores: conducen en todo momento sus carros cubiertos por el inmenso espacio de la ciudad y de los suburbios. Cuando estos personajes distinguidos se dignan visitar los baños públicos, adquieren, desde su llegada, un tono de mando ruidoso e insolente y se apropian de las comodidades destinadas al pueblo romano. Si en estos lugares de esparcimiento público se encuentran con cualquiera de los ministros compañeros de placeres, les muestran su afecto con tiernos abrazos, mientras que, con altivez, niegan el saludo a sus conciudadanos, quienes no pueden aspirar a más honores que el de besarles la mano o las rodillas. Una vez que se refrescaron en los baños, retoman los anillos y las demás insignias de su grandeza, eligen de su guardarropas privado de exquisitos lienzos —como para doce personas— las prendas que más satisfagan sus antojos, y mantienen hasta que se van la misma altivez,

que podría permitirse en el gran Marcelo después de la conquista de Siracusa. A veces, sin embargo, estos héroes emprenden tareas más arduas: visitan sus propiedades en Italia y se procuran, mediante el duro trabajo de sus siervos, el recreo de la caza.[1269] Si en alguna ocasión, en especial los días de calor, se animan a navegar en sus galeras pintadas desde el lago Lucrino[1270] hasta sus villas elegantes por la costa de Puteoli y Cayeta,[1271] comparan sus expediciones con las marchas de César o de Alejandro. Sin embargo, si una mosca se atreve a posarse en los pliegues de sus doradas sombrillas, si un destello del sol se cuela por algún rincón inesperado, comienzan a quejarse de sus duras privaciones y protestan, en lenguaje afectado, que no han nacido en el país de los Cimerios,[1272] región de oscuridad eterna. En aquellos viajes al campo,[1273] toda la casa marcha con su amo. Al igual que la caballería y la infantería, que las tropas pesadas y las ligeras, que la vanguardia y la retaguardia son fiscalizadas por sus líderes militares, así los oficiales caseros, con la vara en la mano como insignia de su autoridad, distribuyen y acomodan la larga comitiva de esclavos y acompañantes. El guardarropa y el equipaje marchan al frente, seguidos por una multitud de cocineros y subordinados dedicados al servicio de la cocina y de la mesa. El cuerpo principal se compone de una muchedumbre promiscua de esclavos, con el refuerzo accidental de plebeyos haraganes o dependientes. Cierra la retaguardia la cuadrilla predilecta de eunucos, distribuidos según sus años y su jerarquía. Su número y su deformidad horrorizan a los espectadores indignados, que detestan la memoria de

Semíramis, inventora del arte bárbaro de frustrar la naturaleza y de marchitar en su brote las esperanzas de toda generación venidera. En el desempeño de su jurisdicción doméstica, los nobles de Roma demuestran una sensibilidad extrema hacia todo agravio personal y una gran indiferencia hacia todo el resto de los humanos. Cuando piden agua tibia, si el esclavo no acude al instante, lo castigan con trescientos azotes, pero si ese mismo esclavo cometiera un homicidio premeditado, el dueño diría con ligereza que es un inútil, y que si repite su delito, tendría su debido escarmiento. Antes, la hospitalidad era la virtud de los romanos, y a todo extraño que alegara méritos o desgracias se lo premiaba con ella. En la actualidad, si un extranjero, quizá, de clase no desdeñable, es presentado a un senador orgulloso y rico, en el primer encuentro se le da la bienvenida con tales muestras de calidez y tales preguntas amables que sale encantado con la afabilidad de sus ilustres amigos y se arrepiente de haber demorado tanto el viaje a Roma, capital de la cortesía tanto como del Imperio. Seguro de que será bien recibido, vuelve al día siguiente, y se mortifica cuando descubre que ya han olvidado su persona, su nombre y su patria. Si persevera en su resolución, poco a poco se lo comienza a contar como uno de los protegidos, y obtiene el permiso de pagar por sus infructuosos deseos de frecuentar al dueño altivo, incapaz de amistad o de agradecimiento, pues apenas se digna advertir su presencia, su despedida o su regreso. Cuando, por fin, el poderoso prepara una fiesta solemne y popular,[1274] en cualquier momento que celebre sus

banquetes personales con lujo desmesurado y pernicioso, la elección de los invitados es asunto de esmerada deliberación. El modesto, el sobrio y el ilustrado rara vez son elegidos. Los encargados de hacer la lista, que suelen cambiar por motivos interesados, tienen la habilidad de incluir a los individuos más despreciables. Pero los compañeros más frecuentes y familiares de los grandes son esos parásitos que practican la más útil de las artes, el arte de adular, que vitorean ante cada palabra y cada gesto del señor inmortal, que se embelesan con sus columnas de mármol y su vistoso pavimento, y que elogian con ahínco el boato y elegancia que el poderoso considera parte de su mérito personal. En las mesas romanas, se miran con suma atención aves, ardillas[1275] y peces de tamaño descomunal; se acude a la balanza para puntualizar su peso verdadero, y mientras el huésped sensato se disgusta con la tediosa y vana repetición, los escribanos legalizan y dejan asentada la verdad de tan grandiosa ocasión. Otro método para ingresar en las casas y la sociedad de los grandes es la profesión de tahúr o, dicho de modo más refinado, de jugador. Los socios se unen por los lazos indisolubles de la amistad o, más bien, de la conspiración, y la maestría en el arte teserario (lo que puede interpretarse como el juego de dados o tablero)[1276] es el camino seguro para la fama y la riqueza. El maestro en esta ciencia sublime que en una cena o en una reunión figura más abajo que un magistrado manifiesta en su semblante la extrañeza o la ira que se supone sintió Catón cuando una plebe antojadiza rechazó su pretoría. Aprender rara vez excita la curiosidad de un noble, que aborrece cualquier

esfuerzo y desdeña las ventajas del estudio, pues los únicos libros a los que presta atención son las sátiras de Juvenal y las fábulas de Mario Máximo.[1277] Las bibliotecas, heredadas de sus padres, quedan arrinconadas como sepulcros lúgubres,[1278] pero se construyen para ellos costosos instrumentos de teatro, flautas, liras grandiosas y órganos hidráulicos. La armonía de la música vocal e instrumental resuena a toda hora en los palacios de Roma, donde el sonido se impone a la racionalidad, y los cuidados del cuerpo a los de la mente. Se acepta la máxima saludable de que la más leve sospecha de epidemia sea motivo muy poderoso para desentenderse de toda visita, aun de los amigos más íntimos; y ni siquiera los sirvientes que se envían para obtener noticias vuelven a la casa sin haber gozado de la ceremonia de las abluciones previas. Sin embargo, esta afectación egoísta y pusilánime se rinde en ocasiones ante la pasión imperiosa de la codicia. La perspectiva de obtener ganancias moverá a un senador rico y gotoso hasta Espoleto; las esperanzas de alguna herencia o, incluso, de un legado dominan todo sentimiento de arrogancia y dignidad, y el ciudadano rico y sin hijos es el más poderoso de los romanos. Se comprende a la perfección la maestría de obtener la firma de un testamento favorable y, a veces, de adelantar su ejecución; y ha ocurrido en la misma casa, pero en diferentes habitaciones, que marido y mujer, con el loable deseo de sobrepasarse uno a otro, convocaran a sus respectivos abogados al mismo tiempo para manifestarles sus mutuas, pero contradictorias, intenciones. Las angustias que persiguen y castigan los

lujos extravagantes suelen reducir a los grandes a situaciones humillantes. Para lograr un préstamo, usan los ademanes y el estilo suplicante de un esclavo de comedia; pero cuando los llaman para pagar adquieren la declamación majestuosa y trágica de los nietos de Hércules. Si la demanda se reitera, rápidamente se consiguen algún adulador creíble que levante cargos de envenenador o hechicero contra el acreedor insolente, quien rara vez es liberado de la cárcel hasta antes de que firme un descargo por el total de la deuda. Estos vicios que degradan la moral de los romanos se combinan con supersticiones pueriles que debilitan su inteligencia. Oyen confiadamente los anuncios de los arúspices, que aparentan leer en las entrañas de las víctimas los signos de futura grandeza y prosperidad, y hay gente que no se baña ni come ni sale hasta haber consultado, según las reglas de astrología, sobre la situación de Mercurio y el aspecto de la Luna.[1279] Es, por cierto, extraño que esta credulidad desatinada reine, a menudo, entre los profanos escépticos, que dudan o niegan la existencia de un poder celestial.

En las ciudades populosas, asiento del comercio y las manufacturas, la clase media, que para sobrevivir depende de la destreza de sus propias manos, es por lo general el sector más prolífico, más útil y, en ese sentido, la más parte respetable de la comunidad. Pero los plebeyos de Roma, que desdeñaban los oficios prácticos y sedentarios, habían vivido acosados desde los tiempos más tempranos por las deudas y la usura. Por su parte, en las temporadas del servicio militar, los campesinos tenía que abandonar el cultivo de su granja.[1280] La avaricia de los nobles compró o usurpó imperceptiblemente las tierras de Italia que,

en un principio, se habían dividido entre las familias de propietarios libres y pobres. En los tiempos previos a la caída de la república, se calcula que sólo dos mil ciudadanos poseían cierta independencia.[1281] Pero mientras el pueblo otorgó con sus votos los honores del Estado, el mando de las legiones y la administración de las provincias ricas, su orgullo consciente aliviaba en alguna medida los dolores de su pobreza, y sus necesidades se vieron oportunamente satisfechas por la liberalidad ambiciosa de los candidatos, que trataban de asegurarse la mayoría venal de las treinta y cinco tribus o de las ciento noventa y tres centurias de Roma. Mas cuando la prodigalidad llegó a enajenar, no sólo el ejercicio, sino la herencia del poder, se hundieron, bajo el reinado de los Césares, en un populacho vil y despreciable, que se habría extinguido en pocas generaciones si no fuera por la paulatina liberación de esclavos y la constante afluencia de extranjeros. Ya en tiempos de Adriano, los ciudadanos se quejaban con justicia de que la capital atraía los vicios de todo el universo y las costumbres de las naciones más opuestas. La falta de temple de los galos, la astucia y la liviandad de los griegos, la dura obstinación de los egipcios y los judíos, el temperamento servil de los asiáticos y la prostitución disoluta de los sirios, todo se mezclaba en esa revuelta muchedumbre que, bajo el orgulloso y falso nombre de romanos, despreciaba a sus conciudadanos e, incluso, a sus soberanos que moraban fuera del recinto de la Ciudad Eterna.[1282]

Sin embargo, todavía se pronunciaba con respeto el nombre de aquella ciudad, y los frecuentes y caprichosos tumultos de sus habitantes se castigaban con indulgencia. Los sucesores de Constantino, en vez de estrellar los últimos restos de la democracia con el brazo pesado del poder militar, se atuvieron a la política moderada de Augusto y se dedicaron a remediar la

pobreza y a entretener la ociosidad de un gentío inmenso.[1283] Para conveniencia de los plebeyos haraganes, el reparto mensual de trigo se trocó en el socorro diario de pan; se construyeron y mantuvieron muchísimos hornos a expensas del público, y, a la hora fija, cada ciudadano, con la tarjeta de consumo, se dirigía a la sección que se le había asignado y recibía, como regalo o a precio ínfimo, una hogaza de tres libras (1,5 kg) para el consumo de su familia.

Los bosques de Lucania, cuyas bellotas engordaban crecidas piaras de jabalíes,[1284] abastecía las casas de los romanos —como especie de tributo— con abundantes provisiones económicas y saludables. Durante cinco meses al año, se repartía a los ciudadanos más pobres una ración aceptable de tocino. Mediante un edicto, Valentiniano III fijó en tres millones seiscientas veintiocho mil libras (1 668 880 kg) el capital anual de la población, ya muy decaído de su antiguo esplendor.[1285] Según las costumbres de la Antigüedad, el uso de aceite era imprescindible en las lámparas y en el baño, y el impuesto cargado sobre África en beneficio de Roma, ascendía a tres millones de libras (1 380 000 kg) por trescientos mil galones ingleses (1 363 800 l). El afán de Augusto por abastecer bien de trigo a la capital se limitaba a este renglón fundamental de la subsistencia humana, y cuando clamaron contra la carestía y la escasez del vino, el reformador publicó una proclama que recordaba a los súbditos que ningún ser racional podía quejarse de sed fundadamente desde que el acueducto de Agripa traía de los arroyos agua cristalina y salubre.[1286] Tanta sobriedad se fue relajando sin sentirlo, y pese a que el generoso proyecto de Aureliano[1287] no se llevó a cabo, al parecer, en toda su extensión, se permitió después el consumo de vino en términos muy liberales. Se encargó a un magistrado de categoría la

administración de las bodegas, y gran parte de los viñedos de Campania se reservaron para los afortunados habitantes de Roma.

Los acueductos excelentes, tan elogiados con justicia por el propio Augusto, llenaban las termas (o baños) construidas por toda la ciudad con magnificencia imperial. Las de Antonino Caracalla, abiertas en horarios establecidos para el uso indistinto de senadores y plebeyos, contenían más de mil seiscientos asientos de mármol; y las de Diocleciano, más de tres mil.[1288] Las paredes altas estaban recubiertas de curiosos mosaicos, que imitaban el arte de los dibujantes en la delicadeza de trazos y la variedad de colores. El granito egipcio estaba revestido con el hermoso verde esmeralda del mármol de Numidia; corrientes incesantes de agua caliente llenaban las piscinas, vertidas desde numerosos grifos de plata maciza y brillante. Por una moneda de cobre, el más humilde de los romanos podía proporcionarse el goce diario de un regalo tan lujoso que despertaría la envidia de un rey asiático.[1289] De esos edificios suntuosos, salía una multitud de plebeyos descalzos y harapientos, que holgazaneaba todo el día por las calles del Foro en pos de noticias o de disputas, desperdiciaba en apuestas disparatadas la escasa ración de sus mujeres y niños, y pasaba noches enteras en tabernas y burdeles haciendo despliegue de una sensualidad grosera y banal.[1290]

Pero la diversión más viva y espléndida de la muchedumbre desocupada se cifraba en los frecuentes juegos y espectáculos públicos. La piedad de los príncipes cristianos había prohibido las peleas inhumanas de los gladiadores, pero el pueblo romano todavía consideraba el Circo como su hogar, su templo e, incluso, el pilar de la república. La multitud impaciente se apresuraba al amanecer para asegurarse el lugar, y muchos

pasaban la noche en vela en las zonas cercanas. Desde la mañana hasta el atardecer, sin preocuparse por la lluvia o por el sol, los espectadores, que solían ascender a cuatrocientos mil, permanecían atentos, con los ojos fijos en los caballos y sus conductores. En medio de sus zozobras y esperanzas por el triunfo de sus colores predilectos, sentían que la felicidad de Roma dependía del éxito de la carrera.[1291] El mismo ardor inmoderado, que se manifestaba en clamores y aplausos, despertaba la cacería de fieras y las variadas representaciones teatrales.

En las capitales modernas, estas representaciones podrían considerarse escuelas de buen gusto y, quizá, de virtud. Pero la musa trágica y cómica de los romanos, que rara vez intentó ir más allá de la imitación del genio ático,[1292] había enmudecido con el fin de la república,[1293] y las farsas licenciosas, la música afeminada y la pompa ocuparon su lugar. La pantomima,[1294] que mantuvo su fama desde la época de Augusto hasta el siglo VI, expresaba sin palabras las distintas fábulas de los dioses y los héroes de la Antigüedad, y la perfección de su arte, que solía diluir la gravedad del filósofo, arrebataba los aplausos y el asombro del pueblo. Los amplios y magníficos teatros de Roma se llenaban con tres mil bailarinas y otros tantos cantores con sus corifeos. Gozaron de tanta aceptación popular que, en épocas de escasez, cuando expulsaban de la ciudad a todos los extranjeros, el mérito de contribuir a la recreación pública los eximía de una disposición que se aplicaba rigurosamente a todos los profesionales de las artes liberales.[1295]

Se cuenta que la insensata curiosidad de Heliogábalo intentó descubrir, mediante las telas de araña, la cantidad de habitantes de Roma. Un sistema más certero habrían despertado la atención de los príncipes más inteligentes, que podrían haber

resuelto con facilidad una cuestión tan importante para su gobierno e interesante para el futuro. Se registraba puntualmente el nacimiento y la muerte de los ciudadanos, y, si algún escritor antiguo hubiera condescendido a mencionar la cantidad anual o el promedio habitual, podríamos ofrecer ahora algún cómputo fundado, que demostraría las extravagancias de los críticos y confirmaría, tal vez, las conjeturas modestas y probables de los filósofos.[1296] Las investigaciones más diligentes tan sólo han podido entresacar las siguientes circunstancias, que, si bien ligeras y escasas, arrojan en alguna medida alguna luz sobre la población de la Antigua Roma.

1. Cuando los godos sitiaron la capital del Imperio, el matemático Amonio midió la extensión de las murallas, que resultó ser de casi veintiuna millas (33 km).[1297] Hay que tener presente que la ciudad era casi circular, que es la figura geométrica que contiene más espacio en una circunferencia dada.

2. El arquitecto Vitruvio, que descolló en la época de Augusto, y cuyo testimonio sobre este punto es de sumo peso y autoridad, advierte que las viviendas innumerables del pueblo romano se habrían explayado por fuera de los límites angostos de la ciudad, y que por falta de solar, ceñido probablemente en derredor por quintas y vergeles, se acudió a la práctica común, pero inconveniente, de levantar casas de considerable altura.[1298] Pero la altura de estos edificios, que a menudo se realizaban a toda prisa y con materiales insuficientes, solía acarrear accidentes fatales, y así Augusto y Nerón dispusieron varias veces que la altura de los edificios particulares en el interior de Roma no excediera los setenta pies (21 m).[1299]

3. Juvenal[1300] se lamenta, al parecer, por su propia experiencia, de los quebrantos de los ciudadanos pobres, a

quienes dirige la saludable advertencia de que se alejen sin demora del humo de Roma, dado que podrían conseguir —en las pequeñas ciudades de Italia— una vivienda amplia y alegre al mismo precio anual de una vivienda lóbrega y miserable en Roma. Los alquileres eran muy caros. Los ricos pagaban precios muy altos por el solar donde construían los palacios y los jardines, pero la mayoría del pueblo tenía que apiñarse en espacios reducidos. Los distintos pisos y habitaciones de una casa se dividían entre varias familias plebeyas, costumbre que todavía se mantiene en París y en otros pueblos.

4. En la descripción de Roma compuesta durante el reinado de Teodosio, se indica con exactitud el número total de viviendas de las catorce regiones de la ciudad, que asciende a cuarenta y ocho mil trescientas ochenta y dos,[1301] y están divididas según dos clases: casa e ínsula *(domus e insulæ)*. Éstas abarcan todas las viviendas de la capital, de cualquier jerarquía, desde el palacio de mármol de los Anicios, con su caterva de libertos y esclavos, hasta el alto y angosto albergue donde el poeta Codro y su mujer habían logrado alquilar una bohardilla. Si adoptamos con el promedio que en circunstancias similares se consideró apropiado para París,[1302] y calculamos unas veinticinco personas por cada vivienda de cualquier clase, podríamos estimar que la población de Roma ascendía aproximadamente a un millón doscientos mil habitantes, cifra que no debe parecer exorbitante para la capital de un imperio tan poderoso, aun cuando exceda la población de las mayores ciudades de la Europa moderna.[1303]

Ésa era la situación de Roma en el reinado de Honorio, cuando el ejército godo sitió o, mejor, bloqueó la ciudad[1304] (408 d. C.). Con sus numerosas fuerzas —que esperaban impacientes el momento del ataque—, Alarico rodeó las

murallas, controló las doce puertas principales, atajó toda comunicación con el país vecino y vigiló atentamente la navegación del Tíber, por donde se abastecían los romanos. Las primeras reacciones de la nobleza y la plebe fueron de sorpresa y de indignación porque un bárbaro osaba insultar a la capital del mundo, pero su arrogancia pronto se doblegó con la desventura, y su furia pusilánime, en vez de dirigirse contra el enemigo en armas, se descargó con mezquindad en una víctima indefensa e inocente. Quizá respetaran a Serena como sobrina de Teodosio, tía y aun madre adoptiva del emperador reinante, pero odiaban a la esposa de Estilicón y escuchaban crédulos y encolerizados las calumnias que la acusaban de mantener correspondencia reservada con el invasor godo. Bajo el impulso o la intimidación de ese arrebato, el Senado, sin requerir ninguna prueba de culpabilidad, la sentenció a muerte. Estrangularon ignominiosamente a Serena, y la muchedumbre atónita descubrió que esta cruel injusticia no produjo la inmediata retirada de los bárbaros y la liberación de la ciudad desventurada, que padeció primero los apuros de la escasez y luego la horrible calamidad del hambre. El reparto diario de tres libras (1,38 kg) de pan se fue reduciendo a la mitad, a un tercio, a nada; y el precio del trigo siguió aumentando en carrera rápida y desenfrenada. Los ciudadanos más pobres, imposibilitados de cubrir sus necesidades vitales, pedían la precaria caridad de los pudientes. Por algún tiempo, la miseria pública se alivió con la humanidad de Leta, viuda del emperador Graciano y afincada en Roma, quien consagró a los necesitados la pensión real que le pagaban anualmente los agradecidos sucesores de su esposo.[1305] Pero estos donativos privados y ocasionales no alcanzaban a aplacar el hambre de tanta gente, que terminó por asaltar los palacios de mármol de los senadores. Las personas criadas con

comodidades y lujos descubrieron qué pocas son las verdaderas necesidades de la naturaleza, y comenzaron a desprenderse de sus inútiles tesoros de oro y plata a cambio del alimento ordinario y escaso que antes habrían rechazado con desdén. Por la urgencia de hambruna, ahora devoraban los alimentos más repugnantes para los sentidos o para la imaginación, los más insalubres y perjudiciales, e, incluso, disputaban por éstos con ferocidad. Había una oscura sospecha de que algunos infelices, desesperados, asesinaban a sus semejantes y se alimentaban de los cadáveres, y ¡se dice que hasta hubo madres (tan violento era el conflicto entre los dos instintos predominantes del pecho humano) que se alimentaron de la carne de sus hijos asesinados![1306] Miles de habitantes fallecieron en su casa o en las calles por falta de alimentos, y como las sepulturas públicas estaban fuera de los muros en poder del enemigo, el hedor de tantos cadáveres insepultos saturó el ambiente, y pronto el contagio de la peste agravó la desdicha del hambre. La corte de Ravena enviaba sin cesar anuncios de socorro inmediato y efectivo, que por algún tiempo sostuvieron el desfalleciente empeño de los romanos, hasta que, al final, desesperanzados de todo rescate natural, acudieron a la oferta de auxilio sobrehumano. Algunos adivinos toscanos, mediante su habilidad o su fanatismo, habían persuadido a Pompeyano, prefecto de la ciudad, de que con la fuerza misteriosa de hechizos y sacrificios podían atraer el rayo de las nubes y dispararlo sobre el campamento bárbaro.[1307] Se le comunicó el importante secreto a Inocencio, obispo de Roma, a quien se acusa —quizá, sin fundamento— de anteponer la salvación de la república a la rigidez del culto cristiano. Cuando se trató el tema en el Senado y se propuso la condición imprescindible de celebrar esos sacrificios en el Capitolio, con la autoridad y en presencia de los magistrados, la mayoría,

temerosa del desagrado de la majestad divina o de la imperial, se negó a participar en lo que parecía casi equivalente al restablecimiento público del paganismo.[1308]

El último recurso de los romanos se cifraba en la clemencia o, por lo menos, en la moderación del rey godo. El Senado, que en esta emergencia empuñó las riendas del gobierno, nombró a dos embajadores para negociar con el enemigo: Basilio, senador oriundo de España y conocido ya por su administración en las provincias, y Juan, primer tribuno de los notarios, muy adecuado para el encargo por su maestría en los negocios y por su intimidad anterior con el príncipe godo. Cuando ambos se presentaron ante él, manifestaron —tal vez, en un tono más altanero que el que correspondía a su situación lamentable— que los romanos estaban resueltos a mantener su señorío en la paz como en la guerra, y que si Alarico les negaba una capitulación decorosa y honorable, podía hacer sonar sus clarines y prepararse para la batalla con un pueblo innumerable, ejercitado en las armas y aguijoneado por la desesperación.

«Cuanto más espeso está el heno, mejor se guadaña», fue la contestación lacónica del bárbaro, quien acompañó la metáfora con una carcajada ruidosa e insultante, vivo retrato de su menosprecio por las amenazas de una chusma incapaz de luchar y debilitada por el lujo antes de que el hambre la consumiera. Luego fijó el precio del rescate para retirarse de los muros de Roma: todo el oro y la plata de la ciudad, el del Estado y el de los individuos; todos los preciosos bienes muebles, y todos los esclavos que acreditasen su entronque con los bárbaros. Los enviados se atrevieron a preguntar, con tono de súplica: «Si tales son, oh rey, vuestras peticiones, ¿qué es lo que estáis en ánimo de dejarnos?». «Vuestras vidas», replicó el vencedor altivo. Se estremecieron y, antes de retirarse, lograron una breve tregua

que permitió otra negociación más moderada. Alarico aflojó la dureza de sus rasgos, disminuyó sus demandas y, por último, se avino a levantar el sitio con el pago inmediato de cinco mil libras de oro (2300 kg) y treinta mil (13 800 kg) de plata, cuatro mil mantos de seda, tres mil piezas de grana, y tres mil libras (1380 kg) de pimienta.[1309] Pero el erario estaba exhausto; las rentas anuales de los estados grandes de ltalia y de las provincias se habían cambiado, durante la hambruna, por las más ínfimas provisiones; los tesoros reservados permanecían ocultos por la avaricia, y algunos restos de botines consagrados eran el único recurso para impedir el fracaso inminente de la ciudad. Satisfecha el ansia de Alarico, a los romanos se les devolvió, en alguna medida, el sosiego y la abundancia. Se abrieron con cautela algunas de las puertas; los godos levantaron el bloqueo a la entrada de los víveres que provenían del río y del país vecino; la población acudió atropelladamente al mercado libre que se organizó por tres días en los suburbios, y mientras los comerciantes que se ocuparon de esta tarea lucrativa recaudaban ganancias considerables, se afianzó el abastecimiento de la ciudad con los grandiosos acopios que se agolparon en los graneros públicos y privados. En el campamento de Alarico, se observó una disciplina más severa de la que podría haberse esperado, y el sabio bárbaro justificó su respeto hacia los tratados con el rigor con que castigó a una partida de godos que insultaron a algunos romanos en el camino de Ostia. Su hueste, enriquecida con las contribuciones de la capital, avanzó lentamente hacia la fértil provincia de Toscana, donde iban a establecer sus cuarteles de invierno. El estandarte godo fue el refugio de cuarenta mil esclavos bárbaros que habían roto sus cadenas y aspiraban a vengarse —bajo el mando de su liberador — del padecimiento de la cruel servidumbre.

Por ese tiempo, Alarico recibió un refuerzo más honroso de godos y hunos. Adolfo o Ataúlfo,[1310] hermano de su mujer, los había acaudillado a su instancia desde las márgenes del Danubio a las del Tíber, abriéndose rumbo con algún tropiezo y quebranto a través de las tropas imperiales, superiores en número. Líder victorioso que hermanaba la osadía de un bárbaro con el arte y la disciplina de un general romano, Alarico iba al mando de cien mil combatientes, e Italia pronunciaba con respeto y terror su nombre formidable.[1311]

Catorce siglos después, tenemos que conformarnos con referir las hazañas de los conquistadores de Roma sin poder internarnos en los motivos de su conducta política. Tal vez, en medio de su prosperidad aparente, Alarico era consciente de alguna flaqueza secreta, de algún defecto interno, o, tal vez, la moderación que manifestaba era un señuelo para embelesar y adormecer a los crédulos ministros de Honorio. El rey de los godos repetía que anhelaba ser considerado el amigo de la paz y de los romanos, por lo que tres senadores partieron, a su pedido, como embajadores en la corte de Ravena, para pedir un intercambio de rehenes y la firma de un tratado. Las propuestas, que expresó con más claridad en el discurso de la negociación, sólo podían infundir dudas sobre su sinceridad, ya que parecerían inadecuadas a su fortuna. El bárbaro todavía aspiraba a la jerarquía de maestre general de Occidente, pactó un subsidio anual de granos y dinero y eligió las provincias de Dalmacia, Nórico y Venecia para la sede de su nuevo reino, que dominaría la comunicación importante entre Italia y el Danubio. Aun en el caso de que quedaran desechados estos términos tan moderados, Alarico se mostraba propenso a prescindir de sus demandas pecuniarias y hasta a contentarse con la posesión de Nórico, país exhausto y empobrecido,

expuesto a las incursiones incesantes de los bárbaros de Germania.[1312] Pero sus esperanzas de paz se vieron decepcionadas por la obstinación o las miras interesadas del ministro Olimpio.

Sin dar oídos a las sanas manifestaciones del Senado, despidió a sus embajadores bajo la conducción de una escolta militar demasiado numerosa como séquito y demasiado débil como defensa. Seis mil dálmatas, la flor de las legiones imperiales, marcharon de Ravena a Roma, por un país abierto y repleto de hordas bárbaras. Cercados y traicionados, los guerreros cayeron en sacrificio debido a la locura ministerial. Su general, Valente, y un centenar de soldados lograron escapar del campo de batalla, y uno de los embajadores, que ya no podía acogerse al resguardo de la ley de las naciones, tuvo que comprar su libertad con el rescate de treinta mil piezas de oro. Alarico, sin embargo, en lugar de enconarse por este acto de hostilidad, renovó de inmediato su propuesta de paz, y la segunda embajada del Senado romano —que tenía el peso y la dignidad que le otorgaba Inocencio, obispo de la ciudad— fue protegida de los peligros del camino por un destacamento godo[1313] (409 d. C.).

Olimpio[1314] podría haber seguido insultando el fundado enojo del pueblo que a voces lo culpaba de las calamidades públicas, pero las ocultas intrigas palaciegas habían socavado su poder. Los eunucos predilectos traspasaron el gobierno de Honorio y del Imperio a Jovio, prefecto del pretorio, un sirviente ruin, que no compensó con el mérito de su afecto los desaciertos de su administración. El destierro o la huida del culpable Olimpio le deparó nuevas vicisitudes. Arrinconado y errante, volvió al poder otra vez y cayó nuevamente. Lo desorejaron y azotaron hasta la muerte, ignominioso

escarmiento que recreó la vista de los amigos de Estilicón. Con la caída de Olimpio, cuyo temple estaba contaminado de fanatismo religioso, los paganos y los herejes se liberaron de la veda política que los excluía de todo empleo público. El valeroso Jenerid,[1315] soldado de origen bárbaro, siempre afecto al culto de sus antepasados, había tenido que abandonar su tahalí; y aunque el mismo emperador le aseguró repetidamente que las leyes no abarcaban a personas de su jerarquía o merecimientos, se negó a aceptar cualquier dispensa parcial y perseveró en su honorable desgracia, hasta que obtuvo del gobierno una disposición general fundada en justicia. El desempeño de Jenerid en el puesto encumbrado al que ascendió o le repusieron, maestre general de Dalmacia, Panonia, Nórico y Recia, resucitó, al parecer, la disciplina y el espíritu de la república. Tras una vida haragana y menesterosa, las tropas se habituaron con rapidez al ejercicio riguroso y a la subsistencia plena. Su generosidad privada solía otorgar recompensas, que la avaricia o la escasez de la corte de Ravena negaban. El tesón de Jenerid, formidable para los bárbaros vecinos, fue el baluarte más poderoso de la frontera ilírica, y su desvelado ahínco auxilió al Imperio con un refuerzo de diez mil hunos, que llegaron al confín de Italia con provisiones y rebaños de bueyes y ovejas tan abundantes que habrían bastado no sólo para la marcha de un ejército, sino también para el establecimiento de una colonia.

Pero aún imperaba en la corte de Honorio la debilidad y el devaneo, la corrupción y de la anarquía. La guardia, incitada por el prefecto Jovio, se amotinó y pidió la cabeza de dos generales y de los dos primeros eunucos. Con la promesa alevosa de resguardo, los generales fueron embarcados y ejecutados en privado, mientras que el privilegio de los eunucos les aseguró un destierro suave en Milán y en Constantinopla. Los sucedieron el

eunuco Eusebio y el bárbaro Alobich en el mando del dormitorio y de la guardia, pero sus celos mutuos los derrocaron a los dos. Por disposición insolente del conde de los domésticos apalearon hasta la muerte al gran chambelán en presencia del atónito emperador. El posterior asesinato de Alobich, en medio de una procesión pública, fue la única oportunidad en que Honorio manifestó algún síntoma de valor o de resentimiento. Mas ya antes de su caída, tanto Eusebio como Alobich habían contribuido a la ruina del Imperio, cuando se opusieron a la firma del tratado que Jovio, por motivos interesados y, tal vez, delictivos, había negociado con Alarico durante un encuentro personal bajo los muros de Rímini. En ausencia de Jovio, persuadieron a Honorio de que asumiera un tono altivo de dignidad que ni la situación ni su carácter le permitían sostener, y le envió de inmediato una carta con su firma al prefecto del pretorio, según la cual se le franqueaba el erario, pero se le prohibía prostituir los honores militares de Roma cediendo a las demandas altaneras de un bárbaro. Con imprudencia, se informó de la carta al mismo Alarico, y el godo, que en toda la negociación se había portado con moderación y decencia, manifestó con expresiones violentas cuánto lo indignaba aquel insulto gratuito contra su persona y su nación. La conferencia de Rímini se suspendió abruptamente y el prefecto Jovio, al volver a Ravena, tuvo que admitir, y aun que alentar, las opiniones dominantes de la corte. Por su consejo y su ejemplo, todos los prohombres del Estado y de la milicia tuvieron que jurar que, sin dar oídos en ningún caso a condición alguna de paz, perseverarían en la guerra perpetua e implacable contra el enemigo de la república. Ese compromiso temerario oponía una valla insuperable a toda negociación venidera.

Los ministros de Honorio declararon después que si

únicamente hubiesen invocado el nombre de la Divinidad podrían haber considerado la seguridad pública y entregado su alma a la compasión del Cielo, pero que habían jurado por la sagrada cabeza del mismo emperador y habían comprobado en ceremonia solemne aquel sagrario augusto de majestad y sabiduría, y la contravención al juramento los expondría a las penas temporales de sacrilegio y rebelión.[1316]

Mientras el emperador y su corte disfrutaban con sombrío orgullo el resguardo de las ciénagas y fortificaciones de Ravena, dejaron a Roma indefensa y a merced de Alarico (409 d. C.). Sin embargo, era tanta la moderación que éste abrigaba o adoptaba que, a medida que se movía por la Via Flaminia con su ejército, despachaba sin cesar a los obispos de las ciudades de Italia para que reiteraran el ofrecimiento de paz e informaran al emperador que él salvaría la ciudad y a sus habitantes del fuego y de la espada de los bárbaros.[1317] Mas este fracaso inminente no se evitó por la sabiduría de Honorio, sino por la prudencia y la humanidad del rey godo, que acudió a otro medio más suave, pero no menos efectivo, de conquista. En lugar de asaltar la capital, encaminó con éxito sus fuerzas contra el puerto de Ostia, una de las obras más asombrosas de la magnificencia romana.[1318] Los contratiempos que solía padecer el precario abastecimiento de la ciudad durante las navegaciones de invierno y en los caminos abiertos habían sugerido al ingenioso primer César el útil intento que se completó en el reinado de Claudio. Los malecones, que estrechaban la entrada, se internaban en el mar y rechazaban con firmeza el ímpetu de las olas, mientras los bajeles más grandes anclaban a salvo en tres dársenas hondas y espaciosas, donde venía a desaguar el brazo septentrional del Tíber, a unas dos millas (3 km) de la antigua colonia de Ostia.[1319] El puerto romano se elevó a la altura de

una ciudad episcopal,[1320] donde el trigo de África se guardaba en graneros para abastecer a la capital. No bien Alarico se adueñó de aquel punto esencial, intimó a la ciudad a la rendición incondicional, y reforzó su exigencia con la declaración terminante de que la negación o, aun, la demora acarrearían de inmediato la destrucción de los almacenes, de los que dependía la vida del pueblo romano. El clamor del pueblo y el terror por la hambruna doblegaron el orgullo del Senado, que se avino sin renuencia a entronizar a otro emperador, en lugar del inservible Honorio, y el voto del vencedor godo otorgó la púrpura al prefecto de la ciudad, Atalo. El agradecido monarca nombró inmediatamente a su protector maestre general de los ejércitos de Occidente. Ataúlfo, con la jerarquía de conde de los domésticos, se encargó de la custodia personal de Atalo, y ambas naciones enemigas se hermanaron, al parecer, con vínculos estrechos de amistad y alianza.[1321]

Las puertas de la ciudad se abrieron, y el nuevo emperador de los romanos, rodeado por una escolta de armas godas, marchó en procesión bulliciosa al palacio de Augusto y de Trajano. Repartidos los cargos civiles y militares entre sus favoritos y seguidores, Atalo convoca al Senado en pleno, ante el cual, en arenga entonada y florida, manifiesta su ánimo de restablecer la majestad de la república y de incorporar al Imperio las provincias del Egipto y de Oriente que antes habían reconocido la soberanía de Roma. Promesas tan extravagantes inspiraron en todo ciudadano racional sumo menosprecio para con el usurpador, cuyo encumbramiento era la llaga más profunda y degradante que había sufrido la república por la insolencia de los bárbaros. Pero el populacho, con su acostumbrada liviandad, aplaudía el cambio de dueño. El desagrado general favorecía al competidor de Honorio, y los

sectarios, acosados por sus edictos, esperaban algún grado de aceptación o, por lo menos, tolerancia por parte de un príncipe que, en su país natal de Jonia, había sido educado en la religión pagana y después había recibido el sacramento del bautismo de manos de un obispo arriano.[1322] Los primeros días del reinado de Atalo fueron apacibles y prósperos. Se envió a África a un oficial de confianza, con escasas fuerzas, para que asegurara la obediencia de la provincia. La mayor parte de Italia se postró ante el terror del poderío godo, y aunque la ciudad de Bolonia hizo una resistencia porfiada y eficaz, el pueblo de Milán, insatisfecho, quizá, con la ausencia de Honorio, aceptó con estruendosas aclamaciones la elección del Senado romano. Alarico, al frente de un ejército formidable, llevó a su cautivo real casi hasta las puertas de Ravena. En el campamento godo, se presentó una solemne comitiva de ministros importantes —Jovio, el prefecto del pretorio; Valente, el maestre de infantería y caballería; Potamio, el cuestor, y Juliano, el primer notario—. En nombre de su soberano, todos se avenían a reconocer la elección legítima de su competidor y a dividir las provincias de Italia y del Occidente entre ambos emperadores. Se desechó la propuesta con menosprecio, el desaire se agravó con la clemencia insultante de Atalo, que aceptó prometer que si Honorio se desprendía de inmediato de la púrpura, se le permitiría pasar una vida tranquila en el destierro de alguna isla lejana.[1323] Tan desesperada les parecía la situación del hijo de Teodosio a cuantos se hallaban enterados de sus fuerzas y recursos, que el ministro Jovio y el general Valente traicionaron su confianza, abandonaron vilmente la tambaleante causa de su benefactor y rindieron su lealtad a su competidor, más afortunado. Atónito con tales ejemplos de traición doméstica, Honorio temblaba cuando se acercaba cualquier sirviente o con

la llegada de cualquier mensajero. Temía a los enemigos encubiertos que podían acechar en su capital, en su palacio o en su dormitorio, y algunos bajeles esperaban en el fondeadero de Ravena para transportar al monarca que abdicó a los dominios de su sobrino, todavía niño, el emperador de Oriente.

Pero hay una Providencia (por lo menos, ésta era la opinión del historiador Procopio)[1324] que vela la inocencia y la insensatez, y las pretensiones de Honorio a su peculiar amparo son innegables. Cuando en su desesperación, incapaz de tomar una resolución sabia o valiente, planeaba una huida vergonzosa, un oportuno refuerzo imprevisto de cuatro mil veteranos ancló en el puerto de Ravena. Él entregó los muros y las puertas de la ciudad a estos valerosos extranjeros, limpios de toda corrupción de facciones palaciegas, y el sueño del emperador ya no fue perturbado por el temor del peligro interno e inminente. Las noticias favorables recibidas de África variaron de un momento a otro la opinión de los hombres y la situación de los asuntos públicos.

Derrotada y muerta la tropa y la oficialidad que Atalo había enviado a esa provincia, el conde Heracliano conservó su propia lealtad y la de su pueblo. Remitió una suma cuantiosa de dinero, que aseguró el apego de la guardia imperial, y su vigilancia para prevenir el envío de trigo y aceite provocó hambre, alborotos y descontento en el interior de Roma. El fracaso de la expedición africana fue el origen de quejas mutuas y enfrentamientos en el partido de Atalo, y el ánimo de su protector se fue desviando imperceptiblemente de los intereses del príncipe, sin espíritu para mandar ni docilidad para obedecer. Se acordaban disposiciones desatinadas sin conocimiento o contra los consejos de Alarico; y la negativa del Senado a admitir en la navegación a quinientos godos delataba

un carácter falso y sospechoso, que, en su situación, no era generoso ni prudente. El encono del rey godo se exasperó, por la maquinación siniestra de Jovio, quien ascendió a la jerarquía de patricio y trató luego de sincerar su doblez manifestando sin empacho que sólo aparentó desviarse del servicio de Honorio para arruinar con mayor eficacia los planes del usurpador. En las llanuras de Rímini, en presencia de una muchedumbre de romanos y bárbaros, el desventurado Atalo fue despojado de la diadema y de la púrpura, y Alarico envió, como prenda de paz y amistad, aquellas insignias regias al hijo de Teodosio.[1325] Los funcionarios que retornaron a sus tareas recuperaron sus empleos, e incluso, se perdonó a los que mostraron arrepentimiento tardío; mas el emperador derrocado de los romanos, ansioso por su vida e indiferente a su fracaso, imploró el permiso de seguir al campo godo en la comitiva de un bárbaro altivo y caprichoso.[1326]

La degradación de Atalo eliminó el único obstáculo verdadero para la firma de la paz; y Alarico avanzó a tres millas (4,8 km) de Ravena para doblegar la indecisión de los ministros imperiales, que recuperaron su insolencia apenas cambió su suerte. Se encendió su indignación con el anuncio de que el caudillo Saro, enemigo personal de Ataúlfo y contrario por herencia a la casa de los Baltos, había sido recibido en palacio. Aquel bárbaro valiente, a la cabeza de trescientos hombres, salió por las puertas de Ravena, sorprendió y destrozó un cuerpo considerable de godos, regresó triunfante a la ciudad y se permitió insultar a su adversario mediante un heraldo que declaró públicamente que el atentado de Alarico lo excluyó para siempre de la amistad y alianza del emperador.[1327]

Por tercera vez, Roma expió con sus calamidades el desvarío criminal de la corte de Ravena. El rey godo, quien ya no

ocultaba su afán de venganza y saqueo, apareció con su hueste bajo los muros de la capital. El tembloroso Senado, preparó, sin esperanzas de liberación, una resistencia desesperada para dilatar el exterminio de su país. Pero no pudieron cuidarse de la conspiración secreta de sus esclavos y criados, quienes, por su nacimiento o su interés, eran afectos al enemigo. A la medianoche, abrieron en silencio la puerta de Salaria, y el eco horroroso del clarín godo despertó al vecindario. A los mil ciento sesenta y tres años de su fundación, la ciudad imperial, que sometió y civilizó a una considerable parte de la humanidad, quedó entregada al desenfreno irracional de las tribus de Germania y de Escitia[1328] (24 de agosto de 410).

Sin embargo, la proclama de Alarico cuando entró a la fuerza en la ciudad derrotada respetó, en cierta medida, las leyes de la humanidad y de la religión. Estimulaba a su tropa a que se ganara con valentía su recompensa y a que se enriqueciera con los despojos de un pueblo opulento y afeminado, pero la exhortaba, al mismo tiempo, a que conservase la vida de los ciudadanos que no se resistieran y a que respetase las iglesias de los apóstoles san Pedro y san Pablo como santuarios sacrosantos e inviolables. En medio de los horrores del tumulto nocturno, muchos godos cristianos mostraron el fervor de su reciente conversión; y se cuentan varios ejemplos de misericordia y moderación poco comunes, tal vez, exagerados por los escritores eclesiásticos.[1329] Mientras los bárbaros vagaban por la ciudad en pos de nuevas presas, un godo poderoso forzó la humilde morada de una doncella anciana dedicada al servicio del altar. Le pidió, con buenos modales, cuanto oro y plata poseía, y se asombró al ver la diligencia con que lo llevaba a un grandioso tesoro de plata maciza, de materiales exquisitos y de curiosas obras de arte. El bárbaro se deleitó ante tanta riqueza, hasta que

lo detuvo la amonestación severa de la doncella en los términos siguientes: «Estos vasos consagrados pertenecen a san Pedro; si te atreves a tocarlos, recaerá el sacrilegio sobre tu conciencia. Por mi parte, no me atrevo a guardar lo que no alcanzo a defender». El capitán godo, presa de un sobrecogimiento reverente, envió un mensaje al rey para comunicarle el descubrimiento del tesoro, y recibió la orden imperiosa de Alarico de que trasladara todas las alhajas consagradas y los ornamentos, sin daños ni demoras, a la iglesia del apóstol. Desde el extremo, tal vez, del cerro Quirinal hasta el remoto barrio del Vaticano, un crecido destacamento de godos en formación de batalla marchó por las calles principales, protegiendo con sus armas centellantes la dilatada comitiva de devotos que llevaban sobre sus cabezas los vasos sagrados de oro y plata, y los gritos marciales de los bárbaros alternaban con el eco religioso de los salmos. De todas las casas vecinas, los cristianos se apresuraban a unirse a la procesión, y un sinnúmero de fugitivos de toda edad, jerarquía e, incluso, secta logró la dicha de guarecerse en el santuario seguro y hospitalario del Vaticano. La obra sabia de la Ciudad de Dios fue compuesta, supuestamente, por san Agustín para justificar las disposiciones de la Providencia en la destrucción de la grandeza romana. Él celebraba con especial complacencia este triunfo memorable de Jesucristo e insultaba a sus contrarios retándolos a citar ejemplos semejantes de una ciudad asaltada donde los dioses fabulosos de la Antigüedad hubieran logrado protegerse a sí mismos o resguardar a sus pobres devotos.[1330]

En el saqueo de Roma, se aplaudieron merecidamente algunos ejemplos extraordinarios de virtud bárbara; pero el sagrado Vaticano y las iglesias apostólicas tenían un escaso cupo para el inmenso vecindario romano; y millares de guerreros, en especial de hunos que militaban con Alarico, desconocían el

nombre o la fe de Jesucristo. Debemos sospechar (sin violar la caridad ni la franqueza) que en esos momentos de licencias brutales, de pasiones inflamadas y de desenfreno irracional, los preceptos del Evangelio apenas influirían en el comportamiento de cristianos godos. Los escritores, más propensos a exagerar su clemencia, han confesado que se cometió una horrorosa matanza de romanos[1331], y que las calles de la ciudad estaban cuajadas de cadáveres, que permanecieron sin sepultar durante el pavor general. La desesperación de los ciudadanos, a veces, se convertía en furia, y allí donde los bárbaros encontraban resistencia, asesinaban sin distinción al endeble, al inocente y al desvalido. Cuarenta mil esclavos ejercieron su venganza sin piedad ni remordimiento, y los azotes que habían recibido antes quedaron lavados con la sangre de las familias culpables u odiadas. Las matronas y las doncellas romanas sufrieron tropelías contra su castidad mayores que las de su propia muerte. El historiador eclesiástico eligió un ejemplo de entereza femenina para asombro de las épocas venideras.[1332] Una dama romana, de hermosura peregrina y fe ortodoxa, había despertado la pasión de un godo joven, que, según apunta agudamente Sozomen, profesaba la herejía arriana. Exasperado con su resistencia obstinada, blandió su espada y, con el despecho de un enamorado, la lastimó apenas en el cuello. La heroína, ensangrentada, continuó arrostrando su furia y rechazando sus requerimientos, hasta que el violador desistió de su empeño infructuoso, con respeto la llevó al santuario del Vaticano y les dio seis piezas de oro a los guardianes de la iglesia para que la devolvieran, intacta, a los brazos de su esposo. Tales ejemplos de arrojo y generosidad no eran comunes, pues la soldadesca irracional saciaba sus apetitos sin preguntar por las inclinaciones ni los deberes de sus cautivas. Y se entabló una interesante

discusión de moralidad en cuanto a si esas víctimas indefensas, que habían rechazado por completo la violación que padecieron, habían perdido, con su desgracia, la corona gloriosa de la virginidad.[1333] Hubo, en verdad, otros quebrantos de mayor trascendencia y de interés más general, pues no cabe suponer que todos los bárbaros en todo momento se hallasen en disposición de cometer tamañas atrocidades; y la falta de mocedad, hermosura o castidad resguardó a la mayor parte de las romanas de aquel atropellamiento. Pero la codicia es una pasión insaciable y universal, dado que el dinero permite disfrutar de cuanto objeto pueda proporcionar placer a los diferentes gustos y temperamentos humanos. En el saqueo de Roma, dieron justa preferencia al oro y a las joyas, que son los elementos que poseen mayor valor en un tamaño y peso más pequeño, pero exhausta ya esta porción de riqueza a manos de los asaltantes más rápidos, arrebataron groseramente los muebles espléndidos y costosos de los palacios de la ciudad. Los aparadores de plata maciza y los guardarropas matizados de seda y púrpura quedaron hacinados y revueltos en los carromatos que iban siempre a la zaga de toda hueste goda. Las obras de arte más exquisitas se desmoronaron o destruyeron en forma violenta y antojadiza; las estatuas se derritieron para aprovechar sus metales preciosos, y en el reparto del botín, los vasos más finos se destrozaron a hachazos. El logro de tanta riqueza estimuló más y más la codicia de los ávidos bárbaros, que luego recurrieron a amenazar, golpear y torturar a sus prisioneros para arrancarles información sobre tesoros ocultos.[1334] El lujo y el gasto visibles eran testimonios de grandes fortunas; la apariencia de pobreza se achacaba a la mezquindad, y la pertinacia de algunos avaros, que soportaron tormentos horrorosos antes de descubrir su secreto, redundó en el exterminio de muchos

infelices, azotados hasta la muerte por no develar tesoros imaginarios. Los edificios de Roma también padecieron por la barbarie goda, aunque se exageró mucho al respecto. Cuando entraron por la puerta Salaria, los bárbaros incendiaron el caserío inmediato para alumbrarse y desviar la atención del vecindario, y, como las llamas no hallaron obstáculos en el trastorno de la noche, se destruyeron varios edificios públicos y particulares. Las ruinas del palacio de Salustio[1335] permanecieron, aún en tiempo de Justiniano, como testimonio majestuoso del ataque godo.[1336] Un historiador contemporáneo ha advertido, sin embargo, que mal pudo consumir el fuego las vigas enormes de bronce macizo, y que la fuerza del hombre era insuficiente para tirar abajo los cimientos de las estructuras antiguas. Cabe, no obstante, alguna verdad en la afirmación devota de que el enojo del Cielo suplía las imperfecciones de la cólera enemiga, y que el grandioso Foro de Roma, decorado con la estatua de tantos dioses y héroes, fue convertido en polvo por el golpe de un rayo.[1337]

Cualquiera que fuese el número de miembros de la clase ecuestre o plebeya que murieron en la matanza de Roma, se afirma, con seguridad, que sólo un senador perdió su vida por la espada del enemigo;[1338] pero no era fácil contabilizar a aquellos que, de un estado honorable y buena fortuna, quedaron repentinamente reducidos a la desdichada suerte de cautivos y desterrados. Como los bárbaros apetecían más dinero que esclavos, fijaban un precio moderado para liberar a los prisioneros menesterosos.[1339] El rescate pagado a menudo por la benevolencia pública o por contrato privado podría devolverle su libertad de nacimiento, que un ciudadano no podía perder, o que no se le podía enajenar.[1340] Pero como pronto se descubrió que la confirmación de su libertad pondría en peligro su vida, y

que los godos, a menos que se vieran tentados a vender a sus inútiles prisioneros, podrían matarlos, intervino la jurisprudencia civil con la disposición acertada de obligarlos a servir el plazo moderado de cinco años hasta devengar con su trabajo el importe del rescate.[1341] Las naciones avasalladoras del Imperio Romano habían conducido antes que los godos tropas enteras de hambrientos, menos temerosos de la servidumbre que del hambre. Las calamidades de Roma y de Italia fueron arrinconando a los habitantes, que buscaban refugio, en los sitios más solitarios, seguros y remotos. Mientras la caballería goda aterraba y asolaba las costas de Campania y Toscana, la islita de Igilio, separada por un foso angosto del promontorio Argentario, rechazó o burló sus embates; y a tan corta distancia de Roma, gran número de ciudadanos se pusieron a salvo en los bosques espesos de aquellos parajes retirados.[1342] Los pingües patrimonios que muchas familias de senadores poseían en África los invitaban, si habían tenido tiempo y prudencia de salvarse de la ruina de la patria, a refugiarse en aquella provincia hospitalaria. La más ilustre de esos fugitivos fue la noble y piadosa Proba,[1343] viuda del prefecto Petronio; pues muerto su marido, el súbdito más poderoso de Roma, ella permaneció a la cabeza de la familia Anicia y costeó los desembolsos que trajeron consigo los consulados de sus tres hijos. Sobrellevó con resignación cristiana, en el cerco y toma de la ciudad por los godos, la pérdida de grandes riquezas; se embarcó en una nave pequeña, desde donde vio las llamas abrasadoras de su palacio, y huyó con su hija Leta y su afamada nieta, la doncella Demetria, a la costa de África. La benevolente profusión con que la matrona repartió el producto de sus haciendas contribuyó al alivio de muchos desterrados y cautivos menesterosos. Pero ni aun la familia de Proba estaba libre de la opresión insaciable del

conde Heracliano, que vendía vilmente en prostitución matrimonial, a las doncellas más nobles de Roma, a la injuria o la codicia de los mercaderes sirios. Los italianos fugitivos se dispersaron por las provincias, por la costa de Egipto y de Asia hasta Jerusalén y Constantinopla; y la aldea de Belén, residencia de san Jerónimo y sus mujeres conversas, estaba repleta de pordioseros ilustres de ambos sexos y de toda edad, que movían en extremo a compasión por el recuerdo de sus riquezas anteriores.[1344] La horrible catástrofe de Roma llenó de quebranto y de terror el asombrado Imperio; pues la contraposición tan extremada de grandeza y desdicha labraba en la credulidad general el impulso de lamentar, incluso con exageración, el desamparo de la reina de las ciudades. El clero, aplicando a los acontecimientos recientes las metáforas encumbradas de las profecías orientales, a veces intentaba igualar la destrucción de la capital al exterminio del globo.

La naturaleza humana abriga la propensión a despreciar las ventajas y engrandecer los males de la actualidad, pero al ceder los primeros ímpetus y justipreciar el daño verdadero, los contemporáneos más instruidos y atinados debieron confesar que Roma, en su infancia, había padecido más por los galos que, ahora, en su decadencia, por los godos.[1345] La experiencia de once siglos proporciona a la posteridad una comparación más extraña y afirma con seguridad que los estragos de los bárbaros que acaudilló Alarico desde las márgenes del Danubio fueron menos destructivos que la hostilidad de las tropas de Carlos V, príncipe católico, que se llamaba a sí mismo emperador de los romanos.[1346] Los godos abandonaron la ciudad a los seis días, pero los imperialistas se aposentaron por espacio de más de nueve meses en Roma y a toda hora la mancillaban con atrocidades sangrientas, lujuriosas y rapaces. La autoridad de

Alarico frenó en alguna medida a la desaforada muchedumbre, pero el condestable de Borbón había caído heroicamente en el asalto, y la muerte del general borró todo resto de disciplina en una hueste compuesta de tres naciones independientes, italianos, españoles y alemanes. Al principio del siglo XVI, las costumbres de Italia retrataban la depravación humana, pues combinaban los delitos sangrientos de una sociedad en formación con los vicios pulidos que surgen del abuso del artificio y del lujo; y los aventureros desaforados que habían violado todo miramiento de patriotismo y de superstición para asaltar el alcázar del pontífice romano merecen conceptuarse como los italianos más disolutos.

En la misma época, los españoles eran el terror del Nuevo y del Viejo Mundo y deshonraban su valor con la soberbia sombría, la codicia insaciable y la crueldad empedernida. Infatigables en la persecución de fama y riquezas, habían perfeccionado con la práctica repetida los modos más exquisitos y eficaces de tortura de sus prisioneros: muchos de los castellanos saqueadores de Roma eran familiares de la Santa Inquisición, y algunos voluntarios, quizá, eran recién llegados de la conquista de México. Los alemanes estaban menos corrompidos que los italianos y eran menos crueles que los españoles; el aspecto rústico y salvaje de estos guerreros tramontanos solía encubrir una índole sencilla y compasiva, pero con el primer fervor de la Reforma, se habían imbuido en los principios y en el espíritu de Lutero. Sus diversión favorita era insultar o destrozar los objetos consagrados por la religión católica, y se permitían sin piedad ni remordimiento un odio devoto contra toda clase de clerecía, que constituía una gran parte de la población de Roma. Su fanático empeño aspiraba a destronar el Anticristo y a purificar con sangre y fuego las

abominaciones de la Babilonia espiritual.[1347]

La retirada de los godos victoriosos, que evacuaron Roma el sexto día,[1348] podía ser producto de la prudencia, pero seguramente no lo fue del miedo[1349] (29 de agosto de 410). A la cabeza de un ejército cargado de pesados y ricos despojos, su intrépido líder avanzó por la Via Apia a las provincias meridionales de Italia, destruyó todo lo que se oponía a su paso y se contentó con saquear el país indefenso. El destino de Capua, capital orgullosa y lujosa de Campania, que aun en su decadencia se respetaba como la octava ciudad del Imperio,[1350] cayó en el olvido, mientras que el pueblo inmediato de Nola[1351] quedó ilustrado con la santidad de Paulino,[1352] quien fue cónsul, monje y obispo. A los cuarenta años abandonó riquezas, honores, sociedad y literatura, para abrazar una vida de soledad y penitencia, y los aplausos del clero lo alentaron para menospreciar las reconvenciones de sus amigos mundanos, que atribuían este acto desesperado a alguna dolencia mental o corporal.[1353] Cierto apego temprano lo movió a fijar su humilde morada en los arrabales de Nola, junto la tumba milagrosa de san Félix, cercada ya por la devoción pública con cinco grandiosas y concurridas iglesias. Dedicó los restos de su fortuna y todo su entendimiento al servicio del glorioso mártir, celebraba siempre su festividad con himnos solemnes de alabanza y edificó en su honor la sexta iglesia, más elegante y bella, que descollaba por las pinturas peregrinas sobre la historia del Antiguo y del Nuevo Testamento. Tanto celo aseguró la protección del santo[1354] o, por lo menos, del pueblo; y después de quince años de retiro, el cónsul romano tuvo que aceptar el obispado de Nola, pocos meses antes que los godos la cercasen. Durante el sitio, varias personas religiosas aseguraron haber visto en sueños o en visiones la estampa divina de su patrón tutelar;

pero pronto resultó que Félix no tenía el poder o la disposición para conservar la grey que había pastoreado en otro tiempo. Nola no se salvó de la asolación;[1355] y al obispo cautivo sólo lo protegió la opinión general de su inocencia y su pobreza. Pasaron más de cuatro años entre la invasión victoriosa de Italia por las armas de Alarico y la retirada voluntaria de los godos acaudillados por el sucesor Ataúlfo. Durante todo ese período (408-412 d. C.), reinaron sin control sobre un país que, según los antiguos, atesoraba todos las excelencias de la naturaleza y el arte. Ciertamente, la prosperidad de Italia en el auspicioso tiempo de los Antoninos había menguado gradualmente con la decadencia del Imperio. Los frutos de una paz prolongada cayeron con el asalto de los bárbaros, quienes eran incapaces de disfrutar el refinamiento del lujo labrado para los delicados y finos italianos. Sin embargo, cada soldado reclamó su parte de la abundancia —trigo, rebaños, vino y aceite— que se recolectaba y se consumía a diario en el campamento godo; y los guerreros descollantes atacaban las quintas antes habitadas por Lúculo y Cicerón, en las hermosas playas de Campania.

Los temblorosos cautivos, hijos o hijas de senadores, presentaban en copas de oro y piedras preciosas grandes tragos de vino de Falerno a los vencedores altivos, que se tendían a la sombra de los plátanos[1356] dispuestos especialmente para impedir el paso de los rayos violentos y franquear sólo la tibieza apacible del sol. Estas delicias se realzaban con el recuerdo de penalidades anteriores, pues la comparación de su suelo nativo, de los riscos áridos y rasos de Escitia y de las márgenes heladas del Elba y del Danubio añadía más encantos a la dicha del clima de Italia.[1357]

Buscara fama, conquista o riquezas, Alarico persiguió su objetivo con ardor infatigable sin desilusionarse con los fracasos

ni satisfacerse con sus logros. No bien llegó al extremo de Italia, se prendó con la perspectiva de una isla fértil y sosegada, pero Sicilia era sólo una escala de la expedición más importante que estaba planeando contra el continente de África. El estrecho entre Reggio y Mesina[1358] tiene doce millas (19 km) de largo, y el pasaje más angosto tiene una milla (1,6 km) de ancho. Los monstruos fabulosos de las profundidades, la roca de Escila y los remolinos de Caribdis podían amedrentar sólo a los marinos menos diestros, pero apenas se embarcó la primera división goda, sobrevino una tormenta que hundió o dispersó muchos de sus transportes. Los ánimos se intimidaron con el nuevo elemento, y se desvaneció todo el intento con la temprana muerte de Alarico (410 d. C.), que determinó, tras una breve enfermedad, el término de sus conquistas.

Los bárbaros mostraron su carácter feroz en las exequias del héroe, cuyo denuedo y felicidad celebraron con llorosos aplausos. Con el trabajo de una muchedumbre cautiva, desviaron el cauce del Busentino, riachuelo que baña los muros de Cosenza. En el lecho vacío, construyeron el sepulcro real, engalanado con despojos y trofeos esplendorosos de Roma, y luego volvieron la corriente a su cauce. El sitio recóndito donde depositaron los restos de Alarico quedó escondido para siempre, ya que dieron muerte inhumana a los prisioneros empleados en la obra.[1359]

Los enconos personales y rencores hereditarios de los bárbaros se suspendieron con la urgencia de sus asuntos, y el valeroso Ataúlfo, cuñado del monarca difunto, fue elegido por unanimidad para sucederle en el trono. Pueden entenderse la índole y la política del nuevo rey de los godos a partir de su conversación con un ciudadano ilustre de Narbona, quien luego, en una peregrinación a Tierra Santa, se la refirió a san

Jerónimo en presencia del historiador Orosio. Ataúlfo dijo:

> Lleno de confianza en el valor y el triunfo, aspiré un día a cambiar la faz del universo, a borrar el nombre de Roma, a encumbrar sobre sus escombros el dominio de los godos y a adquirir, cual Augusto, la fama inmortal de fundador de un nuevo imperio. Las sucesivas experiencias me convencieron gradualmente de que las leyes son indispensables para mantener y gobernar con acierto un Estado, y que la ferocidad y el temperamento rebelde de los godos les impedía aceptar el yugo saludable de las leyes y el gobierno civil. Desde ese momento, me propuse otro objeto de gloria y de ambición, y ahora mi deseo sincero se cifra en obtener la gratitud de las épocas venideras hacia un extranjero que esgrimió la espada goda, no para destruir, sino a fin de restablecer y conservar la prosperidad del Imperio Romano.[1360]

Con miras tan pacíficas, el sucesor de Alarico suspendió la guerra y negoció un tratado de amistad y alianza con la corte imperial. El interés de los ministros de Honorio, dispensados ya de su desatinado juramento, era liberar Italia del insufrible peso del poderío godo, de modo que aceptaron rápidamente su oferta de lidiar con los tiranos y los bárbaros que acosaban las provincias más allá de los Alpes.[1361] Ataúlfo, asumiendo el título de general romano, marchó desde el extremo de Campania hasta las provincias meridionales de Galia. Por la fuerza o por acuerdos, sus tropas ocuparon las ciudades de Narbona, Tolosa y Burdeos, y aunque el conde Bonifacio las rechazó en Marsella, pronto se extendieron desde el Mediterráneo hasta el océano. Las provincias acosadas podían clamar que los miserables restos que no habían caído en manos

del enemigo fueron violados con crueldad por los supuestos aliados, pero no faltaban pretextos engañosos para paliar o justificar la violencia de los godos. Las ciudades galas que atacaron podrían considerarse en rebelión contra el gobierno de Honorio: en descargo de las usurpaciones aparentes de Ataúlfo, a veces, podrían alegarse los artículos del tratado o las instrucciones secretas de la corte; y la culpa de cualquier hecho irregular o sin éxito podría atribuirse siempre con verosimilitud al carácter desenfrenado de la hueste bárbara, incapaz de soportar la paz y la disciplina. El lujo de Italia había sido menos eficaz para alivianar el espíritu que para quebrantar la valentía de los godos, quienes habían adoptado los vicios sin imitar las artes e instituciones de la sociedad civil[1362] (412 d. C.).

La profesión de fe de Ataúlfo, quizá, era sincera, y su afecto a la república se afianzó con el ascendiente que una princesa romana había logrado sobre el corazón y la razón del rey bárbaro. Placidia,[1363] hija del gran Teodosio y de Gala, su segunda esposa, había recibido educación real en el palacio de Constantinopla, pero las experiencias de su vida la relacionaron con las revoluciones que padeció el Imperio occidental en el reinado de su hermano Honorio. Cuando Alarico sitió Roma por primera vez, Placidia, que tenía cerca de veinte años, vivía en esta ciudad. Su pronto consentimiento la muerte de su prima Serena tuvo la apariencia de crueldad e ingratitud, lo que, de acuerdo con las circunstancias, podía considerarse más grave o excusarse por su corta edad.[1364] Los bárbaros la retuvieron como rehén o cautiva;[1365] y aunque debió seguir los movimientos del campamento godo por Italia, recibió un trato decente y respetuoso. La autoridad de Jornandes, quien elogiaba la belleza de Placidia, puede contrapesarse con el expresivo silencio de sus aduladores. El esplendor de su nacimiento, la

lozanía de la juventud, la finura de sus modales y la discreta insinuación que empleó causaron una profunda impresión en Ataúlfo, que aspiraba a ser llamado hermano del emperador. Los ministros de Honorio desecharon con menosprecio la propuesta de un enlace tan afrentoso para el orgullo romano e insistieron en la entrega de Placidia como condición imprescindible para un tratado de paz. Pero la hija de Teodosio se entregó, sin renuencia, a los anhelos del conquistador, un príncipe joven y valeroso, menos gallardo, pero más gentil y bello que Alarico. El matrimonio de Ataúlfo y Placidia[1366] se consumó antes de que los godos se retiraran de Italia (414 d. C.); y el casamiento solemne se celebró después en casa de Ingenuo, uno de los ciudadanos más esclarecidos de Narbona, en Galia. La novia, ataviada como una emperatriz romana, se colocó en un trono de Estado, y el rey godo, en esta ocasión, en traje romano, se conformó con ocupar un asiento menos honorífico a su lado. El agasajo nupcial que, según el ritual de la nación, se tributó a Placidia, consistía en los trofeos más peregrinos y magníficos de su propio país.[1367] Cincuenta jóvenes hermosos, en vestimentas de seda, llevaron una bandeja en cada mano: una con monedas de oro, y la otra con piedras preciosas de inestimable valor. Atalo, por tanto tiempo, juguete de la suerte y de los godos, fue el corifeo del coro que entonó los himeneos, y el depuesto emperador merecía las alabanzas de un maestro de música. Los bárbaros disfrutaron la insolencia de su triunfo, y los provincianos se regocijaron con este enlace que templaba, con el influjo del amor y la razón, el espíritu violento del señor godo.[1368]

Las cien bandejas de oro y pedrería ofrecidas a Placidia en su fiesta nupcial eran una pequeña parte de los tesoros godos, de los cuales, algunos ejemplos pueden encontrarse en la historia de los sucesores de Ataúlfo. En su palacio de Narbona, cuando lo

saquearon los francos en el siglo VI, se hallaron infinitos adornos de oro macizo realzados con joyas: sesenta copones o cálices, quince patenas o fuentes para comulgar, veinte cajas o estuches para guardar los Evangelios. El hijo de Clodoveo distribuyó estas riquezas consagradas[1369] entre las iglesias de sus dominios, liberalidad piadosa que parece reprender algún sacrilegio anterior de los godos. Atesoraban, con seguridad, el famoso *missorium*, disco o fuente para el servicio de la mesa, de oro macizo, de quinientas libras (230 kg) de peso y de valor incrementado por las piedras preciosas, su exquisita confección y la tradición de que lo entregaba el patricio Ecio a Turismundo, rey de los godos. Con la promesa de este magnífico regalo, uno de los sucesores de Turismundo compró el auxilio del monarca francés. Sentado ya en el trono de España, se lo entregó, muy a su pesar, a los embajadores de Dagoberto; luego los asaltó en el camino y, tras larguísima negociación, pactaron el rescate desproporcionado de doscientas mil piezas de oro, lo que aseguró el disco como orgullo de las riquezas godas.[1370] Tras la conquista de España, cuando los árabes robaron los tesoros, se admiraron con este objeto y con otro, mucho más asombroso aún: una mesa de tamaño considerable, de una sola pieza de esmeralda maciza,[1371] rodeada con tres filas de perlas finísimas, sostenida por trescientos sesenta y cinco pies (111,25 m) de joyas y oro macizo, y tasada en quinientas mil piezas de oro.[1372] Alguna parte de los tesoros godos podría haber sido prenda de amistad o tributo de obediencia, pero la mayoría provenía de la guerra y del saqueo, de los despojos del Imperio y, tal vez, de Roma.

Libre Italia de la opresión goda, se le permitió a algún consejero secreto, en medio de las facciones de palacio, sanar las llagas de su acongojada patria.[1373] Por disposiciones atinadas y

humanas, se les dio un alivio de cinco años a las ocho provincias más atropelladas (410-417 d. C.), Campania, Toscana, Piceno, Samnio, Apulia, Calabria, Brucio y Lucania: el tributo corriente se redujo a un quinto, y éste se aplicaría al restablecimiento y conservación de los puestos públicos. Por otra ley, los eriales o yermos se otorgaban, con rebaja de impuestos, a los vecinos que los ocupasen o a los extraños que los pidiesen, y se aseguraba a los nuevos dueños contra las demandas de los propietarios fugitivos.

Por el mismo tiempo, se publicó indulto general en nombre de Honorio, que abolía las culpas y el recuerdo de cuantos agravios involuntarios habían cometido sus desventurados súbditos durante toda la época de desorden y calamidades públicos. Se apoyó atenta y decorosamente el restablecimiento de la capital, estimulando a los ciudadanos a reconstruir los edificios destruidos o dañados por el fuego enemigo, y se trajeron grandes acopios de trigo de la costa de África. El tropel que había huido de la espada de los bárbaros acudió con tanto ímpetu, atraído por la esperanza de plenitud, que Albino, el prefecto de Roma, informó a la corte, con ansiedad y sorpresa, que en un solo día habían regresado catorce mil extranjeros.[1374] En menos de siete años, ya no quedaba rastro de la invasión goda, y la ciudad parecía recobrar su antigua brillantez y sosiego. La matrona venerable se ajustó su corona de laurel, ajada con las tormentas de la guerra, y se embelesaba todavía, en el último tiempo de su decadencia, con profecías de venganza, victoria y dominio eterno.[1375]

Esta tranquilidad aparente se alteró con el asomo de un armamento enemigo, proveniente del país que abastecía al pueblo romano (413 d. C.). Heracliano, conde de África, que en las más difíciles y desgraciadas circunstancias había apoyado

con lealtad la causa de Honorio, pretendió, en el año de su consulado, rebelarse y obtener el título de emperador. Los puertos de África se llenaron de inmediato con fuerzas navales, al frente de las cuales se preparó para invadir Italia, y su armada, al fondear en la embocadura del Tíber, sobrepasaba a las de Jerjes y de Alejandro, pues todos los bajeles, desde la galera real hasta el ínfimo bote, ascendían, en efecto, a tres mil doscientos.[1376] Pese a tanto armamento, capaz de derribar o restablecer el imperio mayor del mundo, el usurpador africano apenas hizo alguna mella en las provincias de su competidor. Al marchar desde el puerto por la carretera que llevaba a las puertas de Roma, un caudillo imperial logró atajarlo, amedrentarlo y derrotarlo; y el señor de tan poderosa hueste, desamparando su fortuna y a sus amigos, huyó cobardemente en una embarcación.[1377] Al desembarcar en la bahía de Cartago, halló que toda la provincia, despreciando dueño tan indigno, había vuelto a la obediencia. Degollaron al rebelde en el templo antiguo de la Memoria, y quedó abolido su consulado.[1378] El resto de sus haberes particulares, que no excedían las cuatro mil libras (1840 kg) de oro —suma moderada—, se entregaron al valeroso Constancio, quien había protegido el trono que luego compartió con su débil soberano. Honorio observó con total indiferencia los padecimientos de Roma y de Italia;[1379] pero la rebeldía de Atalo y de Heracliano contra su seguridad personal despertó, por un momento, el aletargado instinto de su naturaleza. Ignoraba, tal vez, las causas y los acontecimientos que lo preservaron de los peligros inminentes, y como Italia no estaba ya invadida por enemigos externos ni internos, vivía tranquilo en su palacio de Ravena, mientras los lugartenientes del hijo de Teodosio, en su nombre, derrotaban una y otra vez a los tiranos de allende los Alpes.[1380] Siguiendo el hilo de la

interesante historia, quizá, olvide mencionar la muerte de tal príncipe; por lo tanto, voy a precaverme desde ahora diciendo que sobrevivió cerca de trece años al último sitio de Roma.

La usurpación de Constantino, que recibió la púrpura de manos de las legiones de Bretaña, había sido exitosa y parecía afianzada, y su título se reconocía desde la valla de Antonino hasta las columnas de Hércules (409-413 d. C.). En medio del desorden público, él participó del dominio y el saqueo de España y de Galia con las tribus bárbaras, cuyo destructivo progreso ya no frenaban ni el Rin ni los Pirineos. Salpicado con la sangre de familiares de Honorio, arrebató a la corte de Ravena, con quien mantenía correspondencia secreta, la ratificación de sus pretensiones rebeldes. Constantino se comprometió solemnemente a liberar Italia de godos, avanzó hasta las orillas del Po y, tras asustar más que auxiliar a su endeble aliado, se volvió con precipitación a su palacio de Arles para celebrar con gran boato su triunfo presumido y ostentoso. Pero esta prosperidad efímera pronto fracasó con la rebeldía del conde Geroncio, su general más sobresaliente, quien, durante la ausencia del hijo Constante, príncipe revestido ya con la púrpura imperial, desempeñaba el mando de las provincias de España. Geroncio, por motivos que ignoramos, en vez de apropiarse de la diadema, la ciñó en la sien de su amigo Máximo, quien se afincó en Tarragona, mientras el ardoroso conde cruzó los Pirineos y sorprendió a ambos emperadores, Constantino y Constante, antes que se dispusieran para la defensa. Apresaron al hijo en Viena y lo ajusticiaron de inmediato: el infeliz joven apenas tuvo tiempo para lamentarse del encumbramiento de su familia, que lo había tentado u obligado a abandonar la oscuridad pacífica de la vida monástica. El padre sostuvo un sitio en Arles, y sus muros habrían tenido

que rendirse al asalto enemigo de no acudir inesperadamente al auxilio el ejército de Italia. El nombre de Honorio y la proclama de un emperador legítimo pasmaron a los partidos encontrados. Geroncio, desamparado por su propia tropa, huyó a los confines de España, y rescató su nombre del olvido con la valentía romana que enardeció los últimos instantes de su vida. En medio de la noche, un gran cuerpo de sus pérfidos soldados rodeó y atacó su casa, resguardada con fuertes barricadas. Todavía lo acompañaban su esposa, un amigo valeroso, alano de origen, y algunos esclavos leales. Geroncio empleó con tanta habilidad y resolución un almacén de dardos y flechas, que más de trescientos asaltantes perdieron la vida. Cuando todas las armas arrojadizas se acabaron, los esclavos huyeron al amanecer; y si no lo hubiera atado el cariño conyugal, Geroncio podría haberlos seguido. Por fin, los soldados, iracundos ante tanta tenacidad, incendiaron toda la casa. En este extremo fatal, aceptó el pedido del amigo y le quitó la vida; la esposa le rogó que no la desamparase porque tendría una vida lastimosa y miserable, y entregó el cuello a su espada; en el desenlace trágico, descargó sobre sí mismo tres cuchilladas infructuosas y, por último, se clavó una daga en el corazón.[1381] Máximo, a quien él había revestido con la púrpura, quedó desprotegido y conservó la vida gracias al menosprecio con que se veía su poder y desempeño. El capricho de los bárbaros, que saquearon España, entronizó una vez más este fantasma imperial, pero en breve lo entregaron a la justicia de Honorio. El tirano Máximo, después de haber sido exhibido al pueblo de Ravena y de Roma, fue ejecutado públicamente.

El general llamado Constancio, que brilló en el sitio de Arles y disipó la tropa de Geroncio, era romano de nacimiento, particularidad que expresa la decadencia del espíritu militar

entre los súbditos del Imperio. Por la fuerza y majestad características de su persona,[1382] la opinión pública lo hacía acreedor del trono, al que después ascendió. En su vida privada, era amistoso y encantador en el trato, y nunca desdeñaba, en la licencia del cordial alborozo, competir con los farsantes en las ridiculeces de su profesión. Pero cuando el clarín lo llamaba, cuando cabalgaba y se tendía sobre la cerviz del caballo (pues tal era su práctica singular), abarcaba con su vista grandiosa y perspicaz la campiña, aterrorizaba al enemigo e infundía a sus soldados la seguridad de la victoria.

La corte de Ravena había puesto a su cargo la importante empresa de extirpar la rebeldía en las provincias occidentales, y el supuesto emperador Constantino, tras una breve temporada de tregua y desahogo, estaba de nuevo sitiado en su capital por las armas de otro enemigo más formidable. Sin embargo, este intermedio permitió una negociación exitosa con los francos y los alemanes, y su embajador, Edóbico, pronto volvió al mando de una hueste para perturbar las operaciones del sitio de Arles. El general romano, en vez de esperar el ataque en sus líneas, resolvió con audacia y, quizá, con sabiduría, atravesar el Ródano y salir al encuentro de los bárbaros. Se manejó con tal maestría y reserva que, mientras peleaban con la infantería de Constancio por el frente, los hombres de Edóbico quedaron embestidos, cercados y derrotados por la caballería de su teniente Ulfilas, que encubiertamente se había situado con ventaja por la retaguardia. La fuga o la rendición preservó los restos del ejército de Edóbico, quien escapó del campo de batalla a la casa de un amigo desleal, que entendió que la cabeza de su detestable huésped sería un regalo aceptable y lucrativo para el general imperial. En esta ocasión, Constancio se portó con la dignidad de un romano genuino; pues sofrenando todo impulso de celos,

reconoció públicamente el merecimiento y los servicios de Ulfilas, pero se horrorizó con el asesinato de Edóbico y le ordenó que el campo no se mancillara más con la presencia de un malvado ingrato, que había violado las leyes de la amistad y de la hospitalidad. El usurpador, que contemplaba desde los muros de Arles la ruina de sus últimas esperanzas, depositó su confianza en tan generoso vencedor. Pidió garantías de seguridad y, después de haber recibido por imposición de manos el cargo sagrado de presbítero cristiano, abrió las puertas de la ciudad. Mas pronto vio que el honor y la integridad, que podrían guiar la conducta personal de Constancio, fueron superados por relajadas doctrinas de moralidad política. El general romano, en efecto, se negó a manchar sus laureles con la sangre de Constantino; pero tanto él como su hijo Juliano, enviados a buen recaudo a Italia, fallecieron a manos de los verdugos antes de llegar al palacio de Ravena (26 de noviembre de 411).

Bajo el concepto general de que todo individuo del Imperio aventajaba en gran manera a los príncipes entronizados por la casualidad de su nacimiento, continuó apareciendo una seguidilla de usurpadores que se desentendían del destino de sus antecesores. Esta plaga se sintió, sobre todo, en España y Galia, donde los principios de orden y obediencia se habían extinguido en la guerra y la rebelión. Antes de que Constantino resignara la púrpura, al cuarto mes del sitio de Arles, se supo en el campamento imperial que Jovino se había ceñido la diadema en Mentz, en Germania superior, a instancias de Goar, rey de los alanos, y de Gunciario, de los borgoñones, y que el candidato a quien le habían conferido el imperio avanzaba con huestes formidables desde las orillas del Rin hasta las del Ródano. En la breve historia del reinado de Jovino, todo fue oscuro y

extraordinario, pues era de suponer que un general valeroso y diestro, que lideraba un ejército victorioso, dejara sentada la justicia de la causa de Honorio en el campo de batalla. La retirada veloz de Constancio podría justificarse con razones de peso, pero él renunció a la posesión de Galia sin luchar; y sólo se cita a Dárdano, prefecto pretoriano, como único magistrado que se negó a rendir obediencia al usurpador.[1383] Cuando los godos, dos años después del sitio de Roma, establecieron sus cuarteles en Galia, era de suponer que sus inclinaciones se alternaran sólo entre el emperador Honorio, con quien acababan de formar alianza, y el destituido Atalo, a quien seguían conservando en su campamento para que llegara a servir tan pronto de músico como de monarca. Sin embargo, en un rapto de enfado (cuya causa y fecha no son fáciles de determinar), Ataúlfo se relacionó con el usurpador de Galia y obligó a Atalo a la ignominiosa tarea de negociar el tratado, que ratificó su propia desgracia. Nos sorprende de nuevo leer que, en vez de conceptuar la alianza goda como el sostén más importante de su trono, Jovino censuró con expresiones oscuras y ambiguas la importunidad oficiosa de Atalo, que menospreciando el dictamen de su gran aliado, revistió con la púrpura a su hermano Sebastián y aceptó con imprudencia el servicio de Saro, cuando ese caudillo aguerrido, soldado de Honorio, fue instado a abandonar la corte de un príncipe que no sabía ni premiar ni castigar. Ataúlfo, criado entre una raza de guerreros que valoraban la venganza como lo más precioso y sagrado de su herencia, se adelantó al encuentro del enemigo hereditario de la casa de los Baltos con un cuerpo de diez mil godos. Atacó a Saro en un momento de descuido, cuando éste se encontraba con dieciocho o veinte seguidores valerosos. Hermanados por la amistad, enardecidos por la desesperación, pero al fin acosados por multitudes, estos

héroes merecieron el aprecio, aunque sin compasión, de sus enemigos, y, cogido el león en la red, fue eliminado inmediatamente.[1384] La muerte de Saro disolvió la endeble alianza que Ataúlfo conservaba todavía con los usurpadores de Galia; escuchando de nuevo el dictado del amor y de la prudencia, satisfizo al hermano de Placidia y se comprometió a remitir al palacio de Ravena la cabeza de los tiranos Jovino y Sebastián. El rey de los godos cumplió su promesa sin dificultad ni demora; los hermanos, indefensos y sin ningún mérito personal, fueron abandonados por sus auxiliares bárbaros, y la resistencia breve de Valencia fue expiada con la ruina una de las ciudades principales de Galia. El emperador, nombrado por el mismo Senado romano, ascendido, degradado, insultado, restablecido y de nuevo depuesto y despreciado, quedó por fin entregado a su suerte; pero cuando el rey godo le retiró su protección, se vio impedido, por lástima o por menosprecio, de ejercer toda violencia contra Atalo. El desventurado Atalo, sin súbditos ni aliados, se embarcó en un puerto de España en busca de algún rincón seguro y recóndito, pero lo apresaron en el mar, lo llevaron ante Honorio, lo pasearon en triunfo por las calles de Roma o de Ravena y lo expusieron ante la multitud en la segunda grada del solio de su emperador invencible. Se lo condenó al mismo castigo con que él, en la época de su prosperidad, había amenazado a su rival, según se lo acusaba: fue condenado, después de cortarle dos dedos, al exilio permanente en la isla de Lípari, donde se le suministró lo necesario para vivir con decencia. No surgieron más rebeliones en el resto del reinado de Honorio, y debe hacerse notar que, en el plazo de cinco años, siete usurpadores habían fracasado ante un príncipe incapaz de consejo y de ejecución.

La situación de España, totalmente separada de los enemigos

de Roma por mares, montañas y otras provincias, había afianzado el sosiego duradero de aquel país aislado, y podemos advertir, como muestra terminante de felicidad interna, que por espacio de cuatro siglos España aportó muy poco material a la historia del Imperio Romano. Las huellas de los bárbaros que habían atravesado los Pirineos en el reinado de Galieno pronto fueron borradas con el restablecimiento de la paz. En el siglo IV de la era cristiana, las ciudades de Emérita o Mérida, Córdoba, Sevilla, Brácara y Tarragona descollaban entre las más ilustres del mundo romano. Los abundantes productos, tanto del reino animal como del vegetal y del mineral, se mejoraban y se fabricaban con la habilidad de un pueblo laborioso; y la ventaja especial de sus acopios navales apoyaba un comercio amplio y provechoso.[1385] Las artes y las ciencias florecían al abrigo de los emperadores, y si el brío español se debilitó con la paz y la servidumbre, la aproximación hostil de los germanos, que habían aterrorizado y asolado todo el ámbito desde el Rin hasta los Pirineos, pareció reavivar chispas del ardor militar. Mientras la vigilancia de las montañas corrió por cuenta de la milicia nacional, fuerte y leal, ésta rechazó con éxito los frecuentes intentos de los bárbaros. Pero no bien las tropas nacionales fueron obligadas a ceder su puesto a la tropa de Honorio en el servicio de Constantino, las puertas de la España se abrieron a traición al enemigo público, unos diez meses antes del saqueo de Roma por los godos[1386] (13 de octubre de 409). Acosados por la culpa y sedientos de presas, los guardas mercenarios de los Pirineos desampararon sus apostaderos y ofrecieron el país a los suevos, los vándalos y los alanos, y aumentaron el torrente que se vertió con irresistible violencia desde la frontera de Galia hasta los mares de África. Los infortunios de España pueden retratarse en los términos de su historiador más elocuente, quien

expresó concisamente las declaraciones acaloradas y, quizá, exageradas de los escritores contemporáneos.[1387]

> Con la irrupción de estas naciones sobrevinieron las más atroces desventuras mientras los bárbaros golpeaban con indiscriminada crueldad la fortuna de los romanos y de los españoles, ya en los pueblos, ya en las campiñas. Los extremos del hambre redujeron a los desdichados naturales a alimentarse de sus semejantes; y hasta las fieras, que se multiplicaban sin control en el desierto, estimuladas por la sangre y desesperadas por el hambre embestían y devoraban osadamente presas humanas. Pronto apareció la peste, compañera inseparable del hambre, que barrió con gran parte de la población, y los gemidos de los moribundos sólo causaban sólo la envidia de los sobrevivientes. Por fin, satisfechos de matanza y robo, y acosados por los mismos males contagiosos que habían acarreado, los bárbaros se fueron afincando en el país casi yermo. La antigua Galicia, cuyos límites incluían el reino de Castilla la Vieja, se dividió entre los suevos y los vándalos; los alanos se desparramaron por las provincias de Cartagena y Lusitania, desde el Mediterráneo hasta el Atlántico; y los silingos, otra rama de la nación vándala, quedaron en el fértil territorio de Bética. Arreglada la partición, los conquistadores y los súbditos se comprometieron con vínculos recíprocos de protección y obediencia; se volvieron a cultivar las tierras, y el pueblo cautivo se fue afincando en los pueblos y las aldeas. La mayor parte de los españoles casi prefería esta nueva situación de pobreza y barbarismo antes que la firme opresión del gobierno romano, pero muchos que aún defendían su

libertad natal se negaron, en especial en las montañas de Galicia, a someterse al yugo bárbaro.[1388]

El regalo importante de la cabeza de Jovino y de Sebastián había acreditado la amistad de Ataúlfo y restablecido Galia a la obediencia de su hermano Honorio. Pero la paz era incompatible con la situación y la índole del rey de los godos. Aceptó de inmediato la propuesta de dirigir sus armas victoriosas contra los bárbaros de España, pues las tropas de Constancio interceptaban su comunicación con los puertos de Galia, y fue avanzando hacia los Pirineos[1389] (414 d. C.), los cruzó y, en nombre del emperador, sorprendió a la ciudad de Barcelona. La pasión de Ataúlfo hacia su consorte romana no cedió con el tiempo y la posesión. El nacimiento de un niño, llamado Teodosio como su ilustre abuelo, al parecer lo afirmaba para siempre en los intereses de la república. La pérdida de aquel hijo, cuyos restos quedaron depositados en una urna de plata dentro de una iglesia inmediata a Barcelona, desconsoló en gran manera a los padres, pero el dolor del rey godo quedó relegado por las tareas en el campo de batalla, y la carrera de sus victorias pronto se interrumpió por la traición interna. Cometió el desacierto de admitir en su servidumbre a uno de los seguidores de Sauro, un bárbaro de escasa estatura, pero de espíritu temerario, cuyos deseos secretos de vengar la muerte de su amado señor se veían aguijoneados por los insultos que recibía sin cesar de su nuevo dueño. Ataúlfo fue asesinado en el palacio de Barcelona (agosto de 415). Las leyes de sucesión fueron violadas por una facción tumultuosa,[1390] y Singerico, extraño en la alcurnia real y hermano del mismo Sauro, fue ascendido al trono godo. El primer acto de su reinado fue el homicidio inhumano de los seis hijos de Ataúlfo, de un matrimonio anterior, que arrebató sin consideración de los brazos endebles

de un obispo venerable.[1391] La desventurada Placidia fue tratada con crueles insultos y no con la compasión reverente que debería haber animado los corazones más salvajes. La hija del emperador Teodosio, mezclada en una caterva de cautivas, fue obligada a marchar a pie más de doce millas (19 km) delante del caballo de un bárbaro, asesino de su amado esposo, a quien lloraba.[1392]

Placidia pronto tuvo el placer de la venganza. La vista de sus padecimientos indecorosos no pudo menos que alentar el encono del pueblo contra el tirano, que fue asesinado a los siete días de su usurpación. Muerto Singerico, la nación otorgó el cetro godo a Walia, cuyo temple guerrero y ambicioso pareció, en el comienzo de su reinado, extremadamente hostil a la república. Marchó con sus ejércitos desde Barcelona hasta las playas del Océano, que los antiguos reverenciaban como el último límite del mundo. Pero cuando llegó al promontorio meridional de España[1393] y, desde el peñasco cubierto ahora por la fortaleza de Gibraltar, contempló la costa inmediata y fértil de África, abrazó el intento de su conquista, interrumpida con la muerte de Alarico. Otra vez, los vientos y las olas malograron la empresa de los godos, y el ánimo de un pueblo supersticioso se impresionó profundamente con los repetidos fracasos de tormentas y naufragios. En estas circunstancias, el sucesor de Ataúlfo tuvo que prestar atención al embajador romano, que hacía sus propuestas al abrigo, efectivo o supuesto, de una hueste acaudillada por el valeroso Constancio. Se llevó a cabo y se cumplió un tratado solemne. Placidia fue devuelta a su hermano de manera honorable; se entregaron seiscientas mil medidas de trigo a los hambrientos godos,[1394] y Walia comprometió su espada al servicio del Imperio (415-418 d. C.). De inmediato estalló una guerra sangrienta entre los bárbaros de

España, y se dice que los príncipes rivales enviaron cartas, embajadores y rehenes al trono del emperador occidental, instándolo a que permaneciese como espectador de la contienda, cuyos resultados debían redundar en beneficio de los romanos con la matanza mutua de sus enemigos comunes.[1395] La guerra de España se mantuvo con obstinación y valor durante tres campañas, y las grandes proezas de Walia le dieron renombre como héroe godo por todo el Imperio. Acabó con los silingos, que habían destruido irremediablemente la rica provincia de Bética; mató en batalla al rey de los alanos, y los restos de aquellos escitas vagabundos, que habían escapado del campo de batalla, en lugar de nombrar otro líder, se acogieron bajo el estandarte de los vándalos, con los cuales quedaron ya confundidos para siempre. Los mismos vándalos e, incluso, los suevos se doblegaron a los embates de los godos invencibles. La confusa muchedumbre de bárbaros, cuya retirada había sido interceptada, se dirigió a las quebradas de Galicia, donde siguió, en terreno reducido y estéril, ensangrentándose con sus hostilidades internas e implacables. En medio del orgullo de la victoria, cumplió Walia fielmente sus compromisos: devolvió las conquistas españolas a la obediencia de Honorio; y la tiranía de los funcionarios imperiales pronto hizo que el pueblo echase de menos la época de su servidumbre con los bárbaros. Cuando el curso de la guerra todavía era dudoso, la primera ventaja que logró Walia alentó a la corte de Ravena a decretar los honores de un triunfo a su débil soberano. Éste entró en Roma como los antiguos conquistadores de las naciones, y si las demostraciones de corrupción servil no coincidieran con el destino que merecían, veríamos probablemente que una cantidad de oradores y poetas, de magistrados y obispos aplaudían la dicha, la sabiduría y el denuedo invencible del emperador Honorio.[1396]

Tal triunfo podría haber correspondido con justicia al aliado de Roma si Walia, al regresar por los Pirineos, hubiera exterminado las semillas de la guerra. Cuarenta y tres años después de su tránsito por el Danubio, los godos victoriosos, en virtud de los tratados, quedaron establecidos y en posesión de la segunda Aquitania, provincia marítima entre el Garona y el Loira, bajo la jurisdicción civil y eclesiástica de Burdeos. Aquella metrópoli, ventajosamente situada para el comercio por el océano, fue construida con formas elegantes, y sus numerosos habitantes se distinguían entre los galos por su riqueza, su instrucción y sus modales. La provincia contigua, comparada con afecto con el jardín del Edén, disfrutaba de suelo fértil y clima moderado; brotaban por el país las artes y la industria; y los godos, tras el esfuerzo militar, agotaban con lujo los viñedos de Aquitania.[1397] Los ámbitos de la provincia se extendieron con el regalo de algunas diócesis inmediatas; y los sucesores de Alarico se afincaron en Tolosa, que abarcaba cinco barrios populosos, o ciudades, en el espacioso recinto de sus muros. Por aquel tiempo, hacia el fin del reinado de Honorio, godos, borgoñones y francos lograron asiento permanente y dominio en las provincias de Galia. El emperador legítimo confirmó el otorgamiento grandioso del usurpador Jovino a sus aliados borgoñones, se cedieron las tierras de Germania Superior o Alta a tan formidables extranjeros; y ellos fueron ocupando poco a poco, por conquista o por tratados, las dos provincias que todavía conservan el apellido nacional de Borgoña, con los títulos de ducado y condado.[1398] Los francos, valerosos y fieles aliados de la república romana, pronto quisieron imitar a los mismos invasores que habían rechazado con valentía. Sus grupos desordenados saquearon Tréveris, capital de Galia, y la humilde colonia, que por largo tiempo mantuvieron en el distrito de

Toxandría, en Brabante, creció por las orillas del Mosa y del Escalda, hasta que su poderío independiente abarcó todo el ámbito de Germania Inferior o Baja. Datos históricos comprueban estos hechos, pero la fundación de la monarquía francesa por Faramundo, las conquistas, las leyes y aun existencia de aquel héroe han sido cuestionadas por la severidad imparcial de la crítica moderna.[1399]

La ruina de aquellas provincias opulentas de Galia puede fecharse desde el establecimiento de estos bárbaros, cuya alianza era peligrosa y opresiva, y que alteraban caprichosamente, por interés o por acaloramiento, la tranquilidad pública (420 d. C.). Se cargó un rescate cuantioso y arbitrario a los súbditos que habían sobrevivido a las desgracias de la guerra; los extranjeros insaciables se apropiaron de las campiñas más ricas y fértiles para sus familias, esclavos y ganados, y los naturales tuvieron que dejar, temblando y suspirando, la herencia de sus mayores. Sin embargo, estas desventuras internas, que son apenas la suerte de los pueblos vencidos, las habían padecido los mismos romanos y se las habían causado entre sí, no solo con la insolencia de conquistas extranjeras, sino en el frenesí de sus guerras civiles. Los triunviros proscribieron dieciocho de las colonias más florecientes de Italia y repartieron sus tierras y albergues a los veteranos vengadores de la muerte de César y aniquiladores de la libertad de su patria. Dos poetas de fama sin igual se han lamentado, en circunstancias muy parecidas, de la pérdida de su patrimonio, pero los legionarios de Augusto, al parecer, sobrepasaron en violencia e injusticia a los bárbaros que invadieron Galia en el reinado de Honorio. Virgilio pudo salvarse a duras penas de la espada de un centurión que había usurpado su finca en las cercanías de Mantua,[1400] pero Paulino de Burdeos recibió una cantidad de dinero —que aceptó con

satisfacción y sorpresa— de su comprador godo, y aunque el precio era muy inferior al de su hacienda, por lo menos, aquella violencia llevaba algún viso de equidad y moderación.[1401] El nombre odioso de «conquistadores» se fue suavizando hasta llegar al más grato y amistoso de «huéspedes» de los romanos; y los bárbaros de Galia, en especial los godos, repetían que se hallaban enlazados con el pueblo por los vínculos de hospitalidad y con el emperador por las obligaciones de lealtad y servicio militar. El título de Honorio y de sus sucesores, sus leyes y sus magistrados civiles todavía se respetaban en las provincias de Galia, cuya posesión habían traspasado a los aliados bárbaros; y los reyes que ejercían autoridad suprema e independiente sobre sus vasallos naturales ambicionaban la jerarquía más honorable de maestre general de los ejércitos imperiales.[1402] ¡Tal era la veneración involuntaria que aún merecía el nombre romano en el ánimo de aquellos guerreros que habían arrebatado triunfalmente los despojos del Capitolio!

Mientras Italia estaba asolada por los godos, y una sucesión de débiles tiranos oprimía las provincias del otro lado de los Alpes, la isla de Bretaña se separó del cuerpo del Imperio romano. Se habían ido retirando de a poco las fuerzas regulares que resguardaban esa provincia lejana, y la región quedó sin amparo contra los piratas sajones y los salvajes de Irlanda y Caledonia. Llegado ese extremo, los britanos ya no confiaban en el auxilio tardío y dudoso de una monarquía declinante, y se levantaron en armas, rechazaron a los invasores y se regocijaron con el descubrimiento importantísimo de sus propias fuerzas.[1403] Acosadas por las mismas calamidades e impulsadas por el mismo espíritu, las provincias armóricas (nombre que comprendía los países marítimos de Galia entre el Sena y el Loira)[1404] resolvieron seguir el ejemplo de la isla vecina.

Expulsaron a los magistrados romanos dependientes del usurpador Constantino (409 d. C.) y establecieron un gobierno libre para un pueblo hasta entonces avasallado por el albedrío arbitrario de un dueño. El mismo Honorio, como emperador legítimo de Occidente, confirmó después la independencia de Bretaña y Armórica, y las cartas con las que puso en manos de los nuevos estados la atención de su propia seguridad podrían interpretarse como una renuncia total y perpetua del ejercicio y el derecho de soberanía, como se comprobó, en alguna medida, por los acontecimientos. Derribados sucesivamente los usurpadores de Galia, las provincias marítimas se reincorporaron al Imperio; mas su obediencia era imperfecta y precaria: la vana, inconstante y rebelde disposición del pueblo era incompatible con la libertad y con la servidumbre.[1405] Armórica, aunque alteró su forma republicana,[1406] sufrió con frecuencia las revueltas destructivas. Bretaña se perdió definitivamente,[1407] pero como los emperadores se avinieron con sabiduría a la independencia de la provincia lejana, la separación no se oscureció con el reproche de tiranía o rebelión; y los reclamos de lealtad y protección fueron coronados por buenos oficios, mutuos y voluntarios, de amistad nacional.[1408]

Esta revolución disolvió la maquinaria del gobierno civil y militar, y el país independiente se rigió por la autoridad del clero, los nobles y los concejos municipales durante un período de cuarenta años, hasta el desembarco de los sajones.[1409]

I. Zósimo, el único que ha preservado el recuerdo de esta transacción singular, advierte con exactitud que las cartas de Honorio se dirigían a las ciudades de Bretaña.[1410] Bajo el amparo de los romanos, se habían levantado noventa y dos pueblos considerables en diversas partes de aquella gran provincia, y entre ellos se distinguían treinta y tres ciudades por

sus privilegios e importancia.[1411] Cada una de éstas, como en las demás provincias del Imperio, formaba un concejo legal para la regulación de su política local, y la potestad municipal se repartía entre magistrados anuales, un senador electo y la asamblea del pueblo, según la pauta de la constitución romana. [1412] El manejo de la renta general, el desempeño de la jurisdicción civil y penal, y el ejercicio del consejo y mando públicos eran inherentes a estas pequeñas repúblicas, y al determinar su independencia, la juventud de la ciudad y sus distritos contiguos se las hacía ubicarse con naturalidad bajo las banderas del magistrado. Pero el afán de disfrutar las ventajas de toda sociedad política y de desentenderse de sus cargas es siempre un manantial inagotable de discordias, y no hay por qué pensar que el restablecimiento de la libertad en Bretaña fue una excepción. Ciudadanos atrevidos y populares contrarrestarían a los preminentes por nacimiento y fortuna, y los nobles altaneros, que se quejaban de ser súbditos de sus propios sirvientes,[1413] a veces echarían de menos el reinado del monarca arbitrario.

II. La influencia patrimonial de los senadores principales sostenía la jurisdicción de cada ciudad sobre la comarca inmediata; y los pueblos pequeños, las aldeas y los hacendados acudían al abrigo de aquellas nuevas repúblicas para su resguardo. Su poderío era proporcional a los alcances de su riqueza y popularidad, pero los herederos acaudalados, que no se hallaban oprimidos por la vecindad de ninguna ciudad poderosa, aspiraban a la jerarquía de príncipes independientes y ejercían denodadamente los derechos de la paz y de la guerra. Las huertas y quintas, una pálida imitación de la elegancia italiana, pronto se convirtieron en castillos, en refugio en tiempos de peligro.[1414] El producto de la tierra se dedicaba a la

compra de armas y caballos, a mantener una fuerza militar de esclavos, campesinos y secuaces, y el caudillo debía ejercer en sus dominios la potestad de magistrado civil. Algunos de estos jefes serían descendientes genuinos de los antiguos reyes, y muchos otros procurarían adoptar esta alcurnia y reivindicar sus derechos de herencia, que habían sido suspendidos con la usurpación de los Césares.[1415] Su situación y sus esperanzas los disponían a usar el traje, el habla y las costumbres de los antepasados. Si los príncipes de Bretaña caían de nuevo en la barbarie, mientras las ciudades se atenían esmeradamente a las leyes y modales de Roma, la isla entera se habrá ido dividiendo en dos partes nacionales, subdivididas luego en miles de porciones menores, según las guerras, las parcialidades, los intereses y los enconos. Las fuerzas públicas, en vez de hermanarse contra el enemigo extranjero, se debilitaban con desavenencias oscuras e internas; y el mérito personal que había encumbrado a un caudillo venturoso al frente de sus iguales lo habilitaría para avasallar la libertad de algunas ciudades vecinas y para ocupar un lugar entre los tiranos[1416] que plagaron Bretaña tras la disolución del gobierno romano.

III. La Iglesia de Bretaña se compondría de treinta a cuarenta obispos,[1417] con la correspondiente proporción de clérigos inferiores, y su necesidad de riquezas (pues parecían ser muy menesterosos)[1418] los obligaría a granjearse el aprecio público con un comportamiento decente y ejemplar. El interés y la índole del clero favorecían la paz y la unión del país desavenido; estas lecciones provechosas podían inculcarse en sus discursos populares. Los sínodos episcopales eran los únicos que podían aspirar a tener el peso y la autoridad de asambleas nacionales. En estos concilios, donde príncipes y magistrados alternaban con los obispos, se ventilaban con libertad los

negocios públicos más importantes, junto con los eclesiásticos; se hermanaban oposiciones; se fraguaban alianzas; se imponían contribuciones; se acordaban y, tal vez, se ejecutaban disposiciones atinadas; y hay fundamento para creer que, en momentos de peligro, se elegía un *pendragon* o dictador, por consenso general de los bretones. Estos desvelos pastorales, tan propios del carácter episcopal, solían interrumpirse, sin embargo, con el fervor y la superstición; y el clero británico se afanó más y más por erradicar la herejía pelagiana, que abominaba como desgracia peculiar de su patria.[1419]

Es algo sorprendente o, más bien, es demasiado natural que la rebeldía de Bretaña y de Armórica introdujese alguna apariencia de libertad en las provincias sumisas de Galia. En un edicto formal[1420] y rebosante de los sentimientos paternales —que los príncipes suelen aparentar, pero no abrigar—, el emperador Honorio proclamó su intención de convocar una asamblea anual de las siete provincias; nombre apropiado por demás para Aquitania y la antigua Narbonesa, que habían trocado hacía tiempo la tosquedad céltica por las artes provechosas y elegantes de Italia.[1421] Se fijó Arles, sede del gobierno y del comercio, como lugar para la celebración de la asamblea, que duraba veintiocho días, desde el 15 de agosto hasta el 15 de septiembre de cada año. En ella participaban el prefecto pretoriano de Galia; siete gobernadores de provincia (uno consular y seis presidentes); los magistrados y, tal vez, los obispos de unas sesenta ciudades; y un número aceptable, aunque indeterminado, de los hacendados más honorables y opulentos, quienes debían considerarse como los representantes del país. Estaban facultados para interpretar y comunicar las leyes de su soberano; para hacer presentes las quejas y los deseos de sus representados; para equilibrar los impuestos excesivos o

desiguales, y para deliberar sobre todo asunto de importancia local o nacional que pudiera proporcionar la restauración de la paz y la prosperidad de las siete provincias. Si esta institución, que interesaba al pueblo en su propio gobierno, hubiera sido planteada universalmente por Trajano o Antonino, las semillas de la sabiduría y la virtud públicas podrían haberse mantenido y propagado en el Imperio de Roma. Los fueros del súbdito habrían afianzado el trono del monarca; se habrían evitado, en alguna medida, o corregido los abusos de un régimen arbitrario mediante la intervención de estas asambleas representativas; y el país se habría protegido de un enemigo extranjero con las armas de los hombres nativos y libres. Con la moderada y generosa influencia de la libertad, el Imperio Romano podría haber permanecido invencible e inmortal; y si la inestabilidad de todo lo humano se hubiera opuesto a tal continuidad, sus miembros más importantes habrían conservado, por separado, su vigor y su independencia. Pero en la decadencia del Imperio, cuando ya estaban exhaustos todos los principios de la salud y de la vida, la aplicación tardía de aquel remedio parcial no alcanzó para provocar ningún efecto considerable o saludable. El emperador Honorio se sorprendió de tener que obligar a las reacias provincias a aceptar un privilegio que deberían haber solicitado con ardor. Tuvo que aplicar una multa de tres libras de oro (1,4 kg) e, incluso, de cinco libras (2,3 kg) a los representantes ausentes, que parecían desentenderse de este agasajo soñado de una constitución libre, como si fuera el último y más cruel insulto de sus opresores.

XXXII

ARCADIO EMPERADOR DE ORIENTE - RÉGIMEN Y CAÍDA DE EUTROPIO - REBELIÓN DE GAINAS - PERSECUCIÓN DE SAN JUAN CRISÓSTOMO - TEODOSIO II, EMPERADOR DE ORIENTE - SU HERMANA, PULQUERIA - SU MUJER, EUDOXIA - GUERRA DE PERSIA, DIVISIÓN DE ARMENIA

La división del mundo romano entre los hijos de Teodosio marca el establecimiento definitivo del Imperio de Oriente, que subsistió mil cincuenta y ocho años, desde el reinado de Arcadio hasta la toma de Constantinopla por los turcos, en estado de prematura y constante decadencia. Los soberanos de ese Imperio asumieron y retuvieron tenazmente el presuntuoso y, por último, ficticio título de emperador de los romanos, y con el nombre hereditario de César y Augusto, continuaban manifestando ser sucesores legítimos del primer hombre que reinó en la primera de las naciones. El palacio de Constantinopla competía con la magnificencia de Persia y, tal vez, la superaba. Los sermones elocuentes de san Juan Crisóstomo[1422] celebraban y, a la vez, reprobaban, el lujo pomposo del reinado de Arcadio:

> El emperador lleva una diadema o una corona de oro con piedras preciosas engarzadas de valor incalculable. Estos adornos y la toga púrpura se reservan exclusivamente para su persona sagrada, sus vestiduras de seda están bordadas con dragones de oro, y su trono es de oro macizo. Toda vez que aparece en público, está

> rodeado de sus cortesanos, sus guardias y su séquito, cuyas picas, escudos, corazas, bridas y jaeces de los caballos, son o parecen ser de oro. En medio de los escudos, el enorme y magnífico tachón está rodeado por otros más pequeños que representan la forma del ojo humano. Las dos mulas que tiran del carruaje del monarca tienen una blancura inmaculada y resplandecen de oro. El mismo carruaje, también de oro puro y macizo, embelesa a los espectadores, que contemplan los cortinajes púrpura, los nevados tapices, el tamaño de las piedras preciosas y las placas bruñidas de oro, que centellean con el vaivén. Los retratos imperiales son blancos, sobre un fondo azul; el emperador aparece en el trono, junto a sus armas, sus caballos y sus guardias, con sus enemigos derrotados y encadenados a sus pies.

Los sucesores de Constantino establecieron su residencia definitiva en la ciudad real, edificada en los confines de Europa y de Asia. Inaccesibles a los embates de sus enemigos y, tal vez, a las quejas de su pueblo, recibían, con cada viento, los beneficios de todos los climas, mientras la fortaleza inexpugnable de su capital derrotaba durante siglos los intentos hostiles de los bárbaros. Sus dominios se extendían desde el Adriático hasta el Tigris, y el Imperio de Oriente abarcaba todo lo recorrido en veinticinco días de navegación desde el frío extremo de Escitia hasta la zona tórrida de Etiopía.[1423] En los populosos países del Imperio descollaban las artes y las letras, la riqueza y el lujo; y sus moradores, que habían adoptado los modales y el idioma de Grecia, se creían, con visos de realidad, los seres humanos más iluminados y civilizados. El gobierno era pura y sencillamente monárquico; el nombre de República Romana, que tanto preservaba la débil tradición de libertad, quedó ceñido a las

provincias latinas; los príncipes de Constantinopla medían su grandeza por la obediencia servil de su pueblo y desconocían la debilidad y la degradación mental que acarreaba esa actitud pasiva. Los súbditos, que habían resignado su voluntad a las órdenes absolutas de un señor, tampoco podían guarecer sus vidas ni sus bienes de los asaltos de los bárbaros ni su racionalidad de los descarríos de la superstición.

Los primeros acontecimientos del reinado de Arcadio y Honorio están enlazados tan estrechamente que la rebelión de los godos y la caída de Rufino han reclamado un lugar en la historia del Occidente. Ya se ha advertido que Eutropio,[1424] uno de los eunucos principales del palacio de Constantinopla, sucedió al altivo ministro que él mismo había llevado a la ruina, y cuyos vicios adquirió pronto. Todas las jerarquías del Estado se doblegaron ante el nuevo favorito, y tanta docilidad y sumisión lo alentaron a violar las leyes y, lo que es todavía más difícil y peligroso, las costumbres de su país. Ante el más débil de los antecesores de Arcadio, el reinado de los eunucos había sido secreto y casi invisible. Ganaban la confianza del príncipe, pero sus funciones aparentes se reducían a las de sirvientes de guardarropa y cámara imperial. Podían dirigir, con rumores, los asuntos públicos y arremeter, con sus sugerencias maliciosas, contra la fama y la fortuna de los ciudadanos más ilustres, pero nunca osaron ponerse al frente del Imperio ni profanar los honores públicos del Estado[1425]. Eutropio fue el primero de los de su sexo que se atrevió a asumir el carácter de magistrado romano y de general.[1426] A veces, en presencia del Senado sonrojado, subía al tribunal a pronunciar sentencias o arengas estudiadas; otras veces, aparecía a caballo, al mando de sus tropas, con el traje y la armadura de un héroe. Tales desacatos a las costumbres y a la decencia traicionan siempre un espíritu

débil y enfermizo, y ni siquiera parece que Eutropio tratara de compensar el desvarío de tales intentos con algún mérito elevado o habilidad en el desempeño. Sus hábitos anteriores nunca lo habían encaminado al estudio de las leyes ni al ejercicio de las armas. Su torpeza y desaciertos provocaban el menosprecio secreto de los espectadores; los godos ansiaban que semejante general capitanease siempre los ejércitos romanos; y el nombre del ministro era objeto de burlas de carácter público, más perjudiciales, tal vez, que el odio. Los súbditos de Arcadio se exasperaban al recordar que este eunuco deforme y decrépito,[1427] que remedaba los actos humanos con maldad, había nacido en la más lamentable situación de servidumbre; que antes de asomarse a los umbrales del palacio imperial, había sido vendido y comprado por centenares de dueños, quienes habían quebrantado sus fuerzas juveniles en ocupaciones miserables e infames, y por último, lo habían arrojado en su vejez a la libertad y la pobreza.[1428]

Mientras circulaban estas historias vergonzosas y, quizá, se exageraban en conversaciones privadas, la vanidad del favorito era halagada con los más extraordinarios honores. En el Senado, en la capital y en las provincias, se levantaron estatuas de Eutropio en bronce o en mármol, decoradas con los emblemas de sus virtudes civiles y militares, y con el pomposo título de tercer fundador de Constantinopla. Fue ascendido a la jerarquía de patricio, que en la acepción popular e, incluso, legal, empezó a significar «padre del emperador»; y el último año postrero del cuarto siglo quedó tiznado con el consulado de un eunuco y un esclavo (595-599 d. C.). Tan extraño e irreparable portento[1429] despertó los prejuicios de los romanos. El cónsul afeminado fue rechazado por el Occidente como una mancha imborrable en la historia de la República; y sin invocar las sombras de Bruto y de

Camilo, el compañero de Eutropio, magistrado sabio y respetable,[1430] representó sobradamente las distintas máximas de las dos administraciones. La mente atrevida y enérgica de Rufino parece haber actuado con un espíritu más sanguinario y vengativo, pero la avaricia del eunuco no era menos insaciable que la del prefecto.[1431] Mientras despojaba a los opresores, que se habían enriquecido a expensas del pueblo, Eutropio podía gratificar su naturaleza codiciosa sin demasiada envidia ni tropelías, pero el avance de sus rapiñas pronto asestaron riquezas adquiridas legítimamente por herencia o por trabajo. Se practicaban y mejoraban los métodos habituales de extorsión, y Claudiano ha bosquejado una pintura vívida y original de la almoneda pública del Estado. Dice el escritor, ameno y satírico:

> La impotencia del eunuco ha servido tan sólo de estímulo para su codicia: la misma mano que servilmente se ha ejercitado en robos de poca monta, como descerrajar los cofres de su dueño, ahora se apropia de las riquezas del mundo, y este infame feriante del Imperio justiprecia y divide las provincias romanas desde el monte Haemus hasta el Tigris. Un hombre, a costa de su villa, se convierte en procónsul de Asia; otro, compra Siria con las joyas de su esposa; y un tercero se lamenta de haber cambiado su herencia por el gobierno de Bitinia. En la antecámara de Eutropio, se expone una gran placa con el precio de las provincias, donde se diferencia con exactitud el valor de Ponto, de Galacia y de Lidia. Licia puede obtenerse por tantos miles de piezas de oro, pero la opulencia Frigia requiere una suma más cuantiosa. El eunuco ansía borrar con la desgracia de los demás su oprobio personal y, puesto que él mismo fue vendido, pretende vender a toda la

humanidad. En la urgencia de la competencia, el fiel de la balanza, que atesora el destino y la fortuna de la provincia, tiembla; y hasta que uno de los platillos se inclina por un peso superior, el ánimo del juez imparcial permanece en angustioso suspenso.[1432] Tales son los frutos la valentía romana, de la derrota de Antíoco y del triunfo de Pompeyo.

Esta venta corrupta del honor público aseguraba la impunidad de delitos venideros; pero las riquezas que Eutropio acumulaba con las confiscaciones ya estaban manchadas de injusticia, pues era decoroso acusar y condenar a los dueños de los bienes que anhelaba incautar. El verdugo derramó sangre noble, y los extremos más inhóspitos del Imperio rebosaban de desterrados inocentes e ilustres. Entre los generales y cónsules de Oriente, Abundancio[1433] tenía fundamentos para temer los primeros efectos del resentimiento del eunuco. Había sido culpable del delito imperdonable de introducir a aquel vil esclavo en el palacio de Constantinopla; y aún se le debe permitir algo de orgullo al poderoso y desagradecido favorito, que se regocijó con la desgracia de su benefactor. Un decreto imperial despojó a Abundancio de sus cuantiosas riquezas, lo desterró a Pitio sobre el Euxino, el confín del mundo romano, donde sobrevivió gracias a la precaria piedad de los bárbaros, hasta que logró obtener, caído Eutropio, un destierro más benigno en Sidón (Fenicia). El exterminio de Timasio[1434] requería un ataque más formal y estudiado, pues ese gran militar, maestre general de los ejércitos de Teodosio, había brillado por su valor en una victoria decisiva contra los godos en Tesalia. Pero era demasiado propenso, al igual que su soberano, a disfrutar del lujo de la paz y de depositar su confianza en aduladores malvados e intrigantes. Timasio había desoído el

clamor del pueblo al conferirle el mando de una cohorte a Bargo, dependiente suyo de triste fama, y mereció la ingratitud éste, que fue instigado secretamente por el favorito para que acusara a su patrón de conspiración. El general debió comparecer ante el tribunal del mismo Arcadio, y el eunuco permaneció de pie junto al trono para ir sugiriendo las preguntas y las respuestas del soberano. Mas como tal forma de juicio podría considerarse parcial y arbitraria, se encomendaron a Saturnino y a Procopio nuevas pesquisas sobre los delitos de Timasio; el primero, de rango consular, y el segundo, aún respetado como suegro del emperador Valente. Se observaron las apariencias de procedimiento justo y legal por la franca honradez de Procopio, que se sometió con renuencia a la destreza servil de su compañero, que pronunció la sentencia de condena contra el desventurado Timasio. Se confiscaron sus inmensas riquezas en nombre del emperador y en provecho del favorito, y fue condenado a destierro perpetuo en Oasis, un punto solitario en medio de los desiertos de Libia.[1435] Privado de todo roce humano, el mundo perdió para siempre al maestre general de los ejércitos romanos, pero las circunstancias de su destino han sido relatadas de formas distintas y contradictorias. Se insinuó que Eutropio envió una orden secreta para su ejecución.[1436] Se dijo que, tratando de huir de Oasis, murió de sed y hambre en el desierto, y que se encontró su cadáver en los arenales de Libia.[1437] Con más seguridad, se afirmó que su hijo Siagrio, después de eludir la persecución de agentes y emisarios de la corte, dirigió una gavilla de salteadores africanos y rescató a Timasio de su destierro, y que padre e hijo desaparecieron de la vista de la humanidad.[1438] Pero en vez permitírsele al ingrato Bargo disfrutar de la recompensa de su maldad, éste fue burlado y destruido por la vileza todavía mayor del ministro mismo, que

conservaba suficiente tino y denuedo para aborrecer el instrumento de sus propios delitos.

El odio público y la desesperación de algunos individuos amenazaban o parecían amenazar de continuo la seguridad personal de Eutropio y de los muchísimos allegados, pendientes de su fortuna y ascendidos por su favor venal. Para su defensa, creó la salvaguardia de una ley que violaba todo principio de humanidad y de justicia:[1439]

I. Se dispone, en nombre y con la autoridad de Arcadio, que todo el que conspire con súbditos o con extranjeros contra la vida de cualquier persona que el emperador considere miembro de su propio cuerpo será castigado de muerte, y sus bienes, confiscados. Esta especie de traición ficticia y metafórica se extiende para resguardar, no sólo a los gloriosos oficiales del Estado y del Ejército, admitidos en el consistorio sagrado, sino también a los sirvientes importantes del palacio, los senadores de Constantinopla, los jefes militares y los magistrados civiles de las provincias; lista indeterminada y vaga que, en tiempos de los sucesores de Constantino, abarcaba una cantidad oscura y numerosa de ministros subordinados.

II. Esta severidad extrema podría, tal vez, justificarse si sólo se encaminara a resguardar a los representantes del soberano de cualquier violencia real en el desempeño de sus funciones. Pero todos los dependientes imperiales reclamaban privilegios o, más bien, impunidad, que los ampararan, en los momentos de más excesos, del encono precipitado y, quizá, justiciero de sus conciudadanos; y debido a una extraña distorsión de las leyes, el mismo grado de culpa y de castigo se aplicaba a una contienda particular que a una conspiración contra el emperador y el Imperio. El edicto de Arcadio declara, del modo más terminante y absurdo, que en tales casos de traición, pensamientos y actos

deben castigarse con el mismo rigor; que el conocimiento de cualquier intento malicioso, a menos que confiese de inmediato, es tan criminal como la intención misma;[1440] y que los temerarios que acudan a implorar el perdón de los traidores, quedarán ellos mismos marcados con la deshonra pública y perpetua.

III. «En cuanto a los hijos de los traidores —continúa el emperador—, aunque deberían compartir el castigo, puesto que, probablemente, han de imitar la culpa de sus padres, sin embargo, por efecto de nuestra imperial lenidad, les concedemos la vida, aunque, al mismo tiempo, los declaramos incapaces para heredar del padre ni de la madre, o para recibir don o legado por testamento de parientes o de extraños. Tiznados con la infamia hereditaria, excluidos de honores o de fortuna, que padezcan el martirio de la miseria y del menosprecio hasta el punto de considerar que la vida es una calamidad, y la muerte, un consuelo y alivio». En tales términos, tan adecuados para insultar todo sentimiento humano, el emperador o, más bien, su eunuco favorito, aplaude la moderación de una ley que transfiere las mismas penas injustas e inhumanas a la prole de cuantos han secundado o no han denunciado conspiraciones planeadas. Habían caducado ya algunas de las disposiciones más acertadas de la jurisprudencia romana; mas este edicto, instrumento conveniente y aplicable de la tiranía ministerial, se insertó cuidadosamente en los códigos de Teodosio y de Justiniano, y las mismas máximas se han resucitado en épocas más modernas, para proteger a los electores de Alemania y a los cardenales de la Iglesia romana.[1441]

Mas estas leyes sanguinarias que aterraban al pueblo desarmado y decaído eran demasiado débiles para refrenar la enérgica empresa de Tribigildo,[1442] el ostrogodo. La colonia de

aquella nación guerrera, que había sido establecida por Teodosio en uno de los distritos más fértiles de Frigia,[1443] cotejó con impaciencia los lentos réditos de la afanada agricultura con las cuantiosas rapiñas y crecidos galardones de Alarico, y su caudillo se resintió con el desaire de la mala recepción en el palacio de Constantinopla. Una provincia apacible y rica, en el corazón del Imperio, se asombró con el clarín de guerra; y el fiel vasallo desatendido u oprimido, recuperó el respeto no bien reasumió el carácter hostil de los bárbaros. Los viñedos y los campos fructíferos entre el rápido Marsias y el acaracolado Meandro[1444] quedaron consumidos por el fuego; las murallas de las ciudades cayeron al primer embate del enemigo; los moradores trémulos huyeron de la masacre sangrienta hacia las orillas del Helesponto, y una parte considerable de Asia Menor quedó asolada por la rebelión de Tribigildo. Los campesinos de Panfilia detuvieron con su resistencia tan veloces progresos, y los ostrogodos, atacados en un desfiladero entre la ciudad de Selga,[1445] un pantano profundo y los riscos del monte Tauro, fueron derrotados y perdieron sus tropas más valerosas. Mas el denuedo de su jefe no se desalentó con el fracaso, y su ejército creció cada vez más con la incorporación de multitudes de bárbaros y fugitivos, deseosos de seguir salteando, pero con el título más decoroso de guerreros y conquistadores. Los rumores del éxito de Tribigildo podían, por un tiempo, reprimirse por miedo o encubrirse por lisonjas, pero gradualmente alarmaron a la corte y a la capital. Se exageraba cada fracaso con detalles confusos y dudosos, y los futuros movimientos de los rebeldes se convirtieron en objeto de inquietantes conjeturas. Si Tribigildo avanzaba sobre el país, los romanos tendían a suponer que planeaba el pasaje por el monte Tauro y la invasión de Siria. Si descendía hacia el mar, le atribuían y, tal vez, le sugerían el

proyecto más azaroso de armar una flota en las bahías de Jonia y de extender sus incursiones por la costa marítima, desde la desembocadura del Nilo hasta el puerto de Constantinopla. La cercanía del riesgo y la obstinación de Tribigildo, que rechazó cualquier intento de acuerdo, obligó a Eutropio a convocar un consejo de guerra.[1446] Después de reclamar para sí mismo el privilegio de veterano, el eunuco confió el resguardo de Tracia y del Helesponto al godo Gainas, y el mando del ejército asiático a su favorito, León; dos generales que, con eficacia, aunque de distinto modo, fomentaron la causa de los rebeldes. León,[1447] a quien por su corpulencia y por la torpeza de su entendimiento se lo llamaba el Ayax de Oriente, había abandonado su oficio primitivo de cardador, para dedicarse, con menos maestría y acierto, a la profesión militar, y elaboraba y ejecutaba operaciones vacilantes, sin conocimiento de las dificultades reales y sin valor para aprovechar las coyunturas favorables. La precipitación de los ostrogodos los había dejado en situación muy desventajosa entre el río Mela y el Eurimedonte, donde casi se hallaban sitiados por los campesinos de Panfilia, cuando la llegada de un ejército imperial, en lugar de completar su exterminio, les franqueó salvamento y victoria. Tribigildo sorprendió el campamento desprevenido de los romanos en la oscuridad de la noche, sedujo la fe de la mayor parte de los auxiliares bárbaros y disipó, sin demasiado esfuerzo, a las tropas corruptas por el relajamiento de la disciplina y el lujo de la capital. El descontento de Gainas, que tan audazmente planeó y ejecutó la muerte de Rufino, aumentó con el encumbramiento de su indigno sucesor; se acusaba por su propia y deshonrosa paciencia bajo el reinado servil de un eunuco, y el godo ambicioso quedó tachado, al menos para la opinión pública, de fomentar en forma secreta la rebelión de Tribigildo, con quien

tenía vínculos domésticos y nacionales.[1448] Cuando Gainas atravesó el Helesponto, para reunir bajo su estandarte los restos de las tropas asiáticas, adaptó con habilidad sus movimientos a los deseos de los ostrogodos, desamparó en su retirada al país que anhelaban invadir o facilitó con su acercamiento la deserción de sus auxiliares bárbaros. En la corte imperial, magnificó una y otra vez el valor, el desempeño y los recursos inagotables de Tribigildo; confesó su incapacidad para continuar la guerra, y requirió permiso para negociar con su adversario invencible. El rebelde altivo dictó las condiciones de la paz, y la demanda terminante de la cabeza de Eutropio puso de manifiesto quién era el autor y cuál era el propósito de la conspiración enemiga.

El atrevido escritor satírico, que ha desahogado su enfado censurando parcial y apasionadamente a los emperadores cristianos, viola la dignidad, mas no la verdad histórica, cuando compara al hijo de Teodosio con uno de esos animales inocentes y simples, que apenas se dan cuenta de que son propiedad de su pastor. Sin embargo, dos pasiones, temor y amor conyugal, despertaron el alma lánguida de Arcadio: estaba aterrorizado por las amenazas de un bárbaro victorioso y se rendía a la tierna persuasión de su esposa Eudoxia, quien, bañada en lágrimas estudiadas presentó su niño al padre e imploró su justicia por cualquier desacato real o imaginario imputado al audaz eunuco.[1449] Guiaron la diestra del emperador para hacerle firmar la condena de Eutropio (599 d. C.), se disolvió de repente el hechizo mágico que había embargado durante cuatro años al príncipe y al pueblo, y los gritos que antes aclamaban los méritos y la trayectoria del favorito se trocaron en clamor de los soldados y de la plebe, que le reprochaban sus delitos y exigían su inmediata ejecución. En esta hora de angustia y

desesperación, a Eutropio no le cupo más refugio que el de la Iglesia, a la que había intentado coartar sus privilegios con prudencia o con irreverencia; y el más elocuente de los santos, Juan Crisóstomo, disfrutó el triunfo de proteger a un ministro postrado, cuya elección lo había encumbrado en el trono eclesiástico de Constantinopla. El arzobispo, desde el púlpito de la catedral para que la innumerable concurrencia de ambos sexos y de toda edad lo viera y lo oyera con claridad, pronunció un discurso oportuno y conmovedor sobre el perdón de los agravios y la inestabilidad de la grandeza humana. La agonía del pálido y trémulo infeliz, de rodillas bajo la mesa del altar, ofrecía un espectáculo solemne e instructivo; y el orador, al que luego acusaron de ofender la desdicha de Eutropio, se afanó en suscitar el desprecio —podría haber mitigado la furia— del pueblo.[1450] Prevaleció el poder de la humanidad, la superstición y la elocuencia. Sus propios prejuicios o los de sus súbditos impidieron que la emperatriz Eudoxia violara el santuario de la iglesia; y Eutropio se avino a capitular por las artes de la persuasión o por un juramento de que se le perdonaría la vida. [1451] Sin preocuparse por la dignidad de su soberano, los nuevos ministros del palacio publicaron inmediatamente un edicto para declarar que su anterior favorito había deshonrado el título de cónsul y de patricio, suprimir sus estatuas, confiscar sus bienes y desterrarlo por siempre a la isla de Chipre.[1452] Un eunuco despreciable y decrépito ya no podía causar zozobra a sus enemigos ni disfrutar de lo que todavía quedaba, la comodidad del sosiego, la soledad y un clima benigno. Pero la venganza implacable, incluso, le envidiaba el trance postrero de una vida miserable, y no bien pisó Eutropio las playas de Chipre fue retirado atropelladamente. La vana esperanza de eludir la obligación de un juramento mediante un cambio de sitio movió

a la emperatriz a procesarlo y ajusticiarlo, no ya en Constantinopla, sino en el suburbio cercano de Calcedonia. El cónsul Aureliano pronunció la sentencia, cuyos motivos desenmascaran la jurisprudencia de un gobierno despótico. Los delitos de Eutropio contra el pueblo podrían haber justificado su ejecución, pero se lo declaró culpable de sujetar a su carruaje los animales sagrados que, por su raza o por su pelaje, se reservaban sólo para el emperador.[1453]

En medio de esta revolución interna, Gainas[1454] se rebeló abiertamente, unió sus fuerzas a las de Tribigildo en Tiátira (Lidia), y hasta conservó su predominio sobre el líder rebelde de los ostrogodos. Los ejércitos confederados avanzaron sin resistencia hasta el estrecho de Helesponto y de Bósforo, y le ordenaron a Arcadio que pusiera su autoridad y su persona en manos de los bárbaros, para evitar la pérdida de sus dominios asiáticos. Para el encuentro se eligió la iglesia de la santa mártir Eufemia, situada sobre una cumbre junto a Calcedonia.[1455] Gainas se postró a los pies del emperador, mientras requería el sacrificio de Aureliano y Saturnino, dos ministros consulares, y sus cervices desnudas quedaron expuestas por el altivo rebelde al filo de la espada hasta que aceptó concederles una tregua precaria y vergonzosa. Según los términos del acuerdo, se transportó a los godos de inmediato de Asia a Europa, y su caudillo victorioso, que aceptó el cargo de maestre general de los ejércitos romanos, pronto llenó Constantinopla con sus tropas y repartió entre sus dependientes los honores y las recompensas del Imperio. De muy joven, Gainas había cruzado el Danubio como suplicante y fugitivo; su encumbramiento había sido obra del valor y de la buena fortuna, y su conducta indiscreta y pérfida fue la causa de su rápida caída. A pesar de la oposición del arzobispo, se empeñó en pedir para los arrianos una iglesia

particular; y el engreimiento de los católicos se lesionó con aquella tolerancia pública de la herejía.[1456] Todos los barrios de Constantinopla padecían alborotos y trastornos; y los bárbaros miraban con tanto anhelo las tiendas de los joyeros y los escritorios de los banqueros, cubiertos de oro y plata, que se consideró prudente retirar de la vista semejantes tentaciones. Esta agraviante precaución les provocó resentimiento, y durante la noche, hubo intentos de atacar e incendiar el palacio imperial[1457] (20 de julio). En este estado de hostilidad y desconfianza mutuas, los guardias y el pueblo de Constantinopla cerraron las puertas y se armaron para prevenir o castigar la conspiración de los godos. En ausencia de Gainas, sus tropas fueron sorprendidas y oprimidas: siete mil bárbaros murieron en la masacre. En la furia de la persecución, los católicos quitaron el techo de la iglesia o santuario arriano, y no cesaron de arrojar leños encendidos dentro hasta que acabaron con sus adversarios, allí refugiados. Gainas se hallaba tan ajeno al plan o tan seguro de su éxito que quedó atónito cuando se enteró de que la flor de su ejército había caído mancillada, de que a él mismo lo habían declarado enemigo público y de que su compatriota Fravita, confederado valeroso y leal, había asumido el mando de la campaña por mar y por tierra. Las empresas del rebelde contra las ciudades de Tracia se toparon con una defensa firme y ordenada; sus soldados hambrientos tuvieron que alimentarse de la hierba nacida a la orilla de las fortificaciones; y Gainas, que echaba de menos en vano la riqueza y el lujo de Asia, tomó la desesperada resolución de atravesar por la fuerza el Helesponto. Carecía de barcos, mas los bosques del Quersoneso le aportaron materiales para armadías, y sus intrépidos bárbaros no se negaron a confiarse a las olas. Sin embargo, Fravita estaba observando los adelantos de su empresa

(25 de diciembre), y no bien llegaron a la mitad de la corriente, las galeras romanas, impulsadas por los remos, la corriente y el viento favorable, se abalanzaron contra ellos en perfecto orden y con una fuerza irresistible,[1458] y el Helesponto quedó cubierto con las astillas del naufragio. Tras el desvanecimiento de sus esperanzas y la pérdida de muchos miles de valientes soldados, Gainas, que ya no podía aspirar a gobernar o someter a los romanos, volvió a la independencia de su vida montaraz. Un cuerpo ligero y activo de caballería bárbara, libre de infantería y equipajes, podría recorrer en ocho o diez días trescientas millas (482 km) desde el Helesponto hasta el Danubio.[1459] Las guarniciones de aquella frontera habían quedado gradualmente aniquiladas; el río, en diciembre, estaría helado, y la perspectiva interminable de la Escitia estaba abierta a la ambición de Gainas. Se les comunicó este plan en forma secreta a las tropas nacionales, que se entregaron a la suerte de su caudillo y, antes de que dieran la señal de partida, masacró a traición a un sinnúmero de auxiliares provinciales, sospechosos de mantener compromisos con su patria. Los godos avanzaron con rapidez por las llanuras de Tracia, y pronto se vieron libres del peligro de una persecución, por la vanidad de Fravita, que, en lugar de acabar con la semilla de la guerra, se apresuró a disfrutar los aplausos populares y asumir los honores pacíficos del consulado. Mas apareció en armas un aliado formidable para desagraviar la majestad del Imperio y guardar la paz y la libertad de Escitia.[1460] Las fuerzas superiores de Uldino, rey de los hunos, frenó el avance de Gainas. Un país hostil y frustrado le prohibía la retirada, él se negaba a capitular, y luego de repetidos intentos por abrirse paso por entre las filas del enemigo, fue asesinado en el campo de batalla, con sus desesperados seguidores (5 de enero de 401 d. C.). Once días después de la victoria naval en el

Helesponto, la cabeza de Gainas, presente inestimable del vencedor, se recibió en Constantinopla con las más generosas expresiones de gratitud, y se celebró la liberación pública con festivales y luminarias. Los triunfos de Arcadio se convirtieron en tema de poemas épicos,[1461] y el monarca, ya sin la carga de peligros hostiles, se entregó al dominio benigno y absoluto de su esposa, la hermosa y hábil Eudoxia, que mancilló su fama con la persecución de san Juan Crisóstomo.

Muerto el indolente Nectario, sucesor de Gregorio Nazianceno, la Iglesia de Constantinopla se vio perturbada por la ambición de candidatos rivales que no se avergonzaban de solicitar, con oro o adulaciones, los votos del pueblo o del favorito. Parece que en esta ocasión, Eutropio varió sus principios, y su juicio incorrupto quedó determinado sólo por el mérito superior de un desconocido. En un viaje reciente al Oriente, había admirado los sermones de Juan, natural y presbítero de Antioquía, cuyo nombre fue distinguido con el epíteto de Crisóstomo o la Boca de Oro.[1462] Se expidió orden privada al gobernador de Siria, y como el pueblo se resistiría a desprenderse de su predicador predilecto, se lo trasladó con diligencia y en secreto en un carruaje de posta de Antioquía a Constantinopla. El consentimiento unánime y no solicitado de la corte, el clero y el pueblo ratificó la elección del ministro, y tanto en calidad de santo como en calidad de orador, el nuevo arzobispo superó las confiadas expectativas del público. Nacido en una familia noble y opulenta, en la capital de Siria, Crisóstomo recibió educación, gracias a los desvelos de una madre afectuosa, bajo la tutela de los maestros más consumados. Estudió retórica en la escuela de Libanio, y aquel afamado sofista, que descubrió muy pronto el talento de su discípulo, confesó ingenuamente que Juan habría merecido sucederlo, si

no se lo hubieran arrebatado los cristianos. Su devoción enseguida lo habilitó para recibir el sacramento del bautismo, para renunciar a la lucrativa y honorable profesión de las leyes y para internarse en el desierto, donde, durante seis años, subyugó el ímpetu de la carne con austeras penitencias. Sus dolencias lo obligaron a volver a la sociedad, y la autoridad de Melecio vinculó su talento al servicio de la Iglesia, pero dentro de su familia y luego en el trono arquiepiscopal, persistió siempre en la práctica de las virtudes monásticas. Aplicó con diligencia las generosas rentas, que sus antecesores expendían en la pompa y el lujo, al establecimiento de hospitales, y la muchedumbre, que su caridad alimentaba, prefería los discursos elocuentes y edificantes de su arzobispo a la diversión del teatro o del circo. Se conservaron con cuidado los monumentos de aquella elocuencia, admirada durante casi veinte años en Antioquía y Constantinopla; y el caudal, de cerca de mil sermones u homilías permitió a los críticos[1463] de siglos posteriores apreciar el mérito genuino de Crisóstomo. Éstos afirman, unánimes, que el orador cristiano poseía un lenguaje elegante y copioso; el criterio de encubrir discretamente sus recursos, producto de la retórica y la filosofía; un interminable caudal de metáforas y símiles sobre conceptos e imágenes para ilustrar los asuntos más familiares; el arte privilegiado de aplicar su pasión al servicio de la virtud y de exponer el devaneo y la bajeza de los vicios casi con la claridad y el espíritu de una representación teatral.

Los afanes pastorales del arzobispo de Constantinopla le hicieron ganar dos tipos de enemigos, que poco a poco se unieron contra él: el ambicioso clero, que envidiaba su reputación, y los pecadores empedernidos a quienes ofendía con su reprobación. Cuando Crisóstomo bramaba desde el púlpito de Santa Sofía contra la degeneración de los cristianos, su vara se

levantaba contra la multitud, sin acusar ni siquiera señalar a nadie en particular. Cuando declamaba contra los vicios propios de los ricos, los pobres podían obtener un consuelo momentáneo, pero la culpa se escudaba en la cantidad de culpables, y el reproche en sí se dignificaba con ideas de superioridad y placer. Mas como la pirámide se elevaba hasta la cima, en algún pico disminuía en forma imperceptible, y los magistrados, los ministros, los eunucos favoritos, las damas de la corte[1464] y la misma emperatriz Eudoxia tenían mayor proporción de culpa para dividir entre un número más pequeño de delincuentes. Las solicitudes personales del público eran esperadas o confirmadas por el testimonio de su propia conciencia; y el audaz predicador asumía el peligroso derecho de exponer tanto la imputación como al imputado a la aversión pública. El secreto resentimiento de la corte alentaba el desagrado del clero y de los monjes, precipitadamente reformados por el afán atropellado del arzobispo. Éste había condenado desde el púlpito el uso de criadas en el clero de Constantinopla, que con ese nombre o el de hermanas permitían repetidas situaciones de pecado o de escándalo. Aprobaba calurosamente a los ascetas silenciosos y solitarios, que se habían recluido del mundo, pero despreciaba y rotulaba como desdoro de su profesión sagrada la multitud de monjes degenerados que, por impulso indigno del placer o del interés, infectaban con frecuencia las calles de la capital. El arzobispo debía fortalecer su persuasiva con el terror de la autoridad, y su ímpetu en el desempeño de su jurisdicción eclesiástica no siempre estuvo exento de apasionamiento o guiado por la prudencia. Crisóstomo tenía una naturaleza colérica[1465] y, aunque se empeñaba, siguiendo los principios del Evangelio, en amar a sus enemigos personales, se permitía el privilegio de

odiar a los enemigos de Dios y de la Iglesia, y algunas veces sus sentimientos afloraban con demasiada energía en el semblante y la expresión. Aún mantenía, por salud o abstinencia, sus antiguos hábitos de comer a solas, y esta práctica poco hospitalaria,[1466] que sus enemigos achacaban al orgullo, contribuyó, en parte, a fomentar el defecto de un temple taciturno e insociable. Recluido del trato diario que franquea el conocimiento y el intercambio de negocios, depositaba una enorme confianza en el diácono Serapión y rara vez aplicaba sus conjeturas acerca de la naturaleza humana en el personaje particular, ni en sus dependientes o sus pares. Consciente de la pureza de sus intenciones y, tal vez, de la superioridad de su ingenio, el arzobispo de Constantinopla extendió la jurisdicción de la ciudad imperial, de modo que ampliara la esfera de sus afanes pastorales; y su conducta, que los profanos atribuían a la ambición, aparecía para él iluminada por la luz sagrada e indispensable del deber. Al visitar las provincias asiáticas, depuso a trece obispos de Lidia y Frigia, y llegó a manifestar indiscretamente que los estragos de la simonía y el libertinaje habían infectado todo el orden episcopal.[1467] Si los obispos eran inocentes, esa condena apresurada e injusta debía acarrear un descontento fundado. Si eran culpables, los numerosos cómplices pronto descubrirían que su seguridad dependía de la ruina del arzobispo, a quien trataban de caracterizar como tirano de la Iglesia oriental.

Esta conspiración eclesiástica estaba manejada por Teófilo,[1468] arzobispo de Alejandría, un prelado eficaz y ambicioso que ostentaba el fruto de sus rapiñas con monumentos grandiosos. Su disgusto con la grandeza creciente de una ciudad que lo degradó de la segunda a la tercera jerarquía en el cristianismo del mundo aumentó debido a algunas contiendas personales con

el mismo Crisóstomo.[1469] Por invitación reservada de la emperatriz, Teófilo llegó a Constantinopla, escoltado por un enérgico cuerpo de marineros egipcios, para enfrentarse con el pueblo, y una gran comitiva de obispos para afianzar con sus votos la mayoría de un sínodo. Éste[1470] se celebró durante catorce días o sesiones en el suburbio de Calcedonia llamado la Encina, donde Rufino había edificado una majestuosa iglesia con monasterio. Un obispo y un diácono acusaron al arzobispo de Constantinopla, pero la naturaleza frívola e inverosímil de los cuarenta y siete cargos presentados contra él puede ser considerada, con razón, un panegírico justo y corriente. Se le cursaron cuatro citas sucesivas a Crisóstomo, pero siguió negándose a confiar su persona o su reputación a sus enemigos implacables, que con prudencia soslayaron el análisis de cada cargo en particular, condenaron su desobediencia contumaz y promulgaron una sentencia de deposición. El sínodo de la Encina acudió inmediatamente al emperador para que ratificara y ejecutara el fallo, e insinuó con delicadeza que se le podría aplicar la pena de traidor al audaz arrojado que había injuriado, bajo el nombre de Jezabel, a la misma emperatriz Eudoxia. Arrestaron bruscamente al arzobispo, y un mensajero imperial lo condujo a través de la ciudad y lo dejó, tras una breve navegación, en la embocadura del Euxino, de donde lo retiraron al segundo día.

La primera reacción de sus leales feligreses había sido enmudecer de asombro, mas luego se alzaron con furia unánime e irresistible. Teófilo escapó, pero la promiscua multitud de monjes y marineros egipcios fue masacrada sin conmiseración en las calles de Constantinopla.[1471] Un terremoto oportuno acreditó la intervención celestial, la asonada se abalanzó sobre las puertas del palacio, y la emperatriz, atormentada por miedos o

remordimientos, se arrojó a los pies de Arcadio y confesó que sólo podría comprarse la seguridad pública restableciendo a Crisóstomo. El Bósforo se llenó de innumerables barcos, las playas de Europa y de Asia se iluminaron profusamente y la aclamación de un pueblo victorioso acompañó desde el puerto hasta la catedral el triunfo del arzobispo, quien, con harta facilidad, se avino a reasumir el ejercicio de sus funciones, antes que revocase legalmente su sentencia la autoridad de un sínodo eclesiástico. Ajeno o desentendido del inminente peligro, Crisóstomo consintió su fervor o, tal vez, su resentimiento, se declaró con especial acritud contra los vicios femeninos y condenó los honores profanos que se estaban tributando, casi en el recinto de Santa Sofía, a la estatua de la emperatriz. Su imprudencia indujo a sus enemigos a enardecer a Eudoxia, relatándole o, quizá, inventando el exordio famoso de un sermón: «Herodías está furiosa de nuevo, danza de nuevo y vuelve a pedir la cabeza de Juan», alusión insolente que, como mujer y como soberana, le era imposible perdonar.[1472] Se empleó el breve intermedio de una pérfida tregua para disponer arbitrios más ejecutivos con el fin de deshonrar y destruir al arzobispo. Un concilio numeroso de prelados orientales, guiados a la distancia por el dictamen de Teófilo, revalidó, prescindiendo de su justicia, la sentencia anterior, y se introdujo un destacamento de tropas bárbaras en la ciudad para impedir la reacción del pueblo. La víspera de Pascua, los soldados interrumpieron bruscamente la celebración del bautismo, atropellaron el recato de los catecúmenos desnudos y violaron en su presencia los misterios augustos del culto cristiano. Arsacio ocupó la iglesia de Santa Sofía y el trono arzobispal. Los católicos se retiraron a los baños de Constantino y, luego, a la campiña, donde aún los persiguieron e insultaron los guardias,

obispos y magistrados. El día aciago del segundo y último destierro de Crisóstomo estuvo marcado por la quema de la catedral, el edificio del Senado y otros contiguos, y el desastre se le atribuyó, sin pruebas aunque no sin probabilidad, a la desesperación de una facción perseguida.[1473]

Cicerón podría reclamar algún mérito si su destierro voluntario redundaba en el sosiego de la república;[1474] pero la sumisión de Crisóstomo era el deber imprescindible de un cristiano y un súbdito. En lugar de acceder a su humilde pedido de que se le permitiera residir en Cízico o Nicomedia, la emperatriz, inflexible, le ordenó para su destierro el pueblo lejano y desolado de Cucuso, entre los riscos del monte Tauro, en la Armenia Menor. Había una secreta esperanza de que el arzobispo muriera en una marcha trabajosa y expuesta de setenta días, en el rigor del verano, por las provincias del Asia Menor, donde continuamente era amenazado por los recios embates de los isaurios y la furia más implacable de los monjes. Sin embargo Crisóstomo llegó a salvo a su destino, y los tres años que permaneció en Cucuso y en el pueblo vecino de Arabiso fueron los últimos y los más gloriosos de su vida. Su imagen quedó consagrada por la ausencia y la persecución, se dejaron de recordar los errores de su régimen, todos los labios alababan su ingenio y sus virtudes, y la atención respetuosa del mundo cristiano se enclavó en un rincón desierto entre las montañas del Tauro. Desde aquella soledad, el arzobispo, cuyo espíritu activo estaba robustecido por la desventura (20 de junio de 404 d. C.), mantenía una correspondencia estricta y frecuente[1475] con las provincias más remotas; exhortaba a la congregación desparramada de sus fieles para que permaneciesen en su obediencia; urgió el derribo de los templos de Fenicia y el exterminio de la herejía en la isla de Chipre; abarcó con su

desvelo pastoral las misiones de Persia y Escitia; negoció por medio de sus embajadores con el pontífice romano y el emperador Honorio, y apeló con audacia, desde un sínodo parcial, al tribunal supremo de un concilio independiente y general. El espíritu del ilustre desterrado todavía era libre, pero su cuerpo cautivo fue expuesto a la venganza de los opresores, que seguían abusando del nombre y de la autoridad de Arcadio.[1476] Se expidió una orden para el retiro inmediato de Crisóstomo al desierto último de Pitio; y los guardas cumplieron tan puntualmente sus instrucciones inhumanas, que murió en Comana de Ponto, antes de llegar a las costas del Euxino, a los sesenta años (14 de septiembre de 407 d. C.). La generación siguiente reconoció su inocencia y su mérito; y los arzobispos del Oriente, que se ruborizaban de que sus antecesores hubiesen sido enemigos de Crisóstomo, se inclinaron poco a poco, con la entereza del pontífice romano, a reintegrar los honores a ese nombre tan venerable.[1477] Sus reliquias, a instancia piadosa del clero y del pueblo de Constantinopla, se trasladaron, treinta años después de su fallecimiento, a la ciudad real.[1478] El emperador Teodosio se acercó a Calcedonia para recibirlas, se postró sobre el ataúd (27 de enero de 458 d. C.) e imploró, en nombre de sus padres culpables, Arcadio y Eudoxia, el perdón del santo agraviado.[1479]

Pero puede haber una duda razonable de que cupiera algún rastro de culpa hereditaria al sucesor de Arcadio. Eudoxia, mujer joven y hermosa, se entregaba a sus pasiones y menospreciaba a su consorte; el conde Juan disfrutaba, cuando menos, la íntima confianza de la emperatriz; y el público lo consideraba el padre verdadero de Teodosio el Joven.[1480]

Sin embargo, el padre crédulo aceptó el nacimiento de un hijo como un suceso venturoso y honorífico en extremo para él,

para su familia y para el mundo oriental; y el niño real, con fineza sin precedentes, fue investido de los títulos de César y de Augusto. Menos de cuatro años después murió Eudoxia, en la lozanía de su juventud, como resultado de un aborto, y esta temprana muerte echó por tierra la profecía de un obispo santo[1481] que, en medio del júbilo universal, se había aventurado a predecir que llegaría a disfrutar el reinado largo y prometedor de su glorioso hijo. Los católicos aplaudieron la justicia celestial, que vengó la persecución de san Crisóstomo, y, quizá, el emperador fue el único individuo que lloró de corazón la pérdida de la altiva y codiciosa Eudoxia. Con este sufrimiento familiar se desconsoló más que con las desdichas del Oriente, [1482] con el desenfreno de los salteadores isáuricos por Palestina y Ponto, cuya impunidad probaba la flaqueza del gobierno, y con los terremotos, los incendios, el hambre y las nubes de langostas, [1483] que el descontento público estaba dispuesto a atribuir, también, a la incapacidad del monarca.

Por fin, a los treinta y un años (1 de mayo de 408 d. C.), tras un reinado (si nos cabe desairar así este vocablo) de trece años, tres meses y quince días, falleció Arcadio en el palacio de Constantinopla. Es imposible delinear su personalidad, pues en un período rebosante de materiales históricos, no se ha señalado ni siquiera una acción que corresponda con propiedad al hijo del gran Teodosio.

El historiador Procopio[1484] ha iluminado verdaderamente al emperador moribundo con algún destello de cordura humana o de sabiduría celeste. Arcadio analizaba, con impaciente previsión el desvalimiento de su hijo Teodosio, que sólo tenía siete años, las discusiones peligrosas de la minoría, y el ánimo arrojado de Isdegerdes, monarca de Persia. En vez de tentar la obediencia de un súbdito ambicioso con la participación del poder supremo,

apeló con audacia a la magnanimidad de un rey, y colocó por su testamento el cetro del Oriente en la diestra del mismo Isdegerdes. El guardia real aceptó y desempeñó tan honorífico encargo con fidelidad sin precedente; y las armas y los consejos de Persia protegieron la niñez de Teodosio. Tal es la narración singular de Procopio, cuya veracidad no contradice Agatias,[1485] si bien se atreve a disentir con él en su concepto y duda de la sabiduría de un emperador cristiano, que tan temeraria, aunque tan afortunadamente, entregó hijo y dominios al albedrío desconocido de un extranjero, un competidor y un pagano. Esta cuestión política hubiera podido ventilarse un siglo y medio después, en la corte de Justiniano, pero un historiador prudente rechazó examinar la corrección, ya que ha establecido la verdad, del testamento de Arcadio. Como no tiene paralelo en la historia del mundo, podemos requerir, con justicia, que sea autenticado por pruebas positivas y unánimes de contemporáneos. La novedad extraña del acontecimiento, que mueve nuestra desconfianza, no puede menos que haber llamado su atención, y su silencio universal aniquila la vana tradición del siglo siguiente.

Si adecuadamente pudieran trasferirse las máximas de la jurisprudencia romana de la propiedad particular al dominio público, habrían adjudicado al emperador Honorio la tutoría de su sobrino, hasta que cumpliese, por lo menos, catorce años. Pero la debilidad de Honorio y las desventuras de su reinado lo inhabilitaban para interponer esa demanda natural; y estaban ya tan separadas ambas monarquías, por intereses y por afecto, que Constantinopla habría obedecido con menos rechazo las órdenes de un persa que las de una corte italiana. Bajo un príncipe cuya debilidad queda encubierta con rasgos exteriores varoniles y discretos, los favoritos más indignos pueden

competir a oscuras por el imperio del palacio y dictar a las provincias dóciles las disposiciones de un dueño a quienes avasallan y menosprecian. Pero los ministros de un niño, incapaz para pertrecharlos con la sanción del nombre real, tienen que adquirir y desempeñar una autoridad independiente. Los funcionarios importantes del Estado y del Ejército, nombrados antes de la muerte de Arcadio, formaron una aristocracia que podría haberles infundido la idea de una república libre, y el gobierno del Oriente fue asumido, afortunadamente, por el prefecto Antemio,[1486] que logró, debido a sus habilidades superiores, un predominio duradero sobre sus compañeros. La seguridad del joven emperador acreditó los méritos y la integridad de Antemio, y su prudente entereza apuntaló la fuerza y la reputación del reinado de un menor. Uldino acampó con una hueste formidable de bárbaros en el centro de Tracia: desechó orgulloso todo acuerdo y, señalando el sol naciente, declaró a los embajadores romanos que el curso de esa estrella sería el único límite de las conquistas de los hunos. Mas sus confederados desertaron y, convencidos a solas de la justicia y la liberalidad de los ministros imperiales, obligaron a Uldino a volver a cruzar el Danubio: la tribu de los escirros, que formaba su retaguardia, fue casi exterminada, y dispersaron muchos miles de cautivos para que cultivaran las campiñas de Asia como esclavos.[1487] En medio del triunfo público, Constantinopla quedó resguardada con cercado de murallas nuevas y más extensas; se aplicaron las mismas medidas de seguridad al restablecimiento de las fortificaciones de las ciudades ilirias, y se ideó un plan atinado para afianzar el Danubio en el término de siete años, plantando en él una escuadra permanente de doscientos cincuenta bajeles armados.[1488]

Pero los romanos estaban tan acostumbrados a la autoridad

de un monarca que el primero de la familia imperial (incluidas las mujeres) que mostró algún valor o capacidad logró ascender al trono vacante de Teodosio. Su hermana Pulqueria,[1489] tan solo dos años mayor que él, recibió a los dieciséis años el título de Augusta (414-455 d. C.), y aunque sus favores se opacaron a veces por el capricho o la intriga, siguió gobernando el Imperio de Oriente por cerca de cuarenta años, durante la dilatada minoría de su hermano y después de su muerte, en su propio nombre y en el de Marciano, su marido nominal. Permaneció soltera, ya por motivos de prudencia, ya de religión; y a pesar de algunos entredichos sobre la castidad de Pulqueria,[1490] esta determinación, que comunicó a sus hermanas Arcadia y Marina, mereció la aprobación del mundo cristiano, como esfuerzo sublime de heroica piedad. En presencia del clero y del pueblo, las tres hijas de Arcadio[1491] dedicaron su virginidad a Dios, y se inscribió la obligación de este voto solemne en una tabla de oro y piedras preciosas, que ofrecieron públicamente en la iglesia mayor de Constantinopla. El palacio se convirtió en monasterio; y todos los hombres, excepto los guías de su conciencia, los santos que habían olvidado la diferencia de sexos, quedaron escrupulosamente excluidos del umbral sagrado. Pulqueria, sus dos hermanas y una comitiva selecta de damas íntimas formaron una comunidad religiosa; denunciaron la vanidad de las vestimentas; interrumpían, con ayunos frecuentes, su sencillo y frugal sustento; dedicaban parte del tiempo a labores de bordado y varias horas del día y de la noche a rezar oraciones y entonar salmos. La religiosidad de virgen cristiana se realzaba con el fervor y la liberalidad de emperatriz. La historia eclesiástica describe las iglesias esplendorosas edificadas a expensas de Pulqueria en todas las provincias del Oriente, sus fundaciones de caridad en beneficio de los forasteros y de los

menesterosos, las donaciones cuantiosas asignadas al mantenimiento perpetuo de las sociedades monásticas y el afán adusto con que acosó las herejías opuestas de Nestorio y de Eutiques. Se suponía que tanta virtud merecía el favor especial de la Divinidad, así, las reliquias de los mártires como los acontecimientos venideros se le comunicaban a la santa imperial en visiones y revelaciones.[1492] Pero la devoción de Pulqueria jamás la distrajo de su infatigable atención en los asuntos temporales, y al parecer, sólo ella, entre todos los descendientes del gran Teodosio, heredó algo de su espíritu valiente y sus habilidades. Había adquirido un uso elegante y familiar del griego y el latín, y lo aplicaba con facilidad en discursos o escrituras relacionados con los asuntos públicos: medía sus deliberaciones con madurez y obraba con rapidez y decisión, y al girar el timón del gobierno, sin estruendo ni ostentación, atribuía con discreción al genio del emperador el dilatado sosiego de su reinado. En los últimos años de su vida pacífica, Europa se vio envuelta en las armas de guerra, pero las provincias mayores de Asia siguieron disfrutando de un reposo profundo y permanente. Teodosio el Menor nunca padeció la indecorosa necesidad de tener que combatir y castigar a súbditos rebeldes; y puesto que no cabe elogiar el vigor, alguna alabanza se debe tributar a la afabilidad y la prosperidad del gobierno de Pulqueria.

El mundo romano estaba muy interesado en la educación de su señor. Se implantó, con criterio, un curso regular de estudios y ejercicios, de entrenamiento militar en equitación y tiro de flecha, de estudios liberales de gramática, retórica y filosofía: los maestros más afamados del Oriente con ambición solicitaban la atención de su alumno real, y se hospedaron en el palacio varios jóvenes nobles para estimular su voluntad mediante la

emulación de la amistad. Pulqueria se reservó la importante tarea de instruir al hermano en el arte de gobernar, pero sus preceptos arrojan algunas sospechas del alcance de su capacidad o de la pureza de sus intenciones. Le enseñó a mantener un comportamiento circunspecto y majestuoso, a caminar, a manejar su vestimenta, a sentarse en el trono con ademán digno de un gran príncipe, a contener la risa, a escuchar con agrado, a contestar adecuadamente, a expresar sucesivamente seriedad o amabilidad con el semblante, en una palabra, a representar con gracia y dignidad la imagen externa de un emperador romano. Mas Teodosio[1493] nunca estuvo dispuesto a soportar el peso y la gloria de un nombre ilustre y, en lugar de aspirar a imitar a sus antecesores, menguó aún más su capacidad (si cabe medir el grado de la incapacidad) respecto del escaso desempeño de su padre y de su tío. Arcadio y Honorio habían contado con cuidados paternales reforzados con la autoridad y el ejemplo. Pero el infortunado príncipe, nacido en la púrpura, permaneció siempre forastero a la voz de la verdad: el hijo de Arcadio tuvo que pasar su niñez perpetua rodeado sólo de una comitiva servil de mujeres y eunucos. Así, todo el tiempo libre que le quedaba al desatender los deberes esenciales de su alto cargo estaba dedicado a distracciones ociosas y estudios inservibles. Tan sólo la caza lo hacía salir del palacio; pero se dedicaba con más asiduidad, a veces hasta medianoche, a luz de una lámpara, a pintar y esculpir; y el primor con que transcribía libros religiosos le valió el epíteto singular de «calígrafo» o gran pendolista. Separado del mundo por un velo impenetrable, Teodosio confiaba en las personas que amaba y amaba a los que solían entretener y halagar su indolencia, y como nunca leía los papeles que le presentaban para firmar, en su nombre se cometían con frecuencia los peores actos de injusticia, ajenos a su espíritu. Era

sencillo, moderado, liberal y compasivo, pero estas cualidades, que sólo alcanzan el predicamento de virtudes cuando van unidas al valor y al tino, apenas eran beneficiosas y, a veces, redundaban en perjuicio para la gente. Su mente, debilitada con la educación real, sufría la opresión y las distorsiones de una superstición despreciable: ayunaba, cantaba salmos y aceptaba a ciegas los milagros y las doctrinas que alimentaban su fe incesantemente. Teodosio adoraba con devoción a los santos vivos y difuntos de la Iglesia católica, y en una ocasión, se negó a comer hasta que un monje insolente, que había excomulgado a su soberano, aceptó a sanar la herida espiritual que le había infligido.[1494]

La historia de una doncella hermosa y virtuosa encumbrada de su vida privada al trono imperial podría parecer una novela increíble si no hubiera sucedido con el casamiento de Teodosio. La celebrada Atenais[1495] se había educado con su padre, Leoncio, en la religión y las ciencias de los griegos, y tan elevado era el concepto que el filósofo ateniense merecía a sus contemporáneos que partió su patrimonio entre los dos hijos y le dejó a la hija el pequeño legado de cien piezas de oro, con la viva confianza de que su hermosura y sus méritos serían suficientes. Los celos y la avaricia de los hermanos pronto llevaron a Atenais a refugiarse en Constantinopla y, esperanzada en la justicia o en el favor, se postró a los pies de Pulqueria. La princesa, perspicaz, escuchó su elocuente queja y destinó en secreto a la hija del filósofo Leoncio a ser la futura esposa del emperador de Oriente, que por ese entonces tenía veinte años. Atrajo con facilidad la curiosidad del hermano mediante un interesante retrato de los encantos de Atenais: ojos grandes, nariz proporcionada, tez blanca, rizos dorados, figura esbelta, porte lleno de gracia, entendimiento fortalecido con el estudio y

virtud puesta a prueba en la desventura. Teodosio se escondió tras una cortina de la estancia de su hermana y pudo contemplar a la doncella ateniense: el joven sencillo le declaró de inmediato su puro y honorable amor; y se celebraron las nupcias reales en medio de las aclamaciones de la capital y de las provincias. Atenais, persuadida con facilidad de renunciar a los errores del paganismo, en su bautismo recibió el nombre cristiano de Eudocia; mas la cauta Pulqueria retuvo el título de Augusta hasta que la esposa de Teodosio demostró su fecundidad con el nacimiento de una niña, que quince años después, se casó con el emperador de Occidente. Los hermanos de Eudocia obedecieron a su llamamiento imperial con alguna zozobra, mas como ella los había perdonado por su lamentable crueldad, se permitió manifestar la ternura de hermana o, tal vez, vanidad, y los ascendió a la jerarquía de cónsules y prefectos. En medio del lujo del palacio, siguió cultivando aquellas artes ingeniosas que habían contribuido a su grandeza, y con sabiduría dedicó su talento al honor de la religión y del esposo. Eudocia compuso una paráfrasis poética de los ocho primeros libros del Antiguo Testamento y de las profecías de Daniel y de Zacarías, un centón de los versos de Homero, aplicados a la vida y milagros de Jesucristo, la leyenda de san Cipriano y un panegírico sobre las victorias de Teodosio en Persia. Sus escritos, aplaudidos en un siglo servil o supersticioso, no han merecido el desdén de la crítica imparcial y candorosa.[1496] El cariño del emperador no disminuyó con el tiempo y el goce, y Eudocia, después del casamiento de su hija, logró cumplir su voto de gratitud de un peregrinaje solemne a Jerusalén. Su peregrinación ostentosa por las regiones del Oriente, tal vez, desdice la humildad cristiana: pronunció, desde un trono engarzado con piedras preciosas, un discurso elocuente al Senado de Antioquía, manifestó su

intención real de agrandar las murallas de la ciudad, concedió una donación de doscientas libras de oro (92 kg) para restablecer los baños públicos y aceptó las estatuas entregadas por el agradecimiento de Antioquía. En la Tierra Santa, sus fundaciones piadosas superaron la generosidad de la gran Helena y, si bien el erario hubiera podido empobrecerse con sus dádivas excesivas, logró la satisfacción de regresar a Constantinopla con las cadenas de san Pedro, el brazo derecho de san Esteban y el retrato indudable de la Virgen pintado por san Lucas.[1497] Pero aquel peregrinaje fue el fin de las glorias de Eudocia. Hastiada de la vana pompa y haciendo caso omiso, quizá, a sus obligaciones con Pulqueria, aspiró con ambición al gobierno del Imperio de Oriente. El palacio ardía en discordias femeninas; mas la victoria quedó determinada, por último, por el predominio irresistible de la hermana de Teodosio. La ejecución de Paulino, maestre de los oficios, y el desvío de Ciro, prefecto del pretorio de Oriente, convencieron al público de que la privanza de Eudocia no alcanzaba para proteger a sus amigos más leales; y la extraña belleza de Paulino alentó el rumor secreto de que su delito era el de un amante venturoso.[1498] Enterada la emperatriz de que el cariño de Teodosio era irrecuperable, solicitó el permiso de retirarse en remota soledad a Jerusalén. Obtuvo su pedido, pero los celos de Teodosio y el espíritu vengativo de Pulqueria siguieron acosándola en su postrer retiro, y se encargó a Saturnino, conde de los domésticos, que castigase con la muerte a dos eclesiásticos, sus sirvientes más íntimos. Eudocia se vengó de inmediato mediante el asesinato del conde; la furia que manifestó en aquel trance sospechoso parecía justificar los rigores de Teodosio; y la emperatriz, apeada con la afrenta pública de los honores de su jerarquía,[1499] cayó en desgracia, quizá, injustamente en todo el

mundo. La vida posterior de Eudocia, unos dieciséis años, se consumió en el exilio y la devoción; los asomos de la vejez, la muerte de Teodosio, las desventuras de su hija única, llevada en cautiverio de Roma a Cartago, y el trato con los santos monjes de Palestina aumentaron de a poco su temple religioso. Después de sufrir todas las vicisitudes de la vida, la hija del filósofo Leoncio murió en Jerusalén a los sesenta y siete años, asegurando, en su postrer aliento, que jamás había traspasado los fueros de la inocencia y de la amistad[1500] (421-460 d. C.).

El espíritu de Teodosio nunca se enardeció con el afán de conquistas o de renombre militar, y el leve sobresalto de una guerra con Persia apenas alteró el sosiego de Oriente (422 d. C.). Las causas de esta guerra eran fundadas y honrosas. En el último año del reinado de Isdegerdes, el supuesto protector de Teodosio, un obispo que aspiraba a la gloria del martirio, destruyó uno de los templos del sol en Susa.[1501] Su fervor y su obstinación fueron vengados en sus hermanos: los magos alentaron una persecución violenta, y la intolerancia de Isdegerdes fue imitada por su hijo, Varanes o Bahram, que después subió al trono. Algunos cristianos fugitivos que huyeron a la frontera romana fueron requeridos con severidad pero se les negó con gallardía; y esta negación, acompañada de contiendas comerciales, pronto encendió una guerra entre las monarquías rivales. Huestes hostiles ocuparon las montañas de Armenia y las llanuras de la Mesopotamia, pero las dos campañas sucesivas no tuvieron ningún acontecimiento contundente o memorable. Mediaron algunas refriegas y pueblos sitiados con resultado vario o dudoso; y si los romanos fracasaron en el intento de recobrar la perdida Nisibis, los persas quedaron fuera de los muros de una ciudad de la Mesopotamia por la valentía de un obispo guerrero que asestaba sus máquinas atronadoras en

nombre del apóstol santo Tomás. Aun así, las victorias esplendorosas que la diligencia increíble del mensajero Paladio anunciaba repetidamente en el palacio de Constantinopla se celebraban fiestas y panegíricos. De éstos habrán ido entresacando los historiadores[1502] de aquel siglo sus relatos extraordinarios y, acaso, fabulosos sobre el desafío orgulloso de un héroe persa, enmarañado en la red y degollado por la espada del godo Areobindo; sobre los diez mil *inmortales* que murieron en el ataque al campamento romano y sobre los cien mil árabes o sarracenos que, presas del terror, se zambulleron en el Éufrates. Es posible dudar de la credibilidad de tales acontecimientos o dejarlos de lado, pero no debe relegarse al olvido la caridad de un obispo, Acacio de Amida, cuyo nombre realzó el calendario sagrado. Manifestando con franqueza que los vasos de oro y plata eran inservibles para un Dios que ni come ni bebe, el generoso prelado vendió las riquezas de la iglesia de Amida, empleó el dinero en el rescate de siete mil cautivos persas, satisfizo sus urgencias con afectuoso esmero y los envió a su patria para que informaran al rey del verdadero espíritu de la religión que él perseguía. La práctica de la benevolencia en medio de la guerra no puede menos que disipar el encono de las naciones enfrentadas, y deseo persuadirme de que Acacio contribuyó al restablecimiento de la paz. En la conferencia celebrada en el confín de ambos imperios, los embajadores romanos degradaron el señorío personal de su soberano, con el intento vano de magnificar su poderío, cuando recomendaron a los persas que evitasen, mediante un acuerdo oportuno, la cólera de un monarca que ni siquiera tenía noticias de guerra tan lejana. Se ratificó solemnemente una tregua de cien años, y aunque las revoluciones de Armenia podrían haber amenazado la tranquilidad pública, los sucesores de Constantino

y Artajerjes respetaron este tratado por cerca de ochenta años.

Desde que los estandartes romanos y partos se contrapusieron por vez primera por las márgenes del Éufrates, el reino de Armenia[1503] estuvo acosado alternativamente por sus amparadores formidables; y ya se ha referido la historia —los distintos acontecimientos— que inclinó la balanza de la paz y de la guerra. Un tratado vergonzoso había cedido Armenia a la ambición de Sapor y preponderó, al parecer, la pujanza de la Persia. Pero la alcurnia real de Arsaces se sometió con impaciencia a la casa de Sasán, los nobles indómitos afianzaban o traicionaban su independencia hereditaria, y la nación estaba todavía atada a los príncipes cristianos de Constantinopla. A principios del siglo V, Armenia se dividió por la guerra y los bandos,[1504] y esta separación violenta precipitó la caída de esa antigua monarquía. Cosroes, el vasallo persa, reinaba sobre la parte oriental y más extensa del país, mientras la provincia occidental reconocía el dominio de Arsaces y la soberanía del emperador Arcadio. Muerto Arsaces los romanos abolieron el gobierno real e impusieron a sus aliados el carácter de súbditos. Se envió una orden militar al conde de la frontera armenia; se edificó y fortificó la ciudad de Teodosiópolis[1505] en posición aventajada, en un solar elevado y fértil cerca del nacimiento del Éufrates, y los territorios fueron administrados por cinco sátrapas, cuyo dignidad se realzaba con un ropaje particular de oro y púrpura. Los nobles menos favorecidos, que lamentaban la pérdida de su rey y envidiaban los honores de sus pares, debieron negociar su paz y su indulto en la corte de Persia y, al regresar con sus seguidores al alcázar de Artajata, reconocieron a Cosroes como su soberano legítimo. Unos treinta años después, Artasires, sobrino y sucesor de Cosroes, cayó por el desagrado de los nobles altivos y caprichosos de Armenia, que deseaban,

unánimes, un gobernador persa en vez de un rey indigno. La respuesta del arzobispo Isaac, cuya aprobación solicitaron son sinceridad, manifiesta la índole de un pueblo supersticioso: deploró los vicios patentes e imperdonables de Artasires y declaró que no titubearía en acusarlo ante el tribunal de un emperador cristiano que tratase de castigar al pecador sin exterminarlo. Isaac continuó:

> Nuestro rey está entregado al desenfreno de los placeres, mas ha sido purificado con el agua sagrada del bautismo. Es amante de las mujeres, pero no adora el fuego ni los elementos. Merecerá el reproche de la lascivia, pero es un católico incondicional, y su fe es pura, aunque sus costumbres, depravadas. Jamás consentiré en abandonar a mi grey a la ira de los lobos que la devoran, y pronto os arrepentiréis del precipitado trueque de las debilidades de un creyente por las virtudes ostentosas de un pagano.[1506]

Los nobles, enfurecidos por la entereza de Isaac, acusaron al rey y al arzobispo de ser secretos partidarios del emperador y se regocijaron con desatino con la sentencia de condena que, tras una audiencia parcial, pronunció solemnemente el mismo Bahram. Degradaron la jerarquía real[1507] de los descendientes de Arsaces, tras una posesión de quinientos sesenta años;[1508] y los dominios del desventurado Artasires, denominados ya expresamente Persarmenia, quedaron reducidos a una provincia. Esta usurpación suscitó la envidia del gobierno romano, pero la nueva contienda pronto se zanjó por medio de una partición amistosa, pero desigual, del reino antiguo de Armenia; y una adquisición territorial que habría despreciado Augusto dio algún realce al decadente imperio Teodosio el Menor (431-440 d. C.).

XXXIII

MUERTE DE HONORIO - VALENTINIANO III, EMPERADOR DE OCCIDENTE - GOBIERNO DE SU MADRE, PLACIDIA - AECIO Y BONIFACIO - CONQUISTA DE ÁFRICA POR LOS VÁNDALOS

Durante su largo y vergonzoso reinado de veintiocho años, Honorio, emperador de Occidente, fue privado de la amistad de su hermano y más tarde de la de su sobrino, que reinaba en el Oriente; y Constantinopla miró con aparente indiferencia y secreta alegría las calamidades de Roma. Las extrañas aventuras de Placidia[1509] renovaron y cimentaron gradualmente la alianza entre los dos imperios. La hija del gran Teodosio había sido la cautiva y la reina de los godos: perdió un marido afectuoso, su injurioso asesino la arrastró encadenada, conoció el placer de la venganza y fue canjeada, en el tratado de paz, por seiscientas mil medidas de centeno. Una vez que retornó de España a Italia, Placidia sufrió una nueva persecución en el seno de su familia. Era reacia a un matrimonio que había sido estipulado sin su consentimiento; y el valeroso Constancio recibió del mismo Honorio, como una noble recompensa por los tiranos vencidos, la mano renuente de la viuda de Ataúlfo. Pero con la ceremonia del casamiento terminó su resistencia, y Placidia no se rehusó a ser madre de Honorio y de Valentiniano III, ni a asumir y ejercer un dominio absoluto sobre el ánimo de su agradecido esposo. El generoso soldado, que hasta entonces había dividido su tiempo entre los recreos sociales y el servicio militar, aprendió

nuevas lecciones de avaricia y de ambición: consiguió a la fuerza el título de Augusto, y el sirviente de Honorio se asoció con el emperador de Occidente. La muerte de Constancio a los siete meses de su reinado, en vez de disminuir, pareció incrementar el poder de Placidia; y la familiaridad[1510] indecente de su hermano, que podía no ser más que los indicios de un cariño infantil, era universalmente atribuida a un amor incestuoso. De improviso, por algunas intrigas viles de un mayordomo y una nodriza, este cariño excesivo se convirtió en una pelea irreconciliable: las reyertas entre el emperador y su hermana ya no quedaron entre los muros del palacio, y como los soldados godos adherían a su reina, la ciudad de Ravena fue alterada con tumultos sangrientos y peligrosos que sólo podían aplacarse con la retirada forzosa o voluntaria de Placidia y sus hijos. El exilio real paró en Constantinopla, poco después del casamiento de Teodosio y durante las festividades de las victorias contra Persia. Fueron tratados con amabilidad y magnificencia; pero como la corte oriental había desechado las estatuas del emperador Constancio, no se le podía otorgar con decoro a su viuda el título de Augusta. A los pocos meses de la llegada de Placidia, un rápido mensajero anunció la muerte de Honorio como consecuencia de una hidropesía; pero este importante secreto no se divulgó hasta que se expidieron las órdenes necesarias para que un crecido cuerpo de tropas marchase a las costas de Dalmacia. Las tiendas y las puertas de Constantinopla permanecieron cerradas durante siete días; y la pérdida de un príncipe extranjero, que no podía ser estimado ni echado de menos, se lamentó con demostraciones ruidosas y afectadas de duelo público.

Mientras los ministros de Constantinopla deliberaban, el trono vacante de Honorio fue usurpado por la ambición de un

extraño. El nombre del rebelde era Juan: desempeñaba el cargo íntimo de *primicerio*, o secretario principal, y la historia ha atribuido a su carácter más virtudes de las que fácilmente pueden ser compatibles con la violación de los deberes más sagrados. Eufórico por la sumisión de Italia, y esperanzado en una alianza con los hunos, Juan se atrevió a insultar con una embajada (423-425 d. C.) la majestad del emperador de Oriente; pero cuando se enteró de que sus agentes habían sido desterrados, apresados y al fin despedidos con merecida afrenta, Juan se preparó para afirmar con las armas la injusticia de su demanda. En tal situación, el nieto del gran Teodosio debió haber marchado en persona, pero los médicos disuadieron fácilmente al joven emperador de tan temerario y azaroso intento, y la dirección de la expedición italiana fue atinadamente encargada a Ardaburio y a su hijo Aspar, que ya habían demostrado su valor contra los persas. Se resolvió que Ardaburio se embarcase con la infantería, mientras Aspar, a la cabeza de la caballería, conduciría a Placidia y a su hijo Valentiniano por la costa del Adriático. La marcha de la caballería se llevó a cabo con una diligencia tal que sorprendió sin resistencia la imponente ciudad de Aquileia, pero las esperanzas de Aspar fueron frustradas impensadamente con la noticia de que una tormenta había dispersado la escuadra imperial, y que su padre, con sólo dos galeras, había caído en manos del enemigo y había sido llevado al puerto de Ravena. Pero este incidente, aunque pueda parecer desafortunado, facilitó la conquista de Italia. Ardaburio se valió, o abusó, de la libertad caballerosa que se le permitía disfrutar para reavivar en la tropa un sentimiento de lealtad y gratitud; y apenas la conspiración estuvo madura, alentó y provocó con mensajes secretos la llegada de Aspar. Un pastor, a quien la creencia

popular trasformó en ángel, guió a la caballería oriental por un camino desconocido y, según se pensaba, intransitable entre los pantanos del Po: después de una corta lucha, las puertas de Ravena fueron derribadas, y el tirano indefenso fue entregado a la clemencia, o más bien a la crueldad, de los vencedores. Primero se le cortó su mano derecha, y después de haber sido expuesto, montado en un asno, al escarnio público, Juan fue decapitado en el Circo de Aquileia. Cuando el emperador Teodosio recibió la noticia de la victoria, interrumpió sus carreras de caballos, y cantando por las calles un salmo apropiado, condujo a su pueblo desde el hipódromo a la iglesia, donde dedicó el resto del día a oraciones agradecidas.[1511]

En una monarquía que, según sus diversos precedentes, podía considerarse electiva o hereditaria o patrimonial, era imposible que el intrincado reclamo de la sucesión femenina y colateral fuera claramente definido;[1512] y Teodosio, por derecho de consanguinidad o de conquista, podría haber reinado como único emperador legítimo de los romanos. Por un momento, tal vez, sus ojos se deslumbraron con la perspectiva de un dominio ilimitado; pero su temperamento indolente poco a poco se conformó con los dictámenes de una política segura. Se contentó con la posesión de Oriente y renunció sabiamente a la laboriosa tarea de sostener una guerra lejana y dudosa contra los bárbaros más allá de los Alpes o de afianzar la obediencia de italianos y africanos, cuyos ánimos estaban desavenidos por la diferencia irreconciliable de idioma y de intereses. En vez de escuchar la voz de la ambición, Teodosio decidió imitar la moderación de su abuelo y sentar a su primo Valentiniano en el trono de Occidente. El infante real fue distinguido en Constantinopla con el título de Nobilísimo; fue promovido, antes de partir de Tesalónica, al rango y la dignidad de César, y

tras la conquista de Italia, el patricio Helión, por la autoridad de Teodosio y en presencia del senado, saludó a Valentiniano III con el nombre de Augusto, y lo invistió solemnemente con la diadema y la púrpura imperial.[1513] Por acuerdo de las tres mujeres que gobernaban el orbe romano, el hijo de Placidia fue prometido a Eudoxia, hija de Teodosio y de Atenais; y tan pronto como el amante y su novia llegaron a la pubertad, se cumplió fielmente esta honorable alianza. Al mismo tiempo, quizás como una compensación por los gastos de la guerra, Iliria occidental fue separada de los dominios de Italia y entregada al trono de Constantinopla.[1514] El emperador de Oriente adquirió el provechoso dominio de la provincia rica y marítima de Dalmacia, y la peligrosa soberanía de Panonia y Nórico, que habían sido ocupadas y asoladas durante más de veinte años por una promiscua caterva de hunos, ostrogodos, vándalos y bávaros. Teodosio y Valentiniano continuaron respetando las obligaciones de su alianza pública y doméstica, pero la unidad del gobierno romano quedó finalmente disuelta. Por una declaración definitiva, la validez de todas las leyes futuras se limitó a los dominios de su autor particular, a no ser que juzgase apropiado comunicarlas, firmadas por su propia mano, a la aprobación de su colega independiente.[1515]

Valentiniano no tenía más de seis años cuando recibió el título de Augusto, y su larga minoría quedó al cuidado de una madre que podía alegar su derecho femenino a la sucesión del Imperio occidental (425-450 d. C.). Placidia envidiaba, pero no podía alcanzar, la reputación y las virtudes de la esposa y de la hermana de Teodosio: el genio elegante de Eudoxia, la prudente y exitosa política de Pulqueria. La madre de Valentiniano estaba celosa de un poder que era incapaz de ejercer.[1516] Reinó veinticinco años en nombre de su hijo, y el carácter de aquel

indigno emperador gradualmente dio lugar a la sospecha de que Placidia había enervado su juventud con una educación licenciosa, y que deliberadamente había distraído su atención de cualquier actividad varonil y honorable. En medio de esa decadencia del espíritu militar, sus ejércitos estaban capitaneados por dos generales, Aecio[1517] y Bonifacio,[1518] que deben considerarse merecidamente como los últimos romanos. Su unión hubiera podido soportar el hundimiento de un imperio; su discordia fue la causa fatal e inmediata de la pérdida de África. La invasión y derrota de Atila ha inmortalizado el nombre de Aecio; y aunque el tiempo ha arrojado una sombra sobre las hazañas de su rival, la defensa de Marsella y la liberación de África atestiguan los talentos militares del conde Bonifacio. En el campo de batalla, en encuentros parciales y en combates personales, siempre fue el terror de los bárbaros. Su religiosidad cristiana, que una vez lo había tentado a retirarse del mundo, edificó al clero y en especial a su amigo Agustín; el pueblo aplaudía su intachable integridad; el ejército temía su justicia igual e inexorable, que puede mostrarse en un ejemplo puntual. A un campesino que se quejó de la intimidad criminal entre su esposa y un soldado godo se le ordenó asistir a su tribunal al día siguiente; por la tarde, el conde, que se había informado puntualmente del momento y el lugar de la cita a escondidas, montó a caballo y se internó diez millas (16 km) en el campo, sorprendió a la pareja culpable, castigó al soldado con una muerte inmediata, y silenció al marido presentándole a la mañana siguiente la cabeza del adúltero. Las habilidades de Aecio y Bonifacio podrían haberse empleado provechosamente contra los enemigos públicos con mandos separados y trascendentales; pero la experiencia de su conducta anterior debió decidir el favor real y la confianza de la emperatriz

Placidia. En el triste período de su exilio y penurias, sólo Bonifacio había mantenido firme la lealtad a su causa, y las tropas y los tesoros de África habían sido una contribución fundamental para extinguir la rebelión. Esa misma rebelión había sido apoyada con afán por Aecio, quien llevó un ejército de 60 000 hunos desde el Danubio al confín de Italia para servicio del usurpador. La prematura muerte de Juan lo obligó a aceptar un convenio ventajoso; pero siguió, aunque súbdito y soldado de Valentiniano, manteniendo una correspondencia secreta y tal vez traidora con sus aliados bárbaros, cuya retirada se había comprado con dádivas cuantiosas y promesas todavía más abultadas. Pero Aecio tenía una ventaja particular para el reinado de una mujer: se hallaba presente. Sitió con artera y continua adulación el palacio de Ravena, ocultó sus oscuros planes con la máscara de la lealtad y la amistad, y finalmente engañó a su soberana y a su rival ausente con una sutil conspiración que una mujer débil y un hombre valeroso no podían sospechar fácilmente. En secreto persuadió a Placidia[1519] de retirar a Bonifacio del gobierno de África; en secreto aconsejó a Bonifacio que desobedeciese el llamado imperial (427 d. C.); hacia uno presentó la orden como una sentencia de muerte; hacia la otra expuso la negativa como una señal de rebeldía; y cuando el ingenuo y confiado conde hubo armado la provincia en su defensa, Aecio hizo alarde de su sagacidad por prever la rebelión que su propia alevosía había provocado. Una investigación mesurada sobre los motivos reales de Bonifacio habrían restituido un súbdito leal a sus obligaciones y a la república, pero los ardides de Aecio aún continuaban traicionando y enardeciendo, y la persecución impulsó al conde a seguir los intentos más desesperados. El éxito con que eludió o repelió los primeros ataques no podía inspirarle la vana

confianza en que, a la cabeza de algunos africanos desordenados, fuera posible resistir a las tropas regulares de Occidente, al mando de un rival cuyo carácter militar le era imposible menospreciar. Tras algunas cavilaciones, la última lucha de la prudencia y la lealtad, Bonifacio envió a un amigo confiable hacia la corte, o más bien al campamento, de Gonderico, rey de los vándalos, con la propuesta de una alianza estricta, y la oferta de un establecimiento ventajoso y perpetuo.

Una vez retirados los godos, la autoridad de Honorio había logrado un restablecimiento precario en España, excepto únicamente en la provincia de Galicia, donde los suevos y los vándalos habían fortificado sus campamentos, con discordia mutua e independencias hostiles. Los vándalos prevalecieron, y sus adversarios fueron sitiados en los cerros Nervasios entre León y Oviedo, hasta que la llegada del conde Asterio provocó que los bárbaros victoriosos trasladaran el teatro de la guerra a las llanuras de Bética. El rápido progreso de los vándalos pronto requirió una oposición más eficaz; y el maestro general Castino marchó contra ellos con un crecido ejército de romanos y godos. Vencido en batalla por un enemigo inferior, Castino huyó con deshonor a Tarragona; y esta derrota memorable que ha sido presentada como el castigo de su presunción temeraria, fue más probablemente su efecto.[1520] Sevilla y Cartagena fueron el premio, o más bien la presa, de los feroces conquistadores; y los bajeles que hallaron en el puerto de Cartagena podían trasladarlos fácilmente a las islas de Mallorca y Menorca, donde los fugitivos españoles, como a seguro resguardo, habían ocultado en vano sus familias y sus riquezas. Su experiencia en la navegación, y tal vez la perspectiva de África, animaron a los vándalos a aceptar la oferta del conde Bonifacio; y la muerte de Gonderico sólo sirvió para promover y alentar la arrojada

empresa. En lugar de un príncipe que no sobresalía por ningún poder superior de la mente o del cuerpo, tuvieron a su hermano bastardo, el terrible Genserico,[1521] un nombre que, en la destrucción del Imperio Romano, ha logrado igual jerarquía que los de Alarico y Atila. El rey de los vándalos se describe como de mediana estatura y cojo como consecuencia de una caída accidental de su caballo. Su lento y cauteloso discurso rara vez manifestaba los propósitos profundos de su ánimo: despreciaba el lujo de los vencidos, pero complacía las pasiones más severas de la ira y la venganza. La ambición de Genserico no tenía límites ni escrúpulos, y el guerrero podía emplear diestramente los mecanismos oscuros de la política para atraer aliados que pudieran ser útiles a su éxito, o esparcir entre sus enemigos las semillas del odio y la discordia. Cuando estaba por partir le informaron que Hermanrico, rey de los suevos, se había atrevido a asolar los territorios españoles que trataba de abandonar. Airado con el insulto, Genserico persiguió la veloz retirada de los suevos hasta Mérida, echó al rey con su ejército al río Guadiana, y regresó apaciblemente a la costa para embarcar su tropa victoriosa. Los bajeles que transportaron a los vándalos por el moderno estrecho de Gibraltar, un canal de sólo doce millas (19,31 km), fueron provistos por los españoles, que deseaban ansiosamente su partida, y por el general africano que había implorado su formidable ayuda (mayo, 429 d. C.).[1522]

Nuestra imaginación, tan largamente acostumbrada a exagerar y multiplicar la muchedumbre guerrera de los bárbaros que parecían brotar del Norte, tal vez se sorprenderá con el relato del ejército que Genserico reunió en la costa de Mauritania. Los vándalos, que en veinte años se habían internado desde el Elba hasta el Monte Atlas, estaban unidos bajo el mando de su rey guerrero; y éste reinaba con igual

autoridad sobre los alanos, que habían pasado, en el plazo de la vida humana, desde la helada Escitia al calor excesivo del clima africano. La esperanza en la audaz empresa había entusiasmado a muchos bravos aventureros de la nación goda, y muchos provincianos desesperados cayeron en la tentación de ir a recobrar sus fortunas por los mismos medios que habían ocasionado su ruina. Pero esta variada multitud ascendía sólo a cincuenta mil hombres efectivos, y aunque Genserico abultó con astucia su fuerza aparente con el nombramiento de ochenta *quiliarcos*, o jefes de miles, el número engañoso de ancianos, niños y esclavos debió acrecentar su ejército apenas hasta ochenta mil individuos (429 d. C.).[1523] Pero su propia destreza y el descontento de África reforzaron pronto el poder de los vándalos con numerosos y activos aliados. Las partes de Mauritania que limitan con el gran desierto y el océano Atlántico estaban pobladas por una raza de hombres bravía e intratable, cuyo salvaje temperamento había sido exasperado por su terror a las armas romanas. Los moros errantes,[1524] como se atrevieran gradualmente a aproximarse a las playas y al campamento vándalo, deben haber visto con terror y asombro el traje, el armamento, el orgullo marcial y la disciplina de los extranjeros que habían arribado a sus costas; y la tez blanca y ojos azules de los guerreros germanos contrastaban singularmente con el tinte moreno u oliva que causa la inmediación de la zona tórrida. Después de que las primeras dificultades derivadas de la mutua ignorancia de sus lenguas respectivas fueron en alguna medida superadas, los moros, desestimando cualquier consecuencia futura, se aliaron con los enemigos de Roma, y una multitud de salvajes desnudos salió de los bosques y los valles del Monte Atlas para saciar su venganza contra los refinados tiranos que injuriosamente les habían

quitado la soberanía nativa de su territorio.

La persecución de los donatistas[1525] fue un acontecimiento no menos favorable a los planes de Genserico. Diecisiete años antes de su arribo a África, se celebró en Cartago una conferencia pública por orden del magistrado. Los católicos se convencieron de que, tras las sólidas razones que ellos habían expuesto, la obstinación de los cismáticos era ya inexcusable y arbitraria, y convencieron al emperador Honorio de que impusiese las penas más rigurosas a la facción que había abusado tanto tiempo de su paciencia y misericordia. Trescientos obispos,[1526] con varios miles del clero inferior, fueron arrebatados de sus iglesias, despojados de sus posesiones eclesiásticas, desterrados a las islas y proscritos por las leyes, si intentaban ocultarse en las provincias de África. Numerosas congregaciones, en ciudades y en el campo, fueron privadas de los derechos de ciudadanía y del ejercicio de su culto religioso. Se impuso una escala regular de multas, desde diez hasta doscientas libras de plata según distinciones de jerarquía y fortuna, por el delito de asistir a las reuniones cismáticas; y si la multa se imponía cinco veces sin doblegar la obstinación del ofensor, su futuro castigo era remitido a la discreción de la corte imperial.[1527] Esta severidad, que mereció la aprobación más calurosa de san Agustín,[1528] provocó que un gran número de donatistas se reconciliaran con la Iglesia católica; pero los fanáticos que perseveraron en su posición fueron impulsados a la locura y la desesperación; el país se trastornó con tumultos y derramamientos de sangre; las tropas armadas de los circumceliones apuntaban alternativamente su saña contra ellos mismos o contra sus adversarios, y el calendario de los mártires aumentó considerablemente por ambas partes.[1529] En tales circunstancias, Genserico, cristiano pero enemigo de la

comunión ortodoxa, se mostró a los donatistas como un libertador poderoso, de quien podían esperar razonablemente la revocación de los edictos odiosos y opresivos del emperador romano.[1530] La actividad real o el secreto favoritismo de aquella facción doméstica facilitó la conquista de África; las atrocidades desenfrenadas contra las iglesias y el clero, de las que se acusa a los vándalos, pueden imputarse con justicia al fanatismo de sus aliados; y la intolerancia que deshonró el triunfo del cristianismo contribuyó a la pérdida de la provincia más importante de Occidente.[1531]

La corte y el pueblo se asombraron con la extraña noticia de que un héroe virtuoso, después de tantos favores y tantos servicios, había renunciado a su lealtad e invitado a los bárbaros a destruir la provincia confiada a su mando. Los amigos de Bonifacio, que aún creían que su conducta criminal podía excusarse con algún motivo honorable, solicitaron, en ausencia de Aecio, una conferencia libre con el conde de África; y Darío, un oficial muy distinguido, fue nombrado para la importante embajada.[1532] En su primera entrevista en Cartago, se explicaron mutuamente las imaginadas provocaciones; se presentaron y compararon las cartas opuestas de Aecio, y el fraude se detectó fácilmente. Placidia y Bonifacio lamentaron su fatal error, y el conde tuvo la suficiente magnanimidad como para confiar en el perdón de su soberana o exponer su cabeza a su futuro resentimiento. Su arrepentimiento fue ferviente y sincero, pero pronto entendió que ya no estaba en su poder restaurar el edificio que había estremecido hasta sus cimientos. Cartago y las guarniciones romanas volvieron con su general a ser leales a Valentiniano; pero el resto de África siguió trastornada con la guerra y los bandos; y el inexorable rey vándalo, despreciando todo término de acuerdo, se negó

duramente a renunciar a la posesión de su presa. La fuerza veterana que marchaba bajo las banderas de Bonifacio y las apresuradas levas de tropas provinciales fueron derrotadas con considerables pérdidas; los bárbaros victoriosos atropellaban el país indefenso; y Cartago, Cirta e Hipo-Regio fueron las únicas ciudades que parecieron elevarse sobre la inundación general.

La angosta y larga costa de África estaba plagada de monumentos del arte y la magnificencia de los romanos; y el grado respectivo de perfeccionamiento puede ser medido con precisión por la distancia desde Cartago y desde el Mediterráneo. Una simple reflexión impresionará a cualquier entendimiento con la clara idea de la fertilidad y del cultivo: el país estaba densamente poblado, los habitantes reservaban una generosa subsistencia para su propio uso, y la exportación anual, especialmente de trigo, era tan permanente y cuantiosa, que África mereció el nombre de granero de Roma y de la humanidad. Súbitamente, siete provincias fértiles, desde Tánger hasta Trípoli, fueron arrolladas por la invasión de los vándalos, cuya saña destructiva tal vez ha sido exagerada por la animosidad popular, el afán religioso y las declamaciones extravagantes. Aun en su forma más leve, la guerra implica una violación incesante de la humanidad y la justicia; y la hostilidad de los bárbaros se enardece con el espíritu feroz y anárquico que perturba continuamente su sociedad tranquila y doméstica. Donde los vándalos encontraban resistencia, rara vez daban cuartel, y la muerte de sus valientes compatriotas se expiaba con la ruina de las ciudades bajo cuyos muros habían caído. Sin preocuparse por distinciones de edad, sexo o jerarquía, empleaban cualquier tipo de humillación y tortura para forzar a los cautivos a descubrir sus riquezas ocultas. La política severa de Genserico justificaba los ejemplos frecuentes de ejecuciones

militares: no siempre controlaba sus propias pasiones o las de sus seguidores, y el desenfreno de los moros y el fanatismo de los donatistas agravaban las calamidades de la guerra. Pero no puedo persuadirme fácilmente de que fuese una práctica común entre los vándalos arrancar los olivos y otros árboles frutales en un país donde planeaban instalarse, ni puedo creer que fuese una estrategia corriente la matanza de un gran número de prisioneros ante las murallas de ciudades sitiadas, con el único propósito de infectar el aire y producir una pestilencia de la cual ellos mismos tenían que ser las primeras víctimas.[1533]

El generoso pecho del conde Bonifacio se torturaba con la intensa angustia de contemplar las ruinas que él mismo había provocado y cuyo rápido progreso era incapaz de frenar (mayo de 430 d. C.). Tras perder una batalla, se retiró a Hipo-Regio, donde lo sitió inmediatamente un enemigo que lo consideraba el verdadero baluarte de África. La colonia marítima de Hipona,[1534] como a doscientas millas (321,86 km) al oeste de Cartago, había adquirido anteriormente el distinguido epíteto de *Regia*, por la residencia de los reyes númidas, y algunos restos de su comercio y popularidad aún se mantienen en la moderna ciudad, conocida en Europa con el nombre corrompido de Bona. La edificante conversación con su amigo san Agustín[1535] alivió los trabajos militares y las ansiosas reflexiones del conde Bonifacio, hasta que ese obispo, luz y pilar de la Iglesia católica, quedó amablemente liberado, en el tercer mes del sitio y a los setenta y seis años de edad, de las calamidades reales o inminentes de su patria (28 agosto de 430 d. C.). Los vicios y errores que confiesa tan ingenuamente habían manchado la juventud de Agustín, pero desde el momento de su conversión hasta el de su muerte, las costumbres del obispo de Hipona fueron puras y austeras, y la más sobresaliente de sus virtudes

fue un fervor ardiente contra los herejes de cualquier denominación —maniqueos, donatistas y pelagianos—, contra quienes libró una refriega constante. Cuando, algunos meses después de su muerte, la ciudad fue incendiada por los vándalos, la biblioteca que contenía sus voluminosos escritos —232 tratados o libros separados sobre temas teológicos, además de una completa exposición de los Salmos y el Evangelio y un gran depósito de epístolas y homilías— fue afortunadamente salvada.[1536] Según el juicio de los críticos más imparciales, el saber superficial de Agustín se limitaba a la lengua latina;[1537] y su estilo, aunque a veces animado por la elocuencia de la pasión, generalmente se empaña con una retórica falsa y afectada. Pero poseía un entendimiento fuerte, capaz y lógico; sondeó con valentía el oscuro abismo de la gracia, la predestinación, el albedrío y el pecado original; y el rígido sistema de cristianismo que elaboró o restableció[1538] ha sido considerado con aplauso público y secreta renuencia por la Iglesia latina.[1539]

La habilidad de Bonifacio, o tal vez la ignorancia de los vándalos, prolongó el sitio de Hipona por más de 14 meses: el mar estaba siempre abierto, y cuando la excesiva rapiña agotó los países vecinos, los mismos sitiadores se vieron obligados por el hambre a renunciar a su empresa (431 d. C.). La regenta de Occidente sintió profundamente la importancia y el peligro de África. Placidia imploró el auxilio de su aliado oriental, y Aspar, que navegó desde Constantinopla con un poderoso armamento, reforzó la escuadra y el ejército italianos. Tan pronto como las fuerzas de los dos imperios estuvieron unidas bajo el mando de Bonifacio, éste marchó audazmente contra los vándalos; y la derrota en una segunda batalla decidió irreparablemente la suerte de África. Se precipitó a embarcarse con desesperación, y el pueblo de Hipona, con sus familias y haberes, quedó en el

lugar vacante de los soldados, la mayor parte de ellos asesinados o prisioneros de los vándalos. El conde, cuya fatal credulidad había herido las entrañas de la república, tuvo que entrar al palacio de Ravena con alguna preocupación, pronto disipada por las sonrisas de Placidia. Bonifacio aceptó con agradecimiento la jerarquía de patricio y la dignidad de maestre general de los ejércitos romanos; pero debió avergonzarse al ver aquellas medallas en las que estaba representado con el nombre y los atributos de la victoria.[1540] El descubrimiento de su engaño, el desagrado de la emperatriz y el destacado favor hacia su rival, irritaron el alma arrogante y pérfida de Aecio. Volvió apresuradamente desde Galia a Italia con una comitiva, o más bien con un ejército, de seguidores bárbaros; y tal era la debilidad del gobierno que los dos generales decidieron su contienda privada en una batalla sangrienta. Bonifacio triunfó, pero en la refriega recibió una herida mortal de la lanza de su adversario, porque murió a los pocos días (432 d. C.) con sentimientos tan cristianos y caritativos que encargó a su mujer, una rica heredera de España, que aceptase a Aecio como su segundo marido. Pero Aecio no pudo sacar ninguna ventaja inmediata de la generosidad de su enemigo moribundo: la justicia de Placidia lo proclamó como rebelde; y aunque intentó defender algunas poderosas fortalezas de sus estados patrimoniales, el poder imperial pronto lo obligó a retirarse a Panonia, a las tiendas de sus leales hunos. Sus mutuas discordias privaron a la república de los servicios de sus dos campeones más ilustres.[1541]

Era de presumir que, tras la retirada de Bonifacio, los vándalos consiguieran sin resistencia ni demora la conquista de África. Sin embargo, mediaron ocho años desde la evacuación de Hipona hasta la toma de Cartago. En aquel plazo, el

ambicioso Genserico (431-439 d. C.), en la cúspide de su aparente prosperidad, negoció un tratado de paz por el cual daba como rehén a su hijo Hunerico, y dejaba al emperador de Occidente en posesión inalterable de las tres Mauritanias.[1542] Esta moderación no puede atribuirse a la justicia sino a la política del conquistador. Su trono estaba cercado por enemigos domésticos que le imputaban su ruin nacimiento y afirmaban el derecho legítimo de sus sobrinos, los hijos de Gonderico. Efectivamente, sacrificó a aquellos sobrinos por su seguridad, y ordenó echar a su madre, viuda del difunto rey, al río Amsaga. Pero el descontento público estalló en peligrosas y frecuentes conspiraciones; y se sospecha que el tirano guerrero derramó más sangre vándala por mano de los verdugos que en el campo de batalla.[1543] Los disturbios de África que habían favorecido su invasión contrarrestaban el firme establecimiento de su poder, y las varias sublevaciones de los moros y germanos, los donatistas y los católicos, conmovían o amenazaban constantemente el reinado inestable del conquistador. En cuanto avanzó hacia Cartago, tuvo que retirar sus tropas de las provincias occidentales; las playas quedaban expuestas a las iniciativas navales de los romanos desde España o Italia; y en el corazón de Numidia, la ciudad interior y fuerte de Corta aún persistía en su obstinada independencia.[1544] El espíritu, la perseverancia y la crueldad de Genserico fueron atenuando poco a poco estas dificultades, pues aplicó alternativamente las artes de la paz y de la guerra para establecer su reino africano. Firmó un tratado solemne con la esperanza de obtener alguna ventaja mientras continuara y en el momento de violarlo. Las declaraciones de amistad, que ocultaban su avance hostil, debilitaron la vigilancia de sus enemigos; y finalmente los vándalos sorprendieron Cartago, quinientos ochenta y cinco años después de que

Escipión el Menor destruyera la ciudad y la república.[1545]

Una nueva ciudad, con el título de colonia, había surgido de sus ruinas; y aunque Cartago cediera a las prerrogativas reales de Constantinopla, y tal vez al tráfico de Alejandría o al esplendor de Antioquía, aún conservaba su segunda jerarquía en Occidente, como la Roma (usando el lenguaje de los contemporáneos) del mundo africano. Aquella metrópoli[1546] lujosa y opulenta mostraba, aunque subalterna, la imagen de una república floreciente. Cartago poseía las manufacturas, las armas y los tesoros de las seis provincias. Una escala de honores civiles ascendía gradualmente desde los procuradores de las calles y barrios de la ciudad hasta el tribunal del magistrado supremo, quien, con el título de procónsul, representaba la pompa y la dignidad de un cónsul de la antigua Roma. Se instituyeron escuelas y gimnasios para la educación de la juventud africana; y las costumbres y artes liberales, gramática, retórica y filosofía se enseñaban públicamente en griego y en latín. Los edificios de Cartago eran uniformes y magníficos; se plantó una arboleda sombría en medio de la capital; el puerto *nuevo*, seguro y capaz, servía a la industria comercial de ciudadanos y extranjeros, y los estupendos juegos del circo y el teatro se exhibían casi en presencia de los bárbaros. La reputación de los cartagineses no era igual a la de su país, y la infamia de la fe púnica seguía aferrada a su carácter sagaz y desleal.[1547] Los hábitos del tráfico y el abuso del lujo habían corrompido sus costumbres, pero su menosprecio impío por los monjes y la práctica desvergonzada de la lujuria antinatural son las dos abominaciones que excitan la piadosa vehemencia de Salviano, el predicador de aquel siglo.[1548] El rey de los vándalos reformó severamente los vicios de ese pueblo voluptuoso, y Genserico redujo la antigua, noble y sencilla libertad de Cartago

(expresiones de Víctor que no carecen de energía) a un estado de afrentosa servidumbre (octubre 9 de 439 d. C.). Después de permitirle a su licenciosa tropa saciar su saña y codicia, estableció un sistema más regular de rapiña y opresión. Promulgó un edicto que imponía a todos entregar sin engaño ni demora su oro, plata, joyas y muebles o indumentaria valiosos a los oficiales reales; y el intento de ocultar alguna parte de su patrimonio se castigaba inexorablemente con muerte o tortura, como un acto de traición contra el Estado. Las tierras de la provincia proconsular que formaba el distrito inmediato a Cartago se midieron cuidadosamente y se dividieron entre los bárbaros; y el conquistador se reservó como patrimonio propio el territorio fértil de Bizancio y las partes contiguas de Numidia y Getulia.[1549]

Era esperable que Genserico odiase a quienes había injuriado: la nobleza y los senadores de Cartago quedaron expuestos a sus recelos y resentimiento; y quienes rechazaban los humillantes términos que su honor y religión les prohibía aceptar tenían que avenirse al destierro perpetuo que les imponía el déspota arriano. Roma, Italia y las provincias de Oriente estaban llenas de exiliados, fugitivos y simples cautivos, que solicitaban la compasión pública. Las epístolas benévolas de Teodoreto aún preservan los nombres y desgracias de Celestiano y de María.[1550] El obispo sirio deplora las desdichas de Celestiano, quien, de la jerarquía de un noble y opulento senador de Cartago, se vio reducido, con su esposa, familia y sirvientes, a mendigar su pan en un país extraño; pero alaba la resignación del desterrado cristiano y la índole filosófica que, bajo la presión de tales calamidades, le permitió disfrutar más felicidad verdadera de la que era habitual en la riqueza y la prosperidad. La historia de María, hija del espléndido

Eudemón, es singular e interesante. En el saqueo de Cartago, los vándalos la vendieron a unos mercaderes sirios que después la vendieron como esclava en su país nativo. Una criada, que fue transportada en el mismo barco y vendida a la misma familia, seguía respetando al ama cuya suerte se había reducido al mismo nivel de servidumbre; y la hija de Eudemon recibía de su afecto agradecido los mismos servicios domésticos que antes había requerido de su obediencia. Este extraño comportamiento divulgó la verdadera condición de María, quien, en ausencia del obispo de Cirro, fue rescatada de su esclavitud por la caridad de algunos soldados de la guarnición. La generosidad de Teodoreto le proveyó una subsistencia decente, y ella pasó diez meses entre las diaconisas de la iglesia, hasta que inesperadamente le informaron que su padre, que había escapado de las ruinas de Cartago, desempeñaba un cargo honorífico en una de las provincias occidentales. El devoto obispo apoyó su impaciencia filial. Teodoreto, en una carta que aún existe, recomienda a María al obispo de Ega, ciudad marítima de Cilicia que durante la feria anual era frecuentada por las naves de Occidente, y solicita muy seriamente que su colega trate a la doncella con un cariño acorde a su nacimiento, y que la confíe al cuidado de mercaderes tan fieles que consideren ganancia suficiente restituir a una hija, fuera de toda esperanza humana, a los brazos de su afligido padre.

Entre las leyendas insustanciales de la historia eclesiástica, quiero distinguir la memorable fábula de los *siete durmientes*,[1551] cuya fecha imaginaria corresponde al reinado del menor Teodosio y a la conquista de África por los vándalos.[1552] Cuando el emperador Decio perseguía a los cristianos, siete jóvenes nobles de Éfeso se guarecieron en una amplia caverna en las faldas de una montaña vecina, donde el tirano los condenó a

morir ordenando que se cerrara firmemente la entrada con un paredón de piedras enormes. Cayeron al momento en un sueño profundo que se prolongó milagrosamente durante ciento ochenta y siete años sin afectar su vida y potencias. Al cumplirse ese plazo, los esclavos de Adolio, que había heredado la montaña, quitaron las rocas para usarlas como materiales en un edificio rural; la luz del sol entró en la caverna y los siete durmientes despertaron. Tras el sueño, que ellos suponían de unas pocas horas, los presionó el hambre y resolvieron que Jámblico, uno de los siete, volviese secretamente a la ciudad a comprar pan para todos. El joven (si aún cabía llamarlo así) ya no podía reconocer el aspecto una vez familiar de su país nativo, y su sorpresa fue mayor cuando vio una gran cruz alzada triunfalmente sobre la puerta principal de Éfeso. Su singular vestimenta y su lenguaje obsoleto desconcertaron al panadero, a quien le presentó una medalla antigua de Decio, moneda de curso del Imperio; y sospechando que ocultaba algún tesoro, Jámblico fue conducido ante un magistrado. La información mutua produjo el asombroso descubrimiento de que casi habían pasado dos siglos desde que Jámblico y sus amigos se habían salvado de la cólera de un déspota pagano. El obispo de Éfeso, el clero, los magistrados, el pueblo y, se dice, el mismo emperador Teodosio se apresuraron a visitar la caverna de los *siete durmientes*, quienes dieron su bendición, relataron su historia y al momento fallecieron apaciblemente. El origen de esta maravillosa fábula no puede atribuirse al engaño devoto y la credulidad de los griegos *modernos*, puesto que la tradición auténtica puede rastrearse hasta medio siglo del supuesto milagro. Jaime de Sarug, un obispo sirio que nació sólo dos años después de la muerte del menor Teodosio, ha dedicado una de sus doscientas treinta homilías a la alabanza de los jóvenes de

Éfeso.[1553] Antes de que finalizara el siglo VI, la leyenda fue traducida del sirio al latín, bajo el cuidado de Gregorio de Tours. Las comuniones encontradas de Oriente preservan su memoria con igual respeto, y sus nombres se inscriben honorablemente en los calendarios romano, abisinio y ruso.[1554] Y su reputación no se ha limitado al mundo cristiano: este relato popular, que Mahoma pudo aprender cuando dirigía sus camellos a las ferias de Siria, se introduce, como una revelación divina, en el Corán.[1555] La historia de los *siete durmientes* ha sido adoptada y adornada por las naciones desde Bengala hasta África que profesan la religión mahometana;[1556] y algunos vestigios de una tradición similar han sido descubiertos en los extremos remotos de Escandinavia.[1557] Esta creencia llana y universal, tan expresiva del sentido de la humanidad, puede atribuirse al mérito genuino de la fábula misma. Avanzamos imperceptiblemente desde la juventud a la ancianidad sin observar el gradual pero incesante cambio de los asuntos humanos; e incluso en nuestra experiencia más larga de la historia, la imaginación se acostumbra, por la perpetua serie de causas y efectos, a unir las revoluciones más distantes. Pero si el intervalo entre dos eras memorables pudiera aniquilarse instantáneamente, si fuera posible, tras un sueño momentáneo de dos siglos, mostrar el *nuevo* mundo a los ojos de un espectador que aún retuviese una impresión intensa y reciente del antiguo, su sorpresa y sus reflexiones suministrarían un tema agradable para una novela filosófica. La escena no pudo ser más ventajosamente ubicada que en los dos siglos que mediaron entre los reinados de Decio y de Teodosio el Menor. Durante este período, la sede del gobierno había sido trasladada de Roma a una nueva ciudad sobre las márgenes del Bósforo Tracio, y el abuso de la milicia desenfrenada había sido reprimido por

medio de un sistema artificial de servidumbre dócil y ceremoniosa. El trono del perseguidor Decio fue ocupado por una sucesión de príncipes cristianos y ortodoxos, quienes habían desarraigado las deidades fabulosas de la Antigüedad. La devoción pública del siglo ansiaba exaltar a los santos y mártires de la Iglesia católica en los altares de Diana y Hércules. La unión del Imperio Romano estaba disuelta, su genio estaba humillado en el polvo; y ejércitos de bárbaros desconocidos, salidos de las regiones heladas del Norte, habían establecido su victorioso reino sobre las provincias más hermosas de Europa y África.

XXXIV

CARÁCTER, CONQUISTAS Y CORTE DE ATILA, REY DE LOS HUNOS - MUERTE DE TEODOSIO EL MENOR - ASCENSO DE MARCIANO AL IMPERIO DE ORIENTE

El mundo occidental estaba abrumado por los godos y vándalos, quienes huían de los hunos, pero los logros de éstos no se adecuaban a su poder y prosperidad. Sus hordas victoriosas se habían diseminado desde el Volga al Danubio (376-433 d. C.); pero su fuerza pública estaba agotada por las desavenencias de sus caudillos independientes; su valor se consumía inútilmente en vagas excursiones predatorias, y a menudo degradaban su dignidad nacional condescendiendo, por la expectativa de saqueos, a alistarse bajo las banderas de sus enemigos fugitivos. En el reinado de Atila,[1558] los hunos volvieron a ser el terror del mundo. Ahora describiré el carácter y las acciones de ese bárbaro formidable, que alternativamente ofendió e invadió el oriente y el occidente, y provocó la rápida caída del Imperio Romano.

En la oleada de la emigración, cuyo ímpetu predominaba desde el confín de la China hasta el de Germania, las tribus más populosas y descollantes solían asomar por los linderos de las provincias romanas. Durante un tiempo fueron contenidas por barreras artificiales; y la dignación llana de los emperadores iba estimulando, mas no satisfaciendo las demandas de unos bárbaros, que se enardecían más y más tras los regalos de la vida civilizada. Los húngaros, quienes ufanamente colocan el nombre de Atila entre sus reyes nativos, pueden afirmar con certeza que

las gavillas súbditas de su tío Roas o Rugilas habían sentado sus campamentos dentro de los confines de la Hungría moderna, [1559] en un territorio fértil que acudía colmadamente a las necesidades de una nación cazadora y ganadera. En situación tan aventajada, Rugilas y sus hermanos valerosos, que iban siempre medrando en poder y nombradía, eran árbitros de la paz o de la guerra con entrambos Imperios. Corroborábase su alianza con los romanos por su amistad personal con el grande Aecio, que estaba muy seguro de hallar siempre en el campamento bárbaro agasajo y arrimo. Se adelantaron a sus instancias, y en nombre del usurpador Juan, hasta sesenta mil hunos hacia el confín de Italia; su venida y su retirada resultaban igualmente costosísimas para el Estado, y la política agradecida de Aecio se desprendió de la posesión de Panonia para sus fieles confederados. No vivían los romanos del Oriente menos recelosos con las armas de Rugilas, que estaba amagando a las provincias y aun a la capital. Historiadores eclesiásticos hay que exterminaron los bárbaros con rayos y peste;[1560] mas viose Teodosio reducido al arbitrio más desairado de pactar un rédito anual de trescientas cincuenta libras de oro (161 kg), disfrazando este tributo afrentoso con el dictado de general que el rey de los hunos tuvo a bien aceptar. Solía la impaciencia desaforada de los bárbaros alterar la tranquilidad pública con motivo de los amaños alevosos de la corte bizantina. Cuatro naciones dependientes, entre ellas la bávara, se desentendieron de la soberanía de los hunos, protegiendo la alianza romana su rebeldía, hasta que las demandas fundadas y el poderío formidable de Rugilas esforzaron la razón por boca de su embajador Eslao. El Senado ansiaba únicamente la paz y se nombraron dos embajadores: Plintas, general oriundo de Escitia, pero de jerarquía consular, y el cuestor Epigenes,

estadista atinado y práctico, recomendado para aquel encargo por su compañero ambicioso.

Suspendió la muerte de Rugilas los adelantamientos del tratado, y sus dos sobrinos Atila y Bleda, que sucedieron al tío en el trono (433-453 d. C.), se allanaron a una conferencia con los embajadores de Constantinopla. Como se negaron orgullosamente a apearse, se zanjó el negocio a caballo, en una llanura anchurosa junto a la ciudad de Margo, en la Mesia superior. Las resultas fueron aventajadas, en los honores y en la sustancia, para los reyes hunos. Fueron dictando las condiciones del ajuste, siendo cada una un desacato para la majestad del Imperio. Además de un mercado seguro y copioso sobre la orilla del Danubio, exigieron que se aumentase el tributo anual desde trescientas cincuenta hasta setecientas libras de oro (322 kg); que se pagase una multa o rescate de ocho piezas de oro por cada cautivo romano huido de su dueño; que renunciase el emperador a todo tratado o compromiso con los enemigos de los hunos, y que cuantos refugiados había en la corte o en las provincias de Teodosio se entregasen a la justicia de su airado soberano, como se verificó rigurosamente con algunos desventurados jóvenes de la alcurnia real. Fueron éstos crucificados por disposición de Atila en territorio del Imperio, y apenas dejó despavoridos a los romanos con el eco de su nombre, les franqueó alguna tregua arbitraria mientras avasallaba otras naciones rebeldes o independientes en Escitia y Germania.[1561]

Atila, hijo de Mundzuk, entroncaba su alcurnia noble, o tal vez regia,[1562] con los antiguos hunos, que antes habían guerreado contra los monarcas de la China. Sus facciones, según advierte un historiador godo, llevaban estampado su origen; y al retratar a Atila, queda apersonado un calmuco moderno:[1563]

cabeza anchurosa, piel abrasada, ojos pequeños y hundidos, nariz aplastada, alguna hebra de pelo en lugar de barba, espaldas monstruosas, cuerpo bajo y cuadrado, y fortaleza nerviosa en medio de un conjunto desproporcionado. El andar altanero y toda la traza del rey de los hunos estaban pregonando el engreimiento que lo sobreponía a todo el linaje humano; y se había enseñado a revolver sañudamente la vista, como si se complaciese en aterrar a los mirones. No era sin embargo tan empedernido el héroe bravío; sus enemigos cabizbajos podían contar con su indulto, y lo consideraban los súbditos como superior, justificado y bondadoso. Se deleitaba con la guerra; pero ascendido al trono en la edad madura, su cabeza, y no su mano, fue la conquistadora del Norte, y la nombradía de guerrero venturoso se trocó provechosamente en la de atinado y triunfador caudillo. Los resultados del valor personal son de tan poca monta, excepto en poesía y en novelas, que la victoria, aun entre bárbaros, estriba en la maestría con que un solo individuo combina y guía el desempeño de la muchedumbre. Sobrepujaron los conquistadores escitas Atila y Gengis a sus paisanos en arte más bien que en denuedo; y es de ver que las monarquías, tanto de los hunos como de los mongoles, se encumbraron por sus fundadores sobre el cimiento de la superstición popular. La concepción milagrosa que el engaño y la credulidad atribuyeron a la virgen madre de Gengis lo sobrepuso a la raya de la naturaleza humana; y el profeta en carnes, que en nombre de la Divinidad lo revistió del Imperio de la tierra, aguijó el valor de los mongoles con entusiasmo incontrastable.[1564] No medió menos maestría en las patrañas religiosas de Atila adecuadas a la índole de su siglo y de su patria. Era harto natural que el escita adorase con devoción especial al dios de la guerra; mas siendo incapaces de ideas o de

abultar un objeto, reverenciaban a su deidad tutelar bajo el símbolo de una cimitarra de hierro.[1565] Advirtió un boyero de los hunos que una vaca paciendo se lastimó una pezuña, y siguiendo esmeradamente el rastro de la sangre, descubrió entre el denso césped una espada, que desenterró luego y se la presentó a Atila. El príncipe magnánimo, o más bien artero, aceptó con agradecimiento aquel favor celestial; y como poseedor legítimo de la *espada de Marte*, alegó su demanda sobrehumana al señorío de la tierra.[1566] Si se solemnizaron en el trance los ritos de Escitia, un ara grandiosa, o sea una hacina de leña, de trescientas yardas (274 m) de ancho y de largo, descolló en medio de una gran llanura, y se colocó empinada encima del altar montaraz la espada de Marte, consagrada anualmente con la sangre de ovejas, caballos y cien cautivos.[1567] Fuera que los sacrificios humanos alternasen allí con el culto de Atila, o que propiciase al dios de la guerra con las víctimas que de continuo le estaba tributando en el campo de batalla, el predilecto de Marte se granjeó luego un carácter sagrado, que facilitaba y arraigaba sus conquistas; y los príncipes bárbaros estaban devota o lisonjeramente confesando que no les cabía el pararse a mirar la majestad divina del rey de los hunos.[1568] Su hermano Bleda, que reinaba sobre una porción considerable de la nación, tuvo que rendirle cetro y vida, pero aun este hecho desalmado se atribuyó a un ímpetu sobrenatural: la pujanza con que Atila blandió la espada de Marte mostró al universo que estaba reservada únicamente para su brazo incontrastable.[1569] Mas tan sólo la extensión de su Imperio puede evidenciar el número y entidad de sus victorias; y el monarca escita, aunque idiota en cuanto a la preciosidad de las ciencias y de la filosofía, pudiera quizás lamentarse de que sus ignorantes súbditos careciesen del arte perpetuador de las hazañas.

En separando los climas civilizados y los bravíos del globo, y entre el vecindario de las ciudades que cultivaban la tierra, y los cazadores y vaqueros que moraban en las tiendas, podía Atila aspirar al dictado de monarca supremo y único de los bárbaros.[1570] Sólo él, entre los conquistadores de los tiempos, tanto antiguos como modernos, juntó los dos reinos poderosos de Escitia y Germania; y esta denominación mal deslindada debe entenderse con sumo ensanche al aplicarla a su reinado. Turingia, que sobrepasaba sus límites actuales hasta el Danubio, era una de sus provincias; intervino con la preponderancia de vecino predominante en los negocios internos de los francos, y uno de sus tenientes castigó y casi exterminó a los borgoñones del Rin. Avasalló las islas del océano, y los reinos de Escandinavia cortados y divididos por las aguas del Báltico, y los hunos llegaron a cobrar tributo de pieles de la región septentrional, resguardada contra todos los demás conquistadores por el rigor del clima y el brío de los naturales. No cabe el delinear hasta el Oriente el señorío de Atila por los yermos de Escitia, pero consta que reinó sobre las márgenes del Volga; que se le temía por guerrero y por mago,[1571] que desacató y venció al khan del formidable Geugen, y que envió embajadores para entablar negociaciones con el Imperio de la China. En la reseña grandiosa de las naciones avasalladas por Atila, y que durante su vida jamás soñaron en rebelarse, descollaban los gépidos y ostrogodos por su número, su valentía y el mérito personal de sus caudillos. El afamado Ardarico, rey de los gépidos, era el consejero leal y perspicaz del monarca, quien apreciaba su ingenio, al paso que gustaba de las prendas apacibles y agudas del noble Walamiro, rey de los ostrogodos. La caterva de reyes vulgares, caudillos de tantas tribus belicosas que seguían los estandartes de Atila, le servían rendidamente en

clase de guardias y criados del excelso dueño. Alerta a sus señas, y trémulos a su ceño, al menor asomo de su albedrío, lo ejecutaban desaladamente y sin murmullo. En tiempo de paz, los príncipes subordinados se colocaban en sus reales con las tropas en orden pautado, incorporando sus fuerzas militares, ponía en campaña una hueste de quinientos mil y, según otras noticias, hasta de setecientos mil bárbaros.[1572]

Bien podían los embajadores de los hunos sacar de su letargo a Teodosio recordándole su vecindad por Europa y por Asia, pues llegaban por una parte al Danubio, y alcanzaban por la otra el Tanais. En el reinado de su padre Arcadio, una algarada de hunos había talado las provincias del Oriente, llevándose riquísimos trofeos y un sinnúmero de cautivos.[1573] Internáronse por senderos recónditos en las playas del mar Caspio; atravesaron las nevadas cumbres de Armenia; pasaron el Tigris, el Éufrates y el Halis; reclutaron su caballería fatigada con la cría selecta de Capadocia; ocuparon las cercanías de la Cilicia y desbarataron las funciones, cantos y bailes de los ciudadanos de Antioquía. Tembló Egipto a su asomo, y los monjes y peregrinos de la Tierra Santa huyeron de su furia embarcándose atropelladamente. Estaba muy presente aquella invasión en el ánimo de los orientales, y los súbditos de Atila podían, con fuerzas muy superiores, ejecutar el intento que habían entablado aquellos desaforados aventureros, dando vado a ansiosas conjeturas sobre si la tormenta se iba a disparar contra Persia o Roma. Algunos de los potentados vasallos del rey de los hunos habían pasado a ratificar una alianza y hermandad de armas con el emperador, o más bien con el general de Occidente; y, en su residencia de Roma, refirieron las circunstancias de una expedición recién hecha por ellos al Oriente. Atravesando un desierto y un pantano que, en concepto de los romanos, era el

lago Meotis, tramontaron cumbres y llegaron a los quince días al confín de la Media, internándose hasta las ciudades desconocidas de Basico y Cúrsico. Encontráronse con el ejército persa en las llanuras de la Media, y nublaron el aire, su misma expresión, con la espesura de sus flechas. Mas tuvieron que retirarse los hunos por el sinnúmero de enemigos, verificándolo trabajosamente por diverso rumbo, perdiendo la mayor parte de su presa, y por fin alcanzaron sus reales con alguna práctica del terreno y con anhelo intenso de vengarse. En la conversación desahogada de los embajadores imperiales, que en la corte de Atila lograron penetrar la índole y los intentos de tan formidable enemigo, mostrándose esperanzados los ministros de Constantinopla de que se emplease y distrajese aquella prepotencia en dilatada y dudosa contienda con los príncipes de la casa de Sasán, advirtieron los italianos más perspicaces a sus hermanos orientales el devaneo y el peligro de tamaña expectativa, y los desengañaron de que los medos y los persas eran incapaces de contrarrestar a los hunos; que adquisición tan llana y grandiosa extremaría el engreimiento y poderío del vencedor; y que, en vez de contentarse con una contribución moderada y un dictado militar que lo igualaba con los generales de Teodosio, se adelantaría Atila a imponer un yugo afrentoso e intolerable sobre las cervices de los romanos postrados y cautivos, cercados entonces por el Imperio de los hunos.[1574]

Mientras las potencias de Europa y de Asia se desalaban por evitar el inminente peligro, la alianza con Atila conservaba a los vándalos la posesión del África. Habíase combinado una empresa (441 d. C. y siguientes) por las cortes de Ravena y Constantinopla para el recobro de aquella provincia pingüe, y estaban llenos los puertos de Sicilia con las fuerzas militares y navales de Teodosio; mas el agudo Genserico, que andaba

entablando negociaciones por el orbe entero, atajó el intento moviendo al rey de los hunos a invadir el Imperio de Oriente; y un acaso fútil vino a ser luego el motivo o el pretexto de una guerra exterminadora.[1575] Aprontábase, en virtud del tratado de Margo, un mercado franco al costado septentrional del Danubio, resguardado por una fortaleza romana, llamada Constancia. Atropella una gavilla de bárbaros a los feriantes, los mata o los dispersa, y destruye la fortaleza. Sinceraron los hunos esta tropelía a título de represalia, alegando que el obispo de Margo se había entrometido en su territorio en busca de un tesoro oculto de sus reyes, y pedían con arrogancia el prelado criminal, el despojo sacrílego y los súbditos fugitivos que se desentendían de la justicia de Atila. La negativa de la corte bizantina fue el pregón de la guerra y al pronto los mesios encarecieron la entereza generosa de su soberano, mas luego quedaron amedrentados con el exterminio de Viminiaco y pueblos adyacentes, y persuadióse al pueblo con la máxima de que un solo ciudadano, por más inocente y virtuoso que aparezca, debe sacrificarse a la salvación del país. El obispo de Margo, que no poseía la vocación de mártir, acordó precaver los intentos que estaba maliciando. Contrató atrevidamente con los caudillos hunos, afianzó con juramentos solemnes su indulto y su galardón, colocó un crecido destacamento de bárbaros en recóndita emboscada sobre la margen del Danubio, y a la hora convenida, abrió con su propia mano las puertas de la ciudad episcopal. Esta ventaja, aborto de una alevosía, encabezó otras victorias más honoríficas y decisivas. Acordonaban la raya iliria varios castillos y fortalezas, y aunque se reducían por lo más a una mera torre con guarnición corta, solían bastar para el rechazo o el desvío de las correrías enemigas, sin arte ni combinación, ni menos tesón, para formalizar un sitio. Mas

arrolló la riada de los hunos tropiezos tan leves.[1576] Fueron asolando a hierro y a fuego las ciudades populosas de Sirmio y Singiduno, de Ratiaria y Marcianópolis, de Naissus y Sárdica; donde tanto el arreglo del vecindario como el sistema de construcción para sus edificios se encaminaba únicamente y más y más por cada día al objeto capital de su defensa. La anchura toda de Europa, dilatándose por más de quinientas millas (804,65 km) desde el Euxino hasta el Adriático, quedó a un tiempo invadida, hollada y exhausta con las millaradas de bárbaros que iba Atila acaudillando. El peligro y el desastre general no alcanzaron sin embargo a retraer a Teodosio de sus recreos y de su devoción, y mucho menos a hacerle capitanear personalmente las legiones romanas; mas se retrajeron de Sicilia las tropas destacadas contra Genserico; apuráronse las guarniciones por la parte de Persia, y se agolpó en Europa una fuerza militar, formidable por las armas y el número, si los caudillos tuvieran la debida ciencia y los soldados la indispensable subordinación. Quedaron vencidas las huestes del Imperio de Oriente en tres batallas seguidas; y cabe rastrear los adelantos de Atila por los campos de batalla. Las dos primeras, sobre las márgenes del río Uto, se trabaron junto a los muros de Marcianópolis, en las dilatadas llanuras entre el Danubio y el monte Haemus. Acosados los romanos por el enemigo vencedor, se fueron torpemente retirando hacia el Quersoneso de Tracia, y quedó señalado aquel estrecho rincón al extremo de la tierra con su derrota tercera e irreparable, con la cual vino a quedar Atila dueño incontrastable de toda la campiña. Fue luego asolando, sin contrarresto y sin conmiseración, las provincias de Tracia y de Macedonia, desde las Termópilas hasta el Helesponto y los arrabales de Constantinopla. Salváronse quizá de aquella irrupción pavorosa de los hunos

Heraclea y Adrianópolis; pero las voces más significativas de ruina y exterminio total se hallan aplicados a las calamidades que fueron descargando sobre setenta ciudades del Imperio Oriental.[1577] Escudaron los antemurales de la capital a Teodosio, a su corte y a su pueblo desaguerrido; pero aquella misma valla se derribó con un terremoto que volcó hasta cincuenta y ocho torres y abrió una brecha anchurosa y formidable. Reparose a la verdad ejecutivamente el daño; mas se agravó tan sumo quebranto con la zozobra supersticiosa de que el mismo Cielo había entregado la ciudad imperial a los pastores de Escitia, ajenos de las leyes, idiomas y religión de los romanos.[1578]

Arrebataba siempre a los montaraces, al invadir los imperios del mediodía, la saña tenaz, genial y asoladora; pues las leyes de la guerra, que frenan todo saqueo y matanza nacional, estriban en los cimientos de interés, el conocimiento de los mayores beneficios que ha de acarrear el uso comedido de la conquista, y la fundada zozobra de una represalia equitativa de cuantas desdichas se causen al enemigo. Mas ni temor ni esperanza tienen cabida en el estado pastoril de las naciones. Los hunos de Atila deben parangonarse con los mongoles y tártaros, antes que la religión y el lujo alterasen sus costumbres primitivas, y el testimonio de la historia oriental puede algún tanto despejar la lobreguez de los anales breves y escasos de Roma. Sojuzgadas las provincias septentrionales de la China por los mongoles, se deliberó con toda formalidad sobre exterminar o no, en consejo celebrado sosegadamente después de la victoria, a todos los moradores de aquel país pobladísimo, para asolar la tierra y reducirla a pastadero de sus ganados; y la entereza de un mandarín chino[1579] retrajo a Gengis, movido eficazmente por impulsos de racionalidad, de la ejecución de tan horroroso intento. Pero en las ciudades de Asia rendidas a los mongoles,

ejercitábase el abuso inhumano del derecho de la guerra sistemáticamente, cual con igual fundamento, aunque sin la misma autoridad, puede achacarse a los hunos victoriosos.

Mandábase a los habitantes avasallados que evacuasen sus albergues y se juntasen en algún llano inmediato, donde se dividían los vencidos en tres porciones. La primera se componía de los soldados de la guarnición y de los mozos en estado de llevar armas y quedaba al golpe decretado su destino, pues o se alistaban sobre la marcha con los mongoles, o se les quitaba de en medio con las picas y flechas de la tropa que los tenía cercados. La segunda clase, que constaba de muchachas lindas, de artesanos primorosos en toda clase de artefactos, y de los ciudadanos más ricos y visibles, que podían proporcionar un rescate cuantioso, se repartían en suertes proporcionadas. Los restantes, cuya vida o muerte era igualmente inservible a los vencedores, eran árbitros de volverse a la ciudad despojada ya de todo lo más apreciable, y se cargaba un impuesto al desventurado vecindario por la fineza de permitirle respirar el aire nativo. Tal era la conducta de los mongoles, en no mediando alguna violencia extraordinaria;[1580] pero la ofensa más casual, el menor motivo, antojo o ventaja los solía invitar a matar indistintamente a todo un vecindario; y se verificó el exterminio de ciudades florecientes con perseverancia tan empedernida, que, según su expresión, atravesaban caballos sin tropiezo y a carrera por el solar donde existieran. Arrasaron las huestes de Gengis las tres grandes capitales del Korazan, Maru, Neisabur y Herăt; y el padrón puntual que se formó de los muertos ascendía a cuatro millones trescientos cuarenta y siete mil individuos.[1581] Educóse Timur o Tamerlán en siglo menos bárbaro, y profesando la religión mahometana; sin embargo si Atila igualó allá los estragos de Tamerlán,[1582] tanto el tártaro

como el huno merecen el apodo de azotes de Dios.[1583]

Puede afirmarse terminante y positivamente que los hunos despoblaron las provincias del Imperio por el número de súbditos que se llevaron cautivos. En manos de un legislador atinado, colonia tan industriosa hubiera contribuido para derramar por los yermos de la Escitia las artes útiles y agradables; mas los cautivos de la guerra se fueron accidentalmente dispersando por los aduares que pertenecían al Imperio de Atila. Justipreciábanse por el mero concepto de un bárbaro idiota y ajeno de toda inclinación. No se alcanzaba quizás la trascendencia de un teólogo deslindador de los arcanos recónditos de la Trinidad y de la Encarnación; mas respetaban a los ministros de todas las religiones; y el fervor eficaz de los misioneros cristianos, sin asomar a la persona ni a la morada del monarca, se afanó acertadamente por la propagación del Evangelio.[1584] Las tribus pastoriles, ajenas del conocimiento de la propiedad territorial, se desentendieron así del uso como del abuso de la jurisprudencia civil; y la maestría de un jurista elocuente le redundaría en menosprecio o en odio de su profesión.[1585] El trato incesante de los hunos con los godos les había facilitado el conocimiento de sus mutuos idiomas nacionales; y los bárbaros ansiaban hablar en latín, que era la lengua militar, aun en el Imperio oriental.[1586] Mas despreciaban el idioma y las ciencias de los griegos; y el sofista vanaglorioso, o el filósofo circunspecto, que habían disfrutado los aplausos lisonjeros de sus escuelas, se acongojaban de ver que su rollizo sirviente era un cautivo de más precio y entidad que ellos mismos. Se apreciaban y fomentaban las artes mecánicas, por cuanto conducían a satisfacer las necesidades de los hunos. Un arquitecto, dependiente de Onegesio, uno de los íntimos de Atila, se empleó en construir un baño; pero aquella obra era un

ejemplo extraño de lujo particular, y el herrero, el carpintero y el armero eran individuos más adecuados para un pueblo errante, menesteroso de instrumentos importantes de paz y guerra. Pero un facultativo era el personaje merecedor de toda atención y agasajo; mas los bárbaros despreciadores de la muerte solían ser aprensivos en sus dolencias, y el vencedor altanero temblaba ante un cautivo a quien suponía quizás una potencia soñada de alargarle o conservarle la vida.[1587] No dejarían los hunos de insultar a la desventura de sus esclavos, sobre quienes ejercían un mando despótico;[1588] mas no cabía en sus costumbres un sistema acicalado de opresión; y los rasgos de valor o de diligencia solían merecerles la libertad. El historiador Prisco, cuya embajada es un manantial de instrucción selecta, se vio saludado en los reales de Atila por un extranjero que le hablaba en griego, pero cuya vestidura y traza estaban ostentando el exterior de un escita acaudalado. Según su relación, había perdido en el sitio de Viminiaco haberes y libertad, paró en esclavo de Onegesio; pero sus fieles servicios contra los romanos y los acatziros lo habían encumbrado hasta la jerarquía de los hunos, con los cuales se hallaba hermanado por los vínculos domésticos de la mujer con siete hijos. Los despojos de la guerra le habían restablecido y aun mejorado sus haberes particulares; era admitido en la mesa de su señor primitivo, y el apóstata griego estaba bendiciendo la hora de su cautiverio, pues le había proporcionado una esfera dichosa e independiente que disfrutaba a título de su servicio militar. Esta reflexión acarreó un coloquio sobre las ventajas y las nulidades del gobierno romano, reciamente zaherido por el apóstata, y defendido por Prisco en una difusa y endeble declamación. Retrató el liberto de Onegesio muy al vivo los achaques de un imperio menoscabado, cuya víctima había sido tanto tiempo; la crueldad

disparada de los príncipes romanos, inhábiles para escudar a los súbditos contra el enemigo público, y opuestos a que se defiendan con armas por sí mismos; el peso abrumador de los impuestos, agravado con el método enmarañado y arbitrario de su recaudación; la confusión de un sinnúmero de leyes contradictorias; las formalidades enojosas y costosísimas de los procedimientos judiciales; la administración parcial de la justicia, y el cohecho universal que robustecía el influjo del rico y recargaba la desdicha del menesteroso. Prorrumpió por fin el venturoso desterrado en afectos patrióticos y fraternales, lamentándose lloroso de la culpa o la flaqueza de aquellos magistrados que habían venido a estragar las instituciones más cuerdas y saludables.[1589]

La política medrosa o egoísta de los romanos occidentales había rendido a los hunos el Imperio de Oriente,[1590] donde la carencia de disciplina o de virtud tampoco se compensaba con las prendas del monarca. Podía Teodosio afectar el lenguaje y aun el dictado de *invencible Augusto*; mas tuvo que apelar a la clemencia de Atila, quien dictó soberanamente estas condiciones broncas y avasalladoras de paz:

I. El emperador de Oriente se desprendió por convenio tácito o expreso (446 d. C.) del territorio pingüe y dilatado que se extendía por las orillas meridionales del Danubio, desde Singiduno o Belgrado hasta Novas en la diócesis de Tracia. Su anchura se regulaba vagamente con las palabras «quince jornadas»; mas, a propuesta de Atila, internada la situación del mercado nacional, abarcaba también dentro de su señorío la ciudad arruinada de Naissus.

II. Requirió y consiguió el rey de los hunos que su tributo o subsidio de setecientas libras de oro (322 kg) se aumentase hasta la suma anual de dos mil cien (966 kg), y pactó el pago

ejecutivo de seis mil (2760 kg) en reintegro de sus desembolsos y desagravio de la guerra. Se conceptuará al pronto que una demanda, igual apenas a los haberes de algunos particulares, se presentaría desde luego cumplidamente por el Imperio de Oriente, pero el apuro general demuestra la escasez, o por lo menos el trastorno del erario. Una porción crecida de los impuestos arrebatados al pueblo quedaba descaminada en su tránsito por los conductos impuros al tesoro de Constantinopla. Malgastaban Teodosio y sus privados las rentas en costoso y desatinado lujo, disfrutándolas con el nombre de munificencia imperial o caridad cristiana. Los auxilios inmediatos se habían apurado con la precisión imprevista de preparativos militares. Una contribución personal, cargada violenta y caprichosamente a los individuos de la jerarquía de senadores, era el único arbitrio que podía apagar desde luego la sedienta codicia de Atila; y la escasez de los nobles los obligó a conformarse con el recurso escandaloso de colgar en almoneda pública el ajuar de sus esposas y las galas hereditarias de sus palacios.[1591]

III. Parece que el rey de los hunos sentó por principio de jurisprudencia nacional que nunca podía perder la propiedad que había llegado a poseer en los sujetos que voluntaria o violentamente pudo avasallar. Infería de aquí, y eran las ilaciones de Atila leyes irrevocables, que cuantos habían caído prisioneros durante la guerra debían entregarse sin demora y sin rescate; que todo cautivo y fugitivo romano debía comprar su derecho a la libertad por doce piezas de oro, y que cuantos bárbaros habían desertado de las banderas de Atila se devolviesen sin mediar indulto ni pacto alguno. Al ejecutar tratado tan inhumano y afrentoso, los empleados imperiales tuvieron que dar muerte a varios desertores nobles y leales que se desentendieron de aquella anuencia a una muerte inevitable; y

los romanos se imposibilitaron toda alianza con cualquier pueblo escita con esta confesión pública de que no alcanzaban a escudar a los suplicantes que se habían guarecido a la sombra del solio de Teodosio.[1592]

La firmeza de un pueblo solo, tan arrinconado que con este único motivo asoma en la historia y en la geografía, estuvo pregonando la afrenta del emperador y del Imperio. Azimo o Azimuntio, corta ciudad de la Tracia sobre la raya de Iliria,[1593] había descollado por la bizarría de sus jóvenes, la pericia y nombradía de sus propios caudillos y sus denodadas hazañas contra la hueste innumerable de los bárbaros. En vez de estarse aguardando su llegada, embistieron los azimuntinos en repetidas y acertadas salidas el tropel de los hunos, que iban evitando tan azarosa cercanía; rescataron de sus manos despojos y cautivos, y lograron reforzar sus valientes con la incorporación de fugitivos y desertores. Concluido el tratado, volvió Atila a amagar al Imperio con guerra implacable, si no se obligaba a los azimuntinos a avenirse a las condiciones aceptadas por su soberano. Confesaron vergonzosa y verídicamente los ministros de Teodosio que no les quedaba ya un átomo de autoridad sobre gentes que con tan sumo denuedo esforzaban su independencia natural; y el rey de los hunos se avino a contratar en términos iguales con los ciudadanos de Azimo. Pidieron la restitución de algunos pastores y ganados que por acaso les habían arrebatado; otorgóseles una pesquisa esmerada, aunque infructuosa; mas tuvieron que jurar los hunos que no guardaban prisionero alguno del pueblo, y entonces se les devolvieron sus dos paisanos que habían reservado como prendas para resguardo de sus compañeros extraviados. Atila por su parte quedó convencido, aunque engañado, de que habían degollado a los demás cautivos, acostumbrando siempre despedir a los romanos

y desertores bajo el resguardo de la fe pública. Disimulo tan cuerdo y oficioso podría sincerarse o culparse por los casuistas, según propendan al decreto violento de san Agustín, o al dictamen más blando de san Jerónimo o san Crisóstomo; mas todo militar y todo estadista se harán cargo de que si la estirpe de los azimuntinos se alentara y multiplicara, no llegaran los bárbaros a hollar la majestad del Imperio.[1594]

No cabía por cierto el que Teodosio comprara con su desdoro un sosiego permanente, ni menos el que su mansedumbre le escudase contra nuevos agravios. Fue la corte bizantina insultada con cinco o seis embajadas sucesivas;[1595] y encargóse a los ministros de Atila que estrechasen el cumplimiento pronto y cabal del último tratado; que pusiesen de manifiesto los nombres de todos sus fugitivos y desertores amparados en el Imperio, y declarasen, con muestras de comedimiento, que no logrando su soberano satisfacción inmediata y completa, le sería imposible frenar, aun cuando lo desease, el ímpetu enconado de sus tribus guerreras. Sobre el orgullo y el interés que movían al rey de los hunos a llevar adelante la negociación, mediaba también la mira menos honrosa de enriquecer a sus privados a expensas de sus enemigos. Apurábase el erario en agasajar a los embajadores y acompañantes, cuyos informes favorables eran muy conducentes para el mantenimiento de la paz. Lisonjeábase el monarca bárbaro con el recibimiento de sus ministros; justipreciaba con deleite los espléndidos regalos, requería indispensablemente el desempeño de toda promesa gananciosa para ellos, y trató como negocio importantísimo de Estado el enlace de su secretario Constancio.[1596] Este aventurero galo, recomendado por Aecio al rey de los hunos, se había comprometido a servir a los ministros de Constantinopla por el galardón pactado de una

novia rica y noble; y se echó mano de la hija del conde Saturnino para cumplir con el empeño de su patria. La repugnancia de la víctima, trastornos de familia, y la confiscación injusta de sus bienes entibiaron al amante; pero seguía pidiendo siempre un enlace equivalente, y tras demoras y desvíos estudiados, tuvo la corte bizantina que sacrificar al desvergonzado extranjero la viuda de Armacio, cuyo nacimiento, opulencia y hermosura la encumbraban a la suma jerarquía entre las matronas romanas. Instaba Atila por la competente correspondencia sus embajadas importunas y trastornadoras; parábase a escudriñar la clave o suposición de los enviados imperiales; pero se avino a adelantarse hasta Sárdica para recibir a cuantos ministros se le enviasen revestidos de la dignidad consular. Desentendióse el consejo de Teodosio de la propuesta, manifestando el estado de asolación y de escombros en que se hallaba Sárdica, y aun se arrojaron a insinuar que todo palaciego u oficial del ejército estaba calificado para tratar con los príncipes más poderosos de Escitia. Encargóse Maximino, cortesano respetable,[1597] cuyo desempeño estaba muy acreditado en sus largos destinos civiles y militares, aunque con repugnancia, de la comisión incómoda y quizás azarosa de apaciguar las iras del rey de los hunos. Su amigo, el historiador Prisco,[1598] logró la coyuntura de ir observando al héroe bárbaro en sus interioridades; pero el secreto aciago y criminal en extremo de la embajada tan sólo se confió al intérprete Vigilio. Los dos últimos embajadores de los hunos, Orestes, particular distinguido de Panonia, y Edecon, caudillo esforzado de la tribu de los escirros, regresaban al mismo tiempo al campamento real. Esclareciéronse luego sus nombres desconocidos con la fortuna extraordinaria y el contraste de sus hijos, pues ambos sirvientes de Atila vinieron a ser padres del último emperador romano de

Occidente y del primer rey bárbaro de Italia.

Los embajadores, con su crecida comitiva de gente y caballos, hicieron el primer alto en Sárdica, a más de cien leguas de Constantinopla, a los trece días de marcha. Como los restos de Sárdica yacían dentro de la raya del Imperio (448 d. C.), correspondía a los romanos el papel de agasajadores. Abastecióles el vecindario de la porción competente de ganado y convidaron a los hunos a una cena opípara; mas se alteró el banquete por las preocupaciones mutuas. Los ministros del emperador encarecían la grandeza del Imperio con entusiasmo; encumbraban los hunos con igual empeño la preeminencia de su monarca victorioso; acaloróse más y más la contienda con la adulación temeraria e intempestiva de Vigilio, quien orilló todo cotejo de un mero mortal con el divino Teodosio, y les fue trabajoso a Maximino y Prisco el zanjar la conversación y aplacar los ánimos airados de los bárbaros. Levantados de la mesa los embajadores imperiales, regalaron riquísimas ropas de seda y perlas orientales a Edecon y Orestes, quienes agradecieron el agasajo; mas no pudo menos Orestes de insinuar que no siempre se le había tratado con igual miramiento y galantería; y la diferencia ofensiva que se sobreentendía entre su cargo civil y la jerarquía hereditaria de su compañero parece que constituía a Edecon en amigo sospechoso, y a Orestes en enemigo irreconciliable. Viajaron, tras el banquete, unas cien millas (160,93 km) desde Sárdica a Naissus, patria floreciente del gran Constantino, que yacía por el suelo, pues sus habitantes habían fenecido o andaban dispersos, y la vista de algunos dolientes que se albergaban por los escombros de las iglesias hacía que horrorizase más y más la perspectiva. Blanqueaba la campiña con la osamenta de los muertos y los embajadores, que seguían el rumbo del nordeste, tuvieron que pasar las sierras de la Serbia

moderna, antes de bajar al terreno llano y pantanoso que termina en el Danubio. Dominaban los hunos el gran río, navegándolo en canoas o barquillas de troncos huecos; trasladaron a los ministros de Teodosio a la orilla opuesta, y sus asociados bárbaros acudieron inmediatamente al campamento de Atila, dispuesto igualmente para la caza y la guerra. Antes de andar Maximino una legua desde el Danubio, ya empezó a experimentar la molestísima insolencia del conquistador. Se le vedó el armar sus tiendas en una cañada amena, por temor a que se propasase a quebrantar la augusta distancia debida a la real morada. Estrecháronle los ministros de Atila para que les comunicase los negocios e instrucciones que traía reservadas para los oídos del soberano. Al alegar comedidamente Maximino la práctica contraria de las naciones, quedó atónito al advertir que los acuerdos del Consistorio sagrado, arcanos —dice Prisco— que no debieran revelarse ni a los mismos dioses, se habían alevosamente patentizado al enemigo público. Como se negase a acceder a sus propuestas indecorosas, quedó inmediatamente despedido; se revocó la orden, se repitió, y procuraron los hunos infructuosamente doblegar el tesón invencible, de Maximino. Por fin, con la mediación de Escota, hermano de Onegesio, cuyas finezas habían cohechado, fue admitido a la presencia real, mas en vez de la gran contestación decisiva, tuvo que emprender un viaje lejano hacia el norte, para que Atila pudiese disfrutar la satisfacción altanera de recibir en el mismo campamento a los embajadores de ambos Imperios, oriental y occidental. Iban los guías pautando la marcha, teniendo que hacer alto, que apresurarse, que desviarse de la carretera, según podía acomodar al antojo del rey. Los romanos, que fueron atravesando las llanuras de Hungría, suponen que pasaron varios ríos navegables, ya en canoas, ya en barquillas

portátiles; mas hay motivo para sospechar que el cauce revuelto del Teis o Tibisco puede presentarse en diferentes sitios bajo diversos nombres. Abastecíaseles diariamente de todo desde las aldeas cercanas; dándoles sidra en lugar de vino, pan de mijo por el de trigo, y cierto licor llamado «camo», que, según la relación de Prisco, se destilaba de la cebada.[1599] Toscamente lastimarían tales manjares y bebidas el paladar mimado con el lujo de Constantinopla; mas se olvidaba su penalidad accidental con los agasajos expresivos de aquellos mismos bárbaros tan furibundos y empedernidos en la guerra. Habían los embajadores acampado a la orilla de un grandioso pantano, y una tormenta deshecha con truenos y rayos les volcó las tiendas, anegó su equipaje y repuestos en el lodo y dispersó su comitiva que anduvo errante en la lobreguez de la noche, sin atinar con el camino y temerosa de algún peligro ignorado, hasta que despertó con sus gritos al vecindario de una aldea cercana, perteneciente a la viuda de Bleda. Una iluminación resplandeciente y luego una lumbre placentera de cañas se encendieron a impulsos de su afecto; quedaron las urgencias y los apetitos satisfechos, colmadamente, y parece que los romanos estuvieron harto perplejos con la cortesanía singular de aquella viuda, que realzó sus finezas con el regalo, o al menos el préstamo, de un número cabal de lindas y expresivas doncellas. El día siguiente, muy despejado, se dedicó al descanso, a recoger y enjugar el equipaje, a reponer la gente y los caballos; pero por la tarde, antes de continuar su viaje, trataron los embajadores de mostrarse agradecidos a la hermosa aldeana, ofreciéndole con esmero copas, vellones de púrpura, fruta seca y pimienta de la India. Tras esta aventura se incorporaron con el campamento de Atila, del cual se habían separado por espacio de seis días, y se fueron pausadamente encaminando a la capital de un imperio que en miles de millas

no comprendía una sola ciudad.

En cuanto cabe deslindar la geografía escasa y revuelta de Prisco, parece que dicha capital estaba situada entre el Danubio, el Teis y los montes Cárpatos, en las llanuras de la alta Hungría, y muy probablemente por las cercanías de Jazberin, Agria o Tokay.[1600] Pudo ser en su principio un mero campamento casual, que con la residencia frecuente y dilatada de Atila se había ido engrandeciendo, cual una aldea inmensa, para el recibimiento de su corte y de las tropas que le seguían, y además de la muchedumbre revuelta de la comitiva y de los esclavos haraganes o industriosos.[1601] Era el único edificio de piedra el de los baños construidos por Onegesio, transportando los materiales de Panonia; y como el país inmediato carecía de madera de construcción, se deja suponer que las moradas inferiores de la aldea regia eran de barro, de paja y de tela. Las casas de madera de los hunos más eminentes estaban construidas y engalanadas con magnificencia tosca, según la jerarquía, los haberes y el gusto de sus dueños. Parece que estaban colocadas con cierto orden y simetría, y cada solar venía a ser más honorífico en cuanto se acercaba a la persona del soberano. El palacio de Atila, que sobrepujaba a todas las demás casas de sus dominios, estaba enteramente construido de madera y cubría grandísimo espacio de terreno. Era el recinto exterior un gran vallado o estacada de vigas cuadradas, con torres altísimas interpuestas, y más apropiadas para el adorno que para la defensa. Este antemural, que al parecer abarcaba las faldas de un cerro, encerraba una gran porción de edificios, todos de madera, arreglados a los usos de la soberanía. Cada una de las muchas esposas de Atila tenía su casa separada, y en vez del emparedamiento estrecho y ruin de los celos asiáticos, recibieron cortésmente a los embajadores romanos así a su presencia como

a su mesa, y aun con el ensanche de un abrazo inocente. Al ofrecer Maximino sus presentes a Cerca, la reina principal, extrañó la arquitectura singular de su morada, la altura de sus columnas redondas, el tamaño y la hermosura de la madera que estaba primorosamente labrada, torneada, pulimentada y esculpida; y su vista cuidadosa fue columbrando algún gusto en los realces y cierto arreglo en las proporciones. Después de atravesar por medio de la guardia que había en la puerta, los embajadores fueron introducidos en el estrado de Cerca. Recibió ésta la visita sentada, o más bien recostada en un lecho mullido; el suelo estaba alfombrado; los criados formaban un cerco en derredor de la reina, y sus doncellas, sentadas por el suelo, se afanaban en ir bordando los trajes que engalanaban a los guerreros bárbaros. Ansiaban los hunos ostentar aquellas riquezas que eran efecto y testimonio de sus victorias: los jaeces de sus caballos, sus espadas, y aun sus zapatos, estaban claveteados de oro y piedras preciosas, y sus mesas rebosaban de fuentes, vasos y alhajas de oro y plata, de mano de artistas griegos, pues sólo el monarca se engreía siempre con la sencillez de sus antepasados escitas.[1602] El traje de Atila, sus armas, y los jaeces de su caballo eran lisos, sin el menor realce, y de un solo color. Se servía la mesa real con vasijas y copas de madera; la carne era su único alimento, y aquel conquistador septentrional jamás llegó a probar el lujo del pan. En la primera audiencia que dio Atila a los embajadores romanos, estaba su tienda cercada de una guardia formidable; hallábase el monarca sentado en un sillón de madera. Su estampa ceñuda, ademanes airados, y bronco desentono quebrantaron la entereza de Maximino; pero más fundamento tenía Vigilio para temblar, puesto que entendió distintamente la amenaza, a saber, que si Atila no respetase la ley de las naciones, clavaría al fementido intérprete a

una cruz, brindando a los buitres su cadáver. Allanóse el bárbaro a mostrar una lista cabal para evidenciar la falsedad de Vigilio, quien afirmaba que sólo diecisiete desertores se habían hallado; pero añadió con arrogancia que únicamente le desazonaba el tener que lidiar desairadamente con sus esclavos fugitivos, menospreciando sus conatos desvalidos para resguardar las provincias que Teodosio les había encargado; pues «¿qué fortaleza? —continuó Atila—, ¿qué ciudad, en todo el ámbito anchuroso del Imperio romano, se conceptuará afianzada e inexpugnable en dándome el deseo de aventarla por los aires?». Despidió sin embargo al intérprete, quien volvió a Constantinopla con el requerimiento terminante del reintegro cabal y otra embajada más esplendorosa. Fue sin embargo amainando su ira, y el júbilo doméstico de un desposorio que celebró con la hija de Eslam pudo tal vez contribuir para afianzar la fiereza nativa de su índole. Una ceremonia extrañísima señaló la entrada de Atila en su aldea real, pues le salió al encuentro una gran cuadrilla de mujeres. Iban marchando en hileras largas y arregladas delante de su héroe, entoldando los intermedios con velos blancos y finísimos de lino, que encaramaban las portadoras con sus manos, y formaban como una techumbre para un coro de doncellas tiernas que entonaban himnos y cantares en lengua escita. La esposa de su privado Onegesio saludó a Atila, en el tránsito para el palacio, al umbral de su casa, y le ofreció, según costumbre del país, en demostración de rendimiento, el vino y los manjares que tenía dispuestos para recibirle. Apenas la dignación halagüeña del monarca aceptó el agasajo, encumbraron los sirvientes una mesita de plata a la altura competente, manteniéndose Atila a caballo, y tocando el vaso con sus labios, correspondió al saludo de la esposa de Onegesio y continuó su

camino. Mientras residía en el solio de su imperio, no se estaba ocioso en el encierro del serrallo, pues sabía conservar su decoro, sin encubrir su persona a las miradas públicas. Solía juntar su consejo y dar audiencia a los embajadores de las naciones, pudiendo su pueblo apelar al tribunal supremo, que celebraba a ciertos plazos, y, según la costumbre oriental, a los umbrales de la puerta principal de su palacio de madera. Los romanos, tanto orientales como occidentales, estuvieron dos veces convidados a los banquetes en que Atila agasajaba a los príncipes y nobles de Escitia. Maximino y sus compañeros quedaron detenidos en el umbral, hasta que brindaron rendidamente por la salud y prosperidad del rey de los hunos; y se les condujo, tras esta ceremonia, a sus respectivos asientos en un salón espacioso. La mesa y el lecho real, cubiertos con alfombras y lienzos finos, se elevaban un tanto en medio de la estancia; y un hijo, un tío, o quizás un rey predilecto fueron partícipes de la comida sencilla y casera de Atila. Dos hileras de mesitas de a tres o cuatro convidados cada una ceñían ambos costados; reputábase el derecho por más honorífico; pero los romanos confiesan ingenuamente que se les colocó en el izquierdo y que Bercio, caudillo desconocido y probablemente de alcurnia goda antecedía a los representantes de Teodosio y Valentiniano. Recibió el bárbaro monarca de manos de su escanciador un vaso lleno de vino y bebió cortésmente a la salud del convidado preeminente, quien se levantó del asiento, y manifestó en iguales términos su leal y ansioso acatamiento. Alcanzó el ceremonial a todos, o al menos a los más descollantes, y debió durar largo rato, pues se repitió hasta tercera vez, al cubrir la mesa con otros platos. Mas quitados los manjares, siguieron los hunos soltando la rienda a su destemplanza, mucho después que los sobrios embajadores se habían retirado decorosamente del banquete

nocturno; pero antes se les proporcionó el enterarse de las costumbres de los escitas en sus convites. Había dos escitas junto al lecho de Atila, recitándole los versos que habían compuesto en celebridad de su denuedo y sus victorias. Enmudeció el salón, teniendo embargados a los concurrentes con el embeleso armónico que revivía y perpetuaba la memoria de sus propias hazañas. Echaban los guerreros de sus ojos marcial arrojo, como desalados tras la refriega, manifestando los ancianos con sus lágrimas la desesperación que les causaba el verse ya inhábiles para alternar gallardamente en los trances y en la gloria de las armas.[1603] Esta función, que merece conceptuarse como escuela de virtud militar, se coronaba con una mojiganga que desdoraba la naturaleza humana. Un bufón escita y otro moro alternaban en suscitar la risa del crecido auditorio, por sus figuras contrahechas, vestuarios estrambóticos, ademanes disparatados y charla frenética, revuelta de una jerga de latín, griego y huno; y todo el salón retumbaba con el estruendo desenfrenado de las carcajadas. En medio de tan descomedido alboroto, sólo Atila, inalterable, seguía con su grave y ceñudo señorío, que únicamente amainaba al asomar el menor de sus hijos, pues abrazaba al niño con una sonrisa de ternura paternal, le pinchaba suavemente el carrillo y rebosaba de cariño extremado, realzado sólo con la promesa de los profetas, de que Irnac vendría a ser la columna de su familia y del imperio. A los dos días recibieron los embajadores nuevo convite, y no pudieron menos de celebrar la cortesanía y el agasajo de Atila. Explayose éste en conversación familiar con Maximino; pero salpicando sus atenciones con palabras broncas y altaneras reconvenciones, y se puso eficazmente de parte de su secretario Constancio y sus demandas indecorosas por intereses personales. «El emperador —dijo Atila—, le prometió allá una

esposa rica; y Constancio no ha de quedar chasqueado; ni debiera un emperador romano dar lugar a que se le apodase de embustero». Al día tercero quedaron despedidos los embajadores; otorgóse la libertad con moderado rescate a varios cautivos, por sus eficaces instancias, y se les permitió aceptar de cada noble escita el regalo honorífico y provechoso de un caballo. Volvióse Maximino por el mismo rumbo, y aunque le sobrevino una contienda casual con Berico, el nuevo embajador de Atila, se congratuló de haber contribuido con su trabajoso viaje a consolidar la paz y alianza de las dos naciones.[1604]

Mas ignoraba el embajador el alevoso intento, encubierto bajo el disfraz de la fe pública. El asombro y la complacencia de Edecon al contemplar las grandezas de Constantinopla alentaron al intérprete Vigilio para proporcionarle el avistarse reservadamente con el eunuco Crisafio,[1605] que estaba gobernando al emperador y el imperio. Tras algunos preámbulos, juramentáronse mutuamente sobre el sigilo; y el eunuco, que ni por sus propios sentimientos ni por la experiencia había formado concepto grandioso de la virtud ministerial, se aventuró a proponerle la muerte de Atila, como servicio sumo que pudiera acarrear a Edecon parte crecida de tantas riquezas y lujo como estaba encareciendo. Dio el embajador de los hunos oídos a la oferta halagüeña, blasonó de su maestría e inclinación a ejecutar el hecho sangriento; comunicóse el intento al maestre de los oficios, y el devoto Teodosio se avino al asesinato de su enemigo invencible. Mas descubrióse la conspiración alevosa con el disimulo o el arrepentimiento de Edecon, y por más que abultase su aborrecimiento a la traición misma que aparentaba aprobar, tuvo la maña de apropiarse el mérito de su pronta y voluntaria confesión. Si nos paramos ahora a estudiar la embajada de

Maximino y la conducta de Atila, ensalzaremos al bárbaro, que respetó la ley del hospedaje, y agasajó y despidió hidalgamente al ministro de un príncipe que había conspirado contra él. Pero todavía extrañaremos más la temeridad de Vigilio, puesto que sabedor del atentado y del peligro, volvió al campamento real, acompañado de su hijo cargado con un saquillo de oro, suministrado por el eunuco predilecto, para acudir a las urgencias de Edecon y cohechar a su guardia. Afianzóse inmediatamente al intérprete, y puesto ante el tribunal de Atila, se revistió de entereza protestando su inocencia; pero la amenaza de la muerte ejecutiva de su hijo le arrebató el descubrimiento sincero de toda la tramoya criminal. El codicioso rey de los hunos admitió, a título de rescate o confiscación, doscientas libras de oro (92 kg) por la vida de un traidor a quien se desentendía de castigar. Envió inmediatamente a sus embajadores Eslao y Orestes a Constantinopla, con un encargo terminante que les era más seguro ejecutar que desobedecer. Se introdujeron osadamente hasta la presencia imperial, con el aciago bolsón pendiente del cuello de Orestes, quien preguntó al eunuco Crisafio, que estaba junto al trono, si reconocía aquel testimonio de su atentado. Pero el prorrumpir en amargas reconvenciones corría a cargo de su compañero, preeminente en dignidad, Eslao, quien se encaró ceñudamente con el emperador oriental y le dijo: «Teodosio es hijo de un padre esclarecido y respetable. Atila desciende igualmente de alcurnia noble, y ha correspondido con sus acciones al decoro que heredó de su padre Mundzuk. Pero Teodosio bastardea respecto del pundonor paterno, y aviniéndose a pagar tributo, se ha envilecido hasta la vecindad de un esclavo. Es pues muy debido que acate y venere a quien la suerte y el mérito le han sobrepuesto, en vez de intentar, como un esclavo perverso,

conspirar clandestinamente contra su dueño». El hijo de Arcadio, avezado únicamente al eco de la lisonja, oyó con asombro el lenguaje adusto de la verdad; sonrojado y trémulo, ya no se atrevió a denegar la cabeza de Grisafio, que Eslao y Orestes traían el encargo de pedir. Grandiosa embajada se dispuso arrebatadamente con plenos poderes y regalos magníficos para amainar las iras de Atila, y quedó su orgullo pagado con el nombramiento de Nomio y Anatolio, dos ministros de jerarquía consular o patricia, de los cuales uno era tesorero mayor y el otro maestre general de los ejércitos de Oriente. Se allanó a salirles al encuentro a la orilla del río Drenso; y aunque al principio se entonó, fue su cólera cediendo con la elocuencia y la galantería. Avínose a indultar el emperador al eunuco y al intérprete; se juramentó en cumplir las condiciones de la paz, libertó un crecido número de cautivos, se desentendió de fugitivos y desertores, y cedió un territorio anchuroso al mediodía del Danubio, exhausto ya de riquezas y de habitantes. Mas el tratado se compró a expensas tan subidas, que bastaran para sostener una guerra esforzada y venturosa; y los súbditos de Teodosio tuvieron que rescatar la vida de un privado villano con impuestos desangradores que pagaran más gustosos para su exterminio.[1606]

No sobrevivió mucho el emperador Teodosio a la particularidad más afrentosa de una vida arrinconada. Cabalgando o cazando por las cercanías de Constantinopla, el caballo lo arrojó al río Licus (28 de julio de 450 d. C.). Quebrantósele el espinazo en la caída, y expiró algunos días después a los cincuenta años de edad y cuarenta y tres de su reinado.[1607] Pulqueria, cuyo predominio contrarrestaban aciagamente los eunucos, tanto en los negocios civiles como en los eclesiásticos, fue unánimemente proclamada emperatriz del

Oriente; y los romanos, por vez primera, se sujetaron a un reinado mujeril. Puesta en el solio, desahogó justiciera su propio encono y el de todos. Degollóse ilegalmente al eunuco Crisafio a las puertas de la ciudad; y la inmensidad de sus riquezas le condujo tan sólo para sincerar y atropellar su castigo.[1608] En medio de las aclamaciones del clero y del pueblo, no trascordó la emperatriz la vulgaridad y desventaja que cabía a su sexo, y acordó atinadamente precaver sus hablillas nombrando un compañero que acatase siempre la jerarquía superior y la castidad virginal de su esposa. Alargó su mano al senador Marciano, de sesenta años, y el marido nominal de Pulqueria fue solemnemente revestido de la púrpura imperial. Tan sólo su afán por el credo legítimo, cual lo deslindó el concilio de Calcedonia, le pudo merecer la elocuencia agradecida de los católicos. Pero la vida privada de Marciano, y luego su desempeño en el solio, comprueban que era muy capaz de rescatar y robustecer un imperio desmoronado por la flaqueza consecutiva de dos monarcas hereditarios. Nacido en Tracia y educado en la profesión de las armas, las desventuras y escasez habían aquejado su juventud, pues todo su peculio al asomar por Constantinopla se reducía a doscientas piezas de oro prestadas por un amigo. Pasó diecinueve años en el servicio militar y personal de Aspar y su hijo Ardaburio; siguió a entrambos generales poderosos en las guerras de Persia y de África, y logró por su mediación la jerarquía honorífica de tribuno y senador. Su índole apacible y su provechosa suficiencia realzaron a Marciano en el aprecio y la privanza con sus patronos; había presenciado y quizá sentido los abusos de un régimen venal y atropellador; y su propio ejemplo dio peso y eficacia a las leyes que fue promulgando para la reforma de las costumbres.[1609]

XXXV

INVASIÓN DE GALIA POR ATILA - ECIO Y LOS VISIGODOS LO RECHAZAN - ATILA INVADE Y EVACUA ITALIA - MUERTE DE ATILA, DE ECIO Y DE VALENTINIANO III

Marciano opinaba que la guerra debía evitarse tanto tiempo como fuese posible para conservar una paz duradera y decorosa, pero también creía que no hay paz decorosa ni duradera cuando el soberano siente aversión a la guerra. Este valor moderado dictó su respuesta a las demandas de Atila, que pretendía con insolencia el pago del tributo anual (450 d. C.). El emperador dijo a los bárbaros que no debían insultar más la majestad de Roma con la mención de un tributo, que estaba dispuesto a recompensar con generosidad la amistad leal de sus aliados, pero que si llegaban a violar la paz pública, sentirían que a él le quedaban tropas, armas y resolución para repeler sus ataques. El mismo lenguaje usó, aun en el campamento de los hunos, su embajador Apolonio, cuya negativa resuelta a entregar los presentes hasta que lo admitieran en una entrevista personal mostró un sentido de la dignidad y desprecio hacia el peligro que Atila no esperaba en los deteriorados romanos.[1610]

Éste amenazó con castigar al imprudente sucesor de Teodosio, pero dudaba si dirigir sus armas invencibles primero contra el Imperio oriental o contra el occidental. Mientras la humanidad esperaba su decisión con profundo suspenso, Atila envió el mismo desafío a las cortes de Constantinopla y de Ravena, y sus embajadores saludaron a ambos emperadores con

la misma declaración arrogante: «Atila, mi señor y el tuyo, te ordena que prepares un palacio para su inmediata recepción».[1611] Pero como los bárbaros menospreciaban —o simulaban hacerlo— a los romanos de Oriente, a quienes tan a menudo habían vencido, Atila no tardó en manifestar su decisión de suspender una conquista tan fácil hasta llevar a cabo otra empresa más gloriosa e importante. En su memorable invasión de Galia e Italia, los hunos se sintieron naturalmente atraídos por la riqueza y la fertilidad de aquellas provincias, pero el motivo particular y el mayor acicate para Atila sólo se podía explicar por el estado del Imperio occidental bajo el reinado de Valentiniano o, para decirlo con mayor propiedad, con el régimen de Ecio.[1612]

Después de la muerte de su rival Bonifacio, Ecio se había retirado con prudencia al campamento de los hunos, y a esa alianza debió su seguridad y su restauración. En vez de usar el lenguaje suplicante de un exiliado, solicitó su indulto al mando de sesenta mil bárbaros (433-454 d. C.). La emperatriz Placidia debió admitir, luego de una leve resistencia, que su condescendencia no se debía a la clemencia, sino a la debilidad o al temor. Entregó, pues, su persona, la de su hijo Valentiniano e, incluso, el Imperio occidental a ese súbdito insolente, y ni siquiera pudo proteger al yerno de Bonifacio, el virtuoso y leal Sebastián,[1613] contra la persecución implacable que lo acosó de reino en reino, hasta que murió miserablemente al servicio de los vándalos.

El afortunado Ecio, promovido de inmediato a la jerarquía de patricio y revestido tres veces con los honores del consulado, asumió, con el título de maestre general de la caballería y la infantería, todo el poder militar del Estado. Los escritores contemporáneos solían llamarlo duque o general de los romanos

occidentales. Ecio tuvo la prudencia —más que la virtud— de dejarle la púrpura al nieto de Teodosio. Valentiniano pudo disfrutar de la paz y la riqueza de Italia, mientras el patricio aparecía como un héroe y un patriota que durante veinte años sostuvo las ruinas del Imperio occidental.

Los historiadores godos confiesan con ingenuidad que Ecio nació para la salvación de la república romana.[1614] El retrato siguiente, aunque realzado con colores favorables, contiene más rasgos de verdad que de lisonja:

> Su madre era una italiana noble y rica, y su padre, Gaudencio, de jerarquía distinguida en la provincia de Escitia, fue ascendiendo sucesivamente de doméstico militar al cargo de maestre de la caballería. Su hijo, alistado casi de niño en la guardia, fue dado de rehén, primero a Alarico y después a los hunos. Luego obtuvo los honores civiles y militares del palacio, para los cuales se hallaba igualmente calificado por sus méritos. La figura agraciada de Ecio no superaba la estatura media, pero sus miembros mostraban fuerza, hermosura y agilidad, y descollaba en los ejercicios marciales de montar y lanzar flechas y jabalinas. Podía soportar el hambre y el sueño; su cuerpo y su mente eran capaces de los más grandes esfuerzos. Poseía una valentía genuina, que despreciaba los peligros y las heridas, y era imposible corromper, engañar o intimidar la firme integridad de su alma.[1615]

A los bárbaros afincados en las provincias de Occidente les enseñaron el honor y el coraje del patricio Ecio, quien amansó sus pasiones, enfrentó sus prejuicios, equilibró sus intereses y frenó su ambición. Concluyó un tratado oportuno con Genserico para proteger Italia de los vándalos; los bretones

independientes pidieron y reconocieron su ayuda; restableció y conservó en Galia y en España la autoridad imperial, y obligó a los francos y a los suevos, a quienes había vencido en el campo de batalla, a que se convirtieran en confederados útiles a la República. Por interés o gratitud, Ecio cultivó la alianza de los hunos, pues mientras estuvo como rehén o como desterrado en sus tiendas, conversó familiarmente hasta con el propio Atila, sobrino de su bienhechor. Parece que entre los dos famosos antagonistas había una amistad personal y militar, confirmada después con regalos mutuos, embajadas frecuentes y la educación de Carpilio, hijo de Ecio, en el campamento de Atila.

Con protestas de gratitud y afecto, el patricio podía encubrir sus aprehensiones sobre el conquistador escita, que presionaba a los dos imperios con sus ejércitos innumerables, y cuyas peticiones se obedecían o se eludían. Cuando reclamaba por los despojos de algún pueblo vencido, como vasos de oro desfalcados, los gobernadores civiles y militares de Nórico se desvivían para satisfacer sus demandas;[1616] pero se evidencia por las conversaciones con Maximino y Prisco en la aldea real, que el valor y la prudencia de Ecio no habían salvado al Imperio occidental de la ignominia del tributo.

Sin embargo, su maestría política prolongó las ventajas de una paz saludable, y empleó una hueste crecida de hunos y alanos alistados a su servicio para defender Galia. Dos colonias de estos bárbaros se asentaron en los territorios de Valencia y de Orleans;[1617] y su caballería activa aseguró los caminos importantes del Ródano y el Loira. Estos aliados salvajes no eran menos formidables para los súbditos que para los enemigos de Roma: su establecimiento se había impuesto por la violencia de la conquista, y las provincias por donde atravesaban quedaban expuestas a todas las calamidades de una invasión enemiga.[1618]

Extraños para el emperador y la república, los alanos de la Galia estaban al servicio de la ambición de Ecio; y aunque se podría pensar que, en caso de contienda con el propio Atila, se arrimarían al estandarte de su rey nacional, el patricio se esmeraba en frenar antes que en estimular su encono contra godos, borgoñones y francos.

El reino establecido por los visigodos en las provincias meridionales de Galia adquirió con el tiempo fuerza y madurez, y la conducta de aquellos bárbaros ambiciosos, tanto en tiempo de paz como de guerra, requería la vigilancia constante de Ecio. Muerto Walia, el cetro godo recayó en Teodorico, hijo del gran Alarico.[1619] Su reinado próspero, de más de treinta años, sobre un pueblo turbulento prueba que su prudencia se basaba en un vigor de cuerpo y alma fuera de lo común. Incómodo con sus estrechos límites, Teodorico aspiraba a la posesión de Arles (419-451 d. C.), rico asentamiento del gobierno y el comercio, pero el auxilio oportuno de Ecio salvó la ciudad. Tras levantar el sitio con algunas pérdidas, el rey godo fue persuadido —mediante un subsidio adecuado— de desviar el ímpetu marcial de sus súbditos hacia una guerra en España.

De todos modos, Teodorico aguardó la ocasión favorable para renovar sus hostilidades. Los godos sitiaron Narbona mientras los borgoñones invadían las provincias belgas, y la seguridad pública era amenazada desde todos los frentes por la unión aparente de los enemigos de Roma. La caballería escita y la actividad de Ecio oponían con éxito una fuerte resistencia por dondequiera. Veinte mil borgoñones murieron en batalla, y los restantes aceptaron con humildad un asentamiento subordinado en las montañas de Saboya[1620] (435-439 d. C.). Las murallas de Narbona habían sido sacudidas por máquinas poderosas, y el pueblo soportaba los extremos del hambre, cuando el conde

Litorio se aproximó en silencio y, llevando cada jinete dos sacos de harina en la grupa, arrolló las trincheras enemigas. El sitio se levantó de inmediato y la victoria decisiva, atribuida a la maestría de Ecio, quedó marcada con la sangre de ocho mil godos.

Pero el patricio debió ausentarse, llamado con urgencia a Italia por intereses públicos o privados, y tomó el mando el conde Litorio, cuya audacia pronto descubrió qué talentos diferentes se necesitan para manejar un ala de caballería que para dirigir las operaciones de una guerra importante. Al mando de una hueste de hunos, avanzó con temeridad hasta las puertas de Tolosa, lleno de menosprecio para con un enemigo cuyos infortunios lo volvían prudente y la situación, desesperado. Las predicciones de los augures habían inspirado a Litorio tal confianza que se veía entrando triunfante en la capital goda. La fe que depositaba en sus aliados paganos lo llevó a rechazar las condiciones decorosas de paz que le propusieron reiteradamente los obispos en nombre de Teodorico. El rey godo mostró en su desamparo el contraste edificante de su piedad y moderación, pues no dejó a un lado el cilicio y la ceniza hasta estar armado para el combate. Sus soldados, animados por un entusiasmo militar y religioso, asaltaron el campamento de Litorio. La contienda fue encarnizada, y la matanza, recíproca. El general romano, tras una derrota total, debida sólo a una temeridad desatinada, entró efectivamente por las calles de Tolosa, pero no en su triunfo, sino en el de su enemigo; y la desdicha que padeció en su largo e ignominioso cautiverio excitó la compasión de los propios bárbaros.[1621] Tanta pérdida en un país exhausto ya de riquezas y de espíritu no sería fácil de recuperar; los godos, asumiendo a su turno sentimientos de ambición y de venganza, habrían plantado su estandarte

victorioso a las orillas del Ródano si la presencia de Ecio no hubiese restablecido el brío y la disciplina de los romanos.[1622] Los dos ejércitos esperaban la señal de una acción decisiva, pero los caudillos, conscientes del poderío del otro y sin confianza en su propia superioridad, envainaron con prudencia sus aceros en el campo de batalla, y su reconciliación fue sincera y permanente.

Aparentemente Teodorico, rey de los visigodos, se hizo acreedor al cariño de sus súbditos, la confianza de los aliados y el aprecio del género humano. Rodeaban su trono seis hijos valerosos, educados en los campamentos bárbaros y en las escuelas de Galia, que estudiaron la teoría de las leyes y de la justicia romana, y a quienes los conceptos armoniosos de Virgilio contribuyeron para suavizar sus modales nativos.[1623] Las dos hijas del rey godo se casaron con los primogénitos del rey suevo y del vándalo, que reinaban en España y en África, pero esas ilustres alianzas acarrearon males y discordias. La reina de los suevos debió llorar la muerte de un marido asesinado atrozmente por su hermano, y la princesa de los vándalos fue víctima de un tirano celoso al que llamaba padre, pues el inhumano Genserico sospechaba que su nuera había conspirado para envenenarlo y castigó el supuesto atentado amputándole la nariz y las orejas, y devolviéndola ignominiosamente a la corte de Tolosa en aquel estado de monstruosidad. Ese horrible acto, increíble en un siglo civilizado, movió a llanto a todos los espectadores, y Teodorico, como padre y rey, se vio obligado a vengarse por tan irreparable injuria. Los ministros imperiales, que siempre fomentaron la discordia entre los bárbaros, suministraron a los godos armas, naves y tesoros para la guerra africana. La crueldad de Genserico se habría vuelto en su contra si el astuto vándalo no se hubiera escudado en el poderío

formidable de los hunos, pues sus ricos regalos y sus apremiantes pedidos incitaron la ambición de Atila, y los designios de Ecio y Teodorico fueron impedidos por la invasión de Galia.[1624]

Los francos, cuya monarquía aún se limitaba a las cercanías del bajo Rin, habían establecido el derecho de sucesión hereditaria en la noble familia de los Merovingios.[1625] Elevaban a sus príncipes en un escudo, emblema del mando militar,[1626] y la costumbre real de la cabellera larga era el distintivo de su nacimiento y dignidad. Sus rizos dorados, que peinaban y adornaban con especial cuidado, caían sobre los hombros y la espalda, mientras que el resto de la nación tenía que afeitarse la parte posterior de la cabeza, dejar mechones sobre la frente y contentarse con el realce del pequeño bigote.[1627] La gran estatura y los ojos azules de los francos delataban su origen germano; su traje ceñido mostraba la forma de sus miembros; la espada pesada colgaba de su cinturón ancho y resguardaban el cuerpo con un gran escudo. Aquellos guerreros bárbaros se ejercitaban desde la primera juventud en correr, saltar, nadar, arrojar la jabalina o el hacha con puntería, abalanzarse sobre un enemigo superior sin titubear y conservar en la vida y en la muerte la reputación invencible de sus antepasados.[1628]

Clodión, el primero de los reyes de larga cabellera cuyo nombre y acciones suenan en la historia auténtica, residía en Dispargo,[1629] aldea o fortaleza cuyo emplazamiento puede ubicarse entre Bruselas y Lovaina. El rey de los francos se enteró por sus espías de que el estado de indefensión de la segunda Bélgica la haría rendirse, al primer ataque, ante el valor de sus súbditos. Se internó con coraje por las malezas y pantanos de la selva Carbonaria,[1630] ocupó Turnay y Cambray, únicas ciudades del siglo V, y extendió sus conquistas hasta el río Soma, por un país desierto, cuyo cultivo y población son producto de

industria más reciente.[1631] Mientras Clodión acampaba en las llanuras del Artois[1632] y celebraba con una seguridad vana y ostentosa el casamiento —posiblemente— de su hijo, la fiesta se interrumpió con la llegada imprevista y desagradable de Ecio, que había atravesado el Soma capitaneando su caballería ligera. Las mesas, que se habían colocado al abrigo de un cerro, a orillas de un agradable riachuelo, se volcaron con violencia, y los francos fueron derrotados antes de que pudieran acudir a sus armas y a sus filas. Su inútil valentía fue fatal sólo para ellos mismos. Los carruajes cargados que seguían su marcha proporcionaron un rico botín; la novia y su comitiva de mujeres debieron aceptar los nuevos amantes que les impuso el trance de la guerra.

Esa ventaja, conseguida por la inteligencia y actividad de Ecio, redundó en algún deshonor sobre el desempeño militar de Clodión; pero pronto volvió en sí, recobró su fuerza y su reputación, y conservó la posesión del reino de Galia desde el Rin al Soma.[1633] En su reinado, y probablemente por el espíritu emprendedor de sus súbditos, las tres capitales, Mentz, Tréveris y Colonia, padecieron los efectos de la crueldad y codicia del enemigo. Los infortunios de Colonia se prolongaron por el dominio perpetuo de los bárbaros, quienes evacuaron las ruinas de Tréveris. La propia Tréveris, que en cuarenta años fue sitiada y saqueada cuatro veces, se mostraba dispuesta a perder la memoria de sus conflictos en las diversiones del circo.[1634] La muerte de Clodión, después de veinte años de gobierno, expuso el reino a la ambición y discordia entre sus dos hijos. El menor, Meroveo,[1635] fue convencido de pedir el auxilio de Roma. Lo recibieron en la corte imperial como aliado de Valentiniano e hijo adoptivo del patricio Ecio, y lo enviaron luego a su patria con espléndidos regalos y las más firmes certezas de amistad y

sostén. En su ausencia, el hermano mayor había solicitado con igual ahínco la ayuda de Atila, quien abrazó una alianza que le facilitaba el paso del Rin y justificaba con un pretexto honorable su invasión de Galia.[1636]

Cuando Atila declaró su ánimo de apoyar a sus aliados vándalos y francos, al mismo tiempo —y casi con espíritu de caballero romántico— el monarca salvaje se manifestó amante y campeón de la princesa Honoria. La hermana de Valentiniano se había educado en el palacio de Ravena, y como su casamiento podía acarrear algún daño al Estado, se la encumbró con el título de Augusta[1637] por sobre toda esperanza de los súbditos más presuntuosos. Pero cuando la bella Honoria llegó a los dieciséis años, abominó de aquella aciaga grandeza que la excluía para siempre del consuelo de un amor honesto. Honoria suspiraba en medio de una pompa vana y desabrida, se entregó a sus impulsos naturales y se arrojó a los brazos de su chambelán Eugenio. Su culpa y vergüenza (tal el lenguaje absurdo del hombre autoritario) salieron a luz con las muestras de su preñez; pero la deshonra de la familia real voló de boca en boca por la indiscreción de la emperatriz Placidia, quien arrojó a su hija, tras un encierro estricto y vergonzoso, al destierro lejano en Constantinopla.

La desdichada princesa pasó doce o catorce años en la compañía molesta de las hermanas de Teodosio y sus doncellas escogidas, a cuya corona no podía aspirar Honoria, y cuyas plegarias monásticas y sempiternas, con ayunos y desvelos, tenía que imitar pese a su desagrado. Su desasosiego por un celibato largo y sin esperanza la urgió a tomar una resolución extraña y desesperada. El nombre de Atila era familiar y extraordinario en Constantinopla, y sus frecuentes embajadas mantenían una comunicación incesante entre su campamento y el palacio

imperial. Impulsada por el cariño o la venganza, la hija de Placidia dejó de lado sus deberes y sus prejuicios, y ofreció entregar su persona a los brazos de un bárbaro cuyo idioma ignoraba, cuya figura no parecía humana y cuya religión y costumbres aborrecía. Con el auxilio de un eunuco fiel, envió a Atila un anillo en prenda de su cariño y le encargó con seriedad que la pidiese por esposa legítima, con la cual estaba comprometido en secreto. Sin embargo, la oferta indecorosa se recibió con frialdad y desdén, y el rey de los hunos siguió redoblando la cantidad de esposas hasta que la pasión más fuerte de la ambición y la codicia desplazó a la de los amoríos. Antes de invadir Galia, Atila pidió formalmente la mano de la princesa Honoria y un reparto justo e igual del patrimonio imperial. Sus antepasados, los antiguos Tanjus, solían demandar de ese modo terminante y amenazador las damas de la China, y la pretensión de Atila no fue menos injuriosa para la majestad de Roma. Se comunicó a los embajadores una negativa templada, pero firme, e incluso fue negado el derecho de sucesión femenina —a pesar de los ejemplos de Placidia y Pulqueria—. También se alegaron compromisos anteriores de Honoria para oponerse al reclamo del amante escita.[1638] Cuando se descubrió la correspondencia de la princesa con el rey de los hunos, se la envió como un objeto de horror de Constantinopla a Italia, se la mantuvo con vida, pero se la casó con un novio desconocido y nominal, antes de que la enclaustraran en una prisión perpetua para llorar las culpas y desventuras que habría podido evitar si no hubiera nacido hija de un emperador.[1639]

Un galo contemporáneo, el instruido y elocuente Sidonio, quien fue luego obispo de Clermont, había prometido a un amigo historiar puntualmente la guerra de Atila. Si su modestia no lo hubiera disuadido de proseguir con esta interesante tarea,

[1640] el escritor habría relatado con la sencillez de la verdad aquellos acontecimientos notables, a los cuales como poeta aludió con metáforas imprecisas y dudosas.[1641] Los reyes de Germania y Escitia, desde el Volga hasta, quizás, el Danubio, obedecieron el llamado de Atila. Desde su aldea real en las llanuras de Hungría, su estandarte se dirigió hacia el Occidente y, después de una marcha de setecientas u ochocientas millas (unos 1200 km), llegó a la confluencia del Rin con el Necker, donde se incorporaron los francos a su aliado, el primogénito de Clodión. Un tropel de bárbaros que vagaran en busca de saqueos podrían elegir el invierno para atravesar el río congelado, pero la numerosa caballería de los hunos requería una cantidad de forrajes y abastos que sólo podían hallarse en estación más templada. La selva Hercinia proveyó de materiales para un puente de barcas, y una miríada de enemigos se desparramó por las provincias belgas sin encontrar resistencia.[1642] La consternación de las Galias fue universal, y la tradición adornó la suerte diversa de sus ciudades con martirios y milagros:[1643] los méritos de san Lupo salvaron Troyes; arrebataron del mundo a san Gervasio para que no presenciase la ruina de Tongres, y las plegarias de santa Genoveva desviaron el rumbo de Atila de las cercanías de París. Pero como la mayoría de las ciudades galas carecían de santos y soldados, fueron sitiadas y arrolladas por los hunos, quienes ejecutaron —por ejemplo, en Metz—[1644] sus prácticas habituales de guerra. Mezclaron en una matanza promiscua a sacerdotes que servían en el altar con niños a quienes el obispo había bautizado en la hora de peligro. Ardió la ciudad floreciente; sólo la capilla aislada de San Esteban podía señalar el sitio de su antigua existencia. Desde el Rin y el Mosela, Atila se internó hasta el corazón de Galia, atravesó el Sena en Auxerre y, después de una

marcha larga y trabajosa, acampó bajo los muros de Orleans. Deseaba asegurar su conquista con la posesión de un puesto aventajado que dominase el tránsito del Loira, y estaba pendiente de la promesa secreta de Sangibán, rey de los alanos, que le ofreció traicionar a la ciudad y rebelarse contra el emperador.

Pero la conspiración fue descubierta y desarmada; Orleans se había fortalecido otra vez con mayores obras y los asaltos de los hunos fueron rechazados con vigor por el valor y lealtad de los soldados o ciudadanos que defendían la plaza. La eficacia pastoral de Aniano, un obispo de santidad y prudencia consumadas, agotó todas las artes de política religiosa para sostener su valor hasta la llegada del auxilio anhelado. Después de un sitio obstinado, las murallas se sacudieron con los embates del ariete. Los hunos ya se hallaban en los arrabales, y el pueblo, incapaz para las armas, yacía exhalando plegarias. Aniano, que contaba los días y las horas con ansiedad, envió a un mensajero de confianza para observar desde las almenas el aspecto de la comarca lejana. El hombre volvió dos veces sin información que trajera esperanzas, pero en su tercer intento mencionó que una pequeña nube asomaba apenas en un extremo del horizonte. «¡Es la ayuda de Dios!» —exclamó el obispo con tono de piadosa confianza, y todo el gentío repitió detrás de él—: «¡Es la ayuda de Dios!». El objeto lejano, donde todos tenían clavada la vista, crecía y se modificaba a cada momento; comenzaron a distinguirse las banderas romanas y godas, y un viento favorable que alejó la polvareda dejó ver la formación de los impacientes escuadrones de Ecio y Teodorico, que se adelantaban al auxilio de Orleans.

La facilidad con que Atila se internó por Galia debe atribuirse no menos a su política sutil que al terror de sus armas.

Sus declaraciones públicas eran mitigadas con habilidad por sus afirmaciones privadas, pues alternativamente halagaba y amenazaba a godos y romanos, y las cortes de Ravena y Tolosa, recelosas entre sí, contemplaban con supina indiferencia el acercamiento de su enemigo común. Ecio era el único guardián de la seguridad pública, pero la facción que desde la muerte de Placidia infestaba el palacio imperial entorpecía sus disposiciones más acertadas. La juventud italiana temblaba con el sonido de las trompetas; y los bárbaros, que por temor o elección se inclinaban hacia la causa de Atila, aguardaban con una fe dudosa el curso de la guerra.

El patricio cruzó los Alpes capitaneando una tropa cuya fuerza y número apenas merecían el nombre de ejército,[1645] pero a su llegada a Arles o a Lyon quedó atónito al saber que los visigodos, desentendiéndose de la defensa de Galia, habían decidido esperar en sus propios territorios al formidable invasor, al que presumían de menospreciar. El senador Avito, quien, después de su honorable ejercicio como prefecto pretoriano, vivía retirado en sus propiedades de Auvernia, fue el encargado de una embajada que desempeñó con habilidad y éxito. Manifestó a Teodorico que un conquistador ambicioso, que aspiraba a dominar el mundo, sólo podía contrarrestarse con la alianza de todas las potencias que éste se afanaba por conquistar. La elocuencia de Avito inflamó a los guerreros godos cuando retrató los agravios que sus antepasados habían recibido de los hunos, cuya saña implacable todavía los perseguía desde el Danubio hasta la falda de los Pirineos. Los urgió con energía, pues era deber de todo cristiano salvar de tanta tropelía sacrílega los templos de Dios y las reliquias de los santos, y cuantos bárbaros se habían afincado en Galia debían defender los campos y los viñedos que usufructuaban del asolamiento de los

pastores escitas.

Teodorico se rindió a la evidencia de la verdad, de inmediato adoptó la medida más prudente y honorable a la vez, y manifestó que, como aliado leal de Ecio y de los romanos, estaba listo para exponer su vida y su reino por la salvación general de Galia.[1646] Los visigodos se hallaban, en ese tiempo, en la cumbre de su fama y poderío, y obedecieron con presteza la señal de la guerra. Prepararon sus armas y caballos, y se unieron bajo el estandarte de su anciano rey, resuelto con sus dos hijos mayores, Turismundo y Teodorico, a mandar en persona a su nación valiente y numerosa. El ejemplo de los godos movió a varias tribus, que estaban, al parecer, indecisas entre los hunos y los romanos. La diligencia infatigable del patricio reunió sucesivamente las tropas de Galia y Germania que antiguamente se habían reconocido súbditos o soldados de la República, pero que ahora clamaban las recompensas del servicio voluntario y la jerarquía de aliados independientes: letos, armóricos, bretones, sajones, borgoñones, sármatas, alanos, ripuarios y los francos que seguían a Meroveo como príncipe legítimo. Tal era la hueste variada que, acaudillada por Ecio y Teodorico, se dirigía en marcha rápida a rescatar Orleans y a combatir al ejército innumerable de Atila.[1647]

Cuando se aproximaron, el rey de los hunos levantó de inmediato el sitio e hizo llamar a la avanzada de sus tropas, que ya estaba saqueando la ciudad recién tomada.[1648]

Atila siempre dejaba que la prudencia guiara su valor, y previendo las consecuencias fatales de una derrota en el corazón de Galia, volvió a cruzar el Sena para esperar al enemigo en las llanuras de Châlons, cuyo terreno parejo y despejado se adaptaba a las maniobras de la caballería escita. Pero en aquella retirada repentina, la vanguardia de los romanos y aliados

presionó en forma continua y, a veces, trabó combate con las tropas que Atila había colocado en la retaguardia. En la oscuridad de la noche y la incertidumbre de los caminos, las columnas enemigas podían encontrarse sin haberlo planeado. Una refriega sangrienta entre francos y gépidos, en la que murieron quince mil bárbaros,[1649] fue el preludio de una acción más general y decisiva. Los campos cataláunicos[1650] se extendían alrededor de Châlons por ciento cincuenta millas (240 km) de largo y cien millas (160 km) de ancho, sobre toda la provincia llamada Champaña, según las medidas inciertas de Jornandes.[1651] La amplia llanura tenía, sin embargo, algunos desniveles; los generales de ambos bandos comprendieron la importancia de una colina que dominaba el campamento de Atila, y pelearon por ella. El joven y valeroso Turismundo fue el primero en subir a la cumbre, y los godos arremetieron sobre los hunos, empeñados en subir por la parte opuesta: la posesión de una plaza tan ventajosa inspiraba a soldados y caudillos enemigos a asegurarse la victoria.

La ansiedad hizo que Atila consultara con sus sacerdotes y augures. Se cuenta que después de examinar las entrañas y raspar los huesos de las víctimas, éstos revelaron en lenguaje misterioso su propia derrota y la muerte de su principal enemigo, y que los bárbaros, aceptaban la equivalencia y manifestaban su estima involuntaria hacia el mérito de Ecio. Pero al ver el inusual desconsuelo de su gente, Atila debió recurrir al trámite, muy común entre los generales antiguos, de enardecer a la tropa por medio de una arenga. Su lenguaje era el de un rey que peleaba y vencía a la cabeza de sus soldados.[1652] Los instó a que consideraran su gloria anterior, el peligro del momento y sus esperanzas futuras. La misma suerte que franqueó los desiertos y pantanos de Escitia y había postrado a sus pies tantas naciones

guerreras reservaba las alegrías, en aquella campiña memorable, para la culminación de sus victorias. Con astucia, y no por prudencia sino por temor, previó los pasos cautelosos, la estricta alianza y el emplazamiento aventajado de los enemigos. Los visigodos eran el único nervio y poderío del ejército contrario, y los hunos podían pisotear tranquilamente a los degenerados romanos, cuya formación cerrada y estrecha revelaba sus aprehensiones, y quienes eran por igual incapaces de soportar los peligros y las fatigas de un día de batalla. Insistió mucho en la doctrina de la predestinación, tan favorable al ímpetu marcial. Aseguró a sus súbditos que los guerreros protegidos por el cielo eran invulnerables ante los flechazos de los enemigos; pero que el destino, siempre certero, traspasaba sus víctimas aun en medio de la paz. «Yo mismo —continuó Atila— lanzaré la primera jabalina, y el desventurado que se niegue a seguir el ejemplo de su soberano queda sentenciado a una muerte inevitable».

El espíritu de los bárbaros revivió con la presencia, la voz y el ejemplo de su intrépido caudillo, y Atila, cediendo a la impaciencia de su gente, formó orden de batalla y se puso en el centro de la línea, a la cabeza de sus valientes y leales hunos. Los pueblos que respondían a él —rugios, hérulos, turingios, francos y borgoñones— se extendían por ambos lados de los extensos campos cataláunicos. Ardarico, rey de los gépidos, comandaba el ala derecha, y tres hermanos valerosos que reinaban sobre los ostrogodos se colocaron a la izquierda, opuestos a las tribus parientes de los visigodos. Los aliados regulaban sus posiciones con otros principios: Sangibano, el desleal rey de los alanos, estaba en el centro, donde pudieran vigilar cuidadosamente sus movimientos y castigar con rapidez su posible traición. Ecio se encargó del ala izquierda, y Teodorico de la derecha, mientras

Turismundo seguía dueño de las alturas, que parecían estirarse por el costado y, tal vez, la retaguardia del ejército escita. Las naciones desde el Volga hasta el Atlántico se reunían en los llanos de Châlons, aunque muchas se habían dividido por bandos, conquistas o migraciones. La similitud de las armas e insignias con que se amenazaban mutuamente brindaba la apariencia de una guerra civil.

La disciplina y la táctica de griegos y romanos forman una parte interesante de sus costumbres nacionales. El estudio atento de las operaciones militares de Jenofonte, César o Federico, descritas por los mismos genios que las idearon y ejecutaron, podría perfeccionar (si tal mejora fuera deseable) el arte de destruir la especie humana, pero la batalla de Châlons sólo puede incentivar la curiosidad por su magnitud, puesto que se decidió por el ímpetu ciego de los bárbaros y está referida por escritores parciales, cuyas profesiones civiles o eclesiásticas los excluían de todo conocimiento en asuntos militares. Sin embargo, Casiodoro había conversado familiarmente con varios guerreros godos que se hallaban en la refriega, «batalla —según le refirieron— desaforada, tenaz y sangrienta como no hubo otra en el presente ni en el pasado». El número de los muertos ascendió a ciento sesenta y dos mil, o a trescientos mil, según otros relatos,[1653] exageraciones increíbles que suponen una pérdida real suficiente para justificar la observación de un historiador de que el desvarío de los reyes puede destruir generaciones enteras en el término de una hora.

Después de mutuas y repetidas descargas, en que sobresalieron los arqueros escitas con su destreza, la infantería y la caballería de ambos ejércitos se mezclaron con furia en un combate cerrado. Los hunos, que peleaban bajo la vista de su rey, penetraron el centro débil y dudoso de los aliados, aislaron

sus flancos y, girando rápidamente sobre su izquierda, dirigieron todas sus fuerzas contra los visigodos. Mientras Teodorico cabalgaba por las filas, recibió un golpe mortal de la pica de Andages, un ostrogodo noble, y cayó de inmediato al suelo. En el desorden general, el rey herido fue pisoteado por su propia caballería; su muerte, tan trascendental, sirvió para explicar la profecía tan ambigua de los augures. Atila ya exultaba en la confianza de su victoria, cuando Turismundo descendió de la colina y completó el resto de la profecía. Los visigodos, que quedaron confundidos ante la huida y la falsedad de los alanos, restauraron gradualmente su orden de batalla y vencieron a los hunos. Atila tuvo que retirarse. El huno expuso su propia persona con la temeridad de un soldado raso, pero sus valientes tropas del centro fueron empujadas más allá de sus líneas; quedaron sin apoyo y desguarnecieron sus flancos. La llegada de la noche salvó a los guerreros de Escitia y Germania de una derrota total. Se retiraron al interior del cerco de carruajes que resguardaba su campamento, desmontaron y se dispusieron a una defensa para la cual no se adaptaban sus armas ni sus ánimos. El éxito era dudoso, pero Atila había previsto un recurso postrero y honorable. Ordenó apilar las sillas de montar y los accesorios de caballería: aquel bárbaro magnánimo tenía resuelto, si forzaban su trinchera, lanzarse a las llamas y privar a los enemigos de la gloria que podría haberles dado la muerte o el cautiverio de Atila.[1654]

Los enemigos habían pasado la noche con igual desorden y ansiedad. La valentía de Turismundo lo había llevado a lanzarse a la persecución, hasta que inesperadamente se encontró con unos pocos seguidores en medio de los carruajes escitas. En la confusión de la pelea nocturna, lo arrojaron del caballo, y habría muerto como su padre si su fuerza juvenil y el arrojo leal de sus

compañeros no lo hubieran rescatado. Del mismo modo, el propio Ecio, en el ala izquierda, quedó separado de sus aliados, ignorante de su victoria y preocupado por su destino, pues tropezó con la tropa enemiga desparramada por las llanuras de Châlons, pero alcanzó por fin el campamento de los godos y debió fortificarse con sólo una ligera fila de escudos hasta el amanecer. Pronto se enteró de la derrota de Atila, quien permanecía inmovilizado en su trinchera, y cuando pudo observar el campo sangriento advirtió con suma complacencia que los bárbaros habían sufrido las mayores pérdidas.

Bajo un montón de cadáveres se descubrió el cuerpo de Teodorico, acribillado de heridas. Sus súbditos lloraron la muerte del rey, pero sus lágrimas se mezclaban con cantos y aclamaciones, y se celebraron los ritos fúnebres en presencia del enemigo vencido. Golpeando sus armas, los godos elevaron sobre un escudo a su primogénito Turismundo, a quien atribuyeron con justicia la gloria de su triunfo, y el nuevo rey aceptó la obligación de su venganza como parte sagrada de la herencia paterna.

Pero los propios godos quedaron asombrados con el aspecto arrogante e incontrastable del antagonista formidable. Sus historiadores compararon a Atila con un león acorralado en su cueva que amenaza a los cazadores con redoblada saña. Los reyes y naciones que hubieran traicionado su estandarte en el momento de necesidad se dieron cuenta de que el disgusto del monarca era el peligro más inminente e inevitable. Los instrumentos de música militar hicieron oír su sonido ruidoso y desafiante, y una vanguardia que se adelantó al asalto cayó bajo un diluvio de flechas que provenía de la trinchera. En el consejo de guerra se acordó sitiar al rey de los hunos en su campamento, cortarle las provisiones y reducirlo a la alternativa de un tratado

desgraciado o una lucha desigual. Pero la impaciencia de los bárbaros pronto desdeñó estas disposiciones cautelosas, y Ecio llegó a temer que, exterminados los hunos, el orgullo y el poder de la nación goda oprimieran la República. El patricio ejerció su autoridad para aplacar las pasiones que el hijo de Teodorico consideraba como parte de su deber, explicó a Turismundo los riesgos de la ausencia y la demora, y lo persuadió de que regresara con rapidez para frustran los intentos de sus hermanos, que podían apropiarse del trono y los tesoros de Tolosa.[1655]

Después de la partida de los godos y la separación del ejército aliado, Atila se sorprendió con el silencio profundo que reinaba por las llanuras de Châlons. La sospecha de alguna estratagema enemiga lo detuvo varios días en su círculo de carruajes, hasta que su retirada más allá del Rin, puso de manifiesto la última victoria conseguida en nombre del Imperio occidental. Meroveo y sus francos, observando a cierta distancia y magnificando sus fuerzas por el número de fogatas encendidas por las noches, siguieron la retaguardia de los hunos hasta que llegaron al confín de Turingia. Los turingios servían en el ejército de Atila: ochenta años después, el hijo de Clodoveo vengó las terribles atrocidades cuando atravesaron el territorio de los francos, pues degollaron rehenes y cautivos y torturaron a doscientas muchachas con implacable saña, las despedazaron con sus caballos o las aplastaron bajo las ruedas de sus pesadísimos carros, dejando sus miembros por las carreteras para pasto de perros y buitres. Así eran aquellos antepasados irracionales, cuyas virtudes han merecido a veces las alabanzas y la envidia de los pueblos civilizados.[1656]

Ni el espíritu, ni las fuerzas, ni la reputación de Atila menguaron con el fracaso de la expedición a Galia, y en la primavera siguiente insistió en su demanda de la princesa

Honoria y sus tesoros. Otra vez rechazaron su pedido o lo eludieron, y el amante airado salió de inmediato al campo, cruzó los Alpes, invadió Italia y rodeó Aquilea con un gran ejército de bárbaros. Éstos no eran especialistas en sitios, que incluso entre los antiguos, requerían de cierto conocimiento o, por lo menos, de cierta práctica. Pero el trabajo de miles de pobladores y cautivos sacrificados sin conmiseración, logró ejecutar las empresas más expuestas y grandiosas. La habilidad de los artífices romanos se usó para el exterminio de su patria. Las murallas de Aquilea fueron embestidas (452 d. C.) por una batería formidable de arietes, torres movibles y máquinas que arrojaban piedras, dardos y fuego,[1657] pues al monarca de los hunos lo movía un contundente impulso de esperanza, temor, competencia e interés por derribar la única barrera que le demoraba la conquista de Italia.

Aquilea era por entonces una de las ciudades más ricas, populosas y fuertes de la costa adriática. Los auxiliares godos que habían servido bajo sus príncipes Alarico y Antala le transmitieron su espíritu indómito, y los ciudadanos todavía recordaban la resistencia gloriosa y exitosa que sus mayores habían opuesto a los bárbaros que lesionaban la majestad de la púrpura romana. El sitio de Aquilea llevó tres meses sin resultados, hasta que la falta de víveres y los clamores del ejército hicieron que Atila desistiera de la empresa. A su pesar, mandó que se recogiesen las tiendas y se retirasen las tropas, pero cuando cabalgaba alrededor de las murallas, pensativo, malhumorado y desilusionado, advirtió una cigüeña que iba a abandonar su nido en una de las torres y huir con su cría hacia el campo. Con la perspicacia de un estadista, usó ese incidente trivial que la suerte ofrecía a la superstición y exclamó en voz alta que un ave tan casera y amante de la compañía humana no

abandonaría su hogar antiguo si no estuviera amenazado por la ruina y la soledad.[1658] Ese augurio favorable inspiró seguridad en la victoria, y el sitio se reanudó con renovados bríos. Se abrió una gran brecha en la parte de la muralla por donde había huido la cigüeña, los hunos fueron al asalto con furia irresistible y dejaron en ruinas la ciudad de Aquilea.[1659]

Después de este castigo atroz, Atila continuó su marcha y a su paso redujo las ciudades de Altino, Concordia y Padua a montones de piedras y cenizas. Los pueblos interiores de Vicenza, Verona y Bérgamo quedaron expuestos a la crueldad rapaz de los hunos. Milán y Padua se rindieron sin resistencia, entregaron sus riquezas y agradecieron la clemencia inusual que preservó de las llamas los edificios y perdonó la vida a la muchedumbre cautiva. Los dichos populares sobre Como, Turín y Módena son sospechosos, pero testimonios más auténticos comprueban que Atila extendió sus estragos por las ricas llanuras de la moderna Lombardía, cortadas por el Po y encerradas por los Alpes y los Apeninos.[1660] Cuando tomó posesión del palacio real de Milán, se sorprendió y ofendió al ver un cuadro que retrataba a los Césares sentados en sus tronos y los príncipes escitas postrados a sus pies. La venganza de Atila contra aquel monumento de la vanidad romana fue ingeniosa e inofensiva, pues mandó a un pintor que invirtiese las figuras y los gestos, y los emperadores quedaron retratados en el mismo lienzo acercándose suplicantes a vaciar sus bolsas de oro con sus tributos ante el trono del monarca escita.[1661] Quienes estaban allí debieron confesar la certeza de aquella alteración, y posiblemente se hayan visto tentados de aplicar la fábula conocida sobre la disputa del león y el hombre.[1662]

Un dicho muy digno del orgullo feroz de Atila refiere que nunca crecía la hierba que pisaba su caballo, pero el bárbaro

fundó, sin haberlo previsto, una república que resucitó el arte y la fuerza de la industria comercial en la Europa feudal. El nombre tan celebrado de Venecia[1663] abarcaba antiguamente una provincia rica y extensa de Italia, desde Panonia hasta el río Adua y desde el Po hasta los Alpes recios y julianos. Cincuenta ciudades venecianas prosperaban antes de la irrupción de los bárbaros: Aquilea ocupaba el sitio más notable, pero la agricultura y las manufacturas sostenían Padua desde hacía mucho tiempo, y las propiedades de quinientos ciudadanos del orden ecuestre ascenderían, según cálculos estrictos, a un millón setecientas mil libras. Muchas familias de Aquilea, Padua y pueblos de la zona, huyendo de la espada de los hunos, hallaron un refugio seguro, aunque oscuro, en las islas cercanas.[1664] En el extremo del golfo donde el Adriático imita débilmente las olas del océano, asoman cerca de cien islitas separadas del continente por aguas superficiales y resguardadas del mar por varios arrecifes que franquean la entrada a las naves por estrechos y recónditos canales.[1665] Hasta mediados del siglo V, aquellos islotes permanecieron sin cultivar, con unos pocos habitantes, y ni siquiera tenían nombre.

Los modales de los venecianos fugitivos, sus profesiones y su gobierno se fueron moldeando poco a poco con su nueva situación. Una carta de Casiodoro,[1666] que describe su estado alrededor de setenta años después, puede considerarse el monumento primitivo de la República. El ministro de Teodorico comparó las islas, en su curioso estilo declamatorio, con aves acuáticas que anidan en el regazo de las olas y, aunque confiesa que las provincias venecianas contenían desde antes muchas familias hidalgas, insinúa que la desventura las había reducido a la miseria y escasez. El pescado era el alimento casi universal de todas las clases; su único tesoro consistía en la

abundancia de sal, que obtenían del mar, un producto tan esencial para la vida humana, equivalente, en los mercados cercanos, a la moneda de oro y plata. Algunas personas cuyas viviendas no se sabía si pertenecían al agua o a la tierra pronto se familiarizaron con ambos elementos, y a la satisfacción de las necesidades no tardó en sucederle la de las ambiciones. Enlazados desde Grado hasta Chiozza, los isleños se internaban por Italia mediante una navegación segura, aunque trabajosa, de los canales y ríos navegables. Sus barcos, que crecían en tamaño y número, visitaban todos los puertos del golfo. Las bodas que Venecia celebraba anualmente con el Adriático las contrajo desde su niñez muy temprana. En la carta que Casiodoro, prefecto del pretorio, dirigió a los tribunos marítimos, los exhortaba con suave autoridad a fomentar el fervor de sus paisanos por el servicio público, pues se requería su auxilio para transportar los almacenes de vino y aceite de Italia a la ciudad real de Ravena. El cargo ambiguo de aquellos magistrados es explicado por la tradición, que supone que en las doce islas principales se elegían doce tribunos o jueces anualmente por elección popular. La existencia de la república veneciana bajo el reino godo de Italia queda evidenciada por ese mismo documento, que aniquila sus reclamos de independencia.[1667]

Los italianos, que habían renunciado al manejo de las armas después de cuarenta años de paz, se sorprendieron por la aproximación de un bárbaro formidable, a quien aborrecían de muerte, tanto como enemigo de su religión como de su República. En medio de la consternación general, sólo Ecio no temía, pero era imposible que lograra sin ayuda una hazaña militar digna de su renombre. Los bárbaros que habían defendido Galia se negaron a auxiliar Italia, y la asistencia ofrecida por el emperador del Oriente era lejana y dudosa. Ecio,

con sus tropas, seguía en campaña acosando y entorpeciendo los pasos de Atila, y nunca mostró tanta grandeza como cuando un pueblo ignorante y desagradecido cuestionó su desempeño.[1668] Si la mente de Valentiniano hubiera sido capaz de algún sentimiento generoso, habría elegido un general como éste para ejemplo y guía, pero el temeroso nieto de Teodosio, en vez de compartir los peligros, escapaba al sonido de la guerra, y su retirada de Ravena a Roma —de una fortaleza inexpugnable a una capital abierta— delataba su intento secreto de huir y abandonar Italia en cuanto hubiera peligro para su persona imperial. Esa vergonzosa abdicación, sin embargo, se suspendió por las dudas y demoras que suelen acompañar las disposiciones pusilánimes y algunas veces corrigen su tendencia perniciosa. Por fin, el emperador de Occidente, el Senado y el pueblo de Roma acordaron con más acierto aplacar, por medio de una embajada solemne y suplicante, las iras de Atila. Encabezó el encargo Avieno, quien, por su nacimiento y riquezas, por su dignidad consular y su gran comitiva de clientes, y por sus prendas personales, descollaba en el Senado romano. Su astucia lo calificaba con creces para las negociaciones públicas o privadas.[1669] Su acompañante Trigecio había sido prefecto pretoriano de Italia. León, obispo de Roma, había consentido en exponer su vida para el salvamento de su grey. El carácter de León[1670] sobresalió en los infortunios públicos y mereció el apodo de Grande por el celo con que trabajó para establecer sus opiniones y su autoridad en nombre de la fe ortodoxa y la disciplina eclesiástica.

Los embajadores romanos entraron en la tienda de Atila, que acampaba donde el manso Mincio se pierde en las olas espumosas del lago Benaco[1671] y había pisoteado con su caballería escita las granjas de Cátulo y de Virgilio.[1672] El

monarca escuchó atento, favorable e, incluso, reverente, y la liberación de Italia se compró con el extraordinario rescate, o dote, de la princesa Honoria. El estado de su ejército facilitó el tratado y apresuró la retirada. Su espíritu militar se había relajado con la riqueza y la indolencia del clima cálido. Los pastores del Norte, acostumbrados a la leche y carne cruda, se satisficieron de pan, vino y manjares aderezados con el arte de los cocineros, y el progreso de las enfermedades vengó hasta cierto punto a los italianos.[1673] Cuando Atila manifestó su ánimo de llevar sus armas victoriosas hasta las puertas de Roma, amigos y enemigos le advirtieron que Alarico había sobrevivido poco a la conquista de la ciudad eterna. Él sabía sobreponerse a los peligros reales, pero lo asaltaron temores imaginarios y no pudo escapar a la misma superstición que tantas veces lo había ayudado en sus intentos.[1674] La elocuencia arrolladora de León, su presencia majestuosa y sus vestimentas sacerdotales despertaron la veneración de Atila para con el padre espiritual del cristianismo. La aparición de los apóstoles san Pedro y san Pablo amenazando al bárbaro de muerte instantánea si rechazaba las instancias de su sucesor, es una de las leyendas más notables de la tradición eclesiástica. La seguridad de Roma merecía la intervención de los seres celestiales: alguna indulgencia se le debe a una fábula representada por el pincel de Rafael y por el cincel de Algardi.[1675]

Antes de salir de Italia, el rey de los hunos amenazó con volver, más implacable aún, si no le entregaban la princesa Honoria en el plazo prescrito en el tratado y, mientras tanto, desahogó su ansiedad añadiendo una hermosa doncella, llamada Ildicona, a la lista de sus innumerables esposas.[1676] Las bodas se celebraron con toda la pompa bárbara en su palacio de madera más allá del Danubio, y el monarca, pasado de vino y sueño, se

retiró en horas tardías al lecho nupcial. Sus sirvientes respetaron sus placeres y su descanso casi todo el día siguiente, hasta que el silencio poco común les produjo sospechas. Entonces intentaron despertar a Atila con gritos agudos y se abalanzaron a la estancia real. Encontraron a la esposa sentada, temblorosa, junto al lecho, tapándose el rostro con su velo y lamentándose por su propio peligro y por la muerte del rey, que había expirado durante la noche.[1677] Se le había roto una arteria y, como yacía de espaldas, lo ahogó un raudal de sangre que en lugar de hallar salida a través de las fosas nasales, volvió a los pulmones y al estómago.

El cadáver se expuso solemnemente en medio de la llanura, bajo un pabellón de seda, y escuadrones escogidos de los hunos, girando parsimoniosamente a su alrededor, entonaban loas a la memoria de su héroe, glorioso en vida, invencible en la muerte, padre de su pueblo, azote de sus enemigos y terror del mundo. Según costumbre nacional, los bárbaros se cortaron parte del cabello, lastimaron sus rostros con heridas horribles y lloraron a su héroe valeroso como lo merecía, no con lágrimas de mujer, sino con sangre de guerreros. Encerraron los restos de Atila con tres ataúdes, de oro, de plata y de hierro, lo enterraron de noche en gran secreto y mataron inhumanamente a los cautivos que habían cavado la sepultura. Aquellos mismos hunos, que se extremaron en su duelo, festejaron después con júbilo disoluto junto al sepulcro reciente de su soberano. En Constantinopla se contó que la noche de su fallecimiento, Marciano vio en sueños el arco de Atila partido en dos. Este relato comprueba lo muy presente que el emperador romano tenía siempre la figura de aquel bárbaro formidable.[1678]

La revolución que derribó el Imperio de los hunos arraigó la fama de Atila, cuyo espíritu solo sostuvo tan extensa e inconexa

urdimbre. Después de su muerte, los caudillos más valientes aspiraron a la jerarquía de reyes, los reyes más poderosos se negaron a reconocer un superior y los numerosos hijos que el rey difunto había tenido con tantas mujeres se dividieron y disputaron, como herencia particular, el mando supremo de las naciones de Germania y Escitia. El osado Ardarico manifestó su desagrado por aquella partición servil, y sus vasallos, los belicosos gépidos y los ostrogodos, capitaneados por tres hermanos valerosos, enardecieron a sus aliados para recuperar sus derechos de libertad y soberanía. En un combate sangriento y decisivo a orillas del río Netad, en Panonia, la lanza de los gépidos, la espada de los godos, la flecha de los hunos, la infantería sueva, las armas ligeras de los hérulos y las pesadas de los alanos se enfrentaron o se apoyaron mutuamente, y la victoria de Ardarico dejó una matanza de treinta mil enemigos. Elac, el primogénito de Atila, perdió la corona y la vida en tan memorable batalla. Su valentía lo había elevado joven al trono de los acatzires, pueblo escita al que sometió; su padre, amante de todo mérito, habría envidiado la muerte de Elac.[1679] Su hermano Dengisich —con un ejército de hunos aún temibles en su fuga y su ruina— conservó su territorio más de quince años sobre las orillas del Danubio. El palacio de Atila, con el antiguo país de Dacia, desde los montes Cárpatos hasta el Euxino, fue el asiento de una potencia nueva levantada por Ardarico, rey de los gépidos. Los ostrogodos ocuparon las conquistas de Panonia desde Viena a Sirmio. Los asentamientos de cuantas tribus habían declarado su independencia se repartieron según el alcance de sus respectivas fuerzas. Rodeado y acosado por los esclavos de su padre, el reino de Dengisich quedó confinado al recinto de sus carruajes. Su desesperación lo llevó a invadir el Imperio oriental, pero cayó en la batalla, y su cabeza, clavada en

el hipódromo, ofreció un espectáculo grato al pueblo de Constantinopla.

Atila, por cariño o por superstición, había creído que Irnac, su hijo menor, estaba destinado a perpetuar la gloria de su raza. El carácter de aquel príncipe, que intentó moderar la imprudencia de su hermano Dengisich, se adaptaba mejor al estado menguante de los hunos, e Irnac, con sus hordas vasallas, se retiró al corazón de la Escitia menor. Pronto los aplastó la oleada de nuevos bárbaros que seguían el mismo rumbo descubierto antes por sus antepasados. Los geugenes o avares, cuya residencia correspondía, según los escritores griegos, a las costas del océano, empujaron a las tribus contiguas, hasta que al fin los igures del Norte, saliendo de las heladas regiones siberianas que brindan las pieles más preciosas, se tendieron por las estepas hasta el Borístenes y las puertas del Caspio, y finalmente exterminaron el Imperio de los hunos.[1680]

Aquel acontecimiento podía haber contribuido a la salvación del Imperio, bajo el reinado de un príncipe que se granjeara la amistad sin perder el aprecio de los bárbaros; pero el emperador de Occidente, el débil y disoluto Valentiniano, que había llegado a los treinta y cinco años sin alcanzar la edad de la razón y del valor, abusó de esta seguridad aparente (454 d. C.) y socavó su propio trono matando al patricio Ecio. Por su ánimo ruin y celoso odiaba al varón celebrado por todos como el pavor de los bárbaros y el sostén de la República. El nuevo favorito de Valentiniano, el eunuco Heraclio, despertó al emperador del letargo que, en vida de Placidia,[1681] se disimulaba con su cariño filial.

La fama de Ecio, su riqueza y predicamento, su comitiva numerosa de seguidores bárbaros, sus poderosos dependientes, que desempeñaban los cargos del Estado, y la esperanza de su

hijo Gaudencio —comprometido con Eudoxia, hija del emperador— lo habían encumbrado sobre la jerarquía de súbdito. Los anhelos ambiciosos que le achacaban despertaron los celos de Valentiniano. Ecio, por su parte, engreído con sus merecimientos, sus servicios y, quizá, con su inocencia, se manejaba al parecer altanera e indiscretamente. Ofendió a su soberano con sus declaraciones hostiles y agravó la ofensa al presionarlo a ratificar, con solemne juramento, un tratado de reconciliación y alianza. Pregonó sus recelos, descuidó su propia seguridad y, en la vana confianza de que el enemigo a quien despreciaba era incapaz de un delito varonil, se arriesgó con imprudencia a presentarse en el palacio de Roma.

Mientras el patricio urgía, quizá con demasiada vehemencia, el desposorio de su hijo, Valentiniano desenvainó la espada por primera vez en su vida y la hincó en el pecho del salvador de su Imperio. Acudieron cortesanos y eunucos a imitar a su dueño, y Ecio, acribillado de heridas, cayó muerto delante del emperador. También mataron en ese momento a Boecio, prefecto del pretorio, y antes de que se divulgase la noticia, los amigos principales del patricio, llamados a palacio, fueron asesinados uno por uno. El emperador comunicó de inmediato el hecho horrendo —disfrazado de justicia y necesidad— a sus tropas, sus súbditos y sus aliados. Las naciones extranjeras y aun las enemigas de Ecio lloraron generosamente el indigno destino de aquel héroe; los bárbaros a su servicio disimularon el dolor y el odio que abrigaban, y el menosprecio público que siempre había acarreado Valentiniano se trocó de improviso en aborrecimiento intenso y universal. Semejantes sentimientos casi nunca trascienden hasta el interior de un palacio; sin embargo, el emperador quedó confundido con la contestación honesta de un romano cuya aprobación ansiaba: «No me constan, señor, sus

motivos ni las provocaciones; sólo sé que habéis obrado como un hombre que con su mano izquierda se corta la derecha».[1682]

Parece que el lujo de Roma atrajo las prolongadas y frecuentes visitas de Valentiniano, a quien despreciaban allí más que en cualquier otra parte de sus dominios. Un espíritu republicano revivió en el Senado, cuando su autoridad y aun sus disposiciones eran imprescindibles para sostener su débil gobierno. El comportamiento soberbio de un monarca hereditario lastimaba su orgullo, y los deleites de Valentiniano agraviaban la paz y el honor de las familias nobles. La emperatriz Eudoxia lo igualaba en nacimiento, y sus encantos y afecto merecían esos testimonios amorosos que su inconstante marido desperdiciaba en oscuros e ilegítimos encuentros.

Petronio Máximo, un rico senador de la familia Anicia, dos veces cónsul, tenía una esposa tan linda como recatada; su porfiada resistencia exacerbó el deseo de Valentiniano, quien resolvió satisfacerlo con engaños o por la fuerza. El juego fuerte era uno de los vicios de la corte, y el emperador, que por suerte o por tretas había ganado a Máximo una gran cantidad de dinero, le exigió el anillo como fianza de la deuda. Con un mensajero de confianza lo envió ante la mujer, y le ordenó, en nombre del marido, que se presentase de inmediato a la emperatriz Eudoxia. La desprevenida mujer de Máximo fue trasladada al palacio en su litera, los emisarios del amante impaciente la condujeron a un dormitorio alejado y silencioso, y Valentiniano atropelló sin reparo las leyes de la hospitalidad. Sus lágrimas, cuando regresó al hogar, su desconsuelo entrañable y sus amargas reconvenciones al marido, a quien consideraba cómplice de su vergüenza, movieron al senador a un justo desagravio. El deseo de venganza fue acicateado por la ambición, pues Máximo podía aspirar, con el voto libre del Senado

romano, al trono de un competidor odiado y despreciable.

Valentiniano, quien suponía que todo corazón humano estaba desprovisto, como el suyo, de amistad y agradecimiento, admitió con torpeza en su guardia a varios criados y seguidores de Ecio. Dos de ellos, de origen bárbaro, fueron convencidos de ejecutar un deber sagrado y honorable castigando de muerte al asesino de su señor, y muy pronto encontraron un momento favorable. Mientras Valentiniano se entretenía en el campo de Marte con la vista de algunos juegos militares, se abalanzaron sobre él con las espadas desenvainadas, atravesaron al culpable Heraclio y traspasaron el corazón del emperador, sin encontrar oposición por parte de la comitiva que, al parecer, se complacía con la muerte del tirano (16 de marzo de 455). Tal fue el destino de Valentiniano III,[1683] último emperador romano de la familia de Teodosio. Había imitado fielmente la flaqueza hereditaria del primo y de los dos tíos, sin haber heredado la apacibilidad, la pureza y la inocencia que aliviaban sus caracteres. Valentiniano era menos disculpable por cuanto tenía pasiones sin virtudes. Aun su religión era cuestionable y aunque nunca se desvió por el camino de la herejía, escandalizó a los cristianos piadosos con su apego a las artes profanas de la magia y la adivinación.

Desde los tiempos de Cicerón y Varrón, los augures romanos opinaban que los doce buitres vistos por Rómulo simbolizaban los doce siglos prefijados como plazo fatal de su ciudad.[1684] La profecía, desatendida en momentos de prosperidad, infundió en el pueblo oscuras aprehensiones porque el duodécimo siglo casi terminaba oscurecido por nubarrones de infortunio.[1685] La posteridad debe reconocer con extrañeza que la interpretación arbitraria de una circunstancia accidental y fabulosa se cumplió formalmente con la ruina del

Imperio de Occidente. Pero augurios más confiables que el vuelo de los buitres anunciaron la catástrofe, pues el gobierno romano se mostraba cada día menos formidable para sus enemigos y más odioso y opresivo para los súbditos.[1686] Los impuestos crecían con la escasez pública. Cuanto más se necesitaba la economía, más se la descuidaba, y la injusticia de los ricos aumentaba la carga desproporcionada de sus hombros sobre los del pueblo, al que negaban las gratificaciones que habrían podido aliviar su miseria. Las requisas violentas con que confiscaban sus bienes y martirizaban sus personas llevaban a los súbditos de Valentiniano a preferir la tiranía más sencilla de los bárbaros, a huir por los bosques y los riscos o a acogerse a la vil y abyecta condición de sirvientes pagados. Ellos abjuraban y aborrecían el nombre de «ciudadanos de Roma» que antiguamente había ambicionado toda la humanidad. Las provincias armóricas de Galia y la mayor parte de España se lanzaron a una desordenada independencia con las confederaciones de bagaudas, mientras los ministros imperiales perseguían con leyes proscriptivas y armas inservibles a los rebeldes que ellos mismos habían creado.[1687] Aun cuando todos los bárbaros hubieran sido aniquilados en el mismo momento, su exterminio absoluto no habría restablecido el Imperio de Occidente; y si Roma sobrevivió, lo hizo sin libertad, virtud ni honor.

XXXVI

GENSERICO, REY DE LOS VÁNDALOS, SAQUEA ROMA - SUS PIRATERÍAS - SUCESIÓN DE LOS ÚLTIMOS EMPERADORES DE OCCIDENTE: MÁXIMO, AVITO, MAYORIANO, SEVERO, ANTEMIO, OLIBRIO, GLICERIO, NEPOTE, AUGÚSTULO - EXTERMINIO ABSOLUTO DEL IMPERIO DE OCCIDENTE - REINADO DE ODOACRO, PRIMER REY BÁRBARO DE ITALIA

La pérdida o asolamiento de las provincias desde el océano a los Alpes debilitó la gloria y la grandeza de Roma: la separación de África destruyó irremediablemente su prosperidad interna. Los insaciables vándalos confiscaban los estados patrimoniales de los senadores (439-455 d. C.) y secuestraban los subsidios regulares que aliviaban la pobreza y alentaban la holgazanería de los plebeyos. Las penurias de los romanos pronto se vieron agravadas por un ataque inesperado: un bárbaro ambicioso armó contra ellos la provincia que desde hacía tanto tiempo era cultivada por súbditos trabajadores y obedientes para abastecerlos. Los vándalos y los alanos, que seguían el estandarte triunfador de Genserico, habían adquirido un territorio rico y fértil que se extendía por la costa más de 90 jornadas desde Tánger a Trípoli; pero confinaban sus estrechos límites, a cada lado, el desierto arenoso y el Mediterráneo. El descubrimiento y la conquista de las naciones negras que podían habitar la zona tórrida no incitó la ambición sensata de Genserico; pero tendió la vista por el mar, resolvió crear un poder naval y su audaz resolución fue ejecutada con firmeza y vigorosa perseverancia. Los bosques del monte Atlas proporcionaban una fuente de

madera inextinguible; sus nuevos súbditos eran hábiles en las artes de la navegación y en la construcción de naves; alentó a sus osados vándalos a emprender un género de guerra que sometería a cualquier país marítimo accesible a sus armas; la esperanza de botines atrajo a moros y demás africanos; y tras seis siglos, las flotas que salían del puerto de Cartago reclamaban otra vez el imperio del Mediterráneo. El éxito de los vándalos, la conquista de Sicilia, el saqueo de Palermo y los frecuentes desembarcos en la costa de Lucania despertaron y alarmaron a la madre de Valentiniano y a la hermana de Teodosio. Se formaron alianzas y se prepararon armamentos costosos e ineficaces para destruir al enemigo común, que reservaba su coraje para enfrentar aquellos peligros que su política no pudiera prevenir o eludir. Los planes del gobierno romano fueron frustrados repetidamente por sus astutas dilaciones, promesas ambiguas y concesiones aparentes; y la intervención de su formidable cómplice, el rey de los hunos, retiró a los emperadores de la conquista de África para cuidar de su propia seguridad. Las revoluciones palaciegas, que dejaban el Imperio occidental sin defensor y sin un príncipe legítimo, disiparon los temores y estimularon la avaricia de Genserico. Preparó inmediatamente una numerosa flota de vándalos y moros y ancló a la embocadura del Tíber, aproximadamente tres meses después de la muerte de Valentiniano y de la llegada de Máximo al trono imperial.

La vida privada del senador Petronio Máximo[1688] se solía citar como un raro ejemplo de felicidad humana. Su nacimiento era noble e ilustre, puesto que descendía de la familia Anicia; su dignidad estaba respaldada por un adecuado patrimonio en tierras y dinero, y estas ventajas de la fortuna estaban acompañadas por la afición a las artes y los modales decentes, que adornan o imitan los dones inestimables del genio y la

virtud. El lujo de su palacio y su mesa era hospitalario y elegante. Siempre que Máximo aparecía en público se rodeaba de una comitiva agradecida y obsequiosa;[1689] y es posible que entre ellos pudiera merecer y tener algunos amigos reales. Sus méritos fueron recompensados con el favor del príncipe y el Senado; ejerció el cargo de prefecto pretoriano de Italia tres veces, dos veces fue investido con el Consulado, y obtuvo la jerarquía de patricio. Estos honores civiles no eran incompatibles con la satisfacción del ocio y la tranquilidad; sus horas se repartían cuidadosamente con un reloj de agua entre las demandas del placer y de las tareas; y esta economía del tiempo puede mostrar el concepto que tenía Máximo de su propia dicha. La injuria que recibió del emperador Valentiniano parece disculpar la más sangrienta revancha. Sin embargo, un filósofo podría reflexionar que si la resistencia de su esposa había sido sincera, su castidad quedaba intacta; y que nunca sería restaurada si había consentido en algo a la voluntad del adúltero. Un patriota hubiera vacilado antes de sumergirse a sí mismo y a su país en aquellas calamidades inevitables que debían seguir la extinción de la casa real de Teodosio. El imprudente Máximo desatendió estas útiles consideraciones: satisfizo su resentimiento y ambición, contempló a sus pies el cadáver ensangrentado de Valentiniano, y se oyó saludar emperador con la voz unánime del Senado y del pueblo. Pero el día de su investidura fue el último día de su felicidad. Quedó apresado (tal es la viva expresión de Sidonio) en el palacio, y tras pasar la noche en vela, comprendió que había llegado a la cumbre de sus anhelos y sólo aspiró a descender de esa peligrosa elevación. Agobiado por el peso de la diadema, comunicó sus preocupaciones a su amigo y cuestor Fulgencio, y cuando miró atrás, con inservible remordimiento, los placeres seguros de su

vida anterior, el emperador exclamó: «¡Oh, venturoso Damocles; tu reinado empezó y finalizó en el mismo banquete!», una conocida alusión, que luego Fulgencio repitió como una lección instructiva para príncipes y súbditos.[1690]

El reinado de Máximo continuó aproximadamente tres meses. Había perdido el control de sus horas, que se alteraban con el remordimiento o la culpa o el terror; y su trono se sacudía con la sedición de los soldados, el pueblo y la alianza de los bárbaros. El matrimonio de su hijo Paladio con la primogénita del difunto emperador podía tender a consolidar la sucesión hereditaria de su familia; pero la violencia con que atropelló a la emperatriz Eudoxia sólo pudo provenir del impulso ciego de la lujuria o la venganza. La muerte había quitado oportunamente de en medio a su propia esposa, la causa de estos trágicos acontecimientos; y la viuda de Valentiniano se vio obligada a violar su decoroso luto, y tal vez su pena verdadera, y someterse a los abrazos de un usurpador presuntuoso, a quien suponía asesino de su difunto esposo (12 de junio de 455 d. C.). Estas sospechas fueron pronto confirmadas por la indiscreta confesión del propio Máximo; e innecesariamente provocó el odio de su ya reacia novia, que aún era consciente de que descendía de una línea de emperadores. Sin embargo, Eudoxia no podía esperar de Oriente ninguna ayuda eficaz: su padre y su tía Pulqueria estaban muertos; su madre languidecía en Jerusalén, desterrada y desvalida, y el cetro de Constantinopla estaba en manos de un extraño. Miró hacia Cartago, imploró secretamente el auxilio del rey de los vándalos, y persuadió a Genserico de mejorar esta buena oportunidad disimulando sus codiciosos planes tras los nombres engañosos del honor, la justicia y la compasión.[1691] Cualesquiera que fueran las habilidades que Máximo mostró en un rango

subordinado, fue incapaz de administrar un imperio; y aunque pudo informarse fácilmente de los preparativos navales que se hacían en la costa de África, esperó con total indiferencia la llegada del enemigo, sin adoptar ninguna medida de defensa, negociación o retirada oportuna. Cuando los vándalos desembarcaron en la boca del Tíber, el clamor de una multitud trémula y airada despertó súbitamente al emperador de su letargo. La única esperanza que se le presentó a su mente atónita fue una huida precipitada; y exhortó a los senadores a imitar el ejemplo de su príncipe. Pero tan pronto como Máximo apareció en las calles fue asaltado por una lluvia de piedras; un soldado romano o borgoñón reclamó el honor de la primera herida; su cuerpo mutilado fue echado con ignominia al Tíber; el pueblo romano celebró el castigo impuesto al autor de las calamidades públicas y la servidumbre de Eudoxia demostró su afán por la causa de su ama.[1692]

Tres días después del tumulto, Genserico avanzó osadamente desde el puerto de Ostia hasta las puertas de la ciudad indefensa (15-29 de junio de 455 d. C.). En vez de la juventud romana, fluyó por las puertas una procesión desarmada y venerable del obispo acaudillando a su clero.[1693] El valeroso espíritu de León, su autoridad y elocuencia, mitigó nuevamente la ferocidad de un conquistador bárbaro: el rey de los vándalos prometió dejar a la muchedumbre indefensa, resguardar del fuego los edificios y eximir a los cautivos del tormento; y aunque esas órdenes nunca se dieron seriamente ni se obedecieron con puntualidad, la mediación de León fue gloriosa para sí mismo, y hasta cierto punto beneficiosa para su país. Pero Roma y sus habitantes fueron entregados al desenfreno de vándalos y moros, cuyas ciegas pasiones vengaron las injurias a Cartago. El saqueo duró catorce días con sus

noches, y las riquezas públicas o privadas que aún quedaban, los tesoros sagrados o profanos, fueron transportados rápidamente a los bajeles de Genserico. Entre los trofeos, las espléndidas reliquias de dos templos, o más bien de dos religiones, mostraron un ejemplo memorable de las vicisitudes de los asuntos humanos y divinos. Desde la abolición del paganismo, el Capitolio había sido violado y abandonado; sin embargo, aún se respetaban las estatuas de los dioses y los héroes; y el curioso techo de bronce dorado fue reservado para las codiciosas manos de Genserico.[1694] Los instrumentos sagrados de la religión judía,[1695] la mesa de oro y el cirial, igualmente de oro, con sus siete brazos, fabricado originalmente según las instrucciones particulares del mismo Dios y colocado en el santuario de su templo, habían sido expuestos ostentosamente al pueblo romano con el triunfo de Tito. Luego se depositaron en el templo de la Paz, y después de 400 años, los despojos de Jerusalén fueron trasladados de Roma a Cartago por un bárbaro oriundo de las playas del Báltico. Aquellos monumentos antiguos podían atraer la curiosidad no menos que la codicia. Pero las iglesias cristianas, enriquecidas y adornadas con la superstición dominante de la época, ofrecían materiales más abundantes para el sacrilegio; y la piadosa liberalidad del papa León, que derritió seis vasos de plata regalados por Constantino, de cien libras (46 kg) cada uno, es una evidencia del daño que intentaba reparar. En los cuarenta y cinco años que mediaban desde la invasión goda, se habían restaurado en cierta medida la pompa y el lujo de Roma; y era difícil evadir o satisfacer la avaricia de un conquistador que tenía tiempo para recolectar, y barcos para transportar, la riqueza de la capital. Los adornos imperiales del palacio, los magníficos muebles y vestimentas, los aparadores de plata maciza, se fueron acumulando en una rapiña

desordenada: el oro y la plata ascendían a miles de talentos; pero hasta los metales y el cobre se recolectaron trabajosamente. La misma Eudoxia, que fue a encontrarse con su amigo y libertador, pronto lamentó la imprudencia de su propia conducta. La despojaron violentamente de sus joyas, y la desafortunada emperatriz, con sus dos hijas, la única descendencia viva del gran Teodosio, se vio obligada a seguir como cautiva al altivo vándalo, que inmediatamente levó anclas y retornó con una travesía favorable al puerto de Cartago.[1696] Miles de romanos de ambos sexos, elegidos por alguna cualidad provechosa o agradable, embarcaron a su pesar en la flota de Genserico; y sus penurias se agravaron cuando los bárbaros insensibles, en el reparto de botín, separaron a las esposas de sus maridos y a los hijos de sus padres. La caridad de Deogracias, obispo de Cartago,[1697] fue su único consuelo y apoyo. Vendió generosamente el oro y la plata de las iglesias para comprar la libertad de algunos, aliviar la esclavitud de otros y acudir a las necesidades y dolencias de una muchedumbre cautiva cuya salud se había debilitado por las privaciones que había sufrido en el tránsito de Italia a África. Por su disposición, dos grandes iglesias se convirtieron en hospitales; repartieron a los enfermos en camas apropiadas y les suministraron abundante comida y medicinas; y el anciano prelado repetía sus visitas día y noche, con una asiduidad superior a sus fuerzas y un cariño tan tierno que realzaba el valor de sus servicios. Compárese este cuadro con el campo de Canas, y júzguese entre Aníbal y el sucesor de san Cipriano.[1698]

Las muertes de Aecio y Valentiniano habían relajado los lazos que mantenían a los bárbaros de la Galia en paz y subordinación (10 de julio de 455 d. C.). Los sajones infestaban la costa, los alamanes y los francos avanzaron desde el Rin hasta

el Sena, y la ambición de los godos parecía cavilar conquistas más extensas y permanentes. El emperador Máximo se liberó del peso de esas preocupaciones distantes con una elección sensata; silenció las solicitudes de sus amigos, escuchó la voz de la fama, y promovió a un extraño al mando general de las fuerzas en la Galia. Avito,[1699] el extraño cuyo mérito fue recompensado tan noblemente, descendía de una familia rica y honrada de la diócesis de Auvernia. Las vicisitudes de la época lo obligaron a seguir con el mismo ahínco las profesiones militar y civil, y su incansable juventud combinó el estudio de la literatura y la jurisprudencia con el ejercicio de las armas y de la caza. Dedicó 30 años de su vida de manera encomiable al servicio público, y mostró su talento alternativamente en la guerra y en las negociaciones; y el soldado de Aecio, después de desempeñar las embajadas más importantes, fue elevado a la jerarquía de prefecto pretoriano de la Galia. Sea que el mérito de Avito excitara la envidia o que su moderación deseara el reposo, desde entonces se retiró apaciblemente a un estado que poseía en las cercanías de Clermont. Una corriente caudalosa, que fluía de la montaña y se precipitaba en cascadas sonoras y espumosas, descargaba sus aguas en un lago de cerca de dos millas (3,2 km); y la villa se ubicaba en la agradable orilla del lago. Los baños, los pórticos, las viviendas de verano e invierno estaban hechos para el lujo y la comodidad; y los campos vecinos proporcionaban un panorama variado de bosques, colinas y praderas.[1700] En aquel retiro, donde Avito pasaba su tiempo entre libros, recreos campesinos, el ejercicio de la agricultura y la sociedad de sus amigos,[1701] recibió el diploma imperial que lo constituía maestre general de la infantería y caballería de la Galia. Asumió el mando militar; los bárbaros contuvieron su ira; y cualesquiera que fueran los medios empleados, cualesquiera las concesiones,

el pueblo disfrutó los beneficios de una verdadera tranquilidad. Pero la suerte de la Galia dependía de los visigodos; y el general romano, menos atento a su propia dignidad que al interés público, no desdeñó visitar Toulouse en carácter de embajador. Teodorico, el rey de los godos, lo recibió con cortés hospitalidad; pero mientras Avito establecía las bases de una sólida alianza con aquella nación poderosa, se sorprendió con la noticia de que el emperador Máximo había sido muerto y Roma saqueada por los vándalos. Un trono vacante al que podía acceder sin culpa ni peligro tentó su ambición;[1702] y los visigodos fueron persuadidos fácilmente de apoyar su reclamo con su incontestable voto (15 de agosto de 455 d. C.). Gustaban de su persona, respetaban sus virtudes, y no desconocían las ventajas y el honor que significaba darle un emperador a Occidente. Se aproximaba el momento de la asamblea anual de las siete provincias en Arles; la presencia de Teodorico y sus hermanos militares tal vez pudieran influenciar las deliberaciones; pero su elección se inclinaría naturalmente al más ilustre de sus compatriotas. Avito, tras alguna decorosa resistencia, aceptó la diadema imperial de los representantes de la Galia, y la aclamación de los bárbaros y los provincianos ratificaron su elección. Se solicitó y se obtuvo el consentimiento formal de Marciano, emperador de Oriente; pero el Senado, Roma e Italia, aunque humilladas por sus calamidades recientes, se sometieron con un secreto murmullo a la jactancia del usurpador galo.

Teodorico, a quien Avito debía la púrpura, había adquirido el cetro godo matando a su hermano mayor Turismundo; y justificaba este acto atroz con el plan ideado por su antecesor de violar su alianza con el Imperio.[1703] Un crimen podía no ser incompatible con las virtudes de un bárbaro; pero los modales

de Teodorico eran amables y humanos, y la posteridad puede contemplar sin terror el retrato original de un rey godo, a quien Sidonio había observado íntimamente en tiempos de paz y de trato social. En una carta fechada en la corte de Toulouse, el orador satisface la curiosidad de uno de sus amigos con la descripción siguiente:[1704]

> «Por la majestad de su apariencia, Teodorico impondría respeto a quienes desconocieran sus virtudes; y aunque nació príncipe, su mérito dignificaría cualquier posición social. Es de mediana estatura, más bien grueso que gordo, y en sus miembros bien proporcionados, la agilidad se une a la fuerza física.[1705] Si examinas su rostro, distinguirás una alta frente, cejas grandes y pobladas, nariz aguileña, labios delgados, una hilera regular de dientes blancos, y una tez blanca que se sonroja más a menudo por modestia que por enojo. La distribución habitual de su tiempo, por lo que se ve en público, se puede detallar concisamente. Antes del amanecer, acude con una escasa comitiva a su oratorio particular, donde oficia el clero arriano; pero quienes presumen de conocer sus sentimientos secretos consideran esta asidua devoción como un efecto del hábito y la política. Emplea el resto de la mañana en la administración de su reinado. Algunos oficiales militares de aspecto y comportamiento decentes rodean su asiento; la ruidosa muchedumbre de sus guardias bárbaros ocupan la antesala de audiencia, pero no se les permite pasar los velos o cortinas que ocultan la sala del consejo a los ojos del vulgo. Los embajadores de las naciones van entrando sucesivamente; Teodorico escucha con atención, les responde con discreta

brevedad, y anuncia o posterga, según la naturaleza del asunto, su resolución final. A las ocho (la hora segunda) se levanta del trono y visita su tesoro o sus establos. Si elige salir a cazar, o al menos cabalgar para ejercitarse, un joven íntimo le lleva el arco; pero cuando la caza comienza, lo toma en sus manos y rara vez yerra su objetivo; como rey, desdeña llevar armas en una lucha tan innoble, pero como soldado, se avergonzaría de aceptar un servicio militar que pudiera hacer por sí mismo. Diariamente su comida es igual a la de cualquier ciudadano; pero todos los sábados invita a muchos huéspedes honorables a la mesa real, que en esas ocasiones se sirve con la elegancia de los griegos, la abundancia de los galos y el orden y la diligencia de los italianos.[1706] Sus alhajas de oro y plata no sobresalen tanto por el peso como por el brillo y la curiosa fabricación: el gusto se satisface sin la ayuda del lujo extranjero y costoso, el tamaño y el número de las copas de vino se regulan mirando estrictamente las reglas de la templanza, y el respetuoso silencio que se guarda sólo se interrumpe con conversaciones graves e instructivas. Después de comer, Teodorico a veces se complace con una breve siesta, y no bien se levanta pide dados y tableros, les solicita a los amigos que olviden la majestad real y se deleita cuando expresan libremente las pasiones que les despiertan los incidentes del juego. En este juego, del que gusta como imagen de la guerra, muestra alternativamente su afán, su habilidad, su paciencia y su temperamento alegre. Ríe cuando pierde y es modesto y silencioso cuando gana. Pero en medio de esta indiferencia aparente, sus cortesanos eligen los

momentos de victoria para solicitar cualquier favor; y yo mismo, en mis solicitudes al rey, he sacado algún beneficio cuando pierdo.[1707] Cerca de la hora novena (las tres de la tarde) vuelve la marea de ocupaciones y fluye incesantemente hasta el anochecer, cuando la señal de la cena real despide a la cansada multitud de suplicantes y pleitistas. Durante la cena, un ágape más familiar, suelen acudir juglares y farsantes para divertir a los concurrentes, sin ofenderlos, con sus agudezas ridículas; pero no se admiten cantoras ni música suave y afeminada, sólo los acentos marciales que animan el alma a los actos de valor son agradables a los oídos de Teodorico. Se levanta de la mesa, y los guardias nocturnos se ubican inmediatamente a la entrada del tesoro, del palacio y de las habitaciones particulares».

Cuando el rey de los visigodos alentó a Avito a tomar la púrpura, ofreció su persona y sus fuerzas como un soldado leal de la república.[1708] Las hazañas de Teodorico (456 d. C.) pronto convencieron al mundo de que no había corrompido las virtudes guerreras de sus antepasados. Después del establecimiento de los godos en Aquitania y del pasaje de los vándalos al África, los suevos, que habían fundado su reino en Galicia, aspiraban a la conquista de España y amenazaban con extinguir los débiles restos de la dominación romana. Los provincianos de Cartagena y Tarragona, acosados por una invasión enemiga, manifestaban sus padecimientos y temores. El conde Fronton fue enviado en nombre del emperador Avito, con ventajosas ofertas de paz y alianza; y Teodorico interpuso su mediación poderosa al declarar que, a menos que su cuñado, el rey de los suevos, se retirase inmediatamente, se vería obligado a armarse por la causa de la justicia y de Roma. «Dile —contestó

el altanero Requiario—, que menosprecio su amistad y sus armas; pero que pronto probaré si se atreve a esperarme bajo los muros de Toulouse». El desafío obligó a Teodorico a impedir los osados planes de su enemigo: cruzó los Pirineos al frente de los visigodos; los francos y los borgoñones prestaban servicio bajo su estandarte; y aunque él se declaraba servidor obediente de Avito, pactó en secreto, para sí y para sus sucesores, la posesión absoluta de sus conquistas españolas. Los dos ejércitos, o más bien las dos naciones, se enfrentaron en las orillas del río Órbigo, aproximadamente a doce millas (19,31 km) de Astorga; y por un tiempo, la victoria decisiva de los godos pareció haber exterminado el nombre y el reino de los suevos. Teodorico avanzó desde el campo de batalla hasta Braga, la capital, que conservaba todavía los rastros grandiosos de su antiguo comercio y de su dignidad.[1709] No mancilló su entrada con sangre; y los godos respetaron la castidad de sus cautivas, especialmente la de las vírgenes consagradas: pero hicieron esclavos a la mayor parte del clero y el pueblo, y el saqueo general alcanzó incluso a las iglesias y los altares. El desventurado rey suevo había escapado a uno de los puertos del océano, pero la tenacidad de los vientos impidió su huida; fue entregado a su implacable rival; y Requiario, que no deseaba ni esperaba clemencia, recibió con varonil entereza la muerte que él probablemente hubiera impuesto. Tras este sangriento sacrificio a la política o al resentimiento, Teodorico llevó sus armas victoriosas hasta Mérida, el pueblo principal de Lusitania, sin hallar ninguna resistencia excepto los poderes milagrosos de santa Eulalia; pero fue detenido en su exitosa carrera y retirado de España antes de que pudiese asegurar sus conquistas. En su repliegue hacia los Pirineos, vengó su decepción en el país por el que pasaba; y en el saqueo de Palencia y Astorga se mostró como

un aliado desleal y como un enemigo inhumano. Mientras el rey de los visigodos peleaba y vencía en nombre de Avito, ese reinado había terminado; y tanto el honor como el interés de Teodorico fueron heridos profundamente por el fracaso de un amigo a quien él había sentado en el trono del Imperio occidental.[1710]

Las apremiantes solicitudes del Senado y del pueblo convencieron al emperador Avito de fijar su residencia en Roma y de aceptar el consulado para el año siguiente (16 de octubre de 456 d. C.). El 1 de enero, su yerno Sidonio Apolinar entonó sus alabanzas en un panegírico de seiscientos versos; pero esta composición, aunque fue galardonada con una estatua de bronce,[1711] parece ser muy escasa tanto en genio como en verdad. El poeta, si podemos degradar ese sagrado nombre, exagera el mérito del soberano y el padre, y su profecía de un reinado largo y glorioso pronto fue desmentida por los hechos. Avito, en un tiempo en que la dignidad imperial se reducía a una preeminencia de esfuerzo y peligro, se permitió los placeres del lujo italiano; la edad no había extinguido sus inclinaciones amorosas; y se lo acusa de insultar, con burlas indiscretas y viles, a los maridos cuyas esposas había seducido o violado.[1712] Pero los romanos no trataban de disculpar sus faltas ni de reconocer sus virtudes. Las diversas partes del Imperio se volvían cada día más ajenas unas de otras, y el extranjero galo era objeto del odio y el desprecio populares. El Senado afirmaba su legítimo derecho para la elección de un emperador, y su autoridad, que originalmente derivaba de la constitución antigua, se fortaleció nuevamente con la misma debilidad de una monarquía en decadencia. Pero incluso tal monarquía podría haber resistido los votos de un Senado desarmado si su descontento no hubiera sido respaldado, o tal vez inflamado, por el conde Ricimero, uno

de los principales caudillos de las tropas bárbaras, que armó la defensa militar de Italia. La hija de Wallia, rey de los visigodos, fue la madre de Ricimero, pero descendía, por la línea paterna, de la nación de los suevos:[1713] su orgullo o su patriotismo pudo haberse irritado con las desgracias de sus compatriotas, y obedecía con renuencia a un emperador para cuyo ascenso no había sido consultado. Sus fieles e importantes servicios contra el enemigo común lo hacían aún más formidable,[1714] y tras destruir en las costas de Córcega una flota de vándalos de sesenta galeras, Ricimero volvió triunfante con el nombre de Libertador de Italia. Aprovechó ese momento para indicarle a Avito que su reinado estaba terminando; y el débil emperador, lejos de sus aliados godos, se vio obligado, tras una resistencia corta e inservible, a abdicar de la púrpura. Por la clemencia o el desprecio de Ricimero,[1715] sin embargo, se le permitió descender del trono a la jerarquía más deseable de obispo de Placencia; pero el resentimiento del Senado aún estaba insatisfecho, y su inflexible severidad pronunció su sentencia de muerte. Huyó hacia los Alpes con la humilde esperanza, no de armar a los visigodos por su causa, sino de proteger su persona y sus tesoros en el santuario de Julián, uno de los santos tutelares en Auvernia.[1716] La enfermedad o la mano del verdugo lo alcanzaron en el camino, pero sus restos se trasladaron decorosamente a Brivas o Brioude, en su provincia nativa, y descansaron a los pies de su santo patrono.[1717] Avito dejó una sola hija, esposa de Sidonio Apolinar, quien heredó el patrimonio de su suegro lamentando, al mismo tiempo, la decepción de sus expectativas públicas y privadas. Su encono le llevó a apoyar, o al menos a aprobar, las medidas de un bando rebelde en la Galia; y el poeta había asumido algunas culpas que debió expiar con un nuevo tributo de adulación para el siguiente

emperador.[1718]

El sucesor de Avito nos ofrece el bienvenido descubrimiento de un carácter grandioso y heroico, tal como el que a veces asoma en una edad corrompida para reivindicar el honor de la humanidad. El emperador Mayoriano (457 d. C.) ha merecido las alabanzas de sus contemporáneos y de la posteridad, y estas alabanzas pueden expresarse con más fuerza en las palabras de un historiador sensato y desinteresado: «Que era bondadoso con sus súbditos, terrible con sus enemigos, y que superó en *cada una* de sus virtudes a *todos* los antecesores que habían reinado en Roma».[1719] Tal testimonio puede por lo menos justificar el panegírico de Sidonio; y podemos afirmar confiadamente que, aunque el servil orador hubiera adulado con el mismo afán a los príncipes más despreciables, el mérito extraordinario del destinatario lo ciñó, en esta ocasión, a los límites de la verdad.[1720] Mayoriano derivaba su nombre del abuelo materno, que en el reinado del gran Teodosio había comandado la tropa de la frontera iliria. Dio su hija en matrimonio al padre de Mayoriano, un empleado respetable que administró las rentas de la Galia con habilidad e integridad, y que desinteresadamente antepuso su amistad con Aecio a las ofertas tentadoras de una corte alevosa. Su hijo, el futuro emperador, que fue educado en la profesión de las armas, mostró desde su primera juventud un intrépido coraje, una sabiduría prematura y una generosidad ilimitada en medio de su escasa fortuna. Siguió las banderas de Aecio, contribuyó a su éxito, compartió, y a veces eclipsó, su gloria, y finalmente provocó los celos del patricio, o más bien de su esposa, que lo obligó a retirarse del servicio.[1721] Después de la muerte de Aecio, Mayoriano fue convocado y promovido, y su cercana relación con el conde Ricimero fue el paso inmediato por el cual ascendió al trono de Occidente. Durante la acefalía

que siguió a la abdicación de Avito, el bárbaro ambicioso, por cuanto su nacimiento lo excluía de la dignidad imperial, gobernó Italia con el título de patricio, cedió a su amigo el ilustre cargo de maestre general de la infantería y la caballería y, tras algunos meses, accedió al deseo unánime de los romanos, cuyo favor había merecido Mayoriano por una victoria reciente contra los alamanes.[1722] Fue investido con la púrpura en Ravena, y la carta que dirigió al Senado describirá mejor su situación y sus sentimientos:

> Vuestra elección, Padres Conscriptos, y la disposición del ejército más valeroso, me han hecho vuestro emperador.[1723] ¡Que la deidad propicia dirija y favorezca los consejos y acciones de mi administración en beneficio vuestro y del bienestar público! Por mi parte, jamás he aspirado, sino que he cedido a reinar; y no cumpliría con las obligaciones de un ciudadano si me hubiera rehusado, con ruin y egoísta ingratitud, a soportar el peso de aquellas labores que impone la república. Auxiliad, por lo tanto, al príncipe que habéis escogido; participad en los deberes que le habéis encargado, y que nuestro esfuerzo común promueva la felicidad del imperio que he aceptado de vuestras manos. Estad seguros de que, en nuestro tiempo, la justicia retomará su antiguo vigor y la virtud se volverá no sólo inocente sino meritoria. Nadie, excepto los mismos autores, tema las *delaciones*,[1724] que siempre reprobé como súbdito y castigaré severamente como príncipe. Nuestra propia atención y la de nuestro padre, el patricio Ricimero, controlarán todos los asuntos militares y tomarán precauciones para la seguridad del mundo romano, que hemos salvado de sus enemigos

extranjeros y domésticos.[1725] Ahora sabéis las máximas de mi gobierno; podéis confiar en el amor leal y las promesas sinceras de un príncipe que ha sido vuestro compañero en la vida y en los peligros, que aún glorifica el nombre de senador y que ansía que nunca os arrepintáis del juicio que habéis pronunciado en su favor.

Un emperador que, sobre las ruinas del mundo romano, revivía el lenguaje antiguo de las leyes y la libertad, a quien Trajano no hubiera contradicho, debió encontrar esos generosos sentimientos en su propio corazón, pues no podía imitarlos de las costumbres de su época ni del ejemplo de sus antecesores.[1726]

Las acciones privadas y públicas de Mayoriano son muy poco conocidas; pero sus leyes (457-461 d. C.), notorias por un forma original de pensamiento y expresión, reflejan fielmente el carácter de un soberano que amaba a su pueblo, que se condolía de sus aflicciones, que había estudiado las causas de la decadencia del Imperio y que era capaz de aplicar (hasta donde tales reformas eran factibles) remedios sensatos y eficaces a los desórdenes públicos.[1727] Sus reglamentaciones sobre las finanzas tendían manifiestamente a eliminar, o al menos a mitigar, los gravámenes más intolerables.

I) Desde el principio de su reinado, se preocupó (traduzco sus propias palabras) por aliviar las fortunas agotadas de los provincianos, oprimidos por el peso acumulado de indicciones sobre indicciones.[1728] Con esta mira, concedió una amnistía general, una descarga final y absoluta de los atrasos en los tributos, de todas las deudas que, bajo cualquier pretexto, los agentes del fisco pudieran pedir al pueblo. Este sabio abandono de demandas obsoletas, vejatorias e inservibles, mejoró y

purificó las fuentes de la renta pública; y el súbdito, que ahora miraba hacia atrás sin desesperarse, podía trabajar con esperanza y agradecimiento para sí mismo y para su país.

II) En el reparto y recaudación de los impuestos, Mayoriano restableció la jurisdicción ordinaria de los magistrados provinciales y suprimió las comisiones extraordinarias que habían sido introducidas en nombre del propio emperador o de los prefectos del pretorio. Los sirvientes predilectos, que obtenían poderes tan irregulares, fueron insolentes en su comportamiento y arbitrarios en sus demandas; se mostraban despreciativos hacia los tribunales menores, y estaban descontentos si sus honorarios y ganancias no excedían el doble de la suma que estaban dispuestos a pagar al tesoro. Uno de los ejemplos de su extorsión parecería increíble si no estuviera autenticada por el propio legislador. Exigían todo su pago en oro, pero rehusaban la moneda corriente del Imperio, y sólo admitían piezas tan antiguas que estuvieran grabadas con los nombres de Faustina o los Antoninos. El súbdito que no poseía aquellas curiosas medallas recurría a mezclarse con los insaciables demandantes; o, si tenía éxito en su búsqueda, se le doblaba el impuesto de acuerdo al peso y valor de las monedas antiguas.[1729]

III) «Los cuerpos municipales —dice el emperador, “los senados menores” como se los llamaba con justicia antiguamente—, merecen ser considerados como el corazón de las ciudades y los nervios de la república. Y sin embargo, ahora han caído tan bajo por la injusticia de los magistrados y la venalidad de los recaudadores, que muchos de sus miembros, renunciando a su dignidad y a su país, se han refugiado en distantes y apartados destierros». Los exhorta, e incluso les exige, a volver a sus respectivas ciudades; pero elimina el reclamo que

los había obligado a abandonar el ejercicio de sus funciones municipales. Se les encarga de nuevo la recaudación bajo la autoridad de los magistrados provinciales, pero en vez de hacerlos responsables de toda la suma cargada a su distrito, sólo se les pide rendir cuenta de los pagos que reciben y de los que están todavía en descubierto con el público.

IV) Pero Mayoriano no ignoraba que estos cuerpos colegiados estaban muy inclinados a tomar represalias de las injusticias y de la opresión que habían sufrido; y por lo tanto restablece el provechoso cargo de defensores de las ciudades. Exhorta al pueblo a elegir, en asamblea plena y libre, algún hombre discreto e íntegro que osase defender sus fueros, presentar sus quejas, proteger al pobre de la tiranía del rico e informar al emperador de los abusos que se cometieran utilizando su nombre y su autoridad.

El espectador que lanza una triste mirada sobre las ruinas de la antigua Roma tiende a acusar a los godos y a los vándalos por estragos que ellos no pudieron perpetrar, ni por tiempo, ni por poder, ni tal vez por inclinación. La tempestad de la guerra pudo derribar algunas altas torres; pero la destrucción que minó los cimientos de aquellas moles continuó, lenta y silenciosamente, durante un período de diez siglos; y los móviles del interés, que después operaron sin vergüenza ni control, fueron severamente reprimidos por el emperador Mayoriano. Gradualmente, la decadencia de la ciudad había ido afectando el valor de los edificios públicos. El circo y los teatros podían aún incitar el deseo del pueblo, pero rara vez lo satisfacían: los templos que habían escapado al celo de los cristianos ya no estaban habitados por dioses ni por hombres; la muchedumbre reducida de romanos estaba perdida en el inmenso espacio de sus baños y sus pórticos; y las imponentes librerías y salones de

justicia se volvieron inservibles para una generación indolente cuyo reposo rara vez era alterado por el estudio o los quehaceres. Los monumentos de la grandeza consular o imperial ya no se reverenciaban como la gloria inmortal de la capital; sólo se apreciaban como una mina inagotable de materiales más baratos y a mano que la lejana cantera. Los complacientes magistrados de Roma recibían continuamente peticiones decorosas que señalaban la necesidad de piedras o ladrillos para algún servicio necesario; las formas más bellas de la arquitectura se desfiguraban violentamente para algunos reparos insignificantes o supuestos; y los romanos bastardos, que tomaban los despojos para su propio provecho, demolían con manos sacrílegas el trabajo de sus antepasados. Mayoriano, que antes había suspirado por la desolación de la ciudad, aplicó un remedio severo para el mal creciente.[1730] Reservó al príncipe y al Senado los casos extremos que podían justificar la destrucción de un edificio antiguo; impuso una multa de 50 libras de oro (2000 libras esterlinas) a todo magistrado que se atreviera a conceder un permiso tan ilegal y escandaloso, y amenazó con castigar la obediencia criminal de los oficiales subordinados con azotes violentos y la amputación de ambas manos. En este último punto, el legislador parecía olvidar la proporción entre la culpa y el castigo, pero su celo procedía de un principio altruista, pues Mayoriano ansiaba resguardar los monumentos de aquellos siglos en que hubiera deseado y merecía vivir. El emperador pensaba que era conveniente aumentar el número de súbditos, que era su deber conservar la pureza de todo lecho nupcial, pero los medios que empleó para cumplir esos saludables propósitos son ambiguos y tal vez censurables. Las doncellas devotas que consagraban su virginidad a Cristo debían cumplir 40 años antes de tomar el velo. Las viudas de menos edad estaban

obligadas a contraer un segundo enlace en el término de cinco años, bajo la pena de confiscación de la mitad de su caudal a favor de sus parientes más cercanos o del Estado. Los matrimonios desiguales estaban vedados o se anulaban. La pena de confiscación y destierro se consideraba tan ínfima para castigar el adulterio que si el criminal retornaba a Italia podía ser asesinado impunemente por declaración expresa de Mayoriano.[1731]

Mientras el emperador Mayoriano trabajaba constantemente para restaurar la felicidad y la virtud de los romanos, tuvo que enfrentarse a las armas de Genserico, su enemigo más formidable por su índole y su situación. Una flota de vándalos y moros desembarcó en la embocadura del Liris o Garigliano; pero la tropa imperial sorprendió y atacó a los desordenados bárbaros, a quienes los trofeos de Campania estorbaban; fueron perseguidos por la matanza hasta sus barcos, y su caudillo, el cuñado del rey, fue hallado entre los muertos.[1732] Tal atención anunciaba el carácter del nuevo reinado, pero la vigilancia más estricta y las fuerzas más numerosas eran insuficientes para proteger la extensa costa de Italia de la devastación de una guerra naval. La opinión pública le había impuesto una tarea más noble y ardua al genio de Mayoriano. Sólo de él esperaba Roma la restitución de África; y el plan que ideó de atacar a los vándalos en su nuevo asentamiento fue resultado de su política valerosa y sensata. Si el intrépido emperador hubiera logrado infundir su propio valor en la juventud italiana, si hubiera podido renovar en el campo de Marte los ejercicios varoniles en los que siempre había superado a sus iguales, hubiera podido marchar contra Genserico a la cabeza de un ejército *romano*. Tal reforma de las costumbres nacionales correspondió a la siguiente generación; pero la desgracia de aquellos príncipes que sostienen trabajosamente una monarquía en decadencia es que para

obtener alguna ventaja inmediata o evitar algún peligro inminente están obligados a aprobar, e incluso multiplicar, los abusos más perniciosos. Mayoriano, como sus antecesores más débiles, no pudo menos que valerse del vergonzoso recurso de sustituir con auxiliares bárbaros a sus desaguerridos súbditos; y sus habilidades superiores sólo pudieron verse en el vigor y la destreza con que empuñaba un instrumento peligroso, capaz de retroceder sobre la mano que lo empleaba (457 d. C.). Además de los confederados, que ya estaban alistados en el servicio del Imperio, la fama de su generosidad y valor atrajo a las naciones del Danubio, del Borístenes y tal vez del Tanais. Varios miles de los súbditos más valerosos de Atila, gépidos, ostrogodos, rugianos, borgoñones, suevos, alanos se reunieron en las llanuras de Liguria, y sus enemistades mutuas balancearon su formidable fuerza.[1733] Cruzaron los Alpes en un invierno riguroso. El emperador marcó el camino a pie y completamente armado, sondando con su largo cayado la profundidad del hielo o de la nieve y alentando a los escitas, que se quejaban del frío extremo, con la garantía placentera de que se desquitarían con el calor de África. Los ciudadanos de León osaron cerrarle las puertas: pronto imploraron y comprobaron la clemencia de Mayoriano. Venció a Teodorico en el campo de batalla, y admitió como amigo y aliado a un rey que consideraba digno de sus armas. La beneficiosa aunque precaria unión de la mayor parte de Galia y España fue efecto tanto de la persuasión como de la fuerza;[1734] y los bagaudos independientes, que habían evitado o resistido a la opresión de reinados anteriores, estuvieron dispuestos a confiar en las virtudes de Mayoriano. Su campamento estaba lleno de bárbaros aliados, su trono se apoyaba en el afán de un pueblo adepto, pero el emperador había previsto que era imposible lograr la conquista de África sin un poder marítimo. En la

primera guerra púnica, la república había mostrado una diligencia tan increíble que, a los 60 días de que el primer hachazo se descargara en el bosque, una flota de 160 galeras surcó orgullosamente el mar.[1735] En circunstancias mucho menos favorables, Mayoriano igualó el espíritu y perseverancia de los romanos antiguos. Se talaron los bosques de los Apeninos, se restablecieron los arsenales y manufacturas de Ravena y Miseno, Italia y Galia competían en cuantiosas contribuciones para el servicio público, y la armada imperial, de trescientas galeras mayores, con su porción adecuada de trasportes y buques menores, se reunió en el puerto seguro y capaz de Cartagena en España.[1736] El gesto intrépido de Mayoriano alentaba a las tropas con la confianza en la victoria, y si podemos dar crédito al historiador Procopio, a veces su coraje lo llevaba más allá de los límites de la prudencia. Ansioso por explorar por sí mismo el estado de los vándalos, se arriesgó, tras disimular el color de su cabello, a visitar Cartago simulando ser su propio embajador; y luego Genserico se avergonzó cuando supo que había recibido y despedido al emperador de los romanos. Tal anécdota puede rechazarse como una ficción inverosímil, pero es una ficción que no puede imaginarse sino en la vida de un héroe.[1737]

Sin la necesidad de una entrevista personal, Genserico estaba suficientemente informado del genio y los planes de su adversario. Utilizó su ardides habituales del engaño y la demora, pero sin éxito. Sus instancias por la paz se volvían a cada hora más sumisas y tal vez más sinceras, pero el inflexible Mayoriano había adoptado la antigua máxima de que Roma no podía estar a salvo mientras Cartago existiera como enemiga. El rey vándalo desconfiaba del valor de sus súbditos nativos, que se habían debilitado con los lujos del Sur;[1738] sospechaba de la fidelidad del pueblo vencido, que lo aborrecía como un déspota arriano; y

la medida desesperada que tomó y ejecutó de convertir a Mauritania en un desierto,[1739] mal podía frustrar las operaciones del emperador romano, que se vio en libertad de desembarcar sus tropas en cualquier parte de la costa africana. Pero Genserico se salvó de su inminente e inevitable ruina por la traición de algunos súbditos poderosos que envidiaban o temían el éxito de su soberano. Guiado por informadores secretos, sorprendió a la flota desprevenida en la bahía de Cartagena; muchos barcos fueron hundidos, tomados o quemados; y los preparativos de tres años fueron destruidos en un solo día.[1740] Tras este acontecimiento, la conducta de ambos antagonistas fue superior a su respectiva suerte. El vándalo, en vez de alegrarse con esta victoria casual, insistió nuevamente en su demanda de paz. El emperador de Occidente, capaz de idear grandes planes y de soportar pesadas decepciones, admitió un tratado, o más bien una tregua, con el pleno convencimiento de que antes de que pudiera restaurar su armada, no le faltarían provocaciones que justificasen una segunda guerra. Mayoriano volvió a Italia para proseguir su trabajo por la felicidad pública; y como era consciente de su propia integridad, permaneció largo tiempo ignorante de la oscura conspiración que amenazaba su trono y su vida. El fracaso reciente de Cartagena manchó la gloria que deslumbraba a la muchedumbre: casi todos los empleados civiles y militares estaban encolerizados con el reformador, puesto que sacaban alguna ventaja de los abusos que él estaba empeñado en eliminar; y el patricio Ricimero animó las pasiones inconstantes de los bárbaros contra un príncipe a quien justipreciaba y aborrecía. Las virtudes de Mayoriano no lo protegieron de la impetuosa sedición que estalló en el campamento cercano a Tortona, al pie de los Alpes. Fue obligado a renunciar a la púrpura imperial; cinco días después de su abdicación se contó

que había muerto de disentería[1741] (7 de agosto de 461 d. C.); y la humilde tumba que encerró sus restos fue consagrada por la veneración y agradecimiento de las generaciones siguientes.[1742] El carácter privado de Mayoriano infundía cariño y respeto. La calumnia maliciosa y la sátira provocaban su indignación o, si él mismo era su objeto, su desprecio; pero protegía la libertad de la agudeza, y en los ratos en que el emperador se dedicaba al trato familiar con los amigos, podía satisfacer su gusto por las bromas sin degradar la dignidad de su jerarquía.[1743]

No fue tal vez sin algún remordimiento que Ricimero sacrificó un amigo al interés de su ambición, pero en una segunda elección evitó la imprudencia de darles prioridad al mérito y la virtud superiores. Por su mandato, el sumiso Senado de Roma otorgó el título imperial a Libio Severo (461-467 d. C.), que subió al trono de Occidente sin salir de su esfera privada. La historia apenas se ha dignado a apuntar su nacimiento, su ascenso, su índole y su muerte. Severo murió tan pronto como su vida se volvió inconveniente para su patrón;[1744] y sería inútil detallar su reinado nominal en el intervalo vacante de seis años entre la muerte de Mayoriano y el ascenso de Antemio. Durante aquel período, el gobierno estaba sólo en manos de Ricimero; y aunque el modesto bárbaro se desentendió del nombre de rey, acumuló tesoros, formó un ejército separado, negoció alianzas privadas y dominó Italia con la misma autoridad independiente y despótica que después ejercieron Odoacro y Teodorico. Pero sus dominios estaban limitados por los Alpes; y dos generales romanos, Marcelino y Egidio, conservaban su lealtad a la república, desechando con menosprecio el fantasma que se estaba titulando emperador. Marcelino seguía profesando la religión antigua; y los paganos devotos, que desobedecían secretamente las leyes de la Iglesia y

del Estado, alababan su profunda habilidad en la ciencia de la adivinación. Pero poseía las cualidades valiosas de la instrucción, la virtud y el coraje;[1745] el estudio de la literatura latina había perfeccionado su gusto, y sus dotes militares le había valido el aprecio y la confianza del gran Aecio, cuyo fracaso lo había afectado. Marcelino huyó a tiempo de la ira de Valentiniano e impuso con audacia su libertad en medio de las convulsiones del Imperio occidental. Su sumisión voluntaria o renuente a la autoridad de Mayoriano fue premiada con el gobierno de Sicilia y con el mando de un ejército situado en aquella isla para oponerse o atacar a los vándalos; pero la artera generosidad de Ricimero incitó a sus mercenarios bárbaros a rebelarse tras la muerte del emperador. A la cabeza de un grupo de leales seguidores, el intrépido Marcelino ocupó la provincia de Dalmacia, asumió el título de patricio del Occidente, afianzó el cariño de sus súbditos con un régimen suave y equitativo, construyó una flota que reclamó el dominio del Adriático, y sobresaltó alternativamente las costas de Italia y de África.[1746] Egidio, maestre general de la Galia, que igualaba o al menos imitaba a los héroes de la Antigua Roma,[1747] proclamó su odio inmortal contra los asesinos de su amado soberano. Un ejército bravo y numeroso siguió sus banderas; y aunque los ardides de Ricimero y las armas de los visigodos le impidieron su marcha hasta las puertas de Roma, mantuvo su soberanía independiente más allá de los Alpes e hizo respetable el nombre de Egidio en la paz y en la guerra. Los francos, que habían castigado con destierro las locuras juveniles de Childerico, eligieron como rey al general romano; ese honor singular satisfizo su vanidad más que su ambición; y cuando la nación, después de cuatro años, se arrepintió de la injuria con que había ofendido a la familia merovingia, aceptó pacientemente la restauración del príncipe

legítimo. La autoridad de Egidio sólo terminó con su vida, y la ardiente credulidad de los galos sostuvo con afán las sospechas de envenenamiento y violencia encubierta, plausibles por el carácter de Ricimero.[1748]

El reino de Italia, nombre al que se fue reduciendo el Imperio occidental, padeció las piraterías incesantes de los vándalos bajo el reinado de Ricimero.[1749] Cada primavera habilitaban una armada formidable en el puerto de Cartago, y el mismo Genserico, aunque a una edad muy avanzada, aún comandaba en persona las expediciones más importantes. Ocultaba sus planes con impenetrable sigilo hasta el momento de alzar las velas. Cuando su piloto le preguntó qué curso tomar, el bárbaro respondió con religiosa arrogancia: «Dejad esa determinación a los vientos: *ellos* nos conducirán hacia la costa culpable cuyos habitantes han provocado la justicia divina»; pero si el propio Genserico se dignaba a dar órdenes más precisas, el más rico era el más criminal. Los vándalos se arrojaron repetidamente sobre las playas de España, Liguria, Toscana, Campania, Lucania, Brucio, Apulia, Calabria, Venecia, Dalmacia, Epiro, Grecia y Sicilia: trataron de sojuzgar la isla de Cerdeña, tan ventajosamente situada en el centro del Mediterráneo, y sus armas propagaron la desolación y el terror desde las Columnas de Hércules hasta la desembocadura del Nilo (461-467 d. C.). Como tenían más ambición de trofeos que de gloria, rara vez atacaban alguna ciudad fortificada o entablaban combate con tropas regulares en un campo de batalla. Pero la celeridad de sus movimientos les permitía amenazar y atacar casi al mismo tiempo los objetivos más distantes de sus deseos; y como siempre transportaban un número suficiente de caballos, apenas desembarcaban arrasaban el país conmocionado, con un cuerpo de caballería ligera. Pero,

a pesar del ejemplo de su rey, los vándalos nativos y los alanos fueron abandonando este género de guerra fatigoso y arriesgado; la dura generación de los primeros conquistadores casi se extinguió, y sus hijos, nacidos en África, disfrutaron la delicia de los baños y jardines que habían sido adquiridos gracias al valor de sus padres. Su lugar fue ocupado rápidamente por una variada multitud de moros y romanos, de cautivos y proscritos; y aquellos forajidos exasperados, que ya habían violado las leyes de sus países, eran los más impacientes por promover los actos atroces que deshonraban las victorias de Genserico. En el trato que daba a sus desafortunados prisioneros, a veces seguía el impulso de su avaricia y a veces satisfacía su crueldad; y la indignación pública imputó a su posteridad más remota la masacre de 500 ciudadanos nobles de Zante o Zacinto, cuyos cuerpos mutilados arrojó al mar Jónico.

Tales crímenes no pueden excusarse con ninguna provocación, pero la guerra que el rey de los vándalos mantenía contra el Imperio romano se justificaba por un motivo fundado y razonable (462 d. C.). Eudoxia, la viuda de Valentiniano, a quien había llevado cautiva de Roma a Cartago, era la única heredera de la casa de Teodosio; su hija mayor, Eudocia, se desposó, a su pesar, con Hunerico, su primogénito; y el adusto padre sostenía un reclamo legal que no era fácil de rechazar ni de satisfacer: demandaba una justa proporción del patrimonio imperial. El emperador de Oriente ofreció una compensación adecuada, o al menos valiosa, para comprar una paz necesaria. Eudoxia y su hija menor Placidia fueron devueltas honorablemente, y la furia de los vándalos se limitó al Imperio occidental. Los italianos, sin una fuerza naval que fuera capaz de proteger por sí sola sus costas, imploraron el auxilio de las naciones más afortunadas de Oriente, que antes habían

reconocido la supremacía de Roma en la paz y en la guerra. Pero la continua separación de los dos imperios había cambiado sus intereses y sus inclinaciones; alegaron la fe de un tratado reciente; y los romanos occidentales, en vez de armas y navíos, sólo obtuvieron la asistencia de una mediación tibia e ineficaz. El arrogante Ricimero, que había luchado largo tiempo con las dificultades de su situación, finalmente fue reducido a dirigirse al trono de Constantinopla en los términos humildes de un súbdito; e Italia se sometió, como precio y garantía de la alianza, a recibir un soberano de manos del emperador de Oriente.[1750] No es el propósito del presente capítulo, ni siquiera del presente volumen, continuar la serie de la historia bizantina; pero una mirada concisa sobre el reinado y el carácter del emperador León podrá explicar los últimos esfuerzos que se intentaron para salvar el Imperio ya en decadencia de Occidente.[1751]

Desde la muerte del menor Teodosio, el sosiego doméstico de Constantinopla nunca había sido interrumpido por guerras ni por bandos. Pulqueria había otorgado su mano y el cetro de Oriente a la modestia y virtud de Marciano, quien reverenció con agradecimiento su augusto rango y su castidad virginal; y después de su muerte, dio a su pueblo el ejemplo del culto religioso debido a la memoria de la santa imperial.[1752] Atento a la prosperidad de sus propios dominios (457-474 d. C.), Marciano parecía contemplar con indiferencia los infortunios de Roma; y la resistencia obstinada de un príncipe valeroso y activo a empuñar su espada contra los vándalos, se atribuyó a una promesa secreta que se le habría exigido en su momento, cuando estuvo cautivo en poder de Genserico.[1753] La muerte de Marciano, tras un reinado de siete años, habría expuesto a Oriente a los peligros de una elección popular, si la supremacía de una sola familia no hubiera inclinado la balanza en favor del

candidato a quien respaldaba. El patricio Aspar podría haber puesto la diadema en su cabeza si se hubiera adherido al credo Niceno.[1754] Por espacio de tres generaciones, los ejércitos de Oriente habían sido comandados por su padre, por él y por su hijo Ardaburio; su guardia bárbara componía una fuerza militar que amedrentaba el palacio y la capital; y la generosa distribución de sus inmensos tesoros hicieron a Aspar tan popular como poderoso. Recomendó el nombre desconocido de León de Tracia, tribuno militar y mayordomo principal de la casa imperial. El Senado ratificó unánimemente su nominación; y el sirviente de Aspar recibió la corona imperial de manos del patriarca o el obispo, a quien se le permitió expresar, con esta inusual ceremonia, el voto de la divinidad.[1755] Este emperador, el primero llamado León, fue distinguido con el título de El Grande para diferenciarlo de una sucesión de príncipes que, en la opinión de los griegos, fueron fijando gradualmente un nivel de perfección heroica, o al menos real, muy humilde. Pero la firmeza temperada con que León resistió la opresión de su benefactor mostró que era consciente de sus deberes y de sus prerrogativas. Aspar se sorprendió al ver que con su influencia ya no podía nombrar un prefecto de Constantinopla; se atrevió a reprocharle a su soberano el incumplimiento de una promesa, y sacudiéndole insolentemente la púrpura le dijo: «Es impropio que el hombre revestido de este ropaje sea un embustero». «También sería impropio —le replicó León—, que un príncipe fuera obligado a resignar su propio juicio y el interés público por el deseo de un súbdito».[1756] Tras esta escena extraordinaria, era imposible que la reconciliación entre el emperador y el patricio fuera sincera, o al menos sólida y permanente. Se alistó secretamente un ejército de isaurios;[1757] se lo introdujo en Constantinopla; y mientras León minaba la autoridad y

preparaba la ruina de la familia de Aspar, su conducta apacible y cautelosa contenía cualquier intento temerario y desesperado que pudiera haber sido fatal para ellos mismos o para sus enemigos. Las disposiciones de paz y guerra se veían afectadas por esta revolución interna. Mientras Aspar degradaba la majestad del trono, la coincidencia reservada de religión y de intereses lo llevaron a favorecer la causa de Genserico. Cuando León se liberó de la ignominiosa servidumbre, escuchó las quejas de los italianos; resolvió eliminar la tiranía de los vándalos, y pregonó su alianza con su colega Antemio, a quien invistió solemnemente con la diadema y la púrpura de Occidente.

Tal vez las virtudes de Antemio se exageraron, ya que su ascendencia imperial, que podía venir sólo del usurpador Procopio, se magnificó hasta ser una línea de emperadores.[1758] Pero el mérito, los honores y las riquezas de sus propios padres hacían de Antemio uno de los súbditos más ilustres de Oriente. Su padre, Procopio, tras la embajada de Persia, obtuvo el rango de general y patricio. El nombre de Antemio se derivaba de su abuelo materno, el famoso prefecto que protegió con tanta habilidad y éxito los comienzos del reinado de Teodosio. El nieto de aquel prefecto se elevó sobre su condición de mero súbdito por su casamiento con Eugenia, la hija del emperador Marciano. Esa espléndida alianza, que podía suplir la necesidad del mérito, aceleró la promoción de Antemio a las dignidades sucesivas de conde, maestre-general, cónsul y patricio; y su desempeño o su suerte mereció los honores de una victoria sobre las orillas del Danubio contra los hunos (467-472 d. C.). Sin que fuera una ambición extravagante, el yerno de Marciano podía esperar ser su sucesor; pero Antemio soportó la decepción con coraje y paciencia, y su posterior ascenso fue aprobado por

el pueblo en general, que lo consideraba digno de reinar hasta el punto de llevarlo al trono.[1759] El emperador de Occidente marchó desde Constantinopla, acompañado por varios condes de alta distinción y un cuerpo de guardias que por su fuerza y número era casi igual a un ejército; entró triunfalmente en Roma (12 de abril de 467 d. C.), y el senado, el pueblo y los bárbaros confederados de Italia confirmaron la elección de León.[1760] Tras el solemne nombramiento de Antemio se celebraron las bodas de su hija con el patricio Ricimero, un acontecimiento afortunado que se consideró como la garantía más firme de la unión y felicidad del Estado. La riqueza de los dos imperios se exhibió ostentosamente, y varios senadores completaron su ruina con un costoso esfuerzo por disimular su pobreza. Durante esta festividad se suspendieron todos los asuntos formales, se cerraron las cortes de justicia, los cantares y danzas a Himeneo resonaron por las calles de Roma, los teatros y los lugares de reuniones públicas o privadas; y la novia real, vestida con ropa de seda y con su corona en la cabeza, fue conducida al palacio de Ricimero, que había cambiado su traje militar por la vestimenta de cónsul y senador. En esa ocasión memorable, Sidonio, cuya temprana ambición había sido defraudada tan fatalmente, se presentó como orador de Auvernia entre los diputados provinciales que se dirigieron al trono con felicitaciones o reclamos.[1761] Se aproximaban las calendas de enero; y los amigos del poeta venal (1 enero de 468 d. C.), que había amado a Avito y estimado a Mayoriano, lo persuadieron para que alabara en verso heroico el mérito, la bienaventuranza, el segundo consulado y los triunfos futuros del emperador Antemio. Sidonio pronunció con confianza y aceptación un panegírico que aún existe; y cualesquiera hayan sido las imperfecciones en cuanto al tema o la composición, el

adulador fue bienvenido e inmediatamente recompensado con la prefectura de Roma, una dignidad que lo ubicó entre los personajes más ilustres del Imperio, hasta que sabiamente prefirió el carácter más respetable de obispo, y de santo.[1762]

Los griegos elogian con ambición la religiosidad y la fe católica del emperador que dieron a Occidente, y no se olvidan de señalar que al salir de Constantinopla convirtió su palacio en la piadosa fundación de un baño público, una iglesia y un hospital para los ancianos.[1763] Sin embargo, se encuentran algunos aspectos sospechosos que manchan la fama teológica de Antemio. Desde la conversación con Filoteo, un sectario macedonio, se había imbuido del espíritu de la tolerancia religiosa; y los herejes de Roma habrían podido reunirse con impunidad, si la audaz y vehemente censura que el papa Hilario pronunció en la iglesia de San Pedro no lo hubiera obligado a abjurar de esa condescendencia tan impopular.[1764] Incluso los paganos, sus tenues y recónditos vestigios, concibieron alguna vana esperanza por la indiferencia o la parcialidad de Antemio; y su extraña amistad con el filósofo Severo, a quien ascendió al consulado, se atribuyó a un proyecto secreto de revivir el culto antiguo de los dioses.[1765] Esos ídolos estaban deshechos en el polvo, y la mitología, que una vez había sido el credo de las naciones, estaba tan universalmente desacreditada que los poetas cristianos podían utilizarla sin escándalo o al menos sin despertar sospechas.[1766] Pero los vestigios de la superstición no estaban totalmente eliminados, y la festividad de las Lupercales, cuyo origen había precedido a la fundación de Roma, se celebraba todavía en el reinado de Antemio. Los ritos sencillos y salvajes eran representativos de un estado primitivo de la sociedad, anterior a la invención de las artes y la agricultura. Las deidades rústicas que presidían los trabajos y los placeres de la

vida pastoril —Pan, Fauno y su comitiva de sátiros—, eran tal como podía crearlos la fantasía de los pastores: juguetones, malhumorados y lascivos, de potestad limitada y de malicia inofensiva. La ofrenda más adecuada a sus caracteres y atributos era la cabra; la carne de la víctima se tostaba en asadores de sauce, y los jóvenes alborotados que se agolpaban en el banquete corrían desnudos por el campo, con correas de cuero en sus manos, y comunicando, como se creía, la bendición de la fecundidad a las mujeres que tocaban.[1767] El ara de Pan fue erigida, tal vez por el arcadio Evandro, en una cueva oscura de la falda del monte Palatino, bañada por una fuente perenne y a la sombra de un bosque. La tradición de que en el mismo lugar una loba había amamantado a Rómulo y Remo lo hacía más sagrado y venerable para los romanos; y los majestuosos edificios del Foro rodearon gradualmente ese sitio boscoso.[1768] Tras la conversión de la ciudad imperial, los cristianos siguieron celebrando anualmente, en febrero, las Lupercales, a las cuales atribuían una influencia secreta y misteriosa sobre los poderes del mundo animal y vegetal. Los obispos de Roma ansiaban abolir una costumbre profana tan repugnante al espíritu del Cristianismo, pero su ahínco no fue respaldado por la autoridad de los magistrados civiles: el abuso inveterado continuó hasta fines del siglo V. El papa Gelasio, que purificó la capital de la última mancha de idolatría, aplacó con una apología formal las murmuraciones del Senado y del pueblo.[1769]

En todas sus declaraciones públicas, el emperador León asume la autoridad y profesa el afecto de un padre por su hijo Antemio, con quien se había repartido la administración del universo.[1770] La situación y quizás el carácter de León lo disuadieron de exponer su persona a los esfuerzos y peligros de una guerra africana (468 d. C.). Pero se emplearon

vigorosamente los poderes del Imperio Oriental para liberar de los vándalos a Italia y el Mediterráneo; y Genserico, que había oprimido durante tanto tiempo la tierra y el mar, fue amenazado por todas partes con una invasión formidable. La campaña comenzó con una empresa atrevida y exitosa del prefecto Heraclio.[1771] Las tropas de Egipto, Tebaida y Libia se embarcaron bajo su mando, y los árabes, con un tropel de caballos y camellos, abrían los caminos del desierto. Heraclio desembarcó en la costa de Trípoli; sorprendió y sometió a las ciudades de aquella provincia; y con una marcha trabajosa que Catón había practicado anteriormente,[1772] se dispuso a incorporarse al ejército imperial bajo los muros de Cartago. La noticia de esta pérdida motivó que Genserico hiciera algunas proposiciones de paz insidiosas e ineficaces; pero se alarmó más seriamente aún por la reconciliación de Marcelino con los dos imperios. El patricio independiente había sido convencido de reconocer el título legítimo de Antemio, a quien acompañó en su viaje a Roma; la flota dálmata fue recibida en los puertos de Italia, el valor resuelto de Marcelino expulsó a los vándalos de la isla de Cerdeña, y los débiles esfuerzos de Occidente reforzaron un tanto los inmensos preparativos de los romanos orientales. Se ha puntualizado el costo del armamento naval que León envió contra los vándalos, y ese curioso e instructivo informe muestra la riqueza del imperio ya en decadencia. Las haciendas reales, o el patrimonio privado del príncipe, suministraron 17 000 libras de oro; y 47 000 libras de oro y 700 000 de plata fueron recaudadas y pagadas por los prefectos pretorianos al erario. Pero las ciudades estaban reducidas a una pobreza extrema; y el cálculo cuidadoso de multas y secuestros, como una parte valiosa de los ingresos, no dan la idea de una administración justa o compasiva. El costo total de la campaña africana,

prescindiendo del género de las entradas, ascendió a 130 000 libras de oro, cerca de cinco millones doscientas mil libras esterlinas, en una época en que el valor de la moneda, cotejado con el precio del trigo, parece haber sido algo mayor que en la actualidad.[1773] La flota que navegó desde Constantinopla a Cartago se componía de 1113 naves, y el número de soldados y marineros excedía los cien mil hombres. Este importante mando se le confió a Basilisco, hermano de la emperatriz Verina. Su hermana, esposa de León, había exagerado los méritos de sus hazañas anteriores contra los escitas. Pero el descubrimiento de su culpa, o de su incapacidad, estaba reservado a la guerra africana. Los amigos sólo pudieron salvar su reputación militar afirmando que había conspirado con Aspar para salvar a Genserico y traicionar la última esperanza del Imperio de Occidente.

La experiencia ha mostrado que el éxito de un invasor depende, por lo general, del vigor y la celeridad de sus operaciones. La fuerza y la intensidad de la primera embestida entorpecen con la demora; la salud y el ánimo de la tropa van languideciendo en un clima distante; el armamento naval y militar, un enorme esfuerzo que tal vez no puede repetirse, se consume en silencio, y cada hora que se desperdicia en negociaciones acostumbra al enemigo a contemplar y examinar ese terror enemigo que en su primera aparición consideró irresistible. La armada formidable de Basilisco continuó su próspera navegación desde el Bósforo de Tracia hasta la costa de África. Desembarcó su tropa en el cabo de Bona, o Promontorio de Mercurio, aproximadamente a cuarenta millas (64,37 km) de Cartago.[1774] El ejército de Heraclio y la escuadra de Marcelino se incorporaron o auxiliaron al teniente imperial; y los vándalos que se opusieron a su avance por mar o por tierra, fueron

sucesivamente vencidos.[1775] Si Basilisco hubiera aprovechado el momento de consternación y avanzado con valentía hacia la capital, Cartago hubiera tenido que rendirse y el reino de los vándalos se hubiera extinguido. Genserico contempló el peligro con entereza y lo evitó con su maestría veterana. Declaró, en el lenguaje más respetuoso, que estaba dispuesto a someter su persona y sus dominios a la voluntad del emperador, pero requirió una tregua de cinco días para formalizar los términos de su rendición; y la creencia general fue que su secreta generosidad contribuyó al éxito de esta negociación pública. En vez de negarse terminantemente a cualquier solicitud de su enemigo, el criminal o crédulo Basilisco aceptó la tregua fatal; y su imprudente confianza parecía proclamar que ya se consideraba como el conquistador de África. En ese corto intervalo, los vientos fueron favorables a los planes de Genserico. Tripuló sus mayores naves de guerra con los moros y vándalos más valientes, quienes remolcaron consigo grandes embarcaciones llenas de materiales combustibles. En la oscuridad de la noche, arrojaron esas naves destructivas contra la flota desprotegida y confiada de los romanos, quienes se despertaron ante la sensación del peligro inmediato. La cercanía y el amontonamiento facilitó el avance del fuego, que se extendió con rápida e irresistible violencia; el ruido del viento, el chisporroteo de las llamas, los gritos disonantes de los soldados y marineros, que no podían mandar ni obedecer, incrementaron el horror del desconcierto nocturno. Mientras se esforzaban por librarse de las naves incendiadas y por salvar al menos parte de la armada, las galeras de Genserico los asaltaron con sereno y disciplinado valor; y muchos romanos que escaparon a la furia de las llamas fueron destruidos o cogidos por los vándalos victoriosos. Entre los acontecimientos de esa noche desastrosa, el valor heroico o más bien desesperado

de Juan, uno de los oficiales principales de Basilisco, rescató su nombre del olvido. Cuando la nave que había defendido aguerridamente estaba casi consumida, se arrojó con sus armas al mar, rechazó con desdén el aprecio y la compasión de Genso, hijo de Genserico, que le ofrecía un recibimiento honorífico, y se hundió en las olas, clamando con su último aliento que nunca caería vivo en manos de aquellos perros despiadados. Basilisco, situado en el lugar más alejado del peligro, actuó con un ánimo muy distinto; huyó afrentosamente desde el principio del enfrentamiento, regresó a Constantinopla habiendo perdido más de la mitad de su flota y ejército, y guareció su cabeza criminal en el santuario de Santa Sofía, hasta que su hermana, con lágrimas y ruegos, consiguió el perdón del airado emperador. Heraclio hizo su retirada por el desierto; Marcelino se alejó a Sicilia, donde lo asesinó, quizás por instigación de Ricimero, uno de sus propios capitanes; y el rey de los vándalos manifestó su sorpresa y satisfacción de que los romanos mismos le sacaran del mundo a sus antagonistas más formidables.[1776] Tras el fracaso de esa grandiosa expedición, Genserico volvió a ser el tirano de los mares: las costas de Italia, Grecia y Asia quedaron otra vez expuestas a su venganza y codicia; Trípoli y Cerdeña volvieron a obedecerle; añadió Sicilia al número de sus provincias y, antes de morir (477 d. C.), cargado de años y de gloria, contempló la extinción total del Imperio de Occidente.[1777]

Durante su largo y activo reinado, el monarca africano había cultivado deliberadamente la amistad de los bárbaros de Europa, cuyas armas podía utilizar para una distracción oportuna y eficaz contra ambos imperios. Muerto Atila renovó su alianza con los visigodos de la Galia; y los hijos del primer Teodorico, que reinaron sucesivamente sobre aquella nación guerrera, fueron convencidos fácilmente, a instancias de su interés (462-472 d.

C.), de olvidar la cruel injuria que Genserico había hecho a su hermana.[1778] La muerte del emperador Mayoriano liberó a Teodorico II de las limitaciones del miedo, y tal vez del honor; violó su reciente tratado con los romanos; y el amplio territorio de Narbona, que unió con firmeza a sus dominios, se transformó en el premio inmediato de su alevosía. La política egoísta de Ricimero lo alentó a invadir las provincias que estaban en posesión de su rival Egidio; pero el conde, con la defensa de Arles y la victoria de Orleans, salvó la Galia y contuvo, durante toda su vida, el avance de los visigodos. Esa ambición se reavivó pronto; y el proyecto de eliminar al Imperio Romano en España y en la Galia se concibió y casi se completó en el reinado de Eurico, quien asesinó a su hermano Teodorico y mostró, con un temperamento más salvaje, habilidades superiores en la paz y la guerra. Cruzó los Pirineos a la cabeza de un numeroso ejército, sojuzgó las ciudades de Zaragoza y Pamplona, venció en batalla a los nobles guerreros de Tarragona, llevó sus armas victoriosas hasta el corazón de Lusitania, y otorgó a los suevos el reino de Galicia bajo la monarquía goda de España.[1779] Los esfuerzos de Eurico no fueron menos vigorosos ni menos prósperos en la Galia, y en todo el país que se extiende desde los Pirineos hasta el Ródano y el Loira, Berri y Auvernia fueron las únicas ciudades o diócesis que se negaron a reconocerlo como su soberano.[1780] En la defensa de Clermont, su ciudad principal, los habitantes de Auvernia aguantaron con inflexible resolución las miserias de la guerra, la epidemia y el hambre; y los visigodos, abandonando el sitio infructuoso, aplazaron las esperanzas de esa importante conquista. La juventud de la provincia se enardeció con el valor heroico y casi increíble de Ecdicio, hijo del emperador Avito,[1781] que hizo una salida desesperada con sólo 18 jinetes, atacó

audazmente al ejército godo y, tras una escaramuza al galope, se retiró salvo y victorioso al recinto de Clermont. Su caridad era igual a su coraje: en una época de suma escasez, 4000 pobres se alimentaban a sus expensas, y su influencia particular reclutó un ejército de borgoñones para liberar Auvernia. Tan sólo por sus virtudes, los ciudadanos leales de la Galia tenían alguna esperanza de salvamento y libertad; y aun tales virtudes fueron insuficientes para evitar la ruina inminente de su país, ya que ansiaban aprender, de su autoridad y ejemplo, si debían preferir el destierro o la servidumbre.[1782] Se perdió la confianza pública, los recursos del Estado estaban agotados, y los galos tenían razones de sobra para creer que Antemio, que reinaba en Italia, era incapaz de proteger a sus consternados súbditos de más allá de los Alpes. El débil emperador sólo pudo proporcionar para esa defensa el servicio de 12 000 auxiliares británicos. Riotamo, uno de los reyes o jefes independientes de la isla, fue convencido de transportar su tropa a la Galia, en el continente: navegó el Loira y estableció sus cuarteles en Berri, donde el pueblo se quejó de aquellos aliados opresores, hasta que las armas de los visigodos los destruyeron o los dispersaron.[1783]

Uno de los últimos actos de autoridad que ejerció el Senado romano sobre los súbditos de la Galia fue el proceso y sentencia de Arvando, prefecto pretoriano (468 d. C.). Sidonio, que se alegra de vivir bajo un reinado en el que puede compadecer y asistir a un reo de Estado, ha expresado, con ternura y libertad, los errores de su indiscreto y desventurado amigo.[1784] Arvando logró más confianza que sabiduría con los peligros de los que había escapado, y tal fue la variada aunque uniforme imprudencia de su comportamiento, que su prosperidad parece mucho más sorprendente que su caída. La segunda prefectura que ejerció en el plazo de cinco años anuló el mérito y la

popularidad de su administración anterior. Su temperamento sencillo se corrompió con la adulación y se exasperó con la oposición, tuvo que satisfacer a sus inoportunos acreedores con los despojos de la provincia, su caprichosa insolencia ofendió a los nobles de la Galia y se hundió bajo el peso del odio público. El mandato de su deposición lo convocaba a justificar su conducta ante el Senado; y cruzó el mar de Toscana con viento favorable, el presagio, como vanamente imaginaba, de su futura suerte. Se guardó todavía un decoroso respeto a la jerarquía *prefectoria*; y a su llegada a Roma, Arvando fue confiado a la hospitalidad, más que a la custodia, de Flavio Aselo, conde de la sagrada generosidad, que residía en el Capitolio.[1785] Fue afanosamente perseguido por sus acusadores, los cuatro diputados de la Galia, todos ellos distinguidos por su nacimiento, sus cargos o su elocuencia. En nombre de una gran provincia y de acuerdo a las formas de la jurisprudencia romana, entablaron una acción civil y criminal, pidiendo un reintegro que compensara las pérdidas de los individuos y un castigo que satisfaciera la justicia del Estado. Los cargos de corrupción y opresión fueron numerosos y gravísimos, pero fundaron lo esencial en una carta que habían interceptado, y de la que podían probar, por el testimonio de su secretario, que había sido dictada por el mismo Arvando. El autor de esta carta parecía querer disuadir al rey de los godos de una paz con el emperador griego: mencionaba el ataque de los bretones sobre el Loira y le recomendaba una partición de la Galia, acorde a la ley de naciones, entre visigodos y borgoñones.[1786] Estos malignos planes, que un amigo podría paliar sólo con las reconvenciones de vanidad e indiscreción, eran susceptibles de ser interpretados como traición; y los diputados habían resuelto con astucia no mostrar su mejores armas hasta el momento decisivo de la

contienda. Pero Sidonio descubrió sus intenciones. Informó inmediatamente del peligro al confiado criminal, y lamentó sinceramente, sin una mezcla de enojo, la presunción altanera de Arvando, quien rechazaba las saludables advertencias de sus amigos, e incluso se ofendía. Ignorante de su situación real, Arvando se mostró en el Capitolio con la ropa blanca de un candidato, aceptó indistintamente saludos y ofrecimientos, examinó las tiendas de los mercaderes, las sedas y las joyas, a veces con la indiferencia de un curioso y otras con la atención de un comprador, y se quejó de la época, del Senado, del príncipe y de las tardanzas de la justicia. Sus quejas fueron pronto atendidas. Se fijó para su juicio un día cercano; y Arvando compareció ante la numerosa asamblea del Senado romano con sus acusadores. El atavío enlutado que mostraron provocó la compasión de los jueces, quienes se escandalizaron con el traje alegre y vistoso de su contrario; y cuando al prefecto Arvando y al primero de los diputados galos se les ordenó tomar sus lugares en los bancos senatoriales, se observó en su comportamiento el mismo contraste entre orgullo y modestia. En este memorable juicio, que presentaba una viva imagen de la antigua república, los galos expusieron con fuerza y libertad los reclamos de la provincia; y tan pronto como el ánimo del auditorio estuvo suficientemente inflamado, leyeron la fatal epístola. La obstinación de Arvando se fundaba en la extraña suposición de que un súbdito no podía ser culpado de traición a menos que realmente hubiera conspirado para adquirir la púrpura. Una vez leído el papel, reconoció repetidamente y en alta voz que era de su genuina autoría; y su asombro fue tanto como su consternación cuando la voz unánime del Senado lo declaró culpable de una ofensa capital. Fue degradado por decreto de la jerarquía de prefecto a la ínfima condición de un plebeyo y

arrastrado afrentosamente a la cárcel pública por manos esclavas. Tras un aplazamiento de 15 días, el Senado se reunió nuevamente para pronunciar la sentencia de muerte; pero mientras esperaban, en la isla de Esculapio, el vencimiento de los 30 días concedidos por ley antigua a los malhechores más viles,[1787] sus amigos mediaron, el emperador Antemio cedió, y el prefecto de la Galia obtuvo el castigo más benigno de confiscación y destierro. Las faltas de Arvando podían merecer compasión; pero la impunidad de Seronato acusaba a la justicia de la república, hasta que fue condenado y ejecutado sobre la queja del pueblo de Auvernia. Ese ministro forajido, el Catilina de su siglo y patria, mantenía una correspondencia secreta con los visigodos para venderles la provincia que oprimía: se preocupaba continuamente por descubrir nuevos impuestos y viejas ofensas; sus vicios extravagantes hubieran inspirado desprecio si no despertaran temor y odio.[1788]

Tales criminales no estaban más allá de la Justicia; pero cualquiera fuera la culpa de Ricimero, ese bárbaro poderoso podía enfrentarse o negociar con el príncipe, cuya alianza había condescendido a aceptar. El infortunio y la discordia oscurecieron pronto el reinado pacífico y próspero que Antemio había prometido a Occidente (471 d. C.). Ricimero, temeroso o impaciente ante todo superior, se retiró de Roma para fijar su residencia en Milán; una situación ventajosa tanto para atraer como para rechazar a las tribus guerreras establecidas entre los Alpes y el Danubio.[1789] Gradualmente, Italia se fue dividiendo en dos reinos independientes y enemigos, y los nobles de Liguria, que se estremecían al menor asomo de guerra civil, se postraron a los pies del patricio para suplicarle que renunciara a su desventurado país. «Por mi parte —contestó Ricimero con moderación insolente—, siempre estaré inclinado a aceptar la

amistad del gálata;[1790] pero ¿quién se hará cargo de aplacar su enojo o de mitigar la soberbia que siempre aumenta en proporción a nuestra sumisión?». Ellos le informaron que Epifanio, obispo de Pavía,[1791] unía la sabiduría de la serpiente con la inocencia de la paloma, y que estaban seguros de que la elocuencia de tal embajador debía prevalecer ante la oposición más fuerte, fuera del interés o de la pasión. La recomendación fue aprobada, y Epifanio, asumiendo el buen oficio de mediador, marchó sin demora a Roma, donde fue recibido con los honores debidos a su mérito y reputación. La oración de un obispo en favor de la paz es fácil de imaginar: arguyó que, en cualquier circunstancia posible, el perdón de las injurias es un acto de misericordia, o de magnanimidad, o de prudencia; y amonestó formalmente al emperador para que evitase una contienda con un bárbaro feroz, que podía ser fatal para sí mismo y que sería la ruina de sus dominios. Antemio reconoció la verdad de sus máximas; pero sentía profundamente, con dolor e indignación, la conducta de Ricimero, y su pasión le dio elocuencia y energía a su discurso. Exclamó con ardor: «¿Qué favores le hemos negado a ese ingrato? ¿Qué provocaciones no hemos soportado? Sin tener en cuenta la majestad de la púrpura, entregué mi hija a un godo; sacrifiqué mi propia sangre por la seguridad de la república. La generosidad que debió asegurar la adhesión eterna de Ricimero lo ha exasperado contra su benefactor. ¿Cuántas guerras ha alentado contra el Imperio? ¿Cuántas veces ha incitado y colaborado con la furia de naciones enemigas? ¿Y ahora debo aceptar su amistad alevosa? ¿Puedo esperar que respete las condiciones de un tratado quien ya ha violado las obligaciones de un hijo?». Pero la ira de Antemio se evaporó con estas exclamaciones apasionadas: finalmente cedió a la propuesta de Epifanio, y el obispo regresó a su diócesis con la

satisfacción de haber restaurado la paz de Italia con una reconciliación[1792] de cuya sinceridad y continuación podía razonablemente dudarse. La clemencia del emperador surgió de su debilidad, y Ricimero suspendió sus ambiciosos planes hasta que hubo preparado secretamente las tramoyas con que derribaría el solio de Antemio. Entonces dejó de lado la máscara de la paz y la moderación. Reforzó su ejército con un cuerpo numeroso de borgoñones y suevos orientales; rechazó toda lealtad al emperador griego; marchó de Milán a las puertas de Roma y, asentando su campamento en las márgenes del Anio, esperó con impaciencia la llegada de Olibrio, su candidato imperial.

El senador Olibrio, de la familia Anicia, podía considerarse a sí mismo heredero legítimo del Imperio occidental. Se había desposado con Placidia, hija menor de Valentiniano (23 de marzo de 472 d. C.), una vez que fue devuelta por Genserico, quien aún tenía a su hermana Eudocia como esposa, o más bien como cautiva, de su hijo. El rey vándalo apoyó con amenazas o instancias las justas pretensiones de su aliado romano, y arguyó, como uno de los motivos de la guerra, la negativa del Senado y del pueblo a reconocer a su príncipe legítimo y la indigna preferencia que habían dado a un extranjero.[1793] Su amistad con el enemigo público podía hacer a Olibrio aún más impopular para los italianos; pero cuando Ricimero ideó la ruina del emperador Antemio, sedujo con el ofrecimiento de la diadema al candidato que pudiera justificar su rebelión con un nombre ilustre y relaciones con la realeza. El marido de Placidia, que como la mayoría de sus antepasados había obtenido la dignidad consular, podría haber seguido disfrutando de su grandiosa y segura fortuna en su pacífica residencia de Constantinopla, y no parecía estar atormentado por un genio tal

que no pudiera entretenerse u ocuparse sino con la administración de un imperio. Pero Olibrio cedió a las instancias de sus amigos y quizá de su esposa; se lanzó precipitadamente a los peligros y calamidades de una guerra civil, y con la connivencia secreta del emperador León, aceptó la púrpura italiana, otorgada y reasumida según la voluntad caprichosa de un bárbaro. Desembarcó sin obstáculos (pues Genserico era el amo de los mares) en Ravena o en el puerto de Ostia, y avanzó inmediatamente hacia el campamento de Ricimero, donde fue recibido como el soberano del mundo occidental.[1794]

El patricio, que había adelantado sus puestos desde el Anio hasta el puente Milvio, ya poseía dos barrios de Roma, el Vaticano y el Janículo, separados por el Tíber del resto de la ciudad;[1795] y cabe conjeturar que una reunión de senadores disidentes imitó en la elección de Olibrio las formalidades de una votación legal. Pero el cuerpo del Senado y el pueblo adherían firmemente a la causa de Antemio; y el apoyo, más eficaz, de un ejército godo, le permitió prolongar su reinado y las aflicciones públicas con una resistencia de tres meses, que produjo los males asociados del hambre y la peste. Finalmente, Ricimero realizó un asalto furioso sobre el puente de Adriano o San Ángelo; y los godos defendieron el estrecho pasaje con valor constante hasta la muerte de Gilimer, su caudillo. Las tropas victoriosas, quebrando toda barrera, irrumpieron con violencia irresistible en el corazón de la ciudad, y la furia civil de Antemio y Ricimero (si podemos usar la expresión de un papa contemporáneo) conmocionó Roma.[1796] El desafortunado Antemio fue arrancado de su escondite y masacrado inhumanamente por órdenes de su yerno (11 de julio de 472 d. C.), que así sumaba un tercer emperador, o tal vez un cuarto, al

número de sus víctimas. Los soldados, que unían la cólera de ciudadanos facciosos a las costumbres salvajes de los bárbaros, se entregaron sin control al robo y la matanza; la muchedumbre de esclavos y plebeyos, que estaba fuera de los acontecimientos, sólo podía favorecerse con el saqueo indiscriminado; y la ciudad exhibió el extraño contraste entre una crueldad severa y un desenfreno excesivo.[1797] A los cuarenta días de este calamitoso suceso, producto no de la gloria, sino de la culpa, Italia fue liberada, por una dolorosa enfermedad, del tirano Ricimero (20 de agosto), que dejó el mando del ejército a su sobrino Gundebaldo, uno de los príncipes borgoñones. En el mismo año, todos los actores principales de esta gran revolución fueron quitados de escena; y todo el reinado de Olibrio, cuya muerte (23 de octubre) no muestra ningún signo de violencia, se redujo al breve plazo de siete meses. Dejó una hija, fruto de su matrimonio con Placidia; y la familia del gran Teodosio, trasladada de España a Constantinopla, se propagó por la línea femenina hasta la octava generación.[1798]

Mientras el trono vacante de Italia estaba a merced de bárbaros ingobernables,[1799] el consejo de León trató formalmente la elección de un nuevo compañero. La emperatriz Verina, esmerada por promover la grandeza de su propia familia, había casado a una de sus sobrinas con Julio Nepote, que sucedió a su tío Marcelino en la soberanía de Dalmacia (472-475 d. C.), una posesión más sólida que el título de emperador de Occidente que se avino a recibir. Pero las disposiciones de la corte bizantina fueron tan débiles y vacilantes que pasaron varios meses desde la muerte de Antemio, y aun de Olibrio, antes de que el nombrado sucesor pudiera mostrarse, con fuerza respetable, ante los súbditos italianos. Durante ese intervalo, Glicerio, un soldado desconocido, fue

investido con la púrpura por su protector Gundebaldo; pero el príncipe borgoñón carecía de poder o de voluntad para apoyar su nominación con una guerra civil; las urgencias de sus intereses domésticos lo llevaron más allá de los Alpes,[1800] y a su protegido se le permitió cambiar el cetro romano por el obispado de Salona. Una vez desplazado ese competidor, el emperador Nepote fue reconocido por el senado, los italianos y los súbditos de la Galia; sus virtudes morales y talentos militares fueron ruidosamente celebrados, y quienes derivaban algún beneficio privado de su gobierno anunciaban en raptos proféticos el restablecimiento de la felicidad pública.[1801] Sus esperanzas (si las hubo) se frustraron en sólo un año, y el tratado de paz que cedía la Auvernia a los visigodos es el único acontecimiento de su corto y vergonzoso reinado. El emperador italiano sacrificó los súbditos más leales de la Galia a la esperanza de su seguridad doméstica;[1802] pero pronto su reposo fue invadido por una furiosa sedición de los bárbaros *confederados* que, bajo el mando de Orestes, su general, marcharon de Roma a Ravena. Nepote temblaba ante su avance; y en vez de depositar fundadamente su confianza en la fortaleza de Ravena, huyó atropelladamente a sus naves y se retiró a su principado de Dalmacia, en la costa opuesta del Adriático. Esta vergonzosa abdicación le permitió prolongar su vida durante aproximadamente cinco años, en la muy ambigua posición de emperador y desterrado, hasta que en Salona lo asesinó el desagradecido Glicerio, que fue trasladado, quizá como premio por su crimen, al arzobispado de Milán.[1803]

Las naciones que habían logrado su independencia después de la muerte de Atila se establecieron, por derecho de posesión o de conquista, en las regiones ilimitadas al norte del Danubio o en las provincias romanas entre el río y los Alpes. Pero lo más

valeroso de su juventud se alistó en el ejército de los confederados, que constituía la defensa y el terror de Italia;[1804] y en la revuelta muchedumbre parecen haber sobresalido los nombres de los hérulos, escirros, alanos, turcilingios y rugianos. Orestes, hijo de Tátulo y padre del último emperador de Occidente, imitó el ejemplo de esos guerreros.[1805] Orestes, que ya ha sido mencionado en esta historia, nunca abandonó su país. Su nacimiento y su fortuna lo convirtieron en uno de los súbditos más ilustres de Panonia. Cuando esa provincia fue cedida a los hunos, entró al servicio de Atila, su soberano legítimo, obtuvo el cargo de secretario suyo, y fue enviado repetidamente como embajador a Constantinopla, para representar a la persona y expresar las órdenes del despótico monarca. La muerte de ese conquistador le devolvió la independencia; y Orestes podía rechazar honorablemente tanto seguir a los hijos de Atila por los desiertos de Escitia, como obedecer a los ostrogodos, que habían usurpado los dominios de Panonia. Prefirió el servicio de los príncipes italianos, sucesores de Valentiniano; y como estaba dotado de valor, ingenio y experiencia, avanzó con pasos rápidos en la carrera militar, hasta que fue ascendido, por el favor del mismo Nepote, a los cargos de patricio y maestre-general de la tropa (475 d. C.). Aquellas tropas se habían acostumbrado hacía ya tiempo a reverenciar el carácter y la autoridad de Orestes, que aparentaba sus mismas costumbres, conversaba con ellos en su propia lengua y estaba íntimamente conectado con sus caudillos nacionales, de modo familiar y amistoso. A su pedido, se levantaron en armas contra el griego desconocido que pretendía tener derecho a su obediencia; y cuando Orestes, por algún motivo secreto, rechazó la púrpura, ellos aceptaron con la misma facilidad reconocer a su hijo Augústulo como emperador de Occidente (476 d. C.). Con

la abdicación de Nepote, Orestes había llegado a la cumbre de sus ambiciosas esperanzas; pero antes de un año descubrió que las lecciones de perjurio e ingratitud que puede dar un rebelde se vuelven luego contra sí mismo, y que al precario soberano de Italia sólo se le permitía elegir si sería el esclavo o la víctima de sus mercenarios bárbaros. La peligrosa alianza con estos extranjeros había agobiado e insultado los últimos restos de la libertad y dignidad romanas. A cada revolución aumentaban sus pagos y privilegios, pero su insolencia se incrementaba en un grado todavía más extravagante; envidiaban la suerte de sus hermanos de la Galia, España y África, cuyas armas victoriosas habían adquirido herencias independientes y perpetuas, e insistían en la demanda terminante de que una tercera parte de las tierras de Italia debía dividirse inmediatamente entre ellos. Orestes, con un ánimo que en otra situación merecería nuestro aprecio, eligió enfrentarse con la ira de una multitud armada antes que firmar la ruina de un pueblo inocente. Rechazó la osada petición, y su negativa favoreció la ambición de Odoacro, un bárbaro audaz, quien afirmó a sus compañeros que si se atrevían a asociarse bajo su mando, pronto conseguirían la justicia que había sido negada a sus respetuosas peticiones. Los confederados de todos los campamentos y guarniciones de Italia, actuando con el mismo rencor y las mismas esperanzas, se agruparon con ansiedad bajo el estandarte de su líder popular; y el desventurado patricio, arrollado por el torrente, se retiró deprisa a la ciudad fuerte de Pavía, silla episcopal del santo Epifanio. Pavía fue sitiada inmediatamente, se asaltaron las fortificaciones, el pueblo fue saqueado; y aunque el obispo se esforzó, con mucho tesón y algún éxito, por resguardar las propiedades de la Iglesia y la castidad de las cautivas, el tumulto sólo pudo aplacarse con la ejecución de Orestes.[1806] Su

hermano Pablo fue asesinado en una acción cerca de Ravena, y el desamparado Augústulo, que ya no podía infundir respeto, tuvo que implorar la clemencia de Odoacro.

El bárbaro triunfador era hijo de Edecon, que, en ciertos episodios notables descriptos pormenorizadamente en un capítulo anterior, había sido compañero del propio Orestes. El honor de un embajador debería estar exento de sospechas; y Edecon había atendido a una conspiración contra la vida de su soberano; pero esta aparente culpa fue expiada con sus méritos o su arrepentimiento: su jerarquía era eminente e indiscutible; disfrutó del favor de Atila; y las tropas bajo su mando, que protegieron a su turno la aldea real, se componían de una tribu de escirros, sus súbditos hereditarios e inmediatos. En la revolución de las naciones, ellos aún adherían a los hunos; y más de 12 años después, el nombre de Edecon se menciona con honor en su contienda desigual contra los ostrogodos, que terminó, tras dos batallas sangrientas, en la derrota y dispersión de los escirros.[1807] El valiente líder, que no sobrevivió a las calamidades nacionales, dejó dos hijos, Onulfo y Odoacro, para luchar contra la adversidad y mantener como pudieran, con rapiñas o con servicios, a los seguidores leales de su destierro. Onulfo dirigió sus pasos hacia Constantinopla, donde mancilló, con el asesinato de un benefactor generoso, la fama que había adquirido con las armas. Su hermano Odoacro llevó una vida vagabunda con los bárbaros del Nórico, con un ánimo y una fortuna apropiada para las aventuras más desesperadas; y cuando decidió su plan, visitó religiosamente la celda de Severino, el santo popular del país, para solicitar su aprobación y bendición. La puerta de entrada era demasiado baja para la estatura de Odoacro: tuvo que inclinarse; pero en esa actitud humilde, el santo pudo discernir las señales de su futura grandeza, y

dirigiéndose a él en un tono profético, le dijo: «Sigue con tus planes; marcha a Italia, que pronto arrojarás esas toscas pieles y tu riqueza corresponderá a la generosidad de tu ánimo».[1808] El bárbaro, cuyo osado espíritu aceptó y ratificó la predicción, fue admitido al servicio del Imperio occidental y pronto obtuvo un rango honorable en la guardia. Sus modales se fueron puliendo, su destreza militar fue mejorando, y los confederados de Italia no lo habrían elegido como su general si las hazañas de Odoacro no hubieran puesto en un alto concepto su coraje y capacidad.[1809] Las aclamaciones militares lo saludaron con el título de rey; pero durante todo su reinado se abstuvo de usar la púrpura y la diadema,[1810] por temor a ofender a aquellos príncipes cuyos súbditos, accidentalmente unidos, habían formado el ejército victorioso que el tiempo y la política podían reunir en una gran nación.

Los bárbaros estaban familiarizados con la monarquía, y el sumiso pueblo de Italia estaba dispuesto a obedecer, sin un susurro, la autoridad que se dignara a ejercer como lugarteniente del emperador de Occidente. Pero Odoacro había resuelto abolir aquel cargo costoso e inservible; y tal es el peso de un prejuicio antiguo, que se requería audacia y penetración para descubrir la extrema facilidad de la empresa. El desafortunado Augústulo fue convertido en instrumento de su propia desgracia; presentó su renuncia al Senado, y esa asamblea, en su último acto de obediencia a un príncipe romano, aún aparentó el espíritu de libertad y las formalidades de la constitución. Se dirigió una epístola, por decreto unánime, al emperador Zenón, yerno y sucesor de León, quien acababa de ser restablecido, tras un breve levantamiento, al trono bizantino. Rechazaban solemnemente la necesidad, y aun el deseo, de que continuara la sucesión imperial en Italia, puesto que, en su opinión, la

majestad de un solo monarca era suficiente para dominar y proteger, a un mismo tiempo, el Oriente y el Occidente. En su nombre, y en el de todo el pueblo, accedían a que la sede del imperio universal se trasladara de Roma a Constantinopla; y renunciaban vilmente al derecho de elegir su soberano, el único rastro que aún quedaba de la autoridad que había dado leyes al mundo. La República (repiten ese nombre sin avergonzarse) podía confiar en las virtudes civiles y militares de Odoacro, y le rogaban humildemente al emperador que lo invistiera con el título de «patricio» y la administración de la *diócesis* de Italia. Los enviados del senado fueron recibidos en Constantinopla con algunas muestras de disgusto e indignación; y cuando fueron admitidos en la audiencia de Zenón, éste les reprochó severamente el trato que habían dado a los dos emperadores, Antemio y Nepote, que Oriente había otorgado sucesivamente a instancias de Italia. «Al primero —continuó—, lo habéis matado; al segundo lo habéis echado; pero el segundo aún vive, y mientras viva es vuestro legítimo soberano». Pero el cauteloso Zenón pronto abandonó la causa imposible de su compañero depuesto. El título de emperador único y las estatuas erigidas en su honor por los diversos barrios de Roma halagaban su vanidad; mantuvo una correspondencia amistosa, aunque ambigua, con el *patricio* Odoacro, y aceptó con agradecimiento las insignias imperiales, los sagrados adornos del trono y del palacio que el bárbaro se complacía en sustraer a la vista del pueblo[1811] (476 o 479 d. C.).

En el plazo de 20 años desde la muerte de Valentiniano, desaparecieron nueve emperadores; y el hijo de Orestes, un joven favorecido sólo por su belleza, habría sido el menos acreedor a la atención de la posteridad si su reinado, marcado por la extinción del Imperio Romano de Occidente, no hubiera

sido una época memorable en la historia de la humanidad.[1812] El patricio Orestes se había casado con la hija del conde Rómulo, de Petovio, en Nórico; el nombre de Augusto, a pesar de los celos del poder, era corriente en Aquileia como un apodo familiar; y así los nombres de los dos grandes fundadores, de la ciudad y de la monarquía, quedaron extrañamente unidos en el último de sus sucesores.[1813] El hijo de Orestes asumió y deshonró los nombres de Rómulo y Augusto; pero los griegos desvirtuaron el primero en Momyllus, y los latinos cambiaron el segundo por el despreciable diminutivo de Augústulo. La generosa clemencia de Odoacro le perdonó la vida a este joven inofensivo; lo despidió, con toda su familia, del palacio imperial; estableció su pensión anual en 6000 piezas de oro, y le asignó el castillo de Lúculo, en Campania, para su destierro o retiro.[1814] En cuanto los romanos tuvieron un respiro de los afanes de la Guerra Púnica, se sintieron atraídos por la belleza y los placeres de Campania; y la casa de campo del primer Escipión en Literno ofrecía un modelo permanente de sencillez rural.[1815] Las agradables costas de la bahía de Nápoles se colmaron de quintas; y Sila festejó la maestría de su rival, que se había establecido en el alto promontorio de Miseno, que domina el mar y la tierra circundantes hasta el límite del horizonte.[1816] Lúculo compró a los pocos años la quinta de Mario, y el precio se había incrementado de 2500 libras esterlinas a más de ochenta mil.[1817] El nuevo propietario la adornó con las artes griegas y los tesoros asiáticos; y las casas y jardines de Lúculo obtuvieron un rango distinguido en la lista de palacios imperiales.[1818] Cuando los vándalos se volvieron temibles en las costas, la quinta de Lúculo, en el promontorio de Miseno, fue asumiendo gradualmente la fortaleza y el nombre de un castillo poderoso, el aislado refugio del último emperador de Occidente.

Alrededor de veinte años después de esa gran revolución, fue convertido en iglesia y monasterio para recibir los huesos de san Severino. Descansaron seguros, entre los trofeos destrozados de victorias címbricas y armenias, hasta comienzos del siglo X, cuando las fortificaciones, que podían proporcionar resguardo a los sarracenos, fueron demolidas por el pueblo de Nápoles.[1819]

Odoacro fue el primer bárbaro que reinó en Italia, sobre un pueblo que una vez había impuesto su justa supremacía sobre el resto de la humanidad. La desgracia de los romanos aún excita nuestra respetuosa compasión, y simpatizamos profundamente con la pena e indignación imaginarias de su posteridad corrompida. Pero las calamidades de Italia habían ido atenuando la orgullosa conciencia de su libertad y gloria. En la época de la virtud romana, las provincias estaban subordinadas a las armas de la república y los ciudadanos a sus leyes, hasta que las discordias civiles alteraron las leyes y tanto la ciudad como las provincias se transformaron en la propiedad servil de un tirano. Las formalidades de la constitución, que mitigaban o encubrían su esclavitud abyecta, desaparecieron con el tiempo y la violencia; los italianos lamentaban alternadamente la presencia o la ausencia de los soberanos a quienes detestaban o menospreciaban; y cinco siglos sucesivos causaron los males diversos del desenfreno militar, el despotismo caprichoso y la opresión elaborada. Durante el mismo período, los bárbaros salieron de su oscuridad y menosprecio, y los guerreros de Germania y Escitia se internaron en las provincias como sirvientes, aliados, y finalmente amos de los romanos, a quienes insultaban o protegían. El odio del pueblo fue sofocado por el miedo; respetaron el ánimo y el esplendor de los jefes marciales investidos con los honores del Imperio; y hacía ya tiempo que el destino de Roma dependía de la espada de aquellos formidables

extranjeros. El adusto Ricimero, que holló las ruinas de Italia, había ejercido el poder de un rey sin asumir ese título; y los sufridos romanos se habían ido preparando, imperceptiblemente, para reconocer la realeza de Odoacro y de sus sucesores bárbaros.

El rey de Italia no era indigno del alto lugar al que lo habían elevado su valor y su suerte (476-490 d. C.): los hábitos de la conversación fueron puliendo sus costumbres salvajes, y respetaba, aunque conquistador y bárbaro, las instituciones e incluso los prejuicios de sus súbditos. Tras un intervalo de siete años, Odoacro restableció el Consulado de Occidente. Rechazó para sí mismo, por modestia o por orgullo, un honor que aún aceptaban los emperadores de Oriente; pero la silla curul fue ocupada sucesivamente por once de los más ilustres senadores,[1820] y la lista se enaltece con el respetable nombre de Basilio, cuyas virtudes merecieron la amistad y el agradecido elogio de Sidonio, su protegido.[1821] Las leyes de los emperadores se impusieron estrictamente, y el prefecto pretoriano y sus dependientes siguieron ejerciendo la administración civil de Italia. Odoacro delegó en los magistrados romanos la tarea odiosa y opresiva de la recaudación de impuestos, pero se reservó la ventaja de condonaciones oportunas y populares.[1822] Como el resto de los bárbaros, había sido educado en la herejía arriana; pero reverenciaba los caracteres monástico y episcopal, y el silencio de los católicos atestigua la tolerancia de la que disfrutaban. La paz de la ciudad requería de la intervención de su prefecto Basilio en la elección de un pontífice romano; y el decreto que vedaba al clero la enajenación de sus tierras fue básicamente planeado en beneficio del pueblo, cuya devoción hubiera tenido que costear las dilapidaciones de la Iglesia.[1823] Italia estaba protegida por las armas de su conquistador, y los

bárbaros de Galia y Germania, que habían insultado durante tanto tiempo la débil alcurnia de Teodosio, respetaban sus fronteras. Odoacro atravesó el Adriático para castigar a los asesinos del emperador Nepote y adquirir la provincia marítima de Dalmacia. Cruzó los Alpes para rescatar los restos de Nórico de Fava, o Feleteo, rey de los rugianos, quien conservaba su residencia más allá del Danubio. El rey fue vencido en batalla y llevado como prisionero; una numerosa colonia de cautivos y súbditos fue trasladada a Italia; y Roma, tras un largo período de derrotas y desgracias, pudo afirmar el triunfo de su soberano bárbaro.[1824]

No obstante la prudencia y el éxito de Odoacro, su reino exhibía el triste panorama de la miseria y la desolación. En Italia se había sentido, desde la época de Tiberio, la decadencia de la agricultura; y existía la queja justificada de que la vida del pueblo romano dependía de la eventualidad del viento y de las olas.[1825] En la división y decadencia del Imperio, las cosechas tributarias de Egipto y África fueron retiradas, el número de habitantes disminuía constantemente por los escasos medios de subsistencia, y las irrecuperables pérdidas ocasionadas por la guerra, el hambre[1826] y la peste vaciaron el país. San Ambrosio ha deplorado la ruina de un distrito populoso, al que una vez enaltecieron las ciudades florecientes de Bolonia, Módena, Regio y Plasencia.[1827] El papa Gelasio era un súbdito de Odoacro, y afirma, muy exageradamente, que en Emilia, Toscana y las provincias contiguas, la especie humana estaba casi extinguida.[1828] Los plebeyos de Roma, alimentados por la mano de su soberano, murieron o desaparecieron en cuanto terminó su generosidad; la decadencia de las artes redujo al industrioso artesano al desempleo y la necesidad; y los senadores, que podían resistir con paciencia la caída de su país,

lamentaban la pérdida de sus riquezas y lujos privados. Un tercio de aquellos amplios estados a los que se atribuye en principio la ruina de Italia[1829] se expropió para uso de los conquistadores. Las injurias se agravaron con insultos; la sensación de los sufrimientos actuales crecía con el temor a males más terribles; y como cada vez más tierras se asignaban a nuevas oleadas de bárbaros, cada senador temía que la arbitrariedad de los peritos se posara sobre su quinta predilecta o su granja más rentable. Los menos desafortunados eran aquellos que se sometían sin un susurro al poder irresistible. Como deseaban vivir, le debían cierta gratitud al tirano que les había perdonado la vida; y como era el dueño absoluto de sus fortunas, debían aceptar la porción que les dejaba como su dádiva pura y voluntaria.[1830] La prudencia y humanidad de Odoacro mitigó las desgracias de Italia, aunque se había obligado, como precio por su encumbramiento, a satisfacer las demandas de una muchedumbre licenciosa y turbulenta. Era frecuente que los súbditos nativos resistieran, depusieran o mataran a los reyes de los bárbaros; y los diversos bandos de mercenarios italianos, reunidos bajo el estandarte de un general electo, reclamaban un privilegio mayor en sus libertades y rapiñas. Una monarquía privada de la unión nacional y del derecho hereditario se precipitaba a su disolución. Tras un reinado de catorce años, Odoacro fue aplastado por el genio superior de Teodorico, rey de los ostrogodos, un héroe igualmente extraordinario en las artes de la guerra y del gobierno, que restableció una época de paz y prosperidad, y cuyo nombre aún atrae y merece la atención del género humano.

XXXVII

ORIGEN, PROGRESOS Y EFECTOS DE LA VIDA MONÁSTICA - CONVERSIÓN DE LOS BÁRBAROS AL CRISTIANISMO Y AL ARRIANISMO - PERSECUCIÓN DE LOS VÁNDALOS EN ÁFRICA - EXTINCIÓN DEL ARRIANISMO ENTRE LOS BÁRBAROS

El enlace imprescindible de los negocios civiles con los eclesiásticos me ha obligado a referir los progresos, las persecuciones, el establecimiento, las desavenencias, el triunfo terminante y la corrupción gradual del cristianismo. He pospuesto intencionadamente la consideración de dos acontecimientos religiosos, interesantes para el estudio de la naturaleza humana, y de importancia en la decadencia y ruina del Imperio Romano. I. La institución de la vida monástica.[1831] II. La conversión de los bárbaros septentrionales.

I. La prosperidad y la paz introdujeron la distinción entre los «cristianos vulgares» y los «ascéticos».[1832] La práctica desahogada e imperfecta de la religión aquietaba la conciencia de la muchedumbre. El príncipe o el magistrado, el militar o el traficante hermanaban su fervoroso esmero y fe implícita con el ejercicio de su profesión, el afán de sus intereses y el desenfreno de sus pasiones; pero los ascéticos, que obedecían y extremaban la entereza de los preceptos evangélicos, respondían a impulsos de aquel entusiasmo salvaje que conceptúa al hombre como reo, y a Dios como tirano; orillaban formalmente los negocios y recreos del siglo; renunciaban al uso del vino, de la carne y del

matrimonio; castigaban su cuerpo, quebrantaban sus propensiones y abrazaban una vida de escasez y desamparo por granjearse la bienaventuranza eterna. Huyeron los ascéticos, en el reinado de Constantino, de un mundo profano y estragado, a soledad perpetua o sociedad religiosa. Al par de los cristianos primeros de Jerusalén,[1833] renunciaron a sus posesiones temporales, se organizaron en comunidades del mismo sexo y en iguales términos, y se fueron apellidando «ermitaños», «monjes» y «anacoretas», en alusión a su retiro solitario por desiertos naturales o artificiales. Granjeáronse luego los miramientos de un mundo que despreciaban y que entonaba loores a aquella filosofía sobrehumana,[1834] que sin ciencias ni raciocinio descollaba sobre las excelencias tan estudiadas de las escuelas griegas. Podían con efecto competir los monjes con los estoicos en su menosprecio de riquezas, quebrantos y muerte: su régimen servil imponía silencio y rendimiento pitagórico, y orillaban tan denodadamente como los mismos cínicos la formalidad y el decoro de la sociedad civil. Pero los amantes de tan divina filosofía aspiraban al remedo de otro dechado más cabal y más excelso. Fueron siguiendo las huellas de los profetas que se habían aventurado por los yermos,[1835] restableciendo la vida devota y contemplativa, planteada en Palestina y Egipto por los esenios. Tendió Plinio su vista filosófica por un pueblo solitario que moraba entre palmeras cerca del mar Muerto; vivía sin moneda, y se propagaba sin mujeres, acudiendo asociados voluntarios que se disgustaban y arrepentían de sus devaneos mundanos.[1836]

El Egipto, solar fecundo de supersticiones, dio a luz el primer ejemplo de la vida monástica. Antonio,[1837] mozo idiota[1838] de la Tebaida inferior, repartió su patrimonio,[1839] desamparó su familia y casa paterna, y ejecutó la penitencia

monástica con arrojado y sin par fanatismo. Tras largo y angustioso noviciado entre sepulcros y alguna torre arruinada, se aventuró valerosamente por el desierto hasta tres días al oriente del Nilo; descubrió un paraje solitario con la ventaja de sombras y agua, y por fin planteó su residencia en el monte Colzim, cerca del mar Rojo, donde un monasterio antiguo conserva todavía el nombre y la memoria del santo.[1840] La devoción desalada de los cristianos lo fue siguiendo por el desierto, y cuando tuvo que asomar en Alejandría a presencia de las gentes, supo sostener su nombradía con tino y dignidad. Mereció la intimidad de Atanasio, cuya doctrina celebraba, y el campesino egipcio se desentendió muy atentamente de un llamamiento del emperador Constantino. El patriarca venerable —pues Antonio llegó a la edad de ciento cinco años (251-356 d. C.)— contempló la dilatada prole que había formado con su ejemplo y sus lecciones. Las colonias multiplicadoras de los monjes fueron creciendo rápidamente por los arenales de Libia, sobre los peñascos de Tebaida y en las ciudades del Nilo. Al sur de Alejandría, las montañas y el desierto contiguo de Nitria estaban poblados con cinco mil anacoretas; y el viajero puede todavía ver los escombros de cincuenta monasterios, planteados en aquella aridez por los alumnos de Antonio.[1841] En la Tebaida superior, acudió Pacomio, con mil cuatrocientos hermanos, a posesionarse de la isla despoblada de Tavena.[1842] Aquel santo abad fue sucesivamente fundando hasta nueve monasterios de hombres, y uno de mujeres; y la festividad de la Pascua reunía a veces cincuenta mil religiosos que seguían la «regla angelical de la disciplina».[1843] La ciudad magnífica y populosa de Oxirinco, el solar del cristianismo ortodoxo, dedicó templos, edificios públicos y aun murallas a objetos piadosos y caritativos; y el obispo, árbitro de predicar en doce iglesias, regulaba en diez mil

las hembras y veinte mil los varones de la profesión monástica.[1844] Los egipcios, blasonando de revolución tan asombrosa, esperanzaban y creían que el número de los monjes igualaba a lo restante del vecindario,[1845] y pudiera la posteridad repetir el dicho aplicado en lo antiguo a los animales sagrados del mismo país, a saber, que en Egipto era más obvio el tropezar con un dios que con un hombre.

Introdujo Atanasio en Roma el conocimiento y la práctica de la vida monástica, y abrieron escuela de esta nueva filosofía los alumnos de Antonio, acompañantes de su primado hasta los sagrados umbrales del Vaticano (341 d. C.). La traza extraña y montaraz de aquellos egipcios horrorizó y se miró al pronto con asco, que tornó luego en aplauso y ansioso remedo. Trasformaron los senadores, y con especialidad las matronas, sus palacios y quintas en casas religiosas, y el estrecho instituto de seis Vestales quedó arrinconado con los varios monasterios, planteados sobre los escombros de templos antiguos, aun en medio del Foro Romano.[1846] Enardecido con el ejemplo de Antonio, un mancebo sirio, llamado Hilario,[1847] planteó su pavorosa morada en un arrecife arenoso entre el mar y un pantano, como a dos leguas de Gaza (328 d. C.). La penitencia austera a que se sujetó por espacio de cuarenta y ocho años fue propagando aquel entusiasmo; y el santo varón llegó a encabezar una comitiva de dos o tres mil anacoretas al ir visitando los monasterios innumerables de la Palestina. Inmortal es en la historia monástica de Oriente la nombradía de Basilio.[1848] Embebido en la literatura y elocuencia de Atenas, ambicioso hasta desestimar el obispado de Cesárea, retiróse Basilio a las malezas solitarias del Ponto, y se avino por algún tiempo a legislar por las colonias espirituales que fue derramando a manos llenas en la costa del mar Negro. Por Occidente, Martín de

Tours, soldado, ermitaño, obispo y santo,[1849] planteó los monasterios de la Galia; dos mil discípulos lo acompañaron hasta el sepulcro (370 d. C.), y su historiador elocuente está retando a los desiertos de Tebaida para que presenten, aun en climas más favorables, un campeón de virtudes tan esclarecidas. Fueron los progresos de los monjes tan rápidos y universales como los del mismo ámbito del cristianismo. Cada provincia, y luego cada ciudad del Imperio, estaba hirviendo con su muchedumbre, y aun las islas áridas y pedregosas, desde Lerinos a Lípari, que despuntan sobre el mar de Toscana, solían escogerse por los anacoretas para solar de su destierro. Comunicación obvia e incesante enlazaba las provincias del orbe romano, y la vida de Hilario demuestra la suma facilidad con que un ermitaño menesteroso de Palestina podía atravesar Egipto, embarcarse para Sicilia, aportar en Epiro, y por fin establecerse en la isla de Chipre.[1850] Abrazaron los cristianos latinos las instituciones religiosas de Roma. Los peregrinos, visitantes de Jerusalén, imitaban desaladamente, en las regiones más remotas de la tierra, el dechado fiel de la vida monástica. Fuéronse los alumnos de Antonio derramando por más allá del trópico hasta el imperio cristiano de Etiopía.[1851] El monasterio de Bancor,[1852] en el condado de Flint, que contenía más de dos mil hermanos, lanzó una colonia crecida entre los bárbaros de Irlanda;[1853] y luego Yana, una de las Hébridas, plantada por los monjes irlandeses, bañó con algún escaso destello de ciencia y de superstición las regiones septentrionales.[1854]

La índole lóbrega e implacable de la credulidad impelía a estos desterrados de la vida social. Sosteníase mutuamente su tesón al arrimo de los millones de ambos sexos, de toda edad y jerarquía; y todo novicio que atravesaba el umbral de un monasterio se persuadía de que estaba hollando el sendero

escabroso de la bienaventuranza eterna.[1855] Mas estos móviles variaban de rumbo o de eficacia según el temple y situación de los secuaces. Cabía que la razón predominase la pasión y enfrenase los ímpetus particulares; pero encarnaban más en los pechos ternezuelos de niños y de mujeres; se robustecían con los remordimientos o con desventuras casuales, influyendo también las consideraciones temporales de interés o de vanagloria. Se dejaba suponer que los monjes timoratos, desprendidos ya del mundo para vincularse en el afán de su salvación, eran los más a propósito para el régimen espiritual de los cristianos. El ermitaño desabrido tenía que desamparar su celdilla, y sentarse al eco de los vivas del pueblo en el solio episcopal; iban los monasterios de Egipto, Galia y Oriente surtiendo de competente refuerzo de santos y obispos, y luego la ambición vino a desemboscar el sendero recóndito para encumbrarse a los blasones y la opulencia.[1856] Los monjes bienquistos, cuyo concepto iba enlazado con la nombradía y preponderancia de su orden, se esmeraban en aumentar el número de los demás cautivos; entrometíanse por las familias principales, y se acudía a la lisonja y a las arterías del embeleso para afianzar alumnos acarreadores de haberes y de señorío a la profesión monástica. Airábase dolorosamente el padre por el malogro de un hijo único;[1857] la muchacha candorosa se descarriaba por vanagloria del rumbo de la naturaleza, y aspiraba la matrona a perfecciones soñadas desapropiándose de las virtudes de la vida doméstica. Rindióse Paula a la persuasiva de Jerónimo,[1858] y el dictado profano de suegra de Dios[1859] recabó de aquella viuda esclarecida el consagrarle la virginidad de su hija Eustoquia. Por el dictamen y en compañía de su guía espiritual, desamparó Paula en Roma a su hijo tierno, se retiró a la santa aldea de Belén, fundó un hospital y cuatro monasterios, y con sus

limosnas y penitencia se granjeó un encumbrado predicamento en la Iglesia católica. Penitentes tan sumos y esclarecidos eran la norma y merecían los timbres del siglo; mas rebosaban los monasterios de catervas de plebeyos rastreros y desconocidos[1860] que aventajaban en el claustro mucho más de lo que habían sacrificado en el mundo. Campesinos, esclavos y artesanos lograban descollar sobre su pobreza y su menosprecio en profesión segura y honorífica, cuyas penalidades aparentes se mitigaban con la costumbre, la aceptación popular y la relajación interior del instituto.[1861] Los súbditos del Imperio sobre cuyas personas y haberes recaían impuestos descompasados se retraían de los apremios del gobierno imperial, y la juventud cobarde anteponía las penitencias de la vida monástica a los peligros de la carrera militar. El vecindario despavorido, que sin excepción de clases iba huyendo de los bárbaros, hallaba su albergue y mantenimiento; empozábanse legiones enteras en aquellos santuarios, y la misma causa que remediaba el desamparo de los individuos redundaba en quebranto y ruina del Imperio.[1862]

La profesión monástica de los antiguos[1863] venía a ser un mero acto de devoción voluntaria. El fanático inconstante quedaba amenazado de la venganza eterna del Dios a quien desamparaba; mas para el arrepentido las puertas del monasterio estaban abiertas a toda hora. Los monjes, cuya conciencia se robustecía con sus alcances o sus pasiones, eran árbitros de recobrar su independencia de hombres y de ciudadanos; y aun las esposas de Cristo podían abrazarse legalmente con un amante terrenal.[1864] Escandalizaron los ejemplares, aumentó la superstición y se acudió a lazos más violentos. Tras un ensayo cabal se afianzaba la permanencia del novicio con votos solemnes y perpetuos, y su compromiso inviolable quedaba

revalidado por las leyes de la Iglesia y del Estado. El reo fugitivo se veía arrestado por la autoridad civil y repuesto en su encierro perpetuo, y aquella intervención arrollaba la independencia y los merecimientos que solían aliviar algún tanto la esclavitud rendida de la vida monástica;[1865] pero de antemano pautadas estaban las acciones, palabras, y aun pensamientos[1866] de un monje, si no alteraba el orden algún superior caprichoso. Afrenta o encierro castigaban las culpas más leves; recargando a veces ayunos y azotes sangrientos; mas la desobediencia, el murmullo y la demora entraban en la clase de los pecados horrendos.[1867] Rendimiento ciego a las órdenes del abad, si bien desatinadas y aun criminales al parecer, era el principio dominante, la virtud fundamental de los monjes egipcios, ejercitándolos de continuo al sufrimiento con ensayos descabellados. Mandábaseles desviar un peñasco descomunal; regar de continuo un recinto árido, o bien un varapalo seco plantado en él para que al fin de tres años brotase y floreciese como un árbol; pasearse por dentro de un horno encendido, arrojar un niño propio a un estanque profundo; y varios santos, o locos, se han inmortalizado en la historia monástica por su obediencia insensata e inalterable.[1868] Aherrojábase el entendimiento con la práctica de tanta credulidad y abatimiento; y el monje, habituándose a los achaques de la servidumbre, se atenía rendidamente a la fe y a los impulsos de su tirano eclesiástico. Alteraron la paz de la Iglesia oriental enjambres de fanáticos ajenos de toda zozobra, raciocinio y humanidad; y confesaban sin rubor las tropas imperiales que los temían más que a las gavillas de los bárbaros.[1869]

Ha ido la superstición ideando y como consagrando los trajes harto estrambóticos de los monjes;[1870] mas su extrañeza aparente dimana a veces de su apego uniforme a cierto patrón

sencillo y primitivo, que las vicisitudes de la moda han venido ya a ridiculizar para la vista de las gentes. El patriarca de los benedictinos se desentiende expresamente de toda elección o realce, y encarga cuerdamente a sus discípulos que se conformen con el traje tosco y adecuado de los países que habiten.[1871] Variaban los hábitos antiguos de los monjes con el clima y el género de vida, y cargaban con la misma indiferencia con el pellico de los campesinos egipcios, que con el manto de los filósofos griegos. Aveníanse al uso del lino en Egipto, género allí barato y casero; pero en el Occidente no les cabía un renglón tan costoso de industria extranjera.[1872] Solían los monjes cortarse o raparse el pelo, se encapuchaban la cabeza para evitar los objetos profanos; andaban descalzos de pie y pierna, excepto en la crudeza del invierno, e iban sosteniendo sus pasos endebles y pausados con un bordón. Horrenda y asquerosa era la traza de un castizo anacoreta; pues toda sensación repugnante al hombre se supone halagüeña para la divinidad; y la regla angelical de Tavena vedaba el baño de agua y las unturas de aceite.[1873] El monje austero dormía en el suelo, sobre una estera tosca o una manta burda, y el mismo brazado de hojarasca de palmera le servía de asiento de día y de almohada por la noche. Sus celdas primitivas eran chocillas bajas y angostas de cualesquiera materiales, que iban formando una aldea crecida y populosa con calles alineadas, que abarcaban en su recinto una iglesia, un hospital, acaso una librería, algunas oficinas indispensables, un huerto y una fuente o estanque de agua fresca. Treinta o cuarenta hermanos componían una familia de disciplina y comida diversa, y los grandes monasterios de Egipto constaban de treinta o cuarenta familias. Deleite y pecado son voces sinónimas en boca de monjes; y habían ido descubriendo con la experiencia que ayunos rigurosos y abstinencias perpetuas eran

los preservativos más eficaces contra los deseos impuros de la carne.[1874] Sus reglas estrechísimas no eran iguales e invariables; contraponíase la función placentera de Pentecostés a la mortificación extremada de la cuaresma; fue amainando el fervor en los monasterios nuevos, y no cabía en el apetito voraz de un galo el avenirse a la templanza y sufrimiento de un egipcio.[1875] Satisfacíanse los alumnos de Antonio y Pacomio con la ración diaria[1876] de doce onzas de pan, o más bien galleta,[1877] repartida en dos refacciones frugales del medio día y de la tarde. Conceptuábase mérito, y casi instituto, la abstinencia de vegetales hervidos que aprontaba el refectorio; pero la dignación del prelado les franqueaba a veces el lujo del queso, frutas, ensaladas y pescadillo seco del Nilo.[1878] Fuese luego ensanchando por grados la franquicia de pescado de mar o de río, pero el uso de la carne se vinculó por mucho tiempo en los enfermos y viandantes, y cuando vino a prevalecer en los monasterios más desahogados, medió luego una separación harto extraña, como si las aves domésticas o salvajes fuesen menos profanas que los cuadrúpedos del campo. Agua cristalina e inocente era la única bebida de los monjes primitivos; y el fundador de los benedictinos se lamenta de la ración diaria de media azumbre de vino, de que vino a desprenderse por las demasías del siglo.[1879] El viñedo de Italia fácilmente aprontaba esta porción, y sus discípulos victoriosos que atravesaron los Alpes, el Rin y el Báltico necesitaban en compensación del vino su competente suministro de cerveza o de sidra.

Todo aspirante a la excelencia de la pobreza evangélica se desapropiaba, al asomar a los umbrales de una comunidad, hasta del pensamiento y del nombre de toda posesión exclusiva.[1880] Los hermanos se sustentaban con su trabajo diario; y se recomendaba este instituto como penitencia, como ejercicio y

como medio laudable para proporcionarse el mantenimiento diario.[1881] El huerto y los campos, que el afán de los monjes solían rescatar de la maleza o el pantano, se cultivaban esmeradamente con sus manos. Se allanaban sin reparo a oficios rastreros de esclavos o de sirvientes, y en el recinto de los grandes monasterios se hallaban los talleres de cuantas artes se requerían para proporcionarse ropas, utensilios y albergue. Propendían por lo más los estudios monásticos a condensar y no a despejar la lobreguez de la superstición; pero el afán o la religiosidad de algunos solitarios estudiosos cultivó las ciencias eclesiásticas y aun las profanas; y la posteridad tiene que reconocer agradecida que los monumentos de la literatura griega y latina se han preservado y engrandecido con sus plumas infatigables;[1882] pero la industria más llana de los monjes, con especialidad en Egipto venía a reducirse a la tarea sedentaria y silenciosa de labrar sandalias o almadreñas y trenzar la hoja de palmera para esteras o cestos. El abasto sobrante acudía con su tráfico a las demás urgencias de la comunidad; las barquillas de Tebena y otros monasterios de Tebaida bajaban por el Nilo hasta Alejandría, y en mercados cristianos la santidad de los obreros podía encarecer el artefacto.

Fue luego urgiendo menos la necesidad del trabajo manual, pues el novicio franqueaba sus haberes a los venerables entre quienes iba a pasar lo restante de la vida; y el ensanche pernicioso de la ley le consentía admitir para su propio uso cuantas mandas o herencias iba adquiriendo.[1883] Melania contribuyó con trescientas libras de plata (138 kg) y Paula se empeñó en sumas exorbitantes por sus monjes predilectos, quienes acudían diligentes con los merecimientos de sus plegarias y su penitencia a una pecadora rica y dadivosa.[1884] Iba el tiempo acrecentando los estados de los monasterios más

bienquistos, y así se extendieron por las ciudades y sus cercanías, y desde el primer siglo de su institución, el infiel Zósimo advierte que los monjes cristianos habían, en beneficio de los menesterosos, reducido gran parte del género humano a la mendicidad.[1885] Mientras conservaron su fervor primitivo, se acreditaron de ecónomos fieles y benévolos de la caridad que se había encargado a su desempeño. Mas los estragó la prosperidad, se fueron ensoberbeciendo con la riqueza, y desbarraron por gastos lujosos. Su boato público pudiera abonarse por el señorío del culto religioso, y por el motivo decoroso de asegurar mansión duradera a una sociedad inmortal; mas todos los siglos de la Iglesia han ido tildando el desenfreno y bastardía de los monjes, pues trascordado ya el objeto de su instituto, se encenagaron en los devaneos y sensualidades mundanas de que se habían alejado[1886] y abusaron de las riquezas granjeadas con las virtudes austeras de sus fundadores.[1887] Su apeamiento natural de aquella encumbrada y costosísima perfección a la liviandad humana quizá no engendrara ni enojo ni pesar en el pecho de un filósofo.

Consumábase la vida de los monjes primitivos en soledades y penitencias, prescindiendo de cuantos afanes llenan el tiempo y ejercitan las potencias de la racionalidad. Si se les franqueaba la puerta, llevaban en atalayas mutuas dos compañeros que se acechaban a toda hora los pasos, y a su regreso se les precisaba a olvidar o al menos a callar cuanto habían visto u oído en el mundo. Agasajábase en la hospedería a todo extraño de profesión católica; mas su conversación peligrosa se ceñía a los más provectos en edad, discreción y honradez. El esclavo monástico tan sólo con este resguardo podía admitir visitas de amigos o parientes, y se reputaba meritorio su despego y aun

desvío de palabra u obra de una hermana cariñosa o de un padre anciano.[1888] Pasaban su vida los monjes sin intimidad personal, revueltos en una caterva que se había juntado por acaso, y permanecía encarcelada por preocupación o por fuerza. Pocas son las ideas o conceptos que los fanáticos tienen que comunicarse. El abad pautaba con permiso particular el punto y el rato de sus visitas familiares; y en sus comidas silenciosas, encapuchados todos, aparecían inaccesibles, o más bien invisibles unos a otros.[1889] Es el estudio el recurso de la soledad; mas no había la educación labrado y enardecido para tareas cultas a un artesano o a un campesino que venían a componer las comunidades monásticas. Podían trabajar, pero la vanidad de su perfección espiritual solía esquivar el ejercicio del trabajo manual; y se apoca y desmaya toda industria sin el estímulo del interés personal.

Según su fe y devoción podían emplear el día, mientras lo pasaban en sus celdas en plegarias vocales o mentales; juntábanse al anochecer, y se les despertaba a deshora para el culto público del monasterio. Las estrellas, siempre centellantes por el cielo despejado de Egipto, señalaban la hora, y un cuerno tosco, o bien un clarín, al toque de la devoción, interrumpía por dos veces los callados ámbitos del desierto.[1890] Tasado estaba por ápices hasta el sueño, último refugio de los desventurados. Desplomábanse pesadamente las horas vacantes del monje, sin quehacer y sin recreo; y antes del anochecer tenía repetidamente tachada la pausa angustiosa del sol.[1891] En medio de aquel desconsuelo sobrevenía aun la superstición acosadora para atenacear a sus amantes.[1892] Acudía el tardío arrepentimiento a defraudarle del sosiego que había ido a buscar en un claustro, con dudas mundanas y anhelos criminales; y al conceptuar todo impulso natural como pecado irremisible, estaba trémulo

asomado a la orilla de un volcán insondable. Aquella lucha desesperada solía tener por paradero el desvarío o la muerte; y se fundó en el siglo sexto un hospital en Jerusalén para cierto número de penitentes austeros que venían a perder el juicio,[1893] y cuyas visiones, antes de llegar a tan sumo trance, han surtido la historia sobrenatural con crecidos materiales. Vivían íntimamente persuadidos de que el ambiente de su respiración estaba cuajado de enemigos invisibles, de espíritus innumerables puestos en acecho para luego apersonarse bajo cualquier forma para aterrar, y ante todo descaminar su virtud desprevenida. Las ilusiones de un fanatismo arrebatado desencajaban sentidos y potencias; y el ermitaño, cuya plegaria a deshora tenía que rendirse a un adormecimiento involuntario, debía a un mismo tiempo horrorizarse y complacerse con que le habían estado hostigando en vela y en sueños.[1894]

Dividíanse los monjes en dos clases, los «cenobitas», moradores en comunidad bajo una disciplina pautada e invariable; y los «anacoretas», que allá se engolfaban en su fanatismo asocial e independiente.[1895] Los hermanos más devotos o más ambiciosos desamparaban el convento y se despedían del mundo; los monasterios fervorosos de Egipto, Palestina y Siria estaban comprendidos en una «Laura»,[1896] cerco dilatado de celdillas solitarias; y las penitencias disparatadas de los ermitaños se estimulaban con el aplauso y la competencia.[1897] Aplanábanse abrumados con el peso angustioso de cruces y cadenas; y sus miembros descarnados se encajonaban en argollas, cerquillos, manoplas y botines de hierro y bronce macizo. Echaban allí lejos de sí todo estorbo superfluo de ropa, y merecieron sumo lauro algunos santos bravíos de ambos sexos cuya desnudez no llevaba más cubierta que su larguísima cabellera. Aspiraban a reducirse al estado

lastimoso en que un bruto humano viene a equivocarse con los demás irracionales; y una secta crecida de anacoretas derivaba su nombre de la maña humilde de andar pastando las praderas de Mesopotamia al par de su compañera grey.[1898] Solían desalojar de sus cuevas a las fieras que ansiaban remedar, empozándose allá en la lobreguez que el arte o la naturaleza habían excavado en los peñascos; y en las canteras de mármol de Tebaida se hallan aun estampados los monumentos de sus penitencias.[1899] Se da por sentado que los ermitaños más cabales pasaban días y días en ayunas, largas noches en vela y años enteros sin hablar, y mostrábase ufanísimo el *hombre* (abusando estoy de tal dictado) que ideaba su celdilla o sitio de construcción peculiar, que lo expusiera en postura incómoda a todo género de intemperies.

Descuella inmortalizada, entre tantos héroes de la vida monástica, la nombradía de Simeón Estilita,[1900] con su invención particular de una penitencia aérea. Desampara el mancebo sirio a los trece años su profesión de pastor y se empoza en un riguroso monasterio. Tras largo y trabajoso noviciado, en que se le rescata repetidas veces de su devoto suicidio, plantea su residencia en una cumbre, a diez o doce leguas al oriente de Antioquía. En el recinto de un peñascal, al que se había amarrado con pesadísima cadena, se encarama sobre una columna alzada sucesivamente a la altura de nueve hasta sesenta pies (2,74 a 18,28 m) de su asiento.[1901] En este postrero y encumbrado sitio, resiste el esforzado anacoreta el ardor de treinta estíos y el hielo de otros tantos inviernos. La costumbre y el ejercicio le habilitaban a mantenerse en tan arriesgada posición sin zozobra ni mareos, y a ir variando sus posturas más o menos extrañas y devotas. Ya oraba erguido y con los brazos abiertos en figura de cruz; ya solía doblegar su acartonado esqueleto desde la frente a los pies; y un espectador

curioso, después de contar mil doscientas cuarenta y cuatro repeticiones, se aburre y desiste de tan interminable numeración. Encónasele una úlcera en el muslo,[1902] y le acorta, mas no altera, su *celeste* vida; y así el sufridísimo ermitaño muere sin apearse de su encumbramiento. Todo príncipe que por antojo impusiera tamaños tormentos se acreditaría de tirano; mas no había de alcanzar su tiranía a dilatar con la existencia de sus víctimas indefensas tan rematadas crueldades. Este martirio voluntario iba por grados embotando y destruyendo la sensibilidad de cuerpo y alma; ni cabe suponer que fanáticos tan desaforados contra sí mismos adolezcan del menor afecto para con el prójimo. Índole cruel y empedernida fue distintivo de monjes en todas edades y países; su adusta indiferencia, que por maravilla se ablanda con amistades personales, se fortalece con los enconos religiosos, y su fervor implacable ha acudido siempre eficazmente a las santas ejecuciones de la Inquisición.

Los santos monásticos, que tan sólo mueven a lástima y desprecio a los filósofos, vivían acatados, y casi adorados del príncipe y el pueblo. Catervas incesantes de peregrinos de la Galia y de la India acudían a saludar el divino pilar de Simeón; las tribus de los sarracenos peleaban por el logro de sus bendiciones; las reinas de Persia y Arabia confesaban agradecidas su virtud sobrenatural; y el ermitaño angelical sirvió de consultor al menor Teodosio en los trances más arduos de la Iglesia y del Estado. Trasportáronse sus restos de la montaña de Telénisa en solemne procesión del patriarca, del maestre-general del Oriente, seis obispos, veintidós condes o tribunos y seis mil soldados; y Antioquía estuvo reverenciando su osamenta como su más glorioso realce y resguardo. Los anacoretas recientes y populares iban arrollando la nombradía de los apóstoles y los mártires; postrábase el orbe cristiano ante sus sagrarios, y los

milagros atribuidos a sus reliquias sobrepujaban, a lo menos en número y subsistencia, a las proezas espirituales de sus vidas. Mas la credulidad interesada de sus hermanos solía engalanar la leyenda dorada de aquellas vidas;[1903] y el siglo supersticioso se persuadía desde luego de que el antojo más frívolo de un monje sirio o egipcio alcanzaba a torcer las leyes sempiternas de la naturaleza. Los validos del cielo solían curar achaques arrancados con un leve toque, una palabrilla o un recado lejano, y lanzar los demonios más tercos de las almas o los cuerpos que estaban atormentando. Se acercaban o imperaban soberanamente a los leones del desierto; infundían pujanza y retoños a los troncos más áridos; suspendían el hierro a ras del agua; atravesaban el Nilo cabalgando un cocodrilo, y tomaban refresco en una calera. Estas patrañas disparatadas, que están manifestando la ficción, sin el numen de la poesía, han trascendido formalmente hasta la racionalidad, la fe y la moralidad de los cristianos. Su creencia estragó y avillanó las potencias, destroncó el testimonio de la historia, y aquellas tinieblas apagaron la contrapuesta luz de la ciencia y de la filosofía. Cuantos géneros de cultos practicaron los santos, cuantas doctrinas misteriosas creyeron, se robustecían y revalidaban con la revelación divina; y el reinado servil y apocado de los claustrales avasalló toda virtud varonil. Si cabe medir el intervalo que media desde los escritos filosóficos de Cicerón hasta la leyenda sagrada de Teodoreto, desde la índole de Catón hasta la de Simeón Estilita, nos enteraremos de la revolución memorable que se redondeó en el Imperio Romano en el plazo de quinientos años.

II. Dos victorias gloriosas y decisivas vinieron a señalar los progresos del cristianismo; una sobre los ciudadanos instruidos y lujosos del Imperio Romano, y otra sobre los bárbaros belicosos

de Escitia y Germania, que derribaron el gobierno y abrazaron la religión de los romanos. Encabezaron los godos la serie de los alumnos montaraces; y la nación debió su conversión a un patricio o al menos a un súbdito digno de colocarse entre los inventores de las artes útiles; y como tales se hicieron acreedores al recuerdo y agradecimiento de la posteridad. Crecido número de provinciales romanos, llevados en cautiverio por las gavillas godas que asolaron el Asia en tiempo de Galieno, eran cristianos, y varios de ellos eclesiásticos. Aquellos misioneros involuntarios, repartidos como esclavos por las aldeas de la Galia, se fueron sucesivamente afanando por la salvación de sus dueños. Las semillas que derramaron de doctrinas evangélicas se fueron propagando; y en menos de un siglo la empresa piadosa quedó consumada con el ahínco de Ulfilas, cuyos antepasados de un pueblecito de Capadocia habían ido a parar allende el Danubio.

Ulfilas, obispo y apóstol de los godos,[1904] se granjeó su cariño y respeto por su vida irreprensible y fervor; y recibieron con sincera confianza las doctrinas de virtud y certeza que les predicaba con obras y palabras (360 d. C. y ss.). Desempeñó la empresa muy ardua de traducir la Escritura en su lengua nativa, dialecto del idioma germánico o teutónico; mas cercenó cuerdamente los cuatro libros de los Reyes, como expuestos a enconar más y más el ánimo bravío y sanguinario de los bárbaros. El lenguaje tosco y escaso de soldados y vaqueros, tan impropio para expresar conceptos intelectuales, se mejoró y entonó con su talento; y Ulfilas, antes que arreglar su versión, tuvo que componer un alfabeto nuevo de veinticuatro letras, inventando hasta cuatro para significar los sonidos especiales desconocidos en la pronunciación griega y latina.[1905] Mas aquella prosperidad de la Iglesia goda adoleció luego de

discordias y guerras, y andaban sus caudillos tan desavenidos en religión como en intereses. Fritigerno, afecto a los romanos, paró en alumno de Ulfilas, al paso que la altanería de Atanarico esquivaba el yugo del imperio y del Evangelio. Se acrisoló la fe de los recién convertidos con la persecución que se acarreó muy en breve. Un carruaje portador de la imagen contrahecha de Tor, quizás, o de Woden, se fue paseando en solemne procesión por las calles del campamento; y los rebeldes que se negaron a adorar al Dios de sus padres fueron inmediatamente abrasados con sus tiendas y familias. Apreciaba la corte oriental a Ulfilas por su índole, habiéndole dos veces recibido como ministro de paz; abogó por los angustiados godos que imploraban el amparo de Valente, y apellidóse *Moisés* al guía espiritual que condujo a su pueblo por las aguas profundas del Danubio a la Tierra Prometida.[1906] Los pastores devotos, adictos a su persona y dóciles a su voz, se avinieron a su establecimiento a la falda de las montañas Mésicas, en territorio arbolado y adehesado que alimentaba sus rebaños, y les proporcionaba el granjearse el trigo y el vino de provincias más productivas. Fueron estos bárbaros inocentes multiplicando, arrinconados y pacíficos, en la profesión del cristianismo.[1907]

Sus hermanos bravíos, los formidables visigodos, se avinieron generalmente a la religión de los romanos, con quienes vivían en roce incesante de guerra, de amistad o de conquista. En su marcha dilatada y victoriosa desde el Danubio hasta el Océano Atlántico, fueron convirtiendo a sus aliados; educaban a la generación siguiente; y la devoción reinante en el campamento de Alarico o en la corte de Tolosa podía edificar o afrentar los palacios de Roma o de Constantinopla.[1908] Cristianos eran ya casi todos los bárbaros por aquella época, establecedores de sus reinos sobre los escombros del Imperio

occidental; los borgoñones en la Galia, los suevos en España, las vándalos en África, los ostrogodos en Panonia y las varias gavillas de mercenarios que entronizaron a Odoacro en Italia. Perseveraban todavía los francos y sajones en los errores del paganismo; mas lograron los francos la monarquía de la Galia por su rendimiento al ejemplo de Clodoveo; los misioneros de Roma desengañaron a los sajones, conquistadores de Bretaña, de su irracional superstición; y aquellos bárbaros convertidos echaron el resto acertadamente en la propagación de la fe. Los reyes merovingios y sus sucesores, Carlomagno y los Otones, fueron extendiendo con sus leyes y victorias el dominio de la cruz. Produjo la Inglaterra al apóstol de Germania, y la luz del Evangelio fue difundiéndose por grados desde las cercanías del Rin a las naciones del Elba, el Vístula y el Báltico.[1909]

No cabe deslindar por puntos las causas diversas de racionalidad o de violencia que vinieron a prevalecer en los bárbaros convertidos. Solían aquellas ser accidentales y caprichosas; un sueño, un milagro, un agüero, el ejemplo de algún sacerdote o héroe, el embeleso de una mujer crédula, y ante todo el resultado venturoso de una plegaria o votos encaminados en algún trance al Dios de los cristianos.[1910] Las preocupaciones tempranas de su crianza se fueron desgastando imperceptiblemente con el roce del trato familiar; las virtudes disparatadas de los monjes abrigaban los preceptos morales del Evangelio, y con el arrimo patente de las reliquias y la pompa del culto, campeaba la teología espiritual. Mas cabía también la persuasiva que suministró un obispo sajón[1911] a un santo popular para el uso de los misioneros afanados en la conversión de los infieles.

Admitamos —dice el disputador perspicaz—, cuanto les plazca afirmar acerca de la alcurnia fabulosa y

carnal de sus dioses y diosas que se fueron engendrando sucesivamente. Deduzcamos de este principio su naturaleza imperfecta, sus achaques humanos, la certeza de que *nacieron* y la probabilidad de que han de *morir* ¿En qué tiempo?, ¿de qué causas?, ¿por qué medios fueron producidos el dios primero y la primera diosa? ¿Siguen todavía propagando, o cesaron ya de engendrar? Si cesaron, que vengan los contrarios a manifestar los motivos de novedad tan extraña, y si continúan, irán creciendo los dioses hasta lo infinito; ¿y no cabe el adorar inadvertidamente alguna deidad desvalida, y el encelar a la más encumbrada? Tierra y cielo, tan visibles, y todo el sistema del universo que abarca el entendimiento, ¿fue creado o es eterno? Si creado, ¿cómo y dónde podían morar los dioses antes de la creación? Si eterno, ¿cómo podían imperar un mundo anterior e independiente? Esforcemos estos argumentos con templanza y comedimiento; insinuemos a ratos la verdad y hermosura de la revelación cristiana, y tratemos de avergonzar a los incrédulos sin destemplarlos.

Este raciocinio metafísico, harto, acicalado tal vez para los bárbaros de Germania, se solía robustecer con el empuje de la autoridad y del consentimiento popular. La prosperidad arrolladora había desertado del partido pagano, y venía encabezando el cristianismo. Los mismos romanos, la nación más poderosa e ilustrada del globo, habían orillado su añeja superstición; y si la ruina de su Imperio estaba zahiriendo la eficacia de la nueva fe, el desaire quedaba desagraviado con la conversión de los godos victoriosos. Los esforzados y venturosos bárbaros, avasalladores de Occidente, iban sucesivamente recibiendo y comunicando el ejemplar edificativo. Podían las

naciones cristianas blasonar, antes del siglo de Carlomagno, de la posesión de climas templados y de tierras fecundas y productivas de trigo, vino y aceite, mientras los idólatras montaraces y sus ídolos desvalidos yacían arrinconados en los extremos del globo, las regiones lóbregas y heladas del Norte. [1912]

Al patentizar el cristianismo las puertas del cielo a los bárbaros, causó una mutación fundamental en su estado moral y político. Cúpoles al mismo tiempo el uso de las letras, de suyo tan importante en una religión cuyas doctrinas están contenidas en un libro sagrado; y con la enseñanza de las verdades divinas, se fueron despejando sus entendimientos y abarcando la historia, la naturaleza, las artes y la sociedad. El traslado de las Escrituras a su idioma nativo, allanando su conversión, no pudo menos de mover en el clero la curiosidad de leer el texto original, de imponerse en la liturgia sagrada de la Iglesia y de estudiar por los escritos de los padres el eslabonamiento de la tradición eclesiástica. Atesorábanse estos dones espirituales en el griego y en el latín, con los monumentos peregrinos de la literatura antigua. Los partos inmortales de Virgilio, Cicerón y Livio, que se estaban ya franqueando a los cristianos bárbaros, eslabonaban calladamente el reinado de Augusto con los tiempos de Clodoveo y Carlomagno. Estimulaba a los estudios la memoria de estados más perfectos, y ardía reservadamente la antorcha de la ciencia para alumbrar y enardecer la edad madura del orbe occidental. En lo más estragado del cristianismo, cupo a los bárbaros el aprender la justicia de la ley y la conmiseración del Evangelio; y si el conocimiento de sus obligaciones no les bastaba para encaminar sus acciones o enfrenar sus ímpetus, solía contenerles la conciencia y aun remorderles el arrepentimiento. Mas la autoridad directa de la religión era menos eficaz que la sagrada igualdad que los hermanaba con los

demás feligreses en intimidad espiritual. Aquellos impulsos afianzaban su fidelidad en el servicio o la alianza de los romanos, aliviaban los estragos de la guerra, moderaban los desacatos de las conquistas y conservaban en la ruina del Imperio cierto respeto al nombre y a las instituciones de Roma. Allá en los días del paganismo, reinaban los sacerdotes de la Galia o Germania sobre el pueblo y coartaban la jurisdicción de los magistrados; y luego los convertidos celosos trasladaron aquella obediencia timorata para con los pontífices de la fe cristiana. Las posesiones temporales encarecían el carácter sagrado de los obispos; gozaban asiento honorífico en las asambleas legislativas de la soldadesca y el vecindario, y les interesaba e incumbía el amansar por medio de consejos pacíficos la bravura de los bárbaros. La correspondencia incesante del clero latino, las peregrinaciones frecuentes a Roma y a Jerusalén, y la autoridad en auge de los papas, robustecían la unión de la república cristiana, y engendraron por grados la semejanza en las costumbres y jurisprudencia común, que ha diferenciado de los demás hombres a las naciones independientes, y aun desavenidas de la Europa moderna.

Pero el empuje de estas causas se atrasó con una novedad aciaga que envenenó mortalmente la copa de la Salvación. Cualesquiera que fuesen los sentimientos primeros de Ulfilas, su enlace con el Imperio y la Iglesia sobrevino en el auge del arrianismo. Firmó el apóstol de los godos el credo de Rímini; profesaba sin rebozo, y quizás sin doblez, que el Hijo no era igual o consustancial con el Padre;[1913] pegó sus errores al clero y al pueblo y emponzoñó el orbe de los bárbaros con una herejía[1914] que vedó y anonadó el gran Teodosio entre los romanos. No cabían sutilezas metafísicas en el temple y alcances de los recién convertidos; mas conservaban con tesón cuanto

habían piadosamente admitido como doctrina ortodoxa del cristianismo. La ventaja de estar predicando y exponiendo la escritura en lengua teutónica favoreció los afanes apostólicos de Ulfilas y de su inmediato sucesor, y fue ordenando un número competente de obispos y presbíteros para la instrucción de las tribus emparentadas con las suyas. Ostrogodos, borgoñones, suevos y vándalos, que habían dado oídos a la elocuencia del clero latino,[1915] antepusieron las lecciones más perceptibles de sus maestros domésticos, y cundió el arrianismo, a fuer de creencia nacional de los belicosos convertidos, aposentados ya sobre los escombros del Imperio occidental. La desavenencia irreconciliable de religión era manantial perenne de celos y de odio, y el vituperio de bárbaro se acibaraba con el apodo mortal de hereje. Los héroes del Norte, que con algún sinsabor se habían allanado a creer que todos sus antepasados yacían en los infiernos,[1916] se estremecían y airaban al saber que aun ellos mismos sólo habían mudado de rumbo para igualmente ir a parar allí mismo. En vez del aplauso halagüeño que los príncipes cristianos suelen esperar de sus leales prelados, los obispos ortodoxos y el clero se mostraban opuestos a las cortes arrianas; y su indiscreta desavenencia solía parar en criminal, y podía a veces ser azarosa.[1917] El púlpito, motor sagrado y seguro de rebeliones, retumbaba con los nombres de Faraón y de Holofernes.[1918] La desazón pública se enardecía con la esperanza de cercano rescate en la gloria y prosperidad, y los santos más sediciosos iban promoviendo el cumplimiento de sus propios anuncios. En medio de tanto descaro, los católicos de España, Galia e Italia seguían disfrutando, bajo el reinado de los arrianos, el ejercicio libre y pacífico de su religión. Sus dueños altaneros respetaban el fervor de un pueblo crecido, pronto a morir al pie de los altares, y aun los mismos bárbaros respetaban

e imitaban el ejemplo de un tesón tan devoto. Libertábanse sin embargo los conquistadores de la tacha o manifestación de medrosos, con atribuir su tolerancia a los principios generosos de cordura y humanidad, y al aparentar el lenguaje, se imbuían sin estudio en el temple del cristianismo genuino. Solía interrumpirse la paz de la Iglesia por la indiscreción de los católicos y la fogosidad de los bárbaros: y los actos parciales de severidad e injusticia, tan recomendados por el clero arriano, se abultaban por los escritores ortodoxos. Debe achacarse la demasía de la persecución a Eurico, rey de los visigodos, quien suspendió el ejercicio de las funciones eclesiásticas, o al menos episcopales, y castigó a los obispos más bienquistos de Aquitania con encarcelamiento y confiscación;[1919] mas vinculóse en los vándalos la empresa inhumana y desatinada de avasallar los ánimos de todo un pueblo. El mismo Genserico desde su temprana mocedad había orillado la comunión católica; y como apóstata, no podía otorgar ni merecer indulto candoroso (429-477 d. C.). Encrudecíase al experimentar que los africanos, ahuyentados por él en el campo de batalla, tuviesen la osadía de resistirle en los sínodos e iglesias; su pecho selvático no admitía ni zozobra ni conmiseración, y así anduvo acosando a los súbditos católicos con leyes atropelladoras y castigos arbitrarios. Arrebatada y formidable era el habla de Genserico; mas sabidos sus intentos, se sinceran las interpretaciones más siniestras de sus procedimientos, achacándose a los ánimos las ejecuciones frecuentes que mancillaron el palacio y los dominios del tirano. Guerra y ambición eran sin embargo los ímpetus dominantes del monarca de los mares; pero Hunerico, su hijo desaguerrido (477 d. C.), que al parecer sólo heredó sus vicios, siguió aquejando a los católicos con la misma saña empedernida, tan aciaga ya para su hermano, sus sobrinos y los amigos y privados

de su padre, y aun para el patriarca arriano, quemado vivo inhumanamente en medio de Cartago. La guerra religiosa fue precedida y preparada por la asechanza de una tregua; la persecución se transformó en un negocio de suma entidad y trascendencia para la corte vándala; y la dolencia asquerosa que atropelló la muerte de Hunerico desagravió a la Iglesia sin contribuir a su desahogo. Ascendieron al solio de África sucesivamente los sobrinos de Hunerico, Gundemundo (484 d. C.), que vino a reinar doce años, y Trasimundo, que estuvo gobernando la nación más de veintisiete. Hostilizaron todos a los católicos, pues Gundemundo corría parejo en crueldad con su tío, si no le sobrepujaba; y si por fin amainó o recogió a los obispos y restableció la franquicia del culto de Atanasio, su temprana muerte defraudó de las ventajas que proporcionara su clemencia tardía. Su hermano Trasimundo era el más cabal de todos los reyes vándalos, aventajándoseles en gentileza, cordura y magnanimidad; pero ajaba tantísimas prendas (496 d. C.) su afán intolerante y su clemencia fementida. En vez de amenazas y tormentos, echaba el resto en halagos y finezas, galardonando la apostasía con riquezas y privanza. El católico que había quebrantado las leyes compraba su indulto con renegar de su creencia; y al estar ideando una disposición violenta, se mantenía comedidamente en acecho hasta que algún desliz de sus contrarios le ofreciese campo para sus intentos. La devoción fue su postrer sentimiento al morir, y juramentó al sucesor para que nunca tolerase a los secuaces de Atanasio; pero el sucesor Hilderico (523 d. C.), sucesor apacible del selvático Hunerico, antepuso los dictámenes de la humanidad y la justicia a la obligación aérea de un juramento impío, y descollaron gloriosamente con su advenimiento la paz y el desahogo general. Usurpó el trono de aquel virtuoso, pero apocado monarca su

primo Gelimero (530 d. C.), arriano desaforado; mas antes que le cupiese el goce o el abuso de su poder, las armas de Belisario dieron al través con el reino vándalo, y así el partido católico vino a quedar desagraviado de todos sus padecimientos.[1920]

Las declamaciones acaloradas de los católicos, historiadores únicos de aquella persecución, no deslindan causas y acontecimientos ni ofrecen perspectiva despejada de personajes y de intentos; pero los pormenores notables y verosímiles pueden reducirse a los encabezamientos siguientes:

I. En la ley original que tenemos todavía,[1921] declara Hunerico, al parecer con esmerada individualidad, que copia fielmente las disposiciones penales de los edictos del Imperio contra las congregaciones heréticas, contra el clero y el pueblo que discordase de la religión establecida. Si los católicos se hicieran cargo de la equidad y la razón, tenían que afear su conducta anterior o avenirse a sus padecimientos actuales; mas insistían siempre en negar la condescendencia que estaban reclamando. Mientras miraban trémulos el azote enarbolado, encarecían el rigor *laudable* del mismo Hunerico, quemador o desterrador de un sinnúmero de «maniqueos»;[1922] y se horrorizaban al asomo de un compromiso en que los alumnos de Ario y de Atanasio disfrutasen igual tolerancia recíprocamente en los territorios de los romanos y de los vándalos.[1923]

II. Retorcióse contra los mismos católicos su práctica tan repetida de las conferencias para denostar y atropellar a sus antagonistas pertinaces.[1924] Juntáronse por disposición de Hunerico hasta cuatrocientos sesenta y seis obispos católicos en Cartago; pero no bien se asomaron a la sala de audiencia, cuando tuvieron el quebranto de ver al arriano Cirilo encumbrado en su solio patriarcal. Separáronse los contrincantes

con las reconvenciones mutuas y corrientes de estruendo y silencio, demora y atropellamiento, de violencia militar y clamores. Entresacóse un mártir y un confesor de los obispos católicos; libertáronse veintiocho con la fuga, y ochenta y ocho con su allanamiento; enviáronse cuarenta y seis a Córcega a fin de cortar madera para la armada real, y trescientos dos fueron desterrados a varios puntos del África, expuestos a los desacatos de sus enemigos, y esmeradamente privados de todo consuelo temporal y espiritual para la vida.[1925] Debió menguar su número con los quebrantos de un destierro de diez años, y cumpliéndose la ley de Trasimundo, que vedaba las consagraciones episcopales, expirara la Iglesia católica de África con las vidas de sus actuales individuos. Desobedecieron y se castigó su desacato con segundo destierro de doscientos veinte obispos a Cerdeña, donde estuvieron penando por quince años hasta el advenimiento del graciable Hilderico.[1926] Los déspotas arrianos escogieron malvadamente aquellas dos islas; pues Séneca, como práctico, abultó el desamparo de Córcega,[1927] y la fertilidad de Cerdeña se contrapesaba con la insalubridad del aire.[1928]

III. El celo de Genserico y los sucesores por la conversión de los católicos debió estimularlos para conservar la pureza de la fe vándala. Antes que se cerrasen totalmente sus iglesias, era criminal el uso del traje bárbaro, y cuantos osaban desentenderse del mandato real eran arrastrados de espaldas por su larga cabellera.[1929] Los oficiales palatinos que se negaban a profesar la religión de su príncipe quedaban ignominiosamente apeados de sus honores y empleos, desterrados a Cerdeña y Sicilia, o condenados a las faenas serviles de esclavos o campesinos en la campiña de Útica. Vedábase más estrechamente el culto católico en los distritos correspondientes a los vándalos, y se castigaba

rigurosamente la demasía, tanto del misionero como del convertido. Con tales arterías se fue conservando la fe de los bárbaros, más y más enfervorizados en su creencia; desempeñaban devotamente las vilezas de espías, delatores y sayones; y en saliendo a campaña la caballería, era su diversión favorita el ir encenagando las iglesias e insultar al clero del bando opuesto.[1930]

IV. Los ciudadanos educados con el primor de una provincia romana se veían entregados con crueldad muy estudiada a los moros del desierto. Mandó Hunerico que se desalojase a viva fuerza de sus casas a una comitiva venerable de obispos, presbíteros y diáconos, con una caterva de cuatro mil noventa y seis feligreses, cuya culpa no consta en la historia. Encarcelábanlos de noche, como un rebaño, confundidos y revueltos con su propia basura; de día los acosaban en la marcha por arenales abrasados, y si desfallecían con el ardor y el cansancio, los aguijoneaban y arrastraban hasta que muriesen a manos de sus sayones.[1931] Aquellos exánimes desterrados, al llegar a los aduares moriscos, excitaron tal vez la compasión de un pueblo cuya humanidad nativa ni se había afinado con la racionalidad ni estragado con el fanatismo; mas si estaban en salvo de los peligros, tenían que terciar en el desamparo de la vida montaraz.

V. Se hace imprescindible a los perseguidores tener de antemano determinado el paradero de sus tropelías, pues van encendiendo la hoguera que tratan de apagar, y luego se hace forzoso castigar la contumacia al par de la demasía del reo. La multa que le es imposible o repugnante pagar expone su persona a los rigores de la ley, y el menosprecio de penas leves acarrea la urgencia del castigo capital. Traslúcese, aun bajo el velo de las ficciones y de los encarecimientos, que los católicos con

especialidad en el reinado de Hunerico, padecieron tropelías afrentosas y mortales.[1932] Ciudadanos respetables, matronas ilustres y vírgenes consagradas tremolaban desnudas por los aires en garruchas, amarrándoles enormes pesos a sus plantas. Encrudecíase luego el martirio con los azotes que les sajaban las carnes, o se las abrasaban en las partes más tiernas con planchas de hierro enalbadas. Cortábanles los arrianos orejas, nariz, lengua o la mano derecha, y aunque no cabe puntualizar el número, es indudable que varias personas, entre ellas un obispo[1933] y procónsul[1934] que se nombran, merecieron la corona del martirio. Atribúyese el mismo tesón al conde Sebastián, que siguió profesando el credo niceno con tesón; y pudo Genserico odiar como hereje al valiente y ambicioso fugitivo que temía como competidor.[1935]

VI. Idearon los ministros arrianos un método nuevo de conversión para avasallar al apocado y sobresaltar al timorato. Aplicaban con ardid o violencia los ritos del bautismo y castigaban la apostasía de los católicos, si rehusaban aquella ceremonia profana y odiosa, que atropellaba escandalosamente el albedrío y la unidad de los sacramentos.[1936] Las sectas encontradas se habían otorgado la validez de sus bautismos respectivos; y la innovación sostenida tan ferozmente por los vándalos puede tan sólo achacarse al ejemplo y dictamen de los donatistas.

VII. Sobrepujaba el clero arriano en crueldad religiosa al rey y a sus vándalos; mas eran inhábiles para el cultivo del viñedo que poseían. Podía un patriarca[1937] sentarse en el solio de Cartago; varios obispos de ciudades principales podían usurpar el asiento de sus competidores; mas la cortedad de su número, y luego la ignorancia de la lengua latina,[1938] inhabilitaban a los bárbaros para el ministerio eclesiástico de iglesias mayores; y los

africanos, privados de sus pastores legítimos, quedaron defraudados del ejercicio público del cristianismo.

VIII. Eran los emperadores padrinos de la doctrina homoousiana; y el pueblo leal de África, tanto a fuer de romano como de católico, anteponía su legítimo soberano a la usurpación de los bárbaros herejes. En un intervalo de paz y hermandad, restableció Hunerico la catedral de Cartago, intercediendo Zenón, que reinaba en Oriente, y Placidia, hija y residuo de emperadores, y hermana de la reina de los vándalos.[1939] Breve fue tan decoroso miramiento, y el bárbaro altanero ostentó su menosprecio para con la religión del Imperio, colocando esmeradamente todo el pormenor de la persecución por las calles principales que debían atravesar los embajadores romanos en su tránsito al palacio.[1940] Juramentóse a los obispos que se habían juntado en Cartago para que sostuviesen la sucesión del hijo de Hilderico, y atajasen toda correspondencia extranjera o trasmarina. Aquel compromiso, al parecer acorde con sus obligaciones morales y religiosas, quedó desechado por los individuos más perspicaces del congreso;[1941] y su negativa, mal cohonestada con el pretexto de que era ilícito a un cristiano el jurar, no podía menos de provocar sospechas en el ánimo de un tirano receloso.

Acosados los católicos por el monarca y la milicia, descollaban en número e instrucción, y solían acallar y arrollar a los erguidos sucesores de Ulfilas con las mismas armas que les suministraban los padres griegos[1942] y latinos de sus contiendas arrianas. El concepto propio de su superioridad debía sobreponerlos a las arterías y pasioncillas de toda guerra de religión; mas en vez de engreírse decorosamente, acudieron los teólogos ortodoxos, satisfechos de su impunidad, a ficciones que merecen tiznarse con los baldones de engaño e impostura.

Atribuyeron sus obras de controversia a los nombres más venerables de la Antigüedad cristiana, pues Vigilio y sus discípulos[1943] representaron torcidamente los personajes de Atanasio y Agustín; y el decantado credo que tan despejadamente patentiza los misterios de la Trinidad y de la Encarnación se entronca por deducciones muy probables con aquella escuela africana.[1944] Llegaron sus manos temerarias y sacrílegas a profanar la misma Escritura, pues el texto memorable que sienta la unidad de los Tres, testimoniada en el cielo,[1945] queda condenado con el silencio universal de los padres ortodoxos, de las versiones antiguas y manuscritos auténticos.[1946] Alegose la primera vez por los obispos católicos convocados a la conferencia de Cartago.[1947] Una interpretación, alegórica, tal vez en forma marginal, se introdujo en el texto de las Biblias latinas, que se renovaron y retocaron en el plazo lóbrego de diez siglos.[1948] Inventada la imprenta,[1949] los editores del testamento griego cedieron a su propia preocupación o a la del siglo;[1950] y el fraude religioso, apadrinado con igual afán en Roma que en Ginebra, se ha ido generalizando sin término en todos los países e idiomas de la Europa moderna.

Ejemplares de superchería engendran recelo, y así los grandiosos milagros con que los católicos africanos escudaban la verdad y justicia de su causa deben atribuirse con más fundamento a su propia inventiva que al amparo patente del cielo. Mas el historiador, que presencia este conflicto religioso, puede avenirse a atar un acontecimiento sobrenatural para edificar al devoto y asombrar al incrédulo. Tipasa,[1951] colonia marítima a cinco leguas al oriente de Cesárea, había siempre descollado con el fervor ortodoxo de su vecindario. Arrostró el desenfreno de los donatistas,[1952] contrastó y burló la tiranía de

los arrianos, pues desertó al asomo de un obispo hereje, agenciándose unas naves para pasar a la costa de España; y el resto desventurado, ajeno de todo roce con el usurpador, siguió celebrando piadosa, aunque ilegalmente, sus juntas. Encrudeció su desobediencia la inhumanidad de Hunerico y envió de Cartago a Tipasa un jefe militar, quien juntó a los católicos en el Foro, y en presencia de toda la provincia cortó a los reos la mano derecha y la lengua; pero los santos confesores ya deslenguados, siguieron hablando; milagro atestiguado por Víctor obispo africano que publicó su historia de la persecución dos años después del acontecimiento.[1953] «Quien lo dude —dice Víctor—, acuda a Constantinopla y oiga el habla cabal y despejada del subdiácono Restituto, uno de aquellos pacientes, que se hospeda actualmente en el palacio del emperador y merece las atenciones de la devota emperatriz». Nos pasma el hallar en Constantinopla un testigo irrecusable, desapasionado y cabal. Eneas de Gaza, filósofo platónico, rasguea al vivo sus propias observaciones sobre aquellos pacientes africanos: «Los vi yo mismo, los oí hablar; examiné con ahínco por qué medios se podía prorrumpir en voces articuladas sin el órgano del habla; apliqué mis ojos para comprobar el testimonio de mis oídos: les abrí la boca y vi que toda la lengua tenían arrancada de raíz; operación que los facultativos generalmente califican de mortal».[1954] Confírmase esta autoridad de Eneas de Gaza con el dicho excusado del emperador Justiniano en su edicto perpetuo; del conde Marcelino en la crónica de sus tiempos; y del papa Gregorio primero, quien había residido en Constantinopla de ministro del pontífice romano.[1955] Vivieron todos en el término de un siglo; y todos ellos apelan a su conocimiento personal o la notoriedad pública sobre la verdad de un milagro, repetido con varios ejemplares, dado a luz en el mayor teatro del mundo, y

descubierto al examen de los sentidos. Este don sobrenatural de los confesores africanos que hablaban sin lengua precisa el consentimiento tan solamente de cuantos creen ya que su lenguaje era puro y ortodoxo. Pero los pechos infieles insistieron en sus recelos incurables, y al arriano o sociniano, que desechó formalmente la doctrina de la Trinidad, no causa la más leve mella el testimonio patente de un milagro atanasio. Perseveraron vándalos y ostrogodos en su profesión de arrianismo hasta la ruina de los reinos que habían fundado en África y en Italia; sujetáronse los bárbaros de la Galia al dominio ortodoxo de los francos, y la España quedó restablecida a la Iglesia católica con la conversión voluntaria de los visigodos (500-700 d. C.).

Aceleróse la revolución saludable[1956] con el ejemplo de un mártir real que nuestro raciocinio sosegado puede tal vez apellidar un rebelde ingrato. Estaba Leovigildo, monarca godo de España (577-584 d. C.), mereciendo el respeto de sus enemigos y el cariño de los súbditos; disfrutaban los católicos desahogada tolerancia, y los sínodos arrianos se empeñaron sin gran éxito en desvanecer los escrúpulos aboliendo el rito malquisto del segundo bautismo. Su primogénito Hermenegildo, revestido ya por el padre con la diadema real y el precioso principado de Bética, contrajo enlace honorífico con una princesa merovingia, hija de Sigiberto, rey de Austrasia, y de la famosa Brunegilda. La linda Ingundis, de trece años, fue recibida, amada y perseguida en la corte arriana de Toledo; y Jeosvinta, la reina goda, abusando de entrambas ramas de autoridad materna, asestó alternativamente halagos y tropelías contra el tesón religioso de la niña.[1957] Asió Jeosvinta airada a la princesa católica por su larga cabellera, la estrelló bárbaramente contra el suelo, la holló hasta cubrirla de sangre, y por fin mandó que la arrojasen desnuda a un estanque de peces.[1958]

Aunáronse el pundonor y el cariño para que se lastimara Hermenegildo con la tropelía de su novia; y se persuadió de que los padecimientos de Ingundis procedían de afecto a la verdad divina. Lamentos entrañables de la ofendida y argumentos poderosos del arzobispo de Sevilla completaron su conversión, y el heredero del monarca godo quedó iniciado en la fe nicena con el rito solemne de la confirmación.[1959] El mancebo temerario, acalorado con su fervor y tal vez con su ambición, se arrestó a prescindir de los sentimientos de hijo y de súbdito; y los católicos de España, sin padecer persecución alguna, vitorearon su rebeldía devota contra un padre hereje. Se fue dilatando la guerra civil con los sitios largos y porfiados de Mérida, Córdoba y Sevilla, pueblos entusiasmados por el partido de Hermenegildo. Convidó a los bárbaros católicos suevos y francos a talar su propio país; solicitó el auxilio azaroso de los romanos, poseedores del África y de parte de la costa de España, y su embajador santo, Leandro, negoció efectivamente con la corte bizantina. Mas zozobran las esperanzas de los católicos por el ahínco eficaz de un monarca que disponía de las tropas y de los tesoros de España, y el criminal Hermenegildo, tras su intento infructuoso de resistir o ponerse en salvo, tuvo que postrarse ante un padre airado. Recordó Leovigildo aquel segundo carácter, y el rebelde, apeado de toda insignia real, fue árbitro de profesar en destierro decoroso su religión católica. Sus alevosías repetidas y frustradas provocaron al fin las iras del rey godo; y la sentencia de muerte, pronunciada al parecer con repugnancia, se ejecutó reservadamente en la torre de Sevilla. El tesón con que se negó a recibir la comunión arriana, como prenda de su salvamento, podrá disculpar los cultos que se han tributado a la memoria de san Hermenegildo. Aprisionaron los romanos a su esposa y a su niño en afrentoso cautiverio, y esta

desventura doméstica ajó los timbres y acibaró los momentos postreros de Leovigildo.

Su hijo y sucesor, Recaredo, había imbuido la fe de su desafortunado hermano, a quien sostuvo con más cordura que éxito; y viniendo luego a ser el primer rey católico de España, en vez de estrellarse desde luego con el padre, esperó sufridamente el trance de su muerte; y lejos de mancillar su memoria, dio filialmente por supuesto que el monarca moribundo había depuesto los errores del arrianismo y recomendado al hijo la conversión de toda la nación goda (586-589 d. C.). Juntó Recaredo, para el logro de tamaño objeto, un congreso del clero arriano y los nobles, se declaró católico y amonestó a todos para que imitasen el ejemplo de su príncipe. La interpretación afanosa de textos dudosos y el ahínco de argumentos metafísicos hubieran acarreado una contienda interminable; así que el monarca propuso atinadamente a su audiencia lega dos raciocinios visibles y palpables, el testimonio del Cielo y de la Tierra. La *Tierra* se había avenido al mismo sínodo niceno, pues romanos, bárbaros y españoles profesaban unánimes el mismo credo ortodoxo, y los visigodos venían a ser los únicos opuestos al consentimiento del orbe cristiano. Aquel siglo supersticioso estaba dispuesto para venerar como testimonio del *Cielo* las curaciones sobrenaturales realizadas por la maestría y virtud del clero católico; las fuentes bautismales de Oset en la Bética,[1960] que se llenaban todos los años, la víspera de Pascua,[1961] y el sagrario milagroso de san Martín de Tours, que había convertido ya al príncipe suevo y al pueblo de Galicia.[1962] Tropiezos se atravesaron al rey católico en aquella mutación trascendental de la religión del país; y una conspiración, abrigada con reserva por la reina viuda, se fraguó contra su vida; dos condes movieron rebelión poderosa en la Galia Narbonense;

mas atajó Recaredo a los conspiradores, y arrolló a los rebeldes, ajusticiando a los reos, mientras los arrianos le estaban ya tiznando de perseguidor. Ocho obispos, de ralea bárbara por el eco de sus nombres, se desengañaron de sus errores, y todos los libros de teología arriana quedaron reducidos a cenizas en la casa donde se habían hacinado al intento. Todo el cuerpo de visigodos y suevos quedó atraído o apremiado al gremio de la comunión católica; la fe, a lo menos en la generación entrante, era entrañable y fervorosa, y la compungida largueza de los bárbaros enriqueció las iglesias y los monasterios de España. Hasta setenta obispos reunidos en el concilio de Toledo recibieron el acatamiento de sus vencedores, y el afán de los españoles realzó el credo niceno, declarando la procedencia del Espíritu Santo, del Hijo, igualmente que del Padre; punto gravísimo de doctrina que abonó mucho después el cisma de las iglesias griega y latina.[1963] El convertido regio obsequió en seguida y consultó al papa Gregorio, por sobrenombre el Grande, prelado santo y docto, cuyo reinado sobresalió por la conversión de herejes y de infieles; ofrecieron los embajadores de Recaredo rendidamente en el umbral del Vaticano sus riquísimos presentes de oro y pedrería, recibiendo en cambio ganancioso la cabellera de san Juan Bautista, una cruz que servía de engaste a una astillita del verdadero leño, y una llave que atesoraba ciertas partecillas de hierro raspadas de las cadenas de san Pedro.[1964]

El mismo Gregorio, conquistador espiritual de la Bretaña, alentó a la piadosa Teodolinda, reina de los lombardos, para propagar el credo niceno entre los salvajes victoriosos, cuyo cristianismo reciente estaba mancillado con la herejía arriana (600 d. C. y ss). Sus afanes devotos dejaron todavía cabida a los conatos y logros de misioneros posteriores, y quedaban aún

ciudades por Italia en contienda con los obispos opuestos. Mas íbase por puntos desplomándose la causa del arrianismo con el poderío de la verdad, del interés y del ejemplo, y la controversia que sacó el Egipto de la escuela platónica feneció tras una guerra de tres siglos con la conversión total de los lombardos de Italia. [1965]

Apelaban los primeros que predicaron el Evangelio a los bárbaros al testimonio de la razón, y clamaban por tolerancia; [1966] mas no bien hubieron establecido su predominio espiritual, anduvieron amonestando a los reyes cristianos para que desarraigasen sin compasión los restos de la superstición bárbara o romana. Cien azotes imponían los sucesores de Clodoveo a todo conservador de sus ídolos. Castigaban los anglosajones el delito de sacrificar a los demonios con las penas más graves de cárcel y confiscación, y aun el cuerdo Alfredo prohijó como indispensable el sumo rigor de las instituciones mosaicas.[1967] Mas fueron quedando al par abolidos delito y castigo en el pueblo cristiano; enmudecieron los escolares con sus disputas teológicas al resguardo de la ignorancia; y el ímpetu intolerante que no podía ya tropezar con idólatras ni herejes se abalanzó sobre los judíos (612-712 d. C.). Aquella nación desterrada había ido fundando algunas sinagogas en las ciudades de la Galia; pero hervía España, desde el tiempo de Adriano, con sus crecidas colonias.[1968] El caudal que fueron atesorando con su tráfico y administración de rentas cebó la codicia devota de sus dueños, pudiéndose atropellar sin peligro, por cuanto carecían hasta de la memoria de las armas. Sisebuto, rey godo, que imperó a principios del séptimo siglo, extremó de improviso la persecución.[1969] Noventa mil judíos tuvieron que recibir el sacramento del bautismo, confiscáronse los haberes y se martirizaron las personas de los pertinaces, y aún se duda que les cupiese el desamparar su cuna. Enfrenó tan desamparados

ímpetus el clero de España, pronunciando solemnemente una sentencia contradictoria, que no se debían imponer a viva fuerza los sacramentos; mas que se debía precisar a cuantos judíos estaban ya bautizados, por el honor de la Iglesia, a perseverar en la práctica exterior de una religión que descreían y abominaban. Sus reincidencias incesantes movieron a uno de los sucesores de Sisebuto para desterrar de sus dominios a la nación entera, y un concilio de Toledo promulgó un decreto para que todo rey godo se juramentase en mantener edicto tan saludable. Pero desagradaba a los tiranos el desprenderse de víctimas que se regalaban en atormentar, y privarse de esclavos industriosos, a quienes podían acosar con ventaja. Permanecieron los judíos en España, aquejados con leyes civiles y eclesiásticas, que luego se trasladaron puntualmente al Código de la Inquisición. Los reyes godos, y aun los obispos, se hicieron cargo por fin de que los agravios engendran odios, y que éstos luego se desalan tras las coyunturas de la venganza. La nación, enemiga reservada o patente del cristianismo, siguió multiplicándose en medio del quebranto y de la servidumbre, y las tramoyas de los judíos vinieron a cooperar al éxito rapidísimo de los conquistadores árabes.[1970]

Desarrimada de los bárbaros, la herejía malquista de los arrianos yació luego en el menosprecio y el olvido; mas los griegos persistían siempre en su destemple locuaz; al asomo de una nueva doctrina inexplicable, se agolpaban cuestiones y contiendas, quedando siempre al albedrío de un prelado ambicioso o de un monje fanático el atropellar la paz de la Iglesia, y quizás del Imperio. El historiador de aquel Imperio puede desentenderse de disputas emparedadas en la lobreguez de las escuelas y los sínodos. Empeñados los maniqueos en hermanar la religión de Cristo con la de Zoroastro, se habían

ido internando ocultamente por las provincias; mas aquella secta extraña se empozó con la afrenta general de los gnósticos, y el odio público puso en ejecución las leyes imperiales. Propagáronse las opiniones racionales de los pelagianos desde Bretaña hasta Roma, África y Palestina, y vinieron a fenecer calladamente en un siglo supersticioso. Mas las contiendas de los nestorianos y eutiquianos desencajaban el Oriente con su empeño de desentrañar el misterio de la Encarnación; atropellando así la ruina del cristianismo en su solar nativo. Asomaron estas controversias en el reinado de Teodosio el Menor; mas sus resultas muy trascendentales propasan con mucho los límites del tomo presente. El eslabonamiento metafísico de los argumentos, las refriegas de la ambición eclesiástica, y su influjo político en la decadencia del Imperio Bizantino, podrán suministrar campo de historia instructiva e interesante desde los concilios generales de Éfeso y Calcedonia hasta la conquista de Oriente por los sucesores de Mahoma.

LA RUINA DEL IMPERIO ROMANO

Nota bibliográfica

Con este capítulo, Gibbon finaliza la primera parte de su obra. En el año 475 cae el Imperio Romano de Occidente. Este corte le permite reflexionar sobre las distintas causas que dieron lugar a la crisis, sintetizando los motivos expuestos sobre la decadencia del Imperio Romano. De acuerdo con el autor, las invasiones habrían incidido sobre una estructura interna deteriorada, y hace recaer la responsabilidad principal en los emperadores que no respetaron la disciplina y permitieron que se relajaran las instituciones de gobierno. Conjuntamente, el cristianismo impulsó la desintegración de las virtudes de la sociedad, como el activismo, y acabó con los últimos restos del espíritu militar.

Esta discusión acerca de «la caída» del Imperio es poco común hoy. La historiografía reciente se ha interesado menos en ese momento de ruptura política, que incluye en un proceso secular de progresiva desaparición de una autoridad imperial que, desde el saqueo de Roma por Alarico a principios del siglo V*, era sólo nominal. En cambio, continuaron los debates sobre los procesos de largo plazo que, desde los últimos siglos imperiales, condujeron a la configuración del feudalismo.*

Visión general del Bajo Imperio: M. Rostovtzeff, Historia social y económica del Imperio Romano, *Madrid, Espasa-Calpe, 1962. P. Garnsey y R. Saller*, El Imperio Romano. Economía, sociedad y cultura, *Barcelona, Crítica, 1991. C. Wells*, El

Imperio Romano, *Madrid, Taurus, 1986. S. Mazzarino*, L'Impero Romano (3 vols.), *Bari, 1976. Ch. G. Starr*, The Roman Empire 27 B.C.-A.D. 476. A Study in Survival, *Oxford, 1982. F. Millar*, El Imperio Romano y sus pueblos limítrofes. El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, *Historia Universal Siglo XXI, tomo IV, Madrid, 1975. F. Altheim*, Historia de Roma, *3 vols., México, 1961. A. H. M. Jones*, The Later Roman Empire. An Administrative, Economic and Social Survey. *Oxford 1973. A.A.V.V.,* The Late Empire, *Cambridge, 1956. F. G. Maier*, Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglo III-VIII, *Historia Universal Siglo XXI, tomo V, México, 1968*.

Visión del período: *J. Archi, (ed.)*, Istituzioni Giuridiche e Realità Politiche nel Tardo Impero (III-V sec. d. C.). *Milán, 1976. P. Brown*, The Making of Late Antiquity, *Harvard, 1978. P. Brown*, El mundo antiguo tardío, *Madrid, Taurus, 1989. A. Chastagnol*, Le Bas-Empire. *París, 1981. G. Dragon*, Naissance d'une Capitale: Constantinople et ses Institutions de 330 à 451, *París, 1974. H. Boulvert*, Domestique et Fonctionnaire sous le Haut-Empire Romain, *París, 1974. R. P. Duncan-Jones*, Structure and Scale in the Roman Economy, *Cambridge, 1990*.

La caída del Imperio Romano de Occidente: *R. R. Macmullen*, Corruption and Decline of Rome, *New Haven, 1988. M. Chambers (ed.)*, The Fall of Rome: Can it be explained?, *Nueva York, 1953. R. M. Haywood*, The Myth of Rome's Fall, *Nueva York, 1958. A. Ferril*, The Fall of the Roman Empire: The Military Explanation, *Londres, 1986*.

Enfoque socioeconómico: *K. Polanyi, C. M. Arensberg y H. W. Pearson*, Trade and Market in the Early Empires: Economies in History and Theory, *Chicago, 1957. P. Dockes*, La liberación medieval, *México, FCE*, 1984. A. Marcone, Il Colonato Tardoantico nella Storiografia Moderna (da Fustel de

Coulanges ai Nostri Giorni), *1998*.

Cultura y la sociedad: *F. Altheim*, Visión de la tarde y de la mañana de la Antigüedad a la Edad Media, *Buenos Aires, 1965. Georges Duby y Michell Perrot (dirs.)*, Historia de las mujeres. La Antigüedad, *Madrid, Taurus, 1991, tomo I. Philippe Ariès y Geroge Duby*, Historia de la vida privada, *2 tomos, París, Taurus, 1988. R. Macmullen*, Paganism in the Roman Empire, *New Haven, 1981*.

XXXVIII

REINADO Y CONVERSIÓN DE CLODOVEO - SUS VICTORIAS SOBRE LOS ALAMANES, BORGOÑONES Y VISIGODOS - ESTABLECIMIENTO DE LA MONARQUÍA FRANCESA EN LA GALIA - LEYES DE LOS BÁRBAROS - ESTADO DE LOS ROMANOS - LOS VISIGODOS DE ESPAÑA - CONQUISTA DE BRITANIA POR LOS SAJONES

Impacientados los galos con el yugo romano,[1971] recibieron una lección memorable de un teniente de Vespasiano, cuyo tino trascendental quedó realzado por el genio de Tácito.[1972]

> El padrinazgo de la república ha libertado a la Galia de sus discordias interiores y de invasores extraños. Con el malogro de la independencia nacional os habéis granjeado el nombre y los privilegios de ciudadanía romana. Estáis disfrutando, al par de nosotros, las ventajas permanentes de un gobierno civil, y vuestra situación lejana os resguarda de los quebrantos imprevistos de la tiranía. En vez de extremar el derecho de conquista, nos hemos contentado con cargaros unos tributos imprescindibles para vuestra propia conservación. Sólo con ejércitos se afianza la paz, y el pueblo es quien ha de costear las tropas. Por vuestro interés, y no por el nuestro, estamos guardando la valla del Rin contra los montaraces germanos que tantas veces intentaron, y que siempre seguirán anhelando, el trocar las soledades de sus malezas y pantanos por las riquezas y la fertilidad de la Galia. Aciaga fuera la ruina de Roma

para las provincias, y luego yaceríais bajo los escombros de la grandiosa mole, encumbrada por el tesón y la sabiduría de ocho siglos. Allá os arrollaría con esa libertad soñada un dueño bravío, y tras la expulsión de los romanos, se os desplomaría el turbión sempiterno de hostilidades de unos conquistadores bárbaros.[1973]

Aceptóse la advertencia saludable y se cumplió el funesto vaticinio. En el plazo de cuatro siglos, los galos esforzados, contrastadores de las armas del César, se habían ido imperceptiblemente confundiendo en el globo general de ciudadanos y súbditos: quedó disuelto el Imperio occidental, y los germanos de allende el Rin batallaron ferozmente por la posesión de la Galia, y se acarrearon ya el menosprecio, ya el odio de sus moradores cultos y pacíficos. Engreídos como sucede con su preeminencia en luces y en lujo, mofábanse de los salvajes velludos y agigantados del Norte, de sus modales montaraces, bulla descompasada, voracidad insaciable, y traza horrorosa, tan repugnante a la vista como al olfato. Cultivábanse todavía los estudios finos en las escuelas de Autun y de Burdeos, y la juventud usaba en la Galia familiarmente el habla de Cicerón y de Virgilio. Estremecíanse sus oídos con aquellos sonidos broncos y desusados del dialecto germánico, y se lamentaban ingeniosamente de que las musas trémulas huían a la carrera de los ecos de una lira borgoñona. Dotados descollaban los galos con todas las prendas del arte y la naturaleza; mas careciendo de pujanza para resguardarlas, quedaron debidamente condenados a adular a los bárbaros victoriosos, a cuya clemencia eran acreedores de sus haberes mal seguros, y aun de sus vidas.[1974]

No bien Odoacro anonadó el Imperio occidental, fue en pos de intimidad con los bárbaros más poderosos (476-481 d. C.);

cedió a Eurico, rey de los visigodos, todas las conquistas romanas allende los Alpes, hasta el Rin y el océano,[1975] y cupo al Senado el revalidar el don grandioso con ostentación de poderío y sin quebranto positivo en rentas ni en dominios. La ambición y el acierto abonaron las pretensiones legítimas de Eurico; la nación goda pudo aspirar, bajo su mando, a la monarquía de España y Galia. Rindiéronse a sus armas Arles y Marsella; arrolló la libertad de Auvernia, y el obispo se avino a comprar su regreso por medio de alabanzas repugnantes, aunque justas. Estuvo esperando Sidonio a los umbrales del palacio con una caterva de embajadores y demandantes y la variedad de los negocios en la corte de Burdeos demostraba el poder y nombradía del rey de los visigodos. Los hérulos del remoto océano, que pintaban su desnudez de color azul, imploraron su amparo, y los sajones respetaron las provincias marítimas de un príncipe que carecía de fuerza naval. Los corpulentos borgoñones se allanaron a su dominio, ni restableció a los rendidos francos hasta después de imponer a su altanería condiciones desiguales de paz. Acudieron los vándalos del África en busca de su amistad, y sostuvo con su auxilio poderoso a los ostrogodos de Panonia contra las demasías de los hunos inmediatos. El Norte (así se expresa el poeta) se alborotaba o se aplacaba al entrecejo de Eurico, el gran rey de Persia consultaba con el oráculo del Occidente, y el dios anciano del Tíber tenía que vivir al amparo del numen lozano del Garona.[1976] Colgada suele estar la suerte de naciones enteras de un acaso; y la Francia puede atribuir su engrandecimiento a la temprana muerte del rey godo en el trance de ser su hijo un niño desvalido, y su contrario Clodoveo[1977] un mozo esforzado y ambicioso.

Mientras Childerico, padre de Clodoveo, yacía desterrado en Germania, mereció agasajos, al rey y a la reina de los

turingios. Después de restablecido, huyó Basina del lecho nupcial a los brazos de su amante, manifestando sin rebozo que si conociera hombre más despejado, valeroso y gentil que Childerico, aquel fuera el objeto de su cariño.[1978] Nació Clodoveo de aquel enlace voluntario, y ya a la edad de quince años sucedió a su padre difunto en el mando de la tribu sálica. Reducíase su reino[1979] a la estrechez de la isla Bátava y las diócesis antiguas de Turnai y Arras;[1980] y al bautismo de Clodoveo tan sólo pudieron acudir cinco mil guerreros. Las tribus emparentadas de los francos, que se habían avecindado por los ríos Escalda, Mosa, Mosela y el Rin, se gobernaban por sus reyes independientes de la alcurnia merovingia, iguales, aliados, y a veces enemigos del príncipe sálico. Pero los germanos, que obedecían en paz la jurisdicción hereditaria de sus caudillos, eran árbitros de seguir las banderas de un general bienquisto y victorioso, y las prendas de Clodoveo le granjearon el respeto y los homenajes de la confederación nacional. Al salir a campaña carecía de metálico en su erario y de trigo y vino en sus almacenes;[1981] pero siguió el ejemplo de César, quien se agenció riquezas con su espada en el mismo país, y reclutó soldados con los frutos de su conquista. Tras una batalla o expedición venturosa, se hacinaban los trofeos en masa común, cabíale a cada guerrero su parte competente, y la preeminencia real se conformaba con la cuota que le correspondía por la ley militar. El ánimo indómito de los bárbaros tuvo que doblegarse al predominio de la disciplina arreglada,[1982] y en la reseña anual del mes de mayo, se les examinaban esmeradamente las armas y al atravesar un territorio pacífico, se les vedaba el tocar ni una brizna de grama. Inexorable era la justicia de Clodoveo, y todo soldado desobediente o perezoso era reo de muerte. Es por demás el elogiar el valor de un franco; pero el de Clodoveo iba

encaminado por la pauta de su cordura serena y consumada.[1983] En todo negocio justipreciaba por quilates ya el interés, ya el arrebato, ya la opinión, adaptando sus disposiciones al ímpetu sanguinario de los germanos, y luego al temple más apacible de Roma y del cristianismo. Atajole la muerte en la carrera de la victoria, habiendo fallecido a los cuarenta y cinco años de edad, mas dejando ya redondeado en el plazo de treinta años el establecimiento de la monarquía francesa en la Galia.

La derrota de Siagrio, hijo de Aegidius, fue la primera proeza de Clodoveo, y en este trance pudo el encono personal acibarar la contienda pública (486 d. C.). Estaba la gloria del padre insultando todavía a la alcurnia merovingia, y el poderío del hijo encelaría la ambición del rey de los francos. Heredó Siagrio en patrimonio la ciudad y la diócesis de Soissons: las reliquias desoladas de la segunda Bélgica, Reims y Troyes, Beauvais y Amiens, debían naturalmente avasallarse al conde o patricio;[1984] y desplomado ya el Imperio occidental, podía reinar con el dictado, o a lo menos con la autoridad de rey de los romanos.[1985] Educose, como romano, en los estudios cultos de retórica y jurisprudencia; mas el acaso y la política lo familiarizaron en el uso de la lengua germánica. Acudían los bárbaros independientes al tribunal de un extranjero, que poseía la habilidad de ir desentrañándoles los dictámenes de la razón y de la equidad. Bienquistose el juez con su eficacia y agrado, mereciendo obediencia sus sentencias imparciales, y el reinado de Siagrio sobre los francos y los borgoñones estaba al parecer resucitando el instituto primitivo de la sociedad humana.[1986] En medio de tan pacíficas tareas, recibe y acepta denodadamente Siagrio el reto de Clodoveo, quien desafía a su competidor con desenfado caballeresco a fin de que señale sitio, día y hora para la batalla.[1987] Desembocara Soissons en tiempo

de César hasta cincuenta mil caballos, surtidos de sobras con broqueles, corazas y máquinas militares de los arsenales y manufacturas de la ciudad.[1988] Mas yacía la pujanza y escaseaba el número de la juventud en la Galia; y los asalariados y voluntarios mal acuadrillados que seguían el pendón de Siagrio eran inhábiles para contrarrestar el valor nacional de los francos. Sería impropio, careciendo de datos acerca de las fuerzas y recursos de Siagrio, tildar su fuga tras la pérdida de una refriega a la corte lejana de Tolosa. Endeble arrimo, ni resguardo ofrecía al desventurado fugitivo la apocada memoria de Alarico; despavoridos los godos[1989] con las amenazas de Clodoveo, entregaron, tras breve encierro, al monarca romano a manos del verdugo. Rindiéronse las ciudades belgas al rey de los francos, ensanchándose sus dominios por levante con la grandiosa diócesis de Tongre[1990] que avasalló Clodoveo a los diez años de su reinado.

Desatinadamente se ha ido a derivar el nombre de alamanes de su soñado establecimiento sobre las orillas del lago Leman.[1991] Los borgoñones fueron los ocupadores de aquel distrito pingüe desde aquel lago hasta Avenche y el monte Jura[1992] (496 d. C.). Habían con efecto los feroces alamanes sojuzgado la parte septentrional de Helvecia, destrozando con sus propias manos el fruto de su conquista. La provincia, mejorada y engalanada con las artes de Roma, quedó de nuevo yerma y montaraz, y aún quedan rastros de la suntuosa Vindonissa en el valle fértil y populoso del Aar.[1993] Desde el manantial del Rin hasta su confluencia con el Main y el Mosela, estaban los enjambres formidables de los alamanes mandando por derecho de conquista o de su victoria reciente. Se habían internado en la Galia por las provincias modernas de la Alsacia y Lorena, y el avance denodado del reino de Colonia precisó al príncipe sálico

a la defensa de sus aliados ripuarios. Tropezó Clodoveo con los invasores de la Galia en la llanura de Tolbiac, como a veinticuatro millas (38,62 km) de Colonia, y las dos naciones germanas tan bravías se enardecían mutuamente con la memoria de hazañas anteriores y la perspectiva de grandezas venideras. Cejaron, tras porfiado ahínco, los francos; y los alamanes prorrumpiendo en alaridos victoriosos estrechaban el alcance; mas la batalla se rehizo con el tesón, la maestría y quizás la religiosidad de Clodoveo, y el paradero de la jornada sangrienta decidió para siempre la alternativa del Imperio o la servidumbre. Feneció en la refriega el último rey de los alamanes, y su gente fue destruida o acosada hasta que arrojó las armas y se postró a merced del vencedor. Faltos de disciplina, no podían rehacerse; habían arrasado con menosprecio los antemurales y fortificaciones que podían escudarlos en su desgracia; persiguiolos aún emboscados un enemigo no menos tenaz y animoso que ellos mismos. Teodorico, rey de Italia, congratuló a Clodoveo, recién casado con su hermana Albofleda, por tan suma victoria, intercediendo afectuosamente por los llorosos y fugitivos, quienes imploraban su amparo. Apropiose el vencedor de cuantos territorios poseían los alamanes en la Galia; y la nación ya engreída, invicta o rebelde para las armas de Roma, reconoció la soberanía de los reyes merovingios, quienes la agraciaron permitiéndole gozar de sus costumbres e institutos bajo el gobierno de duques, ya temporales, ya por fin hereditarios. Conquistadas las provincias occidentales, únicamente los francos siguieron conservando sus moradas antiguas allende el Rin, y fueron sucesivamente sojuzgando y civilizando los países asolados hasta el Elba y las sierras de Bohemia, afianzándose el sosiego de Europa con el rendimiento de Germania.[1994]

Continuó Clodoveo hasta los treinta años adorando a los dioses de sus antepasados[1995] (496 d. C.). Su incredulidad, o sea su desacato con el cristianismo, pudo estimularle a saquear con menos reparo las iglesias de un territorio enemigo; mas los súbditos galos disfrutaron su ejercicio libre en punto a religión, y los obispos esperanzaban más con el idólatra que con los herejes. Contrajera aquel príncipe merovingio un enlace venturoso con la hermosa Clotilde, sobrina de rey del Borgoña, educada, en medio de una corte arriana, en la fe católica. Interés y obligación suya era el coronar la conversión[1996] de un marido pagano, y Clodoveo fue imperceptiblemente dando oídos a la voz del cariño y de la religión. Se avino (quizás se había pactado de antemano) al bautismo de su primogénito; y aunque la muerte repentina del niño acarreó algunas zozobras supersticiosas, se recabó por segunda vez su condescendencia al azaroso experimento. En el conflicto de la batalla de Tolbiac, había Clodoveo invocado a voces al dios de Clotilde y de los cristianos, y la victoria labró su ánimo para escuchar con reverente agradecimiento al elocuente[1997] Remigio,[1998] obispo de Reims, quien esforzó poderosamente las ventajas temporales y espirituales de su conversión. Manifestóse el rey enterado de la verdad de la fe católica, y las razones políticas que pudieron dilatar su profesión pública quedaron arrolladas con las aclamaciones devotas y leales de los francos, que se mostraron igualmente prontos para seguir a su caudillo heroico al campo de batalla y a la pila bautismal. Celebrose la grandiosa ceremonia en la catedral de Reims, con cuantos requisitos de magnificencia y solemnidad pudieran augustamente encarecer los arcanos de la religión en el ánimo de los recién convertidos.[1999] Bautizose inmediatamente el nuevo Constantino con tres mil de sus belicosos súbditos, siguiendo su ejemplo los demás

bárbaros apacibles, que por obedecer al prelado victorioso adoraban la cruz que antes habían quemado, y abrasaron los ídolos que habían adorado.[2000] Adolecía de raptos de fervor Clodoveo; encrudecíase con la relación de los padecimientos y muerte de Cristo, y en vez de hacerse cargo de las resultas saludables de aquel sacrificio misterioso, solía exclamar con saña: «A estar yo presente con mis valerosos francos, pronto lo desagraviara».[2001] Mas el conquistador bravío de la Galia era incapaz de pararse a buscar las pruebas de una religión en las pesquisas afanadas de testimonios históricos y teología especulativa. Menos le podía impresionar todavía el influjo del Evangelio que cautiva y acrisola todo pecho recién convertido. Era su reinado ambicioso un atropellamiento incesante de las obligaciones morales y cristianas, empapábanse en sangre sus manos en la paz como en la guerra, y no bien hubo Clodoveo despedido un sínodo de la Iglesia galicana, cuando sosegadamente asesinó a todos los príncipes de la alcurnia merovingia.[2002] Adoraría sin embargo al dios cristiano entrañablemente como a un Ser más remontado y poderoso que sus deidades nacionales; y el rescate y triunfo señalado de Tolbiac alentó a Clodoveo para confiar en el amparo venidero del Señor de los ejércitos.

Había Martín, santo muy popular, atronado el orbe occidental con la nombradía de aquellos milagros que menudeaban a toda hora en su sepulcro sagrado de Tours. Su auxilio patente o invisible engrandeció los triunfos de un príncipe ortodoxo y dadivoso; y la advertencia profana del mismo Clodoveo de que San Martín era un amigo costoso[2003] no debe interpretarse como muestra de una duda permanente o raciocinada. Mas alborozose la tierra al par del cielo con la conversión de los francos, pues el día memorable en que

Clodoveo se purificó en la pila bautismal, solo él, en el ámbito del cristianismo, mereció el dictado y las prerrogativas de rey católico. Abrigaba el emperador Anastasio sus errores acerca de la naturaleza de la encarnación divina, y aún yacían Italia, África, España y Galia en el cieno de la herejía. El primogénito, o más bien el único hijo de la Iglesia, quedó reconocido por el clero como su soberano legítimo, o libertador glorioso, y la facción católica echó el resto de su ahínco a favor de las armas de Clodoveo.[2004]

Bajo el Imperio Romano, las riquezas y prepotencia de los obispos, su carácter sagrado y autoridad perpetua, sus muchos dependientes, elocuencia popular y juntas provinciales, siempre les acarreaban respeto, y aun trascendencia, a veces arriesgada. Fue creciendo su influjo al par de la superstición, y el establecimiento de la monarquía francesa puede hasta cierto punto atribuirse a la estrecha hermandad entre un centenar de prelados que reinaban en las ciudades independientes o descontentas de la Galia (497 d. C. y ss.). Se estremeció y desquició repetidamente la frágil república Armórica; pero un mismo pueblo seguía conservando su libertad; descollaba con el señorío del nombre romano, y contrarrestó esforzadamente las correrías y salteamientos y los avances formales de Clodoveo, empeñado siempre en abarcar con sus conquistas el Sena y el Loira. Con su resistencia venturosa se planteó la concordia honorífica, y así los francos apreciaron el valor de los armoricanos,[2005] y éstos se avinieron a la religión de los francos. La fuerza militar de los apostaderos para la defensa de la Galia se componía de cien destacamentos diversos de infantería y caballería; y aquella tropa, aunque se apellidaba privilegiadamente romana, se iba reclutando de continuo con refuerzos de juventud bárbara. Su desesperado valor escudaba

todavía los puntos avanzados del ya descabalado Imperio; mas quedaban atajados irreparablemente y en total abandono, así por los príncipes de Constantinopla como por los usurpadores arrianos de la Galia, de cuyo roce huían como católicos. Aceptaron sin rubor ni reparo la capitulación garbosa que les propuso un héroe también católico; y esta ralea bastarda o legítima de las legiones siguió por siglos diferenciándose con sus armas, insignias, instituto y traje particular. Mas robusteciós e la fuerza nacional con estos refuerzos voluntarios y poderosos, y los reinos confinantes vinieron a tener el número al par del denuedo de los francos. Las provincias septentrionales de la Galia se fueron al parecer incorporando, no por el trance de una batalla, sino por el resultado repetido de guerras y convenios; y Clodoveo alcanzó cada objeto de su ambición con otorgamientos y conatos proporcionados a sus valores respectivos. Su destemple feroz y las prendas de Henrique IV suministran las ideas más opuestas de la naturaleza humana; cabe sin embargo algún cotejo en la situación de dos príncipes que avasallaron la Francia con su denuedo, su política y el merecimiento de una conversión oportuna.[2006]

El reino de Borgoña, señalado por dos ríos de la Galia, el Saona y el Ródano, se extendía desde la selva de los Vosgos hasta los Alpes y el mar de Marsella.[2007] Empuñaba el cetro Gundebaldo (499 d. C.). Aquel príncipe esforzado y ambicioso había reducido el número de los candidatos regios con la muerte de los dos hermanos, uno de los cuales era padre de Clotilde;[2008] pero no fue cabal su atentado, dejando que su hermano menor Godigiselo siguiese poseyendo el principado dependiente de Ginebra. Sobresaltóse en gran manera el monarca arriano con la satisfacción y esperanzas que manifestaban al parecer el clero y el pueblo por la conversión de Clodoveo, y juntó Gundebaldo

en Lyon una porción de obispos para zanjar, si fuese dable, sus desavenencias políticas y religiosas. Ventilóse en balde el asunto entre los dos bandos; afeaban los arrianos a los católicos su culto de tres dioses; mediaron distinciones y deslindamientos teológicos, y los argumentos, objeciones y réplicas trilladas se arrojaban y contrarrestaban con porfiado alboroto, hasta que el rey manifestando sus zozobras, prorrumpió en una pregunta decisiva, pues dirigiéndose a los obispos católicos, clamó en estos términos: «Si profesáis verdaderamente la religión cristiana, ¿por qué no frenáis al rey de los francos? Me ha declarado la guerra, y se anda coligando con mis enemigos para mi exterminio. Un pecho sanguinario y codicioso es impropio para una conversión sincera; venga y acredite su fe con las obras». Sonó con acento y semblante angelical la contestación del obispo de Viena, que tomó la voz por su hermano. «Ignoramos —dijo—, los intentos y motivos del rey de los francos; mas nos está enseñando la Escritura que cuantos reinos se desvían de la ley divina suelen ir al través, y que acosarán por todas partes enemigos a quien se ha enemistado con Dios. Vuelve con tu pueblo al gremio de la ley del Señor, y pacificará y afianzará tus dominios». El rey borgoñón, ajeno de admitir el pacto que los católicos venían a conceptuar esencial para el tratado, fue dilatando y al fin despidió la conferencia, después de reconvenir a los obispos con que Clodoveo, su íntimo y alumno, trataba reservadamente de cohechar a su hermano.[2009]

Estaba ya éste con efecto sobornado; y la obediencia de Godigiselo, que se incorporó con las tropas ginebrinas al estandarte real, afianzó eficazmente el éxito de la conspiración (500 d. C.). Al estar peleando francos y borgoñones con igual empeño, su deserción oportuna decidió el éxito de la batalla, y como los galos desafectos sostenían apocadamente a

Gundebaldo, tuvo que ceder a las armas de Clodoveo, retirándose atropelladamente del campo, sito al parecer entre Langres y Dijon. Desconfió de la fortaleza de Dijon, que era cuadrangular y la cercaban dos ríos y una muralla de treinta pies (9,14 m) de altura y quince (4,57 m) de grosor, con cuatro puertas y treinta y tres torres;[2010] desamparó las ciudades importantes de Lyon y Viena, que fue arrollando Clodoveo, y siguió atropelladamente el fugitivo su carrera hasta guarecerse en Aviñon, a doscientas cincuenta millas (402,32 km) del campo de batalla. Lo largo del sitio y las arterías de la negociación advirtieron al rey de los francos el peligro y la dificultad de su empresa. Impuso tributo al borgoñón, le precisó a indultar y aun galardonar al hermano por su alevosía, y volvió a sus dominios, engreído con los despojos y cautivos de las provincias meridionales. Nublóse el triunfo esplendoroso con el aviso de que Gundebaldo, quebrantando el ajuste reciente y sitiando a Viena y rindiéndola por sorpresa, había muerto el desventurado hermano Godigiselo, que guarnecía la plaza con cinco mil francos.[2011] Tamaño desafuero enconara al soberano más apacible; pero el conquistador de la Galia disimuló el insulto; descargó el impuesto y aceptó la alianza y el servicio militar del rey de Borgoña. No poseía ya Clodoveo las ventajas que lo sobreponían a todos en la guerra anterior; y su competidor, amaestrado con la adversidad, se había granjeado el afecto y el arrimo del pueblo. Encarecían galos y romanos las leyes suaves e imparciales de Gundebaldo, que casi los nivelaba con sus vencedores. Lisonjeó y reconcilió a los obispos, esperanzándolos mañosamente con su cercana conversión, y aunque pasó la vida dilatando el plazo, su moderación afianzó la paz y atrasó el exterminio del reino de Borgoña.[2012]

Ansiando estoy llegar a la ruina final de aquel reino,

realizada en el reinado de Segismundo, hijo de Gundebaldo. Granjeóse el católico Segismundo los timbres de santo y mártir[2013] (532 d. C.); pero el santo regio empapó sus manos en la sangre de su inocente hijo, sacrificándolo inhumanamente a la altanería y encono de una madrastra; mas luego reconoció su yerro y lamentó tan irreparable malogro. Al abrazar Segismundo el cadáver del mancebo desventurado, oyó la amonestación tremenda de uno de los circunstantes: «No es su situación, oh monarca, sino la tuya, la merecedora de lástima y lloros». Embotó sin embargo los remordimientos de su conciencia culpada con cuantiosas donaciones al monasterio de Agaune, o San Mauricio, en el Valais, fundado por él mismo en obsequio de los soñados mártires de la legión Tebana.[2014] Instituyó el príncipe devoto un coro cabal de salmos perpetuos; solía practicar los ejercicios austeros de los monjes, y rogaba rendidamente que se le impusiese en este mundo la pena condigna a sus pecados. Fue oída su plegaria, pues estaban los vengadores a la puerta, anegando un ejército victorioso de francos las provincias de Borgoña. Tras el desastrado éxito de una batalla, ansioso Segismundo de dilatar su vida para alargar también sus penitencias, se ocultó con hábito religioso en un desierto, hasta que lo descubrieron y manifestaron sus propios súbditos, con el afán de bienquistarse con los nuevos dueños. Trasladose a Orleans al cautivo monarca con la esposa y dos niños para sepultarlos en un pozo hondísimo, de orden de los adustos hijos de Clodoveo, cuya crueldad tan sólo admite alguna disculpa con las máximas y ejemplos de tan bárbaro siglo. Enardecía o disfrazaba el cariño filial su ambición de redondear la conquista de Borgoña; y Clotilde, cuya santidad no se cifraba en el perdón de los agravios, los estimulaba para que vengasen la muerte del padre en la familia del asesino. Otorgóse

a los borgoñones rebeldes, pues intentaron romper sus cadenas, el goce de las leyes nacionales con la pecha del tributo y del servicio militar, y los príncipes merovingios siguieron reinando en un país, cuya gloria y señorío habían antes derribado las armas de Clodoveo.[2015]

Ajado había la primera victoria de Clodoveo los timbres godos, infundiendo aquellos progresos denodados pavor y celos, y la nombradía juvenil de Alarico quedó soterrada con el numen prepotente de su competidor (507 d. C.). Sobrevenían desavenencias con el deslinde repetido de sus provincias contiguas; y tras las demoras de negociaciones infructuosas, se propuso y aceptó un avistamiento personal de los dos reyes. Celebrose aquella conferencia de Clodoveo y Alarico en una islilla del Loira cerca de Amboise; se abrazaron, conversaron familiarmente y comieron juntos, separáronse con vivísimas protestas de paz y cariño fraternal. Mas aquella intimidad aparente estaba encubriendo sospechas recónditas de intentos enemigos y alevosos, y sus quejas recíprocas solicitaron, burlaron y desatendieron una disposición terminante. Declaró Clodoveo en París, que conceptuaba ya como su sitio real, a una junta de príncipes y guerreros el pretexto y el motivo de una guerra goda. «Pésame el ver cómo los arrianos poseen la flor de la Galia; marchemos a ellos con la ayuda de Dios; y vencidos los herejes, seremos árbitros de compartirnos sus provincias más sobresalientes».[2016] Los francos, a impulsos de su denuedo hereditario y fervor reciente, vitorearon el gallardo intento del monarca; pregonaron su ánimo de vencer o morir, puesto que la muerte y la victoria eran igualmente provechosas, y protestaron solemnemente que no había para ellos afeite ni cercén de sus barbas hasta que el triunfo los descargase de aquel voto tan trabajoso. Activó Clotilde con sus exhortaciones públicas o

privadas tamaña empresa; advirtió a su marido cuán eficaz sería para propiciar la Divinidad alguna fundación piadosa grata a sus siervos; y el héroe cristiano desembrazando su maza maestra y esforzadamente, exclama: «Allí en el punto donde caiga mi *francisca*,[2017] voy a edificar una iglesia en honor de los santos apóstoles». Esta religiosidad ostentosa robusteció y abonó el apego de los católicos con quienes se estaba reservadamente correspondiendo, y sus anhelos devotos se fueron por puntos aunando en conspiración formidable. Alborotose el pueblo de Aquitania con las reconvenciones indiscretas de sus tiranos godos, que fundadamente les tildaban el preferir el dominio de los francos; y su fervoroso adicto Quintiano, obispo de Rodes, [2018] estaba predicando con más persuasiva en su destierro que en su diócesis. Para contrarrestar a tanto enemigo extraño y doméstico, robustecido además con la alianza de los borgoñones, juntó Alarico sus tropas mucho más crecidas que todo el poderío militar de Clodoveo. Reasieron los visigodos sus armas arrimadas en una paz dilatada y lujosa;[2019] acompañó a sus dueños en la guerra una porción selecta de esclavos,[2020] y las ciudades de la Galia tuvieron que aprontar a su despecho su mal seguro auxilio. Afanóse Teodorico, rey de los ostrogodos en Italia, por conservar el sosiego de la Galia, y tomó sobre sí, o lo aparentó para el intento, el cargo imparcial de medianero; pero el monarca perspicaz maliciaba el engrandecimiento de Clodoveo, y estaba eficazmente comprometido en sostener la causa nacional y religiosa de los godos.

Aquel siglo supersticioso dio crédito a los portentos casuales o estudiados que realzaron la expedición de Clodoveo, como manifestación patente del amparo divino. Sale de París, y al atravesar con reverente decoro la santa diócesis de Tours, su zozobra lo postra ante el sagrario de San Martín, el sumo

oráculo de la Galia; encarga a los mensajeros que atiendan a las voces del salmo que se esté cantando al entrar él cabalmente en la iglesia; expresan venturosamente aquellas palabras el denuedo y la victoria de los campeones del cielo, trasponiendo obviamente la aplicación al nuevo Josué o Jedeón que se adelantaba a batallar contra los enemigos del Señor.[2021] Afianza Orleans a los francos un puente sobre el Loira, pero a las doce leguas de Poitiers ataja su marcha una crecida extraordinaria del riachuelo Vigena o Viena, y la orilla opuesta aparece cubierta con el campamento de los visigodos. Siempre la demora es azarosa para los bárbaros que van talando el país que atraviesan, y aun teniendo Clodoveo espacio y materiales para construir un puente o violentar el tránsito, no cabía uno ni otro en presencia de un enemigo superior; pero los campesinos, sus afectos, por el ansia de bienquistarse con su libertador, le muestran al punto un vado desconocido e indefenso; reálzase la fineza del descubrimiento con la intervención oportuna de la ficción y el engaño; y un ciervo blanco, de tamaño y hermosura peregrina, se aparece guiando y enardeciendo la marcha de la hueste católica. En medio de la irresolución de los visigodos, sus guerreros bizarros y engreídos, ajenos de huir ante los salteadores de Germania, acaloran a Alarico para ostentar con las armas el nombre y la sangre del conquistador de Roma; estréchanle los caudillos más circunspectos a que burle el primer ímpetu de los francos, esperando por las provincias meridionales de la Galia a los ostrogodos veteranos y victoriosos que el rey de Italia había ya enviado a su auxilio. Malogróse el trance con deliberaciones vanas; abandonan los godos atropelladamente un punto, quizá ventajoso, y aun frustran la proporción de una retirada segura con sus movimientos pausados y revueltos. Pasa Clodoveo el vado que se llama todavía del Ciervo, atropella

denodadamente sus marchas para atajar al enemigo, sigue de noche un meteoro centellante, colgado sobre la catedral de Poitiers, y esta señal, que pudo combinarse de antemano con el sucesor católico de san Hilario, se compara con la columna de fuego que guiaba a los israelitas por el desierto. A las nueve del día, como a tres leguas de Poitiers, alcanza Clodoveo y embiste ejecutivamente al ejército godo, que estaba ya en ademán de vencido con su pavor y desconcierto. Rehácese aán en lo sumo del trance, y los mancebos gallardos que habían voceado descompasadamente por la batalla no se avienen a sobrevivir a la afrenta de su fuga; lidian los dos reyes de hombre a hombre. Cae Alarico a manos de su competidor, y el franco victorioso se salva con la finura de su coraza y la pujanza de su caballo de las lanzas de dos godos desesperados que se disparan rabiosamente contra él para vengar la muerte de su soberano. La expresión a bulto de montaña de cadáveres desde luego demuestra una matanza descompasada y sin guarismo; mas advierte esmeradamente Gregorio que su paisano valeroso Apolinar, hijo de Sidonio, perdió la vida capitaneando a la nobleza de Auvernia. Quizás aquellos católicos sospechosos quedaron malvadamente expuestos al ímpetu ciego del enemigo, y quizás el afecto personal y el pundonor orillaron en aquel punto el influjo de la religión.[2022]

Tanto puede la suerte (si seguimos disfrazando nuestra ignorancia con la vulgaridad de tal nombre), que es casi igualmente arduo el antever los acontecimientos de la guerra que atinar en la verdad de sus resultados. Sucede que una victoria sangrienta y completa no da de sí más que la posesión de su campo; y acontece también que la pérdida de diez mil hombres acarrea en un solo día el exterminio de una mole de siglos. Siguió la conquista de Aquitania (508 d. C.) a la batalla

decisiva de Poitiers. Había Alarico dejado en pos de sí un niño, un competidor bastardo, nobles banderizos y un pueblo desleal; y el resto de las fuerzas godas quedó desbaratado con el pavor general o con las discordias civiles. Adelantose el franco victorioso a sitiar Angulema, y al eco de sus clarines los muros de la ciudad, al remedo de los de Jericó, se vinieron instantáneamente al suelo, milagro esplendoroso que cabe explicar suponiendo que ingenieros eclesiásticos habían reservadamente socavado los cimientos de la muralla.[2023] Invernó Clodoveo en Burdeos, que se le había rendido sin resistencia, y su prudente economía trajo de Tolosa el erario, que se depositó en la capital de la monarquía. Asomose el vencedor al confín de España,[2024] restableció los blasones de la Iglesia católica, planteó en Aquitania una colonia de francos,[2025] y traspasó a sus tenientes el encargo tan obvio de avasallar o anonadar la nación de los visigodos. Mas resguardábalos el monarca cuerdo y poderoso de Italia. Mientras hubo equilibrio, quizás dilatara Teodorico la marcha con sus ostrogodos, cuya pujanza gallarda contrarrestó aventajadamente la ambición de Clodoveo; y el ejército de los francos y sus aliados borgoñones tuvieron que levantar el sitio de Arles, con el quebranto, según se dice, de treinta mil hombres, vicisitudes que doblegaron la entereza altanera de Clodoveo para avenirse a un tratado apreciable de paz. Otorgóse a los visigodos la posesión de la Septimania, tirada estrecha de costa desde el Ródano al Pirineo; mas la provincia de Aquitania, desde dichos montes hasta el Loira, quedó irrevocablemente incorporada al reino de Francia.[2026]

Aceptó Clodoveo, tras el éxito de la guerra goda, los honores del consulado romano (510 d. C.). Concedió el emperador Atanasio ambiciosamente el dictado y las insignias de aquella dignidad esclarecida al competidor más poderoso de Teodorico;

mas el nombre de Clodoveo, por motivos ignorados, no suena en los *Fastos* ni de Oriente ni de Occidente.[2027] El monarca de la Galia, colocándose en el día solemne una diadema en la sien, apareció revestido, en la iglesia de San Martín, con una túnica y un manto de púrpura; cabalgó desde allí hasta la catedral de Tours, y al andar por las calles, fue derramando profusamente y con sus propias manos un donativo de oro y plata a la muchedumbre placentera que le aclamó a competencia *Cónsul* y *Augusto*. La autoridad efectiva o legal de Clodoveo ningún incremento lograba con la dignidad consular, que se reducía a un eco, una sombra y un boato fantástico, y si el conquistador estuviera hecho cargo de las prerrogativas antiguas de aquel empleo para reclamarlas, fenecían luego con su plazo anual. Propensos estaban los romanos a reverenciar en la persona de su dueño aquel dictado remoto, que los emperadores se allanaban a ostentar; el mismo bárbaro tenía en algún modo que contraer aquella obligación respetando la majestad de la República; y el sucesor de Teodosio, al solicitar su intimidad, cedía tácitamente y casi ratificaba la usurpación de la Galia.

A los treinta y cinco años de la muerte de Clodoveo (536 d. C.), quedó más terminantemente formalizada esta concesión grandiosa en un tratado entre sus hijos y el emperador Justiniano. Imposibilitados los ostrogodos de Italia de resguardar sus adquisiciones remotas, habían cedido a los francos las ciudades de Arles y de Marsella, cuando estaba aún aquella descollando como solar del prefecto pretoriano, y Marsella con los caudales que le acarreaban el comercio y la navegación.[2028] La autoridad imperial confirmó este convenio; y Justiniano cediendo garbosamente a los francos la soberanía de los países allende los Alpes que estaban ya poseyendo, descargó las provincias de su vasallaje, y planteó con cimiento más legal,

aunque no más sólido, el trono de los Merovingios.[2029] Disfrutaron desde aquella época el derecho de celebrar en Arles los juegos del circo, y por privilegio singular, denegado aun a los monarcas persas, la moneda de oro, con su nombre y busto estampado, se declaró corriente en el Imperio.[2030] Celebra un historiador griego de aquel siglo las virtudes públicas y privadas de los francos, con entusiasmo tan apasionado, que no cabe justificarlo con sus anales domésticos.[2031] Encarece su cortesanía y urbanidad, su gobierno entonado y religión ortodoxa, y afirma sin rebozo que tales bárbaros tan sólo se diferenciaban en el traje y el idioma de los súbditos del Imperio. Quizás sobresalían ya los francos con el temple sociable y travesura agraciada que en todos tiempos disfrazó su liviandad, y a veces encubrió su mérito innegable. Quizás Agatias y los griegos se deslumbraron con la supremacía repentina de sus armas y la brillantez de su Imperio. Quedaron las Galias, tras la conquista de Borgoña, excepto la provincia goda de Septimania, avasalladas en todo su ámbito por los hijos de Clodoveo. Habían extinguido el reino germano de Turingia, sin que el Rin deslindase su señorío, internándose hasta por sus selvas nativas. Los alamanes y bárbaros, que dominaban las provincias romanas de Recia y Nórico, al sur del Danubio, se confesaban rendidos a los francos, y la valla endeble de los Alpes no alcanzaba a poner coto a su ambición. Cuando el postrer viviente de los hijos de Clodoveo aunó las heredades y conquistas de los merovingios, propasaba con mucho su reino los linderos de la Francia moderna; mas ésta, a tanto la han encumbrado las artes y la política, sobrepuja con mucho en riqueza, población y poderío los reinos anchurosos, pero montaraces, de Clotario o Dagoberto.[2032]

Los francos, o franceses, son los únicos de Europa que

pueden entroncar una sucesión perpetua desde los conquistadores del Imperio occidental; mas siguieron diez siglos de idiotez y anarquía a su conquista de la Galia. Al rayar la literatura, los estudiantes que habían cursado en las escuelas de Atenas y Roma menospreciaban a sus bárbaros antepasados, y medió larguísimo plazo antes de que el sufrido afán aprontase materiales para satisfacer o más bien avivar la curiosidad de tiempos más ilustrados.[2033] Por fin la crítica y la filosofía se dirigieron a la antigüedad de Francia; mas contagiáronse los mismos filósofos con la preocupación y el alucinamiento, pues los sistemas más encontrados de la servidumbre personal de los galos y de su hermandad igual y voluntaria con los francos se han ideado y defendido con suma temeridad y pertinacia, y los disputadores fogosos se han zaherido mutuamente de conspiradores contra las regalías de la corona, el señorío de la nobleza y la independencia del pueblo. Mas la refriega acalorada ha venido a ejercitar los alcances opuestos de la erudición y del ingenio, y cada combatiente, alternativamente vencido o victorioso, ha ido extirpando desaciertos y acrisolando verdades interesantes. Ahora un extranjero imparcial, con el arrimo de su contienda, sus descubrimientos y aun sus errores, podrá tal vez describir con los mismos materiales primitivos el estado de aquellas provincias romanas, después de avasallada la Galia por las armas y las leyes del rey merovingio.[2034]

La condición suma, al par de la ínfima, de la sociedad humana está con todo arreglada por reglas generales e invariables. Al contemplar Tácito la sencillez primitiva de los germanos, descubrió ciertas máximas constantes, o costumbres, así en la vida pública como en la privada, conservadas por tradición perenne, hasta la introducción del arte de escribir en la lengua latina.[2035] Antes de la elección de los reyes merovingios,

la tribu o nación más poderosa de los francos nombró cuatro caudillos venerables para componer las leyes sálicas;[2036] y tres consejos sucesivos se juntaron para examinarlas y aprobarlas. Clodoveo, después de su bautismo, reformó varios puntos, al parecer incompatibles con el cristianismo; retocaron también sus hijos la ley sálica; y por fin, bajo el reinado de Dagoberto, se revisó y promulgó el código en la forma presente, un siglo después del establecimiento de la monarquía francesa. Se copiaron y publicaron en el mismo plazo las costumbres de los ripuarios; y el mismo Carlomagno, el legislador de su siglo y patria, se enteró eficazmente de las dos leyes nacionales que estaban todavía prevaleciendo en los francos.[2037] Trascendió el esmero a los vasallos, y los toscos institutos de los alamanes y bávaros se recopilaron y revalidaron por la autoridad suprema de los reyes merovingios. Los visigodos y borgoñones, cuyas conquistas en la Galia antecedieron a las de los francos, se mostraron menos ansiosos por alcanzar una de las principales ventajas de una sociedad civilizada. Fue Eurico el primer príncipe godo que puso por escrito los usos y costumbres de su pueblo; y la composición de las leyes de Borgoña fue parto de política más bien que de justicia, encaminado a aliviar el yugo y granjearse el afecto de los súbditos galos.[2038] Así que con extraña coincidencia formaron los germanos sus desaliñadas instituciones, cuando el trabajoso sistema de la jurisprudencia romana se había por fin acabalado. Cábenos el parangonar en las leyes sálicas y las pandectas de Justiniano el embrión o asomo y la madurez colmada de la sabiduría civil; y por más que la vulgaridad propenda a favor del barbarismo, la sensatez pausada atribuirá a los romanos la ventaja descollante, no sólo de racionalidad y ciencia, sino también de humanidad y justicia. Atemperábanse sin embargo las leyes de los bárbaros a sus

urgencias y anhelos, a sus afanes y a sus alcances, y todas vinieron a encaminarse a la conservación de la paz y mejoras de la sociedad a cuyo uso se habían primitivamente dedicado. Los merovingios, en vez de imponer la misma pauta a la conducta de sus varios súbditos, franqueaban a cada pueblo y a cada familia el ejercicio y el goce de sus propios fueros en el ámbito de su Imperio respectivo;[2039] ni quedaban los romanos excluidos del beneficio de la tolerancia legal.[2040] Conformábanse los hijos con la ley de sus padres, la mujer con la del marido, el liberto con la de su patrono; y en toda causa entre partes de diversas naciones, el demandante o acosador tenía que acudir al tribunal del acosado, que podía siempre alegar una presunción legal de derecho o inocencia. Dábase todavía mayor ensanche, si cada ciudadano ante el juez podía manifestar la ley bajo la cual apetecía vivir y la sociedad nacional a que lo acomodaba pertenecer. Tan suma condescendencia abolía el desnivel de la victoria, y las provincias romanas podían sufridamente avenirse a las penalidades de su situación, puesto que tenían en su mano el incluirse en el privilegio, en osando revestirse del carácter de bárbaros libres y belicosos.[2041]

Cuando la justicia está pidiendo inexorablemente la muerte de un matador, se robustece en cada ciudadano particular el concepto de que las leyes, el magistrado y la comunidad entera escudan su persona; mas en la sociedad desahogada de los germanos, era siempre la venganza honorífica y aun meritoria; el guerrero independiente corría a castigar o vengar con su propia mano la tropelía que había causado o recibido, sin más zozobra que la del encono de hijos o parentela del enemigo que sacrificara a ímpetus interesados o coléricos. El magistrado, hecho cargo de su desvalimiento, era reconciliador más que justiciero, y se daba por muy pagado con reducir a los

contrincantes a desembolsar o aceptar la multa moderada que se graduaba cabal para el derramamiento de sangre.[2042] Correspondía frenar más eficazmente la índole arrebatada de los francos, que menospreciaban tales mezquindades; y allá cuando la opulencia de la Galia estragara sus costumbres sencillas, delitos casuales o predispuestos andaban de continuo atropellando el sosiego general. En todo gobierno equitativo, el matador, príncipe o labriego, incurre en la misma pena; mas la desigualdad nacional, planteada por los francos en los procedimientos criminales, era el sumo abuso y descaro de su conquista.[2043] En los ratos bonancibles de mera legislación, sentenciaban solemnemente que la vida de un romano era de menor monta que la de un bárbaro. El *Antrustion*,[2044] dictado conceptuoso de alcurnia esclarecida y señorío entre los francos, se justipreciaba en la suma de seiscientas piezas de oro, mientras el provincial noble que alternaba en la mesa del rey podía ser asesinado por la mitad de aquella suma. Un franco de estado llano valía doscientas piezas; pero el romano plebeyo corría el mayor peligro y afrenta por la suma de ciento, y aun por cincuenta. Si la racionalidad equitativa dispusiera estas leyes, el resguardo público acudiera proporcionalmente a suplir la escasez de pujanza personal; mas el legislador había contrapesado en la balanza, no de la justicia, sino de su política, la pérdida de un soldado contra la de un esclavo; la cabeza de un bárbaro desertado y robador estaba a buen recaudo por medio de una multa cuantiosa, y el resguardo ínfimo recaía sobre el más desvalido. Menguaron con el tiempo la insolencia del vencedor y el sufrimiento del vencido; y el ciudadano más osado fue aprendiendo con los desengaños que siempre serían más sus agravios padecidos que sus demasías. Al desembravecerse la ferocidad de los francos, se fueron encrudeciendo sus leyes; y los

reyes merovingios se esmeraron en remedar el rigor imparcial de los visigodos y borgoñones.[2045] Bajo el Imperio de Carlomagno se imponía sin excepción pena capital al homicida, y la jurisprudencia europea ha ido franqueando cuantiosamente la muerte a los delitos.[2046]

La profesión militar y la civil separadas por Constantino, se hermanaron de nuevo por los bárbaros. Se suavizaron con dictados latinos de conde, duque o prefecto los sonidos broncos de toda denominación teutónica, y un mismo empleado se encargaba en el ámbito de su distrito del mando de la tropa y de la administración de justicia.[2047] Mas por maravilla el idiota y bravío caudillo acertaba con el desempeño de juez, que requiere alcances naturales ejercitados con esmero y laboriosidad; y su ruda ignorancia tenía que acudir a medios más obvios y palpables para afianzar el tino de la justicia. En toda religión se ha invocado a la divinidad para evidenciar la verdad o escarmentar la doblez de los testimonios humanos; pero instrumento tan poderoso vino a parar en abusivo y aciago por la sencillez de los legisladores germanos. Podía el reo comprobar su inocencia, presentando ante el tribunal cierto número de testigos íntimos, que declaraban solemnemente su creencia o certidumbre de no ser culpado. Según la gravedad del cargo, se iba aumentando este número legal de *compurgadores*; requeríanse hasta setenta y dos votos para descargar a un incendiario o asesino, y tildándose el recato de una reina de Francia, llegó el caso de jurar cien valerosos nobles sin titubear que el recién nacido se había engendrado por el difunto marido.[2048] La vileza y el escándalo de tanto perjuro movió a los magistrados a orillar tentaciones tan azarosas, y acudir, en defecto de los testimonios humanos, a las pruebas decantadas del fuego y el agua. Ideábanse allá tan caprichosamente aquellos

experimentos extraordinarios, que en ciertos casos la culpa, y en otros la inocencia, no podían comprobarse sin la intervención de un milagro. Suministrábanlos el engaño y la credulidad, desenmarañándose las causas más intrincadas por este medio tan obvio como infalible, y los bárbaros desmandados que hollaron la sentencia de un magistrado se allanaban rendidamente al juicio de Dios.[2049]

Mas fuéronse afamando y prevaleciendo las pruebas de reto o lid particular en un pueblo belicoso que no acababa de creer que mereciese padecer un valiente, ni vivir un cobarde.[2050] Tanto en los procesos criminales como civiles, el querellante o acusador, el reo y aun el testigo, estaban expuestos al reto de muerte con el contrincante que carecía de pruebas legales, y le era forzoso o desamparar la causa o sostener públicamente su pundonor en la estacada. Peleábase a pie o a caballo, según la práctica nacional;[2051] y la sanción del cielo, del juez o del pueblo revalidaban la decisión del acero. Introdujeron los borgoñones en la Galia esta ley sanguinaria, y su legislador Gundebaldo[2052] se allanó a responder a las quejas o reparos del súbdito Avito: «¿No es por ventura, cierto —dijo el rey de Borgoña al obispo—, que el juicio de Dios encamina el éxito de las guerras nacionales y de los trances particulares y que su providencia apronta la victoria a la causa pura?». Con argumentos tan terminantes, la práctica desatinada y atroz de los desafíos judiciales, peculiar de algunas tribus de Germania, se fue propagando y estableciendo en todas las monarquías de Europa desde Sicilia hasta el Báltico. Después de diez siglos no se había aún soterrado el predominio de la tropelía legal; y las censuras infructuosas de santos, de papas y de concilios demuestran al parecer que se quebranta el influjo de la superstición por su hermandad monstruosa con la razón y la

humanidad. La sangre de ciudadanos, tal vez inocentes y respetables, salpicaba los tribunales; la ley, que ahora está favoreciendo al pudiente, se postraba entonces ante el poderoso; y el anciano, el endeble y el desvalido quedaban sin opción a lo más apreciable, o bien tenían que arrostrar los peligros de una pelea desigual,[2053] o por lo menos confiar en el desempeño de un campeón asalariado. Descargó esta jurisprudencia atropelladora sobre las provincias de la Galia que alegaban algún agravio de su persona o sus haberes. Prescindiendo de la pujanza o el denuedo de los individuos, sobresalían los bárbaros en la afición y ejercicio de las armas; y el romano, ya vencido, tenía que acudir a la repetición, en su propia persona, del trance sangriento que ya se había decidido contra su patria.[2054]

Una hueste asoladora de ciento veinte mil germanos había en otro tiempo pasado el Rin, bajo el mando de Ariovisto. Apropiáronse un tercio de las tierras pingües de los secuanos, y el vencedor secundó luego su petición con otro tercio, para la colocación de una colonia nueva de veinticuatro mil bárbaros, a quienes convidó para terciar en la cosecha de la Galia.[2055] Tras cinco siglos visigodos y borgoñones, vengadores de la derrota de Ariovisto, usurparon la misma porción excesiva de los *dos tercios* de las tierras avasalladas; mas este reparto, en vez de abarcar la provincia entera, puede reducirse prudencialmente a los distritos peculiares donde se avecindó el pueblo victorioso, por su propio albedrío, o por la política de su caudillo; distritos donde cada bárbaro estaba enlazado por vínculos de hospedaje con algún vecino romano. El hacendado tenía que ceder dos tercios de su patrimonio a huésped tan malquisto; mas el germano, de suyo pastor o cazador, se contentaría con una tirada de bosque o dehesa, y se desprendería de una cuota menor, pero más provechosa, para el afán del labrador industrioso.[2056] La

carencia de testimonios antiguos y auténticos ha robustecido el concepto de que las rapiñas de los francos no tuvieron coto ni formalidad de reparto legal; de que, a fuer de salteadores desenfrenados, se fueron diseminando por las provincias, y de que cada forajido victorioso, según sus urgencias, su codicia y su pujanza, medía por los alcances de su albedrío y de su espada los ámbitos de su nueva herencia. Distando de su soberano, los bárbaros a la verdad se propasarían con arbitrariedades; mas el tesón atinado de Clodoveo no pudo menos de doblegar el desenfreno que debía agravar el desamparo de los vencidos, estragando la disciplina y concordia de los vencedores, y el vaso memorable de Soissons es un monumento y una prenda del arreglo en el reparto de los despojos galos. Incumbía e interesaba a Clodoveo el galardonar a una hueste triunfadora, avecindando a un pueblo crecido, sin agravio infructuoso de los católicos leales de la Galia. Las fincas grandiosas que se podía apropiar del patrimonio imperial, baldíos y usurpaciones godas, acortarían la precisión de los embargos y confiscaciones; y rendidas ya las provincias, se avendrían más resignadamente al reparto igual y arreglado de sus pérdidas.[2057]

La riqueza de los príncipes merovingios se cifraba en la extensión de sus fincas. Dueños ya de la Galia, seguían complaciéndose en la cerril sencillez de sus antepasados; yacían las ciudades en la decadencia y el desamparo, y sus monedas, diplomas y sínodos muestran todavía los nombres de las quintas o alcázares donde fueron sucesivamente residiendo. Salpicaban el ámbito de sus provincias hasta ciento sesenta de aquellos «alcázares», dictado que no trae consigo el concepto impropio de lujo artístico, y aunque algunos venían a equivocarse con fortalezas, los más se quedaban en la clase de pingües alquerías. Cercaban la morada de los reyes cabelludos corrales y

caballerizas a propósito para el ganado y la volatería, huertos muy arbolados de frutales, talleres y aperos de labranza, y aun los dependientes cazaban y pescaban en beneficio del soberano; rebosaban de trigo sus almacenes y de vino sus lagares, ya para la venta, ya para el consumo, y todos los ramos se administraban con la pauta de la más estrecha economía.[2058] Este grandioso patrimonio abastecía colmadamente la abundancia hospedadora de Clodoveo y sucesores, y premiaba la fidelidad de sus valerosos compañeros, que, tanto en paz como en guerra, se vinculaban en su servicio. Cada compañero, en vez de un caballo o de un juego de armadura, según su jerarquía, merecimientos o privanza, se hallaba con un «beneficio», nombre primitivo y forma sencillísima de la posesión feudal. Arbitro era el soberano de recoger estas dádivas, y su escaso predominio se robustecía un tanto con el influjo de sus larguezas; mas fuéronse luego aboliendo sucesivamente aquellas regalías[2059] por los nobles independientes y rapaces de Francia, quienes arraigaron la propiedad perpetua y la herencia de sus beneficios; novedad provechosa para las tierras, que se menoscababan o desatendían por la insubsistencia de los dueños.[2060] Además de dichos estados reales y beneficios, se habían en crecida porción señalado las tierras «alodiales» y «sálicas» en la división de la Galia: estaban descargadas de tributos, y las tierras sálicas se concedieron por igual a los descendientes varones de los francos.[2061]

En las discordias sangrientas y decadencia de la alcurnia merovingia fueron asomando por las provincias nuevos tiranillos, apellidados señores, que usurparon el derecho de gobernar y el permiso de atropellar a los súbditos de su territorio peculiar. Enemigos iguales solían atajar los ímpetus de su ambición; mas no había leyes, y el bárbaro sacrílego que arrostraba las iras de un santo u obispo[2062] por maravilla

respetaba los linderos de un hacendado profano y desvalido. Los derechos comunes y públicos de la naturaleza, que se conceptuaban en la jurisprudencia romana,[2063] quedaban muy restringidos por el albedrío de los conquistadores germanos, cuyo recreo, o más bien frenesí, era el ejercicio de la caza. El dominio vago que se apropió el hombre sobre los demás vivientes de tierra, aire y agua quedaba vinculado en unos cuantos individuos venturosos de la especie humana. Emboscóse de nuevo la Galia, y los animales reservados para el uso o deporte del señor podían ir a su salvo talando las campiñas de sus vasallos industriosos, pues era la caza regalía sagrada de nobles y sirvientes caseros. Se azotaban y encarcelaban los plebeyos contraventores,[2064] y en un siglo que admitía un ajuste por la vida de un ciudadano, el malherir un ciervo o un toro silvestre en el recinto de los bosques reales era delito capital.[2065]

Según las máximas antiguas de la guerra, el vencedor se enseñoreaba legalmente del enemigo avasallado y mantenido vivo;[2066] y la causa fecundísima de la esclavitud personal, que casi estaba aniquilada con la soberanía pacífica de Roma, retoñó y cundió con las hostilidades incesantes de los bárbaros independientes. Godos, borgoñones o francos, al volver de una expedición venturosa, traían en pos de sí catervas de ovejas, bueyes y cautivos a quienes trataban con irracional desprecio. Entresacaban los jóvenes de ambos sexos airosos y de traza fina para el servicio casero; situación resbaladiza que los imponía a los ímpetus del dueño. Los artesanos o sirvientes provechosos (herreros, carpinteros, sastres, zapateros, cocineros, hortelanos, tintoreros o plateros) se dedicaban a su oficio para uso o ganancia de los amos; mas los cautivos desmañados, pero hábiles para el trabajo, se convertían en pastores o labriegos de los bárbaros, prescindiendo de su jerarquía anterior. Crecía el

número de los siervos adictos a los estados de la Galia con nuevos refuerzos; y toda aquella servidumbre ascendía por favor insubsistente, o bajaba según el antojo del zafio despotismo, o según el temple o la situación de sus señores;[2067] quienes ejercían potestad absoluta de vida y muerte, y en los desposorios de una hija, enviaban una comitiva de siervos, aherrojados en los carruajes para afianzarlos, como regalo de boda.[2068] Las leyes romanas escudaban la libertad de cada ciudadano contra los ímpetus temerarios de su propio desamparo o desesperación; pero los súbditos de los reyes merovingios eran árbitros de enajenar sus personas; y este acto de suicidio legal, muy frecuente a la sazón, se expresa en términos afrentosos y atropelladores de la dignidad de la naturaleza humana.[2069] El ejemplo de los menesterosos que compraban la vida, sacrificando cuanto puede hacerla apetecible, fue teniendo imitadores entre los apocados y devotos, que en el sumo trastorno acudían cobardemente a guarecerse tras las almenas de algún caudillo poderoso, o junto al sagrario de algún santo predilecto. Aceptaban aquellos patrones temporales o espirituales el rendimiento, y el ajuste atropellado vinculaba irremisiblemente su persona y las de su más remota posteridad. Las leyes y costumbres de la Galia aunadas, desde el reinado de Clodoveo y por espacio de cinco siglos, se esmeraron en acrecentar el número y afianzar la duración de la servidumbre personal. El tiempo y la violencia fueron borrando 1as clases intermedias de la sociedad, y apenas cabía deslindar un noble y un esclavo. Esta separación arbitraria y moderna ha parado en distintivo *nacional*, con el orgullo y la vulgaridad, procediendo ya de las armas y leyes de los merovingios. Los nobles, que alegaban su descendencia castiza o fabulosa de los francos independientes y triunfadores, han abusado del derecho

incontrastable de conquista sobre la chusma postrada de plebeyos y esclavos, a quienes achacaban el desdoro soñado de su alcurnia gálica o romana.

El estado general y las revueltas de la Francia, nombre impuesto por los conquistadores, pueden un tanto despejarse con el ejemplar de una provincia o diócesis de una familia senatoria. Siempre la Auvernia había conservado debida preeminencia entre los estados y concejos independientes de la Galia, ostentando sus numerosos y esforzados habitantes un trofeo peregrino; y era la espada del mismo César, perdida cuando lo rechazaron en el sitio de Gergovia.[2070] Alegaban, como prole común de Troya, hermandad con los romanos,[2071] y si cada provincia remedara el tesón y lealtad de Auvernia, quizás se precavía, o al menos se dilataba la ruina del Imperio occidental. Mantuvieron con entereza la fidelidad jurada al pronto con repugnancia a los visigodos; pero fenecidos sus prohombres en la batalla de Poitiers, aceptaron gustosos un soberano católico y victorioso. Teodorico, primogénito de Clodoveo, fue el adalid y luego el poseedor de aquella conquista llana y preciosísima; mas caía aquella provincia lejana y desviada de sus dominios de Austrasia, separándola los reinos intermedios de Soissons, París y Orleans, que componían, tras la muerte del padre, la herencia de sus tres hermanos. La inmediación y amenidad de Auvernia cebó a Childeberto, rey de París,[2072] pues la parte montañosa que se levanta por el mediodía con las sierras de Cevenas ofrecía una perspectiva pingüe y pintoresca de bosques y praderas; y en su falda había viñedos, coronados en sus lomas con quintas o castillos. En la baja Auvernia, el río Allier va regando la llanura amena y anchurosa de Limaña; y la fertilidad inexhausta del suelo suministraba, como ahora, la repetición perenne de sus doradas mieses.[2073] Con la noticia de

que su soberano legítimo había fenecido, el nieto de Sidonio Apolinar vendió la ciudad y la diócesis de Auvernia. Gozó Childeberto de esta victoria solapada; y los súbditos libres de Teodorico le amenazaron con su deserción, si se cebaba en su encono particular, mientras se hallaba la nación comprometida en la guerra de Borgoña. Pero la elocuencia del rey arrebató al punto a los francos de Austrasia. «Seguidme —exclamó Teodorico—, a la Auvernia, pues os llevo a una provincia donde podréis cargar con oro, plata, esclavos, ganados y preciosas galas a medida de vuestros deseos. Repito el brindis, allá van pueblo y riquezas como presa vuestra, y la podréis trasladar a vuestro albedrío a vuestra patria». Desempeñó su promesa Teodorico, y desmereció el homenaje de un pueblo que sentenciaba al exterminio. Reforzada su tropa con los bárbaros más bravíos de Germania,[2074] fue asolando la alfombrada Auvernia, y sólo dos puntos, una fortaleza y un sagrario célebre, se libertaron o redimieron de su exterminador desenfreno. Estaba el castillo de Meroliac[2075] situado sobre un peñón que se encumbraba cien pies sobre la llanura, y abarcaba un aljibe de agua fresca y algunas huertecillas en su recinto. Estuvieron los francos mirando con desesperado anhelo la fortaleza inexpugnable; pero sobrecogieron una guerrilla de cincuenta hombres, y como estaban recargados de cautivos, ofrecieron a aquellas desventuradas víctimas la alternativa de vida o muerte, sacrificándolas cruelmente a la constancia de la guarnición. Internóse otro destacamento hasta Brivas o Brioude, donde el vecindario con sus alhajas se había refugiado en el santuario de San Julián. Resistían las puertas de la iglesia el asalto; mas un valiente se metió por una ventana del coro y franqueó paso a los compañeros. Arrebataron a viva fuerza del retablo al clero, al pueblo, y luego lo sagrado y lo profano, y se hizo el sacrílego

reparto a corta distancia de Brioude. Mas castigó el hijo devoto de Clodoveo ejemplarmente aquel acto de impiedad, con pena de la vida a los más desmandados, dejando a la venganza de San Julián sus cómplices encubiertos; devolvió la presa y extendió los fueros del santuario hasta cerca de dos leguas en derredor del sepulcro del santo mártir.[2076]

Antes de retirarse el ejército austrasio de la Auvernia, requirió Teodorico prendas de la lealtad venidera de un pueblo cuyo aborrecimiento muy fundado tan sólo con el temor podía enfrenarse. Entregóse al vencedor una cuadrilla de mancebos nobles, hijos de los principales senadores, como rehenes de la fe de Childeberto y compatricios. Al primer asomo de guerra o de conspiración quedaron aquellos inocentes reducidos a estrecha servidumbre; y uno en particular llamado Atalo, cuyas aventuras se individualizan, era caballerizo de su amo en la diócesis de Tréveris.[2077] Tras pesquisas afanadas, se le vino a descubrir en aquella faena indecorosa por los emisarios de su abuelo, Gregorio, obispo de Langres; mas la codicia del bárbaro desechó adustamente la oferta de rescate, requiriendo la cantidad excesiva de diez libras de oro (4,6 kg) por la libertad de su hidalgo cautivo. Logróse su redención por el valeroso ardid de León, esclavo de la cocina del obispo de Langres.[2078] Entrometiose fácilmente el encargado en la misma familia, pues el bárbaro compró a León en doce piezas de oro, por su maestría en los guisos de una mesa episcopal. «El domingo próximo —dijo el franco—, tengo que convidar a mis amigos y deudos. Echa el resto, y que confiesen que nunca han llegado a gustar un banquete igual en la mesa del rey». Aseguróle León que, en aprontándole cuantas aves necesitaba, quedaría colmadamente servido. Ansioso el dueño de sobresalir en el agasajo para con sus huéspedes, se apropió las alabanzas que los convidados voraces

tributaron al cocinero; y así el experto León se fue granjeando la confianza y el manejo en el interior de la casa. Tras la expectativa trabajosa de un año entero, secreteó su intento con Atalo, y le encargó se aviase para la partida la noche siguiente. Embargados los concurrentes en sus brindis, se retiraron a deshora, y el yerno del franco, a quien León llevó una bebida, le chancea sobre la facilidad que le cabía de abusar de su confianza. El esclavo inalterable, desentendiéndose de aquella travesura, entra en el dormitorio de su dueño, le quita el escudo y la lanza, saca silenciosamente los caballos más corredores de la cuadra, desatranca las fuertísimas puertas, y estimula a su Atalo para que salve al vuelo libertad y vida. Acosados de zozobras, tienen que dejar sus caballos a la orilla del Mosa,[2079] atraviesan el río a nado, vagan tres días por la selva inmediata, y se mantienen con el descubrimiento inesperado de un frutal. Oyen emboscados el estruendo de caballería; estreméceles el rostro airado de su dueño, y escuchan despavoridos el amago de colgar al uno de un árbol y desmenuzar al otro con su espada, en habiendo a las manos sus viles fugitivos. Llegan por fin entrambos a la mansión amistosa de un presbítero de Reims, que los rehace con pan y vino, los oculta y los conduce en salvo, fuera ya de los linderos del reino de Austrasia, al palacio episcopal de Langres. Abraza Gregorio, bañado en llanto de gozo, a su nieto, y rescata en albricias a León, con toda su familia del yugo de la servidumbre, agraciándole con la propiedad de un cortijo, donde pudiera terminar sus días libre y dichoso. Quizás refirió el mismo Atalo su anovelado caso a su sobrino o primo, el primer historiador de los francos, pues nació Gregorio de Tours[2080] sesenta años después de la muerte de Sidonio Apolinar, y sus circunstancias vienen a ser idénticas, alcanzando a entrambos las particularidades de naturales de Auvernia, senadores y obispos;

pero su diferencia suma en conceptos y lenguaje patentiza la decadencia de la Galia, y sirve de pauta para medir la decadencia del entendimiento humano en brío y cultura.[2081]

Podemos ahora demostrar nuestro desengaño acerca de los sistemas encontrados que abultan o disminuyen los padecimientos de los romanos galos bajo el reinado de los merovingios. Jamás promulgaron los conquistadores edicto alguno de servidumbre o confiscación; pero bastardeaba el pueblo, cohonestando su molicie con los dictados decorosos de cultura y paz, y así vivía expuesto a las armas y leyes de bárbaros feroces, siempre prontos para ajarlo y atropellarlo en todos los requisitos de su existencia. Padecía parcial y extraordinariamente; mas los romanos en globo seguían conservando, tras aquel trastorno, los haberes y privilegios de ciudadanos. Se les despojó de gran parte de sus haciendas para el uso de los francos, mas quedaron disfrutando lo restante exento de pecha;[2082] y aquel arrebato mismo que acabó con las artes y manufacturas en la Galia dio al través con el sistema arduo y costoso del despotismo imperial. Solían los vencidos deplorar la jurisprudencia bravía de las leyes sálicas y ripuarias; mas su vida privada, en los negocios importantes de casamientos, herencias y testamentos, se atenía a las disposiciones del Código Teodosiano; y el romano mal hallado era árbitro de encumbrarse o sea allanarse a la esfera de bárbaro. Se les franqueaban los honores del Estado, y por cuanto la educación o índole de los romanos los predisponía muy bien para el desempeño de cargos civiles, tan pronto como la emulación hubo revivido algún denuedo militar, cabíales seguir y aun acaudillar a los germanos victoriosos. No me explayaré en la reseña de generales y magistrados cuyos apellidos[2083] evidencian la política liberal de los merovingios. El mando supremo de la

Borgoña, con el dictado de patricio, estuvo sucesivamente encargado a tres romanos; y el último y más poderoso, Mumolo, [2084] que alternativamente salvó y trastornó la monarquía, había reemplazado a su padre en el cargo de conde de Autun, y dejado un tesoro de treinta talentos de oro y doscientos cincuenta de plata. Los bárbaros montaraces e idiotas quedaron por largas generaciones excluidos de las dignidades, y aun de las órdenes de la Iglesia.[2085] Componíase casi enteramente el clero de la Galia de los naturales; postrábanse los francos altaneros a las plantas de sus propios súbditos autorizados con el carácter episcopal; y la potestad y los caudales perdidos en la guerra se iban imperceptiblemente recobrando con la superstición.[2086] La ley universal del clero en todos los negocios temporales era el Código Teodosiano; pero la jurisprudencia de los bárbaros había acudido eficazmente a su seguridad personal; un subdiácono equivalía a dos francos; el *antrustion* y el sacerdote corrían parejas, y la vida de un obispo se justipreciaba mucho más alto que la cuota corriente, por el valor de cien piezas de oro.[2087] Comunicaron los romanos a sus vencedores el uso de la religión cristiana y de la lengua latina,[2088] mas una y otra bastardeaban en gran manera respecto al siglo augusto y al apostólico. Crecían al vuelo la barbarie y la superstición; el culto de los santos encubría a los ojos vulgares el Dios de los cristianos, y el habla tosquísima de los campesinos y de la soldadesca se estragaba más y más con vocablos y dejo teutónicos. Mas aquel roce de profesiones mancomunadas fue desarraigando todo distintivo de nacimiento y de predominio; y así las naciones de la Galia vinieron a barajarse bajo el nombre y el gobierno de los francos.

Revueltos ya éstos con los súbditos galos, pudieran haberles traspasado los dones preeminentes de la humanidad, esto es, el

brío y el sistema de una libertad constitucional. Bajo un rey hereditario, pero limitado, pudieran los caudillos y consejeros deliberar en París y en el palacio de los Césares: el campo inmediato, donde los emperadores revistaban sus legiones asalariadas, pudiera admitir la reunión de sus guerreros libres; y el tosco bosquejo deslindado en las selvas de Germania[2089] pudiera pulirse y mejorarse con la sabiduría civil de los romanos. Mas los bárbaros soñolientos, afianzada su independencia nacional, desatendían los afanes del gobierno; aboliéronse calladamente las juntas anuales de marzo, y quedó la nación separada y casi disuelta con la conquista de la Galia.[2090] Careció la monarquía de toda planta de justicia, de armamento y de renta. No cupo a los sucesores de Clodoveo aliento para asir, o fuerzas para ejercer las potestades legislativa y ejecutiva de que se había desprendido el pueblo; pues la prerrogativa real descollaba tan sólo con mayor ensanche de tropelías más o menos trascendentales; y el amor de la libertad, que la ambición particular suele robustecer y mancillar, se reducía, para el desenfreno de los francos, a menosprecio del orden y anhelo de impunidad. A los setenta y cinco años de la muerte de Clodoveo, su nieto Gontran, rey de Borgoña, envió un ejército a invadir las posesiones godas de Septimania o Languedoc, y estimuló a su tropa, la de Berry, de Auvernia y territorios inmediatos con la esperanza de sus despojos. Marcharon de tropel bajo las banderas de condes germanos o galos; fue su avance desmayado y azaroso; mas las provincias amigas o enemigas quedaron al par asoladas con ciega saña. Abrasó la llama mieses, aldeas y aun iglesias, matando o arrastrando en cautiverio a sus moradores; y en el atropellamiento de la retirada, fenecieron cinco mil de aquellas fieras de hambre o de sus propias desavenencias. Al reconvenir el devoto Gontran a los

caudillos con su maldad o abandono, se disculparon éstos con el desenfreno universal e incurable de su gente. «No hay tino —dijeron—, que tema o respete ya a su rey, a su duque o a su conde. Todos se afanan por hacer daño, y allá disparan sus ímpetus criminales. La reprensión más leve arranca al golpe un alboroto; y el magistrado temerario que se arroja a reconvenir o a refrenar a sus sediciosos súbditos por maravilla logra salvar su vida de la venganza ejecutiva».[2091] A la misma nación cabía vinculadamente el patentizar con sus devaneos descompasados el abuso más abominable de la libertad, y el suplir su malogro con el pundonor y la humanidad, que está ahora suavizando y encareciendo su obediencia a un soberano absoluto.

Habían los visigodos traspasado a Clodoveo la mayor parte de sus posesiones en la Galia; mas quedó aquella pérdida compensada con la fácil conquista y desahogado afianzamiento de las provincias de España. Ésta todavía se vanagloria con la monarquía goda que embebió luego el reino suevo de Galicia; más aquellos áridos anales[2092] ni ofrecen ni precisan al historiador del Imperio Romano a apurar su serie desabrida. Deslindaban las empinadas cumbres del Pirineo a los godos de España, y sus costumbres e instituciones, en cuanto se rozan con las germanas, quedan ya descifradas anteriormente. En el capítulo antecedente dejo ya anticipados sus acontecimientos eclesiásticos de más entidad, como el derribo del arrianismo y la persecución de los judíos, y sólo me resta el apuntar algunas especies interesantes acerca de la constitución civil y eclesiástica del reino de España.

Francos y visigodos, tras su conversión de idólatras y herejes, se mostraban igualmente propensos a abrazar postradamente los achaques inherentes y las ventajas accidentales de la superstición. Mas los prelados de Francia, mucho antes de

expirar la alcurnia merovingia, habían ido degenerando en bárbaros pendencieros y cazadores. Orillaron los sínodos, se desentendieron del recato y la templanza, y anteponían los ensanches de su ambición peculiar y lujosa a los intereses generales de la profesión sacerdotal.[2093] Los obispos en España mantenían y se granjeaban decoroso miramiento; encubría su hermandad íntima sus deslices y robustecía su predominio; y la disciplina entonada de la Iglesia arraigó la paz, el orden y la estabilidad en el gobierno del Estado. Desde el reinado de Recaredo, primer rey católico, hasta el de Witiza, antecesor inmediato del infeliz Rodrigo, se celebraron sucesivamente hasta dieciséis concilios nacionales. Presidían por su orden de antigüedad los seis metropolitanos de Toledo, Sevilla, Mérida, Braga, Tarragona y Narbona; componíase la reunión de sus obispos sufragáneos, quienes acudían, en persona o por sus apoderados, con asiento para el abad más descollante en santidad y en opulencia de todo el reino. En los tres días primeros de su reunión, mientras se estaban ventilando cuestiones eclesiásticas de enseñanza y disciplina, quedaban los laicales, como profanos, excluidos de las sesiones, manejadas siempre con decorosa solemnidad. Mas a la madrugada del cuarto día, se franqueaban las puertas a los primeros empleados del palacio, los duques y condes de las provincias, jueces de las ciudades y godos nobles; y el consentimiento del pueblo revalidaba los decretos del cielo. Observábanse las mismas reglas en las juntas provinciales y sínodos anuales, facultados para oír quejas y acudir con desagravios; y el influjo preponderante del clero sostenía la máquina del gobierno legal. Los obispos, siempre dispuestos para lisonjear al victorioso y hollar al vencido, tras cualquier revuelta se afanaban con eficacia y éxito en avivar las llamas de la persecución y sobreponer la mitra a la

corona. Pero los concilios nacionales de Toledo, en que la política episcopal doblegaba el erguimiento de los bárbaros, fueron planteando leyes provechosas en general para el rey y para el pueblo. Acudían los obispos y palaciegos a las vacantes del trono con su elección, y exhausta la alcurnia de Alarico, quedó aún ceñida la dignidad real a la sangre castiza e hidalga de los godos. El clero, ungidor del príncipe legítimo, encargaba siempre y practicaba a veces el rendimiento del homenaje, asestando las censuras espirituales sobre las cabezas de los súbditos impíos que contrarrestasen su autoridad, conspirasen contra su vida, o mancillasen con enlace indecoroso el recato aun de su viuda. Mas el monarca mismo, al subir al trono, tenía que juramentarse con Dios y el pueblo para desempeñar fielmente su importantísimo encargo; una aristocracia poderosa escudriñaba los yerros efectivos o soñados de su régimen, y los obispos y palaciegos vivían escudados con el fuero fundamental de no poderlos apear, encarcelar, martirizar ni castigar con muerte, destierro o confiscación, sino por juicio libre y en público de sus iguales.[2094]

Uno de estos concilios legislativos de Toledo tomó a su cargo el escrutinio y revalidación del código de leyes recopiladas en la sucesión de reyes godos desde el feroz Eurico hasta el devoto Égica. Mientras los visigodos mismos se dieron por satisfechos con las costumbres toscas de sus antepasados, franquearon a los súbditos de Aquitania y de España el goce de sus leyes romanas; mas con sus adelantos sucesivos en artes, en política, y después en religión, se engrieron imitando u orillando aquellos institutos ajenos, y vinieron a componer un código de jurisprudencia civil y criminal para el uso de un pueblo grandioso y unido. Comunicáronse aquellas obligaciones y prerrogativas a las naciones de una monarquía española, y los

conquistadores olvidando insensiblemente el idioma teutónico, se allanaron a los miramientos de la justicia y elevaron a los romanos a la participación de su independencia. La situación de España bajo el reinado de los visigodos realzó el mérito de política tan imparcial. Vivían aquellas provincias tenazmente separadas de sus dueños arrianos, por la diferencia irreconciliable de su religión. Allanadas con la conversión de Recaredo las aprensiones de los católicos, seguían las costas, así del océano como del Mediterráneo, bajo el mando de los emperadores, que andaban reservadamente estimulando al pueblo ya descontento para que desechase el yugo de los bárbaros y se engriese con el nombre y señorío de ciudadano de Roma. Afiánzase la subordinación de los súbditos dudosos en persuadiéndoles que van a aventurar más en una sublevación que cuanto pueden esperanzar con una revolución; mas se hace tan obvio el atropellar al odiado y temido, que el sistema opuesto merece el concepto de cuerdo y moderado.[2095]

Mientras los reinos de los francos y de los visigodos se iban planteando en Galia y España, redondearon los sajones la conquista de Britania, la tercera gran diócesis de la prefectura de Occidente. Separada ya Britania del Imperio Romano, pudiera callar una historia familiar para los más legos y enmarañada para los más eruditos de mis lectores. Los sajones, descollantes en el manejo del remo y del hacha, desconocían el arte de perpetuar la nombradía de sus proezas; las provincias reengolfadas en la barbarie, se desentendieron de describir la ruina de su interior, y casi yacía soterrada la tradición escasa, cuando los misioneros de Roma restablecieron la luz de la ciencia y del cristianismo. Las declamaciones de Gildas, los fragmentos o fábulas de Nenio, los apuntes oscuros de las leyes y crónicas de los sajones, y las consejas eclesiásticas del venerable Beda[2096] se han ido

esclareciendo con las tareas, y a veces hermoseando con la fantasía, de repetidos escritores, cuyas obras no es mi intento criticar ni trasladar.[2097] Mas cabe en el historiador del Imperio detenerse a proseguir las revoluciones de una provincia romana hasta que llegue a desaparecer, y es propio de un inglés el delinear esmeradamente el establecimiento de los bárbaros a quienes debe nombre, leyes y tal vez ascendencia.

Desplomado el gobierno romano, a los cuarenta años (449 d. C.), parece que Vortigerno ejerció el mando supremo y malseguro de los príncipes y ciudades de Britania. Censuran generalmente al monarca desventurado por su política apocada y azarosa de apelar a un extranjero formidable para rechazar las correrías atropelladoras de un enemigo doméstico.[2098] Los historiadores más graves envían sus embajadores a la costa de Germania, arengan afectuosamente a la junta general de los sajones, y aquellos bárbaros belicosos acuerdan auxiliar con escuadra y ejército a los suplicantes de una isla lejana y desconocida. Si los sajones desconocieran positivamente a Britania, no le sobrevinieran tantos fracasos, mas no siempre podía el gobierno romano disponer de fuerzas para abrigar sus provincias marítimas contra los piratas de Germania; los estados independientes y desavenidos quedaban expuestos a sus salteamientos; y allá se hermanarían tácitamente sajones, escotos y pictos para el robo y la asolación. Tan sólo cabía a Vortigerno el contrapesar los varios peligros que asaltaban por donde quiera su solio y su pueblo, y su política es acreedora a elogio o disculpa, si antepuso la alianza de *aquellos* bárbaros cuya potestad naval los constituía los enemigos más expuestos, o los aliados más provechosos. Al ir bojando la costa de levante con tres bajeles, Hengisto y Horsa se asalariaron con cuantioso estipendio para el resguardo de Britania, y su denuedo despejó

en breve el país de los salteadores caledonios. Destinose la isla de Tanet, distrito seguro y pingüe, para la residencia de los auxiliares germanos, abasteciéndolos, en virtud del tratado, colmadamente de ropa y comestibles. El agasajo alentó hasta a cinco mil guerreros para embarcarse con sus familias en diecisiete buques, y el poderío en embrión de Hengisto se robusteció con este refuerzo cuantioso y oportuno. Apuntó el astuto bárbaro a Vortigerno la ocurrencia ventajosa de plantear al confín de los pictos una colonia de aliados leales: acudió tercera escuadra de cuarenta bajeles de Germania, asolando las Orcadas, y desembarcando un nuevo ejército por las costas de Northumberland o Lothian, al extremo opuesto de la tierra apetecida. Obvio era el antever, pero imposible el evitar los desastres inminentes. Desaviniéronse enconadamente las dos naciones; pues abultaban los sajones sus servicios y padecimientos a favor de un pueblo ingrato; al paso que los bretones se dolían del galardón grandioso, incapaz de saciar la codicia de aquellos mercenarios altaneros. Enconáronse recelos y odios implacablemente, empuñaron sus armas los sajones, y si cometieron una matanza alevosa en medio de un banquete, anonadaron la confianza recíproca que sostiene toda comunicación en paz y en guerra.[2099]

Aspira denodadamente Hengisto a la conquista de Britania, exhorta a sus compatricios a que aprovechen el precioso trance; retrata al vivo la fertilidad del suelo, la riqueza de las poblaciones, la flaqueza de los naturales y la situación aventajada de una isla solitaria y anchurosa, accesible por donde quiera a las armadas sajonas (455-582 d. C.). Las colonias sucesivas que fueron desembocando del Elba, del Weser y del Rin, solían componerse de tres naciones o tribus valerosas de Germania, los «jutas», los antiguos «sajones» y los «anglos». Los primeros, que

peleaban bajo las banderas mismas de Hengisto, blasonaban de guías de sus paisanos en el sendero de la gloria, y de fundadores en Kent del primer reino independiente. Atribuyó la fama tamaña empresa a los sajones primitivos, y leyes e idioma de los conquistadores abarcan a todo un pueblo que a los cuatro siglos produjo como nación los primeros monarcas de la Britania meridional. Descollaban los anglos por su número y sus proezas, y lograron el timbre de apellidar para siempre el país que ocupaban por la mayor parte. Los bárbaros que al cebo de la presa los iban siguiendo por mar y por tierra se fueron barajando con la triple hermandad; los frisones, con su vecindad a las costas de Britania, acudieron y contrapesaron por corto tiempo el poderío y el concepto de los sajones; apenas se apuntan los «daneses», «prusianos» y «rujianos», y algunos aventureros de los «hunos» que habían asomado por el Báltico pudieron embarcase en los bajeles germanos para la conquista de un nuevo mundo.[2100] Mas no se dispuso ni se llevó adelante tal arrojo por la concordia de un poderío nacional; pues cada denodado caudillo, según los alcances de su nombradía y de sus triunfos, juntaba sus secuaces, habilitaba una escuadra de tres o bien de sesenta naves, escogía el paraje de su embestida, y tomaba luego el rumbo conducente para la guerra en general y para sus intereses particulares. Fracasaron y vencieron varios campeones en la guerra de Britania; mas sólo siete caudillos se apropiaron o mantuvieron el dictado de reyes. Plantearon los conquistadores siete solios independientes, o la heptarquía sajona, y siete familias, una de las cuales ha ido siguiendo por línea femenina hasta el actual soberano, descendía con toda su alcurnia sagrada de Woden, el dios de la guerra. Se ha querido afirmar que esta república de reyes se moderaba por un congreso general y un magistrado supremo; mas tanta máquina política

no se aviene con el destemple de los sajones toscos y desmandados: enmudecen sus leyes, y sus escasos anales tan sólo ofrecen una perspectiva lóbrega y sangrienta de discordias intestinas.[2101]

Un monje, absolutamente ajeno de los negocios, se entrometió a historiador del estado de Britania en el trance de su separación del Imperio occidental. Se explaya Gildas[2102] retóricamente en los adelantos de la agricultura, el raudal del comercio extranjero que cada oleada iba introduciendo por el Támesis y el Saverna, las altas y sólidas construcciones de edificios públicos y particulares; censura el lujo criminal del pueblo bretón; de un pueblo, según el mismo escritor, ajeno de las artes mas ínfimas, e inhábil para surtirse, sin acudir a los romanos, de armas de hierro y de resguardos de piedra, para defender su misma patria.[2103] Ya Britania, bajo el dilatado mando de los emperadores, se había ido amoldando a la forma servil y culta de una provincia romana, cuya seguridad estribaba en una potestad forastera. Los súbditos de Honorio, atónitos y asustados, se apersonaron con la nueva libertad; quedaban destituidos de toda constitución civil y militar, y sus mandarines variables carecían de habilidad y de tesón, o bien de autoridad para acaudillar las fuerzas públicas contra el enemigo común. Puso la llegada de los sajones de manifiesto su flaqueza interior, y degradó la índole del príncipe y del pueblo. Abultó su pavor el peligro; su desavenencia apocó sus recursos, y el desvarío de las facciones se esmeró más en tildar los quebrantos que en remediarlos, achacándolos al desgobierno de sus contrarios. Sin embargo los bretones no podían menos de entender la fábrica y uso de las armas; las embestidas intermediadas y revueltas de los sajones les franqueaban espacio para rehacerse, y los acontecimientos prósperos o adversos de la guerra robustecían

su valor nativo con disciplina y experiencia.

Allanado el continente de Europa y de África por los bárbaros sin resistencia, forcejeó sola y desamparada la isla de Britania con dilatado, aunque infructuoso tesón contra los piratas formidables que casi a un mismo tiempo asaltaron las costas del Norte, del Oriente y del Mediodía. Los pueblos murados con arte se defendieron sin quebranto; utilizaban los naturales toda ventaja de terreno, cerro, selva o pantano; de distrito en distrito compraba la sangre su conquista, y el silencio estudiado del analista atestigua las derrotas de los sajones. Esperanzaba Hengisto redondear la conquista de Britania; mas su ambición, en un reinado eficaz de treinta y cinco años, quedó ceñida a los ámbitos de Kent, y la colonia crecida que plantó en el norte feneció a manos de los bretones. Tres generaciones belicosas tuvieron que forcejear para fundar la monarquía de los sajones occidentales. La vida de Cerdic, uno de los prohombres de la prole de Woden, se vinculó en la conquista de la provincia de Hamp y de la isla de Wight, y su quebranto en la batalla del monte Badon lo redujo a sosiego desairado. Adelantose su hijo valeroso a la provincia de Wilt; sitió a Salisbury, entonces situada sobre un otero, y venció una hueste que acudía al socorro de la ciudad. En la batalla inmediata de Marlborough[2104] ostentaron sus enemigos bretones gran pericia militar, pues formaron sus tropas en tres líneas, cada una de ellas compuesta de tres cuerpos diversos, y la caballería, ballesteros y lanceros repartidos según la táctica romana. Embistieron los sajones en columna cerrada, se abalanzaron denodadamente con sus dagas a las picas largas de los bretones, y sostuvieron una pelea igual hasta el anochecer. Dos victorias decisivas, la muerte de tres reyes bretones y la toma de Cirencester, Bath y Glocester, arraigaron la nombradía y poderío de Ceaulin, nieto

de Cerdic, que internó sus armas victoriosas hasta las orillas del Saverna.

Tras una guerra de cien años, los bretones independientes seguían poseyendo todo el ámbito de la costa occidental desde el valladar de Antonino hasta el último promontorio de Cornualles; y las ciudades principales del interior estaban resistiéndose todavía a los bárbaros. Amainó la resistencia al paso que el asalto recrecía en pujanza y denuedo. Forcejeando y abriendo rumbo, sajones, anglos y confederados iban siempre avanzando por el Norte, el Oriente y el Mediodía, hasta enlazar sus pendones victoriosos en el centro de la isla. Descollaban todavía con su libertad nacional los bretones tras el Saverna, sobreviviendo así a la heptarquía y aun a la monarquía de los sajones. Los valientes, más bien hallados con el destierro que con la esclavitud, hallaron resguardo en las serranías de Gales; siglos mediaron antes que se avasallase a duras penas el Cornualles,[2105] y un tercio de fugitivos se granjeó establecimiento en la Galia, así por su arrojo como por el agasajo de los reyes merovingios.[2106]

El ángulo occidental de la Armórica se apellidó nuevo Cornualles y Britania menor, y las tierras vacantes de los osismos se ocuparon por un pueblo extraño, que, bajo la autoridad de sus condes y obispos, conservó las leyes y el idioma de sus antepasados. Los bretones de Armórica rehusaron la sujeción del tributo acostumbrado a los débiles descendientes de Clodoveo y Carlomagno; sojuzgaron las diócesis cercanas de Vanes, Renes y Nantes, y formaron un estado poderoso, aunque avasallado y luego unido a la corona de Francia.[2107]

En un siglo entero de guerra perpetua, a lo menos implacable, sobresaldrían los bretones con su tesón y aun con su inteligencia, y aunque la reñida defensa y hasta la memoria de

sus campeones descollantes yacen al par en el olvido, no debe pesarnos, puesto que toda época, por más que escasee en virtud y ciencia, abunda de sobras en hechos de sangre y de nombradía militar. Alzose el túmulo de Vortimero, hijo de Vortigerno, en la playa del mar, como padrón formidable para los sajones, a quienes por tres veces había vencido en los campos de Kent. Descendía Ambrosio Aureliano de una familia esclarecida de romanos;[2108] corrían parejos su modestia con su valor, y éste fue siempre triunfador hasta la postrera y aciaga refriega.[2109] Mas todo apellido bretón se nubla con el nombre esclarecido de Arturo,[2110] príncipe hereditario de los siluros, en el Gales meridional, y rey electivo, o bien general de la nación. Según la relación más atinada, derrotó en doce batallas sucesivas a los anglos del norte y a los sajones de poniente; mas ingratitudes populares y desventuras domésticas acibararon los postreros años del héroe. Menos interesantes aparecen los acontecimientos de su vida que las extrañas vicisitudes de su nombradía. Por espacio de cinco siglos los copleros arrinconados de Gales y de Armórica, odiosos a los sajones, y desconocidos de otras gentes, conservaron y engalanaron la tradición de sus hazañas. El orgullo y la curiosidad de los conquistadores normandos los estimularon a estudiar la historia antigua de los bretones: escucharon crédula y desaladamente el cuento de Arturo, y aclamaron ufanos los blasones de un príncipe avasallador de los sajones, sus enemigos comunes. Su novela, traducida al latín de Jeffrey de Monmouth, y luego al lenguaje de moda de aquella época, se fue realzando con las galas variadas, aunque inconexas, que privaban en la experiencia, el saber y la fantasía del siglo duodécimo. El vuelo de una colonia frigia desde el Tíber hasta el Támesis se entroncó fácilmente con la fábula de la Eneida; y los antepasados regios de Arturo descendían de Troya y se

emparentaban con los Césares. Provincias cautivas condecoraban sus trofeos y dictados imperiales, desagraviando a la patria con sus victorias dinamarquesas. La gallardía y superstición de nuestro héroe, sus funciones y torneos, y el instituto memorable de sus Caballeros de la Mesa Redonda, eran un trasunto puntual de las costumbres caballerescas reinantes; y las proezas fabulosas del hijo de Utero aparecen menos increíbles que las aventuras acabadas por el denuedo de los normandos. Las romerías y las guerras santas dilataron por Europa los portentos vistosos de la magia árabe. Hadas, gigantes, dragones alados y encantados alcázares se barajaron con las ficciones más sencillas de Occidente; y la suerte de Britania estaba colgada de las travesuras y anuncios de Merlín. Todas las naciones prohijaron y enriquecieron la novela popular de Arturo y de los Caballeros de la Mesa Redonda: vitoreábanse sus nombres en Grecia y en Italia, y los abultados cuentos de Lancelot y de Tristán embargaban el estudio de príncipes y nobles, desatendiendo a los historiadores y héroes castizos de la Antigüedad. Rayaron por fin de nuevo la ciencia y la racionalidad, aventose el ensalmo; desvaneciose la soñada máquina, y por una reacción natural, aunque injusta, de la opinión general, el despego de la edad presente propende a dudar de la existencia de Arturo.[2111]

Cuando la resistencia no precave los quebrantos de la conquista, los encrudece; y no cabe conquista más terrible y asoladora que la ejecutada por los sajones, pues odiaban el tesón de sus enemigos, escarnecían la fe de los tratados y atropellaban sin reparo los objetos más sagrados del culto cristiano. Osarios eran por mil distritos los padrones de sus batallas; sangrientos aparecían los escombros de antiguas torres; degollado quedó hasta el último habitante sin distinción de edad ni sexo[2112] en

las cenizas de Andérida;[2113] y en la heptarquía sajona se redoblaron sin cesar tantísimas desdichas. Fenecieron a manos de unos sucesores irracionales las artes y la religión, las leyes y el idioma planteados por los romanos en Britania. Arrasadas las iglesias principales, los obispos, ajenos de la corona del martirio, se guarecieron, con sus reliquias sagradas, en Gales o en Armórica; la grey tan menoscabada quedó destituida de todo pasto espiritual, desapareció la práctica y aun el recuerdo del cristianismo, y consolóse un tanto el clero bretón condenando a los idólatras extranjeros. Conservaron las leyes de Francia sus privilegios a todo súbdito romano: pero los bravíos sajones hollaron las leyes de Roma y de los emperadores. Procedimientos civiles y criminales, dictados honoríficos, formalidades de empleos, jerarquías sociales, y aun los derechos domésticos de matrimonio, testamento y herencia, todo quedó anulado; pues la caterva revuelta de esclavos nobles y plebeyos se manejaba por la costumbre inveterada establecida por los pastores y piratas de Germania. Se soterró en el exterminio general hasta el habla de las ciencias, de los negocios y de la conversación introducida por los romanos. Pudieron los germanos prohijar tal cual voz latina o céltica para expresar sus urgencias o conceptos nuevos;[2114] mas aquellos paganos idiotas siguieron usando y planteando su dialecto nacional.[2115] Casi todos los nombres reparables en la Iglesia o en el Estado ahora mismo suenan a teutónico,[2116] y la geografía de Inglaterra se apellidó y estampó generalmente con denominaciones extrañas. Apenas cabe otro ejemplar de ruina tan ejecutiva y extremada; pero se puede maliciar que se hallaban menos arraigadas en Britania las artes de Roma que en España y en la Galia, y que la cerrilidad natural del país y de sus moradores estaba sólo levemente charolada con la finura italiana.

Con variación tan extremada, muchos han venido a figurarse, prescindiendo de historia y de filosofía, que las provincias de Britania habían fenecido por entero, y que la tierra yerma se había ido repoblando a raudales con incesantes colonias germanas. Dícese que hasta trescientos mil sajones acudieron al llamamiento de Hengisto;[2117] la emigración cabal de los anglos consta por la soledad de su antigua patria en tiempo de Beda;[2118] y la experiencia nos dice la suma propagación de la especie humana en una maleza fecunda y anchurosa donde rebosaba el mantenimiento. Los reinos sajones presentaban el aspecto de un descubrimiento y cultivo nuevo: cortas poblaciones, aldeas remotas, labranza torpe y desmayada: un acre de tierra (4046 m^2) equivalía, aun siendo aventajada, a cuatro ovejas;[2119] dilatados espacios de selvas y pantanos quedaban a discreción de la naturaleza; y el obispado moderno de Durham, con todo su territorio desde el Tyne hasta el Tees, había regresado a su primitivo estado de bosque montaraz y solitario.[2120] Tantísima despoblación pudo en algunas generaciones suplirse con las colonias inglesas; mas ni el discurso ni los hechos abonan el puesto soñado de que los sajones de Britania permanecieron a solas en el desierto que habían sojuzgado. Afianzado el dominio y saciada la venganza, interesaba a los bárbaros conservar los campesinos, al par de los ganados, en un país ya rendido. A cada revolución nueva, el sufrido rebaño pertenece al dueño extraño, y el contrato ganancioso del alimento por el trabajo se revalida calladamente con las necesidades mutuas. Wilfrido, el apóstol de Sussex,[2121] aceptó de su convertido regio la donación de la península de Selsey, cerca de Chichester, con las personas y haberes de sus moradores, que ascendían a la sazón a ochenta y siete familias. Redimiolas a un tiempo de servidumbre temporal y espiritual, y

el bondadoso dueño bautizó hasta doscientos cincuenta esclavos de ambos sexos. El reino de Sussex, que se extendía desde la marina hasta el Támesis, contenía siete mil familias; mil doscientas avecindadas en la isla de Wight, y si vamos multiplicando este cómputo mal deslindado, resulta probable que los cultivadores de Inglaterra serían un millón de sirvientes o *villanos*, anejos a los estados de sus dueños absolutos. Solían los bárbaros menesterosos llegar a vender sus hijos, y aun a sí mismos para esclavos perpetuos, hasta en país extranjero[2122] pero las excepciones terminantes que se otorgaban a los esclavos *nacionales*[2123] manifestaban que eran muchos menos que los extraños, quienes se hallaban cautivos por las vicisitudes de la guerra. Cuando el tiempo y la religión hubieron mitigado el desaforamiento de los anglosajones, fomentaron las leyes la práctica ya frecuente de la manumisión, y sus vasallos de ralea welcha o cambriana se colocaron en la clase honrada de libertos inferiores y hacendados, ejerciendo los derechos de la sociedad civil.[2124] Esta denominación apacible afianzaría el homenaje de un pueblo indómito, recién rendido por el confín de Gales y de Cornualles. El sabio Ina, legislador de Wessex, hermanó ambas naciones con el vínculo del parentesco, y cuatro señores bretones de la provincia de Somerset asoman honoríficamente en la corte de un monarca sajón.[2125]

Parece que los bretones independientes volvieron a encenagarse en la barbarie primitiva, de la que imperfectamente se les había libertado. Arrinconados por sus enemigos lejos del trato humano, pararon luego en objetos de escándalo y aborrecimiento para el orbe católico.[2126] Profesábase todavía el cristianismo en las serranías de Gales; pero los toscos cismáticos, sobre la *forma* de la tonsura clerical, y en cuanto al día de la celebración de la Pascua, rechazaron porfiadamente los

mandatos terminantes del pontífice romano. El latín se fue desusando, y los bretones quedaron defraudados de las artes y literatura que Italia siguió comunicando a sus prosélitos sajones. En Gales y la Armórica se conservó y cundió la lengua celta, que era el idioma nativo de Occidente; y los «bardos», que eran los compañeros de los druidas, estaban todavía escudados en el siglo diez y seis por las leyes de Isabel. Su caudillo, empleado respetable en las cortes de Penguerna, o Aberfrau o Caermathaen, acompañaba a los sirvientes del rey a la guerra: la monarquía de los bretones, que entonaba al frente de la batalla, estimulaba el denuedo y sinceraba sus salteamientos, pidiendo el cantarín por galardón debido la ternera más lozana de los despojos. Sus ministros subalternos, maestros y discípulos de la música instrumental y vocal, iban visitando en sus respectivas rondas las casas reales, nobles y plebeyas; y la escasez pública, ya casi exhausta por el clero, se postraba con las demandas de los bardos. Se deslindaba su mérito en certámenes solemnes; y la aprensión vehemente de inspiraciones sobrenaturales encumbraba la fantasía del poeta y aun del auditorio.[2127] Los ámbitos postreros de la libertad celta, los territorios arrinconados de la Galia y Britania, eran más bien praderas que campiñas de labranza, y la riqueza de los bretones se cifraba toda en sus rebaños; alimentábanse de leche y carne, y solía el pan apetecerse o desecharse como lujo extranjero. Pobló la libertad los riscos de Gales y los pantanos de Armórica: mas la maldad achacó su gentío a la práctica desenfrenada de la poligamia, suponiendo que las de aquellos bárbaros licenciosos contenían hasta diez mujeres, y quizás cincuenta niños.[2128] Eran de temple arrebatado y temerario, tanto en sus obras como en su habla; [2129] y careciendo de las artes pacíficas, andaban de continuo guerreando en casa y fuera. La caballería de Armórica, los

lanceros de Gwent y los ballesteros de Merioneth eran igualmente formidables; mas su pobreza no alcanzaba a proporcionarse broqueles ni celadas, y aun aquel peso impropio entorpeciera su ímpetu y agilidad en las correrías. Uno de los mayores monarcas ingleses tuvo el encargo de un emperador griego para que se sirviese manifestarle amistosamente el estado de Britania; y pudo Henrique II asegurarle, por su propia experiencia, que habitaba en Gales una ralea de guerreros desnudos, que arrostraban sin zozobra todo el armamento enemigo.[2130]

Con la revolución de Britania se estrecharon los límites de la ciencia y del Imperio. La cerrazón, clareada un tanto con los descubrimientos fenicios, y despejada luego con las armas de César, encapotó de nuevo las playas del Atlántico, y una provincia romana quedó otra vez perdida entre las islas fabulosas del océano. Siglo y medio después del reinado de Honorio, el historiador más formal de aquel tiempo[2131] describe las maravillas de una isla lejana, cuyas partes oriental y occidental están separadas por un vallado antiguo, término de la vida y de la muerte, o más bien de la verdad y de la ficción. Es el Oriente país amenísimo, habitado por gente civilizada; sano el ambiente, las aguas cristalinas y abundantes, y la campiña rinde puntualmente sus esquilmos. En la parte opuesta, el aire es pestífero y mortal; el terreno cuajado de serpientes; mansión solitaria y horrorosa de los espíritus, traspuestos de las playas contrarias en barquillos sólidos por sus remeros vivos. Hay familias de pescadores, súbditos de los francos, descargados de toda pecha por la pensión misteriosa de estos Carontes del océano. Viene a cada cual su vez de acudir a deshora de la noche para oír la voz y el nombre del duende: percíbese su peso, y aun su empuje desconocido e irresistible. Tras el sueño de la fantasía,

leemos con asombro que el nombre de aquella isla es Britia; que yace en el océano frente al desembocadero del Rin, a menos de diez leguas del continente; poséenla tres naciones, frisios, anglos y bretones, y que asomaron algunos anglos en Constantinopla con la comitiva de los embajadores franceses. Pudo Procopio enterarse de los embajadores acerca de una aventura singular, mas no desatinada, que retrata el brío más bien que la delicadeza de una heroína inglesa. Estaba apalabrada con Radigero, rey de los varnos, tribu de los germanos, junto al océano y el Rin; pero su novio alevoso vino a posponerla por la viuda de su padre, hermana de Teodeberto, rey de los francos.[2132] Desagraviose la princesa, ajena de todo lamento; dícese que sus belicosos súbditos ni por asomo tenían noticia de un caballo; pero la desamparada navegó de Britania hasta la boca del Rin con una escuadra de cuatrocientas naves y un ejército de cien mil hombres. El cautivo Radigero, tras la pérdida de una batalla, imploró la piedad de su novia victoriosa, quien lo indultó gallardamente, despidió al competidor y precisó al rey de los varnos a cumplir pundonorosamente con el cargo de marido.[2133] Esta hazaña bizarra fue al parecer la última empresa naval de los anglosajones. El arte de la navegación, con el cual se habían granjeado el Imperio de Britania y de los mares, quedó desatendido luego por los bárbaros estragados, que se desentendieron apoltronadamente de cuantas ventajas comerciales cuadraban con su situación isleña. Discordias y vicisitudes incesantes acosaron más y más a los siete reinos independientes, y el *mundo bretón* por maravilla se enlazaba, ni en paz ni en guerra, con las naciones del continente.[2134]

Historié ya trabajosa y cumplidamente la decadencia y ruina del Imperio Romano, desde la época venturosa de Trajano y los Antoninos hasta su exterminio en el Occidente, a los quinientos

años de la era cristiana. En aquel aciago plazo, batallaban ferozmente los sajones con los naturales por la posesión de Britania; estaban divididas la Galia y España por las monarquías poderosas de francos y visigodos, con los reinos dependientes de los suevos y borgoñones; se hallaba el África perseguida atrozmente por los vándalos y atropellada por los moros bravíos; un ejército de bárbaros asalariados estaba asolando a Roma e Italia hasta las márgenes del Danubio, hasta que su desenfreno tiránico paró en el reinado del ostrogodo Teodorico. Todos los súbditos del Imperio que con el uso de la lengua latina merecían con especialidad el nombre y privilegios de romanos estaban oprimidos por el baldón y las desventuras de la conquista extraña; y las naciones victoriosas de Germania plantearon un sistema nuevo de costumbres y gobierno en la parte occidental de Europa. Asomaba escasamente la majestad de Roma en los príncipes de Constantinopla, apocados y supuestos sucesores de Augusto. Seguían éstos sin embargo reinando en el Oriente desde el Danubio hasta el Nilo y el Tigris; derribaron las armas de Justiniano los reinos de godos y vándalos de Italia y África, y la historia de los emperadores griegos puede todavía proporcionar una larga serie de lecciones instructivas y revoluciones interesantes.

OBSERVACIONES GENERALES SOBRE LA RUINA DEL IMPERIO ROMANO EN EL OCCIDENTE

Los griegos, reducida ya su patria al ámbito de una provincia, imputaron los triunfos de Roma, no a los merecimientos, sino a la fortuna de la República. La diosa voluble que tan a ciegas otorga y retira sus favores se avenía *ahora* (tal era el lenguaje de la lisonja envidiosa) a plegar sus alas, descender de su mundo y establecer su trono macizo e inmutable en la margen del Tíber.[2135] Otro griego más atinado, que compuso con espíritu filosófico la historia memorable de su propio tiempo, defraudó a sus paisanos de aquel consuelo vano y engañoso, describiendo a sus ojos los hondos fundamentos de la grandeza romana.[2136] Robustecían la hermandad con los ciudadanos y el Estado los ejercicios de su crianza y las preocupaciones de su religión. Honor y virtud eran los móviles de la República; sus individuos ambiciosos se afanaban por granjearse el timbre solemne de un triunfo; y enardecíase más y más el ansia de la juventud con emulación intensa al presenciar la gloria de los antepasados en sus efigies.[2137] Los conatos templados de patricios y plebeyos habían venido por fin a equilibrar la constitución, que hermanaba el desahogo de las juntas populares con la autoridad y sabiduría de un Senado y la potestad ejecutiva de un magistrado regio. En cuanto el cónsul agitaba el estandarte de la

República, allá se abalanzaba todo ciudadano a juramentarse para blandir su espada por la patria hasta desempeñar su obligación sagrada con el servicio militar de diez años. Este acertado instituto derramaba a raudales sobre las campiñas generaciones descollantes de campeones libres. Robustecíase tanta pujanza con los estados populosos y batalladores de Italia, que tras porfiada resistencia se habían postrado ante el denuedo romano y agasajado su alianza. El historiador cuerdo, que estimuló la gallardía de Escipión el Menor y presenció el exterminio de Cartago,[2138] se esmeró en describir su sistema militar, sus quintas, armas, ejercicios, subordinación, marchas, campamentos, y aquella legión invicta, superior en pujanza a la falange macedónica de Filipo y de Alejandro. De tales cimientos para la paz y la guerra, infiere Polibio la bizarría y los aciertos de un pueblo incapaz de temor y mal hallado con el sosiego. El intento ambicioso de conquistar, que podía anonadarse con el oportuno convenio de las demás gentes, se emprendió y se consumó; y las tropelías incesantes quedaron siempre sostenidas por las virtudes políticas del tesón y cordura. Las armas de la República, vencidas a veces en batalla, mas siempre vencedoras en la guerra se arrojaron hasta el Éufrates, el Danubio, el Rin y el océano, y las efigies de oro, plata o bronce que solían servir para representar reyes y naciones iban quedando devoradas por la monarquía romana de *hierro*.[2139]

Acreedor es el encumbramiento de una ciudad a Imperio, como portento singular, a las meditaciones de un entendimiento filosófico; mas la decadencia de Roma era natural e inevitablemente el paradero de tan descompasada grandeza. La prosperidad trajo la decadencia, redoblábanse sus quebrantos con la extensión de las conquistas, y apenas el tiempo y los acasos dieron al través con sus arrimos artificiales, la mole

asombrosa se desplomó a su propio empuje. Sencilla y obvia es la relación de su ruina; y en vez de inquirir por qué se estrelló el Imperio Romano, debiéramos antes pasmarnos de su dilatada duración. Las legiones victoriosas, que en las guerras lejanas se contagiaron con los achaques de todo extranjero y asalariado, desde luego avasallaron a la República y mancillaron la majestad de la púrpura. Ansiosos los emperadores por su resguardo y la paz del Estado, se envilecieron con la ruindad de estragar la disciplina, haciendo la tropa igualmente formidable al soberano que al enemigo; quebrantose la pujanza de aquel gobierno militar, y finalmente se, anonadó con la instituciones de Constantino; y diluviando luego los bárbaros anegaron el orbe romano.

Se suele atribuir la decadencia de Roma a la traslación del solio del Imperio; mas la presente historia ha manifestado que la potestad del gobierno quedó *dividida* más bien que *trasladada*. Alzose el trono de Constantinopla en el Oriente, mientras siguieron reinando en el Occidente varios emperadores residentes en Italia que alegaban igualdad de herencia en legiones y provincias. Esta novedad azarosa quebrantó la pujanza y fomentó los vicios de una soberanía noble: redobláronse los instrumentos de arbitrariedad y tropelías, y una competencia desatinada de boato, no de rivalidades, descolló y cundió entre los sucesores bastardos de Teodosio. Los quebrantos sumos que hermanan las prendas de un pueblo libre acibaran las facciones de una monarquía menoscabada. Enemistados los validos de Arcadio y Honorio, vendieron la República a los extranjeros, y la corte bizantina estuvo mirando con despego, quizás con deleite, el desdoro de Roma, la desventura de Italia y la pérdida del Occidente. Restableciose la hermandad entre ambos imperios en los reinados posteriores;

mas el auxilio de los romanos orientales fue tardío, insubsistente y al fin malogrado; y el cisma nacional de griegos y latinos fue siempre a más con la diferencia incesante de idioma, costumbres, intereses y religión. Mas el resultado ventajoso vino a realizar la disposición atinada de Constantino, pues en tan dilatado plazo de suma decadencia, su ciudad inexpugnable rechazó las huestes victoriosas de los bárbaros, resguardó las riquezas del Asia, y dominó en paz y en guerra los estrechos importantes que enlazan el mar Euxino con el Mediterráneo; y así la fundación de Constantinopla contribuyó mucho más para la conservación del Oriente que para la ruina del Occidente.

Como la bienaventuranza *venidera* es el objeto grandioso de la religión, bien podremos oír sin extrañeza ni escándalo que el predominio, o a lo menos el abuso del Cristianismo tuvo su influjo en la decadencia y ruina del Imperio Romano. Anduvo el clero predicando con éxito la doctrina de la paciencia y de la pusilanimidad; desmerecieron las prendas gallardas de la sociedad, y los restos postreros de la bizarría militar se empozaron en el claustro; consagrose parte crecida de la riqueza pública y particular a las peticiones bienquistas de la caridad y la devoción, y la paga del soldado se vinculó en la muchedumbre inservible de ambos sexos, en galardón de la abstinencia y la castidad, sus únicos realces. La fe, el celo, el fervor y las pasiones más terrenas de la ambición y la malignidad, encendieron la llama de la discordia teológica; bandos religiosos trastornaron la Iglesia y el Estado, con reyertas, a veces sangrientas, y siempre implacables; desviaron los emperadores su ahínco de los campamentos para encaminarlo a los sínodos; tiranía nueva acosó el orbe romano, y las sectas perseguidas pararon en enemigas de su patria. La discordia sin embargo, aunque perniciosa y disparatada, viene a redundar parcialmente en

hermandad. Clamaban los obispos en dos mil púlpitos por la obediencia pasiva al soberano legítimo y ortodoxo; sus juntas frecuentes y correspondencia incesante sostenían la asociación de las iglesias lejanas, y el temple benévolo del Evangelio se robustecía, aunque se limitaba, con la hermandad espiritual de los católicos. Un siglo servil y afeminado se enamoró devotamente de la poltronería sagrada de los monjes; mas aun cuando la superstición no franqueara aquel retiro decoroso, los mismos vicios indujeran a los bastardos romanos a desamparar, por motivos aún más ruines, los pendones de la República. Obvia es la obediencia a preceptos religiosos, cuando halagan y santifican la propensión de los devotos; mas el influjo puro y genuino del cristianismo campea en sus efectos benéficos, aunque imperfectos, en los convertidos bárbaros del Norte. Si la conversión de Constantino atropelló la decadencia de su Imperio, la religión victoriosa quebrantó la violencia de su ruina, y fue suavizando el destemple feroz de los conquistadores.

Aquella revolución extraordinaria tiene su cabida provechosa en la instrucción del siglo presente. Todo patriota tiene que anteponer y ensalzar exclusivamente los intereses y la gloria de su patria; mas corresponde a un filósofo el ensanchar sus miras y conceptuar la Europa a fuer de una gran república, cuyos varios moradores han venido a encumbrarse al mismo nivel de instrucción y de cultura. Seguirá el equilibrio del poder con sus vicisitudes, y alternativamente sobrepujará la prosperidad en nuestro reino o en alguno de los inmediatos; mas tales acontecimientos parciales no alcanzarán a dañar esencialmente al estado general de bien andanza, al sistema de artes, leyes y costumbres con que tanto descuellan en el orbe los europeos y sus colonias. Las naciones montaraces del globo son enemigas comunes de la sociedad civil; y podemos inquirir ansiosamente

si está todavía amagando a Europa una repetición de aquellas desventuras que aniquilaron las armas e instituciones de Roma. Quizás las mismas reflexiones ilustrarán la ruina de aquel imperio poderoso, y explicarán las causas probables de nuestra seguridad presente.

Ignoraban los romanos lo sumo de su peligro, y el número de sus enemigos. Allende el Rin y el Danubio, hervía el norte de Europa y Asia con tribus innumerables de cazadores y vaqueros, pobrísimos, voraces y desaforados; denodados en la guerra y desalados tras los productos de la industria. Arremolinábase el orbe bárbaro con el ímpetu de la guerra, y allá las revueltas lejanas de la China estaban ya estremeciendo los ámbitos pacíficos de Italia y de la Galia. Ahuyentados los hunos por un enemigo victorioso, encaminaron su rumbo hacia el Occidente, y el raudal iba siempre creciendo con el refuerzo incesante de cautivos y aliados. Las tribus fugitivas, arrolladas por los hunos, se entonaron luego como conquistadoras; allá se agolpaba la columna interminable de bárbaros con redoblado empuje sobre el Imperio Romano, y aun cuando feneciesen los batidores, reemplazábanlos ejecutivamente los nuevos asaltadores. No arrojará ya el Norte emigraciones tan formidables, y este sosiego dilatado, que se atribuye a la despoblación, es el resultado venturoso de las artes y la agricultura. En vez de toscas aldeas, desparramadas allá por selvas y pantanos, sobresale ahora la Germania con dos mil trescientos pueblos murados; se han ido planteando los reinos cristianos de Dinamarca, Suecia y Polonia, y los mercaderes anseáticos y caballeros teutónicos han ido dilatando sus colonias por la costa del Báltico hasta el golfo de Finlandia; y desde allí hasta el océano oriental ostenta Rusia las muestras de un imperio poderoso y civilizado. Se avecindaron ya el arado, el telar y la fragua en las orillas del Volga, del Oby y

del Lena, y hasta las rancherías más salvajes de Tartaria han tenido que temblar y obedecer. Estrechísimamente reducido queda ahora el reino del barbarismo, y los residuos de calmucos y uzbecos, cuyas fuerzas casi pueden contarse, no alcanzan a causar género de zozobra a la gran república europea.[2140] Mas esta seguridad aparente no debe ocultarnos que pueden brotar nuevos enemigos con peligros desconocidos, por parte de algún pueblo arrinconado, apenas perceptible en el mapa del mundo. Los árabes y sarracenos, que fueron explayando sus conquistas desde la India hasta España, vivieron en el desamparo y menosprecio hasta que Mahoma alentó sobre aquellos cuerpos salvajes el alma del entusiasmo.

Estribaba muy firmemente el Imperio de Roma en la hermandad singular y cabal de sus individuos; las naciones súbditas, desahuciadas y aun desabridas de toda independencia, abrazaron el carácter de ciudadanos romanos; y así las provincias occidentales quedaron traspasadas de quebranto al verse desmembradas de su madre patria por los bárbaros.[2141] Mas costó aquella unión la libertad nacional y el denuedo militar, y las provincias rastreras y exánimes cifraban su salvamento en las tropas asalariadas y en los gobernadores que obraban a impulsos de una corte lejana. La felicidad de cien millones estaba pendiente del mérito personal de uno o dos hombres, quizás niños estragados con la educación, el lujo y el despotismo. Las grandes llagas encarnaron en lo íntimo del Imperio con las menorías de los hijos y nietos de Teodosio; y al asomar a la mocedad estos entes menguados, fueron entregando la Iglesia a los obispos, el Estado a los eunucos, y las provincias a los bárbaros. Divídese actualmente la Europa en doce reinos poderosos, aunque desiguales, tres repúblicas respetables, y varios estados menores, pero independientes: las suertes para el

desempeño ministerial y real son más crecidas, a lo menos con respecto a los gobernantes; y puede reinar un Juliano y una Semíramis en el Norte, mientras Arcadio y Honorio se adormecen de nuevo en los tronos del Mediodía. El influjo mutuo de zozobra y rubor enfrena los abusos tiránicos; descuellan el orden y la entereza en las repúblicas; ha trascendido a las monarquías el sesgo de la libertad, o a lo menos de la moderación, y con las costumbres dominantes de la época, el pundonor y la justicia asoman aun en las instituciones más defectuosas. Prosperan las luces y la industria en la paz con la emulación de competidores eficaces, y las fuerzas de Europa se ejercitan en la guerra con sus contiendas decorosas e indecisas. Si se arrojase un conquistador bravío de los yermos de Tartaria, tendría que vencer a los forzudos campesinos de Rusia, a las crecidas huestes de Germania, a la nobleza esforzada de Francia y al paisanaje libre y denodado de Bretaña, confederándose tal vez para la defensa común. Aun cuando los bárbaros victoriosos llegasen esclavizando y asolando hasta las playas del Atlántico, diez mil bajeles trasportarían fuera de su alcance los restos de la sociedad civilizada, y Europa florecería y descollaría en el mundo americano, cuajado ya con sus colonias e instituciones. [2142]

El frío, la miseria, peligros y afanes robustecen y envalentonan al bárbaro; y así en todos tiempos han ido avasallando a las naciones pacíficas y cultas de la China, India y Persia, que se desentendieron, como ahora mismo, de contrapesar aquella prepotencia natural con los recursos de la pericia guerrera. Los estados belicosos de la Antigüedad, Grecia, Macedonia y Roma, educaban una generación de soldados, ejercitaban sus cuerpos, disciplinaban su denuedo, redoblaban sus fuerzas con evoluciones arregladas, y convertían el hierro que poseían en armas pujantes y provechosas. Mas esta superioridad

fue menguando imperceptiblemente al par de sus leyes y costumbres, y la política apocada de Constantino y sucesores armó y amaestró a los bárbaros bozales para el exterminio del Imperio que asalariaba su arrimo. Varió el arte militar con la invención de la pólvora, con la cual avasalla el hombre los dos agentes más poderosos de la naturaleza, el aire y el fuego. Matemáticas, química, maquinaria y arquitectura acuden a tributar su auxilio a la guerra, y las partes opuestas se están oponiendo mutuamente sus modos más exquisitos de ataque y defensa. Bien podrán reparar los historiadores en que los preparativos de un sitio costearían la fundación y mantenimiento de una colonia;[2143] mas no debemos llevar a mal que el exterminio de una ciudad sea costoso y arduo, y que un pueblo industrioso logre escudarse con las artes que sobreviven y suplen al menoscabo de la pujanza guerrera. Artillería y plazas atajan sin arbitrio la caballería tártara; y Europa queda afianzada contra toda irrupción de bárbaros, puesto que para vencer tienen que dejar de serlo. Sus pasos, más o menos largos en la ciencia militar, no pueden menos de llevar consigo, como lo estamos viendo en Rusia, mejoras proporcionadas en las artes de la paz y de la política civil; y entonces ya se hacen acreedores a su colocación entre las naciones cultas que van sojuzgando.

Aun cuando tales cómputos pareciesen dudosos o descarriados, quedaría aún otro manantial más humilde de consuelo y esperanza. Los descubrimientos de navegantes antiguos y modernos, y la historia y tradición doméstica de las naciones más ilustradas, representan el *salvaje humano* desnudo de cuerpo y alma y careciendo de leyes, artes, conceptos y casi de habla.[2144] De tan rastrero desamparo (quizás el estado primitivo y universal del hombre) se ha ido pausadamente

encumbrando hasta señorear todos los vivientes, fertilizar la tierra, surcar el piélago y medir el cielo. Su garboso adelantamiento en potencias y en agilidad[2145] ha sido vario y desigual; pausado al principio, fue luego redoblando la marcha; siglos de trabajosa subida pararon en rápido derrumbamiento, y los varios climas de Europa y del globo han ido padeciendo las vicisitudes del esplendor y de la lobreguez. Mas la experiencia de cuatro mil años debe esperanzarnos y alentarnos. No cabe deslindar hasta qué punto ha de encumbrarse el género humano en su rumbo hacia la suma perfección; mas se debe racionalmente suponer que ningún pueblo, mientras no dé un vuelco la naturaleza entera, se reempozará en su barbarie primitiva. Bajo tres aspectos se pueden conceptuar las mejoras de la sociedad:

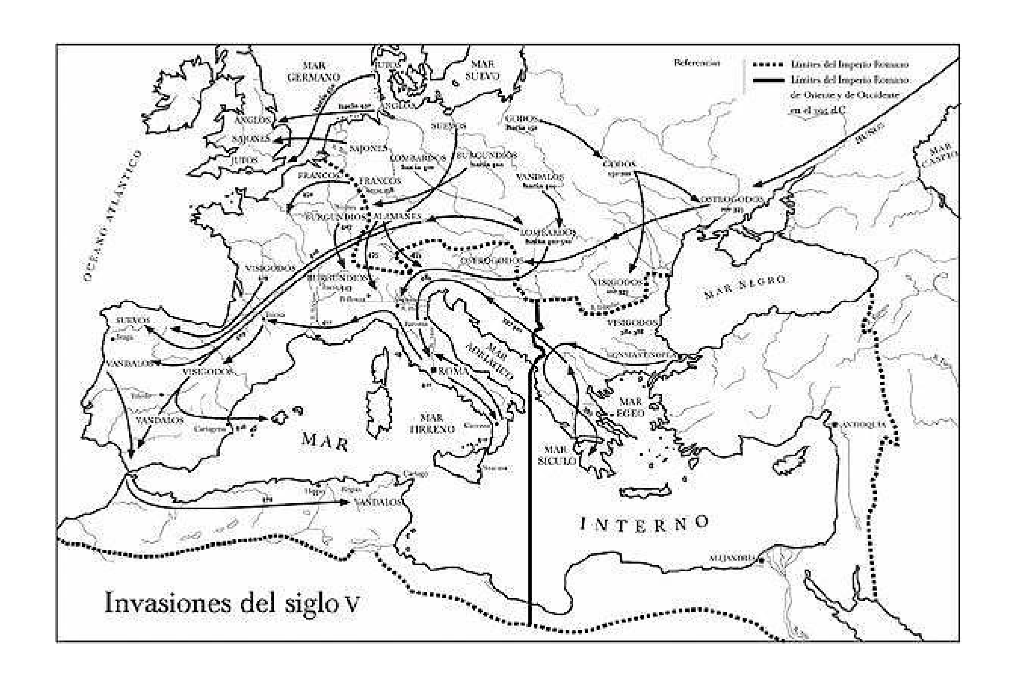
1. El poeta y el filósofo ilustran su siglo y su patria con los vuelos de un entendimiento *solo*; mas esta supremacía de alcances y de fantasía escasea y brota por sí misma, y el numen de Homero, el de Cicerón o de Newton causarían menos asombro, si fuesen parto del albedrío de un príncipe o de las lecciones de un maestro.

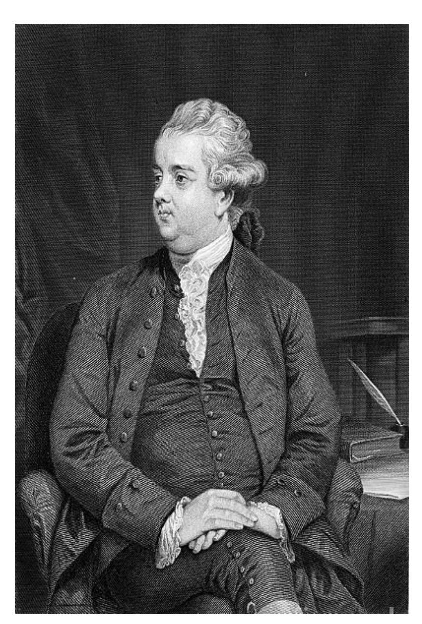
2. Los beneficios de las leyes y la política, del comercio y manufacturas, de las artes y las ciencias, son mas sólidas y permanentes; y cabe a *muchos* individuos habilitados en la educación y enseñanza el engrandecer por sus respectivos rumbos los intereses de la generalidad. Pero esta coordinación grandiosa es el resultado del afán y de la maestría, y la máquina intrincada se puede desmoronar con el tiempo, o venir a estrellarse con la violencia.

3. Por dicha de los hombres, las artes más provechosas, o sea las más necesarias, pueden desempeñarse por alcances adocenados y subordinación nacional, sin uno que descuelle, ni

muchos que se asocien. Aldea, familia o individuo, todos poseerán siempre maña y afición para perpetuar el uso del fuego[2146] y de los metales, la propagación y el empleo de los animales domésticos, la habilidad de cazar y pescar, la navegación obvia, el cultivo llano del trigo y otras semillas nutritivas, y la mera práctica de los oficios mecánicos. Fenecerán tal vez el numen personal y el desempeño público; pero aquellas plantas briosas se erguirán siempre tras la tormenta, y ahondarán sus raíces eternas aun en el terreno más árido. La cerrazón de la ignorancia nubló los reinados esplendorosos de Augusto y de Trajano, y la barbarie derribó al par las leyes y los alcázares de Roma; pero la hoz, invención o emblema de Saturno,[2147] siguió anualmente segando las mieses de Italia, y los banquetes inhumanos de los lestrigones[2148] ya no se renovaron por la costa de Campania.

Desde el descubrimiento de las artes, la guerra, el comercio y el fervor religioso han ido extendiendo hasta entre los salvajes del mundo antiguo y nuevo, aquellos dones imponderables; cundieron prósperamente y nunca fenecerán. Tenemos pues que aunarnos en la conclusión halagüeña de que todos los siglos engrandecieron y están siempre engrandeciendo la riqueza efectiva, el bienestar, los conocimientos, y quizás las virtudes del linaje humano.[2149]


Invasiones del siglo V



EDWARD GIBBON. (Putney, Gran Bretaña, 1737-Londres, 1794) Historiador británico. Hijo de una familia de holgada posición económica, cursó estudios en la Westminster School y en el Magdalen College, tras los cuales fue enviado a Lausana, en parte debido a su inclinación hacia el catolicismo, religión de la que posteriormente renegó.

En 1763 emprendió un viaje que lo llevó a París, donde estudió a Diderot y a D'Alembert, y a Roma, donde pudo conocer in situ las ruinas del Imperio Romano, que posteriormente estudiaría. En 1770 regresó a Londres, ciudad en la que publicó varios escritos que le dieron cierta fama. Esa popularidad se incrementó notablemente tras la publicación, en 1776, de los primeros volúmenes de *Historia del ocaso y caída del Imperio Romano*, su obra magna, en la que estuvo ocupado hasta 1788 y en la cual trazó un pormenorizado estudio del Imperio Romano desde el siglo II a. C. hasta la caída de Constantinopla en 1453. Esta obra, así como los demás libros que escribió, lo convirtieron en el más importante historiador británico de la

época.

Notas

[1] Eusebio, de *Vita Constant.* l. III, c. 63-66. <<

[2] Después de examinar las diferentes opiniones de Tillemont, Beausobre, Lardner, etc., estoy convencido de que la secta de Manes no se propagó, ni siquiera en Persia, antes del año 270. Sería extraño que una herejía filosófica y extranjera hubiese penetrado tan rápidamente en las provincias del África; sin embargo, no puedo refutar fácilmente el edicto de Diocleciano contra los maniqueos, que se halla en Baronio (*Annal. Eccl.*, 187 d. C.). <<

[3] «Constantinus enim, cum limatius superstitionum quæreret sectas, Manichæorum et similium», etc. Amiano Marcelino, XV, 15. Estrategio, que por su comisión mereció el sobrenombre de *Musonianus*, era cristiano de la secta arriana. Fue uno de los condes que asistieron al concilio de Sárdica. Libanio elogia su afabilidad y prudencia. Valesio, *ad loc.* Amiano Marcelino. <<

[4] *Codex Theodos.* l. XVI, tít. V, leg. 2. Como la ley general no está comprendida en el Código Teodosiano, es probable que en el año 438 ya estuvieran extinguidas las sectas que había condenado. <<

[5] Sozomen, l. I, c. 22. Sócrates, l. I, c. 10. Se ha sospechado —yo creo que sin razón— que estos historiadores adherían a la doctrina novaciana. El emperador le dijo al obispo: «Acesio, toma una escalera y súbete por ti mismo al cielo». La mayoría de las sectas cristianas se han valido a su vez de la escalera de

Acesio. <<

[6] Los mejores materiales para esta parte de la historia eclesiástica pueden encontrarse en la edición de Optato de Milevis, publicada por Dupin (París, 1700), quien la enriqueció con notas críticas, discusiones geográficas, documentos originales y un resumen exacto de toda la controversia. Tillemont ha dedicado a los donatistas la mayor parte de un tomo (t. VI, parte I); y le debo una rica colección de todos los pasajes de su autor favorito, san Agustín, que tienen relación con estos herejes. <<

[7] «Schisma igitur illo tempore confusæ mulieris iracundia peperit; ambitus nutrivit; avaritia roboravit.» Optato de Milevis, l. I, c. 19. El lenguaje de Purpurio es el de un loco furioso. «Dicitur te necasse filios sororis tuæ duos. Purpurius respondit: "Putas me terreri a te… occidi; et occido eos qui contra me faciunt".» *Acta Concil. Cirtensis*, *ad calcem* Optato, p. 274. Cuando Ceciliano fue invitado a una junta de obispos, Purpurio dijo a sus hermanos o, mejor, a sus cómplices: «Dejadlo que venga aquí para que le impongamos las manos; y le romperemos la cabeza por vía de penitencia». Optato de Milevis, l. I, c. 19. <<

[8] Los concilios de Arles, Nicea y Trento confirmaron la práctica sabia y moderada de la Iglesia de Roma. Sin embargo, los donatistas tuvieron la ventaja de mantener la opinión de Cipriano y de una parte considerable de la Iglesia primitiva. San Vicente Lirinense (p. 332, *apud* Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. VI, p. 138) ha explicado por qué los donatistas están ardiendo eternamente en los infiernos, mientras que san Cipriano reina en los cielos con Jesucristo. <<

[9] Véase el libro sexto de Optato de Milevis, pp. 91-100. <<

[10] Tillemont (*Mém. Ecclés.*, t. VI, parte I, p. 253) se ríe de su credulidad parcial. Respetaba a Agustín, gran doctor del sistema de la predestinación. <<

[11] «Plato Ægyptum peragravit ut a sacerdotibus barbaris numeros et "cælestia" acciperet.» Cicerón, de *Finibus Bonorum et Malorum*, V, 25. Los egipcios podían conservar aún la creencia tradicional de los patriarcas. Josefo ha persuadido a muchos padres cristianos de que una parte de su conocimiento sobre los judíos provenía de Platón; pero esta vana opinión no puede conciliarse con el estado de oscuridad y las costumbres antisociales del pueblo judío, cuyas escrituras no fueron accesibles a la curiosidad griega hasta más de cien años después de la muerte de Platón. Véase Marsham, *Canon Chronicus Ægypticus, Ebraicus, Græcus…* p. 144. Le Clerc, *Epistolarium Criticum*, VII, p. 177-194. <<

[12] Los guías modernos que me han dirigido en el conocimiento del sistema platónico son Cudworth (*Intellectual System*, pp. 568-620), Basnage (*Hist. des Juifs*, l. IV, c. 4, pp. 53-86), Le Clerc (*Epist. Crit.* VII, pp. 194-209) y Brucker (*Hist. Critica Philosophiæ*, t. I, pp. 675-706). Como la erudición de estos escritores era igual y sus intenciones diferentes, un observador curioso puede instruirse con sus disputas y, ciertamente, con sus coincidencias. <<

[13] Brucker, *Hist. Crit. Philosophiæ*, t. I, pp. 1349-1357. Estrabón (l. XVII) y Amiano (XXI, 6) elogian la escuela de Alejandría. <<

[14] Josefo, *Antiquitat.* l. XII, c. 1 y 3. Basnage, *Hist. des Juifs*, l. VII, c. 7. <<

[15] Acerca del origen de la filosofia judía, véase Eusebio, *Præparat. Evangel.* VIII, 9-10. Según Filón, los terapeutas

estudiaban la filosofía; y Brucker ha probado (*Hist. Crit. Philosophiæ*, t. II, p. 787) que preferían la de Platón. <<

[16] Véase Calmet, *Dissertations sur l'Écriture*, t. II, p. 277. Muchos de los padres recibieron *El libro de la sabiduría* de Salomón como obra de este monarca; y aunque los protestantes lo rechazan por falta del original hebreo, ha merecido, como el resto de la *Vulgata*, la sanción del concilio de Trento. <<

[17] Le Clerc prueba hasta la evidencia el platonismo de Filón, que llegó a ser proverbial (*Epist. Crit.* VIII, pp. 211-228). Basnage (*Hist. des Juifs*, l. IV, c. 5) ha manifestado claramente que Filón compuso sus obras teológicas antes de la muerte, y muy probablemente antes del nacimiento, de Cristo. En aquella época de oscuridad, el conocimiento de Filón es más sorprendente que sus errores. Bull, *Defensio Fidei Nicenœ*, s. I, c. I, p. 12. <<

[18] «Mens agitat molem, et magno se corpore *miscet.*» Además de esta alma material, Cudworth ha descubierto (p. 562) en Amelio, Porfirio, Plotino y, según él cree, en Platón mismo un alma del universo superior, espiritual, *hipercósmica*. Pero Brucker, Basnage y Le Clerc rechazan esta doble alma como una fantasía ociosa de los últimos platonistas. <<

[19] Petavio, *Dogmata Theolog.* t. II, l. VII, c. 2, p. 791. Bull, *Defensio Fidei Nicenæ*, s. I, c. I, p. 8 y 13. Esta noción fue libremente adoptada en la teología cristiana hasta que abusaron de ella los arrianos. Tertuliano (*Adv. Praxeam*, c. 16) tiene un pasaje notable y peligroso. Después de contrastar, con indiscreta inteligencia, la naturaleza de Dios con las acciones de Jehová, concluye: «Scilicet ut hæc de filio Dei non credenda fuisse, si non scripta essent; fortasse non credenda de Patre licet scripta». <<

[20] Los platonistas admiraban el principio del Evangelio de san Juan, porque contenía una trascripción exacta de sus propios principios. San Agustín, de *Civ. Dei*, X, 29. Amelio *apud* san Cirilo de Alejandría, *Adv. Libros Athei Juliani*, l. VIII, p. 283. Pero en los siglos III y IV, los platonistas de Alejandría podrían haber mejorado su Trinidad con el estudio secreto de la teología cristiana. <<

[21] Véase Beausobre, *Hist. du Manichéisme*, t. I, p. 377. Se cree que el Evangelio según san Juan fue publicado unos setenta años después de la muerte de Cristo. <<

[22] Mosheim (p. 331) y Le Clerc (*Hist. Eccl.* p. 535) han manifestado con claridad los sentimientos de los ebionitas. Los críticos atribuyen a uno de estos sectarios las *Clementinas*, publicadas entre los padres apostólicos. <<

[23] Tanto Staunch, en sus polémicas, como Bull (*Judicium Ecclesiæ Catholicæ*, c. 2) insisten en la ortodoxia de los nazarenos; que parece menos pura y cierta a los ojos de Mosheim (p. 330). <<

[24] La condición humilde y los sufrimientos de Jesús siempre han sido un obstáculo para los judíos. «Deus […] contrariis coloribus Messiam depinxerat; futurus erat Rex, Judex, Pastor», etc. Véase Limborch et Orobio, *Amica Collatio*, p. 8, 19, 53-76, 192-234. Pero esta objeción ha obligado a los cristianos creyentes a alzar los ojos a un reino espiritual y eterno. <<

[25] San Justino Mártir, *Dialog. cum Tryphone*, pp. 143-144. Véase Le Clerc, *Hist. Eccl.* p. 615. Bull y su editor Grabe (*Judicium Ecclesiæ Catholicæ*, c. 7 y apéndice) intentaron distorsionar las opiniones o las palabras de Justino; pero incluso los editores benedictinos rechazan su violenta corrección del texto. <<

[26] Los arrianos reprochaban al partido ortodoxo haber tomado su Trinidad de los valentinianos y marcionitas. Véase Beausobre, *Hist. du Manichéisme*, l. III, c. 5 y 7. <<

[27] «Non dignum est ex utero credere Deum, et Deum Christum […] non dignum est ut tanta majestas per sordes et squalores mulieris transire credatur.» Los gnósticos afirmaban la impureza de la materia y del matrimonio; y se escandalizaban de las torpes interpretaciones de los Padres, y aun de san Agustín mismo. Véase Beausobre, t. II, p. 523. <<

[28] «Apostolis adhuc in sæculo superstitibus apud Judæam Christi sanguine recente, et *phantasma* corpus Domini asserebatur.» Cotelerio cree (*Patres Apostol.* t. II, p. 24) que quienes rechazan que los docetes surgieron en tiempo de los apóstoles pueden, con la misma razón, negar que el sol brilla al mediodía. Estos docetes, que eran una gran mayoría entre los gnósticos, eran llamados así porque sólo concedían a Cristo un cuerpo *aparente*. <<

[29] En De la Mothe le Vayer, t. V, p. 135 y ss. ed. 1757; y en Basnage, *Hist. des Juifs*, t. IV, pp. 29, 79 y ss., pueden hallarse algunas pruebas del respeto que los cristianos profesaban a la persona y doctrina de Platón. <<

[30] «Doleo bona fide, Platonem omnium hæreticorum condimentarium factum.» Tertuliano, de *Anima*, c. 23. Petavio (*Dogmata Theolog.* t. III, proleg. 2) muestra que ésta era una queja general. Beausobre (t. I, l. III, c. 9-10) ha deducido los errores gnósticos de los principios platónicos; y como en la escuela de Alejandría, estos principios estaban mezclados con la filosofía oriental (Brucker, t. I, p. 1356), la opinión de Beausobre puede conciliarse con la de Mosheim (*General History of the Church*, t. I, p. 37). <<

[31] Si Teófilo, obispo de Antioquía (véase Dupin, *Bibliothèque Ecclés.* t. I, p. 66), fue el primero que utilizó la palabra *Tríada* o *Trinidad*, este término abstracto, que ya era familiar en las escuelas de filosofía, debe haberse introducido en la teología cristiana después de la mitad del siglo II. <<

[32] Atanasio, t. I, p. 808. Sus expresiones tienen una energía poco común; y como escribía para monjes, no tuvo ninguna ocasión de «afectar» un lenguaje racional. <<

[33] En un tratado que pretende explicar las opiniones de los filósofos antiguos respecto de la naturaleza de los dioses, esperaríamos descubrir la Trinidad teológica de Platón. Pero Cicerón confiesa muy honestamente que, a pesar de haber traducido el *Timeo*, nunca pudo entender aquel misterioso diálogo. Véase san Jerónimo, *Præfat. ad l. XII*, en *Isaiam*, t. V, p. 154. <<

[34] Tertuliano, *Apologet.* c. 46. Véase Bayle, *Dictionnaire*, en la palabra «Simonides». Sus observaciones acerca de la presunción de Tertuliano son profundas e interesantes. <<

[35] Lactancio, IV, 8. Sin embargo la *Probole,* o *Prolatio,* que los teólogos más ortodoxos tomaron sin escrúpulo de los valentinianos e ilustraron con las comparaciones de una fuente y un arroyo, el sol y sus rayos, etc., o nada significaba, o favorecía una idea material de la generación divina. Véase Beausobre, t. I, l. III, c. 7, p. 548. <<

[36] Muchos de los escritores primitivos han confesado francamente que el Hijo debía su ser a la *voluntad* del Padre. Véase Clarke, *Scripture Doctrine of the Trinity*, p. 280-287. Por otra parte, parecería que Atanasio y sus seguidores no quieren conceder lo que temen negar. Los escolásticos se libran de esta dificultad con la distinción de una voluntad *precedente* y otra

concomitante. Petavio, *Dogmata Theolog.* t. II, l. VI, c. 8, pp. 587-603. <<

[37] Véase Petavio, *Dogmata Theolog.*, t. II, l. II, c. 10, p. 159. <<

[38] «Carmenque Christo quasi Deo dicere secum invicem.» Plinio el Joven, *Epíst.* X, 97. Le Clerc (*Ars Critica*, pp. 150-156) examina críticamente el sentido de *Deus,* Θεός, *Elohim,* en las lenguas antiguas, y el sociniano Emlyn (*Tracts*, pp. 29-36, 51-145) defiende con habilidad lo apropiado de adorar a una criatura excelente. <<

[39] Véase Daillé, de *Usu Patrum*, y Le Clerc, *Bibliothèque Universelle*, t. X, p. 409. El propósito, o al menos el efecto, de la obra estupenda de Petavio sobre la Trinidad (*Dogmata Theolog.* t. II) fue juzgar la fe de los padres antinicenos; y ni siquiera la erudita defensa del obispo Bull ha borrado la profunda impresión que causó. <<

[40] Las creencias más antiguas fueron esbozadas con la mayor amplitud. Véase Bull (*Judicium Ecclesiæ Catholicæ*), quien procura impedir que Episcopio saque ventaja alguna de esta observación. <<

[41] Mosheim (pp. 425, 680-714) explica con precisión las herejías de Praxeas, Sabelio, etc. Praxeas, que llegó a Roma a fines del siglo II, engañó por algún tiempo la sencillez del obispo, y fue refutado por la pluma del colérico Tertuliano. <<

[42] Sócrates reconoce que la herejía de Arrio provino de un vehemente deseo de abrazar una opinión diametralmente opuesta a la de Sebelio. <<

[43] Epifanio (t. I, Hæres. LXIX, 3, p. 729) pinta con vivos colores la figura y costumbres de Arrio, el carácter y número de sus primeros prosélitos; y no podemos sino lamentar que tan pronto olvidase al historiador para asumir la tarea del polemista.

<<

[44] Véase Filostorgio (l. I, c. 3) y el extenso comentario de Godofredo. Sin embargo, la credibilidad de Filostorgio disminuye, a los ojos del ortodoxo, por su arrianismo; y a los de los críticos razonables, por su pasión, prejuicios e ignorancia. <<

[45] Sozomen (l. I, c. 15) representa a Alejandro como indiferente, y aun ignorante, al principio de la controversia; mientras que Sócrates (l. I, c. 5) atribuye el origen de la disputa a la vana curiosidad de sus especulaciones teológicas. El doctor Jortin (*Remarks on Ecclesiastical Hist.* t. II, p. 178) ha censurado, con su acostumbrada franqueza, la conducta de Alejandro; πρὸς ὄργην ἐξαπέται… ὁμοίως φρόνειν ἐκέλευσε. <<

[46] Las llamas del arrianismo pueden haber ardido por algún tiempo en secreto; pero hay motivos para creer que estallaron con violencia en el año 319. Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. VI, pp. 774-780. <<

[47] «¿Quid credidit? Certe, *aut* tria nomina audiens tres Deos esse credidit, et idololatra effectus est; *aut* in tribus vocabulis trinominem credens Deum, in Sabellii hæresim incurrit; *aut* edoctus ab Arianis unum esse verum Deum Patrem, filium et spiritum sanctum credidit creaturas. Aut extra hæc quid credere portuerit nescio.» San Jerónimo, *Adv. Luciferianos*. Jerónimo reserva para lo último el sistema ortodoxo, que es más complicado y difícil. <<

[48] Al paso que fue introduciéndose entre los cristianos la doctrina de la creación absoluta de la nada (Beausobre, t. II, pp. 165-215), naturalmente la dignidad del *operario* aumentó con la de la *obra*. <<

[49] La metafísica del doctor Clarke (*Scripture Doctrine of the*

Trinity, pp. 276-280) podía admitir una generación eterna derivada de una causa infinita. <<

[50] Muchos de los padres primitivos, particularmente Atenágoras, en su *Apología al emperador Marco y a su hijo*, han empleado esta comparación profana y absurda; y Bull mismo la alega sin censura. Véase *Defensio Fidei Nicenæ*, secc. III, c. 5, n. 4. <<

[51] Véase Cudworth, *Intellectual System*, pp. 559, 579. Esta peligrosa hipótesis fue aprobada por los dos Gregorios, el de Nisa y Nacianceno, por Cirilo de Alejandría, por Juan Damasceno, etc. Véase Cudworth, p. 603. Le Clerc, *Bibliothèque Universelle*, t. XVIII, pp. 95-105. <<

[52] San Agustín parece envidiar la libertad de los filósofos: «Liberis verbis loquuntur philosophi […] Nos autem non dicimus duo vel tria principia, duos vel tres Deos.» De *Civ. Dei*, X, 23. <<

[53] Boecio, que estaba profundamente versado en la filosofía de Platón y Aristóteles, explica la unidad de la Trinidad por la *indiferencia* de las tres personas. Véanse las sensatas observaciones de Le Clerc, *Bibliothèque Choisie*, t. XVI, p. 225, etcétera. <<

[54] Si a los sabelianos los estremeció esta conclusión, cayeron en otro precipicio confesando que el Padre había nacido de una virgen y que *él* había sufrido en la cruz; y así merecieron el odioso epíteto de *patripasianos,* con el cual fueron señalados por sus adversarios. Véanse las invectivas de Tertuliano contra Praxeas y las reflexiones moderadas de Mosheim (pp. 425, 681); y Beausobre, t. I, l. III, c. 6, p. 535. <<

[55] Los antiguos relatan las transacciones del concilio de Nicea no sólo de un modo parcial, sino muy imperfecto. Ya no

podemos recobrar el cuadro que Fra Paolo dibujaría; pero los rudos bosquejos que delinearon el pincel de la hipocresía y el de la razón pueden verse en Tillemont (*Mem. Ecclés.* t. V, pp. 669-759) y Le Clerc (*Bibliothèque Universelle*, t. X, pp. 435-454). <<

[56] Debemos a san Ambrosio (de *Fide*, l. III, último capítulo) el conocimiento de esta curiosa anécdota. «Hoc verbum posuerunt Patres, quod viderunt adversariis esse formidini; ut tanquam evaginato ab ipsis gladio, ipsum nefandae caput hæreseos amputarent». <<

[57] Véase Bull, *Defensio Fidei Nicenæ*, secc. II, c. I, pp. 25-36. Cree que es su deber reconciliar dos sínodos ortodoxos. <<

[58] Según Aristóteles, las estrellas eran *homoousianas* una de otra. «Petavio, Curceleo, Cudworth, Le Clerc, etc. han manifestado que homoousios significa una sustancia en *especie;* y probarlo sería *actum agere*.» Ésta es la justa observación del Dr. Jortin (t. II, p. 212), que examina la controversia arriana con erudición, candor e ingenuidad. <<

[59] Véase Petavio (*Dogmata Theolog.* t. II, l. IV, c. 16, p. 453 y ss.), Cudworth (p. 559), Bull (secc. IV, pp. 285-290, ed. Grab.). La πωρτχώρηστς, o *circumincessio,* es quizás el rincón más profundo y oscuro de todo el abismo teológico. <<

[60] La tercera sección de la Defensa de la Fe Nicena, de Bull, que algunos antagonistas suyos han llamado sinsentido y otros, herejía, está consagrada a la supremacía del Padre. <<

[61] El epíteto común con que Atanasio y sus seguidores acostumbraban honrar a los arrianos era el de *arriomanitas.* <<

[62] Epifanio, t. I, hæres. LXXII, 4, p. 837. Véanse las aventuras de Marcelo en Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. VII, pp. 880-899). Su obra, en *un* libro, acerca de la unidad de Dios, fue respondida en los *tres* libros, que aún existen, de Eusebio. Al cabo de un

largo y cuidadoso examen, Petavio (t. II, l. I, c. 14, p. 78) ha pronunciado a pesar suyo la condena de Marcelo. <<

[63] Atanasio, en su epístola relativa a los sínodos de Seleucia y Rímini (t. I, pp. 886-905), ha dado una extensa lista de las creencias arrianas, que aumentó y corrigió el infatigable Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. VI, p. 477). <<

[64] Erasmo ha delineado con admirable sensatez y libertad el verdadero carácter de Hilario. Revisar su texto, componer los anales de su vida y justificar sus sentimientos y conducta, toca a los editores benedictinos. <<

[65] «Absque episcopo Eleusio et paucis cum eo, ex majore parte Asianæ decem provinciæ, inter quas consisto, vere Deum nesciunt. ¡Atque utinam penitus nescirent! cum procliviore enim venia ignorarent quam obtrectarent.» San Hilario, de *Synodis sive de Fide Orientalium*, c. 63, p. 1186, ed. Benedict. En el célebre paralelo entre el ateísmo y la superstición, se hubiera sorprendido al obispo de Poitiers en la sociedad filosófica de Bayle y Plutarco. <<

[66] San Hilario, *Ad. C.nstantium Imperatorem*, l. I, c. 4-5, pp. 1227-1228. Este extraordinario pasaje mereció la atención de Locke, quien lo ha trascripto (t. III, p. 470) en el modelo de su nuevo libro de lugares comunes. <<

[67] En Filostorgio (l. III, c. 15), el carácter y las aventuras de Ecio parecen bastante extraños, aunque están cuidadosamente atenuados por la mano de un amigo. El editor Gofredo (p. 153), que era más adicto a sus principios que a su autor, ha recopilado las repugnantes circunstancias que conservaron o inventaron sus diferentes adversarios. <<

[68] Según el juicio de un hombre que respetaba a estos dos sectarios, Ecio estaba dotado de mayor capacidad, y Eunomio

tenía más arte y saber (Filostorgio, l. VIII, c. 18). La confesión y apología de Eunomio (Fabricio, *Bibliotheca Græca*, t. VIII, pp. 258-305) es uno de los pocos documentos heréticos que se han salvado. <<

[69] Sin embargo, según la opinión de Escio y Bull (p. 297), hay un poder, el de la creación, que Dios *no puede* comunicar a una criatura. Escio, que tan precisamente define los límites de la omnipotencia, era holandés de nacimiento y teólogo escolástico de profesión. Dupin, *Bibliothèque Ecclés.* t. XVII, p. 45. <<

[70] Sabino (*apud* Sócrates, l. II, c. 39) había copiado las actas; Atanasio e Hilario han explicado las divisiones de este sínodo arriano; las demás circunstancias que tienen relación con él se hallan cuidadosamente recopiladas por Baronio y Tillemont. <<

[71] «Fideli et pia intelligentia.» De *Synodis*, c. 77, p. 1193. En sus breves notas apologéticas (publicadas originalmente por los benedictinos según un manuscrito de Chartres) observa que empleaba esta prudente expresión, *quia intelligerem et impiam*, p. 1206. Véase p. 1146. Filostorgio, que veía estos objetos a través de un medio diferente, se inclina a olvidar la distinción del importante diptongo. Véase en particular VIII, 17, y Gofredo, p. 352. <<

[72] «Testor Deum cæli atque terræ me cum neutrum audissem, semper tamen utrumque sensisse… Regeneratus pridem et in episcopatu aliquantisper manens fidem Nicenam nunquam nisi exsulaturus audivi.» San Hilario, de *Synodis*, c. XCI, p. 1205. Los benedictinos están persuadidos de que gobernó la diócesis de Poitiers muchos años antes de su destierro. <<

[73] Séneca (*Epíst.* LVIII) se queja de que aun el τò ὄν de los platonistas (el *ens* de los escolásticos más atrevidos) no podía expresarse con un nombre latino. <<

[74] La preferencia que el cuarto concilio de Letran dio finalmente a una unidad *numérica* sobre una *genérica* (Véase Petavio, t. II, l. IV, c. 13, p. 424) fue favorecida por la lengua latina: τριας parece suscitar la idea de sustancia; *trinitas*, la de cualidades. <<

[75] «Ingemuit totus orbis, et Arianum se esse miratus est.» San Jerónimo, *Adv. Luciferianos*, t. I, p. 145. <<

[76] La historia del concilio de Rímini está muy elegantemente referida por Sulpicio Severo (*Hist. Sacra*, l. II, pp. 419-430, ed. Lugd. Bat. 1647) y san Jerónimo en su diálogo contra los luciferianos. El objeto del segundo es hacer la apología de la conducta de los obispos latinos, que fueron engañados y se arrepintieron. <<

[77] Eusebio, de *Vita Constant.* l. II, c. 64-72. Los principios de tolerancia e indiscriminación religiosa contenidos en esta epístola han ofendido mucho a Baronio, Tillemont, etc., quienes suponen que el emperador tenía a su lado algún mal consejero, Satanás o Eusebio. Véase Jortin, *Remarks on Ecclesiastical Hist.* t. II, p. 183. <<

[78] Eusebio, de *Vita Constant.* l. III, c. 13. <<

[79] Teodoreto ha conservado (l. I, c. 20) una epístola de Constantino al pueblo de Nicomedia, en la cual el monarca se declara el acusador público de uno de sus súbditos; nombra a Eusebio ò τῆςτνραννικὴς ώμοτήτος σνμμύστης; y se queja de su conducta hostil durante la guerra civil. <<

[80] Véase en Sócrates (l. I, c. 8), o más bien en Teodoreto (l. I, c. l2), una carta original de Eusebio de Cesárea, en la que intenta justificar su adhesión al *homoousion*. El carácter de Eusebio fue siempre un problema; pero los que han leído la segunda epístola crítica de Le Clerc (*Ars Critica*, t. III, pp. 30-69) deben tener un

concepto muy poco favorable de la ortodoxia y sinceridad del obispo de Cesárea. <<

[81] Atanasio, t. I, p. 727. Filostorgio, l. I, c. 10, y el Comentario de Gofredo, p. 41. <<

[82] Sócrates, l. I, c. 9. En sus circulares dirigidas a diferentes ciudades, Constantino empleaba contra los herejes las armas del ridículo y la burla *humorística*. <<

[83] Sacamos la historia original de Atanasio (t. I, p. 670), quien se muestra algo reacio a estigmatizar la memoria de los muertos. Podía exagerar, pero hubiera sido peligroso inventar, habiendo relaciones continuas entre Alejandría y Constantinopla. Los que admiten la narración literal de la muerte de Arrio (al que se le reventaron súbitamente los intestinos en un retrete) deben optar entre el *veneno* y un *milagro*. <<

[84] El cambio en los sentimientos, o al menos en la conducta de Constantino, puede hallarse en Eusebio (de *Vita Constant.* l. III, c. 23, l. IV, c. 41), Sócrates (l. I, c. 23-39), Sozomen (l. II, c. 16-34), Teodoreto (l. I, c. 14-34) y Filostorgio (l. II, c. 1-17). Pero el primero de estos escritores estaba demasiado cercano al teatro de la acción, y los otros, demasiado distantes. Es bastante extraño que la importante tarea de continuar la historia de la Iglesia quedase a cargo de dos legos y un hereje. <<

[85] «Quia etiam tum catechumenus sacramentum fidei merito videretur potuisse nescire.» Sulpicio Severo, *Hist. Sacra*, l. II, p. 410. <<

[86] Sócrates, l. II, c. 2. Sozomen, l. III, c. 18. Atanasio, t. I, pp. 813, 834. El último observa que los eunucos eran los enemigos naturales del *Hijo*. Compárese con Jortin, *Remarks on Ecclesiastical Hist.* t. IV, p. 3, con cierta genealogía en *Candide* (c. IV), que termina con uno de los primeros compañeros de

Cristóbal Colón. <<

[87] Sulpicio Severo, *Hist. Sacra*, l. II, pp. 405-406. <<

[88] Cirilo (*apud* Baronio, 353 d. C. n. 26) observa expresamente que, en el reinado de Constantino, se halló la cruz en las entrañas de la tierra; pero que en el reinado de Constancio, había aparecido en medio de los cielos. Esta oposición prueba de un modo evidente que Cirilo ignoraba el estupendo milagro al que se atribuye la conversión de Constantino; y esta ignorancia es tanto más sorprendente cuanto, doce años después de su muerte, Cirilo fue consagrado obispo de Jerusalén por el inmediato sucesor de Eusebio de Cesárea. Véase Tillemont, *Mém. Acclés.* t. VIII, p. 715. <<

[89] No es fácil determinar hasta qué punto la ingenuidad de Cirilo pudo haber sido asistida por algunas apariencias naturales de un halo solar. <<

[90] Filostorgio, l. III, c. 26. Lo siguen el autor de la *Crónica alejandrina*, Cedreno y Nicéforo (véase Godofredo, *Dissert.* p. 188). No pudieron recusar un milagro, ni aun de la mano de un enemigo. <<

[91] Este curioso pasaje merece trascribirse: «Christianam religionem absolutam et simplicem, anili superstitione confundens; in qua scrutanda perplexius, quam componenda gravius excitaret discidia plurima; quæ progressa fusius aluit concertatione verborum, ut catervis antistitum jumentis publicis ultro citroque discurrentibus, per synodos (quas appellant) dum ritum omnem ad suum trahere conantur [Valesio lee *conatur*] rei vehiculariæ concideret nervos». Amiano Marcelino, XXI, 16. <<

[92] Atanasio, t. I, p. 870. <<

[93] Sócrates, l. II, c. 35-47. Sozomen, l. IV, c. 12-30. Teodoreto,

l. II, c. 18-32. Filostorgio, l. IV, c. 4-12, l. V, c. 1-4, l. VI, c. 1-5. <<

[94] Sozomen, l. IV, c. 23. Atanasio, t. I, p. 831. Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. VII, p. 947) ha recogido de los tratados sueltos de Lucifer de Cagliari varios ejemplos del altivo fanatismo de Constancio. Hasta los títulos de estos tratados inspiran celo y terror: *Moriendum pro Dei filio*, de *Regibus Apostaticis*, *De non conveniendo cum Hæretico*, *De non parcendo in Deum delinquentibus*. <<

[95] Sulpicio Severo, *Hist. Sacra*, l. II, pp. 418-430. Los historiadores griegos estaban muy poco enterados de los asuntos de Occidente. <<

[96] Podemos lamentar que Gregorio Nacianceno haya compuesto un panegírico en lugar de una vida de Atanasio, pero debiéramos alegrarnos y aprovechar la ocasión de sacar nuestros datos más auténticos del rico fondo de sus propias epístolas y apologías (t. I, pp. 670-951). No imitaré a Sócrates (l. II, c. 1), quien publicó la primera edición de su historia sin tomarse la molestia de consultar los escritos de Atanasio. Sin embargo, el mismo Sócrates, el curiosísimo Sozomen y el erudito Teodoreto vinculan la vida de Atanasio con las series de la historia eclesiástica. La actividad de Tillemont (t. VIII) y de los editores benedictinos ha recopilado todos los hechos y examinado todas las dificultades. <<

[97] Sulpicio Severo (*Hist. Sacra*, l. II, p. 396) lo llama abogado y jurisconsulto. Este carácter no puede descubrirse ahora en la vida ni en los escritos de Atanasio. <<

[98] «Dicebatur enim fatidicarum sortium fidem, quæve augurales portenderent alites scientissime callens aliquoties prædixisse futura.» Amiano Marcelino, XV, 7. Sozomen (l. IV, c.

10) cuenta una profecía, o más bien un chiste, que prueba evidentemente (si los cuervos hablan latín) que Atanasio entendía la lengua de los cuervos. <<

[99] La ordenación irregular de Anastasio se mencionó muy por encima en los concilios celebrados contra él (véase Filostorgio, l. II, c. 11, y Gofredo, p. 71); pero apenas puede suponerse que la reunión de los obispos de Egipto atestiguase solemnemente una falsedad *pública*. Atanasio, t. I, p. 726. <<

[100] Véase la *Historia de los padres del desierto*, publicada por Rosweide; y Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. VII, sobre las vidas de Antonio, Pacomio, etc. El mismo Atanasio, que no menospreció escribir la vida de su amigo Antonio, ha observado cuidadosamente cuán seguido el santo monje condenó y profetizó los males de la herejía arriana. Atanasio, t. II, pp. 492, 498 y ss. <<

[101] Al principio Constantino amenazó de palabra, pero pidió por escrito, καὶ ἀγράφως μὲν ἠπείλει, γράφων δὲ ἠξίον. Sus cartas fueron tomando gradualmente un tono amenazador; pero mientras exigía que las puertas de la iglesia estuvieran abiertas para *todos*, evitaba el nombre odioso de Arrio. Atanasio, como diestro político, ha marcado con precisión estas distinciones (t. I, p. 788), que le daban cierta posibilidad para la excusa y la dilación. <<

[102] Los melecianos en Egipto, como los donatistas en África, se originaron por una disputa episcopal derivada de la persecución. No tengo tiempo para seguir la oscura controversia, que parece haber sido representada de un modo equivocado por la parcialidad de Atanasio y la ignorancia de Epifanio. Véase la *Historia general de la Iglesia*, por Mosheim, t. 1, p. 201. <<

[103] Sozomen especifica cómo fueron tratados los seis obispos (l.

II, c. 25); pero el mismo Atanasio, tan copioso en el tema de Arsenio y el cáliz, deja esta grave acusación sin respuesta. <<

[104] Atanasio, t. I, p. 788, Sócrates, l. I, c. 28. Sozomen, l. II, c. 25. El emperador, en su epístola de convocación (Eusebio, de *Vita Constant.* l. IV, c. 42), parece prejuzgar a algunos miembros del clero, y es más que probable que el sínodo dirigiera estas reconvenciones a Atanasio. <<

[105] Véase particularmente la segunda apología de Atanasio (t. I, pp. 763-808), y sus *Epístolas a los monjes* (pp. 808-866). Están justificadas con documentos originales y auténticos; pero inspirarían más confianza si él apareciera menos inocente y sus enemigos, menos absurdos. <<

[106] Eusebio, de *Vita Constant.* l. IV, c. 41-47. <<

[107] Atanasio, t. I, p. 804. En una iglesia dedicada a san Atanasio, esta situación proporcionaría mejor asunto para un cuadro que la mayor parte de los cuentos de milagros y martirios. <<

[108] Atanasio, t. I, p. 729. Eunapio (*Vitæ Sophistarum*, pp. 36-37, ed. Commelin) ha referido un extraño ejemplo de la crueldad y credulidad de Constantino en una ocasión semejante. El elocuente Sopater, filósofo sirio, gozaba de su amistad, y provocó el resentimiento de Ablavio, su prefecto pretoriano. La escuadra portadora de granos estuvo detenida por falta de viento sur; el pueblo de Constantinopla estaba descontento; y Sopater fue decapitado bajo la acusación de haber *encadenado* los vientos con el poder de la magia. Suidas añade que Constantino deseaba probar, con esta ejecución, que había renunciado completamente a la superstición de los paganos. <<

[109] A su regreso vio dos veces a Constancio, en Viminiaco y en Cesárea de Capadocia (Atanasio, t. I, p. 676). Tillemont supone

que Constantino lo llevó a la reunión de los tres hermanos reales celebrada en Panonia (*Mém. Ecclés.* t. VIII, p. 69). <<

[110] Véanse las Pandectas de Beveridge, t. I, pp. 429-452, y el t. II, *Annotation*, p. 182. Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. VI, pp. 310-324. San Hilario de Poitiers ha hecho mención a este sínodo de Antioquía con demasiado favor y respeto. Cuenta noventa y siete obispos. <<

[111] Gregorio Nacianceno alaba a este magistrado, tan odioso para Atanasio (t. I, *Orat.* XXI, pp. 390, 391). «Sæpe premente Deo fert Deus alter opem.» En honor a la naturaleza humana, siempre me complazco en descubrir algunas buenas cualidades en esos hombres a quienes el espíritu de partido ha representado como tiranos y monstruos. <<

[112] Las dificultades cronológicas que hacen confusa la residencia de Atanasio en Roma son discutidas enérgicamente por Valesio (*Observat. ad calcem*, t. II, *Hist. Eccl.* l. I, c. 1-5) y Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. VIII, p. 674, etc.). He seguido la sencilla hipótesis de Valesio, quien concede solamente un viaje, después de la intrusión de Gregorio. <<

[113] No puedo menos que trascribir una juiciosa observación de Wetstein (*Prolegomena ad Nov. Testament.* p. 19): «Si tamen Historiam Ecclesiasticam velimus consulere, patebit jam inde a seculo quarto, cum, ortis controversiis, ecclesiæ Græciæ doctores in duas partes scinderentur, ingenio, eloquentia, numero, tantum non æquales, eam partem quæ vincere cupiebat Romam confugisse, majestatemque pontificis comiter coluisse, eoque pacto oppressis per pontificem et episcopos Latinos adversariis prævaluisse atque orthodoxiam in conciliis stabilivisse. Eam ob causam Athanasius, non sine comitatu, Romam petiit, pluresque annos ibi hæsit». <<

[114] Filostorgio, l. III, c. 12. Si se utilizó cualquier corrupción para promover el interés de la religión, un abogado de Atanasio podría justificar o excusar esta cuestionable conducta con el ejemplo de Catón y Sidney, de quienes *se dice* que el primero dio, y el segundo recibió, un soborno en la causa de la libertad. <<

[115] El canon que permite apelar a los pontífices romanos casi ha elevado el concilio de Sárdica a la dignidad de un concilio general; y sus actas han sido confundidas por ignorancia o por astucia con las del concilio de Nicea. Véase Tillemont, t. VIII, p. 689, y Geddes, *Tracts*, t. II, pp. 419-460. <<

[116] Como Atanasio difundía invectivas secretas contra Constancio (véase *Epístolas a los monjes*) al mismo tiempo que le aseguraba su profundo respeto, podemos desconfiar de las manifestaciones del arzobispo (t. I, p. 677). <<

[117] A pesar del discreto silencio de Atanasio y de la manifiesta falsificación de una carta que cita Sócrates, estas amenazas están probadas por la incuestionable evidencia de Lucifer de Cagliari, y aun de Constantino mismo. Véase Tillemont, t. VIII, p. 693. <<

[118] Siempre tuve algunas dudas acerca de la rectificación de Ursacio y Valente (Atanasio, t. I, p. 776). Sus epístolas a Julio, obispo de Roma, y al mismo Atanasio, son tan diferentes una de otra, que no pueden ser ambas genuinas: en una habla el lenguaje de los criminales que confiesan su culpa e infamia; en otra, el de los enemigos que solicitan una honrosa reconciliación bajo condiciones iguales. <<

[119] Las circunstancias de su segundo regreso pueden hallarse en el mismo Atanasio, t. I, pp. 769, 822, 843. Sócrates, l. II, c. 18. Sozomen, l. III, c. 19. Teodoreto, l. II, c. 11-12. Filostorgio, l.

III, c. 12. <<

[120] Atanasio (t. I, pp. 677-678) defiende su inocencia con patéticas quejas, afirmaciones solemnes y argumentos especiosos. Admite que se falsificaron cartas en nombre suyo, pero pide que sean examinados sus propios secretarios y los del tirano para que se sepa si aquéllos las escribieron y éstos las recibieron. <<

[121] Atanasio, t. I, pp. 825-844. <<

[122] Atanasio, t. I, p. 861. Teodoreto, l. II, c. 16. El emperador declaró que deseaba someter a Atanasio más de lo que había deseado vencer a Majencio o Silvano. <<

[123] Los escritores griegos refieren de un modo tan imperfecto y erróneo los asuntos del concilio de Milán, que debemos alegrarnos de poseer algunas cartas de Eusebio que Baronio sacó de los archivos de la iglesia de Verella, y una vida de Dionisio de Milán publicada por Bolando. Véanse Baronio, 355 d. C., y Tillemont, t. VII, p. 1415. <<

[124] Los honores, regalos y banquetes, que sedujeron a tantos obispos, están mencionados con indignación por los que eran demasiado puros o altivos para aceptarlos. «Peleamos», dice Hilario de Poitiers, «contra Constancio, el Anticristo, que golpea el vientre en lugar de azotar la espalda [*qui non dorsa cædit; sed ventrem palpat*]». San Hilario, *Contra Constantium Imperatorem*, c. 5, p. 1240. <<

[125] Amiano (XV, 7), que tenía un conocimiento muy oscuro y superficial de la historia eclesiástica, menciona algo de esta oposición. «Liberius […] perseveranter renitebatur, nec visum hominem, nec auditum damnare, nefas ultimum sæpe exclamans; aperte scilicet recalcitrans Imperatoris arbitrio. Id enim ille Athanasio semper infestus», etcétera. <<

[126] Más exactamente por la parte ortodoxa del concilio de Sárdica. Si los obispos de ambos partidos hubieran votado con justicia, la división hubiera sido noventa y cuatro a setenta y seis. Tillemont (t. VIII, pp. 1147-1158) se sorprende, con razón, de que tan pequeña mayoría procediera tan enérgicamente contra sus adversarios, deponiendo de inmediato a los principales de ellos. <<

[127] Sulpicio Severo, *Hist. Sacra*, l. II, p. 412. <<

[128] El destierro de Liberio se menciona en Amiano, XV, 7. Véase Teodoreto, l. II, c. 16. Atanasio, t. I, pp. 834-837. San Hilario, *Fragmenta* I. <<

[129] La vida de Osio ha sido recopilada por Tillemont (t. VII, pp. 524-561), quien primero admira al obispo de Córdoba en los términos más extravagantes y luego lo reprueba. En medio de sus lamentaciones por su caída, la prudencia de Atanasio puede distinguirse del celo ciego e inmoderado de Hilario. <<

[130] Los confesores de Occidente fueron desterrados sucesivamente a los desiertos de Arabia o Tebaida, a las zonas solitarias del monte Tauro y a los lugares más agrestes de Frigia, que estaban en poder de los impíos montanistas, etc. Cuando el hereje Ecio fue favorablemente tratado en Mopsuestia, Cilicia, el lugar de su destierro se cambió, por consejo de Acacio, a Amblada, un distrito habitado por salvajes e infestado con la guerra y la peste. Filostorgio, l. V, c. 2. <<

[131] Véase el trato cruel y la extraña obstinación de Eusebio, en sus propias cartas, publicadas por Baronio, 356 d. C. n. 92-102. <<

[132] «Cæterum exules satis constat, totius orbis studiis celebratos, pecuniasque eis in sumptum affatim congestas, legationibus quoque eos plebis catholicæ ex omnibus fere provinciis

frequentatos.» Sulpicio Severo, *Hist. Sacra*, p. 414. Atanasio, t. I, pp. 836-840. <<

[133] Pueden hallarse en sus propias obras abundantes materiales acerca de la historia de esta tercera persecución de Atanasio. Véanse particularmente su muy hábil *Apología a Constancio* (t. I, p. 673), su primera *Apología de su fuga* (p. 701), su prolija *Epístola a los solitarios* (p. 808) y la protesta original del pueblo de Alejandría contra las violencias cometidas por Siriano (p. 866). Sozomen (l. IV, c. 9) ha sembrado en la narración dos o tres circunstancias luminosas e importantes. <<

[134] Poco antes Atanasio había enviado a buscar a Antonio y a algunos de sus más distinguidos monjes. Bajaron de su montaña, anunciaron a los alejandrinos la santidad de Atanasio y fueron honoríficamente acompañados por el arzobispo hasta las puertas de la ciudad. Atanasio, t. II, pp. 491, 492. Véase también Rufino III, 164, en *Vita Patrum*, p. 524. <<

[135] Atanasio, t. I, p. 694. El emperador, o sus secretarios arrianos, al paso que expresan su resentimiento, descubren sus temores y su aprecio por Atanasio. <<

[136] Estas minuciosas circunstancias son curiosas, porque están literalmente trascritas de la protesta que presentaron públicamente los católicos de Alejandría tres días después. Véase Atanasio, t. I, p. 867. <<

[137] Los jansenistas han comparado a menudo a Atanasio con Arnauld, y se han explayado con placer sobre la fe y celo, el mérito y destierro de estos célebres doctores. Este paralelo encubierto está diestramente trazado por el abate de la Bléterie, *Hist. de Jovien*, t. I, p. 130. <<

[138] «Hinc jam toto orbe profugus Athanasius, nec ullus ei tutus ad latendum supererat locus. Tribuni, Præfecti, Comites,

exercitus quoque, ad pervestigandum eum moventur edictis Imperialibus; præmia delatoribus proponuntur, si quis eum vivum, si id minus, caput certe Athanasii detulisset.» Rufino, l. I, c. 16. <<

[139] Gregorio Nacianceno, t. I, *Orat.* XXI, pp. 384-385. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. VII, pp. 176-410, 820-880. <<

[140] «Et nulla tormentorum vis inveniri adhuc potuit; quæ obdurato illius tractus latroni invito elicere potuit, ut nomem proprium dicat.» Amiano Marcelino, XXII, 16, y Valesio *ad loc.* <<

[141] Rufino, l. I, c. 18. Sozomen, l. IV, c. 10. Esta anécdota y la siguiente parecerán imposibles si suponemos que Atanasio habitó siempre el asilo que accidental u ocasionalmente había ocupado. <<

[142] Paladio (*Hist. Lausiaca*, c. 136, en *Vita Patrum*, p. 776), autor original de esta anécdota, había conversado con la joven, quien en su vejez aún se acordaba con placer de tan piadosa y honrosa relación. No puedo admitir la delicadeza de Baronio, Valesio, Tillemont, etc., quienes casi desechan un relato tan indigno, en su concepto, de la gravedad de la historia eclesiástica. <<

[143] Atanasio, t. I, p. 869. Estoy de acuerdo con Tillemont (t. VIII, p. 1197) en que sus expresiones indican una visita personal, aunque acaso secreta, a los sínodos. <<

[144] La epístola de Atanasio a los monjes está llena de reconvenciones, que el público debe creer ciertas (t. I, pp. 834, 836); y en atención a sus lectores, ha introducido en ella las comparaciones de Faraoh, Ahab, Belshazzar, etc. Hilario corrió menos peligro por su osadía, si publicó su invectiva en la Galia después del alzamiento de Juliano; pero Lucifer envió sus libelos

a Constancio y casi compitió por la palma del martirio. Véase Tillemont, t. VII, p. 905. <<

[145] Atanasio (t. I, p. 814) se queja generalmente de esta práctica, que después ejemplifica (p. 861) con la supuesta elección de Félix. Tres eunucos representaron al pueblo romano, y tres prelados, que seguían a la corte, asumieron las funciones de los obispos de las provincias suburbicarias. <<

[146] Tomassin (*Discipline de l'Église*, t. I, l. II, c. 72-73, pp. 966-984) ha recopilado muchos hechos curiosos relativos al origen y progreso del canto llano, tanto en Oriente como en Occidente. <<

[147] Filostorgio, l. III, c. 13. Gofredo ha examinado este asunto con singular penetración (p. 147 y ss.). Había tres fórmulas heterodoxas: «Al padre *por* el hijo, *y* en el Espíritu Santo», «Al Padre *y* al Hijo *en* el Espíritu Santo», y «Al Padre *en* el Hijo *y* el Espíritu Santo». <<

[148] Después del destierro de Eustacio, en el reinado de Constantino, el partido rígido de los ortodoxos formó una separación que posteriormente degeneró en un cisma, y duró unos ochenta años. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. VII, pp. 33-34, 1137-1158, t. VIII, pp. 537-632, 1314-1332. En muchas iglesias, los arrianos y homoousianos, a pesar de que cada uno había renunciado a la *comunión* de su opuesto, continuaron por algún tiempo rezando juntos. Filostorgio, l. III, c. 14. <<

[149] Acerca de esta revolución eclesiástica de Roma, véase Amiano Marcelino, XV, 7. Atanasio, t. I, pp. 834, 861. Sozomen, l. IV, c. 15. Teodoreto, l. II, c. 17. Sulpicio Severo, *Hist. Sacra*, l. II, p. 413. San Jerónimo, *Chron. Marcellin. et Faustin. Libell.* pp. 3, 4. Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. VI, p. 336. <<

[150] Cucuso fue el último teatro de su vida y sufrimientos. La localización de esta ciudad, aislada en los confines de Capadocia, Cilicia, y Armenia Menor, ha ocasionado algunas dudas geográficas; pero el camino romano de Cesárea a Anazarbo nos lleva al verdadero sitio. Véase Celario, *Geographia Ant.* t. II, p. 213. Wesseling, *ad Itiner.* pp. 179, 703. <<

[151] Atanasio (t. I, pp. 703, 813-814) asegura en los términos más positivos que Pablo fue asesinado; y apela no sólo a la voz pública, sino también al testimonio indudable de Filagrio, uno de los perseguidores arrianos. Sin embargo, reconoce que los herejes atribuyeron a una enfermedad la muerte del obispo de Constantinopla. Sócrates (l. II, c. 26) copia servilmente a Atanasio; pero Sozomen, que manifiesta un carácter más independiente, insinúa una prudente duda (l. IV, c. 2). <<

[152] Amiano (XIV, 10) remite a su propio relato de este trágico suceso. Pero ya no poseemos esa parte de su historia. <<

[153] Véanse Sócrates, l. II, c. 6, 7, 12, 13, 15, 16, 26, 27 y 38; y Sozomen, l. III, c. 3, 4, 7 y 9, l. IV, c. II, 21. Las actas de san Pablo de Constantinopla, de las que Focio hizo un extracto (*Bibliotheca*, pp. 1419-1430), son una copia mediocre de estos historiadores; pero un griego moderno, que podía escribir la vida de un santo sin añadir fábulas ni milagros, tiene derecho a alguna mención. <<

[154] Sócrates, l. II, c. 27, 38. Sozomen, l. IV, c. 21. Los principales auxiliares de Macedonio en el trabajo de la persecución fueron los dos obispos de Nicomedia y Cyzicus, muy estimados por sus virtudes y particularmente por su caridad. No puedo menos que recordar al lector que la diferencia entre *homoousion* y *homoiousion* es casi invisible a los ojos del teólogo más sutil. <<

[155] Ignoramos la exacta situación de Mantinia. Al hablar de estas cuatro cuadrillas de legionarios, Sócrates, Sozomen y el autor de las Actas de san Pablo emplean los términos indefinidos de ἀριθμοί, Φάλαγγες, τάγματα, que Nicéforo traduce muy acertadamente por «miles». Valesio *ad* Sócrates, l. II, c. 38. <<

[156] Juliano, *Epíst.* l. II, p. 436, ed. Spanheim. <<

[157] Véase a Optato de Milevis (particularmente III, 4), junto con la historia donatista de Dupin y los documentos originales al final de su edición. Las numerosas circunstancias que san Agustín ha mencionado acerca del furor de los circumceliones contra otros y contra sí mismos, han sido laboriosamente recopiladas por Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. VI, pp. 147-165; y a menudo, aunque sin ningún objeto, ha expuesto las injurias que habían provocado a aquellos fanáticos. <<

[158] Es gracioso observar el lenguaje de partidos opuestos cuando hablan de los mismos hombres y cosas. Grato, obispo de Cartago, empieza las aclamaciones de un sínodo ortodoxo: «Gratias Deo omnipotenti et Christo Jesu […] qui imperavit religiosissimo Constanti Imperatori, ut votum gereret unitatis, et mitteret ministros sancti operis *famulos Dei* Paulum et Macarium». *Monumenta Antiqua, ad calcem* Optato, p. 313. «Ecce subito», dice el autor donatista de la Pasión de Márculo, «de Constantis regis tyrannica domo […] pollutum Macarianæ persecutionis murmur increpuit, et *duabus bestiis* ad Africam missis, eodem scilicet Macario et Paulo, execrandum prorsus ac dirum ecclesiæ certamen indictum est; ut populus Christianus ad unionem cum traditoribus faciendam, nudatis militum gladiis et draconum præsentibus signis, et tubarum vocibus cogeretur». *Monumenta*, p. 304. <<

[159] La *Histoire des Camisards*, en tres volúmenes 12º,

Villefranche, 1760, puede recomendarse como exacta e imparcial. Se requiere mucha atención para descubrir la religión del autor. <<

[160] Los suicidas donatistas alegaban para justificarse el ejemplo de Razias, que está referido en el capítulo XIV del libro segundo de los macabeos. <<

[161] «Nullas infestas hominibus bestias, ut sunt sibi ferales plerique Christianorum, expertus». Amiano, XXII, 5. <<

[162] Gregorio Nacianceno, *Orat.* I, p. 33. Véase Tillemont, t. VI, p. 501, ed. en 4º. <<

[163] *Histoire Politique et Philosophique des Établissements des Européns dans les deux Indes*, t. I, p. 9. <<

[164] Según Eusebio (de *Vita Constant.* l. II, c. 45), el emperador prohibió en las ciudades y en el campo, τὰ μυσαρὰ… τῆς εἰδωλολατρείας, los actos o ritos detestables de la idolatría. Sócrates (l. I, c. 17) y Sozomen (l. II, c. 4, 5) han representado la conducta de Constantino con el debido miramiento a la verdad y a la historia; lo cual no hicieron Teodoreto (l. V, c. 21) ni Orosio (VII, 28). «Tum deinde», dice el segundo, «primus Constantinus *justo* ordine et *pio* vicem vertit edicto; siquidem statuit citra ullam hominum cædem, paganorum templa claudi». <<

[165] Véase Eusebio, de *Vita Constant.* l. II, c. 56, 60. En el sermón a la reunión de los santos, que el emperador pronunció cuando era maduro en años y piedad, declara a los idólatras (c. XII) que se les permite ofrecer sacrificios y ejercer cada rito de su culto religioso. <<

[166] Véase Eusebio, de *Vita Constant.* l. III, c. 54-58, y l. IV, c. 23, 25. Estos actos de autoridad pueden compararse con la prohibición de las bacanales y la demolición del templo de Isis

que efectuaron los magistrados de la Roma pagana. <<

[167] Eusebio (de *Vita Constant.* l. III, c. 54) y Libanio (*Orat. pro Templis*, pp. 9, 10, ed. Godofredo) mencionan el piadoso sacrilegio de Constantino, que consideraban bajo diferentes puntos de vista. El segundo declara expresamente que «hizo uso del dinero sagrado, pero no alteró el culto legal; es verdad que los templos se empobrecieron, pero los ritos sagrados continuaron celebrándose en ellos». Lardner, *Jewish and Heathen Testimonies*, t. IV, p. 140. <<

[168] Amiano habla de algunos eunucos de la corte que eran *spoliis templorum pasti*. Libanio (*Orat. pro Templis*, p. 23) dice que el emperador cedió muchas veces un templo, como si fuera un perro, un caballo, un esclavo o una copa de oro; pero el devoto filósofo observa cuidadosamente que estos favoritos sacrílegos rara vez prosperaron. <<

[169] Véase a Gofredo, *Codex Theodos.* t. VI, p. 262. Libanio, *Orat. Parentalis*, c. X, *apud* Fabricio, *Bibliotheca Græca*, t. VII, p. 235. <<

[170] «Placuit omnibus locis atque urbibus universis claudi protinus templa, et accessu vetitis omnibus licentiam delinquendi perditis abnegari. Volumus etiam cunctos a sacrificiis abstinere. Quod siquis aliquid forte hujusmodi perpetraverit, gladio sternatur: facultitates etiam perempti fisco decernimus vindicari: et similiter adfligi rectores provinciarum si facinora vindicare neglexerint.» *Codex Theodos.* l. XVI, tít. X, leg. 4. La cronología ha descubierto alguna contradicción en la fecha de esta ley extravagante, quizá la única por la cual se castiga con muerte o confiscación la negligencia de los magistrados. De la Bastie (*Mém. de la Acad. des Inscriptions*, t. XV, p. 98) conjetura, con algún fundamento, que ésta no era más que el acta de una ley, el encabezamiento de un proyecto, que se halló en *Scriniis*

Memoriæ, entre los papeles de Constancio, y se insertó después como un buen modelo en el Código Teodosiano. <<

[171] Símaco, *Epíst.* X, 54. <<

[172] La cuarta disertación de De la Bastie sobre el Pontificado soberano de los emperadores romanos (*Mém. de la Acad. des Inscriptions*, t. XV, pp. 75-144) es una obra erudita y sensata que explica el estado y prueba la tolerancia del paganismo, desde Constantino hasta Graciano. Está confirmada más allá de toda duda la afirmación de Zósimo acerca de que Graciano fue el primero que rehusó la túnica pontificia, y casi están acallados los rumores del fanatismo sobre este punto. <<

[173] Como anticipé libremente el uso de los términos *paganos* y *paganismo*, ahora indicaré las extrañas revoluciones de estas célebres palabras. 1. Πάγη, en el dialecto dórico, tan familiar a los italianos, era una fuente; y los moradores rurales que la frecuentaban recibieron la apelación común de *pagus* y *paganos* (Festo, *sub voce*, y Servio, *ad* Virgilio, *Georg.* II, 382). 2. Por una extensión fácil de la palabra, *pagano* y rural llegaron a ser casi sinónimos (Plinio, *Nat. Hist.* XXVIII, 5); y los campesinos más humildes adquirieron este nombre, que se ha corrompido en *paisanos* en las lenguas modernas de Europa. 3. El sorprendente aumento de la clase militar creó la necesidad de un término correlativo (Hume, *Essays*, t. 1, p. 555); y todos los que no estaban alistados al servicio del príncipe fueron marcados con el epíteto despectivo de paganos (Tácito, *Hist.* III, 24, 43 y 77. Juvenal, *Sat.* 16. Tertuliano, de *Pallio*, c. 4) 4. Los cristianos eran los soldados de Cristo; sus adversarios, que rehusaban su *sacramento* o el juramento militar del bautismo, podían merecer el nombre metafórico de paganos; y esta tacha popular fue introducida en las leyes imperiales (*Codex Theodos.* l. XVI, tít. II, leg. 18) y en los escritos teológicos durante el reinado de

Valentiniano (365 d. C.). 5. El cristianismo ocupó gradualmente las ciudades del Imperio: la religión antigua, en tiempo de Prudencio (*Contra Orationem Symmachi*, l. I, *ad fin.*) y Orosio (*Hist.* Præfat.), se retiró y fue decayendo en oscuras aldeas; y la palabra *paganos,* con su nueva significación, volvió a su origen primitivo. 6. Desde que el culto de Júpiter y su familia expiró, el título vacante de paganos ha sido aplicado sucesivamente a todos los idólatras y politeístas del antiguo y del nuevo mundo. 7. Los cristianos latinos lo aplicaban, sin escrúpulo, a sus mortales enemigos, los mahometanos; y los más puros *unitarios* fueron marcados con la injusta tacha de idolatría y paganismo. Véase Gerardo Vossio, *Etimologicon Linguæ Latinæ*, en sus obras, t. I, p. 420. Comentario de Gofredo sobre el Código Teodosiano, t. VI, p. 250, y Du Cange, *Glossarium ad Scriptores Mediæ et Infimæ Latinitatis*. <<

[174] En el lenguaje puro de Jonia y Atenas, E'ιδωλον y Δατεία eran palabras antiguas y familiares. La primera expresaba una semejanza, una aparición (Homero, *Odisea* XI, 601), una representación, una *imagen,* creada por la imaginación o el arte. La segunda denotaba cualquier especie de *servicio* o esclavitud. Los judíos de Egipto que tradujeron las Escrituras hebreas limitaron el uso de estas palabras (*Éxodo* XX, 4-5) al culto religioso de una imagen. El idioma peculiar de los helenistas o judíos griegos ha sido adoptado por los escritores sagrados y eclesiásticos, y la tacha de *idolatría* (Εἰδωλολατρεία) ha estigmatizado ese modo visible y abyecto de superstición que algunas sectas del cristianismo no debieran imputar precipitadamente a los politeístas de Grecia y Roma. <<

[175] «Omnes qui plus poterant in palatio, adulandi professores jam docti, recte consulta, prospereque completa vertebant in

deridiculum: talia sine modo strepentes insulse; in odium venit cum victoriis suis; capella, non homo; ut hirsutum Julianum carpentes, appellantesque loquacem talpam, et purpuratam simiam, et litterionem Græcum: et his congruentia plurima atque vernacula principi resonantes, audire hæc taliaque gestienti, virtutes ejus obruere verbis impudentibus conabantur, ut segnem incessentes et timidum et umbratilem, gestaque secus verbis comptioribus exornantem» (Amiano, XVII, 11). <<

[176] Amiano, XVI, 12. El orador Temistio (IV, pp. 56-57) creía todo cuanto contenían las cartas imperiales dirigidas al Senado de Constantinopla. Aurelio Víctor, que publicó su compendio en el último año de Constancio, atribuye las victorias en Germania a la *sabiduría* del emperador y a la *fortuna* del César. No obstante, poco después, gracias al favor o al aprecio de Juliano, fue erigida una estatua de bronce del historiador, quien además recibió el importante cargo consular de la segunda Panonia y fue nombrado prefecto de la ciudad (Amiano, XXI, 10). <<

[177] «Callido nocendi artificio, accusatoriam diritatem laudum titulis peragebant… Hæ voces fuerunt ad inflammanda odia probris omnibus potentiores.» Véase Mamertino, *Gratiarum Actio*, *apud Panegyr. Vet.* XI, 4-5. <<

[178] El breve intervalo que puede mediar entre el *hieme adulta y* el *primo vere* de Amiano (XX, 1 y 4), en lugar de dejar suficiente espacio para una marcha de tres mil millas [4828 km], haría las órdenes de Constancio tan extravagantes como injustas. Las tropas de Galia no podían haber llegado a Siria hasta el fin del otoño. La memoria de Amiano la hizo incurrir en una inexactitud, y su lenguaje es incorrecto. <<

[179] Amiano, XX, 1. El historiador confiesa el valor de Lupicino y sus conocimientos militares, y con su lenguaje afectado acusa

al general de encumbrarse sobre los cuernos de su orgullo, mugiendo con tono trágico, y provoca la duda de si fue más cruel o avariento. Tan grande era el peligro y tanto se temía de los escoceses y pictos, que Juliano tuvo intención de pasar él mismo a la isla. <<

[180] Les otorgó el permiso del *cursus clavularis o clabularis.* Estos carros de posta son muchas veces citados en el Código, y se supone que llevaban mil quinientas libras [680,4 kg] de carga. Véase Valesio, *ad* Amiano, XX, 4. <<

[181] Probablemente el palacio de los baños (*Thermarum*), del cual todavía existe un arco sólido y elevado en la calle de la Harpe. El edificio cubría gran parte del barrio moderno de la universidad; y los jardines, en tiempo de los reyes merovingios, comunicaban con la abadía de san Germán de los Prados (*Saint Germain des Près*). Por el paso del tiempo y los normandos, este antiguo palacio quedó reducido en el siglo XII a un montón de ruinas, cuyos oscuros recovecos eran espacio de amores licenciosos.

Explicat aula sinus montemque amplectitur alis;

Multiplici latebra scelerum tersura ruborem.

… *pereuntis sæpe pudoris*

Celatura nefas, Venerisque accommoda furtis.

(Estos versos son citados de Arquitrenio, l. IV, c. 8, obra poética de Jean de Hauteville o Hauville, monje de san Albán, en el año 1190. Véase Warton, *Hist. of English Poetry*, t. I, dissert. II.) Sin embargo, tales robos pudieron haber sido menos perniciosos para el género humano que las disputas teológicas de la Sorbona, que desde entonces han ocurrido en el mismo lugar. Bonamy, *Mém. de la Acad. des Inscriptions*, t. XV, pp. 678-682. <<

[182] Aun en ese momento de tumulto, Juliano puso atención en las fórmulas de una ceremonia supersticiosa, y se rehusó obstinadamente a usar un collar de mujer o de caballo, considerado de mal agüero, que los soldados impacientes habían querido emplear en lugar de la diadema. <<

[183] Una proporción igual de oro y plata, cinco monedas del primero y una libra de la segunda, lo cual equivale a unas cinco libras esterlinas con diez chelines. <<

[184] Por lo que toca a la narración de esta revuelta, podemos apelar a los datos auténticos y originales: al mismo Juliano (*Orat. ad S. P. Q. Athen.*, pp. 282-284), Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 44-48, *apud* Fabricio, *Bibliotheca Græca*, t. VII, pp. 269-273), Amiano (XX, 4) y Zósimo (l. III, pp. 151-153), quien parece haber seguido en el reinado de Juliano, la autoridad más respetable de Eunapio. Con tales guías podríamos no hacer caso de los compendiadores e historiadores eclesiásticos. <<

[185] Eutropio, testigo de crédito, emplea una expresión dudosa, «consensu militum» (X, 15). Gregorio Nacianceno, cuya ignorancia podría excusar su fanatismo, acusa directamente al apóstata de presunción, locura e impía rebelión, αὐθἄάδεια, ἀπόνοια, ἀσέβεια. *Orat.* III, p. 67. <<

[186] Juliano, *Orat. ad S. P. Q. Athen.*, p. 284. El devoto abad de la Bléterie (*Vie de l’Empereur Julien*, p. 159) está casi dispuesto a respetar las devotas protestas de un pagano. <<

[187] Amiano, XX, 5, con la nota de Lindenbrogio sobre el genio del imperio. Juliano mismo, en una carta confidencial a su amigo y médico, Oribasio (*Epíst.* XVII, p. 384), habla de otro sueño, al cual daba crédito, antes del suceso, de un árbol majestuoso derribado al suelo y de una pequeña planta, que echaba profundas raíces en la tierra. Aun en sueños, el ánimo del César debe haber estado agitado con las esperanzas y los

temores de su fortuna. Zósimo (l. III, p. 155) refiere un sueño subsecuente. <<

[188] Tácito describe con maestría la difícil situación del príncipe de un ejército rebelde (*Hist.* I, 80-85). Pero Otón era mucho más criminal y no tenía los conocimientos de Juliano. <<

[189] A esta epístola ostensible dice Amiano que añadió cartas particulares, «objurgatorias et mordaces», que el historiador no había visto y no hubiera publicado. Quizás nunca existieron. <<

[190] Véanse las primeras transacciones de su reinado, en Juliano, *Orat. ad S. P. Q. Athen.*, pp. 285-286. Amiano XX, 5 y 8. Libanio, *Orat. Parentalis*, c. 49-50, pp. 273-275. <<

[191] Libanio, *Orat. Parentalis*, c. 50, pp. 275-276. Extraño desorden que duró unos siete años. En las facciones de las repúblicas griegas, ascendieron los destierros a veinte mil personas; e Isócrates asegura a Filipo que era más fácil levar un ejército de los vagabundos que de las ciudades. Véase Hume, *Essays*, t. I, pp. 426-427. <<

[192] Juliano (*Epíst.* XXXVIII, p. 414) hace una breve descripción de Vesoncio o Besanzón, una península peñascosa casi rodeada por el río Doubs; antiguamente, una magnífica ciudad, llena de templos, etc., ahora reducida a una pequeña villa, que se va levantando de sus ruinas. <<

[193] Vadomair entró al servicio de Roma, y fue elevado al grado militar de duque de Fenicia. Conservó el mismo carácter artificioso (Amiano, XXI, 4); pero en el reinado de Valente, fue notorio por su valor en la guerra armenia (XXIX, 1). <<

[194] Amiano, XX, 10, XXI, 3, 4. Zósimo, l. III, p. 155. <<

[195] Sus restos fueron enviados a Roma y sepultados junto a los de su hermana Constantina, en el arrabal de la *Via Nomentana.* Amiano, XXI, 1. Libanio ha compuesto una muy débil apología

para justificar a su héroe de la muy absurda acusación de haber envenenado a su esposa y recompensado a su médico con las joyas de su madre. (Véase la séptima de las diecisiete nuevas oraciones, publicadas en Venecia, 1754, de un manuscrito de la biblioteca de san Marcos, pp. 117-127). Elpidio, prefecto pretoriano de Oriente, cuyo testimonio apela el acusador de Juliano, está culpado por Libanio de *afeminado* e ingrato; sin embargo, Jerónimo encomia la religión de Elpidio (t. I, p. 243), y Amiano, su humanidad (XXI, 6). <<

[196] «Feriarum die, quem celebrantes mense Januario, Christiani *Epiphania* dictitant, progressus in eorum ecclesiam, solemniter numine orato discessit» (Amiano, XXI, 2). Observa Zonaras que era día de Navidad, y su aserto no es inconsistente, porque las iglesias de Egipto, Asia, y quizás Galia, celebraban el mismo día (el 6 de enero) el nacimiento y bautismo de su Salvador. Los romanos, tan ignorantes como sus hermanos de la verdadera fecha de su nacimiento, fijaron la festividad el 25 de diciembre, el *Brumalia* o solsticio de invierno, cuando los paganos celebraban anualmente el nacimiento del sol. Véanse Bingham, *Christian Antiquities*, l. XX, c. 4, y Beausobre, *Hist. du Manichéisme*, t. II, pp. 690-700. <<

[197] Las negociaciones públicas y secretas entre Constancio y Juliano han de extractarse con precaución de Juliano mismo (*Orat. ad S. P. Q. Athen*., p. 286), Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 51, p. 276), Amiano (XX, 9), Zósimo (l. III, p. 154) y aun Zonaras (t. II, l. XIII, pp. 20-22), quien, en esta ocasión, parece haber tenido y hecho uso de algunos buenos datos. <<

[198] Trescientas miríadas o tres millones de *medimni*, medida para granos, familiar para los atenienses y que contenía seis *modii* romanos. Juliano explica, como soldado y estadista, el peligro de su situación y la necesidad y las ventajas de una

guerra ofensiva (*Orat. ad S. P. Q. Athen.*, pp. 286-287). <<

[199] Véase su oración y la conducta de las tropas, en Amiano, XXI, 5. <<

[200] Rehusó con tono severo su mano al prefecto suplicante, a quien envió a Toscana (Amiano, XXI, 5). Libanio insulta con frenético furor a Nebridio, aplaude a los soldados y casi censura la humanidad de Juliano (*Orat. Parentalis*, c. 53, p. 278). <<

[201] Amiano, XXI, 8. Juliano obedeció en esta promoción la ley que públicamente se había impuesto. «Neque civilis quisquam judex nec militaris rector, alio quodam præter merita suffragante, ad potiorem veniat gradum» (Amiano, XX, 5). La ausencia no entibió su cariño a Salustio, con cuyo nombre honró el consulado (363 d. C.). <<

[202] Amiano (XXI, 8) atribuye el mismo manejo y motivo a Alejandro Magno y a otros hábiles generales. <<

[203] Este bosque era parte de la gran selva Hercinia, que en tiempo de César se extendía desde el país de los rauracios (Basilea) hasta las regiones sin límites del Norte. Véase Cluver, *Germ. Ant.*, l. III, c. 47. <<

[204] Compárese Libanio, *Orat. Parentalis*, c. 55, pp. 278-279, con Gregorio Nacianceno, *Orat.* III, p. 68. Aun el santo se admira de la rapidez y reserva de su marcha. Un teólogo moderno podría aplicar a los adelantos de Juliano los versos que fueron originalmente escritos para otro apóstata.

—*So eagerly the fiend,*

O'er bog, or steep, through strait, rough, dense, or rare,

With head, hands, wings, or feet, pursues his way,

And swims, or sinks, or wades, or creeps, or flies. <<

[205] En este intervalo, la *Notitia* coloca dos o tres escuadras —la Lauriacensis (en Lauriaco o Lorch), la Arlapensis y la

Maginensis— y habla de cinco legiones o cohortes de *Liburnarii*, que debían ser una especie de marinos. Secc. LVIII, ed. Labb. <<

[206] Sólo Zósimo (l. III, p. 156) ha especificado esta circunstancia interesante. Mamertino (*Panegyr. Vet.*, XI, 6-8), que acompañó a Juliano con el título de conde de las liberalidades sagradas, describe este viaje de un modo florido y pintoresco, desafía a Triptólemo y los Argonautas de la Grecia, etcétera. <<

[207] La descripción de Amiano, que pudiera sostenerse con testimonios colaterales, indica la situación precisa de las *Angustiæ Succorum* o desfiladeros de Succi. D'Anville los ha colocado entre Sárdica y Naissus, por una pequeña semejanza de nombres. Para justificar mi posición estoy obligado a mencionar el *único* error que he descubierto en los mapas o escritos de aquel admirable geógrafo. <<

[208] Cualesquiera que sean las circunstancias que en otras partes podemos encontrar, Amiano (XXI, 8-10) aun nos proporciona los datos de la narración. <<

[209] Amiano, XXI, 9-10. Libanio, *Orat. Parentalis*, c. 54, pp. 279-280. Zósimo, l. III, pp. 156-157. <<

[210] Juliano (*Orat. ad S. P. Q. Athen.*, p. 286) asegura positivamente que interceptó las cartas de Constancio a los bárbaros; y Libanio también afirma que se las leyó a las tropas y poblaciones de su recorrido. Sin embargo, Amiano (XXI, 4) se expresa con una fría y cándida incertidumbre, «si *famæ solius* admittenda est fides». Con todo, habla de una carta de Vadomair a Constancio, que se interceptó, la cual hace suponer una íntima correspondencia entre ellos: «Cæsar tuus disciplinam non habet». <<

[211] Zósimo menciona sus epístolas a los atenienses, corintios y

lacedemonios. Probablemente el contenido fuera el mismo, aunque el encabezamiento estaba convenientemente variado. Aun existe la epístola a los atenienses (pp. 268-287), y de ella se han sacado datos muy importantes. El abad de la Bléterie hace gran elogio de ella (*Hist. de Jovien*, «Préface», pp. 24-25), y, en efecto, es uno de los mejores manifiestos que se han escrito. <<

[212] «Auctori tuo reverentium rogamus» (Amiano, XXI, 10). Bastante divertido es observar los conflictos secretos del Senado entre la adulación y el temor. Véase Tácito, *Hist.* I, 85. <<

[213] «Tanquam venaticiam prædam caperet: hoc enim ad leniendum suorum metum subinde prædicabat» (Amiano, XXI, 7). <<

[214] Véanse el discurso y los preparativos en Amiano, XXI, 13. El vil Teodoto imploró después y alcanzó su perdón del clemente emperador, quien manifestó su deseo de disminuir el número de sus enemigos y aumentar el de sus amigos (XXII, 14). <<

[215] Amiano, XXI, 7, 11 y 12. Parece describir superficialmente las operaciones del sitio de Aquileia, que sostuvo en esta ocasión su fama de inexpugnable. Gregorio Nacianceno (*Orat.* III, p 68) atribuye esta revuelta accidental a la sabiduría de Constancio, cuya victoria segura anuncia con algunos visos de verdad. «Constantio quem credebat procul dubio fore victorem: nemo enim omnium tunc ab hac Constanti sententia discrepabat» (Amiano, XXI, 7). <<

[216] Amiano bosqueja con exactitud su muerte y carácter (XXI, 14-16); y estamos autorizados para despreciar y odiar la necia calumnia de Gregorio (*Orat.* III, p. 68), quien acusa a Juliano de procurar la muerte de su bienhechor. El arrepentimiento privado del emperador, por haber perdonado y promovido a Juliano (p. 69, y *Orat.* XXI, p. 389), no es en sí improbable, ni

incompatible con el testamento público verbal que consideraciones prudentes pudieran haber dictado en los postreros momentos de su vida. <<

[217] Al describir el triunfo de Juliano, Amiano (XXII, 1-2) se remonta al tono elevado de un orador o poeta; mientras que Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 56, p. 281) desciende a la grave sencillez del historiador. <<

[218] Los funerales de Constancio han sido descritos por Amiano (XXI, 16), Gregorio Nacianceno (*Orat.* IV, p. 119), Mamertino (*Panegyr. Vet.* XI, 27), Libanio (*Orat. Parentalis*, c. LVI, p. 283) y Filostorgio (l. VI, c. 6, con las *Dissertations* de Godofredo, p. 265). Estos escritores y sus seguidores paganos, católicos y arrianos, contemplaron de muy distinto modo al emperador muerto y al vivo. <<

[219] No se sabe con seguridad el día y año del nacimiento de Juliano. El día probablemente sea el 6 de noviembre, y el año debe ser 331 o 332. Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 693. Du Cange, *Fam. Byzant.*, p. 50. He preferido la primera fecha. <<

[220] Juliano mismo (pp. 253-267) ha expresado estas ideas filosóficas con mucha elocuencia y alguna afectación en una epístola muy estudiada a Temistio. El abad de la Bléterie (t. II, pp. 146-193), que la tradujo elegantemente, está dispuesto a creer que era el célebre Temistio, cuyas oraciones se conservan aún. <<

[221] Juliano *ad* Temistio, p. 258. Petavio (nota p. 95) observa que este pasaje está tomado del libro cuarto de *Legibus*; pero o Juliano citaba de memoria o sus manuscritos eran diferentes de los nuestros. Con igual reflexión empieza Jenofonte la *Ciropedia*. <<

[222] ‘Ο δὲ ἄνθρωπον κελεὺων ἄρχειν, προστίθησι καί. θήριον Aristóteles *apud* Juliano (en *Epístola* a Temistio), p. 261. El manuscrito de Vosio, no satisfecho con una sola fiera, proporciona la más fuerte lectura de θήρια, que puede afianzar la experiencia del despotismo. <<

[223] Libanio (Orat. *Parentalis*, c. LXXXIV, LXXXV, pp. 310-312) ha dado este interesante pormenor de la vida privada de Juliano. Él mismo (en *Misopogon*, p. 350) hace mención de su dieta vegetal y critica el grosero y sensual apetito del pueblo de Antioquía. <<

[224] «Lectulus […] Vestalium toris purior» es el elogio que Mamertino (*Panegyr. Vet.* XI, 13) dirige a Juliano mismo. Libanio asegura en un lenguaje lacónico que Juliano no tuvo trato con ninguna mujer antes de su matrimonio o después de la muerte de su esposa (*Orat. Parentalis*, c. LXXXVIII, p. 313). Confirman la castidad de Juliano el testimonio imparcial de Amiano (XXV, 4) y el silencio parcial de los cristianos. Sin embargo, Juliano recalca con ironía, en el dicho del pueblo de Antioquía, que *casi siempre* (ώς ἒπιπαν, *Misopogon*, p. 345) se acostaba solo. El abad de la Bléterie (*Hist. de Jovien*, t. II, pp. 103-109) explica esta expresión sospechosa con candor e ingenuidad. <<

[225] Véase Salmasio *ad* Suetonio, *Claud.*, c. XXI. Una vigésima quinta carrera, o *missus*, se añadió para completar el número de cien carros, cuatro de los cuales, cada uno de un color, partían cada vez.

Centum quadrijugos agitabo ad flumina currus.

Al parecer, daban cinco o siete vueltas alrededor de la *Meta* (Suetonio, *Domitian.*, c. 4) y, según las medidas del Circo Máximo en Roma, del Hipódromo en Constantinopla, etc., el circuito podía tener unas cuatro millas [6,437 km]. <<

[226] Juliano, *Misopogon*, p. 340. Julio César había ofendido al pueblo romano leyendo sus despachos durante esta carrera. Augusto, para prestarse a la afición de sus súbditos, o quizás cediendo a la suya, ponía la mayor atención en los importantes negocios del Circo, a los que lo arrastraba su carácter. Suetonio, *August.*, c. XIV. <<

[227] Amiano (XXII, 4), Libanio (*Orat. Parentalis*, c. LXII, p. 288 y ss.), Mamertino (*Panegyr. Vet.* XI, 11), Sócrates (l. III, c. 1) y Zonaras (t. II, l. XIII, p. 24) describen la reforma del palacio. <<

[228] «Ego non *rationalem* jussi sed tonsorem acciri.» Zonaras emplea la imagen menos natural de un *senador.* Sin embargo, un empleado de hacienda que estaba satisfecho con sus riquezas podía desear y obtener los honores del Senado. <<

[229] Μαγείρους μὲν χιλίους, κουρέας δὲ οὐκ ἐλάττους, οἰνοχόους δὲ πλείους σμήνη τραπεζοποιῶν, εὐνούχους, ὑπὲρ τὰς μυίας παρὰ τοῖς ποιμέσιν ἐν ἦρι, originales de Libanio, que he citado fielmente para que no se sospechara que había exagerado los abusos de la casa real. <<

[230] Las expresiones de Mamertino son vivas y fuertes: «Quin etiam prandiorum et cænarum laboratas magnitudines Respublica; cum quæsitissimæ dapes non gustu sed difficultatibus æstimarentur; miracula avium, longinqui maris pisces, alieni temporis poma, ætivæ nives, hibernæ rosæ». <<

[231] Sin embargo, Juliano fue acusado de regalar ciudades enteras a los eunucos (*Orat.* VII, contra Policleto, pp. 117-127). Libanio se contenta con negar el hecho de un modo frío, pero positivo, que parece corresponder más a Constancio. Con todo, esta acusación puede aludir a alguna circunstancia desconocida. <<

[232] En *Misopogon* (p. 338-339) hace un retrato muy extraño de sí mismo, y estas palabras son características: αὐ̓ιὸς προσέθεικα τὸν βαθὺν τουτονί πώγωνα | ταῦτὰ τοι διαθέοντων ἀνέχομαι τῶνφθειρῶν ὢσπερ ἐν λοχμῇ τῶν θηρίων. Los amigos del abad de la Bléterie le suplicaron, en nombre de la nación francesa, que no tradujera este pasaje, tan ofensivo para su delicadeza (*Hist. de Jovien*, t. II, p. 94). Como él, me he contentado con una alusión transitoria; pero el animalito que *nombra* Juliano es una fiera familiar al hombre, y significa amor. <<

[233] Juliano, *Epíst.* XXIII, p. 389. Emplea las palabras πολυκέφαλον ὕδραν, al escribir a su amigo Hermógenes, quien estaba familiarizado como él con los poetas griegos. <<

[234] Debe distinguirse cuidadosamente a los dos Salustios, el prefecto de Galia y el de Oriente (*Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 696). He empleado el sobrenombre de *Secundus,* como un epíteto conveniente. El segundo Salustio mereció el aprecio de los cristianos mismos; y Gregorio Nacianceno, que vituperaba su religión, ha celebrado sus virtudes (*Orat.* III, p. 90). Véase una nota curiosa del abad de la Bléterie, *Vie de Julien*, p. 363. <<

[235] Mamertino elogia al emperador (XI, 1) porque confiere los cargos de tesorero y prefecto a un hombre de saber, firmeza, integridad, etc., como él. Sin embargo, Amiano lo pone en la clase de los ministros de Juliano (XXI, 1), «quorum merita norat et fidem». <<

[236] Amiano refiere los procedimientos de este tribunal de justicia (XXII, 3), y Libanio lo encomia (*Orat. Parentalis*, c. 74, pp. 299-300). <<

[237] «Ursali vero necem ipsa mihi videtur flesse justitia.» Libanio, que imputa su muerte a los soldados, trata de acusar al conde de

las liberalidades. <<

[238] Tal era el respeto que aun se profesaba a los nombres venerables de la república, que el público quedó sorprendido y escandalizado de oír a Tauro citado como un delincuente bajo su propio consulado. La citación de su colega Florencio fue probablemente diferida hasta el principio del año siguiente. <<

[239] Amiano, XX, 7. <<

[240] En cuanto al crimen y castigo de Artemio, véanse Juliano (*Epíst.* X, p. 379) y Amiano (XXII, 6, y Valesio *ad loc.*). El mérito de Artemio, que derribó templos y fue condenado a muerte por un apóstata, ha inducido a que las iglesias griegas y latinas lo honraran como mártir. Pero como la historia eclesiástica asegura que fue no sólo un tirano, sino un arriano, no es del todo fácil justificar esta indiscreta promoción. Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. VII, p. 1319. <<

[241] Véase Amiano, XXII, 6, y Valesio *ad loc.*; y *Codex Theodos.*, l. II, tít. XXXIX, leg. I; y el *Comment.* de Godofredo, t. I, p. 218, *ad loc*. <<

[242] El presidente Montesquieu (*Grandeur et Décadence des Romains*, c. XIV; en sus obras, t. III, pp. 448-449) disculpa esta minuciosa y absurda tiranía, suponiendo que las acciones más indiferentes a nuestros ojos pudieran excitar en un ánimo romano la idea del crimen y del peligro. Sostiene esta extraña apología con una rara interpretación de las leyes inglesas, «en una nación […] donde está prohibido brindar a la salud de cierta persona». <<

[243] La clemencia de Juliano y la conspiración tramada contra su vida en Antioquía se hallan descritas por Amiano (XXII, 9-10, y Valesio *ad loc.*) y Libanio (*Orat. Parentalis*, c, 99, p. 323). <<

[244] Según algunos, dice Aristóteles (como cita Juliano, *Epíst. ad*

Themistium, p. 261), la forma del gobierno absoluto, el παμβασίλεια, es contraria a la naturaleza. Sin embargo, tanto el príncipe como el filósofo procuraron envolver esta verdad eterna en una mañosa y estudiada oscuridad. <<

[245] Este sentimiento está casi expresado con las palabras mismas de Juliano. Amiano, XXII, 10. <<

[246] Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 95, p. 320), que indica el deseo y proyecto de Juliano, insinúa con lenguaje misterioso (θεῶν οὓτῶ γνόντων… ἀλλ’ ἦν ἀμείνων ό κωλύων) que el emperador se contuvo a consecuencia de alguna revelación particular. <<

[247] Juliano, *Misopogon*, p. 343. Como nunca anuló por una ley pública los altivos epítetos de *Déspota* o *Dominus*, éstos todavía existen en sus medallas (Du Cange, *Fam. Byzant.*, pp. 38-39), y el descontento que lo afectaba a expresar particularmente sólo dio un tono diferente a la bajeza de la corte. El abad de la Bléterie (*Hist. de Jovien*, t. II, pp. 99-102) ha seguido curiosamente el origen y progreso de la palabra *Dominus* bajo el gobierno imperial. <<

[248] Amiano, XXII, 7. El cónsul Mamertino (en *Panegyr. Vet.*, XI, 28-30) celebra el día venturoso, como un elocuente esclavo, sorprendido y embriagado con la condescendencia de su señor. <<

[249] Las leyes de las doce tablas condenaban la sátira personal

Si male condiderit in quem quis carmina, jus est, Judiciumque

Horacio, Sat. II, l. 82.

Juliano (*Misopogon*, p. 337) se reconoce sujeto a la ley; y el abad de la Bléterie (*Hist. de Jovien*, t. II, p. 92) ha acogido con afán una declaración tan grata a su sistema y a la verdadera mente de la constitución imperial. <<

[250] Zósimo, l. III, p. 158. <<

[251] ‘Η τῆς βοῦλης ἴσχυς φύχης πόλεως ἔστιν. Véanse Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 71, p. 296), Amiano (XXII, 9) y el Código Teodosiano (l. XII, tít. I, leg. 50-55), con los comentarios de Godofredo (t. IV, p. 390-402). Sin embargo, todo el asunto de la *Curia*, a pesar de muy extensos datos, permanece aun en la mayor oscuridad en la historia legal del Imperio. <<

[252] «Quæ paulo ante arida et siti anhelantia visebantur, ea nunc perlui, mundari, madere; Fora, Deambulacra, Gymnasia, lætis et gaudentibus populis frequentari; dies festos, et celebrari veteres, et novos in honorem principis consecrari» (Mamertino, XI, 9). Restauró particularmente la ciudad de Nicópolis y los juegos actiacos, que habían sido instituidos por Augusto. <<

[253] Juliano, *Epíst.* XXXV, pp. 407-411. El abad de la Bléterie omite esta epístola, que ilustra el siglo decadente de la Grecia; y el traductor latino la ha desfigurado de un modo extraño, pues interpretando ἀτέλεια, por *tributum*, y ἰδιώται, por *populus*, expresa contradictoriamente el sentido del original. <<

[254] Reinó en Micenas, a cincuenta estadios o seis millas [9,65 km] de Argos; pero los poetas griegos confunden estas ciudades, que florecieron a la vez. Estrabón, l. VIII, p. 579, ed. Amstel, 1707. <<

[255] Marsham, *Canon Chron.*, p. 421. Esta genealogía de Temeno y Hércules puede ser sospechosa; sin embargo, fue otorgada por los jueces de los juegos olímpicos después de un severo examen (Herodoto, l. V, c. 22) en una época en que los reyes de Macedonia eran oscuros y no tenían popularidad en Grecia. Cuando la liga aquea se declaró contra Filipo, se creyó decoroso que los diputados de Argos se retiraran (Tito Livio,

XXXII, 22). <<

[256] Libanio, que enumera los oradores de Homero, celebra su elocuencia (*Orat. Parentalis*, c. 75-76, pp. 300-301). Sócrates (l. III, c. 1) ha asegurado inconsideradamente que Juliano fue el único príncipe, desde Julio César, que arengó al Senado. Todos los predecesores de Nerón (Tácito, *Annal.* XIII, 3), y muchos sucesores suyos, poseyeron la facultad de hablar en público, y podría probarse con varios ejemplos que la ejercieron frecuentemente en el Senado. <<

[257] Amiano (XXI, 10) ha especificado imparcialmente los méritos y defectos de sus procedimientos judiciales. Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 90-91, p. 315 y ss.) ha visto sólo las cosas bajo su mejor aspecto, y su cuadro, si adula la persona, expresa al menos los deberes del juez. Gregorio Nacianceno (*Orat.* IV, p. 120), que calla las virtudes y exagera aun las faltas veniales del apóstata, pregunta con tono de triunfo: ¿semejante juez podía sentarse en los Campos Elíseos entre Minos y Radamanto? <<

[258] Cincuenta y cuatro de las leyes que expidió Juliano durante un reinado de dieciséis meses se hallan comprendidas en los códigos de Teodosio y Justiniano (Godofredo, *Chronol. Legum*, pp. 64-67). El abad de la Bléterie (t. II, pp. 329-337) ha escogido una de estas leyes para dar una idea del estilo latino de Juliano, que es forzado y estudiado, pero menos puro que su griego. <<

[259]

… Ductor fortissimus armis;

Conditor et legum celeberrimus; ore manuque

Consultor patriæ; sed non consultor habendæ

Religionis; amans tercentum millia Divum.

Perfidus ille Deo, sed non et perfidus orbi.

Prudencio, Apotheosis, 450 y ss.

Parece como si la conciencia de un sentimiento generoso hubiera elevado al poeta cristiano sobre su medianía acostumbrada. <<

[260] Trascribiré algunas de sus expresiones de un breve discurso religioso que el pontífice imperial compuso para censurar la atrevida impiedad de un cínico.

Ἀλλ᾽ ὅμως οὕτω δή τι τοὺς Θεοὺς πέφρικα, καὶ φιλῶ, καὶ σέβω, καί ἅςομαι, καὶ πάνθ᾽ ἀπλῶς τά τοιαῦτα πρὸς αὐτοὺς πάσχω, ὅσαπερ ἄν τις καὶ οἷα πρὸς ἀγαθοὺς δεσπότας, τρὸς διδασκεάλους, πρὸς πατέαας, πρὸς κηδεμόνας.

(*Orat.* VIII, p. 212.) La variedad y la abundancia de la lengua griega parecen inadecuadas al fervor de su devoción. <<

[261] El orador, con cierta elocuencia, mucho entusiasmo y más vanidad, dirige su discurso al cielo y la tierra, a los hombres y los ángeles, a los vivos y los muertos, y sobre todo al gran Constancio (ἐι τις αἴσθησις, una extraña expresión pagana). Concluye, con atrevida firmeza, que ha levantado un monumento no menos duradero y mucho más portátil que las columnas de Hércules. Véase Gregorio Nacianceno, *Orat.* III, p. 50; IV, p. 134. <<

[262] Véase esta larga invectiva que ha sido erradamente dividida en dos oraciones en las obras de Gregorio, t. I, pp. 49-134, París, 1630. Fue publicada por Gregorio y su amigo Basilio (IV, p. 133) seis meses después de la muerte de Juliano, cuando sus restos habían sido llevados a Tarso (IV, p. 120), pero aún cuando Joviano estaba en el trono (III, p. 54; IV, p. 117). Me ha sido de utilidad una traducción francesa con observaciones,

impresa en Lyon en 1735. <<

[263] «Nicomediæ ab Eusebio educatus Episcopo, quem genere longius contingebat» (Amiano, XXII, 9). Juliano nunca expresó su agrado por este prelado arriano, aunque sí celebró a su preceptor, el eunuco Mardonio, y describió su método de enseñanza, que inspiraba en su discípulo una admiración apasionada por el numen y, tal vez, la religión de Homero. *Misopogon*, pp. 351-352. <<

[264] Gregorio Nacianceno, III, p. 70. Procuró efectuar esta santa señal en la sangre, quizás, de un taurobolio. Baronio, *Annal. Eccl.*, 361 d. C., n. 3-4. <<

[265] El mismo Juliano (*Epíst.* LI, p. 434) les aseguró a los alejandrinos que había sido cristiano (habrá querido decir «cristiano sincero») hasta los veinte años. <<

[266] Sobre su educación cristiana e, incluso, eclesiástica, véanse Gregorio (III, p. 58), Sócrates (l. III, c. 1) y Sozomen (l. V, c. 2). Poco faltó para que fuera obispo y quizás un santo. <<

[267] La parte de la obra adjudicada a Galo se llevó a cabo con energía y buen éxito, pero la tierra rechazó y derribó las construcciones levantadas por la mano sacrílega de Juliano. Gregorio Nacianceno, III, p. 59-61. Este terremoto local, legitimado por muchos testigos, constituye uno de los más claros milagros de la historia eclesiástica. <<

[268] El *filósofo* (*Fragm.* p. 288) ridiculiza las cadenas de hierro, etc., de estos fanáticos solitarios (véase Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. IX, pp. 661-662), quienes habían olvidado que el hombre es por naturaleza un animal dócil y social, a ἀνθρώπου φύσει πολιτικοῦ ςώου καί ἡμέρου. El pagano supone que, por haber renunciado a los dioses, estaban poseídos y eran atormentados por los demonios. <<

[269] Véase Juliano *apud* san Cirilo de Alejandría, l. VI, p. 206, l. VIII, p. 253, 262. «Perseguís —dice— a aquellos herejes que no lloran a un muerto, precisamente del modo que vosotros lo aprobáis.» Se muestra como un teólogo tolerante, pero sostiene que la trinidad cristiana no se deriva de la doctrina de Pablo, ni de la de Jesús, ni de la de Moisés. <<

[270] Libanio, *Orat. Parentalis*, c. 9-10, p. 232 y ss. Gregorio Nacianceno, *Orat.* III, p. 61. Eunapio, vida de Máximo en *Vitæ Sophist.* pp. 68-70, ed. Commelin. <<

[271] Con respecto a la duda o convicción que el teísmo y el politeísmo producen en el espíritu humano, un filósofo moderno ha comparado sus diferentes operaciones. Véase Hume, *Essays*, t. II, pp. 444-457, en 8°, ed. 1777. <<

[272] La madre del monte Ida desembarcó en Italia a fines de la segunda guerra púnica. Una gran cantidad de testigos corroboran el milagro de Claudia, virgen o matrona, cuya reputación fue aclarada perjudicando la modestia de las damas romanas. Su testimonio está recopilado por Drakenborch (*Ad Silium Italicum,* XVII, 33); pero podemos observar que Livio (XXIX, 14) menciona este suceso con discreta ambigüedad. <<

[273] No puedo abstenerme de transcribir las palabras enfáticas de Juliano: ἐμοὶ δὲ δοκεῖ ταῖς πόλεσιπιστεύειν μᾶλλον τὰ τοιαῦτα, ἤ τουτοισὶ τοῖς κομψοῖς, ὧν τὸ φυχάριον δριμὺ μὲν, ὑγιὲς δὲ οὐ ἓν βλέπει (*Orat.* V, p. 161). Juliano también declara su firme creencia en los *ancilia*, los escudos sagrados que cayeron del cielo sobre el monte Quirinal, y compadece la extraña ceguedad de los cristianos, que preferían la *cruz* a estos trofeos celestes. *Apud* san Cirilo de Alejandría, l. VI, p. 194. <<

[274] Véanse los principios de la alegoría, en Juliano (*Orat.* VII, pp. 216, 222). Sus argumentos son menos absurdos que los de

algunos teólogos modernos que sostienen que una doctrina extravagante o contradictoria *debe ser* divina porque ningún hombre en vida la hubiera podido inventar. <<

[275] Eunapio escribió una historia parcial y exaltada de estos sofistas, y el erudito Brucker (*Hist. Crit. Philosophiæ*, t. II, pp. 217-303) se ha esforzado en ilustrar sus oscuras vidas y sus incomprensibles doctrinas. <<

[276] Juliano, *Orat.* VII, p. 222. Él se compromete con la más ardiente y entusiasta devoción, y tiembla por el miedo a conocer demasiado estos santos misterios, de los que se burlan los profanos con risa impía y sarcástica. <<

[277] Véase la oración quinta de Juliano. Sin embargo, todas las alegorías que se originaron en la escuela platónica no merecen mayor consideración que el poema de Catulo sobre este extraño asunto. El pasaje de Atis del más singular entusiasmo a la más patética queja, por su pérdida irremediable, le debe inspirar a un hombre compasión y a un eunuco, desesperación. <<

[278] Puede deducirse la verdadera religión de Juliano de *Cæsar.* p. 308, con notas e ilustraciones de Spanheim, de los fragmentos en san Cirilo de Alejandría, l. II, p. 57-58, y particularmente del discurso teológico *In Solem Regem*, pp. 130-158, dirigido con la confianza de la amistad al prefecto Salustio. <<

[279] Juliano adopta esta vulgar concepción y se la atribuye a su favorito Marco Antonino (*Cæsar.* p. 335). Los estoicos y platónicos vacilaban entre la analogía de los cuerpos y la pureza de los espíritus; sin embargo, los filósofos más sensatos se inclinaron hacia la caprichosa idea de Aristófanes y Luciano de que los dioses inmortales se morirían de hambre en un siglo incrédulo. Véase el comentario de Spanheim, pp. 284, 444 y ss. <<

[280]

῞Ηλιον λέγω, τὸ ζῶν ἄγαλμα καὶ ἔμψυχον, καὶ ἔννουν, καὶ ἀγαθοεργὸν τοῦ νοητοῦ πατρὸς.

(Juliano, *Epíst.* II) En otra fuente (*apud* san Cirilo de Alejandría, l. II, p. 69) él llama al sol «Dios» y «trono de Dios». Juliano creía en la trinidad platónica y sólo les critica a los cristianos la preferencia por un Logos mortal en lugar de uno inmortal. <<

[281] Los sofistas de Eunapio hacían tantos milagros como los santos del desierto, y la única consideración en su favor es que tenían un carácter menos sombrío. En lugar de diablos con astas y colas, Jámblico evoca a los genios del amor, Eros y Anteros, de dos fuentes adyacentes. Dos hermosos muchachos salieron de las aguas, lo abrazaron tiernamente como si fuera su padre y se retiraron a su orden, pp. 26-27. <<

[282] Eunapio, con inocente sencillez, refiere el astuto manejo de estos sofistas, que jugaban con su crédulo discípulo (p. 69-79). El abad de la Bléterie comprende y describe claramente toda la farsa (*Vie de Julien*, pp. 61-67). <<

[283] Cuando Juliano, en un momento de pánico, hizo la señal de la cruz, los demonios desaparecieron inmediatamente. Gregorio Nacianceno (*Orat.* III, p. 71). Gregorio supone que se atemorizaron, pero los sacerdotes declararon que, en realidad, estaban indignados. El lector, de acuerdo con su fe, determinará esta profunda cuestión. <<

[284] Dion Crisóstomo, Temistio, Proclo y Estobeo manifiestan una imagen oscura y lejana de los terrores y las alegrías de la iniciación. El erudito autor de *The Divine legation of Moses* ha copiado sus palabras (t. I, pp. 259, 247, 248 y 280, ed. 1765) y las aplica con destreza o firmeza a su propia hipótesis. <<

[285] La modestia de Juliano lo confinó a simular y expresar sus ideas de modo indirecto y casual; pero Libanio se extiende

gustoso sobre los ayunos y visiones del héroe religioso (*Legat. ad Julianum*, p. 157, y *Orat. Parentalis*, c. LXXXIII, pp. 309, 310). <<

[286] Libanio, *Orat. Parentalis*, c. X, pp. 233-234. Galo tenía motivo para sospechar la secreta apostasía de su hermano; en una carta, que puede considerarse genuina, exhorta a Juliano a seguir la religión de sus *antepasados;* argumento que, al parecer, no había llegado aún a una completa madurez. Véase Juliano, *Op.*, p. 454, e *Hist. de Jovien*, t. II, p. 441. <<

[287] Gregorio, con extremado celo, censura a Constancio (III, p 50) por haber perdonado al apóstata cuando era un niño (κάκως σώθεντα). Su traductor francés (p. 265) observa hábilmente que semejantes expresiones no deben tomarse literalmente. <<

[288] Libanio, *Orat. Parentalis*, c. IX, p. 233. <<

[289] Fabricio (*Bibliotheca Græca*, l. V, c. VIII, pp. 88-90) y Lardner (*Heathen Testimonies*, t. IV, pp. 44-47) han compilado con precisión todo el material contra los cristianos encontrado en la obra de Juliano. <<

[290] Unos setenta años después de la muerte de Juliano, ejecutó una tarea que débilmente había intentado Felipe de Side, prolijo y desdeñable escritor. La obra de Cirilo no ha satisfecho ni siquiera a los jueces más favorables; y el abad de la Bléterie (*Hist. de Jovien*, «Préface», pp. 30, 32) deseaba que algún *théologien philosophe* (singular centauro) emprendiera la refutación de Juliano. <<

[291] Libanio (*Orat. Parentalis*, c. LXXXVII, p. 313), de quien se sospecha que ayudó a su amigo, prefiere esta venganza divina (*Orat.* IX, en *necem Juliani*, p. 255, ed. Morel) a los escritos de Porfirio. Puede cuestionarse su criterio (Sócrates, l. III, c. 23),

pero Libanio no puede ser acusado por adular a un príncipe difunto. <<

[292] Libanio (*Orat. Parentalis*, c. LVIII, pp. 283-284) ha explicado elocuentemente los principios tolerantes y la conducta de su amigo. En una epístola muy notable, dirigida al pueblo de Bostra, el mismo Juliano (*Epíst.* LII) manifiesta su moderación y descubre su celo, que reconoce Amiano y expone Gregorio (*Orat.* III, p. 72). <<

[293] Por su expresa orden, en Grecia se abrieron los templos de Minerva antes de la muerte de Constancio (Libanio, *Orat. Parentalis*, c. 55, p. 280), y el mismo Juliano se declara pagano en su manifiesto a los atenienses. Este testimonio indisputable puede enmendar la precipitada afirmación de Amiano, quien supone que Constantinopla fue el lugar donde descubrió su adhesión a los dioses. <<

[294] Amiano, XXII, 5. Sozomen, l. V, c. 5. «Bestia moritur, tranquillitas redit… omnes episcopi qui de propriis sedibus fuerant exterminati per indulgentiam novi principis ad eccelesias redeunt» (san Jerónimo, *Adv. Luciferianos*, t. II, p. 143). Optato acusa a los donatistas de que deben su seguridad a un apóstata (l. II, c. 16, pp. 36-37, ed. Dupin). <<

[295] Juliano (*Misopogon*, p. 346), Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 60, pp. 286-287, y *Orat. Consularis ad Julianum*, pp. 245, 246, ed. Morel.), Amiano (XXII, 12) y Gregorio Nacianceno (*Orat.* IV, p. 121) describen la restauración del culto pagano. Estos escritores acuerdan en los hechos esenciales e, incluso, en minuciosidades, pero las diferentes perspectivas desde las que abordan la gran devoción de Juliano son la expresión de una sucesión de aplausos y admiración apasionada, suaves reconvenciones y parciales invectivas. <<

[296] Véase Juliano, *Epíst.* XLIX, LXII, LXIII, y un largo y

curioso fragmento, sin principio ni fin (pp. 288-305). El Sumo Pontífice se burla de la historia de Moisés y de la disciplina cristiana, prefiere los poetas griegos a los profetas hebreos y justifica, con la habilidad de un jesuita, el culto a las imágenes. <<

[297] El regocijo de Juliano por la extinción de estas impías sectas y sus escritos puede ser consistente con su carácter sacerdotal; pero desear que esté oculto al conocimiento humano cualquier argumento u opinión que contradiga los suyos es indigno de un filósofo. <<

[298] Sin embargo, da a entender que los cristianos, con el pretexto de la caridad, engañaban a los niños y los separaban de sus padres y de su religión para llevarlos a bordo de buques y someterlos a una vida de pobreza o servidumbre en un país lejano (p. 305). Probado el hecho, su deber no era quejarse sino castigar. <<

[299] Gregorio Nacianceno es mordaz, ingenioso y argumentador (*Orat.* III, pp. 101, 102 y ss.). Ridiculiza la locura de esta vana imitación y se entretiene preguntando qué lecciones morales o teológicas podían sacarse de las fábulas griegas. <<

[300] Acusa a uno de sus pontífices de una alianza secreta con los obispos y presbíteros cristianos (*Epíst.* LXII). ʻΟρῶν οὖν πολλήν μὲν ὀλιγωρίαν οὖσαν ἡμῖν πρὸς τοὺς θεοὺς. Y después: ἡμᾶς δὲ οὕτω῾ραθύμως, etc. (*Epíst.* LXIII). <<

[301] Elogia la fidelidad de Calíxenes, sacerdotisa de Ceres, que dos veces había sido tan constante como Penélope, y la recompensa del sacerdocio de la diosa frigia en Pesino (Juliano, *Epíst.* XXI). Aplaude la firmeza de Sopater de Hierápolis, que había sido instado por Constancio y Galo a *apostatar* (*Epíst.* XXVII, p. 401). <<

[302] ʻΟ δὲ νομίζων άδελφά λόγους τε καί θεῶν ἱερά.

(*Orat. Parentalis*, c. 77, p. 302). Juliano, Libanio y los demás de su bando con frecuencia inculcan el mismo sentimiento. <<

[303] Amiano expone claramente (XXII, 12) la curiosidad y credulidad del emperador, que probaba todas las modalidades de la adivinación. <<

[304] Juliano, *Epíst.* XXXVIII. Otras tres epístolas (XV, XVI, XXXIX), escritas en el mismo tono de amistad y confianza, están dirigidas al filósofo Máximo. <<

[305] Eunapio (*Vitæ Sophist.* en la vida de Máximo, pp. 77-79, y Crisantio, pp. 147-148) ha referido minuciosamente estas anécdotas, que a su entender son los sucesos más importantes del siglo. Sin embargo, confiesa claramente la fragilidad de Máximo. Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 86, p. 301) y Amiano (XXII, 7) describen su recibimiento en Constantinopla. <<

[306] Crisantio, que había rehusado salir de Lidia, fue nombrado gran sacerdote de la provincia. El uso cauto y moderado que hizo del poder le aseguró el cargo después de la revolución y la posibilidad de vivir en paz, mientras que Máximo, Prisco, etc., fueron perseguidos por los ministros cristianos. Véase Brucker, t. II, pp. 281-293, que recopila las aventuras de estos sofistas fanáticos. <<

[307] Véanse Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 101-102, pp. 324-326) y Eunapio (*Vitæ Sophist.* en la vida de Proeresio, p. 126). Algunos estudiantes, cuyas expectativas quizás eran infundadas o extravagantes, se retiraron disgustados (Gregorio Nacianceno, *Orat.* IV, p. 120). Es extraño que no podamos refutar el título de uno de los capítulos de Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 960): «La Cour de Julien est pleine de philosophes et de gens perdus». <<

[308] Bajo el reinado de Luis XIV, la mayoría de sus súbditos

aspiraba al glorioso título de *convertisseur,* que era la expresión de su entusiasmo y éxito en hacer prosélitos. La palabra y la idea se han ido perdiendo en Francia; ¡ojalá que nunca se introduzcan en Inglaterra! <<

[309] Véanse las fuertes expresiones de Libanio, que probablemente serían las mismas de Juliano (*Orat. Parentalis*, c. 59, p. 285). <<

[310] Cuando Gregorio Nacianceno (*Orat.* X, p. 167) desea ponderar la firmeza cristiana de su hermano Cesario, médico de la corte imperial, confiesa que éste lidiaba con un temible adversario, πὸλυνὲν ὁπλοῖς, καὶ μέγαν ἐν λόγων δεινότητι. En sus invectivas apenas le concede al apóstata ingenio o valor. <<

[311] Juliano, *Epíst.* XXXVIII. Amiano, XXII, 12. «Adeo ut in dies pæne singulos milites carnis distentiore sagina victitantes incultius, potusque aviditate correpti, humeris impositi transeuntium per plateas, ex publicis ædibus… ad sua diversoria portarentur.» El devoto príncipe y el indignado historiador describen la misma escena. En Iliria o en Antioquía las mismas causas deben haber producido los mismos efectos. <<

[312] Gregorio (*Orat.* III, pp. 74-75 y 83-86) y Libanio (*Orat. Parentalis*, c. LXXXI-LXXXII, pp. 307-308);

περί ταύτην τήν σπουδήν, οὐκ ἀρνοῦμαι πλοῦτον ἀνηλῶσθαι μέγαν.

El sofista confiesa y justifica el gasto de estas conversiones militares. <<

[313] La epístola de Juliano (XXV) está dirigida a la comunidad de los judíos. Aldo (Venet. 1499) lo ha imprecado con εἰ γνήσιος, pero los editores posteriores, Petavio y Spanheim, han hecho desaparecer esta mancha difamante. Sozomen

menciona la epístola (l. v, c. 22), y Gregorio (*Orat.* IV, p. 111) y el mismo Juliano (*Fragm.*, p. 295) han confirmado su significado. <<

[314] El Misnah condena a muerte a los que abandonan la religión. El juicio de celo está explicado por Marsham (*Canon Chron.* pp. 161-162, ed. fol. Londres, 1672) y Basnage (*Hist. des Juifs*, t. VIII, p. 120). Constantino dictó una ley para proteger a los cristianos convertidos del judaísmo. *Codex Theodos.* l. XVI, tít. VIII, leg. 1. Gofredo, t. VI, p. 215. <<

[315] «Et interea (durante la guerra civil de Magnencio) Judæorum seditio, qui Patricium nefarie in regni speciem sustulerunt, oppressa» (Aurelio Víctor, sobre la vida de Constancio, c. XLII). Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 379, en 4º. <<

[316] Reland (*Palestin.*) describe curiosamente la ciudad y sinagoga de Tiberíades (t. II, pp. 1036-1042). <<

[317] Basnage ha ilustrado completamente la situación de los judíos bajo Constantino y sus sucesores (t. VIII, c. IV, pp. 111-153). <<

[318] Reland (*Palestin.* l. I, p. 309, 390, l. III, pp. 838) describe Jerusalén y el aspecto del país vecino con erudición y perspicacia. <<

[319] He consultado un curioso tratado de D'Anville (*Sur l'Ancienne Jérusalem*, p. 75, París, 1747). El perímetro de la antigua ciudad (Eusebio, *Præparat. Evangel.* l. IX, c. 36) era de veintisiete estadios [5,43 km] o dos mil quinientas cincuenta toesas [4,97 km]. Un plano del lugar no da más de mil novecientas cincuenta toesas [3,86 km] al moderno poblado. El circuito está señalado con mojones naturales, que no pueden quitarse e impiden errores. <<

[320] Véanse dos curiosos pasajes en Jerónimo (t. I, p. 102, t. VI, p. 315) y los exhaustivos detalles de Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. I, p. 169, t. II, pp. 289, 294, 4 ed.). <<

[321] Eusebio, de *Vita Constant.* l. III, c. 25-47, 51-53. El emperador también levantó iglesias en Belén, en el Monte de los Olivos y en la encina de Mambré. Sandys (*Travels*, p. 125-133) y Le Bruyn (*Voyage au Levant*, pp. 288-296) describen el santo sepulcro. <<

[322] La ruta de Burdeos a Jerusalén se construyó en el año 333 para uso de los peregrinos, entre quienes san Jerónimo cuenta a los británicos y a los indios. Las causas de esta supersticiosa costumbre se discuten en el erudito y sensato prefacio de Wesseling (*Itiner.* pp. 537-545). <<

[323] Cicerón (de *Finibus* V, 1) ha expresado bellamente el sentido común del género humano. <<

[324] Baronio (*Annal. Eccles.* 326 d. C., n. 42-50) y Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. VII, pp. 8-16) son los historiadores y paladines de la *invención* de la cruz milagrosa bajo el reinado de Constantino. Los testigos más antiguos son Paulino, Sulpicio Severo, Rufino, Ambrosio y, tal vez, Cirilo de Jerusalén. El silencio de Eusebio y del peregrino de Burdeos satisface a los que piensan, aunque deja perplejos a los que creen. Véanse las observaciones exactas de Jortin, t. II, pp. 238-248. <<

[325] Paulino afirma esta cualidad (*Epíst.* XXXVI. Véase Dupin, *Bibliothèque Ecclés.* t. III, p. 149), pero parece presentar como un hecho verdadero una figura retórica de Cirilo. El mismo privilegio sobrenatural seguramente fue asignado a la leche de los senos de la Virgen (Erasmo, *Opera*, t. I, p. 778, Lugd. Bat. 1703, en *Colloq. de Peregrinat. Religionis ergo*), a las cabezas de los santos y a otras reliquias que se encuentran repetidas en

tantas iglesias diferentes. <<

[326] San Jerónimo (t. I, p. 103), que residía en la aldea inmediata de Belén, describe los vicios de Jerusalén basándose en su propia experiencia. <<

[327] San Gregorio Niseno, *apud* Wesseling, p. 539. Toda la epístola, que critica el uso y el abuso de las peregrinaciones religiosas, les resultaba desagradable a los teólogos católicos, aunque es conocida y estimada por nuestros argumentadores protestantes. <<

[328] Renunció a su ordenación ortodoxa, ofició como diácono y fue ordenado otra vez por los arrianos. Sin embargo, Cirilo con el paso del tiempo fue variando y prudentemente adhirió a los preceptos nicenos. Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. VIII), que lo recuerda con estima y respeto, ha mencionado sus virtudes en el texto y sus faltas en las notas, las que colocó al fin del tomo con cierto ánimo de ocultarlas. <<

[329] «Imperii sui memoriam magnitudine operum gestiens propagare» (Amiano, XXIII, 1). El templo de Jerusalén había sido famoso incluso entre los gentiles, quienes poseían muchos templos en cada ciudad (cinco en Siquen, ocho en Gaza y cuatrocientos veinticuatro en Roma), pero la riqueza y la religión de la nación judía estaban reconcentradas en un punto. <<

[330] El erudito y dogmático Warburton, último obispo de Gloucester, descubre las intenciones secretas de Juliano y prescribe, con la autoridad de un teólogo, los motivos y la conducta del Ser Supremo. Todas las singularidades que se le imputan a la escuela warburtoniana están fuertemente manifestadas en el discurso titulado *Julian* (2 ed., Londres, 1751). <<

[331] Me baso en Maimónides, Marsham, Spencer, Le Clerc, Warburton, etc., que se han burlado de los temores, la locura y la falsedad de algunos teólogos supersticiosos. Véase *Divine legation of Moses*, t. IV, p. 21 y ss. <<

[332] Juliano (*Fragm.*, p. 295) lo llama respetuosamente μέγας θέος, y en otra ocasión (*Epíst.* LXIII) lo trata con mayor sumisión. Desaprueba doblemente a los cristianos por creer en la religión de los judíos y, al mismo tiempo, por renunciar a ella. Su deidad era un Dios *verdadero,* pero no el *único*. *Apud* san Cirilo de Alejandría, l. IX, pp. 305-306. <<

[333] 1. Reyes VIII, 63. 2. Crónicas VII, 5. Josefo, *Antiquit.* l. VIII, c. 4, p. 431, ed. Havercamp. Como la sangre y el humo de tantos sacrificios podían ser perjudiciales, Lightfoot el rabí cristiano, los hace desaparecer con un milagro. Le Clerc (*ad loc.*) se atreve a sospechar sobre la exactitud de los números. <<

[334] Juliano, *Epíst.* XXIX, XXX. La Bléterie ha dejado sin traducir la segunda de estas epístolas. <<

[335] Sobre el entusiasmo y la impaciencia de los judíos, véanse Gregorio Nacianceno (*Orat.* IV, p. 111) y Teodoreto (l. III, c. 20). <<

[336] Omar, segundo califa, que murió en el año 644, edificó la mezquita. La construcción cubre todo el terreno consagrado del templo judío y casi constituye un cuadrado, cuyo perímetro es de setecientas sesenta toesas [1482 m] o una milla romana [1478,5 m]. Véase D’Anville, *Sur l’Ancienne Jérusalem*, p. 45. <<

[337] Antes de mencionar los *pensamientos* de Juliano, Amiano recuerda a los cónsules del año 363;. «Templum… instaurare sumptibus *cogitabat* immodicis». Warburton tiene el secreto deseo de anticipar el proyecto; pero, sin duda, comprendió de ejemplos anteriores que la ejecución de semejante obra hubiera

requerido muchos años. <<

[338] Los posteriores testimonios de Sócrates, Sozomen, Teodoreto, Filostorgio, etc., añaden contradicciones más que autoridad. Las objeciones de Basnage (*Hist. des Juifs*, t. VIII, pp. 151-168) se pueden comparar con las respuestas de Warburton (*Julian*, pp. 174-258). El obispo ha explicado ingeniosamente las cruces milagrosas que aparecieron en los vestidos de los circunstantes con un ejemplo similar y con los efectos naturales del relámpago. <<

[339] San Ambrosio, t. II, *Epíst.* XL, p. 946, ed. Benedict. Compuso esta fanática epístola (388) para justificar a un obispo sentenciado por los magistrados civiles por haber incendiado una sinagoga. <<

[340] Crisóstomo, *Adv. Judæos et Gentes* (t. I, p. 580), de *Sancto Babyla* (t. II, p. 574, ed. Montfaucon). He seguido la hipótesis más usual y lógica, pero el erudito benedictino, que supone que estos sermones fueron compuestos en el año 583, está seguro de que nunca fueron pronunciados desde el púlpito. <<

[341]

Τὸ δὲ οὖν περιβόητον πᾶσι θαῦμα, καί οὐδὲ τοῖς ἀθέοις αὔτοις ἀπιστούμενον, λέξων ἐρχόμαι.

(Gregorio Nacianceno, Orat. IV, pp. 110-113.) <<

[342] Amiano, XXIII, 1. «Cum itaque rei fortiter instaret Alypius juvaretque provinciæ rector, metuendi globi flammarum prope fundamenta crebris assultibus erumpentes fecere locum exustis aliquoties operantibus inaccessum; hocque modo elemento destinatius repellente, cessavit inceptum.» Warburton (p. 60-90) procura sacar de las bocas de Juliano y Libanio una confesión del milagro y emplear el testimonio de un rabino que vivió en el

siglo XV. Sólo un juez parcial puede acoger semejantes testimonios. <<

[343] El doctor Lardner es quizás el único de los críticos cristianos que se anima a dudar de la verdad de este famoso milagro (*Jewish and Heathen Testimonies*, t. IV, pp. 47-71). El silencio de san Jerónimo nos hace sospechar que la misma historia que se celebra en un lugar lejano podría despreciarse en uno cercano. <<

[344] Gregorio Nacianceno, *Orat.* III, p. 81. Esta ley fue confirmada por la práctica invariable del mismo Juliano. Warburton (p. 35) ha observado con fundamento que los platónicos creían en la virtud misteriosa de las palabras. Entonces, la aversión de Juliano al nombre de Cristo podía provenir de esta superstición y también del desprecio. <<

[345] Juliano, *Fragm.*, p. 288. Se burla de la μωρία Ταλιλαίων (*Epíst.* VII) y por ello pierde de vista los principios de la tolerancia que desea ἄκοντας ἰᾶσθαι (*Epíst.* XLII). <<

[346]

Οὐ γάρ μοι θέμις ἐστί κομιζέμεν ἢ ἐλεαίρειν
Ανερας, Οἵ κε θεοῖσιν ἀπέχθωντ᾽ ἀθανάτοισν.

Estos dos versos, que Juliano ha alterado acorde al verdadero espíritu de un fanático (*Epíst.* XLIX), están tomados del discurso de Eolo, cuando rehúsa concederle a Ulises una nueva provisión de frescos vientos (*Odisea*, X, 73). Libanio (*Orat. Parentalis*, c. LIX, p. 286) trata de justificar esta conducta parcial con una apología, en la que se trasluce la persecución bajo la máscara del candor. <<

[347] Estas leyes que afectaron al clero pueden encontrarse referidas en las insinuaciones del mismo Juliano (*Epíst.* LII), en las vagas declamaciones de Gregorio (*Orat.* III, pp. 86-87) y en

las afirmaciones positivas de Sozomen (l. V, c. 5). <<

[348] «Inclemens… perenni obruendum silentio.» Amiano, XXII, 10; XXV, 5. <<

[349] El mismo edicto, que aún existe en las epístolas de Juliano (XLII), puede compararse con las invectivas sueltas de Gregorio (*Orat.* III, p. 96). Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. VII, pp. 1291-1294) ha recopilado las diferencias aparentes entre antiguos y modernos. Éstas pueden conciliarse fácilmente. Se les prohibió *directamente* a los cristianos que enseñaran e *indirectamente* que aprendieran, ya que ellos no querían concurrir a las escuelas de los paganos. <<

[350] *Codex Theodos.* l. XIII, tít. III, de *Medicis et Professoribus*, leg. 5 (publicada el 17 de junio, recibida en Spoleto, Italia, el 29 de julio del año 373) con las ilustraciones de Godofredo, t. V, p. 31. <<

[351] Orosio celebra su determinación desinteresada: «Sicut a majoribus nostris compertum habemus, omnes ubique propemodum… officium quam fidem deserere maluerunt» (VII, 30). Proeresio, sofista cristiano, rehusó aceptar la protección parcial del emperador. San Jerónimo, *Chron.* p. 185, ed. Escalígero. Eunapio, vida de Proeresio, en *Vitæ Sophist.* p. 126. <<

[352] Recurrieron al recurso de componer libros para sus propias escuelas. Al cabo de algunos meses, Apolinar produjo sus imitaciones cristianas de Homero (una historia sagrada en veinticuatro libros), Píndaro, Eurípides y Menandro; y Sozomen se manifiesta satisfecho de que igualaron o aventajaron a los originales. <<

[353] Era la instrucción de Juliano a sus magistrados (*Epíst.* VII) προτιμᾶσθαι μέντοι τοὺς θεοσεβεῖς καί πάνυ φημί

δεῖν. Sozomen (l. V, c. 18) y Sócrates (l. III, c. 13) deben ser rebajados al nivel de Gregorio (*Orat.* III, p. 95), tan exagerado como ellos, aunque más contenido por el conocimiento actual de sus lectores contemporáneos. <<

[354] ψηφῷ θεῶν καί διδὸυς καί μή διδόυς (Libanio, *Orat. Parentalis*, c. 88, p. 314). <<

[355] Gregorio Nacianceno, *Orat.* III, pp. 74, 91 y 92. Sócrates, l. III, c. 14. Teodoreto, l. III, c. 6. Sin embargo, algún menoscabo puede admitirse por la violencia de su entusiasmo, no menos parcial que el de Juliano. <<

[356] Si comparamos el suave lenguaje de Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 60, p. 286) con las exclamaciones apasionadas de Gregorio (*Orat.* III, pp. 86-87), nos será difícil creer que ambos oradores están realmente describiendo los mismos acontecimientos. <<

[357] Restán o Aretusa, a una distancia de dieciséis millas [25,75 km] entre Emesa (Homs) y Epifanía (Hamath), fue fundada, o a lo menos así llamada, por Seleuco Nicator. Según las medallas de la ciudad, su origen se remonta al año 685 de Roma. Durante la decadencia de los seléucidas, Emesa y Aretusa fueron usurpadas por el árabe Sampsiceramo, cuyo futuro, como vasallo de Roma, no estaba extinguido en el reinado de Vespasiano. Véanse los mapas y *Géographie Ancienne* de D’Anville, t. II, p. 134. Wesseling, *Itiner.* p. 188, y Noris, de *Epochis Syro-Macedonum*, pp. 80, 481 y 482. <<

[358] Sozomen, l. V, c. 10. Es extraño que Gregorio y Teodoreto suprimieran una circunstancia que, según su parecer, debía engrandecer el mérito religioso del confesor. <<

[359] El testimonio irrecusable de Libanio confirma los sufrimientos y la firmeza de Marcos, que Gregorio ha pintado

tan trágicamente (*Orat.* III, pp. 88-91).

Μάρκος ἐκεῖνος κρεμάμενος, καί παστιγοὺμενος, καί τοῦ πώγωνος αὐτῷ τιλλομένου, πάντα ἐνεγκὼν ἀνδρε΄ιως νῦν ἰσόθεός ἐατι ταῖς τιμαῖς, κἄν φανῇ που, περιμάχητος εὐθύς.

(Epíst. 730, pp. 350-351, ed. Wolf. Amstel. 1738.) <<

[360] «Περιμάχητος, certatim eum sibi (Christiani) vindicant.» Así han explicado La Croze y Wolfio (*ad loc.*) una palabra griega cuyo verdadero significado desconocían los traductores anteriores, incluso hasta Le Clerc (*Bibliothèque Ancienne et Moderne*, t. III, p. 371). Sin embargo, Tillemont se muestra ansioso por comprender (*Mém. Ecclés.* t. VII, p. 1309) cómo Gregorio y Teodoreto podían tomar por santo a un obispo semiarriano. <<

[361] Véase el probable consejo de Salustio (Gregorio Nacianceno, *Orat.* III, pp. 90-91). Libanio intercede por un ofensor semejante, porque temía que aparecieran muchos Marcos. Sin embargo, acuerda en que, si Orión había ocultado las riquezas consagradas, merecía el castigo de Marsias, es decir, ser desollado vivo (*Epíst.* 730, pp. 349-351). <<

[362] Gregorio (*Orat.* III, p. 90) está convencido de que, al salvar al apóstata, Marcos había merecido aún más de lo que padeció. <<

[363] Estrabón (l. XVI, pp. 1089, 1090, ed. Amstel., 1707), Libanio (*Nænia*, pp. 185-188. *Orat. Antiochic.* XI, pp. 380, 381) y Sozomen (l. V, c. 19) describen la gruta y el templo de Dafne. Wesseling (*Itiner.* p. 581) y Casaubon (*ad Hist. August.* p. 64) ilustran este curioso asunto. <<

[364] «Simulacrum in eo Olympiaci Jovis imitamenti æquiparans

magnitudinem» (Amiano, XXII, 13). El Júpiter olímpico tenía sesenta pies [18,29 m] de alto y, por consiguiente, su volumen era igual al de mil hombres. Véase una curiosa *Mémoire* del abate Gedoyn (*Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. IX, p. 198). <<

[365] Adriano leyó la historia de su suerte futura en una hoja mojada en la fuente Castalia, lo cual, según el médico Vandale (de *Oraculis*, pp. 281-282), podía fácilmente realizarse por medio de preparaciones químicas. El emperador contuvo el curso de tan peligroso saber, que nuevamente la devota curiosidad de Juliano liberó. <<

[366] Fue comprado en el año 92 de la era de Antioquía —año 44 de nuestra era— por el término de noventa olimpíadas (Noris, de *Epochis Syro-Macedonum*, pp. 139-174). Pero los juegos olímpicos de Antioquía no se celebraron con regularidad hasta el reinado de Cómodo. Véanse los curiosos pormenores en la Crónica de Juan Malala (t. I, pp. 290, 320, 372 y 381), escritor cuyo mérito y autoridad han sido reducidos a los límites de su patria. <<

[367] Sosibio, que murió en el reinado de Augusto, adjudica quince talentos de oro. Se comparan los méritos teatrales de las ciudades sirias, durante el siglo de Constantino, en *Expositio Totius Mundi*, p. 6 (Hudson, *Geographi Minores*, t. III). <<

[368] «Avidio Cassio Syriacas legiones dedi luxuria diffluentes et *Daphinicis* moribus.» Éstas son las palabras del emperador Marco Antonino en una carta original, conservada por su biógrafo en *Hist. August.* p. 41. Casio echó o castigó a todo soldado visto en Dafne. <<

[369] «Aliquantum agrorum Daphnensibus dedit (*Pompeyo*) quo lucus ibi spatiosior fieret; delectatus amænitate loci et aquarum abundantia.» Eutropio, VI, 14. Sexto Rufo, de *Provinciis*, c. 16. <<

[370] Juliano (*Misopogon*, pp. 361-362) descubre su carácter con aquella naturalidad y aquella inocente sencillez que constituyen siempre un talento verdadero. <<

[371] Eusebio cita a Babilas en la serie de los obispos de Antioquía (*Hist. Eccl.* l. VI, c. 29, 39). Su triunfo sobre dos emperadores (el primero ficticio, el segundo histórico) está difusamente celebrado por Crisóstomo (t. II, pp. 536-579, ed. Montfaucon). Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. III, parte II, pp. 287-382, 459-465) raya casi en el escepticismo. <<

[372] Los críticos eclesiásticos, particularmente los que son aficionados a reliquias, se regocijan con la confesión de Juliano (*Misopogon*, p. 361) y Libanio se alegra de que la inmediación de un muerto hubiese turbado a Apolo. Sin embargo, Amiano (XXII, 12) logra limpiar y purificar todo el terreno, según los ritos que practicaban anteriormente los atenienses en la isla de Delos. <<

[373] Juliano (*Misopogon*, p. 361) insinúa, más que afirma, su crimen. Amiano (XXII, 13) trata la inculpación de *levissimus rumor* y cuenta la historia con extraordinario candor. <<

[374] «Quo tam atroci casu repente consumpto, ad id usque imperatoris ira provexit, ut quæstiones agitare juberet solito acriores (aunque Juliano critica la indulgencia de los magistrados de Antioquía), et majorem ecclesiam Antiochiæ claudi.» Esta interdicción se realizó con algunos eventos de afrenta y profanación; y la muerte oportuna del actor principal, el tío de Juliano, se halla referida con supersticiosa satisfacción por el abad de la Bléterie, *Vie de Julien*, pp. 362-369. <<

[375] Además de los historiadores eclesiásticos, que son poco confiables, podemos alegar la pasión de san Teodoro, en Ruinart, *Acta Sincera Martyrum*, p. 591. La queja de Juliano le da un tono original y auténtico. <<

[376] Juliano, *Misopogon*, p. 361. <<

[377] Véase a Gregorio Nacianceno (*Orat.* III, p. 87). Sozomen (l. V, c. 9) puede ser considerado como un testigo original, aunque no imparcial. Era oriundo de Gaza y había conversado con el confesor Zenón —quien llegó a la edad de cien años— en su obispado de Maiuma (l. VII, c. 28). Filostogio (l. VII, c. 4. con las Disertaciones de Godofredo, p. 284) añade algunas circunstancias trágicas acerca de cristianos que fueron *literalmente* sacrificados en los altares de los dioses, etcétera. <<

[378] Amiano (XXII, 11). Gregorio Nacianceno (*Orat.* XXI, pp. 382, 385, 389 y 390) y Epifanio (*Adv. Hæreses* LXXVI) describen la vida y muerte de Jorge de Capadocia. Las invectivas de los dos santos no merecerían mucho crédito si no las confirmara el testimonio del frío o imparcial infiel. <<

[379] Después del asesinato de Jorge, el emperador Juliano envió repetidas órdenes para que se conservase la biblioteca para su uso particular y que se diese tormento a los esclavos sospechados de ocultar algunos libros. Alababa la colección, de la cual había tomado y trascripto muchos manuscritos cuando estudiaba en Capadocia. Verdaderamente hubiera deseado que las obras de los galileos perecieran; sin embargo, exigió una cuenta exacta, incluso de estas obras teológicas, por temor a que tratados de mayor valor se confundieran con ellas y se perdiesen. <<

[380] Filostorgio, con cauta malicia, indica su culpa, καί τὴν ’Αθανασίου γνώμην στρατηγῆσαι τῆς πράξεως, l. VII, c. 2. Godofredo, p. 267. <<

[381] «Cineres projecit in mare, id metuens ut clamabat, ne, collectis supremis, ædes illis exstruerentur ut reliquis, qui deviare a religione compulsi, pertulere cruciabiles pænas, adusque gloriosam mortem intemerata fide progressi, et nunc

MARTYRES appellantur» (Amiano, XXII, 11). Epifanio demuestra a los arrianos que Jorge no fue un mártir. <<

[382] Algunos donatistas (Optato de Milevis, p. 60, 303, ed. Dupin, y Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. VI, p. 713, en 4º) y priscilianistas (Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. VIII, p. 517 en 4) han usurpado del mismo modo los honores de los santos y mártires católicos. <<

[383] Los santos de Capadocia, Basilio y los Gregorios, ignoraban la suerte de su santo compañero. El papa Gelasio (494 d. C.), el primer católico que reconoce a san Jorge, lo coloca entre los mártires: «qui Deo magis quam hominibus noti sunt». Desecha sus actas porque las considera obra de los herejes. Aún existen algunas actas espurias, aunque no las más antiguas; y podemos distinguir, traspasando una nube la ficción, el combate que san Jorge de Capadocia sostuvo en presencia de la reina *Alejandra* contra el *mago Atanasio.* <<

[384] Esta transformación no se presenta como absolutamente cierta, pero sí como *sumamente* probable. Véase *Longueruana*, t. I, p. 194. <<

[385] Una historia curiosa del culto de san Jorge, desde el siglo VI (cuando ya era reverenciado en Palestina, Armenia, Roma y Tréveris, en Galia) puede extractarse del Dr. Heylin (*Hist. of St. George*, p. 429, 2 edición, Londres, 1633, en 4º) y los bolandistas (*Act. SS. Mens. April.* t. III, pp. 100-163). Su fama y popularidad en Europa, y particularmente en Inglaterra, se deben a las Cruzadas. <<

[386] Juliano, *Epíst.* XLIII. <<

[387] Juliano, *Epíst.* X. Permitía a sus amigos que aplacasen su enojo. Amiano, XXII, 11. <<

[388] Véanse Atanasio *ad* Rufino, t. II, pp. 40-41, y Gregorio

Nacianceno, *Orat.* III, pp. 395-396, quien asegura que el entusiasmo moderado del primado era mucho más meritorio que sus oraciones, ayunos, persecuciones, etcétera. <<

[389] No tengo tiempo para seguir la ciega obstinación de Lucifer de Cagliari. Véanse sus aventuras en Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. VII, pp. 900-926), y obsérvese cómo cambia insensiblemente el tono de la narración y el confesor se vuelve cismático. <<

[390] «Assensus est huic sententiæ Occidens, et, per tam necessarium concilium, Satanæ faucibus mundus ereptus.» El vivaz y lúcido diálogo de san Jerónimo contra los luciferianos (t. II, pp. 135-155) presenta un panorama original de la política eclesiástica de la época. <<

[391] Tillemont, que supone que Jorge fue asesinado en agosto, amontona en un breve espacio de tiempo las acciones de Atanasio (*Mém. Ecclés.* t. VIII, p. 360). Un fragmento original, publicado por el marqués Maffei, de la biblioteca del antiguo capítulo de Verona (*Osservazioni Letterarie*, t. III, pp. 60-92), proporciona muchas fechas importantes, que se hallan legitimadas por el cómputo de meses egipcios. <<

[392] Τὸν μιαρὸν, ὁς ἐτόλμησεν Ἑλληνίδας, ἐπ᾽ ἐμοῦ, γυναῖκας, τῶν ἐπιστήμων βαπτίσαι, διώκεσθαι. He conservado el sentido ambiguo de la última palabra, la vaguedad de un tirano que deseaba encontrar o inventar el crimen. <<

[393] Las tres epístolas de Juliano, que explican sus intenciones y conducta con respecto a Atanasio, deberían estar ordenadas cronológicamente del siguiente modo: XXVI, X, VI. De todas maneras, véase Gregorio Nacianceno, XXI, p. 393. Sozomen, l. V, c. 15. Sócrates, l. III, c. 14 Teodoreto, l. III, c. 9, y Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. VIII, pp. 361-368, quien ha tomado algunos datos de los bolandistas. <<

[394] Véase la sensata confesión de Gregorio (*Orat.* III, p. 61, 62). <<

[395] Véase la furibunda y absurda queja de Optato (de *Schism. Donatist.* l. II, c. 16, 17). <<

[396] Gregorio Nacianceno, *Orat.* III, p. 91; IV, p. 133. Elogia a los alborotadores de Cesárea, τοῦτων δὲ τῶν μεγαλοφυῶν καί θερμῶν εἰς εὐσεβέιαν. Véase Sozomen, l. V, 4, 11. Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. VII, pp. 649-650) confiesa que su conducta no era común, pero está absolutamente satisfecho porque el gran san Basilio siempre celebró la fiesta de estos benditos mártires. <<

[397] Juliano inició una demanda contra la nueva ciudad cristiana en Maiuma, puerto de Gaza, y su sentencia, aunque pudiera adjudicarse al fanatismo, nunca fue revocada por sus sucesores. Sozomen, l. V, c. 3. Reland, *Palestin.* t. II, p. 791. <<

[398] Gregorio (*Orat.* III, pp. 93-95; IV, p. 114) pretende hablar de la información de los confidentes de Juliano, a quienes Orosio (VII, 30) no podía haber visto. <<

[399] Gregorio (*Orat.* III, p. 91) acusa al apóstata de sacrificios secretos de jóvenes y doncellas; y afirma positivamente que los cadáveres fueron arrojados al Orontes. Véanse Teodoreto, l. III, c. 26-27, y el equívoco candor del abad de la Bléterie, *Vie de Julien*, pp. 351-352. Sin embargo, la malicia *contemporánea* no podía imputarle tantos mártires a Juliano, sobre todo en Occidente, lo cual Baronio cree convencidamente y Tillemont desecha débilmente (*Mém. Ecclés.* t. VII, pp. 1295-1315). <<

[400] La resignación de Gregorio es verdaderamente edificante (*Orat.* IV, pp. 123-124). Sin embargo, cuando un oficial de Juliano trató de apoderarse de la iglesia de Nacianceno, hubiera perdido la vida si no hubiese cedido al celo del obispo y del

pueblo (*Orat.* XIX, p. 308). Véanse las reflexiones de Crisóstomo, según las alude Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. VII, p. 575). <<

[401] Véase esta fábula o sátira, pp. 306-336, en la edición de Leipzig de las obras de Juliano. La versión francesa del erudito Ezequiel Spanheim (París, 1683) es tosca, lánguida y correcta; y sus notas, pruebas, ilustraciones, etc., están amontonadas una sobre otra hasta formar quinientas cincuenta y siete páginas en cuarto de compacta impresión. El abate de la Bléterie (*Hist. de Jovien*, t. I, pp. 341-493) ha expresado mejor tanto el espíritu como el sentido del original, que ilustra con algunas notas concisas y curiosas. <<

[402] Spanheim (en su prefacio) ha analizado con mucha erudición la etimología, origen, semejanzas y desacuerdos de la *sátira* griega, pieza dramática que se representaba después de la tragedia, y de la sátira latina (de *satura),* composición *miscelánea* en prosa o verso. Pero el libro de Juliano sobre los Césares es de una especie tan original que el crítico duda sobre a qué clase debe asignarlo. <<

[403] Este carácter mixto de Sileno está pintado delicadamente en la égloga sexta de Virgilio. <<

[404] Cualquier lector imparcial debe percibir y condenar la parcialidad de Juliano contra su tío Constantino y la religión cristiana. En esta ocasión, los intérpretes se ven obligados, por el más sagrado interés, a faltar a su lealtad y abandonar la causa de su autor. <<

[405] Juliano prefería secretamente un griego a un romano. Pero cuando comparaba seriamente un héroe con un filósofo, reconocía que la humanidad tenía una obligación mucho mayor con Sócrates que con Alejandro (*Epíst. ad Themistium*, p. 264). <<

[406] «Inde nationibus Indicis certatim cum donis optimates mittentibus […] ab usque Divis et *Serendivis*.» Amiano, XX, 7. Esta isla, a la que sucesivamente se han dado los nombres de Taprobana, Serendib y Ceilán, manifiesta cuán poco conocían los romanos los mares y tierras al oriente del cabo Comorín. 1. Bajo el reinado de Claudio, un liberto que tenía arrendada la aduana del mar Rojo fue llevado accidentalmente por los vientos a aquella costa extraña y desconocida: estuvo seis meses en relaciones con los nativos; y el rey de Ceilán, que escuchaba por primera vez acerca del poder y la justicia de Roma, fue persuadido de enviar una embajada al emperador (Plinio el Viejo, *Nat. Hist.* VI, 24). 2. Los geógrafos (e incluso Ptolomeo) han aumentado más de quince veces el tamaño real de este nuevo mundo, que extienden hasta el ecuador y los alrededores de China. <<

[407] Estas embajadas habían sido enviadas a Constancio. Amiano, que degenera imprudentemente en una tosca adulación, debe haber olvidado lo largo del camino, y la corta duración del reinado de Juliano. <<

[408] «Gothos sæpe fallaces et perfidos; hostes quærere se meliores aiebat: illis enim sufficere mercatores Galatas per quos ubique sine conditionis discrimine venumdantur.» Amiano, XXII, 7. Menos de quince años después, estos esclavos godos amenazaban y sometían a sus señores. <<

[409] Alejandro recuerda a César, su rival, quien despreciaba la fama y el mérito de una victoria asiática; que Craso y Antonio habían sentido las flechas persas, y que los romanos, durante una guerra de trescientos años, no habían sometido todavía la sola provincia de Mesopotamia o Asiria (*Cæsar.* p. 324). <<

[410] Amiano (XXII, 7 y 12), Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 79-80, pp. 305-306), Zósimo (l. III, p. 158) y Sócrates (l. III, c. 19)

declaran el proyecto de la guerra persa. <<

[411] La sátira de Juliano y las homilías de san Crisóstomo hacen la misma pintura de Antioquía. Lo mínimo que de ellas ha copiado el abate de la Bléterie (*Vie de Julien*, p. 332) es elegante y correcto. <<

[412] Laodicea proporcionaba cocheros; Tiro y Berito, comediantes; Cesárea, mimos; Heliópolis, cantores; Gaza, gladiadores; Ascalón, lidiadores; y Castabala, bailarines de cuerda. Véase *Expositio Totius Mundi*, p. 6, *apud* Hudson, *Geographi Minores*, t. III. <<

[413] Χριστόν δὲ ἀγαπῶντες, ἔχετε πολιοῦχον ἀντί τοῦ Διός. El pueblo de Antioquía profesaba ingeniosamente adhesión al *Chi* (Cristo) y al *kappa* (Constancio). Juliano, *Misopogon*, p. 357. <<

[414] El cisma de Antioquía, que duró ochenta y cinco años (330-415 d. C.), fue encendido mientras Juliano residía en aquella ciudad, por la indiscreta ordenación de Paulino. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. VII, p. 803 de la edición en 4º (París, 1701, etc.), de la cual tomaré mis citas en adelante. <<

[415] Juliano establece tres proporciones diferentes, de cinco, diez o quince *modii* de trigo por una moneda de oro, conforme a los grados de abundancia y escasez (*Misopogon*, p. 369). De este hecho —y de algunos ejemplos colaterales— concluyo que, bajo los sucesores de Constantino, el precio regular del trigo era de unos treinta y dos chelines la cuarta inglesa [115 g], lo que es igual al precio medio de los primeros sesenta y cuatro años del siglo actual [XVIII]. Véase Arbuthnot, *Tables of Ancient Coins, Weights and Measures*, pp. 88-89. Plinio el Viejo, *Nat. Hist.* XVIII, 12. *Mém de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXVIII, pp. 718-721. Smith, *Inquiry into the Nature and. Causes of the Wealth of Nations*, t. 1, p. 146. Me enorgullezco de citar este último

escrito, como obra de un sabio y un amigo. <<

[416] «Nunquam a proposito declinabat, Galli similis fratris, licet incruentus.» Amiano, XXII, 14. La ignorancia de los príncipes más ilustrados puede reclamar alguna disculpa; pero no pueden satisfacernos la defensa del propio Juliano (*Misopogon*, pp. 368-369) ni la elaborada apología de Libanio (*Orat. Parentalis*, c. XCVII, p. 321). <<

[417] Su breve y fácil detención está tratada delicadamente por Libanio (*Orat. Parentalis*, c. XCVIII, pp. 322-323). <<

[418] Libanio (*Ad Antiochenos de Imperatoris Ira*, c. 17, 18, 19, *apud* Fabricio, *Bibliotheca Græca*, t. VII, pp. 221-223), como diestro abogado, censura severamente la locura del pueblo, que padecía por el crimen de algunos miserables desconocidos y beodos. <<

[419] Libanio (*Ad Antiochen.* c. VII, p. 213) recuerda a Antioquía el castigo reciente de Cesárea; y aun Juliano (*Misopogon*, p. 355) da a entender cuán severamente Tarento había expiado el insulto hecho a los embajadores romanos. <<

[420] Sobre el *Misopogon*, véanse Amiano (XXII, 14), Libanio (*Orat. Parentalis*, c. XCIX, p. 323), Gregorio Nacianceno (*Orat.* IV, p. 133) y Juan Malala (*Chron. Antiochen.*, t. II, pp. 15-16). Tengo una obligación esencial con la traducción y notas del abate de la Bléterie (*Hist. de Jovien*, t. II, pp. 1-138). <<

[421] Amiano remarca con razón: «Coactus dissimulare pro tempore ira sufflabatur interna». La elaborada ironía de Juliano estalla a la larga en invectivas serias y directas. <<

[422] «Ipse autem Antiochiam egressurus, Heliopoliten quendam Alexandrum Syriacæ jurisdictioni præfecit, turbulentum et sævum; dicebatque non illum meruisse, sed Antiochensibus avaris et contumeliosis hujusmodi judicem convenire.» Amiano

XXIII, 2. Libanio (*Epíst.* 722, pp. 346-347), que le confiesa al mismo Juliano que había compartido el descontento general, pretende que Alejandro fue un reformador útil, aunque severo, de las costumbres y religión de Antioquía. <<

[423] Juliano, *Misopogon*, p. 364. Amiano, XXIII, 2, y Valesio *ad loc.* Libanio, en un discurso, lo invita a retornar a su leal y penitente ciudad de Antioquía. <<

[424] Libanio, *Orat. Parentalis*, c. VII, pp. 230-231. <<

[425] Eunapio refiere que Libanio rehusó la jerarquía honoraria de prefecto pretoriano, por considerarla menos ilustre que el título de sofista (*Vitæ Sophist.*, p. 135). Los críticos han observado un sentimiento parecido en una de las epístolas (XVIII, ed. Wolf.) del mismo Libanio. <<

[426] Todavía existen y ya se han publicado cerca de dos mil cartas suyas, una especie de composición en la que se creía sobresaliente a Libanio. Los críticos pueden elogiar su elegante y sutil brevedad; pero Bentley (*Dissertation upon Phalaris*, p. 487) observa con acierto, aunque singularmente, que «uno siente, por su vaciedad y pesadez, que está conversando con algún pedante soñoliento, con el codo apoyado en su escritorio». <<

[427] Su nacimiento se data en el año 314. Menciona sus setenta y seis años (390 d. C.), y parece aludir a algunos sucesos de una fecha aún posterior. <<

[428] Libanio ha compuesto la vana, prolija, pero curiosa narración de su propia vida (t. II, pp. 1-84, ed. Morell), de la cual Eunapio (pp. 130-135) ha dejado una relación concisa y poco favorable. Entre los modernos, Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. IV, pp. 571-576), Fabricio (*Bibliotheca Græca*, t. VII, pp. 376-414) y Lardner (*Jewish and Heathen Testimonies*, t. IV, pp. 127-163) han ilustrado el carácter y los escritos de este

célebre sofista. <<

[429] Desde Antioquía hasta Litarbe, en el territorio de Calcis, el camino pasaba sobre colinas y entre pantanos, y era pésimo; y las piedras sólo estaban unidas con arena (Juliano, *Epíst.* XXVII). Es muy extraño que los romanos hayan descuidado la gran comunicación entre Antioquía y el Éufrates. Véase Wesseling, *Itiner.* p. 190. Bergier, *Hist. des Grands Chemins*, t. II, p. 100. <<

[430] Juliano alude a este incidente (*Epíst.* XXVII), que refiere más claramente Teodoreto (l. III, c. 22). El espíritu intolerante del padre merece los elogios de Tillemont (*Hist. des Empereurs*. t. IV, p. 534) e incluso del abate de la Bléterie (*Vie de Julien*, p. 443). <<

[431] Véase el curioso tratado de *Dea Syria*, comprendido en las obras de Luciano (t. III, pp. 451-490, ed. Reitz). El extraño apelativo de *Ninus vetus* (Amiano XIV, 8) puede inducir la sospecha de que Hierápolis había sido la residencia real de los asirios. <<

[432] Juliano (*Epíst.* XXVIII) llevaba una cuenta formal de todos los presagios afortunados; pero suprime los signos de mal agüero, que Amiano (XXIII, 2) ha recordado cuidadosamente. <<

[433] Juliano, *Epíst.* XXVII, pp. 399-402. <<

[434] Aprovecho la primera ocasión de reconocer mis obligaciones hacia D'Anville por su geografía moderna del Éufrates y el Tigris (París, 1780, en 4º) en que ilustra particularmente la expedición de Juliano. <<

[435] Hay tres pasos a pocas millas uno de otro: 1. Zeugma, celebrado por los antiguos; 2. Bir, frecuentado por los modernos; y 3. el puente de Manbedj o Hierápolis, a una

distancia de cuatro *parasangas* [21 km] de la ciudad. <<

[436] Haran, o Carra, era la antigua residencia de los sabeos y de Abraham. Véase Schultens, *Index Geographicus* (*ad calcem Vita Saladini*), una obra por la que he adquirido muchos conocimientos orientales relativos a la geografía antigua y moderna de Siria y de países vecinos. <<

[437] Véase Jenofonte, *Cyropæd.*, l. III, p. 189, ed. Hutchinson. Artavasdes hubiera podido proporcionar a Marco Antonio dieciséis mil jinetes armados y disciplinados al estilo parto (Plutarco, *M. Antonius*, t. V, p. 117). <<

[438] Moisés de Korén (*Hist. Armen.*, l. III, c. 11, p. 242) fija su advenimiento (354 d. C.) en el año 17º de Constancio. <<

[439] Amiano, XX, 11. Atanasio (t. I, p. 856) dice en términos generales que Constancio dio a la viuda de su hermano τοῖς βαρβάροις, una expresión más adecuada a un romano que a un cristiano. <<

[440] Amiano (XXIII, 2) emplea una palabra demasiado suave para la ocasión: *monuerat.* Muratori (Fabricio, *Bibliotheca Græca*, t. VII, p. 86) ha publicado una epístola de Juliano al sátrapa Arsaces, altiva, vulgar y, aunque pueda engañar a Sozomen (l. VI, c. 5), muy probablemente espuria. El abate de la Bléterie (*Hist. de Jovien*, t. II, p. 339) la traduce y la desecha. <<

[441] «Latissimum flumen Euphraten artabat.» Amiano, XXIII, 3. Algo más arriba, en los vados de Thapsaco, el río tiene de ancho cuatro estadios u ochocientas yardas, casi media milla inglesa (731,2 m) (Jenofonte, *Anabasis*, l. I, p. 41, ed. Hutchinson, con las observaciones de Foster, p. 29 y ss. en el tomo II de la traducción de Spelman). Si el ancho del Éufrates en Bir y Zeugma no sobrepasa las ciento treinta yardas [118,82 m] (Niebuhr, *Voyages*, t. II, p. 335), la enorme diferencia debe

provenir principalmente de la profundidad del cauce. <<

[442] «Monimentum tutissimum et fabre politum, cujus moenia Abora (los orientales aspiran la pronunciación Chaboras o Chabur) et Euphrates ambiunt flumina, velut spatium insulare fingentes.» Amiano, XXIII, 5. <<

[443] La expedición y el armamento de Juliano están descritos por él mismo (*Epíst.* XXVII). Amiano Marcelino (XXIII, 3-5), Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 108-109, pp. 332-333), Zósimo (l. III, pp. 160-162), Sozomen (l. VI, c. 1) y Juan Malala (t. II, p. 17). <<

[444] Antes de entrar en Persia, Amiano describe copiosamente (XXIII, 6, pp. 396-419, ed. Gronovio en 4º) las dieciocho grandes satrapías o provincias (hasta el Seric o las fronteras chinas), que estaban sometidas a los sasánidas. <<

[445] Amiano (XXIV, 1) y Zósimo (l. III, pp. 162-163) han expresado con precisión el orden de la marcha. <<

[446] Las aventuras de Hormisdas se refieren con alguna mezcla de fábula (Zósimo, l. II, pp. 100-102; Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 198). Es casi imposible que fuese hermano *(frater germanus)* de un hijo *primogénito* y *póstumo;* tampoco recuerdo que Amiano le dé nunca este título. <<

[447] Véase *Anabasis*, l. I, pp. 45-46. Esta agradable obra es original y auténtica. Sin embargo, a Jenofonte lo traiciona a veces su memoria, tal vez porque habían trascurrido muchos años desde la expedición; y las distancias que apunta son a menudo mucho mayores que las que admitiría un militar o un geógrafo. <<

[448] Spelman, traductor inglés de la *Anábasis* (t. I, p. 51), confunde el antílope con el corzo y el asno salvaje con la cebra. <<

[449] Véanse Tavernier, *Voyages*, parte I, l. III, p. 316, y más especialmente *Viaggi di Pietro della Valle*, t. I, carta XVII, pp. 671 y ss. Ignoraba el nombre antiguo y circunstancias de Anah. Nuestros ciegos viajeros *rara vez* poseen algún conocimiento previo de los países que visitan. Shaw y Tournefort merecen una honorable excepción. <<

[450] *Famosi nominis latro*, dice Amiano; gran elogio para un árabe. La tribu de Gasan se había ubicado en las fronteras de Siria y reinado por algún tiempo en Damasco, bajo una dinastía de treinta y un reyes o emires, desde el tiempo de Pompeyo hasta el del califa Omar. D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 360. Pocock, *Specimen Hist. Arabicæ*, pp. 75-78. El nombre de Rodosaces no aparece en la lista. <<

[451] Véanse Amiano (XXIV, 1, 2), Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 110-111, p. 334) y Zósimo (l. III, pp. 164-168). <<

[452] La descripción de Asiria está tomada de Herodoto (l. I, c. 192 y ss.), quien escribe unas veces para niños y otras para filósofos; Estrabón (l. XVI, pp. 1070-1072) y Amiano (l. XXIII, c. 6). Los viajeros modernos más útiles son Tavernier (parte I, l. II, pp. 226-258), Otter (t. II, pp. 35-69 y 189-224) y Niebuhr (t. II, pp. 172-288). Sin embargo, siento mucho que el *Irak Arabi* de Abulfeda no haya sido traducido. <<

[453] Amiano observa que la Asiria primitiva, que comprendía Ninus (Nínive) y Arbela, había tomado el apelativo más reciente y peculiar de Adiabene; y parece fijar a Teredon, Vologesia y Apolonia como ciudades *fronterizas* de la provincia actual de Asiria. <<

[454] Los dos grandes ríos se unen en Apamea, o Corna (a cien millas [160,93 km] del golfo Pérsico) en la ancha corriente del Pasitigris o *Shat-ul-Arab*. El Éufrates llegaba antes al mar por un

canal separado que fue obstruido y desviado por los ciudadanos de Orchoe a unas veinte millas [32,18 km] al sudeste de la moderna Basora (D'Anville, en *Mem. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXX, pp. 170-191). <<

[455] El erudito Kæmpfer, como botánico, anticuario y viajero, ha agotado (*Amœnitates Exoticæ*, fascículo IV, pp. 660-764) todo el tema de las palmeras. <<

[456] Asiria pagaba diariamente al sátrapa persa un *artaba* de plata. La bien conocida proporción de pesos y medidas (véase la laboriosa investigación del obispo Hooper), el peso específico del agua y de la plata, y el valor de este metal, proporcionarán, después de un breve procedimiento, la renta anual que he establecido. Sin embargo el Gran Rey no recibía de Asiria más de mil talentos euboicos o tirios (doscientas cincuenta y dos mil libras). La comparación de dos pasajes de Herodoto (l. I, c. 192, l. III, c. 89-96) revela una diferencia importante entre las rentas *brutas* y *netas* de Persia; las cantidades pagadas por la provincia y el oro y plata depositados en el tesoro real. El monarca podía ahorrar anualmente tres millones seiscientas mil libras de los diecisiete o dieciocho millones exigidos al pueblo. <<

[457] Las operaciones de la guerra asiria están referidas detalladamente en Amiano (XXIV, 2-5), Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 112-123, pp. 335-347), Zósimo (l. III, pp. 168-180) y Gregorio Nacianceno (*Orat.* IV, pp. 113 y 144). Las críticas «militares» del santo están devotamente copiadas por Tillemont, su fiel esclavo. <<

[458] Libanio, *Orat. de ulciscenda Juliani Nece*, c. 13, p. 162. <<

[459] Los célebres ejemplos de Ciro, Alejandro y Escipión fueron actos de justicia. La castidad de Juliano fue voluntaria y, en su opinión, meritoria. <<

[460] Salustio (*apud Vet. Scholiast. Juvenal. Sat.* I, 104) observa que «nihil corruptius moribus». Las matronas y vírgenes de Babilonia se mezclaban libremente con los hombres en banquetes licenciosos; y en cuanto sentían la intoxicación del vino y del amor, se despojaban gradual y casi completamente de sus vestidos; «ad ultimum ima corporum velamenta projiciunt». Quinto Curcio, V, 1. <<

[461] «Ex virginibus autem, quæ speciosæ sunt captæ, ut in Perside, ubi feminarum pulchritudo excellit, nec contrectare aliquam voluit nec videre.» Amiano, XXIV, 4. La casta de los persas es pequeña y fea, pero se ha mejorado con la mezcla perpetua de sangre circasiana (Herodoto, l. III, c. 97. Buffon, *Hist. Naturelle*, t. III, p. 420). <<

[462] «Obsidionalibus coronis donati.» Amiano, XXIV, 4. Juliano o su historiador eran anticuarios poco capaces. Hubiera debido dar coronas *murales.* La *obsidional* era la recompensa de un general que había liberado una ciudad sitiada (Aulo Gelio, *Noctes Atticæ*, V, 6). <<

[463] Doy este discurso como original y genuino. Amiano pudo oírlo, trascribirlo, y era incapaz de inventarlo. Me he tomado algunas pequeñas libertades y termino con la sentencia más enérgica. <<

[464] Amiano, XXIV, 3. Libanio, *Orat. Parentalis*, c. 122, p. 346. <<

[465] D'Anville (*Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XXVIII, pp. 246-259) ha averiguado la verdadera situación y distancia de Babilonia, Seleucia, Ctesifonte, Bagdad, etc. El viajero romano Pietro della Valle (t. I, carta XVII, pp. 650-780) parece ser el examinador más inteligente de aquella famosa provincia. Es caballero y erudito, pero intolerablemente vano y prolijo. <<

[466] El canal real *(Nahar-Malcha)* pudo ser sucesivamente restaurado, alterado, dividido, etc. (Celario, *Geographia Ant.*, t. II, p. 453); y estos cambios pueden servir para explicar las aparentes contradicciones de la antigüedad. En tiempo de Juliano, debe haber desembocado en el Éufrates *más abajo* de Ctesifonte. <<

[467] Καί μεγέθεσιν ἐλεφάντων, οἷς ἶσον ἔργον διὰ σταχύων ἐλθεἰν, καί φάλαγγος. (*Or. Parent.*, c. 125). *Rien n'est beau que le vrai,* una máxima que debería estar escrita en el escritorio de cada retórico. <<

[468] Libanio alude al más poderoso de los generales. Me he aventurado a nombrar a Salustio. Amiano dice, de todos los líderes, «quod acri metu territi duces concordi precatu fieri prohibere tentarent». <<

[469] «Hinc Imperator», dice Amiano, «ipse cum levis armaturæ auxiliis per prima postremaque discurrens», etc. Sin embargo, su amigo Zósimo no lo deja pasar el río sino dos días después de la batalla. <<

[470] «Secundum Homericam dispositionem.» En el libro cuarto de la *Ilíada* se le atribuye una disposición similar al sabio Néstor; y Homero nunca estuvo ausente de la mente de Juliano. <<

[471] «Persas terrore subito miscuerunt, versisque agminibus totius gentis, apertas Ctesiphontis portas vietor miles intrasset, ni major praedaram occasio fuisset, quam cura victoriæ» (Sexto Rufo, de *Provinciis*, c. 28). Su avaricia pudo inclinarlos a escuchar el consejo de Víctor. <<

[472] El trabajo del canal, el paso del Tigris y la victoria están descritos por Amiano (XXIV, 5-6), Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 124-128, pp. 347-353), Gregorio Nacianceno (*Orat.* IV, p.

115), Zósimo (l. III, pp. 181-183) y Sexto Rufo (de *Provinciis*, c. 28). <<

[473] La escuadra y el ejército estaban formados por tres divisiones, de las cuales sólo la primera había pasado durante la noche (Amiano, XXIV, 6). La πᾶσα δορυφορία, que Zósimo trasporta el tercer día (l. III, p. 183), podía consistir en los protectores, entre los cuales servían a la sazón el historiador Amiano y el futuro emperador Joviano, algunas *escuelas* de los *domésticos* y quizás los Jovianos y Herculianos, que muchas veces cumplían deberes de guardias. <<

[474] Moisés de Korén (*Hist. Armen*., l. III, c. 15, p. 246) nos proporciona una tradición nacional y una carta espuria. He tomado solamente la circunstancia principal, que concuerda con la verdad, con la probabilidad y con Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 131, p. 355). <<

[475] «Civitas inexpugnabilis, facinus audax et importunum.» Amiano XXIV, 7. Su compañero Eutropio se desvía de la dificultad: «Assyriamque populatus, castra apud. Ctesiphontem stativa aliquandiu habuit; remeansque victor», etc. (X, 16). Zósimo es artificioso o ignorante, y Sócrates, inexacto. <<

[476] Libanio, *Orat. Parentalis*, c. 130, p. 354 y c. 139, p. 361. Sócrates, l. III, c. 21. El historiador eclesiástico atribuye el rechazo de la paz al consejo de Máximo. Semejante consejo era indigno de un filósofo; pero el filósofo era además un mago que adulaba las esperanzas y pasiones de su señor. <<

[477] Los manejos de este nuevo Zopiro (Gregorio Nacianceno, *Orat.* IV, pp. 115-116) pueden derivar algún crédito del testimonio de dos compendiadores (Sexto Rufo y Víctor) y de las insinuaciones casuales de Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 134, p. 357) y Amiano (XXIV, 7). El curso de la historia genuina se interrumpe con un corte de lo más intempestivo en el texto de

Amiano. <<

[478] Véase Amiano (XXIV, 7), Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 132-133, pp. 356, 357), Zósimo (l. III, p. 183), Zonaras (t. II, l. XIII, p. 26), Gregorio (*Orat.* IV, p. 116) y san Agustín (de *Civ. Dei* IV, 29 y V, 21). De éstos, sólo Libanio intenta una débil apología de su héroe, quien, según Amiano, pronunció su propia condena con una tentativa tardía e ineficaz para apagar las llamas. <<

[479] Consúltese a Herodoto (l. I, c. 194), Estrabón (l. XVI, p. 1074) y Tavernier (parte I, l. II, p. 152). <<

[480] «A celeritate Tigris incipit vocari, ita appellant Medi sagittam.» Plinio el Viejo, *Nat. Hist.* VI, 31. <<

[481] Uno de estos diques, que produce una cascada artificial o catarata, se halla descrito por Tavernier (parte I, l. II, p. 226) y Thevenot. (part. II, l. I, p. 193). Los persas, o asirios, trabajaron para interrumpir la navegación del río (Estrabón, l. XV, p. 1075. D'Anville, *L'Eufrate et le Tigre*, pp. 98-99). <<

[482] Recuérdese la temeridad exitosa y aplaudida de Agatocles y Cortés, quienes quemaron sus buques en las costas de África y México. <<

[483] Véanse las acertadas reflexiones del autor del *Essai sur la Tactique* (t. II, pp. 287-353) y las eruditas observaciones de Guichard (*Nouveaux mémoires militaires*, t. I, pp. 351-382) sobre los bagajes y subsistencia de los ejércitos romanos. <<

[484] El Tigris nace al sur y el Éufrates al norte de los montes de Armenia. El primero se desborda en marzo y el segundo en julio. Estas circunstancias se hallan bien explicadas en la disertación geográfica de Foster inserta en la versión de Spelman de la expedición de Ciro (t. II, p. 26). <<

[485] Amiano (XXIV, 8) describe, como los sintió, los

inconvenientes de la corriente, el calor y los insectos. Las tierras de Asiria, oprimidas por los turcos y asoladas por los curdos o árabes, rinden un aumento de diez, quince y veinte veces la semilla que arrojan en la tierra los desgraciados e inhábiles labradores. Niebuhr, t. II, pp. 279 y 285. <<

[486] Isidoro de Charax (*Mansion, Parthic*. pp. 5, 6, *apud* Hudson, *Geographi Minores*, t. II) reconoce ciento veintinueve *schœni* desde Seleucia, y Thevenot (parte I, l. I-II, pp. 209-245), ciento veintiocho horas de marcha desde Bagdad hasta Ecbátana o Hamadán. Estas medidas no pueden exceder una *parasanga* común [5250 m], o tres millas romanas [4422 m]. <<

[487] La marcha de Juliano desde Ctesifonte está descrita detalladamente, pero no con claridad, por Amiano (XXIV, 7-8), Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 134, p. 357) y Zósimo (l. III, p. 183). Los dos últimos parecen ignorar que su conquistador se estaba retirando; y Libanio absurdamente le detiene en las márgenes del Tigris. <<

[488] Chardin, el más sensato de los viajeros modernos, describe (t. III, pp. 57-58 y ss., ed. en 4º) la educación y destreza de los jinetes persas. Brisson (de *Regno Persico*, pp. 650, 661 y ss.) ha recopilado los testimonios de la antigüedad. <<

[489] En la retirada de Marco Antonio, un *chœnix* ático se vendía por cincuenta dracmas, o en otros términos, una libra de harina [460 g] por doce o catorce chelines; el pan de cebada se vendía por su peso en plata. Es imposible examinar la interesante narración de Plutarco (t. V, pp. 102-116) sin conocer que Marco Antonio y Juliano fueron perseguidos por los mismos enemigos, y estuvieron envueltos en los mismos apuros. <<

[490] Amiano, XXIV, 8 y XXV, 1. Zósimo, l. III, pp. 184-186. Libanio, *Orat. Parentalis*, c. 134-135, pp. 357-359. El sofista de

Antioquía parece ignorar que las tropas estaban padeciendo hambre. <<

[491] Amiano, XXV, 2. Juliano había jurado en un momento de enojo, *nunquam se Marti sacra facturum* (XXIV, 6). Estas caprichosas disputas eran bastante comunes entre los dioses y sus insolentes votarios; y aun el prudente Augusto, después de que su escuadra naufragara dos veces, excluyó a Neptuno del honor de las procesiones públicas. Véanse Hume, *Essays*, «Philosophical Reflections», t. II, p. 418. <<

[492] Aún conservaban el monopolio de la ciencia vana pero lucrativa que había sido inventada en Etruria; y pretendían que su conocimiento de los signos y presagios derivaba de los libros antiguos de Tarquicio, sabio toscano. <<

[493] «Clamabant hinc inde *candidati* (véase la nota de Valesio) quos disjecerat terror, ut fugientium molem tanquam ruinam male compositi culminis declinaret.» Amiano XXV, 3. <<

[494] El mismo Sapor declaró a los romanos que acostumbraba consolar a las familias de sus difuntos sátrapas enviándoles, como presente, las cabezas de los guardias y oficiales que no habían caído al lado de su señor. Libanio, *Orat. de Ulc. Jul. Nece*, c. XIII, p. 163. <<

[495] El carácter y la situación de Juliano pueden apoyar la sospecha de que había compuesto previamente el elaborado discurso que Amiano oyó y ha trascrito. La traducción del abate de la Bléterie es exacta y elegante. Lo he seguido expresando la idea platónica de las emanaciones, que se insinúa oscuramente en el original. <<

[496] Herodoto (l. I, c. 31) ha desarrollado esta doctrina en un cuento agradable. Sin embargo, el Júpiter (en el libro decimosexto de la *Ilíada*) que lamenta con lágrimas de sangre la

muerte de su hijo, Sarpedón, tenía una noción muy imperfecta de la felicidad o gloria más allá del sepulcro. <<

[497] Los soldados que hacían sus testamentos verbales o nuncupativos hallándose en servicio (en *procinctu*) estaban exentos de las formalidades de la ley romana. Véanse Heinecio (*Hist. Jur. Rom.* t. I, p. 504), y Montesquieu (*L'Esprit des Loix*, l. XXVII). <<

[498] Esta unión del alma humana con la divina sustancia etérea del universo es la doctrina antigua de Pitágoras y Platón; pero parece excluir toda inmortalidad personal o consciente. Véanse las observaciones eruditas y razonables de Warburton. *The Divine legation of Moses*, t. II, pp. 199-216. <<

[499] Todo el relato de la muerte de Juliano está sacado de Amiano (XXV, 3), un testigo inteligente. Libanio, que aparta los ojos de la escena con horror, ha proporcionado algunas circunstancias (*Orat. Parentalis*, c. 136-440, pp. 359-362). Las calumnias de Gregorio y las leyendas de santos más recientes pueden ahora despreciarse *silenciosamente.* <<

[500] *Honoratior aliquis miles*; quizás el mismo Amiano. El modesto y sensato historiador describe la escena de la elección, que sin duda presenció (XXV, 5). <<

[501] El *primus* o *primicerius* disfrutaba de la dignidad de un senador; y, aunque sólo era un tribuno, ocupaba el mismo puesto que los duques militares. *Codex Theodos.*, l. VI, tít. XXIV. Estos privilegios son quizás posteriores al tiempo de Joviano. <<

[502] Los historiadores eclesiásticos, Sócrates (l. III, c. 22), Sozomen (l. VI, c. 3) y Teodoreto (l. IV, c. 1) atribuyen a Joviano el mérito de un confesor bajo el reinado precedente; y piadosamente suponen que rehusó la púrpura, hasta que todo el ejército gritó unánimemente que eran cristianos. Amiano,

prosiguiendo tranquilamente su narración, destruye la leyenda con una sola sentencia: «Hostiis pro Joviano extisque inspectis, pronuntiatum est», etc. (XXV, 6). <<

[503] Amiano (XXV, 10) ha sacado de la realidad un retrato imparcial de Joviano, al cual Víctor el Menor ha añadido algunas pinceladas remarcables. El abate de la Bléterie (*Hist. de Jovien*, t. I, pp. 1-238) ha compuesto una elaborada historia de su breve reinado, una obra que se distingue extraordinariamente por la elegancia del estilo, las discusiones críticas y el prejuicio religioso. <<

[504] *Regius equitatus*. Aparece en Procopio que los Inmortales, tan célebres en tiempo de Ciro y de sus sucesores, fueron resucitados (si podemos usar esta palabra impropia) por los sasánidas. Brisson, de *Regno Persico*, pp. 268 y ss. <<

[505] Las oscuras aldeas del interior se han perdido irremediablemente; y tampoco podemos citar el campo de batalla en que sucumbió Juliano; pero D'Anville ha demostrado la situación exacta de Sumera, Cacha y Dura, en las márgenes del Tigris (*Géographie Ancienne*, t. II, p. 248; el Éufrates y el Tigris, pp. 95 y 97). En el siglo IX, Sumera, o Samara, llegó a ser, con una leve variación en el nombre, la residencia real de los califas de la casa de Abas. <<

[506] Dura fue una plaza fortificada en las guerras de Antíoco contra los rebeldes de Media y Persia (Polibio, l. V, c. 48 y 52, pp. 548 y 552, ed. Casaubon, en 8º). <<

[507] Se les propuso una medida similar a los caudillos de los diez mil, y fue sabiamente desechada. Jenofonte, *Anabasis*, l. III, pp. 255-257. Según nuestros viajeros modernos, parece que el comercio y la navegación del Tigris se realiza en balsas que flotan sobre vejigas. <<

[508] Los primeros hechos militares del reinado de Joviano se hallan referidos por Amiano (XXV, 6), Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 146, p. 364) y Zósimo (l. III, pp. 189-191). Aunque podemos desconfiar de la imparcialidad de Libanio, el testimonio ocular de Eutropio («uno a Persis atque altero prælio victus», X, 17) debe inclinarnos a sospechar que Amiano ha sido demasiado celoso del honor de las armas romanas. <<

[509] Sexto Rufo (de *Provinciis*, c. 29) se vale de un pobre subterfugio de vanidad nacional: «Tanta reverentia nominis Romani fuit, ut a Persis *primus* de pace sermo haberetur». <<

[510] Es presuntuoso discutir la opinión de Amiano, soldado y testigo. Sin embargo, es difícil entender cómo los montes de Corduene podían extenderse sobre la llanura de Asiria hasta la confluencia del Tigris y el Gran Zab, o cómo un ejército de sesenta mil hombres podía marchar cien millas [160,93 km] en cuatro días. <<

[511] Amiano (XXV, 7), Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 142, p. 364), Zósimo (l. III, pp. 190-191), Gregorio Nacianceno (*Orat.* IV, pp. 117-118, quien culpa del aprieto a Juliano y atribuye la salvación a Joviano) y Eutropio (X, 17) recuerdan con pesar o indignación el tratado de Dura. El último escritor, que estaba presente en el ejército, llama a esta paz *necessariam quidem sed ignobilem*. <<

[512] Libanio, *Orat. Parentalis*, c. 143, pp. 364-365. <<

[513] «Conditionibus […] dispendiosis Romanæ reipublicæ impositis […] quibus cupidior regni quam gloriæ Jovianus, imperio rudis, adquievit.» Sexto Rufo, de *Provinciis*, c. 29. La Bléterie ha expresado, en un discurso largo y directo, estas consideraciones especiosas de interés público y privado (*Hist. de Jovien*, t. I, pp. 39 y ss.). <<

[514] Los generales fueron asesinados en las márgenes del Zabato (*Anabasis*, l. II, p. 156, l. III, p. 226) o Gran Zab, río de Asiria de cuatrocientos pies [121,91 m] de ancho, que desagua en el Tigris catorce horas más abajo de Mosul. El error de los griegos dio al Zab Mayor y al Menor los nombres de «Lobo» (*Lycus*) y «Cabra» (*Capros*). Crearon estos animales para acompañar al «Tigre» de Oriente. <<

[515] La *Cyropaedia* es vaga y lánguida; la *Anabasis* es circunstancial y animada. Tal es la diferencia eterna entre la ficción y la verdad. <<

[516] Según Rufino, el tratado estipulaba un abastecimiento inmediato de provisiones; y Teodoreto asegura que los persas cumplieron fielmente su obligación. Semejante hecho es probable, pero sin duda es falso. Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 702. <<

[517] Podemos recordar algunos versos de Lucano (*Pharsal.* IV, 95) quien describe un apuro similar del ejército de César en España:

Saeva fames aderat

Miles eget: toto censu non prodigus emit

Exiguam Cererem. Proh lucri pallida tabes!

Non deest prolato jejunus venditor auro.

Véase Guichard (*Nouveaux mémoires militaires*, t. I, pp. 379-382). Su análisis de las dos campañas en España y África es el monumento más noble de los que han sido levantados a la fama de César. <<

[518] D’Anville (véanse sus mapas y *L’Eufrate et le Tigre*, pp. 92-93) traza su marcha, e indica la verdadera situación de Hatra, Ur y Tilsafata, que Amiano ha mencionado. No se queja del Samiel, viento abrasador y mortífero, que Thevenot (*Voyages*,

parte II, l. I, p. 192) temía tanto. <<

[519] Amiano (XXV, 9), Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 143, p. 365) y Zósimo (l. III, p. 194) describen la retirada de Joviano. <<

[520] Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 145, p. 366). Tales eran las esperanzas naturales y los deseos de un retórico. <<

[521] El pueblo de Carra, ciudad adicta al paganismo, sepultó al poco auspicioso mensajero bajo un montón de piedras (Zósimo, l. III, p. 196). Cuando Libanio recibió la fatal noticia, echó una mirada a su espada; pero recordó que Platón había condenado el suicidio, y que debía vivir para componer el panegírico de Juliano (Libanio, *Orat. de Vita Sua*, t. II, pp. 45-46). <<

[522] Amiano y Eutropio pueden admitirse como testigos justos y creíbles de las opiniones y el lenguaje públicos. El pueblo de Antioquía injurió una paz ignominiosa que los exponía a los persas en una frontera desnuda e indefensa (*Excerpta Vales.*, p. 845, *ex* Juan de Antioquía). <<

[523] El abate de la Bléterie (*Hist. de Jovien*, pp. 212-227), aunque severo casuista, ha declarado que Joviano no estaba obligado a ejecutar su promesa, desde que no podía desmembrar el Imperio ni enajenar la obediencia de su pueblo sin su consentimiento. Nunca he hallado mucho placer o instrucción en tal metafísica política. <<

[524] En Nisibis ejecutó un acto «real». Un valiente oficial, tocayo suyo, a quien se había considerado digno de la púrpura, fue arrancado cuando estaba cenando, arrojado a un pozo y apedreado hasta morir, sin juicio ni evidencia de culpa. Amiano, XXV, 8. <<

[525] Véase XXV, 9; y Zósimo, l. III, pp. 194-195. <<

[526] *Chron. Pasch.* p. 300. Pueden consultarse las *Notitiæ* eclesiásticas. <<

[527] Zósimo, l. III, pp. 192, 193. Sexto Rufo, de *Provinciis*, c. 29. San Agustín, de *Civ. Dei*, IV, 29. Esta posición general debe aplicarse e interpretarse con alguna precaución. <<

[528] Amiano, XXV, 9. Zósimo, l. III, p. 196. Podía ser «edax, et vino Venerique indulgens». Pero acuerdo con el abate de la Bléterie (t. I, pp. 148-154) en desechar la necia relación de una bacanal (*apud Suidas*), celebrada en Antioquía por el emperador, su *esposa* y una tropa de concubinas. <<

[529] El abate de la Bléterie (t. I, pp. 156-209) expone con elegancia el fanatismo brutal de Baronio, quien hubiera arrojado a Juliano a los perros, *ne cespititia quidem sepultura dignus*. <<

[530] Compárese al sofista y al santo (Libanio, *Monod.* t. II, p. 251, y *Orat. Parentalis* c. 145, p. 367; c. 156, p. 377, con Gregorio Nacianceno, *Orat.* IV, pp. 125-132). El orador cristiano murmura vagamente algunas exhortaciones a la modestia y el perdón; pero queda satisfecho con que los verdaderos sufrimientos de Juliano excederán los tormentos fabulosos de Ixión o Tántalo. <<

[531] Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 549) ha recopilado estas visiones. Se observó que algún santo o ángel estaba ausente por la noche en alguna expedición secreta, etc. <<

[532] Sozomen (l. VI, 2) aplaude la doctrina griega del *tiranicidio;* pero todo el pasaje, que puede haber traducido un jesuita, es prudentemente suprimido por el presidente Cousin. <<

[533] Inmediatamente después de la muerte de Juliano, circuló un rumor incierto: *telo cecidisse Romano*. Algunos desertores lo llevaron al campamento persa, y Sapor y sus súbditos acusaron a los romanos de ser los asesinos del emperador (Amiano, XXV, 6; Libanio, *Orat. de Ulc. Jul. Nece*, c. XIII, pp. 162-163). Se alegó, como prueba decisiva, que no se había presentado ningún persa

a reclamar la recompensa prometida (Libanio, *Orat. Parentalis*, c. 141, p. 363). Pero el rápido jinete que arrojó el dardo fatal pudo ignorar sus efectos, o pudo sucumbir en la misma acción. Amiano no manifiesta ni inspira sospecha. <<

[534] Οστις ἐντoλὴν πληρ̂ων τῷ σφῶν αὐτῶν ἄρχoντι. Esta expresión oscura y ambigua puede aludir a Atanasio, el primero, sin rival, del clero cristiano (Libanio, *Orat. de Ulc. Jul. Nece*, c. 5, p. 149. La Bléterie, *Hist. de Jovien*, t. I, p. 179). <<

[535] El orador (Fabricio, *Bibliotheca Græca*, t. VII, p. 145-179) sugiere sospechas, demanda una investigación e insinúa que aún pueden obtenerse pruebas. Atribuye el triunfo de los hunos al descuido criminal de vengar la muerte de Juliano. <<

[536] En los funerales de Vespasiano, el actor que personificaba a este frugal emperador preguntó con ansia:

—*¿Cuánto cuesta?*

—*Ochenta mil libras (centavos).*

—*Dadme la décima parte de esa suma y arrojad mi cuerpo al Tíber.*

Suetonio, *Vesp.* c. 19, con las notas de Casaubón y Gronovio. <<

[537] Gregorio (*Orat.* IV, pp. 119-120) compara esta supuesta ignominia y farsa con los honores funerales de Constancio, cuyo cuerpo fue llevado por un coro de ángeles por encima del monte Tauro. <<

[538] Quinto Curcio, l. III, c. 4. Muchas veces se ha censurado la exuberancia de sus descripciones. Sin embargo, era casi un deber del historiador describir el río cuyas aguas habían estado a punto de ser fatales para Alejandro. <<

[539] Libanio, *Orat. Parentalis*, c. 156, p. 377. Sin embargo,

reconoce con agradecimiento la liberalidad de los dos hermanos reales al adornar el sepulcro de Juliano (*Orat. de Ulc. Jul. Nece*, c. 7, p. 152). <<

[540] «Cujus suprema et cineres, si qui tunc juste consuleret, non Cydnus videre deberet, quamvis gratissimus amnis et liquidus: sed ad perpetuandam gloriam recte factorum præterlambere Tiberis, intersecans urbem æternam, divorumque veterum monumenta præstringens.» Amiano, XXV, 10. <<

[541] Las medallas de Joviano lo adornan con victorias, coronas de laurel y cautivos postrados. Ducange, *Famil. Byzantin*. p. 52. La adulación es un suicidio tonto: se destruye con sus propias manos. <<

[542] Joviano restituyó a la Iglesia τὸν ἀρχαῖον κόσμον; una expresión forzosa y amplia (Filostorgio, l. VIII, c. 5, con las Disertaciones de Godofredo, p. 329. Sozomen, l. VI, c. 3). Sozomen exagera la nueva ley que condenaba el rapto o casamiento de las monjas (*Cod. Theod.* l. IX, tít. XXV, leg. 2); y supone que una mirada amorosa, el adulterio del corazón, era castigada de muerte por el evangélico legislador. <<

[543] Compárese Sócrates, l. III, c. 25, y Filostorgio, l. VIII, c. 6, con las Disertaciones de Godofredo, p. 330. <<

[544] La palabra *celestial* expresa débilmente la impía y extravagante adulación del emperador hacia el arzobispo, τὴς πρὸς τὸν Θέον τῶν ὅλων ὁμοιώσεος (Véase la epístola original en Atanasio, t. II, p. 33). Gregorio Nacianceno (Orat. XXI, p. 392) celebra la amistad de Joviano y Atanasio. El viaje del primado fue aconsejado por los monjes egipcios (Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. VIII, p. 221). <<

[545] Atanasio, en la corte de Antioquía, está agradablemente representado por La Bléterie (*Hist. de Jovien*, t. I, pp. 121-148):

traduce las conferencias extrañas y originales del emperador, el primado de Egipto y los diputados arrianos. El abate no está satisfecho con los groseros cumplidos de Joviano; pero su parcialidad con Atanasio asume a *sus* ojos el carácter de la justicia. <<

[546] Algunas dificultades confunden la verdadera época de su muerte (Tillemont, *Mém. Ecclés*. t. VIII, pp. 719-723). Pero la fecha (2 de mayo, 373 d. C.) que parece concordar mejor con la historia y la razón está ratificada por su Vida auténtica (Maffei, *Osservazioni Letterarie*, t. III, p. 81) <<

[547] Véanse las observaciones de Valesio y Jortin (*Remarks on Ecclesiastical History*, vol. IV, p. 38) sobre la carta original de Atanasio, conservada por Teodoreto (l. IV, c. 3). En algunos manuscritos, esta promesa indiscreta está omitida, acaso por los católicos, celosos de la fama profética de su líder. <<

[548] Atanasio (*apud* Teodoreto, l. IV, c. 3) exagera el número de ortodoxos, que componían todo el mundo πάρεξ ὀλίγων τῶν τὰἈρείου φρονούντων. Esta afirmación se verificó en el espacio de treinta o cuarenta años. <<

[549] Sócrates, l. III, c. 24. Gregorio Nacianceno (*Orat.* IV, p. 131) y Libanio (*Orat. Parentalis*, c. 148, p. 369) expresan los sentimientos *vivos* de sus facciones respectivas. <<

[550] Temistio, *Orat.* V, pp. 63-71, ed. Harduin, París, 1684. El abate de la Bléterie observa acertadamente (*Hist. de Jovien*, t. I, p. 199) que Sozomen se ha olvidado de la tolerancia general y Temistio, del establecimiento de la religión católica. Cada uno de ellos apartó la vista del objeto que le repugnaba y deseó suprimir la parte del edicto que, a su juicio, favorecía menos al emperador Joviano. <<

[551] Οἱ δέ Αντιοχεῖς οὗχ ἡδὲως διὲκωιντο πρὸς αὐτὸν· ἀλλ᾽ ἐπέσκωπτον αὐτὸν ᾤδαῖς καὶ παρῳδίαις καὶ τοῖς καλουμένοις φαμώσσοις *(famosis libellis).* Johan. Antiochen. en *Excerp. Valesian.* p. 845. Los libelos de Antioquía pueden admitirse como un testimonio muy leve. <<

[552] Compárese a Amiano (XXV, 10), que omite el nombre de los bátavos, con Zósimo (l. III, p. 197), que traslada el teatro de la acción de Reims a Sirmio. <<

[553] «Quos capita scholarum ordo castrensis appellat.» Amiano, XXV 10, y Vales. *ad loc.* <<

[554] «Cujus vagitus, pertinaciter reluctantis, ne in curuli sella veheretur ex more, id quod mox accidit protendebat.» Augusto y sus sucesores solicitaron respetuosamente una dispensa de edad para los hijos o sobrinos a quienes elevaban al consulado. Pero la silla curul del primer Bruto nunca había sido deshonrada por un niño. <<

[555] El itinerario de Antonino fija Dadastana a ciento veinticinco millas romanas [184,25 km] de Nicea, a ciento diecisiete [172,45 km] de Ancira (Wesseling, *Itinerar.* p. 142). El peregrino de Burdeos omite algunas paradas, y así reduce todo el espacio de doscientos cuarenta y dos [356,7 km] a ciento ochenta y una millas [266,79 km]. Wesseling, p. 574. <<

[556] Véase Amiano (XXX, 10), Eutropio (X, 18), que pudiera haberse hallado presente, Jerónimo (t. I, p. 26, ad Heliodorum), Orosio (VII, 31), Sozomen (l. VI, c. 6), Zósimo (l. III, pp. 197, 198) y Zonaras (t. II, l. XIII, pp. 28, 29). No podemos esperar un acuerdo completo y no discutiremos sobre diferencias mínimas. <<

[557] Amiano, olvidándose de su franqueza y buen sentido acostumbrados, compara la muerte del inofensivo Joviano con la del segundo Africano, que había excitado los temores y resentimientos de la facción popular. <<

[558] Crisóstomo, t. I, pp. 336, 349, ed. Montfaucon. El orador cristiano trata de consolar a una viuda con los ejemplos de ilustres desgracias; y observa que de nueve emperadores (incluso César Galo) que habían reinado en su tiempo, sólo dos (Constantino y Constancio) murieron de muerte natural. Tan borrosos consuelos nunca han enjugado una sola lágrima. <<

[559] Diez días parecen apenas suficientes para la marcha y la elección. Pero puede observarse: 1. Que los generales podían valerse del medio expeditivo de los correos públicos para sí, sus acompañantes y mensajeros. 2. Que las tropas marchaban, para mayor comodidad de las ciudades, en muchas divisiones, y que el frente de la columna podía llegar a Nicea, cuando la retaguardia estaba detenida en Ancira. <<

[560] Amiano, XXVI, 1; Zósimo, l. III, p. 198; Filostorgio, l. VIII, c. 8 y las *Disertaciones* de Godofredo, p. 334. Filostorgio, que parece haber conseguido algunos informes curiosos y auténticos, atribuye la elección de Valentiniano al prefecto Salustio, al maestre general Arinteo, a Dagalaifo, conde de los domésticos, y al patricio Daciano, cuyas vivas recomendaciones desde Ancira tuvieron una fuerte influencia en la elección. <<

[561] Amiano (XXX, 7, 9) y Víctor el Menor han hecho el retrato de Valentiniano, que naturalmente precede e ilustra la historia de su reinado. <<

[562] En Antioquía, donde fue obligado a acompañar al emperador al templo, hirió a un sacerdote que había intentado purificarlo con agua lustral (Sozomen, l. VI, c. 6. Teodoreto, l. III, c. 16). Tal desafío público podía ser propio de Valentiniano; pero no puede darse lugar a la indigna delación del filósofo Máximo, que supone alguna ofensa más privada (Zósimo, l. IV, pp. 200, 201). <<

[563] Sócrates, l. IV, Sozomen (l. VI, c. 6) y Filostorgio (l. VII, c. 7, con las Disertaciones de Godofredo, p. 293) interponen un destierro anterior a Melitene o Tebaida (el primero es posible). <<

[564] Amiano, en una larga, por impropia, digresión (XXVI, 1, y Valesio *ad loc*), supone temerariamente que entiende una cuestión astronómica que sus lectores ignoran. Censorino (de *Die Natali*, c. 20) y Macrobio (*Saturnal.* l. I, c. 12-16) la tratan con más sensatez y propiedad. La apelación de *bisiesto,* que indica un año de mal augurio (Augustin, *ad Januariam*, *Epíst.* 119), se deriva de la *repetición* del *sexto* día de las calendas de marzo. <<

[565] El primer discurso de Valentiniano se halla entero en Amiano (XXVI, 2); en Filostorgio (l. VIII, c. 8) es conciso y sentencioso. <<

[566] «Si tuos amas, Imperator optime, habes fratrem; si Rempublicam, quære quem vestias.» Amiano, XXVI, 4. En la repartición del Imperio, Valentiniano retuvo para sí a este sincero consejero (c. 6). <<

[567] *In suburbano*, Amiano, XXVI, 4. El célebre *Hebdomon,* o

campo de Marte, distaba de Constantinopla siete estadios o siete millas (11,26 km). Véase Valesio y su hermano, *ad loc.*, y Ducange, *Const.* l. II, pp. 140, 141, 172, 173. <<

[568] «Participem quidem legitimum potestatis; sed in modum apparitoris morigerum, ut progrediens aperiet textus.» Amiano, XXVI, 4. <<

[569] A pesar del testimonio de Zonaras, Suidas y la Crónica Pascual, Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. V, p. 671) *desea* descreer de estas historias tan ventajosas para un pagano. <<

[570] Eunapio celebra y exagera los sufrimientos de Máximo (pp. 82, 83); con todo, concede que este sofista o mago, el criminal favorito de Juliano y enemigo personal de Valentiniano, fue absuelto mediante el pago de una pequeña multa. <<

[571] Tillemont (t. V, p. 21) detecta y refuta las afirmaciones dispersas de una desgracia general (Zósimo, l. IV, p. 201). <<

[572] Amiano, XXVI, 5. <<

[573] Amiano dice, en términos generales, «subagrestis ingenii, nec bellicis nec liberalibus studiis eruditus». Amiano, XXXI, 14. El orador Temistio, con la impertinencia genuina de un griego, quería por primera vez hablar en lengua latina, el dialecto de su soberano, τὴν διάλεκτον κρατοῦσαν. *Orat.* VI, p. 71. <<

[574] El grado incierto de alianza o consanguinidad se expresa con las palabras ἀνέψιος, *cognatus*, *consobrinus* (véase Valesio *ad* Amiano, XXIII, 3). La madre de Procopio podía ser una hermana de Basilina y del conde Juliano, madre y tío del apóstata. Ducange, *Fam. Byzantin.* p. 49. <<

[575] Amiano, XXIII, 3; XXVI, 6. Refiere esta noticia con mucha perplejidad: «susurravit obscurior fama; nemo enim dicti auctor exstitit verus». Sirve, sin embargo, para observar que Procopio era pagano, aunque su religión no parece haber promovido u

obstaculizado sus pretensiones. <<

[576] Uno de sus retiros fue una casa de campo de Eunomio, el hereje. El dueño estaba ausente, inocente, ignorante; sin embargo, faltó muy poco para que fuera sentenciado a muerte, y fue desterrado a los confines de Mauritania (Filostorgio, l. IX, c. 5, 8, y las Disertaciones de Godofredo, pp. 369-378). <<

[577] «Hormisdæ maturo juveni Hormisdæ regalis illius filio, potestatem Proconsulis detulit; et civilia, more veterum, et bella, recturo.» Amiano, XXVI, 8. El príncipe persa escapó con honor y seguridad, y fue posteriormente repuesto (380 d. C.) en el mismo cargo extraordinario de procónsul de Bitinia (Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. V, p. 204). Ignoro si se propagó el linaje de Sasan. Encuentro un papa llamado Hormisdas (514 d. C.), pero era oriundo de Frusino, en Italia (*Pagi. Brev. Pontific.* t. I, p. 247). <<

[578] La niña rebelde fue después esposa del emperador Graciano, pero murió joven y sin sucesión. Véase Ducange, *Fam. Byzantin.* pp. 48, 59. <<

[579] «Sequimini culminis summi prosapiam» era el lenguaje de Procopio, que pretendía despreciar el origen oscuro y la elección fortuita del advenedizo Panonio. Amiano, XXVI, 7. <<

[580] «Et dedignatus hominem superare certamine despicabilem, auctoritatis et celsi fiducia corporis, ipsis hostibus jussit, suum vincire rectorem: atque ita turmarum antesignanus umbratilis comprensus suorum manibus.» San Basilio celebra la fuerza y hermosura de Arinteo, el nuevo Hércules, y supone que Dios lo había creado como un modelo inimitable de la especie humana. Los pintores y escultores no podían expresar su figura; los historiadores parecían fabulosos cuando referían sus hazañas (Amiano, XXVI, y Vales. *ad loc*). <<

[581] Amiano ubica el mismo campo de batalla en Licia, y Zósimo en Tiátira, que están a ciento cincuenta millas [241,39 km] de distancia una de otra. Pero *Tiátira alluitur Lyco* (Plin. *Hist. Natur.* V, 31. Celario, *Geograph. Antiq.* t. II, p. 79); y los copistas podían convertir fácilmente un río desconocido en una provincia famosa. <<

[582] Las aventuras, usurpación y caída de Procopio están narradas, en una serie regular, por Amiano (XXVI, 6, 7, 8, 9, 10) y Zósimo (l. IV, pp. 203-210). Muchas veces se ilustran uno a otro, y raras veces se contradicen. Temistio (*Orat.* VII, pp. 91, 92) añade algún bajo panegírico; y Eunapio (pp. 83, 84), alguna sátira maliciosa. <<

[583] Libanio de *ulciscend. Julian. nece*, c. IX, pp. 158, 159. El sofista lamenta el frenesí público, pero no acusa (después de sus muertes) la justicia de los emperadores. <<

[584] Los jurisconsultos franceses e ingleses de la actualidad conceden la *teoría* y niegan la *práctica* de la hechicería (Denisart, *Recueil de Decisions de Jurisprudence*, au mot *Sorciers*, t. IV, p. 553. Comentarios de Blackstone, vol. IV, p. 60). Como el juicio particular siempre se adelanta o sobrepasa a la sabiduría pública, el presidente Montesquieu (*Espíritu de las leyes*, l. XII, c. 5, 6) rechaza la *existencia* de la magia. <<

[585] Véanse las obras de Bayle, t. III, pp. 567-589. El escéptico de Roterdam exhibe, según su costumbre, una extraña miscelánea de conocimientos sueltos y vivo ingenio. <<

[586] Los paganos distinguían entre la magia buena y la mala, la teúrgia y la goecia (*Hist. de l'Academie*…, t. VII, p. 25). Pero no hubieran podido defender esta oscura distinción contra la lógica penetrante de Bayle. En el sistema judaico y cristiano, *todos* los demonios son espíritus infernales, y *toda* relación con ellos es

idolatría, apostasía, etc., que merece la muerte y las penas eternas. <<

[587] La Canidia de Horacio (*Carm.* l. V, *Od.* 5, con las aclaraciones de Dacier y Sanadon) es una hechicera vulgar. La Ericteo de Lucano (*Farsal.* VI, 430-827) es fastidiosa, repugnante, pero a veces sublime. Reconviene a las Furias su dilación, y con una terrible oscuridad amenaza con pronunciar sus verdaderos nombres, con revelar el semblante infernal de Hécate, con invocar los poderes secretos que están *debajo* del infierno, etc. <<

[588] «Genus hominum potentibus infidum, sperantibus fallax, quod, in civitate nostra et vetabitur semper et retinebitur.» Tácit. *Hist.* I, 22. Véase Agustín, de *Civitate Dei*, l. VIII, c. 19, y el *Código Teodosiano*, l. IX, tít. XVI, con los Comentarios de Godofredo. <<

[589] La persecución de Antioquía fue ocasionada por una consulta criminal. Las veinticuatro letras del alfabeto estaban colocadas alrededor de un trípode mágico; y un anillo que bailaba ubicado en el centro indicaba las cuatro primeras letras del nombre del futuro emperador: Θ E O Δ. Teodoro fue ejecutado (quizás con muchos otros que poseían las sílabas fatales). Teodosio fue el sucesor. Lardner (*Heathen Testimonie*, vol. IV, pp. 353-372) ha examinado detenidamente y con maestría esta oscura transacción del reinado de Valente. <<

[590]

Limus uc hic durescit, et hæc ut cera liquescit

Uno eodemque igni…

Virgil. Bucolic. VIII, 80.

Devovet absentes, simulacraque cerea figit.

Ovid. en Epíst. Hypsil. ad Jason, 91.

Estos vanos encantamientos pudieron afectar la mente y agravar la enfermedad de Germánico. Tácit. *Anal.* II, 69. <<

[591] Véase Heinecio, *Antiquitat. Juris Roman.* t. II, p. 353, etc. Código Teodosiano, l. IX, tít. 7, con los Comentarios de Godofredo. <<

[592] La persecución cruel de Roma y Antioquía está descrita y muy probablemente exagerada en Amiano (XXVIII, 1; XXIX, 1, 2) y Zósimo (l. IV, pp. 216-218). El filósofo Máximo, con algún fundamento, se vio acusado de magia (Eunapio en *Vit. Sophist.* pp. 88, 89); y el joven Crisóstomo se creyó perdido porque se le había hallado casualmente uno de los libros proscritos (Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. V, p. 340). <<

[593] Consúltense los seis últimos libros de Amiano, y más particularmente los retratos de los dos hermanos reales (XXX, 8, 9; XXXI, 14). Tillemont ha recopilado (t. V, pp. 12-18, pp. 127-133) de toda la antigüedad sus virtudes y vicios. <<

[594] Víctor el Menor asegura que era *valde timidus*; sin embargo, se portó tan bien como cualquiera, y con resolución, a la *cabeza* de un ejército. El mismo historiador trata de probar que su enojo era inocente. Amiano observa, con mayor sinceridad y sensatez, «incidentia crimina ad contemptam vel læsam principis amplitudinem trahens, in sanguinem sæviebat». <<

[595] «Cum esset in acerbitatem naturæ calore propensior […] pænas per ignes augebat et gladios.» Amiano, XXX, 8. Véase XXVII, 7. <<

[596] He trasladado el reproche de avaricia de Valente a sus sirvientes. La avaricia es más propia de los ministros que de los reyes, en quienes esa pasión está comúnmente apagada por la posesión absoluta. <<

[597] Algunas veces decretaba una sentencia de muerte con un

tono de broma: «Abi, Comes, et muta ei caput, qui sibi mutari provinciam cupit». Un muchacho que había dejado escapar un perro espartano, un armero que había hecho una coraza pulida a la que faltaban algunos granos del peso legítimo, etc., eran víctimas de su furor. <<

[598] Los inocentes de Milán eran un agente y tres porteros a quienes Valentiniano condenó por mostrar una citación legal. Amiano (XXVII, 7) supone extrañamente que los cristianos adoraban como mártires a todos los que habían sido injustamente ejecutados. Su silencio imparcial no nos permite creer que el gran chambelán Rodano fuese quemado vivo por un acto de opresión (*Chron. Paschal.* p. 302). <<

[599] «Ut bene meritam in silvas jussit abire *Innoxiam*.» Amiano, XXIX, 3, y Valesio *ad loc*. <<

[600] Véase el Código de Justiniano, l. VIII, tít. LII, leg. 2. «Unusquisque sobolem suam nutriat. Quod si exponendam putaverit animadversioni quæ constituta est subjacebit.» Por ahora no entraré en la disputa entre Noodt y Binkershoek acerca de hasta qué punto y desde cuánto tiempo atrás esta práctica antinatural había sido condenada o abolida por las leyes, la filosofía y el Estado más civilizado de la sociedad. <<

[601] Estas instituciones saludables están explicadas en el Código Teodosiano, l. XIII, tít. III, de *Professoribus et Medicis,* y l. XIV, tít. IX, de *Studiis liberalibus Urbis Romæ.* Además de nuestro guía acostumbrado (Godofredo), podemos consultar a Giannone (*Istoria di Napoli*, t. I, pp. 105, 111), quien ha tratado este asunto interesante con el afán y la curiosidad de un hombre de letras que estudia su propia historia. <<

[602] *Cod. Theodos.* l. I, tít. IX, con el *Paratitlon* de Godofredo, que es un compendio rápido del resto del Código. <<

[603] Tres renglones de Amiano (XXXI, 14) aprueban toda una oración de Temistio (VIII, pp. 101-120), llena de adulación, pedantería y moralidad vulgar. El elocuente Thomas (t. I, pp. 366-396) se ha entretenido en celebrar las virtudes y el ingenio de Temistio, que no era indigno del siglo en que vivió. <<

[604] Zósimo, l. IV, p. 202. Amiano, XXX, 9. Su reforma de costosos abusos podrían darle derecho al elogio de «in provinciales admodum parcus tributorum ubique molliens sarcinas». Algunos han llamado avaricia a su frugalidad (Jerom. *Cron.* p. 186). <<

[605] «Testes sunt leges a me in exordio Imperii mei datæ; quibus unicuique quod animo imbibisset colendi libera facultas tributa est.» *Cod. Theodos.* l. IX, tít. XVI, leg. 9. A esta declaración de Valentiniano, podemos añadir los diferentes testimonios de Amiano (XXX, 9), Zósimo (l. IV, p. 204) y Sozomen (l. VI, c. 7, 21). Baronio vitupera naturalmente una tolerancia tan racional (*Annal. Eccles.* 370 d. C. n. 129-132, 376 d. C., n. 3, 4). <<

[606] Eudoxo era de un carácter suave y tímido. Debía ser muy anciano cuando bautizó a Valente (367 d. C.); porque había estudiado teología cincuenta y cinco años antes, bajo Luciano, un mártir erudito y piadoso. Filostorgio, l. II, c. 14-16, l. IV, c. 4, con Godofredo, pp. 82, 206, y Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. V, pp. 474-480 y ss. <<

[607] Gregorio Nacianceno (*Orat.* XXV, p. 432) vitupera el espíritu de persecución de los arrianos, como un síntoma infalible de error y herejía. <<

[608] Este bosquejo del gobierno eclesiástico de Valente está tomado de Sócrates (l. IV), Sozomen (l. VI), Teodoreto (l. IV) y las inmensas compilaciones de Tillemont (particularmente, de los tomos VI, VIII y IX). <<

[609] Jortin (*Remarks on Ecclesiastical History*, vol. IV, p. 78) ya ha concebido e insinuado la misma sospecha. <<

[610] Esta reflexión es tan obvia y forzosa que Orosio (l. VII, c. 32, 33) posterga la persecución hasta después de la muerte de Valentiniano. Por otra parte, Sócrates supone (l. III, c. 32) que se aplacó con una oración filosófica que Temistio pronunció en el año 374 (*Orat.* XII, p. 154, en latín solamente). Semejantes contradicciones disminuyen el testimonio y reducen el término de la persecución de Valente. <<

[611] Tillemont, a quien voy siguiendo y compendiando, ha extractado (*Mém. Ecclés.* t. VIII, pp. 153-167) las circunstancias más auténticas de los Panegíricos de los dos Gregorios, el hermano y el amigo de Basilio. Las cartas de Basilio mismo (Dupin, *Bibliotheque Ecclesiastique*, t. II, pp. 155-180) no ofrecen la imagen de una persecución muy activa. <<

[612] «Basilius Cæsariensis episcopus Cappadociæ clarus habetur […] qui multa continentiæ et ingenii bona uno superbiæ malo perdidit.» Este pasaje irreverente cuadra perfectamente con el estilo y carácter de san Jerónimo. No aparece en la edición que Escalígero hizo de su crónica, pero Isaac Vosio lo halló en algunos manuscritos antiguos que no habían sido reformados por los frailes. <<

[613] Esta noble y caritativa fundación (casi una nueva ciudad) sobrepasaba en mérito, cuando no en grandeza, a las pirámides o las murallas de Babilonia. Fue destinada principalmente a recoger a los leprosos (Gregorio Nacianceno, *Orat.* XX, p. 439). <<

[614] *Cod. Theodos.*, l. XII, tít. I, leg. 63. Godofredo (t. IV, pp. 409-413) cumple el deber de comentador y abogado. Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. VIII, p. 808) *supone* una segunda ley para

disculpar a sus amigos ortodoxos, que habían dado otro sentido al edicto de Valente, y suprimido la libertad de la elección. <<

[615] Véase D'Anville, *Description de l'Egypte*, p. 4. Más adelante consideraré las instituciones monásticas. <<

[616] Sócrates, l. IV, c. 24, 25. Orosio, l. VII, c. 33. Jerónimo, en *Chron.* p. 189, y t. II, p. 212. Los monjes de Egipto hacían muchos milagros, que prueban la verdad de su fe. Bien, dice Jortin (*Remarks*, vol. IV, p. 79), ¿pero qué prueba la verdad de esos milagros? <<

[617] *Cod. Theodos.* l. XVI, tít. II, leg. 20. Godofredo (t. VI, p. 49), a ejemplo de Baronio, recopila imparcialmente todo lo que los padres han dicho con motivo de esta importante ley, cuyo espíritu fue revivido mucho después por el emperador Federico II, Eduardo I de Inglaterra y otros príncipes cristianos que reinaron después del siglo XII. <<

[618] Las expresiones de que me he valido son moderadas y débiles, comparadas con las invectivas vehementes de Jerónimo (t. I, pp. 13, 45, 144 y ss.). A su turno se le echó en cara el crimen que imputaba a sus monjes hermanos: y el *Sceleratus*, el *Versipellis,* fue acusado públicamente como amante de la viuda Paula (t. II, p. 363). No cabe duda de que poseía el cariño de madre e hija; pero declara que nunca abusó de su influjo con propósitos sensuales o interesados. <<

[619] «Pudet dicere, sacerdotes idolorum, mimi et aurigæ, et scorta, hæreditates capiunt: soli *clericis* ac *monachis* hac lege prohibetur. Et non prohibetur a persecutoribus, sed a principibus Christianis. Nec de lege, queror; sed doleo cur *meruerimus* hanc legem.» Jerónimo (t. I, p. 13) discretamente insinúa la política secreta de su protector Dámaso. <<

[620] Tres palabras de Jerónimo, *sanctæ memoriæ Damasus* (t. II, p.

109), lavan todas sus manchas y ciegan los ojos devotos de Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. VIII, pp. 386-424). <<

[621] Jerónimo mismo está forzado a aceptar «crudelissimæ interfectiones diversi sexus perpetratæ» (en *Chron.* p. 186). Pero se ha salvado un libelo original o petición de dos presbíteros del partido opuesto. Aseguran que se quemaron las puertas de la basílica y que el techo estaba sin tejas; que Dámaso marchó al frente de su clero, sepultureros, carreteros y gladiadores pagados; que no murió ninguno de su partido, pero que se hallaron ciento sesenta cadáveres. Esta petición ha sido publicada por el padre Sirmond, en el primer volumen de sus obras. <<

[622] La Basílica de Sicinino, o Liberio, es probablemente la iglesia de Santa María Mayor en el monte Esquilino. Baronio, 367 d. C., n. 3 y Donato, *Roma Antiqua et Nova*, l. IV, c. 3, p. 462. <<

[623] Los enemigos de Dámaso lo llamaban *Auriscalpius Matronarum*, rascaorejas de las damas. <<

[624] Gregorio Nacianceno (*Orat.* XXXII, p. 526) describe el orgullo y lujo de los prelados que reinaban en las ciudades imperiales: su carro dorado, hermosos caballos, numeroso séquito, etc. La muchedumbre se retiraba como delante de una fiera. <<

[625] Amiano, XXVIII, 3. «Perpetuo Numini, *verisque* ejus cultoribus.» ¡La incomparable flexibilidad de un politeísta! <<

[626] Amiano, que hace un hermoso relato de su prefectura (XXVII, 9), lo llama *præclaræ indolis, gravitatisque senator* (XXII, 7, y Vales. *ad loc.*). Una inscripción curiosa (Gruter MCII, n. 2) recuerda, en dos columnas, sus honores religiosos y civiles. En un renglón era Pontífice del Sol y de Vesta, Augur, Quindecenviro, Jerofante, etc., etc. En el otro: l. *Quæstor*

candidatus; muy probablemente titular. 2. *Praetor*. 3. Corrector de Toscana y Umbría. 4. Consular de Lusitania. 5. Procónsul de Acaya. 6. Prefecto de Roma. 7. Prefecto pretoriano de Italia. 8. De Iliria. 9. Cónsul electo, pero falleció antes del principio del año 385. Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. V, pp. 241, 736. <<

[627] «Facite me Romanæ urbis episcopum. et ero protinus Christianus» (Jerónimo, t. II, p. 165). Es más que probable que Dámaso no hubiera comprado su conversión a tal precio. <<

[628] Amiano, XXVI, 5. Valesio añade una larga y buena nota acerca del maestre de los oficios. <<

[629] Amiano, XXVII, 1. Zósimo, l. IV, p. 208. La deshonra de los bátavos está suprimida por el soldado contemporáneo, por su miramiento hacia el honor militar, lo cual no podía afectar a un retórico griego del siglo siguiente. <<

[630] Véase D'Anville, *Notice de l'Ancienne Gaule*, p. 587. Mascou (*Hist. of the Ancient Germans*, VII, 2), entiende claramente el nombre del Mosela, que no está especificado en Amiano. <<

[631] Amiano (XXVII, 2) y Zósimo (l. IV, p. 209) describen las batallas; el segundo supone que Valentiniano se hallaba presente. <<

[632] «Studio solicitante nostrorum, occubuit.» Amiano, XXVII, 10. <<

[633] Amiano (XXVII, 10) refiere la expedición de Valentiniano; y Ausonio (Mosell. 421, etc.), que neciamente supone que los romanos desconocían el nacimiento del Danubio, la celebra. <<

[634] «Immanis enim natio, jam inde ab incunabulis primis varietate casuum imminuta; ita sæpius adolescit, ut fuisse longis sæculis æstimetur intacta.» Amiano, XXVIII, 5. El conde de Buat (*Hist. des Peuples de l'Europe*, t. VI, p. 370) atribuye la

fecundidad de los alamanes a la facilidad con que adoptaban a los extranjeros. <<

[635] Amiano, XXVIII, 2. Zósimo, l. IV, p. 214. Víctor el Menor hace mención del genio mecánico de Valentiniano: «nova arma meditari: fingere terra seu limo simulacra». <<

[636] «Bellicosos et pubis immensæ viribus affluentes; et ideo metuendos finitimis universis.» Amiano, XXVIII, 5. <<

[637] Siempre estoy inclinado a sospechar que los historiadores y viajeros representan los hechos extraordinarios como leyes generales. Amiano atribuye a Egipto una costumbre similar, y los chinos la han imputado al Ta-tsin, o Imperio Romano (De Guignes, *Hist. des Huns*, t. II, part. I, p. 79). <<

[638] «Salinarum finiumque causa Alemannis sæpe jurgabant.» Amiano, XXVIII, 5. Es posible que disputasen la posesión del Sala, río que producía sal y que había sido objeto de antiguas contiendas. Tacit. *Annal.* XIII, 57, y Lipsio *ad loc*. <<

[639] «Jam inde temporibus priscis sobolem se esse Romanam Burgundii sciunt», y la vaga tradición gradualmente asumió una forma más regular (Oros. l. VII, c. 32). Está aniquilada por la autoridad decisiva de Plinio, que compuso la Historia de Druso y sirvió en Germania (Plin. *Secund. Epíst.* III, 5) sesenta años después de la muerte del héroe. «*Germanorum genera* quinque; Vindili, quorum pars *Burgundiones*,» etc. *Hist. Nat.* IV, 28. <<

[640] Las guerras y negociaciones relativas a los borgoñones y alamanes están claramente referidas por Amiano Marcelino (XXVIII, 5; XXIX, 4; XXX, 3). Orosio (l. VII, c. 32) y las *Crónicas* de Jerónimo y Casiodoro fijan algunas fechas y añaden algunas circunstancias. <<

[641] Ἐπὶ τὸν αὐχενα τῆς Κιμβρικῆς Χερσονήσον Σάξονες. Tolomeo coloca el resto de los *cimbrios* en el

extremo septentrional de la península (el promontorio címbrico de Plinio, IV, 27). Llena el intervalo entre los *sajones* y los cimbrios con seis tribus desconocidas, que estaban unidas, ya en el siglo VI, bajo el apelativo nacional de *daneses.* Véase Cluver, *German. Antiq.* l. III, c. 21, 22, 23. <<

[642] D'Anville (*Etablissement des Etats de l'Europe* etc. pp. 19-26) ha señalado los extensos límites de la Sajonia de Carlomagno. <<

[643] La escuadra de Druso había fallado en su intento por pasar, o incluso aproximarse, al *Sound* (llamado, por una semejanza obvia, Columnas de Hércules), y nunca volvió a intentarse la expedición naval (Tacit. de *Moribus German.* c. 34). El conocimiento que adquirieron los romanos respecto de los poderes navales del Báltico (c. 44, 45) lo consiguieron con sus viajes por tierra en busca de ámbar. <<

[644]

Quin et Aremoricus piratem Saxona tractus

Sperabat; cui pelle salum sulcare Britannum

Ludus; et assuto glaucum mare findere lembo.

Sidon. en Panegyr. Avit. 369.

El genio de César imitó, para un servicio particular, estos rudos, pero ligeros bajeles, que usaban igualmente los naturales de Bretaña (Comment. de *Bell. Civil.* I, 54, y Guichardt, *Nouveaux Memoires Militaires*, t. II, pp. 41, 42). Los buques británicos asombrarían ahora a César. <<

[645] El mejor relato original de los piratas sajones puede hallarse en Sidonio Apolinar (l. VIII, *Epíst.* 6, p. 223, ed. Sirmond); y el mejor comentario, en el abate Du Bos (*Hist. Critique de la Monarchie Françoise* etc., t. I, l. I, c. 16, pp. 148-155. Véanse igualmente pp. 77, 78). <<

[646] Amiano (XXVIII, 5) justifica esta falta de fe con los piratas y ladrones; y Orosio (l. VII, c. 32) expresa con más claridad su verdadero crimen: «virtute atque agilitate terribiles». <<

[647] Símaco (l. II, *Epíst.* 46) aún se atreve a mencionar los nombres sagrados de Sócrates y la filosofía. Sidonio, obispo de Clermont, pudo condenar (l. VIII, *Epíst.* 6), con *menos* inconsistencia, los sacrificios humanos de los sajones. <<

[648] A principios del último siglo, el sabio Camden tuvo que minar, con respetuoso escepticismo, el Romance de *Bruto* el Troyano, que ahora está sepultado en silencioso olvido, con *Scota*, hija de Faraón, y su numerosa progenie. Sin embargo, me han informado que aún pueden encontrarse entre los oriundos de Irlanda algunos campeones de la *colonia milesiana.* Un pueblo descontento con su condición actual se aferra a cualquier visión de su gloria pasada o futura. <<

[649] Tácito o, mejor, su suegro Agrícola, podía observar la constitución germana o española de algunas tribus británicas. Pero su opinión seria y meditada era: «In universum tamen æstimanti Gallos vicinum solum occupasse credibile est. Eorum sacra deprehendas […] sermo haud multum diversus» (en *Vit. Agricol.* c. XI). César había observado su religión común (Comment. de *Bello Gallico*, VI, 13); y en su tiempo la emigración de la Galia belga era reciente, o al menos un acontecimiento histórico (v. 12). Camden, el Estrabón británico, ha averiguado modestamente nuestra antigüedad genuina (*Britannia*, vol. I, Introducción, pp. 2-31). <<

[650] En las oscuras e inciertas sendas de la antigüedad caledonia, he tomado como guías a dos sabios e ingeniosos montañeses, a quienes su nacimiento y educación habían dotado particularmente para esa tarea. Véanse las Disertaciones críticas sobre el origen, antigüedades, etc., de los caledonios, por John

Macpherson, Londres, 1768, en 4º; e Introducción a la historia de la Gran Bretaña e Irlanda, por Jaime Macpherson, Londres, 1773, en 4º, 3º ed. Macpherson era ministro en la isla de Skye; y es una circunstancia honrosa para la era actual que una obra llena de erudición y crítica haya sido compuesta en la más remota de las Hébridas. <<

[651] La ascendencia irlandesa de los escoceses ha sido revivida, en los últimos momentos de su decadencia, y enérgicamente sostenida por el reverendo Whitaker (*Hist. of Manchester*, vol. I, pp. 430, 431; e *Genuine History of the Britons asserted* etc., pp. 154-293). Sin embargo, reconoce: l. Que los escoceses de Amiano Marcelino (340 d. C.) estaban ya establecidos en Caledonia; y que los autores romanos no aportan ningún indicio de su emigración de otro país. 2. Que todos los relatos de tales emigraciones que han sido afirmados o recibidos por bardos irlandeses, historiadores escoceses o anticuarios ingleses (Buchanan, Camden, Usher, Stillingfleet, etc.) son enteramente fabulosos. 3. Que tres de las tribus irlandesas que menciona Tolomeo (150 d. C.) eran de origen caledonio. 4. Que una rama menor de los príncipes caledonios, de la casa de Fingal, adquirió y poseyó la monarquía de Irlanda.

Después de estas concesiones, la diferencia que queda entre Mr. Whitaker y sus adversarios es mínima y oscura. La *historia genuina*, que reproduce de un tal Fergo, primo de Osián, que fue trasplantado (320 d. C.) de Irlanda a Caledonia, está fundada en un suplemento conjetural de la poesía ersa y el débil testimonio de Ricardo de Cirencester, un monje del siglo XIV. El vivo carácter del sabio e ingenioso anticuario lo ha inclinado a olvidar la naturaleza de una cuestión que discute con tanta *vehemencia* y decide de un modo tan *absoluto*. <<

[652] «Hieme tumentes ac sævientes undas calcastis Oceani sub

remis vestris […] insperatum imperatoris faciem Britannus expavit.» Julio Firmico Materno de *Errore Profan.* Relig. p. 464, ed. Gronov. *ad calcem, Minuc. Fæl.* Véase Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 336). <<

[653] Libanio, *Orat. Parent.* c. XXXIX, p. 264. Este curioso pasaje ha escapado a la diligencia de nuestros anticuarios británicos. <<

[654] Los caledonios alababan y codiciaban el oro, los caballos, el brillo, etc., del *extranjero.* Véase la Disertación de Blair sobre Osián, vol. II, p. 343; y la Introducción de Macpherson, pp. 242-286. <<

[655] Lord Lyttelton ha referido circunstanciadamente (*History of Henry II*, vol. I, p. 182), y sir David Dalrymple apenas ha mencionado (*Annals of Scotland*, vol. I, p. 69) una bárbara incursión de los escoceses, en un tiempo (1137 d. C.) en que las leyes, la religión y la sociedad debían haber suavizado sus costumbres primitivas. <<

[656] «Attacotti bellicosa hominum natio.» Amiano, XXVII, 8. Camden (Introd., p. CLII) ha restablecido su verdadero nombre en el texto de Jerónimo. Las bandas de atacotes que Jerónimo había visto en la Galia se establecieron después en Italia e Iliria (*Notitia*, s. VIII, XXXIX, XL). <<

[657] «Cum ipse adolescentulus in Gallia viderim Attacottos [o Scotos] gentem Brittannicam humanis vesci carnibus; et cum per silvas porcorum greges, et armentorum pecudumque reperiant, pastorum *nates* et feminarum *papillas* solere ab scindere; et has solas ciborum delicias arbitrari.» Tal es el testimonio de Jerónimo (t. II, p. 75), cuya veracidad no hallo motivo para poner en duda. <<

[658] Amiano ha representado concisamente (XX, 1; XXVI, 4; XXVII, 8; XXVIII, 3) toda la serie de la guerra británica. <<

[659]

Horrescit… ratibus… impervia Thule.

Ille… nec falso nomine Pictos

Edomuit. Scotumque vago mucrone secutus,

Fregit Hyperboreas remis audacibus undas.

Claudiano, III, *Cons. Honorii*, v. 53 y ss.

Maduerunt Saxone fuso

Orcades: incaluit Pictorum sanguine Thule,

Scotorum cumulos flevit glacialis Ierne.

En IV, *Cons. Honorii*, v. 31 y ss.

Véase también Pacato (en *Panegyr.* Vet. XII, 5). Pero no es fácil apreciar el valor intrínseco de la lisonja y la metáfora. Compárense las victorias *británicas* de Bolano (Estacio, *Silv.* v. 2) con su verdadero carácter (Tácito, en *Vit. Agricol.* p. 16). <<

[660] Amiano menciona frecuentemente su *concilium annuum, legitimum*, etc. Leptis y Sabrata ya hace mucho tiempo que están en ruinas; pero la ciudad de Oea, patria de Apuleyo, aún florece con el nombre provincial de *Trípoli.* Véanse Cellario (*Geograph. Antiq.* t. II, parte II, p. 81), D'Anville (*Geograph. Antiq.* t. III, pp. 71, 72) y Marmol (*África*, t. II, p. 562). <<

[661] Amiano, XVIII, 6. Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. V, pp. 25, 676) ha discutido las dificultades cronológicas de la historia del conde Romano. <<

[662] La cronología de Amiano es vaga y oscura; y Orosio (l. VII, c. 33, p. 551, ed. Havercamp) parece colocar la revuelta de Firmo después de las muertes de Valentiniano y Valente. Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. V, p. 691) procura escoger su camino. La mula paciente y segura de los Alpes es confiable aun en los senderos más resbaladizos. <<

[663] Amiano, XXIX, 5. El texto de este largo capítulo (quince páginas en 4º) está interrumpido y alterado; y la narración es incierta por falta de datos cronológicos y geográficos. <<

[664] Amiano, XXVIII, 4. Orosio, l. VII, c. 33, pp. 551, 552. Jerónimo, en *Chron.* p. 187. <<

[665] León el Africano (en *Viaggi di Ramusio*, t. 1, fol. 78-83) ha hecho un cuadro curioso de los habitantes y del país, que se hallan más minuciosamente descritos en el *África,* de Mármol, t. III pp. 1-54. <<

[666] Los adelantos de la geografía antigua redujeron gradualmente esta zona inhabitable de los cuarenta y cinco a los veinticuatro e incluso dieciséis grados de latitud. Véase una docta y sensata nota de Robertson, *Hist. of América*, vol. I, p. 426. <<

[667] «Intra, si credere libet, vix jam homines et magis semiferi […] Blemmyes, Satyri», etc. Pomponio Mela, 1, 4, p. 26, ed. Voss. en 8º. Plinio explica *filosóficamente* (VI, 35) las irregularidades de la naturaleza que había admitido *crédulamente* (v. 8). <<

[668] Si el sátiro era el orangután, el gran mono humano (Buffon, *Hist. Nat.* t. XIV, pp. 43 y ss.), bien podría haberse presentado uno vivo en Alejandría durante el reinado de Constantino. Sin embargo, aún queda alguna dificultad acerca de la conversación que san Antonio mantuvo con uno de estos piadosos salvajes en el desierto de la Tebaida (Jerónimo en *Vit. Paul. Eremit.* t. I, p. 238). <<

[669] San Antonio encontró asimismo uno de estos monstruos, cuya existencia afirmó seriamente el emperador Claudio. El público se rió, pero su prefecto de Egipto se ocupó de enviar un artilugio: el cuerpo embalsamado de un *Hipocentauro,* que se

conservó hasta casi un siglo después en el palacio imperial. Véanse Plinio (*Hist. Natur.* VII, 3) y las sensatas observaciones de Freret (*Memoires de l'Acad.* t. VII, pp. 321 y ss.). <<

[670] La fábula de los pigmeos es tan antigua como Homero (*Ilíada*, III, 6). Los pigmeos de la India y Etiopía tenían (*trispithami*) veintisiete pulgadas [67,5 cm] de alto. Cada primavera, su caballería (montada en chivos y cabras) marchaba, formada en batalla, a destruir los huevos de las grullas, *aliter* (dice Plinio) *futuris gregibus non resisti*. Sus habitaciones estaban construidas de lodo, plumas y cáscaras de huevos. Véanse Plinio (VI, 35, VII, 2) y Estrabón (l. II, p. 121). <<

[671] Los volúmenes tercero y cuarto de la valiosa *Historia de los viajes* describen el estado actual de los negros. Las naciones de la costa se han ido civilizando con el trato de los europeos; y las del interior han adelantado con las colonias moras. <<

[672] *Histoire Philosophique et Politique* etc., t. IV, p. 192. <<

[673] El testimonio de Amiano es original y decisivo (XXVII, 12). Moisés de Chorene (l. III, c. 17, p. 249, y c. 34, p. 269) y Procopio (de *Bell. Persico*, l. I, c. 5, p. 17, ed. Louvre) han sido consultados; pero estos historiadores, que confunden hechos distintos, repiten los mismos acontecimientos e introducen extraños cuentos, deben ser seguidos con desconfianza y cautela. <<

[674] Tal vez Artagera o Ardis, bajo cuyas murallas fue herido Cayo, nieto de Augusto. Esta fortaleza estaba situada más arriba de Amida, cerca de una de las fuentes del Tigris. Véase D'Anville, *Geograph. Antiq.* t. II, p. 106. <<

[675] Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. V, p. 701) prueba con la cronología que Olimpias debe haber sido la madre de Para. <<

[676] Amiano (XXVII, 12; XXIX, 1; XXX, 1, 2.) ha descrito, sin

citar fechas, los acontecimientos de la guerra de Persia. Moisés de Chorene (*Hist. Armen.* l. III, c. 28, pp. 261, c. 31; pp. 266, c. 35; pp. 271) proporciona algunos hechos adicionales; pero es sumamente difícil separar la verdad de la fábula. <<

[677] Artajerjes fue sucesor y hermano *(primo hermano)* del gran Sapor, y tutor de su hijo Sapor III (Agatias, l. IV, p. 136, ed. Louvre). Véase la *Historia universal*, vol. XI, pp. 86, 161. Los autores de esta obra irregular han compilado la dinastía sasaniana con erudición y esmero; pero dividir la narración romana y la oriental en dos historias distintas es un arreglo fuera de lugar. <<

[678] Pacato, en *Panegyr. Vet.* XII, 22, y Orosio, l. VII, c. 34. «Ictumque tum fædus est, quo universus Oriens usque ad nunc (416 d. C.) tranquillissime fruitur». <<

[679] Véanse en Amiano (XXX, 1) las aventuras de Para. Moisés de Chorene lo llama Tirídates; y cuenta una anécdota larga y verosímil acerca de su hijo Gnelo, quien luego se hizo popular en Armenia y causó celos al monarca reinante (l. III, c. 21 y ss. pp. 253 y ss.). <<

[680] El relato conciso del reinado y conquistas de Hermanrico parece ser uno de los fragmentos valiosos que Jornandes (c. 28) tomó de las historias godas de Ablavio o Casiodoro. <<

[681] Buat (*Hist. des Peuples de l'Europe*, t. VI, pp. 311-329) busca con más ingenio que acierto las naciones que Hermanrico sometió con sus armas. Niega la existencia de los *Vasinobroncae*, a causa de la extensión inmoderada de su nombre. Sin embargo, el enviado francés a Ratisbona, o Dresde, debe haber atravesado el país de los *Mediomatrici*. <<

[682] La edición de Grocio (Jornandes, p. 642) ofrece el nombre de *Aestri*. Pero la sana razón y el manuscrito ambrosiano han

restablecido el de *Aestii*, cuyas costumbres y localización se hallan descritas por el pincel de Tácito (*Germania*, c. 45). <<

[683] Amiano (XXXI, 3) observa, en términos generales: «Ermenrichi […] belicosissimi Regis, et per multa variaque fortiter facta, vicinis gentibus formidati», etc. <<

[684] «Valens […] docetur relationibus Ducum, gentem Gothorum, ea tempestate intactam ideoque sævissimam, conspirantem in unum, ad pervadenda parari collimitia Thraciarum.» Amiano, XXVI, 6. <<

[685] Buat (*Hist. des Peuples de l'Europe*, t. VI, p. 332) ha averiguado el verdadero número de estos auxiliares. Los tres mil de Amiano y los diez mil de Zósimo eran solamente las primeras divisiones del ejército godo. <<

[686] En los Fragmentos de Eunapio (*Excerpt. Legat.* p. 18, ed. Louvre) están descritas la marcha y la negociación subsiguiente. Los provincianos, que después se familiarizaron con los bárbaros, descubrieron que su fuerza era más aparente que real. Eran de alta estatura, pero sus piernas eran torpes y sus hombros, estrechos. <<

[687] «Valens enim, ut consulto placuerat fratri, cujus regebatur arbitrio, arma concussit in Gothos ratione justa permotus.» Después, Amiano (XXII, 4) sigue describiendo, no el país de los godos, sino la pacífica y obediente provincia de Tracia, que no estaba afectada por la guerra. <<

[688] Eunapio, en *Excerpt. Legat.*, pp. 18, 19. El sofista griego debe haber considerado como *una misma* guerra toda la serie de la historia goda hasta las victorias y la paz de Teodosio. <<

[689] La guerra goda está descrita por Amiano (XXVII, 5), Zósimo (l. IV, pp. 211-214) y Temistio (*Orat.* X, pp. 129-141). El Senado de Constantinopla envió al orador Temistio para que

felicitara al emperador victorioso; y su elocuencia servil compara a Valente sobre el Danubio con Aquiles en el Escamandro. Jornandes se olvida de una guerra característica de los visigodos y afrentosa para el nombre godo (Mascon, *Hist. of the Germans*, VII, 3). <<

[690] Amiano (XXIX, 6) y Zósimo (l. IV, pp. 219, 220) indican cuidadosamente el origen y el proceso de la guerra cuada y sármata. <<

[691] Amiano (XXX, 5), que reconoce el mérito de Petronio Probo, ha censurado con la debida severidad su administración opresiva. Cuando Jerónimo tradujo y continuó la Crónica de Eusebio (380 d. C. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. XII, pp. 53, 626), expresó la verdad, o al menos la opinión pública de su país, en los términos siguientes: «Probus P. P. Illyrici iniquissimis tributorum exactionibus, ante provincias quas regebat, quam a Barbaris vastarentur, erasit», *Chron.* ed. Escalígero, p. 187. *Animadvers.* p. 259. El santo contrajo posteriormente una amistad íntima y tierna con la viuda de Probo; y en el texto se ha sustituido con menos propiedad, pero sin gran injusticia, el nombre del conde Equicio. <<

[692] Juliano (*Orat.* VI, p. 198) describe a su amigo Ificles como un hombre virtuoso y de mérito, que había caído en el ridículo y en la desgracia adoptando el traje extravagante y las costumbres de los cínicos. <<

[693] Amiano, XXX, 5. Jerónimo, que exagera la desgracia de Valentiniano, le niega aun este último consuelo de venganza. «Vastato genitali solo, et *inultam* patriam derelinquens» (t. 1, p. 26). <<

[694] Véanse, acerca de la muerte de Valentiniano, Amiano (XXX, 6), Zósimo (l. VI, p. 221), Víctor (en *Epitom.*), Sócrates (l. IV, c. 31) y Jerónimo (en *Chron.* p. 187, y t. I, p. 26 *ad* Heliodor.).

Hay mucha variedad entre las circunstancias que refieren; y Amiano es tan elocuente que escribe disparates. <<

[695] Sócrates (l. IV, c. 31) es el único testigo original de este necio cuento, tan repugnante a las leyes y costumbres de los romanos, que apenas merece la disertación formal y elaborada de Bonamy (*Mém. de l'Academie*, t. XXX, pp. 394-405). Sin embargo, yo conservaría la circunstancia natural del baño, en vez de seguir a Zósimo, quien describe a Justina como una vieja, viuda de Magnencio. <<

[696] Amiano (XXVII, 6) describe la forma de esta elección militar e investidura *augusta*. Valentiniano parece no haber consultado, y ni siquiera informado, al Senado de Roma. <<

[697] Amiano, XXX, 10. Zósimo, l. IV, pp. 222, 223. Tillemont ha probado (*Hist. des Empereurs*, t. V, pp. 707-709) que Graciano *reinó* en Italia, África e Iliria. He procurado expresar su autoridad sobre los dominios de su hermano, como él acostumbraba, en un estilo ambiguo. <<

[698] Tal es el mal gusto de Amiano (XXVI, 10), que no es fácil distinguir sus hechos de sus metáforas. Sin embargo, asegura positivamente que vio la armazón podrida de un buque, *ad secundum lapidem,* en Metona o Modon, en el Peloponeso. <<

[699] Los terremotos e inundaciones se hallan diversamente descritas por Libanio (*Orat. de ulciscenda Juliani nece*, c. X, en Fabricio *Bibl. Græc.* t. VII, p. 158, con una erudita nota de Oleario), Zósimo (l. IV, p. 221), Sozomen (l. VI, c. 2), Cedreno (pp. 310-314) y Jerónimo (en *Chron.* p. 186, y t. 1, p. 250, en *Vit. Hilarion*). Epidauro hubiera quedado destruida si los ciudadanos prudentes no hubieran ubicado en la playa a san Hilario, monje egipcio. Éste hizo la señal de la cruz; el monte de agua se detuvo y, después de haberse inclinado, retrocedió. <<

[700] Dicearco, el Peripatético, compuso un tratado formal para probar esta clara verdad, que no es la que hace más honor a la especie humana (Cicerón, de *Officiis*, II, 5). <<

[701] Los escitas originales de Herodoto (l. IV, c. 47-57, 99-101) estaban confinados entre el Danubio y el lago Meotis, en un espacio de cuatro mil estadios (cuatrocientas millas romanas) [589,6 km]. Véase D'Anville (*Mem. de l'Academie*, t. XXXV, pp. 573-591). Diodoro Sículo (t. 1, lib. II, p. 155, ed. Wesseling) ha indicado el progreso gradual del nombre y de la nación. <<

[702] Los *tátaros* o tártaros eran una tribu primitiva, rivales y por fin súbditos de los mogoles. En los ejércitos victoriosos de Gengis Khan y sus sucesores, los tártaros formaban la vanguardia; y el nombre que llegó primero a oídos de los extranjeros fue dado a toda la nación (Freret, en *Hist. de l'Academie*, t. XVIII, p. 60). Al hablar de todos o de cualesquiera de los pastores septentrionales de Europa o Asia, empleo indistintamente los nombres de *escitas* o *tártaros.* <<

[703] «Imperium Asiæ *ter* quæsivere: ipsi perpetuo ab alieno imperio, aut intacti, aut invicti, mansere.» Desde el tiempo de Justino (II, 3) han multiplicado esta cuenta. Voltaire ha compendiado en pocas palabras (t. X, p. 64. *Hist. Generale*, c. 156) las conquistas tártaras:

Sobre las naciones trémulas distantes

sopló Escitia la nube de la guerra. <<

[704] El libro cuarto de Herodoto ofrece un cuadro curioso, aunque imperfecto, de los escitas. Entre los modernos que describen la escena uniforme, el khan de Khowaresm, Abulghazi Bahadur, expresa sus sentimientos patrióticos; y su *Historia genealógica de los Tártaros* ha sido abundantemente ilustrada por los editores franceses e ingleses. Carpin, Ascelin y Rubruquis (en

Hist. des Voyages, t. VII) describen a los mogoles del siglo XIV. A estos guías he añadido Gerbillon y los demás jesuitas (*Description de la Chine*, par Du Halde, t. IV), que examinaron minuciosamente la Tartaria china, y el honrado e inteligente viajero Bell de Antermony (dos volúmenes en 4º, Glasgow, 1763). <<

[705] Los uzbecos han variado mucho sus costumbres primitivas: 1. por la profesión de la religión mahometana, y 2. con la posesión de las ciudades y cosechas de la Gran Bucaria. <<

[706] «Il est certain que les grands mangeurs de viande sont en general cruels et feroces plus que les autres hommes. Cette observation est de tous les lieux, et de tous les tems: la barbarie Angloise est connue», etc. Emile de Rousseau, t. I, p. 274. Cualquiera que sea nuestro modo de pensar acerca de la observación general, no concederemos fácilmente la exactitud de su ejemplo. Las quejas bondadosas de Plutarco y los lamentos patéticos de Ovidio seducen nuestra razón, excitando nuestra sensibilidad. <<

[707] Estas migraciones tártaras han sido descubiertas por Guignes (*Histoire des Huns*, t. I, II), hábil y laborioso intérprete de la lengua china, quien ha dado a conocer nuevas e importantes escenas en la historia del género humano. <<

[708] Los misioneros hallaron una planicie en la Tartaria China, a ochenta leguas [445,76 km] de la gran muralla, que estaba a tres mil pasos geométricos [4179 m] sobre el nivel del mar. Montesquieu, que ha hecho uso y abusado de las narraciones de viajeros, deduce las revoluciones de Asia de esta importante circunstancia: el calor y el frío, la debilidad y la fuerza, se tocan sin una zona templada (*Espirit des Loix*, l. XVII, c. 3). <<

[709] Petit de la Croix (*Vie de Gengiscan*, l. III, c. 7) muestra la

completa gloria y la extensión de la caza mogol. Los jesuitas Gerbillon y Verbiest acompañaron al emperador Kamhi cuando cazaba en Tartaria (Du Halde, *Description de la Chine*, t. IV, pp. 81, 290 y ss., ed. en folio). Su nieto, Kienlong, que reúne la disciplina tártara con las leyes y el saber de la China, describe (*Eloge de Moukden*, pp. 273-285), como poeta, los placeres que había disfrutado a menudo como cazador. <<

[710] Véase el segundo volumen de la *Historia genealógica de los tártaros*, y la lista de los khanes, al final de la vida de Gengis o Zingis. Bajo el reinado de Timur o Tamerlán, uno de sus súbditos, descendiente de los Zingis, aún tenía el apelativo regio de khan; y el conquistador de Asia se contentó con el título de emir o sultán. Abulghazi, part. V, c. 4. D'Herbelot, *Bibliotèque Orientale*, p. 878. <<

[711] Véase *Dietas de los antiguos hunos* (Guignes, t. II, p. 26), y una curiosa descripción de los Gingis (*Vie de Gengiscan*, l. I, c. 6, l. IV, c. 11). Tales reuniones están mentadas con frecuencia en la historia persa de Timur; aunque sólo servían para apoyar las determinaciones de su soberano. <<

[712] Montesquieu se esfuerza por explicar una diferencia, que no existió, entre la libertad de los árabes y la esclavitud *perpetua* de los tártaros (*Espirit des Loix*, l. XVII, c. 5, 1; XVIII, c. 19 y ss.). <<

[713] Abulghazi Khan, en las dos primeras partes de su *Historia genealógica*, refiere las miserables fábulas y tradiciones de los tártaros uzbecos, relativas a los tiempos que precedieron al reinado de Gengis. <<

[714] En el libro decimotercero de la *Ilíada*, Júpiter quita la vista de los sangrientos campos de Troya y la vuelve hacia las llanuras de Tracia y Escitia. Nosotros no contemplaríamos, cambiando la perspectiva, un cuadro más pacífico o inocente. <<

[715] Tucídides, l. II, c. 97. <<

[716] Véase el libro cuarto de Herodoto. Cuando Darío se internó en el desierto moldavio, entre el Danubio y el Dniéster, el rey de los escitas le envió un ratón, una rana, un pájaro y cinco flechas. ¡Tremenda alegoría! <<

[717] Estas guerras y héroes pueden hallarse bajo sus *títulos* respectivos, en la *Biblioteca oriental* de Herbelot. Han sido celebrados en un poema épico de sesenta mil versos pareados por Ferdusi, el Homero de Persia. Véase la historia de Nadir Shah, pp. 145, 165. El público debe lamentarse de que Jones haya suspendido el estudio de los conocimientos orientales. <<

[718] El mar Caspio, con sus ríos y tribus vecinos, está laboriosamente ilustrado en el *Examen Critique des Historiens d'Alexandre*, que compara la verdadera geografía con los errores ocasionados por la vanidad o ignorancia de los griegos. <<

[719] El asiento original de la nación parece haber sido en el noroeste de China, en las provincias de Chensi y Chansi. Bajo las dos primeras dinastías, la ciudad principal era aún un campamento fácil de trasladar; las aldeas estaban muy diseminadas; había más terreno empleado en pasturas que en labranza; se ordenaba el ejercicio de la caza para limpiar el país de fieras; Petchely (donde está Pekin) era un desierto; y las provincias del Sur estaban pobladas de indios salvajes. La dinastía de *Han* (206 a. C.) dio al Imperio su forma y extensión actual. <<

[720] La era de la monarquía china ha sido fijada diversamente de 2952 a 2132 a. C., y por la autoridad del emperador actual, se ha tomado como época legal el año 2637. La diferencia proviene de la duración incierta de las dos primeras dinastías, y el espacio vacío que existe más allá de ellas, hasta los tiempos verdaderos o fabulosos de Fohi u Hoangti Sematsien, fecha su cronología

auténtica desde el año 841: los treinta y seis eclipses de Confucio (treinta y uno de los cuales se han verificado) fueron observados entre los años 722 y 480 antes de Cristo. El *período histórico* de China no se remonta más allá de las Olimpíadas griegas. <<

[721] Después de muchos siglos de anarquía y despotismo, la dinastía de Han (206 a. C.) fue la era en que renació el saber. Se restauraron los fragmentos de la literatura antigua, se mejoraron y se fijaron los caracteres, y se aseguró la preservación futura de los libros con los útiles inventos de la tinta, el papel y la imprenta. Sematsien publicó la primera historia de China noventa y siete años antes de Cristo. Su trabajo fue ilustrado y continuado por una serie de ciento ochenta historiadores. La esencia de sus obras se conserva aún; la parte más importante de ellas está depositada en la biblioteca del rey de Francia. <<

[722] La China ha sido ilustrada por los trabajos de los franceses, de los misioneros en Pekín y de los señores Freret y Guignes en París. Los temas de las tres notas anteriores están extractados del *Chu-King,* con el prefacio y notas de Guignes, París, 1770; *El Tong-Kien-Kang-Mu*, traducido por el padre de Maill, bajo el nombre *Hist. Generale de la Chine*, t. I, p. XLIX-CC; las *Memoires sur la Chine*, París, 1776, etc., t. I, pp. 1-323, t. II, pp. 5-364; la *Histoire des Huns*, t. I, pp. 1-131, t. V, pp. 345-362; y las *Memoires de l'Academie des Inscriptions*, t. X, pp. 377-402, t. XV, pp. 495-564, t. XVIII, pp. 178-295, t. XXXVI, pp. 164-238. <<

[723] Véase la *Histoire Generale des Voyages*, t. XVIII, y la *Genealogical History*, vol. II, pp. 620-664. <<

[724] Guignes (t. II, pp. 1-124) ha narrado la historia original de los antiguos Hiong-nu o hunos. La geografía china de su país (t. I, part. II, pp. LV-LXIII) parece ser una parte de sus conquistas.

<<

[725] Véase en Du Halde (t. IV, pp. 18-65) una descripción circunstanciada y un mapa correcto del país de los mongües. <<

[726] Los igures o vigures estaban divididos en tres ramas: cazadores, pastores y labradores; y la última clase era despreciada por las otras dos. Véase Abulghazi, part. II, c. 7. <<

[727] *Memoires de l'Academie des Inscriptions*, t. XXV, pp. 17-33. La mirada abarcadora de Guignes ha comparado estos hechos distantes. <<

[728] La fama de Sovu, o So-ou, su mérito y extrañas aventuras aún se celebran en China. Véanse el *Eloge de Moukden*, p. 30, y notas pp. 241-217; y *Memoires sur la Chine*, t. III, pp. 317-360. <<

[729] Véanse Isbrando Ives, en la *Colección* de Harris, vol. II, p. 931; Bell, *Travels,* vol. I, pp. 247-254; y Gmelin, en *Hist. Generale des Voyages*, t. XVIII, pp. 283-329. Todos ellos remarcan la idea común de que el *mar santo* se enoja y se pone tempestuoso si alguien intenta llamarlo *lago.* Esta nimiedad gramatical promueve muchas veces una disputa entre la absurda superstición de los marineros y la absurda obstinación de los viajeros. <<

[730] Du Halde (t. II, p. 45) y Guignes (t. II, p. 59) mencionan la construcción de la muralla china. <<

[731] Véase la Vida de Lieupan o Kaoti, en la *Hist. de la Chine*, publicada en París, 1777, etc., t. I, pp. 442-522. Esta obra voluminosa es la traducción (por el P. de Mailla) del *Tong-Kien-Sang-Mou,* el célebre compendio de la gran *Historia de Semakuang* (1084 d. C.) y sus continuadores. <<

[732] Véase un memorial libre y extenso, que presentó un mandarín al emperador Venti (180-157 a. C.), en Du Halde (t.

II, pp. 412-426), de una colección de papeles de Estado, señalados con lápiz rojo por el mismo Kamhi (pp. 384-612). Otro memorial del ministro de guerra (*Kang-Mu*, t. II, p. *555*) proporciona algunos datos curiosos sobre las costumbres de los hunos. <<

[733] Se hace mención de un subsidio de mujeres como artículo acostumbrado de tratado y tributo (*Hist. de la Conquete de la Chine par les Tartares Mantcheoux*, t. I, pp. 186, 187, con la nota del editor). <<

[734] Guignes. *Hist. des Huns*, t. II, p. 62. <<

[735] Véase el reinado del emperador Wu-Ti, en el *Kang-Mu*, t. III, pp. 1-98. Su carácter variable y contradictorio parece estar descrito imparcialmente. <<

[736] Esta expresión se emplea en el memorial al emperador Wu-Ti (Du Halde, t. II, p. 417). Sin adoptar las exageraciones de Marco Polo e Isaac Vosio, podemos conceder razonablemente que Pekín tiene dos millones de habitantes. Las ciudades del Sur, donde están las fábricas de China, son aún más populosas. <<

[737] Véase el *Kang-Mu*, t. III, p. 150, y los acontecimientos posteriores en los años oportunos. En el *Elogio de Mukden* se celebra esta fiesta memorable, y también se explica en una nota por el padre Gaubil, pp. 89, 90. <<

[738] Esta inscripción fue compuesta en aquel sitio por Panku, presidente del Tribunal de la Historia (*Kang-Mu*, t. III, p. 392). En muchas partes de Tartaria se han descubierto monumentos similares (*Histoire des Huns*, t. II, p. 122). <<

[739] Guignes (t. I, p. 189) ha insertado una breve relación de los siempos. <<

[740] Los chinos ubican la era de los hunos mil doscientos diez

años antes de Cristo. Pero la serie de sus reyes no empieza hasta el año 230 (*Hist. des Huns*, t. II, pp. 21, 123). <<

[741] En el *Kang-Mu*, t. III, pp. 88, 91, 95, 139 y ss., están referidos los diversos sucesos de la caída y fuga de los hunos. El corto número de cada horda puede atribuirse a sus pérdidas y divisiones. <<

[742] De Guignes ha seguido con maestría las huellas de los hunos por los vastos desiertos de Tartaria (t. II, pp. 123, 277 y ss.; 325 y ss.). <<

[743] Mohamed, sultán de Carizme, reinaba en Sogdiana cuando la invadieron Gengis y sus mogoles (1218 d. C.). Los historiadores orientales (véase D'Herbelot, Petit de la Croix, etc.) celebran las ciudades populosas que arruinó y el país fértil que arrasó. Al siglo siguiente, Abulfeda describió las mismas provincias de Chorasmia y Mawaralnahr (Hudson, *Geograph. Minor*. t. III). En la *Historia genealógica de los Tártaros* (pp. 423-469) puede verse su miseria actual. <<

[744] Justino (XLI, 6) ha dejado un breve compendio de los reyes griegos de Bactriana. Debo atribuir a su industria el comercio nuevo y extraordinario que trasportaba las mercancías de la India a Europa, por el Oxo, el mar Caspio, el Ciro, el Fasis y el Euxino. Los otros caminos, tanto por tierra como por mar, estaban en posesión de los seléucidas y tolomeos (Véase *Espirit des Loix*, l. XXI). <<

[745] Procopio, de *Bell. Persico*, l. I, c. 3, p. 9. <<

[746] En el siglo XIII, el monje Rubruquis (que cruzó la inmensa llanura de Kipzak, en su viaje a la corte del gran Khan) observó el nombre notable de *Hungría*, con los rastros de una lengua y origen comunes (*Hist. des Voyages*, t. VII, p. 269). <<

[747] Bell (vol. I, pp. 29-34) y los editores de la *Historia*

genealógica (p. 539) han descrito a los calmucos del Volga a principios del siglo actual. <<

[748] Esta gran trasmigración de trescientos mil calmucos o torgutes sucedió en el año 1771. Los misioneros de Pekín (*Memoires sur la Chine*, t. I, pp. 401-418) han traducido la narración original de Kienlong, emperador reinante de China, destinada a la inscripción de una columna. El emperador emplea el lenguaje suave y especioso del Hijo del Cielo y del Padre de su pueblo. <<

[749] El *Kang-Mu* (t. III, p. 447) atribuye a sus conquistas un espacio de catorce mil *lis*. Según el estándar actual, doscientos *lis* (o más exactamente ciento noventa y tres) son iguales a un grado de latitud, y, por consiguiente, una milla inglesa [1,60 km] es mayor que tres millas de China. Pero hay poderosos motivos para creer que el *li* antiguo apenas llegaba a la mitad del moderno. Véanse las laboriosas investigaciones de D'Anville, un geógrafo a quien no le es ajena ninguna época o clima del globo (*Memoires de l'Acad.* t. II, pp. 125-502. *Mesures Itineraires*, pp. 154-167). <<

[750] Véase la *Histoire des Huns*, t. II, pp. 125-144. La historia posterior (pp. 145-277) de tres o cuatro dinastías hunas prueba evidentemente que su espíritu marcial no disminuyó con una larga residencia en China. <<

[751] «Utque hominibus quietis et placidis otium est voluptabile, ita illos pericula juvant et bella. Judicatur ibi beatus qui in proelio profuderit animam: senescentes etiam et fortuitis mortibus mundo digressos, ut degeneres et ignavos, conviciis atrocibus insectantur» (Amiano, XXXI, 2). Debemos formarnos un alto juicio de los conquistadores de *tales* hombres. <<

[752] Acerca de los alanos, véase Amiano (XXXI, 2), Jornandes

(de *Rebus Geticis*, c. 24), Guignes (*Hist. des Huns*, t. II, p. 279), y la *Historia genealógica de los Tártaros* (t. II, p. 617). <<

[753] Como poseemos la historia auténtica de los hunos, no sería pertinente repetir o refutar las fábulas que dan una falsa interpretación a su origen y sus adelantos, su pasaje por el fango o agua de la laguna Meotis en persecución de un buey o un ciervo, *les Indes qu'ils avoient decouvertes*, etc. (Zósimo, l. IV, p. 224; Sozomen, l. VI, c. 37; Procopio, *Hist. Miscel.* c. 5; Jornandes, c. 24; *Grandeur et Decadence… des Romains*, c. 17). <<

[754] «Prodigiosæ formæ, et pandi; ut bipedes existimes bestias; vel quales in commarginandis pontibus, effigiati stipites dolantur incompti», Amiano, XXXI, l. Jornandes (c. 24) dibuja una caricatura recargada de un rostro calmuco: «Species pavenda nigredine […] quædam deformis offa, non facies; habensque magis puncta quam lumina». Véase Buffon, *Hist. Naturelle*, t. III, p. 380. <<

[755] Este origen aborrecible, que Jornandes (c. 24) describe con el rencor de un godo, podría derivarse originalmente de una fábula más agradable de los griegos (Herodoto, l. IV, c. 9 y ss.). <<

[756] Los roxolanos pueden ser los padres de los ‘Ρῶς, los *rusos* (D'Anville, *Empire de Russie*, pp. 1-10), cuya residencia (862 d. C.) cerca de Veliki Novgorod no puede estar muy distante de la que el geógrafo de Ravena (I, 1, 2; IV, 4, 46; V, 28, 30) asigna a los roxolanos (886 d. C.). <<

[757] El texto de Amiano parece imperfecto o corrompido; pero la naturaleza del terreno explica y casi define la muralla goda. *Memoires de l'Academie* etc., t. XXVIII, pp. 444-462. <<

[758] De Buat (*Hist. des Peuples de l'Europe*, t. VI, p. 407) ha

concebido la idea extraña de que Alavivo era la misma persona que Ulfilas, el obispo godo; y que Ulfilas, nieto de un cautivo capadocio, llegó a ser temporalmente príncipe de los godos. <<

[759] Amiano (XXXI, 3) y Jornandes (de *Rebus Geticis*, c. 24) describen la subversión del Imperio godo por los hunos. <<

[760] La cronología de Amiano es oscura e imperfecta. Tillemont ha trabajado para aclarar y establecer los anales de Valente. <<

[761] Zósimo, l. IV, p. 223. Sozomen, l. VI, c. 38. Los isaurios infestaban cada invierno los caminos de Asia Menor, hasta las inmediaciones de Constantinopla. Basil, *Epíst.* CCL *apud* Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. V, p. 106. <<

[762] Amiano (XXXI, 3, 4), Zósimo (l. IV, pp. 223, 224), Eunapio, en *Excerpt. Legat.* (p. 19, 20) y Jornandes (c. 25, 26) refieren el paso del Danubio. Amiano (c. 5) declara que sólo quiere decir «ipsas rerum digerere *summitates*». Pero muchas veces toma una falsa medida de su importancia; y su prolijidad superflua está desagradablemente equilibrada por su brevedad inoportuna. <<

[763] Chishull, curioso viajero, observó el ancho del Danubio, que cruzó al sur de Bucarest, cerca de la confluencia del Argish (p. 77). Admira la hermosura y la abundancia espontánea de Mesia o Bulgaria. <<

[764]

Quem qui scire velit, Libyci velit aequoris idem

Discere quam multæ Zephyro turbentur arenæ.

(David Womersley dice: «Scire quam multae Zephyro truduntur harenae».)

Amiano ha insertado en su prosa estos versos de Virgilio (*Georgic.* l. II, 105) utilizados originalmente por el poeta para expresar la imposibilidad de enumerar las diferentes clases de

cepas. Véase Plin., *Hist. Natur.* l. XIV. <<

[765] Eunapio y Zósimo especifican curiosamente estos artículos de riqueza y lujo godo. Sin embargo, es presumible que fueran fabricados en las provincias y que los bárbaros los adquirieran como despojos de guerra o presentes y precio de la paz. <<

[766] *Decem libras;* debe sobrentenderse la palabra *plata.* Jornandes manifiesta las pasiones y prejuicios de un godo. Los serviles griegos Eunapio y Zósimo disfrazan la opresión romana y maldicen la perfidia de los bárbaros. Amiano, un historiador patriota, toca apenas y con renuencia este odioso asunto. Jerónimo, que escribió casi en el lugar mismo, es justo, pero conciso: «Per avaritiam Maximi ducis, ad rebellionem fame *coacti* sunt» (en *Chron.*). <<

[767] Amiano, XXXI, 4, 5. <<

[768] «Vexillis de *more* sublatis, auditisque *triste sonantibus classicis»,* Amiano, XXXI, 5. Éstos son los *rauca cornua* de Claudiano (en Rufin, II, 57), las grandes astas del *uro* o toro salvaje que han empleado más recientemente los cantones suizos de Uri y Underwald (Simler, de *Republica Helvet.* l. II, p. 201, ed. Fuselin. Tigur. 1734). Su cuerno militar está hábilmente introducido, aunque quizás por casualidad, en una narración original de la batalla de Nancy (1477 d. C.): «Attendant le combat le dit cor fut corne par trois fois, tant que le vent du souffleur pouvoit durer: ce qui esbahit fort Monsieur de Borgoigne; *car deja a Morat l'avoit ouy».* Véase *Pieces Justificatives* en la edición en 4º de Felipe de Cominas, t. III, p. 493. <<

[769] Jornandes, de *Rebus Geticis*, c. 26, p. 648, ed. Grot. Estos *splendidi pani* (tales eran comparativamente) están sin duda trascritos de las historias más grandes de Prisco, Ablavio o Casiodoro. <<

[770] «Cum populis suis longe ante suscepti.» Ignoramos la fecha exacta y las circunstancias de su trasmigración. <<

[771] En Adrianópolis había una fábrica imperial de escudos, etc.; y el populacho era encabezado por los *Fabricenses* o trabajadores (Vales. *ad* Amiano, XXXI, 6). <<

[772] «Pacem sibi esse cum parietibus memorans.» Amiano, XXXI, 6. <<

[773] Estas minas se hallaban en el país de los besios, en la cordillera, el Rodope, que corre entre Filipi y Filipópolis, dos ciudades macedonias, que derivaban su nombre y origen del padre de Alejandro. Recibía anualmente de las minas de Tracia el valor, no el peso, de mil talentos (200 000 libras esterlinas); renta que pagaba la falange y corrompía a los oradores de Grecia. Véase Diodor. Sículo, t. II, l. XVI, p. 88, ed. Wesseling. Comentarios de Godofredo sobre el Código Teodosiano, t. III, p. 496. Celario, *Geograph. Antiq*. t. I, pp. 676, 857. D'Anville, *Geographie Ancienne*, t. I, p. 336. <<

[774] Como estos desgraciados trabajadores se escapaban a menudo, Valente había publicado leyes severas para sacarlos de sus escondites. Cod. Theodosian. l. X, tít. XIX, leg. 5, 7. <<

[775] Véase Amiano, XXXI, 5, 6. El historiador de la guerra goda pierde tiempo y espacio con una recapitulación fuera del caso de las antiguas incursiones de los bárbaros. <<

[776] El *Itinerario de Antonino* (pp. 226, 227, ed. Wesseling) indica la situación de este lugar a unas sesenta millas [96,55 km] al norte de Tomi, destierro de Ovidio; y el nombre de *Salices* (sauces) expresa la naturaleza del terreno. <<

[777] Este círculo de carros, el *carrago*, era la fortificación que acostumbraban los bárbaros (Vegecio, de *Re Militari*, l. III, c. 10. Valesio *ad* Amiano, XXXI, 7). Sus descendientes conservaron la

costumbre y el nombre hasta el siglo XV. El *charroy*, que rodeaba a la *hueste*, es una palabra familiar para los lectores de Froissart o Comines. <<

[778] «Statim ut accensi malleoli.» He usado el sentido literal de verdaderas antorchas o fuegos; pero casi sospecho que es tan sólo una de esas metáforas hinchadas, de esos falsos adornos, que desfiguran continuamente el estilo de Amiano. <<

[779] «Indicant nunc usque albentes ossibus campi», Amiano, XXXI, 7. El historiador pudo haber visto estas llanuras como soldado o viajero. Pero su modestia ha suprimido las aventuras de su vida posteriores a las guerras persas de Constancio y Juliano. Ignoramos en qué tiempo dejó el servicio y se retiró a Roma, donde al parecer compuso la historia de su época. <<

[780] Amiano, XXXI, 8. <<

[781] «Hanc Taifalorum gentem turpem, et obscenæ vitæ flagitiis ita accipimus mersam; ut apud eos nefandi concubitus fœdere copulentur mares puberes, ætatis viriditatem in eorum pollutis usibus consumpturi. Porro, si qui jam adultus aprum exceperit solus, vel interemit ursum immanem, colluvione liberatur incesti.» Amiano, XXXI, 9. También entre los griegos, y más especialmente entre los cretenses, las cuadrillas sagradas de la amistad se confirmaban y se mancillaban con un amor antinatural. <<

[782] Amiano, XXXI, 8, 9. Jerónimo (t. I, p. 26) enumera las naciones e indica un período calamitoso de veinte años. Esta epístola a Heliodoro fue compuesta en el año 397 (Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. XII, p. 645). <<

[783] El campo de batalla, *Argentaria* o *Argentovana*, está exactamente fijado por D'Anville (*Notice de l'Ancienne Gaule*, pp. 96-99) a veintitrés leguas galas o treinta y cuatro millas

romanas y media [50,85 km] al sur de Estrasburgo. De sus ruinas se levantó la ciudad vecina de Colmar. <<

[784] La narración imparcial y completa de Amiano (XXXI, 10) puede recibir alguna luz adicional del *Epítome de Víctor*, la *Crónica de Jerónimo* y la *Historia de Orosio* (l. VII, c. 33, p. 552, ed. Havercamp). <<

[785] «Moratus paucissimos dies, seditione popularium levium pulsus.» Amiano, XXXI, 11. Sócrates (l. IV, c. 38) suministra las fechas y algunas circunstancias. <<

[786] «Vivosque omnes circa Mutinam, Regiumque, et Parmam, Italica oppida, rura culturos exterminavit.» Amiano, XXXI, 9. Esas ciudades y distritos aparecen, cerca de diez años después de la colonia de los taifalas, en un estado muy desolado. Véase Muratori, *Dissertazioni sopra le Antichita Italiane*, t. I, Dissertat. XXI, p. 354. <<

[787] Amiano, XXXI, 11. Zósimo, l. IV, pp. 228-230. El segundo se explaya sobre las irregulares hazañas de Sebastián, y despacha en pocos renglones la importante batalla de Adrianópolis. Según los críticos eclesiásticos, que aborrecen a Sebastián, el elogio de Zósimo es miserable (Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. V, p. 121). Sus prejuicios e ignorancia lo hacen un juez de mérito muy cuestionable. <<

[788] Amiano (XXXI, 12, 13) describe casi únicamente los consejos y acciones que se terminaron con la fatal batalla de Adrianópolis. Podemos censurar los vicios de su estilo, el desorden y la incertidumbre de su narración; pero ahora tenemos que despedirnos de este historiador imparcial, y nuestra pena por una pérdida tan irreparable silencia los reproches. <<

[789] La diferencia entre las ocho millas (12,87 km) de Amiano y las doce (19,31 km) de Idacio sólo puede desconcertar a

aquellos críticos (Valesio *ad loc.*) que suponen que un gran ejército es un punto matemático, sin espacio ni dimensiones. <<

[790] «Nec ulla, annalibus, præter Cannensem pugnam, ita ad internecionem res legitur gesta.» Amiano, XXXI, 13. Según el grave Polibio, no más de trescientos setenta caballos y tres mil infantes se salvaron del campo de Canas: diez mil cayeron prisioneros, y el número de los muertos ascendió a cinco mil seiscientos treinta caballos y setenta mil infantes (Polibio, l. III, p. 371, ed. Casaubón, 8º). Livio (XXII, 49) es algo menos sangriento: mata sólo dos mil setecientos caballos y cuarenta mil infantes. El ejército romano constaba al parecer de ochenta y siete mil doscientos hombres efectivos (XXII, 36). <<

[791] Hemos ganado alguna luz tenue con Jerónimo (t. I, p. 26, y en *Chron.*, p. 188), Víctor (en *Epitome*), Orosio (l. VII, c. 33, p. 554), Jornandes (c. 27), Zósimo (l. IV, p. 230), Sócrates (l. IV, c. 38), Sozomen (l. VI, c. 40), Idacio (en *Chron.*). Pero todos sus testimonios reunidos son livianos y sin sustancia comparados con el de Amiano solo. <<

[792] Libanio, *de ulciscend. Julian. nece.* c. 3, en Fabricius, *Biblioth. Græc.* t. VII, pp. 146-148. <<

[793] Valente había ganado, o más bien comprado, la amistad de los sarracenos, cuyas incursiones ofensivas se sentían en las fronteras de Fenicia, Palestina y Egipto. La fe cristiana había sido introducida poco antes entre un pueblo reservado para propagar otra religión en un siglo futuro (Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. V, pp. 104, 106, 141; *Mém. Ecclés.* t. VII, p. 593). <<

[794] «Crinitus quidam, nudus omnia præter pubem, subraucum et lugubre strepens.» Amiano, XXXI, 16, y Vales. *ad loc*. Los árabes peleaban con frecuencia desnudos, una costumbre que

puede atribuirse a su ardiente clima y a su valor ostentoso. La descripción de este salvaje desconocido es el vivo retrato de Derar, nombre tan temido para los cristianos de Siria. Véase Ockley, *Hist. of the Saracens*, vol. I, pp. 72, 84, 87. <<

[795] Aun puede hallarse la serie de los acontecimientos en las últimas páginas de Amiano (XXXI, 15, 16). Zósimo (l. IV, pp. 227, 231), a quien tenemos ahora que apreciar, coloca indebidamente la corrida de los árabes antes de la muerte de Valente. Eunapio (en *Excerpt. Legat.* p. 20) elogia la fertilidad de Tracia, Macedonia, etc. <<

[796] Obsérvese con cuánta indiferencia refiere César, en los *Comentarios de la guerra gálica*, que sentenció a muerte a todo el Senado de los venetos, que se había puesto a su merced (III, 16); que trabajó para extirpar toda la nación de los ebubrones (VI, 31); que en Burges fueron degolladas cuarenta mil personas por la justa venganza de sus soldados, que no perdonaron edad ni sexo (VII, 27), etc. <<

[797] Tales son los datos del saqueo de Magdeburg que dan el eclesiástico y el pescador, y que Harte transcribió (*Hist. of Gustavus Adolphus*, vol. I, pp. 313-320) con algún recelo de faltar a la *dignidad* de la historia. <<

[798] «Et vastatis urbibus, hominibusque interfectis, solitudinem *et raritatem bestiarum* quoque fieri, et *volatilium, piscimque:* testis Illyricum est, testis Thracia, testis in quo ortus sum solum (Pannonia), ubi præter cælum et terram, et crescentes vepres, et condensa silvarum *cuncta perierunt.*» t. VII, p. 250, *ad* l. cap. Sophonias; y t. I, p. 26. <<

[799] Eunapio (en *Excerpt. Legat.* p. 20) supone neciamente un desarrollo sobrenatural de los jóvenes godos, para poder introducir a los hombres armados de Cadmo, que salieron de los

dientes del dragón, etc. Tal era la elocuencia griega de aquellos tiempos. <<

[800] Evidentemente, Amiano aprueba esta ejecución —*efficacia velox et salutaris*—, con lo cual concluye su obra (XXXI, 16). Zósimo, que es curioso y copioso (l. IV, p. 233-236), equivoca la fecha, y se esfuerza por encontrar la razón por la que Julio no consultó al emperador Teodosio, que aún no había subido al trono de Oriente. <<

[801] En el siglo último se compuso una vida de Teodosio el Grande (París, 1679, en 4º; 1680, en 12º), para inflamar con celo católico el ánimo del joven delfín. Su autor, Flechier, después obispo de Nimes, era un célebre predicador; y su historia está adornada o manchada con la elocuencia del púlpito; pero toma su saber de Baronio, y sus principios de san Ambrosio y san Agustín. <<

[802] El nacimiento, carácter y elevación de Teodosio están indicados en Pacato (en *Panegyr. Vet.* XII, 10, 11, 12), Temistio (*Orat.* XIV, p. 182), Zósimo (l. IV, p. 231), Agustín (de *Civitat. Dei*, V, 25), Orosio (l. VII, c. 34), Sozomen (l. VII, c. 2), Sócrates (l. V, c. 2), Teodoreto (l. V, c. 5), Filostorgio (l. IX, c. 17, con Godofredo, p. 393), el *Epítome* de Víctor y las *Crónicas* de Próspero, Idacio y Marcelino, en el *Thesaurus Temporum* de Escalígero. <<

[803] Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. V, pp. 716 y ss. <<

[804] *Italica*, fundada por Escipión el Africano para sus veteranos heridos de Italia. Aún se encuentran las ruinas, a una legua [2,222 km] de Sevilla, pero en la orilla opuesta del río. Véase *Hispania Illustrata* de Nonio —un tratado breve pero valioso—, c. XVII, pp. 64-67. <<

[805] Acuerdo con Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. V, p. 726) en

sospechar el linaje real, que se mantuvo en secreto hasta el ascenso de Teodosio. Aun después de este acontecimiento, el silencio de Pacato supera el testimonio venal de Temistio, Víctor y Claudiano, quienes emparentan a la familia de Teodosio con las de Trajano y Adriano. <<

[806] Pacato compara, y por supuesto prefiere, la juventud de Teodosio a la educación militar de Alejandro, Aníbal y el segundo Africano, que habían servido como él bajo sus padres (XII, 8). <<

[807] Amiano (XXIX, 6) menciona esta victoria de «Teodosius Junior Dux Mæsiæ, prima etiam tum lanugine juvenis, princeps postea perspectissimus». Temistio y Zósimo atestiguan el mismo hecho; pero Teodoreto (l. V, c. 5), que añade algunas circunstancias curiosas, lo aplica extrañamente al tiempo del interregno. <<

[808] Pacato (in *Panegyr. Vet.* XII, 9) prefiere la vida rústica de Teodosio a la de Cincinato; la primera fue efecto de una elección; la segunda, de la pobreza. <<

[809] D'Anville (*Geographie Ancienne*, t. I, p. 25) ha ubicado Cauca o Coca en la antigua provincia de Galicia, donde Zósimo e Idacio han establecido la cuna o el patrimonio de Teodosio. <<

[810] Escuchemos al propio Amiano: «Hæc, ut miles quondam et Græcus, a principatu Cæsaris Nervæ exorsus, adusque Valentis interitum, pro virium explicavi mensura: opus veritatem professum nunquam, ut arbitror, sciens, silentio ausus corrumpere vel mendacio. Scribant reliqua potiores ætate, doctrinisque florentes. Quos id, si libuerit aggressuros, procudere linguas ad majores moneo stilos». Amiano, XXXI, 16. Se han perdido los trece primeros libros, un epítome superficial de doscientos cincuenta y siete años: los dieciocho últimos, que

sólo contienen veinticinco años, aún conservan la historia copiosa y auténtica de su época. <<

[811] Amiano fue el último súbdito de Roma que compuso una historia profana en lengua latina. El Oriente, en el siglo posterior, produjo algunos historiadores retóricos, Zósimo, Olimpiodoro, Malco, Cándido, etc. Véase Vosio, de *Historicis Gracis*, l. II, c. 18; de *Historicis Latinis*, l. II, c. 10 y ss. <<

[812] Crisóstomo, t. I, pp. 344, ed. Montfaucon. He verificado y examinado este pasaje; pero sin la ayuda de Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. V, p. 152) nunca hubiera detectado una anécdota histórica entre una extraña mezcla de exhortaciones morales y místicas, que el predicador de Antioquía dirige a una joven viuda. <<

[813] Eunapio, en *Excerpt. Legation.* p. 21. <<

[814] Véase la *Cronología de las leyes* de Godofredo. *Cod. Theodos.* t. I, Prolegomen, pp. XCIX-CIV. <<

[815] La mayor parte de los escritores insisten en la enfermedad y el largo descanso de Teodosio en Tesalónica: Zósimo, para disminuir su gloria; Jornandes, para favorecer a los godos; y los escritores eclesiásticos, para introducir su bautismo. <<

[816] Compárese Temistio (*Orat.* XIV, p. 181) con Zósimo (l. IV, p. 232), Jornandes (c. XXVII, p. 649) y el prolijo *Comentario* de De Buat (*Hist. des Peuples* etc. t. VI, pp. 477-552). Las crónicas de Idacio y Marcelino aluden en términos generales a «magna certamina, *magna multaque* prælia». Los dos epítetos no se concilian fácilmente. <<

[817] Zósimo (l. IV, p. 232) lo llama escita, un nombre que los griegos más cercanos parecen haber asignado a los godos. <<

[818] El lector se alegrará de ver las palabras originales de Jornandes o del autor al que trascribe: «Regiam urbem ingressus

est, miransque, En, inquit, cerno quod sæpe incredulus audiebam, famam videlicet tantæ urbis. Et huc illuc oculos volvens, nunc situm urbis, commeatumque navium, nunc mænia clara prospectans, miratur, populosque diversarum gentium, quasi fonte in uno e diversis partibus scaturiente unda, sic quoque militem ordinatum aspiciens; Deus, inquit, sine dubio est terrenus Imperator, et quisquis adversus cum manum moverit, ipse sui sanguinis reus existit». Jornandes (c. XXVIII, p. 650) continúa con la mención de su muerte y funeral. <<

[819] Jornandes, c. XXVIII, p. 650. Hasta Zósimo (l. IV, p. 246) está obligado a reconocer la generosidad de Teodosio, tan honorable para él y tan provechosa para el público. <<

[820] Las insinuaciones breves, pero auténticas, en los *Fastos* de Idacio (*Chron. Scalig.* p. 52) están manchadas con las pasiones contemporáneas. La oración decimocuarta de Temistio es una felicitación a la Paz y al cónsul Saturnino (383 d. C.). <<

[821] ’Έθνος τι Σκύθικον πᾶσιν ἄγνωστον, Zósimo, l. IV, p. 252. <<

[822] La razón y el ejemplo me justifican para aplicar este nombre indio a los μονόξυλα de los bárbaros, los árboles ahuecados en forma de bote, πληθεῖ μονοξύλων έμβιβάσαντες. Zósimo, l. IV, p. 253.

Ausi Danubium quondam tranare Gruthungi

In lintres fregere nemus: ter mille ruebant

Per fluvium plenæ cuneis immanibus alni.

Claudiano, en IV, Cons. Hon. 623. <<

[823] Zósimo, l. IV, pp. 252-255. Deja ver con mucha frecuencia la pobreza de su juicio, echando a perder las narraciones más serias con circunstancias frívolas e increíbles. <<

[824] «… Odothæi Regis *opima*»

Retulit, ver. 632.

Los *opima* eran los despojos que un general romano podía ganar del rey o general enemigo sólo si lo había matado por su propia mano; y en los tiempos victoriosos de Roma no se celebraron sino tres casos. <<

[825] Véase Temistio, *Orat.* XVI, p. 211. Claudiano (en Eutrop. l. II, 152) menciona la colonia frigia —*Ostrogothis colitur mistisque Gruthungis Phryx ager*— y luego sigue nombrando los ríos de Lidia, el Pactolo y el Hermo. <<

[826] Compárese a Jornandes (c. 21, 28), quien indica el rango y número de los *Foederati* godos, con Zósimo (l. IV, p. 258), quien menciona sus collares de oro, y Pacato (en *Panegyr. Vet.* XII, 37), que aplaude con falsa o necia alegría su valor y disciplina. <<

[827] «Amator pacis generisque Gothorum.» Tal es el elogio que hace el historiador godo (c. XXIX), quien muestra a su nación como gente inocente y pacífica, lenta para enojarse y paciente para las injurias. Según Livio, los romanos conquistaron el mundo en su propia defensa. <<

[828] Además de las invectivas parciales de Zósimo —siempre descontento con los reinados cristianos—, véanse las graves protestas que Sinesio dirige al emperador Arcadio (de *Regno*, p. 25, 26, ed. Petav). El obispo filósofo de Cirene estaba bastante cerca como para juzgar; y estaba bastante lejano de la tentación del miedo o la adulación. <<

[829] Temistio (*Orat.* XVI, pp. 211, 212) compone una apología detallada y racional que, sin embargo, no está exenta de las puerilidades de la retórica griega. Orfeo *sólo* podía cautivar a las fieras de Tracia; pero Teodosio encantaba a los hombres y mujeres cuyos antepasados, en el mismo país, habían

despedazado a Orfeo, etc. <<

[830] Constantinopla fue privada, durante medio día, del donativo público del pan, para expiar el asesinato de un soldado godo; κινοῦντες τὸ Σκυθικόν, tal era el crimen del pueblo. Libanio, *Orat.* XII, p. 394, ed. Morel. <<

[831] Zósimo (l. IV, pp. 267-271) refiere una larga y ridícula historia de este príncipe aventurero, que vagó por el país con sólo cinco jinetes, de un espía a quien descubrieron, azotaron y mataron en la choza de una anciana, etc. <<

[832] Compárese a Eunapio (en *Excerpt. Legat.* pp. 21, 22) con Zósimo (l. IV, p. 279). La diferencia de circunstancias y nombres debe indudablemente aplicarse a la misma historia. Fravita o Travita fue posteriormente cónsul (401 d. C.) y aún continuó sirviendo fielmente al hijo mayor de Teodosio (Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. V, p. 467). <<

[833] «Les Goths ravagerent tout depuis le Danube jusqu'au Bosphore; exterminerent Valens et son armee; et ne repasserent le Danube que pour abandonner l'affreuse solitude qu'ils avoient faite» (Oeuvres de Montesquieu, t. III, p. 479; *Considerations sur les* Causes *de la Grandeur et de la Decadence des Romains*, c. XVII). El presidente Montesquieu parece ignorar que los godos, tras la derrota de Valente, *nunca* abandonaron el territorio romano. Claudiano (de *Bello Getico*, 166 y ss., 404 d. C.) dice que hace treinta años:

Ex quo jam patrios gens hæc oblita Triones,

Atque Istrum transvecta semel, vestigia fixit

Threicio funesta solo…

El error no tiene disculpa, pues encubre la causa principal e inmediata de la caída del Imperio occidental de Roma. <<

[834] Valentiniano puso menos atención en la religión de su hijo,

ya que confió la educación de Graciano a Ausonio, pagano manifiesto (*Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XV, p. 125-138). La fama poética de Ausonio es una mengua para el gusto de su siglo. <<

[835] Ausonio fue promovido sucesivamente a la prefectura pretoriana de Italia (377 d. C.) y de Galia (378 d. C.); y finalmente recibió la investidura del consulado (379 d. C.). Manifestó su agradecimiento en una pieza servil e insípida de adulación (*Gratiarum Actio*, pp. 699-736). que ha sobrevivido a producciones más meritorias. <<

[836] «Disputare de principali judicio non oportet. Sacrilegii enim instar est dubitare, an is dignus sit quem elegerit imperator.» *Codex Justin.* l. IX, tít. XXIX, leg. 3. La débil corte de Milán resucitó y promulgó esta ley conveniente, después de la muerte de Graciano. <<

[837] Ambrosio compuso para su educación un tratado teológico sobre la fe de la Trinidad, y Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. V, pp. 158 y 169) atribuye al arzobispo el mérito de las leyes intolerantes de Graciano. <<

[838] «Qui divinæ legis sanctitatem nesciendo omittunt, aut negligendo violant, et offendunt, sacrilegium committunt.» *Codex Justin.*, l. IX, tít. XXIX, leg. 1. Teodosio puede, en verdad, reclamar su parte en el mérito de esta abarcadora ley. <<

[839] Amiano (XXXI, 10) y Víctor el Menor reconocen las virtudes de Graciano; y acusan, o más bien lamentan, la degeneración de su gusto. El paralelo odioso de Cómodo está salvado con «licet incruentus»; y quizás Filostorgio (l. X, c. 10, y Godofredo, p. 412) había guardado, con alguna reserva semejante, la comparación de Nerón. <<

[840] Zósimo (l. IV, p. 247) y Víctor el Menor atribuyen la

revolución al favor de los alanos, y al descontento de las tropas romanas. «Dum exercitum negligeret, et paucos ex Alanis, quos ingenti auro ad se transtulerat, anteferret veteri ac Romano militi». <<

[841] *Britannia fertilis provincia tyrannorum* es una memorable expresión utilizada por san Jerónimo en la controversia pelagiana y diversamente tergiversada en las disputas de nuestros anticuarios nacionales. La revoluciones del siglo pasado parecen justificar la imagen del sublime Bossuet: «cette ile, plus orageuse que les mers qui l'environment». <<

[842] Zósimo dice de los soldados ingleses τῶν ἄλλων ἁπάντων πλέον αὐθαδεία καὶ θυμῷ νικωμένους. <<

[843] Helena, hija de Euda. Aún se puede ver su capilla en Caersegont, actualmente Caernarvon (Carte, *Hist. of England*, t. I, p. 168, de Rowland, *Mona Antiqua*). Quizá el lector prudente no quedará satisfecho con este testimonio gaélico. <<

[844] Camden (t. I, Introd. p. CI) lo titula gobernador de Britania; y como de costumbre, la ciega posteridad sigue al padre de nuestras autigüedades. Pacato y Zósimo han procurado evitar este error o fábula; y yo me protegeré con sus testimonios decisivos: «Regali habitu *exulem* suum, illi exules orbis induerunt» (en *Panegyr. Vet.* XII, 23); y el historiador griego, aun de un modo menos equívoco, αὐτὸς (Máximo) δὲ οὐδὲ εἰς ἀρχὴν ἔντιμον ἔτυχε προελθών. (l. IV, p. 248). <<

[845] Sulpicio Severo, *Dialog.* II, 7. Orosio, l. VII, c. 34, p. 556. Ambos reconocen (Sulpicio había sido súbdito suyo) su inocencia y mérito. Es bastante extraño que Máximo fuese tratado menos favorablemente por Zósimo, adversario parcial de su rival. <<

[846] El arzobispo Usher (*Antiquitat. Britan. Eccles.* pp. 107-108)

ha recopilado con diligencia las leyendas de la isla y del continente. Toda la emigración consistió en treinta mil soldados y cien mil plebeyos, que se establecieron en Bretaña. Sus desposadas, santa Úrsula con once mil nobles y sesenta mil plebeyas vírgenes, equivocaron el camino; desembarcaron en Colonia, y fueron bárbaramente asesinadas por los hunos. Pero las hermanas plebeyas no disfrutaron de un honor semejante; y, lo que es aún más duro, Juan Tritemio se atreve a mencionar a los *hijos* de estas *vírgenes* inglesas. <<

[847] Zósimo (l. IV, pp. 248-249) ha trasladado la muerte de Graciano de Lugdunum, en Galia (Lyon), a Singidunum en Mesia. Algunos datos pueden sacarse de las Crónicas; algunas mentiras pueden descubrirse en Sozomen (l. VII, c. 3) y Sócrates (l. V, c. 11). Ambrosio es nuestro testimonio más auténtico (t. I, *Enarrat.* en *Psalmo LXI*, p. 961; t. II, *Epíst.* XXIV, pp. 888 y ss., y de *Obitu Valentiniani Consolatio*, n. 28, p. 1182). <<

[848] Pacato (XII, 28) celebra su fidelidad, mientras que en las crónicas de Próspero se señala su traición como causa de la ruina de Graciano. Ambrosio, que tiene motivo para disculparse, sólo condena la muerte de Valio, fiel doméstico de Graciano (t. II, *Epíst.* XXIV, p. 891, ed. Benedict.). <<

[849] Protestó, «nullum ex adversariis nisi inacie occubuisse», Sulpicio Severo, *Vita Sancti Martini*, c. 23. El orador de Teodosio hace un elogio reacio, y por lo tanto de peso, de su clemencia. «Si cui ille, pro ceteris, sceleribus, suit, *minus crudelis* fuisse videtur» (*Panegyr. Vet.* XII, 28). <<

[850] Ambrosio hace mención de las leyes de Graciano, «quas non abrogavit hostis» (t. II, *Epíst.* XVII, p. 827). <<

[851] Zósimo, l. IV, p. 251-252. Podemos rechazar estas odiosas sospechas; pero no podemos negar el tratado de paz que los

amigos de Teodosio han olvidado completamente, o que apenas mencionan. <<

[852] Su oráculo, el arzobispo de Milán, asigna a su discípulo Graciano un lugar alto y respetable en el Cielo (t. II, de *Obitu Valentiniani Consolat.* p. 1193). <<

[853] En cuanto al bautismo de Teodosio, véanse Sozomen (l. VII, c. 4), Sócrates (l. V, c. 6) y Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. V, p. 728). <<

[854] Ascolio o Acholio fue honrado con la amistad y elogios de Ambrosio, quien lo llama «murus fidei atque sanctitatis» (t. II, *Epíst.* XV, p. 820); y después celebra su rapidez y diligencia en correr a Constantinopla, Italia, etc. (*Epíst.* XVI, p. 822), virtud que no corresponde ni a un *muro* ni a un *obispo*. <<

[855] *Codex Theodos.* l. XVI, tít. 1, leg. 2, con el comentario de Godofredo, t. VI, pp. 5-9. Semejante edicto mereció los mayores elogios de Baronio, «auream sanctionem, edictum pium et salutare. Sic itur ad astra». <<

[856] Sozomen, l. VII, c. 6. Teodoreto, l. V, c. 16. Tillemont se enoja (*Mém. Ecclés.* t. VI, pp. 627-628) con las expresiones «obispo grosero», «ciudad oscura». Sin embargo, me permito pensar que Anfiloquio e Iconio eran objetos de una magnitud insignificante en el Imperio Romano. <<

[857] Sozomen, l. VII, c. 5. Sócrates, l. V, c. 7. *Crónicas* de Marcelino. Los cuarenta años deben contarse desde la elección o intrusión de Eusebio, quien cambió prudentemente el obispado de Nicomedia por el trono de Constantinopla. <<

[858] Véanse Jortin *Remarks on Ecclesiastical Hist.* t. IV, p. 71. La *oratio* trigésima tercera de Gregorio Nacianceno aporta verdaderamente algunas ideas semejantes y algunas aún más rídículas; pero no he hallado todavía las *palabras* de este notable

pasaje al que aludo, sobre la fe de un literato correcto y liberal. <<

[859] Véanse la *oratio* trigésima segunda de Gregorio Nacianceno y la narración de su vida, que compuso en mil ochocientos versos yámbicos. Sin embargo, todo médico se inclina a exagerar la naturaleza inveterada de la enfermedad que ha curado. <<

[860] Confieso que debo mucho a las dos vidas de Gregorio Nacianceno, compuestas con muy diferentes miras, por Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. IX, pp. 305-560, 692-731) y Le Clerc (*Bibliothèque Universelle*, t. XVIII, pp. 1-128). <<

[861] A menos que Gregorio Nacianceno se equivocase por treinta años en su propia edad, había nacido, como también su amigo Basilio, por el año 329. La absurda cronología de Suidas ha sido bien recibida, porque hace desaparecer el escándalo del padre de Gregorio, también santo, que tuvo hijos después de ser nombrado obispo (Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. IX, pp. 693-697). <<

[862] El poema de Gregorio sobre su propia vida contiene algunos hermosos versos (t. II, p. 8), que brotan del corazón y expresan los quebrantos de la amistad agraviada y perdida:

… πόνοι κοινοί λόγων,

Ομόστεγός τε καὶ συνέστιος βίος,

Νοῦς εἷς ἐν ἀμφοῖν…

Διεσκέδασται πάντα, κἀῤῥιπται χαμαί,

Αὖραι φέρουσι τάς παλαιάς ἐλπίδας.

En *Sueño de una noche de verano*, Helena dirige la misma queja a su amiga Hermia:

Acaso las confidencias compartidas,

Los votos fraternos…

Shakespeare no había leído nunca los poemas de Gregorio Nacianceno, e ignoraba la lengua griega; pero su lengua materna, el idioma de la Naturaleza, es el mismo en Capadocia y en Gran Bretaña. <<

[863] Este retrato poco favorable de Sásima está trazado por Gregorio Nacianceno (t. II, de *Vita Sua*, pp. 7-8). Su situación precisa, a cuarenta y nueve millas [78,85 km] de Arquelais y treinta y dos [51,49] de Tiana, está fijada en el Itinerario de Antonino (p. 144, ed. Wesseling). <<

[864] Gregorio ha inmortalizado el nombre de Nacianzo; pero el pueblo de su nacimiento, con el título griego o romano de Diocesárea (Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. IX, p. 692), se menciona en Plinio (VI, 3), Ptolomeo y Hiérocles (Wesseling, *Itiner.* p. 709). Al parecer estaba situado en los lindes de Isauria. <<

[865] Véase Ducauge, *Constantinopol.* l. IV, pp. 141-142. La θεία δὐναμις de Sozomen (l. VII, c. 5) se interpreta como la Virgen María. <<

[866] Tillemont (*Mem. Ecclés.* t. IX, pp. 432 y ss.) recopila, explaya y explica con diligencia las insinuaciones oratorias y poéticas del mismo Gregorio. <<

[867] Pronunció una oración (t. I, *Orat.* XXIII, p. 409) en elogio suyo; pero después de su desavenencia cambió el nombre de Máximo por el de Herón (véase san Jerónimo, en *Catalog. Script. Eccles.* t. I, p. 301). Trato de paso estas disputas oscuras y personales. <<

[868] Bajo el modesto emblema de un sueño, Gregorio (t. II, *Carmina* IX, p. 78) describe su triunfo con cierta complacencia humana. Sin embargo, parecería, por su conversación familiar con su oyente san Jerónimo (t. I, *Epíst. ad Nepotianum*, p. 14) que el predicador conocía el verdadero valor de los aplausos

populares. <<

[869] *Lacrimæ auditorum laudes tuæ sint*, es el vivo y sensato consejo de san Jerónimo. <<

[870] Sócrates (l. V, c. 7) y Sozomen (l. VII, c. 5) refieren las palabras y acciones evangélicas de Damófilo sin una expresión de aprobación. Consideraba, dice Sócrates, que es difícil *resistir* a los poderosos; pero era fácil, y debe haber sido provechoso, *someterse.* <<

[871] Véase Gregorio Nacianceno, t. II, de *Vita Sua*, pp. 21-22. Para el bien de la posteridad, el obispo de Constantinopla anotó un prodigio extraordinario: era una mañana cubierta en el mes de noviembre, pero el sol atravesó las nubes cuando la procesión entró en la iglesia. <<

[872] De los tres historiadores eclesiásticos, sólo Teodoreto (l. V, c. 2) ha mencionado este importante encargo de Sapor, que Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. V, p. 728) traslada acertadamente del reinado de Graciano al de Teodosio. <<

[873] No hago caso de Filostorgio, aunque menciona (l. IX, c. 19) la expulsión de Damófilo. El historiador eunomiano ha sido cuidadosamente pasado por un tamiz ortodoxo. <<

[874] Le Clerc ha dado un extracto curioso (*Bibliothèque Universelle*, t. XVIII, pp. 91-105) de los sermones teológicos que Gregorio Nacianceno pronunció en Constantinopla contra los arrianos, eunomianos, macedonios, etc. Dice a los macedonios, que divinizaban al Padre y al Hijo, sin el Espíritu Santo, que bien podía llamárselos *Triteístas* como *Diteístas.* El mismo Gregorio era casi un triteísta, y su monarquía del cielo se parece a una aristocracia bien organizada. <<

[875] El primer concilio general de Constantinopla triunfa ahora en el Vaticano; pero los papas habían dudado mucho tiempo, y

su indecisión desconcierta al humilde Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. IX, pp. 499-500). <<

[876] Antes de la muerte de Melecio, seis u ocho de sus eclesiásticos más populares, entre los cuales se hallaba Flaviano, habían *renunciado*, en beneficio de la paz, al obispado de Antioquía (Sozomen, l. VII, c. 3, 11. Sócrates, l. V, c. 5). Tillemont piensa que es su deber descreer de este relato; pero reconoce que hay muchas circunstancias en la vida de Flaviano que parecen discordar con los elogios de Crisóstomo y el carácter de un santo (*Mém. Ecclés.* t. X, p. 541). <<

[877] Consúltese Gregorio Nacianceno, de *Vita Sua*, t. II, pp. 25-28. Su opinión general y particular del clero y de sus reuniones puede verse en verso y en prosa (t. I, *Orat.* I, p. 33; *Epíst.* LV, p. 814; t. II, *Carmina* X, p. 81). Tales pasajes están débilmente indicados por Tillemont, y presentados con justicia por Le Clerc. <<

[878] Véase Gregorio, t. II, de *Vita Sua*, pp. 28-31. Las *orationes* 14, 27 y 32 fueron pronunciadas en las diversas etapas de este asunto. La peroración de la última (t. I, p. 528), en la que se despide solemnemente de los hombres y los ángeles, de la ciudad y del emperador, de Oriente y de Occidente, etc., es patética y casi sublime. <<

[879] Sozomen (l. VII, c. 8) atestigua la ordenación caprichosa de Nectario; pero Tillemont observa (*Mém. Ecclés.* t. IX, p. 719): «Apres tout, ce narre de Sozomene est si honteux pour tous ceux qu'il y mele, et surtout pour Theodose, qu'il vaut mieux travailler à le detruire qu'à le soutenir»: ¡un admirable ejemplo de crítica! <<

[880] Sólo puede entenderse que tal era su carácter natural cuando no estaba endurecido e inflamado por el celo religioso. Desde su

retiro, exhorta a Nectario para que persiga a los herejes de Constantinopla. <<

[881] Véase *Codex Theodos.* l. XVI, tít. V, leg. 6-23, con el comentario de Godofredo sobre cada ley, y el sumario general o *Paratitlon*, t. VI, pp. 104-110. <<

[882] Siempre observaban su Pascua, como la judía, el día 14 de la primera luna después del equinoccio de primavera, oponiéndose así tenazmente a la Iglesia romana y al sínodo niceno, que había fijado la Pascua en domingo. Bingham, *Christian Antiquities*, l. XX, c. 5, t. II, p. 309, ed. en folio. <<

[883] Sozomen, l. VII, c. 12. <<

[884] Véase Sulpicio Severo, *Hist. Sacra* (l. II, pp. 437-452, ed. Lugd. Bat. 1647), escritor correcto y original. Lardner (*Credibility of the Gospel Hist.* parte II, t. IX, pp. 256-350) ha trabajado este artículo con pura erudición, sensatez y moderación. Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. VIII, pp. 491-527) ha recogido toda la inmundicia de los padres: ¡un útil estercolero! <<

[885] Sulpicio Severo menciona con aprecio y compasión al *archihereje*. «Fælix profecto, si non pravo studio corrupisset optimum ingenium; prorsus multa in eo animi et corporis bona cerneres» (*Hist. Sacra*, l. II, p. 439). Aun san Jerónimo (en *Catalog. Script. Eccles.* t. I, p. 302) habla con moderación de Prisciliano y Latroniano. <<

[886] El obispado (en Castilla la Vieja) vale ahora veinte mil ducados al año (Busching, *System of Geography*, t. II, p. 308); y por lo tanto hay mucha menos probabilidad de que genere al autor de una nueva herejía. <<

[887] «Exprobrabatur mulieri viduæ nimia religio, et diligentius culta divinitas» (Pacato, en *Panegyr. Vet.* XII, 29). Tal era la idea

de un politeísta humano, aunque ignorante. <<

[888] Uno de ellos fue enviado a «Syllinam insulam quæ ultra Britanniam est». ¡Cuál debe haber sido el estado antiguo de las rocas de Scilly! (Camden, *Britannia*, t. II, p. 1519). <<

[889] Las calumnias escandalosas de san Agustín, el papa León, etc., que Tillemont traga como un niño y Lardner refuta como un hombre, pueden sugerir algunas cándidas sospechas a favor de los gnósticos más antiguos. <<

[890] San Ambrosio, t. II, *Epíst.* XXIV, p. 891. <<

[891] En la *Historia Sagrada* y en la *Vida de san Martín*, Sulpicio Severo obra con alguna cautela; pero se pronuncia más libremente en los *Diálogos* (III, 15). Martín fue reconvenido por su propia conciencia y por un ángel, y en lo sucesivo no pudo ejecutar milagros con tanta facilidad. <<

[892] El presbítero católico (Sulpicio Severo, l. II, p. 448) y el orador pagano (Pacato, en *Panegyr. Vet.* XII, 29) reprueban con igual indignación el carácter y conducta de Itacio. <<

[893] La *Vida de san Martín* y los *Diálogos* relativos a sus milagros contienen hechos adaptados para la barbarie más grosera, en un estilo que no es indigno de la época de Augusto. Tan natural es la alianza entre el buen gusto y el buen sentido, que siempre me sorprendo de este contraste. <<

[894] La breve y superficial *Vida de san Ambrosio*, escrita por su diácono Paulino (*Appendix, ad* ed. Benedict. p. I-XV), tiene el mérito del testimonio original. Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. X, pp. 78-306) y los editores benedictinos (pp. XXXI-LXIII) han trabajado con su diligencia habitual. <<

[895] San Ambrosio mismo (t. II, *Epíst.* XXIV, pp. 888-891) hace al emperador una narración muy enérgica de su propia embajada. <<

[896] Su propia representación de sus principios y conducta (t. II, *Epíst.* XX-XXII, pp. 852-880) es uno de los monumentos curiosos de la antigüedad eclesiástica. Contiene dos cartas a su hermana Marcelina, con una petición a Valentiniano, y el sermón de *Basilicis non tradendis.* <<

[897] Retz tuvo un mensaje similar de la reina pidiéndole que apaciguara el tumulto de París. Esto no estaba ya en su poder, etc., «a quoi j'ajoutai tout ce que vous pouvez vous imaginer de respect, de douleur, de regret, et de soumission», etc. (*Mémoires*, t. I, p. 140). No comparo ciertamente las causas o los hombres; sin embargo, el coadjutor mismo tenía alguna idea (p. 84) de imitar a san Ambrosio. <<

[898] Sólo Sozomen (l. VII, c. 13) arroja este hecho luminoso en una narración oscura y dudosa. <<

[899] «Excubabat pia plebs in ecclesia mori parata cum episcopo suo […] Nos adhuc frigidi excitabamur tamen civitate attonita atque turbata.» San Agustín, *Confessiones* IX, 7. <<

[900] Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. II, pp. 78, 498. Muchas iglesias en Italia, Galia, etc., estaban dedicadas a estos mártires desconocidos, entre los cuales san Gervasio parece haber sido más afortunado que su compañero. <<

[901] «Invenimus mira magnitudinis viros duos, ut prisca ætas ferebat». t. II, *Epíst.* XII, p. 875. El tamaño de estos esqueletos se adecuaba, afortunada o hábilmente, al prejuicio popular de la disminución gradual de la estatura humana, que ha predominado en todos los siglos desde el tiempo de Homero.

Grandiaque effossis mirabitur ossa sepulchris. <<

[902] San Ambrosio, t. II, *Epíst.* XXII, p. 875. San Agustín, *Confessiones* IX, 7; de *Civ. Dei* XXII, 8. Paulino, *Vita Sancti Ambrosii*, c. 14, en el apéndice a la edición benedictina, p. 4. El

ciego se llamaba Severo, tocó el santo vestido, recobró la vista y dedicó el resto de su vida (al menos veinticinco años) al servicio de la Iglesia. Debería recomendar este milagro a nuestros teólogos, si no probara tanto el culto a las reliquias como el credo niceno. <<

[903] Paulino, *Vita Sancti Ambrosii*, c. 5, en el apéndice a la edición benedictina, p. 5. <<

[904] Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. X, pp. 190, 750. Admite en parte la mediación de Teodosio, y rechaza caprichosamente la de Máximo, aunque está atestiguada por Próspero, Sozomen y Teodoreto. <<

[905] La modesta crítica de Sulpicio (*Dialog.* III, 15) hace una herida mucho más profunda que la débil declamación de Pacato (XII, 25-26). <<

[906] «Esto tutior adversus hominem, pacis involucro tegentem», era la prudente precaución de Ambrosio (t. II, p. 891) a su vuelta de la segunda embajada. <<

[907] Baronio (387, n. 63) aplica algunos sermones del arzobispo a esta época de miseria pública. <<

[908] Zósimo refiere (l. IV, pp. 263-264) la fuga de Valentiniano y el amor de Teodosio por su hermana. Tillemont reproduce algún testimonio débil y ambiguo anterior al segundo casamiento de Teodosio (*Hist. des Empereurs*, t. V, p. 740), y por consiguiente rechaza «ces contes de Zosime qui seroient trop contraires a la piete de Theodose». <<

[909] Véase la Cronología de las leyes por Godofredo, *Codex Theodos.* t. I, p. CXIX. <<

[910] Además de los datos que pueden recopilarse de las crónicas y de la historia eclesiástica, Zósimo (l. IV, pp. 259-261), Orosio (l. VII, c. 55) y Pacato (en *Panegyr. Vet.* XII, 30-47) proporcionan

los materiales sueltos y escasos de esta guerra civil. Ambrosio (t. II, *Epíst.* XL, pp. 952-953) alude oscuramente a los acontecimientos bien conocidos de un depósito sorprendido, una acción en Petovio, una victoria siciliana, quizás naval, etc. Ausonio (p. 256, ed. Toll.) aplaude el mérito singular y la buena suerte de Aquileia. <<

[911] «Quam promptum laudare principem, tam tutum siluisse de principe» (Pacato, en *Panegyr. Vet.* XII, 2). Latino Pacato Drepanio, oriundo de Galia, pronunció este discurso en Roma (388). Posteriormente fue procónsul de África; y su amigo Ausonio le elogia como un poeta sólo inferior a Virgilio. Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. V, p. 303. <<

[912] Véase el hermoso retrato que hace de Teodosio Víctor el Menor; las pinceladas son distintas y los colores están mezclados. El elogio de Pacato es demasiado vago, y Claudiano siempre parece temeroso de exaltar al padre por sobre el hijo. <<

[913] Ambrosio, t. II, *Epíst.* XL, p. 955. Pacato, por falta de habilidad o de valor, omite esta gloriosa circunstancia. <<

[914] Pacato, en *Panegyr. Vet.* XII, 20. <<

[915] Zósimo, l. IV, pp. 271-272. Su testimonio parcial está marcado por un aire de candor y verdad. Observa estas vicisitudes de indolencia y actividad, no como un vicio, sino como una extrañeza en el carácter de Teodosio. <<

[916] Víctor reconoce y disculpa este carácter colérico. «Sed habes —dice Ambrosio a su soberano, en un lenguaje decente y varonil—, naturæ impetum, quem si quis lenire velit, cito vertes ad misericordiam: si quis stimulet, in magis exsuscitas, ut eum revocare vix possis» (t. II, *Epíst.* LI, p. 998). Teodosio (Claudiano, en *IV, Cons. Honorii*, 266 y ss.) exhorta a su hijo a moderar su enojo. <<

[917] Cristianos y paganos convinieron en creer que la sedición de Antioquía fue obra de los demonios. Una mujer gigante (dice Sozomen, l. VII, c. 23) recorría las calles con un azote en la mano. Un viejo (dice Libanio, *Orat*. XII, p. 396) se trasformó en un joven, luego en un muchacho, etc. <<

[918] Zósimo se equivocó seguramente, en su breve y poco sincero relato, enviando al mismo Libanio a Constantinopla. Sus propios discursos lo fijan en Antioquía. <<

[919] Libanio (*Orat.* I, p. 6, ed. Venecia) declara que bajo semejante reinado el temor a una masacre era infundado y absurdo, especialmente en ausencia del emperador; porque su presencia, según este elocuente esclavo, hubiera sancionado los actos más sangrientos. <<

[920] Laodicea, en la costa del mar, a sesenta y cinco millas [104,6 km] de Antioquía (véase Noris, de *Epochis Syro-Macedonum*, dissert. III, p. 230). A los antioquenos los ofendió que la ciudad dependiente de Seleucia tuviera la presunción de interceder por ellos. <<

[921] Como los días del tumulto dependen de la fiesta «móvil» de Pascua, sólo pueden determinarse con la fijación previa del año. Tras una laboriosa investigación, Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. V, pp. 741-744) y Montfaucon (t. XIII, pp. 105-110 de su edición de la obra de Crisóstomo) han preferido el año 387. <<

[922] Crisóstomo opone *su* valor, que no estaba expuesto a grandes riesgos, a la fuga cobarde de los cínicos. <<

[923] La sedición de Antioquía está representada de un modo vivo y casi dramático por dos oradores que tenían sus partes respectivas de interés y mérito. Véase Libanio (*Orat.* XIV-XV, pp. 389-420, ed. Morel.; *Orat.* I, pp. 1-14, Venecia, 1754) y las

veinte oraciones de san Juan Crisóstomo, de *Statuis* (t. II, pp. 1-225, ed. Montfaucon). No pretendo tener un *gran* conocimiento personal de Crisóstomo; pero Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. V, pp. 263-283) y Hermant (*Vie de Saint Chrysostome*, t. I, pp. 137-224) lo habían leído con fervorosa curiosidad y afán. <<

[924] El testimonio original de san Ambrosio (t. II, *Epíst.* LI, p. 998), san Agustín (de *Civ. Dei*, V, 26) y Paulino (*Vita Sancti Ambrosii*, c. 24) está expresado con términos confusos de horror y compasión. Está ilustrado con los testimonios posteriores y sin igual de Sozomen (l. VII, c. 25), Teodoreto (l. V, c. 17), Teófanes (*Cronograph.* p. 62), Cedreno (p. 317) y Zonaras (t. II, l. XIII, p. 34). *Sólo* Zósimo, enemigo parcial de Teodosio, pasa inexplicablemente por alto la peor de sus acciones. <<

[925] Véase todo el asunto en Ambrosio (t. II, *Epíst.* XL-XLI, pp. 946-956) y su biógrafo Paulino (c. 23). Bayle y Barbeyrac (*Morale des Pères*, c. XVII, pp. 325 y ss.) han criticado fundadamente al arzobispo. <<

[926] Su sermón es una extraña alegoría de la vara de Jeremías, de un almendro y de la mujer que lavó y ungió los pies de Cristo. Pero la peroración es directa y personal. <<

[927] *Hodie, Episcope, de me proposuisti*. San Ambrosio lo confesó con modestia; pero reprendió severamente a Timasio, general de la caballería e infantería, quien había tenido la presunción de decir que los monjes de Calínico merecían ser castigados. <<

[928] Sin embargo, cinco años después, cuando Teodosio se hallaba ausente de su guía espiritual, toleró a los judíos y desaprobó la destrucción de sus sinagogas. *Codex Teodos.*, l. XVI, tít. VIII, leg. 9, con los comentarios de Godofredo, t. VI, p. 225. <<

[929] San Ambrosio, t. II, *Epíst.* LI, pp. 997-1001. Su epístola es una miserable rapsodia sobre un asunto noble. Ambrosio obraba mejor de lo que escribía. Sus composiciones carecen de gusto y de ingenio, sin la agudeza de Tertuliano, la abundante elegancia de Lactancio, la viva profundidad de san Jerónimo o la grave energía de san Agustín. <<

[930] Según la disciplina de san Basilio (Canon LVI), el homicida voluntario debía pasar *cuatro* años en llanto, *cinco* de oyente, *siete* postrado y *cuatro* en pie. Tengo el original (Beveridge, *Pandect. Eccles. Græc.* t. II, pp. 47-151) y una traducción (Chardon, *Hist. des Sacrements*, t. IV, pp. 219-277) de las epístolas canónicas de san Basilio. <<

[931] La penitencia de Teodosio está acreditada por san Ambrosio (t. VI, de *Obitu Theodosii Oratio*, c. 34, p. 1207), Agustín (de *Civ. Dei*, V, 26) y Paulino (*Vita Santi Ambrosii*, c. 24). Sócrates es ignorante; Sozomen (l. VII, c. 25), conciso; y la copiosa narración de Teodoreto (l. V, c. 18) debe usarse con precaución. <<

[932] *Codex Theodos.*, l. IX, tít. XL, leg. 13. La fecha y circunstancias de esta ley están envueltas en dificultades; pero me siento inclinado a favorecer los honestos esfuerzos de Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. V, p. 721) y Pagi (*Critica*, t. I, p. 578). <<

[933] «Un prince qui aime la religion, et qui la craint, est un lion qui cede a la main qui le flatte, ou a la voix qui l'appaise» (*L'Esprit des Loix*, l. XXIV, c. 12). <<

[934] Toῦτo περὶ toὐς εὐεργέτας καθῆκoν ἔδoξεν εἶναι, es el elogio mezquino de Zósimo mismo (l. IV, p. 267). San Agustín dice, con algún acierto en la expresión, «Valentinianum […] misericordissima veneratione restituit». <<

[935] Sozomen, l. VII, c. 14. Su cronología es muy irregular. <<

[936] Véase san Ambrosio (t. II, de *Obitu Valentiniani Consolat.* c. 15, etc. p. 1178, c. 36, etc., p. 1184). Cuando el joven emperador ofrecía un banquete, ayunaba, rehusaba ver una hermosa actriz, etc. Desde que mandó matar a sus fieras, no es generoso que Filostorgio (l. XI, c. 1) le reproche su pasión por este entretenimiento. <<

[937] Zósimo (l. IV, p. 275) elogia al enemigo de Teodosio; pero Sócrates (l. V, c. 25) y Orosio (l. VII, c. 35) lo detestan. <<

[938] Gregorio de Tours (l. II, c. 9, p. 165, en el segundo volumen de los *Historiadores de Francia*) ha conservado un fragmento curioso de Sulpicio Alejandro, historiador de mucho mayor mérito que él. <<

[939] Godofredo (*Dissert. ad Philostorg.* pp. 429-434) ha recopilado con afán todas las circunstancias de la muerte de Valentiniano II. Las divergencias e ignorancia de los escritores contemporáneos prueban que fue secreta. <<

[940] De *Obitu Valentiniani Consolat.* t. II, pp. 1173-1196. Se ve obligado a usar un lenguaje discreto y oscuro; sin embargo, es mucho más atrevido de lo que hubiera sido cualquier laico o acaso cualquier otro eclesiástico. <<

[941] Véase c. 51, p. 1188; c. 75, p. 1193. Dom Chardon (*Hist. des Sacrements*, t. I, p. 86), que reconoce que san Ambrosio sostiene enérgicamente la necesidad *indispensable* del bautismo, procura conciliar la contradicción. <<

[942] «Quem sibi Germanus famulum delegerat exul», es la expresión de desprecio de Claudiano (en *IV Cons. Honorii*, 74). Eugenio profesaba el cristianismo; pero es probable en un gramático la adhesión secreta al paganismo (Sozomen, l. VII, c. 22. Filostorgio, l. IX, c. 2), y le aseguraría la amistad de Zósimo

(l. IV, pp. 276-277). <<

[943] Zósimo (l. IV, p. 278) menciona esta embajada; pero otro suceso lo distrae de relatar este acontecimiento. <<

[944] Συνετάραξεν ἡ τοὔτον γαμετὴ Γάλλα τὰ βασίλεια τôν ἀδελφὸν ὁλοφυρομένη. Zósimo, l. IV, p. 277. Después dice (p. 280) que Gala murió en el parto; e insinúa que la aflicción de su esposo fue extrema pero corta. <<

[945] Licópolis es la moderna Siut u Osiot, ciudad de Said, de un tamaño similar al de St. Denis, que mantiene un comercio provechoso con el reino de Senaar y tiene una excelente fuente, «cujus potu signa virginitatis eripiuntur». Véase D'Anville, *Description de l'Egypte*, p. 181. Abulfeda, *Descriptio Ægyptii*, p. 14, y las curiosas anotaciones (p. 25 y 92) de su editor Michaelis. <<

[946] La vida de Juan de Licópolis se halla descrita por sus dos amigos, Rufino (l. II, c. 1, p. 449) y Paladio (*Hist. Lausiaca*, c. 43, p. 738), en la gran colección de las *Vitæ Patrum* de Rosweyde. Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. X, pp. 718 y 720) ha establecido la cronología. <<

[947] Sozomen, l. VII, c. 22. Claudiano (en *Eutropium*, l. I, 312) menciona el viaje del eunuco; pero se mofa con mucho desprecio de los sueños egipcios y los oráculos del Nilo. <<

[948] Zósimo, l. IV, p. 280. Sócrates, l. VII, 10. El mismo Alarico (de *Bello Getico* 324) se detiene con mayor complacencia en sus primeras hazañas contra los romanos.

[…] Tot Augustos Hebro qui teste fugavi.

Sin embargo, su vanidad apenas hubiera podido probar esta *pluralidad* de emperadores fugitivos. <<

[949] Claudiano (en *IV Cons. Honorii* 77 y ss.) contrasta los planes militares de los dos usurpadores:

[…] Novitas audere priori

Suadebat; cautumque dabant exempla sequentem,

Hic nova moliri præceps: hic quærere tuta

Providus. Hic fusis collectis viribus ille.

Hic vagus excurrens; hic intra claustra reductus;

Dissimiles, sed morte pares […] <<

[950] El Frigidus, un pequeño aunque memorable río en el país de Goretz, ahora llamado Vipao, desemboca en el Soncio o Lisonzo, más arriba de Aquileia, a algunas millas del Adriático. Véanse los mapas antiguos y modernos de D'Anville, y Cluver, *Italia Ant.* t. I, p. 188. <<

[951] Las ocurrencias de Claudiano son insufribles: la nieve estaba teñida de rojo; el río frío humeaba; y el cauce se hubiera llenado de esqueletos si la corriente no hubiera crecido con la sangre. <<

[952] Teodoreto afirma que san Juan y san Felipe, a caballo, se le aparecieron al emperador despierto o dormido. Éste es el primer ejemplo de caballería apostólica, que después llegó a ser tan popular en España y las Cruzadas. <<

[953]

Te propter, gelidis Aquilo de monte procellis

Obruit adversas acies; revolutaque tela

Vertit in auctores, et turbine reppulit hastas.

O nimium dilecte Deo, cui fundit ab antris

Æolus armatas hiemes; cui militat Æther,

Et conjurati veniunt ad classica venti.

Estos célebres versos de Claudiano (en III *Cons. Honorii* 93 y ss.; 396 d. C.) están citados por sus contemporáneos, san Agustín y Orosio, quienes suprimen la deidad pagana de Eolo, y añaden algunas circunstancias según informe de testigos

oculares. A los cuatro meses de la victoria, Ambrosio la comparaba a las victorias milagrosas de Moisés y Josué. <<

[954] Los sucesos de esta guerra civil están recogidos de Ambrosio (t. II, *Epíst.* LXII, p. 1022), Paulino (*Vita Sancti Ambrosii*, c. 26-34), san Agustín (de *Civ. Dei*, V, 26), Orosio (l. VII, c. 35), Sozomen (l. VII, c. 24), Teodoreto (l. V, c. 24), Zósimo (l. IV, pp. 281-282), Claudiano (en III *Cons. Honorii* 63-105; en *IV Cons. Honorii* 70-117) y las Crónicas publicadas por Escalígero. <<

[955] Esta enfermedad, que Sócrates (l. V, c. 25) atribuye a las fatigas de la guerra, Filostorgio (l. XI, c. 2) la supone un efecto de la pereza e intemperancia; por lo cual Focio lo trata de mentiroso desvergonzado (Godofredo, *Dissert. ad Philostorg.* p. 438). <<

[956] Zósimo supone que el niño Honorio acompañó a su padre (l. IV, p. 280). Sin embargo, el *quanto flagrabant pectora voto* es todo cuanto la adulación permitiría a un poeta contemporáneo que describió claramente la negativa del emperador y el viaje de Honorio *después* de la victoria (Claudiano, en III *Cons. Honorii* 78-125). <<

[957] Zósimo, l. IV, p. 244. <<

[958] Vegecio, de *Re Militari*, l. I, c. 10. La serie de calamidades que indica nos obliga a creer que el *héroe* al que dedica su libro es el último y menos glorioso de los Valentinianos. <<

[959] San Ambrosio (t. II, de *Obit. Theodos.*, p. 1208) encomia expresamente y recomienda el celo de Josías en la destrucción de la idolatría. El lenguaje de Julio Fírmico Materno sobre el mismo asunto (de *Errore Profan. Relig.* p. 467, ed. Gronov.) es piadosamente inhumano: «Nec filio jubet (la Ley de Moisés) parci, nec fratri, et per amatam conjugem gladium vindicem

ducit», etc. <<

[960] Bayle (t. II, p. 406, en su Comentario filosófico) justifica y limita estas leyes intolerantes por el reinado temporal de Jehová sobre los judíos. La intención es encomiable. <<

[961] Véanse los bosquejos de la jerarquía romana en Cicerón (de *Legibus*, II, 7, 8), Livio (I, 20), Dionisio de Halicarnaso (l. II, pp. 119-129, ed. Hudson), Beaufort (*Republique Romaine*, t. I, pp. 1-90) y Moyle (vol. I, pp. 10-55). La última es una obra de un whig inglés y un anticuario romano. <<

[962] Estos símbolos místicos y acaso imaginarios han dado origen a varias fábulas y conjeturas. Parece probable que el Paladio fuera una pequeña estatua de Minerva (de tres codos y medio de alto), con lanza y rueca, que estaba, por lo regular, encerrada en una *seria* o barril, al lado del cual habían colocado otro idéntico para burlar a los curiosos o a los sacrílegos. Véanse Mezeriac (*Comment. sur les Epitres d'Ovide*, t. I, pp. 60-66) y Lipsio (t. III, p. 610, de Vesta, etc., c. 10). <<

[963] Cicerón confiesa francamente (*ad Atticum*, l. II, *Epíst.* 5), o indirectamente (*ad Familiar.* l. XV, *Epíst.* 4), que el *Augurato* es el objeto supremo de sus deseos. Plinio está orgulloso de seguir los pasos de Cicerón (l. IV, *Epíst.* 8), y la cadena de la tradición podría continuarse con la historia y las inscripciones. <<

[964] Zósimo, l. IV, pp. 249, 250. He suprimido el tonto retruécano con *Pontifex* y *Maximus.* <<

[965] Esta estatua fue trasladada desde Tarento hasta Roma, César la ubicó en la *Curia Julia* y Augusto la adornó con los despojos de Egipto. <<

[966] Prudencio (l. II, en *initio*) ha dibujado un retrato muy extraño de la Victoria, pero el lector curioso quedará más satisfecho con las *Antigüedades* de Montfaucon (t. I, p. 341). <<

[967] Véanse Suetonio (en August., c. 35) y el Exordio del *Panegírico* de Plinio. <<

[968] Símaco y Ambrosio conceden mutuamente estos hechos. <<

[969] La *Notitia Urbis,* posterior a Constantino, no halla una iglesia cristiana digna de citarse entre los edificios de la ciudad. Ambrosio (t. II, *Epíst.* XVII, p. 825) lamenta los escándalos públicos de Roma, que ofendían continuamente la vista, los oídos y el olfato de los fieles. <<

[970] Ambrosio afirma varias veces, en contradicción con el sentido común (Moyle, *Works*, vol. II, p. 147), que los cristianos tenían la mayoría en el Senado. <<

[971] La *primera* (382 d. C.) a Graciano, quien les rehusó la audiencia; la *segunda* (384 d. C.) a Valentiniano, cuando Símaco y Ambrosio se disputaban el campo; la *tercera* (388 d. C.) a Teodosio, y la *cuarta* (392 d. C.) a Valentiniano. Lardner (*Heathen Testimonies*, vol. IV, pp. 372-399) describe acertadamente todo el asunto. <<

[972] Símaco, que estaba investido con todos los honores civiles y sacerdotales, representó al emperador bajo los dos caracteres de *Pontifex Maximus* y *Princeps Senatus.* Véase la vanidosa inscripción al frente de sus obras. <<

[973] Como si uno cavara en el lodo, dice Prudencio (en *Symmach.* I, 639), con un instrumento de oro y marfil. Aun los santos, y los santos polemistas, tratan a este adversario con respeto y urbanidad. <<

[974] Véase la Epístola LIV del libro décimo de Símaco. En la forma y disposición de sus diez libros de Epístolas, imitó a Plinio el Joven, cuyo abundante y florido estilo, suponen sus amigos, igualó o aventajó (Macrob., *Saturnal.* l. V, c. 1). Pero la exuberancia de Símaco consiste en hojas estériles, sin frutas y

aun sin flores. De su correspondencia verbosa pueden extraerse unos pocos hechos y opiniones. <<

[975] Véase Ambrosio (t. II, *Epíst.* XVII, XVIII, pp. 825-833). La primera de estas epístolas es una breve advertencia; la última es una réplica formal a la petición o *libelo* de Símaco. Las mismas ideas están expresadas más copiosamente en la poesía, si puede merecer tal nombre, de Prudencio, que compuso sus dos libros contra Símaco (404 d. C.) en vida del senador. Es muy extraño que Montesquieu (*Considerations* etc., XIX, t. III, p. 487) no hiciera caso de los dos antagonistas manifiestos de Símaco, y se entretuviera en discurrir sobre las refutaciones más remotas e indirectas de Orosio, san Agustín y Salviano. <<

[976] Véase Prudencio (en *Symmach.* l. I, pp. 545 y ss.). El cristiano acuerda con el pagano Zósimo (l. IV, p. 283) en ubicar esta visita de Teodosio después de la *segunda* guerra civil, *gemini bis victor cæde Tyranni* (l. I, p. 410). Pero el tiempo y las circunstancias se adecuan más a su primer triunfo. <<

[977] Prudencio, después de probar que el juicio del Senado quedó declarado por una mayoría legal, prosigue diciendo (609 y ss.):

Adspice quam pleno subsellia nostra Senatu

Decernant infame Jovis pulvinar, et omne

Idolum longe purgata ex urbe fugandum.

Qua vocat egregii sententia Principis, illuc

Libera, tum pedibus, tum corde, frequentia transit.

Zósimo atribuye a los padres conscritos un valor pagano que pocos de ellos poseyeron. <<

[978] Jerónimo menciona al pontífice Albino, que estaba rodeado de una familia de hijos y nietos tan creyentes que hubieran bastado para convertir al mismo Júpiter, ¡extraño prosélito! (t. I,

ad Lætam, p. 54). <<

[979]

Exultare Patres videas, pulcherrima mundi

Lumina; Conciliumque senum gestire Catonum

Candidiore toga niveum pietatis amictum

Sumere; et exuvias deponere pontificales.

La victoria acaloró y elevó la imaginación de Prudencio. <<

[980] Prudencio, después de haber descrito la conversión del Senado y del pueblo, pregunta con alguna verdad y confianza:

Et dubitamus adhuc Romam, tibi, Christe, dicatam

In leges transisse tuas? <<

[981] Jerónimo se alegra de la desolación del Capitolio y los otros templos de Roma (t. I, p. 54, t. II, p. 95). <<

[982] Libanio (*Orat. pro Templis*, p. 10, Genev. 1634, publicado por Jacobo Godofredo, y ahora sumamente escaso) acusa a Valentiniano y a Valente de prohibir los sacrificios. Puede ser que el emperador de Oriente emitiese alguna orden parcial; pero la idea de cualquier ley general se contradice con el silencio del Código y el testimonio de la historia eclesiástica. <<

[983] Véanse sus leyes en el Código Teodosiano, l. XVI, tít. X, leg. 7-11. <<

[984] Los sacrificios de Homero no están acompañados de ningún examen de entrañas (véase Feicio, *Antiquitat. Homer.* l. I, c. 10, 16). Los toscanos, que presentaron los primeros *haruspices*, sometieron a los griegos y romanos (Cicero, de *Divinatione*, II, 23). <<

[985] Zósimo, l. IV, pp. 245, 249. Teodoreto, l. V, c. 21. Idacio, en *Chron. Prosper. Aquitan.* l. III, c. 38, *apud* Baronium, *Annal. Eccles.* 389 d. C. n. 52. Libanio (*pro Templis*, p. 10) se esfuerza

por demostrar que las órdenes de Teodosio no eran directas ni positivas. <<

[986] *Cod. Theodos.*, l. XVI, tít. X, leg. 8, 18. Hay razones para creer que este templo de Edesa, que Teodosio deseó salvar para usos civiles, fue poco después un montón de ruinas (Libanio, *pro Templis*, pp. 26, 27, y las notas de Godofredo, p. 59). <<

[987] Véase esta curiosa oración de Libanio *pro Templis*, pronunciada, o más bien compuesta, por el año 390. He consultado provechosamente la versión y las observaciones de Lardner (*Heathen Testimonies*, vol. IV, pp. 135-163). <<

[988] Véase la *Vida de Martín* por Sulpicio Severo, c. 9-14. El santo confundió una vez (como hubiera hecho Don Quijote) un entierro inofensivo con una procesión idólatra, e imprudentemente cometió un milagro. <<

[989] Compárese Sozomen (l. VII, c. 15) con Teodoreto (l. V, c. 21). Entre los dos refieren la cruzada y muerte de Marcelo. <<

[990] Libanio (*pro Templis*, pp. 10-13) se burla de estos hombres con hábito negro, los monjes cristianos, que comen más que elefantes. ¡Pobres elefantes! *Ellos* sí son animales moderados. <<

[991] Prosper. Aquitan., l. III, c. 38, *apud* Baronium; *Annal. Eccles.* 389 d. C., n. 58 y ss. El templo había estado cerrado durante algún tiempo y sus accesos estaban cubiertos de maleza. <<

[992] Donato, *Roma Antiqua et Nova*, l. IV, c. 4, p. 468. Esta consagración la realizó el papa Bonifacio IV. Ignoro las circunstancias favorables que preservaron el Panteón más de doscientos años después del reinado de Teodosio. <<

[993] Sofronio compuso una historia reciente y separada (Jerónimo, en *Script. Eccles.*, t. I, p. 303) que ha proporcionado datos a Sócrates (l. V, c. 16), Teodoreto (l. V, c. 22) y Rufino (l. II, c. 22). Sin embargo, el último, que había estado en Alejandría

antes y después del acontecimiento, merece el crédito de un testigo original. <<

[994] Gerard Vosio (*Opera*, t. V, p. 80, y de *Idolatría*, l. I, c. 29) procura sostener la extraña idea de los Padres acerca de que el patriarca José fue adorado en Egipto, como el buey Apis y el dios Serapis. <<

[995] «Origo dei nondum nostris celebrata. Ægyptiorum antistites *sic* memorant», etc. Tacit., *Hist.* IV, 83. Los griegos, que habían viajado por Egipto, tampoco tenían conocimiento de esta nueva deidad. <<

[996] Macrobio, *Saturnal.* l. I, c. 7. Este hecho tan palpable prueba decididamente su extracción extranjera. <<

[997] En Roma, Isis y Serapis estaban juntos en el mismo templo. La anterioridad de la reina parece descubrir su enlace desigual con el extranjero del Ponto. Pero la superioridad del sexo femenino estaba establecida en Egipto como una institución civil y religiosa (Diodor. Sicul. t. I, l. I, p. 31, ed. Wesseling), y el mismo orden se observa en el *Tratado de Isis y Osiris* de Plutarco, quien identifica al segundo con Serapis. <<

[998] Amiano (XXII, 16). La Expositio Totius Mundi (p. 8, en Hudson, *Geograph. Minor*, t. III) y Rufino (l. II, c. 22) celebran el *Serapeum* como una de las maravillas del mundo. <<

[999] Véanse las *Memoires de l'Acad. des Inscriptions*, t. IX, pp. 397-416. La antigua biblioteca de los ptolomeos se consumió *totalmente* en la guerra de César contra Alejandría. Marco Antonio dio a Cleopatra toda la colección de Pérgamo (doscientos mil volúmenes) para la fundación de la *nueva* biblioteca de Alejandría. <<

[1000] Libiano (*pro Templis*, p. 21) provoca imprudentemente a sus señores cristianos con esta observación insultante. <<

[1001] Podemos escoger entre la fecha de Marcelino (389 d. C.) y la de Próspero (391 d. C.). Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. V, pp. 310, 756) prefiere la primera y Pagi la segunda. <<

[1002] Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. XI, pp. 441-500. La situación ambigua de Teófilo —un *santo* como amigo de Jerónimo, y un *diablo* como enemigo de Crisóstomo— provoca una especie de imparcialidad; sin embargo, en conjunto, la balanza se inclina con justicia contra él. <<

[1003] Lardner (*Heathen Testimonies*, vol, IV, p 411) ha citado un hermoso pasaje de Suidas, o más bien de Damascio, que muestra al devoto y virtuoso Olimpio no como un guerrero, sino como un profeta. <<

[1004] «Nos vidimus armaria librorum, quibus direptis, exinanita ea a nostris hominibus, nostris temporibus memorent.» Orosio, l. VI, c. 15, p. 421, ed. Havercamp. Aunque escritor fanático y controversial, Orosio parece ruborizarse. <<

[1005] Eunapio, en las *Vidas de Antonino y Edesio*, condena el saqueo sacrílego de Teófilo. Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. XIII, p. 453) cita una epístola de Isidoro de Pelusia, que reprocha al primado el culto *idólatra* del oro, el *auri sacra fames*. <<

[1006] Rufino nombra al sacerdote de Saturno quien, con el nombre de este dios, conversaba familiarmente con muchas damas piadosas y distinguidas hasta que se descubrió en un momento de entusiasmo, cuando no pudo disfrazar su voz. La narración auténtica e imparcial de Esquines (véase Bayle, *Dictionnaire Critique*, Escamandro) y la aventura de Mundo (Josefo, *Antiquitat. Jud.* l. XVIII, c. 3, p. 877, ed. Havercamp) pueden probar que tales fraudes amorosos se practicaron con éxito. <<

[1007] Véanse las imágenes de Serapis, en Montfaucon (t. II, p.

297); pero la descripción de Macrobio (*Saturnal.* l. I, c. 20) es mucho más pintoresca y satisfactoria. <<

[1008]

Sed fortes tremuere manus, motique verenda

Majestate loci, si robora sacra ferirent

In sua credebant redituras membra secures.

Lucan. III, 429.

Augusto le dijo a un veterano de Italia, en cuya casa estaba cenando: «¿Es verdad que el hombre que dio el primer golpe a la estatua de oro de Anaitis quedó de repente ciego y muerto?». El veterano le respondió con mirada penetrante: «Ese hombre fui yo. Y ahora estáis cenando sobre una pierna de la diosa». Plin. *Hist. Natur.* CXXXIII, 24. <<

[1009] La historia de la Reforma ofrece numerosos ejemplos de un cambio súbito de superstición en desprecio. <<

[1010] Sozomen, l. VII, c. 20. He suplido la medida. Desde el tiempo de Herodoto ha subsistido uniformemente el mismo nivel de inundación. Véase Freret, en *Mem. de l'Academie des Inscriptions*, t. XVI, pp. 344-353. Greave, *Miscellaneous Works,* vol. I, p. 233. El codo egipcio equivale aproximadamente a veintidós pulgadas de la medida inglesa [55 cm]. <<

[1011] Libanio (*pro Templis*, pp. 15, 16, 17) aboga por estas razones con una retórica persuasiva. Desde los tiempos más remotos, estas fiestas habían animado al país; y las de Baco (*Georgic.* II, 380) habían engendrado el teatro de Atenas. Véanse Godofredo *ad loc*. Liban. y *Codex Theodos.* t. VI, p. 284. <<

[1012] Honorio toleraba estas fiestas campestres (399 d. C.): «Absque ullo sacrificio, atque ulla superstitione damnabili». Pero nueve años después halló necesario reiterar y poner en vigor la misma prohibición (*Codex Theodos.* l. XVI, tít. X, leg. 17, 19). <<

[1013] *Cod. Theodos.* l. XVI, tít. X, leg. 12. Jortin (*Remarks on Eccles. History*, vol. IV, p. 134) censura con la debida severidad el estilo y los sentimientos de esta ley intolerante. <<

[1014] Una acusación semejante no debe hacerse a la ligera; pero ésta puede justificarse con la autoridad de san Agustín, quien se dirige así a los donatistas: «Quis nostrum, quis vestrum non laudat leges ab Imperatoribus datas adversus sacrificia Paganorum? Et certe longe ibi poena severior constituta est; illius quippe impietatis capitale supplicium est». *Epíst.* XCIII, n. 10, citada por Le Clerc (*Bibliotheque Choisie*, t. VIII, p. 277), quien añade algunas reflexiones sensatas sobre la intolerancia de los cristianos vencedores. <<

[1015] Orosio, l. VII, c. 28, p. 537. Agustín (*Enarrat.* en *Psalm. CXL*, *apud* Lardner, *Heathen Testimonies*, vol. IV, p. 458) insulta su cobardía: «Quis eorum comprehensus est in sacrificio (cum his legibus ista prohiberentur) et non negavit?». <<

[1016] Libanio (*pro Templis*, pp. 17, 18) menciona, sin censurarla, la conformidad ocasional de estos hipócritas, como si fuera una actuación teatral. <<

[1017] Libanio concluye su apología (p. 32) declarando al emperador que, a menos que garantice expresamente la destrucción de los templos, ἴσθι τοὺς τῶν ἀγρῶν δεσπότας, καὶ αὐτοῖς, καί τῷ νόμῳ βοηθήσοντας los propietarios se defenderán a sí mismos y a las leyes. <<

[1018] Paulino, en *Vit. Ambros.* c. 26, Agustín, de *Civitat. Dei*, l. V, c. 26, Teodoreto, l. V, c. 24. <<

[1019] Libanio sugiere la forma del edicto persecutorio que Teodosio hubiera podido publicar (*pro Templis*, p. 31): un chiste imprudente y un experimento peligroso. Algunos príncipes hubieran seguido su consejo. <<

[1020]

Denique pro meritis terrestribus æqua rependens

Munera, sacricolis summos impertit honores.

Dux bonus, et certare sinit cum laude suorum

Nec pago implicitos per debita culmina mundi

Ire viros prohibet.

Ipse magistratum tibi consulis, ipse tribunal

Contulit.

Prudent. en *Symmach.* I, pp. 617 y ss. <<

[1021] Libanio (*pro Templis*, p. 32) se envanece de que Teodosio distinguiera así a un hombre que aun en su presencia juraba por Júpiter. Sin embargo, esta presencia no parece ser más que una figura retórica. <<

[1022] Zósimo, que se autotitula conde y ex abogado del erario, insulta con fanatismo parcial e indecente a los príncipes cristianos y aun al padre de su soberano. Su obra debe haber circulado privadamente, ya que se libró de las invectivas de los historiadores eclesiásticos anteriores a Evagrio (l. III, c. 40-41), que vivió hacia fines del siglo VI. <<

[1023] Sin embargo, los paganos de África se quejaban de que no se les permitía responder libremente a la Ciudad de Dios, y san Agustín (v. 26) no niega la acusación. <<

[1024] Los moros de España, que conservaron secretamente por más de un siglo la religión mahometana bajo la tiranía de la Inquisición, poseyeron el Corán y el uso particular de la lengua arábiga. Véase la curiosa y exacta historia de su expulsión en Geddes (*Miscellanies*, vol. I, pp. 1-198). <<

[1025] «Paganos qui supersunt, quanquam jam nullos esse credamus», etc. *Cod. Theodos*, l. XVI, tít. X, leg. 22. 423 d. C. Teodosio el Menor se convenció después de que su juicio había

sido algo prematuro. <<

[1026] Véase Eunapio, en la *Vida del sofista Edesio*; en la de Eustacio, pronostica la ruina del paganismo: καί τι μυθῶδες, καὶ ἀειδές, σκότος τυραννήσει τά ἐπί γῆς κάλλτστα. <<

[1027] Cayo (*apud* Euseb. *Hist. Eclés.* l. II, c. 25), presbítero romano que vivió en tiempo de Zefrino (202-219 d. C.), fue un testigo temprano de esta práctica supersticiosa. <<

[1028] Crisóstomo, *Quod. C.ristus sit Deus.* t. I, nov. ed. n. 9. Debo esta cita a la pastoral de Benedicto XIV sobre el jubileo del año 1750. Véanse las cartas curiosas y entretenidas de Chais, t. III. <<

[1029] «Male facit ergo Romanus episcopus? qui, super mortuorum hominum, Petri et Pauli, secundum nos, ossa veneranda […] offert Domino sacrificia, et tumulos eorum, Christi arbitratur altaria.» Jerom. t. II, *advers. Vigilant.* p. 153. <<

[1030] Jerónimo (t. II, p. 122) se cita como testigo de estos traslados que desprecian los historiadores eclesiásticos. La pasión de san Andrés en Patra se describe en una epístola del clero de Acaya, que Baronio (*Annal. Eccles.* 60 d. C., n. 34) quiere creer y Tillemont se ve obligado a rechazar. San Andrés fue adoptado como fundador espiritual de Constantinopla (*Mém. Ecclés.* t. I, pp. 317-323, 588-594). <<

[1031] Jerónimo (t. II, p. 122) describe pomposamente el traslado de Samuel, que es noticia en todas las crónicas de la época. <<

[1032] El presbítero Vigilancio, el protestante de su época, se opuso firmemente, aunque sin efecto, a la superstición de los monjes, reliquias, santos, ayunos, etc., por lo cual Jerónimo lo compara con Hidra, Cerbero, Centauro, etc., y lo considera

solamente como el órgano del Demonio (t. II, pp. 120-126). Cualquiera que examine la controversia entre san Jerónimo y Vigilancio, y la narración de san Agustín acerca de los milagros de san Esteban, rápidamente se formará alguna idea respecto de la mente de los Padres. <<

[1033] Beausobre (*Hist. du Manicheisme*, t. II, p. 648) ha dado un sentido mundano a la piadosa observación del clero de Esmirna, que conservó cuidadosamente las reliquias de san Policarpio mártir. <<

[1034] Martín de Tours (véase su *Vida*, c. 8, por Sulpicio Severo) consiguió esta confesión de boca del muerto. Se concede que el error fue natural, y se supone que el descubrimiento fue milagroso. ¿Cuál de los dos sucedió con más frecuencia? <<

[1035] Luciano compuso su narración original en griego, y ha sido traducida por Avito y publicada por Baronio (*Annal. Eccles*., 415 d. C., n. 7-16). Los editores benedictinos de san Agustín han dado (al final de la obra de *Civitate Dei*) dos copias diferentes, con muchas variaciones. La inexactitud y la inconsistencia son propias de la falsedad. Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. II, pp. 9 y ss.) suavizó las partes más increíbles de la leyenda. <<

[1036] Cada año se licuaba en Nápoles una ampolla de la sangre de san Esteban, hasta que fue reemplazado por san Januario (Ruinart, *Hist. Persecut. Vandal.* p. 529). <<

[1037] Agustín compuso los veintidós libros de *Civitate Dei* en trece años: 413-426 d. C. (Tillemont, *Mém. Ecclés.* t. XIV, p. 608, etc.). Su erudición es a menudo prestada y sus argumentos generalmente propios; pero el conjunto de la obra reclama el mérito de un magnífico proyecto, ejecutado con energía y no sin destreza. <<

[1038] Véase Agustín, de *Civitate Dei*, XXII, c. 8, y el Apéndice, que contiene dos libros de los milagros de san Esteban, por Evodio, obispo de Uzalis. Freculfo (*apud* Basnage, *Hist. des Juifs*, t. VIII, p. 249) ha conservado un proverbio galo o español: «Miente el que pretenda haber leído todos los milagros de san Esteban». <<

[1039] Burnet (de *Statu Mortuorum*, pp. 56-84) recopila las opiniones de los Padres, en cuanto aseguran acerca del sueño o reposo de las almas humanas hasta el día del juicio final. Luego expone (pp. 91 y ss.) los inconvenientes que se originarían si tuvieran una existencia más activa y sensible. <<

[1040] Vigilancio ubicaba las almas de los profetas y mártires en el seno de Abraham (*in loco refrigerii*) o bajo el altar de Dios. «Nec posse suis tumulis et ubi voluerint adesse praesentes». Pero Jerónimo (t. II, p. 122) refuta severamente esta *blasfemia.* «Tu Deo leges pones? Tu apostolis vincula injicies, ut usque ad diem judicii teneantur custodia, nec sint cum Domino suo, de quibus scriptum est, Sequuntur Agnum quocunque vadit. Si Agnus ubique, ergo, et hi, qui cum Agno sunt, ubique esse credendi sunt. Et cum diabolus et dæmones toto vagentur in orbe», etc. <<

[1041] Fleury, *Discours sur l'Hist. Ecclesiastique*, III, p. 80. <<

[1042] En Menorca, las reliquias de san Esteban convirtieron a quinientos cuarenta judíos en ocho días; cierto que con la ayuda de algunas severidades indeseables, como quemar la sinagoga, reducir a los infieles obstinados a morir de hambre entre las rocas, etc. Véanse la carta original de Severo, obispo de Menorca (*ad calcem* san Agustín, de *Civ. Dei*), y las sensatas observaciones de Basnage (t. VIII, pp. 245-251). <<

[1043] Hume (*Essays*, vol. II, p. 434) observa, como un filósofo, el flujo y reflujo natural del politeísmo y el teísmo. <<

[1044] D'Aubigne (véanse sus propias *Memoires*, pp. 156-160) propuso francamente, con el consentimiento de los ministros hugonotes, reconocer los primeros cuatrocientos años como regla de la fe. El cardenal Du Perron regateó cuarenta años más, que fueron indiscretamente otorgados. Sin embargo, ni un partido ni otro hubiera hallado su cuenta en este necio arreglo. <<

[1045] El culto que practicaban e inculcaban Tertuliano, Lactancio, Arnobio, etc., es tan *extremadamente* puro y espiritual, que sus declamaciones contra el pagano se dirigen a veces contra las ceremonias judías. <<

[1046] Fausto, el Maniqueo, acusa a los católicos de idolatría: «Vertitis idola in martyres […] quos votis similibus colitis». Beausobre (*Hist. Critique du Manicheisme*, t. II, pp. 629-700), protestante pero filósofo, ha marcado, con sinceridad y erudición, el comienzo de la *idolatría cristiana* en los siglos IV y V. <<

[1047] Desde Japón hasta México puede observarse la semejanza de la superstición, que no podía ser imitada. Warburton ha tomado esta idea, a la que distorsiona haciéndola demasiado general y absoluta (*Divine Legation*, vol. IV, pp. 126 y ss.). <<

[1048] La imitación del paganismo es el tema de la agradable carta del Dr. Middleton desde Roma. Las animadversiones de Warburton lo obligaron a relacionar (vol. III, pp. 120-132) la historia de las dos religiones y probar la antigüedad de la copia cristiana. <<

[1049] Alecto, envidiosa de la felicidad pública, convoca un sínodo infernal. Mejera le recomienda su discípulo Rufino y lo incita a provocar hechos de maldad, etc. Pero hay tanta diferencia entre la furia de Claudiano y la de Virgilio, como entre los caracteres

de Turno y Rufino. <<

[1050] Es evidente que (Tillemont, *Hist. de los Emp.*, t. V, p. 770), aunque De Marca se avergüenza de su compatriota, Rufino nació en Elusa, la metrópoli de Novempopulania, que hoy es un pequeño pueblo de Gascuña (D'Anville, *Noticia de la Galia antigua*, p. 289). <<

[1051] Filostorgio, l. XI, c. 3, con las *Disertaciones* de Godefroy, p. 440. <<

[1052] Un pasaje de Suidas expresa su gran disimulo: βαθυγνώμων ἄνθρωπος καί κρυψίνους. <<

[1053] Zósimo, l. IV, pp. 272-273. <<

[1054] Zósimo, que describe la caída de Taciano y de su hijo (l. IV, pp. 273, 274), asegura su inocencia, e incluso *su* testimonio puede pesar más que las acusaciones de sus enemigos (*Cod. Theod.*, t. IV, p. 489), que les imputan la opresión de las Curiæ. Las relaciones de Taciano con los arrianos, cuando era prefecto de Egipto (373 d. C.), predisponen a Tillemont para considerarlo culpable de todos los delitos (*Hist. de los Emp.*, t. V, p. 360; *Mem. Ecles.*, t. VI, p. 589). <<

[1055]

—*Juvenum rorantia colla*

Ante patrum vultus strictâ cecidere securi.

Ibat grandævus nato moriente superstes

Post trabeas exul.

En *Rufin.*, I, 248.

Los *hechos* de Zósimo explican las *alusiones* de Claudiano; pero sus intérpretes clásicos no sabían nada acerca del siglo cuarto. Con ayuda de Tillemont, hallé la *cuerda fatal*, en un sermón de S. Asterio de Amasea. <<

[1056] Esta ley odiosa está citada y rechazada por Arcadio (396 d. C.), en el *Código Teodosiano*, l. IX, tít. XXXVIII, leg. 9. Su sentido es muy claro, según lo explican Claudiano (en *Rufin*., I, 234), y Gofredo, t. III, p. 279).

—Excindere cives

Funditus; et nomen gentis delere laborat.

Los escrúpulos de Pagi y Tillemont sólo pueden provenir de su fervor por la gloria de Teodosio. <<

[1057] *Ammonio… Rufinum propriis manibus suscepit sacro fonte inundatum.* Véase *Vitæ Patrum* de Rosweyde, p. 947. Sozomen (l. VIII, c. 17) hace mención de la iglesia y del monasterio; y Tillemont (*Mem. Ecles*., t. IX, p. 593) recuerda este sínodo en el cual san Gregorio de Niza representó un papel distinguido. <<

[1058] Montesquieu (*Espíritu de las Leyes*, l. XII, c. 12) elogia una de las leyes de Teodosio, dirigida al prefecto Rufino (l. IX, tít. IV, leg. únic.) para desalentar la expresiones engañosas o los deseos ineficaces del príncipe o de sus ministros. Me temo que éste es un estatuto de crítica justa, aunque mortificante. <<

[1059]

—Fluctibus auri

Expleri calor ille nequit—

……………………………………

Congestæ cumulantur opes; orbisque rapinas

Accipit una domus

Este carácter (Claudiano en *Rufin*., I, 184-220) se halla confirmado por Jerónimo, testigo desinteresado (dedecus insatiabilis avaritiæ, t. I, ad Heliodor., p. 26), por Zósimo (l. V, p. 286), y por Suidas, que copió la historia de Eunapio. <<

[1060]

—Cætera segnis;

Ad facinus velox; penitus regione remotas
Impiger ire vias.

Esta alusión de Claudiano (en Rufino, I, 241) se halla explicada otra vez por la narración circunstanciada de Zósimo (l. V, pp. 288, 289). <<

[1061] Zósimo (l. IV, p. 243) elogia el valor, la prudencia y la dignidad de Bauto el Franco. Véase Tillemont, *Hist. de los Emperadores*, t. V, p. 771. <<

[1062] Arsenio se escapó del palacio de Constantinopla, y pasó cincuenta y cinco años en estricta penitencia en el monasterio de Egipto. Véase Tillemont, *Mem. Ecles.*, t. XIV, pp. 676-702; y Fleury, *Hist. Ecles.*, t. V, p. 1, etc.; pero el último, por falta de materiales auténticos, ha dado demasiado crédito a la leyenda de Metafrastes. <<

[1063] Esta narración (Zósimo, l. V, p. 290) prueba que los cristianos de Oriente aún practicaban, sin idolatría, los ritos antiguos del casamiento; y la novia era llevada *a la fuerza* de la casa de sus padres a la de su esposo. Las formas matrimoniales exigen entre nosotros, con menos delicadeza, el consentimiento expreso y público de una virgen. <<

[1064] Zósimo (l. V, p. 290), Orosio (l. VII, c. 37), y la Crónica de Marcelino Claudiano (en *Rufin.*, II, 7-100) pintan con vivos colores los conflictos y delitos del prefecto. <<

[1065] Directa o indirectamente, Estilicón es el tema constante de Claudiano. La juventud y vida privada del héroe se hallan vagamente retratadas en el poema de su primer consulado, 35-140. <<

[1066] *Vandalorum, imbellis, avaræ, perfidæ, et dolosæ, gentis, genere editus.* Orosio, l. VII, c. 38. Jerónimo (t. I, ad Gerontiam, p. 93) lo llama semibárbaro. <<

[1067] En un poema imperfecto, Claudiano ha trazado un retrato hermoso, y tal vez elogioso, de Serena. Esta sobrina favorita de Teodosio había nacido en Hispania, como su hermana Termancia. Desde allí las habían llevado honoríficamente en su juventud al palacio de Constantinopla. <<

[1068] Se debe dudar en cierta medida sobre el hecho de que esta adopción fuera legal o solamente metafórica (véase Ducange, *Fam. Byzant.*, p. 75). En una inscripción antigua se le da a Estilicón el extraño título de *Progener Divi Theodosii*. <<

[1069] Claudiano (*Laus Serena*, 190, 193) expresa en lenguaje poético el «dilectus equorum», y el «gemino mox idem culmine duxit agmina». La inscripción añade «conde de los domésticos», mando importante que Estilicón podía retener prudentemente en el apogeo de su grandeza. <<

[1070] Los hermosos versos de Claudiano (en I, *Cons. Stilich.*, II, 113) exhiben su genio; pero la integridad de Estilicón (en la administración militar) se demuestra con mayor firmeza en el testimonio involuntario de Zósimo (l. V, p. 345). <<

[1071]

—*Si bellica nubes*

Ingrueret, quamvis annis et jure minori,

Ce'dere grandævos equitum peditumque magistros

Adspiceres.

Claudiano, *Laus Seren.*, p. 196, etc.

Un general moderno juzgaría su sumisión como un patriotismo heroico o un servilismo humillante. <<

[1072] Compárese el poema acerca del primer consulado (I, 95-115) con el *Laus Serenae* (227-237, donde desgraciadamente queda interrumpido). Podemos percibir la profunda y arraigada malicia de Rufino. <<

[1073]

Quem fratribus ipse

Discedens, clipeum defensoremque dedisti.

(IV, *Cons. Hon.*, 432)

Sin embargo, el nombramiento era privado (III, *Cons. Ron.*, 142) *cunctos discedere… jubet*; y por lo tanto puede ponerse en duda. Zósimo y Suidas les dan a Estilicón y a Rufino el mismo título de Επίτρόποι, tutores o curadores. <<

[1074] La ley romana distingue dos clases de *minoridad,* que culminaban a los catorce y a los veinticinco años. Una estaba sujeta al *tutor* de la persona, otra al *curador* o encargado de los bienes (Heineccio, *Antiquitat. Rom. ad Jurisprudent. pertinent.*, l. I, tít. XXII, XXIII, pp. 218-232). Pero estas ideas legales nunca fueron trasmitidas con precisión en la constitución de una monarquía electiva. <<

[1075] Véase Claudiano (I, *Cons. Stilich.*, I, 188-242); pero ha de conceder más de quince días para el viaje de ida y vuelta desde Milán a Leida. <<

[1076] I, *Cons. Stilich.*, II, 88-94. No sólo estaban enriquecidas con perlas, esmeraldas y diamantes las túnicas y diademas del difunto emperador, sino también los yelmos, empuñaduras de espada, cinturones, corazas, etc. <<

[1077]

—*Tantoque remoto*

Principe, mutatas orbis non sensit habenas.

Los temores del emperador moribundo pueden justificar (de *Bell. Gildon.*, 292-301) esta alta recomendación (I, *Cons. Stilich.*, I, 149) y la paz y el orden que reinaron después de su muerte (I, *Cons. Stilich.*, I, 150-168). <<

[1078] La marcha de Estilicón y la muerte de Rufino se hallan

descritas por Claudiano, en *Rufin*., l. II, 101-453; Zósimo, l. V, p. 296, 297; Sozomen, l. VIII, c. 1; Sócrates, l. VI, c. 1; Filostorgio, l. XI, c. 3, con Godefroy, p. 441; y la Crónica de Marcelino. <<

[1079] La *disección* de Rufino que Claudiano ejecuta con la frialdad de un anatomista (en *Rufin*., II, 405-415) también está especificada por Zósimo y Jerónimo (t. I, p. 26). <<

[1080] El pagano Zósimo menciona su santuario y peregrinación. Silvania, la hermana de Rufino, que pasó su vida en Jerusalén, es célebre en la historia monástica. l. La estudiosa virgen había consultado repetida y afanosamente a los comentadores de la Biblia, Orígenes, Gregorio, Basilio, etc., hasta cinco millones de renglones. 2. A los sesenta años podía vanagloriarse de que nunca se había lavado las manos, el rostro, ni parte alguna de su cuerpo, excepto las yemas de los dedos, para recibir la comunión. Véase las *Vitæ Patrum*, pp. 779, 977. <<

[1081] Véase el hermoso exordio de su censura contra Rufino, que está curiosamente discutido por el escéptico Bayle, *Diccionario Crítico*, Rufino. Nota E. <<

[1082] Véase el Código Teodosiano, l. IX, tít. XLII, leg. 14, 15. Los nuevos ministros trataron, con inconsistente avaricia, de aprovecharse de los despojos de su antecesor y preocuparse por su seguridad futura. <<

[1083] Véase Claudiano (I, *Cons. Stilich*., l. I, 275, 292, 296, l. II, 83), y Zósimo, l. V, p. 302. <<

[1084] Claudiano convierte el consulado del eunuco Eutropio en una reflexión nacional (l. II, 134):

—*Plaudentem cerne senatum*

Et Byzantinos proceres, Graiosque Quirites:

O patribus plebes, O digni consule patres.

Es curioso observar los primeros síntomas de celos y división entre la antigua y nueva Roma, entre los griegos y los latinos. <<

[1085] Es posible que Claudiano haya exagerado los vicios de Gildo, pero su origen moro, sus acciones notables y las quejas de san Agustín pueden justificar la reprobación del poeta. Baronio (*Anal. Ecles.*, 398 d. C., núms. 35-56) ha tratado la rebelión africana con destreza y conocimiento. <<

[1086]

Instat terribilis vivis, morientibus hæres,

Virginibus raptor, thalamis obscenus adulter.

Nulla quies: oritur prædâ cessante libido,

Divitibusque dies, et nox metuenda maritis.

—Mauris clarissima quæque

Fastidita datur.

de *Bello Gildonico*, 165, 189.

Baronio condena, aún más severamente, el libertinaje de Gildo, pues su esposa, su hija y su hermana eran ejemplos de perfecta castidad. Una de las leyes imperiales combate los adulterios de los soldados africanos. <<

[1087] *Inque tuam sortem numerosas transtulit urbes.*

Claudiano (de *Bell. Gildonico*, 230-324) ha bosquejado con delicadeza política las intrigas de la corte bizantina, que también son mencionadas por Zósimo (l. V, p. 302). <<

[1088] Símaco (l. IV, epíst. 4) expresa las formas judiciales del Senado; y Claudiano (I, *Cons. Stilich.*, l. I, 325, etc.) parece sentir el espíritu de un romano. <<

[1089] Claudiano expresa hermosamente estas quejas de Símaco, en un discurso de la diosa de Roma, ante el trono de Júpiter (de *Bell. Gild.*, 28-128). <<

[1090] Véase Claudiano (en *Eutrop*., l. I, 401, etc. I, *Cons. Stil*., l. I, 306, etc. II, *Cons. Stilich*., 91, etc. <<

[1091] Era de edad avanzada, pues había servido anteriormente (373 d. C.) contra su hermano Firmo (Amiano, XXIX, 5). Claudiano, que conocía la corte de Milán, se detiene en las injurias más que en los méritos de Mascezel (de *Bell. Gild*., 389-414). La guerra mora no era digna de Honorio ni de Estilicón, etc. <<

[1092] Claudiano, *Bell. Gild*., 415-423. El cambio de disciplina le permitía usar indistintamente los nombres de *legión, cohorte, manípulo*. Véase la *Notitia Imperii*, S. 38, 40. <<

[1093] Orosio (l. VII, c. 36, p. 565) califica esta relación con una expresión de duda (ut aiunt); y apenas coincide con el δυνάμεις ἁδράς Zósimo (l. V, p. 303). Sin embargo, Claudiano, después de alguna declamación sobre los soldados de Cadmo, confiesa francamente que Estilicón envió un ejército reducido, temiendo que los rebeldes huyeran, *ne timeare times* (I *Cons. Stilich*., l. I, 314, etc.). <<

[1094] Claud. Rutil. Numatian. *Itinerar*., I, 439-448. Posteriormente hace mención (515-526) de un loco religioso en la isla de Gorgona. Por estas observaciones profanas, Bartio, comentador de Rutilio y de sus cómplices, los llama, *rabiosi canes diaboli*. Tillemont (*Mem. Ecles*., t. XII, p. 471) observa con más calma que el poeta no creyente elogia donde intenta censurar. <<

[1095] Orosio, l. VII, c. 36, p. 564. Agustín elogia a dos de estos santos salvajes de la isla de las Cabras (ep. LXXXI, *apud* Tillemont, *Mem. Ecles*., t. XIII, p. 317, y Baronio, *Anal. Ecles*., 398 d. C. núm. 51). <<

[1096] Aquí se concluyó el libro primero de la guerra gildónica. El

resto del poema de Claudiano se ha perdido, e ignoramos cómo y en dónde desembarcó el ejército en África. <<

[1097] Orosio debe ser responsable de la narración. Claudiano celebra (I *Cons. Stilich*., l. I, 345-355) la presunción de Gildo y su numeroso séquito de bárbaros. <<

[1098] San Ambrosio, que había muerto un año antes, reveló en una visión el tiempo y lugar de la victoria. Mascezel relató después su sueño a Paulino, biógrafo original del santo, y de aquél pudo fácilmente pasar a Orosio. <<

[1099] Zósimo (l. V, p. 303) supone un reñido combate, pero la narración de Orosio parece ocultar un hecho positivo bajo el disfraz de un milagro. <<

[1100] Tabraca se encuentra entre Hippo Regius [Hipona, actual Annaba] e Hippo Diarrhytus [actual Bizerta] (Celario, t. II, p. II, p. 112; D'Anville, t. III, p. 84). Orosio ha nombrado claramente el campo de batalla, pero nuestra ignorancia no puede definir la situación precisa de él. <<

[1101] Claudiano (I, *Cons. Stil.*, l. 357) y sus mejores intérpretes, Zósimo y Orosio, expresan la muerte de Gildo. <<

[1102] Claudiano (II, Cons. Stilich., 99-119) describe su juicio (*tremuit quos Africa nuper, cernunt rostra reos*) y aplaude la restauración de la antigua constitución. Aquí introduce la célebre sentencia, tan familiar a los amigos del despotismo:

—*Nunquam libertas gratior exstat*

Quam sub rege pio.

Pero la libertad que depende de la piedad real apenas merece este nombre. <<

[1103] Véase el Código Teodosiano, l. IX, tít. XXXIX, leg. 3, tít. XL, leg. 19. <<

[1104] Estilicón, que reclamaba igual participación en todas las victorias de Teodosio y de su hijo, asegura particularmente que África se recuperó por la sabiduría de sus consejos (véase una inscripción citada por Baronio). <<

[1105] He suavizado la narración de Zósimo, quien, en su cruda sencillez, es casi increíble (l. V, p. 303). Orosio maldice al general victorioso (p. 538) por haber violado los derechos del santuario. <<

[1106] Claudiano, como poeta laureado, compuso un epitalamio serio y elaborado de 340 versos; además, algunas alegres fesceninas, que se cantaron con tono más libre durante la noche de la boda. <<

[1107]

—*Calet obvius re*

Jam princeps, tardumque cupit discedere solem.

Nobilis haud aliter sonipes—

(de *Nuptiis Honor. et Mariæ*, 287), y, libremente, en las Fesceninas (112-116).

Dices, O quoties, hoc mihi dulcius

Quam flavos decies vincere Sarmatas

…………………………

Tum victor madido prosilias toro

Nocturni referens vulnera prælii. <<

[1108] Véase Zósimo, l. V, p. 333. <<

[1109] Procopio, de *Bell. Gothico*, l. I, c. 2. He tomado la ocupación general de Honorio, sin adoptar el cuento extraño e inverosímil que refiere el historiador griego. <<

[1110] Las lecciones de Teodosio o de Claudiano (IV, *Cons. Honor*., 214-418) podrían formar una excelente institución para el príncipe futuro de una nación grande y libre. Era superior a Honorio y a sus súbditos degenerados. <<

[1111] La rebelión de los godos y el bloqueo de Constantinopla se mencionan de distinto modo en Claudiano (en *Rufin.* II, 7-100), Zósimo (l. V, p. 292) y Jornandes (de *Reb. Geticis*, c. 29). <<

[1112]

—Alii per terga ferocis

Danubii solidata ruunt; expertaque remos

Frangunt stagna rotis.

Claud. ib. v. 24

Claudiano y Ovidio suelen entretener su imaginación intercambiando las metáforas y propiedades del agua *líquida* y el hielo *sólido*. Mucho ingenio falso se ha ocupado de este fácil ejercicio. <<

[1113] San Jerónimo, t. I, p. 26. Procura consolar a su amigo Heliódoro, obispo de Altino, de la pérdida de su sobrino Nepociano, con una curiosa recapitulación de todas las

desgracias públicas y privadas de los tiempos. Véase Tillemont, *Mem. Ecclés.*, t. XII, p. 200, etc. <<

[1114] *Baltha,* o audaz: *origo mirifica*, dice Jornandes (c. 29). Esta raza ilustre continuó por mucho tiempo floreciendo en Francia, en la provincia goda de Septimania, o Languedoc, bajo el nombre corrompido de Baux; y una rama de esa familia se estableció después en el reino de Nápoles (Grocio, *Prolegomena ad Hist. Gotthorum…*, p. 53). Los señores de Baux, cerca de Arles, y de las setenta y nueve plazas subordinadas, fueron independientes de los condes de Provenza (Longuerue, *Description de la France*, t. I, p. 357). <<

[1115] Zósimo (l. V, pp. 293-295) es nuestro mejor guía para la conquista de Grecia, pero las indicaciones y la alusión de Claudiano son otros tantos rayos de luz histórica. <<

[1116] Compárense Heródoto (l. VII, c. 176) y Livio (XXXVI, 15). La estrecha entrada a Grecia probablemente fue ensanchada por los sucesivos invasores. <<

[1117] Pasó, dice Eunapio (*Vitæ Sophist.*, p. 93, ed. Commelin, 1596), por los estrechos, διὰ τῶὑ πυλων (de Termópilas) πάρήλθεν, ὢσπερ διὰ στοαδίου καὶ ἱπποκρότου πεδίου τρέχων. <<

[1118] En conformidad con Jerónimo y Claudiano (*Rufin.* II, 191), he mezclado algunos colores más oscuros en la afable representación de Zósimo, que deseaba suavizar las calamidades de Atenas.

Nec fera Cecropias traxissent vincula matres.

Sinesio (*Epíst.* CLVI, p. 272, ed. Petavio) observa que Atenas, cuyos padecimientos imputa a la avaricia del procónsul, era en aquel tiempo menos famosa por sus escuelas de filosofía que por su comercio de miel. <<

[1119]

—Vallata mari Scironia rupes,

Et duo continuo connectens æquora muro Isthmos.

Claudiano, de *Bello Getico*, 188.

Las rocas de Esciro son descritas por Pausanias (l. I, c. 44. p. 107, ed. Kuhn) y por nuestros viajeros modernos Wheeler (p. 436) y Chandler ([*Travels in Greece*] p. 298). Adriano hizo el camino transitable para dos carruajes. <<

[1120] Claudiano (*Rufin.* II, 186; de *Bello Getico*, 611 y ss.) delinea de un modo vago, aunque fuerte, la escena de rapiña y destrucción. <<

[1121] Τρίς μάκαρες Δανασὶ καὶ τετράκις, etc. Estas generosas líneas de Homero (*Odisea* V, 306) fueron trascritas por uno de los jóvenes cautivos de Corinto; y las lágrimas de Mumio pueden probar que el rudo conquistador, aunque ignoraba el valor de una pintura original, poseía el más puro origen del buen gusto, un buen corazón (Plutarco, *Symposiaca*, l. IX, t. II, p. 737, ed. Wechel). <<

[1122] Homero describe constantemente la paciencia ejemplar de aquellas cautivas, que entregaban sus encantos, e incluso sus corazones, a los asesinos de sus padres, hermanos, etc. Semejante pasión (de Erífiles hacia Aquiles) es manejada con admirable delicadeza por Racine. <<

[1123] Plutarco (*Pyrrhus*, t. II, p. 471, ed. Brian) da la respuesta genuina en el dialecto laconio. Pirro atacó Esparta con veinticinco mil infantes, dos mil caballos y veinticuatro elefantes; y la defensa de aquella ciudad abierta es un delicado comentario sobre las leyes de Licurgo, aun en el último período de decadencia. <<

[1124] Tal, quizás, como lo ha pintado Homero (*Ilíada* XX, 164),

tan noblemente. <<

[1125] Eunapio (*Vitæ Sophist.*, pp. 90-93) insinúa que un grupo de monjes traicionó Grecia y siguió al bando godo. <<

[1126] En cuanto a la guerra griega de Estilicón, compárese la justa narración de Zósimo (l. V, pp. 295-296) con la curiosa adulación circunstancial de Claudiano (*Cons. Stilichon.* I, 172-186; *IV Cons. Honorii* 459-487). Como el suceso no fue glorioso, se oscurece mañosamente. <<

[1127] Las tropas que marcharon por Élida depusieron sus armas. Esta seguridad enriqueció a los eleos, que eran amantes de la vida rural. Las riquezas engendraron el orgullo: despreciaron su privilegio y padecieron las consecuencias. Polibio les aconseja que vuelvan a acogerse a su círculo mágico. Véase un discurso erudito y sensato acerca de los juegos olímpicos, que West ha publicado con su traducción de Píndaro. <<

[1128] Claudiano (IV *Cons. Honorii*, 480) alude al hecho sin nombrar el río: quizás el Alfeo (*Cons. Stilichon.* I, 185).

—*Et Alpheus Geticis angustus acervis*

Tardior ad Siculos etiamnum pergit amores.

Sin embargo, yo preferiría el Peneo, un arroyo bajo en un cauce ancho y profundo, que corre por Elis y desagua en el mar más abajo de Silena. Se había unido al Alfeo para limpiar la caballería de Augeo (Celario, t. I, p. 760; Chandler, *Travels in Greece*, p. 286). <<

[1129] Estrabón, l. VIII, p. 517; Plinio el Viejo, *Nat. Hist.* IV, 3; Wheeler, p. 308; Chandler, *Travels in Greece*, p. 275, midieron, desde puntos diferentes, la distancia entre ambas tierras. <<

[1130] Sinesio pasó tres años (397-400 d. C.) en Constantinopla, como diputado de Cirene ante el emperador Arcadio. Le regaló una corona de oro y pronunció ante él el discurso instructivo de

Regno (pp. 1-32, ed. Petav., París, 1612). El filósofo fue nombrado obispo de Tolemaida (410 d. C.) y murió por el año 430. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. XII, pp. 499, 554, 683-685. <<

[1131] Sinesio, de *Regno*, pp. 21-26. <<

[1132]

—qui fœedera rumpit

Ditatur: qui servat, eget: vastator Achivæ

Gentis, et Epirum nuper populatus inultam

Præsidet Illyrico: jam, quos obsedit, amicos

Ingreditur muros; illis responsa daturus

Quorum conjugibus potitur, natosque peremit.

Claudiano en *Eutrop.* II, 212. Alarico aplaude su propia política (de *Bello Getico* 553-543), en el uso que había hecho de su jurisdicción en Iliria. <<

[1133] Jornandes, c. 29, p. 651. El historiador godo añade, con inusual energía: «Cum suis deliberans suasit suo labore quærere regna, quam alienis per otium subjacere». <<

[1134]

—Discors odiisque anceps civilibus orbis

Non sua vis tutata diu, dum fœdera fallax

Ludit, et alternæ perjuria venditat aluæ.

Claudiano, de *Bello Getico* 565. <<

[1135] *Alpibus Italiæ ruptis penetrabis ad Urbem*

Esta predicción auténtica fue anunciada por Alarico, o al menos por Claudiano (de *Bello Getico* 547), siete años antes del suceso. Pero como no se cumplió en el plazo que se había fijado temerariamente, los intérpretes se evadieron con una significación ambigua. <<

[1136] Nuestros mejores materiales son novecientos setenta versos de Claudiano, en el poema sobre la guerra gética, y el principio del que celebra el sexto consulado de Honorio. Zózimo no dice nada, y estamos reducidos a los fragmentos, o mejor migajas, que podemos levantar de Orosio y las crónicas. <<

[1137] A pesar de los graves errores de Jornandes, que confunde las guerras italianas de Alarico (c. 29), su fecha del consulado de Estilicón y Aureliano (400), es sólida y respetable. Es cierto, según Claudiano (Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. V, p. 804), que la batalla de Pollentia se libró en 403; pero no podemos llenar fácilmente el intervalo. <<

[1138] «Tantum Romanæ urbis judicium fugis, ut magis obsidionem barbaricam, quam *pacate* urbis judicium velis sustinere». San Jerónimo, t. II, p. 239. Rufino comprendió su propio peligro, la *pacífica* ciudad fue incendiada por la anciana Marcela y el resto de la facción de Jerónimo. <<

[1139] Joviniano, enemigo de los ayunos y del celibato, que fue perseguido e insultado por el furioso Jerónimo (Jortin, *Remarks on Ecclesiastical Hist.*, t. IV, p. 104 y ss.). Véase el edicto original de destierro en *Cod. Theodos.*, l. XVI, tít. V, leg. 43. <<

[1140] Este epigrama («De Sene Veronensi qui suburbium nusquam egressus est») es una de las composiciones más tempranas y agradables de Claudiano. La imitación de Cowley (edición de Hurd, t. II, p. 241), tiene algunos rasgos naturales y afortunados: pero es muy inferior al retrato original, que se ha sacado evidentemente de la vida. <<

[1141]

Ingentem meminit parvo qui germine quercum

Æquævumque videt consenuisse nemus.

A neighbouring wood born with himself he sees,

And loves his old contemporary trees.

En este pasaje, Cowley es quizá superior a su original; y el poeta inglés, que era un buen botánico, ha encubierto los *robles* bajo una expresión más general. <<

[1142] Claudiano, de *Bello Getico*, 192-266. Puede parecer minucioso: pero el miedo y la superstición ocupaban un lugar importante en el ánimo de los italianos. <<

[1143] Por los pasajes de Paulino, que Baronio ha producido (*Annal. Eccl.*, d. C. 403, núm. 51), es manifiesto que la alarma general había cundido en toda Italia, hasta Nola, en Campania, donde aquel famoso penitente había fijado su residencia. <<

[1144] «Solus erat Stilicho», etc. es el exclusivo elogio que Claudiano otorga (de *Bello Getico* 267), sin condescender a exceptuar al emperador. ¡Qué insignificante debe haber parecido Honorio ante su propia corte! <<

[1145] El estado del país y la firmeza de Estilicón están elegantemente descritos (de *Bello Getico* 340-363). <<

[1146]

Venit et extremis legio prætenta Britannis.

Quæ Scoto dat frena truci.

de *Bello Getico* 416.

Con todo, la marcha, más rápida, de Edimburgo o Newcastle a Milán debe haber requerido más tiempo del que Claudiano parece dispuesto a conceder a la guerra goda. <<

[1147] Todos los viajeros deben recordar la situación de Lombardía (véase Fontenelle, t. V, p. 279), a menudo atormentada por la caprichosa e irregular abundancia de las aguas. Los austríacos, delante de Génova, habían acampado en el lecho seco del Polcevera. «Ne sarebbe —dice Muratori—, mai passato per mente a que' buoni Alemanni, che quel picciolo

torrente potesse, per cosi dire, in un instante cangiarsi in un terribil gigante». (*Annali d'Italia*, t. XVI, p. 443. Milán, 1753, ed. en 8º) <<

[1148] Claudiano no responde claramente a nuestra pregunta: ¿dónde estaba Honorio? Sin embargo, la fuga evidencia la persecución; y mi idea de la guerra de los godos está justificada por los críticos italianos, Sigonio (t. I, parte II, p. 369, de *Occidentali Imperio*, l. X), y Muratori (*Annali d'Italia*, t. IV, p. 45). <<

[1149] Uno de los caminos puede estar trazado en los *Itinerarios* (pp. 98, 288, 294, con notas de Wesseling). Asta está algunas millas a la derecha. <<

[1150] Asta, o Asti, una colonia romana, es ahora la capital de un país agradable, que en el siglo XVI volvió a los duques de Saboya (Leandro Alberti, *Descrizzione d'Italia*, p. 382). <<

[1151] «Nec me timor impulit ullus». Pudo usar este lenguaje arrogante el año siguiente en Roma, a quinientas millas (800 km) de la escena del peligro (en *VI Cons. Honorii* 449). <<

[1152]

Hanc ego vel victor regno, vel morte tenebo,

Victus, humum.

Los discursos (de *Bello Getico* 479-549) del godo Néstor y Aquiles son fuertes, característicos, acomodados a las circunstancias; y quizás no menos genuinos que los de Livio. <<

[1153] Orosio (l. VII, c. 37) se conmueve ante la impiedad de los romanos, que atacaron en el domingo de Pascua de Resurrección a esos piadosos cristianos. No obstante, al mismo tiempo se estaban haciendo rogativas públicas en la urna de santo Tomás de Edesa por la destrucción del ladrón arriano. Véase Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. V, p. 529), que cita una

homilía que ha sido atribuida erróneamente a san Crisóstomo. <<

[1154] Los vestigios de Pollentia están veinticinco millas (40,23 km) al sudeste de Turín. Urbs, en la misma vecindad, era un coto real de los reyes de Lombardía, y un riachuelo que excusó la predicción *penetrabis ad urbem* (Cluver, *Italia Ant.*, t. I, p. 83-85). <<

[1155] Orosio quiere, en palabras dudosas, insinuar la derrota de los romanos. «Pugnantes vicimus, victores victi sumus». Próspero (en *Chron.*) la describe como una batalla pareja y sangrienta; pero los escritores godos Casiodoro (en *Chron.*) y Jornandes (de *Reb. Geticis*, c. 29) suponen una victoria decisiva. <<

[1156]

Demens Ausonidum gemmata monilia matrum,

Romanasque altâ famulas cervice petebat.

de *Bello Getico* 627. <<

[1157] Claudiano (de *Bello Getico* 580-647) y Prudencio (*Contra Orat. Symmachi*, l. II, 694-719) celebran sin ambigüedad la victoria romana de Pollentia. Son escritores poéticos y partidarios; sin embargo, se debe dar algún crédito a los testigos más sospechosos, cuyos testimonios están verificados por la reciente notoriedad de los hechos. <<

[1158] La peroración de Claudiano es fuerte y elegante; pero la identidad de los campos címbrico y godo debe entenderse (a manera de los Filipos de Virgilio, *Georg* I, 460) según la vaga geografía de un poeta. Vercelli y Pollentia distan entre sí sesenta millas (96,55 km); y la distancia es aún mayor si los cimbrios fueron derrotados en la vasta y estéril llanura de Verona (Maffei, *Verona Illustrata*, parte I, p. 54-62). <<

[1159] Claudiano y Prudencio deben ser examinados rigurosamente para reducir las figuras y sacar el sentido histórico de aquellos poetas. <<

[1160]

Et gravant en airain ses frêles avantages,

De mes états conquis enchaîner les images.

La práctica de exponer en triunfo las imágenes de los reyes y provincias era familiar a los romanos. El busto de Mitrídates tenía doce pies (3,65 m) de alto y era de oro macizo (Freinshem, *Supplement. Livian.* CIII, 47). <<

[1161] La guerra gética y el sexto consulado de Honorio tienen una oscura conexión con los sucesos de la retirada y las bajas de Alarico. <<

[1162] «Taceo de Alarico […] sæpe victo, sæpe concluso, semperque dimisso». Orosio, l. VII, c. 37, p. 567. Claudiano (*VI Cons. Honorii* 320) corre la cortina con una hermosa imagen. <<

[1163] El resto del poema de Claudiano sobre el sexto consulado de Honorio describe la marcha, el triunfo y los juegos (330-660). <<

[1164] Véase la inscripción en Mascou, *Hist. des Anciens Germains*, l. VIII, c. 12. Las palabras son terminantes a indiscretas: «*Getarum nationem in omne ævum domitam*», etc. <<

[1165] Sobre el curioso aunque horrible tema de los gladiadores, consúltense los dos libros de las Saturnales de Lipsio, que, como *anticuario*, se inclina a excusar la práctica de la *Antigüedad* (t. III, pp. 483-545). <<

[1166] *Cod. Theodos.* (l. XV, tít. XII, leg. 1). El comentario de Godofredo proporciona abundancia de materiales (t. V, p. 396) para la historia de los gladiadores. <<

[1167] Véase la peroración de Prudencio (*Contra Orat. Symmachi*,

l. II, 1121-1131), que sin duda había leído la elocuente invectiva de Lactancio (*Divinæ Institut*., l. VI, c. 20). Los apologistas cristianos no han perdonado estos juegos sangrientos, que fueron introducidos en las fiestas religiosas del paganismo. <<

[1168] Teodoreto, l. V, c. 26. Deseo creer la historia de san Telémaco. Sin embargo, no se ha dedicado ninguna iglesia ni se ha erigido ningún altar al único monje que murió mártir por la causa de la humanidad. <<

[1169] «Crudele gladiatorum spectaculum et inhumanum *nonnullis* videri solet; et *haud scio* an ita sit, ut nunc fit». Cicerón, *Tuscul.* II, 17. Censura débilmente el *abuso,* y defiende con ardor el *uso* de estos juegos; «oculis nulla poterat esse fortior contra dolorem et mortem disciplina». Séneca (*Epíst.* VII) muestra los sentimientos de un hombre. <<

[1170] Esta relación de Ravena está sacada de Estrabón (l. V, p. 327), Plinio (III, 20), Esteban de Bizancio (*sub voce* Ραβέννα, p. 651, ed. Berkel); Claudiano (en *VI Cons. Honorii* 494 y ss.), Sidonio Apolinar (l. I, *Epíst.* 5, 8), Jornandes (de *Reb. Geticis*, c. 29), Procopio (de *Bello Gothico*, l. I, c. 1. p. 309, ed. Louvre) y Cluver (*Italia Ant*., t. I, p. 301-397). Con todo, aún me falta un anticuario local y un buen mapa topográfico. <<

[1171] Marcial (*Epigramm.* III, 56 y 57) juega con la broma del pícaro que le había vendido vino en vez de agua; pero declara seriamente que en Ravena una cisterna es más valiosa que una viña. Sidonio se queja de que la ciudad carece de fuentes y acueductos; y pone la falta de agua fresca entre los males locales, como el croar de las ranas, las picaduras de los mosquitos, etc. <<

[1172] La fábula de Teodoro y Honoria, que Dryden ha trasplantado tan admirablemente de Boccacio (*Decamerón,*

jornada III, narración VIII), tuvo lugar en el bosque de Chiassi, voz corrompida de Classis, apostadero naval que, con el camino intermedio o suburbio, la Via Cæsaris, constituía la triple ciudad de Ravena. <<

[1173] Desde el año 404, las fechas del Código Teodosiano se hicieron sedentarias en Constantinopla y Ravena. Véase Godofredo, *Chronol. Legum*, t. I, p. CXLVIII y ss. <<

[1174] Véase Guignes, *Hist. des Huns*, t. I, pp. 179-189; t. II, pp. 295, 334-338. <<

[1175] Procopio (de *Bello Vandal.*, l. I, c. III, p. 182) ha observado una emigración del *Palus Mæotis* hacia el norte de Germania, que atribuye al hambre. Pero sus conocimientos de la historia antigua están extrañamente oscurecidos por la ignorancia y el error. <<

[1176] Zósimo (l. V, p. 331) usa de la descripción general de las naciones más allá del Danubio y el Rin. Su situación, y por consiguiente sus nombres, se manifiestan aun en los varios epítetos que cada escritor antiguo ha añadido casualmente. <<

[1177] El nombre de Radagasto era el de una deidad local de los Obótritas (en Mecklemburgo). Un héroe podía naturalmente apropiarse el nombre de su dios tutelar; pero no es probable que los bárbaros adorasen a un héroe desgraciado. Véase Mascou, *Hist. des Anciens Germains*, l. VIII, c. 14. <<

[1178] Olimpiodoro (*apud* Focio, p. 180), usa la voz griega ’Oπτιμάτοι que no expresa ninguna idea precisa. Sospecho que eran los príncipes y nobles con sus fieles compañeros; los caballeros con sus escuderos, como se los habría llamado algunos siglos después. <<

[1179] Tácito, de *Moribus Germanorum*, c. 37. <<

[1180]

—*Cujus agendi*

Spectator vel causa sui

(Claudiano, *VI Cons. Honorii* 439)

Es el modesto lenguaje de Honorio, hablando de la guerra de los godos que había visto algo más de cerca. <<

[1181] Zósimo (l. 5, p. 331) transporta la guerra y la victoria de Estilicón más allá del Danubio. Un error extraño, imperfectamente remediado si se lee Ἄρνον por Ἴστρον (Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. V, p. 807). En buena política, debemos valernos del servicio de Zósimo sin estimarlo o darle crédito. <<

[1182] *Cod. Theodos.*, l. VII, tít. XII, leg. 16. La fecha de esta ley (18 de mayo de 406 d. C.) me convence, como a Godofredo (t. II, p. 387), del verdadero año de la invasión de Radagasto. Tillemont, Pagi y Muratori prefieren el año precedente; pero están unidos, por ciertas obligaciones de cortesía y respeto, a san Paulino de Nola. <<

[1183] Poco después de que Roma fuera tomada por los galos, el Senado, en una emergencia repentina, armó diez legiones, tres mil caballos y cuarenta y dos mil infantes, fuerza que la ciudad no hubiera podido presentar bajo Augusto (Livio VII, 25). Esta declaración puede enredar a un anticuario, pero está claramente explicada por Montesquieu. <<

[1184] Maquiavelo ha explicado, al menos como filósofo, el origen de Florencia, que descendió insensiblemente, en beneficio del comercio, desde la peña de Fésula hasta las orillas del Arno (*Ist. di Firenze*, t. I, l. II, p. 36. Londres, 1747). El triunvirato envió una colonia a Florencia, que, bajo Tiberio (Tácito, *Annal.* I, 79), mereció la reputación y el nombre de «ciudad floreciente». Véase Cluver, *Italia Ant.*, t. I, p. 507 y ss. <<

[1185] Sin embargo, el Júpiter de Radagasto, que adoraba a Tor y a Woden, era muy diferente del Júpiter Olímpico o Capitolino. El temperamento conciliador del politeísmo podía unir estas deidades varias y remotas; pero los romanos genuinos aborrecían los sacrificios humanos de la Galia y Germania. <<

[1186] Paulino (*Vita Sancti Ambrosii*, c. 50) refiere esta historia, que recibió de boca de la misma Pansofía, una matrona religiosa de Florencia. Sin embargo el arzobispo pronto dejó de tomar parte activa en los asuntos del mundo, y nunca llegó a ser un santo popular. <<

[1187] San Agustín, de *Civ. Dei* V, 23. Orosio, l. VII, c. 37, pp. 567-571. Los dos amigos escribieron en África diez o doce años después de la victoria, y su autoridad es seguida implícitamente por Isidoro de Sevilla (*Chron*., p. 713, ed. Grocio). ¡Cuántos hechos interesantes pudiera haber insertado Orosio en el espacio que dedica a piadosas necedades! <<

[1188]

Franguntur montes, planumque per ardua Cæsar

Ducit opus: pandit fossas, turritaque summis

Disponit castella jugis, magnoque recessû

Amplexus fines, saltus, nemorosaque tesqua

Et silvas, vastâque feras indagine claudit.

Todavía la sencillez de la verdad (César, de *Bello Civ.* III, 44) es mucho mayor que las amplificaciones de Lucano (*Pharsal.* VI, 29-63). <<

[1189] Las expresiones retóricas de Orosio, «in arido et aspero montis jugo», «in unum ac parvum verticem», no son muy adecuadas para el campamento de un gran ejército. Pero Fésula, a sólo tres millas (4,8 km) de Florencia, podía ofrecer espacio para el cuartel general de Radagasto, y estaría comprendida en el

circuito de las líneas romanas. <<

[1190] Véase Zósimo, l. V, p. 331, y las Crónicas de Próspero y Marcelino. <<

[1191] Olimpiodoro (*apud* Focio, p. 180) se sirve de una expresión (προσηταιρίσατο) que denotaría una estrecha y amistosa alianza, y haría a Estilicón aún más criminal. El «paulisper retentus, deinde interfectus», de Orosio, ya es bastante odioso. <<

[1192] Orosio, piadosamente inhumano, sacrifica al rey y al pueblo —Agag y los amalecitas— sin ningún síntoma de compasión. El sanguinario actor es menos detestable que el frío e insensible historiador. <<

[1193] Y la musa de Claudiano, ¿estaba dormida?, ¿había sido mal pagada? Me parece que el séptimo consulado de Honorio (407) hubiera proporcionado el tema para un noble poema. Antes de que se descubriera que el Estado ya no podía salvarse, Estilicón (después de Rómulo, Camilo y Mario) podría haber sido dignamente llamado el cuarto fundador de Roma. <<

[1194] Un luminoso pasaje de la Crónica de Próspero —«In tres partes, per diversos principes, divisus exercitus»— reduce el milagro de Florencia y conecta la historia de Italia, Galia y Germania. <<

[1195] Orosio y san Jerónimo lo acusan positivamente de instigar la invasión. «Excitatæ a Stilichone gentes», etc. Deben querer decir *indirectamente:* «Salvó Italia a expensas de la Galia». <<

[1196] El conde de Buat cree que los germanos que invadieron la Galia eran los *dos tercios* que aún quedaban del ejército de Radagasto. Véase *Hist. ancienne des Peuples de l'Europe* (t. VII, p. 87, 121, París, 1772); obra bien elaborada, que no tuve la ventaja de estudiar sino hasta el año 1777. Ya en 1771, hallo la

misma idea expresada en un tosco bosquejo de la presente Historia. He observado después una insinuación semejante en Mascou (l. VIII, c. 15). Tal conformidad, sin comunicación mutua, puede dar algún peso a nuestra opinión común. <<

[1197]

—Provincia missos

Expellet citius fasces, quam Francia reges

Quos dederis.

Claudiano (de *Cons. Stilichon.* I, 235 y ss.) es claro y satisfactorio. Gregorio de Tours desconoce estos reyes de Francia; pero el autor de los Gesta Francorum menciona tanto a Suno como a Marcomir, y llama a éste padre de Faramundo (t. II, p. 543). Parece escribir sobre buenos materiales que no entendió. <<

[1198] Véase Zósimo (l. VI, p. 873), Orosio (l. VII, c. 40, p. 576) y las Crónicas. Gregorio de Tours (l. II, c. 9, p. 165, en el segundo volumen de los Historiadores de Francia) ha conservado un valioso fragmento de Renatus Profuturus Frigeridus, cuyos tres nombres denotan un cristiano, un súbdito romano y un semi-bárbaro. <<

[1199] Claudiano (de *Cons. Stilichon.* I, 221 y ss.; II, 186) describe la paz y prosperidad de la frontera de los galos. El abate Dubos (*Hist. de la Monarchie Françoise*, t. I, p. 174) leería «Alba» (un riachuelo sin nombre de las Ardenas) en vez de «Albis»; y se extiende sobre el peligro del ganado galo que se apacentaba más allá del «Elba». ¡Qué desatino! En la geografía poética, el Elba y el Hercinio significan cualquier río o cualquier bosque en Germania. Claudiano no está preparado para el riguroso examen de nuestros anticuarios. <<

[1200]

—Geminasque viator

Cum videat ripas, quæ sit Romana requirat. <<

[1201] San Jerónimo, t. I, p. 93. Véanse, en el primer volumen de los Historiadores de Francia, pp. 777, 782, los apropiados extractos del *Carmen de Providentia Divina*, y a Salviano. El poeta anónimo era él mismo un cautivo, junto con su obispo y conciudadanos. <<

[1202] La doctrina pelagiana, que se agitó primero en el año 405, fue condenada, durante diez años, en Roma y Cartago. San Agustín peleó y conquistó; pero la iglesia griega era favorable a sus adversarios; y (lo que es bastante singular) el pueblo no tomó parte en una disputa que no podía entender. <<

[1203] Véanse *Mémoires de Guillaume du Bellay*, l. VI. En francés, el improperio original es menos obvio y más sutil, por el doble sentido de la voz *journée* que significa «jornada» y «batalla». <<

[1204] Claudiano (de *Cons. Stilichon.* II, 250). Se supone que los escoceses de Irlanda invadieron por mar toda la costa británica occidental, y puede darse algún crédito también a Nenio y a las tradiciones irlandesas (Carte, *Hist. of England*, t. I, p. 169). Whitaker, *Genuine Hist. of the Britons*, p. 199. *Las sesenta y seis vidas de san Patricio*, que existían en el siglo IX, deben haber contenido otras tantas mil mentiras; sin embargo podemos creer que en una de estas incursiones irlandesas, el futuro apóstol fue conducido cautivo (Usher, *Antiquitat. Britann. Eccles.*, p. 431; y Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. XVI, pp. 456, 782 y ss). <<

[1205] Los usurpadores bretones se han sacado de Zósimo (l. VI, p. 371-375), Orosio (l. VII, c. 40, pp. 576-577), Olimpiodoro (*apud* Focio, p. 180-181), los historiadores eclesiásticos y las crónicas. Los latinos no conocen a Marco. <<

[1206] «Cum in Constantino *inconstantiam* […] execrarentur» (Sidonio Apolinar, l. V, ep. 9, p. 139, *ed. secund. Sirmond.*). Con

todo, Sidonio desearía quizás, por medio de tan hermoso equívoco, tachar con la nota de infamia a un príncipe que había deshonrado a su abuelo. <<

[1207] *Bagaudæ* es el nombre que Zósimo les aplica; quizás merecieron un título menos odioso (Véase Dubos, *Hist. de la Monarchie Françoise*, t. I, p. 203). Se tratará de ellos en otro lugar. <<

[1208] Veriniano, Dídimo, Teodosio y Lagodio, que en las cortes modernas se llamarían príncipes de sangre, no fueron distinguidos con ninguna jerarquía o privilegio sobre el resto de los vasallos. <<

[1209] Estos *Honoriani* u *Honoriaci* constaban de dos cuadrillas de escoceses, o *attacotti*, dos de moros, dos de marcomanos, los Víctores, los Ascarios y los Galicanos (*Notitia Imperii*, sec. XXXVIII, ed. Lab.). Eran parte de las 65 *Auxilia Palatina,* y son propiamente llamados ἐν τῇ αὐλῃ ταξεις, por Zósimo (l. VI, 374). <<

[1210]

—*Comitantur euntem*

Pallor, et atra Fames; et saucia lividus ora

Luctus; et inferno stridentes agmine Morbi.

Claudiano, *VI Cons. Honorii*, 321 y ss. <<

[1211] Estas oscuras transacciones son investigadas por el conde de Buat (*Hist. ancienne des Peuples de l'Europe*, t. VII, c. III-VIII, pp. 69-206), cuya laboriosa exactitud puede cansar a veces a un lector superficial. <<

[1212] Véase Zósimo, l. V, pp. 334-335. Interrumpe su parca narración para referir la fábula de Emona, y de la nave Argo, que fue arrastrada por tierra desde aquel lugar hasta el Adriático. Sozomen (l. VIII, c. 25; l. IX, c. 4) y Sócrates (l. VII, c. 10) arrojan

una luz pálida y dudosa; y Orosio (l. VII, c. 38, p. 571) es abominablemente parcial. <<

[1213] Zósimo (l. V, pp. 338-339) repite las palabras de Lampadio como fueron pronunciadas en latín: «Non est ista pax, sed pactio servitutis», y las traduce luego al griego en beneficio de sus lectores. <<

[1214] Vino de la costa del Euxino, y desempeñó un destino brillante, λαμπρᾶς δέ στρατείας ἐν τοῖς βασιλείοις ἠξιωμένος. Sus acciones justifican su carácter, que Zósimo (l. V, p. 340) expone con visible satisfacción. San Agustín respetó la piedad de Olimpio, a quien llama verdadero hijo de la Iglesia (Baronio, *Annal. Eccl.*, 408 d. C., núm. 19 y ss.; Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. XIII, pp. 467-468). Pero estas alabanzas, que el santo africano da tan indignamente, podrían proceder tanto de la ignorancia como de la adulación. <<

[1215] Zósimo, l. V, pp. 338-339. Sozomen, l. IX, c. 4. Estilicón se ofreció para emprender el viaje a Constantinopla, para distraer a Honorio de la vana tentativa. El Imperio de Oriente no habría obedecido y no hubiera podido ser conquistado. <<

[1216] Zósimo (l. V, pp. 336-345) ha relatado extensa, aunque no claramente, la desgracia y muerte de Estilicón. Olimpiodoro (*apud* Focio, p. 177), Orosio (l. VII, c. 38, pp. 571-572), Sozomen (l. IX, c. 4) y Filostorgio (l. XI, c. 3; l. XII, c. 2) proporcionan indicaciones adicionales. <<

[1217] Zósimo, l. V, p. 333. El casamiento de un cristiano con dos hermanas escandaliza a Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. V, p. 557), quien esperaba en vano que el papa Inocencio I hiciese algo encaminado, bien a la censura o bien a la dispensa. <<

[1218] A dos de sus amigos se los menciona con honor (Zósimo, l. V, p. 346): Pedro, jefe de la escuela de notarios, y el gran

chambelán Deuterio. Estilicón había protegido su dormitorio; y es sorprendente que, bajo un príncipe débil, su dormitorio no haya podido protegerlo a él. <<

[1219] Orosio (l. VII, c. 38, pp. 571-572) parece copiar los falsos y furiosos manifiestos que distribuyó por todas las provincias la nueva administración. <<

[1220] Véase *Cod. Theodos.*, l. VII, tít. XVI, leg. 1; l. IX, tít. XII, leg. 22. Estilicón es infamado como un *prædo publicus* que empleaba sus riquezas *ad omnem ditandam, inquietandamque Barbariem.* <<

[1221] El mismo san Agustín está satisfecho con las leyes eficaces que Estilicón había decretado contra los herejes e idólatras, y que aún existen en el Código. Solamente recurre a Olimpio para su confirmación (Baronio, *Annal. Eccl.*, 408 d. C., núm. 19). <<

[1222] Zósimo, l. V, p. 351. Podemos observar el mal gusto de la época en vestir sus estatuas con galas tan toscas. <<

[1223] Véase Rutilio Claudio Namaciano (*Iter Gallicum* II, 41-60), a quien el entusiasmo religioso ha dictado algunas líneas elegantes y convincentes. Estilicón sacó también las planchas de oro de las puertas del Capitolio y leyó una sentencia profética que fue esculpida bajo ellas (Zósimo, l. V, p. 352). Éstos son cuentos necios; no obstante, el cargo de *impiedad* da peso y crédito a la alabanza que Zósimo hace, con renuencia, de sus virtudes. <<

[1224] En las bodas de Orfeo (¡comparación modesta!), todas las partes de la naturaleza animada contribuyeron con sus varios dones; y los mismos dioses enriquecieron a su predilecto. Claudiano no tuvo rebaños, ganados, vides, olivos. Su rica novia fue heredera de todos ellos. Pero él llevó a África una carta de recomendación de Serena, su Juno, y fue feliz (*Epíst.* II, *ad*

Serenam). <<

[1225] Claudiano siente el honor como un hombre que lo mereció (de *Bello Getico* Præfat.). La inscripción original, sobre mármol, se halló en Roma, en el siglo XV, en casa de Pomponio Leto. La estatua de un poeta, muy superior a Claudiano, debió ser erigida, durante su vida, por los literatos, sus paisanos y sus contemporáneos. Era un noble intento. <<

[1226] Véase el epigrama XXX:

Mallius indulget somno noctesque diesque:

Insomnis Pharius sacra, profana, rapit.

Omnibus, hoc, Italæ gentes, exposcite votis,

Mallius ut vigilet, dormiat ut Pharius.

Adriano era un Fario (de Alejandría). Véase su vida pública en Godofredo, *Cod. Theodos.*, t. VI, p, 364. Malio no durmió siempre. Compuso algunos diálogos elegantes sobre los sistemas griegos de la filosofía natural (Claudiano, *Cons. Mall.*, 61-112). <<

[1227] Véase la primera epístola de Claudiano. Con todo, en algunos pasajes, un aire de ironía e indignación descubre su repugnancia secreta. <<

[1228] La vanidad nacional lo ha hecho florentino o español. Pero la primera epístola de Claudiano prueba que era natural de Alejandría (Fabricio, *Bibliotheca Latina*, t. III, p. 191-202, ed. Ernest.). <<

[1229] Sus primeros versos latinos fueron compuestos durante el consulado de Probino, en el año 395.

Romanos bibimus primum, te consule, fontes,

Et Latiæ cessit, Graia Thalia togæ.

Sin contar algunos epigramas griegos, que aún existen, el poeta

latino había compuesto, en griego, las antigüedades de Tarso, Anazarbo, Berito, Nicea, etc. Es más fácil suplir la pérdida de la buena poesía que la de la historia auténtica. <<

[1230] Strada (Prolusión V, VI) le permite competir con los cinco poetas heroicos: Lucrecio, Virgilio, Ovidio, Lucano y Estacio. Su patrono es el cumplido cortesano Baltasar Castiglione. Sus admiradores son muchos y apasionados. Sin embargo, los críticos rígidos reprenden las hierbas o flores exóticas que surgen con demasiada exuberancia en su suelo del Lacio. <<

[1231] La serie de los acontecimientos desde la muerte de Estilicón hasta la llegada de Alarico delante de Roma sólo puede hallarse en Zósimo, t. I, l. V, pp. 347-350. <<

[1232] La expresión de Zósimo es fuerte y animosa, suficiente para excitar el desprecio del enemigo: καταφρόνησιν ἐμποιῆσαι τοῖς πολεμίοις ἀρκοῦντμς. <<

[1233] «Eos qui catholicæ secte sunt inimici, intra palatium militare prohibemus. Nullus nobis sit aliqua ratione conjunctus, qui a nobis fide et religione discordat». Ley 42, *Cod. Theodos*., t. I, XVI, tít. V; y comentario de Gofredo, t. VI, p. 164. Esta ley fue aplicada en toda su latitud y cumplida con rigor. Zósimo, t. I, l. V, p. 564. <<

[1234] Addison (véanse sus *Obras*, v. II, p. 54, edic. Baskerville) ha dado una descripción muy pintoresca del camino por los Apeninos. Los godos no tuvieron tiempo de observar las bellezas de la perspectiva; sino que se alegraron de hallar la Saxa Intercisa, estrecho paso que Vespasiano había abierto a través de la roca (Cluver, *Italia Antiq*., t. I, p. 618) y estaba abandonado por completo. <<

[1235]

Hinc albi, Clitumne, greges, et maxima taurus

Victima, sæpe tuo perfusi flumine sacro,

Romanos ad templa Deum duxere triumphos.

Georg., II, 146.

Además de Virgilio, la mayor parte de los poetas latinos —Propercio, Lucano, Silio Itálico, Claudiano—, cuyos pasajes pueden hallarse en Cluverio y Addison, han celebrado las víctimas triunfales del Clitumno. <<

[1236] Algunas ideas de la marcha de Alarico se han sacado del viaje de Honorio sobre el mismo terreno (véase Claudiano, *VI Cons. Hon.*, 494-522). La distancia medida entre Ravena y Roma era de doscientas cincuenta y cuatro millas romanas (380 km). *Itinerar. Wesseling.*, p. 126. <<

[1237] La marcha y retirada de Aníbal están descritas por Livio, t. I, XXVI, cc. 7-11; el lector se convierte en espectador de tan interesante escena. <<

[1238] Estas comparaciones fueron de Cineas, consejero de Pirro, a la vuelta de su embajada, en la cual había estudiado diligentemente la disciplina y las costumbres de Roma. Véase Plutarco, en *Pirro*, t. II, p. 459. <<

[1239] En los tres censos que se hicieron del pueblo romano, por la época de la segunda guerra púnica, los guarismos son los siguientes: doscientos setenta mil doscientos trece, ciento treinta y siete mil ciento ocho, doscientos catorce mil (véase Livio, *Epitom.*, t. I, l. XX; *Hist.*, t. I, l. XXVII, 36, l. XXIX, 37). La caída del segundo y la subida del tercero parecen tan desmedidas que muchos críticos, a pesar de la unanimidad de los manuscritos, han sospechado alguna corrupción del texto de Livio (Véase Drakemborch ad XXVII, 36, y Beaufort, *République Romaine*, t. I, p. 325). No consideraron que el segundo censo se sacó únicamente en Roma, y que el número fue disminuido, no sólo

por la muerte, sino también por la ausencia de muchos soldados. En el tercer censo, Livio afirma expresamente que las legiones fueron reunidas por delegados particulares. De los guarismos de la lista debemos deducir siempre un duodécimo de sesenta incapaces de llevar las armas. (Véase *Population de la France*, p, 72). <<

[1240] Livio considera estos dos incidentes como efectos de la casualidad y del valor únicamente. Sospecho que ambos fueron manejados por la admirable política del Senado. <<

[1241] Véase Jerónimo, t. I, pp. 169-170, a Eustoquio: da a Paula los espléndidos títulos de «Gracchorum stirps, soboles Scipionum, Pauli hæres, cujus vocabulum trahit, Martiæ Papyriæ Matris Africani vera el germana propago». Esta particular descripción supone un título más sólido que el apellido de Julio, que Toxocio compartió entre mil familias de las provincias occidentales. Véase el *Índice* de Tácito, de las incripciones de Gruter, etcétera. <<

[1242] Tácito (*Annal.*, III, 55) afirma que, entre la batalla de Accio y el reinado de Vespasiano, el Senado se llenó gradualmente de familias nuevas de los municipios y colonias de Italia. <<

[1243] «Nec quisquam Procerum tentet (licet ære vetusto Floreat, et claro cingatur Roma senatu) Se jactere parem; sed prima sede relicta Aucheniis, de jure licet certare secundo.» Claud., *Prob. et Olybrii Coss.*, 18. Tal obsequio tributado al oscuro nombre de los Auquenios ha asombrado a los críticos, pero todos concuerdan en que, cualquiera fuera la verdadera leyenda, el sentido de Claudiano sólo puede aplicarse a la familia Anicia. <<

[1244] La fecha más temprana en los anales de Piquio es la de M. Anicio Galo, Trib. Pl., A. U. C. 506. Otro tribuno, Q. Anicio, A. U. C. 508, se distingue con el epíteto de Prenestinus. Livio (XLV, 43) coloca a los Anicios después de las grandes familias

de Roma. <<

[1245] Livio, XLIV, 30-31, XLV, 3, 26, 43, aprecia debidamente el mérito de Anicio y observa con justicia que su fama fue oscurecida por el superior brillo del triunfo macedonio que precedió al ilírico. <<

[1246] Las fechas de los tres consulados son A. U. C. 593, 818 y 967 d. C.; las dos últimas, bajo los reinados de Nerón y Caracalla. El segundo de estos cónsules se distinguió únicamente por su infame adulación (Tácit., *Annal.*, XV, 74); pero aun la evidencia de los crímenes, cuando lleva el sello de la grandeza y la antigüedad, se admite sin renuencia para probar la genealogía de una casa noble. <<

[1247] En el siglo VI, la nobleza del nombre Anicio se menciona (Cassiodor., *Variar.*, t. I, X, *Epíst.* 10, 12) con singular respeto por el ministro de un rey godo de Italia. <<

[1248]

Fixus in omnes

Cognatos procedit honos; quemcumque requiras

Hâc de stirpe virum, certum est de Consule nasci.

Per fasces numerantur avi, semperque renâta

Novilitate virent, et prolem fata sequuntur.

(Claudiano, *Prob. et Olyb. Consulat.* 12, etc.).

Los Anios, cuyo nombre parece haber tomado su origen del de Anicio, señalan los fastos con muchos consulados, desde el tiempo de Vespasiano hasta el siglo IV. <<

[1249] El título de primer senador cristiano puede justificarse por la autoridad de Prudencio (*Symmach.*, I, 553) y la aversión de los paganos para con la familia Anicia. Véanse Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. IV, p. 183, V, p. 44; Baron., *Annal.*, 312 d. C., núm. 78, 322 d. C., núm. 2. <<

[1250] «Probus… claritudine generis et potentia et opum magnitudine, cognitus. Orbi Romano, per quem universum pæne patrimonia sparsa possedit juste an secus non judicioli est nostri». Ammian Marcellin., XXVII, 11. Sus hijos y su viuda le erigieron en el Vaticano un sepulcro magnífico, que fue demolido en tiempo del papa Nicolás V, con el objeto de hacer lugar para la nueva iglesia de San Pedro. Baronio, que lamenta la ruina de este monumento cristiano, ha conservado con esmero las inscripciones y bajos relieves. Véanse *Annal. Ecclés*., 395 d. C., núm. 5-17. <<

[1251] Dos sátrapas persas viajaron a Milán y Roma para oír a san Ambrosio y ver a Probo (Paulin., *Vit. Ambros*). Claudiano (*Cons. Probin. et Olybr*., 30-60) parece que no acierta a expresar la gloria de Probo. <<

[1252] Véase el poema que Claudiano dedicó a los jóvenes nobles. <<

[1253] Secundino, el maniqueo, ap. Baron, *Annal. Ecclés*., 390 d. C., núm. 54. <<

[1254] Véase Nardini, *Roma Antica*, pp. 89, 498, 500. <<

[1255]

Quid loquar inclusas inter laquearia sylvas?

Vernula queis vario carmine ludit avis?

Claud. Rutil. Numatian., *Itinerar. ver*., 111.

El poeta vivió en tiempo de la invasión de los godos. Un palacio mediano hubiera cubierto la heredad de Cincinato, que contenía cuatro acres (1,60 ha) (Val. Max., IV, 4). «In laxitatem ruris excurrunt», dice Séneca, *Epíst.* 114. Véase una juiciosa nota de M. Hume, *Ensayos*, v. I, p. 562, 8.ª ed. (última). <<

[1256] Este curioso relato de Roma, en el reinado de Honorio, se halla en un fragmento del historiador Olimpiodoro, ap.

Photium, p. 197. <<

[1257] Los hijos de Alipio, de Símaco y de Máximo gastaron, durante sus respectivas pretorías, doce, veinte o cuarenta *centenarios* (cien libras de oro; 46 kg). Véase Olimpiodoro ap. *Phot.*, p. 197. Esta estimación popular es algo flexible, pero es difícil explicar una ley del Código Teodosiano (l. VI, ley 5), que fija el gasto del primer pretor en veinticinco mil, del segundo en veinte mil y del tercero en quince mil *folles.* El nombre de *follis* (véase *Mém. de l'Académie des Inscriptions*, t. XXVIII, p. 727) se aplicaba igualmente a una bolsa de ciento veinticinco piezas de plata y a una moneda pequeña de cobre del valor de 1/2625 de dicha bolsa. En el primer sentido, los veinticinco mil *folles* equivaldrían a ciento cincuenta mil libras esterlinas; en el segundo, a cinco o seis libras esterlinas. Lo uno parece extravagante, lo otro ridículo. Debe de haber existido un tercer valor o promedio, que aquí se entiende, pero la ambigüedad es una falta inexcusable en el lenguaje de las leyes. <<

[1258] «Nicopolis […] in Actiaco littore sita possessionis vestræ nunc pars vel maxima est». Jerónimo, *Præfat. Comment. ad Epistol. ad Titum*, t. IX, p. 243. Tillemont supone, bastante extrañamente, que era parte de la herencia de Agamenon, *Mem. Ecclés.*, t. XII, p. 85. <<

[1259] Séneca, *Epist.*, LXXXIX. Su lenguaje es de género declamatorio, pero la declamación apenas podía exagerar la avaricia y el lujo de los romanos. El mismo filósofo mereció una parte del reproche; si es verdad que su rigurosa exigencia de *Quadringenties,* unas treinta mil libras [13 800 kg] que había prestado a un interés alto, provocó una rebelión en Bretaña (Dion Casio, l. LXII, p. 1003). Según la conjetura de Galo (*Antoninus's Itinerary in Britain*, 92), el mismo Faustino poseyó una hacienda cerca de Bury, en Sufolk, y otra en el reino de

Nápoles. <<

[1260] Volusio, rico senador (Tácito, *Annal.*, III, 30), prefirió siempre los arrendadores nacidos en la hacienda. Columela, que recibió de él esta máxima, arguye muy juiciosamente sobre este punto. de *Re Rustica*, Gesner, Leipzig, 1735, l. I, c. 7, p. 408. <<

[1261] Valesio (*ad Ammian.*, XIV, 6) ha probado por Crisóstomo y Agustín que a los senadores no se les permitía prestar dinero con usura. Sin embargo, según el Código Teodosiano (véase Gofredo, l. II, tít. XXXIII, t. I, pp. 230-289), parece que se les permitía tomar el seis por ciento o la mitad del interés legal, y, lo que es más singular, se concedía este permiso a los senadores jóvenes. <<

[1262] Plin., *Hist. Natur.*, XXXIII, 50. Fija la plata en sólo cuatro mil trescientas ochenta libras (2014,80 kg), que Livio hace ascender (XXX, 45) hasta cien mil veintitrés (46 010,58 kg): la primera cantidad parece demasiado escasa para una ciudad opulenta, la segunda demasiado elevada para cualquier arca privada. <<

[1263] El instruido Arbuthnot (*Tables of Ancient Coins*, etc., p. 153) ha observado con gracia y, considero, con acierto que Augusto no tenía vidrios en sus ventanas ni camisa encima. El uso del lino y del vidrio se hizo algo más común en el Bajo Imperio. <<

[1264] Me corresponde explicar las libertades que me he tomado con el texto de Amiano. l) He reunido en una pieza el capítulo sexto del libro décimo cuarto y el cuarto del libro vigésimo octavo. 2) He dado orden y conexión a la masa confusa de materiales. 3) He suavizado algunas hipérboles extravagantes y cercenado algunas cuestiones superfluas del original. 4) He desarrollado algunas observaciones que estaban insinuadas más que expresadas. Con estas licencias, mi versión se hallará no

literal, por cierto, sino fiel y exacta. <<

[1265] Claudiano, que parece leyó la historia de Amiano, habla de esta gran revolución en estilo mucho menos cortés:

Postquam jura ferox in se communia Cœsar

Transtulit; et lapsi mores; desuetaque priscis

Artibus, in gremium pacis servile recessi.

de *Bell. Gildon.*, p. 49. <<

[1266] La minuciosa diligencia de los anticuarios no ha podido verificar estos nombres extraordinarios. Considero que fueron inventados por el mismo historiador, quien tuvo miedo de alguna sátira o alusión personal. Con todo, es cierto que las meras denominaciones de los romanos se fueron alargando hasta el número de cuatro, cinco y aun siete sobrenombres pomposos; como por ejemplo, Marco Mecio Memio Furio Balburio Ceciliano Plácido. Véase Noris, *Cenotaph. Pisan. Dissert.*, IV, p. 438. <<

[1267] Los *carrucæ* o coches de los romanos solían ser de plata sólida, curiosamente esculpidos y grabados; y los arreos de las mulas o caballos estaban realzados con oro. Esta magnificencia se extendió desde el reinado de Nerón hasta el de Honorio. La Via Apia estaba cuajada con los espléndidos equipajes de los nobles que salieron al encuentro de santa Melania cuando volvió a Roma, seis años antes del sitio de los godos (Séneca, *Epist.* LXXXVII; Plin., *Hist Natur.*, XXXIII, 49; Paulin. Nolan. *apud* Baron, *Annal. Eclés.*, 397 d. C., núm. 5). Sin embargo, la pompa se reemplazó por la comodidad, y un sencillo coche moderno, que pende de muelles, es muy preferible a los carros de plata u oro de la Antigüedad, que rodaban sobre los ejes y estaban expuestos, en gran parte, a la inclemencia del tiempo. <<

[1268] En una homilía de Asterio, obispo de Amasia, M. de Valois ha descubierto (*ad Ammian*., XIV, 6) que era una moda nueva que se bordaran osos, lobos, leones y tigres, bosques, cacerías, etcétera, representados en bordado; y que los piadosos petimetres sustituyeran la figura o leyenda de un santo predilecto. <<

[1269] Véanse las epístolas de Plinio, I, 6. Tres grandes jabalíes fueron atraídos y atrapados en las redes sin interrumpir los estudios del cazador filósofo. <<

[1270] El cambio de la poco propicia voz *Avernus*, que está en el texto, es inmaterial. Los dos lagos, Averno y Lucrino, se comunicaban entre sí y estaban formados por los estupendos muelles de Agripa en el puerto Juliano, que se abría por una entrada estrecha en el golfo de Puteoli. Virgilio, que residía allí, ha descrito (*Geórgica*, II, 161) esta obra en el momento de practicarse; y sus comentadores, especialmente Catrou, han sacado mucha luz de Estrabón, Suetonio y Dion. Los terremotos y volcanes han cambiado la faz del país y han convertido el lago Lucrino, desde el año 1539, en el monte Nuovo. Véase Camilo Pelegrino, *Discorsi della Campania Felice*, pp. 239, 244, etcétera, *Antonii Satifelicii Campania*, pp. 13, 88. <<

[1271] «Los regna Cumana et Puteolana; loca cæteroqui valde expetenda, interpellantium autem multitudine pæne fugienda.» Cicerón, *ad Attic*., XVI, 17. <<

[1272] La expresión proverbial de la *oscuridad cimeriana* fue sacada originalmente de la descripción de Homero (en el libro undécimo de la *Odisea*), que se aplica a un país remoto y fabuloso a las orillas del océano. Véase Erasmi Adagia, en sus obras, t. II, p. 593, edición de Leida. <<

[1273] Podemos sacar de Séneca, *Epist.* CXXIII, tres circunstancias curiosas relativas a los viajes de los romanos. l) Iban precedidos

por una tropa de caballería ligera de Numidia, que anunciaba, con una nube de polvo, la proximidad de un gran personaje. 2) Las caballerías de equipaje trasportaban no sólo los vasos preciosos, sino también las frágiles vasijas de cristal y *murra*, que casi ha probado el instruido traductor francés de Séneca (t. III, pp. 402-422) que se trataba de la porcelana de China y Japón. 3) Los hermosos rostros de los jóvenes esclavos estaban cubiertos de una capa o untura de yerbas medicinales que los preservaba de los efectos del sol y de la helada. <<

[1274] *Distribusio solemnium sportularum.* Las *sportuloe* o *sportelloe* eran cestas pequeñas, que, se supone, contenían una cantidad de provisiones calientes, del valor de cien cuadrantes o doce peniques y medio, que estaban ordenadas en el salón y se le distribuían con ostentación a la multitud hambrienta o servil que aguardaba en la puerta. Esta costumbre grosera se menciona con mucha frecuencia en los epigramas de Marcial y en las sátiras de Juvenal. Véase también Suetonio, en *Claud.*, c. 21; en *Nerón*, c. 16; en *Domiciano*, cc. 4, 7. Estas cestas de provisiones se convirtieron después en grandes piezas monedas de oro y de plata, o placas, que daban y recibían gustosas, incluso, las personas de más alta jerarquía (véase Símaco., *Epíst.* IV, 35; IX, 124, y *Miscel.*, p. 256), en ocasiones solemnes de consulados, casamientos, etcétera. <<

[1275] La falta de nombre inglés me obliga a referirme al común género de las ardillas, en latín *glis,* en francés *loir;* animal pequeño que habita en los bosques y pasa el invierno durmiendo (véase Plin., *Hist. Natur.*, VII, 82; Buffon, *Hist. Naturelle*, t. VIII, p. 158; Pennant, *Synopsis of Quadrupeds*, p. 289). En las quintas de Roma, se practicaba el arte de criar y alimentar gran número de *glises* [lirones], como un recurso provechoso de economía rural (Varrón, de *Re Rustica*, III, 15).

El excesivo pedido de dichos animales para las mesas de lujo se aumentó con las necias prohibiciones de los censores, y se cuenta que son todavía bastante estimados en la moderna Roma, y enviados frecuentemente como regalo por los príncipes de Colona (véase Brotier, último editor de Plinio, t. II, p. 458, *apud* Barbou, 1779). <<

[1276] Este juego, que podía traducirse por los nombres más familiares de *backgammon*, era una diversión favorita de los romanos más serios; y el viejo Mucio Escevola, el abogado, tenía fama de jugador muy diestro. Se llamaba *ludus duodecim scriptorum*, de las doce *scripta* o líneas, que dividían igualmente el *alveolus* o mesa. En éstas, los dos ejércitos, el blanco y el negro, que consistían en quince hombres o *calculi* cada uno, se colocaban regularmente y se movían en forma alternativa, según las leyes del juego y las suertes de los *tesseræ* o dados. Dr. Hyde que traza la historia y las variedades del *nerdiludium* (nombre de etimología persa) desde Irlanda hasta Japón, emite sobre este frívolo asunto un copioso torrente de erudición clásica y oriental. Véase *Sintagma dissertat.*, t. II, pp. 217-405. <<

[1277] «Marius Maximus, homo omnium verbosissimus, qui, et mythistoricis se voluminibus implicavit». Vopisco, en *Hist. August.*, p. 252. Escribió las vidas de los emperadores, desde Trajano hasta Alejandro Severo. Véase Gerardo Vosio, de *Historicis Latin*, l. II, c. 3, en sus obras, vol. IV, p. 37. <<

[1278] Esta sátira es probablemente exagerada. Las saturnales de Macrobio y las epístolas de Jéronimo dan pruebas satisfactorias de que la teología cristiana y la literatura clásica eran cultivadas estudiosamente por muchos romanos de ambos sexos y de la condición más elevada. <<

[1279] Macrobio, amigo de estos nobles romanos, consideraba las estrellas como la causa o, por lo menos, como las señales de los

acontecimientos futuros (de *Somn. Scipion*, l. I, c. 19, p. 68). <<

[1280] Las historias de Livio (véase particularmente VI, 36) están atestadas de las extorsiones de los ricos y de los padecimientos de los pobres deudores. La triste historia de un valiente soldado veterano (Dionisio Hal., l. V, c. 29, p. 347, edic. Hudson, y Livio, II, 23) debe de haberse repetido con frecuencia en aquellos tiempos primitivos, que han sido tan desmerecidamente ensalzados. <<

[1281] «Non esse civitate duo millia hominum qui rem haberent». Cicerón, *Offic.* II, 21, y *Comment. Paul. Manut.* en *edit. Græv.* Esta vaga computación se hizo en A. U. C. 649, en un discurso del tribuno Filipo, y su objeto era, como también el de los Gracos (véase Plutarco), deplorar y, quizá, exagerar la miseria de la plebe. <<

[1282] Véase la tercera sátira 60-125 de Juvenal., que se queja indignadamente:

Quamvis quota portio fæcis Achæi!

Jampridem Syrus in Tiberim defluxit Orontes;

Et linquam et mores.

Séneca, cuando trata de consolar a su madre (*Consolat. ad Heiv.*, c. 6) con la reflexión de que una gran parte del género humano se hallaba en el estado de destierro, recuerda cuán pocos habitantes de Roma nacieron en la ciudad. <<

[1283] Casi todo lo que se ha dicho del pan, el tocino, el aceite, el vino, etcétera, puede encontrarse en el libro décimocuarto del Código Teodosiano, que trata expresamente de la policía de las ciudades grandes. Véanse en especial los títulos III, IV, XV-XVII, XXIV. Los testimonios circunstanciales están producidos en el *Comentario* de Gofredo y no es necesario trascribirlos. Según una ley de Teodosio, que fija en dinero la ración militar, una

pieza de oro (11 chelines) equivalía a ochenta libras (36,8 kg) de tocino, o a ochenta libras de aceite o a doce modios (tres celemines de España) de sal (*Cod. Teod.*, l. VIII, tít. IV, ley 17). <<

[1284] El anónimo de la «Descripción del Mundo» (*Geograph. Minor*, p. 44, t. III, Hudson) dice de Lucania, en su latín bárbaro: «Regio, optima, et ipsa omnibus habundans, et lardum multum foras emittit. Propter quod est in montibus, cujus æseam animalium variam». <<

[1285] Véase Novell, *ad calcem Cod. Theod. D. Valent.*, l. I, tít. XV. Esta ley fue publicada en Roma, el 29 de junio de 452. <<

[1286] Suetonio, *August.*, c. 43. El mayor exceso del emperador con su vino favorito de Recia nunca pasó de un *sextarius* (una botella) Ibíd., 77; Torrencio ad loc. y tablas de Arbuthnot, p. 86. <<

[1287] Su designio fue plantar viñas a lo largo de la costa marítima de Etruria (Vopisco, *Hist. August.*, p. 225); las tristes, desagradables marismas sin cultivar de la Toscana moderna. <<

[1288] Olmipiodoro, *apud Phot.*, p. 197. <<

[1289] Séneca (*Epístol.* LXXXVI) compara los baños de Escipión Africano, de su quinta de Literno, con la magnificencia (que continuamente iba en aumento) de los baños públicos de Roma, mucho tiempo antes de que se erigiesen las magníficas termas de Antonino y Diocleciano. El *quadrans* que se pagaba para la admisión era el cuarto del *as*, cerca de un octavo de penique inglés. <<

[1290] Amiano (l. XIV, c. 6, y l. XXVIII, c. 4), después de describir el lujo y orgullo de los nobles de Roma, expone con igual indignación los vicios y locura de la plebe. <<

[1291] Juvenal, *Satir.* XI, 191, etcétera. Las expresiones del

historiador Amiano no son menos fuertes y animadas que las del satírico; y unas y otras se han sacado de la vida: la cantidad de gente que cabía en el gran circo se ha sacado del original *Notitioe* de la ciudad. Las diferencias prueban que el uno no lo copió del otro, pero la suma puede parecer increíble, aunque en tales ocasiones el país se congregaba en la ciudad. <<

[1292] A veces compusieron piezas originales.

—*Vestigia Græca*

Ausi deserere et celebrare domestica facta.

Horacio, *Epist. ad Pisones*, 285, y la erudita, aunque perpleja, nota de Dacier, que podía haber dado el nombre de tragedias al *Bruto* y al *Decio* de Pacunio, o al *Caton* de Materno. La *Octavia,* atribuida a uno de los Sénecas queda como una muestra nada favorable de la tragedia romana. <<

[1293] En tiempo de Quintiliano y Plinio, un poeta trágico se vio reducido al método imperfecto de alquilar un cuarto espacioso y leer su composición a la compañía, a la que invitaba a este efecto (véase *Dialog. de Oratoribus*, c. 9, 11; y Plinio, *Epístol*. VII, 17). <<

[1294] Véase el diálogo de Luciano, titulado de *Saltatione*, t. II, p. 265-317, ed. Reitz. Los pantomímicos obtuvieron el honroso nombre de χειροσόφοι y se requería que estuviesen versados en casi todas las artes y ciencias. Burette (*Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, t. I, p. 197, etc.) ha dado una breve historia del arte de las pantomimas. <<

[1295] Amiano, l. XIV, c. 6. Se queja con aceptable indignación de que las calles de Roma estuviesen llenas de tropeles de mujeres que podrían haber dado hijos al Estado, pero cuya ocupación exclusiva era rizarse y componerse el pelo, y *jactari volubilibus gyris, dum exprimunt innumera simulacra, quæ fluxere fabulæ*

theatrales. <<

[1296] Lipsio (t. III, p. 423, de *Magnitud. Romana*, l. III, c. 3), e Isaac Vosio (*Observat. Var*., 26-34), han estimado cuatro, ocho o catorce millones en Roma. Hume (*Essays*, v. I, p. 450-457) con admirable criterio y excepticismo revela alguna propensión secreta a disminuir la cantidad de población de los tiempos antiguos. <<

[1297] Olimpiodoro, *ap. Phot*., p. 197. Véase Fabricio, *Bibl. Græc*., t. IX, p. 400. <<

[1298] «In ea autem majestate urbis, et civium infinita frequentia innumerabiles habitationes opus fuit explicare. Ergo cum recipere non posset arca plana tantam multitudinem in urbe, ad auxilium altitudinis ædificiorum res ipsa coëgit devenire». Vitruvio. II, 8. Este pasaje, que debo a Vosion es claro, fuerte y completo. <<

[1299] Los testimonios sucesivos de Plinio, Arístides, Claudiano, Rutilio, etcétera, prueban la insuficiencia de estos edictos restrictivos. Véase Lipsio, de *Magnitud. Romana*, l. III, c. 4.

Tabulata tibi jam tertia fumant;

Tu nescis; nam si gradibus trepidatur ab imis

Ultimus ardebit, quem tegula sola tuetur

A pluvia.

Juvenal, *Satir*. III, 199. <<

[1300] Véase toda la sátira tercera, pero particularmente 166, 223, etcétera. La descripción de una *ínsula* apiñada o vivienda de altos en Petronio (c. 95, 97) cuadra perfectamente con la queja de Juvenal, y sacamos de una autoridad legal que, en tiempo de Augusto (Heinecio, *Hist. Juris. Roman*., c. IV, p. 181), la renta ordinaria de los varios *cænacula* o aposentos de una *ínsula,* producía anualmente cuarenta mil sestercios, de trescientas a

cuatrocientas libras esterlinas (*Pandect*., I, XIX, tít. II, núm. 30), cuya suma prueba, a la vez, el gran tamaño y el alto precio de aquellas habitaciones comunes. <<

[1301] Esta suma total se compone de mil setecientos ochenta domus o casas grandes, cuarenta y seis mil seiscientas dos ínsulas o habitaciones plebeyas (véase Nardini, *Roma Antica*, l. III, p. 88); y estas cifras se confirman en los textos de las diferentes *Notitiæ*. Nardini, l. VIII, p. 498-500. <<

[1302] Véase aquel exacto escritor, De Messame, *Recherches sur la Population*, p. 175-187. Con fundamentos probables o ciertos, calcula veintitrés mil quinientas sesenta y cinco casas, setenta y un mil ciento catorce familias y quinientos setenta y seis mil seiscientos treinta habitantes en París. <<

[1303] Este cómputo no es muy diferente del que M. Brotier, último editor de Tácito (t. II, p. 380), ha deducido de principios semejantes, aunque parece aspirar a un grado de precisión que no es posible ni importante obtener. <<

[1304] Para los sucesos del primer sitio de Roma, que a menudo se confunden con los del segundo y los del tercero, véase Zósimo, l. V, p. 350-354; Sozomen, l. IX, c. 6, Olimpiodoro, *ap. Phot*., p. 180; Filostorgio, l. XII, c. 3, y Gofredo, *Dissertat*., pp. 467-475. <<

[1305] La madre de Leta se llamaba Pisumena. Su padre, familia y país son desconocidos. <<

[1306] «Ad nefandos cibus erupit esurientium rabies, et sua invicem membra laniarunt, dum mater non parcit lactenti infantiæ; et recipit utero, quem paulo ante effuderat». Jerónimo, *ad Principiam*, t. I, p. 121. La misma circunstancia horrible se refiere de los sitios de Jerusalén y París. Para éste, compárense el libro décimo de la *Henriada* y el *Journal de Henri IV*, t. I, pp.

47-83; y obsérvese que una sencilla relación de hechos es mucho más patética que la más trabajosa descripción de la poesía épica. <<

[1307] Zósimo (l. V, pp. 355, 356) habla de estas ceremonias como un griego que ignora la superstición nacional de Roma y Toscana. Sospecho que consistían en dos partes, las secretas y las públicas; las primeras eran probablemente una imitación de las artes y encantos por cuyo medio Numa había derribado a Júpiter y su rayo en el monte Aventino.

Quid agant laqueis, quæ carmina dicant,

Quâque trahant superis sedibus arte Jovem,

Scire nefas homini.

Los ancilia o escudos de Marte, los *pignora Imperii,* que se llevaban en una procesión solemne en las calendas de marzo, tienen origen en este misterioso suceso (Ovidio, *Fast.*, III, 259-398). Probablemente tenía por objeto renovar esta antigua fiesta que Teodosio había suprimido. En tal caso, conseguimos una fecha cronológica (1 de marzo de 409) que no se ha observado hasta entonces. <<

[1308] Sozomen (l. IX, c. 6) insinúa que, en efecto, el experimento se llevó a cabo, aunque sin éxito, pero no menciona el nombre de Inocencio; y Tillemont *(Mém. Ecclés.*, t. X, p. 645) no puede creer que un papa fuera culpable de tan impía condescendencia. <<

[1309] La pimienta era un ingrediente favorito de la cocina romana más costosa, y la de mejor calidad se vendía a quince denarios o diez chelines la libra (460 g). Véase Plinio, *Hist. Natur.*, XII, 14. Se traía de la India; y en el mismo país, en la costa de Malabar, aún abunda, pero los progresos del comercio y de la navegación han multiplicado la cantidad y reducido el

precio. Véase *Histoire Politique et Philosophique*, etcétera, t. I, p. 457. <<

[1310] Este jefe godo es llamado por Jornandes e Isidoro *Athaulphus;* por Zósimo y Orosio, *Ataulpus;* y por Olimpiodoro, *Adaoulphus.* He usado del célebre nombre de *Adolphus,* que parece autorizado por la práctica de los suecos, hijos o hermanos de los antiguos godos. <<

[1311] El tratado entre Alarico y los romanos, etcétera, se ha sacado de Zósimo, l. V, pp. 354-355, 358-359, 362-363. Las circunstancias adicionales son muy pocas y muy frívolas para exigir otra cita. <<

[1312] Zósimo, l. V, pp. 367-369. <<

[1313] Zósimo, l. V, 360-362. El obispo, quedándose en Ravena, se escapó de las calamidades inminentes de la ciudad. Orosio, l. VII, c. 39, p. 573. <<

[1314] Para las aventuras de Olimpio y de sus sucesores en el ministerio, véase Zósimo, l. V, p. 363, 365-366; y Olimpiodoro, *ap. Phot.*, pp. 180, 181. <<

[1315] Zósimo (l. V, p. 364) refiere esta circunstancia con visible complacencia y celebra el carácter de Jenerid como la última gloria del paganismo moribundo. Muy diferentes eran los sentimientos del consejo de Cartago, que envió cuatro obispos a la corte de Ravena, a quejarse de la ley que se acababa de decretar, que fijaba que todas las conversiones al cristianismo debían ser libres y espontáneas. Véase Baronio, *Annal. Ecclés.*, 409 d. C., núm. 12; 410 d. C., núm. 47-48. <<

[1316] Zósimo, l. V, pp. 367-369. Esta costumbre de jurar por la cabeza, la vida, la seguridad o el genio del soberano era de la más remota antigüedad, tanto en Egipto (*Génesis*, XLII, 15) como en Escitia. Pronto pasó, por adulación, a los Césares; y

Tertuliano se queja de que fuese el único juramento que los romanos de su tiempo reverenciaban. Véase una elegante disertación del abate Massien sobre los *Juramentos de los Antiguos*, en las *Mém. de l'Académie des Inscriptions* t. I, pp. 208-209. <<

[1317] Zósimo, l. V, p. 368, 369. He suavizado las expresiones de Alarico, que se explaya, de un modo demasiado florido, sobre la historia de Roma. <<

[1318] Véanse Suetonio, *Claud.*, c. 20; Dion Casio, l. LX, p. 949, ed. Reimar; la animada descripción de Juvenal, *Satir.*, XII, 75, etcétera. En el siglo XVI, cuando los restos de este puerto de Augusto eran todavía visibles, los anticuarios trazaron el plan (véase D' Anville, *Mém. de l'Académie des Inscriptions*, t. XXX, p, 198) y declararon con entusiasmo que todos los monarcas de Europa serían incapaces de hacer tan grandiosa obra (Bergier, *Hist. des grands Chemins des Romains*, t. II, p. 356). <<

[1319] Las *Ostia Tyberina* (véase Cluver., *Italia Antiq.*, l. III, pp. 870-879), en plural, las dos bocas del Tíber, fueron separadas por la isla Santa, un triángulo equilátero cuyos lados se calculaban en cerca de dos millas [3,22 km] cada uno. La colonia de Ostia fue fundada inmediatamente más allá del brazo izquierdo o meridional, y el puerto inmediatamente más allá del brazo derecho o septentrional; y la distancia entre ambos mide algo más de dos millas (3,22 km) en el mapa de Cingolani. En tiempo de Estrabón, la arena y el lodo que depositaba el Tíber habían obstruido el puerto de Ostia, habían aumentado mucho la extensión de la isla Santa y habían dejado a Ostia y al puerto a una distancia considerable de la playa. Los canales secos *(fiumi morti)* y los grandes estuarios (del Oeste y del Este) señalan los cambios del río y los esfuerzos del mar. Consúltese, para el estado presente de este trecho sombrío y desolado, el excelente

mapa del Vaticano de los matemáticos de Benedictino XIV; descripción actual del *Agro Romano*, en seis hojas, por Cingolani, que contiene 113. 819 *rubbia* (alrededor de 2300 km), y el gran mapa topográfico de Ameti en ocho hojas. <<

[1320] Ya en el siglo III (Lardner, *Credibility of the Gospel*, part. II, vol. III, pp. 89-92) o, por lo menos, en el VI (Carol. a Sancta Paulo, *Notit. Acclés.*, p. 47), el puerto de Roma era una iglesia episcopal, que en el siglo IX, al parecer, fue demolida por el papa Gregorio VI, durante las incursiones de los árabes. Ahora está reducida a una posada, una iglesia y la casa o palacio del obispo, uno de los seis obispos cardenales de la iglesia romana. Véase Escrinard, *Descrizione di Roma e dell'Agro Romano,* p. 328. <<

[1321] Para la elevación de Atalo, consúltese Zósimo, l. VI, pp. 377-380; Sozomen, l. IX, c. 8, 9; Olimpiodoro, *ap. Phot.*, pp. 180, 181; Filostorgio, l. XII, c. 3; y Gofredo, *Dissertat.*, p. 470. <<

[1322] Podemos admitir el testimonio de Sozomen para el bautismo arriano, y el de Filostorgio para la educación pagana de Atalo. La alegría visible de Zósimo y el descontento que achaca a la familia Anicia son muy contrarios al cristianismo del nuevo emperador. <<

[1323] Extremó tanto su insolencia, que declaró que mutilaría a Honorio antes de enviarlo a destierro. Pero esta aserción de Zósimo queda destruida por el testimonio más imparcial de Olimpiodoro, quien atribuye la vil proposición (que fue absolutamente desechada por Atalo) a la bajeza y, quizá, a la traición de Jovio. <<

[1324] Procopio, de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 2. <<

[1325] Véase la causa y circunstancias de la caída de Atalo en Zósimo, l. VI, pp. 380-393; Sozomen, l. IX, c. 8; Filostorgio, l.

XXII, c. 3. Los dos actos de indemnización en el Código Teodosiano, l. IX, tít. XXXVIII, leg. 11, 12, que fueron publicados el 12 de febrero y el 8 de agosto de 410, se refieren evidentemente a este usurpador. <<

[1326] «In hoc, Alaricus imperatore, facto, infecto, refecto, ac defecto Mimun risit, et ludum spectavit imperii». Orosio, l. VII, c. 42, p. 582. <<

[1327] Zósimo, l. VI, p. 384; Sozomen, l. IX, c. 9; Filostorgio, l. XII, c. 3. En este punto, el texto de Zósimo está mutilado y hemos perdido el resto de su libro sexto y último, que terminó con el saqueo de Roma. A pesar de ser crédulo y parcial, debemos separarnos de aquel historiador con cierto pesar. <<

[1328] «Adest Alaricus, trepidam Romam obsidet, turbat, irrumpit». Orosio, l. VII, c. 39, p. 573. Describe este gran suceso en siete palabras; pero emplea páginas enteras en celebrar la devoción de los godos. He extractado, de una improbable historia de Procopio, las circunstancias que tienen visos de probabilidad. Procopio, de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 2. Supone que la ciudad fue sorprendida mientras los senadores dormían la siesta; pero Jerónimo, con más autoridad y con mayor razón, afirma que fue de noche: «Nocte Moab capta est; nocte cecidit murus ejus», t. I, p. 121, *ad Principiam.* <<

[1329] Orosio (l. VII, c. 39, pp. 573-576) aplaude la piedad de los godos cristianos, sin percibir que la mayor parte de ellos eran herejes arrianos. Jornandes (c. 30, p. 653) e Isidoro de Sevilla (*Chron.*, p. 714, ed. Grot), ambos partidarios de la causa de los godos, han repetido y hermoseado estos cuentos edificantes. Según Isidoro, al mismo Alarico se le oyó decir que les hacía guerra a los romanos y no a los apóstoles. Tal era el estilo del siglo VII; doscientos años antes, la fama y el mérito se habían

atribuido no a los apóstoles, sino a Cristo. <<

[1330] Véase Agustín, de *Civitat. Dei*, l. I, c. 1-6. Apela en particular a los ejemplos de Troya, Siracusa y Tarento. <<

[1331] Jerónimo (t. I, p. 121, *ad Principiam*) ha aplicado al saqueo de Roma todas las expresiones fuertes de Virgilo:

Quis cladem illius noctis, quis funera fando

Explicet.

Procopio (l. I, c. 2) afirma con seguridad que una gran multitud fue asesinada por los godos. Agustín (de *Civ. Dei*, l. I, c. 12, 13) ofrece consuelo cristiano por la muerte de aquellos cuyos cuerpos habían quedado insepultos. Baronio, de los diferentes escritos de los padres, ha sacado alguna luz sobre el saqueo de Roma. *Annal. Keclés.*, 410 d. C., núm. 16-44. <<

[1332] Sozomen, l. IX, c. 10; Agustín (de *Civitat. Dei*, l. I, c. 17) insinúa que algunas doncellas o matronas se suicidaron para que no las violaran. Aunque admira su valor, por su teología, tiene que condenar su atrevimiento impulsivo. Quizá, el buen obispo de Hipona fue demasiado indulgente en su fe, así como muy rígido en la censura, de este rasgo de heroicidad femenina. Las veinte doncellas (en caso de que existiesen) que se arrojaron al Elba cuando a Magdeburgo lo alcanzó la tormenta, se han hecho ascender al número de mil doscientas. Véase Harte, *Historia de Gustavo Adolfo*, v. I, p. 308. <<

[1333] Véase Agustín, de *Civitat. Dei*, l. I, c. 16, 18. Trata el asunto con notable esmero y, después de admitir que no puede haber delito donde no hay consentimiento, añade: «Sed quia non solum quod ad dolorem, verum etiam quod ad libidinem, pertinet, in corpore alieno perpetrari potest; quidquid tale factum fuerit, etsi retentam constantissimo animo pudicitiam non excutit, pudorem tamen incutit, ne credatur factum cum

mentis etiam voluntate, quod fieri fortasse sine carnis aliqua voluptate non potuit». En el c. 18, hace algunas distinciones curiosas entre la virginidad moral y la física. <<

[1334] Marcela, dama romana, tan respetable por su jerarquía como por su edad y piedad, fue tirada por tierra y cruelmente apaleada y azotada, *cæsam fustibus flagellisque*, etcétera. Jerónimo, t. I, p. 121, *ad Principiam*. Véase Agustín, de *Civitat. Dei*, l. I, c. 10. El moderno *Sacco di Roma*, p. 208, da una idea de los varios métodos de atormentar a los prisioneros para arrancarles el oro. <<

[1335] El historiador Salustio, que practicó con utilidad los vicios que había censurado con tanta elocuencia, empleó el botín de Numidia en adornar su palacio y sus jardines sobre la colina Quirinal. El solar donde estuvo la casa ahora está ocupado por la iglesia de Santa Susana, separada sólo por una calle de los baños de Diocleciano, y no muy distante de la puerta Salaria. Véanse Nardini, *Roma Antica*, pp. 192, 193, y el gran plano de la moderna Roma, de Nolli. <<

[1336] Las expresiones de Procopio son distintas y moderadas (de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 2). La *Crónica* de Marcelino habla demasiado enérgicamente, *partemur bis Romæ cremavit*, y las palabras de Filostorgio (ἐν ἐρειπίοις δέ τῆς πόλεως κειμὲνης, l. XII, c. 3) encierran una idea falsa y exagerada. Bargeo ha compuesto una disertación particular (véase *Antiquit. Rom. Græv*, t. IV), para probar que los edificios de Roma no fueron demolidos por los godos y vándalos. <<

[1337] Orosio, l. II, c. 49, p. 143. Habla como si desaprobase *todas* las estatuas, *vel Deum vel hominummentiuntur.* Consistían en los reyes de Alba y Roma desde Eneas, en los romanos ilustres por las armas o las artes, y en los Césares deificados. La expresión que usa de *Forum* es algo ambigua, pues existieron cinco foros

principales; pero como todos eran contiguos o adyacentes a la llanura que está rodeada de las colinas Capitolina, Quirinal, Esquilina y Palatina, podían muy bien considerarse como uno. Véase *Roma Antigua* de Donato, pp. 162-201, y *Roma Antica* de Nardini, pp. 212-273. La primera es más útil por lo concerniente a las descripciones antiguas; la segunda, por lo tocante a la topografía actual. <<

[1338] Orosio (l. II, c. 19, p. 142) compara la crueldad de los galos con la clemencia de los godos. «Ibi in quemquam inventum senatorem, qui vel absens evaserit; hic vix quemquam requiri, qui forte ut latens perierit». Pero hay un viso de retórica y, quizá, de falsedad, en esta antítesis; y Sócrates (l. VII, c. 10) afirma, tal vez por una exageración opuesta, que a muchos senadores les quitó la vida con tormentos diferentes y atroces. <<

[1339] «Multi […] Christiani in captivitatem ducti sunt». Agustín, de *Civ. Dei*, l. I, c. 14; y los cristianos no sufrieron ninguna penalidad peculiar. <<

[1340] Véase Heinecio, *Antiquitat. Juris Roman.*, t. I, p. 96. <<

[1341] *Appendix Cod. Theodos.*, XVI, en Sirmont, *Opera*, t. I, p. 735. Este edicto fue publicado el 11 de diciembre de 408 y es más razonable de lo que propiamente podía esperarse de los ministros de Honorio. <<

[1342]

Eminus Igilii sylvosa cacumina miror;

Quem fraudare nefas laudis honore suæ.

Hæc pro proprios nuper tutata est insula saltus;

Sive loci ingenio, seu Domini genio.

Gurgite cum modico victricibus obstitit armis,

Tanquam longinquo dissociata mari.

Hæc multos lacera suscepit ab urbe fugatos,

Hic fesis posito certa timore salus.

Plurima terreno populaoerat æquora belle,

Contra naturam clase timendus eques:

Unum, mida fides, vario discrimine portum!

Tam prope Romanis, tam procul esse Getis.

Butilio, en *Itinerar*., l. I, 325. La isla se llama ahora Giglio; Véase Cluver., *Ital. Antiq*., l. II, p. 502. <<

[1343] Como las aventuras de Proba y su familia están enlazadas con la vida de san Agustín, son diligentemente ilustradas por Tillemont, *Mém. Ecclés*., t. XIII, pp. 620-635. Algún tiempo después de su llegada a África, Demetria tomó el velo e hizo votos de virginidad, suceso que fue considerado importantísimo para Roma y el mundo. Los santos le escribieron cartas de congratulaciones; aún existe la de Jerónimo (t. I, pp. 62-73, *ad Demetriad. de servanda Virginitat.*) y contiene una mezcla de raciocinio absurdo, declamación fogosa y hechos curiosos, algunos de los cuales se refieren al sitio y saqueo de Roma. <<

[1344] Véase la queja patética de Jerónimo (t. V, p. 400) en su prefacio al libro segundo de sus comentarios sobre el profeta Ezequiel. <<

[1345] Orosio, aunque con alguna parcialidad teologal, sienta esta comparación, l. II, c. 19, p. 142, l. VII, c. 39, p. 575. Pero en la historia de la toma de Roma por los galos, todo es incierto y acaso fabuloso. Véase Beaufort, *Sur l'Incertitude*, etc., de *l'Histoire Romaine*, p. 356; y Melot, en las *Mém. de l'Académie des Inscript*., t. XV, pp. 1 -21. <<

[1346] El lector que desee informarse de los pormenores de este famoso acontecimiento puede leer una admirable relación en la *Historia de Carlos V*, por Robertson, v. II, p. 283, o consultar los

Annali d'Italia del docto Muratori, t. XIV, pp. 230-244, octava edición. Si deseara examinar los originales, recurra al libro décimo octavo de la grande, aunque no acabada, historia de Guicciardini. Pero el relato más merecedor de la calificación de auténtico y original es un pequeño libro titulado *Il sacco di Roma,* compuesto, menos de un mes después del asalto de la ciudad, por el hermano del historiador Guicciardini, que parece haber sido magistrado hábil y escritor desapasionado. <<

[1347] El furioso brío de Lutero, efecto del temperamento y del entusiasmo, ha sido vigorosamente atacado (Bossuet, *Hist. des Variations des Églises Protestantes*, libro I, pp. 20 y 36) y débilmente defendido (Sekendorf, *Coment. del Luteranismo*, especialmente l. I, núm. 78, p. 125, y l. III, núm. 122, p. 556). <<

[1348] Marcelino, en *Chron*. Orosio (l. VII, c. 39, p. 575) asegura que salió de Roma el tercer día; pero esta diferencia se concilia fácilmente por los movimientos sucesivos de grandes cuerpos de tropas. <<

[1349] Sócrates (l. VII, c. 40) pretende, sin ninguna apariencia de verdad o razón, que Alarico huyó al saber que los ejércitos del Imperio del Oriente estaban en marcha para atacarlo. <<

[1350] Ausonio, de *Claris Urbibus*, p. 233, ed. Toll. El lujo de Capua había eclipsado el de Síbaris. Véase *Athenæus Deipnosophis*., l. XII, p. 528, ed. Casaubon. <<

[1351] Ochenta y ocho años antes de la fundación de Roma (unos 800 antes de la era cristiana), los toscanos edificaron Capua y Nola a distancia de siete leguas [15,55 km] una de otra; pero la última ciudad nunca salió de un estado de mediocridad. <<

[1352] Tillemont (*Mém. Ecclés*., t. XIV, pp. 1-146) ha compilado, con su diligencia acostumbrada, todo lo concerniente a la vida y

escritos de Paulino, cuyo retiro es celebrado por su propia pluma y por las alabanzas de san Ambrosio, san Jerónimo, san Agustín, Sulpicio Severo, etcétera, sus amigos y contemporáneos cristianos. <<

[1353] Véanse las afectuosas cartas de Ausonio (*Epíst.* XIX-XXV, pp. 650-698, ed. Toll.) a su colega, amigo y discípulo Paulino. La religión de Ausonio es todavía un problema (véase *Mém. de l'Académie des Inscriptions*, t. XV, pp. 123-138). Creo que lo fue en su tiempo y, por consiguiente, que íntimamente era pagano. <<

[1354] El humilde Paulino una vez se atrevió a decir que creía que san Félix lo quería, por lo menos, del modo que un amo quiere a su perrito. <<

[1355] Véase Jornandes, de *Reb. Get.*, c. 30, p. 653; Filostorgio, l. XII, c. 3; Agustín, de *Civ. Dei*, l. I, c. 10; Baronio, *Annal. Ecclés.*, 410 d. C., núms. 45, 46. <<

[1356] El *platanus* o plátano era muy estimado por los antiguos, quienes lo propagaron, por los beneficios de su sombra, desde Oriente hasta Galia. Plinio, *Hist. Natur.*, XII, 3-5, menciona varios de un tamaño enorme; uno en la quinta imperial, en Velitra, que Calígula llamó su nido, ya que las ramas podían cobijar una mesa grande, los propios comensales y al mismo emperador, a quien Plinio llama curiosamente *pars umbræ*; expresión que podría aplicarse también a Alarico. <<

[1357]

The prostrate South to the destroyer yields

Her boasted titles, and her golden fields;

With grim delight the brood of winter view

A brightes day, hay, aud skies of azure bue;

Scent the new fragrance of the opening rose,

And quaff the pendant vintage as it grows.

Véanse los *Poemas* de Gray, publicados por Mason, p. 197. En vez de compilar tablas de cronología e historia natural, ¿por qué no aplicó Gray las facultades de su ingenio a concluir el poema filosófico del cual ha dejado tan exquisita muestra? <<

[1358] Para la perfecta descripción de los estrechos de Mesina, Escila y Caribdis, etcétera, véase Cluverio (*Ital. Antiq*., l. IV, p. 1283, y *Sicilia Antiq*., l. I, pp. 60-76), que había estudiado diligentemente a los antiguos y observado con atención la faz actual del país. <<

[1359] Jornandes, de *Reb. Get*., c. 30, p. 654. <<

[1360] Orosio, l. VII, c. 43, pp. 584, 585. En el año 415 fue enviado por san Agustín de África a Palestina, para visitar a san Jerónimo y consultarlo acerca de la controversia pelagiana. <<

[1361] Jornandes supone, sin mucha probabilidad, que Ataúlfo visitó y saqueó Roma por segunda vez *(more locustarum erasit)*. Sin embargo, concuerda con Orosio en suponer que se firmó un tratado de paz entre el príncipe godo y Honorio. Véase Orosio, l. VII, c. 43, pp. 584, 585; Jornandes, de *Reb. Geticis*, c. 31, pp. 654, 655. <<

[1362] La retirada de los godos de Italia y sus primeras gestiones en la Galia son oscuras y dudosas. He sacado muchos datos de Mascou (*Hist. de los antiguos Jermanos*, l. VII, c. 29, 35-37), que ha ilustrado y enlazado las crónicas truncadas y los fragmentos de los tiempos. <<

[1363] Véase una relación de Placidia en Ducange, *Fam. Byzant*., p. 72; y Tillemont, *Hist. des Emp*., t. V, pp. 260, 386, etcétera, t. VI, p. 240. <<

[1364] Zósimo, l. V, p. 350. <<

[1365] Zósimo, l. VI, p. 383; Orosio, l. VII, c. 40, p. 576, y las

crónicas de Marcelino e Idacio suponen que los godos no se llevaron a Placidia hasta después del último sitio de Roma. <<

[1366] Véanse los retratos de Ataúlfo y Placidia, y la relación de su casamiento en Jornandes, de *Reb. Geticis*, c. 34, pp. 654, 655. Con respecto al lugar donde se estipularon, consumaron o celebraron las bodas, los manuscritos de Jornandes varían entre dos ciudades vecinas, Forli e Imola *(Forum Livii y Forum Cornelii)*. Es fácil reconciliar al historiador godo con Olimpiodoro (véase Mascou, l. VIII, c. 46), pero Tillemont se irrita y jura que no vale la pena reconciliar a Jornandes con ninguno de los buenos autores. <<

[1367] Los visigodos (los súbditos de Ataúlfo) restringieron con leyes posteriores la prodigalidad del amor conyugal. Era ilegal para un marido hacer algún regalo o dote en beneficio de su esposa durante el primer año de su casamiento, y su generosidad no podía, en ningún momento, exceder de la décima parte de sus propiedades. Los lombardos fueron algo más indulgentes: concedían el regalo inmediatamente después de la noche de bodas, y este famoso don, recompensa por la virginidad, podía equivaler a la cuarta parte de los bienes del marido. Algunas doncellas cautas, en verdad, fueron lo bastante astutas para estipular de antemano un presente que estaban harto seguras de no merecer. Véase Montesquieu, *Esprit des Lois*, l. XIX, c. 25; Muratori, *Delle Antichitá Italiane*, t. I, disertación XX, p. 243. <<

[1368] Debemos el curioso pormenor de esta fiesta nupcial al historiador Olimpiodoro, *ap. Photium*, pp. 185-188. <<

[1369] Véase, en la gran colección de los Historiadores de Francia, de Dom Bouquet, *Greg. Turonens.*, t. II, l. III, c. 10, p. 191; «Gesta Regum Francorum», c. 23, p. 557. El escritor anónimo, con una ignorancia digna de sus tiempos, supone que estos instrumentos del culto cristiano habían pertenecido al templo

de Salomón. Si algún sentido puede tener, se debe suponer que se encontraron en el saqueo de Roma. <<

[1370] Consúltense los siguientes testimonios originales en los Historiadores de Francia, *Fredegarii Scholastici Chron*, t. II, c. 73, p. 441; Fredegar. *Fragment.*, III, p. 463; *Gesta Regis Dagobert.*, c. 29, p. 587. El acceso de Sisenando al trono de España aconteció en 631 d. C. Las doscientas mil piezas de oro fueron destinadas por Dagoberto a la fundación de la iglesia de san Dionisio. <<

[1371] El presidente Goguet (*Origine des Lois*, etc., t. II, p. 339) considera que las estupendas piezas de esmeralda, las estatuas y columnas que la Antigüedad ha puesto en Egipto, Gades y Constantinopla, eran en realidad composiciones artificiales de vidrios colorados. La famosa fuente de Esmeralda que se enseña en Génova se produce en prueba de esta conjetura. <<

[1372] Elmacin., *Hist. Saracenica*, l. I, p. 83; Roderic. Tolet., *Hist. Arab.*, c. 9; Cardona, *Hist. de África y España con los árabes*, t. I, p. 83. Se la llamaba *mesa de Salomón*, según la costumbre de los orientales, que atribuyen a aquel príncipe toda obra antigua de ingenio o magnificencia. <<

[1373] Sus tres leyes están insertas en el Código Teodosiano, l. XI, tít. XXVIII, leg. 7; l. XIII, tít. XI, leg. 12; l. XV, tít. XIV, leg. 14. Las expresiones de la última son muy notables, pues contienen no sólo un perdón, sino también una apología. <<

[1374] Olimpiodoro, *ap. Phot.*, p. 188. Filostorgio (l. XII, c. 5) observa que cuando Honorio hizo su entrada triunfal, animó a los romanos con la mano y con la voz (χειρί καί γλώττῃ) a reedificar su ciudad; y la crónica de Próspero recomienda a Heracliano: «qui in Romanæ urbis reparationem strenuum exhibuerat ministerium». <<

[1375] La fecha del viaje de Claudio Rutilio Numaciano es algo incierta, pero Escalígero dedujo de referencias astronómicas que salió de Roma el 24 de septiembre y se embarcó en Porto el 9 de octubre de 416 d. C. Véase Tillemont., *Hist. des Empereurs*, t. V, p. 820. En este *Itinerario* poético, Rutilio (l. I, p. 115, etc.) habla de Roma con gran alegría:

Erige crinales lauros, seniumque sacrati,

Verticis in virides, Roana, recinge comas […] <<

[1376] Orosio compuso su historia en África sólo dos años después de los acontecimientos; no obstante, parece que la improbabilidad del hecho prepondera sobre su autoridad. La crónica de Marcelino da a Heracliano setecientos buques y tres mil hombres; la última cifra es, a todas luces, errónea, pero la primera me parece muy apropiada. <<

[1377] La crónica de Idacio afirma, sin la menor apariencia de verdad, que avanzó hasta Otrículo, en Umbria, donde fue derrotado en una gran batalla, con la pérdida de cincuenta mil hombres. <<

[1378] Véase *Cod. Theod.*, t. XV, tít. XIV, leg. 13. Los actos legales hechos en su nombre, incluso la manumisión de esclavos, se declararon nulos, hasta que se repitieron formalmente. <<

[1379] He descartado un relato muy necio y, probablemente, falso (Procop., de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 2.) que dice que Honorio se alarmó con la pérdida de Roma hasta que supo que no era un polluelo favorito de aquel nombre, sino sólo la capital del mundo la que se había perdido. Aún así, esta historia es un testimonio de la opinión pública. <<

[1380] El material sobre la vida de todos estos tiranos se ha sacado de seis historiadores contemporáneos, dos latinos y cuatro griegos: Orosio, l. VII, c. 42, pp. 581, 582, 583; Renato

Profuturo Frigérido, *apud Gregor. Turon.*, l. II, c. 9., en los Historiadores de Francia t. II, pp. 165, 166; Zósimo, l. VI, pp. 370, 371; Olimpiodoro, *apud Phot*, pp. 180, 181, 184, 185; Sozomen, l. IX, c. 12-15; y Filostorgio, l. XI, c. 5, 6, con la disertación de Gofredo, pp. 477, 488; además de las cuatro crónicas de Próspero Tiro, Próspero de Aquitania, Idacio y Marcelino. <<

[1381] Las alabanzas de Sozomen para este acto de desesperación parecen extrañas y escandalosas en boca de un historiador eclesiástico. Observa (p. 379) que la esposa de Geroncio era cristiana, y que su muerte fue digna de su religión y de fama inmortal. <<

[1382] Εἶδος ἄξιον τυραννίδος es la expresión de Olimpiodoro, que parece haber tomado de *Eolo,* una tragedia de Eurípides, de la cual existen aún algunos fragmentos (Eurípid. Barnes, t. II, p. 443, ver. 38). Esta alusión puede probar que los poetas trágicos antiguos todavía estaban familiarizados con los griegos del siglo V. <<

[1383] Sidonio Apolinar (l. V, *Epíst.* 9, p. 139, y *Not. Sirmond.*, p. 58.) después de estigmatizar la inconstancia de Constantino, la facilidad de Jovino y la perfidia de Geroncio, observa que todos los vicios de estos tiranos confluían en la persona de Dardano. Sin embargo, el prefecto sostuvo una imagen respetable en el mundo y, aun en la Iglesia, mantuvo una correspondencia devota con san Agustín y san Jerónimo, y este último lo alabó (t. III, p. 66.) con los epítetos de *Christianorum Nobilissime* y *Nobilium Christianissime.* <<

[1384] La expresión puede entenderse casi literalmente: Olimpiodoro dice: μόλις σάκκοις ἐζώγρησαν. Σάκκος (o σάκος), que puede significar un saco o un vestido holgado, y este método de enredar y atrapar a un enemigo, *laciniis*

contortis, era muy practicado por los hunos (Amian., XXXI 2). *Il futpris vif avec des filets* es la traducción de Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. V, p. 608. <<

[1385] Sin recurrir a los escritores más antiguos, citaré tres testimonios respetables que pertenecen a los siglos IV y VII: la *Expositio totius Mundi* (p. 16, en el tercer volumen de Hudson, *Minor Geographers*), Ausonio (de *Claris Urbibus*, p. 242, ed. Toll), e Isidoro de Sevilla (*Præfat. ad. C.ron. ap. Grotium, Hist. Goth.*, p. 707). Muchos pormenores concernientes a la fertilidad y el comercio de España pueden hallarse en Nonio, *Hispania illustrata*, y en Huet, *Hist. du Commerce des Anciens*, c. 40, pp. 228-234. <<

[1386] La fecha se fija cuidadosamente en los fastos y en la crónica de Idacio. Orosio (l. VII, c. 40, p. 578) achaca la pérdida de España a la traición de los honorianos, mientras que Sozomen (l. IX, c. 12) acusa solamente su descuido. <<

[1387] Idacio quiere aplicar las profecías de Daniel a estas calamidades nacionales y, por esto, tiene que acomodar las circunstancias del suceso a los términos de la predicción. <<

[1388] Mariana, de *Rebus Hispanicis*, l. V, c. 1, t. I, p. 148, Comit, 1733. Había leído, en Orosio (l. VII, c. 41, p. 579), que los bárbaros habían trocado sus espadas en rejas de arado, y que muchos de los provinciales habían preferido «inter Barbaros pauperem libertatem, quam inter Romanos tributariam sollicitudinem, sustinere». <<

[1389] Esta mezcla de fuerza y persuasión puede deducirse comparando a Orosio con Jornandes, el historiador romano con el godo. <<

[1390] Según el sistema de Jornandes (c. 33, p. 639), el verdadero derecho hereditario al cetro de los godos residía en los Amalos;

mas estos príncipes, que eran vasallos de los hunos, comandaron las tribus de los ostrogodos en algunas partes distantes de Germania o de Escitia. <<

[1391] El asesinato es relatado por Olimpiodoro, pero el número de los niños se ha sacado de un epitafio de dudosa autoridad. <<

[1392] La muerte de Ataúlfo fue celebrada en Constantinopla con luces y juegos en el circo (véase *Chron. Alexandrin.)*. No se puede saber si los griegos, en esta ocasión, actuaron impulsados por su odio a los bárbaros o a los latinos. <<

[1393]

Quod Tartessiacis avus hujus Vallia terris

Vandalicas turmas, et juncti Martis Alanos,

Stravit, et occiduam texere cadavera

Calpen.

Sidon. Apolinar., *Panegyr. Anthem.*, 363, p. 300, ed. Sirmond. <<

[1394] Este apoyo era muy aceptable: los godos fueron insultados por los vándalos de España con el epíteto de *Truli* porque, en su escasez extremada, habían dado una pieza de oro por una *trula* o cerca de media libra (230 gramos) de harina. Olimpiod., *apud Phot.*, p. 189. <<

[1395] Orosio inserta una copia de estas supuestas cartas. «Tu cum omnibus pacem habe, omniumque obsides accipe; nos nobis confligimus, nobis perimus, tibi vincimus; immortalis vero quæstus erit Reipublicæ tuæ, si utrique pereamus». La idea se ajusta a la realidad, pero no puedo persuadirme de que fuese expresada por los bárbaros. <<

[1396] «Romam triumphans íncreditur» es la expresión formal de la crónica de Próspero. Los hechos que aluden a la muerte de Ataúlfo y a las hazañas de Walia son referidos por Olimpiodoro

(*apud Phot.*, p. 188.), Orosio (l. VII, c. 43, pp. 584-587), Jornandes (de *Rebus Geticis*, c. 31, 32), y por las crónicas de Idacio e Isidoro. <<

[1397] Ausonio (de *Claris Urbibus*, p. 257-262) alaba a Burdeos con el parcial afecto de un natural. Véase en Salviano (de *Gubern. Dei*, París, 1608, p. 228) una descripción florida de las provincias de Aquitania y Novempopulania. <<

[1398] Orosio (l. VII, c. 32, p. 550) recomienda la moderación y modestia de estos borgoñones, que trataban a sus vasallos de Galia como sus hermanos cristianos. Mascou ha ilustrado el origen de su reino en las cuatro primeras anotaciones al final de su laboriosa historia de los antiguos germanos, vol. II, pp. 555-572 de la traducción inglesa. <<

[1399] Véase Mascou, l. VIII, c. 43-45. Excepto en una breve y sospechosa línea de la crónica de Próspero (t. I, p. 638), el nombre de Faramundo nunca se menciona antes del siglo VII. El autor de los *Gesta Francorum* (t. II, p. 543) sugiere, con bastante probabilidad, que la elección de Faramundo o, por lo menos, de un rey fue recomendada a los francos por su padre Marcomir, que estaba desterrado en Toscana. <<

[1400]

O Lycida, vivi pervenimus: advena nostri

(Quod nunquam veriti sumus) ut possessor agelli

Diceret: Hæc mea sunt; veteres migrate coloni,

Nunc victi tristes, […]

Véase el total de la égloga novena, con el útil comentario de Servio. Se les asignaron a los veteranos quince millas (24 km) del territorio de Mantua, y se reservaron para los habitantes tres millas (4,8 km) alrededor de la ciudad. Incluso con este favor fueron engañados por Alfeno Varo, famoso abogado, y otro de

los comisionados, ya que midieron ochocientos pasos de agua y cieno. <<

[1401] Véase el pasaje notable del *Eucaristicon* de Paulino, 575, *apud* Mascou, l. VIII, c. 42. <<

[1402] Esta importante verdad queda establecida por la exactitud de Tillemont (*Hist. des Emp*., t. V, p. 641) y por el ingenio del abate Dubos (*Hist. de l'Etablissement de la Monarchie Française dans les Gaules*, t. I, p. 269). <<

[1403] Zósimo (l. VI, 376, 383) refiere en pocas palabras la revuelta de Bretaña y Armórica. Nuestros escritores antiguos, hasta el mismo Camden, han incurrido en muchos errores graves por su conocimiento imperfecto de la historia del continente. <<

[1404] Los límites de Armórica son definidos por dos geógrafos nacionales, Valois y D'Anville, en sus *Noticias de la antigua Galia*. La palabra se había usado antes con una significación más amplia. <<

[1405]

Gens inter geminos notissima clauditur amnes,

Armoricana prius veteri cognomine dicta,

Torva, ferox, ventosa, procax, incauta, rebellis;

Inconstans, disparque sibi novitatis amore;

Prodiga verboram, sed non et prodiga facti.

Errico, Monach, *Vit. San German*, l. V, *apud* Vales., *Notit. Galliarum*, p. 43. Valesio alega varios testimonios para confirmar este carácter; a los cuales añadiré el del presbítero Constantino (488 d. C.), que, en la vida de san Germán, llama a los rebeldes de Armórica «mobilem et indisciplinatum populum». Véanse los Historiadores de Francia, t. I, p. 643. <<

[1406] Juzgué necesario expresar mi protesta contra esta parte del

sistema del abate Dubos, a la que Montesquieu se ha opuesto tan vigorosamente. Véase *Esprit des Lois*, l. XXX, c. 24. <<

[1407] Βρεταννίαν μέντοι Ῥωμαῖοι ἀνασώσασθαι οὐκέτι ἔσχον, son las palabras de Procopio (de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 2, p. 181, ed. Louvre) en un pasaje muy importante, que ha sido harto descuidado. Incluso Beda (*Hist. Gent. Anglican.*, l. I, c. 12, p. 50, ed. Smith) reconoce que los romanos dejaron definitivamente Bretaña en el reinado de Honorio. Sin embargo, nuestros historiadores modernos y antiguos extienden el término de su dominio, y no falta quien calcule sólo un intervalo de pocos meses entre su partida y la llegada de los sajones. <<

[1408] Beda no ha olvidado la ayuda ocasional de las legiones contra los escoceses y pictos; y en adelante se producirá una prueba más auténtica de que los bretones independientes reclutaron doce mil hombres para el servicio del emperador Antemio en la Galia. <<

[1409] Por mí mismo y por la verdad histórica, debo declarar que algunas circunstancias en este párrafo sólo se fundan en conjeturas y en la analogía. La terquedad de nuestro idioma me ha obligado, algunas veces, a desviarme del modo condicional al indicativo. <<

[1410] Πρὸς τὰς ἐν Βρεταννίᾳ πόλεις, Zósimo, l. VI, p. 383. <<

[1411] Dos ciudades de Bretaña eran *municipias,* nueve *colonias,* diez *Latii jure donatæ*, doce *stipendiaria* de nota eminente. Este pormenor se ha sacado de Ricardo de Cirencester, *Situ Britanniæ*, p. 36; y aunque no parezca probable que él escribiese por los manuscritos de un general romano, muestra un conocimiento genuino de la Antigüedad, muy extraordinario

para un monje del siglo XIV. <<

[1412] Véase Maffei, *Verona Illustrata*, parte I, l. V, p. 83-106. <<

[1413] *Leges restituit, libertatemque reducit, Et servos famulis non sinit esse suis. Itinerar. Rutil.* l. I, 215. <<

[1414] Una inscripción (*apud* Sirmond, *Not. ad Sidon. Apollinar.*, p. 59) describe un castillo, «cum muris et portis, tuitione omnium», erigido por Dardano en su propia hacienda, cerca de Sisterón, en la Segunda Narbonesa, y llamado por él Teópolis. <<

[1415] El establecimiento de su poder habría sido fácil, en verdad, si pudiésemos adoptar el impracticable proyecto de un historiador animoso y docto, que supone que los monarcas británicos de las varias tribus reinaron, aunque con jurisdicción subordinada, desde el tiempo de Claudiano hasta el de Honorio. Véase Whitaker, *History of Manchester*, vol. I, p. 427-457. <<

[1416] ’Αλλ’ οὖσα ὑπὸ τυράννοις ἀπ’ αὐτοῦ ἔμενε, Procopio, de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 2, p. 181. «Britannia fertilis provincia tyrannorum» fue la expresión de Jerónimo, en el año 415 d. C. (t. II, p. 255, *ad. C.esiphont*). Por los peregrinos, que cada año se ponían en camino para la Tierra Santa, el monje de Belén recibió la noticia más temprana y exacta. <<

[1417] Véase Bingham, *Ecclés. Antiquities*, vol. I, l. IX, c. 6, p. 391. <<

[1418] Se cuenta de tres obispos británicos que asistieron al concilio de Rímini, 359 d. C.: «Tam pauperes fuisse ut nihil haberent». Sulpicio Severo, *Hist. Sacra*, l. II, p. 420. Algunos de sus hermanos, sin embargo, estaban en peores circunstancias. <<

[1419] Consúltese Usher, de *Antiq. Ecclés. Britannicar.*, c. 8-12. <<

[1420] Véase el texto correcto de este edicto, como lo publicó Sirmond (*Not. ad Sidon. Apollin.*, p. 147). Hincmar de Rheims,

que señala un puesto a los obispos, probablemente había visto (en el siglo IX) una copia más perfecta. Dubos, *Hist. Critique de la Monarchie Française*, t. I, pp. 241-255. <<

[1421] Es evidente por la *Notitia* que las siete provincias eran la Vienense, los Alpes marítimos, Primera y Segunda Narbonesa, Novempopulania, y Primera y Segunda Aquitania. En lugar de Primera Aquitania, el abate Dubos, con la autoridad de Hincmar, quiere introducir la Primera Lugdunense o Leonesa. <<

[1422] El padre Montfaucon se vio obligado, por orden de sus superiores benedictinos (*Longueruana*, t. I, p. 205), a redactar la trabajosa edición de san Crisóstomo, en trece tomos en folio (París, 1738), y se entretuvo en extractar de aquella inmensa colección de moral algunas curiosas antigüedades, que ponen en claro las costumbres de la época teodosiana (véase Crisóstomo, *Opera*, t. XIII, pp. 192-196, y su «Disertación francesa», en las *Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, t. XIII, pp. 474-490). <<

[1423] Según el cómputo aventurado de que un buque con viento favorable puede navegar 1000 estadios o 125 millas [201,16 km], durante las veinticuatro horas, Diodoro Sículo calcula diez días del Meotis [actual mar de Asov] a Rodas y cuatro de Rodas a Alejandría. La navegación del Nilo, de Alejandría a Sirene por el trópico de Cáncer requería diez días más, ya que iba contra la corriente. Diodoro Sículo, ed. Wesseling, t. I, l. III, p. 200. Hubiera podido medir el calor extremo desde la orilla de la zona tórrida, con bastante exactitud, pero habla del Meotis en los 47° de latitud Norte, como si estuviese dentro del círculo polar. <<

[1424] Bartio, que adora a su autor con la ciega superstición de un comentarista, prefiere los dos libros compuestos por Claudiano contra Eutropio a todas sus demás producciones (Baillet, *Jugemens des Savans*, t. IV, p. 227). Verdaderamente, son una

sátira elegante y llena de ingenio, y sería más valiosa desde el punto de vista histórico si la crítica fuese menos vaga y más moderada. <<

[1425] Tras lamentar el poder de los eunucos en el palacio romano y definir sus funciones propias, Claudiano añade: «A fronte recedant. Imperii» (en *Eutrop*., I, p. 422). Con todo, no parece que los eunucos desempeñasen ninguna función eficiente del Imperio, y en el decreto de su destierro sólo se lo denomina «Præpositus sacri cubiculi». Véase *Cod. Theod*., l. IX, tít. XI, leg. 17. <<

[1426]

Jamque oblita sui, nec sobria divitiis mens

In miseras leges hominumque negotia ludit:

Judicat eunuchus

[…] Arma etiam violare parat […].

Claudiano (I, pp. 229-270), con una mezcla de indignación y buen humor, que siempre complace en un poeta satírico, describe la insolencia del eunuco, la vergüenza del Imperio y la alegría de los godos.

Gaudet, cum viderit, hostis,

Et sentit jam deesse viros. <<

[1427] El testimonio auténtico de Crisóstomo (ed. Montfaucont, III, p. 384) confirma la ingeniosa descripción del poeta sobre su deformidad (I, pp. 110-125) y dice que una vez lavada la pintura, el rostro de Eutropio parecía más feo y arrugado que el de una vieja. Claudiano (I, p. 469) nota, según parece, fundado en la experiencia, que en los eunucos, la decrepitud sucede inmediatamente a la juventud. <<

[1428] Parece que Eutropio era natural de Armenia o de Asiria. Sus tres destinos que Claudiano menciona más particularmente

son: 1. Sirvió muchos años a Tolomeo en calidad de lacayo o de soldado de los establos imperiales. 2. Éste lo regaló al anciano general Arinteo, a quien sirvió hábilmente de rufián. 3. Cuando se casó la hija de Arinteo, pasó a su servicio, y el futuro cónsul estaba encargado de peinarla, presentarle el aguamanil de plata para que se lavara y abanicarla en la época calurosa. Véase l. I, pp. 31-137. <<

[1429] Claudiano (en *Eutrop*., l. I, pp. 1-22), tras enumerar los varios prodigios de nacimientos monstruosos, animales que hablaban, lluvia de sangre o piedras, soles dobles, etcétera, añade con alguna exageración: «Omnia cesserunt eunucho consule monstra». El primer libro termina con el noble discurso de la diosa de Roma a su favorito Honorio, donde reprueba la nueva ignominia a que estaba expuesta. <<

[1430] Fl. Malio Teodoro, cuyos honores civiles y obras filosóficas ha celebrado Claudiano en un elegante panegírico. <<

[1431] Μεθὺων δέ ἢδηη τῷ πλοῦτῳ, embriagado con las riquezas, es la enérgica expresión de Zósimo (l. V, p. 301); y la ambición de Eutropio se deplora en el *Lexicon* de Suidas y la *Crónica* de Marcelino. Crisóstomo había advertido al favorito de la vanidad y el peligro de las desmedidas riquezas (t. III, p. 381). <<

[1432]

Certantum sæpe duorum.

Diversum suspendit onus: cum pondere judex

Vergit, et in geminas nutat provincia lances.

Curiosamente, Claudiano (I, pp. 192-209) distingue las circunstancias de la venta, que todas parecen aludir a anécdotas particulares. <<

[1433] Claudiano menciona (I, pp. 154-170) el delito y destierro

de Abundancio; no podía menos que citar el ejemplo del artista, que hizo la primera prueba del toro de bronce que presentó a Falaris. Véase Zósimo, l. V, p. 302; Jerónimo, t. I, p. 26. Fácilmente se concilia la diferencia del lugar, pero la decisiva autoridad de Asterio de Amasia (*Orat.*, IV, p. 76, *apud* Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. V, p. 435) inclina la balanza a favor de Pitio. <<

[1434] Suidas (probablemente de la historia de Eunapio) ha dado un retrato poco favorable de Timasio. El relato de su acusador, los jueces, la prueba, etcétera, concuerda perfectamente con la práctica de los tribunales antiguos y modernos (Véase Zósimo, l. V, pp. 298-300). Estoy casi tentado a citar el romance de un gran señor (Obras de Fielding, t. IV, p. 49, etc. 8. ed.) como la historia de la naturaleza humana. <<

[1435] El gran Oasis era uno de los puestos en los desiertos de Libia, regado por manantiales y que producía trigo, cebada, y palmeras. Estaba a cerca tres días de marcha de Norte a Sur, medio día de marcha de ancho y cinco días de marcha del oeste de Abido, en el Nilo. Véase D'Anville, *Descripción del Egipto*, pp. 186-188. Los áridos desiertos que rodean a Oasis (Zósimo, l. V, p. 300) sugirieron la idea de una fertilidad comparativa y, aun, el epíteto, de *isla afortunada* (Herodoto, III, 26). <<

[1436] La línea de Claudiano en *Eutropio*, l. I, p. 180, «Marmaricus claris violatur eædibus Hammon», alude sin duda a su persuación de la muerte de Timasio. <<

[1437] Sozomen, l. VIII, c. 7. Habla de oídas, ὥς τινος ἐπυθόμην. <<

[1438] Zósimo, l. V, p. 300. Con todo, sospecha que este rumor lo esparcieron los amigos de Eutropio. <<

[1439] Véase el *Código Teodosiano*, l. IX, tít. 14, ad legem

Corneliam de Sicariis, leg. 3, y el *Código de Justiniano*, l. IX, tít. 8, ad legem Juliam de Majestate, leg. 5. El cambio del título, de asesinato a traición, fue una rebaja del sutil Treboniano. Gofredo, en una disertación formal, que insertó en su *Comentario*, ilustra esta ley de Arcadio y explica todos los pasajes difíciles que habían sido distorsionados por los jurisconsultos de épocas más oscuras. Véase t. III, pp. 88-111. <<

[1440] Bartolo entiende una conciencia simple y desnuda, sin ninguna señal de aprobación o coincidencia. Baldo dice que, por esta opinión, ahora está quemándose en el infierno. Por mi parte, continúa el discreto Heinecio (*Element. Jur. Civil.*, IV, p. 411), debo aprobar la teoría de Bartolo, pero, en la práctica, me inclino por los sentimientos de Baldo. Con todo, los abogados del cardenal Richelieu citaron a Bartolo; y Eutropio fue culpable, aunque indirectamente, de la muerte del virtuoso De Thou. <<

[1441] Gofredo, t. III, p. 89. Sin embargo, se sospecha que esta ley, tan contraria a las máximas de la libertad germánica, ha sido añadida subrepticiamente al becerro de oro. <<

[1442] Zósimo (l. V, p. 304-312) dedica una narración copiosa y circunstancial (que podría haber reservado para sucesos más importantes) a la sublevación de Tribigildo y Gainas. Véase también a Sócrates, l. VI, c. 6, y Sozomen, l. VIII, c. 4. El libro segundo de Claudiano contra Eutropio es una selecta, aunque imperfecta, pieza de historia. <<

[1443] Claudiano observa con exactitud (en *Eutrop.*, l. II, pp. 237-250) que el antiguo nombre y el país de los frigios abarcaba una vasta extensión, hasta que las colonias de los bitinios en Tracia, los griegos y, por último, los galos redujeron sus límites. Su descripción (II, pp. 257-272) de la fertilidad de Frigia y de los cuatro ríos que producen oro es exacta y pintoresca. <<

[1444] Jenofonte, *Anábasis*, ed. Hutchinson, l. I, pp. 11-12; Estrabón, ed. Amstel, l. XII, p. 865; Q. Curcio, l. III, c. 1. Claudiano compara la unión del Marsias y el Meandro a la del Saona y el Rin, con la sola diferencia de que el río mayor de los frigios retarda el curso del menor. <<

[1445] Selge, colonia de los lacedemonios, había llegado tener veinte mil ciudadanos; pero en tiempos de Zósimo quedó reducida a una πολίχνη, pequeña ciudad. Véase Celario, *Jeografía Antigua*, t. II, p. 117. <<

[1446] El consejo de Eutropio, en Claudiano, puede compararse al de Domiciano en la cuarta sátira de Juvenal. Los miembros principales del primero eran *juvenes protervi lacivique senes;* uno había sido cocinero, y el otro, cardador de lana. El lenguaje de su primitiva profesión comprometía su dignidad; y su trivial conversación sobre tragedias y bailarines la hacía aún más ridícula por la importancia que daban a la cuestión. <<

[1447] Claudiano (l. II, pp. 376-461) la tildó de infamia; y Zósimo, en un lenguaje más suave, confirma sus reproches (l. V, p. 305). <<

[1448] La conspiración de Gainas y Tribigildo, que confirma el historiador griego, no había llegado a oídos de Claudiano, que atribuye el alboroto de los ostrogodos a su propio espíritu guerrero y a los consejos de su mujer. <<

[1449] Esta anécdota, que sólo ha conservado Filostorgio (l. XI, c. 6, y Gofredo, *Disertac.*, pp. 451-456) es curiosa e interesante, pues relaciona la sublevación de los godos con las intrigas secretas del palacio. <<

[1450] Véase la *Homilía* de Crisóstomo, t. III, pp. 381-386, de la cual el exordio es particularmente hermoso. *Sócrates*, l. VI, c. 5. Sozomen, l. VIII, c. 7. Supone Montfaucon (en su *Vida de*

Crisóstomo, t. III, p. 135) que Tribigildo estaba entonces en Constantinopla y que mandaba los soldados que tenían la orden de apoderarse de Eutropio. Hasta Claudiano, un poeta pagano (Præfat. ad., en *Eutrop*., l. II, p. 27), ha mencionado la fuga del eunuco al santuario.

Suppliciter quæ pias humilis prostratus ad aras,

Mitigat iratas voce tremente nurus. <<

[1451] Crisóstomo, en otra homilía (t. III, p. 386) declara que si Eutropio no hubiese abandonado la iglesia, no lo habrían atrapado. Zósimo (l. V, p. 313), muy al contrario, considera que sus enemigos lo arrastraron fuera del santuario (ἐξαρπάσαντες αὐτὸν). Con todo, la promesa es una prueba de algún tratado, y la gran seguridad de Claudiano (Præfat. ad, l. II, p. 46), «Sed tamen exemplo non feriore tuo», puede considerarse como prueba de una promesa. <<

[1452] *Cod. Theod*., l. IX, tít. XI, leg. 14. La fecha de aquella ley (17 de enero de 399) no es correcta, pues la caída de Eutropio no podía acontecer hasta el otoño del mismo año. Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. V, p. 780. <<

[1453] Zósimo, l. V, p. 313. Filostorgio, l. XI, c. 6. <<

[1454] Zósimo (l. V, pp. 313-323), Sócrates (l. VI, c. 4), Sozomen l. VIII, c. 4) y Teodoreto (l. V, c. pp. 32-33) representan, aunque con varias circunstancias, la conspiración, derrota y muerte de Gainas. <<

[1455] ‘Αγίας Ευφημίας μαρτὺριον, es la expresión de Zósimo (l. V, p. 314), quien inadvertidamente usa el lenguaje de los cristianos. Evagrio (l. II, c. 3) describe la situación, arquitectura, reliquias y milagros de aquella célebre iglesia, en la que después se reunió el concilio general de Calcedonia. <<

[1456] Las piadosas amonestaciones de Crisóstomo, que no

aparecen en sus propios escritos, las confirma Teodoreto, pero los hechos desmienten su insinuación de que habían sido provechosas. Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. V, p. 383) ha descubierto que, para satisfacer las codiciosas demandas de Gainas, el emperador se vio obligado a fundir la plata de la iglesia de los Apóstoles. <<

[1457] Los historiadores eclesiásticos, que unas veces guían y otras siguen la opinión pública, afirman que el palacio de Constantinopla estaba guardado por legiones de ángeles. <<

[1458] Zósimo (l. V, p. 319) menciona estas galeras con el nombre de liburnias, y dice que eran tan veloces como los buques de cincuenta remos (sin explicar la diferencia que había con ellos), aunque inferiores a los trirremes, que hacía tiempo no estaban en uso. Sin embargo, deduce con razón del testimonio de Polibio que en las guerras púnicas se construyeron galeras de aún mayores dimensiones. Desde que el Imperio Romano se estableció en el Mediterráneo, se descuidó y, al fin, se abandonó el inútil arte de construir grandes buques de guerra. <<

[1459] Chishull (*Viajes*, pp. 61, 63, 72, 76) fue de Galípoli, a través de Adrianópolis, al Danubio, en quince días. Era parte del séquito de un embajador inglés, cuyo equipaje consistía en setenta y un carros. Este instruido viajero tiene el mérito de describir una ruta curiosa y poco frecuentada. <<

[1460] La narración de Zósimo, que realmente conduce a Gainas más allá del Danubio, debe corregirse con el testimonio de Sócrates y Sozomen de que fue ejecutado en Tracia y con las fechas exactas y auténticas de la *Crónica Alejandrina* o de Pascal, p. 307. La victoria naval en el Helesponto está colocada en el mes de *Apeliæus*, la décima calenda de enero (23 de diciembre); la cabeza de Gainas fue llevada a Constantinopla, la tercera nona de enero (3 enero) en el mes de *Audynæus*. <<

[1461] Eusebio Escolástico se hizo célebre por su poema sobre la guerra gótica, en la que había servido. Cuarenta años después, Amonio recitó otro poema sobre el mismo asunto, en presencia del emperador Teodosio. Véase Sócrates, l. VI, c. 6. <<

[1462] El libro sexto de Sócrates, el octavo de Sozomen y el quinto de Teodoreto suministran materiales interesantes y auténticos para la vida de Juan Crisóstomo. Además de estos historiadores generales, he tomado por guías a los cuatro principales biógrafos de este santo. 1. El autor de la parcial y apasionada vindicación del arzobispo de Constantinopla, compuesta en forma de diálogo y bajo el nombre de un ferviente partidario, Paladio, obispo de Helenópolis (Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. XI, pp. 500-533). Se halla inserta entre las obras de Crisóstomo, t. XIII, p. 190, ed. Montfaucon. 2. El moderado Erasmo (ed. Lugd. Bat., t. III, *Epíst.* MCL, pp. 1331-1347), que tenía ingenio y buen sentido, y cuyos errores, en el atrasado estado de la antigüedad eclesiástica, eran casi inevitables. 3. El instruido Tillemont (*Mém. Ecclés.*, t. XI, pp. 1-405, 547, 626, etc.), que recopila la vida de los santos con increíble paciencia y religiosa exactitud, ha recorrido minuciosamente las voluminosas obras del mismo Crisóstomo. 4. El padre Montfaucon, que ha repasado estas obras con el esmero de editor, descubrió varias nuevas homilías y volvió a repasar y componer la vida de Crisóstomo (*Opera Chrysostom*, t. XIII, pp. 91-177). <<

[1463] Como los voluminosos sermones de Crisóstomo me son enteramente desconocidos, he confiado en los críticos eclesiásticos más juiciosos y moderados: Erasmo (t. III, p. 1344) y Dupin (*Bibliothèque Ecclésiastique*, t. III, p. 38); sin embargo, el buen gusto del primero se halla viciado, a veces, por su excesivo amor a la antigüedad; y el del último, siempre refrenado por prudentes consideraciones. <<

[1464] Las mujeres de Constantinopla se distinguieron por la enemistad o la adhesión con Crisóstomo. Tres viudas nobles y opulentas, Marsa, Castricia y Eugrafia, eran las que encabezaban la persecución (Palladio, *Dialog*., t. XIII, p. 14). Era imposible que perdonasen a un predicador que les echaba en cara su afectación en ocultar, por medio de adornos y vestidos, su edad y fealdad (Palladio, p. 27). Olimpia, con igual fervor en una causa más piadosa, obtuvo el título de santa. Véase Tillemont, *Mem. Ecclés*., t. XI, pp. 416-440. <<

[1465] Sozomen y, particularmente, Sócrates definieron el verdadero carácter de Crisóstomo con una moderada e imparcial independencia, muy ofensiva para sus ciegos admiradores. Estos historiadores vivieron en la generación siguiente, cuando había cedido la violencia partidaria, y conversaron con personas bien enteradas de las virtudes e imperfecciones del santo. <<

[1466] Palladio (t. XIII, p. 40, etc.) defiende seriamente al arzobispo: 1. Nunca probó el vino. 2. La debilidad de su estómago exigía que observase una dieta rigurosa. 3. Entregado a sus quehaceres, al estudio o a la devoción, con frecuencia estaba en ayunas hasta el atardecer. 4. Aborrecía la ruidosa frivolidad de los festines. 5. Ahorraba para ayudar a los pobres. 6. Temía, en una capital como Constantinopla, la envidia y reconvenciones de invitaciones parciales. <<

[1467] Crisóstomo manifiesta su libre opinión (Hom. III, en *Act. Apostol*., t. IX, p. 29) de que el número de obispos que podrían salvarse era muy pequeño en comparación con los que serían condenados. <<

[1468] Véase Tillemont, *Mém. Ecclés*., t. XI, pp. 441-500. <<

[1469] He omitido a propósito la controversia que se entabló entre los frailes de Egipto con respecto al origenismo y el

antropomorfismo, el disimulo y furor de Teófilo, sus manejos arteros sobre la simpleza de Epifanio, la persecución y huída de los hermanos largos o altos, la ambigua ayuda que recibieron de Crisóstomo en Constantinopla, etcétera. <<

[1470] Focio (pp. 53-60) conservó las actas originales del sínodo de la Encina, que desmienten la falsa afirmación de que sólo treinta y seis obispos condenaron a Crisóstomo, de los cuales veintinueve eran egipcios. La sentencia fue firmada por cuarenta y cinco obispos. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. XI, p. 595. <<

[1471] Palladio admite (p. 30) que si el pueblo de Constantinopla hubiese encontrado a Teófilo, con seguridad lo habría arrojado al mar. Sócrates menciona (l. VI, c. 17) una batalla entre la turba y los marineros de Alejandría, en la que hubo muchos heridos y algunos muertos. El pagano Zósimo (l. V, p. 324) es el único que habla del asesinato de los monjes y reconoce que Crisóstomo tenía un talento particular para dirigir la multitud ignorante, ἦν γὰρ ὁ ἄνθρωπος ἄλογον ὄχλον ὑπαγαγέσθα, δεινός. <<

[1472] Véase *Sócrates*, l. VI, c. 18; Sozomen, l. VIII, c. 20. Zósimo (l. V, pp. 324, 327) menciona en términos generales sus invectivas contra Eudoxia. La homilía que empieza con esas célebres palabras es rechazada como espúrea. Montfaucon, t. XIII, p. 151. Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. XI, p. 603. <<

[1473] Naturalmente, podíamos esperar semejante acusación de Zósimo (l. V, p. 327); pero es bastante extraño que la confirmen Sócrates, l. VI, c. 18, y la *Crónica* de Pascal, p. 307. <<

[1474] Manifestó estos motivos engañosos (*Post Reditum*, c. 13, p. 14) en boca de un orador y un político. <<

[1475] Aún existen doscientas cuarenta y dos epístolas de Crisóstomo (*Opera*, t. III, pp. 528-736). Están dirigidas a

diferentes personas y demuestran una firmeza muy superior a la de Cicerón en su destierro. La epístola catorce es un curioso relato de los peligros a que estuvo expuesto durante su viaje. <<

[1476] Tras el destierro de Crisóstomo, Teófilo publicó un libro enorme y horrible contra él, en el que repite continuamente las correctas expresiones de *hostem humanitatis, sacrilegorum principem, immundum dæmonem*, afirma que Crisóstomo había vendido su alma al demonio y le desea mayores castigos, adecuados (si fuese posible) a la magnitud de sus delitos. San Jerónimo, a petición de su amigo Teófilo, tradujo esta edificante obra del griego al latín. Véase Facundo Hermian, *Defens*, pr. III, c. l. VI, c. 5, publicado por Sirmond, *Opera*, t. II, pp. 595-597. <<

[1477] Su sucesor Atico insertó su nombre en los dípticos de la iglesia de Constantinopla (418 d. C.). Diez años después se le reverenciaba como santo. Cirilo, que heredó el puesto y las inclinaciones de su tío Teófilo, accedió a ello con mucha renuencia. Véase Facundo Hermian, l. 4, c. l.; Tillemont, *Mém. Ecclés*., t. XIV, pp. 277-283. <<

[1478] Sócrates, l. VII, c. 45; Teodoreto, l. V, c. 36. Este acontecimiento reconcilió a los joanitas, que hasta entonces no habían querido reconocer a sus sucesores. Durante su existencia los católicos respetaron a los joanitas como comunión verdadera y ortodoxa de Constantinopla. Su obstinación los condujo poco a poco al borde del cisma. <<

[1479] Según algunos apuntes (Baronio, *Annal. Ecclés*., 438 d. C., núms. 9, 10), el emperador se vio obligado a enviar una carta de invitación, en la que se disculpaba, antes de que sacasen de Comaná el cuerpo del santo. <<

[1480] Zósimo, l. V, p. 315. No debe denigrarse la castidad de una

emperatriz sin presentar pruebas, pero es muy extraño que el testigo viviese y escribiese en el reinado de un príncipe cuya legitimidad se atrevió a impugnar. Es de suponer que su historia fuese una calumnia partidaria, leída y divulgada privadamente entre los paganos. Tillemont no es reacio a tachar la reputación de Eudoxia (*Hist. des Empereurs*, t. V, p. 782). <<

[1481] Porfirio de Gaza. Lo enajenó la orden que había obtenido para la destrucción de ocho templos paganos de aquella ciudad. Véanse los curiosos detalles de su vida (Baronio, año 401 d. C., núms. 17-51), escritos en griego o quizá en siríaco, por un fraile, uno de sus diáconos favoritos. <<

[1482] Filostorgio, l. XI, c. 8, y Gofredo, *Disertación*, p. 457. <<

[1483] Jerónimo (t. VI, pp. 73, 76) describe con vivos colores la marcha regular y destructora de la langosta, que formaba una densa nube sobre el cielo y tierra de Palestina. Los vientos estacionarios las dispersaban y las arrojaban en parte al mar Muerto y en parte al Mediterráneo. <<

[1484] Procopio, de *Bell. Persic*., l. I, c. 2, p. 8, ed. Louvre. <<

[1485] Agatias, l. IV, pp. 136-137. Aunque confiesa la eficacia de la tradición, dice que Procopio fue el primero que lo escribió. Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. VI, p. 597) prueba muy sensatamente el mérito de esta fábula. Su crítica no está apoyada por ninguna autoridad eclesiástica: ambos, Procopio y Agatias son medio paganos. <<

[1486] Sócrates, l. VII, c. 1. Antemio era nieto de Filipo, uno de los ministros de Constancio, y abuelo del emperador Antemio. De vuelta de su embajada en Persia, fue nombrado cónsul y prefecto pretoriano de Oriente, en el año 405 y conservó la perfectura durante diez años. Véanse sus alabanzas en Gofredo, *Cod. Theod*., t. VI, p. 350; Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. VI,

p. 1, etc. <<

[1487] Sozomen, l. IX, c. 5. Vio algunos sirios trabajando cerca del monte Olimpo, en Bitinia, y abrigó la vana esperanza de que aquellos cautivos eran los últimos de la nación. <<

[1488] *Cod. Theod.*, l. VII, tít. XVII; l. XV, tít. I, leg. 49. <<

[1489] Sozomen llenó tres capítulos con un hermoso panegírico de Pulqueria (l. IX, c. 1-3); y Tillemont (*Mémoires Ecclés.*, t. XV, pp. 171-184) dedicó un artículo separado en honor de santa Pulqueria, virgen y emperatriz. <<

[1490] Suidas pretende (Excerpta *Scrip. Byzant.*, p. 68), apoyándose en la opinión de los Néstores, que Pulqueria se exasperó contra su fundador porque censuró su conexión con el hermoso Paulino y el incesto con su hermano Teodosio. <<

[1491] Véase Ducange, *Famil. Byzantin.*, p. 70. Flaccila, la hija mayor, o bien murió antes que Arcadio, o si vivió hasta el año 431 (Marcelin., *Chron.*), algún defecto físico o mental la excluyó de los honores que correspondían a su clase. <<

[1492] Repetidos sueños la enteraron del sitio en que estaban sepultadas las reliquias de los cuarenta mártires. El terreno había pertenecido a la casa y jardín de una mujer de Constantinopla, luego a un monasterio de frailes macedonios, y por fin a la iglesia de san Tirso, mandada construir por Cesario, cónsul en 397 d. C.; y el recuerdo de las reliquias estaba enteramente borrado. A pesar de los caritativos deseos de Jortin (*Observaciones*, t. IV, p. 234), no es fácil absolver a Pulqueria de la parte que tuvo en este fraude piadoso, que debió arreglarse cuando tenía treinta y cinco años. <<

[1493] Hay una diferencia muy notable entre los dos historiadores eclesiásticos, que, por lo general, están muy de acuerdo. Sozomen (l. IX, c. 1) asigna a Pulqueria el gobierno del Imperio

y la educación de su hermano, a quien apenas alaba. Sócrates, aunque afectadamente renuncia a toda esperanza de celebridad, compuso un esmerado panegírico del emperador y suprimió con cautela los méritos de su hermana (l. VII, c. 22, 42). Filostorgio (l. XII, c. 7) manifiesta la influencia de Pulqueria en lenguaje cortesano, τάς βασιλικάς οημειώσεις ὑπηρετουμένη καὶ διευθὐνουσα. Suidas (*Excerpt*, p. 53) muestra el verdadero carácter de Teodosio; y yo he seguido el ejemplo de Tillemont (t. VI, p. 25), tomando algunas pinceladas de los griegos modernos. <<

[1494] Teodoreto, l. V, c. 37. El obispo de Cirro, uno de los hombres más importantes de su época por su sabiduría y piedad, aprueba la obediencia de Teodosio a las leyes divinas. <<

[1495] Sócrates (l. VII, c. 21) menciona su nombre (Atenais, la hija de Leoncio, sofista ateniense), su bautismo, casamiento y genio poético. El relato más antiguo sobre ella se encuentra en Juan Malala (ed. Venet, 1743, parte II, pp. 20-21) y en la *Crónica* de Pascal (pp. 311-312). Sin duda estos autores habían visto retratos originales de la emperatriz Eudoxia. Los griegos modernos, Zonaras, Cedreno, etcétera, han empleado el amor más que el talento para la ficción. Gracias a Nicéforo me he atrevido a fijar su edad. El escritor de un romance no podía imaginarse que Atenais tuviese cerca de veinte años cuando cautivó el corazón de un joven emperador. <<

[1496] Sócrates, l. VII, c. 21; Focio, p. 413-420. Aún existe el centón homérico, que ha sido reimpreso varias veces; pero los críticos han cuestionado la pretensión de Eudoxia a aquella obra insustancial. Véase Fabricio, *Biblioteca Griega*, t. I, p. 357. El *Ionia*, diccionario misceláneo de la historia y la fábula, fue compilado por otra emperatriz llamada Eudoxia, que vivió en el siglo XI, y cuya obra perdura en manuscritos. <<

[1497] Baronio (*Annal. Ecclés.*, 438-439 d. C.) es extenso y elegante, pero se lo acusa de mezclar lo auténtico de las distintas épocas con lo falso. <<

[1498] En este vistazo a la desgracia de Eudoxia, he imitado la prudencia de Evagrio (l. I, c. 21) y del conde Marcelino (en *Chron.*, 440 y 444 d. C.). Las dos fechas auténticas citadas por el último echan por tierra gran parte de las ficciones griegas, y la célebre historia de la manzana, etcétera, se ajusta sólo a los *Cuentos árabes* (*Mil y una noches*), en los que se hallará alguno parecido. <<

[1499] Prisco (en *Excerpt. Legat.*, p. 69), contemporáneo y cortesano, menciona a secas su nombre pagano y cristiano, sin añadirle ningún título honorífico o de respeto. <<

[1500] En cuanto a las dos peregrinaciones de Eudoxia, su larga residencia en Jerusalén, su devoción, sus limosnas, etcétera, véase *Sócrates* (l. VII, c. 47), y Evagrio (l. I, c. 20-22). En algunos casos, también merece atención la *Crónica* de Pascal; y en la historia doméstica de Antíoco, Juan Malala es un buen testimonio. El abate Guenee, en una memoria sobre la fertilidad de Palestina, de la que sólo he visto un fragmento, calcula los haberes de Eudoxia en veinte mil cuatrocientas ochenta y ocho libras de oro (9424 kg), más de ochocientas mil libras esterlinas. <<

[1501] Teodoreto, l. V, c. 39; Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. XII, pp. 336-364; Assemanni, *Biblioteca Oriental*, t. III, p. 396, t. IV, p. 61. Teodoreto critica la impetuosidad de Abdas, pero alaba su firmeza en el martirio. Con todo, no comprendo por qué la casuística prohíbe reparar el daño que uno cometa indebidamente. <<

[1502] Sócrates (l. VII, c. 18-21) es el mejor autor para la guerra

pérsica. También se pueden consultar la *Crónica* de Pascal, la de Marcelino y la de Malala. <<

[1503] Hemos sacado este relato de la ruina y la división del reino de Armenia del libro tercero de la historia de Armenia por Moses de Chorene. A pesar de los defectos que atentan contra la calificación de buen historiador, sus informes locales, su fogosidad y sus prejuicios son muy representativos del nativo contemporáneo. Procopio (de *Edificiis*, l. III, c. 1, 5) refiere los mismos hechos de modo muy distinto, pero he tomado las circunstancias más probables y las más coincidentes con Moses de Chorene. <<

[1504] Los armenios de Occidente usaban la lengua y los caracteres griegos en sus actos religiosos, pero este idioma enemigo quedó prohibido en las provincias de Oriente, que debieron usar el siríaco, hasta que Mesrobes inventó los caracteres armenios, a principios del siglo V, y la posterior versión de la Biblia en lengua armenia; acontecimientos que disminuyeron el vínculo de la iglesia y de la nación con Constantinopla. <<

[1505] Moses de Chorene, l. III, c. 59, pp. 309, 358; Procopio, de *Edificiis*, l. III, c. 5. Teodosiópolis está o estaba a treinta y cinco millas (56 km) al oeste de Erzerum, la moderna capital de la Armenia turca. Véase D'Anville, *Jeografía antigua*, t. II, pp. 99-100. <<

[1506] Moses de Chorene, l. III, c. 63, p. 316. Según la institución de san Gregorio, apóstol de Armenia, el arzobispo era siempre de sangre real; circunstancia que, en parte, disminuía el influjo del sacerdocio y hermanaba la mitra con la corona. <<

[1507] Aún subsiste una rama de la casa de Arsaces, con el título y las posesiones (según parece) de los sátrapas armenios. Véase Moses de Chorene, l. III, c. 65, p. 321. <<

[1508] Inmediatamente después de la derrota de Antíoco Sidetes (Moses de Chorene l. II, c. 2, p. 85), ciento treinta años antes de Cristo, Valarsaces fue nombrado rey de Armenia por su hermano, el monarca parto. Sin contar con los diferentes y contradictorios períodos de los últimos reinados, podemos afirmar que la ruina del reino armenio se produjo después del concilio de Calcedonia, año 431 d. C. (l. III, c. 61, p. 312), en tiempo de Varamo (o Bahram), rey de Persia (l. III, c, 64, p. 317), que reinó desde el año 420 hasta el 440 d. C. Véase Assemanni, *Bibliot. Oriental*, t. III, p. 396. <<

[1509] Véase el casamiento de Placidia en el capítulo XXXI. <<

[1510] Τὰ συνεχ ῆ κατὰ στόμα φιλήατα es la expresión de Olimpiodoro (*apud Photium*, p. 197), quien intenta, quizá, describir las caricias que Mahoma prodigó a su *hija* Fátima. «Quando —dice el profeta—, quando subit mihi desiderium Paradisi, osculor eam, et ingero linguam meam in os ejus». Pero esta indulgencia sensual se justificó con el milagro y el misterio; y la anécdota ha sido comunicada al público por el reverendo padre Maracci en su *Versión y Refutación del Alcorán*, t. I, p. 32. <<

[1511] Sobre las revoluciones del Imperio occidental, consúltese Olimpiodoro, *apud Phot.*, pp. 92, 193, 196, 197 y 200; Sozomen, l. IX, c. 16; Sócrates, l. VII, 123, 24; Filostorgio, l. XII, c. 10, 11, y Gofredo, *Dissertat.*, p. 486; Procopio, de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 3, pp. 182, 183; Teofanes, en *Chronograph.*, pp. 72, 73, y las Crónicas. <<

[1512] Véase Grocio de *Jure Belli et Pacis*, l. II, c. 7. Intentó, laboriosa pero vanamente, formar un sistema razonable de jurisprudencia con los modos variados y discordantes de sucesión real que se introdujeron por fraude o por la fuerza, por

el tiempo o por la casualidad. <<

[1513] Los primeros escritores no están de acuerdo (véase Muratori, *Annali d'Italia*, t. IV, p. 139) en si Valentiniano recibió la diadema imperial en Roma o Ravena. En esta duda, quiero creer que se mostró alguna consideración al Senado. <<

[1514] El conde de Buat (*Hist. des Peuples de l'Europe*, t. VII, pp. 292-300) ha establecido la veracidad, explicado los motivos y marcado las consecuencias de esta notable cesión. <<

[1515] Véase la primera *Novel* de Teodosio, en la que ratifica y da a conocer (438 d. C.) el Código Teodosiano. Aproximadamente 40 años antes de aquella época, una excepción había demostrado la unidad de la legislación. Los judíos, que eran numerosos en las ciudades de Apulia y Calabria, presentaron una ley de Oriente para justificar su exención a los cargos municipales (*Cod. Theodos.*, l. XVI, tít. VIII, leg. 13), y el emperador de Occidente se vio obligado a invalidar, por un edicto especial, la ley, «quam constat meis partibus esse damnosam» (*Cod. Theodos.*, l. XI, tít. I, leg. 158). <<

[1516] Casiodoro (*Variar.*, l. XI, *Epíst.* I, p. 238) comparó las regencias de Placidia y Amalasunta. Acusa a la madre de Valentiniano por su debilidad, y alaba las virtudes de su ama real. En esta ocasión, la adulación parece haber hablado con el lenguaje de la verdad. <<

[1517] Filostorgio, l. XII, c. 12, y Gofredo, *Dissertat.*, p. 493, etc. y Renato Frigedio, *apud* Gregor. Turon., l. II, c. 8, en t. II, p. 163. El padre de Aecio era Gaudencio, ciudadano ilustre de la provincia de Escitia y comandante general de la caballería; su madre era una rica y noble italiana. Desde su juventud, Aecio, como soldado y rehén, había tenido relaciones con los bárbaros. <<

[1518] En cuanto al carácter de Bonifacio, véase Olimpiodoro, *apud Phot*., p. 196; san Agustín, *apud* Tillemont, *Mem. Ecclés*., t. XIII, pp. 712-715, 886. El obispo de Hipona a la larga deploró la caída de su amigo, quien, después de un solemne voto de castidad, se había casado con una segunda mujer de la secta arriana y era sospechoso de mantener en su casa varias concubinas. <<

[1519] Procopio (de *Bell. Vandal*., l. I, c. 3, 4, pp. 182-186) relata el fraude de Aecio, la sublevación de Bonifacio y la pérdida del África. Esta anécdota, apoyada por algunos testimonios secundarios (véase Ruinart, *Hist. Persecut. Vandal*., pp. 420, 421), parece conforme a las prácticas de las cortes antiguas y modernas, y el arrepentimiento de Bonifacio naturalmente lo hubiera revelado. <<

[1520] Véanse las crónicas de Próspero e Idacio. Salviano (de *Gubernat. Dei*, l. VII, p. 246, París, 1608) atribuye la victoria de los vándalos a su piedad superior. Ayunaban, oraban y llevaban la Biblia al frente de la hueste, con la intención, quizá, de reprochar la perfidia y el sacrilegio de sus enemigos. <<

[1521] «Gizericus (su nombre está escrito de diferentes modos) statura mediocris et equi casu claudicans, animo profundus, sermone rarus, luxuriae contemptor, ira turbidus, habendi cupidus, ad solicitandas gentes providentissimus, semina contentionum jacere, odia miscere paratus» (Jornandes, de *Rebus Geticis*, c. 33, p. 657). Este cuadro, dibujado con alguna habilidad y una fuerte semejanza, debe haber sido copiado de la *Historia Gótica* de Casiodoro. <<

[1522] Véase la Crónica de Idacio. Este obispo, español y contemporáneo, ubica el paso de los vándalos en el mes de mayo del año de Abraham (que empieza en octubre) 2444. Esta fecha, que corresponde al año 429 d. C., está confirmada por Isidoro,

otro obispo español, y se prefiere con justicia a la opinión de aquellos escritores que han ubicado este acontecimiento en uno de los dos años anteriores. Véase *Pagi Critica*, t. II, p. 205, etc. <<

[1523] Compárese Procopio (de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 5, p. 190) y Víctor Vitensis (de *Persecutione Vandal.*, l. I, c. 1, p. 3., edit. Ruinart). Idacio nos asegura que Genserico evacuó España «cum Vandalis *omnibus* eorumque familiis»; y Posidio (en *Vit. Augustin.*, c. 28, *apud* Ruinart, p. 427) describe su ejército como «manus ingens immanium gentium Vandalorum et Alanorum, commixtam secum habens Gothorum gentem, aliarumque diversarum personas». <<

[1524] En cuanto a las costumbres de los moros, véase Procopio (de *Bell. Vandal.*, l. II, c. 6, p. 249), y en cuanto a su figura y complexión, M. de Buffon (*Histoire Naturelle*, t. III, p. 430). Procopio dice, en general, que los moros se habían unido a los vándalos antes de la muerte de Valentiniano (de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 5, p. 190), pero es probable que las tribus independientes no hubieran adoptado ningún sistema uniforme de gobierno. <<

[1525] Véase Tillemont, *Mémoires Ecclés.*, t. XIII, p. 516-558; y toda la serie de persecuciones, en los monumentos originales, publicados por Dupin al final de Optato, p. 323-515. <<

[1526] Los obispos donatistas en la conferencia de Cartago sumaban doscientos setenta y nueve, y ellos afirmaban que el total no era menor a cuatrocientos. Estaban presentes doscientos ochenta y seis católicos, ciento veinte ausentes, además de sesenta y cuatro obispados vacantes. <<

[1527] El Código Teodosiano, título quinto, libro dieciséis, contiene una serie de leyes imperiales contra los donatistas, desde el año 400 al 428. De todas éstas, la más severa y eficaz es

la ley 54, promulgada por Honorio, año 414 d. C. <<

[1528] San Agustín cambió de opinión con respecto al tratamiento que debía darse a los herejes. Su patética declaración de compasión e indulgencia con los maniqueos ha sido elegida por M. Locke (vol. III, p. 469) entre los ejemplos de su libro de lugares comunes. Otro filósofo, el célebre Bayle (t. II, pp. 445-496) ha refutado, con una preocupación superflua y con ingenuidad, los argumentos con los que el obispo de Hipona, en su ancianidad, justificó la persecución de los donatistas. <<

[1529] Véase Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. XIII, p. 586-592, 806. Los donatistas se jactaban de estos *miles* de mártires voluntarios. Agustín afirma, y probablemente con verdad, que este número era exagerado; pero sostiene con severidad que era mejor que *algunos* se quemasen en este mundo a que *todos* lo hicieran en las llamas del infierno. <<

[1530] Según san Agustín y Teodoreto, los donatistas se inclinaban a los principios, o al menos al partido, de los arrianos, a quienes Genserico apoyaba. Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. VI, p. 68. <<

[1531] Véase Baronio, *Annal. Ecclés.*, año 428, núm. 7, año 439, núm. 35. El cardenal, aunque más inclinado a buscar en el cielo que en la tierra las causas de los grandes acontecimientos, ha observado la aparente conexión entre los vándalos y los donatistas. Bajo el reinado de los bárbaros, los cismáticos del África gozaron de una paz de cien años, tras los cuales otra vez podemos rastrearlos a la luz de las persecuciones imperiales. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. VI, p. 192, etc. <<

[1532] En una carta confidencial al conde Bonifacio, san Agustín, sin examinar las causas de la disputa, lo exhorta piadosamente a cumplir con los deberes de cristiano y súbdito, para apartarse sin demora de su peligrosa y culpable situación; y aun, si pudiese

obtener el consentimiento de su mujer, a asumir una vida de celibato y penitencia (Tillemont, *Mém. Ecclés*., id. XIII, p. 928). <<

[1533] Las quejas originales por la desolación del África se hallan: 1. En una carta de Capreolo, obispo de Cartago, excusándose por su ausencia en el concilio de Éfeso (*apud* Ruinart, p. 428). 2. En la vida de san Agustín por su amigo y colega Posidio (*apud* Ruinart., p. 427). 3. En la *Historia de la Persecución Vandálica* por Víctor Vitensis (l. I, c. 1, 2, 3, edit. Ruinart.). La última descripción, que fue hecha sesenta años después de este acontecimiento, es más bien la expresión de los sentimientos del autor que la verdad de los hechos. <<

[1534] Véase Celario, *Geografía Antigua*, t. II, part. II, p. 112; León Africano en Ramusio, t. 1, fol. 70; El África de Mármol, t. II, p. 434, 437; Viajes de Shaw, pp. 46, 47. En el siglo VII, los árabes destruyeron finalmente la antigua Hipo-Regio; pero a dos millas (3,22 km) de allí, con los mismos materiales se construyó una nueva ciudad, y en el siglo XVI tenía alrededor de trescientas familias de industriosos, aunque turbulentos, fabricantes. El territorio vecino es célebre por la pureza del aire, la fertilidad del suelo y la abundancia de exquisitas frutas. <<

[1535] La vida de san Agustín, por Tillemont, forma un tomo en cuarto (*Mém. Ecclés*., t. XIII) de más de mil páginas; y en esta ocasión, el devoto celo por el fundador de su secta estimuló la atención de este instruido jansenista. <<

[1536] Tal es al menos la cuenta de Víctor Vitensis (de *Persecut. Vandalr*, l. I, c. 3); aunque Genadio parece dudar de que cualquier persona haya leído, o incluso recopilado, todas las obras de san Agustín (véase Hieronym., *Opera*, t. I, p. 319, en *Catalog. Scriptor. Ecclés.*). Han sido reimpresas varias veces; y

Dupin (*Bibliothèque Ecclés*., t. III, pp. 158-257) ha dado de ellas un resumen completo y satisfactorio conforme a la última edición de los benedictinos. Mi conocimiento del obispo de Hipona no va más allá de las *Confesiones* y la *Ciudad de Dios*. <<

[1537] En su temprana juventud (*Confess*. I, 23), san Agustín sentía aversión y descuidaba el estudio del griego; y confiesa francamente que leyó a los platónicos en una versión latina (*Confess*., VII, 13). Algunos críticos modernos han pensado que su ignorancia del griego lo descalificaba para la explicación de las Escrituras; y Cicerón o Quintiliano habrían requerido el conocimiento de ese idioma en un profesor de retórica. <<

[1538] Rara vez se promovieron estas cuestiones desde el tiempo de san Pablo hasta el de san Agustín. Sé que los padres griegos guardaban los sentimientos naturales de los semipelagianos, y que la ortodoxia de san Agustín derivaba de la escuela maniquea. <<

[1539] La Iglesia de Roma canonizó a san Agustín y reprobó a Calvino. Sin embargo, como la *verdadera* diferencia entre ambos es casi invisible, aun para un microscopio teológico, los molinistas están agobiados por la autoridad del santo, y los jansenistas avergonzados por su semejanza con los herejes. En tanto, los protestantes arminianos se mantienen a un lado y se burlan de la mutua perplejidad de los contendientes (véase la curiosa *Revista de la Controversia*, por Le Clerc, *Bibliotheque Universelle*, t. XIV, pp. 144-398). Quizás un razonador más independiente pueda sonreír a su turno cuando lea un comentario arminiano sobre la Epístola a los Romanos. <<

[1540] Ducange, *Fam. Byzant*., p. 67. De un lado, la cabeza de Valentiniano; en el reverso, Bonifacio con un látigo en una mano y una palma en la otra, de pie en un carro triunfal tirado por cuatro caballos o, en otra medalla, por cuatro ciervos. ¡Un

emblema desafortunado! Dudo de que se pueda encontrar otro caso en el que la cabeza de un súbdito se halle en el reverso de una medalla imperial. Véase *Science des Medailles*, por el padre Jobert, t. I, pp. 132-150, edic. de 1739, por el barón de la Bastie. <<

[1541] Procopio no continúa la historia de Bonifacio más allá de su regreso a Italia (de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 3, p. 185). Próspero y Marcelino mencionan su muerte; y la expresión del último, acerca de que Aecio, el día anterior, se había provisto de una *larga* lanza, significa algo así como un duelo formal. <<

[1542] Véase Procopio, de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 4, p. 186. Valentiniano publicó varias leyes humanitarias para aliviar la desgracia de sus súbditos númidas y mauritanos; les perdonó gran parte de sus deudas, redujo sus impuestos a una octava parte, y les concedió el derecho de apelación contra sus magistrados provinciales y el prefecto de Roma. *Cod. Theod.*, t. VI, Novell., pp. 11, 12. <<

[1543] Víctor Vitensis, de *Persecut. Vandal.*, l. II, c. 5, p. 26. Las crueldades de Genserico hacia sus súbditos están enérgicamente expresadas en la Crónica de Próspero, 442 d. C. <<

[1544] Posidio, *Vit. Agustin.*, c. 28, *apud* Ruinart, p. 428. <<

[1545] Véanse las crónicas de Idacio, Isidoro, Próspero y Marcelino. Señalan el mismo año, aunque diferentes días, para el asalto a Cartago. <<

[1546] La descripción de Cartago, tal como florecía en los siglos IV y V, está sacada de la *Expositio totius Mundi*, pp. 17, 18, en el tomo III de *Geógrafos menores*, de Hudson; de Ausonio, de Claris Urbibus, pp. 228, 229; y principalmente de Salviano, de *Gubernatione Dei*, l. VII, pp. 257, 258. Me sorprende que la «Notitia» no ubique una casa de la moneda o un arsenal en

Cartago, sino sólo un gineceo, o fábrica femenina. <<

[1547] El autor anónimo de la *Expositio totius Mundi*, en un latín bárbaro, compara el país con sus habitantes; y tras denigrar su falta de fe, concluye fríamente: «Difficile autem inter eos inventitur bonus, tamen in multis pauci boni esse possunt» (p. 18). <<

[1548] Declara que los vicios particulares de cada país se reunieron para completar la ruina de Cartago (l. VII, p. 257). En la satisfacción del vicio, los africanos celebraban su virtud masculina. «Et illi se magis virilis fortitudinis esse crederent, qui maxime viros fæminei usus probrositate fregissent» (p. 268). Las calles de Cartago estaban llenas de bribones afeminados que asumían públicamente el aspecto, los vestidos y los ademanes de una mujer (p. 264). Si un monje aparecía en la ciudad, era perseguido con desprecio y escarnio: «Detestantibus ridentium cachinnis» (p. 289). <<

[1549] Compárese Procopio, de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 5, p. 189, 190 y Víctor Vitensis, de *Persecut. Vandal.*, l. I, c. 4. <<

[1550] Ruinart (p. 444-457) recopiló de Teodoreto y otros autores las desgracias, verdaderas o fabulosas, de los habitantes de Cartago. <<

[1551] La elección de circunstancias fabulosas es de poca importancia; sin embargo, me he limitado a la narración traducida del siríaco por Gregorio de Tours (de *Gloria Martyrum*, l. I, c. 95, en Max. Bibliotheca Patrum, t. XI, p. 856), a las actas griegas de su martirio (*apud Photium*, 1400, 1401), y a los Anales del patriarca Eutiquio (t. I, pp. 391, 531, 532, 535. Vers Pocock). <<

[1552] Dos escritores siríacos, citados por Assemanni (*Bibliot. Oriental*, t. I, pp. 336, 338), fechan la resurrección de los siete

durmientes en el año 736 (425 d. C.) ó 748 (437 d. C.) de la era de los seléucidas. Las actas griegas, que Focio había leído, fijan la fecha en el año 38 del reinado de Teodosio, que debe corresponder al 439 ó 446 d. C. El período que trascurrió desde la persecución de Decio se confirma fácilmente; y sólo la ignorancia de Mahoma o las leyendas podían suponer un intervalo de tres o cuatrocientos años. <<

[1553] Jaime, uno de los padres ortodoxos de la Iglesia siria, nació en el año 452 d. C.; empezó a componer sus sermones en 474 d. C.; fue electo obispo de Batna, en el distrito de Sarug, provincia de Mesopotamia, en 519 d. C., y murió en 521 d. C. (Assemann, t. I, p. 288, 289). En cuanto a la homilía de *Pueris Ephesinis*, véanse pp. 335-339; aunque hubiera deseado que Assemann hubiese traducido el texto de Jaime de Sarug en vez de contestar a las objeciones de Baronio. <<

[1554] Véase el *Acta Sanctorum* de los Bolandistas (*Mensis Julii*, t. VI, p. 375-397). Este inmenso calendario de santos, en 126 años (1644-1770), y en cincuenta tomos en folio, no llega más que hasta el 7 de octubre. La supresión de los jesuitas ha suspendido muy probablemente, un emprendimiento que, por medio de la fábula y la superstición, transmite mucho conocimiento histórico y filosófico. <<

[1555] Véase Maracci, Alcorán, Sura XVIII, t. II, pp. 420-427, y t. I, part. IV, p. 103. Con semejante privilegio, Mahoma no mostró mucho gusto o ingenio. Inventó el perro (*Al Rakim*) de los siete durmientes; el respeto del Sol, que alteraba su curso dos veces al día para no alumbrar la caverna; y el cuidado del propio Dios, que preservaba sus cuerpos de la putrefacción, volviéndolos de derecha a izquierda. <<

[1556] Véase D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, p. 139; y Renaudot, *Hist. Patriarch. Alexandrin*, pp. 30, 40. <<

[1557] Pablo, diácono de Aquileia (de Gestis Langobardorum, l. I, c. 4, pp. 745, 746, edit. Grot.), que vivió hacia fines del siglo VIII, ha ubicado en una caverna, bajo una roca, a orillas del océano, a los siete durmientes del Norte, cuyo profundo reposo respetaban los bárbaros. Sus trajes indicaban que eran romanos; y el diácono supone que la Providencia los reservaba como los futuros apóstoles de las naciones no creyentes. <<

[1558] Los materiales auténticos para la historia de Atila pueden hallarse en Jornandes (de *Rebus Geticis*, c. 34-50, pp. 660-688, edit. Grot.) y Prisco (*Excerpta de Legationibus*, pp. 33-76, París, 1648). No he visto las Vidas de Atila, compuestas por Juvencus Cælius Calanus Dalmatinus, en el siglo doce, o por Nicolas Olahus, arzobispo de Gran, en el dieciséis. Véase la *Historia de los Germanos*, por Mascou, IX, 23, y Maffei, *Osservazioni Litterarie*, t. I, pp. 88, 89. Todo lo que han añadido los húngaros modernos debe ser fabuloso; y parece que no han sobresalido en el arte de la ficción. Suponen que cuando Atila invadió Galia e Italia, se casó con un sinnúmero de mujeres, etc., y que tenía ciento veinte años. *Thevrocz Chron*., p. I, c. 22, en Scrip. Hungar., t. I, p. 76. <<

[1559] Hungría fue ocupada sucesivamente por tres colonias escitas: 1. los hunos de Atila; 2. los abares del siglo sexto y 3. los turcos o mayares, 889 d. C., los verdaderos antecesores de los húngaros modernos, cuya relación con los primeros es sumamente remota. El *Prodromus* y la *Notitia* de Mateo Belio contienen una infinidad de apuntes sobre la Hungría antigua y moderna. He visto los extractos en la *Bibliothèque Ancienne et Moderne*, t. XXII, pp. 1-51, y *Bibliothèque Raisonnée*, t. XVI, pp. 127-175. <<

[1560] Sócrates, l. VII, c. 43; Teodoreto, l. V, c. 37. Tillemont, que siempre se apoya en la autoridad de escritores eclesiásticos,

afirma seriamente (*Hist. des Emp.*, t. VI, pp. 136, 607) que las guerras y las personas no eran las mismas. <<

[1561] Véase Prisco, pp. 47, 48, e *Hist. des Peuples de l'Europe*, t. VII, c. XII, XIII, XIV, XV. <<

[1562] Prisco, p. 39. Los húngaros modernos deducen su genealogía, que asciende hasta el trigésimo quinto grado, de Ham, el hijo de Noé; con todo ignoran el verdadero nombre de su padre (De Guignes, *Hist. des Huns*, t. II, p. 297). <<

[1563] Compárese Jornandes (c. 35, p. 661) con Buffon, *Hist. Naturelle*, t. III, p. 380. El primero tenía derecho a decir: «Originis suæ signa restituens». El retrato de Atila está probablemente tomado de Casiodoro. <<

[1564] Abulfaragio, *Dynast. vers.* Pocock, p. 281. *Genealogical History of the Tartars*, por Abulghazi Bahader Khan, part. III, c. 15; part. IV, c. 3; *Vie de Gengiscan*, por Petit de la Croix, l. I, c. 1, 6. Las relaciones de los misioneros, que visitaron Tartaria en el siglo trece (véase el tomo VII de *Histoire des Voyages*) dan a conocer su idioma y costumbres populares: llamaban a Gengis hijo de Dios, etc. <<

[1565] «Nec templum apud eos visitur, aut delubrum, ne tugurium quidem culmo tectum cerni usquam potest; sed *gladius* Barbarico ritu humi figitur nudus, eumque ut Martem regionum quas circumcircant præsulem verecundius colunt». Amiano Marcelino, XXXI, 2, y las sabias notas de Lindembrogio y Valesio. <<

[1566] Refiere Prisco esta célebre historia, tanto en su texto original (p. 65) como en la citación hecha por Jornandes (c. 35, p. 662). Podía haber explicado la tradición o conseja que caracteriza esta célebre espada, y el nombre así como los atributos de la deidad escita, a quien trasforma en el Marte de

los griegos y romanos. <<

[1567] Herodoto, l. IV, c. 62. Por economía, he calculado con el estadio más pequeño. En los sacrificios humanos cortaban un brazo a la víctima, que arrojaban al aire, formando augurios según caía en la pira. <<

[1568] Prisco, p. 55. Un héroe más civilizado, Augusto, se complacía en extremo, si la persona sobre quien fijaba su vista parecía no poder resistir su divino resplandor. Suetonio, en August. c. 79. <<

[1569] El conde de Buat (*Hist. des Peuples de l'Europe*, t. VII, pp. 428, 429) trata de justificar a Atila del asesinato de su hermano; y aun casi desecha el testimonio de Jornandes y de las crónicas contemporáneas. <<

[1570] «Fortissimarum gentium dominus, qui inaudita antese potentia, solus Seythica et Germanica regna possedit». Jornandes, c. 49, p. 684; Prisco, pp. 64, 65. De Guignes, con el conocimiento del chino, adquirió (t. II, pp. 295-301) una idea exacta del imperio de Atila. <<

[1571] Véase la *Hist. des Huns*, t. II, p. 296. Los jeujenes creían que los hunos podían promover a su antojo las tempestades. Producía este fenómeno la piedra *Gezi,* a cuyo mágico poder atribuyeron los tártaros mahometanos del siglo catorce la pérdida de una batalla. Véase Cherefeddin Ali, *Hist. de Timur Bec*, t. I, pp. 82, 83. <<

[1572] Jornandes, c. 35, p. 661; c. 37, p. 667. Véase Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. VI, pp. 129, 138. Corneille representó el orgullo de Atila con sus reyes súbditos; y su tragedia empieza con estos dos versos extravagantes:

Ils ne sont pas venus, nos deux rois? Qu'on leur dit

Qu'ils se font trop attendre, et qu'Attila s'ennuie.

Los dos reyes de los gépidos y de los ostrogodos son profundos políticos y amantes sentimentales; toda la tragedia manifiesta los defectos del poeta, sin el numen. <<

[1573]

… allii per Caspia claustra

Armeniasque nives, inopino tramite ducti

Invadunt Orientis opes: jam pascua fumant

Cappadocum, voluerumque parens Argeus equorum.

Jam rubet altus Halys, nec se defendit iniquo

Monte Cilix; Syriæ tractus vastantur amæni;

Assuetumque choris, et 1æta plebe canorum,

Proterit imbellem sonipes hostilis Orontem.

Claudiano, en *Rufin*., l. II, 28-35.

Véase también en Eutropio, l. I, 243-251, y la descripción de Jerónimo, que escribió según sus sentimientos, t. I, p. 26, ad Heliodor., p. 200, ad Ocean. Filostorgio (l. IX, c. 8) menciona esta irrupción. <<

[1574] Véase la conversación original de Prisco, pp. 64, 65. <<

[1575] Prisco, p. 331. Su historia contenía una extensa y elocuente relación de la guerra (Evagrio, l. I, c. 17), pero lo único que se ha conservado son los extractos relativos a las embajadas. Con todo, la obra original aún existía en tiempo de los escritores, de quienes tomamos nuestros apuntes imperfectos, Jornandes, Teófanes, conde Marcelino, Próspero-Tiro, y el autor de la crónica alejandrina. De Buat (*Hist. des Peuples de l'Europe*, t. VII, c. XV) examinó los motivos, circunstancias y duración de esta guerra, y la coloca en el año 444. <<

[1576] Procopio, de *Ædificiis*, l. IV, c. 5. Estas fortalezas fueron reparadas y reforzadas por el emperador Justiniano; pero

destruidas luego por los abares, que sucedieron a los hunos en el poder y en sus posesiones. <<

[1577] «Septuaginta civitates —dice Próspero-Tiro—, depredatione vastatæ». El lenguaje del conde Marcelino es aún más enérgico: «Pene totam Europam, invasis *excisisque* civitatibus atque castellis, *conrasit*». <<

[1578] Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. VI, pp. 106, 107) da mucha importancia a este célebre terremoto, que se sintió desde Constantinopla a Antioquía y Alejandría, y todos los eclesiásticos lo ensalzan. Un terremoto en manos de un predicador popular es una palanca de una fuerza extraordinaria. <<

[1579] Hizo presente el emperador de los mongoles que las cuatro provincias (Petcheli, Chantong, Chansi y Leaotong) que ya poseía, bajo una buena administración, podían producir, quinientas mil onzas de plata (14 350 kg), cuatrocientas mil medidas de arroz y ochocientas mil piezas de seda. Gaubil, *Hist. de la Dynastie des Mongous*, pp. 58, 59. Yelutchousay (éste era el nombre del mandarín) era un sabio y virtuoso ministro, que salvó a su país y civilizó a los conquistadores. <<

[1580] Sería interminable citar ejemplos particulares; pero el minucioso lector puede consultar la *Vida de Gengiscan*, por Petit de la Croix, la *Histoire des Mongous*, y el tomo XV de la *Historia de los Hunos*. <<

[1581] En Maru, un millón trescientos mil; en Herat, un millón seiscientos mil; en Neisabur, un millón setecientos cuarenta y siete mil. D'Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, pp. 380, 381. He seguido la ortografía de los mapas de D'Anville. Es menester convenir que los persas exageraban sus pérdidas y los mongoles ensalzaban sus victorias. <<

[1582] Cherefeddin Ali, su adulador panegirista, nos proporciona muchos bárbaros ejemplos. Timur, en su campamento delante de Delhi, mandó asesinar a cien mil prisioneros indios, porque se *sonrieron* a la vista del ejército de sus compatriotas (*Hist. de Timur Bec*, t. III, p. 90). La ciudad de Ispahán suministró setenta mil cráneos humanos para la construcción de varias altas torres (id. t. I, p. 434). En la sublevación de Bagdad (t. III, p. 370) se cobró un impuesto semejante; y el número exacto, que Cherefeddin no pudo procurarse, lo fija otro historiador (Ahmed Arabsiada, t. II, p. 175, vers. Manger) en noventa mil cabezas. <<

[1583] Los antiguos Jornandes, Prisco, etc., ignoraban este epíteto. Los húngaros modernos suponen que un ermitaño de la Galia se lo aplicó a Atila, quien solía insertarlo entre los títulos de su dignidad real. Mascou, IX, 23, y Tillemont, Hist. des Empereurs, t. VI, p. 143. <<

[1584] Los misioneros de san Crisóstomo convirtieron gran número de escitas que vivían allende el Danubio en tiendas y carros. Teodoreto, l. V, c. 31; Focio, p. 1517. Los mahometanos, nestorianos y cristianos latinos se creían seguros de ganar a los hijos y nietos de Gengis, quienes trataban a los misioneros rivales con suma bondad. <<

[1585] Los germanos que exterminaron a Varo y sus legiones habían sido gravemente ofendidos por las leyes y abogados romanos. Uno de los bárbaros, después de tomar sus precauciones, habiendo cortado la lengua a un abogado y cosídole la boca, dijo con satisfacción que la víbora ya no podía silbar. Floro, IV, 12. <<

[1586] Prisco, p. 59. Los hunos preferían la lengua gótica y el latín a su propio idioma, que probablemente era duro y estéril. <<

[1587] Filipo de Comines, en su admirable descripción de los últimos momentos de Luis XI (*Mémoires,* l. VI, c. 12), pinta la insolencia del médico, que en cinco meses consiguió del severo y ambicioso tirano un millón trescientos treinta mil reales y un rico obispado. <<

[1588] Prisco (p. 61) ensalza la equidad de las leyes romanas que protegían la vida del esclavo. «Occidere solent —dice Tácito de los germanos— non disciplina et severitate, sed impetu et ira, ut inimicum, nisi quod impune». De *Moribus Germ*., c. 25. Los hérulos, que eran los súbditos de Atila, reclamaron y ejercieron el poder de vida o muerte sobre sus esclavos. Véase un ejemplo en el tomo II de Agatias. <<

[1589] Véase toda la conversación en Prisco, pp. 59-62. <<

[1590] «Nova iterum Orienti assurgit ruina [...] quum nulla ad Occidentalibus ferrentur auxilia». Próspero-Tiro compuso su crónica en el Oriente, y su observación envuelve una censura. <<

[1591] Según la descripción o más bien la crítica de Crisóstomo, muy productiva debía ser una venta pública del lujo bizantino. Toda casa acomodada poseía un mesa semicircular de plata maciza, que dos hombres no podían mover, un vaso sólido de oro de peso de cuarenta libras, copas, platos, del mismo metal, etc. <<

[1592] En Prisco (pp. 34, 35, 36, 37, 53, etc.) se hallan los artículos del tratado, sin orden ni concierto. El conde Marcelino lo aclara algún tanto diciendo: 1. que el mismo Atila solicitó la paz y presentes que había rehusado anteriormente y 2. que en aquella época, los embajadores de la India regalaron al emperador Teodosio un hermosísimo tigre manso. <<

[1593] Prisco, pp. 35, 36. Entre las ciento ochenta y dos fortalezas o castillos de Tracia, enumerados por Procopio (de *Ædificiis*, l.

IV, c. XI, t. II, p. 92, edit. Paris), hay uno llamado *Esimontou*, cuya situación está indudablemente señalada en las cercanías de Anquialo y del mar Euxino. Los muros de Azimuncio existieron hasta el reinado de Justiniano; pero la raza de sus valientes defensores fue cuidadosamente extirpada por los celos de los príncipes romanos. <<

[1594] La disputa de san Jerónimo y san Agustín, que trabajaron por diferentes vías para deslindar la aparente cuestión de los apóstoles, san Pedro y san Pablo, pende de la solución de un hecho importante (*Middleton's Works,* vol. II, pp. 5-10), que ha sido promovido frecuentemente por los doctores católicos y protestantes, y aun por los abogados y filósofos de todos tiempos. <<

[1595] Montesquieu (*Considérations sur la Grandeur*, etc., c. XIX) delineó fácil y atrevidamente algunas de las circunstancias más notables del orgullo de Atila y la miseria de los romanos. Merece elogiársele por haber leído los *Fragmentos* de Prisco, de los que se ha hecho muy poco caso. <<

[1596] Véase Prisco, pp. 69, 71, 72, etc. Creo positivamente que este aventurero fue luego crucificado por orden de Atila, por sospechas de traición; pero Prisco (p. 57) ha distinguido claramente dos personas del nombre de Constancio, que por los acontecimientos semejantes de sus vidas, podrían confundirse fácilmente. <<

[1597] En el tratado persa, firmado en el año 422, el sabio y elocuente Maximino fue el asesor de Ardaburio (Sócrates, l. VII, c. 20). Cuando Marciano ascendió al trono, dio a Maximino el empleo de gran chambelán, que en edicto público le coloca entre los cuatro principales ministros del Estado (*Novell. ad. C.lc. Cod. Theod.*, p. 31). Desempeñó una comisión civil y militar en las provincias de Oriente; y los salvajes de Etiopía,

cuyas correrías había reprimido, lloraron su muerte. Véase Prisco, pp. 40, 41. <<

[1598] Prisco era natural de Panio en Tracia, y merecía por su elocuencia un distinguido puesto entre los sofistas de aquella época. Su Historia Bizantina, que corresponde a aquellos tiempos, forma siete tomos. Véase Fabricio, *Biblioth. Græc.*, t. VI, pp. 235, 236. A pesar de la favorable opinión de los críticos, me parece que Prisco era pagano. <<

[1599] Los hunos continuaban desentendiéndose del cultivo de los campos, abusando de los privilegios de conquistadores, y los godos, sus industriosos súbditos, que ejercían la agricultura, temían su vecindad como la de otros tantos lobos hambrientos (Prisco, p. 45). Los sartos y tadgicos del mismo modo proveían a su propia subsistencia y a la de los tártaros uzbecos, sus holgazanes y rapaces dueños. Véase *Genealogical History of the Tartars*, pp. 423, 455, etc. <<

[1600] Claro es que Prisco pasó el Danubio y el Tisza, y que no llegó al pie de los montes Cárpatos. Agria, Tokay y Jazberin están situadas en las llanuras circunscritas en esta definición. De Buat (*Histoire des Peuples*, etc., t. VII, p. 461) eligió Tokay; Otrokosci (p. 180, *apud* Mascou, IX, 23), sabio húngaro, prefirió Jazberin, ciudad situada a treinta y seis millas (57,93 km) al oeste de Buda y el Danubio. <<

[1601] La aldea real de Atila puede compararse a la ciudad de Karacorum, residencia de los sucesores de Gengis; y a pesar de que parece haber sido una residencia agradable, no igualó la extensión y esplendor de la ciudad y abadía de san Dionisio, en el siglo trece (véase Rabruquis, en la *Histoire Générale des Voyages*, t. VII, p. 286). La descripción del campamento de Aurangzeb, tan hermosamente rasgueada por Bernier (t. II, pp. 217-235), mezcla las costumbres de Escitia con la magnificencia

y el lujo del Indostán. <<

[1602] Cuando los mongoles, en la dieta de Toncal, exhibieron el botín del Asia, el trono de Gengis aún estaba cubierto con el mismo paño negro sobre el que se había sentado cuando ascendió al mando de sus compañeros de armas. Véase *Vie de Gengiscan*, l. IV, c. 9. <<

[1603] Si damos crédito a Plutarco (en Demetrio, t. V, p. 24), era costumbre entre los escitas, cuando gozaban los placeres de la mesa, el despertar su lánguido valor haciendo resonar las cuerdas de sus arcos. <<

[1604] La interesante relación de esta embajada, que requiere pocas observaciones y no es susceptible de ningún testimonio, se halla en Prisco, pp. 49-70. Pero no he seguido el mismo orden; ante todo he extractado las circunstancias históricas que menos relación tenían con el viaje, y con las obligaciones de los embajadores romanos. <<

[1605] Tillemont ha descrito debidamente la sucesión de los chambelanes, que reinaron en nombre de Teodosio. Crisafio fue el último, y según el testimonio unánime de la historia, el peor de estos favoritos (véase *Hist. des Empereurs*, t. VI, pp. 117-119; *Mém. Ecclés.*, t. XV, p. 438). Su parcialidad por su abuelo, el heresiarca Eutiquio, le empeñó en la persecución del partido ortodoxo. <<

[1606] Esta secreta conspiración y sus importantes consecuencias están estampadas en los fragmentos de Prisco, pp. 37, 38, 39, 54, 70, 71, 72. La cronología de este historiador no tiene fecha fija; pero la serie de negociaciones entre Atila y el Imperio de Oriente debe incluirse entre los tres o cuatro años que terminaron, 450 d. C., con la muerte de Teodosio. <<

[1607] El lector Teodoro (véase Vales. *Hist. Ecclés.*, t. III, p. 563), y

la Crónica de Pascal mencionan la caída, sin especificar el dato recibido; pero el suceso es tan natural, y tan improbable el que se inventase, que podemos con toda seguridad dar crédito a Nicéforo Calisto, griego del siglo catorce. <<

[1608] «Pulcheriæ nutu —dice el conde Marcelino— sua cum avaritia interemptus est». Entregó el eunuco a la piadosa venganza de un hijo, cuyo padre había sufrido a instigación suya. <<

[1609] Procopio, de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 4. Evagrio, l. II, c. I; Teófanes, pp. 90, 91; Novell, ad. C.lcem *Cod. Theod.*, t. VI, p. 30. Las alabanzas que san León y los católicos prodigan a Marciano las trascribe Baronio para alentar a los príncipes venideros. <<

[1610] Véase Prisco, pp. 39, 72. <<

[1611] La *Crónica alejandrina* o de Pascal, que coloca este orgulloso mensaje durante la vida de Teodosio, puede haber anticipado la fecha, pero el obtuso analista era incapaz de inventar el estilo original de Atila. <<

[1612] El segundo libro de la *Histoire Critique de l'Établissement de la Monarchie Française*, t. I, pp. 189-424, manifiesta el estado de Galia, cuando la invadió Atila, pero el ingenioso autor, abate Dubos, se extravía a menudo en conjeturas. <<

[1613] Víctor Vitensis (de *Persecut. Vandal.*, l. I, c. 6, p. 8, ed. Ruinart) llama *acer consilio et strenuus in bello*, pero su valor, cuando fue desgraciado se tachó de desesperado arrojo; y Sebastián mereció u obtuvo el epíteto de *præceps* (Sidon., Apollinar, *Carmen*, IX, p. 181). Sus aventuras en Constantinopla, Sicilia, Galia, España y África están débilmente delineadas por las *Crónicas* de Marcelino e Idacio. En su desgracia, iba siempre seguido de un numeroso séquito, hasta

que pudo devastar el Helesponto y la Propóntida, y apoderarse de la ciudad de Barcelona. <<

[1614] «Reipublicæ Romanæ singulariter natus, qui superbiam Suevorum, Francorumque barbariem immensis cædibus servire Imperio Romano coegisset». Jornandes, de *Rebus Geticis*, c. 34, p. 660. <<

[1615] Este cuadro está delineado por Renato Profuturo Frigérido, historiador contemporáneo, conocido únicamente por algunos extractos conservados por Gregorio de Tours (l. II, c. 8, t. II, p. 163). Quizás era obligación, o por lo menos interés, de Renato ensalzar las virtudes de Ecio; pero habría mostrado más ingenio si no hubiera insistido en su carácter sufrido y bondadoso. <<

[1616] La embajada se componía del conde Rómulo; de Promoto, presidente de Nórico; y de Romano, duque militar. Los acompañaba Tatulo, ciudadano ilustre de Petovio, en la misma provincia, y padre de Orestes, que se casó con la hija del conde Rómulo. Véase Prisco, pp. 57, 65. Menciona Casiodoro (*Variar.*, I, 4) otra embajada, desempeñada por su padre y Carpilio, el hijo de Ecio, pero como ya no existía Atila, podía alardear sin riesgo sobre su intrepidez en su presencia. <<

[1617] «Deserta Valentinæ urbis rura Alanis partienda traduntur». Prosper, Tyronis «Chron.», en *Historiens de France*, t. I, p. 639. Algunas líneas después dice Próspero que se asignaron tierras a los alanos de Galia ulterior. Sin admitir la enmienda de Dubos (t. I, p. 300), la razonable suposición de dos colonias o guarniciones alanas confirma sus argumentos y anula sus objeciones. <<

[1618] Véase Prosper, *Tyro*, p. 639. Sidonio (*Panegyr. Avit.*, 246) se queja en nombre de la Auvernia, su país nativo:

Litorius Scythicos equites tunc forte subacto,

Celsus Aremorico, Geticum rapiebat in agmen

Per terras, Arverne, tuas, qui proxima quæque

Discursu, flammis, ferro, feritate, rapinis,

Delebant; pacis fallentes nomen inane.

Otro poeta, Paulino de Perigord, confirma la queja: *Nam socium vix ferre queas, qui durior hoste*. Véase Dubos, t. I, p. 330. <<

[1619] Teodorico II, hijo de Teodorico I, manifestó a Avito su resolución de reparar o espiar las faltas de su abuelo:

Quæ noster peccavit avus, quem fuscat id unum,

Quod te, Roma, capit.

Sidon, *Panegyric. Avit*, 505.

Este carácter, propio únicamente del gran Alarico, establece la genealogía de los reyes góticos que hasta entonces había sido desconocida. <<

[1620] El nombre de Sapaudia, origen de Saboya, se halla mencionado por Amiano Marcelino; y la *Notitia* confirma dos puestos militares dentro de los límites de aquella provincia: una cohorte estaba estacionada en Grenoble, en el Delfinado, y Ebreduno o Iverdun abrigaba una flota de buques menores que dominaba el lago de Neuchatel. Véase Valesio, *Notit. Galliarum*, p. 505; D'Anville, *Notice de l'Ancienne Gaule*, pp. 284, 579. <<

[1621] Salviano trató de explicar el gobierno moral de la Deidad; empresa fácil de desempeñar, suponiendo que las calamidades de los malos son castigo, y las de los buenos, pruebas. <<

[1622]

Capto terratum danina patebant

Litorio, in Rhodanum proprios producere fines,

Theudoridæ fixum; nec erat pugnare necesse,

Sed migrare Getis; rabidam trux asperat iram

Victor; quod sensit Scythicum sub mænibus hostem

Imputat, et nihil est gravius, si forsitan unquam.

Vincere contingat, trepido.

Sidonio, *Panegyr. Avit*, 300, etc.

Según el deber de un panegirista, Sidonio luego continúa trasfiriendo todo el mérito de Ecio a su ministro Avito. <<

[1623] Teodorico II reverenciaba a Avito como su preceptor:

Mihi Romula dudum Per te jura placent:

parvumque ediscere jussit Ad tua verba pater,

docili quo prisca Maronis Carmine molliret

Scythicos mihi pagina mores.

Sidonio, *Panegyr. Avit.*, p. 495, etc. <<

[1624] Nuestras autoridades para el reinado de Teodorico I son Jornandes, de *Rebus Geticis*, c. 34, 36, y las *Crónicas* de Idacio y de los dos Prósperos, insertas en los *Historiadores de Francia*, t. I, pp. 612-640. A éstos podemos añadir Salviano, de *Gobernatione Dei*, l. VII, pp. 243, 244, 245 y el *Panegírico de Avito*, por Sidonio. <<

[1625] «Reges Crinitos se creavisse de prima, et ut ita dicam nobiliori suorum familia» (Greg. Turon., l. II, c. 9, p. 166 del tomo II de los *Historiadores de Francia*). Gregorio no menciona el nombre «merovingio» —que puede, con todo, fijarse a principios del siglo VII— como la denominación distintiva de la familia real y aun de la monarquía francesa. Un crítico instruido deriva los merovingios del gran Marabodos y prueba claramente que el príncipe que dio su nombre a la primitiva raza era más antiguo que el padre de Childerico. Véase *Mémoires de l’Académie des Inscriptions*, t. XX, pp. 52-90, t. XXX, pp. 557-587.

<<

[1626] Esta costumbre germana, seguida desde el tiempo de Tácito hasta el de Gregorio de Tours, fue al fin adoptada por los emperadores de Constantinopla. Montfaucon, de un manuscrito del siglo X, sacó la descripción de una ceremonia idéntica, que la barbarie de los tiempos había aplicado al rey David. Véase *Monumens de la Monarchie Française*, t. I, «Discours Préliminaire». <<

[1627] «Cæsaries prolixa […] crinium flagellis per terga dimissis», etc. Véanse el prólogo del tomo III de los *Historiadores de Francia* y el abate de Bæuf (*Dissertat*., t. III, pp. 47-79). Esta costumbre peculiar de los merovingios la han citado naturales y extranjeros. Prisco (t. I, p. 608), Agatias (t. II, p. 49) y Gregorio de Tours (l. III, 18, l. VI, 24, l. VII, 10; t. II, pp. 196, 278, 316). <<

[1628] Véase la descripción original de la figura, vestidos, armas y carácter de los antiguos francos, en Sidonio Apolinario (*Panegyr. Majorian*., pp. 238-254); estas descripciones, aunque toscamente delineadas, tienen un valor intrínseco. El padre Daniel (*Hist. de la Milice Françoise*, t. I, pp. 2-7) aclaró esta descripción. <<

[1629] Dubos, *Hist. Critique*, etc., t. I, pp. 271, 272. Algunos geógrafos colocaron a Dispargo en la orilla germana del Rin. Véase una nota de los editores benedictinos a los *Historiadores de Francia*, t. II, p. 166. <<

[1630] El bosque Carbonario era aquella parte de las Ardenas que estaba entre el Escalda o Scheldt y el Mosa. Vales., *Notit. Gall*., p. 126. <<

[1631] Gregorio Turon., l. II, c. 9, en t. II, pp. 166, 167; Fredegar., *Epitom*., c. 9, p. 395; *Gesta Reg. Francor*., c. 5, en t. II, p. 544;

Vit. S. Remig. ab Hincmar, en t. III, p. 373. <<

[1632]

Frantus qua Cloio patentes

Atrebatum terras pervaserat.

Panegyr. Majorian, p. 212.

El lugar era una ciudad o aldea llamada Vicus Helena, y nombre y paraje fueron descubiertos por geógrafos modernos en Lens. Véase Vales., *Notit. Gall.*, p. 246; Longuerue, *Description de la France*, t. II, p. 88. <<

[1633] Véase una vaga relación del combate en Sidonio, *Panegyr. Majorian.*, pp. 212-230. Los críticos franceses, deseosos de establecer su monarquía en Galia, se han apoyado en el silencio de Sidonio, que no se atreve a insinuar que los francos vencidos se vieron obligados a cruzar el Rin. Dubos, t. I, p. 322. <<

[1634] Salviano (de *Gubernat. Dei*, l. VI) expresó en términos vagos y tono declamatorio las desgracias de estas tres ciudades, que son citadas por el instruido Mascon, *Historia de los Antiguos Germanos*, IX, p. 21. <<

[1635] Prisco, al referir el contexto, no menciona a los dos hermanos, habiendo visto al segundo en Roma, un joven sin barba, con larga cabellera (*Historiadores de Francia*, t. I, pp. 607, 608). Los editores benedictinos suponen que eran los hijos de algún rey desconocido de los francos, que había reinado en las orillas del Necker, pero los argumentos de M. de Foncemague (*Mém. de l'Académie*, t. VIII, p. 464) parecen probar que los dos hijos disputaron la sucesión de Clodión y que el menor era Meroveo, padre de Childerico. <<

[1636] Bajo la raza merovingia, el trono era hereditario, pero todos los hijos del difunto tenían igual derecho a su parte de los tesoros y territorios. Véanse las «Disertaciones» de M. de

Foncemagne, en los tomos VI y VIII de las *Memorias de la Academia.* <<

[1637] Aún existe una medalla que representa el agradable rostro de Honoria con el título de Augusta y en el reverso lleva la impropia leyenda de *Salus Reipublicæ* alrededor del monograma de Cristo. Vease Ducange, *Famil. Byzantin.*, pp. 67, 73. <<

[1638] Véase Prisco, pp. 39, 40. Puede muy bien alegarse que si las mujeres podían ascender al trono, Valentiniano, que se había desposado con la hija y heredera del joven Teodosio, habría reclamado su derecho o la corona del Imperio de Oriente. <<

[1639] Las aventuras de Honoria se hallan, aunque imperfectamente, en Jornandes, de *Successione Regn.*, c. 97, y de *Reb. Get.*, c. 42, p. 674, y en las *Crónicas* de Próspero y de Marcelino, pero no pueden mirarse como auténticas o probables, a menos que separemos, por un intervalo de tiempo y lugar, sus intrigas con Eugenio y su invitación a Atila. <<

[1640] «Exegeras mihi, ut promitterem tibi, Attilæ bellum stylo me posteris intimaturum […] cæperam scribere, sed operis arrepti fasce perspecto, teduit inchoasse». Sidon., Apoll., l. VIII, epist. 45, p. 235. <<

[1641]

Subito cum rupta tumultu

Barbaries totas in te transfuderat Arctos,

Gallia, Pugnacem Rugum comitante Gelono,

Gepida trux sequitur; Scyrum Burgundio cogit

Chunus, Bellonotus, Neurus, Basterna, Toringus

Bructerus, ulvosa vel quem. Nicer abluit unda

Prorumpit Francus. Cecidit cito secta hipenni

Hercynia in lintres, et Rhenum texuit alno.

Et jam terrificis diffuderat Attila turmis

In campos se, Belga, tuos.

Panegyr. Avit., p. 319, etc. <<

[1642] En Jornandes (de *Reb. Geticis*, c. 36-41, pp. 662-672) se halla la relación más auténtica y circunstanciada de esta guerra. A veces compendia y otras trascribe la gran historia de Casiodoro. Es casi superfluo repetir que Jornandes puede ser aclarado por Gregorio de Tours, l. II, c. 5, 6, 7 y por las *Crónicas* de Idacio, de Isidoro y de los dos Prósperos. Todos los testimonios antiguos se hallan recopilados e insertos en los *Historiadores de Francia*, pero el lector debe estar prevenido contra un supuesto extracto de las *Crónicas* de Idacio (entre los fragmentos de Fredegario, t. II, p. 492), que contradice a menudo el texto original del obispo gallego. <<

[1643] Las antiguas leyendas merecen alguna atención, pues tienen que elaborar el relato sobre la verdadera historia de sus tiempos. Véanse las vidas de san Lupo, san Amiano, los obispos de Metz, santa Genoveva, etc., en los *Historiadores de Francia*, t. I, pp. 644, 645, 649; t. III, p. 369. <<

[1644] El escepticismo del conde de Buat (*Hist. des Peuples*, t. VII, pp. 539, 540) no puede avenirse con los principios de la razón. ¿No es Gregorio de Tours exacto en su relación de la destrucción de Metz? ¿Cien años después podía él ignorar, podía el pueblo ignorar la suerte de la ciudad, la residencia actual de sus soberanos, los reyes de Austrasia? El instruido conde, que parece haber emprendido la apología de Atila y de los bárbaros, cita el supuesto Idacio «parcens civitatibus Germaniæ et Galliæ» y olvida que el verdadero Idacio afirma explícitamente «plurimæ civitates effractæ», entre las cuales enumera a Metz. <<

[1645]

Vix liquerat Alpes

Aetius, tenue, et rarum sine milite ducens

Robur, in auxilfis Geticum male credulus agmen

Incassum prepri;s prwsumens adfore castris.

Panegyr. Avit., p. 328, etc. <<

[1646] En el panegírico de Avito y en el capítulo treinta y seis de Jornandes, se halla descrita la administración de Atila, Ecio y de los visigodos, aunque imperfectamente. El poeta y el historiador, ambos estaban animados por prevenciones personales o nacionales. El primero ensalza el mérito de Avito, «orbis, Avite, salus!», etc. El segundo se muestra deseoso de presentar a los godos del modo más favorable. Sin embargo su concordancia, una vez bien interpretados, prueba su veracidad. <<

[1647] La revista del ejército de Ecio se halla en Jornandes, c. 36, p. 644, ed. Grot., t. II, p. 23 de los *Historiadores de Francia*, con las notas del editor benedictino. Los letos eran un pueblo entremezclado de bárbaros, nacidos o naturalizados en Galia, y los riparios o ripuarios derivaban su nombre de su posición entre los tres ríos, el Rin, el Mosa y el Mosela; los armoricanos poseían las ciudades independientes entre el Sena y el Loira. Una colonia de sajones se había establecido en la diócesis de Bayeux; los borgoñones vivían en la Saboya; y los breones eran una tribu guerrera de Retianos, al este del lago de Constancia. <<

[1648] «Aurelianensis urbis obsidio, oppugnatio, irruptio nec direptio». l. V, Sidon. Apollin., l. VIII, *Epíst.* 15, p. 246. La conservación de Orleans puede mirarse fácilmente como un milagro obtenido y predicho por el santo obispo. <<

[1649] Las ediciones comunes indican XCM, pero manuscritos con alguna autoridad (y casi ninguna autoridad es suficiente) contienen el número más probable de XVM. <<

[1650] Châlons o Duro Catalaunum, después Catalauni, había formado parte del territorio de Reims, desde donde sólo dista veintisiete millas [43 km]. Véase Vales., *Notit. Gall.*, p. 136; D'Anville, *Notice de l'Ancienne Gaule*, pp. 212, 279. <<

[1651] Gregorio de Tours menciona a menudo el nombre de Campania o Champaña; aquella vasta provincia, de la que Reims era la capital, obedecía el mando del duque. Vales., *Notit.*, pp. 420-423. <<

[1652] Siento mucho que estas arengas militares estén por lo general compuestas por el historiador; con todo, los antiguos ostrogodos, que habían servido en tiempo de Atila, podrían repetir los discursos de Casiodorio: las ideas y aun las expresiones tienen cierto aire escita; y dudo que un italiano del siglo VI hubiera pensado en el «hujus certaminis gaudia». <<

[1653] Las expresiones de Jornandes, o más bien de Casiodoro, son sumamente enérgicas. «Bellum atrox, multiplex, inmane, pertinax, cui simile nulla usquam narrat antiquitas: ubi talia gesta referuntur, ut nihil esset quod in vita sua conspicere potuisset egregius, qui hujus miraculi privaretur aspectu». Dubos (*Hist. Critique*, t. I, pp. 392, 393) trata de conciliar los ciento sesenta y dos mil de Jornandes con los trescientos mil de Idacio e Isidoro, y supone que el número más grande incluye la destrucción total de la guerra, las enfermedades, la matanza del pueblo indefenso, etc. <<

[1654] El conde de Buat (*Hist. des Peuples*, t. VII, pp. 554-673), ateniéndose al falso y desechando otra vez al verdadero Idacio, dividió la derrota de Atila en dos grandes batallas: la primera cerca de Orleans, la segunda en Champaña; en una pereció Teodorico, en la otra quedó vengado. <<

[1655] Jornandes, de *Rebus Geticis*, c. 41, p. 671. La política de Ecio y la conducta de Turismundo son sumamente naturales, y según Gregorio de Tours (l. II, c. 7, p. 163), el patricio despidió al príncipe de los francos, sugiriéndole un recelo semejante. El falso Idacio pretende ridículamente que Ecio había hecho una visita nocturna y clandestina a los reyes de los hunos y de los

visigodos, y obtuvo de cada uno un presente de diez mil piezas de oro como precio de su retirada. <<

[1656] Estas crueldades deploradas por Teodorico, hijo de Clodoveo (Gregorio de Tours, l. III, c. 10, p. 190), cuadraban con la época y las circunstancias de la invasión de Atila. La tradición popular confirma su residencia en Turingia, y se supone que reunió un *couroultai*, o dieta, en el territorio de Eisenach. Véase Mascon, IX, p. 30, quien establece con esmero la extensión de la antigua Turingia y deriva su nombre de la tribu gótica de los tervingios. <<

[1657] «Machinis constructis, omnibusque tormentorum generibus adhibitis». Jornandes, c. 42, p. 673. Los mongoles, en el siglo XIII, atacaron las ciudades de la China con grandes máquinas, construidas por los cristianos o mahometanos que estaban a su servicio, que arrojaban piedras del peso de ciento cincuenta a trescientas libras [69 a 138 kg]. Los chinos usaron, en defensa de su país, la pólvora y aun las bombas cien años antes que fuesen conocidas en Europa. Sin embargo, estas armas celestiales o infernales no bastaban para proteger una nación pusilánime. Véase Gaubil, *Hist. des Mongous*, pp. 70, 71, 155, 157, etc. <<

[1658] Refieren la misma historia Jornandes y Procopio (de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 4, pp. 187, 188): no es fácil decidir cuál es la verdadera. Pero el historiador griego es culpable de una inexactitud, pues coloca el sitio de Aquilea *después* de la muerte de Ecio. <<

[1659] Jornandes, cien años después, afirma que Aquilea estaba tan completamente arruinada, «ita ut vix ejus vestigia, ut appareant, reliquerint». Véanse Jornandes, de *Reb. Geticis*, c. 42, p. 675; Pablo Diacon., l. II, c. 14, p. 785; Luitprando, *Hist.*, l. III, c. 2. Algunas veces se aplicó el nombre de Aquilea al Forum Julii

(Cividad del Friuli), la capital más moderna de la provincia veneciana. <<

[1660] Al describir la guerra de Atila, guerra tan célebre, cuyos pormenores ignoramos, me han servido de guías dos instruidos italianos, que consideran el hecho bastante ventajosamente; Sigonio, de *Imperio Occidentali*, l. XIII, en sus obras, t. I, pp. 495-502; y Muratori, *Annali d'Italia*, t. IV, pp. 229-236, 8. ed. <<

[1661] Esta anécdota puede hallarse en dos artículos diferentes (μεδιόλανον y κόρυκος) de la compilación miscelánea de Suidas. <<

[1662]

Leo respondit, humana hoc piectum manu;

Videres hominem dejectum, si pingere

Leones scirent.

Appendix ad Phædrum, fab. XXV.

El león, en Fedro, apela neciamente desde la pintura al anfiteatro; celebro que Lafontaine con su natural buen gusto (l. III, fáb. X) haya omitido esta conclusión defectuosa. <<

[1663] Describe Pablo el Diácono (de *Gestis Langobard.*, l. II, c. 14, p. 784) las provincias a fines del siglo VII, «Venetia non solum in paucis insulis quas nunc Venetias dicimus, constat; sed ejus terminus a Pannoniæ finibus usque Adduam fluvium protelatur». La historia de esta provincia, hasta el tiempo de Carlomagno, forma la primera parte de lo más interesante de la *Verona Illustrata* (pp. 1-388), en la que el marqués Escipio Maffei se muestra capaz tanto de mayores empresas como minuciosa investigación. <<

[1664] No confirma esta emigración ninguna autoridad contemporánea, pero la verdad está probada por el

acontecimiento; la tradición puede conservar las circunstancias. Los ciudadanos de Aquilea se refugiaron en la isla de Grado, y los de Padua, en Rivo Alto, o Rialto, donde luego se fundó la ciudad de Venecia, etc. <<

[1665] La topografía y antigüedades de las islas venecianas, desde Grado hasta Clodia, o Chioggia, se han descrito con precisión en la *Dissertatio Chorographica de Italia Medii Ævi*, pp. 151-155. <<

[1666] Cassiodor., *Variar*., l. XII, epist. 24. Maffei, *Verona Illustrata,* part. I, pp. 240-254, tradujo y explicó esta interesante carta, con el discernimiento de un instruido anticuario y como súbdito leal, que consideraba a Venecia como la única y legítima descendiente de la república romana. Fija la fecha de la carta, y por consiguiente la prefectura de Casiodoro, en el año 523 d. C. La autoridad del marqués adquiere mayor peso, pues ha preparado una edición de sus obras y ha publicado en la actualidad una disertación sobre la verdadera ortografía de su nombre. Véase *Osservazioni Letterarie*, t. II, pp. 290-339. <<

[1667] Véase el tomo II de Amelot de la Houssaie, *Histoire du Gouvernement de Venise*, traducción del célebre Squittinio. Este libro, que ha sido elogiado mucho más de lo que merece, está tiznado en cada línea por una malevolencia partidaria, y lo verdadero y lo apócrifo está entremezclado, pero el lector puede fácilmente escoger el término medio. <<

[1668] Sirmond (*Not. ad Sidon. Apollin*., p. 19) publicó un pasaje curioso de la *Crónica* de Próspero. «Attila, redintegratis viribus, quas in Gallia amiserat, Italiam ingredi per Pannonias intendit, nihil duce nostro Aetio secundum prioris belli opera prospiciente», etc. Reconviene a Ecio por descuidar la custodia de los Alpes con intención de abandonar Italia, pero esta amarga censura se halla equilibrada por los favorables testimonios de

Idacio e Isidoro. <<

[1669] Véanse los retratos originales de Avieno y de su rival Basilio, delineados y comparados en la carta (I, 9, p. 22) de Sidonio. Había estudiado el carácter de los dos jefes del Senado, pero se aficionó a Basilio como el amigo más firme y desinteresado. <<

[1670] El carácter y principios de León se hallan estampados en ciento cuarenta y una cartas originales, que aclaran la historia eclesiástica de su largo y penoso pontificado, desde el año 440 al 461 d. C. Véase Dupin, *Bibliothèque Ecclésiastique*, t. III, part. II, pp. 120-165. <<

[1671]

tardis ingens ubi flexibus errat

Mincius, et tenera prætexit arundine ripas.

[…] Anne lacus tantos, te Lari maxime, teque

Fluctibus, et fremitu assurgens Benace marino. <<

[1672] El marqués Maffei (*Verona Illustrata*, part. I, pp. 95, 129, 221; part. II, pp. 2, 6) explicó con gusto e inteligencia esta interesante topografía. Establece la entrevista de Atila y san León cerca de Ariolica, o Ardelica, hoy Peschiera, en la confluencia del lago y el río; coloca la villa de Cátulo en la deliciosa península de Sirmio; y descubre los Andes de Virgilio en la aldea de Bandes, situados precisamente, «qua se subducere colles incipiunt», donde los montes Veroneses se deslizan, insensiblemente en la llanura de Mantua. <<

[1673] «Si statim infesto agmine urbem petiissent, grande discrimen esset: sed in Venetia quo fere tractu Italia mollissima est, ipsa soli cælique clementia robur elanguit. Ad hoc panis usu carnisque coctæ, et dulcedine vini mitigatos», etc. Este pasaje de Floro (III, 3) es más aplicable a los hunos que a los cimbrios, y

puede servir de comentario a la plaga celestial con la que Idacio e Isidoro aquejaron a las tropas de Atila. <<

[1674] El historiador Prisco menciona el efecto que produjo este ejemplo en el ánimo de Atila. Jornandes, c. 42, p. 673. <<

[1675] El cuadro de Rafael está en el Vaticano; el *basso* (o quizás el alto) relieve de Algardi, en uno de los altares de san Pedro (Véase Dubos, *Reflexions sur la Poésie et sur la Peinture*, t. I, pp. 519, 520); Baronio (*Annal. Ecclés.*, año 452, núm. 57, 58) sostuvo intrépidamente la verdad de la aparición, que los católicos más instruidos y piadosos han rechazado. <<

[1676] «Attila, ut Priscus historicus refert, extinctionis suæ tempore puellam Ildico nomine, decoram valde, sibi matrimonium post innumerabiles uxores […] socians». Jornandes, c. 49, pp. 683, 684. Luego añade (c. 50, p. 686): «Filii Attilæ, quorum per licentiam libidines pæne populus fuit». La poligamia se practicó en todos tiempos entre los tártaros. La categoría de las esposas plebeyas se regulaba únicamente por sus atractivos; y la matrona envejecida preparaba, sin murmurar, el lecho para su hermosa rival. Pero en las familias reales, las hijas de los kanes trasmitían a sus hijos el derecho hereditario. Véase *Historia Genealógica*, pp. 406, 407, 408. <<

[1677] La noticia de su crimen llegó a Constantinopla, donde se le denominó de diferente modo; y Marcelino observa que el tirano de Europa fue asesinado durante la noche por mano de una mujer. Corneille adaptó a su tragedia este relato, describe la irrupción de la sangre en cuarenta líneas pomposas, y Atila exclama con ridículo enfurecimiento:

S'il ne veut s'arrêter [su sangre]

[Dit-il] on me paiera ce qui m'en va coûter. <<

[1678] Las interesantes circunstancias de la muerte y funerales de

Atila se hallan referidas por Jornandes (c. 49, pp. 683, 684, 685) y están tomadas probablemente de Prisco. <<

[1679] Véase Jornandes, de *Rebus Geticis,* c. 50, pp. 685, 686, 687, 688. La descripción que hace de las armas nacionales es curiosa e importante: «Nam ibi admirandum reor fuisse spectaculum, ubi cernere erat cunctis, pugnantem Gothorum ense furentem, Gepidam in vulnere suorum cuncta tela frangentem, Suevum pede, Hunnum sagitta præsumere, Alanum gravi, Hurulum levi, armatura, aciem instruere». No estoy bien informado de la verdadera situación del río Netad. <<

[1680] Dos historiadores modernos han aclarado la ruina y la división del Imperio de Atila; M. de Buat, con su minuciosa actividad (t. VIII, pp. 3-31, 68-94); y M. de Guignes, por su gran conocimiento de los escritores e idioma chino. Véase *Hist. de los Hunos*, t. II, pp. 315-319. <<

[1681] Placidia murió en Roma, el 27 de noviembre de 450. Fue enterrada en Ravena, donde su sepulcro y su cuerpo, sentado en una silla de ciprés, se conservaron por siglos. El clero ortodoxo hizo halagos a la emperatriz, y san Pedro Crisólogo le aseguró que su fervor por la Trinidad había sido recompensado con una trinidad de hijos. Véase Tillemont, *Hist. des Emp*., t. VI, p. 240. <<

[1682] «Aetium Placidus mactavit semivir amens» es la expresión de Sidonio (*Panegyr. Avit*., p. 359). El poeta conocía el mundo y no se hallaba dispuesto a adular a un ministro que había causado la desgracia de Avito y Mayoriano, los héroes de su canto. <<

[1683] Nuestros apuntes acerca de las causas y circunstancias de las muertes de Ecio y Valentiniano son oscuros e imperfectos. Procopio (de *Bell. Vandal*., l. I, c. 4, pp. 186, 187, 188) es un escritor notable para los acontecimientos que preceden a su

memoria. Su narración fue corregida por cinco o seis crónicas, ninguna de ellas compuesta en Roma o Italia, que sólo pueden expresar en sentencias sueltas los rumores populares cuando fueron transportados a Galia, España, África, Constantinopla o Alejandría. <<

[1684] Esta interpretación de Vecio, un celebrado augur, la cita Varron en su l. XVIII, de las *Antigüedades.* Censorino, de *Die Natali,* c. 17, pp. 90, 91, ed. Havercamp. <<

[1685] Según Varron, el siglo XII debía terminar en el año 447 d. C.; pero la falta de certeza sobre la era de Roma permite alguna anticipación o retraso. Los poetas de la época, Claudiano (de *Bell. Getico*, p. 265) y Sidonio (en *Panegyr. Avit.*, p. 357) pueden considerarse como verdaderos testimonios de la opinión popular.

Jam reputant annos, interceptoque volatu

Vulturis, incidunt properatis sæcula metis.

[…] Jam prope fata tui bissenas vulturis alas

Implebant; scis namque tuos, scis, Roma, labores.

Véase Dubos, *Hist. Critique*, t. I, pp. 340-346. <<

[1686] El libro quinto de Salviano está cuajado de lamentos patéticos y acaloradas invectivas. Su libertad inmoderada prueba la debilidad y corrupción del gobierno romano. Su libro se publicó tras la pérdida de África (439 d. C.) y antes de la guerra de Atila (451 d. C.). <<

[1687] La *Crónica* de Idacio menciona a menudo a los bagaudos de España, que guerrearon con las tropas romanas. Salviano describió en lenguaje enérgico su miseria y rebelión. «Itaque nomen civium Romanorum […] nunc ultro repudiatur ac fugitur, nec vile tamen sed etiam abominabile pæne habetur […] Et hinc est ut etiam hi qui ad Barbaros non confugiunt,

Barbari tamen esse coguntur, scilicet ut est pars magna Hispanorum, et non minima Gallorum [...] De Bagaudis nunc mihi sermo est, qui per malos judices et cruentos spoliati, afflicti, necati postquam jus Romanæ libertatis amiserant, etiam honorem Romani nominis perdiderunt [...] Vocamus rebelles, vocamus perditos quos esse compulimus criminosos». De *Gubernatione Dei,* l. V, pp. 158, 159. <<

[1688] Sidonio Apolinar compuso la décimotercera epístola del libro segundo para refutar la paradoja de su amigo Serrano, que tenía un singular aunque generoso entusiasmo por el difunto emperador. Esta epístola, con alguna indulgencia, puede merecer el elogio de ser una elegante composición; y arroja mucha luz sobre el carácter de Máximo. <<

[1689] «Clientum prævia, pedisequa, circumfusa, populositas», es el séquito que Sidonio mismo (l. I, epís. 9) asigna a otro senador de rango consular. <<

[1690]

Districtus ensis cui super impia

Cervice pendet, non Siculæ dapes

Dulcem elaborabunt saporem:

Non avium citharæque cantus

Somnun reducent.

Horat. *Carm.*, III, 1.

Sidonio concluye su carta con la historia de Damocles, que Cicerón (*Tusculan.*, V, 20, 21) refirió en términos inimitables. <<

[1691] A pesar de la evidencia de Procopio, Evagrio, Idacio, Marcelino, etc., el erudito Muratori (*Annali d'Italia*, t. VI, p. 249) duda de la realidad de esta invitación, y dice con mucha verdad: «Non si può dir quanto sia facile il popolo a sognare e

spacciar voci false». Pero este argumento, del intervalo de tiempo y lugar, es sumamente débil. Los higos que crecían cerca de Cartago se presentaban al tercer día al Senado de Roma. <<

[1692]

… *Infidoque tibi Burgundio ductu*

Extorquet trepidas mactandi principis iras.

Sidon. en *Panegyr. Avit*. 442.

Línea notable, que insinúa que los borgoñones mercenarios habían vendido a Roma y a Máximo. <<

[1693] El éxito aparente del papa León puede confirmarse en Próspero y la *Historian Miscellan.;* pero la improbable idea de Baronio (455 d. C., núm. 13) acerca de que Genserico respetó las tres iglesias apostólicas, no está sostenida ni aun por el dudoso testimonio del *Liber Pontificalis.* <<

[1694] La profusión de Catulo, el primero que hizo dorar el tejado del Capitolio, no fue aprobada universalmente (Plin., *Hist. Natur*., XXXIII, 18), pero fue excedida en mucho por la del emperador Domiciano, que gastó en dorar el exterior del templo doce mil talentos (2 400 000 libras esterlinas). Las expresiones de Claudiano y Rutilio *(luce metalli æmula* […] *fastigia astris,* y *confunduntque vagos delubra micantia visus)* prueban suficientemente que ni los godos ni los cristianos quitaron esta espléndida cubierta (véase Donatus, *Roma Antiqua,* l. II, c. 6, p. 125). Parece que el tejado del Capitolio estaba adornado con estatuas doradas y carros tirados por cuatro caballos. <<

[1695] El lector curioso puede consultar el tratado erudito y exacto de Adriano Reland, de *Spoliis Templi Hierosolymitani in Arcu Titiano Romæ conspicuis*, en 12° Trajecti ad Rhenum, 1716. <<

[1696] El buque que trasportaba las reliquias del Capitolio fue el único de toda la flota que zozobró. Si un sofista fanático o un

pagano intolerante hubiese referido el accidente, se hubiera alegrado de que esta carga sacrílega se hubiese perdido en el mar. <<

[1697] Véase Víctor Vitensis, de *Persecut. Vandal.*, l. I, c. 8, p. 11, 42, edic. Ruinart. Deogracias dirigió sólo tres años la iglesia de Cartago. Si no se lo hubiera enterrado privadamente, su cuerpo hubiera sido despedazado por la loca devoción del pueblo. <<

[1698] La prueba general de la muerte de Máximo y el saqueo de Roma por los vándalos consta en Sidonio (*Panegyr. Avit.* 441-450), Procopio (de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 4, 5, pp. 188, 189, y l. II, c. 9, p. 255), Evagrio (l. II, c. 7), Jornandes (de *Reb. Geticis,* c. 45, p. 677), y las Crónicas de Idacio, Próspero, Marcelino y Teofanes, en el mismo año. <<

[1699] La vida privada y el ascenso de Avito deben deducirse, con la debida precaución del panegírico pronunciado por Sidonio Apolinar, su súbdito y yerno. <<

[1700] Tras el ejemplo de Plinio el Joven, Sidonio (l. II, *Epíst.* 2) compuso la florida, prolija y oscura descripción de su quinta, que llevaba el nombre (*Avitacum*) y había sido propiedad de Avito. Su locación precisa se ignora. Con todo, consúltense las notas de Savaron y Sirmond. <<

[1701] Sidonio (l. II, *Epíst.* 9) ha descrito la vida campestre de los nobles galos, en una visita que hizo a sus amigos, cuyas propiedades se hallaban en las cercanías de Nimes. Pasaban la mañana en el *sphæristerium,* o cancha de tenis, o en la biblioteca, que estaba provista de autores latinos, profanos y religiosos —los primeros para los hombres y los segundos para las señoras—. La mesa se servía dos veces, a la comida y a la cena, con carne (hervida o asada) y vino. Durante el resto del tiempo la gente dormía, paseaba a caballo y tomaba baños calientes. <<

[1702] Tres palabras de un historiador sincero echan por tierra las setenta líneas del panegírico (505-575) que describen la insistencia de Teodorico y Galo luchando para vencer la modesta renuencia de Avito: «Romanum *ambisset* Imperium» (Greg. Turon., l. II, c. 11, en t. II, p. 168). <<

[1703] Isidoro, arzobispo de Sevilla, que pertenecía él mismo a la familia real de los godos, reconoce y casi justifica (*Hist. Goth*., p. 718) el crimen que su esclavo Jornandes había ocultado tan vilmente (c. 43, p. 675). <<

[1704] Esta elaborada descripción (l. I, *Epíst*. II, p. 2-7) fue dictada por algún motivo político. Estaba destinada al público, y los amigos de Sidonio la mostraron antes de que fuera incluida en la colección de sus epístolas. El primer tomo se publicó por separado. Véase Tillemont, *Mémoires Ecclés*., t. XVI, p. 264. <<

[1705] En este retrato de Teodorico, he suprimido muchos detalles y frases técnicas que pueden ser tolerables o realmente inteligibles únicamente para aquellos que, como los contemporáneos de Sidonio, habían frecuentado los mercados en que los esclavos desnudos se exponían para su venta (Dubos, *Hist. Critique*, t. I, p. 404). <<

[1706] *Videas ibi elegantiam Græcam, abundantiam Gallicanam; celeritatem Italam; publicam pompam, privatam diligentiam, regiam disciplinam.* <<

[1707] «Tunc etiam ego aliquid obsecraturus feliciter vincor, et mihi tabula perit ut causa salvetur». Sidonio de Auvernia no era súbdito de Teodorico, pero quizá se vio obligado a solicitar justicia o favor en la corte de Tolosa. <<

[1708] El mismo Teodorico había hecho una promesa solemne y voluntaria de fidelidad, que se entendió tanto en la Galia como en España.

Romæ sum, te duce, Amicus,

Principe te, Miles.

Sidon. *Panegyr. Avit.* 511. <<

[1709] «Quæque sinu pelagi jactat se Bracara dives». Auson., de *Claris Urbibus*, p. 245.

Por el plan del rey de los suevos, es evidente que la navegación desde los puertos de Galicia al Mediterráneo era conocida y practicada. Los buques de Brácara o Braga navegaban cautelosamente a lo largo de la costa, sin arriesgarse a perderse en el Atlántico. <<

[1710] La guerra sueva es la parte más auténtica de la Crónica de Idacio, quien, como obispo de Iria Flavia, fue él mismo un espectador y una víctima. Jornandes (c. 44, pp. 675, 676, 677) se ha explayado con satisfacción sobre la victoria gótica. <<

[1711] En uno de los pórticos o galerías de la biblioteca de Trajano, entre las estatuas de los escritores y oradores célebres. Sidon. Apol., l. IX, *Epíst.* 16, p. 284; Carm., VIII, p. 350. <<

[1712] «Luxuriose agere volens a senatoribus projectus est», es la concisa expresión de Gregorio de Tours (l. II, c. XI, en t. II, p. 168). Una crónica antigua (t. II, p. 649) menciona una burla indecente de Avito, que parece más aplicable a Roma que a Tréveris. <<

[1713] Sidonio (*Panegyr. Anthem.* 302, etc.) alaba el nacimiento real de Ricimero, legítimo heredero, como insinúa, de los reinos gótico y suevo. <<

[1714] Véase la Crónica de Idacio. Jornandes (c. XLIV, p. 676) lo llama, con algún fundamento, «virum egregium, et pene tunc in Italia ad exercitum singularem». <<

[1715] «Parcens innocentiæ Aviti» es el lenguaje compasivo, pero desdeñoso, de Víctor Tunnunensis (en *Chron. apud* Scaliger

Euseb.). En otra parte lo llama «vir totius simplicitatis». Esta alabanza es más humilde pero más sólida y sincera que los halagos de Sidonio. <<

[1716] Se supone que también sufrió la persecución de Diocleciano (Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. V, pp. 279, 696). Gregorio de Tours, partidario suyo, ha dedicado un tomo entero a la gloria de Juliano el Mártir (de *Gloria Martyrum*, l. II, *in Max. Bibliot. Patrum*, t. XI, pp. 861-871), en el que se refieren alrededor de cincuenta milagros tontos obrados por medio de sus reliquias. <<

[1717] Gregorio de Tours (l. II, c. XI, p. 168) es conciso pero correcto en cuanto al reinado de su compatriota. Las expresiones de Idacio, «caret imperio, caret et vita», parecen dar a entender que la muerte de Avito fue violenta; pero debe haber sido secreta, pues Evagrio supone (l. II, c. 7) que murió por la peste. <<

[1718] Después de una modesta apelación al ejemplo de sus hermanos, Virgilio y Horacio, Sidonio confiesa honestamente la deuda y promete pagarla.

Sic mihi diverso nuper sub Marte cadenti

Jussisti placido Victor ut essem animo.

Serviat ergo tibi servati lingua poetæ,

Atque meæ vitæ laus tua sit pretium.

Sidon. Apol., *Carm.*, IV, p. 308.

Véase Dubos, *Hist. Critique*, t. I, p, 448, etc. <<

[1719] Las palabras de Procopio merecen trascribirse: οὗτος γὰρ ὁ Μαιορῖνος ξὑμπαντας τοὑς μώποτε ‘Ρωμαίων βεβασιλευκότας ὑπεραίρων άρετῆ πάσῃ: y despuès άνήρ τά μέν είς τοὑς ὑπηκόους μέτριος γεγονώς, φοβερὸς δέ τά ές τοὑς πολεμίους (de *Bell. Vandal.*, l. I,

c. 7, p. 194); una definición concisa pero completa de la virtud real. <<

[1720] El Panegírico se pronunció en Lyon hacia fines del año 458, mientras el emperador aún era cónsul. Tiene más arte que ingenio, y más trabajo que arte. Los adornos son falsos o triviales; la expresión débil y prolija; y Sidonio carece de habilidad para presentar a la figura principal bajo una luz potente y diferenciada. La vida privada de Mayoriano ocupa alrededor de doscientas líneas (107-305). <<

[1721] Exigió su muerte inmediata y no quedó del todo satisfecha con su desgracia. Parece que Aecio, así como Belisario y Marlborough, estaba manejado por la esposa, cuya fervorosa piedad, aunque pudiese hacer milagros (Gregor. Turon., l. II, c. 7, p. 162), no era incompatible con los consejos viles y sanguinarios. <<

[1722] Los alamanes habían cruzado los Alpes Recios, y fueron derrotados en los *Campi Canini,* o Valle de Bellinzona, por donde fluye el Tesino en su descenso desde el Monte Adula al lago Maggiore (Cluver. *Italia Antiq*., t. I, p. 100, 101). Esta célebre victoria sobre *novecientos* bárbaros (*Panegyr, Majorian,* 373, etc.), muestra la extrema debilidad de Italia. <<

[1723] «Imperatorem me factum, P. C. electionis vestræ arbitrio, et fortissimi exercitus ordinatione agnoscite» (*Novell. Majorian*., tít. III, p. 34. ad. C.lcem *Cod. Theodos.*). Sidonio (386) proclama la voz unánime del Imperio:

Postquam ordine vobis

Ordo omnis regnum dederat; plebs, curia, miles,

Et collega simul.

Este lenguaje es antiguo y constitucional; y podemos observar que el clero no se consideraba aún como un orden distinto del

Estado. <<

[1724] Tanto *dilaciones* como *delaciones* son lecturas posibles, pero la última, a la cual he dado por tanto la preferencia, tiene mucho más sentido y energía. <<

[1725] «Ab externo hoste et a domestica clade liberavimus»: con lo último, Mayoriano debe referirse a la tiranía de Avito, cuya muerte declara por lo tanto como un acto meritorio. En esta ocasión, Sidonio es tímido y oscuro; describe a los doce Césares, las naciones de África, etc., con tal de escapar al peligroso nombre de Avito (305-369). <<

[1726] Véase todo el edicto o epístola de Mayoriano al Senado (*Novell.*, tít. IV, p. 34). Con todo, la expresión *regnum nostrum* lleva alguna marca de la época y no se aviene con la voz *respublica,* que él repite con frecuencia. <<

[1727] Véanse las leyes de Mayoriano (no son más que nueve, pero largas y variadas) al final del Código Teodosiano, *Novell.*, l. IV, pp. 32-37. Gofredo no ha hecho ningún comentario sobre estos fragmentos adicionales. <<

[1728] «Fessas provincialium varia atque multiplici tributorum exactione fortunas, et extraordinariis fiscalium solutionum oneribus attritas», etc. *Novell. Majorian.*, tít. IV, p. 34. <<

[1729] El erudito Greaves (vol. I, pp. 329, 330, 331) halló, por una diligente investigación, que los *aurei* de los Antoninos pesaban ciento dieciocho granos ingleses y los del siglo V solamente sesenta y ocho. Mayoriano da curso a todo el oro acuñado, exceptuando solamente el *gallic solidus*, por su deficiencia, no en el peso, sino en la calidad. <<

[1730] Todo el edicto (*Novell. Majorian,* tít. VI, p. 35) es curioso: «Antiquarum ædium dissipatur speciosa constructio; et ut aliquid reparetur, magna diruuntur. Hinc jam occasio nascitur,

ut etiam unusquisque privatum ædificium construens, per gratiam judicum […] præsumere de publicis locis necessaria, et transferre non dubitet», etc. Petrarca, en el siglo XIV, repitió con igual celo aunque con menos energía las mismas quejas (*Vie de Pétrarque*, t. I, 326, 327). Si sigo esta historia no olvidaré la decadencia y caída de la *ciudad* de Roma, un tema interesante, al cual estaba originalmente limitado mi proyecto. <<

[1731] El emperador censura la indulgencia de Rogaciano, cónsul de Toscana, en términos de una reprobación amarga que suena casi como un resentimiento personal (*Novell.*, tít. IX, p. 37). La ley de Mayoriano que castigaba a las viudas obstinadas, poco después fue suprimida por su sucesor Severo (*Novell. Sever.*, tít. I, p. 37). <<

[1732] Sidon, *Panegyr. Majorian,* 385-440. <<

[1733] Los pasajes más tolerables del Panegírico (470-552) son la revista del ejército y el paso de los Alpes. M. de Buat (*Hist. des Peuples,* etc., t. VIII, pp. 49-55) es un comentador más satisfactorio que Savaron o Sirmond. <<

[1734] Τὰ μέν ὂπλοις, τὰ δέ λόγοις es la justa y convincente distinción de Prisco (*Excerpt. Legat.* p. 42) en un breve fragmento que aclara la historia de Mayoriano. Jornandes ha suprimido la derrota y alianza de los visigodos, que se proclamaron solemnemente en Galicia y se hallan en la *Crónica* de Idacio. <<

[1735] Floro (l. II, c. 2) se divierte con la idea poética de que los árboles se habían trasformado en buques; y efectivamente, toda la transacción, como se relata en el primer libro de Polibio, se desvía mucho del curso probable de los sucesos humanos. <<

[1736]

Interea duplici texis dum littore classem

Inferno superoque mari, cadit omnis in æquor,

Silva tibi,

Sidon, *Panegyr. Majorian,* 441-461.

El número de buques, que Prisco fija en trescientos, está exagerado por una comparación indefinida con las escuadras de Agamenón, Jerjes y Augusto. <<

[1737] Procopio, de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 7, p. 194. Cuando Genserico condujo a su desconocido huésped al arsenal de Cartago, las armas resonaron por sí solas. Mayoriano había pintado sus doradas hebillas de negro. <<

[1738]

Spoliisque potitus

Immensis, robur luxu jam perdidit omne,

Quo valuit dum pauper erat.

Panegyr. Majorian, 330.

Luego atribuye a Genserico, injustamente según parece, los vicios de sus súbditos. <<

[1739] Quemó los pueblos y envenenó los manantiales (Prisco, p. 42). Dubos (*Hist. Critique*, t. I, p. 475) observa que las provisiones que los moros enterraban pudieron escapar a su destructora búsqueda. En un mismo lugar cavaban a veces doscientos o trescientos pozos; y cada uno contenía al menos cuatrocientas fanegas de grano. Viajes de Shaw, p. 139. <<

[1740] Idacio, que se hallaba en Galicia a salvo del poder de Ricimero, declara atrevida y honestamente «Vandali per proditores admoniti», etc.; oculta, sin embargo, el nombre del traidor. <<

[1741] Procop., de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 7, p. 194. El testimonio de Idacio es verdadero e imparcial: «Majorianum de Galliis Romam redeuntem, et Romano imperio vel nomini res

necessarias ordinantem, Richimer livore percitus, et *invidorum* consilio fultus, fraude interficit circumventum». Algunos leen *Suevorum,* y no quiero borrar ninguna de las dos palabras, pues muestran los diferentes cómplices que se unieron en la conspiración contra Mayoriano. <<

[1742] Véanse los epígramas de Enodio, núm. CXXXV, inter Sirmond Opera, t. I, p. 1903. Es insustancial y oscuro; pero Enodio fue nombrado obispo de Pavía cincuenta años después de la muerte de Mayoriano, y su alabanza merece crédito y atención. <<

[1743] Sidonio hace un relato tedioso (l. I, *Epíst*. XI, p. 25-31) de una cena en Arles a la que fue invitado por Mayoriano poco tiempo antes de su muerte. Su intención no era alabar a un emperador difunto; pero una observación casual y desinteresada, «Subrisit Augustus; ut erat, auctoritate servata, cum se communioni dedisset, joci plenus», contrapesa las seiscientas líneas de su panegírico venal. <<

[1744] Sidonio (*Panegyr. Anthem*., 317) lo envía al cielo:

Auxerat Augustus naturæ lege Severus

Divorum numerum.

Y una antigua lista de los emperadores, compuesta por los tiempos de Justiniano, alaba su piedad y fija su residencia en Roma (Sirmond, *Not. ad Sidon*., pp. 111, 112). <<

[1745] Tillemont, que se escandaliza siempre con las virtudes de los infieles, atribuye este ventajoso retrato de Marcelino (que Suidas ha preservado) al celo parcial de un historiador pagano (*Hist. des Empereurs*, t. VI, p. 330). <<

[1746] Procopio de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 6, p. 191. En varias circunstancias de la vida de Marcelino, no es fácil conciliar al historiador griego con las crónicas latinas de la época. <<

[1747] Debo aplicar a Egidio las alabanzas que Sidonio (*Panegyr. Mayorian.*, 553) prodiga a un general sin nombre que mandaba la retaguardia de Mayoriano. Idacio, por la opinión pública, elogia su piedad cristiana; y Prisco menciona (p. 42) sus virtudes militares. <<

[1748] Greg. Turon., l. II, c. 12, en t. II, p. 168. El padre Daniel, cuyas ideas eran superficiales y modernas, estableció algunas objeciones contra la historia de Childerico (*Hist. de France*, t. I, Preface Historique, p. LXXVIII, etc.), pero han sido despejadas satisfactoriamente por Dubos (*Hist. Critique*, t. I, pp. 460-510) y por otros dos autores que disputaron el premio de la academia de Soissons (pp. 131-177, 310-339). Con respecto al destierro de Childerico es necesario, o bien prolongar la vida de Egidio más allá de la fecha designada por la Crónica de Idacio, o bien corregir el texto de Gregorio leyendo «*quarto* anno», en vez de «octavo». <<

[1749] La guerra naval de Genserico está descrita por Prisco (*Excerpta Legation.*, p. 42), Procopio (de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 5, pp. 189, 190, y c. 22. p. 228), Víctor Vitensis (de *Persecut. Vandal.*, l. I, c. 17, y Ruinart, pp. 467-481) y en los tres panegíricos de Sidonio, cuyo orden cronológico está absurdamente traspuesto en las ediciones de Savaron y Sirmond (*Avit. Carm.*, VII, 441-451. *Majorian. Carm.*, V, 327-350, 385-440, *Anthem. Carm.* II, 348-386). En un pasaje, el poeta parece inspirado por su tema y expresa una idea enérgica por medio de una viva imagen:

Hinc Vandalus hostis

Urget; et in nostrum numerosa classe quotannis

Militat excidium; conversoque ordine fati

Torrida Caucaseos infert mihi Byrsa furores. <<

[1750] El poeta mismo se ve obligado a reconocer la desgracia de Ricimero:

Præterea invictus Ricimer, quem publica fata

Respiciunt, proprio solus vix Marte repellit

Piratam per rura vabum.

Italia dirige sus quejas al Tíber; y Roma, a solicitud del dios del río, pasa a Constantinopla, renuncia a sus antiguos derechos e implora la amistad de Aurora, diosa de Oriente. Esta fabulosa maquinación, de la que el ingenio de Claudiano había hecho uso y abuso, es el recurso constante y miserable de la musa de Sidonio. <<

[1751] Los autores originales de los reinados de Marciano, León y Zenón, se reducen a algunos fragmentos imperfectos cuyas deficiencias deben suplirse con las compilaciones más recientes de Teófanes, Zonaras y Cedreno. <<

[1752] Santa Pulqueria murió en 453 d. C., cuatro años antes que su marido nominal; y los griegos modernos celebran su fiesta el 10 de septiembre; dejó un inmenso patrimonio destinado a usos piadosos, o al menos eclesiásticos. Véase Tillemont, *Mémoires Ecclés*., t. XV, pp. 181-184. <<

[1753] Véase Procopio de *Bell. Vandal*., l. I, c. 4, p. 185. <<

[1754] Debemos inferir de esta incapacidad de Aspar para ascender al trono que la mancha de la herejía era perpetua e indeleble, en tanto que la del *barbarismo* desaparecía a la segunda generación. <<

[1755] Teófanes, p. 95. Éste parece ser el origen de una ceremonia que todos los príncipes cristianos del mundo han adoptado desde entonces, y de la que el clero ha derivado enormes consecuencias. <<

[1756] Cedreno (p. 346), que estaba familiarizado con los

escritores de mejores días, conservó las memorables palabras de Aspar: Βασιλεῦ, τον ταὐτην τήν άλουργίδα περιβεβλημένον οὐ χρῆ διαψεύδεσθαι. <<

[1757] El poder de los isaurios conmovió el Imperio de Oriente en los dos reinados siguientes de Zenón y Anastasio; pero terminó en la destrucción de aquellos bárbaros, que mantuvieron su feroz independencia alrededor de doscientos treinta años. <<

[1758] *Tali tu civis ad urbe*

Procopio genitore micas; cui prisca propago

Augustis venit a proavis.

Luego el poeta (Sidon, *Panegyr. Anthem.*, 67-306) pasa a relatar los sucesos y la vida privada del futuro emperador, de la que debía estar muy mal enterado. <<

[1759] Sidonio descubre, con bastante ingenuidad, que esta desilusión le dio un nuevo brillo a las virtudes de Antemio (210, etc.), quien rehusó un cetro y aceptó otro con renuencia (22, etc.). <<

[1760] El poeta celebra otra vez la unanimidad de todas las clases del Estado (15-22); y la *Crónica* de Idacio menciona las fuerzas que acompañaban su marcha. <<

[1761] «Interveni etenim nuptiis Patricii Ricimeris, cui filia perennis Augusti in spem publicæ securitatis copulabatur». El viaje de Sidonio desde Lyon y la festividad de Roma, están descritas con bastante energía. L. I, epíst. 5, pp. 9-13. *Epíst.* 9, p. 21. <<

[1762] Sidonio (l. I, epíst, 9, pp. 23, 24) establece claramente sus motivos, su trabajo y su recompensa. «Hic ipse Panegyricus, si non judicium, certe eventum, boni operis, accepit». Fue nombrado obispo de Clermont en 471 d. C. Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. XVI, p. 750. <<

[1763] El palacio de Antemio estaba en las orillas de la Propóntide. En el siglo IX, Alejo, yerno del emperador Teófilo, obtuvo el permiso de comprar el terreno, y terminó sus días en el monasterio que fundó en aquel delicioso sitio. Ducange, *Constantinopolis Christiana*, pp. 117, 152. <<

[1764] «Papa Hilarius [...] apud beatum Petrum Apostolum, palam ne id fieret, clara voce constrinxit, in tantum ut non ea facienda cum interpositione juramenti idem promitteret Imperator», Gelasio, *Epist. ad Andronicum*, *apud* Baron, 467 d. C., núm. 3. El cardenal observa, con alguna complacencia, que era mucho más fácil poner la herejía en Constantinopla que en Roma. <<

[1765] Damascio, en la vida del filósofo Isidoro, *apud Photium,* p. 1040. Damascio, que vivía en tiempos de Justiniano, compuso otra obra que contiene 570 historias sobrenaturales de almas, demonios y apariciones; los desvaríos del paganismo platónico. <<

[1766] En las obras poéticas de Sidonio, que luego condenó (l. IX, epíst. 16, p. 285), los principales actores son las deidades fabulosas. Si Jerónimo fue azotado por los ángeles sólo por haber leído a Virgilio, el obispo de Clermont, por tan vil imitación, merecía de las musas una paliza adicional. <<

[1767] Ovidio (*Fast.*, l. II, 267-452) ha hecho una divertida descripción de las tonterías de la antigüedad, que inspiraban aún tanto respeto que un grave magistrado, corriendo desnudo por las calles, no era un objeto de asombro ni de risa. <<

[1768] Véase Dionisio Halicarnaseo, l. I, pp. 25, 65, edic. Hudson. Los anticuarios romanos Donato (l. II, c. 18, pp. 173, 174) y Nardini (pp. 386, 387) han trabajado para fijar la verdadera situación de los Lupercales. <<

[1769] Baronio publicó, de un manuscrito del Vaticano, esta epístola del papa Gelasio (496 d. C., núms. 28-45) que se titula «Adversus Andromachum Senatorem, cæterosque Romanos, qui Lupercalia secundum morem pristinum colenda constituebant». Gelasio siempre supone que sus adversarios son cristianos nominales, y para superarlos en absurdas preocupaciones, imputa a esta inocente festividad todas las *calamidades* de la época. <<

[1770] «Itaque nos quibus totius mundi regimen commisit superna provisio [...] Pius et triumphator semper Augustus filius noster Anthemius, licet Divina Majestas et nostra creatio pietati ejus plenam Imperii commiserit, potestatem», etc. Tal es el estilo majestuoso de León, a quien Antemio llama respetuosamente «Dominus et Pater meus Princeps sacratissimus Leo». Véase *Novell. Anthem*., tít. II, III, p. 38, ad calcem *Cod. Theod.* <<

[1771] La expedición de Heraclio está oscurecida por dificultades (Tillemont, *Hist. des Empereurs*, t. VI, p. 640), y se necesita alguna habilidad para valerse de los apuntes suministrados por Teófanes, sin ofender el testimonio más respetable de Procopio. <<

[1772] La marcha de Catón desde Berenice, en la provincia de Cirene, fue más larga que la de Heraclio desde Trípoli. Atravesó el arenoso desierto en treinta días, y fue necesario proveerse, además de los abastos de costumbre, de gran número de pellejos con agua, y algunos *Psylli,* a los que se les atribuía la virtud de chupar el veneno de las mordeduras de las serpientes del país. Véase Plutarco en Caton, *Uticens*., t. IV, p. 275; Estrabon, *Geograph*., l. XVII, p. 1193. <<

[1773] La suma principal está claramente expresada por Procopio (de *Bell. Vandal*., l. I, c. 6, p. 191); las pequeñas partes constituyentes, que Tillemont (*Hist. des Empereurs*, t. VI, p. 396)

ha recopilado trabajosamente de los escritores bizantinos, son menos seguras e importantes. El historiador Malco lamenta la miseria pública (*Excerpt. ex Suida* en *Corp. Hist. Byzant.* p. 58), pero es ciertamente injusto en imputar a León la acumulación de las riquezas exigidas al pueblo. <<

[1774] Este promontorio está a cuarenta millas [64,37 km] de Cartago (*Procop*., libro I, c. 6, p. 192), y a veinte leguas [111,44 km] de Sicilia (Viajes de Shaw, p. 89). Escipión desembarcó más adelante en la bahía, en el verdadero promontorio; véase la animada descripción de Livio, XXIX, 26, 27. <<

[1775] Teófanes (p. 100) afirma que muchos buques de los vándalos fueron hundidos. La aserción de Jornandes (de *Successione Regn.*) acerca de que Basilisco atacó Cartago, debe entenderse en un sentido muy restringido. <<

[1776] Damascio en *Vit. Isidor. apud Phot.*, p. 1048. Parecerá, comparando las tres breves crónicas de la época, que Marcelino había peleado cerca de Cartago y que fue muerto en Sicilia. <<

[1777] En cuanto a la guerra africana, véase Procopio (de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 6, pp. 191, 192, 193), Teófanes (p. 99, 100, 101), Cedreno (pp. 349, 350) y Zonaras (t. II, l. XIV, pp. 50, 51). Montesquieu (*Considerations sur la Grandeur,* etc., c. XX, t. III, p. 497) ha hecho una sensata observación sobre el fracaso de estos grandes armamentos navales. <<

[1778] Jornandes es nuestro mejor guía para los reinados de Teodorico II y Eurico (de *Rebus Geticis,* c. 44, 45, 46, 47, pp. 675-681). Idacio termina demasiado pronto, e Isidoro es muy parco con la información que hubiera podido darnos sobre los asuntos de España. Los acontecimientos que se refieren a la Galia están esmeradamente ilustrados en el libro tercero del abate Dubos, *Hist. Critique*, t. I, pp. 424-620. <<

[1779] Véase Mariana, *Hist. Hispan.*, t. I, l. V, c. 5, p. 162. <<

[1780] Una imperfecta pero original descripción de la Galia, particularmente de Auvernia, se halla en Sidonio, quien, como senador y luego como obispo, estaba profundamente interesado en la suerte de su país. Véase l. V, epíst. 1, 5, 9, etc. <<

[1781] Sidonio, l. III, *Epíst.* 3, pp. 65-68; Gregorio Turon., l. II, c. 24 en t. II, p. 174; Jornandes, c. 45, p. 679. Quizás Ecdicio era sólo el hijastro de Avito, el hijo de su esposa con otro marido. <<

[1782] «Si nullæ a republica vires, nulla præsidia; si nullæ, quantum rumor est, Anthemii principis opes; statuit, et auctore, nobilitas, seu patriam dimitere seu capillos» (Sidonio, l. II, *Epíst.* 1, p. 33). Las últimas palabras (Sirmond, Not. p. 25) pueden igualmente indicar la tonsura clerical, que fue, efectivamente, la elección del propio Sidonio. <<

[1783] La historia de estos bretones puede rastrearse en Jornandes (c. 45, p. 678), Sidonio (l. III, epíst. 9, pp. 73, 74), y Gregorio de Tours (l. II, c. 18 en t. II, p. 170). Sidonio (que llama a estas tropas mercenarias *argutos*, *armatos*, *tumultuosos*, *virtute*, *numero*, *contubernio*, *contumaces*) se dirige a su general en tono de amistad y familiaridad. <<

[1784] Véase Sidonio, l. I, *Epíst.* 7, pp. 15-20, con las notas de Sirmond. Esta carta hace honor tanto a su corazón como a su inteligencia. La prosa de Sidonio, aunque viciada por un gusto falso y afectado, es muy superior a sus versos insípidos. <<

[1785] Cuando el Capitolio dejó de ser un templo, se destinó al uso de los magistrados civiles; y aun hoy es la residencia del Senado romano. A los joyeros y demás se les permitía exponer sus preciosas mercancías en los pórticos. <<

[1786] *Hæc ad regem Gothorum, charta videbatur emitti pacem cum*

Græco Imperatore dissuadens, Britannos super Ligerim sitos impugnari oportere demonstrans, cum burgundionibus jure gentium Gallias dividi debere confirmans. <<

[1787] *Senatusconsultum Tiberianum* (Sirmond, *Not.*, p. 17); pero la ley sólo concedía diez días desde la sentencia hasta la ejecución; en el reinado de Teodosio se añadieron los otros veinte. <<

[1788] *Catilina seculi nostri*. Sidonio (l. II, *Epíst.* 1, p. 33; l. V, epíst. 13, p. 143; l. VII, epíst. 7, p. 185) detesta los crímenes y aprueba el castigo de Seronato, quizá con la indignación de un ciudadano virtuoso, quizá con el resentimiento de un enemigo personal. <<

[1789] Bajo el reinado de Antemio, Ricimero derrotó y mató en batalla a Beorgor, rey de los Alanos (Jornandes, c. 45, p. 678). Su hermana se había casado con el rey de los borgoñones y mantenía una íntima relación con la colonia sueva establecida en Panonia y Nórica. <<

[1790] *Galatam concitatum*. Sirmond (en sus notas a Enodio) aplica esta denominación al mismo Antemio. Probablemente el emperador había nacido en la provincia de Galacia, de cuyos habitantes, los galo-griegos, se sospechaba que unían los vicios de un pueblo salvaje y uno corrompido. <<

[1791] Epifanio fue treinta años obispo de Pavía (467-497 d. C.; véase Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. XVI, p. 788). Su nombre y sus hechos hubieran sido desconocidos para la posteridad si Enodio, uno de sus sucesores, no hubiese escrito su vida (Sirmond, *Opera*, t. I, pp. 1647-1692), en la que lo representa como uno de los personajes más grandes de su tiempo. <<

[1792] Enodio (pp. 1659-1664) ha relatado esta embajada de Epifanio; y su narración verbosa y rimbombante, según parece,

ilustra algunos pasajes curiosos de la caída del Imperio de Occidente. <<

[1793] Prisco *Excerpt. Legation.*, p. 74; Procopio de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 6, p. 191. Eudoxia y su hija fueron devueltas tras la muerte de Mayoriano. Quizás el consulado de Olibrio (464 d. C.) fue otorgado como regalo de boda. <<

[1794] La apariencia hostil de Olibrio está confirmada (a pesar de la opinión de Pagi) por la duración de su reinado. Teófanes y la Crónica de Pascal reconocen la connivencia secreta de León. Desconocemos los motivos, pero en este oscuro período nuestra ignorancia se extiende a los hechos más públicos e importantes. <<

[1795] De las 14 regiones o cuarteles en que Augusto dividió Roma, sólo una, el Janículo, estaba en la parte toscana del Tíber. Pero en el siglo V, el suburbio del Vaticano formó una ciudad considerable; y en la distribución eclesiástica que había sido hecha recientemente por Simplicio, el papa reinante, dos de las siete regiones o parroquias de Roma dependían de la iglesia de san Pedro. Véase Nardini, *Roma Antica,* p. 67. Requeriría una fastidiosa disertación indicar los puntos en que no estoy de acuerdo con la topografía del erudito romano. <<

[1796] «Nuper Anthemii et Ricimeris civili furore subversa est». Gelasio (en *Epist. ad Andromach, apud* Baron., 496, núm. 42), Sigonio (t. I, l. XIV, de *Occidentali Imperio*, pp. 542, 543), y Muratori (*Annali d'Italia*, t. IV, pp. 308, 309), con la ayuda del manuscrito menos imperfecto de la Historia Miscella, han ilustrado esta oscura y sangrienta transacción. <<

[1797] Tal había sido el *sæva ac deformis urbe tota facies*, cuando Roma fue asaltada por las tropas de Vespasiano (véase Tácito, *Hist.* III, 82, 83); y todo motivo de desgracia ha adquirido desde entonces mucha energía. La revolución de los tiempos puede

acarrear calamidades similares; pero los siglos pueden girar sin producir un Tácito que los describa. <<

[1798] Véase Ducange, *Familiæ Byzantin.*, pp. 74, 75. Areobindo, que parece haberse casado con la sobrina del emperador Justiniano, era el octavo descendiente de Teodosio el Mayor. <<

[1799] Las últimas revoluciones del Imperio de Occidente están descritas muy vagamente en Teófanes (p. 102), Jornandes (c. 45, p. 679), la Crónica de Marcelino y los fragmentos de un escritor anónimo, publicados por Valesio al final de Amiano (pp. 716, 717). Si Focio no hubiese sido tan desafortunadamente conciso, hubiéramos sacado alguna información de las historias contemporáneas de Malco y Cándido. Véanse sus Estractos, pp. 172-179. <<

[1800] Véase Greg. Turon., l. II, c. 28, en t. II, p. 175. Dubos, *Hist. Critique*, t. I, p. 613. Por asesinato o muerte de sus dos hermanos, Gundobaldo adquirió la posesión de todo el reino de Borgoña, cuya ruina fue precipitada por sus desavenencias. <<

[1801] «Julius Nepos armis pariter summus Augustus ac moribus», Sidonio, l. V, *Epíst.*, 16, p. 146. Nepos dio a Ecdicio el título de patricio que Antemio había prometido, *decessoris Anthemii fidem absolvit*. Véase l. VIII, ep. 7, p. 224. <<

[1802] Nepos envió a Epifanio de embajador a los visigodos, con la intención de confirmar el *fines Imperii Italici* (Enodio, en Sirmond, t. I, pp. 1665-1669). Su discurso patético oculta el terrible secreto que muy pronto promovió las justas y amargas quejas del obispo de Clermont. <<

[1803] Malco, *apud Phot.*, p. 172. Enodio, *Epigram.* LXXXII, en Sirmond, *Oper.*, t. I, p. 1879. Con todo, puede haber alguna duda sobre la identidad del emperador y del arzobispo. <<

[1804] Nuestro conocimiento de estos mercenarios que

revolucionaron el Imperio occidental se deriva de Procopio (de *Bell. Gothico,* l. I, c. 1, p. 308). La opinión popular y los historiadores recientes muestran a Odoacro bajo la falsa luz de un *extraño* y un *rey,* que invadió Italia con un ejército de extranjeros, sus súbditos nativos. <<

[1805] «Orestes, qui eo tempore quando Attila ad Italiam venit, se illi junxit, et ejus notarius factus fuerat», Anonym. Vales., p. 716. Se equivoca en la fecha, pero debemos dar crédito a su afirmación acerca de que el secretario de Atila era el padre de Augústulo. <<

[1806] Véase Enodio (en *Vit. Epiphan. Sirmond*, t. I, pp. 1669, 1670). Añade peso a la narración de Procopio, aunque podemos dudar de que el diablo haya realmente inventado el sitio de Pavía para afligir al obispo y su grey. <<

[1807] Jornandes, c. 53, 54, pp. 692-695. M. de Buat (*Hist. des Peuples de l'Europe*, t. VIII, p. 221-228) explicó claramente el origen y las aventuras de Odoacro. Casi estoy inclinado a creer que fue el mismo que saqueó Angers y comandó una flota de piratas sajones en el océano. Greg. Turon., l. II, c. 18, en t. II, p. 170. <<

[1808] «Vade ad Italiam, vade vilissimis nunc pellibus coopertus: sed multis cito plurima largiturus,» Anonym. Vales., p. 717. Cita la *Vida de san Severino*, que aún existe y contiene mucha historia desconocida y valiosa; fue compuesta por su discípulo Eugipio (511 d. C.) 30 años después de su muerte. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. XVI, p. 168-181. <<

[1809] Teófanes, que lo llama godo, afirma que fue educado y criado τράφεντος en Italia (p. 102); y como esta fuerte expresión no admite una interpretación literal, debe explicarse por su largo servicio en la guardia imperial. <<

[1810] «Nomen regis Odoacer assumpsit, cum tamen neque purpura nec regalibus uteretur insignibus», Casiodoro, en *Chron.* 476 d. C. Parece haber asumido el título abstracto de rey sin aplicarlo a ningún país o nación en particular. <<

[1811] Malco, cuya pérdida lamentamos, ha preservado (en *Excerpt. Legat.*, p. 93) esta extraordinaria embajada del senado a Zenón. El fragmento anónimo (p. 717) y el extracto de Cándido (*apud Phot.*, p. 176) son igualmente de alguna utilidad. <<

[1812] No está fijado positivamente el año preciso en que terminó el Imperio de Occidente. La era vulgar de 476 d. C. *parece* tener la sanción de las crónicas auténticas. Pero las dos fechas designadas por Jornandes (c. 46, p. 680) retardarían aquel gran acontecimiento hasta el año 479; y aunque M. de Buat ha revisado *su* testimonio, añade (t. VIII, pp. 261-288) muchas circunstancias en apoyo de la misma opinión. <<

[1813] Véanse sus medallas en Ducange (*Fam. Byzantin,* p. 81), Prisco (*Excerpt. Legat.*, p. 57), y Maffei (*Osservazioni Letterarie*, t. II, p. 314). Podemos alegar un caso célebre y semejante. Los súbditos ínfimos del Imperio Romano asumían el nombre ilustre de «patricios», el que, con la conversión de Irlanda, se comunicó a una nación entera. <<

[1814] «Ingrediens autem Ravennam deposuit Augustulum de regno, cujus infantiam misertus concessit ei sanguinem; et quia pulcher erat, tamen donavit ei reditum sex millia solidos, et misit eum intra Campaniam cum parentibus suis libere vivere», Anonym. Vales., p. 716. Jornandes dice (c. 46, p. 680): «In Lucullano Campaniæ castello exilii poena damnavit». <<

[1815] Véase la elocuente declamación de Séneca (*Epíst.* LXXXVI). El filósofo debía haber recordado que todo lujo es relativo; y que Escipión el Viejo, cuyos modales estaban pulidos por el

estudio y la conversación, fue acusado de ese vicio por sus contemporáneos, más groseros (Livio, XXIX, 19). <<

[1816] Sila, con el lenguaje de un soldado, alaba su *peritia castrametandi* (Plin., *Hist. Natur.*, XVIII, 7). Fedro, que con sus paseos sombríos (*læta viridia*) hizo la escena de una fábula insípida (II, 5), describe así la situación:

Cæsar Tiberius quum petens Neapolim,

In Misenensem villam venisset suam,

Quæ monte summo posita Luculli manu

Prospectat Siculum et despicit Tuscum mare. <<

[1817] De siete miríadas y media a doscientas cincuenta miríadas de dracmas. Con todo, aún en poder de Mario era un lujoso retiro. Los romanos se burlaban de su indolencia; pronto lamentaron su actividad. Véase Plutarco, en Mario, t. II, p. 524. <<

[1818] Lúculo tenía otras casas de campo de igual aunque diversa magnificencia en Baya, Nápoles, Túsculo, etc. Se jactaba de que podía cambiar el clima por medio de grúas y poleas. Plutarco, en Lucull., t. III, p. 195. <<

[1819] Severino murió en Nórico, en el año 482 d. C. Seis años después, su cuerpo, que sembraba milagros a su paso, fue trasportado por sus discípulos a Italia. La devoción de una señora napolitana condujo al santo a la quinta de Lúculo, en lugar de Augústulo, que probablemente ya no existía. Véase Baronio (*Annal. Ecclés.*, 496 d. C., núm. 50, 51), y Tillemont (*Mém. Ecclés.*, t. XVI, pp. 178-181) en la vida original de Eugipio. La narración de la última migración de Severino a Nápoles es una pieza igualmente auténtica. <<

[1820] Los fastos consulares pueden hallarse en Pagi o Muratori. Los cónsules nombrados por Odoacro, o quizá por el Senado

romano, parecen haber sido reconocidos por el Imperio de Oriente. <<

[1821] Sidonio Apolinar (l. I, *Epíst.* 9, p. 22, edic. Sirmond) ha comparado los dos senadores principales de su tiempo (468 d. C.), Genadio Avieno y Cecina Basilio. Al primero le asigna las virtudes engañosas de la vida pública, y al último las sólidas de la vida privada. Un Basilio menor, probablemente su hijo, fue cónsul en el año 480 d. C. <<

[1822] Epifanio intercedió por el pueblo de Pavía; el rey les garantizó primero una indulgencia de cinco años y luego los liberó de la opresión de Pelagio, prefecto pretoriano (Enodio, en *Vit. St. Epiphan.* en Sirmond, *Oper*., t. I, pp. 1670, 1672). <<

[1823] Véase Baronio, *Annal. Ecclés*., 483 d. C., núm. 10-15. Dieciséis años después, el papa Símaco condenó en un sínodo romano la conducta irregular de Basilio. <<

[1824] Las guerras de Odoacro están concisamente mencionadas por Paulo el diácono (de *Gest. Langobard*., l. I, c. 19, p. 757, edic. Grot.) y las dos Crónicas de Casiodoro y Caspiniano. La vida de san Severino por Eugipio, que el conde de Buat (*Hist. des Peuples*, etc., t. VIII, c. 1, 4, 8, 9) estudió atentamente, ilustra la ruina de Nórico y las antigüedades bávaras. <<

[1825] Tácito, *Annal.* III, 54. Las *Recherches sur l'Administration des Terres chez les Romains* (pp. 351-361) manifiestan claramente el progreso de la decadencia interna. <<

[1826] Un poeta francés describe elocuentemente en prosa y verso el hambre que afligió a Italia en tiempos de la irrupción de Odoacro, rey de los Hérulos (*Les Mois*, t. II, pp. 174, 206, edic. en 12º). Ignoro de dónde ha sacado su información; pero estoy seguro de que refiere algunos hechos incompatibles con la verdad de la historia. <<

[1827] Véase la epístola XXXIX de san Ambrosio, como la cita Muratori, *sopra le Antichita Italiane*, t. I, *Dissert*. XXI, p. 354. <<

[1828] «Æmilia, Tuscia, ceteræque provinciæ in quibus hominum prope nullus existit», Gelasio, *Epist. ad* Andromachum, *apud* Baronium, *Annal. Ecclés*., 496 d. C., núm. 36. <<

[1829] «Verumque confitentibus, latifundia perdidere Italiam,» Plin., *Hist. Natur*., XVIII, 7. <<

[1830] Tales son los tópicos de consuelo, o bien de paciencia, que Cicerón (ad Familiares, lib. IX, Epíst. 17) sugirió a su amigo Papirio Peto, bajo el despotismo militar de César. Con todo, el argumento de «vivere pulcherrimum duxi», está más bien dirigido a un filósofo romano que poseía la libre alternativa de vida o muerte. <<

[1831] El origen de esta institución monástica ha sido discutido por Tomasin (*Discipline de l'Eglise*, t. I, pp. 1419-1426) y Helyot (*Hist. des Ordres Monastiques*, t. I, pp. 1-66). Estos instruidos autores, con su diferente opinión, muestran *toda* la extensión del asunto. Sin embargo, el desconfiado protestante, que no da crédito a ningún papista, puede consultar el libro séptimo de las *Antigüedades Cristianas*, por Bingham. <<

[1832] Véase Eusebio, *Demonstrat. Evangel.* (l. I, pp. 20, 21, edit. Græc. Rob. Stephani, París, 1545). En su *Historia Eclesiástica*, publicada doce años después de la *Demostración*, afirma Eusebio (l. II, c. 17) el cristianismo del Terapeuta; pero parece ignorar que semejante institución reviviese actualmente en Egipto. <<

[1833] Casiano (*Collat*., XVIII, 5) reclama este origen para la institución de los cenobitas, que decayó gradualmente hasta que fue restablecida por Antonio y sus discípulos. <<

[1834] ’Ωφελιμώτατον γάρ τι χρῆμα είς άνθρώπους έλθοῦσα παρά Θεου ῆ τοιαῦτη φιλοσοφία. Estas

expresivas palabras de Sozomen describen completa y agradablemente (l. I, c. 12, 13, 14) el origen de la filosofía frailuna (véase Suicer. *Thesaur. Ecclés*., t. II, p. 1441). Algunos escritores modernos, Lipsio (t. IV, p. 448; *Manuduct. ad Philosoph. Stoic.* III, 13), y La Mothe de Vayer (t. IX de la Vertu des Payens, pp. 228-262) han comparado los carmelitas a los pitagóricos y los cínicos a los capuchinos. <<

[1835] Los carmelitas derivan su genealogía, por línea recta, del profeta Elías (véase el *Theses of Bezieres*, 1682 d. C., en Bayle, *Nouvelles de la République des Lettres*, *Œuvres*, t. I, p. 82, etc. y la prolija ironía de las *Ordres Monastiques,* una obra anónima, t. I, pp. 1-433, Berlín, 1751). Roma y la inquisición de España silenciaron a la crítica profana de los jesuitas de Flandes (Helyot, *Hist. des Ordres Monastiques*, t. I, pp. 282-300), y la estatua de Elías, el carmelita, se erigió en la iglesia de san Pedro (*Voyages du P. Labat*, t. III, p. 87). <<

[1836] Plinio, *Hist. Natur.*, v. 15. «Gens sola, et in toto orbe præter ceteras mira, sitie ulla femina, omni venere abdicata, sine pecunia, socia palmarum. Ita per seculorum millia (incredibile dictu) gens æterna est in qua nemo nascitur. Tant fæcunda illis aliorum vitæ pænitentia est». Los coloca fuera de la influencia del lago, y llama Engadi y Masada como las ciudades más cercanas. El Laura y el monasterio de San Sabas no podían estar distantes de este sitio. Véase Reland. *Palestin.* t. I, p. 295; t. II, pp. 763, 874, 880, 890. <<

[1837] Véase Atanasio, *Op.* t. II, pp. 450-505 y la *Vit. Patrum,* pp. 26-74, con las anotaciones de Rosweyde. El primero es un original griego; el segundo una antigua versión latina por Evagrio, el amigo de san Jerónimo. <<

[1838] Γράμματα μέν μάθειν οὐκ ἠνέσχετο. Atanasio, t. II,

en *Vit. san Anton.*, p. 452; y la aserción de su completa ignorancia ha sido admitida por muchos antiguos y modernos. Pero Tillemont (*Mém. Ecclés.*, t. VII, p. 666) demuestra, con argumentos probables, que Antonio podía leer y escribir en cóptico, su lengua nativa; desconociendo únicamente el griego. El filósofo Sinesio (p. 51) afirma que el talento natural de Antonio no necesitaba de la ayuda de la instrucción. <<

[1839] «*Aruræ* autem erant ei trecentæ uberes et valde optimæ» (Vit. Patr. l. V, p. 36). Si el *Arura* es una medida cuadrada de cien codos egipcios (Rosweyde, *Onomasticon ad Vit. Patrum,* pp. 1014, 1015); y el codo egipcio en todos los tiempos ha sido igual a veintidós pulgadas inglesas (Greaves, vol. I, p. 233), el arura debe tener tres octavos de fanega. <<

[1840] La descripción del monasterio se halla en Jerónimo (t. I, pp. 248, 249, en *Vit. Hilarion*), y el P. Sicard (*Missions du Levant*, t. V, pp. 122-200). Sus relaciones no siempre están acordes; el padre sigue su imaginación, y el jesuita su experiencia. <<

[1841] Jerónimo, t. I, p. 146, y Eustochium; *Hist. Lausiac,* c. 7, en *Vit. Patrum,* p. 712. El padre Sicard (*Missions du Levant*, t. II, pp. 29-79) visitó e hizo una descripción de este desierto, que en el día contiene cuatro monasterios y veinte o treinta frailes. Véase D'Anville, *Description de l'Egypte,* p. 74. <<

[1842] Tabene es una pequeña isla en el Nilo, en la diócesis de Tentira o Dendera, entre la ciudad moderna de Girge y las ruinas de la antigua Tebas (D'Anville, p. 194). Tillemont duda de que fuese una isla; pero deduzco de su propia relación que su nombre primitivo fue luego trasferido al gran monasterio de Bau o Pabau (*Mém. Ecclés.*, t. VII, pp. 678, 688). <<

[1843] Véase en el *Codex Regularum* (publicado por Lucas Holstenius, Roma, 1661) el prólogo de san Jerónimo a su

versión latina de la Regla de Pacomio, t. I, p. 61. <<

[1844] Rufino, c. 5, en *Vit. Patrum,* p. 459. La llama *civitas ampla valde et populos*, y cuenta doce iglesias. Estrabón l. XVII, p. 1166) y Amiano (XXII, 16) han mencionado a Oxirinco cuyos habitantes adoraban un pescadito colocado en un magnífico templo. <<

[1845] «Quanti populi habentur in urbibus, tanta pæne habentur in desertis multitudines monachorium». Rufino, c. 7, en *Vit. Patrum,* p. 461, se congratula por el cambio afortunado. <<

[1846] Menciona Jerónimo (t. I, pp. 119, 120, 199) la introducción de la vida monástica en Roma e Italia. <<

[1847] Véase la Vida de Hilario, por san Jerónimo (t. I, pp. 241, 252). El mismo autor describió admirablemente las anécdotas de Pablo, Hilario y Malco, y el único defecto de estas agradables composiciones es la falta de verdad y sentido común. <<

[1848] Su verdadero retiro era una pequeña aldea en las orillas del Iris no lejos de Neo Cesárea. Los diez o doce años de su vida monástica fueron interrumpidos por frecuentes diversiones. Algunos críticos han negado la autenticidad de las reglas ascéticas; pero el testimonio externo está fundado, y lo único que pueden probar es que es obra de un entusiasmo verdadero o afectado. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. IX, pp. 636-644; Helyot, *Hist. des Ordres Monastiques*, t. I, pp. 175-181. <<

[1849] Véase su Vida, y los tres Diálogos de Sulpicio Severo, quien asegura (*Dialog.* I, 16) que los libreros de Roma estaban contentísimos de la rápida venta de su obra popular. <<

[1850] Cuando Hilario partió de Paretonio para el cabo Paquino, ofreció pagar su pasaje con un libro de los Evangelios. Postumiano, fraile galo, que había visitado Egipto, halló en Alejandría un buque mercante con destino a Marsella, e hizo su

viaje en treinta días (Sulp. Sever. *Dialog.* l. 1). Atanasio, que dedicaba su Vida de san Antonio a los frailes extranjeros, se vio obligado a apresurar su composición para aprovechar la salida de las escuadras (t. II, p. 451). <<

[1851] Véase Jerónimo (t. I, p. 126), Asseman, *Bibliot. Orient.*, t. IV, p. 92, pp. 857-919, y Geddes, *Church History of Æthiopia,* pp. 29, 30, 31. Los frailes abisinios observaban estrictamente su primitiva institución. <<

[1852] Camden, *Britannia,* vol. I, pp. 666, 667. <<

[1853] Todo lo que el buen sentido podía extractar de las muchas sandeces de los tiempos bárbaros, ha sido entresacado por el obispo Usher y se halla en su *Britannicarum Ecclesiarum Antiquitates,* cap. XVI, pp. 425-503. <<

[1854] Este pequeño punto, aunque no estéril, Iona, Hy, o Columbkill, de dos millas de largo [3,22 km] y una de ancho [1,6 km], se ha distinguido: 1. Por el monasterio de Santa Columba, fundado en el año 566 d. C., cuyo abad ejercía una jurisdicción extraordinaria sobre los obispos de Caledonia; 2. por una librería *clásica,* que daba algunas esperanzas de un Livio completo y 3. por los sepulcros de sesenta reyes, escoceses, irlandeses y noruegos, que descansaban en Tierra Santa. Véase Usher (pp. 311, 360-370) y Buchanan (*Rer. Scot.*, l. II, p. 15, edit. Ruddiman). <<

[1855] Crisóstomo (en el primer tomo de la edición benedictina) dedica tres libros en alabanza y defensa de la vida monástica. Anímale el ejemplo del arca a presumir que sólo los predilectos (los frailes) pueden salvarse (l. I, pp. 55, 56). En cualquier otro punto es más comedido (l. III, pp. 83, 84), y concede diferentes grados de gloria, como al sol, la luna y las estrellas. En su despejada comparación de un rey y un fraile (l. III, pp. 116-121)

supone (lo que es muy dudoso) que el rey será menos recompensado y castigado más rigurosamente. <<

[1856] Tomasin (*Discipline de l'Eglise*, t. I, pp. 1426-1469) y Mabillon (*Œuvres Posthumes*, t. II, pp. 115-158). Los bailes se consideraron gradualmente como parte de la genealogía eclesiástica. <<

[1857] Middleton (vol. I, p. 110) censura la conducta y escritos de Crisóstomo, uno de los más elocuentes y afortunados defensores de la vida monástica. <<

[1858] Jerónimo dedica gran parte de sus obras a las damas piadosas: el tratado, que llama el Epitafio de Paula (t. I, pp. 169-192), es un extravagante panegírico. El exordio es ridiculísimo: «Si todos los miembros de mi cuerpo se cambiasen en lenguas, y resonasen con una voz humana, con todo sería incapaz», etc. <<

[1859] «Socrus Dei cose cæpisti» (Jeron., t. I, p. 140, ad Eustochium). Rufino (en Hieronym. *Op*., t. IV, p. 223), que se escandalizó, pregunta a su adversario de qué poeta pagano ha tomado una expresión tan impía y absurda. <<

[1860] «Nunc autem veniunt *plerumque* ad hanc professionem servitutis, Dei, et ex conditione servili, vel etiam liberati, vel propter hoc a Dominis liberandi; et ex vita rusticana, et ex opificum exercitatione et plebeio labore». Augustín, de *Oper. Monach*., c. 22, ap. Tomasin, *Discipline de l'Eglise*, t. III, p. 1094. El egipcio, que censuró a Arsenio, confiesa que disfrutaba una vida más regalada como fraile que como pastor. Véase Tillemont, *Mém. Ecclés*., t. XIV, p. 679. <<

[1861] Un fraile dominico (*Voyages du P. Labat*, t. I, p. 10), que vivía en un convento de Cádiz, pronto echó de ver que la devoción nocturna nunca interrumpía su reposo; «quoiqu'on ne laisse pas de sonner pour l'édificacion du peuple». <<

[1862] Véase el prólogo de Lucas Holstenio al *Codex Regularum*. Los emperadores probaron el cumplir con sus deberes públicos y privados; pero el torrente de la superstición echó por tierra sus proyectos; y Justiniano sobrepujó los deseos más ardientes de los frailes (Tomasin, t. I, pp. 1782-1799, y Bingham, l. VII, c. 3, p. 253). <<

[1863] Las instituciones monásticas, particularmente las de Egipto, sobre el año 400, están descritas por cuatro devotos e investigadores viajeros: Rufino (Vit. Patrum, l. II, III, pp. 424-536), Postumiano (Sulp. Sever., *Dialog.* I), Paladio (*Hist. Lausiac.* en Vit. Patrum, pp. 709-863), y Casiano (véase en t. VII, *Bibliothec. Max. Patrum,* sus cuatro primeros libros de *Institutos*, y las veinticuatro Comparaciones o Conferencias). <<

[1864] El ejemplo de Malco (Jerónimo, t. I, p. 256), y la intención de Casiano y su amigo (*Collatio* XXIV, 1), son pruebas incontestables de su independencia, que Erasmo ha descrito tan elegantemente en su Vida de san Jerónimo. Véase Chardon, *Hist. des Sacremens*, t. VI, pp. 279-300. <<

[1865] Véanse las Leyes de Justiniano (*Novell.*, CXXIII, núm. 42), y de Luis el Piadoso (en los Historiadores de Francia, t. VI, p. 427), y la jurisprudencia actual en Denissart (*Decisions,* etc., t. IV, pp. 855, etc.) <<

[1866] El antiguo *Codex Regularum,* recopilado por Benedicto Anianino, el reformador de los frailes a principios del siglo IX, y publicado en el XVII por Lucas Holstenio, encierra treinta reglas diferentes para hombres y mujeres. De éstas, siete fueron compuestas en Egipto, una en Oriente, una en Capadocia, una en Italia, una en África, cuatro en España, ocho en la Galia o Francia y una en Inglaterra. <<

[1867] La regla de Columbano, tan en boga en el Occidente,

imponía cien azotes por las menores ofensas (*Cod. Reg.*, part. II, p. 174). Antes del tiempo de Carlomagno, acostumbraban los abades mutilar a los frailes o hacerles sacar los ojos; castigo mucho menos cruel que el tremendo *vade in pace* el calabozo subterráneo o sepulcro), que fue luego inventado. Véase el admirable discurso del instruido Mabillon (*Œuvres Posthumes*, t. II, pp. 321-336), quien, en esta ocasión, parece inspirado por el genio de la humanidad. Por semejante esfuerzo, le perdono su defensa de la santa lágrima de Vendoma (pp. 361-399). <<

[1868] Sulp. Sever. *Dialog.*, l. 12, 13, pp. 532, etc. Casiano, *Institut.*, l. IV, c. 26, 27. «Prœcipua ibi virtus et prima est obedientia». Entre el Verba seniorum (en *Vit. Patrum,* l. V, p. 617), el libelo o discurso catorce es sobre la obediencia, y el jesuita Rosweyde, que publicó aquel gran tomo para uso de los conventos, recopiló todos los pasajes sueltos en sus dos copiosos índices. <<

[1869] Jortin (*Remarks on Ecclesiastical History,* vol. IV, p. 161) habla del descaro de los frailes de Capadocia, que está probado por el destierro de Crisóstomo. <<

[1870] Casiano describió sencilla, aunque extensamente, las costumbres monásticas de Egipto (*Institut.*, l. I) a las que Sozomen (l. III, c. 14) atribuye virtudes y significado alegórico. <<

[1871] Regul. Benedict., cap. 55, en *Cod. Regul.*, part. II, p. 51. <<

[1872] Véase la regla de Ferreolo, obispo de Usez (cap. 31, en *Cod. Regul.*, part. II, p. 136), y de Isidoro, obispo de Sevilla (cap. 13, en *Cod. Regul.*, part. II, p. 214). <<

[1873] Concedíanse algunas indulgencias parciales para los pies y las manos. «Totem autem corpus nemo unguet nisi causa infirmitatis, nec lavabitur aqua nudo corpore, nisi languor

perspicuus sit». (*Regul. Pachom.* XCII, part. I, p. 78). <<

[1874] San Jerónimo, en enérgico pero indiscreto lenguaje, explica los buenos resultados del ayuno y abstinencia: «Non quod Deus universitatis Creator et Dominus, intestinorum nostrorum rugitu, et inanitate ventris, pulmonisque ardore delectetur, sed quod aliter pudicitio tuta esse non possit». (*Op.* t. I, p. 137, ad Eustochium). Véase la duodécima y vigésimo segunda colación de Casiano, de *Castitate* y de *Illusionibus Nocturnis.* <<

[1875] «Edacitas in Græcis gula est, in Gallis natura» (*Dialog.*, I, c. 4, p. 521). Casiano confiesa francamente que el perfecto modelo de abstinencia no puede ser imitado en la Galia, en razón del *aerum temperies*, y el *qualitas nostræ fragilitatis* (*Institut.*, IV, II). Entre las reglas occidentales, la de Columbano es la más austera; había sido educado en la pobreza de Irlanda, quizá tan rígida e inflexible como la virtud sobria de Egipto. La regla de san Isidoro de Sevilla es la más suave, pues concede el consumo de carne en los días festivos. <<

[1876] «Aquellos que no beben más que agua, ni toman ningún líquido nutritivo, deben tener, al menos, libra y media *(veinticuatro onzas)* [690 g] de pan al día». Estado de las Cárceles, p. 40, por Howard. <<

[1877] Véase Casiano, *Collat.* l. II, 19, 20, 21. Los panecillos o galletas, de seis onzas [172,2 g] cada uno se llamaban *paximacía* (Rosweyde, *Onomasticon,* p. 1045). Con todo, Pacomio concedía a sus frailes alguna latitud en cuanto a la comida; pero les hacía trabajar a proporción (Pallad. en *Hist. Lausiac.*, c. 38, 39, en *Vit. Patrum,* l. VIII, pp. 736, 737). <<

[1878] Véase el banquete al que fue convidado Casiano (*Collatio* VIII, 1) por Sereno, abad egipcio. <<

[1879] Véase la regla de san Benedicto, cap. 39, 40 (en *Cod. Reg.*,

part. II, pp. 41, 42). «Licet Legamus vinum omnino monachorum non esse, sed quia nostris temporibus id monachis persuaderi non potest»; les concede una *hemina* romana, medida que se halla en las Tablas de Arbuthnot. <<

[1880] Las expresiones *mi* libro, *mi* capa, *mis* zapatos (Casiano *Institut.* l. IV, c. 13) estaban severamente prohibidas entre los frailes de Occidente (*Cod. Regul.*, part. II, pp. 174, 235, 288); y la regla de Columbano las castigaba con seis azotes. El irónico autor de las *Ordres Monastiques* se burla de la delicadeza de los conventos modernos, pareciendo ignorar que los antiguos se hallaban en el mismo caso. <<

[1881] Los dos grandes maestros de la ciencia eclesiástica, el P. Tomasin (*Discipline de l'Eglise*, t. III, pp. 1090-1139), y el P. Mabillon (*Études Monastiques*, t. I, pp. 116-155) examinaron atentamente el trabajo de los frailes, que el primero considera como un mérito, y el segundo como un *deber.* <<

[1882] Mabillon (*Études Monastiques*, t. I, pp. 47-55) recopiló muchos hechos curiosos para justificar los trabajos literarios de sus predecesores, tanto en Oriente como en Occidente. En los antiguos monasterios de Egipto (Casiano *Institut.*, l. IV, c. 12) se copiaban libros, y por los discípulos de san Martín (Sulp. Sever. en *Vit. Martin,* c. 7, p. 473). Casiodoro concedió a los frailes una completa libertad en la elección de sus estudios; y así no nos escandalizaremos si algunas veces sus plumas pasan de Crisóstomo y Agustín a Homero y Virgilio. <<

[1883] Tomasin (*Discipline de l'Eglise*, t. III, pp. 118, 145, 146, 171-179) examinó la revolución de la ley civil, canon, y la común. La Francia moderna confirma la muerte que a veces se daban los frailes, y los priva con razón del derecho de herencia. <<

[1884] Véase Jerónimo (t. I, pp. 176, 183). El fraile Pambo dio una sublime contestación a Melania, que deseaba especificar el valor de su donativo: «¿Me lo ofreces a mí o a Dios? Si a Dios, el que suspende las montañas en la balanza no necesita saber el peso de tu plata». (Pallad. *Hist. Lausiac.*, c. 10 en *Vit. Patrum*, l. VIII, p. 715). <<

[1885] Tὸ πολὺ μέρος τῆς γῆς ὠκειώσαντο, προφάσει τοῦ μεταδιδόναι πάντων πτωχοῖς, πάντας (ὡς ειπεῖν) πτωχοὺς καταστήσαντες. Zósimo, l. V, p. 325. La grandeza de los benedictinos era muy superior a las riquezas de los frailes de Oriente. <<

[1886] El sexto concilio general (el Quinisext in Trullo, Canon XLVII, en Beveridge, t. I, p. 213) prohíbe a las mujeres pasar la noche en un convento de frailes, y a los hombres en uno de monjas. En el séptimo concilio general (el segundo Niceno, Canon XX, en Beveridge, t. I, p. 325) prohíbe la erección de monasterios dobles o de los dos sexos; pero según Balsamon, la prohibición no se llevó a cabo. Sobre los placeres y gustos del clero y los frailes, véase Tomasin, t. III, pp. 1334-1368. <<

[1887] He oído o leído en alguna parte la franca confesión de un abad benedictino: «Mi voto de pobreza me ha producido dos millones quinientos mil reales al año; mi voto de obediencia me ha elevado a la dignidad de príncipe soberano». No me acuerdo de las consecuencias de su voto de castidad. <<

[1888] Pior, fraile egipcio, permitía a su hermana el verle; pero durante su visita tenía los ojos cerrados. Véase *Vit. Patrum,* l. III, p. 504. Podrían citarse otros muchos ejemplos. <<

[1889] Los artículos 7, 8, 29, 30, 31, 34, 57, 60, 86 y 95 de la Regla de Pacomio imponen algunas leyes intolerables de silencio y mortificación. <<

[1890] Discute Casiano, en los libros tercero y cuarto de sus *Instituciones*, las oraciones diurnas y nocturnas de los frailes; y prefiere la liturgia que dedicó un ángel a los monasterios de Tavena. <<

[1891] Casiano, por su propia experiencia, describe el *acedia,* o dar oídos a las tentaciones del cuerpo y de la imaginación, a lo que se exponía un fraile, cuando deseaba estar solo. «Sæpiusque egreditur et ingreditur cellam, et Solem velut ad occasum tardius properantem crebrius intuetur» (*Institut.* X, 2). <<

[1892] El desgraciado Estagirio comunicó a su amigo san Crisóstomo sus tentaciones y padecimientos. Véanse las obras de Middleton, vol. I, pp. 107-110. Lo mismo se halla en la vida de todos los santos; y el famoso Iñigo o Ignacio, el fundador de los jesuitas (*Vida d'Iñigo de Guiposcoa*, t. I, pp. 29-38) puede servir de ejemplo. <<

[1893] Fleury, *Hist. Ecclésiastique*, t. VII, p. 46. He leído en alguna parte —en el *Vitæ Patrum,* pero no me acuerdo en qué página— que varios, supongo muchos, frailes se suicidaron, por no haber comunicado al abad sus tentaciones. <<

[1894] Casiano, en sus colaciones siete y ocho, examina detenidamente la causa de que los demonios sean menos numerosos y activos desde el tiempo de san Antonio. El extenso índice de Rosweyde al *Vitæ Patrum* apunta un gran número de escenas infernales. Los diablos bajo forma femenina eran los más temibles. <<

[1895] Para la debida distinción de los cenobitas y los ermitaños, particularmente en Egipto, véase Jerónimo (t. I, p. 45, ad Rusticum), el primer diálogo de Sulpicio Severo, Rufino (c. 22 en *Vit. Patrum*, l. II, p. 478), Paladio (c. 7, 69 en *Vit. Patrum,* l. VIII, p. 712, 758), y sobre todo, la octava y novena colación de

Casiano. Estos escritores, que comparan la vida común con la solitaria, manifiestan el abuso y peligro de la última. <<

[1896] Suicer. *Thesaur. Ecclesiast.*, t. II, p. 205, 218. Tomasin (*Discipline de l'Eglise*, t. I, pp. 1501, 1502) hace una relación exacta de estas celdas. Cuando Gerásimo fundó su monasterio, en las asperezas del Jordán, estaba acompañado por una Laura de setenta celdas. <<

[1897] Teodoreto recopiló en un tomo (el Philotheus en *Vit. Patrum,* l. IX, pp. 793-863) la vida y milagros de treinta anacoretas. Evagrio (l. I, c. 21) ensalza, en pocas palabras, a los frailes y ermitaños de Palestina. <<

[1898] Sozomen, l. VI, c. 33. El gran san Efrem compuso un panegírico sobre estos βόσκοι, o monjes que pacían la yerba (Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. VIII, p. 292). <<

[1899] El P. Sicard (*Missions du Levant*, t. II, pp. 217-233) examinó las cuevas de la baja Tebaida con pasmo y devoción. Las inscripciones están en antiguo siríaco, usado por los cristianos de Abisinia. <<

[1900] Véanse Teodoreto (en *Vit. Patrum.*, l. IX, pp. 848-854), Antonio (en *Vit. Patrum,* l. I, pp. 170-177), Cosmas (en Asseman, *Bibliot. Oriental*, t. I, p. 239-253), Evagrio (l. I, c. 13, 14), y Tillemont (*Mém. Ecclés.* t. XV, pp. 347-392). <<

[1901] La corta circunferencia de dos codos, o tres pies [84 o 91,43 cm], que asigna Evagrio a la cúspide de la columna, no es probable, ni se aviene con los hechos ni las reglas de arquitectura. El pueblo podía engañarse fácilmente, pues la miraba desde abajo. <<

[1902] No debo ocultar un antiguo hecho escandaloso con respecto al origen de esta úlcera. Dícese que el diablo, tomando una forma angelical, le invitó a subir, como a Elías, a un carro

ígneo. El santo se apresuró a levantar el pie, y aprovechando Satanás el momento, le aplicó el castigo de su vanidad. <<

[1903] No sé cómo escoger o especificar los milagros contenidos en el *Vitæ Patrum*, de Rosweyde, pues su número excede a las mil páginas de aquella obra voluminosa. En los *Diálogos* de Sulpicio Severo, y en la Vida de san Martín, se halla una muestra elegante. Reverencia a los frailes de Egipto; con todo los insulta diciendo que nunca resucitaron ningún muerto; cuando el obispo de Tours devolvió la vida a tres. <<

[1904] Sobre Ulfilas y la conversión de los godos, véase Sozomen, l. VI, c. 37; Sócrates, l. IV, c. 33; Teodoreto, l. IV, c. 37; Filostorgio, l. II, c. 5. La herejía de Filostorgio parece haberle dado mejores medios de informarse. <<

[1905] En el año 1665 se publicó una copia imperfecta de los cuatro Evangelios, en la versión gótica, y es considerada como el monumento más antiguo de la lengua teutónica, aunque Wetstein trata, con algunas conjeturas frívolas, de privar a Ulfilas del honor de la obra. Dos de estas cuatro letras adicionales expresan la «w» y la «th». Véase Simon, *Hist. Critique du Nouveau Testament*, t. II, pp. 219-223. Mill. Prolegom. p. 151, edit. Kuster. Wetstein, Prolegom., t. I, p. 114. <<

[1906] Filostorgio coloca equivocadamente este pasaje en tiempo de Constantino; pero creo que precedió a la gran emigración. <<

[1907] Agradecemos a Jornandes (de *Reb. Get.*, c. 51, p. 688) la breve y viva pintura de los godos menores. «Gothi minores, populos immensus, cum suo Pontifice ipsoque primate Wulfila». Estas últimas palabras, no son únicamente tautología, encierran alguna jurisdicción temporal. <<

[1908] «At non ita Gothi non ita Vandali; nuclis licet doctoribus

instituti, meliores tamen etium in hac parte quam nostri». Salviano, de *Gubern. Dei,* l. VII, p. 243. <<

[1909] Mosheim describió ligeramente los progresos del cristianismo en el Norte, desde el siglo IV al XIV. El asunto suministra materiales para una historia eclesiástica y aun filosófica. <<

[1910] Atribuye Sócrates (l. VII, c. 30) a esta causa la conversión de los borgoñones, cuya piedad cristiana celebra Orosio (l. VII, c. 19). <<

[1911] Véase una epístola original y curiosa de Daniel, el primer obispo de Winchester (Beda, *Hist Ecclés. Anglorum,* l. V, c. 18, p. 203, edit. Smith) a san Bonifacio, que predicaba el Evangelio entre los salvajes de Hesse y Turingia. *Epistol. Bonifacii,* LXVII, en la *Maxima Bibliotheca Patrum*, t. XIII, p. 93. <<

[1912] La espada de Carlomagno añade algún peso a este argumento; pero cuando David escribió esta epístola (723 d. C.), los mahometanos, que reinaban desde la India a España, podían haberla vuelto contra los cristianos. <<

[1913] Las ideas de Ulfilas y de los godos se inclinaban a un semiarrianismo, pues no querían confesar que el Hijo era una criatura, aunque formaban comunión con los que sostenían aquella herejía. Su apóstol presentaba esta controversia como una cuestión insignificante, suscitada únicamente por las pasiones del clero. Teodoreto, l. IV, c. 37. <<

[1914] El arrianismo de los godos se imputó al emperador Valente: «Itaque justo Dei judicio ipsi eum vivum incenderunt, qui propter eum etiam mortui, vitio erroris arsuri sunt». Orosio, l. VII, c. 33, p. 554. Confirma Tillemont esta cruel sentencia (*Mém. Ecclés*., t. VI, pp. 604-610), y observa con indiferencia «un seul homme entraina dans l’enfer un nombre infini de

Septentrionaux», etc. Salviano (de *Gubern. Dei,* l. V, pp. 150, 151) compadece y excusa su error involuntario. <<

[1915] Afirma Orosio que en el año 416 (l. VII, c. 41, p. 580) las iglesias de Cristo (de los católicos) estaban llenas de hunos, suevos, vándalos y borgoñones. <<

[1916] Radbod, rey de los frisones, quedó tan escandalizado al oír la atrevida declaración de un misionero, que retiró el pie que había puesto en la fuente bautismal. Véase Fleury, *Hist. Ecclés*., t. IX, p. 167. <<

[1917] Las epístolas de Sidonio, obispo de Clermont, en tiempo de los visigodos, y las de Avito, obispo de Viena, en el de los borgoñones, explican, algunas veces con oscuros apuntes, las disposiciones generales de los católicos. La historia de Clodoveo y Teodorico suministrará algunos hechos particulares. <<

[1918] Genserico confiesa la semejanza por la severidad con que castigó tan indiscretas alusiones. Víctor Vitensis, l. 7, p. 10. <<

[1919] Tales son las quejas del contemporáneo Sidonio, obispo de Clermont (l. VII, c. 6, p. 182, etc., edit. Sirmond). Gregorio de Tours, que cita esta epístola (l. II, c. 25, en t. II, p. 174), establece esta dudosa aserción: que de las nueve vacantes de Aquitania, algunas de ellas habían sido efecto de *martirios* episcopales. <<

[1920] Los monumentos originales de la persecución vandálica se hallan conservados en los cinco libros de la historia de Víctor Vitensis (de *Persecutione Vandalica*), obispo desterrado por Hunerico; en la vida de san Fulgencio, que fue distinguido en la persecución de Trasimundo (en *Biblioth. Max. Patrum*, t. IX, pp. 4-16), y en el primer libro de la *Guerra Vandálica*, por el imparcial Procopio (c. 7, 8, pp. 196, 197, 198, 199). Dom Ruinart, el último editor de Víctor, ilustró el asunto con gran

número de notas y un erudito suplemento (París, 1694). <<

[1921] Víctor, IV, 2, p. 65. Niega Hunerico el nombre de católicos a los homoousianos. Describe, como el *viri Divinæ Majestatis cultores*, su propio partido, que profesaba la fe, confirmada por más de mil obispos en los sínodos de Rímini y Seleucia. <<

[1922] Víctor, II, 1, pp. 21, 22, «*Laudabilior* […] videbatur». En el manuscrito que omite esta palabra, el pasaje es ininteligible. Véase Ruinart, *Not*., p. 164. <<

[1923] Víctor, II, 2, pp. 22, 23. El clero de Cartago llamaba estas condiciones *periculosæ*; y parecen haber sido propuestas como un lazo para coger a los obispos católicos. <<

[1924] Véase la narración de esta conferencia, y el trato de los obispos, en Víctor, II, 13-18, pp. 35-42, y todo el cuarto tomo, pp. 63-71. El libro tercero, pp. 42-62, está enteramente lleno con su apología o confesión de fe. <<

[1925] Véase la lista de los obispos africanos, en Víctor, pp. 117-140, y notas de Ruinart, pp. 215-397. El nombre cismático de *Donato* se halla con frecuencia, y parecen haber adoptado (como los fanáticos de los últimos tiempos) las piadosas denominaciones de *Deodatus, Deogratias, Quidivultdeus, Habetdeum,* etc. <<

[1926] Fulgen. *Vit*., c. 16-29. Trasimundo fingía ensalzar la moderación y sabiduría; y Fulgencio dedica tres libros de controversia al tirano arriano, a quien denomina *piissime Rex. Biblioth. Maxim. Patrum*, t. IX, p. 41. Menciónanse únicamente seis obispos desterrados en tiempo de Fulgencio; auméntanlos hasta ciento veinte Victor Tunnunensis e Isidoro; y en la *Historia Miscella* y en una crónica breve y auténtica de aquellos tiempos traen el número de doscientos veinte. Véase Ruinart,

pp. 570, 571. <<

[1927] Véanse los viles e insípidos epígramas del estoico, que no podía sobrellevar el destierro con más resignación, que Ovidio Córcega podía no producir grano, vino o aceite; pero no puede carecer de hierba, agua y aun fuego. <<

[1928] «Si ob gravitatem cæli interissent, *vile* damnum». Tacit. *Annal.*, II, 85. En esta aplicación, Trasimundo hubiera adoptado el modo de leer de algunos críticos *utile* damnum. <<

[1929] Véanse estos preludios de una persecución general en Víctor, II, c. 3, 4, 7, y los dos edictos de Hunerico, l. II, p. 35, l. IV, p. 64. <<

[1930] Véase Procopio, de *Bell. Vandal.*, l. I, c. 7, pp. 197, 198. Un príncipe moro trató de congraciarse con el Dios de los cristianos, borrando todas las señales del sacrilegio vándalo. <<

[1931] Véase esta historia en Víctor, II, 8-12, pp. 30-34. Describe Víctor las desgracias de estos confesores como testigo de ellas. <<

[1932] Véase el libro quinto de Víctor. Confirma sus quejas apasionadas el testimonio de Procopio, y la declaración pública del emperador Juliano (*Cod.*, l. I, tit. XXVII). <<

[1933] Víctor, II, 18, p. 41. <<

[1934] Víctor, V, 4, pp. 74, 75. Su nombre era Victoriano, rico ciudadano de Adrumeto, que gozaba de la privanza del rey; por cuyo medio obtuvo el empleo, o al menos el título de procónsul de África. <<

[1935] Víctor, I, 6, pp. 8, 9. Tras referir la firme resistencia y diestra respuesta del conde Sebastián, añade: «Quare alio generis argumento postea bellicosum virum occidit». <<

[1936] Víctor, V, 12, 13. Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. VI, p. 609. <<

[1937] *Primado* era el verdadero título del obispo de Cartago; pero

el de *patriarca* se daba por las sectas y naciones a sus eclesiásticos superiores. Véase Tomasin, *Discipline de l'Eglise*, t. I, pp. 155, 158. <<

[1938] El patriarca Cirilo declaró que no entendía el latín (Víctor, II, 18, p. 41): *Nescio Latine*; y podía conversar con facilidad, sin ser capaz de discutir o predicar en aquel idioma. Su clero vándalo era aún más ignorante; y poco había que confiar en los africanos que se habían conformado. <<

[1939] Víctor, II, 1, 2, p. 22. <<

[1940] Víctor, V, 7, p. 77. Acude al embajador, cuyo nombre era Uranio. <<

[1941] *Astutiores,* Víctor, IV, 4, p. 70. Explica claramente que su cita del Evangelio, «Non jurabites in toto», se mencionó únicamente para eludir la obligación de un juramento forzado. Los cuarenta y seis obispos que rehusaron jurar fueron desterrados a Córcega; y los trescientos dos que lo hicieron fueron distribuidos en las provincias de África. <<

[1942] Fulgencio, obispo de Ruspe, en la provincia bizancena, era de una familia senatorial, y había recibido una educación esmerada. Podía recitar todo Homero y Menandro antes de que se le permitiese estudiar el latín, su lengua nativa (*Vit. Fulgent.*, c. 1). Muchos obispos africanos entendían el griego, y varios teólogos griegos fueron traducidos al latín. <<

[1943] Compárense los dos prólogos al *Diálogo* de Virgilio de Tapso (pp. 118, 119, edit. Chipflet). Podía entretener al lector con una inocente ficción; pero el asunto era demasiado serio, y los africanos muy ignorantes. <<

[1944] El P. Quesnel estableció esta opinión, que fue recibida favorablemente. Pero las tres siguientes verdades, por extrañas que parezcan, están hoy día admitidas (Gerardo Vosio, t. VI, pp.

516-522; Tillemont, *Mém. Ecclés.*, t. VIII, p. 667-671). 1. San Atanasio no es el autor del credo que se lee tan a menudo en nuestras iglesias. 2. Parece no haber existido hasta un siglo después de su muerte. 3. Fue redactado en latín, y por consiguiente en las provincias occidentales. Genadio, patriarca de Constantinopla, quedó tan sorprendido con esta extraordinaria composición, que declaró francamente que era obra de un beodo. Petav. *Dogmat. Theologica*, t. II, l. VII, c. 8, p. 687. <<

[1945] Juan, V, 7. Véase Simon, *Hist. Critique du Nouveau Testament,* part. I, c. XVIII, pp. 203-218; y part. II, c. IX, pp. 99-121; y el Prolegomena y Anotaciones del doctor Mill y Wetstein a sus ediciones del Testamento griego. En 1689, el católico Simón quería ser libre; en 1707, el protestante Mill deseaba ser esclavo; en 1751, el arminio Wetstein disfrutó de la libertad de su época y de su secta. <<

[1946] De *todos* los manuscritos que existen hoy día, en número de cuarenta, algunos tienen más de mil doscientos años (Wetstein ad loc.) Las copias ortodoxas del Vaticano, de los editores complutenses, de Robert Stephens, están ininteligibles; y los manuscritos de Dublín y Berlín no valen la pena de exceptuarlos. Véanse las Obras de Emlyn, vol. II, pp. 227-255, 269-299; y las cuatro ingeniosas cartas de Missy, en t. VIII y IX del Diario Británico. <<

[1947] O con más propiedad, por cuatro obispos, que componían y publicaban la profesión de fe en nombre de sus hermanos. Denominaban esta composición *luce clarius* (Víctor Vitensis, de *Persecut. Vandal.*, l. III, c. 11, p. 54). Se halla luego citado por los polémicos africanos, Vigilio y Fulgencio. <<

[1948] En los siglos once y doce, corrigieron las Biblias Lanfranc, arzobispo de Canterbury, y Nicolás, cardenal y bibliotecario de

la iglesia romana, *secundum orthodoxam fidem* (Wetstein, Prolegom., pp. 84, 85). A pesar de estas correcciones, el pasaje está aún defectuoso en veinticinco líneas del manuscrito latino (Wetstein ad loc.), el más antiguo y perfecto; dos circunstancias que pocas veces se hallan hermanadas, a no ser en los manuscritos. <<

[1949] El arte inventado por los germanos se aplicó en Italia a los escritores profanos de Roma y Grecia. El original griego del Nuevo Testamento se publicó por aquel tiempo (1514, 1516, 1520 d. C.) por la industria de Erasmo y el desprendimiento del cardenal Giménez. El políglota complutense costó al cardenal cincuenta mil ducados. Véase Mattaire, *Annal. Typograph.*, t. II, pp. 2-8, 125-133; y Wetstein, *Prolegomena*, pp. 116-127. <<

[1950] El prudente Erasmo estableció en nuestro Testamento Griego los tres testimonios; la superstición de los editores complutenses; el error o fraude tipográfico de Robert Stephens en la colocación de una llave, y la deliberada mentira o extraña mala inteligencia de Teodoro Beza. <<

[1951] Plin., *Hist. Natural,* v. 1; *Itinerar.*, Wesseling, p. 15; Celario, *Geograph. Antiq.*, t. II, part. II, p. 127. Esta Tipasa (que no debe confundirse con otra en Numidia) era una ciudad de alguna importancia, desde que Vespasiano la fundó con el derecho de Lacio. <<

[1952] Optatus Milevitanus, de *Schism. Donatist.*, l. II, p. 38. <<

[1953] Víctor Vitensis, V, 6, p. 76. Ruinart, pp. 483-487. <<

[1954] Æneas Gazæus in Theophrasto, en *Biblioth. Patrum*, t. VIII, pp. 664, 665. Era cristiano y compuso este diálogo (el Teofrasto) sobre la inmortalidad del alma, y la resurrección del cuerpo; además veinticinco epístolas, que aún se conservan. Véase Cave (*Hist. Litteraria*, p. 297) y Fabricio (*Biblioth. Græc.*,

t. I, p. 422). <<

[1955] Justiniano, *Codex,* l. I, tit. XXVII; Marcellin. en *Chron*., p. 45, en *Thesaur. Temporum* Scaliger; Procopio, de *Bell. Vandal*., l. I, c. 8, p. 196; Gregor. Magnus, Dialog., III, 32. Ninguno de estos testigos especifica el número de confesores, que una antigua menología fija en sesenta (*apud* Ruinart, p. 486). Dos de ellos perdieron el habla por abuso de los placeres; pero el milagro está cohonestado por el ejemplo de un muchacho que *nunca* habló antes de que le cortasen la lengua. <<

[1956] Véanse los dos historiadores generales de España, Mariana (*Hist. de Rebus Hispaniæ*, t. I, l. V, c. 12-15, pp. 182-194), y Ferreras (Traducción francesa, t. II, pp. 206-247). Mariana casi olvida que es jesuita, para adoptar el estilo de un clásico romano. Ferreras, industrioso compilador, revisa los hechos, y rectifica su cronología. <<

[1957] Goisvinta se desposó con dos reyes visigodos: Atanagildo, del cual dio a luz a Brunegilda, la madre de Ingundis; y Leovigildo, cuyos dos hijos, Hermenegildo y Recaredo, nacieron de un matrimonio anterior. <<

[1958] «Iracundiæ furore succensa, adprehensam per comam capitis puellam in terram conlidit, et diu calcibus verberatam, ac sanguine cruentatam, jussit exspoliari, et piscinæ immergi». Greg. Turon., l. V, c. 39, en t. II, p. 255. Gregorio es uno de los mejores originales para esta parte de la historia. <<

[1959] Los católicos que recibían el bautismo de los herejes renovaban la ceremonia, o, según se denominó después, el sacramento de la confirmación, al cual se atribuyen muchas místicas y maravillosas prerrogativas, tanto visibles como invisibles. Véase Chardon, *Hist. des Sacremens*, t. I, pp. 405-552. <<

[1960] Oset, o Julia Constancia, en frente de Sevilla, a la parte norte del Betis (Plin., *Hist. Natur.*, III, 3): y la referencia auténtica de Gregorio de Tours (*Hist. Francor.*, l. VI, c. 43, p. 288) merece más crédito que el nombre de Lusitania (de *Gloria Martyr.*, c. 24), que le aplicó el vano y supersticioso portugués (Ferreras, *Hist. d'Espagne*, t. II, p. 166). <<

[1961] Este milagro se ejecutó con maña. Un rey arriano selló las puertas y mandó abrir un gran foso en derredor de la iglesia, sin que esto bastase a interceptar el suministro del agua bautismal. <<

[1962] Ferreras (t. II, pp. 168-175, 550 d. C.) aclaró las dificultades con respecto al tiempo y circunstancias de la conversión de los suevos. Leovigildo los había agregado últimamente a la monarquía gótica de España. <<

[1963] Esta adición al credo niceno, o más bien constantinopolitano, se hizo primero en el octavo concilio de Toledo, año 653 d. C.; pero era la expresión de la doctrina popular (Gerardo Vosio, t. IV, p. 527, de tribus Symbolis). <<

[1964] Véase Gregorio Magn., l. VII, epíst. 126, *apud* Baronium, *Annal. Ecclés.*, 599 d. C., núms. 25, 26. <<

[1965] Pablo Warnefrid (de *Gestis Langobard.* l. IV, c. 44, p. 853, edit. Grot.) conviene en que el arrianismo preponderaba aún en el reinado de Rotario (636-652 d. C.). No trata el piadoso *diácono* de fijar la era exacta de la conversión nacional, la que, con todo, se verificó antes de terminarse el siglo VII. <<

[1966] «Quorum fidei et conversioni ita congratulatus esse rex perhibetur, ut nullum tamen cogeret ad. C.ristianissimum […] Dedicerat enim a doctoribus auctoribusque suæ salutis, servitium Christi voluntarium non coactitium esse debere». Bedæ, *Hist. Ecclesiastic.*, l. I, c. 26, p. 62, edit. Smith. <<

[1967] Véanse los *Historiadores de Francia*, t. IV, p. 114; y Wilkins, *Leges Anglo Saxonicæ,* pp. 11, 31. «Siquis sacrificium inmolaverit præter Deo soli morte moriatur». <<

[1968] Los judíos suponen haber sido introducidos en España por las escuadras de Salomón, y las armas de Nebuco; que Adriano transportó cuarenta mil familias de la tribu de Judá y diez mil de la de Benjamín, etc. Basnage, *Hist. des Juifs*, t. VII, c. 9, pp. 240-256. <<

[1969] Isidoro, en aquella época arzobispo de Sevilla, menciona, desaprueba, y felicita el celo de Sisebuto (*Chron. Goth*., p. 728). Baronio (614 d. C., núm. 41) designa el número, apoyándose en la autoridad de Aimoin (l. IV, c. 22); pero el testimonio es débil, y no me ha sido posible el verificar la cita (*Historians of France*, t. III, p. 127). <<

[1970] Basnage (t. VIII, c. 13, pp. 388-400) representa fielmente el estado de los judíos; pero podía haber añadido, de los cánones de los concilios españoles, y de las leyes de los visigodos, muchas circunstancias curiosas muy esenciales, para su asunto, aunque muy ajenas del mío. <<

[1971] En este capítulo sacaré mis citas del *Recueil des Historiens des Gaules et de la France,* París, 1738-1767, en once tomos en folio. A la laboriosidad de Dom Bouquet y otros benedictinos debemos todos los testimonios originales, desde el año 1060 d. C., arreglados por orden cronológico, e ilustrados con notas eruditas. Semejante obra nacional, que debe continuarse hasta el año 1500, debiera provocar nuestra emulación. <<

[1972] Tacit. *Hist.* IV. 73, 74, en t. I, p. 445. Sería demasiado presuntuoso el querer compendiar a Tácito; pero puedo escoger las ideas generales relativas al estado actual y futuro de las revoluciones de la Galia. <<

[1973] «Eadem semper causa Germanis transcendendi in Gallias libido atque avaritiæ et mutandæ sedis amor; ut relictis paludibus et solitudinibus suis, fecundissimum hoc solum vosque ipsos possiderent […] ¿Nam pulsis Romanis quid aliud quam bella omnium inter se gentium existent?». <<

[1974] Sidonio Apolinar ridiculiza, con afectado ingenio y jocosidad las penalidades de su situación (Carm. XII, en t. I, p. 811). <<

[1975] Véase Procopio de *Bell. Gothico,* l. I, c. 12, en t. II, p. 31. El carácter de Grocio me hace creer, que no hubiera sustituido el *Rin* por el *Ron* (*Hist. Gothorum*, p. 175) a no apoyarse en la autoridad de algún manuscrito. <<

[1976] Sidonio, l. VIII. *Epíst.* 3, 9, en t. I, p. 800. Jornandes (de *Rebus Geticis,* c. 47, p. 680) justifica, en cierto modo, este retrato del héroe gótico. <<

[1977] Uso la denominación familiar de *Clodoveo,* del latín *Chlodovechus* o *Chlodovæus*. Pero la «ch» no expresa más que la aspiración germánica; y el verdadero nombre no se diferencia de *Luduin* o *Luis* (*Mém. de l'Academie des Inscriptions*, t. XX, p. 68). <<

[1978] Greg. Turon., l. II, c. 12, en t. II, p. 168. Basina habla el idioma de la naturaleza: los francos, que en su juventud la habían conocido, pudieron conversar con Gregorio en su ancianidad; y el obispo de Tours no podía desear difamar a la madre del primer rey cristiano. <<

[1979] El abate Dubos (*Hist. Critique de l'Etablissement de la Monarchie Franïoise dans les Gaules*, t. I, pp. 630-650) tiene el mérito de definir el primitivo reino de Clodoveo, y de fijar el número verdadero de sus súbditos. <<

[1980] «Eccelesiam incultam ac negligentia civium Paganorum

prætermissam, veprium densitate oppletam», etc. Vit. S. Vedasti, en t. III, p. 372. Esta descripción da a entender que Arras había estado en poder de los paganos muchos años antes del bautismo de Clodoveo. <<

[1981] Compara Gregorio de Tours (l. V, c. 1, t. II, p. 232) la pobreza de Clodoveo con la riqueza de sus nietos. Con todo, Remigio (en t. IV, p. 52) menciona su *paternas opes,* como suficiente para la redención de cautivos. <<

[1982] Véase Gregorio (l. II, c. 27, 37, en t. III, pp. 175, 181, 182). La célebre historia del vaso de Soissons manifiesta el carácter y poder de Clodoveo. Como punto de controversia, ha sido muy manoseado por Boulainvilliers, Dubos, y otros anticuarios políticos. <<

[1983] El duque de Nivernois, noble y hombre de estado, que había manejado delicadas negociaciones, ilustra ingeniosamente (*Mém. de l'Academie des Inscriptions*, t. XX, pp. 147-184) el sistema político de Clodoveo. <<

[1984] Biet (en una Disertación que mereció el premio de la Academia, de Soissons, pp. 178-226) define esmeradamente el reino de Siagrio, y su padre; pero da demasiado crédito al infundado testimonio de Dubos (t. II, pp. 54-57) para quitarle Beauvais y Amiens. <<

[1985] He observado que Fredegario, en su Epítome de Gregorio de Tours (t. II, p. 398) sustituyó prudentemente el nombre de *Patricius* al increíble título de *Rex Romanorum.* <<

[1986] Sidonio (l. V, *Epíst.* 5, en t. I, p. 794), que le llama el Solón, el Amfión, de los bárbaros, habla a este rey imaginario en tono de amistad. De semejante arbitrariedad, el sagaz Deioces le había ascendido al trono de los medos (Herodot., l. I, c. 96-100). <<

[1987] «Campum sibi præparari jussit». Biet (pp. 226-251) fijó el campo de batalla en Nogent, una abadía benedictina, más de diez millas [16,09 km] al norte de Soissons. El terreno estaba señalado por un círculo de sepulcros paganos; y Clodoveo cedió las tierras adyacentes de Lewilly y Concy a la iglesia de Reims. <<

[1988] Véase Cæsar, Comment. de *Bell. Gallic.* II, 4, en t. I, p. 220, y el Notitiæ, t. I, p. 126. Las tres *Fabricæ* de Soissons eran, *Seutaria, Balistaria y Clinabaria.* La última suplía la armadura completa de los pesados coraceros. <<

[1989] El epíteto debe ceñirse a las circunstancias; y la historia no puede justificar la preocupación francesa de Gregorio (l. II, c. 27, en t. II, p. 175), «ut Gothorum pavere *mos* est». <<

[1990] Dubos me ha complacido diciendo (t. I, pp. 277-286) que Gregorio de Tours sus copistas o lectores, siempre confundieron el reino germano de *Turingia,* más allá del Rin, y la ciudad gálica de *Tongria,* sobre el Mosa, que antiguamente era el país de los eburones, y recientemente la diócesis de Lieja. <<

[1991] «Populi habitantes juxta *Lemannum* lacum, *Alemanni* dicuntur». Servio, ad Virgil. Georgic., IV, 278. Dom Bouquet (t. I, p. 817) alegó únicamente el texto más reciente y corrompido de Isidoro de Sevilla. <<

[1992] Gregorio de Tours envía a san Lupicino «inter illa Jurensis deserti secreta, quæ, inter Burgundiam Alamannianque sita, Aventicæ adjacent civitati». en t. I, p. 648. Watteville (*Hist. de la Confédération Helvétique*, t. I, pp. 9, 10) definió esmeradamente los límites helvecios del ducado de Alemania, y de la Borgoña Trasjurana. Estaban en proporción con las diócesis de Constancia y Avencha, o Lausania, y aún se diferencian, en la Suiza moderna, por el uso del idioma francés o alemán. <<

[1993] Véase Guilliman de *Rebus Helveticis*, l. I, c. 3, pp. 11, 12. Dentro de los muros de Vindonissa se levantaron sucesivamente el castillo de Absburgo, la abadía de Konigsfield y la ciudad de Bruck. El viajero filósofo puede comparar los monumentos de la conquista romana, de la tiranía feudal o austríaca, de la superstición frailuna y de la industriosa independencia. Si es verdaderamente un filósofo, sabrá apreciar el mérito y felicidad de su época. <<

[1994] Gregorio de Tours (l. II, 30, 37, en t. II, pp. 176, 177, 182), el Gesta Francorum (en t. II, p. 551) y la epístola de Teodorico (Cassiodor., *Variar.* l. II. *Epíst.* 41, en t. IV, p. 4) describen la derrota de los alamanes. Algunas de sus tribus se establecieron en Recia, bajo la protección de Teodorico; cuyos sucesores cedieron la colonia y su país al nieto de Clodoveo. El estado de los alamanes en tiempo de los reyes merovingios puede verse en Mascou (*Hist. of the Ancient Germans,* XI, 8, etc.; *Annotation* XXXVI) y Guilliman (de *Reb. Helvet.*, l. II, c. l0-12, pp. 72-80). <<

[1995] Clotilda, o más bien Gregorio, suponen que Clodoveo adoraba a los dioses de Grecia y Roma. El hecho es increíble, y la equivocación sólo nos demuestra, que en menos de un siglo, se había abolido la religión nacional de los francos, y aun olvidado completamente. <<

[1996] Gregorio de Tours refiere el matrimonio y conversión de Clodoveo (l. II, c. 28-31, en t. II, pp. 175-178). Tampoco son de despreciar Fredegario, o el desconocido epitomista (en t. II, pp. 398-400), autor del Gesta Francorum (en t. II, pp. 548-552); y el mismo Aimoin (l. I, c. 13-16, en t. III, pp. 37-40). La tradición puede conservar por largo tiempo algunas curiosas circunstancias de estas importantes transacciones. <<

[1997] Un viajero, que volvía de Reims a Auvernia, robó una copia de sus declamaciones al secretario o librero del modesto arzobispo (Sidonio Apolinar, l. IX, *Epíst.* 7). Cuatro epístolas de Remigio, que aún se conservan (en t. IV, pp. 51, 52, 53), no corresponden a las alabanzas de Sidonio. <<

[1998] Hincmar, uno de los sucesores de Remigio (845-882 d. C.), compuso su vida (en t. III, pp. 373-380). La autoridad de un antiguo manuscrito de la iglesia de Reims podía inspirar alguna confianza a no quedar destruida por el egoísmo y audaces ficciones de Hincmar. Es bastante notable; que habiendo sido Remigio consagrado a la edad de veintidós años (457 d. C.) ocupase la silla episcopal setenta y cuatro (*Pagi Critica,* en Baron., t. II, p. 384, 572). <<

[1999] Una redomita (la *Santa Ampolla)* de aceite santo, o más bien celestial, fue traída por una paloma blanca para el bautismo de Clodoveo; y aún hoy día se usa en la coronación de los reyes de Francia. Hincmar (que aspiraba al primado de la Galia) es el primer autor de esta fábula (en t. III, p. 377), y el abate Vertot (*Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, t. II, pp. 619, 633) ha fijado sus hechos superficiales, con profundo respeto y consumada destreza. <<

[2000] «Mitis depone colla, Sicamber: adora quod incendisti, incende quod adorasti». Greg. Turon., l. II, c. 31, en t. II, p. 177. <<

[2001] «Si ego ibidem cum Francis meis fuissem injurias ejus vindicassem». Esta atrevida expresión que Gregorio ocultó prudentemente, la celebran Fredegario (Epitom., c. 21, en t. II, p. 400), Aimoin (l. I, c. 16, en t. III, p. 40), y la Crónica de san Dionisio (l. I, c. 20, en t. III, p. 171), como una admirable efusión de celo cristiano. <<

[2002] Gregorio (l. II, c. 40-43, en t. II, pp. 183-185) después de referir con frialdad los repetidos crímenes y afectado remordimiento de Clodoveo, concluye, quizás sin pensarlo, con una lección, a la que la ambición nunca dará oídos; «His ita transactis […] obiit». <<

[2003] Tras la victoria gótica, Clodoveo hizo grandes ofrecimientos a san Martín de Tours. Deseaba redimir su caballo de batalla por cien monedas de oro; pero el animal encantado no se movió del establo hasta que dobló la suma de su redención. Este *milagro* obligó al rey a exclamar «Vere B. Martinus est bonus in auxilio, sed carus in negotio» (Gesta Francorum, en t. II, pp. 554, 555). <<

[2004] Véase la epístola del papa Anastasio al real convertido (en t. IV, pp. 50, 51). Avito, obispo de Viena, felicitó a Clodoveo sobre el mismo asunto (p. 49); y varios obispos latinos le manifestaron su júbilo y adhesión. <<

[2005] En vez de los Αρβόρυχοι un pueblo desconocido, que aparece en el texto de Procopio, Adriano restableció su nombre primitivo Αρμὸρυχοι; y esta fácil corrección fue aprobada generalmente. Con todo, un lector despreocupado supondría naturalmente que Procopio alude a una tribu de germanos aliados con Roma, y no a una confederación de ciudades gálicas, que se habían separado del Imperio. <<

[2006] Esta importante digresión de Procopio (de *Bell. Gothic*., l. I, c. 12, en t. II, pp. 29-36) aclara el origen de la monarquía francesa. Sin embargo debo observar: 1. Que el historiador griego da a conocer su ignorancia en cuanto a la geografía de Occidente. 2. Que estos tratados y privilegios debían haber dejado algunas huellas, que no se hallan en Gregorio de Tours, las leyes sálicas, etc. <<

[2007] «Regnum circa Rhodanum aut Ararim cum provincia Massiliensi retinebant». Greg. Turon., l. II, c. 32, en t. II, p. 178. La provincia de Marsella, hasta el Durance, fue luego cedida a los ostrogodos; y las firmas de veinticinco obispos se suponen representar el reino de Borgoña, 519 d. C. (*Concil. Epaon.*, en t. IV, pp. 104, 105). Con todo exceptúo a Vindonissa. El obispo, que vivió bajo los alamanes paganos, acudiría, sin duda, a los sínodos del vecino reino cristiano. Mascou (en sus cuatro primeras anotaciones) explica varias circunstancias relativas a la monarquía borgoñona. <<

[2008] Mascou (*Hist. of the Germans,* XI, 10), que con razón desconfía del testimonio de Gregorio de Tours, refiere un pasaje de Avito (*Epíst.* V), para probar que Gundebaldo deploraba el trágico suceso que sus súbditos ensalzaban. <<

[2009] Véase la conferencia original (en t. IV, pp. 99-102). Avito, el principal, y probablemente el secretario de la junta, era obispo de Viena. Una breve reseña de su persona y obras, puede hallarse en Dupin (*Bibliothèque Ecclésiastique*, t. V, pp. 5-10). <<

[2010] Gregorio de Tours (l. III, c. 19, en t. II, p. 197) realza su ingenio, o más bien copia a un escritor más elocuente, en la descripción de Dijon, castillo que ya merece el nombre de ciudad. Hasta el siglo doce perteneció a los obispos de Langres, y luego fue la capital de los duques de Borgoña. Longuerue, Description de la France, part. I, p. 280. <<

[2011] El epitomista de Gregorio de Tours (en t. II, p. 401) suplió el número de los francos; pero supone atrevidamente que fueron acuchillados por Gundebaldo. El prudente borgoñón economiza la vida de los soldados de Clodoveo, y los envía cautivos al rey de los visigodos, quien los establece en el territorio de Tolosa. <<

[2012] En esta guerra de Borgoña he seguido a Gregorio de Tours (l. II, c. 32, 33, en t. II, pp. 178, 179), cuya narración aparece tan incompatible con la de Procopio (de *Bell. Goth.*, l. I, c. 12, en t. II, Pp. 31, 32), que algunos críticos han supuesto que eran dos guerras diferentes. El abate Dubos (*Hist. Critique* etc., t. II, pp. 126-162) manifiesta distintamente las causas y acontecimientos. <<

[2013] Véase su vida o leyenda (en t. III, p. 402). ¡Un mártir! Cuán extrañamente ha sido desfigurada esta palabra de su sentido original. San Segismundo tenía una habilidad particular para curar las fiebres. <<

[2014] Antes del fin del siglo V, la iglesia de san Mauricio y su legión tebana, habían hecho a Agaune un punto de peregrinación. Una comunidad de ambos sexos había introducido algunos hechos oscuros, que fueron abolidos (515 d. C.) por el monasterio de Segismundo. De allí a cincuenta años, sus *ángeles de luz* hicieron una salida nocturna para asesinar a su obispo y toda la comunidad. Véase en la *Bibliothéque Raisonnée* (t. XXXVI, pp. 435-438) las curiosas observaciones de un instruido bibliotecario de Ginebra. <<

[2015] Mario, obispo de Avenche (*Chron.*, en t. II, p. 15) señaló las fechas auténticas, y Gregorio de Tours (l. III, c. 5, 6, en t. II, pp. 188, 189) explica los hechos principales de la vida de Segismundo y de la conquista de Borgoña. Procopio (en t. II, p. 34) y Agatias (en t. II, p. 49) dan a conocer lo poco enterados que se hallan. <<

[2016] Inserta Gregorio de Tours (l. II, c. 37, en t. II, p. 181) el breve, pero persuasivo discurso de Clodoveo. «Valde moleste fero, quod hi Ariani partem teneant Galliarum (el autor del Gesta Francorum, en t. II, p. 553, añade el precioso epíteto de

optimam), eamus cum Dei adjutorio, et, superatis eis, redigamus terram in ditionem nostram». <<

[2017] «Tunc rex projecit a se in directum Bipennem suam quod est *Francisca»,* etc. (*Gesta Franc*., en t. II, p. 554). Procopio (en t. II, p. 37) describe claramente la forma y uso de esta arma. En el Glosario de Ducange y en el gran diccionario de Trevoux se hallan varios ejemplos de su nombre *nacional,* en latín y en francés. <<

[2018] Es bastante extraño que en la Vida de Quintiliano se hallen algunos hechos auténticos y muy importantes, puestos en verso en el antiguo *patois* de Ruerga (Dubos, *Hist. Critique* etc. t. II, p. 179). <<

[2019] «Quamvis fortitudini vestræ confidentiam tribuat parentum vestrorum innumerabilis multitudo; quamvis Attilam potentem riminiscamini Visigotharum viribus inclinatum; tamen quia populorum ferocia corda longa pace mollescunt, cavete subito in aleam mittere, quos constat tantis temporibus exercitia non habere». Tal fue el saludable consejo, aunque infructuoso de Teodorico (Cassiodor., l. III, *Epíst.* 2). <<

[2020] Montesquieu (Esprit des Lois, l. XV. c. 14) menciona y aprueba la ley de los visigodos (l. IX, tit. 2, en t. IV, p. 425), que obliga a todos los amos a armar a diez de sus esclavos y enviarlos a pelear al campo de batalla. <<

[2021] Este modo de adivinación, aceptando como agüero las primeras palabras sagradas, que en circunstancias particulares se oyesen, derivaba de los paganos; y el poema de Homero y Virgilio fue sustituido por los Salmos o la Biblia. Desde el siglo IV al XIV, estas *sortes sanctorum,* según se las llama, fueron varias veces condenadas por los decretos de los concilios, y puestos en práctica por reyes, obispos y santos. Véase una curiosa

disertación del abate de Resnel, en las *Mémoires de l'Académie*, t. XIX, p. 287-310. <<

[2022] Tras corregir el texto o rectificar la equivocación de Procopio, que coloca la derrota de Alarico cerca de Carcasona, podemos deducir del testimonio de Gregorio, Fortunato, y el autor del *Gesta Francorum*, que la batalla fue dada *in campo Vocladensi,* en las orillas del Clain, más de diez millas [16,09 km] al sur de Poitiers. Clodoveo alcanzó a los visigodos cerca de Vivona, y la acción se decidió en las cercanías de la aldea llamada aún hoy día Champaña san Hilario. Véanse las *Disertaciones* del abate Le Bæuf, t. I, pp. 304-331. <<

[2023] Angulema está en el camino de Poitiers a Burdeos; y aunque Gregorio retarda el sitio, más bien creo que confunde el orden de la historia, que Clodoveo descuidase las reglas de la guerra. <<

[2024] «Pyrenæos montes usque Perpinianum subjecit», es la expresión de Rorico, que descubre su fecha moderna; puesto que Perpiñan no existió hasta el siglo X (*Marca Hispanica*, p. 458). Un escritor elocuente y fabuloso (quizá un fraile de Amiens, véase el abate Le Bæuf, *Mém. de l'Académie*, t. XVII, pp. 228-245) refiere, bajo el carácter alegórico de un pastor, la historia general de sus compatricios los francos; pero su narración termina con la muerte de Clodoveo. <<

[2025] El autor del *Gesta Francorum* afirma positivamente que Clodoveo estableció un cuerpo de francos en el Santonge y Bordelés; y Rorico no le sigue sin fundamento, «electos milites, atque fortissimos, cum parvulis, atque mulieribus». Con todo parece que luego se mezclaron con los romanos de Aquitania, hasta que Carlomagno introdujo una colonia más numerosa (Dubos, *Hist. Critique*, t. II, p. 215). <<

[2026] Para la descripción de la guerra gótica, he echado mano de los siguientes materiales, sin perder de vista el crédito que debe darse a cada uno. Cuatro epístolas de Teodorico, rey de Italia (Cassiodor., l. III, *Epíst.* 1-4, en t. IV, pp. 3, 5), Procopio (de *Bell. Goth*., l. I, c. 12, en t. II, pp. 32, 33), Gregorio de Tours (l. II, c. 35, 36, 37, en t. II, pp. 181-183), Jornandes (de *Reb. Geticis,* c. 58, en t. II, p. 28), Fortunato (en *Vit. S. Hilarii,* en t. III, p. 380), Isidoro (en *Chron. Goth*., en t. II, p. 702), el Epítome de Gregorio de Tours (en t. II, p. 401), el autor del *Gesta Francorum* (en t. II, pp. 553-555), los Fragmentos de Fredegario (en t. II, p. 463), Aimoin (l. I, c. 20, en t. III, pp. 41, 42) y Rorico (l. IV, en t. III, pp. 14-19). <<

[2027] *Los Fastos de Italia* desechan naturalmente a un cónsul, el enemigo de su soberano; pero cualquier ingeniosa hipótesis que explique el silencio de Constantinopla y Egipto (la *Crónica* de Marcelino y Pascal) puede ser refutada por el idéntico silencio de Mario, obispo de Avencha, que compuso sus *Fastos* en el reino de Borgoña. Si el testimonio de Gregorio de Tours fuese de menos peso (l. II, c. 38, en t. II, p. 183), creería que Clodoveo, como Odoacro recibió el último título y honores de Patricio (*Pagi Critica*, t. II, pp. 474, 492). <<

[2028] En tiempo de los reyes merovingios, Marsella aún importaba del Oriente papel, vino, aceite, lienzo, seda, piedras preciosas, especias, etc. Los godos o francos comerciaban con Siria, y los sirios estaban establecidos en la Galia. Véase De Guignes, *Mém. de l'Académie*, t. XXXVII, pp. 471-475. <<

[2029] Οὐ γάρ ποτε ᾤοντο Γαλλίας ξὺν τῷ ἀσφαλετῖ κεκτῆσθι Φράγγοι, μὴ τοῦ αὐτοκράτορος τὸ ἔργον ἐπισφραγίσαντος τοῦτό γε. Esta enérgica declaración de Procopio (de *Bell. Gothic*., l. III, c. 33, en t. II, p. 41) debe bastar

para justificar al abate Dubos. <<

[2030] Los francos, se valían probablemente de las secas de Tréveris, Lyon y Arles, imitando el cuño de los emperadores romanos de setenta y dos *solidi,* o piezas, por libra de oro [460 g]. Pero como los francos establecieron la proporción del oro décupla de la plata; el valor de su sólido de oro es sobre unos diez chelines. Era el tipo de la afinación barbárica, y contenía cuarenta *denarii*. Doce de estos *denarii* hacían un *solidus* o un chelín, la doceava parte de una *libra* numeral o libra de plata, que tan extrañamente ha sido dividida en la Francia moderna. Véase Le Blanc, *Traité Historique des Monnoyes de France,* pp. 37 -43, etc. <<

[2031] Agatias, en t. II, p. 47. Gregorio de Tours da una descripción bien diferente. Quizá no sea fácil en el mismo espacio histórico hallar más vicio y menos virtud. A cada paso ofenden las costumbres salvajes y corrompidas. <<

[2032] Foncemagne describió, en una disertación correcta y elegante (*Mém. de l'Académie*, t. VIII, pp. 505-528), la extensión y límites de la monarquía francesa. <<

[2033] El abate Dubos (*Histoire Critique*, t. I, pp. 29-36) manifestó auténtica y agradablemente la marcha lenta de estos estudios; observando que Gregorio de Tours no fue reimpreso más que una vez antes del año 1560. Según la queja de Heinecio (*Opera*, t. III. Sylloge III, p. 248, etc.), la Germania recibió con indiferencia y desprecio los códigos de las leyes barbáricas, que fueron publicadas por Heroldo, Lindenbrogio, etc. En el día (en cuanto concierne a la Galia), la historia de Gregorio de Tours, y todos los monumentos de la raza merovingia, se hallan ordenados en los cuatro primeros tomos de los *Historiadores de Francia*. <<

[2034] Este interesante asunto ha sido discutido durante treinta

años (1728-1765) por el imparcial conde de Boulainvilliers (*Mémoires Historiques sur l'Etat de la France,* particularmente t. I, p. 15-49), el instruido e ingenuo abate Dubos (*Histoire Critique de l'Etablissement de la Monarchie Française dans les Gaules,* 2 vols., en 4°), el genio perspicaz del presidente Montesquieu (*Esprit des Lois,* particularmente l. XXVIII, XXX, XXXI), y el sensato y activo abate de Mably (*Observations sur l'Histoire de France,* 2 vols., 12°). <<

[2035] He adquirido muchos conocimientos en dos obras eruditas de Heinecio, la *Historia* y los *Elementos,* de las leyes germánicas. En un juicioso prólogo de los Elementos, trata de disculpar los defectos de aquella bárbara jurisprudencia. <<

[2036] El latín parece haber sido el idioma original de la ley sálica. Fue redactada probablemente a principios del siglo quinto, antes de la era (421 d. C.) del verdadero o fabuloso Faramundo. El prólogo menciona los cuatro cantones que nombraban los cuatro legisladores, y varias provincias, Franconia, Sajonia, Hanover, Bravante, etc. las han reclamado como suyas. Véase una excelente disertación de Heinecio, de Lege Salica, t. III. Sylloge III, pp. 247-267. <<

[2037] Eginhardo, en *Vit. Caroli Magni,* c. 29, en t. V, p. 100. La mayor parte de los críticos entienden por estas dos leyes la sálica y ripuaria. La primera comprendía toda la extensión desde la selva Carbonaria hasta el Loira (t. IV, p. 151) y la última era obedecida desde la misma selva hasta el Rin (t. IV, p. 232). <<

[2038] Consúltense los prólogos antiguos y modernos de los varios códigos, en el volumen cuarto de los *Historiadores de Francia*. El prólogo original de la ley sálica pinta (aunque en un dialecto extranjero) el carácter de los francos con más energía que los diez tomos de Gregorio de Tours. <<

[2039] La ley ripuaria declara, y define, esta indulgencia en favor del suplicante (tit. XXXI, en t. IV, p. 240), y existe la misma tolerancia en todos los códigos, excepto en el de los visigodos de España. «Tanta diversitas legum —dice Agobardo en el siglo IX — quanta non solum in regionibus, aut civitatibus, sed etiam in multis domibus habetur. Nam plerumque contingit ut simul eant aut sedeant quinque homines, et nullus eorum communem legem cum altero habeat» (en t. VI, p. 356). Propone locamente el introducir una uniformidad en la ley, así como en la fe. <<

[2040] «Inter Romanos negotia causarum Romanis legibus præcipimus terminari». Éstas son las palabras de una constitución general promulgada por Clotario, hijo de Clodoveo, y el único monarca de los francos (en t. IV, p. 116), sobre el año 560. <<

[2041] Esta libertad en la elección se deduce claramente (*Esprit des Loix,* l. XXVIII, 2) de una constitución de Lotario I (Leg. Langobard., l. II, tit. LVII, en Codex Lindebrog., p. 664): aunque el ejemplo es demasiado reciente y parcial. En vista de la lectura de la ley sálica (tit. XLIV, not. XLV), conjetura el abate de Mably (t. I, pp. 290-293) que, al principio, sólo un *bárbaro,* y luego ningún *hombre* (por consiguiente romano) podía vivir según la ley de los francos. Siento ofender esta ingeniosa conjetura, observando que el verdadero sentido *barbarum* se expresa en la copia reformada de Carlomagno; confirmada por el real manuscrito de Wolfenbuttle. La interpretación suelta *hominem* está autorizada únicamente por el manuscrito de Fulda, de donde publicó Herodoto su edición. Véanse los cuatro textos originales de la ley sálica, en t. IV, pp. 147, 173, 196, 220. <<

[2042] En los tiempos heroicos de Grecia, se castigaba el asesinato con el pago de una cantidad en dinero a favor de la familia del difunto (Feitio *Antiquitat. Homer.*, l. II, c. 8). Heinecio en su

prefacio a los *Elementos de la Ley Germánica*, dice que en Roma y Atenas no se castigaba el homicidio más que con destierro. Verdad es; pero el destierro para un ciudadano de Roma o Atenas se consideraba como el mayor castigo. <<

[2043] Las leyes sálica (tit. XLIV. en t. IV, p. 147) y la ripuaria (tit. VII, XI, XXXVI, en t. IV, pp. 237, 241) establecen esta proporción: pero la última no hace ninguna diferencia de los romanos. Con todo las órdenes del clero están colocadas más elevadas que los mismos francos, y los borgoñones y alamanes entre los francos y romanos. <<

[2044] Los *Antrustiones, qui in truste Dominica sunt, leudi, fideles* representan indudablemente el primer orden de los francos; pero se ignora si su categoría era personal o hereditaria. El abate de Mably (t. I, pp. 334-347) se complace en ajar el orgullo del nacimiento (Esprit, l. XXX, c. 25) fechando el origen de la nobleza francesa desde el reinado de Clotario II (615 d. C.). <<

[2045] Véanse las leyes de Borgoña (tit. II, en t. IV, p. 257) el código de los visigodos (l. VI, tit. V, en t. IV, p. 383) y la constitución de *Childeberto,* no de París, pero probablemente de Austrasia (en t. IV, p. 112). Su severidad prematura era a veces inconsiderada y excesiva. Childeberto no sólo condena a los asesinos sino también a los ladrones: «Quomodo sine lege involavit, sine lege moriatur»; y aun el juez negligente se halla comprendido en la misma sentencia. Los visigodos entregaban a un torpe cirujano a la familia del difunto paciente, «ut quod de eo facere voluerint habeant potestatem» (l. XI, tit. I, en t. IV, p. 435). <<

[2046] Véase en el tomo VI de las obras de Heinecio, el *Elementa Juris Germanici*, l. II, p. II, núms. 261, 262, 280-283. Con todo en el siglo XVI se hallan en Germania algunos rastros de estas

composiciones pecuniarias por asesinato. <<

[2047] Describe Heinecio (*Element. Jur. Germ*., l. III, núm. 1-72) extensamente todo lo concerniente a los jueces germánicos y a su jurisdicción. No puedo hallar ninguna prueba que justifique que en tiempo de la raza merovingia, los *scabini* o asesores eran elegidos por el pueblo. <<

[2048] Gregor. Turon., l. VIII, c. 9, en t. II, p. 316. Montesquieu observa (*Esprit des Loix,* l. XXVIII, c. 13) que la ley sálica no admitía estas *pruebas negativas* tan generalizadas en los códigos bárbaros. Con todo, esta concubina desconocida (Fredegundis) que se casó con el nieto de Clodoveo, debió seguir la ley sálica. <<

[2049] Muratori, en las *Antigüedades de Italia*, dio dos disertaciones (XXXVIII, XXXIX) sobre los *Juicios de Dios.* Se suponía, que el *fuego* no quemaría al inocente: y que el *agua,* elemento puro, no consentiría en recibir el culpado en su seno. <<

[2050] Montesquieu (*Esprit des Loix,* l. XXVIII, c. 17) condescendió en explicar y disculpar «la manière de penser de nos pères», los combates judiciales. Sigue la extraña institución desde el tiempo de Gundebaldo hasta el de san Luis; y el filósofo se pierde a veces en el anticuario legal. <<

[2051] En un duelo memorable en Aquisgrán (820 d. C.) ante el emperador Luis el Piadoso, su biógrafo dice: «secundum legem propriam, utpote quia uterque Gothur erat, equestri pugna congressus est» (*Vit. Lud. Pii,* c. 33, en t. VI, p. 103). Ermoldo Nigelo (l. III, 543-628, en t. VI, pp. 48-50), que describe el duelo, admira el *ars nova* de pelear a caballo, que era desconocida a los francos. <<

[2052] En este edicto original publicado en Lyon (501 d. C.),

Gundebaldo establece y justifica el uso del combate judicial (*Leg. Burgund.* tit. XLV, en t. III, pp. 267, 268). Trescientos años después, Agobardo, obispo de Lyon, solicitó de Luis el Piadoso que aboliese la ley de un tirano arriano (en t. VI, p. 356-358). Refiere la conversación de Gundebaldo y Avito. <<

[2053] «Accidit —dice Agobardo— ut non solum valentes viribus, sed etiam infirmi et senes lacessantur ad pugnam, etiam pro vilissimis rebus. Quibus foralibus certaminibus contingunt homicidia injusta; et crudeles ac perversi eventus judiciorum». Como prudente retórico, suprime el privilegio legal de contratar campeones. <<

[2054] Montesquieu (*Esprit des Loix*, XXVIII, c. 14), que sabe *por qué* los borgoñones, ripuarios y alamanes, bávaros, lombardos, turingios, frisones y sajones admitían el combate judicial, se da por satisfecho (y Agobardo parece afirmar esta aserción), que no era permitido por la ley sálica. Con todo, esta misma costumbre, al menos en casos de traición, la menciona Ermoldo Nigelo (l. III, 543, en t. VI, p. 48) y el biógrafo anónimo de Luis el Piadoso (c. 46, en t. VI, p. 112), como la «mos antiquus Francorum, more Francis solito» etc., expresión demasiado general para excluir la nobleza de sus tribus. <<

[2055] César de *Bell. Gall.*, l. I, c. 31, en t. I, p. 213. <<

[2056] Los oscuros apuntes de la división de las tierras sembrados a la ventura en las leyes de los borgoñones (tit. LIV, núm. 1, 2, en t. IV, pp. 271, 272) y visigodos (l. X, tit. I, núms. 8, 9, 16, en t. IV, pp. 428, 429, 430) están explicados diestramente por el presidente Montesquieu (*Esprit des Loix,* l. XXX, c. 7, 8, 9). Tan sólo añadiré, que, entre los godos, parece que se fijó la división a juicio de la vecindad; que los bárbaros acostumbraban a usurpar el tercio restante; y que los romanos podían recobrar su derecho,

a menos que estuviesen ligados por una prescripción de cincuenta años. <<

[2057] Es bastante raro, que el presidente Montesquieu (*Esprit des Loix*, t. XXX, c. 7) y el abate de Mably (*Observations*, t. I, pp. 21, 22), concuerden en esta extraña suposición de rapiña arbitraria y privada. El conde de Boulainvilliers (*État de la France*, t. I, pp. 22, 23) manifiesta sus conocimientos a través de una nube de ignorancia y preocupación. <<

[2058] Véase el rudo edicto, o más bien código, de Carlomagno, que contiene setenta reglas distintas de aquel gran monarca (en t. V, pp. 652-657). Exigía una relación de las astas y pieles de las cabras, permitía que se vendiese su pescado, y cuidaba que las villas mayores *(Capitanæ)* mantuviesen cien gallinas y treinta gansos, y las menores *(Mansionales)* cincuenta gallinas y doce gansos. Mabillon (de *Re Diplomatica*) investigó los nombres, número y situación de las villas merovingias. <<

[2059] De un pasaje de la ley borgoñona (tit. I, núm. 4, en t. IV, p. 257) se deduce, que un buen hijo podía esperar poseer las tierras que su padre había recibido de la liberalidad de Gundebaldo. Los borgoñones mantenían con firmeza su privilegio, y su ejemplo podía animar a los beneficiarios de Francia. <<

[2060] El abate de Mably manifiesta claramente las revoluciones de los beneficios y feudos. Su esmero en distinguir las épocas le da un realce al que ni aun Montesquieu ha llegado. <<

[2061] Véase la ley sálica (tit. LXII, en t. IV, p. 156). El origen de estas tierras sálicas, que, en épocas de ignorancia, era bien conocido, deja ahora perplejos a nuestros más instruidos y sagaces críticos. <<

[2062] Muchos de los doscientos seis milagros de san Martín (Greg. Turon, en *Maxima Bibliotheca Patrum*, t. XI, pp. 896-

932) se repitieron para castigar el sacrilegio. «Audite hæc omnes —exclama el obispo de Tours—, potestatem habentes», tras referir cómo algunos caballos corrían locos, que fueron convertidos en un prado sagrado. <<

[2063] Heinec, *Element. Jur. German*., l. II, p. I, núm. 8. <<

[2064] Jonás, obispo de Orleans (821-826 d. C.; Cave, *Hist. Litteraria,* p. 443) censura la tiranía *legal* de los nobles. «Proferis quas cura hominum non aluit, sed Deus in commune mortalibus ad utendum concessit, pauperes a potentioribus spoliantur, flagellantur, ergastulis detruduntur, et multa alia patiuntur. Hoc enim qui faciunt, *lege mundi* se facere juste posse contendant». de *Institutione Laicorum* l. II, c. 23, *apud* Tomasin, *Discipline de l'Eglise*, t. III, p. 1348. <<

[2065] Por una mera sospecha, Qundo, chamberlán de Gontran, rey de Borgoña, fue muerto a pedradas (Greg. Turon., l. X, c. 10, en t. II, p. 369). Juan de Salisbury (Policrat., l. I, c. 4) manifiesta los derechos de la naturaleza y refiere la cruel costumbre del siglo XII). Véase Heinecio, *Elem. Jur. Germ*., l. II, p. I, núms. 51-57. <<

[2066] En el siglo XIII quedó totalmente extinguida la costumbre de esclavizar a los prisioneros de guerra, por la influencia del cristianismo; pero puede probarse, con varios pasajes de Gregorio de Tours, etc., que se practicó, sin que se censurase, bajo la raza merovingia, y aun Grocio (de *Jure Belli et Pacis,* l. III, c. 7), así como su comentador Barbeyrac, trabajaron para conciliarlo con las leyes de la naturaleza y de la razón. <<

[2067] El estado, profesión, etc., de los esclavos germanos, italianos y galos, en la época media, se hallan explicados por Heinecio (*Element. Jur. Germ*., l. I, núms. 28-47), Muratori (*Dissertat*. XIV, XV) Ducange (Gloss., sub voce *Servi),* y el abate

de Mably (Observations, t. II, pp. 3, etc., pp. 237 etc.). <<

[2068] Gregorio de Tours (l. VI, c. 45, en t. II, p. 289) refiere un ejemplo memorable en el que Chilperico abusó únicamente de los derechos privados de amo. Muchas familias que pertenecían a *su domus fiscales* en las cercanías de París, fueron enviadas por la fuerza a España. <<

[2069] «Licentiam habeatis mihi qualemcumque volueris disciplinam ponere; vel venumdare, aut quod vobis placuerit de me facere». Marculf. Formul., l. II, 28, en t. IV, p. 497. La *Formula* de Lindenbrogio (p. 559) y la de Anjú (p. 565) son para el mismo efecto. Gregorio de Tours (l. VII, c. 45, en t. II, p. 311) cita a varias personas, que en una grande hambre, se vendieron por pan. <<

[2070] Cuando el César lo vio se echó a reír (Plutarch. en *Cæsar,* en t. I, p. 409); con todo refiere su desgracia en el sitio de Gergovia con menos franqueza de la que se podía esperar de un grande hombre a quien la victoria era tan familiar. Sin embargo, confiesa que en un ataque perdió cuarenta y seis centuriones y setecientos hombres (de *Bell. Gallico,* l. VI, c. 44-53, en t. I, pp. 270-272). <<

[2071] «Audebant se quondam frates Latio dicere, et sanguine ab Iliaco populos computare» (Sidon. Apolinar. l. VII, *Epíst.* 7, en t. I, p. 799). No estoy bien informado de los grados y circunstancias de esta genealogía fabulosa. <<

[2072] Bien en la primera o en la segunda partición entre los hijos de Clodoveo, había tocado Berry a Childeberto (Greg. Turon., l. III, c. 12, en t. II, p. 192). «Velim —dice—, Arvernam *Lemanem,* quæ tanta jucunditatis gratia refulgere dicitur, oculis cernere» (l. III, c. 9, p. 191). Cuando el rey de París hizo su entrada en Clermont, el país estaba envuelto en una espesa

niebla. <<

[2073] En cuanto a la descripción de Auvernia, véase Sidonio (l. IV, *Epíst.* 21, en t. I, p. 793), con las notas de Savaron y Sirmond (p. 279 y 51 de sus respectivas ediciones). Boulainvillers (*Etat de la France*, t. II, pp. 242-268) y el abate de la Longuerue (*Description de la France,* part. I, pp. 132-139). <<

[2074] «Furorem gentium, quæ de ulteriore Rheni amnis parte venerant, superare non poterat» (Greg. Turon., l. IV, c. 50, en t. II, 229), fue la excusa de otro rey de Austrasia (574 d. C.) por los estragos que sus tropas cometieron en las cercanías de París. <<

[2075] Por el nombre y situación, los editores benedictinos de Gregorio de Tours (en t. II, p. 192) colocaron esta fortaleza en un paraje llamado, *Castel Merliac* a dos millas [3,22 km] de Mauriac, en la Alta Auvernia. En esta descripción traduzco *infra* como si leyese *intra*; Gregorio y sus copistas equivocan siempre las dos preposiciones y el sentido debe siempre decidir. <<

[2076] Véanse estas revoluciones y guerras de Auvernia en Gregorio de Tours (l. II, c. 37, en t. II, p. 183, y l. III, c. 9, 12, 13, pp. 191, 192, de Miraculis S. Julian, c. 13, en t. II, p. 466). A menudo manifiesta su extraordinaria atención por su país nativo. <<

[2077] Gregorio de Tours (l. III, c. 15, en t. II, pp. 193-195) refiere la historia de Atalo. Su editor, el P. Ruinart, confunde este Atalo, que era joven *(puer)* en el año 532, con un amigo de Sidonio del mismo nombre, que era conde de Autun, cincuenta o setenta años antes. Semejante error, que no puede achacarse a ignorancia, es excusable, en parte, por su propia magnitud. <<

[2078] Este Gregorio, el abuelo de Gregorio de Tours (en t. II, pp. 197, 490) vivió noventa y dos años, de los cuales pasó cuarenta

como conde de Autun, y treinta y dos como obispo de Langres. Según el poeta Fortunato, manifestó igual mérito en estas diferentes situaciones.

Nobilis antiqua decurrens prole parentum,

Nobilior gestis, nunc super astra manet.

Arbiter ante ferox, dein pius ipse sacerdos,

Quos domuit judex, fovit amore patria. <<

[2079] Como Valois, y el P. Ruinart, han determinado el cambiar el *Mosella* del texto por *Mosa,* me toca el enterarme de esta alteración. Con todo, tras un examen de la topografía, pudiera defender el nombre usual. <<

[2080] Los parientes de Gregorio (Gregorius Florentius Georgius) eran de noble alcurnia *(natalibus […] illustres),* y poseían vastos estados *(latifundia)* tanto en Auvernia como en Borgoña. Nació en el año 539, fue consagrado obispo de Tours en 573 y murió en 593 ó 595, poco después de haber terminado su historia. Véase su Vida por Odo, abad de Cluny (en t. II, pp. 129-135), y una nueva Vida en las *Mémoires de l'Académie*, etc., t. XXVI, pp. 598-637. <<

[2081] «Decedente atque immo potius pereunte ab urbibus Gallicanis liberalium cultura litterarum», etc. (en præfat., en t. II, p. 137), es la queja de Gregorio, que justifica plenamente en su obra. Su estilo es igualmente falto de elocuencia y simplicidad. En una posición visible permaneció aun ignorado de su época y su país; y en una obra prolija (los cinco últimos tomos contienen diez años) omitió casi todo lo que la posteridad hubiera deseado conocer. He adquirido tras una penosa revisión, el derecho de pronunciar esta sentencia poco favorable. <<

[2082] El abate de Mably (t. I, pp. 247-267) se ha apresurado a

confirmar esta opinión del presidente Montesquieu (*Esprit des Loix*, l. XXX, c. 13). <<

[2083] Véase Dubos, *Hist. Critique de la Monarchie Française*, t. II, l. VI, c. 9, 10. Los anticuarios franceses establecieron como *principio,* que los romanos y los bárbaros podían distinguirse por sus nombres. Indudablemente puede formarse una *presunción* razonable; con todo, leyendo a Gregorio de Tours, he hallado a Gundulfo, de extracción senadora o romana (l. VI, c. 11, en t. II, p. 273); y Claudio, un bárbaro (l. VII, c. 29, p. 303). <<

[2084] Gregorio de Tours menciona a menudo a Eunio Mumolo, desde el libro cuarto (c. 42, p. 224) hasta el séptimo (c. 40, p. 310). El cómputo por talentos es bastante singular; pero si Gregorio da algún significado a esta voz anticuada, los tesoros de Mumolo debieron exceder las cien mil libras esterlinas. <<

[2085] Véase Fleury, Discours III, *sur l'Histoire Ecclésiastique.* <<

[2086] El obispo de Tours recordó la queja de Chilperico, nieto de Clodoveo. «Ecce pauper remansit Giscus noster; ecce divitiæ nostræ ad ecclesias sunt translatæ: nulli penitus nisi soli Episcopi regnant» (l. VI, c. 46, en t. II, p. 291). <<

[2087] Véase el Código Ripuario (tit. XXXVI, en t. IV, p. 241). La ley sálica no habla de la seguridad del clero; y debemos suponer, por la conducta de la tribu más civilizada, que no habían previsto una acción tan impía como el asesinato de un clérigo. Con todo Pretextato, arzobispo de Ruán, fue asesinado delante del altar por orden de la reina Fredegunda (Greg. Turon., l. VIII, c. 31, en t. II, p. 326). <<

[2088] Bonamy (*Mém. de l'Académie des Inscriptions*, t. XXIV, pp. 582-670) describió la *Lingua Romana Rustica,* que por medio del *Romance,* se ha ido puliendo gradualmente en la forma actual de la lengua francesa. Bajo la raza carolingia, los reyes y

nobles de Francia aún entendían el dialecto de sus antecesores germanos. <<

[2089] «Ce beau système a été trouvé dans les bois». Montesquieu, *Esprit des Loix*, l. XI, c. 6. <<

[2090] Véase el abate de Mably, *Observations,* etc., t. I, pp. 34-56. Parece que la institución de las asambleas nacionales, contemporánea de la nación francesa, nunca ha congeniado con su índole. <<

[2091] Gregorio de Tours (l. VIII, c. 30, en t. II, pp. 325, 326) refiere, con mucha indiferencia, los crímenes, la censura y la apología. «Nullus Regem metuit, nullus Ducem, nullus. Comitem reveretur; et si fortasis alicui ista displicent, et ea pro longævitate vitæ vestræ, emendare conatur, statim seditio in populo, statim tumultus exoritur, et in tantum unusquisque contra seniorem sæva intentione grasatur, ut vix se credat evadere, si tandem silere nequiverit». <<

[2092] España ha sido particularmente desgraciada en estas épocas de barbarie. Los francos tenían a Gregorio de Tours; los sajones, a Beda; los lombardos, a Pablo Warnefrido, etc. Pero la historia de los visigodos se reduce a las breves e imperfectas crónicas de Isidoro de Sevilla y Juan de Biclar. <<

[2093] Tales son las quejas de san Bonifacio, el apóstol de Germania, y el reformista de la Galia (en t. IV, p. 94). Los cuatrocientos años de licencia y corrupción, que deplora, parece dar a entender que los bárbaros fueron admitidos en el clero sobre el año 660. <<

[2094] Las actas de los concilios de Toledo son aún los apuntes más auténticos de la Iglesia y de la constitución de España. Los siguientes pasajes son los más importantes: III, 17, 18; IV, 75; V, 2, 3, 4, 5, 8; VI, 11, 12, 13, 14, 17, 18; VII, 1; XIII, 2, 3, 6. He

hallado en Mascou (*Hist. of the Ancient Germans,* XV. 29, y Anotaciones XXVI y XXXIII) y Ferreras (*Hist. Générale de l'Espagne*, t. II) guías útiles y exactas. <<

[2095] El Código de los Visigodos, dividido regularmente en doce libros, lo publicó correctamente Dom Bouquet (en t. IV, pp. 283-460). El presidente Montesquieu (*Esprit des Loix*, l. XXVIII, c. 1) lo ha comentado con demasiada severidad. Me desagrada el estilo; detesto la superstición; pero creo que la jurisprudencia civil manifiesta un estado más civilizado e ilustrado que la de los borgoñones y aun la de los lombardos. <<

[2096] Véase Gildas de *Excidio Britanniæ*, c. 11-25, pp. 4-9, edit. Gale; Nenio, *Hist. Britonum,* c. 28, 35-65, pp. 105-115, edit. Gale; Beda, *Hist. Ecclesiast. Gentis Anglorum,* l. I, c. 12-16, pp. 49-53, c. 22, p. 58, edit. Smith; *Chron. Saxonicum,* pp. 11-23, etc., edit. Gibson. Las leyes anglosajonas las publicó Wilkins en Londres en 1731, en folio, y las Leyes Wallicæ, Wotton y Clarke, Londres, 1730, en folio. <<

[2097] El laborioso Carte, y el ingenioso Whitaker, son los dos escritores modernos a quienes estoy principalmente agradecido. El historiador particular de Manchester, abraza, bajo aquel oscuro título, un asunto casi tan extenso como la historia general de Inglaterra. <<

[2098] Esta *invitación,* que puede derivarse de las expresiones sueltas de Gildas y Beda, la arregló en una historia formal Witikindo, fraile sajón del siglo X (véase Cousin, *Hist. de l'Empire d'Occident*, t. II, p. 356). Rapin y aun Hume han usado demasiado libremente esta prueba sospechosa, sin atender al testimonio exacto y probable de Nenio: «Interea venerunt tres Chiulæ a Germania *in exilio pulsæ,* in quibus erant Hors et Hengist». <<

[2099] Nenio imputa a los sajones el asesinato de trescientos jefes británicos; crimen que no está en contradicción con sus costumbres salvajes. Pero no estamos obligados a creer (véase Jeffrey de Monmouth, l. VIII, c. 9-12) que Stonehenge sea su monumento, que los gigantes habían trasportado de África a Irlanda, y luego a Britania por orden de Ambrosio y el arte de Merlín. <<

[2100] Todas estas tribus se hallan enumeradas por Beda (l. I, c. 15, p. 52, l. V, c. 9, p. 190); y aunque he considerado las observaciones de Whitaker (*Hist. of Manchester,* vol. II, pp. 538-543), no echo de ver el absurdo de suponer que los frisios, etc., estuvieron mezclados con los anglosajones. <<

[2101] Enumera Beda siete reyes, dos sajones, uno yuta, y cuatro anglos, que adquirieron sucesivamente en la heptarquía una supremacía indefinida de poder y renombre, pero su reinado fue efecto, no de la ley, sino de la conquista; y observa, con expresiones idénticas, que el uno sujeta las Islas de Man y Anglesey, y que el otro impone una contribución a los escotos y pictos (*Hist. Eccles*., l. II, c. 5, p. 83). <<

[2102] Véase Gildas de *Excidio Britanniæ,* c. I, p. 1, edit. Gale. <<

[2103] Whitaker (*History of Manchester,* vol. II, pp. 503, 516) expuso este deslumbrante absurdo, en que los historiadores generales no han hecho alto ocupados con acontecimientos más importantes. <<

[2104] En Beran-birig o castillo de Barbury, cerca de Marlborough. La crónica sajona trae el nombre y la fecha. Camden (*Britannia,* vol. I, p. 128) fija el sitio, y Enrique de Huntingdon (*Scriptores post Bedam,* p. 314) refiere las circunstancias de esta batalla. Son probables y características; y los historiadores del siglo doce pueden haber consultado algunos

materiales que ya no existen. <<

[2105] Al fin Cornualles fue sujetado por Athelstan (927-941 d. C.), quien planteó una colonia inglesa en Exeter, y arrojó a los bretones más allá del río Tamar. Véase Guillermo de Malmsbury, l. II en *Scriptores post Bedam*, p. 50. El carácter de los caballeros de Cornualles fue degradado por la servidumbre y según aparece el romance de Sir Tristam, su cobardía era casi proverbial. <<

[2106] Prueban el establecimiento de los bretones en la Galia en el siglo VI Procopio, Gregorio de Tours, el segundo concilio de Tours (567 d. C.), y las crónicas y vidas de santos menos sospechosas. La asistencia de un obispo de los bretones al primer concilio de Tours (461, o más bien 481 d. C.), el ejército de Riotamo, y la declamación de Gildas («alii transmarinas petchant regiones», c. 25, p. 8), puede sostener una emigración a mediados del siglo V. Anterior a esta época, los bretones de Armórica sólo se hallan mencionados en romance; y me sorprende el que Whitaker (*Genuine History of the Britons,* pp. 214-221) haya trascrito tan fielmente el grave error de Cártes cuyas faltas leves ha castigado tan rigurosamente. <<

[2107] Las antigüedades de Bretaña, que han sido asunto de controversia política, se hallan ilustradas por Adriano Valesio (*Notitia Galliarum,* sub voce *Britannia Cismarina,* pp. 98-100) D'Anville (*Notice de l'Ancienne Gaule, Corisopiti, Curiosolites, Osismii, Vorganium,* pp. 248, 258, 508, 720, y *États de l'Europe,* pp. 76-80), Longuerue (*Description de la France*, t. I, pp. 84-94), y el abate de Vertot (*Hist. Critique de l'Etablissement des Bretons dans les Gaules,* 2 vols., en 12°, París, 1720). Puedo reunir el mérito de haber examinado el testimonio original que han presentado. <<

[2108] Beda, que en su crónica (p. 28) coloca a Ambrosio bajo el

reinado de Zeno (474-491 d. C.), observa que sus parientes habían sido «purpura inducti»; que explica en su historia eclesiástica por «regium nomen et insigne ferentibus» (l. I, c. 16, p. 53). La expresión de Nenio (c. 44, p. 110, edit. Gale) es aún más singular, «Unus de *consulibus* gentis Romapicæ est pater meus». <<

[2109] Por la unánime, aunque dudosa, conjetura de nuestros anticuarios, se confunde a Ambrosio con Natanleod, que (508 d. C.) perdió la vida con cinco mil súbditos, en una batalla contra Cerdic, el sajón (Chron. Saxon., pp. 17, 18). <<

[2110] Como los bardos galos Myrdhin, Llomarch y Taliessin me son desconocidos, para los hechos de Arturo, me apoyo principalmente en el testimonio circunstanciado de Nenio (*Hist. Brit.*, c. 62, 63, p. 114). Whitaker (*Hist. of Manchester,* vol. II, pp. 31-71) ha arreglado una narración interesante, y aun probable, de las guerras de Arturo, aunque es imposible el conceder la realidad de la mesa redonda. <<

[2111] Tomás Warton, con el gusto de un poeta y la minuciosidad de un anticuario, ha manifestado los progresos del romance y el estado de los conocimientos, en la Edad Media. He adquirido alguna instrucción de las dos disertaciones insertas en el libro primero de su *Historia de la poesía inglesa*. <<

[2112] «Hoc anno (490) Alla et Cissa obsederunt Andredes-Ceaster; et interfecerunt omnes qui id incoluerunt; adeo ut ne unus Brito ibi superstes fuerit» (*Chron. Saxon*., p. 15), expresión aún más terrible en su simplicidad, que todas las vagas y enfadosas lamentaciones del Jeremías inglés. <<

[2113] Andredes-Ceaster, o Anderida, colocada por Camdem (*Britannia,* vol. I, p. 258), en Newenden, en los terrenos pantanosos de Kent, que en un principio debían estar cubiertos por el mar, y a orillas de la selva (Anderida) que se extiende por

Hampshire y Sussex. <<

[2114] Afirma Johnson que pocas palabras inglesas son de extracción británica. Whitaker, que conoce este idioma, ha descubierto más de tres mil y en la actualidad forma un extenso catálogo (vol. II, pp. 235-329). Posible es que muchas de estas palabras hayan sido tomadas del latín o sajón. <<

[2115] A principios del siglo séptimo los francos y los anglosajones se entendían mutuamente, pues su idioma se derivaba de la misma raíz teutónica (Beda, l. I, c. 25, p. 60). <<

[2116] Tras la primera generación de misioneros escoceses o italianos, las dignidades de la Iglesia se reemplazaron con próselitos sajones. <<

[2117] Carte, *History of England,* vol. I, p. 195. Cita a los historiadores británicos; pero temo que sus únicos testimonios sean Jeffrey de Monmouth (l. VI, c. 15). <<

[2118] Beda, *Hist. Eccles*., l. I, c. 15, p. 52. El hecho es probable y bien atestiguado: con todo tal era la mezcla de las tribus germanas, que hallamos en un período subsiguiente, la ley de los Anglios y Warinios de Germania (Lindenbrogio, *Codex,* pp. 479-486). <<

[2119] Véase la útil y laboriosa *Historia de la Gran Bretaña* por Dr. Henry, vol. II, p. 388. <<

[2120] «Quicquid —dice Juan de Tinemouth—, inter Tynam et Tesam fluvios extitit, sola eremi vastitudo tunc temporis fuit, et ideirco nullius ditioni servivit, eo quod sola indomitorum et sylvestrium animalium spelunca et habitatio fuit» (*apud* Carte, vol. I, p. 195). Por el obispo Nicholson (English Historical Library, pp. 65, 98) sé que en las bibliotecas de Oxford, Lambeth, etc., se conservan hermosas copias de las extensas colecciones de Juan de Tinemouth. <<

[2121] Véase la misión de Willfrido, etc., en Beda, *Hist. Eccles.*, l. IV, c. 13, 16, pp. 155, 156, 159. <<

[2122] Según el testimonio de Beda (l. II, c. 1, p. 78), y Guillermo de Malmesbury (l. III, p. 102), aparece que los anglosajones desde el primer período hasta el último, persistieron en esta costumbre desnaturalizada. Los jóvenes se vendían públicamente en el mercado de Roma. <<

[2123] Según las leyes de Ina, no podían ser vendidos legítimamente más allá de los mares. <<

[2124] La vida de un *Wallus* o *Cambricus homo,* que poseía veinte fanegas de tierra, se fijaba en ciento veinte chelines, por las mismas leyes (de Ina, tit. XXXII, en *Leg. Anglo-Saxon.*, p. 20), que conceden doscientos chelines por un sajón libre y mil doscientos por un tane (véase también *Leg. Anglo-Saxon.*, p. 71). Podemos observar, que estos legisladores, los sajones y mercianos, después de sus cristianos continuaron las conquistas británicas. Las leyes de los cuatro reyes de Kent no hacen mención de la existencia de ningún súbdito bretón. <<

[2125] Véase Carte, *Hist. of England,* vol. I, p. 278. <<

[2126] Beda, al final de su *Historia* (731 d. C.) describe el estado eclesiástico de la isla y censura el implacable, aunque impotente, odio de los bretones contra la nación inglesa y la Iglesia católica (l. V, c. 23, p. 219). <<

[2127] El Viaje de Pennant en Gales (pp. 426-449) me ha suministrado una relación curiosa de los bardos galos. En el año 1568, por orden de la reina Isabel, se reunieron en Caerwys, recompensando a cincuenta y cinco músicos según los grados de su mérito vocal e instrumental. El premio (un arpa de plata) se adjudicó por la familia Mostyn. <<

[2128] «Regio longe lateque diffusa, milite, magis quam credibile

sit, referta. Partibus equidem in illis miles unus quinquaginta generat, sortitus more barbaro denas aut amplius uxores». Esta reconvención de Guillermo Poitiers (en los *Historians of France*, t. XI, p. 88) la niegan los editores benedictinos. <<

[2129] Giraldo Cambrensis concede únicamente, este don de atrevida y repentina elocuencia, a los romanos, franceses y bretones. El malicioso Galo insinúa que la taciturnidad inglesa puede muy bien ser efecto de su servidumbre bajo los normandos. <<

[2130] El bosquejo de las costumbres galas y armóricas está sacado de Giraldo (*Descript. Cambriæ,* c. 6-15, inter Script. Camden., pp. 886-891), y los autores citados por el abate de Vertot (*Hist. Critique*, t. II, pp. 259-266). <<

[2131] Véase Procopio, de *Bell. Gothic.*, l. IV, c. 20, pp. 620-625. El historiador griego se halla tan admirado de las maravillas que refiere que apenas trata de diferenciar la isla *Britia* de la de *Bretaña,* que identifica por un sinnúmero de circunstancias inseparables. <<

[2132] Teodeberto, nieto de Clodoveo y rey de Austrasia, era el príncipe más poderoso y guerrero de su época; esta notable aventura puede colocarse entre los años 534 y 547, la duración de su reinado. Su hermana Teudiquildes se retiró a Sens, donde fundó algunos monasterios (véanse las notas de los editores benedictinos, t. II, p. 216). Si damos fe a las alabanzas de Fortunato (l. VI, carm. 5, t. II, p. 507), Radiger se vio privado de la esposa más apreciable. <<

[2133] Quizá era hermana de uno de los príncipes o jefes de los anglios, que desembarcaron en 527 y en los años siguientes entre el Humber y el Támesis, y fundó poco a poco los reinos de la Anglia oriental y Mercia. Los escritores ingleses no conocen

su nombre y existencia; pero Procopio puede haber sugerido a Rowe el carácter y situación de Rodogune en la tragedia del Convertido Real. <<

[2134] En la extensa historia de Gregorio de Tours, no se halla ningún rastro de amistad u hostilidad entre Francia e Inglaterra excepto en el casamiento de la hija de Cariberto, rey de París, «quam regis *cujusdam* in Cantia filius matrimonio copulavit» (l. IX, c. 26, en t. II, p. 348). El obispo de Tours terminó su historia y su vida poco antes de la conversión de Kent. <<

[2135] Tales son las expresiones figuradas de Plutarco (*Opera*, t. II, p. 318, edit. Wechel), a quien, apoyándome en la autoridad de su hijo Lamprias (Fabricio, *Bibliot. Græc.*, t. III, p. 341), atribuiré la maliciosa declamación, περί τῆς ‘Ρωμαίων τὺχης. Las mismas ideas dominaban entre los griegos doscientos cincuenta años antes de Plutarco; y la intención de Polibio es refutarlas (*Hist.*, l. I, p. 90, edit. Gronov. Amstel., 1670). <<

[2136] Véanse los valiosos fragmentos del libro sexto de Procopio, y otras muchas partes de su historia general, particularmente una digresión en el libro diecisiete, en la que compara la falange y la legión. <<

[2137] Salust., de *Bell. Jugurthin.*, c. 4. Éstas eran las generosas profesiones de P. Escipión y Q. Máximo. El historiador latino había leído, y probablemente copiado, a Polibio, su contemporáneo y amigo. <<

[2138] Mientras Cartago ardía, Escipión repetía dos líneas de la Ilíada, que expresan la destrucción de Troya, confesando a Polibio, su amigo y preceptor (Polyb. en *Excerpt. de Virtut. et Vit.*, t. II, pp. 1455-1465), que en tanto que recordaba las vicisitudes humanas, interiormente las aplicaba a las calamidades

futuras de Roma (Apian. en *Libycis,* p. 136, edit. Toll.). <<

[2139] Véase Daniel, II, 31-40. «Y el cuarto reinado será fuerte como *hierro;* pues así como el hierro rompe en pedazos, y sujeta todas las cosas». Lo restante de la profecía (la mezcla de hierro y mortero) se cumplió, según san Jerónimo, en su tiempo. «Sicut enim principio nihil Romano Imperio fortius et durius, ita in fine rerum nihil imbecilius: quum et in bellis civilibus et adversus diversas nationes, aliarum gentium barbararum auxilio indigemus» (*Opera*, t. V, p. 572). <<

[2140] Los editores franceses e ingleses de la *Historia genealógica de los Tártaros* han añadido una descripción interesante, aunque imperfecta, de su actual estado. Podríamos interrogar la independencia de los calmucos, o elutos, desde que han sido vencidos recientemente por los chinos, quienes en el año 1759, sujetaron la Bucaria Baja, y se adelantaron en el país de Badakshan, cerca del nacimiento del Oxo (*Mémoires sur les Chinois*, t. I, pp. 325-400). Pero estas conquistas son insignificantes, ni me atreveré a responder de la seguridad del Imperio chino. <<

[2141] El lector juicioso determinará cuánto influye en esta proposición general la sublevación de los isaurios, la independencia de Britania y Armórica, las tribus moras, o los bagaudæ de Galia y España (vol. I, p. 310, vol. LII, pp. 322, 378, 465). <<

[2142] Hoy día América contiene seis millones de europeos y descendientes suyos; y en el Norte, al menos, su número aumenta continuamente. Cualesquiera que sean los cambios que sobrevengan en su situación política, siempre conservarán las costumbres europeas; y debemos reflexionar con placer, que el idioma inglés se extenderá probablemente sobre un inmenso continente. <<

[2143] «On avoit fait venir —para el sitio de Turín—, cent quarante pièces de canon; et il est à remarquer que chaque gros canon monté revient à environ deux mille écus: il y avait cent mille boulets; cent six mille cartouches d'une facon, et troix cents mille d'une autre; vingt-un mille bombes; vingt sept mille soixante dix cents grenades, quinze mille sacs à terre, treinte mille instrumens pour le pionage; un million deux cent mille livres de poudre. Ajoutez à ces munitions le plomb, le fer et le fer-blanc, les cordages, tout ce qui sert aux mineurs, le soufre, le salpêtre, les outils de toute espèce. Il est certain que les frais de tous ces préparatifs; de destruction suffiraient pour fonder et pour faire fleurir la plus nombreuse colonie». Voltaire, *Siècle de Louis XIV*, c. XX, en sus *Obras*, t. XI, p. 391. <<

[2144] Sería una tarea fácil, aunque fastidiosa, el citar las autoridades de poetas, filósofos e historiadores. Por consiguiente me ceñiré a apelar al testimonio auténtico y decisivo de Diodoro Sículo (t. I, l. I, pp. 11, 12, l. III, p. 184, etc., edit. Wesseling). El *ichtiofagi*, que en su tiempo vagaba por las orillas del mar Rojo, sólo puede compararse con los naturales de Nueva Holanda (Dampier, *Voyages*, vol. I, pp. 464-469). La imaginación o quizá la razón, puede aun suponer un estado absoluto de la naturaleza muy inferior al de estos salvajes, que habían adquirido algunas artes e instrumentos. <<

[2145] Véase la obra erudita del presidente Goguet, de *l'Origine des Loix, des Arts et des Sciences*. Delinea, por algunos hechos o por conjeturas (t. I, pp. 147-337, edit. 12°) los primeros pasos de la invención humana. <<

[2146] Es cierto, aunque muy extraño, que muchas naciones han desconocido el uso del fuego. Aun los ingeniosos naturales de Otaheite, que carecen de metales, no han inventado ninguna vasija de barro capaz de resistir la acción del fuego, y comunicar

el calor a los líquidos que contienen. <<

[2147] Plutarco, *Quæst. Rom.* en t. II, p. 275. Macrobio, Saturnal., l. I, c. 7, p. 152, edit. London. La llegada de Saturno (de su adoración religiosa) en un buque, indica que la costa salvaje de Lacio fue primero descubierta y civilizada por los fenicios. <<

[2148] En los libros nueve y diez de la Odisea, Homero embelleció los cuentos de los marineros tímidos y crédulos que transformaban los caníbales de Italia y Sicilia en monstruosos gigantes. <<

[2149] Con frecuencia el mérito de un descubrimiento ha sido manchado por la avaricia, la crueldad y el fanatismo; y la relación entre las naciones ha producido malestar y preocupación. Una excepción extraña se debe a la virtud de nuestros tiempos y país. Los cinco grandes viajes emprendidos por orden del actual monarca fueron inspirados por el desinteresado amor de la ciencia y del género humano. El mismo príncipe, mirando por el bien de todas las clases de la sociedad, fundó en su capital una escuela de pintura, e introdujo en las islas del Mar del Sur los vegetales y animales más útiles para la vida humana. <<

Índice